

La historia de La Diana II 



FLORENCIA BONELLI

Dime, ¿quién es
como Dios?



Florencia Bonelli

Dime, ¿quién es como Dios?

La historia de La Diana II

Suma de Letras

*A los bosnios musulmanes víctimas de los campos de
concentración administrados por autoridades serbobosnias,
distribuidos a lo largo y a lo ancho de Bosnia y Herzegovina
durante la guerra, en la esperanza de que algún día el
pueblo serbobosnio y el mundo reconozcan y pidan perdón
por el daño cometido, la injusticia perpetrada y el sinsentido
de un conflicto que aún exige respuestas, y todo con un solo
fin: que nunca más vuelva a ocurrir.
A San Uriel Arcángel. Siempre me allana el camino.
A Tomás, a salvo de los males de este mundo.*

*Libre, como el sol cuando amanece, yo soy libre, como el
mar.
Libre, como el ave que escapó de su prisión y puede al fin
volar.
Libre, como el viento que recoge mi lamento y mi pesar.
Camino sin cesar detrás de la verdad
Y sabré lo que es al fin la libertad.*

Extracto de la canción “Libre”,
de José Luis Armenteros y Pablo Herreros

FONÉTICA DEL SERBOCROATA

- Č, como en la palabra italiana *pizza*, un sonido similar a ts, “pitsa”.
- Č̣, como en *chanko*.
- Č̣̣, como en *chanko* aunque más suavizada, más siseada.
- Đ ó đ̣, como el sonido de la jota en el nombre inglés *John*.
- G, como en *gato*.
- H, como en la palabra inglesa *home*, un sonido similar a la jota castellana.
- J, como i en *ira*.
- Lj, como li en *liso*.
- Nj, como el sonido de la ñ.
- Š, como en la palabra inglesa *show*.
- Ž, como en la palabra inglesa *show* aunque más suavizada, más siseada.

CAPÍTULO I

*De oppresso liber.
(De oprimido a libre)*

Isaías 1, 17

*Hospital militar de Camp Bondsteel,
Kosovo, 27 de diciembre de 2000.*

La Diana aferró el cuaderno que tenía sobre las piernas y se puso de pie. El cirujano la miraba a los ojos y ella, a los de él. No se animaba a pronunciar palabra. La acometió un escozor cuando el médico quiso saber:

—¿Es usted parienta del señor Lazar Kovać?

Asintió como una niña asustada y respondió con voz insegura:

—Soy su prometida. Diana Huseinovic.

—Buenas tardes. Soy el doctor Cooper. Mi equipo y yo acabamos de operar al señor Kovać. La cirugía fue un éxito, y el paciente se encuentra estabilizado.

La Diana se cubrió la boca para sofrenar el grito de angustia y dicha y se desmoronó en el sillón. El hombre se aproximó y siguió hablándole.

—Le practicamos una laparotomía explorativa y descubrimos que el proyectil se hallaba alojado en el parénquima hepático. Lo extrajimos con éxito y colocamos un drenaje en la cavidad abdominal...

La Diana lo contemplaba a través de un velo de lágrimas y asentía maquinalmente sin comprender del todo lo que el cirujano le explicaba. Solo quería que le dijese que su amado Lazar no moriría, que no la dejaría sola y destrozada.

—¿Su vida corre peligro? —lo interrumpió.

—Lo mantendremos en la Unidad de Cuidados Intensivos durante cuarenta y ocho horas para monitorear sus parámetros vitales, pero creo que

la evolución será favorable. Es un hombre joven, con un excelente estado físico.

—¡Gracias! —exclamó con tono ahogado y se secó las lágrimas con un pañuelo de papel tisú que había encontrado hurgando a ciegas en el macuto—. Necesito verlo.

El médico asintió, y mientras ella guardaba el cuaderno y se cargaba el bolso al hombro, le comentó:

—Despertó perfectamente de la anestesia pero lo mantendremos sedado hasta mañana por la mañana. Es preciso que descanse. Acompáñeme, es por aquí.

Ingresaron en un sector anterior a la Unidad de Cuidados Intensivos donde una enfermera le indicó el receptáculo de jabón líquido para que se lavase las manos. Lo hizo con minuciosidad y luego caminó por un corredor en el que los cubículos vacíos o con enfermos se sucedían uno tras otro. Se respiraba un aire cargado del típico aroma a antiséptico y se oían voces bisbiseadas y los pitidos de los aparatos. El corazón le latía con rapidez y respiraba de modo acelerado y superficial. Solo quería volver a verlo y tocarlo.

La enfermera se detuvo frente a una puerta y le indicó que entrase. La Diana abandonó el macuto en una silla y se aproximó a la cama ortopédica donde Kovać, rodeado de máquinas, tubos y cables, descansaba apaciblemente. Se inclinó sobre su rostro pálido. Cerró una mano sobre la de él y con la nariz le tocó la frente. Su tibieza la reconfortó. Había estado tan frío el día anterior, al borde de la hipotermia; había estado tan cerca de perderlo. “Gracias, gracias, gracias”, repetía al dios del que todos hablaban y en el cual ella no creía. También le agradecía a San Miguel Arcángel, pero sobre todo a Sergei Markov. Sus labios temblorosos buscaron a ciegas los de él.

—Amor mío —susurró—. Amor mío, amor de mi vida. Gracias por no dejarme sola. No podría seguir sin ti, Lazar.

El cirujano chequeó los valores de un aparato antes de volver a hablar.

—Como le decía, lo tendremos sedado las próximas horas. ¿Por qué no se retira a descansar?

La Diana se incorporó y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—No me apartaré de su lado, doctor —dijo con tono de advertencia.

—Aquí sabemos por lo que ustedes han pasado —aclaró Cooper de buen modo—, y se nos ha ordenado estar a su disposición. Se lo sugería porque

parece al borde de la extenuación.

—Me quedaré —resolvió, y el cirujano asintió—. Lo único que necesito saber es cómo se encuentra el grupo que llegó conmigo.

El médico volvió a asentir y se marchó. La Diana aproximó la silla al costado de la cama; no resultaba fácil ubicarla entre los aparatos y el cableado. Se sentó, le tomó la mano y le apoyó la frente en el antebrazo desnudo. Sabía que se trataba de una gran concesión autorizarla a permanecer allí y olfateaba la influencia de su tío abuelo Callum Duncan en el otorgamiento de la dispensa, pero lo que el personal no sabía es que habrían tenido que sacarla entre varios y con mucho esfuerzo pues ella no habría dejado solo a Kovać por nada. Vuk había intentado asesinarlo y lo intentaría de nuevo; no tenía duda al respecto. Le había disparado con deliberada malicia, sabiendo que la destrozaría con su muerte.

Escuchó pasos y alzó la mirada. La enfermera, la misma que la había acompañado hasta allí, joven y de expresión bondadosa, le sonrió con calidez.

—El doctor Cooper me pidió que averiguase por la salud del resto del grupo. En unos minutos tendré la información.

—Gracias —musitó La Diana, y volvió a apoyar la frente en el antebrazo.

—¿Usted estaba con el grupo que huía de los traficantes?

—Sí —contestó—. Estuve todo el tiempo con ellos. ¿Usted cómo sabe que escapábamos de los traficantes?

—No creo que haya persona en el mundo que no lo sepa —aseguró la muchacha—. Su caso ha sido titular de diarios y programas televisivos durante los últimos dos días. Hemos estado en vilo esperando que aparecieran. Se enviaron equipos de búsqueda, pero la tormenta impidió que los hallasen.

—Ya, la tormenta. No pareció detener a los traficantes —dijo, y movió la vista hacia Kovać. Se puso de pie intempestivamente—. ¿No le hace frío? —se preocupó al notar que tenía el torso desnudo bajo la sábana.

—No —aseguró la muchacha—. Todo está controlado. Quédese tranquila. Él está muy comfortable. Si desea usar el sanitario o comer algo, solo tiene que pedírmelo.

La Diana intentó sonreírle. Le leyó el nombre en un cartelito colgado en la pechera del uniforme.

—Gracias, Linda. Mi nombre es Diana. —Aunque se le cruzó la idea de estirar la mano como cualquier persona normal, desistió.

—Un gusto, Diana. La noto muy pálida. ¿Puedo tomarle el pulso?

—No, estoy bien, pero aceptaría de buen grado un café.

—Enseguida.

La muchacha salió, y La Diana volvió la mirada a Kovać. Se inclinó para estudiarlo de cerca. El análisis minucioso le fue revelando la perfección de las facciones que habían salido a la luz pocos días atrás después de que ella le rasuró la barba espesa y larga que había llevado como sacerdote del rito ortodoxo. Le crecía rápido y ya le cubría el bozo con una capa oscura que acarició con dedos inseguros. Le dibujó el perfil de nariz pequeña, y cuando bajó hasta los labios se los oprimió apenas; la admiraban su grosor y esponjosidad. Los besó.

—Te amo —susurró—. Locamente —añadió, y sonrió al evocar el día en que él había enumerado los adverbios que describían su modo de amarla. “Te amo ciegamente” —le había dicho para después agregar—: “Locamente. Eternamente. Sinceramente”.

—Felizmente —volvió a susurrar como aquella vez, aunque, meditó, lo que describía su amor con precisión era sin duda la palabra “locamente”, pues, ¿no era de locos haberse conocido tan solo nueve días atrás y amarse como si se conocieran de una vida? ¿No era una locura que la noche anterior él hubiese roto la última cadena que la maniataba a la afenfosfobia y la hubiese liberado para siempre al hacerle el amor? Se le llenaron los ojos de lágrimas y le tembló el mentón al recordar el momento en que lo había visto caer de rodillas primero, de boca después, a causa del impacto de la bala. La estremecía la imagen y se le cortaba el respiro. ¿Qué habría estado haciendo a esas horas si su Lazar hubiese muerto? “¡No pienses en eso!”, se reprochó. “¡No vuelvas a pensar en eso!”

Un chirrido la obligó a incorporarse. Linda arrastraba una mesita con ruedas en la que traía café y las típicas rosquillas, esas glaseadas de todos colores y decoradas con grana.

—No se permite comer en los cubículos —dijo la enfermera—, pero se nos ordenó que hiciésemos concesiones con usted.

—Gracias, Linda.

Creyó que nada le pasaría por la garganta; no obstante, apenas sorbió el café y mordió una rosquilla se le abrió el apetito mal satisfecho en los últimos días. Comió con fruición; sabía que no se trataba de un alimento

nutritivo; sí una fuente de energía, la que precisaba para continuar de pie junto a Kovać.

—Si te quedas con él, Linda, y no te mueves de su lado, me atreveré a ir al baño.

—Aquí está seguro.

—No lo está —la contradijo con una vehemencia que sobresaltó a la joven enfermera—. Los traficantes que buscan matarlo son profesionales y no imaginas los recursos con los que cuentan para lograr sus objetivos, como por ejemplo ingresar en este cubículo sin que nadie lo advierta y rematarlo en su cama.

—No me moveré de aquí —prometió la muchacha.

La obligó a agendar en el celular su número telefónico y le indicó que ante cualquier anormalidad, por muy nimia que la juzgara, la llamase. Caminó hacia el baño con el macuto al hombro sabiéndose objeto de las miradas del personal, que murmuraba a su paso. Se higienizó de prisa. No soportaba la distancia que la separaba de Kovać. Regresó al cubículo dando largas zancadas. Linda se excusó y se marchó, y ella volvió a ubicarse en la silla y a aferrarle la mano; la angustiaba la falta de contacto. La idea la hizo sonreír con melancolía.

—Pensar, amor —dijo en un susurro—, que antes de ti no toleraba tocar ni ser tocada. ¿Cómo lo lograste, Lazar? ¿Cómo destruiste mis defensas una por una sin que me diese cuenta? —Guardó silencio y se quedó mirándolo, incapaz de apartar la vista de su rostro tan amado; la atormentaba la creencia de que si le quitaba los ojos o las manos de encima algo malo caería sobre él—. ¿Sabes, amor? Terminé de escribir mis memorias. Creí que no podría hacerlo. Hablar de Larysa, de su nacimiento, de mi desamor... —Se le cortó la voz y volvió a descansar la frente en el antebrazo de Kovać.

Media hora más tarde, la enfermera entró con una libreta en la mano y carraspeó para llamar la atención de La Diana, que se mantenía inmutable con la vista en el paciente.

—Tengo la información que me pidió. —Abrió la libreta y empezó a leer—. Selin Bucak, que llegó deshidratada y con un cuadro severo de abstinencia de un opiáceo, se encuentra estabilizada.

—¿Saben que es VIH positivo?

—Sí, lo saben. Senada Shala y su recién nacida están en buenas condiciones. De igual modo, se puso a la pequeña en la incubadora para

controlarla durante unos días y a la madre la dejaron internada también. Me dijeron que fue usted quien la asistió en el parto.

—Sí —contestó con aire ensimismado, mientras repasaba mentalmente los nombres del resto—. ¿Y de Shivani no dice nada? Tenía el hombro dislocado.

Linda volvió a consultar la libreta y sacudió la cabeza para negar.

—Nada sobre Shivani. Debe de estar bien, como el resto. Fueron revisadas y dadas de alta enseguida pues a excepción de una deshidratación leve, estaban bien. Las ubicaron en dos cabañas.

La Diana, que ansiaba saber de Darko, se limitó a agradecer. De pronto, la necesidad de tenerlo allí le robó la calma. Se puso de pie. Le pareció que traicionaba a Kovać al no verificar si el niño al que él adoraba estaba bien. Cayó en la cuenta de con qué determinación había luchado por impedir que el amor por Darko anidase en su corazón. En ese momento de claridad comprendió lo que Kovać había afirmado a pocas horas de conocerla: su fobia era un castigo, pues ¿cómo iba a permitirse amar a Daisy o a Darko si se había negado a amar a la hija de sus entrañas? Aceptar que la amaba, que la había amado siempre, aun en los días tristes que siguieron a su nacimiento, la había liberado, le había concedido la licencia para amar a los demás. Se recostó sobre Kovać y lloró con una mezcla de agradecimiento y tristeza ante el recuerdo de Larysa en su cuna. ¡Qué dolor tan grande sentía al pensar que no volvería a verla!

—Quiero estar con Dare pero no quiero dejarte solo —balbuceó entre sollozos—. ¿Qué hago, amor mío? Tú siempre tienes la respuesta justa, Lazar. ¿Qué hago?

Sonó el celular y se tomó unos segundos para carraspear y aclararse la voz.

—Diana.

—¡Callum! —exclamó, dichosa al reconocer a su tío abuelo, el escocés Callum Duncan, barón de Glendale.

—¡Bendito sea el cielo, querida mía!

—Es una alegría volver a oír tu voz.

—Estamos aquí.

—¿Dónde es aquí? —se desconcertó.

—A las puertas de la Unidad de Cuidados Intensivos.

Profirió una exclamación emocionada.

—Enseguida estaré con ustedes. —Convocó a Linda y le pidió que permaneciese en el cubículo—. Debo salir. Tendré el celular en la mano por cualquier cosa.

Besó a Kovać, lo miró con fijeza mientras le acariciaba la frente y se marchó. Casi corrió hasta la salida. Abrió la puerta, y al ver a su tío abuelo de pie frente a ella se le hizo un nudo en la garganta. “Abuelo”, pensó, pues nunca lo había encontrado tan parecido a Liam Duncan. Se sonrieron con labios temblorosos.

—Querida —susurró Glendale, evidentemente emocionado, y La Diana hizo algo impensable pocas semanas atrás: lo abrazó. Enseguida percibió las manos en su espalda, y se acordó de las tantas veces en que su abuelo la había sostenido de la misma manera. Se separó con delicadeza y se secó los ojos con el dorso de la mano. Bruce McLeod, que guardaba silencio junto al anciano, le extendió un pañuelo. La Diana lo recibió con una sonrisa.

—Hola, Bruce.

—Hola, Diana. Luces estupenda.

—No mientas —dijo entre risas—. Hace tres días que no me baño ni duermo. Parezco un espantapájaros.

—Tu belleza sigue inmaculada —declaró McLeod, y La Diana rio de nuevo.

Glendale carraspeó antes de intervenir.

—Ven, Diana. Sentémonos allí —propuso, y señaló la zona de espera.

Se ubicaron en los sillones.

—No puedo creer que estén aquí.

—Apenas supimos que habían llegado a Camp Bondsteel —explicó McLeod—, Callum ordenó a Seamus que nos trajese.

—¿Cómo llegaron tan rápido? Son muchos kilómetros desde Escocia.

—Estábamos en Sarajevo —anunció Callum Duncan.

—Oh —se asombró La Diana.

—Callum no aguantaba seguir en Glendale, por lo que ayer viajamos a Sarajevo para ver qué se podía hacer, cómo podíamos ayudar. En realidad, para ejercer presión *in situ* a Jacques Paul Klein —se sinceró, y aludía al máximo representante de la ONU en Bosnia—. Aterrizamos hace quince minutos. Toma —dijo, y le tendió un bolso de cuero—. Trajimos la ropa que dejaste en Glendale. Imaginamos que podrías necesitarla.

—Perdí casi todo en la huida —admitió—. Claro que la necesito. Gracias por haber pensando en esto.

—Fue Callum el que me dijo que lo trajese.

La Diana se volvió hacia su tío y le sonrió.

—Gracias por haber venido. No saben lo que significa tenerlos cerca. Hay tanto de que hablar.

—Es cierto —afirmó el noble escocés—, pero si bien luces hermosa como siempre, también te noto cansada.

—No quiero dejar solo a Lazar.

—¿Cómo está él? —se interesó McLeod.

—Le extrajeron una bala del hígado pero todo salió bien. Lo sedaron y ahora está descansando.

—Bendito sea Dios —masculló Callum Duncan—. Estuve enfermo de preocupación por ti, querida.

—Lo sé y lo siento. Todo se complicó. Me gustaría contarles, pero no quiero dejar mucho tiempo solo a Lazar —repitió—. Temo por su vida. Fue el *vojvoda*, el jefe de la red de tráfico —aclaró—, quien lo hirió. Lo intentará de nuevo.

—Ordenaré que le pongan una guardia las veinticuatro horas del día —declaró Glendale—, de modo que tú puedas descansar.

—No confío en nadie, Callum.

—¿Ni siquiera en tus amigos de la *Mercure*?

—Si Zlatan pudiese quedarse con él un par de horas, aceptaría —admitió, pues anhelaba ver a Darko y darse un baño.

Glendale se alejó con el teléfono en la mano. La Diana y Bruce McLeod intercambiaron una mirada sincera.

—Has cambiado —afirmó el *hacker* escocés—. No pasó mucho desde la última vez que nos vimos, hoy exactamente un mes, y sin embargo has cambiado.

—No creo que puedas imaginar cuánto.

—Kovać tiene que ver con esta metamorfosis, ¿verdad?

—Él es el artífice.

—¿Estás enamorada de él?

—Sí, lo amo.

—Recuerdo el día en que me dijiste que no sabías amar.

—Lazar me enseñó.

—Tengo la impresión de que no te enseñó nada, que tú sabías amar pero que no te lo permitías.

—Sí, es posible.

—¿Por qué?

—Porque amar duele, Bruce.

—Ya lo creo que duele.

Callum Duncan volvió a ocupar su sitio y anunció que Zlatan Tarkovich se presentaría en pocos minutos para relevarla. La Diana asintió con una sonrisa; no obstante, y pese a que momentos atrás había deseado ver a Darko, la idea de dejar a Kovać, aunque fuese bajo el cuidado de su amigo, le resultó intolerable. Le temió al amor desmesurado que había nacido en ella y a la dependencia que implicaba.

* * *

Se refrenaba y caminaba lentamente para respetar los pasos medidos de Callum Duncan, que se ayudaba con un bastón mientras recorrían la avenida principal de Camp Bondsteel, y lo hacía por el respeto y el cariño que el anciano se había ganado en poco tiempo; en caso contrario habría echado a correr. Ansiaba el reencuentro con Darko y volver junto a Kovać. Había llenado a Tarkovich de recomendaciones, que su amigo había recibido con paciencia. Los guiaba un sargento del ejército norteamericano hasta el Jeep que los conduciría a las cabañas donde se había instalado a las víctimas del tráfico humano.

La base norteamericana en Kosovo es la más grande que Estados Unidos posee fuera de su territorio. Se trata de una pequeña ciudad con supermercados, negocios, cine, gimnasios, bares, incluso hay un Burger King y un Taco Bell. A La Diana, su estilo de construcción le resultaba familiar pues no era muy distinto del de otras bases donde había transcurrido tiempo entrenándose. Saltó del Jeep cuando el vehículo frenó delante de las típicas cabañas construidas en madera y con techos de policarbonato que, más allá de la simpleza exterior, estaban muy bien equipadas. McLeod y ella ayudaron a descender a su tío abuelo y se encaminaron a la casa en la cual, según el sargento, se hospedaban la señora Gordana Prolović —se refería a Goga— y los niños.

La Diana llamó a la puerta con las palpitaciones muy por encima de la media. Abrió Brikena, una de las víctimas, que exclamó su nombre y se hizo a un lado para darle paso. Darko saltó de la silla y corrió hacia ella. Soltó el macuto y lo aguardó con los brazos abiertos. Lo apretó contra su pecho, y las manitas del pequeño se le ajustaron en la espalda. Solo

experimentaba alegría y paz, nada de la repulsión del pasado o la quemazón en el pecho. Se sentía ebria de felicidad, abrumada de alivio.

—*Moje blago* —lo llamaba mientras le besaba la cabecita—, adorado *moje blago*. No llores, cariño.

El niño alzó el rostro y la miró con sus ojos negros y grandes embellecidos por las pestañas mojadas y más oscuras.

—¿Mi papá se murió?

—¡No, *moje blago*! No. Está en el hospital, pero está bien.

—No había forma de convencerlo de que no había muerto —intervino Goga—. ¿Has visto, Dare, que no te mentí cuando te dije que ese señor que vino a vernos me avisó que Lazar estaba fuera de peligro?

Darko no se volvió hacia la mujer y siguió con la vista fija en La Diana, que se la sostenía sin miedo, sin culpa.

—Quiero ir con mi papá —expresó tras esa pausa.

—Dormiré profundamente hasta mañana. Cuando despierte, vendré a buscarte para que lo veas. Lo primero que hará Lazar al abrir los ojos será preguntarte por ti, *moje blago*. Eres a quien más ama en este mundo, lo sabes.

—Y a ti —añadió el niño.

La Diana asintió con un nudo en la garganta. Lo tomó de la mano.

—Ven, quiero que conozcas a unos amigos.

Siguieron las presentaciones, y La Diana se enorgulleció de su tío abuelo, que enseguida se sentó con los tres niños —Darko, Zaína y Oana, las hijas de Goga y de Brikena— y se hizo el que comprendía cuando le mostraban las ilustraciones que habían estado haciendo. Pese a que ninguno hablaba la lengua del otro, de manera asombrosa los tres niños y el anciano se comunicaban animadamente con gestos y dibujos. La Diana sonreía al ver al viejo espía escocés, conocedor de secretos que habrían hecho temblar las estructuras de algunos gobiernos, departiendo con niños como si lo hubiese hecho la vida entera.

—¿Dónde están las demás? —quiso saber; en esa cabaña solo se encontraban tres de las víctimas: Brikena, Anna y Julie.

—Selin y Senada están en el hospital —respondió Goga—. A Nuur, Sanit, Shivani y Svetlana las ubicaron en la cabaña de al lado.

—¿Cómo están? —se interesó.

—Bien, no te preocupes por ellas.

—Me gustaría darme un baño.

—Ven, es por aquí.

Al ver que La Diana se iba, Darko se abrazó a sus piernas.

—No me voy, *moje blago*. Solo quiero darme un baño porque ya huelo mal. ¿No es cierto que huelo mal? —dijo, y frunció la nariz.

El niño, con el mentón clavado en su vientre, negó con la cabeza entre risas; por alguna razón, encontraba graciosa la pregunta. Le aseguró que no se iría sin avisarle, y con esa promesa Darko aceptó soltarla y regresó con Callum Duncan.

Goga la proveyó de toallas, ropa interior limpia y una camiseta. Se metió en el baño de pronto cansada y con un persistente dolor de cabeza. Estuvo un buen rato frente al espejo, observándose. Hacía años que no se atrevía a sostenerse la mirada, y allí estaba, frente a ella misma, su peor enemiga, después de haber sobrevivido a una persecución por parte de criminales despiadados dispuestos a recuperar a las muchachas que habían secuestrado, violado y torturado, y todo por dinero. Se sintió orgullosa como soldado por la labor desempeñada en las peores condiciones y sin bajas. Rio al caer en la cuenta de la misión titánica que acababa de cumplir, y si bien al final había contado con el apoyo de dos profesionales de la guerra, Nanuk Christiansen y Daen van Groen, la mayor parte de la operación la habían llevado adelante Lazar Kovać y ella. La seriedad volvió a endurecerle la mirada y las facciones, pero no era desprecio por sí misma lo que trasuntaban sus ojos celestes, al contrario, por primera vez se contemplaba con orgullo y paz. Parecía que la reconciliación consigo misma había comenzado.

Se dio una larga ducha. Le permitió al chorro de agua caliente que le masajeara la espalda durante un rato. El dolor de cabeza fue remitiendo, lo mismo que el latido en las sienes. Se lavó el cabello y el cuerpo con fricciones que le enrojecieron la piel y se depiló las piernas y las axilas con una rasuradora descartable que halló en el botiquín. Se cepilló los dientes tantas veces que acabó con el interior de la boca frío y ardoroso. Salió renovada.

En el comedor la esperaba un plato de sopa con trozos de pollo que les habían traído de la cantina de los oficiales y que le supo delicioso. Solo comió ella; los demás ya lo habían hecho. Se sentaron para acompañarla. Darko, a su lado, le hablaba e irremediablemente la hacía pensar en su pequeña hija Larysa.

En tanto Julie y Anna, en su inglés chapucero, les detallaban a Glendale y a McLeod los pormenores de la travesía, La Diana los observaba y hacía

una nota mental de los temas que tenía que tratar con ellos. A cada declaración de las muchachas, su tío abuelo y su amigo se volvían y la miraban para confirmar si habían comprendido bien, y ella se limitaba a asentir.

—No puedo creer las penurias que padecieron —manifestó Callum Duncan—. Me siento culpable, querida.

—¿Culpable? —se extrañó La Diana—. ¡Callum, si estamos vivos es en parte gracias a ti!

—Pero fui yo quien te instó a viajar a Bosnia. Fui yo el que te dijo que habíamos llegado a un callejón sin salida en la investigación y que todo apuntaba a tu país.

La Diana sonreía y negaba con la cabeza. En tanto, meditaba las palabras que Lazar Kovać había pronunciado dos días atrás, cuando la había enfrentado a su dragón más cruel, el que le impedía admitir que amaba a su hija nacida durante el cautiverio y que había regresado a Bosnia para buscarla.

—Callum, nunca podré agradecerte lo suficiente por haberme empujado a volver a mi patria. —Le ofreció la mano a través de la mesa y el anciano se la tomó enseguida—. Poder tocarte es una de las tantas cosas que he conseguido gracias a este viaje.

—¿Estás feliz, entonces? —quiso saber el anciano, y se lo preguntó con un gesto que de nuevo le hizo acordar a su abuelo Liam.

—Inmensamente —dijo con un hilo de voz, y Glendale, con los ojos húmedos, asintió y le besó la mano.

Las muchachas se ocuparon de poner orden, lavar los platos y distraer a los niños. La Diana, Goga, Callum Duncan y Bruce McLeod se ubicaron en la pequeña sala para conversar.

—¿Qué sigue ahora? —preguntó Goga.

—Ustedes quizá no lo sepan —tomó la palabra el anciano escocés—, pero durante los días en que huían de los traficantes se armó un gran revuelo internacional. Bosnia, pero también la OTAN y la ONU, están en el ojo de la tormenta. La entrevista que dio Kovać a Albert Coleman y la conferencia de prensa de la fiscal Dretar hicieron centro, sin mencionar la publicación del artículo de Coleman y el video con esos dos malnacidos forzando a las pobres chicas. —El anciano se quitó los anteojos y se masajeó el puente de la nariz—. La situación es caótica en este momento pero las consecuencias a futuro serán positivas para nosotros.

—Coleman está viajando hacia aquí —informó McLeod—. Llegará a Bondsteel de un momento a otro. Querrá verlos —añadió, y alternó la mirada entre La Diana y Goga—. Es preciso continuar con el ruido en la prensa —subrayó—. El escándalo no debe languidecer.

—¿Has podido ver los legajos de Carrie Stewart? —La Diana se dirigió a Callum Duncan.

—Son seis —afirmó el anciano—. Contienen investigaciones que la muchacha y su jefe Richard Tomkins iniciaron poco antes de que Tomkins muriese en ese accidente automovilístico. Involucran a pesos pesados de la policía local y de la IPTF —Duncan se refería a la fuerza policial internacional que operaba en Bosnia.

—Lo mataron por los dichosos legajos —apuntó Goga.

—Probablemente —acordó Glendale.

—¿Qué haremos con ellos? —quiso saber La Diana—. Tienen que servir para algo. Carrie, su novio y Tomkins murieron por su causa.

—Hicimos copias que acabaron en los despachos de las autoridades más importantes —dijo McLeod—. Jacques Paul Klein y Madeleine Reardon, entre otros, los recibieron ayer de nuestras propias manos. Los originales están en una caja fuerte.

—Bien —masculló La Diana.

—No quiero olvidarme de comentarles —dijo McLeod— que intenté rastrear las direcciones IP de los dos mensajes con amenazas que le enviaron a la fiscal Dretar a su casilla personal.

—¿Y? —se interesó Goga.

—Fue imposible determinar el origen del protocolo de Internet. Estaba enmascarado, y cuando lograba desenmascararlo, enseguida cambiaba y volvía a enmascararse. Una tecnología endemoniada que no conocía. Una genialidad, debo admitir.

“No me sorprende”, se dijo La Diana, “si cuentan con la pericia del ingeniero Kaiser”.

—Cuestión que es imposible saber el origen del mensaje —concluyó la presidenta de Duga Sarajevo.

—Imposible. Estos traficantes tienen a los mejores *hackers* trabajando para ellos. No será fácil hacerlos caer.

—Pero ahora con el escándalo que se armó —se esperanzó Goga— y con esos legajos en las manos correctas, les asestaremos un duro golpe.

—Igualmente —la previno Callum Duncan—, cambiar la situación en los Balcanes no será fácil. Conozco al dedillo los manejos políticos internacionales, por eso quiero advertirles que quizá se monte una gran escenografía y que todo cambie para que nada cambie. Gatopardismo, como lo llaman los italianos —remató.

La Diana evocó las palabras del general Raemmers, quien le había expuesto su teoría acerca de la relación simbiótica nacida entre el establishment, liderado por Estados Unidos y la OTAN, y las mafias locales de origen serbio que mantenían la región libre de terroristas musulmanes a cambio de traficar libremente con droga, armas y humanos. Duga Sarajevo, el organismo no gubernamental creado por Lazar Kovać, Gordana “Goga” Prolović y la fiscal Bosiljka “Bosa” Dretar, había tocado un punto sensible al proteger y dar refugio a una muchacha ucraniana, Svetlana Shevchenko, lo que había propiciado una persecución implacable que había terminado en Camp Bondsteel.

Sí, meditó La Diana, la persecución había terminado, pero el asunto estaba lejos de haber llegado a su fin. Por lo pronto, había que aclarar por qué Svetlana era especial para los traficantes, tanto como para suscitar un revuelo que podía costarles caro, pues si algo no precisaban esas basuras era que sus comercios se ventilasen en la prensa o que los nombres de reputados funcionarios públicos se asociasen a sus negocios. Igualmente, se sabían poderosos porque, conscientes del beneficio que le reportaban al establishment, no dudaban de que los protegerían y los encubrirían con tal de que mantuviesen la región limpia de campos de entrenamiento de Al-Qaeda. La cuestión era compleja, un endiablado galimatías difícil de resolver.

—¿Podré regresar a Sarajevo? —se preguntó Goga con expresión desanimada.

—Sería prudente que pasases unos días en otro sitio —sugirió Callum Duncan—, por lo menos hasta que podamos determinar cómo están las cosas. Ahora todo es caos y revuelo. Quiero ver cómo se acomoda la cuestión.

—Podría instalarme en nuestra cabaña en Crni Guber —dijo Goga.

—¿Tienes una cabaña en Crni Guber? —se sorprendió La Diana.

—¿Conoces el lugar? —se interesó Callum Duncan, siempre atento a las reacciones y comentarios de la nieta de su único hermano.

—Sí, está pegado a mi pueblo, Srebrenica. Es famoso por sus aguas termales. Había un hotel, un spa como lo llaman ahora, muy lindo. Siempre estaba lleno.

—Compramos la casa antes de la guerra, cuando a Momo, mi esposo —aclaró en dirección a Glendale y a McLeod—, le diagnosticaron reuma. Nos aseguraron que las aguas eran curativas.

—Había pocas casas por ahí —evocó La Diana—. La mayor parte estaba ocupada por el spa.

—Compramos una de las casas *osaćanke*, la más grande, la que está en la curva del Drina, camino a Bajina Bašta.

—¿La de dos pisos? ¿La que tiene el sendero de macadán que sube?

—Esa misma —confirmó Goga.

—¡No puedo creerlo! —se admiró La Diana—. Conozco bien esa casa. Íbamos siempre con mis hermanos a juntar hongos y usábamos el sendero para acceder al bosque. Prácticamente pasábamos por la puerta. Quizá nos cruzamos en alguna ocasión.

—No sabía que tu familia fuese de Srebrenica —comentó Goga, y La Diana guardó silencio. El recuerdo de la guerra y de la masacre por la cual su ciudad había cobrado fama la enmudeció y la entristeció de repente.

—¿Cómo dijiste que se llama la casa, querida? —intervino Callum Duncan.

—*Osaćanke*. Es un estilo de casa típico del valle del Drina, construidas con roble y piedra. Las llaman de ese modo por el nombre de los constructores del siglo XIX que las levantaron, la familia Osaćani. Podría instalarme allí por un tiempo —repitió Goga con aire pensativo.

—A mí me gustaría invitarlas a ti y a tu hija a mi casa en Escocia —propuso Glendale.

—Oh —se sorprendió Goga, y La Diana advirtió el brillo que le embelleció los rasgos cansados—. Callum, gracias, pero no querría importunarlo con...

—No digas más —desestimó el anciano escocés con una sacudida de mano—. Tú y la pequeña Zaína serán más que bienvenidas en Glendale. Un par de semanas en las Highlands les permitirán recuperarse de la traumática experiencia. Y le dará tiempo a mi gente para equipar tu departamento con medidas de seguridad.

—En Glendale —intervino McLeod— podré mostrarte esos programas de los que te hablaba recién, los que uso para desenmascarar las direcciones

IP ocultas.

La Diana percibía la alegría que, después de tantos días de sufrimiento y miedo, se apoderaba del ánimo de la mejor amiga de Kovać.

—Gracias, Callum, pero después de la extremadamente generosa donación que hizo a Duga Sarajevo, no quisiera seguir importunándolo con mis cuestiones.

—Nada de importunarme. Será un placer recibirlas en Glendale. Les hará bien a las dos, en especial a la pequeña. Necesita olvidar.

—Sí —dijo Goga, y se volvió hacia Zaína, que jugaba con Darko y Oana—. Todos necesitamos olvidar, solo que no resultará fácil. ¿Qué será de las muchachas? —dijo, en referencia a las nueve víctimas del tráfico humano.

—El gobierno de Bosnia se cuidará bien de que algo malo les ocurra dado el escándalo que suscitó la fuga —señaló Callum Duncan—. Las protegerán, y sé de gobiernos que han ofrecido recibirlas como asiladas, entre ellos Francia y Alemania. No te preocupes por ellas; una solución se encontrará.

La Diana, a quien comenzaba a apremiarla la necesidad de regresar con Kovać, se puso de pie.

—Quiero volver al hospital —anunció y se puso de pie, y Darko, que parecía distraído mientras pintaba en un rincón, abandonó el dibujo y corrió hacia ella, que lo abrazó y lo besó en la frente—. Oye, *moje blago*. Pasaré la noche con Lazar y mañana, cuando él despierte, vendré a buscarte para que vayas a verlo.

—Bueno —dijo, no muy convencido—. ¿No puedo ir contigo ahora?

—No te permitirán quedarte toda la noche. Mejor duerme cómodo en tu cama y mañana, después de que hayas descansado, vendré por ti. —El niño asintió con el entrecejo fruncido y La Diana se lo besó—. Ese es mi muchacho, el más valiente que existe.

—¡Yo también soy valiente! —se quejó Zaína, mientras daba saltitos y aplaudía junto a La Diana, que en el pasado se habría alejado y en ese momento reía—. ¡Fui valiente!

—¡Claro que tú también! —concedió—. Fueron soldados ejemplares.

Darko la sorprendió abrazándola y ocultando la carita en su vientre. Cerró los ojos y se permitió saborear la sensación vivificante que le había negado a Larysa.

* * *

El sargento al servicio del barón de Glendale los conducía en el Jeep hacia el hospital. Había comenzado a nevar y la temperatura descendía, y tras un instante de desasosiego La Diana se recordó que estaban a salvo y que esa noche dormirían cómodos y con calefacción.

—Fue un milagro que no muriésemos —pensó en voz alta, y percibió la mano de su tío abuelo sobre la de ella—. Hubo momentos en que creí que no lo lograríamos. Todo estaba en nuestra contra.

—Lo sé, lo sé, pero eso ya pasó. Quiero que estés orgullosa de lo que hiciste, una gesta que pocos habrían logrado. Estoy tan orgulloso de ti, querida. Y sé que mi hermano lo habría estado también. —La Diana bajó la vista para ocultar la emoción—. Estás extenuada —prosiguió el anciano—. ¿No sería mejor que durmieses en una cama cómoda en lugar de pasar toda la noche en una silla?

—No. Solamente junto a Lazar estaré tranquila. No debí dejarlo solo tanto tiempo —se reprochó, y le habría pedido al sargento que acelerase si no lo hubiese considerado una descortesía.

—Está con tu amigo Zlatan. Quédate tranquila, por favor. ¿Darko es hijo de Kovać? —quiso saber, y a La Diana le dio gracia el gesto que hacía para enmascarar la curiosidad—. ¿No es sacerdote acaso? Eso decían en los medios.

—Renunció la semana pasada. Envió una carta al patriarca en Serbia y le comunicó su decisión de abandonar el sacerdocio.

—Oh. —Las pobladas cejas grisáceas del anciano se elevaron mientras una risita cómplice de McLeod se destacaba por sobre el ronroneo del motor.

—En cuanto a Darko, es una de las víctimas de pedofilia rescatadas por Duga Sarajevo. Kovać quiere adoptarlo. *Queremos* adoptarlo —aclaró, y la sorpresa del barón de Glendale se profundizó.

—Callum —dijo el *hacker* escocés—, creo que nuestra Diana está tratando de decirte que si Kovać colgó los hábitos fue por culpa de ella.

—¿Es eso cierto, querida? ¿Él y tú...? Pues, ¿se han enamorado?

—Sí, Callum. Kovać me pidió que fuese su esposa y he aceptado.

La noticia los sacudió.

—¡Si acabas de conocerlo! —se alteró Bruce McLeod.

—Lo amo, Bruce, como jamás he amado a ningún hombre. No hay ni habrá otro para mí. Solo Lazar.

—Que pueda tocarte en este momento es gracias a Kovać, ¿verdad?

—Sí, Callum, es gracias a él.

* * *

Los despidió en la puerta del hospital. Los saludó con la mano en tanto se alejaban en el Jeep que los conduciría a la cabaña que les habían asignado. La Diana suspiró, contenta de tenerlos cerca. A punto de ingresar se detuvo al sonido del celular. Pocos tenían el número del *burner*. ¿Sería Goga? ¿Tal vez Linda, la enfermera?

—¿Hola?

—¡Por fin, Diana!

—¡Eliah! ¿De dónde me llamas?

—De alta mar, con el teléfono satelital, que no es seguro. No digas nada que te comprometa. ¿Estás bien? ¿Estás a salvo?

—Sí, estoy bien, a salvo.

—¡Hace dos putos días que intento comunicarme contigo!

—¿Quién te dio este teléfono?

—Tu tío abuelo. Y me contó todo. ¡Sabía que tu viaje a Bosnia no traería nada bueno! —se enojó—. A Matilde no le dije nada para no angustiarse, pero sospecha que tú formas parte del grupo que desde hace tres días tiene al mundo en vilo. Está desesperada. Llámala, por favor.

—Lo siento. Como estaba casi segura de que mi nombre no se mencionaba, pensé que ninguno de ustedes sabría que estaba metida en este lío. No quería preocuparlos.

—Matilde lo dedujo. Dice que tú le hablaste de un tal Lazar y que había un Lazar en el grupo que huía de los traficantes. Insistía y de nada valía que le dijese que Lazar es el nombre serbio más común. A veces creo que nació con un radar para detectar lo que los demás no vemos. Pero, ¿de veras estás bien?

—Sí, de veras. Todo salió bien. Quiero que te quedes tranquilo.

—En los primeros días de enero estaré allí, donde te encuentras tú. Te llamaré cuando llegue.

—OK. ¿Eliah?

—Dime.

—Quiero que sepas que este viaje a Bosnia ha sido lo mejor que podría haberme pasado, más allá de todo lo vivido. Cuando volvamos a vernos sabrás por qué.

—Está bien, cariño —respondió más sereno—. Perdóname si te he hablado bruscamente, pero han sido días muy duros. Me sentía un inútil aquí en medio del mar sin poder ayudarte.

—Lo hiciste. Tres helicópteros de la Mercure fueron a rescatarnos. Sé que eso debió de costarle una pequeña fortuna a tu empresa.

—Eso es lo de menos. Zlatan me llamó anoche para contarme el plan, y le indiqué que llevase el Apache y el Mil M-25 como soporte.

—Gracias. Estamos todos a salvo. No tuvimos bajas.

—Me hace feliz saberlo. Ahora tengo que dejarte. Cuídate.

—Lo haré. Tú también. Te quiero, Eliah.

—Y yo a ti, cariño.

Pese a la ansiedad que la dominaba por regresar con Kovać, llamó a Matilde. Dentro de la Unidad de Cuidados Intensivos estaba prohibido utilizar los celulares pues interferían con los aparatos. Matilde atendió enseguida.

—¿Mat? Soy Diana.

—¡Diana! ¡Bendito sea Dios! Estaba muy preocupada por ti.

—Lo sé. Acabo de cortar con Eliah.

—No podía comunicarme contigo y supuse que formabas parte de ese grupo de pobres chicas que escapaban de sus captores en los Balcanes.

—De hecho —la interrumpió—, formaba parte.

—¡Lo sabía! Sabía que Lazar Kovać era *tu* Lazar.

—Sí, mi Lazar, querida Mat.

—¿Estás bien? ¿*Todos* están bien?

—Sí, todos estamos bien. Quédate tranquila.

—Ahora lo estaré. No pude funcionar bien durante estos últimos tres días loca de la preocupación por ti. Me lo pasaba pegada al televisor. ¡Y tenía que simular delante de Leila y de Sanny! Ellos no sospecharon nada.

—Mejor así —replicó La Diana.

—Y Lazar y tú, ¿cómo están?

La Diana sonrió y se mordió el labio en actitud cómplice.

—Nos amamos, Mat. Y somos felices.

Matilde soltó una exclamación triunfal que la hizo reír.

—¡Estoy tan feliz por ti, amiga mía! Tan, pero tan feliz.

—Lo sé. Después te contaré los detalles. Ahora tengo que dejarte.

—Una última pregunta. ¿Cuándo regresas? ¿Estarán Lazar y tú para la inauguración de la clínica?

—Qué lindo suena eso, Lazar y tú.

—Así será desde ahora en adelante —aseguró Matilde.

—Eso espero. En cuanto a si estaremos en París para la inauguración, no lo sé, pero te prometo que haré lo posible para acompañarte ese día.

Se despidieron, y La Diana corrió dentro del hospital y cruzó de prisa las puertas y los corredores que la separaban de la razón de su existencia. El ritmo cardíaco se le aceleraba a medida que las zancadas devoraban los metros. Se lavó de prisa las manos, con una sensación fea en la boca del estómago; temía encontrarse con una tragedia. Divisó de lejos a Zlatan Tarkovich sentado junto al ingreso del cubículo leyendo un periódico muy tranquilo y compuesto, y se mordió el labio para refrenar la emoción que le causó el alivio. El soldado se puso de pie y le sonrió.

—¿Todo tranquilo?

—Más tranquilo, imposible —aseguró el croata.

—Gracias, Zlatan. Gracias por todo, te debemos la vida.

—Tú eres un soldado como yo, Diana. Sabes que es nuestro trabajo.

—Igualmente, gracias por todo. Dile a Doc que mañana iré a verlo para agradecerle por haberle salvado la vida a Lazar.

—Le diré. Llámame si me necesitas para hacer guardia.

—Gracias, lo haré. Solo confío en ti y en los muchachos de la Mercure.

—Estamos a tu disposición.

Por fin entró en el cubículo y soltó el macuto en el suelo, ciega de inquietud por verificar que Kovać estuviese bien. Lo halló dormido y sereno.

—Amor —susurró, y se inclinó para besarlo—. Aquí estoy, Lazar. No veía la hora de volver a ti. Dare está bien, no te preocupes por él. Loco por verte, como imaginarás. Lo tuve casi todo el tiempo conmigo, pegado a mí. Es mágico, amor, mágico. Estaba oprimida y tú me liberaste. Gracias, gracias, amor mío.

Se incorporó al escuchar un murmullo a su espalda. Era Linda, que le indicaba a un hombre que colocase un catre junto a la cama ortopédica de Kovać.

—Para usted, señorita Diana. Para que descanse esta noche. Indicaciones de las altas esferas —explicó con una mueca graciosa, y La Diana le sonrió.

En tanto, pensaba: “Querido Callum”.

CAPÍTULO II

*Yo os digo: es preciso tener todavía caos dentro de sí
para poder dar a luz una estrella danzarina.*

Extracto de *Así habló Zaratustra*,
de Friedrich Nietzsche, filósofo alemán
(1844-1900)

Lazar Kovać intentaba levantar los párpados, sin éxito. Se oponía con tenacidad a la somnolencia que lo invitaba a seguir durmiendo. Quería despertar. Lo acuciaba la certeza de que había algo de capital importancia de lo cual debía ocuparse. “Diana”, pensó, y la respiración y las pulsaciones se le aceleraron al tiempo que una angustia creciente le oprimía el pecho. “¡Diana!”, intentó exclamar, pero de su garganta no brotó sonido alguno.

Supo dónde estaba gracias al aroma a antiséptico y a los pitidos regulares y monótonos de las máquinas que chequeaban las constantes vitales; las de él, se dijo. Los recuerdos acudieron con nitidez. Resultaba indescriptible la desesperación experimentada mientras aguardaba, junto al helicóptero, a que Diana emergiese del bosque. Y cuando por fin la vio se dio cuenta de que algo iba muy mal. Jamás olvidaría el “no” que la oyó proferir y que se había sostenido en el aire gélido del parque nacional Sutjeska hasta alcanzarlo como un golpe. Tampoco la olvidaría corriendo en su dirección como si la vida le fuese en ello mientras disparaba a un objetivo que él no veía pues solo tenía ojos para ella, como había sido desde el lunes 18 de diciembre, bendito fuese ese día. Sin embargo existió un instante en el que su ejecutor había salido a la luz e ingresado en su campo visual; incluso habían cruzado una mirada. No contó con tiempo para analizar la significancia de encontrárselo en ese sitio, en esas circunstancias. El golpe en el vientre lo puso de rodillas primero, lo volteó después. Luego, nada.

Y ahora despertaba en ese hospital. ¿De qué ciudad? ¿Habrían alcanzado el objetivo, Camp Bondsteel? En realidad, poco le importaba. Solo quería a su Diana. Alzó los párpados lentamente y la halló sentada junto a la cabecera, la mejilla apoyada sobre la mano izquierda que a su vez descansaba en el barral de la cama ortopédica; con la derecha aferraba la de él. Se quedó observándola dormir.

Goga, su mejor amiga, lo acusaba de estar obnubilado por su belleza, del tipo que solo se encuentra en las revistas de moda, había aclarado. No lo negaría: su belleza lo había atraído apenas la divisó en el bar del gimnasio aquel bendito lunes, aunque era justo aclarar que si bien se trataba de una perfección inusual, él conocía mujeres bonitas que no le provocaban la más simple emoción. Esa muchacha, que malamente intentaba mimetizarse en el rincón oscuro del gimnasio, emitía una energía que lo alcanzaba en el plexo solar y le hacía vibrar una cuerda largamente dormida; de hecho, él la había creído muerta. La vibración que nació por la mañana fue adquiriendo una amplitud que le ocupó el pecho por completo y lo tuvo todo el día con el corazón enloquecido. Y luego de la cena compartida esa noche supo que ya no podría vivir sin ella. Semejante conclusión alcanzada en el arco de pocas horas, desde un punto de vista racional, no habría podido considerarse como el producto de una reflexión sensata. Él, como psicólogo, habría extraído conclusiones preocupantes de semejante comportamiento. De todos modos, y dada la felicidad exultante que lo embargaba, prefería olvidarse de su profesión y pensar que la magia existía. Sabía que la sofocaba con la intensidad y el poder del sentimiento que le inspiraba, y sin embargo había elegido ser sincero y entregarle su corazón, no sin pocos riesgos dada la fobia que la afectaba. En rigor, elegir no era la palabra adecuada, pues ese verbo implicaba un acto consciente y deliberado. Lo de él había sido más bien la consecuencia de haber caído prisionero del fervor que había irrumpido en él a causa de ella, y que lo había cambiado por completo, lo había avasallado y obligado a postrarse a los pies de Diana vencido y entregado. Y ella lo había aceptado, sin comprender cabalmente lo que su aceptación significaba para él.

¿Había sido claro al expresarle el agradecimiento y la devoción que sentía por ella? ¿Había empleado con precisión las palabras para comunicarle que la consideraba la mujer más valiente, noble e íntegra que conocía? ¿Había hablado correctamente y con propiedad al explicarle que la admiraba por haber luchado por su amor, por haber vencido la

afenosfobia? “Diana, amor de mi vida, razón de mi existencia”, dijo para sí porque no quería despertarla. Ella, como si lo hubiese escuchado, comenzó a rebullirse, y a él las pulsaciones se le dispararon de nuevo.

Aguardó en vilo que abriese los ojos. El celeste de sus iris volvió a maravillarlo como la primera vez que lo vio de cerca, en la Iglesia de la Santa Transfiguración. Sin embargo, fue la sonrisa que ella le destinó al encontrarlo despierto lo que le provocó una emoción tan fuerte que lo obligó a apretar la garganta para no echarse a llorar como un niño.

Anhelaba ese momento desde el día anterior. A las seis de la mañana, la enfermera le había retirado la medicación que lo sedaba, por lo que esperaba que Kovać despertase cuando su organismo eliminara los últimos vestigios de la droga. Ante sus ojos del color del caramelo, abiertos y llenos de vida, no podía hablar. Sonreía, pletórica de dicha. Se inclinó sobre su rostro y lo besó en los labios.

—Te amo —susurró con acento inestable y la frente apoyada en la de él—. Te amo tanto, Lazar.

La respiración acelerada de Kovać le golpeaba la cara. Se apartó un poco y le descubrió las lágrimas que se le deslizaban por las sienes.

—No llores, amor mío. Estás bien, estás fuera de peligro. *Todo* está bien, Lazar.

—No se trata de eso. Es que he deseado tanto que me amases como yo a ti, y ahora que te siento mía y que sé que soy tuyo no puedo controlar esto que siento.

—Te amo locamente —le recordó con una sonrisa cómplice—. Sinceramente. Eternamente. Felizmente.

—Te olvidaste de ciegamente —completó él con tono cascado.

—Agreguemos mágicamente.

Kovać asintió, incapaz de articular. Se sostuvieron las miradas humedecidas.

—Tuve tanto miedo —confesó él—. Cuando no llegabas al helicóptero...

—Shhh... No pienses en eso.

—No puedo olvidar tu grito. Ese “no”...

—Lo sé, amor, lo sé. Es difícil deshacerse de las imágenes. A mí me sucede lo mismo. No sabes lo que fue verte caer herido. Pero quiero que olvidemos, Lazar. Tengo demasiados recuerdos dolorosos. Quiero reemplazarlos por los bellos momentos que me has dado y que me darás

desde ahora en adelante. Piensa en que acaba de comenzar el resto de nuestra vida, de nuestra vida juntos, la mejor parte.

—Sí —exhaló, todavía muy afectado—. ¿Dare? ¿Cómo está?

—Desesperado por verte. Ayer estuve con él. Me atreví a dejarte un momento porque Zlatan se quedó contigo y fui a verlo. Fue hermoso, Lazar. Apenas me vio, corrió a mis brazos como si buscara refugio. Me sentí amada, pero sobre todo útil. Le servía en ese momento en que tú no estabas, su persona favorita en el mundo.

—Tú también eres su persona favorita.

—No sé si lo soy, pero me he propuesto serlo. No se separó de mí mientras estuvimos juntos, y todo el tiempo me tocaba, como si temiese que fuese a desaparecer.

—¿Tuviste algún episodio de pánico?

—No, amor, no. Nada de pánico, nada de opresión en el pecho, ni taquicardia, ni sequedad en la boca. Me siento normal. ¿Tú cómo te sientes? —le preguntó de pronto.

—Feliz como nunca lo he sido.

—No tanto como yo, de seguro. Pero me refiero a cómo te sientes físicamente. Dime si te duele algo.

—Nada. Siento un peso en la parte baja del vientre.

—La bala se te alojó en el hígado, pero la extrajeron con éxito y te colocaron un drenaje que llevarás por unos días. El cirujano dijo que te recuperarás sin secuelas.

—¿Estabas muy preocupada?

—No quiero acordarme —insistió—. Solo quiero vivir el ahora contigo. Voy a llamar a la enfermera para que venga a controlarte.

—Tengo sed.

—Se lo diré.

La Diana regresó con Linda y otra compañera, Shirley, y enseguida se percató de las miradas cómplices que intercambiaban mientras controlaban al paciente que recién despertaba. Comenzaron a molestarle las sonrisas bobaliconas como también la certeza de que lo tocaban de más, y debió refrenar las ganas de echarlas a gritos.

—Le daremos un baño en cama, señor Kovać —anunció Shirley.

—Ustedes no —intervino La Diana—. Quiero un enfermero.

—Como usted disponga, señorita Diana —susurró Linda, y se mostró compungida al retirarse con la cabeza baja. La otra, la tal Shirley, en

cambio, se marchó ofendida.

Se aproximó con un vaso de agua y, todavía enojada, evitando mirarlo a la cara, le acercó la pajilla a los labios sonrientes. Kovać sorbió antes de hablar con voz alegre.

—¿De qué se trató eso?

—No me digas nada —advirtió La Diana, y lo instó a seguir bebiendo.

—¿Estás celosa?

—Sí —confesó, y alzó la vista para clavarla en la chispeante de él—. Te toqueteaban sin necesidad. Les habría cortado las manos con mis *kukris*. No era un comportamiento profesional, sobre todo el de la arrastrada esa, la tal...

No acabó la frase. Kovać, con una fuerza inesperada, la aferró por el antebrazo y la obligó a inclinarse para sellarle la boca con un beso. Sin apartar los labios de los de ella, le dijo:

—No sabes lo feliz que me hacen tus celos, Diana mía.

—A mí no me hacen feliz ni una pizca, Lazar adorado —remató con ironía, y lo hizo reír, y la risa se convirtió en una mueca dolorida cuando le tiraron los puntos—. ¡Perdón, amor mío, perdón!

—No me pidas perdón cuando estás haciéndome tan feliz.

Linda trajo la mesa rodante con el desayuno. Se limitó a quitar el barral de la cama y a encastrar la bandeja de modo que Kovać estuviese a gusto. Luego le enseñó a La Diana cómo elevar la cabecera con un comando y le indicó que el café con leche y las medialunas eran para ella. El señor Kovać estaría sometido a una dieta semiblanda durante unos días.

—Después de que el señor Kovać termine de desayunar —manifestó la joven con aire sumiso—, mi compañero Jason vendrá a darle el baño en cama.

La Diana asintió en silencio y una vez que quedaron solos se ocupó de alimentar a Kovać en la boca.

—Creo que puedo hacerlo —expresó él, e intentó sujetar la cuchara con la porción de gelatina de frambuesa—. No quiero que se te enfríe el café con leche.

—No me prives de esta posibilidad de hacer algo por ti. Siento que te soy útil.

—Diana —dijo, todo rastro de ironía o diversión desaparecido—, me eres útil solo por el hecho de existir, quiero que lo entiendas. Lo único que necesito es que siempre estés junto a mí.

—No sé cómo harás para evitarlo siendo que me convertiré en tu esposa.

La sonrisa de Kovać la obligó a pausar y se quedó mirándolo con la cuchara en el aire.

—Mi esposa —susurró él—. Mi amada y admirada esposa. ¿Sabes en qué estoy pensando? —La Diana movió la cabeza para negar—. En la noche en que te hice el amor.

Sonrió y bajó la vista. Las mejillas se le habían arrebatado, y su cuerpo reaccionaba con voluntad propia al sensualismo de ese hombre.

—Fue el momento más feliz de mi vida, Lazar, un milagro. Todavía me estremezco al recordar el instante en que te recibí dentro de mí.

Kovać le buscó la mano sobre la cama y entrelazó sus dedos con los de ella; los apretó.

—Estoy excitado —le confesó, y La Diana se volvió para descubrir el bulto que se perfilaba bajo la delgada sábana—. Todavía estoy bajo los efectos de los calmantes y sin embargo tú logras excitarme.

—No quiero que esas dos te vean así —se inquietó.

—Distráeme entonces.

La Diana lo instó a comer el desayuno mientras le relataba los hechos de las últimas horas. Lo tranquilizó saber que Selin se encontraba estabilizada, y que Senada y la pequeña Diana se hallaban bien. Le explicó que a las demás las habían alojado en dos cabañas bien equipadas y que tenían de todo.

—Mi tío abuelo y Bruce llegaron ayer apenas se enteraron de que estábamos en Camp Bondsteel. Callum invitó a Goga a su castillo en Escocia hasta que la situación se tranquilice y sea seguro regresar a Sarajevo.

Kovać comía y le prestaba atención con un gesto serio y reconcentrado que La Diana encontraba muy atractivo. Se limitaba a asentir o a abrir grandes los ojos para comunicar asombro.

—Tendré que enfrentar a Nanuk en algún momento —admitió—. Quiero saber por qué desapareció. Y también tendré que volver a ver a Van Groen —añadió con una nota de desprecio.

—Está enamorado de ti.

—¿Quién? ¿Van Groen? —preguntó; la afirmación de Kovać le resultaba no solo equivocada sino ridícula.

—Van Groen, sí.

—Te equivocas, amor.

—*Tú* te equivocas.

—¡Nos soportamos a duras penas, Lazar! Formaba parte del batallón de cascos azules destinado en Srebrenica cuando Mladić invadió la ciudad, y uno de mi pueblo mató a su mejor amigo con una granada.

—Lo que quieras, amor, pero vi cómo te miraba en el refugio, sin mencionar que arriesgó el pellejo para salvarte. Si los traficantes descubriesen su traición, tendría mucho que perder, y él lo sabe; no obstante, se expuso por ti. Jamás te celaré al punto de quitarte la libertad, pero quiero que sepas que ahora soy yo el que está celoso por saber que te verás con ellos.

La Diana se inclinó y con la lengua le quitó un trozo de compota de manzana atrapado en la comisura. Acto seguido, lo besó con fervor. Él ahogó un gemido y respondió de inmediato. Con la mano que no tenía canalizada, la sujetó por la nuca y ejerció presión al momento que la penetraba con la lengua.

—Acabas de volver a excitarme —le recriminó, y La Diana rio y se puso a contarle cosas para distraerlo de nuevo.

Al rato entró Jason, un afroamericano alto y fornido, que se ocupó de lavar el cuerpo de Kovać por completo, incluso la cabeza. La Diana no acababa de admirarse de la destreza con que lo hacía y sin derramar una gota fuera de la cama. El enfermero acabó la tarea y se marchó tan discreto y silencioso como había llegado.

—¿Te sientes cómodo?

—Me siento renacer después de tantos días sin higienizarme. ¿Dormiste aquí? No había visto el catre hasta que el enfermero bajó la cama para bañarme.

—Sí, toda la noche a tu lado, amor. Es una concesión muy especial porque en la Unidad de Cuidados Intensivos estas cosas están prohibidas. Pero no iba a dejarte solo.

—Crees que la pesadilla no ha terminado, ¿verdad? —La Diana bajó la vista—. Ey, ¿qué sucede?

—El tipo que te disparó...

—¿Qué hay con él?

La Diana no pudo contestar. Corrió fuera para atender la llamada de número desconocido. Era la funcionaria Madeleine Reardon, directora de la Oficina del Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos en Bosnia.

—¿Es un momento propicio?

—Sí —respondió La Diana con timbre circunspecto.

—Acabo de llegar a Camp Bondsteel para hacerme cargo del destino de las muchachas traficadas y me gustaría almorzar con usted y las autoridades de Duga Sarajevo.

—El señor Kovać, el vicepresidente —aclaró—, está internado. Ayer le extrajeron una bala del hígado.

—Sí, lo sabía. ¿Cómo está?

—Evoluciona muy bien.

—Excelente noticia. Entonces, podríamos almorzar usted, la ingeniera Prolović y yo. Tengo una propuesta que hacerles. Creo que les interesará.

—Permítame hacer los arreglos necesarios y la llamaré en unos minutos.

—Se despidieron y La Diana regresó al cubículo de Kovać—. Era Madeleine Reardon, la jefa de...

—Sé quién es. Richard Tomkins trabajaba bajo sus órdenes. No la conozco personalmente, pero Richard la respetaba.

—Quiere vernos. Está aquí, en Camp Bondsteel, y nos ha invitado a almorzar. Solo iré si alguno de mis amigos de la Mercure se queda contigo. Llamaré a Goga.

Kovać la observó alejarse. La notaba nerviosa y preocupada. Momentos antes, a punto de abordar el tema del disparo, había percibido su inquietud y sus pocas ganas de afrontar la cuestión. La vio regresar tras la comunicación con Goga. Se mordía el labio y apretaba el entrecejo.

—Ven —le ordenó.

Ella de inmediato se acercó a la cabecera y él le acunó la mejilla.

—No quiero que te abrumes. Poco a poco iremos resolviendo lo que quedó pendiente. No quieras arreglarlo todo sola.

—Lo único que quiero es que estés protegido, lo único que me importa —remarcó, y apoyó la frente en su pecho.

—Te amo.

—Lo sé, Lazar. Sé que me amas. Y tu amor se ha vuelto indispensable para mí, y hay tantos peligros que te acechan, y temo perderte más que a nada porque si bien he perdido a mucha gente que amaba y he sufrido muchísimo, de algún modo he logrado resistir, con traumas, fobias y todas esas locuras que tú curaste, es cierto, pero conseguí mantenerme en pie. Pero si te perdiese a ti... —Se le cortó la voz; agitó la cabeza y apretó los párpados.

—Bésame.

La Diana se pasó el dorso de la mano por los ojos y se inclinó para besarlo, solo que él no se lo permitió. Cuando la tuvo a un par de centímetros, le rodeó el cuello con una mano y la obligó a mirarlo con una intensidad que no le conocía.

—Diana, amor de mi vida, no vas a perderme, quiero que te convenzas de eso.

—Tú no entiendes, Lazar. El peligro es... es...

—¿Qué? Dime lo que está atormentándote.

Quería hablarle de Vuk, el jefe de la red de tráfico humano en los Balcanes, el señor del Drina, como se lo conocía en el pasado, el *vojvoda* o duque, como lo llamaban en el presente, solo que no se atrevía, un poco porque la avergonzaba, pero sobre todo porque le causaría un gran dolor. De nuevo la salvó Madeleine Reardon; se había cansado de esperar su llamada y había tomado la iniciativa. Respondió ahí mismo porque sabía que no le llevaría más de un minuto. Acordaron que almorzarían en Burger King a la una de la tarde.

—Ahora quiero que veas a Dare —dijo, y era consciente de que posponía el tema de Vuk como si no fuese urgente y prioritario—. Le prometí que apenas te despertases lo traería a verte.

A Darko lo llevaron al hospital Bruce McLeod y Glendale. Le causó una gran ternura ver al niño de la mano del viejo Callum, y fantaseó con que ese hombre se convirtiese en el abuelo del pequeño que había sufrido vejaciones atroces a manos de Radovan Borenovic, su padre biológico. ¿Qué habría sido de ese pedófilo, prófugo de la Justicia?

Glendale y McLeod aguardarían a Darko en la sala de espera para llevarlo de regreso a la cabaña. Una nueva indulgencia les fue otorgada al permitir que un niño menor de trece años ingresase en la Unidad de Cuidados Intensivos. La Diana le lavó las manos y lo guió a través del corredor rodeado de cubículos. Reprimía la risa que le causaba el nerviosismo del pequeño, que caminaba aprisa y echaba vistazos, no asombrados ante el recinto tan extraño, sino ansiosos mientras buscaba a Kovać.

En la puerta del cubículo, La Diana lo levantó en brazos, y el niño, al avistar a Kovać en esa cama extraña, rodeado de máquinas con luces y sonidos raros, se asustó. Hizo un puchero y se largó a llorar. La Diana le besó el carrillo y, sin decir nada, lo llevó hasta la silla junto a la cabecera.

Kovać lo recibió con los brazos extendidos, y el niño acabó recostado sobre su pecho, donde lloró durante un rato.

—¿Qué tal el viaje en helicóptero? —quiso saber Kovać—. Cuéntame, que yo me lo perdí.

—Te salía mucha sangre —dijo Darko en cambio, y elevó el rostro para mirarlo.

Se limpió con la mano la nariz que le corría, por lo que La Diana se hizo de un pañuelo de papel tisú y lo obligó a sonarse.

—¿No te gustó el viaje en helicóptero, entonces?

—No —contestó, trompudo—. Fue horrible porque tú ibas a morir.

—Lo siento, cariño.

—El doctor amigo de Diana te salvó.

—Se refiere a Doc, un ex compañero de la Mercure. Excelente paramédico. Entraste en paro y te aplicó el desfibrilador. Se ve que lo impresionó —dijo, al tiempo que le retiraba el flequillo que le caía sobre la frente.

Darko acomodó la cabeza en el hueco que se formaba bajo el mentón de Kovać y guardó silencio.

—Fuiste muy valiente durante esta aventura, Dare —expresó el hombre, mientras le besaba una y otra vez la coronilla—. Diana y yo estamos muy orgullosos de ti.

—Sí, pero ya no quiero más aventuras. No me gustan tanto.

Los adultos rieron. La Diana se inclinó y le besó la espalda, y allí dejó apoyada la mejilla. Kovać extendió el brazo y la obligó a recostarse sobre él. Los abrazó a los dos. La Diana alzó los párpados y lo descubrió con los ojos cerrados y los labios sumidos para controlar la emoción. Fue un momento precioso para ella, y lo que dijo Kovać a continuación la sacudió íntimamente.

—Somos una familia ahora. Y sea cual sea la aventura que nos toque vivir, siempre estaremos juntos, unidos, y nos protegeremos unos a otros.

—¿Vamos a vivir juntos los tres? —se entusiasmó Darko.

—Sí, cariño. Le pedí a Diana que se casase conmigo y ella aceptó.

—Entonces, ¿Diana será mi mamá?

—¿Te gustaría?

—¡Sí! —exclamó y levantó los brazos en un gesto de victoria que volvió a causar la risa de los adultos.

La Diana lo llenó de besos. Darko reía de un modo cristalino; parecían gorgoritos, y pensó que si ese niño que no se había gestado en sus entrañas le inspiraba un amor tan puro y noble, ¡cuánto más grande sería el que le inspiraría su pequeña Larysa! O quizá, después de todo, sería el mismo.

—¿Puedo decirte mamá?

La Diana habría necesitado la mirada reconfortante de Kovać en esa instancia en que un niño le pedía llamarla con el extraordinario y maravilloso título que le había negado a su hija. No quiso mirarlo para no romper la conexión que había establecido con Darko y para que el niño no creyese que dudaba.

—*Moje blago*, nada me haría más feliz que tú me llamases mamá.

—¡Pero cómo! —intervino Kovać, y le imprimió al gesto una mueca triste—. ¿No te haría más feliz casarte conmigo?

—¡No! —rio Darko—. ¡La haría más feliz que yo la llamase mamá! ¿No es cierto, Diana?

—Absolutamente, *moje blago*.

Linda entró en el cubículo y anunció que la visita del niño debía concluir. La despedida tomó unos minutos en los que Kovać mantuvo a Darko pegado a su pecho, mientras lo besaba y le aseguraba que pronto volverían a estar juntos. La Diana lo acompañó incluso hasta la salida del hospital, donde se sorprendió al descubrir una camioneta de la emisora televisiva CNN.

—Están haciendo guardia desde temprano porque saben que Kovać está aquí —explicó Bruce McLeod—. Solo permitieron el ingreso en la base a CNN y a la BBC, pero sabemos que fuera está el resto de los chacales hambrientos por una exclusiva.

A La Diana tanta exposición mediática le causó malestar. No pasaría mucho antes de que Vuk supiese dónde encontrar a Kovać. Se olvidó del tema de la prensa al ver que Nanuk Christiansen se aproximaba hacia el ingreso; la miraba con fijeza y expresión seria. Se mantuvo apartado en tanto ella se despedía de Darko y aguardó incluso después, hasta que decidió quitar la vista de las tres figuras que se alejaban hacia el Jeep.

—Buen día —la saludó.

—Buen día. ¿Te encuentras bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Bien.

—¿Kovać?

—Bien, aunque todavía lo tienen en terapia intensiva. Debo regresar con él.

—Diana, quiero hablar contigo antes de irme. Me marcho en unas horas.

—Estaré almorzando con una funcionaria de la ONU en Burger King. ¿Te viene bien a las tres de la tarde?

—Perfecto. Nos vemos, entonces.

La Diana asintió y, cuando se disponía a regresar a la Unidad de Cuidados Intensivos se detuvo al llamado de Nanuk.

—¿Has superado tu fobia? Te vi tocando al niño —se explicó— y a Kovać, por supuesto.

—Cosas extraordinarias me han sucedido desde que llegué a Bosnia. Una de ellas ha sido empezar a recorrer el camino de la sanación de mi fobia.

—¿Crees que si te diese la mano podrías aceptarla?

La Diana lo miró a los ojos y asintió. Christiansen levantó el brazo y lo mantuvo extendido mientras ella estudiaba la mano de piel olivácea. Temía que la cura operada en esos días no funcionase con todos. No se tenía confianza. Casi a modo de experimento, la aferró. Se quedó observando el contraste de sus pieles, maravillada de que nada negativo se desatase dentro de ella a causa del contacto. Nanuk hizo un chasquido con la lengua y movió la cabeza. Le rogó, con acento enfervorizado:

—¡Perdóname!

La Diana, más por una costumbre que a causa de un malestar, intentó apartar la mano, pero él no se lo permitió y siguió hablándole.

—Tenía que desaparecer, era preciso hacerlo, y debía cortar con mi pasado y con lo que amaba para protegerlo. Sobre todo a ti tenía que protegerte.

Detuvo el forcejeo y se quedó inmóvil.

—Nanuk, suéltame —pidió con voz controlada.

—Sí, sí, discúlpame —farfulló él y dio un paso atrás—. ¿Estás bien? ¿Te sientes bien?

—Sí, estoy bien. Ahora tengo que volver con Lazar. Después hablaremos.

* * *

Volvió al cubículo y se encontró con el cirujano, el doctor Cooper. Hablaba animadamente con Kovać mientras controlaba la bolsa del drenaje.

—Buen día, doctor.

—Buen día, señorita Huseinovic. Le decía al señor Kovać que si todo marcha tan bien como hasta ahora, mañana lo transferiré a una habitación en el ala de internación normal y en cinco días, a lo sumo seis, le daré el alta.

La Diana sonreía, dichosa con el pronóstico del cirujano. Igualmente, se decía que contaban con poco tiempo para organizar la salida de Camp Bondsteel y buscar un sitio seguro donde reagruparse y organizarse. Tal vez, concurrir a la ceremonia de inauguración de la clínica de Matilde en París era una buena idea; el único obstáculo lo constituiría la prohibición de sacar a Darko del país, y ella, sin el niño, no se movería de Bosnia.

El médico se despidió, y La Diana enseguida buscó el contacto y el refugio que constituía el abrazo de Kovać.

—¿Estás contenta con la noticia del doctor Cooper? —Asintió en la curva de su cuello sin pronunciar palabra—. Gracias por haber hecho tan feliz a Dare. Sé en qué pensaste cuando te preguntó si podía llamarte mamá. Lo sé todo, amor mío. Transitaremos juntos el camino que nos hemos propuesto. No te dejaré sola un instante, y todo lo bueno y todo lo malo lo viviremos juntos. La carga la repartiremos entre los dos.

—Lo sé. Solo por eso me atreveré a recorrerlo, porque tú estarás conmigo. —Se incorporó y se ubicó en la silla—. Lazar, creo que lo mejor será alejarnos un tiempo de Bosnia y de los medios de prensa, que están esperando fuera del hospital para entrevistarte. Salimos airoso de la persecución, pero la pesadilla, como tú la llamaste, no ha terminado.

—¿Qué propones?

—Matilde volvió a invitarnos a la inauguración de su clínica en París. Me encantaría que fuésemos los tres, Dare, tú y yo. Estoy ansiosa por que conozcas a mi familia. El único problema es el permiso para sacar a Dare del país, y sin él no nos moveremos de Bosnia.

—Sin él, no, no nos moveremos —ratificó Kovać—. Pero podemos aprovechar la posición en que, para bien o para mal, nos encontramos e intentar pedir que se nos emita un permiso para sacarlo durante algunas semanas. Llamaré a Bosa mientras tú estás almorzando con Madeleine Reardon.

—No se permite el uso del celular aquí. Interfiere con los aparatos —explicó.

—La llamaré mañana, cuando me saquen de aquí.

—¿Qué harás mientras no estoy? ¿Quieres que pida el control remoto para mirar un poco de televisión?

—Sí, me gustaría saber qué dicen los noticieros.

Linda le trajo el control remoto, le explicó cómo usarlo y le indicó en qué números se hallaban los canales informativos. La Diana sintonizó BBC News. Después de una noticia referida a un alud en China, la conductora anunció el caso del grupo de víctimas de tráfico humano que había escapado a través de los Balcanes y enseguida se conectó con el corresponsal que informaba en vivo y en directo desde Camp Bondsteel en Kosovo. La Diana entrelazó los dedos con los de Kovać y esperó con expectación las imágenes. El periodista se encontraba en el ingreso de una de las cabañas, en la escalera de pocos peldaños que guiaba hacia la entrada. Frente a él se hallaba una mujer de unos cuarenta y cinco años, de cabello rubio, muy corto, ojos azules y rasgos andróginos. En la parte inferior de la pantalla apareció una leyenda: Madeleine Reardon, directora de la Oficina de Derechos Humanos de la ONU en Bosnia.

—¿Acaba de llegar a Bondsteel, directora?

—Hace un par de horas, sí.

—¿A qué ha venido?

—A prestar mi apoyo a las autoridades de la ONG Duga Sarajevo que arriesgaron sus vidas para salvar a las jóvenes sin apoyo oficial alguno y a ocuparme personalmente del destino de las víctimas de tráfico humano.

—¿Qué se hará con ellas?

—Les tomaremos declaración y después, juntamente con las autoridades de Bosnia, decidiremos de qué modo resolver sus situaciones. Mi presencia aquí es para garantizar que cualquiera sea el procedimiento que se lleve a cabo se haga bajo la estricta observancia y el respeto a los derechos humanos.

—Sabemos que uno de los directivos de la ONG fue herido durante la escapatoria.

—Así es. El licenciado Lazar Kovać recibió un balazo de uno de los traficantes que se le alojó en el hígado. Fue intervenido y, por lo que sabemos, evoluciona favorablemente.

—¿Qué se sabe de esta red de tráfico?

—Sabemos que son poderosos y que cuentan con armamento y conexiones políticas que les permiten actuar con impunidad en toda la región.

—Se asegura que personal de la OTAN y de la ONU estaría involucrado en este tráfico. ¿Qué puede comentar al respecto?

—Nada ha sido probado aún, pero se está investigando.

El corresponsal le agradeció a la funcionaria y se despidió antes de que la imagen volviese al estudio. La conductora anunció un resumen de lo acontecido en las últimas setenta y dos horas con el grupo de muchachas traficadas. El servicio informativo comenzó con una mención de la guerra en Bosnia a principios de los noventa, siguió con una descripción somera y poco precisa de la huida y terminó con una serie de entrevistas realizadas a los alumnos de Kovać de la facultad de Psicología y los de la escuela secundaria Treća Gimnazija. En general opinaban las chicas acerca del “profe Laza”, pero también los varones se aunaban a las expresiones encomiables. La Diana alternaba vistazos entre la pantalla y Kovać, atraída por su risa. Parecía rejuvenecido, y resultaba evidente que el amor que le profesaban sus alumnos era recíproco.

—Es tan fácil amarte —le susurró inclinada sobre su oído.

Kovać dejó caer los párpados lentamente, la sonrisa congelada, y se volvió hacia su boca. Iniciaron un juego de caricias de labios, de roces prometedores, de mordidas provocadoras, de alientos que se enredaban, de lenguas que se buscaban, hasta que Kovać, impaciente, la sujetó por la nuca y la besó con la pasión que solo esa mujer le despertaba. Ella respondió de inmediato, consciente de lo precioso y único que tenían. Se apartaron con actitud lánguida. Él abrió los ojos primero y vio que La Diana permanecía atrapada en la energía de lo que acababan de compartir. Y no soportó la separación; le colocó una mano al costado del cuello y la acercó de nuevo a su boca para arrastrarle los labios por el rostro, para apreciar la suavidad de su piel.

—Es a ti a quien más amo en el mundo, quiero que estés segura de ello. A nadie como a ti, amor mío.

Linda carraspeó para delatar su presencia. Traía el almuerzo un poco más temprano de lo habitual pues así lo había solicitado la señorita Huseinovic. No quería que ni Linda ni la tal Shirley lo alimentasen. Cuando terminó, Kovać declaró su deseo de lavarse los dientes, y La Diana, que solo pensaba en que estuviese confortable, hizo de todo para que la proveyesen de lo necesario. Le llenó dos veces el vaso con agua y le sostuvo la escudilla bajo el mentón para que escupiese el enjuague, y también el espejo mientras él se pasaba el hilo dental, y en esa rutina de higiene, La Diana sintió tanta

intimidad como en el acto de amor que habían compartido en el refugio del parque nacional Sutjeska.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. Gracias, amor mío.

—De nada. ¿Quieres que te baje un poco la cabecera? Me gustaría que intentases descansar.

—Sí. Tengo sueño.

Aunque era tarde y de seguro Madeleine Reardon estaría esperándola en Burger King, La Diana no se marchó hasta que su ex compañero de la Mercure Martin Guerin, más conocido como Doc, se presentó para relevarla. Para ese momento, Kovač ya se había dormido.

* * *

Goga y Madeleine Reardon conversaban animadamente en una mesa apartada de la hamburguesería. La Diana se presentó con la funcionaria de la ONU y se disculpó por la demora antes de ir a comprar su comida. Regresó minutos más tarde y se ubicó junto a Goga.

—Madeleine —dijo la presidenta de Duga Sarajevo—, si estamos vivos es gracias a esta mujer. Sus habilidades como soldado nos salvaron.

—Si estamos vivos —señaló La Diana— fue por el estupendo trabajo en equipo que hicimos. Las muchachas se comportaron como pocos civiles lo hubiesen hecho en condiciones tan traumáticas y adversas. Sin las habilidades de Lazar al volante probablemente estaríamos en el fondo de un barranco tapados por la nieve. Y no debemos olvidar a los que nos ayudaron desinteresadamente en estos días de fuga. —Se cuidó de mencionar al padre Nikolaj, a Ljuba y a Jakov; pretendía mantener en secreto sus identidades—. ¿Qué habríamos hecho sin ellos?

—No tengo duda al respecto —intervino Reardon—, pero en todo equipo se precisa de un líder. Y tengo la impresión de que en esta oportunidad se trató de usted, señorita Huseinovic.

—Llámeme Diana, por favor.

—Y tú, Madeleine.

—Muy bien, Madeleine. Creo que en esta oportunidad el liderazgo estuvo repartido entre Lazar y yo. No lo habría logrado sin él.

—Sé que eres un soldado de la OTAN con una foja impecable. No nos revelaron los detalles pues se nos dijo que eran secretos, pero obtuvimos un

informe del Comité Militar en el que solo hay elogios para ti, te lo aseguro.

La Diana asintió al tiempo que se preguntaba si, después de todo, el general Alberto de Souza no había incluido en su legajo el exabrupto en el sótano de la casa-refugio de Bucarest, cuando casi le rebanó el gaznate al criminal de guerra Zver.

—Igualmente, con todo lo sucedido, creo que estoy sin trabajo. Mi unidad fue intervenida debido a que algunos de sus componentes fueron acusados de traficantes.

—Lo sé —expresó Madeleine Reardon—. Todos hemos leído el artículo tan meticuloso de Albert Coleman. Pero te aseguro que en este momento solo tendrías que chasquear los dedos y varias ofertas de trabajo caerían a tus pies. Si bien la prensa no sabe de tu intervención en la huida, las autoridades de la ONU y de la OTAN la conocen muy bien. Por eso estoy adelantándome para pedirte que trabajes con nosotros. ¿Qué planes tienes para el futuro? ¿Volver a la OTAN?

—Lo dudo. Sin mi jefe y mentor, el general Raemmers, al que asesinaron por intentar desbaratar el tráfico, sin él en la fuerza, no deseo volver. Igualmente mi futuro es un poco incierto en este momento —mintió.

Sabía bien lo que quería: formar una familia con Kovać y Darko y buscar a la hija que había abandonado en Rogatica.

—Quería verlas hoy —retomó Reardon— pues lo sucedido conmocionó al mundo e hizo temblar las estructuras de la ONU. Hay un frenesí por abordar el tema del tráfico humano que ha derivado en algunas medidas interesantes. El embajador Klein ha contratado a una experta en el tema, la periodista Celhia de Lasieux, y nos ha encargado a las dos crear una unidad especial para combatir el tráfico humano. Les aseguro que haber convocado a Lasieux habla de la seriedad del proyecto. Está muy comprometida con la causa y, como les decía, es una experta; pocos conocen de tráfico como ella. Ha trabajado en Camboya, Timor Oriental, Liberia y otros países que ahora no recuerdo.

—Luce prometedor —se entusiasmó Goga.

—Todo *siempre* luce prometedor —apuntó La Diana—, hasta que te das la cabeza contra el muro que componen la burocracia y la corrupción rampantes en Bosnia.

—Es cierto, Diana —concedió la directora de la Oficina de Derechos Humanos—, pero como te explicaba, lo sucedido no fue una broma. El propio gobierno de Halid Genjac, que todos sabemos es controlado por

Izetbegović, ha tambaleado, y el jefe de la Policía de Sarajevo se encuentra prófugo luego de que Kovać lo denunciase durante la entrevista que le concedió a Coleman. Se han intervenido muchos juzgados y fiscalías y se están promulgando cambios en la legislación y en el trato a las víctimas del tráfico, que hasta el momento eran consideradas prostitutas. Lo más importante que se ha decidido es la creación de una fiscalía especializada en el tema, y ya imaginarán a quién se ha propuesto para el cargo.

—A Bosa —contestó Goga, y Reardon asintió.

La Diana escuchaba a medias; se había quedado empantanada en lo que la mujer había mencionado, que Goran Vasilić, el jefe de la Policía de Sarajevo, había entrado en la clandestinidad como consecuencia de la denuncia de Kovać; un enemigo más que se sumaba a la lista de delincuentes que lo amenazaban. Se desmoralizó. Tal vez la propuesta de Reardon fuese lo que necesitaba para mantener a su familia a salvo. Formando parte de la unidad especial de lucha contra el tráfico humano obtendría la autoridad, la inteligencia y las armas para destruir a Vuk y a su séquito de criminales de una vez por todas.

—¿Qué cargo ocuparía dentro de esta nueva fuerza?

—Serías la jefa de las escuadras policiales, con amplios poderes y un buen presupuesto.

—¡Guau! —se sorprendió Goga.

La Diana se la quedó mirando con expresión pasmada.

—La fuerza —prosiguió Reardon— constará de unos trescientos agentes. Pero el proyecto es mucho más integral. Lo hemos llamado STOP por Special Trafficking Operations Program.

—¡Ya tiene hasta nombre! —se entusiasmó Goga—. Han trabajado duro en estos tres días en que desaparecimos del mundo.

—No creo que puedas imaginar cuánto —manifestó Madeleine Reardon—. Creo que en las últimas setenta y dos horas he dormido cuatro. Tengo capas y capas de corrector de ojeras —declaró—. No dramatizo cuando les digo que su causa provocó un terremoto de gran escala.

—¿Qué implica este proyecto STOP además de una fuerza policial? —quiso saber La Diana.

—Nos haremos cargo de todas las etapas, desde la sensibilización del público y campañas de información para evitar que inocentes caigan en las redes hasta la asistencia a aquellas pobres chicas que rescataremos de las garras de estos malnacidos. Por esta razón también convoqué a Duga

Sarajevo, porque ustedes, Goga, poseen una estructura pequeña pero bien aceiteada para realizar este trabajo, sin mencionar la experiencia y los contactos que han acumulado durante este tiempo. Conservarían su personería jurídica, actuarían coordinadamente con la fuerza al mando de Diana y recibirían fondos de la ONU además de las donaciones que, no tengo duda, lloverán ahora que se han hecho famosos.

—Es lo que siempre soñamos con Bosa y Laza, contar con fondos públicos que nos permitan hacer más, mucho más de lo que hacemos. Igualmente, para aceptar tengo que hablar con ellos. No puedo decidir por mi cuenta.

—Contamos con un poco de tiempo —concedió la directora—. Estamos en la fase inicial, pero la opinión pública está inquieta y exige respuestas, por lo que tampoco podemos demorar la cuestión. Dentro de un mes como máximo nos gustaría convocar a una conferencia de prensa y anunciar el proyecto. Para entonces, ya tendríamos que conocer tu respuesta, Diana, y la de Duga Sarajevo. Digamos en quince días.

—Madeleine —habló La Diana—, es interesante tu propuesta, en verdad lo es, y confieso que me siento tentada. Tendré que meditarlo, por supuesto. Te llamaré en unos días para comentarte mi decisión. —Se puso de pie al ver que Nanuk ingresaba en el local—. Ahora tengo que dejarlas. No quiero que Lazar esté tanto tiempo solo.

—Gracias por haber aceptado almorzar conmigo y gracias por aceptar meditar la propuesta. —La mujer se puso de pie y estiró la mano en dirección de La Diana, que la aceptó con fluidez y naturalidad—. Sería un honor contar con tu integridad y profesionalismo en la fuerza. Quiero que sepas que te admiro.

—Gracias, Madeleine.

—Antes de que te marches —dijo, y miró a Goga, luego a La Diana—, quería decirles que, como responsable de la Oficina de Derechos Humanos, tomaré declaración a cada una de las víctimas. Quiero que todo quede registrado y que el mundo conozca el calvario por el que atraviesan esas pobres chicas. Ustedes dispondrán cuándo y, por supuesto, me gustaría que estuviesen presentes.

—Lo organizaremos —prometió Goga, y La Diana asintió.

* * *

—¿Nos sentamos y tomamos un café? —propuso Nanuk.

—Prefiero que charlemos en el hospital, en la sala de espera. Quiero estar cerca de Lazar —aclaró.

Caminaron en silencio los primeros metros por la avenida principal de Camp Bondsteel.

—Vi que le dabas la mano a esa mujer con la que almorzabas. ¿Estás bien?

—Sí.

—Me resulta extraño verte tocar a la gente con tanta naturalidad. Estoy feliz por ti —añadió un instante después.

—Yo también estoy feliz. Sentirme normal ha sido liberador. Me habría gustado que el general me viese curada.

A la mención de Raemmers, cayeron de nuevo en un mutismo no incómodo, aunque pesoso. En el hospital, La Diana lo guió hasta la sala de espera de la Unidad de Cuidados Intensivos.

—Espérame aquí, por favor —le indicó—. Iré a comprobar si Lazar está bien y regreso.

Kovać dormía plácidamente, y Doc le confirmó que no se había despertado desde que ella se había ido. La emoción de la mañana lo había extenuado. Lo observó dormir durante un par de minutos, las facciones relajadas y la respiración acompasada y serena. Prefirió no besarle por temor a perturbarle el sueño. Se marchó luego de asegurarle a Doc que se encontraba fuera, a pocos metros, que liquidaría un asunto y lo relevaría del encargo.

—Ve tranquila. Este libro está muy interesante —dijo, y lo agitó en el aire.

Nanuk había comprado dos cafés y le extendió uno apenas se sentó frente a él. La Diana bebió unos sorbos y alzó la vista.

—¿Por qué desapareciste?

—Así lo creímos mejor con Raemmers.

—¿El general lo sabía? —Nanuk contestó que sí—. Me hizo creer que no sabía nada de ti. A veces me preguntaba si me habías contactado.

—Lo hacía para probarme. Sabía que eras mi talón de Aquiles.

—¿Por qué lo creyeron mejor el general y tú?

Nanuk se puso de pie y le señaló la salida. Abandonaron los cafés a medio tomar y se dirigieron hacia la calle.

—No confío en nada ni en nadie. Esa sala podría estar atestada de micrófonos. —La Diana expresó su acuerdo—. Después de lo de Yura y Miki, el general y dos altos mandos de la OTAN, Manfred Schell y Ragnar Haraldsson, me encomendaron una misión encubierta.

—No los conozco.

—Pero Schell y Haraldsson te conocen a ti.

—¿Qué misión encubierta te encargaron?

—Que infiltrase el entorno cercano de Ilić.

—Por eso trabajas como su guardaespaldas.

—Exacto. Gracias a los contactos del general, conseguí un empleo en la compañía militar privada a la cual Ilić recurría a menudo para que le proveyese de servicios de seguridad y otros más oscuros.

—Baywatcher —dedujo La Diana.

—Así es, Baywatcher. Terminó comprándola. Ahora forma parte de su holding gigantesco. Creo que es más poderoso que Unilever y Bayer juntos —estimó.

—¿Para qué la necesita? A la Baywatcher, me refiero.

—Digamos que, además de los servicios propios que un magnate precisa de un grupo de mercenarios, Ilić posee intereses que tiene que cuidar con un celo que, en ocasiones, requiere la fuerza.

—¿Por ejemplo?

—Investigaciones, intimidaciones y sobre todo protección del famoso espionaje industrial. Los dueños de los campos y plantaciones, por ejemplo, han denunciado que personal de la Herkul Biotech ha invadido sus sembradíos de noche para corroborar si han replantado alguna semilla perteneciente a Herkul para demandarlos por el pago de los *royalties*, solo que no es personal de la Herkul sino de la Baywatcher, y no son simples empleados sino soldados entrenados y armados. Hay quienes sugieren que son estos mismos hombres los que esparcen las semillas genéticamente modificadas en los sembradíos biológicos para luego reclamar el pago del *royalty*.

—Maldito hijo de puta.

—Sé que no lo quieres. El general me lo dijo.

—Y ahora, la epidemia del virus de Marburgo —recordó La Diana—. Estoy segura de que él está detrás de eso. Usa la posible cura que pondrá a disposición de la OMS para que le aprueben el trigo Bt. Es un mafioso, un simple chantajista.

—Es lo que sospecho —acordó Nanuk—. Yo, sin embargo, todavía no he conseguido formar parte de su círculo más íntimo. He avanzado mucho en poco tiempo y el viejo está mirándome con buenos ojos, pero Ilić no llegó donde llegó por ser confiado e incrédulo, y me tomará más tiempo acceder al corazón de su negocio. Además, tengo una contra: su asistente, George Pearson, un petiso con cara de roedor, parece ser el que decide quién debe entrar en ese círculo o permanecer fuera. Y tengo la impresión de que me mira con malos ojos.

La Diana se debatía entre revelarle lo que había descubierto acerca de ese monstruo, que era un pedófilo, o callarlo. Eligió esto último por respeto a Lazar Kovać, una de sus víctimas.

—El general me dejó un video antes de morir. Un video con imágenes del circuito cerrado del aeropuerto de Edimburgo, del día en que Yura y Miki abordaron el avión que cayó en Bélgica. —Estudió la reacción de Christiansen, cuya expresión comunicó sorpresa—. ¿Sabes algo de esto, Nanuk? —El hombre se limitó a asentir—. Descubrí que no son tu hermana ni tu sobrina las que abordaron ese avión sino dos impostoras a las que se sacrificó con el objetivo de hacer pasar por muertas a las verdaderas Yura y Miki. ¿Esto tiene que ver con tu misión encubierta? —El hombre volvió a asentir—. ¿Crees que la puesta en escena tan bien orquestada en el aeropuerto de Edimburgo está relacionada con el testimonio que Yura daría en el juicio contra la empresa química Impresit en Lombardía? También supe que Impresit es una subsidiaria de la suiza Gigauret, que a su vez es subsidiaria de la farmacéutica Ouroboros, que, oh casualidad, es propiedad de Aleksandar Ilić.

—Veo que has estado haciendo los deberes.

—Antes de morir, Raemmers se apareció en mi departamento y me pidió que me ocupase de poner a buen resguardo a Charlotte si algo llegaba a sucederle a él y que siguiera con la investigación por lo del tráfico humano, solo que además de unas pocas pistas sobre este tema me dejó dos videos referidos a tu hermana.

—Fui yo quien pidió los videos del circuito cerrado del aeropuerto de Edimburgo después del accidente. Raemmers me los consiguió, y durante días los analizamos.

—¿Qué te hizo solicitar los videos?

—No aceptaba que mi hermana estuviese muerta. Algo me decía que había gato encerrado. No sabía qué hacer, por dónde comenzar a investigar.

En esos días turbulentos fue que se me ocurrió solicitar las filmaciones, y el general, tal vez para tranquilizarme o para consentirme, se ocupó de obtenerlas. Descubrimos algo que jamás hubiésemos imaginado: a mi hermana y a mi sobrina las habían suplantado por dos impostoras.

—¿Crees que fue Ilić quien ordenó el secuestro de Yura y la voladura del avión?

—Sí —respondió con seguridad inequívoca.

—Ahora que el general ha muerto, ¿estás solo en esta misión o los otros dos altos mandos te apoyan?

—Schell y Haraldsson me apoyan y de hecho son los dos que están ocupándose de investigar la corrupción en el seno de L'Agence, sobre todo a Tango y a Charlie. —Christiansen hablaba del general Alberto de Souza, alto mando del grupo de élite, y del italiano Piersanti Righi, uno de los soldados más antiguos y preparados de la institución.

—Charlie está muerto. Díselo a tus jefes. Si los traficantes no se lo llevaron, su cuerpo está congelándose en el parque Sutjeska.

—¿Tú lo mataste?

—Sí. Me sorprendió por detrás, pero conseguí liquidarlo, gusano miserable. Él y Diné emboscaron al general en el polígono de L'Agence y lo asesinaron.

—Malditos bastardos —masculló Christiansen.

—Hablando de malditos bastardos, ¿dónde está Foxtrot? —La Diana preguntaba por Daen van Groen, otro compañero de L'Agence, también metido en el tráfico de personas en los Balcanes.

—Se marchó. No podía arriesgarse a que alguno lo reconociese y le fuera con el cuento al tal *vojvoda*.

—¿Crees que aquí también hay gente que trabaja para el *vojvoda*? —se preocupó La Diana.

—Es probable, por eso quiero que estés atenta.

—Tu cuñado, Bertrand Caviel, se suicidó en Zúrich. ¿Lo sabías? —Nanuk asintió con deliberada lentitud; sus ojos parecieron vibrar bajo los párpados oscuros—. Oh —exclamó La Diana—, entonces no fue un suicidio.

—No, no lo fue. No podía permitir que ese hijo de puta que golpeaba a mi hermana hiciese saltar mi tapadera. Para Ilić, no soy Nanuk Christiansen.

—Comprendo. ¿Fuiste lo suficientemente precavido para evitar dejar pistas que conduzcan a ti?

—Fui cuidadoso. Quédate tranquila. Aproveché que Ilic se hallaba en Ginebra por una serie de reuniones en la OMS y tomé un tren a Zúrich durante mi día de descanso, por la mañana, y regresé antes de que recomenzase mi turno. Salí del hotel disfrazado de empleado de mantenimiento y usando las puertas menos controladas. No pienso pagar por la muerte de uno que solo sabía hacer el mal. Estoy seguro de que fue ese malnacido de Caviel el que entregó a mi hermana. Ella le había contado acerca de su testimonio y de su viaje a Milán.

—Si, como dices —razonó La Diana—, Ilic quería a toda costa a Yura, la habrá hecho investigar, y por tanto sabrá que tiene un hermano. Quizás hasta se haya hecho de una foto tuya. Corres un gran riesgo estando cerca de él.

—Al entrar en L'Agence te conviertes en alguien invisible. Tu pasado desaparece. Ni siquiera figuro en los registros del ejército dinamarqués. —La Diana le destinó un vistazo poco convencido—. Te concedo que lo más probable es que cuenten con los mejores *hackers* capaces de penetrar los sistemas de seguridad de L'Agence. En vistas de eso, Raemmers contrató a un *hacker* excelente, alguien para nada relacionado con la OTAN, y le hizo reemplazar mi foto en el archivo por la de otro tipo.

—¿Y si Kaiser hubiese visto la foto de ese otro tipo asociada a tu legajo? Habría precisado pocos segundos para darse cuenta de que participas en una misión encubierta.

—Con mi foja de servicio archivada después de que pedí la baja, Kaiser no tenía por qué ir a husmear allí, a menos que alguno de sus superiores se lo hubiese requerido. Por otro lado, era un riesgo que tenía que correr. Cuando te embarcas en una misión de infiltración, tratas de cubrir todas las fisuras que puedan delatar tu identidad, pero por lo general algo queda al descubierto. Solo tienes que rogar que nadie lo vea.

—¿Y qué hay de tu nueva identidad? Algo habrán tenido que encontrar para contratarte en la Baywatcher.

—Por supuesto que han encontrado todo acerca de mi álter ego. Un pasado construido —aclaró—, desde mi lugar de nacimiento hasta el nombre de mis padres, las escuelas a las que concurrí en Copenhague y mi experiencia como soldado y guardaespaldas. Una gran invención que me mantiene con vida. Hasta ahora —añadió.

—Y esa gran invención —se empecinó La Diana—, ¿resistirá una investigación profunda?

—Sí.

Se miraron en silencio. La Diana decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Qué conclusión sacas de todo este embrollo? ¿Qué crees que fue de tu hermana y de tu sobrina?

—Creo que Ilic las tiene en alguno de sus destinos más secretos, esos que solo visita con su círculo íntimo. Hasta ahora sé que tiene tres, uno en Seychelles, otro en Bosnia y otro en Suiza.

—¿Por qué crees que las secuestró?

—Mató dos pájaros de un tiro: por un lado, neutralizó su participación en el juicio que le habría significado una pérdida millonaria en un momento en que sus negocios están siendo sometidos a grandes pruebas, y por el otro, se hizo del cerebro de Yura, al que viene codiciando desde hace años. ¿Sabes cuántas veces la tentó para trabajar para la Herkul mientras ella estaba en el Instituto Peter Gray? Le ofrecía cifras millonarias, presupuestos gigantescos, los mejores laboratorios y colaboradores, pero mi hermana no quería saber nada con ese “pirata de la ciencia”, así lo llamaba. Lo detestaba.

—Tal vez Caviel haya sabido dónde mantiene oculta a tu hermana.

—Intenté extraérselo antes de asesinarlo, pero no tuve tiempo. La mujer de la limpieza regresó de modo imprevisto y tuve que liquidarlo y huir antes de que me descubriese.

La Diana evocó la tarde en que se había enterado de la muerte del presidente de la Ouroboros, cuando la periodista aclaró que a Caviel lo había hallado la empleada doméstica aún oscilando de la cuerda.

—¿En qué puedo ayudarte?

—En seguir con vida. —La Diana soltó una risa hueca—. Quiero que abandones esta locura de perseguir a los traficantes de personas. No tienes idea de con quién te metes, Diana. Te quiero fuera de esto. Ya. Ahora. Basta de jugar a la heroína.

—Tú no eres quién para decirme qué hacer.

—¡Ja! Soy el que les salvó el culo a ti, a tu noviecito y a las pobres víctimas del tráfico. Sabes bien que sin Foxtrot y sin mí no lo hubieses conseguido.

—Lo sé, y les estoy agradecida, pero ya es demasiado tarde para abrirse. Estoy metida hasta el cuello y pienso seguir.

—El general jamás debió arrastrarte en esto. ¡Me lo había prometido, carajo!

—¿Qué te había prometido?

—Que no te inmiscuiría en esta mierda, pero sostenía que, si él moría, solo podría confiar en ti.

—¿Y qué hay de Schell y de Haraldsson?

—Nunca te fíes por completo de los que están en las altas esferas. Allí arriba se manejan cuestiones que ni tú ni yo comprendemos. Sacrifican cualquier cosa por un trozo de poder, incluido a un agente encubierto. Además, no me olvido de que Raemmers se había ganado muchos enemigos en el Consejo del Atlántico Norte expresando a viva voz que era perentorio desmantelar la OTAN.

—¿Crees que Schell y Haraldsson hayan participado de algún modo en la muerte del general?

—No, no lo creo. Pero no excluyo que en la cúpula existan personas que sabían que De Souza y Righi estaban planeando su muerte, y no los detuvieron o bien porque están metidos en lo del tráfico, o bien porque les convenía silenciar a Raemmers. Y como Schell y Haraldsson trabajan en la cúpula, podrían revelar información sensible a la persona equivocada, sin malicia, pero con resultados nefastos igualmente. Por eso Raemmers afirmaba que solo podía contar contigo en caso de que él ya no estuviese.

—Y sabes que haría cualquier cosa por ti, Nanuk. Lo sabes, ¿verdad?

—Pero no harás lo que estoy pidiéndote.

—No, no abandonaré la lucha contra el tráfico, no lo haré. Tengo que volver con Lazar —anunció.

—Espera, Diana. Necesito hacerte entrar en razón.

—No, Nanuk.

—Lo haces para proteger al sacerdote.

—Lazar renunció a la Iglesia. Y me importa muy poco si es sacerdote. Lo amo, y basta.

—Lo sé, lo sé —replicó—. Me he dado cuenta. —Suspiró largamente—. Debo irme. Mañana tengo que presentarme a trabajar. No quiero que Ilic sospeche nada.

—Espera. —La Diana lo sujetó por el antebrazo—. No te vayas aún, no nos separemos de este modo.

Christiansen se quedó mirando la mano que lo retenía. La Diana lo soltó de inmediato.

—Nanuk, quiero agradecerte por haberlo dejado todo cuando Foxtrot te dijo que me encontraba en peligro. Gracias por haber acudido en mi ayuda. Tienes razón: sin Foxtrot y sin ti no lo habríamos logrado. Te debo la vida y la de los seres que amo —expresó, y le tendió ambas manos, que el inuk aceptó.

—Es un milagro poder tocarte libremente —declaró con fascinación, mientras contemplaba sus manos unidas.

—También quiero agradecerte por haber sido uno de mis mejores maestros. No habríamos sobrevivido esta prueba sin el entrenamiento que me diste. Gracias, querido amigo.

Nanuk Christiansen se inclinó y le besó las manos.

—De nada —susurró con la voz afectada—. Haría cualquier cosa por ti, Diana. —Alzó la vista—. Eres tan importante para mí como lo son Yura y Miki. —Sonrió—. Me siento extraño tocándote. ¿Cómo fue que superaste la fobia? —La Diana le sostuvo la mirada con una expresión elocuente—. Fue gracias a Kovać, ¿verdad? Él te ayudó a superarla, ¿es eso? —La Diana asintió—. ¿Cómo lo hizo?

—Podría decirte que lo hizo porque es psicólogo...

—¿Psicólogo además de sacerdote? —se asombró Nanuk.

—Psicólogo además de *ex* sacerdote y profesor secundario y universitario.

—Estás orgullosa de él.

—No sabes cuánto. Y podría decirte que consiguió acabar con mi fobia aplicando nuevas técnicas y tratamientos, pero no estaría diciéndote la verdad. No sé cómo logró romper las cadenas que me tenían prisionera. Solo sé que las cortó todas. Y me liberó.

—Le estoy agradecido por eso.

—Y yo te estoy agradecida por habernos salvado. Por primera vez en muchos años siento que podré ser feliz, y sin tu ayuda y la de Foxtrot, mis sueños y los de Lazar se habrían truncado.

La sonrisa de Nanuk Christiansen, tan sincera, tan amplia, le causó una profunda emoción, y sonrió a su vez. Soltó las manos de su amigo y suspiró, de pronto extenuada.

—¿Qué sucede?

—Sucede —admitió La Diana— que quería hablar con Foxtrot para sacarle más información acerca del *vojvoda* y de la red de tráfico.

—Él no sabe mucho más de lo que te refirió en la cabaña. O tal vez considera más prudente no referirte ciertos temas; por tu seguridad —agregó.

—O por la seguridad de él y la de Tango.

—No seas injusta. Creo que está enamorado de ti.

—¿Qué dices?

—Es lo que pienso, y no te pongas terca y me contradigas. Es algo bueno, dadas las circunstancias. Te protegerá. Hizo de todo para ubicarte, Diana. Y en realidad es gracias a él que hoy están con vida. Y ten por seguro que te pondrá sobre aviso si una amenaza te acecha. Es bueno contar con él.

—Sí, lo es —murmuró, mientras reflexionaba que en el caso de aceptar el cargo en la nueva escuadra de lucha contra el tráfico humano, Daen van Groen podría convertirse en un excelente informante. Tenía que dar con él.

—¿Qué harás ahora? —quiso saber el inuk y la rescató de sus cavilaciones.

—Quiero alejar a Lazar de Bosnia por un tiempo.

—Es sensato. ¿Cuándo le darán el alta?

—En unos cinco o seis días.

—Siempre tienes a Caballo de Fuego para que te ayude, ¿verdad?

—Sí. No quiero que te preocupes. Solo te pido que te mantengas atento.

—Me mantendré atento —prometió Christiansen—. ¿Seguiremos comunicándonos a través de la casilla de correo?

—Sí. Me gustaría que estableciésemos una rutina, la de enviarnos mensajes una vez por semana, solo para saber que el otro está bien. En caso de no recibir el mensaje, sabremos que algo va mal. ¿Qué opinas?

—Estoy de acuerdo —contestó Nanuk—. ¿Qué día? ¿Te parece bien los lunes?

—Sí, todos los lunes nos enviaremos un mensaje. Sin falta —añadió con firmeza.

—Prometido. Y tú prométeme que siempre llevarás contigo el narval. No debes separarte de él. Ahora tengo el software para seguir la señal. Janice lo instaló en mi computadora y me enseñó a usarlo. Prométemelo, Diana.

—Te lo prometo. Nunca me separaré del narval. —Encerró el pequeño dije en el puño—. ¿Qué día es hoy?

—Jueves 28 de diciembre —replicó el inuk.

—Entonces, empezaremos con esto de los mensajes el lunes que viene, el... —Se tomó un momento para calcular la fecha—. El lunes 1° de enero.

—Y de paso me desearás feliz año nuevo —bromeó Christiansen.

—Lo haré —afirmó La Diana.

—Tengo que irme. Mi avión parte dentro de poco.

—Buen viaje, entonces.

—¿Puedo abrazarte?

Nanuk dio un paso hacia delante, y ella debió combatir el instinto que, después de tantos años, le susurraba que echase a correr. Una cosa era darle la mano; otra, hallarse atrapada en un abrazo. Pero Kovač le había enseñado a dominar sus temores, sus culpas y sus inseguridades, y con esa certeza se instó a permanecer en el sitio y a aceptar el gesto de amistad. Cerró los ojos y exhaló el aire que había retenido en tanto el pecho de su amigo entraba en contacto con el suyo en una instancia diferente a las prácticas de taekwondo o de krav magá. Se separaron un tanto turbados. Nanuk volvió a consultar innecesariamente el reloj y sonrió, incómodo, cuando decidió volver a mirarla.

—Cuídate —dijo a modo de despedida.

—Tú también —contestó La Diana.

Christiansen se alejó por la calle de ripio con el andar seguro y plácido que ella le conocía y se preguntó cuándo volvería a verlo.

* * *

La vio entrar en el cubículo y enseguida advirtió el sutil cambio que se operó en sus facciones al encontrar a la enfermera Shirley junto a la cama ortopédica. La muchacha le coqueteaba, de eso no cabía duda, y se expresaba con locuacidad, y batía mucho las pestañas cargadas de máscara azul y sacudía las manos al compás de su discurso inacabable. Solo que a él todos los esfuerzos de la bonita joven no le causaban ninguna impresión, y en cambio estaban alterando la paz de su adorada Diana.

—¡Es increíble lo bien que hablas en inglés, Lazar! —expresó la enfermera.

No le respondió y estiró el cuello en un acto deliberado para hacerle entender que el objeto de su interés se encontraba detrás de ella. Shirley se giró y, al toparse con unos ojos celestes fijos en ella, susurró una disculpa y

se marchó con aire pedante. Kovać reprimió la risa y estiró la mano para atrapar a La Diana, que se colocó fuera de su alcance.

—¿Esa qué quería ahora? ¿Quitarte la sonda por donde orinas? ¿O tal vez ponerte un supositorio? ¡Ah, no, ya lo sé! Darte otro baño de cama.

Kovać rompió a reír y enseguida se sujetó el costado derecho. La Diana chasqueó la lengua y se acercó para besarlo en los labios.

—Lo siento, amor mío —susurró con la mejilla apoyada en la de él—. Es un comportamiento irracional, lo sé. Confío en ti, Lazar, como en nadie —subrayó—, pero no puedo evitar sentir esta rabia cuando la veo coquetear. Es algo nuevo para mí y no sé cómo manejarlo sin convertirme en un monstruo.

—Amor, los seres humanos somos racionales, pero también nos domina nuestra parte animal, y en muchos casos reaccionamos movidos por el instinto. Recién el instinto te advertía que otra hembra estaba intentando quitarte el macho, y tú te rebelaste. Eso es todo, de lo más natural y normal. A mí me sucedería lo mismo si, por ejemplo, supiese que estás con Van Groen.

Asintió sin mirarlo, avergonzada de haber desestimado su juicio, que el holandés estaba enamorado de ella. Christiansen se lo había confirmado un momento atrás.

—Daen se marchó sin despedirse. No pude agradecerle lo que hizo por nosotros —confesó, siempre con la vista apartada, mientras simulaba ocuparse de arreglar la sábana y las almohadas—. Nanuk acaba de irse.

—¿Y por eso estás triste, porque Nanuk acaba de irse?

—¿Crees que estoy triste?

—Sí, lo creo. Algo te perturba. ¿Qué es?

“Tantas cosas”, pensó.

—En parte sí, es porque Nanuk acaba de irse, pero también porque me preocupa la misión en la que está metido ahora. Te hablaré de ello después.

—Se inclinó para confiarle al oído—: No quiero hacerlo en este lugar. Podría haber micrófonos. —Kovać asintió con un profundo ceño—. ¿Cómo te has sentido?

—Muy bien. El doctor Cooper estuvo de nuevo aquí y me confirmó que mañana por la mañana me trasladarán al ala de internación común.

—¡Qué excelente noticia! —exclamó—. Estoy tan feliz. Tan feliz, amor.

—Eso es todo lo que quiero, Diana, que seas feliz.

Se besaron, y Kovać percibió cómo poco a poco la lánguida predisposición con la que habían comenzado iba transformándose en un deseo que, al menos a él, lo dominaba aun en su precaria condición de recién operado. A Diana también, conjeturó, a juzgar por el modo en que su mano se le tensaba inconscientemente en la nuca.

Un carraspeo los obligó a separarse. Era Linda, que traía un puré de manzana para el señor Kovać. La Diana se quitó la chaqueta y con actitud casual la extendió sobre el bulto en la entrepierna de su prometido, y no le importó que los *kukris* quedasen a la vista.

—¡Oh! —se asombró la enfermera al descubrirlos sujetos a su espalda—. ¿Qué son? ¿Machetes? —La Diana los extrajo con histrionismo premeditado y se los mostró en silencio—. Qué cuchillos tan extraños —comentó la enfermera con acento cauto.

—Son nepalíes —explicó La Diana de buen modo y los devolvió a sus vainas—, famosos por el filo. Sin ejercer mayor fuerza, seccionan la mano de un adulto, así como así —dijo, y chasqueó los dedos.

La enfermera abrió grandes los ojos y, luego de murmurar que la necesitaban en otro cubículo, emprendió la retirada.

—La has asustado.

—Ojalá vaya y se lo cuente a la gatona Shirley —deseó mientras ataba la servilleta al cuello de Kovać. Suspiró, arrepentida, y descansó la frente en la de él—. Ahora sabes que puedo ser mala. ¿Me quieres aún? —preguntó con voz de niña asustada.

—Te quiero más que antes, si eso es posible.

La Diana se incorporó y dispuso todo para alimentarlo, consciente de que él podía hacerlo por sus propios medios.

—¿Cómo te fue con Madeleine Reardon?

—Me cae bien la Reardon —admitió en tanto le ofrecía una cucharada de puré—. Parece ser una mujer honesta y en verdad comprometida con los derechos humanos. Asegura que en estos días en que nosotros huíamos, el escándalo sacudió a Bosnia y a la ONU, y que como consecuencia de eso Klein tomó dos medidas importantes para luchar contra el tráfico: crear una fiscalía que solo se ocupe de este tema, con Bosa a la cabeza —Kovać hizo una mueca de asombro— y una fuerza de policía que realice también tareas preventivas. Madeleine Reardon y otra especialista en el tema serán las jefas de esta fuerza.

—¿Quién es la otra?

—No recuerdo su nombre, pero Madeleine asegura que se trata de una persona preparada, muy profesional, que trabajó en la lucha contra el tráfico en Camboya, Timor Oriental, Liberia y otros países. Es experta en el tema.

—Todo parece muy interesante —comentó Kovać—, pero sin un cambio en las leyes, cualquier esfuerzo caerá en saco roto.

—Si no cambian las leyes —repitió La Diana— y si no se acaba con la corrupción.

—Pero bueno, no veamos el vaso medio vacío sino medio lleno —propuso Kovać—. Es evidente que nuestra pesadilla al menos sirvió para sacudir el avispero. Ahora tenemos que aprovechar la coyuntura y subirnos a la cresta de la ola.

—La Reardon quiere que yo me haga cargo de la parte policial de la fuerza que formarán ella y esta otra mujer. —Kovać, a punto de meterse la cuchara a la boca, retiró la cara y se quedó mirándola—. Sería una excelente oportunidad, amor —argumentó La Diana—. El sueldo será bueno, no lo dudo, y nos vendrá bien, sin mencionar que el trabajo es en Sarajevo, donde tú tienes armada tu vida.

—Tú y Dare son mi vida ahora. No quiero que aceptes un trabajo en extremo peligroso solo porque es en Sarajevo.

La Diana apoyó la cuchara sobre el borde del plato y se ubicó en la silla.

—Lazar, soy un soldado, un soldado de élite —le recordó—. No tienes idea de lo peligroso que puede llegar a ser participar en una misión tras las líneas enemigas. Mucho más que tratar con un grupo de traficantes.

—Diana, no dudo de que has enfrentado situaciones de muchísimo riesgo a causa de tu profesión como soldado especial. Pero eres el aire que respiro y la razón de mi existencia, por lo que te pido que comprendas que saberte expuesta no me resulta agradable; es más, me resulta intolerable.

—Es lo único que sé hacer, Lazar. Amo mi oficio —susurró.

Kovać apartó la mesa rodante y obligó a La Diana a descansar sobre su pecho. La mantuvo abrazada. Los únicos sonidos provenían de los pitidos de las máquinas y las voces medidas del exterior. Ella fue calmándose.

—Creo que se trataría de la única posibilidad seria de desbaratar la banda de tráfico humano si yo estuviese al frente de la fuerza que la combatiese —razonó La Diana—. Duga Sarajevo se convertiría en socio de esta fuerza y recibiría fondos del gobierno; eso le dijo la Reardon a Goga.

—Y Goga, ¿qué respondió?

—Se mostró entusiasmada, pero le dijo que no podía tomar decisiones sin consultarlos a ti y a Bosa. —La Diana se incorporó y le acarició el pecho cerca de la zona donde tenía el tatuaje del infinito con el nombre de su primer amor, Izia; se cuidó de tocarlo—. Tengo que darle una respuesta a Reardon en quince días. Pero ahora mi único deseo es no pensar en nada y estar contigo y con Dare, los tres juntos y tranquilos, para reponernos de la pesadilla. No sé mucho de psicología infantil, pero creo que Dare necesitará paz y afecto para superar lo que tuvo que vivir. No quiero que le afecte el estado emocional.

—Le daremos toda la paz y el amor que necesite y más —afirmó Kovać—, pero quiero que te quedes tranquila. Conozco cómo funciona tu cabeza y sé que sientes culpa por haber expuesto a los niños a la travesía. Pero ellos son muy *resilientes*, como decimos los psicólogos, es decir, resistentes y fuertes y a la vez elásticos, lo que les permite adaptarse y amoldarse a situaciones que a un adulto lo quebrarían sin remedio.

—Qué suerte —suspiró, porque en verdad su capacidad para experimentar culpa estaba atormentándola. Tenía la impresión de que, por un error de juicio, había arrastrado al grupo de chicas traficadas y niños en una misión suicida que podría haberse evitado.

—Yo también quiero un período de paz no solo para recuperarnos de lo que acabamos de vivir —dijo Kovać—, sino para que tú y yo nos conozcamos sin tener que estar siempre con el alma en vilo. Quiero saberlo todo de ti, Diana —declaró, y ella, que tenía tantas historias macabras entre sus memorias, se quedó muda, incapaz de reaccionar—. Me gustaría leer lo que has escrito en tu cuaderno —expresó él tras esa pausa.

—No —contestó con inexorable firmeza—. Y si vuelves a sugerirlo, lo quemaré.

—Está bien, está bien, pero no te alejes de mí, no lo tolero. —La Diana, con gesto contrito, regresó a la silla y escondió el rostro en el cuello de Kovać, donde el aroma de su piel, sin perfume ni nada, simplemente el aroma natural de su piel, la subyugó y la serenó.

—Yo sí quiero contarte todo sobre mí —lo oyó expresar—. Sobre mi tiempo como pupilo de Ilić. Nunca se lo he referido a nadie en detalle. ¿Querrás oírlo?

La Diana alzó la cabeza y se encontró con la mirada entre expectante y temerosa de Kovać, y la culpa volvió a afligirla. Se le hizo un nudo en la garganta al imaginar al pequeño Lazar en manos del pedófilo Ilić, y aunque

se sentía capaz de enfrentar a una bestia como Vuk, no estaba tan segura de contar con el valor para someterse al martirio que significaría oír los relatos de su adorado Lazar. Sin embargo, él parecía necesitar revelarle los detalles. Le besó la mano e intentó sonreírle.

—Será un honor escucharte, amor de mi vida —declaró, y la voz temblorosa delató su emoción.

—¿Crees que soy egoísta por querer contarte algo tan doloroso?

—¡No! En absoluto. No existe rastro de egoísmo en ti, Lazar. Es que temo no estar a la altura.

—Tú estás a la altura de cualquier desafío, Diana.

—Si estás conmigo, entonces sí me siento capaz de enfrentar cualquier desafío.

—No quiero que le temas al pasado, ni a enfrentarlo. Habrá lágrimas y desconcierto, dolor y rabia en tanto desnudemos nuestras almas, pero será preciso padecer ese caos de sentimientos. Preparará el terreno sólido donde construiremos nuestra vida juntos. Y a cada paso que demos a través del caos, nos tendremos el uno al otro y todo será más fácil.

—Sí —afirmó—, lo sé.

—Quisiera volver sobre el tema de tu cuaderno —manifestó él con una cuota de temor, y La Diana se detestó por haberse mostrado tan inmadura y temperamental—. Pero no quiero perturbarte. Solo quiero que hablemos. Cualquiera sea tu decisión, la respetaré.

—Pregunta lo que desees.

—¿Por qué no quieres que lo lea?

—Por vergüenza. Esas memorias las escribí porque Matilde me instó a hacerlo para sacar el dolor fuera. Pero las escribí para mí, *solo* para mí, y fui muy descriptiva y relaté cosas horribles. Me da miedo que las leas.

—¿Miedo de que lea las cosas que te hicieron o las que hiciste?

—Les temo a las dos. Me aterra que tu opinión acerca de mí cambie y que dejes de amarme. —Kovać rio por lo bajo en el acto de quien encuentra absurda la declaración—. Te confesé lo de mi hija porque en realidad tú casi lo habías deducido, pero no sé si me hubiese atrevido en caso contrario.

—Ven —dijo, y la acomodó entre sus brazos—. ¿Cuántas veces desde que nos conocimos diez días atrás me aseguraste que no podrías hacer esto, que no enfrentarías aquello otro, que te sería imposible vencer la fobia? ¿Eh? ¿Cuántas veces?

—Muchas —admitió, entre risas y lágrimas que mojaban el torso desnudo de Kovać.

—¿Cuántos de esos miedos conquistamos?

—Todos.

—Entonces, amor mío, yo te digo que llegará el día en el que estarás preparada para compartir conmigo lo que viviste en el campo de concentración de Rogatica. Me contarás todas y cada una de las heridas que te infligieron y que infligiste para sobrevivir. Y después de que lo hagas tendrás la verdadera perspectiva de las cosas y verás que habérmelas contado solo ayudó a que te liberases de las malas memorias. ¿Me crees?

—¡Sí! —exclamó en un susurro impregnado de llanto—. Te creo porque nunca me has mentado, porque siempre tienes la palabra justa, siempre me dices las cosas como son. Te admiro, Lazar.

—Solo quiero que me ames.

La Diana se quedó prendada de la expresión ardorosa con la que él se quedó observándola. La hacía sentir deseada, amada, hermosa y sobre todo la redimía de la culpa.

—Te amo —dijo en un impulso, y le encerró la cara con las manos—. No creo que puedas imaginar lo grande que es mi amor por ti, Lazar.

Como cada vez que ella le declaraba su incondicionalidad, Kovać se emocionó. La Diana dedujo que así como tensaba los músculos del rostro para contener el llanto también estaría haciéndolo con los del vientre donde tenía la herida. Por eso se inclinó sobre sus labios y se los acarició con los de ella, y fue arrastrándoselos por los párpados, la frente, las mandíbulas y el mentón, y mientras lo hacía, tarareaba la *sevdalinka* que tanto significaba para ellos.

—¿Qué quieres saber de mí aparte de lo que viví en Rogatica? —le preguntó sin dejar de depositarle pequeños besos en la frente.

—Todo, lo más importante y lo más nimio. Empecemos por el día de tu cumpleaños.

—2 de noviembre. ¿Y el tuyo?

—14 de mayo.

—Daremos una gran fiesta para celebrar tus primeros cuarenta años.

—Y celebraré también el primer cumpleaños verdaderamente feliz de mi vida.

La Diana se apartó y lo contempló embargada por una profunda tristeza, la cual trató de disimular.

—El primero de tantos, Lazar, porque te prometo que haga lo que haga, trabaje donde trabaje, viva donde viva, el objetivo más importante para mí será hacerte feliz.

Kovać, de nuevo emocionado, se limitó a asentir con un temblor en la barbilla.

* * *

Más tarde, después de haber cenado y de que La Diana lo ayudara a higienizarse la boca, Kovać cerró los ojos e intentó relajarse. Debió de haberse quedado dormido. Al abrirlos de nuevo, descubrió a La Diana sentada de espaldas a él en el catre donde pasaría la noche. Se quitaba la camiseta para ponerse el camisón que Goga le había comprado en la tienda de Camp Bondsteel. Alzó apenas la cabeza y aguzó la vista al descubrirle dos sombras en la espalda blanquísima, a la altura de los omóplatos; eran dos recios moretones.

—Amor —la llamó en voz baja para no sobresaltarla.

La Diana acabó de ponerse el camisón y acudió a su lado.

—¿Estás bien? —se preocupó.

—Sí. Te vi dos cardenales en la espalda, a la altura de los omóplatos. ¿Cómo te los hiciste?

La Diana, que no tenía idea de la existencia de las contusiones, se quedó mirándolo.

—Debió de ser cuando Zlatan despegó. Sí, debió de ser en ese momento. Nos lanzaron un misil, y Zlatan tuvo que hacer una maniobra brusca para esquivarlo. Como todavía no te habíamos ajustado los cinturones de seguridad, empezaste a rodar y yo me tiré sobre ti para protegerte con mi cuerpo. Me golpeé contra el fuselaje, y los mangos de los *kukris* se me clavaron en la espalda. No sabía que me habían dejado marcas. ¿Por qué te emocionas? —se asombró, y lo besó en los labios que le temblaban—. ¿Acaso no sabes que haría lo que fuese por ti con tal de ahorrarte cualquier dolor?

Kovać asintió y se secó las lágrimas con la sábana. Carraspeó antes de hablar.

—Gracias, amor mío. ¿Has pedido que te vean esos cardenales?

—No, pero te aseguro que no son nada. Ni siquiera sabía que estaban allí. ¿Qué sucede? —dijo, y le pasó la mano por la frente—. ¿Por qué me miras

con esa cara?

—Si el misil golpeaba el helicóptero podríamos haber muerto.

—No con Zlatan en los comandos. Es el mejor piloto que existe, y lo dice Eliah, que es un soberbio aviador. Pero sí, podríamos haber muerto.

—Eso se contrapone con lo que le oí decir al tal Debeli en el Sutjeska, que el *vojvoda* te quiere viva para él.

La Diana permaneció estática, la respiración congelada en los pulmones y una dolorosa pulsación en la garganta. Tarde o temprano, tendría que abordar el tema de Vuk y contarle la verdad. Pero esa noche quería que durmiese tranquilo y sin preocupaciones.

—Tienes razón —admitió, e impostó la voz para que sonase tranquila, en vano, pues Kovać en pocos días había aprendido a conocerla; le sabía los gestos, los acentos, las miradas, y todo cuanto ella intentara para ocultarse resultaba ineficaz.

—¿Qué sabes del *vojvoda*, Diana?

—No quiero hablar de eso ahora. No quiero que nos alteremos antes de dormir.

Kovać le sostuvo la mirada.

—Conoces al *vojvoda*, ¿verdad? —La Diana, incapaz de mentirle, asintió

—. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—No sé cuál es su nombre. Yo lo conozco por Vuk. Era el comandante del campo de concentración de Rogatica donde estuvimos prisioneras Leila y yo durante casi tres años.

De nuevo Kovać se quedó observándola, y a La Diana la asombró que su mirada le infundiese serenidad.

—¿Desde cuándo sabes que el *vojvoda* es Vuk?

—Siempre lo sospeché, desde que Raemmers me habló por primera vez del tráfico humano. Por supuesto, no podía demostrarlo; simplemente se trataba de una corazonada, e iba en contra de la razón pues había muchas probabilidades de que estuviese muerto. Cuando emergió del bosque para dispararte, lo vi, lo reconocí enseguida y supe que no era uno más de los traficantes sino el famoso *vojvoda*.

—¿Por qué crees que te busca?

—Para vengarse.

—¿En verdad crees eso?

—Sí. La última vez que estuvimos juntos le desfiguré la cara con su propio cuchillo, desde aquí —dijo, y se señaló el pómulo izquierdo— hasta

aquí. —Hizo descender el índice a través de la mejilla y lo detuvo en la base del cuello—. Pudo haber muerto. Creo que le seccioné una vena importante por la cantidad de sangre que brotaba.

—¿Qué motivó que lo atacases?

—Le había cortado los testículos a un amigo, al único amigo serbio con que contábamos ahí dentro.

—¿Por qué le cortó los testículos si era serbio?

—Porque iba a ayudarnos a escapar. Le descubrieron entre sus cosas nuestros pasaportes falsos.

—¿Qué sucedió con tu amigo? ¿Sobrevivió?

La Diana se paralizó ante la pregunta. Como había creído que le resultaría imposible relatar en voz alta los hechos del último día de cautiverio, la tenían pasmada la fluidez con que se venía desarrollando el diálogo. Sin embargo, frente al destino final de Kosta sufrió una parálisis. Hablar de él y de su muerte se le presentó como un muro que no estaba lista para escalar. De manera automática, estiró la mano y aferró la de Kovać, que enseguida entrelazó los dedos con los de ella.

—Yo lo maté —barbotó entre sollozos.

—Como acto de piedad —afirmó él, y La Diana, con la vista baja, asintió.

—No soportaba verlo sufrir de ese modo.

—Amor, lo hiciste para terminar con un padecimiento indescriptible. Se requiere de un valor extraordinario para hacer algo así.

—Después de que Vuk lo castrase, sus hombres comenzaron a jugar a la ruleta rusa con Kosta (así se llamaba nuestro amigo). Él les suplicaba que lo matasen, pero los soldados se le reían y seguían jugando y apostando. Estaba desangrándose y sufría tanto. No sé qué se apoderó de mí pero le arrebaté el revólver a uno de los soldados y gatillé tantas veces como fue necesario hasta dar con la bala que lo mató. Después de eso, acuchillé a Vuk.

Kovać estiró la mano y le acunó la mejilla.

—No creo que puedas imaginar cuánto te admiro.

—Maté a Kosta, Lazar —dijo, medio ahogada por el llanto.

—Lo salvaste, en realidad —expresó él, y la obligó a recostarse sobre su pecho donde la abrazó y la acarició mientras ella se desahogaba. Más calmada, aún con la mejilla húmeda pegada a Kovać, susurró:

—Comencé a matarlo el día en que acepté la loca idea de huir con él. A veces cierro los ojos y revivo el instante en que le disparé. Vuelvo a ver el modo en que se le sacudió la cabeza, el chorro de sangre que saltó hacia el otro lado, el silencio que vino a continuación cuando la cabeza le colgó sobre el pecho. Y luego las risotadas de Vuk —añadió con acento endurecido.

—Vuk es el padre de Larysa, ¿verdad?

Percibió bajo sus manos la tensión que se apoderaba de La Diana, por lo que ajustó un poco más los brazos como si temiese que se le escapara.

—Sí —murmuró.

—Tal vez está buscándote porque piensa que tú tienes a la niña, y él la quiere. Recuerdo que me dijiste que la adoraba.

—Sí, macabro y cruel como era, a Larysa la adoraba.

—Porque se la habías dado tú.

La Diana levantó el rostro súbitamente y lo observó con una expresión que resumía el desconcierto y el horror que el comentario le inspiraba.

—Me detestaba, Lazar. Yo era una *balije* para él, una turca despreciable.

Kovać, decidido a terminar con la conversación, se limitó a asentir, más allá de que su opinión era contraria. La besó en la frente.

—¿Todas estas cosas que me has contado las relataste en tu cuaderno?

—Sí.

—Y ya ves que pudiste contármelas. —La Diana sacudió la cabeza y sofocó una risa cansada—. ¿Cómo te sientes después de haber hablado de esto?

—¿Cómo lo logras? —preguntó ella en cambio.

—¿Cómo logro qué?

—Romper todos mis escudos, hacerme bajar las defensas sin que me dé cuenta.

—Porque te amo.

—Mis hermanos me aman, mis amigos también, y sin embargo ninguno lo consiguió.

—Eso significa que yo te amo más que nadie, pero sobre todo significa que soy especial para ti y que por nuestro amor estás dispuesta a sanar para vivir y gozar junto a mí plenamente. ¿Qué dices a eso?

La Diana rio de nuevo y se abrazó a su cuello. Le dio la respuesta mientras le llenaba la cara de besos.

—Diré lo que le dije a Zaína una vez. Diré que tú, adorado Lazar, eres mágico.

CAPÍTULO III

The Whistleblower es un paseo por la playa comparado con lo que ocurre en la vida real. Mostramos lo que era posible mostrar. No podíamos de ningún modo incluir las tres semanas de insensibilización durante las cuales queman a las muchachas en determinados lugares del cuerpo. No podíamos capturar en toda su expresión la vida de desesperanza a la que son sometidas estas mujeres.

Larysa Kondracki, directora del film *The Whistleblower*

A la mañana siguiente, apenas quedó instalado en la habitación del ala común, Kovać expresó el deseo de ver a Darko, por lo que La Diana llamó por teléfono a Goga y le pidió que lo llevase.

En tanto esperaban, lo ayudó a trasladarse al baño. Antes de abandonar la Unidad de Cuidados Intensivos, el enfermero Jason le había quitado la sonda por donde orinaba, y el cirujano había explicado que la vejiga podía volverse un poco perezosa, por lo que era preciso estimularla. La Diana había solicitado que le llevaran varias botellas de agua mineral que Kovać bebería regularmente; ella se ocuparía de eso.

Le gustó compartir ese momento en el baño, mientras él orinaba de pie y ella simulaba observarse las cejas en el espejo cuando en realidad aguardaba con expectación el sonido de la orina. Al terminar, Kovać intentó agacharse para limpiar la tabla, y ella se lo impidió.

—Yo lo haré —dijo, y se ocupó de secar con papel higiénico mientras él se lavaba las manos.

—Gracias, amor —le susurró Kovać al oído mientras, con un brazo sobre sus hombros, regresaba a la cama. Daba pasos cortos y se sostenía la herida pese a estar fajado.

Llamaron a la puerta, y La Diana se sorprendió al abrir y encontrar a su antiguo compañero de la Mercure Viktor Oschensky vestido con el típico mono militar de colores verdes y marrones y una pequeña valija de aluminio en la mano. El hombre le sonrió con su consabida afabilidad.

—¡Viktor! —exclamó—. ¡Qué sorpresa!

—Igualmente, querida Diana —contestó el soldado ruso, que había sido experto en comunicaciones y electrónica en el Ejército Rojo.

—No sabía que estuvieses en Camp Bondsteel.

—Aquí estoy, sí.

—Pasa. Te presento a Lazar Kovać, mi prometido —añadió, y en la sonrisa que Oschensky le destinó a Kovać mientras le daba la mano supo que se escondía la nostalgia por el recuerdo de Sergei Markov; habían sido grandes amigos.

—Nos llamó Peter Ramsay —explicó el ruso— y nos pidió que limpiásemos la habitación donde te encontraras. Zlatan me indicó que estabas aquí.

—Bien pensado —admitió La Diana.

—Me llevará pocos minutos.

—Adelante.

La Diana observaba a Kovać, quien, desde su posición erguida en la cama ortopédica, seguía con atención los pasos de Oschensky. Quince minutos más tarde, el ruso declaró que la habitación estaba libre de micrófonos o cámaras ocultas, se despidió y los dejó solos.

—Ahora podremos hablar con libertad —expresó Kovać.

—La libertad nunca es total —señaló La Diana—, pues si bien aquí nadie ha plantado micrófonos, podrían escucharnos si utilizasen lo que se llama micrófonos ambientales, es decir, antenas con las que se captan conversaciones desde cierta distancia. Pero sí —añadió con una sonrisa—, podemos hablar con más tranquilidad.

Darko encontró a Kovać sentado en el borde de la cama mientras La Diana lo obligaba a beber agua con una pajilla. Detrás del niño aparecieron no solo Goga y Zaína, sino Callum Duncan y Bruce McLeod.

—¡Papá! —exclamó el niño y corrió hacia él, seguido por Zaína, que decía “¡Tío Laza, tío Laza!”.

La Diana se inclinó con los brazos en cruz y los detuvo a los dos. Los miró fijamente para advertirles:

—Lazar está herido, no lo olviden, y tiene el suero conectado al brazo. Serán muy suaves con él. —Asintieron con ojos muy grandes, y a La Diana le resultaron adorables con sus expresiones entre compungidas y ansiosas. Les recordó también—: Están en un hospital. Hablen en voz baja.

Sentó primero a Darko junto a Kovać y luego a Zaína, y mientras lo hacía escuchó que su tío abuelo murmuraba:

—Es una dicha verla tocar a los niños.

Kovać besó y cobijó a los niños y, con ellos entre sus brazos, extendió la mano para saludar al anciano del que tanto había oído hablar.

—Muchacho —dijo el barón de Glendale—, qué alegría poder conocerte al fin.

—Lo mismo digo, señor.

—Llámame Callum, por favor.

—Gracias por todo lo que hizo por nosotros durante estos días.

—Bah, no lo suficiente. De otro modo no habrían tenido que huir de esos malnacidos.

—Él es Bruce, amor.

Los hombres se estrecharon las manos.

—Es raro verte sin barba —comentó McLeod con ánimo bromista, y La Diana se volvió hacia Kovać para explicarle:

—Bruce y Callum te conocían por la foto del general, en la que todavía llevabas barba. Fue Bruce el que descubrió tu nombre en la Red. Gracias a él llegué a ti.

—Entonces, Bruce —dijo Kovać—, te deberé la felicidad de mi vida.

—Y de la mía —acotó La Diana, y entrelazó los dedos con los de Kovać.

—¡Callum! —lo llamó Darko—. Mi papá le pidió a Diana que se casase con él, y Diana dijo que sí. Entonces yo la voy a llamar mamá y no Diana.

—¿Qué dijo? —preguntó el anciano escocés, y Goga, que se había mantenido aparte y silenciosa, tradujo.

Glendale asintió y sonrió en dirección al niño.

—Y yo, ¿cómo la llamaré? —se preocupó Zaína.

—Tía Diana —intervino Goga—, así la llamarás. —Y con eso aprovechó para acercarse a su amigo, abrazarlo y besarlo.

—Gracias a Dios estás bien —le susurró, y Kovać le palmeó la espalda en un gesto fraterno.

—Si has conquistado el corazón de la mujer más valiente que conozco —manifestó Callum Duncan—, eres digno de mi respeto y admiración, Lazar.

Felicitaciones.

—Gracias, señor.

—Les deseo bienestar y prosperidad, y quiero que sepan que cuentan conmigo siempre y para lo que sea.

—Gracias, señor. Sé lo afortunado que soy por haberme ganado el corazón de su sobrina.

—Lazar, Diana es muy importante para mí.

—¿Más importante que yo, viejo ingrato? —bromeó McLeod, y se acercó para felicitar a Kovać.

—¡Claro que es más importante que tú! Es la joya de la familia.

—La joya de la familia —intervino La Diana— es mi hermana Leila.

* * *

Goga le comunicó que para esa tarde se había fijado la entrevista de Madeleine Reardon con las víctimas del tráfico de personas, por lo que La Diana, que ansiaba estar presente, convocó a Zlatan Tarkovich para que hiciese guardia en la habitación.

—Quiero hablar con Bosa —expresó Kovać.

—Y ella está loca por hablar contigo —afirmó Goga—. Ayer me llamó tres veces desde el hospital preguntándome por ti.

—¿Sigue internada? —se asombró Kovać.

—Laza —rio Goga—, aunque nos haya parecido una aventura de un mes, tan solo pasaron pocos días desde que la pobre Bosa recibió la paliza.

—Tienes razón. El tiempo adoptó otra cadencia desde que... —Llevó los ojos hacia La Diana—. Desde el lunes 18 de diciembre. —Enseguida añadió—: También llamaré a Brano y a Ivo. Estoy muy preocupado por ellos. Y por Ljuba y Jakov.

—Todos están bien —lo tranquilizó Goga—. He hablado con todos. No debes inquietarte.

Kovać asintió y relajó la cabeza sobre la almohada. Cerró los ojos.

—¿Tienes sueño, papá?

—No, no —aseguró deprisa, y besó la frente del niño, pero La Diana supo que mentía.

Dirigió la mirada hacia Callum Duncan, quien asintió con seriedad.

—Ha llegado la hora de su clase de inglés —anunció, y Goga tradujo.

—*My name is Darko* —dijo el niño, y miró a Kovać con la necesidad de aprobación impresa en el pequeño rostro.

—¡Qué excelente pronunciación, cariño!

—¡Yo también sé hablar en inglés, tío Laza! —aseguró Zaina—. *My name is Zaina*.

—¡Pero si parece que lo hubieses hablado desde pequeña!

—Tío Callum está enseñándonos para cuando vayamos a visitarlo —explicó Darko—. ¿Sabías que tío Callum vive en un castillo? ¿Verdad, tío Callum? —Se volvió hacia el anciano, que luego de oír la traducción de La Diana, ratificó:

—Un castillo enorme lleno de secretos y tesoros escondidos.

Los niños abrieron grandes los ojos, lo que suscitó risas entre los adultos.

—Además —acotó Bruce McLeod—, el castillo de Glendale tiene un laberinto del cual nadie ha podido salir excepto yo.

Goga, riendo, tradujo y le explicó a continuación qué era un laberinto. McLeod, con una familiaridad que pasmó a La Diana, levantó a la niña y se la calzó en la cintura. Dirigió la vista hacia Goga, que sonreía ante el cuadro que componían esos dos.

—Yo quiero quedarme con mi papá —declaró Darko con ánimo caído.

La Diana le extendió los brazos.

—Ven, *moje blago*. —Lo sacó de la cama y lo besó en el carrillo—. El médico ha dicho que Lazar tiene que descansar para ponerse fuerte de nuevo. Más tarde, cuando despierte, volverás a verlo.

Los niños se despidieron de Kovać con besos y prolongados abrazos. La Diana los acompañó hasta la puerta. Goga se demoró un momento junto a ella.

—Anoche —susurró— Dare se despertó llorando. Me resultó muy difícil calmarlo.

La sorprendió la angustia que le oprimió el pecho al imaginar a Darko llorando en la oscuridad sin ella ni Kovać que lo consolasen.

—Si vuelve a suceder, cántale una melodía suave. Eso lo calmó la última vez.

—Lo haré —contestó Goga, y se despidió.

Callum Duncan, después de saludar a Kovać, se aproximó a ella que seguía en la puerta, la mirada fija en el grupo que componían Goga y McLeod con Zaina y Darko de la mano mientras se alejaban por el corredor.

—¿Eres feliz, querida? —preguntó Callum Duncan.

—Sí, Callum.

Apoyó la frente en el hombro del hermano de Liam Duncan. Se sentía cerca de su adorado abuelo. El hombre le palmeó la mejilla.

—Estoy tan feliz por ti, Diana. ¡Qué bien me ha caído tu Lazar, hijita! Creo que es un hombre de tu talla.

—¡Lazar es tantas veces mejor que yo! Gracias a él superé la afenfosfobia. Gracias a él tengo una oportunidad de ser feliz.

—Lo serás porque lo mereces.

La Diana guardó silencio pues no estaba segura de merecer nada después de haber abandonado a su pequeña hija. Sin embargo, ansiaba construir una burbuja de paz y alegría en torno a ella, a Lazar, a Darko y, si se le concedía la gracia, a Larysa.

—Ayer estuve con Madeleine Reardon —dijo el hombre— y me comentó que te ofreció el cargo de jefe de una fuerza especial que están por crear para luchar contra el tráfico humano. —La Diana asintió—. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé aún. ¿Qué sabes de la Reardon?

—Es una mujer cabal. Puedes confiar en ella. Por supuesto —aclaró—, es un engranaje más del sistema y, como tal, víctima de sus fallas burocráticas y de la corrupción que reina, pero te aseguro que está comprometida con su trabajo y es una persona de principios. Estoy haciendo investigar a la otra mujer, la que Klein contrató para que, junto con la Reardon, formen esta nueva fuerza de choque. —Extrajo del sobretodo la libretita que era su ayudamemoria y leyó—: Celhia de Lasieux. Tendré información en las próximas horas.

—Excelente.

—Otro tema. Albert Coleman aterrizó hace una hora. Está ansioso por entrevistarlos. A los tres —aclaró.

—¿Crees que sería sensato que yo apareciera?

—Sí. Será un reaseguro para ti que el público te conozca. Estos mafiosos actúan con tal impunidad que no se detendrán por eso, lo sé, pero al menos las autoridades estarán alertas aunque más no sea para evitar la publicidad adversa que significaría que algo malo le ocurriese a cualquiera de los héroes del momento. —Se apretó el mentón y bajó la vista en actitud reflexiva—. ¡Qué descarados! ¡Qué impunes! —exclamó entre dientes—. Medio mundo pendientes de ustedes, varios grupos de élite buscándolos, los

traficantes lo sabían, y seguían persiguiéndolos con una tenacidad incomprensible.

La Diana se recriminó no aprovechar ese momento para referirle lo que había confirmado acerca de Vuk, que era el jefe de los traficantes. Se convenció de que esos no eran ni el lugar ni el momento y siguió postergando una conversación riesgosa, que implicaba abordar temas que la desestabilizaban. Eligió volver a la cuestión del periodista inglés.

—Podríamos verlo luego de la entrevista con las muchachas —propuso La Diana, y Glendale prometió ocuparse de fijar la cita—. ¿Cómo está Alexandra Buunk? —Se refería a la hermana de Claus Buunk, el novio de Carrie Stewart, ambos muertos a manos de los traficantes.

—Estuvo escondida en Glendale. Pero regresó a Ámsterdam apenas explotó el escándalo en la prensa. Con el video y los legajos a la luz, Alex había dejado de ser un peligro para los traficantes.

—¿Crees que puedan asesinarla o secuestrarla para vengarse?

—Lo dudo. Igualmente, dos agentes de la Europol la custodian. Lo harán al menos por unos meses.

—Gracias, Callum. ¿Y cómo está Charlotte?

—Ahora que te encuentras a salvo, bien. Estuvo tan angustiada después de que perdí contacto contigo que debimos sedarla por prescripción del neurólogo. Con un ictus a cuestas, había riesgo de que cayese en otro.

—Entiendo. Callum —dijo—, ¿te gustaría acompañarnos a París? El 10 de enero hay un evento familiar importante y sería una buena oportunidad para que conocieras a Sanny y a Leila.

—Claro que me gustaría acompañarlos. Será un placer. ¿De qué se trata el evento familiar?

—Matilde, la esposa de Eliah, que es cirujana pediátrica, inaugurará una clínica. Estaremos todos presentes. Bueno —se desalentó—, tal vez Lazar y yo no podamos asistir.

—Para esa fecha ya lo habrán dado de alta. Se lo ve fuerte y sano como un roble.

—No se trata de eso. Es por Darko. No creo que nos permitan sacarlo del país, ni siquiera por un corto lapso de tiempo, y sin él no iremos a ningún sitio.

—De hecho, ya lo sacaron del país. Ahora están en Kosovo —le recordó. La Diana suspiró y asintió.

—Sí, es cierto. Me pregunto si esto nos acarreará problemas legales.

—¡Por supuesto que no! Todo el mundo sabe que fue por un asunto de fuerza mayor. La vida de Darko estaba en peligro. Pero entiendo que a partir de ahora quieran proceder de acuerdo con la ley. ¿De quién depende que puedan sacarlo de Bosnia?

—Del juzgado de menores que le dio la custodia a Goga. Es Goga —explicó— la que tiene la custodia de Darko. Como Lazar todavía no ha salido formalmente de la Iglesia Ortodoxa, fue más fácil otorgársela a ella.

—Comprendo. ¿Crees que la influencia de Bosa Dretar bastará para conseguir el permiso?

—Creemos que sí.

—De lo contrario, me avisas y lo hablaré con Klein.

Se despidieron, y La Diana regresó a la habitación. Se detuvo en el dintel, con la puerta medio abierta. Kovać hablaba por teléfono. Enseguida supo que con el padre Ivo.

—Le pedí que fuese mi esposa y aceptó. —Sobrevino un silencio que acabó en pocos segundos—. Paradójicamente es el momento más feliz de mi vida, pese a todo lo que hemos sufrido. —De nuevo, una pausa—. Sería de gran ayuda que hablases con el patriarca Pavle para que agilizase el trámite. Quiero liberarme cuanto antes para casarme con ella.

La comunicación terminó un momento después. La Diana entró, cerró la puerta y fue directo a la cama. Le acunó el rostro y lo besó con pasión. Se distanció un poco para mirarlo.

—No importa lo que digan el tal Pavle, el Estado bosnio o el mundo. Tú, para mí, eres mi esposo. Mi adorado y admirado esposo. Tu destino ahora es el mío.

Lazar Kovać la contempló con esa adoración enmudecida que a ella le causaba emoción y excitación pero también tristeza. Sus ojos parecían implorarle, y ella no sabía qué decirle para borrar el rastro de dolor que aún prevalecía en ellos.

—Vamos a ser muy felices —le prometió, y Kovać asintió sin pronunciar palabra, imposibilitado de articular. La prominente nuez de Adán, ahora a la vista sin la barba, le subía y le bajaba rápidamente. La Diana fue depositándole besos en el rostro hasta percibir que los músculos se le aflojaban, lo mismo que las manos, que la tenían prisionera por la cintura.

—Ahora descansa, amor.

—No te vayas —suplicó con acento áspero—. Quédate conmigo.

—Siempre —respondió.

* * *

La entrevista con las víctimas del tráfico humano se desarrolló en una oficina de las barracas del ejército. El plan era entrevistarlas una por una, mientras las demás aguardaban en una sala calefaccionada en la que les habían preparado un bufete succulento. Desde la habitación contigua, La Diana las escuchaba conversar y comer.

Además de Madeleine Reardon y Goga, participaron dos recién llegadas a Camp Bondsteel: Celhia de Lasieux y Dorianne Jorowsky, la presidenta de la ONG Defensores de los Derechos Humanos, quien, a través de Eliah Al-Saud, había contratado a La Diana para que fotografiase y recogiera información acerca de la esclavitud sexual en los Balcanes. La Jorowsky se mostró encantada de conocerla y la colmó de halagos.

Se habían dispuesto dos cámaras y una excelente iluminación para filmar los testimonios. Al cabo de tres entrevistas, las mujeres se secaban las lágrimas con servilletas de papel, pues las atrocidades que estaban escuchando, todas más o menos similares, resultaban inverosímiles. Las marcas en los cuerpos de las víctimas —cicatrices de quemaduras, cortes, golpes con rotura de hueso— servían como testimonios silenciosos aunque elocuentes. Además de la violencia física, las mataban de hambre, les permitían dormir solo cuatro horas y las obligaban a mantener relaciones sexuales con decenas de hombres por día, en la mayoría de los casos sin la protección de los profilácticos. “Ustedes no valen un forro”, le había dicho a Julie su primer dueño, un proxeneta de Tuzla, que la había comprado en una subasta llevada a cabo en el sótano de un sórdido edificio abandonado. Eran comunes los remates, como los que se realizaban en el mítico Arizona Market, ubicado en la ciudad de Brčko, bajo las narices de la ONU.

Después de tantos días de convivencia con las jóvenes, La Diana meditó que recién en esa instancia las conocía y obtenía un vistazo del infierno inenarrable que habían padecido.

—Como me negaba a atender a los clientes —contó Senada ahogada por los sollozos, mientras Goga traducía y la animaba—, me vejaban introduciéndome barras de hierro en la vagina y en el ano. Y una vez que intenté escaparme me molieron a golpes y me arrancaron una muela con una tenaza. —Se levantó el labio con un dedo tembloroso y les mostró el hueco en la encía superior.

—¿Quieres conservar a tu bebé, Senada? —inquirió la Jorowsky.

—Si tengo cómo mantenerla, sí —dijo, y desvió la mirada hacia La Diana, que le sonrió y asintió.

Casi todas habían parido durante el cautiverio. Los hijos les eran arrebatados. No conocían sus destinos y estaban seguras de que no volverían a verlos. Sanit, que había pasado dos años cautiva antes de escapar con la ayuda de un soldado argelino de la Legión Extranjera, aseguró que en ese tiempo había visto nacer once criaturas en el burdel; los recién nacidos desaparecían sin excepción.

Si había albergado dudas, a La Diana se le esclarecieron durante esa serie de entrevistas. Lo hablaría con Kovać, pues nada haría sin consultarlo, pero fuese en el nuevo organismo de Madeleine Reardon o en Duga Sarajevo, dedicaría su vida a frenar el flagelo de la esclavitud moderna.

La única pregunta que formulaba La Diana se refería a ese personaje elusivo, efímero y misterioso, la doctora buena, como la había apodado Svetlana. La respuesta era invariable: a ninguna la había asistido un médico o una médica durante el cautiverio. Si caían enfermas, se cuidaban entre ellas y se trataban con las pocas medicinas que los traficantes les arrojaban, en general aspirinas. Shivani contó que a una de sus compañeras, gravemente enferma, se la habían llevado y no habían vuelto a verla.

—Tengo el presentimiento de que la remataron de un tiro en la cabeza para que dejase de dar fastidio —expresó con lágrimas en los ojos—. Éramos muy amigas; yo la quería mucho —acotó casi sin aliento.

Anna, sin embargo, sí había conocido a una médica muy gentil, cuya descripción detalló. Repitió lo que le había contado a La Diana mientras pescaban en el arroyo del Sutjeska: la mujer la había visitado en los meses de gestación de su embarazo y la había asistido en el parto. Se había llevado a la recién nacida, pero antes de irse le había entregado subrepticamente el folleto de Duga Sarajevo.

La entrevista concluía con la misma pregunta para todas: “¿Qué deseas hacer a partir de ahora?”. Algunas, como Nuur, respondían que querían volver al seno de sus familias. Otras, como Shivani, cuyo padre la había entregado a los traficantes, deseaba vivir y trabajar en un país “normal”. Muchas expresaron su intención de estudiar.

Dejaron a Svetlana para el final. La muchacha, asistida por una traductora, reveló un panorama completamente distinto, nuevo y no menos alarmante, aterrador y confuso. El inicio de su calvario era como el de las demás: la habían secuestrado engatusándola con un trabajo como *au pair* en

Londres. Tras casi un año de esclavitud sexual, entró en escena esa especie de hada efímera y sin nombre a la que llamaba la “doctora buena”, que las visitó en el cabaret para sacarles sangre y que, subrepticamente, les regaló vitaminas y cuya descripción coincidía con la de Anna. Tiempo después, volvió solo por ella, le extrajo más sangre y le colocó un hisopo largo dentro de la boca. Dos semanas más tarde se la llevaron, drogada, a un sitio extraño, donde la embarazaron a través de una inseminación artificial.

—Me tenían en una habitación amplia, blanquísima y muy luminosa. Había una enorme contraventana que daba a un parque al cual se me permitía salir a diario. El parque era extenso, parecía no tener fin, pero yo solo estaba autorizada a alejarme unos metros y siempre con los guardias por detrás.

—¿Estaban armados? —quiso saber Celhia de Lasieux, una cincuentona de expresión afable, bien conservada y con el cabello rubio hasta los hombros.

—Sí, llevaban fusiles. Me trataban bien —admitió—. En realidad, no me hablaban, pero no me golpeaban ni me violaban ni gritaban como en el cabaret. Comía tres veces por día y me dejaban dormir todo lo que quisiese. No tenía que trabajar. Podía leer, ver películas o escuchar música. Pese a que estaba prisionera, para mí era como el paraíso.

—¿Por qué huiste? —preguntó Madeleine Reardon.

—Porque la doctora me ayudó. Nos habíamos hecho amigas. Ella sabía hablar en ucraniano y aprovechaba para practicar conmigo, eso me decía.

—¿Por qué crees que la doctora te ayudó?

—No lo sé. Tal vez se había encariñado conmigo. Tal vez sabía que me liquidarían una vez que hubiese nacido el bebé. Estoy segura de que no querían testigos —añadió tras una pausa.

—¿Testigos de qué?

—No lo sé. De la existencia de ese sitio tan extraño, tal vez. Pero nunca vi más allá de esas paredes ni del parque; es poco lo que puedo decir. Me vendaban cuando me trasladaban al centro donde se hallaba el consultorio de la doctora. Allí me hacía las ecografías y esas cosas.

—¿Cómo eran esos lugares? —se interesó Lasieux—. Me refiero —se explicó— al sitio donde vivías y adonde te conducían para hacerte la revisión.

Svetlana guardó silencio en el acto de quien busca acomodar las ideas o hallar las palabras justas.

—Como un hospital, sobre todo por el olor. Un hospital de lujo —agregó.

—¿Por qué no te quitó el microchip la doctora buena? —la interrogó La Diana.

—Porque siempre había un guardia conmigo mientras ella me hacía las revisiones. Un día se arriesgó y fue a verme a mi habitación. Se suponía que ella no tenía que estar en ese sector. Y no sé cómo hizo con el guardia que siempre vigilaba la puerta. Solo tuvo tiempo para hablarme de Duga Sarajevo, de la fiscal Bosa Dretar y para decirme que al día siguiente, cuando fuesen a recoger las sábanas sucias, me metiese dentro del carrito, que la persona que lo empujaba me conduciría fuera y que nunca me apartase del aparatito que me había entregado, para que no pudiesen rastrearne. También me dio un poco de dinero. Marcos alemanes —aclaró.

—¿Y fue en esa ocasión que te habló de que las máquinas expendedoras de bebidas actúan como una contramedida electrónica?

—Sí, fue en ese momento.

—¿Puedes darnos alguna referencia que nos indique dónde estaba ese hospital en el que te tenían secuestrada? —preguntó Madeleine Reardon.

—No. Durante varias horas viajé dentro del carrito, no tengo idea desde dónde ni hacia dónde. Me dejaron en una ciudad y me tomó un rato saber que era Banja Luka. Llegar a Sarajevo fue muy difícil.

—Banja Luka está a menos de doscientos kilómetros de Sarajevo —apuntó Goga—. ¿Por qué fue difícil llegar? ¿Acaso no te había dado dinero la doctora buena?

—Sí, pero en la estación de autobuses de Banja Luka me robaron todo lo que tenía.

—¿Y cómo hiciste para llegar a Sarajevo?

—Pensé en hacer dedo, pero el frío me disuadió. Temí morir congelada en la ruta.

—¿Entonces? —la animó Celhia de Lasieux.

—Viví unas semanas en la estación de autobuses. —Bajó la vista y se restregó las manos antes de confesar—: Se la chupaba a los hombres en el baño de la estación por diez marcos, y así fui juntando dinero para comprar el pasaje a Sarajevo y para comer.

—Durante el tiempo en que estuviste cautiva en esta especie de hospital —quiso saber la Jorowsky—, ¿viste a otras chicas? ¿A niños, tal vez?

Svetlana negó con la cabeza.

—Oía voces de mujeres jóvenes y de niños —aclaró—. A veces oía llantos, a veces gritos. Pero hablaban en idiomas que yo desconozco. No entendía nada.

—¿Te gustaría volver a tu país, con tu familia? —la interrogó Madeleine Reardon.

—Me gustaría sacar a mi familia de Ucrania y llevarla a vivir conmigo a un lugar donde haya trabajo y se viva en paz. Pero temo que estén todos muertos —acotó.

—¿Por qué? —se interesó la Jorowsky.

—Los traficantes saben dónde vive mi familia. Siempre me amenazaban con que los asesinarían si no ponía buena cara a los clientes. Y ahora que he escapado, temo lo peor.

Ex compañeros de la Mercure escoltaron a las jóvenes de regreso a las cabañas, y las mujeres decidieron permanecer en la habitación para intercambiar ideas y tomar decisiones.

—Lo primero que tenemos que disponer es que un grupo comando allane el burdel donde estaba la hermana de Nuur —propuso Reardon—. Espero que no sea demasiado tarde —dijo, y se alejó con el teléfono para ordenar al jefe de la IPTF que se ocupase de la cuestión.

Goga trajo café y rosquillas. Sorbieron en silencio, sin tocar las masas; tenían el estómago cerrado después de los crudos relatos.

—Listo —anunció Madeleine Reardon, y se dejó caer en la silla—. El operativo está en marcha. Procederán apenas consigan la orden de allanamiento.

La Diana siguió bebiendo su café, impresionada por el poder de la mujer, más allá de que dudaba de los resultados, fuese porque la policía internacional de Bosnia era corrupta o bien porque estaba segura de que la pobre chica ya había desaparecido. Goga dio voz a su pensamiento al expresar:

—Nuur nos dijo que trasladaron a su hermana a otro escondite.

—Es posible —concedió la directora de la Oficina de Derechos Humanos —, pero no podemos dejar de allanar el local.

—Realmente es importante para ellos esta chica Svetlana —comentó Celhia de Lasieux—. Haber infiltrado a Nuur en uno de los refugios de Duga Sarajevo y emprender esa cacería bajo los ojos del mundo habla por sí solo.

—Svetlana es importante —argumentó la Jorowsky— y esos malnacidos se saben poderosos.

—E intocables —agregó La Diana, quien, para no explicar su comentario, acotó deprisa—: Creo saber por qué Svetlana es tan importante. —Cuatro pares de ojos se posaron sobre ella—. Estoy casi segura de que lleva en su vientre al hermano salvador de la hija de Alberto de Souza, mi antiguo comandante en la OTAN.

La Diana les refirió el diálogo con la esposa de Raemmers, a quien Severina, la mujer de De Souza, había hecho confesiones inquietantes. Les explicó también el concepto de hermano salvador, que ninguna había oído mencionar y del cual La Diana tampoco sabía mucho.

—Inés, la única hija de los De Souza, sufre de una enfermedad genética que, tarde o temprano, la matará. El general la adora, y estoy segura de que haría cualquier cosa por ella.

—¿No habría sido más sencillo engendrar un hijo con su esposa? Digo, por la cuestión genética.

—Sí, por supuesto, pero por un lado a Severina le habían secado los ovarios años atrás en una mala praxis con rayos para tratar un cáncer, y por el otro, ella se oponía a la manipulación genética. Era muy católica —arguyó.

—De Souza sigue prófugo —masculló Reardon.

—Será difícil encontrarlo —vaticinó La Diana—. Ahora, bajo la protección de los traficantes, se ha vuelto invisible.

—Esto presenta otras implicancias que revisten mayor gravedad —intervino Celhia de Lasieux—. Allí fuera existe una clínica o posiblemente un laboratorio de alta tecnología y con guardias armados que tiene acuerdos con los traficantes para que les provean muchachas para sus experimentos.

—Yo creo —opinó Goga— que se trata de un caso puntual. De Souza, al estar metido en el tráfico humano, usó la red para buscar una muchacha que le sirviese a su fin. El laboratorio, que es ilegal al estar involucrado en manipulaciones genéticas, no hizo preguntas acerca del origen de la muchacha que sería la madre del hermano salvador.

—Sí, es posible —se le aunó Madeleine Reardon.

—¿Y la doctora buena? —se cuestionó La Diana—. Si lográsemos encontrarla desentrañaríamos el misterio. Tenemos la descripción, no solo la de Svetlana, sino la de Anna. Lazar me dijo —comentó en dirección a Goga— que hubo otras que la mencionaron. Asegura que eran muchachas

de distintas ciudades, que no se habían conocido entre ellas, y que hablaron de esta doctora durante su estadía en los refugios de Duga Sarajevo.

—Entonces —dijo Lasieux con vehemencia—, sí existe una relación bien aceptada entre la clínica a la cual representa esta *doctora buena* y la red de tráfico.

—Tal vez —insistió Goga— solo apareció en escena para colaborar en la búsqueda de una chica con el perfil genético que se ajustase al de la madre del hermano salvador. No debió de ser fácil dar con una. De seguro buscaron entre cientos. Entre miles —remarcó.

—Habría que estudiar bien la cronología de los hechos —propuso Madeleine Reardon— y establecer si los tiempos cuadran. Además, con toda la información que hemos recolectado hoy caeremos encima de muchos clubes, cabarets y burdeles, y rescataremos a chicas nuevas. Las interrogaremos y les preguntaremos por esta médica, a ver qué declaran. Posiblemente, como dice Goga, ya haya desaparecido de la escena.

—O reaparecerá para buscar una nueva madre apta para engendrar un nuevo hermano salvador ya que han perdido a Svetlana —vaticinó La Diana, y las demás mujeres la observaron con gesto preocupado—. Insisto: hay que encontrarla. Para mí, es la clave que nos puede llevar a la cabeza de la organización —afirmó, y el rostro de Vuk, surcado por la cicatriz, como lo había visto tan solo dos días atrás, se presentó ante ella.

Paseó la mirada por las cuatro mujeres y, movida por su predisposición natural a desconfiar, eligió guardarse esa pieza de información: ella sabía quién era el jefe supremo, el dios malévolos que había reinado en el Drina durante la guerra y que ahora se erigía como el señor de los Balcanes, Vuk, el *vojvoda* o Dragoslav, como se hiciese llamar.

—Hay que poner bajo vigilancia a la hija de De Souza —propuso Reardon.

—Olvidalo —opinó La Diana—. Apuesto cualquier cosa a que Inés desapareció junto con su padre.

—No sería mala idea intentarlo —terció Dorianne Jorowsky—. Y con los bebés que nacen en cautiverio, ¿qué hacen?

—Tráfico de órganos —replicó sin dudar Madeleine Reardon, y un silencio ominoso siguió a la última palabra, que rompió Celhia de Lasieux para sugerir otra posibilidad: se los vendían al laboratorio como conejillos de Indias. A La Diana, el café se le convirtió en un cubo de hielo en el estómago al pensar en el posible destino de su pequeña Larysa.

A continuación, elaboraron una lista con los nombres de las ocho entrevistadas —faltaba Selin, aún en el hospital— y se dedicaron a definir los destinos de cada una de ellas de acuerdo con los deseos expresados. La Diana se alegró al saber que el gobierno francés había ofrecido acoger a quienes no desearan regresar a sus países. Se puso de pie y anunció que se marchaba. La explicación fue la de siempre: no quería dejar tanto tiempo solo a Kovać. Las mujeres la despidieron y prometieron visitar al vicepresidente de Duga Sarajevo en el hospital.

* * *

La Diana encontró a Kovać al teléfono; hablaba con Bosa Dretar. Aprovechó para llamar a su cuñado Peter Ramsay. Esa mañana había caído en la cuenta de que Piersanti “Charlie” Righi, después del supuesto robo en su departamento de Stanhope Gardens, había hecho cambiar la cerradura y no le había entregado las llaves. Y nunca lo haría.

—Lo sé todo —dijo Ramsay a modo de saludo—. Sé que tú formabas parte del grupo que protagonizó esa fuga digna de una película hollywoodense. Pero Leila y Sanny están al margen.

—Y me gustaría que siguiese de ese modo —declaró La Diana—, pero me están presionando para que dé una entrevista.

—No quiero que Leila sufra impresiones fuertes estando embarazada. Tal vez sería más sabio prepararla y no que se enterase viéndote por la televisión.

—Me parece sensato —acordó La Diana—. Gracias por enviar a Oschensky para que limpiase la habitación.

—Se le ocurrió a Eliah y me pidió que me ocupase. Fue una suerte que Oschensky estuviese en Kosovo. Es muy bueno en su trabajo.

—Lo es —acordó La Diana—. Necesito pedirte otro favor.

—El que quieras —respondió el ex espía de los servicios británicos.

—Necesito que vayas a mi departamento, lo hagas abrir por un cerrajero de confianza cuyo número te daré y le pidas que cambie la cerradura. Cuando nos encontremos, me darás las llaves. Ah, y hazle llegar un juego al propietario. Sus datos están en una tarjeta en la mesa de noche de mi habitación.

—Dalo por hecho. ¿Algo más?

—Sí, que quites los micrófonos que una vez descubriste y que no sacaste por orden del general.

—OK. Lo haré.

—No te alarmes si, al entrar, encuentras todo revuelto. Irrumpieron para robar hace unas semanas.

—Oh, no lo sabía. Lo siento. ¿Robaron algo de valor?

—Solo la computadora, pero no tenía archivos ni información importante.

Se despidieron con la frialdad expeditiva a la que estaban habituados. Apenas cortó la llamada, su móvil comenzó a sonar. Era Albert Coleman, el periodista inglés gracias al cual su caso había tomado estado público.

—En unos minutos —le anunció Coleman— me entrevistaré con Madeleine Reardon, Celhia de Lasieux, Dorianne Jorowsky y Gordana Prolović. Tenía la esperanza de que usted también formase parte del grupo.

—Regresé al hospital. No quiero dejar solo a Lazar.

—¿Podré entrevistar al señor Kovać mañana? ¿Cree que el médico me autorizará?

—Lo consultaré y lo llamaré.

—Por la mañana entrevistaré a las muchachas. —Ante el silencio de La Diana, el hombre se apresuró a aclarar—: La señora Reardon y la señora Prolović dieron su consentimiento. Lo haremos con las muchachas de espaldas y les distorsionaremos las voces. Es imperativo que lo hagamos, Diana. Ya se habla de que Duga Sarajevo orquestó la huida como una gran puesta en escena para obtener las donaciones cuantiosas que está recibiendo.

La Diana percibió cómo la ira tomaba control sobre ella. Dejó caer los párpados e inspiró profundamente. Se presionó el puente de la nariz.

—¿Y la bala en el hígado del vicepresidente de Duga Sarajevo? —preguntó con calma fingida.

—Dicen que es parte del montaje, por eso es importante entrevistar a Kovać, incluso al cirujano.

—Pida por el doctor Cooper —aportó La Diana—. Es claro que esas difamaciones las hacen circular los traficantes para desprestigiar a Duga.

—Estoy de acuerdo —coincidió el periodista—, pero si sacase al aire a Kovać durante la convalecencia y le mostrase al mundo lo que tuvo que padecer para poner a salvo a esas muchachas, las difamaciones terminarían. Sería un gran impacto, Diana. Soy corresponsal de la BBC y de CNN en

este asunto, además de reportero de *The London Times*. En pocas horas, todo el planeta habrá visto y oído su versión de los hechos.

—Lo hablaré con Lazar y lo llamaré a este teléfono.

Dado que Kovać seguía hablando con la fiscal Dretar, La Diana aprovechó para darse una ducha en el baño privado de la habitación. Se vistió con ropa limpia del bolso que le habían traído Duncan y McLeod. Salió con la cabeza envuelta en una toalla y vestida con unos jeans y una camisa.

Kovać le sonrió y le extendió la mano, que ella aceptó enseguida. Se sentó en el borde de la cama y luego de un largo beso permanecieron con las frentes juntas, los ojos cerrados y los dedos entrelazados.

—Hablabas con Bosa —susurró La Diana, y Kovać asintió—. ¿Le comentaste del permiso para sacar a Dare?

—Sí. Me dijo que se ocuparía. El 2 de enero, el martes que viene —aclaró—, se reintegrará a la fiscalía, pero prometió hacer unas llamadas hoy para ir apurando el trámite. Dice que las fiestas de fin de año y los feriados nos juegan en contra.

—Si lo logramos, estupendo —dijo La Diana con ánimo optimista—. Si no, paciencia. Tenemos toda la vida para ir a París y conocer a los míos.

—Sí, amor, toda la vida.

Kovać cambió el gesto, lo endureció, y La Diana supo que un pensamiento oscuro lo había perturbado.

—¿Qué pasa? ¿Qué te preocupó de repente?

—Le pregunté a Bosa por ese hijo de puta de Radovan Borenovic.

La Diana se tensó a la mención del padre pedófilo de Darko, que se había dado a la fuga una semana atrás luego de intentar secuestrar a su hijo con la complicidad de una empleada del orfanato.

—¿Lo atraparon?

—¡No, maldita sea!

La Diana le acunó el rostro y lo besó tantas veces como Kovać soltó insultos contra el abusador del niño al que amaba como a un hijo.

—Lazar, ese monstruo nunca podrá llegar a Dare. Nosotros lo protegeremos contra todo mal.

—No siempre estaremos con él, Diana —alegó de mal humor.

—Te equivocas: siempre estaremos con él. ¿Te olvidas de que trabajé como guardaespaldas para la Mercure? Me convertiré en la guardaespaldas de nuestro hijo si es necesario y nadie le tocará un pelo. Te lo prometo.

Kovać la estrechó en un abrazo ferviente y la mantuvo apretada un buen rato. Al cabo le pidió que le contase cómo les había ido con las entrevistas. La Diana sació su curiosidad mientras lo obligaba a beber agua. Kovać sorbía de la pajilla y rara vez la interrumpía para hacer una pregunta. Llegado el caso de Svetlana, se mostró sorprendido.

—Goga dice —manifestó La Diana— que lo de Svetlana es un caso puntual. Como De Souza necesitaba una mujer compatible genéticamente para gestar al hermano salvador usó la red de tráfico para encontrarla. Celhia de Lasieux, en cambio, sostiene que esa clínica o laboratorio tiene un acuerdo permanente con los traficantes que le suministran mujeres y bebés como conejillos de Indias.

—Y tú, ¿qué opinas?

—Me inclino más por la sugerencia de Lasieux, pero no estoy segura. De lo que sí estoy segura es de que debemos hallar a la famosa doctora buena. Es evidente que se mueve con cierto grado de libertad entre los dos mundos, el de la clínica y el del tráfico sexual. Ella podría conducirnos a la cabeza de la red.

—Al *vojvoda* —expresó Kovać—, a Vuk —añadió, y se la quedó mirando con la intención de dimensionar el impacto de esas palabras.

—Sí, a Vuk.

—¿Qué harías si lo encontrases?

La Diana se desabrochó la camisa, se dio vuelta y le expuso el tatuaje del arcángel San Miguel.

—Eso haría —dijo con voz firme, y enseguida se estremeció con la tibieza de la mano de Kovać abierta sobre su piel.

Cerró los ojos y se permitió relajarse mientras él dibujaba con el índice el contorno de las figuras. Su voz de bajo la hizo vibrar al leer la frase del escudo del arcángel:

—*Quis ut Deus?* ¿Quién es como Dios? —tradujo—. Se dice que es una burla de San Miguel a Lucifer, que declaraba ser poderoso como el mismo Dios.

—Lo sé.

Kovać guardó silencio y quedó a la espera. Presentía que había recuerdos, dolor, imágenes y miedo detrás de esa frase; estaba casi seguro de que para Diana no se trataba de un detalle del diseño. Le cubrió los hombros con la camisa y la obligó a sentarse de nuevo junto a él. La observó abrocharse los botones y se dedicó a admirarle el perfil. ¡Qué

hermosa era! La perfección de sus rasgos lo había sumido en prolongados momentos de contemplación cuando en el pasado jamás se había detenido a analizar los rostros de los demás, ni el suyo propio, para el caso. Tal vez Goga, se dijo, tuviese razón; la belleza de Diana lo había afectado más de lo que él estaba dispuesto a admitir desde su realidad plagada de filosofía, teología y psicología. Le recorrió el tabique nasal moteado de pecas y sonrió al pensar en qué feliz lo haría si le diese una hija con esa misma pequeña y delicada nariz pecosa.

—Vuk decía que era Dios —la oyó murmurar—. ¡Yo soy Dios para ti!, me gritaba.

—Lo gritaba porque sabía que no lo era.

—Te aseguro que se le parecía.

—Pero no pudo con mi diosa guerrera. —Le acunó el rostro y le apretó un poco las mejillas. Le atrapó los labios con los dientes y se los mordisqueó con delicadeza—. Amo tu boca.

—Y la tuya —dijo ella— es mi cosa favorita en el mundo.

Kovać rio apenas y volvió a hacerse de sus labios. Lo excitó que se mostrase ansiosa y lo aferrase con ambas manos para guiarlo en un beso que se desató apenas ella lo rozó con la lengua. Lo asombraba la naturalidad con que sus cuerpos se comunicaban, y se trataba de un prodigio si se tenía en cuenta los pasados traumáticos que arrastraban y que los habían dejado incapacitados para abrirse libremente a la intimidad con el otro. Como había creído que, después de su primer amor, aquel amor adolescente con la dulce Izia, nunca volvería a experimentar deseo sexual, el anhelo constante que Diana le despertaba era fuente de alegría. Se sentía completo, como nunca lo había sido.

—Solo tú podrías destrozarme, Lazar. Solo tú cuentas con ese poder.

—No osaría tocarte un cabello como no fuese para amarte y adorarte, amor mío.

—Lo sé. No me harías daño de manera deliberada o consciente, pero si algo te sucediera... Cuando te vi caer en la nieve, junto al helicóptero...

—Shhh... —Kovać le besó los labios tensos—. Nada malo va a ocurrirme. Ahora solo piensa que, cuando salgamos de aquí, nos iremos adonde sea, a París o a Bosnia, pero nos aislaremos, y voy a amarte, Diana, una y otra vez. Haremos el amor y seremos felices. Tengo tantos deseos de ti, amor mío.

—Y yo de ti.

Se apartaron abruptamente cuando llamaron a la puerta. Traían la cena.

* * *

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, Albert Coleman entrevistó a Lazar Kovać y a La Diana. Callum Duncan y Bruce McLeod se encontraban en la habitación, callados y apartados, atentos a las preguntas del periodista y a las respuestas de los entrevistados. Durante gran parte de la mañana, Glendale los había aleccionado acerca de lo que podían decir y de lo que era mejor callar para evitar problemas legales, incluso políticos. Del mismo modo, el anciano escocés le enumeró a Coleman los temas sobre los cuales no debía preguntar, como los nombres de quienes los habían ayudado durante la fuga o acerca de la experiencia de su sobrina nieta durante la guerra de Bosnia, y lo aclaró con énfasis porque sabía que el periodista habría dado cualquier cosa por obtener el testimonio de una musulmana atrapada en Rogatica durante el conflicto.

El inglés oyó en silencio y con atención lo que Callum Duncan le señalaba y a continuación se dirigió a Kovać para decirle:

—Ayer, mi equipo de investigación realizó un descubrimiento increíble. —Sacó de su maletín una fotografía y se la extendió—. La recuerdo bien —apuntó Coleman—. Dio la vuelta al mundo.

Kovać la tomó y se quedó mirando su propia imagen, cubierta de polvillo y con la cabeza de Momo entre las manos. La Diana lo contempló sin respirar y lo vio devolver la fotografía con aire sereno.

—Era mi mejor amigo —fue todo lo que pronunció.

—Sí, lo sé —afirmó Coleman—. Nos preguntábamos si podríamos emplearla en la presentación de la entrevista —inquirió con respeto—. Fortalecería la fama de héroe que en buena ley se ha ganado. —Kovać se limitó a negar con un movimiento de cabeza—. Como usted disponga —expresó el periodista y guardó la fotografía.

Coleman destinó la primera parte de la conversación para interrogarlo acerca de las etapas, ciudades y desafíos que habían ido enfrentando durante los casi cuatro días de persecución.

—¿Es cierto que una de las víctimas de tráfico humano dio a luz durante la huida?

—Sí —contestó Kovać—, una de las muchachas parió a su hija en un refugio del parque nacional Sutjeska, y fue la señorita Huseinovic —volvió

la mirada hacia La Diana, quien se mantenía junto a la cabecera— la que la asistió en el parto gracias a sus conocimientos de paramédico. Sin ella, ninguno de nosotros habría sobrevivido —añadió.

La respuesta de Kovać dio pie al periodista para presentarla, y lo hizo como “un soldado de la OTAN de foja intachable”.

—¿Cómo llegó a involucrarse en este tema del tráfico humano, señorita Huseinovic?

—Por orden de mi comandante, el general Anders Raemmers —contestó un poco nerviosa, y enseguida percibió la mano de Kovać que, subrepticamente, se deslizó hasta aferrar la de ella, que descansaba en el borde de la cama.

—El general Raemmers murió recientemente, ¿verdad?

—Sí.

—¿De qué modo?

—El reporte dice suicidio, pero es mi opinión que fue asesinado. Él, antes de morir, me ordenó que si algo llegaba a sucederle me ocupase de proseguir con su investigación.

—Y algo le sucedió —Coleman le dio pie.

—Sí, algo le sucedió. Mi comandante me había dejado el nombre de una de las autoridades de la ONG Duga Sarajevo. Trabajaba con ellos desde hacía unos meses —aclaró—. Viajé a Bosnia sin imaginar que acabaríamos huyendo por nuestras vidas.

—Usted, como soldado, seguramente está acostumbrada al peligro y a la muerte. Díganos qué fue lo peor de esta pesadilla.

—Es cierto, soy una profesional de la guerra y estoy acostumbrada al peligro, pero cuando enfrento situaciones como esta formo parte de un grupo de soldados tanto o más preparados que yo. Nos protegemos unos a otros y sabemos cómo lidiar con las situaciones de riesgo. Lo peor de esta pesadilla lo constituía el hecho de que tenía que proteger a tantos civiles en las condiciones más adversas, con criminales bien armados y crueles que nos perseguían como si fuésemos bestias. Pero quiero destacar la actitud de las autoridades de Duga Sarajevo y de las víctimas del tráfico humano, que mostraron una entereza digna del mejor soldado. Gracias a su determinación y colaboración salimos adelante. De igual modo, creo que el infierno que tuvimos que padecer durante esos cuatro días no se compara con los infiernos que esas pobres chicas soportaron a manos de sus captores

durante meses y meses de violaciones, torturas y humillaciones, años en algunos casos.

—¿Existió un momento en que creyó que no lo lograrían?

—Sí —dijo secamente, y como se le había formado un nudo doloroso en la garganta al recordar las ocasiones en que el espíritu de su querido Sergei Markov la había guiado fuera del peligro, no reunió la entereza para agregar nada más. Y allí, frente al camarógrafo que no perdía un gesto de los entrevistados, Lazar Kovać le levantó la mano que había sujetado a escondidas y se la besó con reverencia.

Coleman aprovechó esa imagen para finalizar la entrevista. Les agradeció y los saludó, apurado, pues, según informó, pretendía editar el material y enviarlo a Londres y a Atlanta dentro de las siguientes dos horas para que lo empleasen en los noticieros del horario central.

—Están esperándolo con ansias —aseguró antes de marcharse con el camarógrafo a la zaga.

* * *

Alrededor de las nueve de la noche, La Diana sintonizó el canal BBC News y lo enmudeció a la espera de que comenzase el noticiero del *prime time* en el cual, según había prometido Coleman, verían la entrevista. Un enfermero ayudaba a Kovać a ducharse, tarea incómoda con el tubo que todavía le salía por el costado derecho y la canalización.

Kovać salió del baño con una toalla atada a la cintura, mientras el enfermero acarreaba la bolsita del drenaje y el soporte del suero. La Diana lo admiró mientras avanzaba dando pasos medidos y se fijó en que se había sujetado la toalla tan por debajo con el fin de evitar que tocase la venda que se le veían las crestas ilíacas y el sendero de vello negrísimo que le nacía en el ombligo y que se le unía al que se insinuaba bajo el filo de la toalla. La sorprendió el deseo simple y llano por ese cuerpo estupendo, y cuando alzó la vista y se topó con los ojos aguzados y oscurecidos de él supo que estaba leyéndole el pensamiento, y la hizo dichosa ser capaz de sentir como una mujer normal, pero en especial comunicarle abiertamente cuánto lo añoraba.

El enfermero lo fajó, lo ayudó a ponerse un calzoncillo y una remera y a acostarse. Se retiró con la misma actitud sigilosa y comedida con la que

había entrado. Kovać extendió la mano, y La Diana se la sujetó enseguida. La obligó a inclinarse y le atrapó la boca en un beso ardiente.

—¿Todavía sigue en pie la promesa de llevarme a un hotel cinco estrellas?

—Por supuesto —contestó Kovać—. Te encerraré en la habitación y te haré el amor hasta que me ruegues que me detenga. Descansaremos y recomenzaremos de nuevo, así, una y otra vez.

—No veo la hora de que puedas cumplir tu promesa.

—La cumpliré —afirmó, y siguió arrastrándole los labios por el rostro—. Pero ahora puedo ayudarte a aliviar esta necesidad —dijo y le buscó el botón de los jeans y lo desabrochó—. Amor, quítate la remera y el corpiño.

Lo complació que lo obedeciese sin preguntas ni dudas, y mientras ella se desnudaba el torso, allí, de pie junto a la cabecera, él elevó un poco más el respaldo de la cama de modo de quedar sentado. La última prenda cayó sobre las sábanas, y La Diana le expuso los senos grandes que la habían avergonzado durante la adolescencia. Él los juzgaba de una perfección incomparable, y los sostuvo con reverencia mientras los estudiaba: la piel blanquísima y tersa, sin defecto, surcada por venas celestes; los pezones duros y encarnados a causa de la excitación; y el peso que le llenaba las manos. Sin pedirle permiso, seguro de su potestad sobre ella, sobre su cuerpo, encerró un pezón entre los labios y lo apretó.

La Diana soltó un gemido y hundió los dedos en el colchón, por sobre los hombros de Kovać. Hacía un puño con las sábanas mientras él le succionaba los pechos alternadamente. La observaba, la estudiaba, medía sus reacciones e intentaba determinar el significado de su expresión en la cual le parecía que su belleza se exacerbaba gracias al ceño, a los ojos apretados y a los labios sumidos, que hablaban del goce que él estaba proporcionándole. Y la estudiaba con atención porque sabía que la situación podía desestabilizarla después de haberle negado sus pechos a Larysa. Los segundos pasaban, y su Diana solo mostraba signos de placer y nada de tormento. La amó aún más por eso, por permitirse sanar.

—Sé que lo hiciste por mí —habló de pronto, con voz oscurecida por el deseo, mientras le masajeaba con los pulgares los pezones cargados de saliva.

—¿Qué, amor?

—Sanar de tu fobia. Sé que lo hiciste por mí.

—Sí, por ti. No lo habría logrado de otro modo. Y lo hice solo para verte feliz.

—Me haces feliz, Diana. Tanto que no sé cómo expresártelo.

—¿Tú sientes mi amor infinito por ti, Lazar?

—Sí —contestó con acento ronco y vehemente.

Kovać volvió a llenarse la boca con un pezón y, mientras la enloquecía envolviéndoselo con la lengua, le deslizó la mano bajo los jeans, bajo la bombacha de algodón, hasta alcanzar la tibieza húmeda escondida entre las piernas.

—Estás muy mojada —anunció con una sonrisa arrogante, que la hizo reír.

La risa se le cortó cuando Kovać la penetró de manera rápida y certera con el índice y el mayor, y su intrusión la obligó a ponerse en puntas de pie. Le acarició lentamente el clítoris con el pulgar, una y otra vez. Siguió succionándole los pezones en tanto sus dedos entraban y salían y los masajes se aceleraban, y todo lo hacía atento a ella, a que no se perdiese en el mundo de culpa y de horror en el que se había enjaulado después de la guerra. La quería solo para él, detestaba la idea de que su mente regresase a los lugares a los que la había conducido el dragón, el mismo que había intentado eliminarlo para volver a quedarse con la gema preciosa que era Diana Huseinovic.

—Te quiero solo para mí. No te compartiré con nadie —declaró sin pensarlo.

—Con nadie —ratificó ella antes de arquear la cabeza y entregarse al orgasmo.

Kovać sufrió una fuerte impresión al verla en el gozo. La certeza de que Diana era su destino, su vida, todo, adquirió una nueva dimensión al observarla durante los instantes efímeros en los que ella se concedió esa dicha después de años de tormento y privación, en los que se abría para él, solo para él, en los que bajaba el escudo tras el cual se protegía. Su entrega y su confianza lo hicieron sentir grande, importante, poderoso. Si había sido capaz de conquistar el corazón de esa mujer, se creía capaz de cualquier portento.

La Diana alzó los párpados lentamente y se encontró con la expresión atónita de Kovać, los labios entreabiertos y la mirada fija en ella, sin pestañeos. Sus senos aún le colgaban cerca del rostro, con los pezones hinchados y enrojecidos a causa del fervor con que los había succionado, y

su mano todavía se le cerraba con inconsciente vigor entre las piernas. Abrió el puño que sujetaba la sábana al costado de la cabeza de él y le acunó la mejilla de barba un poco más que incipiente.

—¿Qué sucede, amor?

—Gracias por ser mía —dijo, y odió que la voz se le entrecortase, pero no podía evitar la emoción que ella le provocaba y que lo dejaba en carne viva.

La vio inclinarse sobre él y bajó los párpados. Sus pechos se le aplastaron contra el rostro cuando le acunó la cabeza.

—Gracias por amarme y por redimirme, Lazar.

Incapaz de articular, asintió apenas, dichoso como jamás lo había sido.

—No sabía que se podía ser tan feliz —expresó con voz estrangulada—. Me haces tan feliz —reiteró.

—¿Puedo darte lo que tú acabas de darme a mí? —preguntó La Diana con la mano sobre su erección—. ¿Crees que te haría mal?

Los interrumpió el timbre del celular. Era Bruce McLeod; la llamaba para advertirle que estaba por comenzar el noticiero. Escuchaba la vocecita de Darko, que le pedía hablar con ella, por lo que tomó la llamada y charló un rato con el niño, que después quiso contarle a “su papá” que ya sabía contar hasta diez en inglés, por lo que La Diana le pasó el teléfono a Kovać. El momento se había perdido. La sensación de plenitud y saciedad en su cuerpo y en su corazón persistían. Se volvió hacia Kovać, y lo encontró observándola con una fijeza cargada de anhelo, y mientras él le decía a Darko cómo se pronunciaba la palabra ocho en inglés, con la mirada le decía a ella todo lo que necesitaba para convencerse de que la vida era digna de ser vivida.

* * *

La sala de enormes dimensiones, donde destacaba un hogar de más de un metro y medio de altura, en el cual crujían varios troncos incandescentes, se correspondía con el estilo del resto de la mansión construida en consonancia con las reglas del academicismo, que la dotaba de líneas clásicas, embellecidas por artonados dorados a la hoja, columnas de mármol y frescos alegóricos en las paredes y en el cielo raso.

Decorado en el estilo Reina Ana, con tapizados floreados y muebles de caoba y raíz de nogal ricamente tallados, el recinto mostraba detalles que

evidenciaban modernidad bajo el boato clásico, como por ejemplo ventanas con vidrio doble y cierre hermético, radiadores de última generación y un sistema de iluminación que se atenuaba o se intensificaba desde un comando remoto.

El hombre sentado en el sillón Chippendale de tres cuerpos, inclinado hacia delante, con los codos sobre las rodillas y las manos sujetas, que no apartaba la vista de la pantalla del televisor de cuarenta y ocho pulgadas, lucía fuera de sitio en ese recinto primoroso. Nada en él concertaba con la feminidad del entorno, desde sus espaldas de hombros anchos y macizos hasta su rostro cuya tosquedad atractiva se acentuaba a causa de la cicatriz que lo surcaba desde el pómulo hasta más allá del filo de la mandíbula, y esto sin mencionar el tatuaje negro grabado en su nuca completamente rapada y que hablaba de muerte.

La mujer sentada a su lado lo miraba a él, en parte porque, después de tantos años, todavía lo encontraba el hombre más fascinante que conocía, y también porque no soportaba ver a la muchacha que aparecía en el noticiero de BBC News. No quería descubrir en ella la juventud perdida. Sin embargo, cuando el periodista se volvió hacia la joven para interrogarla, la mirada se le escapó y cayó cautiva de la imagen. Ahora se hacía llamar Diana y, pese a que conservaba la belleza de siempre, se la notaba endurecida y dueña de sí. La odiaba y la envidiaba, y en nada ayudaba a calmar sus negras emociones que el hombre a su lado, apenas oír su voz, hubiese ido relajando la expresión, entreabriendo los labios y ablandando los ojos. Le habría partido el atizador por la cabeza.

La entrevista acabó como el cierre de una película romántica, con el atractivo y convaleciente caballero que tomaba la mano de la heroína y la besaba mientras intercambiaban una mirada en la cual sobraban las palabras. Estaba claro, esos dos se amaban, y la envidia se le profundizó.

Soltó una exclamación y se puso de pie cuando el hombre a su lado arrojó una estatuilla china de jade muy costosa que explotó contra el televisor.

—¡Vuk! —se enfureció—. ¡Te has vuelto loco!

—¡Lo voy a liquidar! ¡Lo voy a liquidar con mis propias manos! —repetía, enajenado, la vista fija en el hueco de la pantalla.

—¡Eres un imbécil! ¡Un hijo de puta! ¡Sigues obsesionado con esa puta turca de...

No acabó la frase. Vuk le cerró la mano en el cuello y apretó. Se aferró a su muñeca y se puso en puntas de pie para aligerar el peso y evitar el ahogo.

—Suel... ta... me —rogó.

—Branka, te soltaré, pero si vuelves a insultarla, siquiera a mencionarla, te cortaré la lengua.

Asintió con dificultad. Ya libre, se dejó caer en el sillón y tosió e inspiró como presa de un ataque de asma. Manoteó el vaso de *šljivovica* y sorbió el contenido de un trago. La bebida le quemó la garganta y la hizo toser, pero le calmó la molestia. Veía a Vuk a través de un velo de lágrimas, en parte causado por el licor, en parte por la rabia y los celos. Ubicado delante de un ventanal, le daba la espalda mientras observaba el parque nevado de la propiedad.

—¿Quién era ese tipo que estaba con ella? —se atrevió a preguntar.

—Mi hermano —respondió Vuk, que, sin destinarle una mirada, dio media vuelta y abandonó la sala.

CAPÍTULO IV

¿Hasta qué punto morir es una desgracia?

Extracto del Libro XII de *La Eneida*,
de Virgilio, escritor latino
(70 a.C-19 a.C)

A la mañana siguiente, Goga, Callum Duncan y Bruce McLeod se presentaron con los niños para comentar la entrevista. La BBC News y, horas más tarde, CNN les habían dedicado una porción importante de sus noticieros de horario central. Poco después llegaron las repercusiones. A La Diana la habían llamado sus hermanos, cuyo nuevo número telefónico les había provisto Peter Ramsay, y también habló con Matilde, que la hizo reír al contarle que Juana Folicuré, apenas acabado el programa televisivo, había telefoneado desde Jerusalén para decirle que el “potranco” que estaba con “Dianita” era más lindo que comer Nutella a cucharadas, y que así cualquiera se curaba de la afenfosfobia.

—Potranco en castellano —explicó Matilde— quiere decir semental muy joven. Creo que llamará “potranco” a Lazar para siempre —vaticinó Matilde—, como llama papurri a Eliah y Cabshita a Alamán —se refería al hermano de Eliah—. Tú la conoces. Lo siento, amiga.

—Me encanta —la tranquilizó entre risas.

—Y a mí me encantó tu Lazar. No sabes lo feliz que estoy por ti.

—Gracias, Mat. No veo la hora de que se conozcan.

A Kovać lo llamaron Bosa Dretar, el padre Ivo, el padre Nikolaj, Viki y Brano Mesić y el viejo Ljuba. También las repercusiones fueron de carácter más formal, y se enteraron a través de Albert Coleman de que varios colegas habían quedado tan impresionados con la labor de Duga Sarajevo y con su muestra de valentía que anhelaban entrevistarlos. Kovać, convencido de que no debían permitir que la cuestión se enfriase, autorizó al periodista

inglés para que les diese su teléfono, y en menos de diez minutos, el celular comenzó a sonar. Ese día se lo pasó dando entrevistas radiales y televisivas para distintos medios de Europa, América y Asia.

A última hora de la tarde, fueron a visitarlo Madeleine Reardon, Celhia de Lasieux y Dorianne Jorowsky. La Diana hizo las presentaciones y acomodó tres sillas en torno a la cama, que las mujeres ocuparon en silencio. Se ubicó del otro lado y con disimulo entrelazó los dedos con los de él, que se los apretó en un acto cómplice.

—Señor Kovać —habló Celhia de Lasieux—, Diana le habrá comentado acerca de nuestro proyecto, la creación de una fuerza de choque contra el tráfico humano. STOP la llamaremos, Special Trafficking Operations Program, y queremos que Duga Sarajevo colabore con nosotros.

—Es una idea interesante —manifestó Kovać, prudente—. Entiendo que ustedes son personas especializadas, honestas y comprometidas con la causa. Solo espero que el poder político siga apoyándolas moralmente y con fondos después de que el escándalo en la prensa se termine.

—No aceptaría participar de otro modo —aseguró Lasieux—. Creo que el embajador Klein está realmente comprometido con la causa.

Kovać asintió lentamente y con una seriedad que La Diana juzgó atractiva.

—Para que la nueva fuerza obtenga los mejores resultados —dijo el ex sacerdote—, hay que cambiar el marco jurídico. En este sentido, les aconsejo consultar a la fiscal Bosiljka Dretar. Ella tiene un proyecto de ley que trata el delito del tráfico humano como lo que realmente es: esclavitud y servidumbre. Por supuesto, nunca encontró apoyo político para elevarlo al Parlamento.

—Bosa nos recibirá en Sarajevo el 3 de enero —comentó Madeleine Reardon—. Hablaremos de este tema, señor Kovać, porque sin duda es primordial, y también iremos a proponerle formalmente lo de la fiscalía exclusiva para tratar estos casos. Estamos casi seguras de que aceptará. Y tú, Diana, ¿aceptarás convertirte en la jefa de las escuadras policiales de STOP?

La Diana miró fugazmente a Kovać antes de expresar:

—Después de que le den el alta a Lazar nos tomaremos unos días para reponernos y lo meditaré. Les confieso que estoy entusiasmada con STOP.

—Estuve hablando con Goga —intervino Dorianne Jorowsky— y ya hemos definido líneas de trabajo para aunar las fuerzas de las dos ONG. Lo

primero que necesitan es un sitio web para que la gente sepa cómo participar y colaborar.

—Hasta hace poco —dijo Kovać— no contábamos con dinero para diseñarlo.

—Pero ahora las cosas han cambiado —aseguró la presidenta de Defensores de los Derechos Humanos— y creo que juntos podremos hacer grandes progresos para detener este flagelo.

—¿Qué será de las muchachas que salvamos? —inquirió Kovać.

—Nuur regresará a Croacia, con su familia —aseguró Madeleine Reardon—, y le proveeremos asistencia psicológica y un subsidio hasta que consiga trabajo.

—¿Se supo algo de la hermana?

—Ayer se procedió a allanar el club que nos indicó Nuur pero lamentablemente estaba vacío. Lo habían abandonado y, por la evidencia recogida, hasta hace pocos días hubo gente allí. Hallaron el sótano lleno de cadenas, colchonetas y restos de comida.

La Diana sintió que los dedos de Kovać se ajustaban en torno a los de ella y que los labios se le tensaban en la ya conocida mueca en la que caía cuando algo lo perturbaba.

—Las demás han decidido aceptar el asilo del gobierno francés, que las recibirá en refugios que utiliza con los inmigrantes y que son óptimos.

—¿Lo son? —se mostró desconfiado Kovać.

—Lo son, señor Kovać —aseguró Jorowsky—. Mi gente los inspecciona a menudo y viven en condiciones dignas. Lo interesante del programa francés es que les enseñan idiomas, oficios y artesanías. Su nutrición y su salud están muy controladas. Las chicas estarán muy bien, se lo aseguro, y usted podrá comunicarse con ellas y visitarlas cuando lo desee.

—¿Y Selin? —preguntó con interés especial, y La Diana se dijo: “Siempre fue su favorita”.

—Mañana le dan el alta —anunció Reardon—. Los médicos dicen que fue un milagro que sobreviviese. Viajará a Francia, pero no irá con sus compañeras al refugio sino a una clínica especializada en desintoxicaciones. Sabemos que salir de la heroína no es fácil, pero con la fuerza de espíritu que demostró al pasar por esa ordalía y salir viva, creo que hay esperanza para ella. ¿No lo cree así?

—Sí, lo creo —manifestó Kovać con un acento grave y oscuro que causó impresión en las mujeres; quedaron enmudecidas.

La Diana intervino:

—El caso de Svetlana es especial pues a ella seguirán buscándola. El general De Souza...

—Ya no es general —la corrigió Reardon—. Fue degradado por el comandante en jefe del ejército de Portugal.

—Y sí —retomó Lasieux—, sabemos que la situación de Svetlana es delicada.

—De Souza no renunciará tan fácilmente —manifestó La Diana—. Seguirá buscándola. Creo que no es conveniente que esté en el refugio con las demás. Es muy peligroso.

—¿Qué propones? —la interrogó Dorianne Jorowsky.

—Creo que podría conseguir un sitio donde esconderla, pero tendré que hacer algunas llamadas antes de confirmarlo. ¿Cuánto tiempo tengo?

—El que sea necesario —contestó Reardon—. No las moveremos de Camp Bondsteel hasta que sepamos que estarán seguras en sus destinos.

* * *

Al otro día, domingo 31 de diciembre, el ánimo festivo había contagiado aun a Callum Duncan, que se presentó por la mañana en el hospital para contarles que, con la ayuda de McLeod, estaba organizando una pequeña celebración para esa noche en la cabaña de Goga con todas las muchachas, incluida Selin. Igualmente, no olvidaba las graves cuestiones que tenían entre manos; por lo cual sacó la libreta, la que llevaba a todas partes, y se calzó los lentes.

—Me ha llegado la información que te adeudaba desde hace tiempo, querida. La información sobre Aleksandar Ilić.

Kovać, que, sentado en una silla, conversaba con McLeod, cortó abruptamente la charla y dirigió la mirada hacia Glendale. La Diana se ubicó junto él y le colocó la mano sobre el hombro. Kovać la interrogó con la mirada.

—¿Recuerdas que te hablé de la hermana de Nanuk, de que ella y su hija murieron en el accidente aéreo que ocurrió al sur de Bélgica? —Kovać asintió con el ceño pronunciado—. Creemos que Ilić causó el accidente.

—¿Por qué? —se desconcertó.

—Tiene que ver con Yura, la hermana de Nanuk —intervino McLeod—. Verás, Lazar, es un asunto enredado. Los que planearon el sabotaje del

avión reemplazaron a Yura y a su hija por dos impostoras, que murieron en el accidente. A Yura y a la pequeña Miki las secuestraron.

—No te conté —retomó La Diana— que Yura era *o es* —se corrigió— una de las biólogas moleculares más prominentes de la escena científica mundial. Ilić la acosaba desde hacía tiempo con ofertas tentadoras para que trabajase para él, pero ella lo rechazaba sistemáticamente. Pirata de la ciencia, lo llamaba.

—Dios bendito —susurró Kovać—. ¿Qué más han podido averiguar?

—Nada más —admitió McLeod—. Es como si se hubiesen desvanecido en el aire.

—Porque sospechamos que Ilić está detrás de la desaparición —explicó Callum Duncan—, pedí a un contacto del MI6 especializado en las actividades de grandes holdings que me hablase de él. Y esto es lo que consiguió. Aleksandar Ilić, nacido en Belgrado el 15 de febrero de 1930. Hijo ilegítimo del regente del reino de Yugoslavia, el príncipe Pavle de la dinastía de los Karađorđević. Poco se sabe de su madre. Las especulaciones son variadas. Algunos la tienen por una gitana, otros hablan de una prostituta, otros de una actriz francesa. La teoría más aceptada es que se trataba de la esposa de un militar yugoslavo que se convertiría años más tarde en pieza clave del régimen pro nazi del príncipe Pavle. Aleksandar fue criado lejos de sus padres, en una casa de verano en Smederevo que había pertenecido a la derrocada dinastía de los Obrenović y que luego pasó a manos de los Karađorđević y que le había tocado a la familia de Pavle en la repartija de bienes. Su educación estuvo a cargo de institutrices y tutores. De hecho, fue su nodriza quien le dio el apellido. Desde pequeño mostró inclinación por la química y la biología. Se licenció con honores en Química y en Farmacia en la Universidad de Oxford, donde conoció a George Pearson, su asistente personal e íntimo amigo. Compró el primer laboratorio a la edad de veintiún años, más bien una botica ubicada a unos kilómetros de Brčko, en Bosnia, que para esa época ya formaba parte de la Yugoslavia de Tito. Se habla de que, muy consciente de su origen real, tiene delirios de crear una Gran Serbia en la que él manejaría los hilos tras bambalinas. Se sospecha que, junto con personajes como Milošević, Biljana Plavšić y Nikola Koljević, planeó, fomentó y financió la guerra.

—Maldito monstruo —masculló La Diana—. Y dicen que el tribunal de La Haya lo investigó concienzudamente. ¡Sí, cómo no! —Percibió la tensión en la mano de Kovać en la rodilla. La asustaron su palidez y las

gotas de sudor que le perlaban la frente—. Amor, ¿te sientes bien? —Le secó la frente y lo obligó a sorber agua—. ¿Qué sientes? Dime.

—Nada, estoy bien —mintió.

—Bebe, por favor.

—Será mejor que nos marchemos —propuso Glendale, y guardó los lentes y la libreta en el bolsillo del saco—. Descansa un poco, muchacho. Te vemos tan bien que nos olvidamos de que has pasado por una cirugía importante y abusamos de ti.

—Ningún abuso, Callum. Al contrario. Pero seguiré su consejo y descansaré un poco. ¿Me traerá a los niños más tarde?

—Aquí estarán antes de que acabe el horario de visita, para desearte feliz año nuevo. Están dibujando y preparando sorpresas para los dos.

La Diana cerró la puerta tras los visitantes y se volvió hacia Kovać. Se contemplaron en el silencio de la habitación, y a la luz tenue de ese día nublado ella advirtió que le brillaban los ojos. La Diana lo envolvió con sus brazos.

—Lo siento, Lazar, lo siento tanto. Nunca le mencioné a mi tío que conoces a Ilić, que era tu tutor. No sabía cómo detenerlo.

—Detesto que su recuerdo me perturbe aún.

—Lazar, nuestros recuerdos siempre nos perturbarán, solo que ahora nos tenemos el uno al otro para sobrellevar el mal momento. Tú me lo dijiste, amor, ¿lo recuerdas? Que transitaríamos por este caos juntos. Cuéntame. Si quieres hablar, estoy dispuesta a oír lo que sea que quieras decirme.

Lo ayudó a regresar a la cama. Se miraron. La Diana le sonrió y le acarició la frente. Kovac le sujetó la mano y se la besó, y así comenzó a relatarle los peores años de su vida, con la mejilla sobre la mano de ella y ocultándole la mirada. Ese día, en las vísperas del año 2001, Kovać refirió por primera vez a otra persona los detalles de la tragedia en la que se había convertido su vida el día en que él mismo halló muerta a su madre en las caballerizas de la mansión de Ilić en Smederevo, hasta la madrugada en que, atado de pies y manos, vio morir asfixiada a Izia, su primer amor, víctima de las prácticas sexuales extremas a las que los sometía Ilić.

—Nos ahogaba mientras nos provocaba orgasmos, solo que en esa ocasión algo salió mal y las cosas se le fueron de las manos.

—¿Alguna vez pensaste que pudo haberlo hecho a propósito?

—No. Izia era la luz de sus ojos. En su modo perverso y perturbado, la quería como a nadie.

—Quizá descubrió que ustedes se amaban y por eso la castigó, por celos.

—Sabía que nos amábamos —confirmó—, pero eso solo parecía excitarlo más. Nos obligaba a tener relaciones sexuales delante de él.

La Diana intentó mantener la compostura; pero lo cierto era que la confidencia de Kovać le había provocado un vuelco en el estómago. Sintió fría la cara y seca la garganta.

—Y volver a escuchar el nombre de esa rata, George Pearson. Sospecho que es él quien le provee los niños. Según Izia, fue Pearson el que la compró a su padre para Ilić. Un día se apareció en su granja en Polonia y se la llevó después de una conversación con su padre.

La Diana recordó que Nanuk lo había mencionado como parte del círculo más íntimo del magnate serbio, el que decidía quién podía formar parte del grupo selecto.

—¿Es pedófilo también?

—Nunca intentó nada con nosotros, pero no me extrañaría. Estoy seguro de que nos observaba mientras Ilić nos violaba.

¿En qué pozo negro había caído su Lazar? ¿Qué clase de criaturas perversas y malévolas lo habían torturado durante cuatro años? Sorbió un poco de agua antes de preguntar:

—¿Cómo escapaste?

—Mientras Ilić gritaba y lloraba sobre el cuerpo de Izia, me liberé de las cuerdas. No me preguntes cómo lo hice. Hasta el día de hoy me lo cuestiono, sobre todo si tenemos en cuenta que estaba medio drogado...

—¿Los drogaba?

—Solo a mí —aclaró—. Había empezado a hacerlo en los últimos meses. En aquella época no era alto ni fornido, pero ya tenía quince años y no le resultaba tan fácil someterme, por lo que me drogaba con un barbitúrico, uno que produce la Ouroboros; amobarbital se llama. Te seda aunque te mantiene consciente, más bien sumiso y dispuesto, la mayoría de las veces con alucinaciones. Cuando, después de cenar, empezaba a experimentar cierta pesadez y falta de voluntad, sabía que esa noche llegaría Ilić de visita y tendríamos que *divertirlo*, como él decía.

—¿Te lo ponía en la comida?

—No él, sino sus empleados fieles. Los llamaba horas antes y se los ordenaba. Esos malnacidos, sospechando lo que nos ocurría, jamás levantaron un dedo para ayudarnos. Solo una vez, a nuestra primera profesora, Miss Bensson, nos atrevimos a confiarle las cosas a las que Ilić

nos sometía. Se mostró indignada y fue a la policía de Smederevo para denunciarlo. No volvimos a saber de ella. Ilić nos dio a entender que estaba muerta y que era culpa nuestra.

—Miss Bensson es para ti lo que Kosta es para mí. Los únicos que se atrevieron a hacer algo para ayudarnos terminaron muertos.

—A los profesores que desfilaron después de ella nunca les dijimos nada.

—Dices que Ilić llegaba de visita. ¿No vivía con ustedes en Smederevo?

—Ilić no vive en ninguna parte. Él se lo pasa en su jet, viajando, pues sus empresas e intereses están por todo el mundo. Llamaba a Smederevo su paraíso y a nosotros, sus ángeles.

—Estabas contándome que, pese a estar drogado, pudiste zafar de las ataduras —lo instó La Diana.

—Él no se dio cuenta de que yo me había liberado. Estaba distraído mientras trataba de reanimar a Izia. Tomé el atizador de la estufa a leña y comencé a golpearlo. Todavía recuerdo los alaridos que soltaba. —Apretó los ojos y se mordió el labio en el gesto de acallar los sonidos del pasado.

—Yo nunca olvidaré los gritos que lanzaba Kosta mientras Vuk lo castraba —dijo ella, porque le pareció que de ese modo Kovać no se sentiría tan solo en su evocación—. La voz se le afinaba y se le cortaba. Era horrible. Había sangre por todas partes, pero él seguía consciente y gritaba.

—De pronto —retomó Kovać—, tenía a Pearson a mis espaldas. Intentaba detenerme. Había entrado por una puerta camuflada en la pared, por eso sostengo que nos espiaba. Lo golpeé con el atizador y cayó inconsciente. Busqué las llaves de la habitación, abrí la puerta y salí, pero antes de correr a mi dormitorio los encerré dentro.

—¿Los guardaespaldas no escuchaban los alaridos?

—Pese a que todos sabían lo que ocurría en esa habitación, Ilić ponía música a altísimo volumen para amortiguar los ruidos. Esa noche, recuerdo, había puesto la *Sinfonía N° 4* de Dvořák, una de sus favoritas.

—¿Qué hiciste después?

—Fui a mi dormitorio, me lavé la sangre de ese hijo de puta, me cambié, puse un poco de ropa en un bolso y escapé. No fue fácil. La mansión de Smederevo era una fortaleza. Huí por una ventana, que, al abrirla, hizo saltar las alarmas. Corrí como loco por el parque hasta llegar al muro que era el perímetro de la propiedad. No solo era alto sino que tenía alambre electrificado en la parte superior. No sabía qué hacer. Fui hasta el cobertizo

donde se encontraban las herramientas de jardinería. Una vez había sido el reino de mi padre y yo lo conocía bien.

—¿Y los guardias? Deben de haber estado buscándote después de que se activaron las alarmas.

—Los oía vociferar órdenes. Oía ladrar a los dóbermans. Tenía pocos minutos antes de que me encontrasen. Pero yo sabía que sin Izia en la casa de los horrores no podría sobrevivir. No pensaba volver. O huía o moría en el intento. Me acordaba del lugar donde mi padre escondía las llaves del cobertizo, y allí estaban; después de cuatro años, seguían allí. Abrí la puerta. Saqué una vieja escalera de madera, la que mi padre usaba para podar los árboles más altos. Mi hermano se la sujetaba porque era un poco inestable dada su altura. La coloqué sobre el muro y comprobé lo que había sospechado: sobrepasaba el alambre electrificado. Si llegaba hasta la parte más elevada sin que la escalera se viniese abajo y sin que yo rozase el alambre, podría saltar al otro lado.

—Debe de haber sido un gran salto.

—Tres metros, estimo. Un poco más, tal vez.

—Oh, Lazar.

—Estaba dispuesto a dar la vida con tal de huir, amor. Nada me importaba, y cuando nada te importa, sacas a relucir un valor y una temeridad que no sabías que existían dentro de ti. Recuerdo que mientras subía por la escalera, que se bamboleaba precariamente, me decía: ¿Y qué importa si caigo y me mato? Será mejor morir que volver a ser violado por ese depravado y sin Izia que me sostenga después. Como imaginarás, alcancé la cima de la escalera y salté al otro lado. Sentí un dolor terrible en los pies al caer, unas puntadas profundas, pero no podía demorarme. Me levanté y empecé a correr hacia lo desconocido.

—Sin dinero, sin nada —apuntó La Diana.

—Ilic siempre le daba dinero a Izia. A mí no, pero a ella sí, y joyas. Me había mostrado dónde ocultaba el pequeño tesoro, y me escapé con eso.

—¿Adónde fuiste? Tenías quince años, pero hacía cuatro que prácticamente no salías a la calle. No sabías nada del mundo.

—Es cierto. Casi todo lo hacíamos en la mansión, y como gran premio si nos portábamos bien durante nuestros momentos de *diversión* o si tocábamos virtuosamente una obra para Ilic, Izia al violín, yo en el chelo, entonces se nos permitía jugar en el parque y bañarnos en la piscina si era verano. Por supuesto, los guardias nos vigilaban todo el tiempo.

—¿Fue durante los años de cautiverio que aprendiste a tocar el violonchelo?

—Sí. Recibíamos una educación de príncipes, eso nos decía Ilic, y nos obligaba a agradecerle todo lo que hacía por nosotros.

—¿Así fue como aprendiste a hablar inglés tan bien?

—Inglés y francés. Teníamos profesores nativos y, debo admitir, muy buenos. Nos levantaban a las seis de la mañana y todo el día, hasta las nueve de la noche, nos lo pasábamos estudiando. Era un régimen militar.

—¿Cuál es tu recuerdo más vívido, el que más te perturba?

—La primera vez que Ilic se metió de noche en mi dormitorio —contestó sin un instante de hesitación—. Yo estaba muy triste. Mi madre, a quien adoraba, acababa de morir y mi padre estaba preso acusado de su muerte. Ilic me había explicado que, hasta que mi padre volviese, él sería nuestro padre, mío y de mi hermano, y que no tenía nada de qué preocuparme, él se haría cargo de mí y me protegería. Me iba a dormir llorando. Más o menos a la semana de habernos mudado a la mansión, se metió en mi dormitorio. Yo pensé que venía a hacerme compañía y a consolarme. Al principio creí eso, pero enseguida me di cuenta de que sus caricias no eran como las que me hacían mis padres. —Dejó caer los párpados y suspiró—. Cuando se fue, me quedé petrificado en la cama, en posición fetal. Temblaba de dolor, de miedo, de frío. Deseé morir. Entonces se abrió la puerta otra vez y empecé a llorar creyendo que él regresaba. Izia se metió en mi cama y me abrazó y me calmó. Fue muy dulce. Me dijo que sabía por lo que estaba pasando, lo sabía mejor que nadie porque le hacía lo mismo. Me preguntó si podía curarme, le contesté que sí, y me aplicó un ungüento que me calmó mucho. Me acuerdo de que me aferré a ella como a una balsa en el océano abierto. Pude dormir gracias a que Izia estaba conmigo. No volvimos a separarnos hasta la noche en que murió.

—¿Dormían juntos?

—Sí. Nos escabullíamos; ella venía a mi dormitorio o yo iba al de ella. Ilic nos sorprendió una noche y entonces empezó a usarnos a los dos juntos. Era más fácil si Izia estaba conmigo. ¿Cuál es tu recuerdo más vívido?

La sorprendió con la pregunta, y aunque su comportamiento natural fue cerrarse, dejó escapar un suspiro y se dispuso a remover en las memorias por él. En realidad, todo lo que hacía desde que lo había conocido era por y para él.

—Son dos —admitió luego de darse un momento para reflexionar—. El primero es el instante en que un soldado de los Tigres de Arkan le disparó a quemarropa a mi abuela en la frente porque no quería firmar los papeles que le cedían la propiedad de su departamento. Cayó a nuestros pies, míos y de Leila.

Kovać extendió las manos y le encerró el rostro. Sacudió apenas la cabeza mientras se mordía el labio. La Diana le cubrió las manos con las de ella y se lo quedó mirando.

—Lo siento, amor mío —susurró él.

—Lo sé, sé que sientes mi dolor como tuyo, así como yo siento el tuyo como mío.

Kovać le tomó las manos y se las besó. Entrelazaron los dedos y se sonrieron con labios inseguros.

—¿Y el segundo?

—El segundo fue unas cuantas semanas después de haber sido encarceladas en Rogatica. Vuk me ordenó que me desvistiese y yo me resistí. Se enfureció como no lo había visto enfurecerse hasta ese momento, y me violó hasta reducirme a nada. Después le pidió a uno de sus hombres que le llevase a cualquiera de las *balije* que estaban prisioneras en la planta baja. A cualquiera, recalcó. A la primera que encuentres, dijo. Yo, completamente destrozada, tirada en el suelo, sabía que algo muy malo estaba por suceder, solo que no imaginé que... —Se le cortó la voz y se cubrió la boca con ambas manos. Abrió grandes los ojos y los fijó en los bondadosos de su amado Lazar.

—La asesinó enfrente de ti, ¿verdad?

La Diana asintió, enceguecida de lágrimas y de recuerdos.

—Sí —dijo con la calidad de una exhalación—. La degolló con una facilidad... —evocó y se le deformó el timbre de la voz—. Maida, así se llamaba la pobrecita. Maida cayó delante de Leila y de mí en un charco de sangre. ¡Murió por mi culpa, Lazar! ¡Maida y Kosta murieron por mi culpa!

Kovać la obligó a extenderse en la cama junto a él y lloró con ella, y durante los primeros minutos la sostuvo apretada, intentando absorber los espasmos de llanto que la ahogaban. Un momento después, cuando el dolor, la rabia y la tristeza comenzaron a descomprimir su malévola sujeción, aflojó los brazos y la besó en la cabeza. La Diana emergió de su cuello y, ciega, le ofreció los labios, y a él lo asaltó una alegría inefable. La besó con la pasión que solo esa mujer le despertaba, exacerbada en ese momento por

la necesidad de comunicarle que él sería su roca, su pilar, su todo, si ella se lo permitía.

Se apartaron, y un poco sobrecogidos por el beso, se miraron fijamente en un silencio elocuente. Kovać le sujetó la mano y se la guió hasta su cuello.

—¿Sientes mi pulso? ¿Sientes qué fuerte me bate el corazón? —La Diana asintió—. Es por ti, por esto mágico que tenemos que todavía me sorprende y me emociona.

—A mí también me cuesta creer que la vida me tuviese preparada esta sorpresa. Nunca pensé que volvería a ser normal. Y tú, Lazar, no solo me devolviste la normalidad sino que me diste el infinito. Ahora sé lo que es el amor eterno, de ese que hablan y en el que pocos creen. Yo no creía —admitió.

La Diana acomodó de nuevo la cabeza sobre su pecho y se quedó en silencio. Experimentaba una calma asombrosa después de haberse desgarrado el alma compartiendo escenas tan traumáticas.

—Me dijo que si volvía a resistirme a él, le haría a Leila lo que acababa de hacerle a Maida. Ese día terminó de quebrarme y nunca más me le opuse. Por Leila habría hecho cualquier cosa.

—Y gracias a ti Leila está viva. ¿Eres consciente de eso? Porque eres rápida para imputarte dos muertes, tres si sumamos la de Markov, pero no para reconocer tu gran mérito: mantuviste con vida a Leila, porque de las dos, tú eras la más fuerte, la poderosa, la diosa guerrera, y amas tanto pero tanto a tu hermana que habrías hecho cualquier cosa por ella, aun inmolarlo como lo hiciste.

La Diana lloraba y asentía, y Kovać le acariciaba el rostro, la besaba y repetía lo que tanto le gustaba decir: “Mi diosa guerrera, mi adorada diosa guerrera”. Más serena, quiso que él continuase con su relato, por eso le preguntó:

—¿Adónde fuiste esa noche apenas escapaste de la mansión de Ilić?

—Esa misma noche conocí a Momo.

—¿De veras?

—Se ve que Dios se apiadó de mí y me lo envió, a mi gran amigo, a mi hermano. —La mirada se le perdió en un punto indefinido, y La Diana conjeturó que estaría pensando en el día en que lo había perdido a causa de un obús serbio caído prácticamente sobre Momo durante el asedio a

Sarajevo. Kovać, en estado de shock y enajenado, había recogido los pedazos de su amigo.

—Era un poco mayor que yo —retomó unos segundos después— y tenía automóvil y sabía manejar mejor que un corredor profesional. Me recogió al amanecer, en la ruta que iba a Belgrado. Él también estaba escapando de su casa. Se había hartado de que el padre lo golpease. Lo único que le debo a ese hijo de puta es haberme enseñado todo sobre autos, me dijo. Nunca volvimos a separarnos. Acabamos en Sarajevo para evitar que la policía serbia nos atrapase. Él temía que el padre lo buscara y yo temía lo mismo de Ilić.

—Lo amabas mucho —afirmó La Diana.

—Me habría gustado que lo conocieras. Lo habrías amado, y él a ti. Era una de las mejores personas que he conocido. Me ayudó a superar el duelo por la muerte de Izia simplemente respetando mis silencios, mi llanto. No hacía preguntas. Me pasaba un brazo por los hombros y me apretaba un momento contra él, luego me soltaba, un poco incómodo, pero eso me bastaba para saber que no estaba solo. Izia fue mi puntal durante los años de abuso, Momo me mantuvo con vida después de su muerte, los Mesić me devolvieron la fe en la raza humana y mi Diana me hizo conocer la felicidad más pura y sublime que existe, la que pocos tienen el privilegio de experimentar. He sido muy afortunado.

Ante la última declaración, La Diana se lo quedó mirando y sintió vergüenza de ella misma, del tiempo perdido en lamentos por lo que le había tocado en suerte. También sintió orgullo por el hombre que la había elegido.

—¿Nunca le habías contado esto a nadie?

—A Ivo se le conté muy por encima, lo mismo a Goga y a Momo. Pero como te lo he contado a ti, amor mío, nunca, a nadie.

Después llegaron los niños y los hicieron reír con sus esfuerzos por contar hasta diez en inglés y por repetir los colores primarios. Cantaron, bajo la guía de Bruce, *Old McDonald had a farm* sin tener idea de lo que decían, y se ganaron aplausos y lisonjas.

Pese a todo, Kovać sufrió una pesadilla, y sus gritos y súplicas la despertaron en plena noche. Abandonó el catre y se trepó a la cama. Así la encontró la enfermera. Aunque Kovać estaba despierto, seguía desorientado y con las pulsaciones elevadas. La Diana detuvo a la enfermera cuando esta se disponía a inyectar un sedante en el suero. No era necesario, adujo; a su

prometido le llevaría solo unos minutos calmarse. La mujer se retiró después de tomarle el pulso y comprobar que se normalizaba.

—Duerme junto a mí —le pidió Kovać, y La Diana lo complació.

Se ubicó del lado en el que no tenía el suero y comenzó a hablarle con la cadencia y las palabras que empleaba Takumi *sensei* cuando pretendía guiarla a un estado de meditación profunda. Kovać concilió el sueño enseguida. A ella, en cambio, le llevó un buen rato. Se quedó mirándole el perfil apenas insinuado en la penumbra de la habitación, y mientras lo hacía evocaba lo que él había decidido en tanto trepaba por las escaleras rumbo a la libertad, y se dijo que sin él en el mundo, para ella morir tampoco habría sido una desgracia, más bien una liberación.

* * *

A la mañana siguiente, Kovać se mostró de buen ánimo; había dormido profundamente después de la pesadilla. Desayunó todo lo que le llevaron y se bañó con la asistencia del enfermero. Lo visitó el doctor Cooper en su cuarto día de internación y lo alentó a que saliera a caminar por el pasillo, por lo que La Diana le colocó las pantuflas, lo envolvió en una bata abrigada y abandonaron la habitación por primera vez. Ella arrastraba el soporte del suero y Kovać sostenía la bolsita del drenaje. Al principio, daba pasos cortos e inciertos, hasta que ganó un poco de confianza y su caminar cobró seguridad.

La Diana, que había llamado a Goga temprano por la mañana para pedirle un favor, al mediodía dejó a Kovać un momento con su amiga luego de recibir subrepticamente el paquetito que esta traía escondido. Preparó su regalo de Año Nuevo en la cafetería del hospital; escribió la dedicatoria y luego lo envolvió con la cinta roja que Goga le había comprado en la tienda de la base militar. Goga la vio entrar en la habitación y se apresuró a despedirse. Le guiñó un ojo de salida, y La Diana le sonrió, confortada por la actitud afable de la mejor amiga de Kovać, que al principio se había mostrado contraria a su relación. Aducía que las cosas se daban demasiado deprisa, que no se conocían, que se trataba de una infatuación, y no la culpaba porque en verdad Kovać había irrumpido en su vida solo catorce días atrás para cambiarla radicalmente y para siempre.

—¿Cómo está Dare?

—Te mentí —confesó La Diana—. No fui a ver a Dare. Fui a la cafetería a preparar un regalo para ti.

—¿Un regalo?

La Diana le presentó el cuaderno atado con la cinta roja. Kovać lo tomó alternando miradas sorprendidas entre ella y el obsequio.

—Es tu diario, ¿verdad? Donde escribes tus memorias.

—Donde *escribía* mis memorias. Las terminé mientras estaban operándote. Reuní el valor y lo hice. Me lo debía, pero te lo debía a ti también. Merecías una mujer completa y valiente a tu lado, una mujer que se atreviese a enfrentar el momento más duro de su cautiverio. Sé que el jueves te dije que nunca te permitiría que las leyeses, pero como sucede contigo, Lazar, hiciste que mi pensamiento cambiase en el lapso de pocas horas. Quiero que sepas todo de mí, lo bueno y lo malo, lo que me da alegría y lo que me da tristeza; lo que me humilla y lo que me causa orgullo. Tú, en realidad, eres la parte de mí de la cual estoy realmente orgullosa. Tú eres lo mejor de mí.

Se calló de pronto, intimidada por su propio discurso. Kovać la miraba fijamente con los ojos anegados y la boca tensa. La Diana se inclinó y se la besó suavemente, y lo oyó soltar el respiro acelerado. Se apartó un poco para observarlo.

—Lo que acabas de decirme —manifestó él— es lo más hermoso y sincero que alguien me ha dicho en esta vida. Inspirarle esas palabras a la mujer que amo más allá del entendimiento justifica cada instante de dolor por el que tuve que atravesar para estar hoy aquí contigo, amor mío.

La Diana, incapaz de hablar, asintió y le señaló el moño. Kovać lo desanudó y estudió la cubierta del diario. Acarició la figura de San Miguel Arcángel y luego abrió el cuaderno. Leyó primero la dedicatoria de Matilde en francés y a continuación la de ella, escrita debajo y en serbocroata: *Amado Lazar, te entrego mi pasado de dolor, pérdida y vergüenza. No se lo habría confiado a nadie excepto a ti. Te lo entrego con humildad y amor infinito en el primer día del año que marcará el inicio de la mejor parte de nuestras vidas. Tú eres mi presente y mi futuro. Te amo para toda la eternidad. Tu Diana. 1° de enero de 2001.*

Permaneció con la vista fija en las últimas palabras —tu Diana— mientras repetía lo que ella acababa de decirle un momento antes: “Tú eres lo mejor de mí”. Lo colmó una poderosa sensación de plenitud al darse cuenta de que había logrado lo que se habría juzgado como imposible dos

semanas atrás, que esa mujer se sintiese uno con él, y lo había conseguido contra todo pronóstico, siendo él todavía sacerdote, padeciendo ella afenofobia, luchando contra traficantes que lo querían muerto, él lo había logrado, y vivió como una revelación comprender que había sido Diana la que lo había convertido en ese hombre nuevo, la que le había inspirado el descaro, la iniciativa y el valor para plantarse ante el destino y dictarle lo que deseaba. Ella custodiaba el secreto de todo.

Dejó el cuaderno sobre sus piernas y, muy emocionado, alzó la mirada. La halló expectante, los ojos celestes bien abiertos, los labios apenas separados, sus pómulos delicadamente arrebolados. Le resultó irreal su belleza.

—Gracias —dijo, con acento estrangulado, y la vio sonreír, dichosa con esa simple palabra. La sujetó por la muñeca y la obligó a inclinarse para hablarle al oído; se sentía más seguro hablando en voz baja—. Todo lo que soy es para ti. Todo lo que tengo es para ti. Todos mis días son tuyos, y mi sangre, y el aire que respiro te pertenecen, pues sin ti, Diana, no sería una desgracia morir.

* * *

Los días sucesivos fueron de una emotiva felicidad en la que de un modo natural se dedicaron a conocerse. Kovać le preguntaba acerca de sus padres, de sus abuelos, de su vida en Srebrenica. Se contaban cuestiones triviales y asuntos de gran importancia. Ella quería saber acerca de la familia de él, si tenía tíos o abuelos o primos, y, mientras respondía, Kovać se decía que en algún momento tendría que reunir el valor para confesarle que Dragoslav, a quien ella conocía como Vuk, el monstruo que la había violado y torturado, era su medio hermano.

—Mihajlo —contestó cuando ella le preguntó cómo se llamaba su padre —, pero todos lo llamaban Milo.

—Tiene el nombre del arcángel —señaló La Diana, pues Mihajlo significa Miguel en serbocroata—. ¿De dónde es tu papá? Te pregunto porque no reconozco el origen del apellido Kovać.

—Kovać era el apellido de mi madre. Lo adopté después de huir de lo de Ilić. Es croata. Mi madre era croata, pero se había trasladado con su familia a la Vojvodina cuando era pequeña.

—¿Cuál era el apellido de tu papá?

—Milanković.

—Lazar Milanković. Suena bien. ¿Era hermosa tu madre?

—Muy hermosa. Se llamaba Natalija; mi padre la llamaba Taliya. Recuerdo que tenía ojos color ámbar y cabello rubio muy largo, que siempre llevaba trenzado. A mí me gustaba sentarme y verla peinárselo.

“Ahora es el momento”, se instaba. “Dile quién es Vuk”, y fracasaba en cada tentativa. ¿A qué le temía? A que lo abandonase, a que le resultase intolerable compartir la vida con el hermano del dragón más cruel y feroz. A veces se decía que no era necesario contárselo. Él y su hermano eran dos desconocidos, y desde que Diana se había interpuesto entre ellos, enemigos mortales. Enseguida se reprochaba querer ocultarle una información de capital relevancia. Si la amaba como la amaba, locamente, la verdad debía reinar entre ellos por sobre cualquier miedo o aprehensión. Entonces se convencía de que solo necesitaba tiempo para fortalecer el vínculo; después de todo, se conocían desde hacía dos semanas, y si bien se habían amado a primera vista y compartido experiencias extremas, la relación acababa de nacer. En ocasiones maldecía su suerte y sucumbía a la tentación de sentir lástima de sí mismo. En el momento en que acariciaba la felicidad más perfecta y sublime, ¿tenía que regresar un fantasma del pasado para arrebatársela?

Durante esos días en que él comenzaba a sentirse mejor y recuperaba el dominio sobre su cuerpo, esos días en los que se dedicaban a conocerse, el tema de Vuk acabó por convertirse en la sombra que empañaba la felicidad inefable que significaba tenerla con él. Ella comenzó a notarlo cabizbajo y se inquietó. Él interponía excusas vanas, como cansancio o preocupación por lo del permiso para salir del país con Darko.

La mañana del 4 de enero, Diana le informó que iría a la tienda con Goga para comprar ropa al niño, y él, agobiado de culpa, duda y miedo, aprovechó el raro momento en soledad —Zlatan Tarkovich hacía guardia en la puerta— y llamó a la persona que siempre lo había aconsejado sabia y amorosamente.

—¡Hijo! —exclamó el padre Ivo—. ¡Qué alegría escucharte! ¿Cómo estás? ¿Cómo evoluciona la herida?

—Todo marcha bien.

—Estoy tan orgulloso de ti.

—Gracias, Ivo. ¿Qué noticias hay del patriarca Pavle?

—No quiero que te preocupes por él. Me ha asegurado que no pondrá obstáculos en tu camino. Si deseas emprender una nueva vida lejos de la Iglesia, él hará lo que esté en su poder para facilitártelo.

Una oleada de alivio calmó en parte la ansiedad causada por el tema de Vuk.

—Es una buena noticia —admitió—. Necesito regularizar mi situación porque queremos adoptar a Darko.

—Pero tú no la festejas como deberías. ¿Qué te sucede? Te noto extraño.

—Quiero contarte algo y pedirte un consejo.

—Lo que sea. Sabes que cuentas conmigo para lo que sea.

—Lo sé, y por eso quiero referirte una cuestión delicada.

—Adelante.

—Tú sabes que tengo un hermano mayor, hijo de mi padre y de su primera mujer.

—Sí, lo recuerdo. Dragoslav.

—Exacto. Pues... Verás, fue él quien me disparó en el Sutjeska. —El silencio del otro lado de la línea resultó la consecuencia lógica del anuncio—. No estoy seguro, pero creo que él es el jefe de la red de tráfico.

—¿Quieres decir que él...? Pues, ¿él secuestra muchachas y las esclaviza sexualmente?

—Sí. Pero la cuestión no termina ahí.

—Habla.

—Diana lo conoce.

—¿Cómo que lo conoce?

—Lo conoce por su nombre de guerra, el que usó durante el conflicto. Se hacía llamar Vuk.

—¿Quieres decir que tu hermano era militar?

—Paramilitar —lo corrigió—. Él comandaba el centro de detención en Rogatica donde Diana y su hermana Leila estuvieron prisioneras durante casi tres años.

—¡Santo cielo! ¡Es imposible esta coincidencia! ¿Les hizo daño, a Diana o a su hermana?

—Tanto daño como no serías capaz de imaginar.

—¡Dios nos ayude y nos asista!

—Dragoslav estaba obsesionado con Diana en aquel momento y lo sigue estando ahora. La busca. La quiere para él de nuevo.

—¿Ella lo sabe? Que tu hermano la busca.

—Sí.

—¿Te lo contó ella?

—Se lo escuché decir a uno de los matones de Dragoslav, y después ella me lo confirmó, y me reveló además que se trataba de su carcelero durante la guerra.

Un mutismo pesaroso volvió a dominar la línea. Ivo fue el primero en retomar la palabra.

—No le has dicho que ese hombre que la torturó durante la guerra es tu hermano, ¿verdad?

—No.

—Pues debes hacerlo hoy, Lazar. Ahora. Ya. No dejes pasar más tiempo. Es preciso que ella lo sepa.

—Temo perderla, Ivo.

—Si esa muchacha es la persona que yo creo que es, no la perderás. Su nobleza se impondrá a cualquier sentimiento mezquino. Tendrás que tenerle paciencia y tal vez darle tiempo, pero no la perderás. Confía en Diana.

—Gracias, Ivo.

—De nada, hijo mío. ¿Lazar?

—Dime.

—¿Eres consciente de que tu hermano, si es el monstruo que dices, buscará eliminarte ahora que tú y Diana se aman?

—Sí, lo soy.

—Cuídate, hijo mío.

—Lo haré. Tú reza por mí.

—Es lo que he hecho desde el día en que te conocí.

CAPÍTULO V

La verdad los hará libres.

Evangelio según San Juan 8, 32

Apenas entró en la habitación, cargada de bolsas y riendo de las ocurrencias de Darko y de Zaína, La Diana supo que a Kovać le pasaba algo. Lo encontró sentado en la silla, la mirada perdida hacia la ventana. Ni siquiera la presencia de los niños lo animó, y su sonrisa resultó forzada. Lo vio intercambiar una mirada significativa con Goga, quien enseguida anunció que debían regresar a la cabaña. Darko y Zaína protestaron, pero al cabo se habían ido. La habitación quedó sumida en un silencio que la incomodó y que intentó llenar hablando mientras desplegaba la ropa nueva sobre la cama.

—Te compré un poco de todo. Lo necesitarás para el viaje. La tienda no tenía mucho surtido, pero debo admitir que me...

—Amor —la detuvo Kovać.

La Diana calló, pero siguió dándole la espalda.

—¿Qué? —preguntó sin volverse.

—Ven. Necesito decirte algo.

Dejó caer los párpados y apretó los puños en el pantalón de gabardina azul que le había comprado. Cuando se dio vuelta para enfrentarlo, le sonrió. Arrastró la otra silla y la ubicó delante de él. Se sentó. Se atrevió a mirarlo a los ojos, donde advirtió que una tormenta tenía lugar. La sonrisa impostada se le borró.

—Estoy asustada —admitió—. Le temo a lo que me dirás.

—Sé que debí decírtelo apenas desperté de la cirugía, pero me sentía débil y no muy bien, y no tenía fuerza para afrontar el tema.

—¿Ya no quieres casarte conmigo?

Kovać, luego de un instante de estupor, se echó a reír, y en la risa se le mezclaron sentimientos de diversa índole. Lo halagó que ella temiese perderlo tanto como él temía perderla a ella. Quizá la perdiese, después de todo. Le sujetó las manos y se las besó con reverencia. Mantuvo los labios pegados a su piel aún fría. Alzó la mirada y la encontró desorientada.

—Diana, te amo locamente. ¿Cómo piensas que no quiero casarme contigo? Si pudiese convertirme en mi esposa en este instante, lo haría. ¿Qué te hace dudar de mí después de todo lo dicho y vivido?

La Diana apretó los labios. Quiso hablar, responder a la pregunta; le resultó imposible; se le había formado un nudo en la garganta.

—Pero tal vez seas tú quien quiera... —Kovać fue incapaz de terminar la frase—. Hay algo que tengo que decirte. Muy delicado.

—Dímelo —le pidió en un susurro cargado de tensión.

—Antes de que me disparasen allá en el Sutjeska, mientras tú corrías hacia mí y yo solo te veía a ti, existió un instante en que Vuk entró en mi campo visual y pude verlo. —Calló y se quedó suspendido en el pánico, la vista clavada en su Diana, que le devolvía una mirada de ojos celestes y grandes, cargados de ansiedad y de confianza, y a él se le estranguló el pecho al aceptar que existía la posibilidad de no volver a contemplarla como estaba haciéndolo en ese momento—. Yo conozco a Vuk, amor —expresó al fin.

—¿Sí? —la oyó murmurar casi con el acento de una niña asustada.

—Sí.

—¿Dónde lo conociste? ¿En uno de los cabarets a los que ibas con Goga a repartir folletos?

—No. Pese a que hacía muchos años que no lo veía y que la cicatriz le ha cambiado el rostro, me bastó un vistazo para reconocerlo.

—¿Sabes cómo se llama?

—Dragoslav.

El impacto del nombre la obligó a erguirse en la silla. Kovać apretó las manos en torno a las de ella en un acto mecánico para impedir que se le escapase.

—Sabías su nombre, ¿verdad?

—Él me lo dijo una vez, sí. Nunca me reveló su apellido. De eso se cuidó.

—Su apellido es Milanković. Dragoslav Kirilo Milanković.

—¿Milanković? ¿Como el apellido de tu papá? —preguntó con una inocencia que le partió el corazón.

—Amor, Vuk es mi hermano. Mi *medio* hermano —aclaró.

La Diana arrancó las manos de las de él y se puso de pie con un ímpetu que volteó la silla. Kovać la imitó y, mientras la veía retroceder hacia la puerta con una mueca de espanto y sacudidas de cabeza, tuvo la impresión de que se le comprimían los pulmones y le impedían respirar. Sintió terror ante la perspectiva de perderla. Cuando la vio dar la vuelta, dispuesta a abandonar la habitación, quizá para siempre, la voz le surgió en un silbido afinado para suplicarle:

—No me dejes. No puedo vivir sin ti.

Las palabras la frenaron bajo el dintel. Se quedó con la mano en el picaporte y la vista fija en el corredor. Enfermeras pasaban, gente transitaba, camillas rodaban, y para ella el mundo, el tiempo, la vida acababan de detenerse. La confesión resultaba inverosímil, pues ¿qué probabilidad había de que un monstruo como Vuk fuese hermano del hombre más perfecto que existía? Lo oía respirar superficial y entrecortadamente a sus espaldas. Entonces se acordó de las ocasiones en que ella había suplicado que no la humillasen ni la vejase por el simple hecho de pertenecer a la casta musulmana, condición que no había elegido ni deseado. ¿Haría ella lo mismo con su adorado Lazar? ¿Lo condenaría por compartir la sangre con su torturador y violador? ¿Qué culpa podía achacársele a él, que durante la guerra había padecido el asedio a Sarajevo mientras su hermano mayor asesinaba y medraba gracias al conflicto? ¿Cometería la misma infamia que los serbios habían cometido con los bosnios musulmanes?

Cerró la puerta y se volvió. Los ojos anegados de Kovać habían adoptado un fulgor cristalino. Corrió hacia él, que la recibió con una ansiedad nueva, más desesperada, más visceral, pero también más imperiosa, más exigente, como si pretendiese desafiarla a que volviera tan solo a pensar en abandonarlo.

—¡Perdóname! ¡Perdóname! —suplicaba entre ahogos y sollozos, avergonzada por la injusticia que había estado a punto de cometer—. ¡Perdóname, amor mío!

—¿Qué dices? ¿Qué dices? —repetía él—. Soy yo el que debería pedirte perdón.

Se sentó en la silla y la arrastró sobre las piernas. Se mantuvieron abrazados mientras intentaban aplacar las brutales emociones. Minutos después, Kovać le acunó la cabeza y la obligó a alzarla. Se miraron a los ojos húmedos, inyectados, pero de mirada límpida y despejada.

—Daría cualquier cosa por ahorrarte este mal momento.

—Lo sé —murmuró La Diana—. Perdóname. No quiero que pienses que te habría dejado. No habría sido capaz, Lazar. Fue simplemente una reacción.

—Por supuesto. —La besó con delicadeza en los labios—. Pero gracias por decírmelo. Y perdóname tú a mí por no haberte revelado esto antes, pero...

—Lo hiciste cuando te sentiste fuerte y cobraste valor —lo justificó—. ¿Crees que no sé cuánto valor precisaste para decírmelo?

—Sí —suspiró él, y apoyó la frente en la de ella—. Te amo, Diana. Gracias por ser la mujer extraordinaria que eres. Gracias por soslayar algo tan...

—No soslayo nada. Tú eres su medio hermano, eso es todo. Para mí, él es el hombre que intentó destruirme y tú eres el que me devolvió la vida, el que me sanó y me liberó. Tú eres lo contrario de él. Y me siento dichosa y halagada de que un hombre como tú me haya elegido a mí. No creas que no sé que tu espíritu es muy superior al mío, Lazar.

—Y yo que pienso que el tuyo es muy superior al mío. ¿Cómo resolveremos este dilema?

—Con besos, así lo resolveremos. Bésame, Lazar.

Hubo un brevísimo instante en el que se sostuvieron la mirada antes de que sus bocas se fundiesen en un encuentro arrebatador, y aunque La Diana tuvo conciencia de que él convalecía, le resultó imposible actuar con sensatez y frenar el ardor que se había desatado en los dos de modo simultáneo, esa embriaguez de pasión y lujuria después del momento traumático en que las estructuras habían tambaleado. La Diana lo percibía crecer bajo su trasero.

—Necesito hacerte el amor —lo oyó susurrar. Se apartó y la interrogó con una mueca inquisitiva—. Lo haremos despacio —acordó él—, pero necesito estar dentro de ti. Necesito saber que eres completamente mía, que me perteneces solo a mí.

A La Diana la recorrió un cosquilleo de anticipación. Habían tenido relaciones sexuales con penetración solo una vez, y ella, aunque intentaba

desestimar los celos que se le planteaban al preguntarse cómo sería la segunda instancia, admitía que el tema la preocupaba. Se cuestionaba si contaría con la entereza para superar la prueba de nuevo. Le bastaron pocos segundos para concluir que volver a unir su cuerpo con el de Kovać sería natural y sanador; nada se interpondría entre ellos.

Se puso de pie para echar llave a la puerta y correr las cortinas. Él la seguía con ojos cargados de lascivia mientras ella se despojaba deprisa de la chaqueta, de la remera, de los *kukris* y del pantalón; se quedó solo con la ropa interior. Se inclinó hacia delante para quitarle el pantalón del pijama. Kovać, en tanto, se ocupó de desabrocharle el corpiño. La Diana se quedó quieta cuando él le contuvo los pechos. Buscó el respaldo de la silla para sujetarse y restablecer el equilibrio cuando Kovać le estimuló los pezones con pasadas lentas de los pulgares.

—Quítame el calzoncillo —le susurró, y su voz de una gravedad perturbadora le causó un erizamiento.

Le obedeció, y lamentó el instante en que él debió soltarle los senos para permitirle hacer lo que le pedía. Su erección quedó a la vista, y a La Diana se le hizo literalmente agua la boca.

—Ahora quítate la bombacha —dijo, y cuando ella cumplió la orden le cubrió los glúteos con las manos y la atrajo hacia él.

Se ubicó a horcajadas sobre sus piernas, cuidando de no rozarle el drenaje ni el suero. El pene erecto le quedó pegado al vientre.

—Gracias por no permitir que esto destruyese nuestro amor.

—Te dije que tú eras el único con la capacidad para destrozarme. A nadie, *nunca*, le permitiré que vuelva a destruir mi mundo, mi vida, mi todo. Y tú eres mi todo, Lazar. Por eso eres el único con el poder para hacerme daño.

—Ahora solo quiero darte placer.

Le cerró las manos en las caderas y la instó a elevarse sobre su miembro duro. Se retiró el prepucio. Se miraron sin parpadear, con una intensidad locuaz, mientras ella se disponía a descender milímetro a milímetro. Las pulsaciones aumentaban en tanto sostenían ese diálogo mudo, y la cercanía de sus cuerpos se volvía inminente y real. Kovać se sujetaba la erección y se humectaba el glande arrastrándolo por las partes íntimas de ella. Lo detuvo en el ingreso de su vagina.

—Te amo hasta la locura, amor mío —barbotó él—. Deseé tanto que volviésemos a estar de este modo. La abstinencia estaba matándome.

La Diana rio con el último comentario y se deslizó sobre la erección. La sonrisa se le congeló en los labios cuando fue consciente de que su carne iba devorando y apretando la de él, que sus cuerpos se fusionaban al tiempo que una experiencia indescriptible los envolvía y los aislaba del mundo y de sus amenazas. En ese instante, solo existían ella y él.

Kovać soltó un gemido ronco y precisó de un gran esfuerzo para controlar el impulso de derramarse dentro de ella con tan poco estímulo. Inclino la cabeza y se metió un pezón en la boca, lo cual, sabía, la enloquecía. Su amada Diana le clavó los dedos en la nuca y se arqueó hacia atrás en una reacción refleja al intenso gozo que la dominaba. Que él le proporcionaba. Con su pezón aún en la boca, alzaba las pestañas para mirarla. No quería perderse el espectáculo que componía su cuello blanquísimo y tenso o el modo en que se mordía el labio para no prorrumpir en gemidos, o la manera agitada en que expulsaba el aire. La meció con delicadeza hacia atrás y hacia delante, y ella enseguida captó el ritmo y comenzó a balancearse con destreza. Soltó el pezón, y La Diana se apoderó de su boca. Se besaron perdidos en una lujuria arrolladora, y mientras sus labios se buscaban sin encontrar la saciedad y sus lenguas se entreveraban sin sentirse nunca lo suficientemente unidas, ella lo sorprendió subiendo y bajando, una y otra vez, hasta que quedó quieta y tensa, las uñas clavadas en sus hombros. La asaltó un orgasmo que la hizo temblar bajo sus manos.

Sintió dicha y orgullo por esa mujer que gozaba con él, gracias a él, y solo bastó moverla un poco para seguirla en una explosión que no tuvo la voluntad de sofocar, y bramó como si se hallasen solos y aislados, nada le importó, y junto con los últimos gemidos y las últimas y esporádicas expulsiones de semen, escuchó su risa dichosa, y lo desbordó la alegría, y la intensidad de lo que acababa de vivir pareció redoblar. La buscó con la mirada y la halló sonrojada, la boca hinchada y brillante y los ojos llenos de vida, y le pareció la cosa más perfecta y acabada que existía.

—Es tan hermoso esto que tenemos —dijo La Diana.

—Tú eres lo más hermoso que tengo. Lo único para mí. —Escondió el rostro en su escote, satisfecho, cansado, abrumado por la inmensidad de lo que esa mujer significaba para él—. Gracias por haberme regalado este momento. No sabes cuánto lo necesitaba.

—Lo sé —la escuchó decir, y percibió sus besos en la oreja y en el costado del cuello.

—Tuve tanto miedo —le confesó.

—¿Por lo de Vuk?

Le gustó que ella lo mencionase sin miedo ni timidez.

—Sí, temí que me abandonases por llevar la misma sangre que él.

—Que tú y él compartan el padre es un accidente del que tú no tienes la culpa. Y, por favor, nunca vuelvas a tener miedo de nada que se refiera a mí, Lazar, o a nosotros. Sea lo que sea, lo afrontaremos juntos, lo resolveremos juntos. Pero nada va a separarnos. Mi confianza en ti es infinita.

Despegó el rostro de su escote y la miró. Ella lo sujetó por las mandíbulas para besarlo, y fue haciéndolo con delicadeza, aplastándole apenas los labios en toda la cara, y él, con los ojos cerrados y una sonrisa inconsciente, concluyó que una vez más el padre Ivo había tenido razón: Diana era la mujer más noble que conocía.

—No creí que uno de los momentos más difíciles de mi vida, en el que temía perderte, pudiera terminar con tanta felicidad.

—¿Lazar, te das cuenta de qué fuerte es nuestro amor? Haber superado este desafío y sentirnos más unidos que antes es una muestra de que tú y yo somos para siempre. De que, pase lo pase, tú siempre me tendrás a mí, y yo a ti, como si fuésemos uno solo.

Ante sus palabras, quedó perplejo y mudo, porque era plenamente consciente de que había sido el artífice de lo que vivían en ese momento, de que la había apresurado, presionado e instigado para que lo amase del modo demencial en que él la amaba, y había temido no lograrlo, no conquistarla, o que ella, libre e independiente como era, se hartase y decidiese quitárselo de encima para regresar a su vida en Londres. Por esas razones, y después de haberle revelado que era el hermano del hombre que casi la había destruido, la declaración que Diana acababa de hacerle era de un valor inestimable; se trataba de la revelación que le daba sentido a la existencia misma.

—Te amo tanto, Diana —dijo, aún sumido en el estupor—. Gracias por haber viajado a Bosnia para buscarme. Para salvarme.

—Gracias por amarme, Lazar.

—Locamente.

* * *

La tarde de ese mismo día, mientras Kovać hacía varias llamadas, La Diana telefoneó a Takumi Kaito y le habló del caso de Svetlana.

—Quieres traerla aquí, a la hacienda, ¿verdad? —la interrumpió su *sensei*.

—Sí —contestó, y se quedó callada, de pronto avergonzada por la imposición y la responsabilidad que le estaba echando encima al hombre y a su esposa Laurette—. Es el único sitio en el cual sé que estará completamente segura —añadió deprisa—. Me gustaría que fuese con otra de las muchachas, una chica india por la cual pongo las manos en el fuego. Shivani es su nombre. De ese modo, Shivani ayudaría a Laurette a cuidar a Svetlana, ya que, como te comentaba, está embarazada y no podrá colaborar en las tareas de la casa ni de la hacienda.

—Podría arreglarse —dijo Kaito segundos después.

—*Sensei*, sé que estoy poniéndote en un aprieto, pero créeme, no te lo pediría si la situación no fuese...

—Diana —la interrumpió el maestro japonés—, si en esta vida no nos ayudásemos los unos a los otros, ¿qué sería de este mundo?

—Como tú y Laurette nos ayudaron a nosotros tres recién llegados de Bosnia, ¿verdad, *sensei*?

—Sí, solo que Laurette y yo los queremos a ustedes como si fuesen nuestros hijos. No sé si ocurrirá lo mismo con estas dos jovencitas.

—Te quiero, *sensei*.

—Lo sé, Diana.

Cortó la llamada y agradeció que Kovać siguiese enfrascado en una conversación con Bosa Dretar pues precisó de un momento para reponerse de la emoción que había significado el intercambio con Kaito.

Se lo quedó mirando, tan apuesto con el ceño fruncido y los labios tensos mientras oía lo que su amiga la fiscal estuviese diciéndole, y recordó esos labios prendidos a sus senos, y lo evocó también agobiado de placer, y le pareció oír de nuevo el gemido ronco y libre que había proferido durante el orgasmo, y volvió a estremecerse como si aún lo tuviese alojado dentro de ella.

¿De qué hablarían esos dos desde hacía casi una hora? ¿Del permiso para sacar a Darko del país? Tal vez la fiscal estaría contándole acerca del encuentro del día anterior con Madeleine Reardon, Celhia de Lasieux y Dorianne Jorowsky. Al evocar esos nombres, marcó enseguida el teléfono de la directora de la Oficina de Derechos Humanos. Reardon contestó enseguida.

—Diana —dijo.

—Madeleine. Te llamo para avisarte que ya encontré una destinación segura para Svetlana. Un sitio en el que además estará muy bien cuidada.

—¿Dónde?

—Preferiría que esta información quedase entre las autoridades de Duga Sarajevo y la fiscal Dretar, quien lleva el caso. Confío en ti plenamente, quiero que lo sepas, pero no en tu entorno.

—Comprendo. Y tienes razón.

—Quisiera que Shivani fuese con Svetlana, en primer lugar para que no se sintiese tan sola y también para que la ayudase. Dentro de poco estará pesada y precisará de alguien de confianza que esté a su lado.

—Estoy de acuerdo. Creo que Shivani es la persona ideal. Requerirán fondos para el traslado y el mantenimiento —expresó Reardon sin pausar.

—Duga se ocupará de eso. Solo quería comunicártelo para que tú y Celhia estuviesen al tanto.

Kovać finalizó la llamada con Bosa Dretar y le extendió los brazos. Caminó, rápido, hacia él, quien la ubicó sobre sus rodillas y la besó sin aviso, sin palabras. Le calzó las manos en la base de la cabeza y la penetró con una lengua exigente. Lo sintió excitarse casi de inmediato.

—Las enfermeras se dieron cuenta de lo que hicimos aquí dentro —expresó La Diana a modo de advertencia—. Tú no fuiste lo que se diría muy sutil.

—¿Crees que nos echarán del hospital si volvemos a hacerlo?

—No si tú evitas gruñir como un león malhumorado.

—No podré contenerme. Mejor, amordázame.

La Diana le encerró la cara entre las manos y se lo quedó mirando, más bien estudiándolo. Estaba barbudo, y cómo le gustaba.

—Hagámoslo de nuevo —suplicó él.

—Temo que te haga mal. ¿Y si se abriese la herida o se saliese el drenaje?

—Es el mejor tratamiento para cicatrizar y drenar heridas. ¿No lo sabías?

La Diana se echó a reír, y él le mordió el cuello, lo que acentuó las risas. Así los encontraron Goga y los niños cuando irrumpieron sin llamar. Zaína se detuvo súbitamente y se quedó mirándolos con expresión entre asombrada, tímida y curiosa. Darko, en cambio, se lanzó sobre ellos y los abrazó.

—¡Papá, adivina qué!

—Dime, cariño.

—Bruce me va a regalar una PlayStation con todos los juegos diseñados por él.

—¿De veras?

—¡Sí! Bruce diseña videojuegos, ¿sabías?

—No, no lo sabía.

—¡Sí! Él dice que es un genio de los videojuegos y me dará la Play cuando vayamos al castillo de Callum. ¿No es la mejor noticia del mundo?

—¡Yo también iré al castillo de Callum! —reaccionó Zaína—. Y Callum me prometió que montaré un poni.

La Diana meditó que tal vez deberían advertirle que existía la posibilidad de que no realizasen el viaje. No tuvo corazón; se lo veía tan feliz, contando deprisa sus sueños y planes, los ojitos oscuros vivaces, las manitas elocuentes al acompañar sus relatos, y, sin remedio, lo imaginó sometido a la perversión de su padre biológico, el pedófilo Radovan Borenovic, y al volver la vista y toparse con la expresión atenta de Kovać, que no perdía palabra de lo que el niño contaba, meditó que sus dos grandes amores habían padecido el mismo tipo de abuso nefando. Inevitable resultó que pensase en Larysa. ¿Su pequeña hija habría sufrido un destino semejante a causa de su abandono? No tenía un rostro que recordar. No la habría reconocido de topársela en la calle. ¿O sí? ¿Su corazón sangrante de madre le habría indicado: “¡Esa es la parte que te falta! ¡Esa es Larysa!”?

Abandonó las rodillas de Kovać y, de manera inopinada, lo que sorprendió a todos, levantó a Darko, lo apretó contra su pecho y le susurró:

—Te amo, *moje blago*.

El niño, cariñoso como era, respondió enseguida y le rodeó el cuello con los bracitos y le depositó un ruidoso y húmedo beso en la mejilla.

—Yo también, mamá.

—Gracias, *moje blago*.

* * *

Casi al final del día, faltando pocos minutos para que terminase el horario de visita, llamaron a la puerta. La Diana, que acababa de afeitarse a Kovać y guardaba los utensilios en un portacosméticos, invitó a pasar. Se trataba de Callum Duncan y Bruce McLeod, que la miraron desde la puerta con expresiones risueñas.

—Te hemos traído una sorpresa —anunció Glendale—. ¿Estás preparada?

Detrás de ellos apareció Eliah Al-Saud. La Diana, tras soltar una exclamación, corrió hacia su amigo y le echó los brazos al cuello.

—¡Qué feliz estoy de que estés aquí! —exclamó en un susurro emocionado.

—Acabo de llegar —informó Al-Saud, y la besó en la frente—. Lo primero que hice fue llamar a Callum y pedirle que me trajese aquí, donde estabas tú.

—Gracias. —Se apartó y lo miró a los ojos—. ¿Estás bien? ¿Todo salió bien?

—Sí, todo salió bien. La misión fue un éxito.

La Diana lo tomó del brazo y lo condujo hasta la cama. Su mirada se fijó en la de Kovać, que la veía aproximarse con expresión entre seria y desconcertada.

—Eliah, te presento a Lazar Kovać. —Habló en inglés por deferencia a Duncan y a McLeod—. Mi futuro esposo.

Al-Saud, que aferraba la mano del aludido, se volvió hacia La Diana.

—¿Tu qué?

—Mi futuro esposo —repitió en francés—. Amor, este es Eliah Al-Saud, de quien tanto te he hablado.

—Encantado de conocerlo, señor Al-Saud.

—Encantado, señor Kovać.

—No sean tan formales —pidió La Diana—. Pronto seremos familia.

—¿Sorprendido, Eliah? —intervino Callum Duncan.

—No imagina cuánto, Callum.

Tomaron asiento en las sillas en torno a la cama. La Diana, de pie junto a la cabecera, la mano entrelazada con la de su prometido, observaba a Al-Saud, que no apartaba la mirada de Kovać.

—Te recordaba con barba —comentó.

—Me la quité poco tiempo atrás. Pertenece a otra etapa de mi vida.

—¿Así que él es tu futuro esposo? —dijo, y dirigió la vista hacia La Diana.

—Sí. Nos conocimos, nos enamoramos y decidimos casarnos. —Notó que Al-Saud se fijaba en que tocaba a Kovać—. Superé la afenfosfobia, Eliah.

—¿Con todos?

—Sí. Se lo debo a Lazar —expresó.

Al-Saud, siempre serio y difidente, se volvió hacia Kovać.

—Entonces, Lazar, mi familia y yo tenemos una deuda infinita contigo.

—Ninguna deuda, Eliah. Diana es el amor de mi vida y se convertirá en mi esposa tan pronto como sea posible. Y yo no hice nada. Ella te dirá que sí, pero no es verdad. Ella fue el artífice de su curación. Es la mujer más valiente y noble que conozco.

—Estoy de acuerdo —manifestó Al-Saud—. Y si has sabido descubrir el ser humano extraordinario que es, entonces mereces mi respeto.

—Gracias.

—¡Claro que es extraordinaria! —intervino Callum Duncan—. Después de todo es una Glendale.

—¡Oh, bueno! —se quejó Bruce McLeod—. Eso no es garantía de nada. Los Glendale tienen algunos esqueletos en el armario y varios parientes indeseables.

Rieron, y siguieron las chanzas por unos minutos, que ayudaron a romper el hielo inicial.

—Y supongo que mi esposa sabe acerca de esto, ¿verdad? —dedujo Al-Saud.

—Sí.

—¿Por qué será que ella se entera de todo antes que yo?

—Tú mismo lo dijiste —le recordó La Diana—, Matilde nació con un radar especial. De todos modos, no sabe que hemos decidido casarnos, pero sí que estamos enamorados. No se lo digas, por favor, que vamos a casarnos —aclaró—. Quiero darle la noticia personalmente.

Entró una enfermera y les anunció que el horario de visita había terminado quince minutos antes y que debían retirarse. La Diana abrazó a Al-Saud en la puerta y este volvió a besarla en la frente.

—Tengo tanto que contarte.

—Lo sé —dijo Eliah—. Y yo deseo que me lo cuentes. Habrá tiempo para conversar. Me quedaré dos, a lo sumo tres días aquí. Luego tendré que irme para estar el 10 en París. No puedo faltar a la inauguración de la clínica.

—Estamos haciendo todo lo posible para ir nosotros también. Matilde nos invitó.

—Nada la haría más feliz que verte feliz con tu Lazar.

—¿Y tú, Eliah? ¿Estás feliz de verme feliz con mi Lazar?

—Estoy un poco sorprendido. Sé que lo conociste pocas semanas atrás y que...

—¿Cuánto te tomó enamorarte de Matilde? —lo interrumpió.

—Unas horas —admitió con una sonrisa ladeada, y enseguida agregó—: Aunque si debo ser sincero, creo que me cautivó apenas puse mis ojos en ella en el aeropuerto de Buenos Aires.

* * *

Por la noche, La Diana se recostó junto a Kovać en la cama ortopédica. Una vez que él se durmiese, se pasaría al catre. Guardaban silencio, los dos absortos en la contemplación de la luna llena que se recortaba en el cielo negro de una noche gélida. Kovać le levantó la mano y se la besó con los ojos cerrados.

—Hoy fue un día intenso —dijo en voz baja para no romper la armonía del silencio.

—Sí, muy intenso —acordó La Diana con igual tono—. ¿Te sientes bien, amor?

—Cansado pero muy bien. Me saqué un peso de encima al decirte lo de Dragoslav.

La Diana le acarició la mejilla y se la besó. Aún olía al *after-shave* que le había puesto luego de rasurársela, y mientras arrastraba la nariz buscando un centímetro cuadrado que conservase el aroma natural de su piel, ese que tanto le gustaba, se decía que para Kovać Vuk era su hermano mayor y siempre lo llamaría Dragoslav.

—¿Diana?

—¿Mmmm? —Alzó las pestañas en la penumbra y se topó con su expresión de ceño pronunciado—. ¿Qué sucede?

—Quiero que nos refiramos a él con libertad, como cuando lo hacíamos al hablar del *vojvoda* o de Vuk sin saber que se trataba de mi hermano. No quiero que él se interponga entre nosotros.

—Lo intentaré. Al principio tal vez no sea fácil. —Tras una pausa, añadió—: Ya no sé si es buena idea que leas mis memorias de la guerra. Como te dije, fui muy cruda con las descripciones. Después de todo, él es tu hermano y...

—Sé muy bien lo cruel que Dragoslav puede ser —la interrumpió—. No te olvides de que, durante once años, compartimos la casa, lo cual por

momentos se volvía insoportable. Ahora, con la mentalidad de un psicoanalista, comprendo que estaba lastimado y resentido por el abandono de la madre que él se negaba a aceptar y por lo que juzgaba la traición de mi padre, que se casó con mi madre y me engendró a mí.

—Muchos niños pasan por situaciones similares —adujo La Diana— y no se convierten en monstruos.

—Es cierto. El modo en que una misma situación afecta a una persona o a otra depende del temperamento de cada uno, y el de mi hermano era violento. Mi padre sentía culpa y lo apañaba y mimaba en exceso, y eso no lo ayudaba a aplacar ni a dominar su ira. Una vez lo vi prenderle fuego a un perro porque le ladraba cada vez que él pasaba con la bicicleta.

—Pobre animal. Qué agonía.

—Mi padre apagó el fuego echándole una manta encima y luego lo remató con su escopeta para ahorrarle el suplicio.

—¿Qué le hizo tu papá a Vuk después de eso?

—Nada. Mató al perro, alzó la vista y lo miró a los ojos. Mi hermano le sostuvo la mirada, y fue mi padre el que la bajó primero. Antes de marcharse, le ordenó que cavase una fosa y enterrase al animal. Por eso, amor, no me sorprenderé de lo que hayas escrito acerca de él. Conozco la profundidad de su odio y su capacidad destructiva. Y sé que en estos días a nadie odia tanto como a mí, que poseo lo que él más codicia: a ti.

La Diana se estremeció con esas palabras. Kovać lo percibió. Apretó el abrazo en torno a ella y la besó en la sien.

—Lo destrozaré antes de permitirle que se acerque a ti —juró el ex sacerdote con una fiereza y determinación que la emocionaron.

Sin embargo, nadie conocía a Vuk como ella, ni Kovać ni Mihajlo Milanković, nadie, y aunque se sentía preparada para enfrentarlo y destruirlo, también sabía que eso que él tantas veces había afirmado, que era como Dios, no estaba tan lejos de la verdad.

Se pasó al catre media hora más tarde, después de que Kovać se quedase dormido. Se despertó de madrugada y enseguida lo percibió en la habitación. Se giró lentamente en la angosta colchoneta y lo divisó junto a la cama ortopédica. Sergei Markov contemplaba a Kovać con semblante apacible. Contuvo el aliento en tanto lo veía girar hacia ella en esa calidad extraña que lo volvía resplandeciente y etéreo a la luz de la luna llena. Apretó los puños y las mandíbulas cuando sus ojos y los oscuros de él se

encontraron. Pensó que le repetiría la crítica frase, “estoy feliz de que no estés aquí”, por eso se estremeció cuando lo oyó decir:

—¿A qué le temes, mi diosa, si tu ángel guerrero está contigo?

Se esfumó enseguida y solo después de unos minutos, recuperado en parte el control, La Diana consiguió articular en un susurro inestable:

—Sergei, mi ángel guerrero, gracias por habernos salvado la vida tantas veces.

* * *

Temprano a la mañana siguiente, en el noveno día de internación, luego de realizarle un ultrasonido en la región abdominal para verificar la ausencia de acumulación de líquido, el doctor Cooper les informó que, tras quitarle el drenaje y los puntos, daría el alta al señor Kovać. El procedimiento tuvo lugar ahí mismo, en la habitación, y mientras dos enfermeros se ocupaban de cumplir la orden del cirujano, La Diana oía las recomendaciones del médico, que prescribió descanso, caminar lentamente media hora por día, alimentación liviana con el agregado de carnes rojas, ingesta de un litro y medio de agua diaria y control de la diuresis, y medición de la temperatura corpórea por la mañana y por la noche durante la primera semana.

—Lazar es muy deportista —comentó La Diana.

—Resulta claro a juzgar por su estado físico —expresó el médico.

—¿Cuándo podrá retomar sus actividades en el gimnasio?

—Cuando se cumpla un mes de la cirugía, esto es el 27 de enero, podrá comenzar con una actividad leve. Elongación, un poco de cinta muy suave y ejercicios similares. Para fines de febrero ya podrá volver a sus actividades normales. Pero ante cualquier molestia deberá consultar de inmediato a un médico.

La Diana lo ayudó a colocarse la faja en torno a las pequeñas incisiones producto de la laparotomía y de la bala y a vestirse. Un enfermero lo asistió para que se sentase en una silla de ruedas y lo empujó hasta la salida del hospital militar, donde los aguardaban Callum Duncan y Bruce McLeod junto al Jeep que les había servido de medio de transporte durante esos días en Camp Bondsteel.

Aunque feliz, La Diana era consciente de que estaban a punto de empezar una nueva etapa de incertidumbres y solo dos certezas, la primera, que formaría con Kovać una familia; no sabía si Larysa sería parte de ella. La

otra la constituía la sombra amenazante de Vuk o Dragoslav Kirilo Milanković.

* * *

Los ubicaron en una cabaña pequeña próxima a las que ocupaban Goga y las muchachas. Ese primer día con Lazar Kovać fuera del hospital se lo vivió como una fiesta. Callum Duncan compró champán y delicias navideñas para celebrar. Se reunieron en la cabaña de Goga, incluso participaron Eliah Al-Saud y los amigos de la Mercure. Transcurrieron unas horas agradables.

En determinado momento y gracias a una intervención de Bruce McLeod, Shivani describió el instante en que Anna y ella habían resbalado en el barranco, y eso dio pie para que cada una se atreviese a relatar una parte de la experiencia. A La Diana le pareció sanador que hablasen abiertamente de lo vivido, que cada una narrase el fragmento de la fuga que más la había impresionado o la instancia en la que había creído que no lograrían escapar de las garras de los secuestradores.

Selin, pálida, ojerosa y delgada después de haber sobrevivido a un severo período de abstinencia de heroína, se puso de pie, caminó hacia los sitios que ocupaban La Diana y Kovać y, alternando vistazos entre ellos, expresó en su inglés de dura pronunciación que si estaban vivas y si aún eran libres se debía solo y exclusivamente a las dos personas ubicadas delante de ella.

—Ustedes son nuestros salvadores y los voy a amar toda mi vida. —Selin le tendió las manos a La Diana, que las aceptó enseguida. Entonces la muchacha gagaúza se inclinó ante ella y se las besó con reverencia; hizo otro tanto con las de Kovać, que se puso de pie para abrazarla y consolarla.

La cabaña explotó en aplausos y vivas, y aun los recios soldados de la Mercure se pasaban las manos por los ojos y carraspeaban. Callum Duncan se aproximó a su sobrina nieta, la miró con una sonrisa de labios que mal disimulaban la emoción y la abrazó.

—Estoy tan orgulloso de ti, querida mía, tan impresionado de tu valentía e inteligencia. Cómo me gustaría que Liam estuviese aquí.

—A mí también me gustaría que él y la abuela Kata estuviesen aquí.

* * *

Darko, que durante ese primer día raramente se había apartado del lado de Kovać, declaró que él dormiría en la cabaña con “sus papás”. Cuando Goga interpuso que solo había una cama, Kovać la interrumpió.

—Nos arreglaremos —dijo.

Aferró la mano del niño, se despidió de todos y, al paso lento que lo reducían las heridas, caminó los metros que lo separaban de la vivienda asignada. La Diana se demoró para juntar las prendas que le había comprado el día anterior y las que había ido adquiriendo Goga desde la llegada a Camp Bondsteel. Al entrar en la cabaña, gratamente calefaccionada, vio a Kovać y al pequeño sentados en el borde de la cama. El hombre estaba desvestiéndolo; se disponía a bañarlo.

—¿Nunca te vas a morir, papá?

—Nunca —contestó Kovać, mientras le quitaba la camiseta.

—No quiero volver al orfanato.

—No lo harás. Siempre estarás conmigo y con Diana. Ahora seremos una familia.

—¿Y mi papá de antes?

—¿Qué necesitas saber de él?

—No quiero que vuelva.

—¿Por qué no quieres que vuelva?

Darko advirtió que La Diana lo observaba desde la entrada y ocultó la cara en el torso de Kovać, avergonzado.

—¿Por qué no quieres que vuelva? —insistió este.

—No sé —dijo con acento amortiguado.

La Diana se sentó a su lado y le acarició la espalda desnuda. El niño se retrajo, y ella apartó la mano. Se quedó mirándolo. Era muy flaquito y se le veían las costillas.

—¿Sabes, *moje blago*? Hace mucho (tú ni siquiera habías nacido), explotó una guerra en nuestro país, en Bosnia. —La Diana hizo una pausa y dirigió la vista a Kovać, que bajó los párpados a modo de asentimiento. Continuó sin apartar la mirada de la de él—. Los soldados vinieron a nuestra casa y nos llevaron a mi hermana Leila y a mí a una prisión muy fea, sucia y llena de gente triste.

Con la última declaración, el niño se dio vuelta y le destinó su atención.

—¿Eran malos los soldados? —quiso saber.

—Sí, eran malos. Y aunque Leila y yo no habíamos hecho nada, nos encerraron en esa prisión. Allí había un hombre, que era el más malo de

todos y me obligaba a hacer cosas muy feas. Me hacía doler, en el cuerpo —aclaró—, pero también en el corazón —dijo, y se lo señaló.

Kovać, con disimulo, arrastró la mano por la cama y cubrió la de ella.

—¿Y qué pasó? —se interesó Darko, los ojos colmados de curiosidad.

—Yo estaba triste y sufría mucho, y me preguntaba: ¿por qué me pasa esto a mí si no he hecho nada malo?

—Yo tampoco hacía nada malo —se apresuró a aclarar el pequeño.

—Pero igual tu papá de antes te hacía cosas feas y dolorosas, ¿verdad?

—Sí —contestó, como en trance—. Y yo no quería, pero él me decía que si no lo hacía mi mamá que estaba en el cielo se iba a enojar conmigo. Iba a pensar que yo era un niño malo y ya no iba a quererme —aseguró, de pronto desanimado, y bajó la vista. Se miraba las manitas, que La Diana recogió entre las de ella y besó.

—A mí también el hombre malo me decía mentiras como las que te decía tu papá de antes para seguir haciéndome cosas feas.

—¿Eran mentiras? —se asombró.

—¡Claro que lo eran! —Le acunó el rostro delgado entre las manos y le besó la nariz antes de expresar—: *Moje blago*, tu mamá que está en el cielo solo quiere que seas feliz. ¿Eras feliz cuando tu papá de antes te obligaba a hacer esas cosas? —Darko escondió la vista de nuevo y negó con la cabeza —. Entonces te aseguro que tu mamá no estaba feliz.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Y está enojada con mi papá de antes?

—Creo que sí. Yo lo estaría. Y ahora que soy tu nueva mamá, *yo* estoy enojada con él, porque nadie —dijo con vehemencia, y se lo colocó sobre las rodillas—, ni tu papá de antes ni nadie, absolutamente nadie, puede hacerle daño a mi bello Dare, a *moje blago*, a mi hijito adorado. —Lo sujetó contra el regazo, y enseguida percibió los bracitos que la rodeaban y se le ajustaban con desesperación.

Kovać los encerró a los dos en un abrazo mientras fruncía la cara para contener el llanto. Escuchaba llorar a Darko y tenía la impresión de que se le abría un hueco en el plexo solar.

La Diana comenzó a canturrear *Vjerna Ljuba*, y poco a poco el niño fue calmándose. Al cabo se rebulló, y Kovać se apartó para darle espacio.

—¿Yo soy bueno, mamá?

—Dare, eres el mejor niño del mundo, el más bueno, el más valiente, el más dulce. Lazar y yo te amamos más que a nadie y te admiramos.

Darko se pasó la mano por la nariz que le goteaba, por lo que Kovać usó su pañuelo para obligarlo a soplarse los mocos.

—¿Qué quiere decir que me admi...?

—¿Que te admiramos? —repitió La Diana, y el niño asintió—. Quiere decir que estamos sorprendidos de que, siendo tan pequeño, seas tan valiente e inteligente.

—No soy inteligente. Me va mal en la escuela.

—Ahora te irá bien porque Lazar y yo te ayudaremos. Todos los niños necesitan ayuda en la escuela, y tú no la tenías. ¿O sí la tenías? ¿Había alguien que se sentase todos los días contigo a hacer los deberes, a practicar la lectura y la escritura? —El pequeño sacudió la cabeza para negar—. Ahí tienes la razón, por eso no te iba tan bien.

—¿De veras?

—De veras. *Moje blago* —dijo, e hizo una inflexión que alertó al niño—, tú, Lazar y yo hemos sufrido cosas feas en el pasado.

—¿Papá también? —se asombró, y se giró para mirarlo, pero enseguida devolvió la atención a La Diana.

—Sí, papá también. Le pasó lo mismo que a ti, no con su papá sino con un señor que era como su papá. Él también sufrió mucho, mucho. Los tres hemos sufrido, pero todo lo feo quedó atrás. Ahora que estamos juntos y que formaremos una familia y que nos queremos tanto... Porque tú nos quieres, ¿verdad, *moje blago*?

—Sí.

—¿Sí? Pero ¿cuánto? ¿Poquitito, poquitito? —dijo, y juntó el índice y el pulgar al tiempo que arrugaba la nariz y se encogía, lo que hizo reír al niño—. ¿O un montón, montón? —Elevó la voz al erguirse y al abrir los brazos en cruz.

—¡Un montón, montón! —aseguró el pequeño, y la imitó en el ademán.

—¡Gracias, *moje blago*! No sé qué habría hecho si me hubieses dicho poquitito, poquitito. ¡Me haces muy feliz!

—¡Te quiero un montón, montón, mamá! —insistió, y se abrazó a ella, y La Diana lo apretujó contra su regazo.

Kovać se inclinó para susurrarle al oído:

—No creo que existan palabras para expresar la admiración y el amor que siento por ti. Me acabas de regalar uno de los momentos más increíbles,

solemnes y trascendentales de mi vida.

* * *

Lo bañaron juntos y le explicaron que solo él podía higienizarse las partes íntimas; ni siquiera ellos lo tocarían allí. Darko los oía con atención y asentía. Kovać lo secó y lo ayudó a lavarse los dientes, mientras La Diana le preparaba el pijama y armaba la colchoneta donde dormiría el niño.

Kovać lo depositó en medio de la cama matrimonial y regresó al baño. La Diana le quitó la toalla y lo cubrió de prisa con la chaqueta y el pantalón del pijama para que no se enfriase.

—¿Tienes frío, *moje blago*?

—No. En el bosque tenía frío. Aquí no. Mamá, ¿tú eres soldado?

—Sí, esa es mi profesión, mi trabajo —aclaró.

—¿Por eso nos salvaste de los hombres malos?

—Sí, pero también porque tenía los mejores soldados que me ayudaban.

—¿Quiénes?

—¿Cómo quiénes, *moje blago*? Tú, Zaína, Oana, Goga, Shivani, Anna... Todos ustedes se convirtieron en soldados. Los mejores.

—¿Y papá?

—Papá es el más importante de mis soldados.

La sonrisa del niño, satisfecha y oronda, le dio risa. Kovać reapareció con un secador de pelo y, mientras se ocupaba del cabello de Darko, La Diana se dispuso a acomodar la ropa y los artículos personales. Le gustaba esa rutina doméstica, sencilla y tranquila.

Acostaron al niño en la colchoneta y ellos se sentaron en el borde de la cama.

—Cuéntame un cuento de Jérôme —pidió Darko, y La Diana le relató una de las historias del libro de Matilde.

Reprimió la risa mientras lo veía luchar por no dormirse. El sueño lo venció pocos minutos después. Se quedó mirándolo, colmada de amor y agradecimiento. No conseguía apartar los ojos del semblante sereno del niño. La responsabilidad que implicaba hacerse cargo de alguien tan dependiente y vulnerable no la asustaba, y eso la asombró. Tendrían que resolver la cuestión de la escuela; no solo brindarle apoyo para que superase el bloqueo que le impedía leer y escribir correctamente, sino buscar un nuevo establecimiento. Al que había asistido hasta dos semanas atrás estaba

comprometido; lo más probable era que su padre biológico, al que la policía aún no había apresado, lo conociese.

Alzó la vista para compartir sus reflexiones con Kovać y se quedó paralizada ante la intensidad con que la observaba.

—Nadie hizo por mí algo tan grande como lo que tú hiciste hoy al afrontar con Dare el tema del abuso.

—Amor, hay gente que ha hecho por ti cosas más importantes, como los Mesić y el padre Ivo.

—Ellos hicieron cosas por *mí*. Pero tú hiciste cosas por *él* —dijo, y se inclinó para acariciar la mejilla del niño—, que, junto contigo, es lo más importante que tengo. ¿Y tú dudabas de que serías una buena madre? Hoy no solo te comportaste como la más amorosa y protectora de las madres, sino que me diste una lección de psicoanálisis.

Los halagos de Kovać le causaban una emoción profunda, y sonreía de modo inconsciente y con el corazón que le batía fuerte.

—¿Podremos hacerlo feliz? —se preguntó—. ¿Podremos borrar el horror que le tocó padecer y conseguir que no le queden secuelas que le impidan vivir con plenitud?

—No tengo duda de que lo lograremos —afirmó Kovać—. Dare, pese a la situación de violencia y abuso a la que se lo sometió durante meses, es un niño alegre, que sigue interactuando con sus pares y que no teme salir a la calle. No presenta síntomas de depresión ni de angustia ni ansiedad. No tienes idea de lo importante que es eso. Sufre pesadillas, sí, y tiene problemas de aprendizaje, pero los superaremos. No podrá borrar por completo de su memoria el período oscuro que vivió después de la muerte de su madre, y quizá cada tanto lo recuerde y eso lo desestabilice, pero con nuestro amor y llevando una vida tranquila, ordenada y normal, será tan sano emocionalmente como aquel niño nacido en un hogar amoroso.

—Qué feliz me hace lo que estás diciendo.

Sin embargo, una sombra le opacó la alegría. Bajó la vista y se mordió el labio.

—Estás pensando en Larysa, ¿verdad?

—Sí —contestó, y le resultó imposible hacerlo con voz firme—. Me pregunto si ella, por mi culpa...

—¿Si acabó en manos de pedófilos? —La Diana asintió—. Amor, sea lo que sea que haya tenido que afrontar nuestra Larysa la ayudaremos a superarlo, igual que lo haremos con Dare. Estuve pensando que lo mejor

sería comenzar a buscarla en los registros de personas perdidas durante la guerra que está elaborando Defensores de los Derechos Humanos. También quiero consultar con Manos Que Curan y con la Cruz Roja.

—Matilde trabajó para MQC, ¿recuerdas que te conté? Todavía tiene contactos en la oficina de París. Podría ayudarnos.

—Apenas salgamos de Camp Bondsteel empezaremos a buscarla. Haremos de todo para hallarla, y quiero que te imagines el momento en que volverás a tenerla entre tus brazos.

—Nunca la tuve entre mis brazos —sollozó, agobiada de pena y culpa.

—Diana, que ames a tu hija pese a todo lo que tuviste que padecer en la prisión de Rogatica te convierte en una madre excepcional. ¿Por qué no puedes concederte el perdón por haberla rechazado durante los primeros meses? No creo que puedas imaginar la cantidad de madres comunes y corrientes que sufren de depresión posparto y que no quieren acercarse a sus hijos concebidos con amor. ¿Cómo pretendías superar tú la revolución hormonal que sufre una mujer después de parir con la carga de violencia y miedo a la que se te había sometido durante casi tres años? Eres fuerte, amor mío, pero no de metal.

—Quiero que me digas la verdad, Lazar, siempre, aunque sea dura y fea. No quiero que me digas estas cosas para consolarme.

—Hablo de lo que sé, Diana. Y jamás voy a mentirte o a decirte la verdad a medias, no solo porque no es mi costumbre sino porque eres demasiado inteligente y te darías cuenta. Hay madres que asesinan a los recién nacidos habidos de una violación. ¿Alguna vez Larysa despertó tu instinto asesino?

—Intenté abortarla.

—No me refiero a eso. Me refiero a una vez que nació, cuando ya era una realidad.

—No, jamás. —Y la certeza de la respuesta le concedió la paz que tan desesperadamente buscaba.

—Ya lo ves. Y estoy seguro de que ante un peligro la habrías defendido con uñas y dientes.

—Pero la abandoné, Lazar.

—Es cierto, y lo hiciste después de haber pasado por uno de los peores momentos de tu vida. Te encontrabas en estado de shock, sin mencionar que estaban violándote cuando los soldados de Eliah te salvaron. Nunca consideras los atenuantes, amor. De lo que hablamos aquí es de otra cosa. Me refiero a que no le habrías hecho un daño deliberado.

—No, no la habría dañado, no.

La Diana poseía también esa certeza, de que la habría protegido aun durante aquellos días de abulia y desamor. Se pasó el filo de la mano por los ojos y sonrió con aire melancólico.

—Larysa es tu sobrina —expresó—. Me hace feliz saber que por sus venas también corre tu sangre, la de la mejor persona que conozco.

—Pero lo más importante es —dijo Kovać— que por sus venas corre la sangre de la mejor madre, mujer y esposa que existe. La sangre de mi amada Diana. —Le acunó la mejilla, y ella bajó los párpados y descansó en su mano—. Me encantaría que nos duchásemos juntos —lo escuchó susurrar, y al abrir los ojos le descubrió el deseo rampante que le alteraba la expresión.

—El doctor Cooper me dijo que debías evitar el ejercicio físico —replicó con aire risueño.

—El doctor Cooper no sabe nada de nada. Hacer el amor con mi mujer es la mejor cura para mis males.

—¿Eso crees? —preguntó con un gesto de simulada inocencia, y Kovać asintió con gravedad—. ¿Qué estamos esperando, entonces?

Se precipitaron en el baño enredados en un beso descomunal que se cortó abruptamente cuando él le pidió que lo ayudara a desnudarse. Lo despojó de la ropa y de la faja. Ella se desvistió deprisa mientras él hacía correr el agua. Entraron en el pequeño receptáculo lleno de vapor. La Diana dio un paso atrás para admirarle el cuerpo y se puso de rodillas para examinarle las pequeñas incisiones impresas por la laparotomía y la cicatriz de la bala. Le estudió también las marcas del lado izquierdo del torso, causadas por la metralla del obús serbio. Se las besó con reverencia.

—Tócame —pidió él con acento ronco y ansioso.

La Diana le sujetó el miembro erecto, le retiró el prepucio y lo sorprendió tomándolo en la boca. Era la primera vez que le practicaba una felación, y nunca habría imaginado cuánto la complacería ver la reacción desmesurada de Kovać mientras ella lo satisfacía con los labios y la lengua. Él se echó hacia atrás en un impulso automático y quedó apoyado contra los azulejos, el mentón elevado, la boca entreabierta como en la búsqueda de oxígeno, los párpados apretados. Le aferraba la cabeza y le clavaba los dedos en el cuero cabelludo.

Kovać bajó la vista para admirar el espectáculo que componía la mujer a la que amaba con su carne en la boca por primera vez. Resultaba evidente el

entusiasmo con que intentaba complacerlo, y deseó que ella estuviese disfrutando de esa nueva conquista en su intimidad sexual tanto como él y que ningún recuerdo del pasado la perturbase. La imaginó con Dragoslav y se preguntó si ella estaría recordándolo. Se obligó a alejar esos pensamientos, sobre todo cuando nada en la expresión de Diana delataba inquietud o desasosiego. Percibió la ansiedad con que sus dedos se le hundían en los glúteos para atraerlo a su boca y siguió prendado de los labios que lo apretaban. Se apoderó de él un instante de irrealidad, y le pareció que esa felicidad era demasiada para ser cierta. Evocó en esa misma posición a Izia, quien, con tan solo diecisiete años, había sido muy diestra en la práctica de la felación, y se acordó de él mismo observándola, amándola, y admitió que nunca la olvidaría, pero comprendió que lo que le inspiraba esa mujer de rodillas delante de él no se lo había inspirado nadie, y no se trataba de que hubiese amado a Izia siendo solo un adolescente y a Diana la amase con casi cuarenta años. La diferencia radicaba en una cualidad que lo eludía, en algo poderoso que se había establecido entre él y esa soldado de la OTAN en el instante mismo en que sus miradas se habían encontrado en el gimnasio de Brano Mesić pocas semanas atrás. Ella era su destino, y él, el de ella. Cualquiera hubiese sido la vida de uno o del otro, habrían acabado unidos, convertidos en la misma cosa. En palabras de Diana, ella había sido un río y él, el mar; no obstante, en ese momento sus aguas se habían fundido y componían una sola.

Antes de derramarse en su boca, le calzó la mano en la axila y la hizo ponerse de pie. La contempló bajo la lluvia y le resultó excesivo lo que su belleza y la bondad de sus ojos celestes le provocaban. No sabía qué hacer con tanto amor, tanta gratitud, tanta felicidad. La dicha lo desbordaba, lo ahogaban los latidos frenéticos del corazón. La obligó a darse vuelta y a apoyarse contra la pared. La oyó proferir un quejido y supo que estaba asustada. Esa posición de vulnerabilidad debía de turbarla. Las dos veces que lo habían hecho ella se había ubicado en posturas que le permitían mantener el control.

—¿Es demasiado?

—Sí.

—Intentémoslo —le propuso—. No permitiré que vayas a ese sitio. Estarás conmigo, todo el tiempo conmigo.

Le deslizó los dedos de una mano por el monte de Venus y los de la otra por la hendidura entre los glúteos hasta acariciarle el ano. La escandalizaba;

sin embargo, ella no intentaba escapar. Le bastó poco para provocarle un orgasmo. Había apoyado la mejilla izquierda y las manos sobre los azulejos y gemía y sacudía la pelvis con los ojos cerrados. Poco después, quedó quieta y agitada contra la pared, y él sintió el anhelo apremiante de apoderarse de su boca. La Diana giró apenas la cabeza para salir al encuentro de sus labios.

—Yo también le temo a ciertas cosas del sexo. Temo que me conduzcan al pasado. Me gustaría penetrarte en esta posición —agregó sin pausar—. ¿Crees que podrás? —La Diana asintió, y él supo que no estaba segura, que le decía que sí como siempre, para complacerlo, y la amó por eso—. Iremos despacio. En cuanto sientas malestar o incomodidad, nos detendremos.

—Sí —la oyó susurrar.

Le acomodó el ángulo de la pelvis y la obligó a respingar el trasero, lo que ella logró poniéndose en puntas de pie. La envolvió con un brazo en torno a la cintura y se aferró el pene para guiarlo entre sus piernas. Se impulsó dentro de ella, y La Diana, en una acción maquinal, empujó hacia atrás con la frente apoyada en la pared. Kovać empezó a mecerse en su interior. Le calzó la mano en el pubis y la usó para ejercer presión de modo que ella mantuviera la inclinación que le permitiese una penetración profunda.

—¿Estás bien? ¿Me sientes dentro de ti?

—Sí, te siento. Háblame, Lazar. Dime qué sientes tú.

—Que nadie es más feliz que yo en este instante. Haberte conquistado, amor mío, me hace sentir capaz de cualquier cosa. Que seas mía, Diana, es lo único que cuenta para mí. Gracias por haberme permitido gozar esto contigo. —Le mordió el hombro y sonrió sobre su piel mojada y tibia, halagado y orgulloso—. ¿Estás disfrutando tanto como yo?

—Sí.

Le masajeó el clítoris con pasadas lentas que igualaban sus balanceos contenidos, pero al notar que su mujer se perdía en un mundo de goce y excitación aumentó la velocidad del movimiento, y los balanceos se convirtieron en embistes y las caricias entre sus piernas en fricciones diestras que la condujeron de nuevo al placer. Y él se vació en ella segundos después. Y pese a que habían dejado abierta la puerta del baño para escuchar en caso de que Darko sufriese una pesadilla, no lograron contenerse y gritaron.

CAPÍTULO VI

*La esencia de la Papisa es paradójica,
pues representa nuestro origen primordial, el útero que nos
albergó antes de nacer.
Nuestra vida es gracias a ella y de ella dependemos para
ser.*

Extracto de *Tarot I. Arcanos Mayores*,
de Beatriz Leveratto, astróloga

La despertó el timbre de un celular. Era el de Kovać, que abandonó la cama para responder. Lo escuchó hablar con voz enronquecida de sueño. Consultó la hora: las nueve y diez. Se asombró; hacía años, desde antes del inicio de la guerra, que no dormía tantas horas seguidas. Darko se rebulló en la colchoneta, y La Diana sacó el torso fuera de la cama hasta olerle el cuellito tibio.

—Buen día, *moje blago*. ¿Dormiste bien?

—Sí —dijo, y se estiró.

—¡Buen día, mis amores! —exclamó Kovać, y levantó en brazos al niño. Se sentó en el borde de la cama con el pequeño en las rodillas y se inclinó para besar a La Diana—. ¡Tengo las mejores noticias!

—¡Qué noticia, papá! ¡Qué!

—¡Nos vamos a París!

La Diana emitió una exclamación y se incorporó.

—¿Qué es París, papá?

—París es una ciudad bellísima, donde vive la familia de mamá.

—Y donde vive Jérôme —acotó La Diana.

—¡Viva! —exclamó el niño y alzó los brazos.

Más tarde, mientras Darko le daba la noticia a Zaína y le contaba acerca de Jérôme, Kovać, Goga y La Diana comentaban la extraordinaria novedad

con que la fiscal Dretar los había despertado: no solo el juez de menores había emitido el permiso para que pudiesen salir del país sino que la custodia de Darko había pasado de Goga a Kovać.

—¡Qué! —se asombró La Diana.

—No quería contarte hasta que Bosa me lo confirmara, pero hemos movido cielo y tierra para lograr esto.

—¡Y en tan pocos días! —comentó Goga.

—Sí, en tiempo récord —admitió Kovać—. Bosa me dijo que hubo mucha presión de las altas esferas para que se concediera el pedido. —Miró a La Diana antes de confesar—: Algunas llamadas de tu tío Callum resultaron muy efectivas, amor. Le pedí su ayuda. —La abrazó—. ¿Estás feliz de que Dare sea nuestro?

—Feliz, inmensamente feliz.

—¿Y cómo salvaron el tema de tu sacerdocio? —quiso saber Goga.

—La presión llegó hasta Belgrado, y al patriarca Pavle no le quedó otra que emitir el documento que me reduce al estado laical. Era eso lo que estaba esperando el juez para firmar el permiso y la tenencia. La universidad, la escuela y Brano como dueño del gimnasio ya habían enviado los certificados en los que me declaraban su empleado y el sueldo que gano. La otra cuestión exigida era acreditar un domicilio. Dimos el de Brano y Viki, que firmaron un consentimiento, claro.

—¿El juez lo aceptó así como así? —se asombró La Diana—. ¿No exigió un estudio ambiental o algo parecido?

—Sí —afirmó Kovać—, pero como se realizó dos años atrás para obtener la tutoría de Azem y lo pasaron airosos, bastó. Además, la asistente social que visita a Azem cada tres meses confirma siempre que las condiciones ambientales siguen siendo óptimas, por lo que el juez tomó esto como válido. De igual modo —añadió—, cuando regresemos buscaremos dónde vivir los tres solos. Hasta que nos den la adopción, amor, tendremos que permanecer en suelo bosnio.

—La prioridad es Darko, Lazar. Además, el ofrecimiento de trabajo que me hicieron Madeleine y Celhia es en Sarajevo. ¿Qué más conveniente que eso?

—No sé si estoy de acuerdo con que trabajes para STOP, amor. Es muy peligroso.

—¡Pero, Laza! —se quejó Goga—. Con Bosa a la cabeza de la nueva fiscalía y con Diana como jefa de la nueva fuerza seremos invencibles.

—Lo siento, Goga, pero la seguridad de mi mujer está primero.

Llegaron Callum Duncan y Bruce McLeod, y La Diana advirtió que Goga, después de cruzar una mirada con el *hacker* escocés, se arreglaba el cabello y sonreía con los pómulos enrojecidos. Enseguida se olvidó del intercambio cuando su tío abuelo les informó que se estaba realizando la traducción oficial del permiso para sacar del país a Darko y que llegaría a Camp Bondsteel en el correo privado de la embajada estadounidense al día siguiente.

—¿Un domingo? —se asombró Goga.

—Todo sea por el héroe del momento —dijo el noble escocés y señaló a Kovać—. Si nada se interpone en nuestro camino, podremos dejar este lugar pasado mañana —anunció Glendale—, lunes 8 de enero.

La Diana buscó con la mirada a Kovać y lo halló esperándola, la emoción evidente en la sonrisa. Estaba segura de que él pensaba lo mismo: “Lunes 8 de enero, primer día de la mejor parte de nuestras vidas”.

* * *

A excepción de Shivani y de Svetlana, las muchachas partieron a sus destinos ese sábado 6 de enero por la tarde. La Diana les entregó un papel con los teléfonos de Duga Sarajevo y los de sus celulares —el de ella, el de Kovać y el de Goga—. A Senada la llevó aparte para decirle:

—No quiero que te separes de tu hija. Yo te prometí que te ayudaríamos para que pudieses conservarla y cumpliré mi promesa. Si en el refugio en Francia no te sientes a gusto o por cualquier razón, llámame e iré a buscarte.

—Solo te pido una cosa.

—Lo que quieras —contestó La Diana.

—Ver a mi madre y a mis hermanas. Ellas siguen en el campo de refugiados en Montenegro.

—Yo me ocuparé de eso cuando regrese de un viaje que tengo que emprender ahora. Solo te pido paciencia. Sé que no soportas que te toquen y, como nadie, comprendo lo que sientes porque yo misma padecía esa fobia antes de que Lazar me curase, pero me gustaría darte un abrazo.

—Después de lo vivido, Diana —expresó la muchacha—, creo que la fobia quedó atrás. Dicen que no hay mal que por bien no venga.

Se abrazaron con la criatura en medio. Se separaron, emocionadas. La Diana besó a la niña de apenas diez días.

—Nunca te separes de ella —la conminó.

—No lo haré. Te lo prometo.

* * *

En el camino de regreso a las cabañas, la emoción de Darko y Zaína contagiaba a los adultos. Planeaban paseos y programas cuando se encontrasen en el castillo de Callum, como lo llamaban. Desde hacía días, resultaban divertidas y graciosas las artimañas de las que se valía Darko para asegurarse de que Bruce McLeod no olvidara la promesa que le había hecho, la de regalarle una PlayStation.

—¿Por qué tienes el pelo rojo? —le preguntó ese sábado, después de haber despedido a las muchachas en el aeropuerto de Camp Bondsteel. Goga sirvió de traductora.

—Porque mi mamá era pelirroja. Lo heredé de ella.

—¿La gente con el pelo rojo es más buena? —se interesó el niño—. Porque tú eres muy bueno porque me vas a regalar la Play.

La Diana soltó una carcajada, bienvenida después de la melancolía en la que la había sumido ver partir a las muchachas. Goga, atragantada de risa, fue incapaz de traducir. Fue Kovać quien le explicó la teoría de Darko a Bruce, que lo levantó en brazos y, después de besarlo, lo hizo dar vueltas en el aire. “¡Qué buen padre sería!”, meditó La Diana, mientras lo observaba hacer otro tanto con Zaína, y al mover la vista hacia Goga la encontró rejuvenecida; sonreía y se le iluminaba el semblante.

* * *

El lunes 8 de enero, a las seis de la mañana, envueltos en el aire helado del amanecer, los dos grupos se despidieron con emotivos abrazos en la pista del aeropuerto de la base militar. El Gulfstream V de Al-Saud y el Agusta de Callum Duncan los aguardaban con los motores encendidos.

El anciano escocés acunó las mejillas de su sobrina nieta y la besó en la frente.

—Iremos a buscarlos a Le Bourget el miércoles —le recordó La Diana.

—Gracias. Estoy ansioso por conocer a Leila y a Sanny. ¿Les avisaste que iría a la inauguración de la clínica?

—Hablé con ellos anoche. Ya saben todo, que hoy llego con Darko y con Lazar y que el miércoles te conocerán. No hace falta que te diga que están muy ansiosos ellos también.

—Y luego tú y tus dos hombres irán a visitarme a Glendale, ¿verdad?

—Allí estaremos —confirmó—. Después de resolver algunas cuestiones en Londres viajaremos a Escocia.

—Cuenta con el Agusta y con Seamus para trasladarte adonde necesites.

Se abrazaron, La Diana le susurró “te quiero, Callum”, a lo que su tío abuelo respondió ajustando los brazos y besándola en la sien.

Los pasajeros del Gulfstream V, entre los que se contaban Shivani y Svetlana, ocuparon sus asientos en la lujosa cabina. La fascinación con que Darko estudiaba el entorno tenía cautivada a La Diana y, mientras lo observaba, pensó que probablemente se trataba de la primera vez que el niño subía a un avión. La colmaba de felicidad el hecho de que ella y Kovać le brindarían un hogar estable y llenarían su vida con oportunidades como la de ese viaje.

Elijah Al-Saud se llevó a un Darko extático a la cabina del piloto para que lo “ayudase” durante el despegue. La Diana y Kovać los siguieron con la mirada hasta que devolvieron la atención el uno al otro. Se contemplaron con fijeza. La Diana suspiró, contenta, relajada. Había notado que el lujo circundante no lo sorprendía ni lo incomodaba; se movía con soltura y no hacía comentarios, y eso le gustó.

—Anoche, cuando hablé con Bosa, me dijo que debemos apurar lo del matrimonio para facilitar la adopción de Dare —comentó Kovać.

—Debió de costarle mucho sugerirte eso. Según Goga, sigue enamorada de ti.

—Jamás me lo confesó y, por cierto, yo jamás le demostré otra cosa que no fuese amistad. ¿Cuándo nos casamos? —preguntó deprisa, para nada interesado en la cuestión de los sentimientos de la fiscal.

—No lo sé. Quizá...

—Le pediré a Viki —la interrumpió— que vaya sacando turno en el Registro Civil. Le pasaré algunas fechas tentativas. Suelen ser burocráticos. Si es necesario, le enviaremos tu documentación por *courrier*.

La Diana se quitó el cinturón de seguridad y se sentó en la falda de su futuro esposo. Shivani y Svetlana sonrieron con picardía.

—¿Sabes, Shivani? —dijo en inglés, con la vista fija en los ojos serios de Kovać—. Creo que este hombre quiere convertirme en su esposa *solo* para

facilitar los trámites de adopción de nuestro hijo.

—¿Es cierto eso, Laza? —preguntó la joven india, fingiendo estar escandalizada.

—Ella sabe muy bien que la extorsiono con lo de Dare para obligarla a casarse conmigo —respondió, siempre los ojos concentrados en los risueños de La Diana—. De otro modo me daría largas hasta que fuésemos viejos.

Shivani volvió a reír. La Diana lo sujetó por el rostro y lo besó en los labios.

—No veo la hora de ser la mujer de Lazar Kovać. Y la madre de Darko Kovać.

Natalie, la azafata, anunció el inminente despegue, y La Diana regresó a su asiento.

—¡Papá! ¡Mamá! —los llamó Darko desde la cabina—. ¡Voy a despegar el avión! ¡Elijah me va a dejar despegar el avión!

Los dos levantaron los pulgares y le sonrieron.

—Es tan hermoso verlo feliz —comentó Kovać—. ¿En qué lengua se entienden esos dos?

—Elijah balbucea nuestro idioma. ¿De qué más hablaste con Bosa?

—Albert Coleman la puso en contacto con el matrimonio que entrevistó el año pasado.

—¿Y? ¿Son los padres de Azem?

—Parece ser que sí. Les mostró una foto actual de él y dice que la mujer se echó a llorar desconsoladamente. De todos modos, les harán los estudios de ADN.

—¿Ya le contaron a Azem?

—No. El viernes le hicieron un hisopado con la excusa de que está construyéndose un banco de datos con los niños extraviados durante la guerra. Pero no le dijeron nada. En caso de que el análisis dé positivo, Brano y Viki pidieron que fuese yo el que se lo comunicase. Quieren que también esté presente durante el primer encuentro entre Azem y sus padres.

—¿Cuándo se sabrá el resultado?

—En quince días.

—Pobres padres —se compadeció La Diana—. Para ellos la espera será interminable.

—Te deberán a ti haber encontrado a su hijo, amor mío.

—El viaje a Bosnia adquiere sentido minuto a minuto. —Se inclinó en la butaca para besarlo—. El mejor viaje de mi vida.

Kovać la sujetó por la nuca y se apoderó de su boca, pero enseguida cortó el beso, aunque la mantuvo pegada a él, con la frente en la de ella.

—Estoy pensando en anoche —confesó.

—Yo también —admitió La Diana—. ¿Te diste cuenta de que ya lo hemos hecho varias veces, pero nunca en una cama?

Kovać reprimió la risa y volvió a besarla.

—Con Dare durmiendo con nosotros, el lugar natural para amarnos quedó excluido. ¿Sabes dónde dormiremos esta noche?

—¿Por qué, señor Kovać? ¿Alguna idea *in mente*?

—Unas cuantas, pero necesito saber con qué escenografía cuento.

—Contarás con la habitación de un hotel. Anoche Eliah me dijo que nos regalará una estadía en el hotel de su hermano Shariar, el George V.

—¿Es bueno?

La Diana frunció la nariz y se encogió de hombros.

—A caballo regalado no se le miran los dientes —apuntó.

Y Kovać pareció resignarse con un suspiro. Al-Saud delegó el mando de la aeronave en el capitán Paloméro y regresó con Darko a la cabina. El niño llegó corriendo y se sentó sobre las rodillas de Kovać para relatarle, con palabras atropelladas, agitaciones de manos y cejas muy levantadas, la experiencia de haber hecho despegar un avión.

—Es muy inteligente —comentó Eliah en francés, y La Diana encerró la carita del niño para lograr su atención.

—¿Sabes lo que acaba de decir Eliah? Que eres muy inteligente.

—¿Sí?

—Sí, *moje blago*, y si Eliah lo dice es porque es así. Él nunca dice cosas porque sí, te lo aseguro.

Natalie se aproximó con las bandejas del desayuno, y La Diana ubicó a Darko en su asiento y le mostró cómo desplegar la mesita. Todo le provocaba risa y emoción, y cada gesto de sorpresa, de alegría y admiración del niño la hacía reír a su vez. Las simples tareas de ponerle una servilleta en torno al cuello, ayudarlo a comer los huevos revueltos o a tomar el jugo de naranja le proporcionaban una satisfacción que no había experimentado siquiera después de triunfar en una misión difícil con L'Agence.

Al-Saud le hizo una pregunta. Al levantar la vista para responderle, se topó con la mirada de Kovać dirigida a ella y al niño. La recorrió un

escozor de ansias, expectación y deseo. “No puedo creer”, se dijo, “que la vida me tuviese reservada tanta felicidad”.

“Te amo”, le dibujó con los labios, y Kovać le respondió de igual modo: “Lo sé”.

* * *

Apenas pasadas las ocho y media de la mañana, el Gulfstream V tocó la pista del aeropuerto de Le Bourget, a doce kilómetros al norte de París, y La Diana cerró los ojos y practicó una inspiración profunda y una espiración prolongada para controlar los latidos y relajar el estómago. Se atrevió a mirar por la ventanilla cuando el avión se detuvo. El corazón le dio un vuelco. Alejados, a pocos metros del edificio del aeropuerto, avistó a su familia. Distinguió a Matilde con los niños, las empleadas congoleñas N’Yanda y Verabey y el séquito de guardaespaldas; incluso estaba Juana Folicuré. Divisó a su cuñada Yasmín Al-Saud y, junto a ella, a Sanny, con Daisy en brazos. La protegía del viento frío y le acomodaba la capucha sobre la cabeza. La pequeña adoraba a su tío, que a su vez besaba el suelo que la niña pisaba. Se preguntó si llegaría a conquistar a Daisy del modo en que lo había hecho su hermano Sándor. También estaban Takumi Kaito y su esposa Laurette, que agitaba la mano para saludar al avión y parloteaba a nadie en particular. Por fin, descubrió a Leila con Peter Ramsay a su lado. Sonreía, y La Diana pensó que lucía bellísima con la pancita que apenas se le insinuaba bajo el abrigo. Percibió el calor de una mano sobre la de ella y la esponjosidad de unos labios sobre la mejilla.

—¿Son ellos? —preguntó Kovać.

—Sí. La del sobretodo blanco es Leila. Y el que tiene a la niña en brazos es Sanny. La niña es Daisy, mi sobrina. Mat es aquella, la rubia, con la campera azul. Como siempre, está cargando a Kolia, su hijo menor. Aquel es mi *sensei*, Takumi Kaito, y la que está a su lado... —Fue señalándole a cada uno de los que aguardaban en el límite de la pista.

Después del aterrizaje, Al-Saud regresó de la cabina y recogió su bolso de mano. Natalie se dispuso a abrir la puerta y a extender la escalerilla.

—¿Bajamos? —propuso Eliah—. Hace casi un mes que no veo a mi mujer y a mis hijos. Digamos que estoy un poco ansioso.

Darko se tomó de la mano de Kovać, y La Diana lo notó apocado, tal vez temeroso.

—¿Qué sucede, *moje blago*? —El niño bajó la vista—. Jérôme está esperándote. Matilde, su mamá, le habló de ti.

—¿Y si no quiere jugar conmigo?

—Conozco muy bien a Jérô. Querrá ser tu amigo.

Natalie se colocó junto a la puerta para despedir a los pasajeros, mientras Al-Saud se detenía al final de la escalerilla para ayudarlos a descender. Bajaron Svetlana y Shivani, seguidas por La Diana y Kovać, que llevaba a Darko de la mano. Al-Saud se despidió del capitán Paloméro y del resto de la tripulación y caminó a largas zancadas hacia el grupo de gente. En cierto punto, sus hijos, aun Kolia, corrieron en su dirección, por lo que Eliah se detuvo, extendió los brazos y los recibió a los tres. La Diana caminaba junto a las muchachas y saludaba con la mano a Leila. Se le hizo un nudo en la garganta al descubrir que los ojos de su hermana brillaban y se movían, huidizos, mientras alternaba vistazos entre ella, Lazar y Darko.

Faltando pocos pasos para alcanzar el límite de la pista, Leila echó a correr, y La Diana soltó el macuto y se apresuró hacia ella. Se fundieron en un abrazo y rompieron a llorar. A La Diana, que se había prometido guardar la compostura, le resultó imposible reprimir el torrente de emociones que significó ver a su hermana feliz y conmovida.

—¡Te quiero! ¡Te quiero! —susurraba Leila en serbocroata, y la apretaba.

—Yo también.

Se apartaron y se sonrieron. Leila le acarició la mejilla para secarle las lágrimas frías, y La Diana se la atrapó y se la besó en el dorso. Kovać, que aguardaba junto a ella con el niño de la mano, le pasó un pañuelo.

—Gracias, amor —dijo La Diana mientras se limpiaba—. Lazar, Dare, les presento a mi hermana Leila. Leila, ellos son mis dos amores: Lazar y Darko.

—Leila, es un placer conocerte.

Incapaz de articular, Leila los abrazó a los dos y les plantó besos en las mejillas.

—*Hvala, hvala* —agradecía con acento quebrado—. Gracias por hacerla feliz —alcanzó a musitar antes de que Sándor, Yasmín y Peter Ramsay se aproximasen y fueran presentados.

Kovać, con Darko siempre pegado a él, apretó las manos ofrecidas y respondió algunas preguntas acerca de su salud y del viaje. La Diana abrazó a su hermano. Al apartarse, extendió las manos hacia Daisy, que seguía en los brazos del tío. La niña, simpática como era, rio y se tiró hacia delante, y

La Diana la recibió entre risas dichosas. Escuchó a sus espaldas la exclamación ahogada de Leila, pero no se volvió, sino que siguió estudiando el rostro de su sobrina, la hija de su adorada hermana. La estrechó y cerró los ojos. Soñó con que algún día sostendría de igual modo a la criatura de sus entrañas. Había caído un silencio en el grupo, incluso en el que se hallaba a unos metros. Se sabía el centro de la atención.

—Dare, te presento a tu prima Daisy. Daisy, él es mi hijo Darko. Le decimos Dare.

—Hola —dijo el niño con timidez, y la pequeña, que apenas balbuceaba unas palabras, le respondió en el idioma en el que le hablaba su madre, el serbocroata.

—*Zdravo* —dijo con su vocecita afinada, y todos rieron.

La Diana amó la sonrisa de Darko y le plantó un beso en el carrillo.

—Daisy, él es tu tío Lazar.

—¡Dianita, diosa del Olimpo! —irrumpió Juana Folicuré, que había estado saludando y conversando con Al-Saud—. ¿Este es el potranco? —preguntó a los gritos, y La Diana se dirigió a Kovać para repetirle lo que le había explicado Matilde días atrás.

—Potranco en español significa semental joven. Les pone sobrenombres a todos. Así como la ves, tan jovial y chistosa, es una gran pediatra argentina. Sí, es él —confirmó a continuación.

—¡Es más lindo aun en vivo! ¡Hola, potranco! ¡Bienvenido a la familia!

Lo abrazó y lo besó en ambas mejillas e hizo otro tanto con Darko, que la observaba con ojos enormes. Mientras Juana hablaba con Kovać, las miradas de La Diana y de Matilde se encontraron a través del espacio de la pista. Matilde caminó hacia ella. La Diana hizo otro tanto, y se fundieron en un abrazo metros después.

—Es tal la felicidad que tienes —expresó Matilde— que te brilla la cara. Estás lindísima.

—Soy feliz, Mat. Como nunca lo había sido, ni siquiera antes de la guerra.

Se aproximaron Takumi *sensei* y Laurette, que se echó a llorar cuando La Diana abrazó a su maestro.

—Te quiero, *sensei* —le susurró, y obtuvo como respuesta una palmada en la mejilla, y mientras Kaito sacaba el pañuelo y se lo pasaba por los ojos, Laurette se abalanzó sobre La Diana y la arrebujó contra su generoso seno.

—¡Ya decía yo que no iba a irme de este mundo sin abrazar a mi Diana!
—exclamó entre hipos y sollozos.

—¿Aquellas son las dos jóvenes que vendrán a Ruán? —se interesó Takumi Kaito, y señaló a las muchachas que, durante los saludos familiares, guardaban distancia y miraban con expresiones tristes y sus bolsitos a los pies. La Diana sintió una punzada en el corazón al recordar cuando, en medio de la dicha ajena, había experimentado lo que definía como el síndrome del patito triste. Tenía la impresión de que las jóvenes estaban sufriendo algo similar.

—Son ellas, *sensei*. Vengan, quiero que las conozcan.

Antes de llegar a las muchachas, se detuvo para presentar a Kovać y a Darko al matrimonio Kaito y a Matilde. Kovać estrechó manos, dio besos y después siguió con la mirada a La Diana, que se alejaba con su *sensei* y Laurette en dirección de Shivani y Svetlana. Volvió la vista hacia Matilde, y la encontró mirándolo fijamente con una sonrisa. Era bajita y menuda, aunque bien proporcionada, y poseía uno de los rostros más perfectos que él había visto enmarcado por un cabello larguísimo y muy rubio. Destacaban sus ojos grandes y de una tonalidad gris platinada inusual.

—Lazar, Diana es como una hermana para nosotros, para mí y para Eliah —explicó en francés—. La amamos y la admiramos. No creo que puedas imaginar lo agradecidos que estamos contigo por haberla ayudado a superar la fobia. —Extendió la mano y acunó la mejilla de Darko—. Gracias a ti también, Darko, por hacer tan feliz a nuestra Diana.

Kovać le explicó lo que Matilde acababa de decir, y el niño sonrió.

—Es mi mamá ahora.

—Claro que lo es —afirmó Matilde, luego de que Kovać tradujese—. Lazar, dile que mis tres hijos, Jérôme, Amina y Kolia, tenían otras mamás antes de mí. Las tres viven en el cielo. Ahora yo soy su mamá, como Diana será la de él.

—Empiezo a comprender por qué Diana te quiere tanto. —Se volvió hacia el niño y le tradujo—. Ya ves, cariño, Jérôme también perdió a su primera mamá y ahora Matilde es su mamá.

La expresión de contento, admiración y sorpresa de Darko los hizo reír. Se les unieron Eliah, con Amina en brazos, y Jérôme, que traía a Kolia de la mano. Enseguida, Kovać cubrió los hombros de Darko en un gesto protector.

—Darko, ellos son mis hijos: Jérôme, Amina y Kolia —dijo Matilde.

Nadie tradujo. De igual modo, Darko no habría prestado atención; su mirada se había fijado en el niño de color oscuro y cabello al ras que se hallaba frente a él.

—Creo que Darko hizo este viaje solo para conocer a Jérôme —manifestó Kovać—. Diana le cuenta tus historias, las de Jérôme —se explicó—, y Dare tenía muchas ganas de conocerlo. Quiere ver cómo sube una palmera.

Jérôme rio tímidamente ante el comentario. Matilde le habló en castellano al niño. Acto seguido, Jérôme extendió la mano hacia Darko, que se la sujetó sin dudar. Amina, tras pedirle al padre que la bajase, se puso delante de su hermano e hizo otro tanto. Empezó a hablar en francés tan rápidamente que Kovać entendió poco y nada.

—Ahora que Eliah ha regresado, Amina festejará su cumpleaños el sábado en un local de McDonald's —explicó Matilde—. Quiere que Darko asista.

Kovać se acuclilló junto a Darko y le tradujo lo de la invitación, lo que provocó al niño una mueca de asombro.

—Muchas gracias por tu invitación, Amina. Dare, Diana y yo estaremos felices de asistir a tu cumpleaños.

La niña comenzó a aplaudir y a dar saltitos, y Darko se echó a reír.

* * *

Los planes estaban trazados, por lo que La Diana se dispuso a seguir las instrucciones que Matilde y Leila habían preparado los días anteriores a su llegada. En primer lugar, los llevarían al hotel para que descansasen; luego almorzarían con los Ramsay; y por la noche habría gran cena en lo de Eliah y Matilde. Juana dispuso que al día siguiente irían de compras a las tiendas Lafayette pues, según declaró, Matita no tenía qué ponerse para la inauguración como no fuese el guardapolvo blanco y el estetoscopio. Por su parte, Takumi Kaito y Laurette viajarían a Ruán con las muchachas y estarían de regreso el miércoles para asistir a la apertura de la Clínica de la Medalla Milagrosa.

La Diana y Kovać escoltaron a Svetlana y a Shivani hasta la oficina de Migraciones, donde presentaron la documentación y la autorización del gobierno francés para dar asilo a las víctimas de tráfico sexual, como también los papeles de Darko. Los empleados se mostraron amables y

expeditivos y les sellaron los pasaportes. Acompañaron a las chicas de regreso a la Range Rover del matrimonio Kaito.

—Las dejamos en manos de personas excepcionales —las animó La Diana—. Cuando mis hermanos y yo llegamos a Francia después de la guerra, fueron Takumi y Laurette quienes nos acogieron en su hogar y nos cuidaron. No les habría pedido que las protegiesen si no estuviese segura de ellos. Pero las dos tienen nuestros teléfonos. Y ante cualquier problema, nos llaman, sea la hora que sea. ¿Comprendido?

Las dos asintieron. Kovać las ayudó a ubicarse en el asiento posterior de la camioneta y les indicó que se ajustasen los cinturones. Kaito, que había estado acomodando las pertenencias de las muchachas en la parte posterior, pasó junto a La Diana y se detuvo un momento para decirle:

—Mariyana, creo que ya has descubierto el sentido de tu nombre.

* * *

Los Ramsay los dejaron en la puerta del hotel George V con la promesa de ir a buscarlos alrededor de las doce y media para almorzar. En tanto se adentraban en la magnífica recepción, de una imponencia que habría quitado el aliento a cualquiera, aun a una persona acostumbrada al lujo, La Diana contenía la risa ante las expresiones pasmosas de sus dos amores.

Kovać se volvió hacia ella, y La Diana soltó una carcajada.

—Me hiciste creer que vendríamos a un hotel más... modesto —resolvió.

—Amor mío, ¿acaso no querías un hotel de cinco estrellas? Pues este creo que tiene siete. —Se le colgó del cuello y lo besó en los labios—. Lo mejor y más para los hombres de mi vida.

—¿Aquí vamos a dormir nosotros, mamá?

—Sí, *moje blago*.

—¡Es muy lindo! —se entusiasmó.

—Espera a ver la habitación.

Se registraron, y como la conserje y los botones la saludaban con familiaridad, La Diana explicó que la Mercure tenía sus oficinas en el hotel, en el octavo piso, por lo que conocía a toda la plantilla del George V. Ya dentro del ascensor, Kovać comentó:

—Creo que tu amigo Eliah pondrá algunos reparos al esposo que has elegido. Se estará preguntando cómo un ex sacerdote y simple docente

podrá mantenerte y darte los gustos a los que evidentemente estás acostumbrada.

La Diana entrelazó sus dedos con los de él.

—Lazar, mírame. —Kovać obedeció—. Eliah no pondrá ningún reparo, te lo aseguro. Solo le importa mi felicidad. Pero si los pusiera, nada, y reitero, *nada* que él dijese me haría cambiar de opinión. Nunca he estado tan segura y convencida de algo en mi vida como del esposo estupendo que el destino me ha regalado sin merecerlo. Lazar —dijo tras una pausa en la que se sostuvieron las miradas—, sé lo afortunada que soy por tenerte.

—El afortunado soy yo —susurró él.

La Diana y Kovać rompieron a reír cuando, al entrar en la fastuosa suite, Darko reaccionó de modo desmesurado. Con dos habitaciones, cada una con baño y *jacuzzi*, una sala de grandes dimensiones y una pequeña cocina, era imponente con su decorado en estilo Luis XV y sus balcones con vista al jardín del hotel.

—Creo que Eliah te quiere mucho, amor mío.

—Es muy generoso, sí. Pero olfateo a Matilde detrás de esto. Ven, vamos a recorrerla.

En la habitación principal hallaron una botella fría de Dom Pérignon, una fuente con frutillas cubiertas de chocolate negro y un plato con pequeños sándwiches de miga y *petit fours*. También encontraron una bolsa con golosinas y otra con juguetes, que Darko se llevó a la habitación con las frutillas y la bandeja de masitas, de las que dio cuenta mientras investigaba los regalos.

—¿Contento?

—Feliz —afirmó Kovać.

—¿Te sentiste abrumado en el aeropuerto?

—No —contestó con la seguridad y la serenidad que ella tanto admiraba—. Confirmé lo que sospechaba, que mi Diana es muy amada.

—Pero nadie me ama como tú, ¿verdad?

—Nadie —ratificó, y le encerró la cara para besarla. Al oído, le dijo—: Lo mejor de esta suite es que tenemos una habitación y una cama para nosotros, y debo admitir que el *jacuzzi* me inspiró unas cuantas ideas.

La Diana rio y se abrazó a él. Apoyó la mejilla en su pecho y ahí se quedó, con los ojos cerrados, mientras repasaba las escenas vividas en el aeropuerto. Aún le resultaba inverosímil ser la dueña de tanta dicha, pero sobre todo de tanta normalidad.

—¿Estás muy cansada?

—No, al contrario, estoy llena de energía. Y tú, ¿estás cansado? Anoche nos acostamos tarde y hoy nos levantamos al alba. Después de todo, aún estás convaleciente.

—Pero valió la pena olvidarnos de que estoy convaleciente y acostarnos tarde —afirmó, y le guiñó un ojo—. Además, estoy perfecto. Y me encantaría salir a caminar. Tenemos más de dos horas antes de que Peter venga a buscarnos.

—Me parece estupendo.

En tanto Kovać abrigaba a Darko, La Diana se ocupó de verificar el cargador de la HP 35 de propiedad de Al-Saud, que este le había devuelto apenas pasados los controles de rigor en Le Bourget; e hizo otro tanto con la Beretta. Los *kukris* iban bien calzados en los estuches a su espalda. Darko se distrajo en el baño al descubrir los artículos de tocador de miniatura de Bulgari, y La Diana aprovechó para entregarle la Beretta a Kovać, que se limitó a asentir y a guardarla en el bolsillo del sobretodo azul.

En la mañana fría, un sol tímido se asomaba entre las nubes. Caminaron por la avenida George V hasta alcanzar la de Champs Élysées, la más hermosa del mundo, declaró La Diana, y los ojos de Darko se abrieron grandes. Entraron en el negocio de Hugo Boss, donde La Diana pretendía comprar un sobretodo a Kovać, pese a su resistencia. El azul que llevaba y con el cual había sobrevivido a la persecución de los traficantes había cumplido su ciclo, alegó.

—Por más que lo hice limpiar en la tintorería de Camp Bondsteel —dijo, mientras sacaba abrigos del perchero y se los mostraba—, sigue percutido, sin mencionar que necesitas algo mejor para pasar el invierno.

Kovać la sujetó por los hombros y la obligó a mirarlo a los ojos.

—No quiero que gastes dinero. Ya nos has comprado demasiado. Nos compraste mucha ropa en Camp Bondsteel.

—Nada de esta calidad. Y necesitas estar elegante el miércoles en la inauguración.

—No creo que Matilde repare en mi elegancia, ni que le importe.

—Es cierto —concedió La Diana—. Además eres tan bello y perfecto que aunque fueses envuelto en una sábana te destacarías. —A su pesar, Kovać bajó la vista y rio—. Permíteme darme este gusto, amor, el de mimarte, el de regalarte.

Lo convenció, y no solo le compró un sobretodo que imitaba el pelo de camello y que tenía un gran porcentaje de lana, sino que le regaló una camisa gris perla y un traje negro para la celebración del miércoles. Salieron al frío de la mañana parisina y siguieron su paseo por Les Champs Élysées. Dos cuadras más tarde, llegaron al Arco de Triunfo, donde Kovać le explicó a Darko que lo había mandado construir un famoso emperador francés, Napoleón Bonaparte, para celebrar la victoria de la batalla de Austerlitz, imitando una costumbre de la época del Imperio Romano. El niño quiso saber qué era el Imperio Romano, y de ese modo desandaron el camino hacia la avenida George V, con Darko haciendo preguntas y Kovać respondiéndolas con paciencia. Al llegar al ingreso del negocio de ropa para niños Petit Bateau, La Diana los obligó a entrar para comprarle un conjunto de camisa, pantalón y botitas a Darko.

—El miércoles estarás tan elegante como papá —aseguró mientras le abotonaba la camisa en el probador. El niño la abrazó y le plantó un beso en la mejilla—. ¿Estás contento, *moje blago*? —Darko asintió pegado a su cuello—. ¿Te gusta París? —Volvió a asentir—. Te amo, *moje blago*.

—Y yo a ti, mamá. Un montón, montón.

Lo apretó un poco más, y tal como le había sucedido esa mañana con Daisy, soñó que un día Larysa también se lo diría, que la amaba un montón.

* * *

Los Ramsay vivían en un *petit hotel* del siglo XIX casi al final de la avenida Foch, cerca del lugar preferido de Leila, el Bois de Boulogne. Peter lo había hecho refaccionar por completo, y si bien conservaba los lineamientos típicos de la arquitectura francesa de la época, por dentro encerraba la última tecnología.

La Diana, después de saludar a todos, se escabulló al primer piso, al estudio de su cuñado, y usó la computadora que sabía segura para enviar el mensaje acordado a Nanuk. La costumbre había comenzado el lunes anterior, 1° de enero, y se reiteraba ese día. Sonrió al ver que él ya había cumplido su parte. *Todo normal*, había escrito. *Acercándome a mi objetivo aunque demasiado lentamente*. Tecleó su respuesta: *En París por unos días. Todo bien. Cuídate*.

Se detuvo al pie de la escalera desde donde avistó a su hermano Sándor y a su esposa Yasmín, que habían llegado mientras ella estaba arriba. La

cautivó el modo afable en el que Sanny y Kovać hablaban en serbocroata y reían. Alguien había puesto música, probablemente Peter, pues era un tema de Pink Floyd. De la cocina provenía un aroma exquisito y se oían ruidos de platos y fuentes, y también la voz de Leila que daba órdenes a las dos empleadas. “Solo faltan papá, mamá y los abuelos”, pensó.

Kovać se asomó en el vestíbulo y la buscó con la mirada hasta hallarla en la penumbra.

—Te miraba conversar con mi hermano —se justificó mientras él se aproximaba.

Puso un pie en el primer escalón, le circundó la cadera y la levantó en el aire. Ella le apoyó las manos en los hombros y él echó la cabeza ligeramente hacia atrás. Se contemplaron con fijeza y semblantes serios.

—De pronto empezó a faltarme el aire —expresó Kovać— y me di cuenta de que no estabas.

—Fui arriba a enviar el mensaje de los lunes a Nanuk —explicó.

—Ya, el mensaje a Nanuk.

—¿De qué hablabas con mi hermano?

—De fútbol. Se llevaría bien con los Mesić. Es hinchas del FK Sarajevo.

—¡Papá! ¡Mamá!

Darko entró corriendo y se detuvo al verlos en esa postura inusual. Debió de encontrarla divertida pues sonrió de un modo tan expansivo que los ojos se le convirtieron en dos líneas y expuso la dentadura por completo. La Diana y Kovać carcajearon, mientras este la devolvía al piso.

—¿Qué necesitas, cariño?

—¡Tía Leila me invitó a dormir a su casa esta noche! ¿Puedo quedarme? Daisy tiene una cama que abajo tiene otra cama. No se ve, está escondida, pero tía Leila me la mostró...

—Ya veremos, *moje blago* —lo interrumpió La Diana, y la desilusión en la mirada del niño la golpeó con dureza.

—¿Por qué ya veremos?

—Porque no estoy segura de que sea conveniente. ¿Qué tal si te despiertas en medio de la noche? Nosotros no estaremos para que puedas volver a dormirte tranquilo.

—¡No voy a despertarme, te lo prometo!

Kovać lo alzó y le besó el carrillo.

—Ven, vamos a lavarnos las manos. —Al oído, le susurró—: Yo la convenceré a mamá.

* * *

El almuerzo, una seguidilla de platos típicos de los Balcanes, fue un éxito, y Leila recibió halagos, en especial de Kovać, que le aseguró que ni Viki Mesić, a quien juzgaba la mejor cocinera, los habría preparado tan bien. La Diana comió con gusto después de tantos años de haber perdido el entusiasmo por la comida. La conversación se desarrollaba con la confianza de viejos amigos, como si Kovać hubiese formado parte de la familia desde hacía años. La Diana lo observaba mientras relataba las vicisitudes padecidas durante el escape y mantenía subyugados a sus hermanos y a sus cuñados, y un orgullo que jamás había experimentado por nadie la invadía, la colmaba, la hacía sentir mujer, completa, digna, dichosa.

Daisy comió el último bocado de torta monte, receta famosa de la pastelería serbia, y se quedó dormida en el regazo de su tía Maša. La Diana le estudió las facciones, idénticas a las de la madre, y le limpió con cuidado los restos de torta de la boquita carnosa y bien delineada.

—Vamos a acostarla —propuso Leila, y las dos se levantaron.

La Diana miró a Kovać y le sonrió antes de seguir a su hermana hacia las escaleras. El dormitorio de la niña, al que entraba por primera vez, le resultó encantador y lo estudió mientras Leila abría la cama y luego le quitaba los zapatitos a Daisy. La Diana la depositó sobre la almohada y se sentó en el borde para observarla dormir. Leila se ubicó en la mecedera que había usado para amamantarla.

—¿Por qué no quieres que Dare se quede a dormir?

—Me cuesta separarme de él después de lo que vivimos.

—Entiendo.

—Además, en ocasiones sufre pesadillas muy violentas y se despierta gritando. Es difícil calmarlo.

—¿Por qué sufre pesadillas?

—Fue abusado sexualmente por su padre durante varios meses después de la muerte de la madre. La ONG de Lazar lo rescató.

—Santo cielo —masculló Leila, y se cubrió la frente con una mano temblorosa.

—Lazar dice que, dentro del horror que le tocó vivir, Dare es un niño normal, que con nuestro amor y un hogar estable lograremos borrar las heridas que le haya provocado el padre.

—Lazar debe de ser un excelente psicólogo para haberte sanado a ti.

—Lo es. Es excelente en todo lo que emprende. Sus alumnos del colegio y de la universidad lo veneran.

—*Yo lo venero* —manifestó Leila, y sonrió—. Lo venero por hacerte tan feliz.

—No sabes cuánto.

—No importa si Dare sufre pesadillas —aseguró Leila—. Si ese es el problema, olvídate. Estaré toda la noche atenta a él, como lo estoy desde que Daisy nació.

—Gracias, pero primero lo hablaré con Lazar.

Cayó un silencio entre las hermanas, que La Diana rompió un momento más tarde.

—¿Recuerdas semanas atrás cuando me cantaste por teléfono la *sevdalinka* que nos cantaba mamá? —Leila aseguró acordarse—. ¿Recuerdas que me dijiste que sabías a quién no podía olvidar? —Leila asintió—. ¿A quién te referías? ¿A Kosta?

—No, no me refería a él. Sé que lo piensas, querido Kosta, que en paz descansa, y sé que te agobia la culpa por su muerte, pero no aludía a él, no. De todos modos, no me atrevo a decirte a quién me refería. No me atrevo a pronunciar su nombre delante de ti.

La Diana devolvió la mirada a Daisy y, tras una pausa que empleó para calmar el conato de llanto, susurró en un hilo de voz:

—¿Por qué no te atreves?

—Porque temo herirte.

—No lo harás. Dilo. Por favor —añadió—. Di su nombre. Es importante para mí.

Tras un silencio, Leila pronunció:

—Larysa.

La Diana abandonó la cama para sentarse a los pies de Leila. Apoyó la cabeza en sus rodillas. Enseguida sintió que le tocaba el cabello.

—¿Piensas en ella?

—Cada minuto del día —afirmó La Diana.

Resultó inevitable que la contención se rompiera y se echase a llorar. Lo hacía con angustia, pero sobre todo con desesperación. Hundió la cara entre las piernas de su hermana y se permitió esa muestra de debilidad, de lástima por sí misma, de derrota. Necesitaba que Leila la consolase, que la sabia y bondadosa Leila le asegurase que todo marcharía bien. Su hermana la obligó a levantar la cara y le pidió que abriese los ojos.

—Ya, Maša, ya está. No llores.

—Voy a despertar a Daisy —se lamentó con palabras entrecortadas.

—No es eso lo que me preocupa, sino tú. Llorar está bien pero hay que saber decir basta y buscar la serenidad. —Leila se inclinó y le besó la frente empapada de sudor y lágrimas—. Ya, hermana mía, concédete un poco de paz.

—La abandoné. Ese día, cuando tú estabas en estado de shock por lo de Kosta y por lo que siguió después, la abandoné en el Veljko Vlahović. La dejé sola, a mi hija. Tú no la habrías abandonado. Tú...

—Yo no tuve que pasar por la experiencia traumática de llevar nueve meses en el vientre al hijo de mi violador y torturador, el hijo de un asesino malvado. A mí se me ahorró ese padecimiento.

—Tú la quisiste pese a que fuese la hija de Vuk.

—Porque era tu hija. Era como mía también. Lo que siento por Daisy es igual a lo que sentía por Larysa, a lo que todavía siento por ella porque te aseguro que no hay día desde que volví en mí en que no la piense con inmenso amor.

La Diana se tapó la boca y lloró un poco más. Leila la indujo a descansar sobre sus piernas, y entre caricias y las estrofas de *Vjerna Ljuba*, consiguió serenarla. Permaneció quieta y relajada.

—Le conté a Lazar acerca de Larysa. En realidad, él me ayudó a hablar de ella, y fue liberador, tan liberador. Y ese día, el día en que reconocí que la amaba y que la echo de menos como si me faltase el corazón, ese día comencé a sanar. Apenas lo conocí, Lazar me aseguró que mi fobia no se debía a que me repulsaba el contacto humano sino que se trataba de un castigo que me había impuesto por algo de lo que me culpaba. Después, cuando supo lo de Larysa, me explicó que así como le había negado a mi hija el calor de mis brazos y el alimento de mis pechos, me castigaba imponiéndome no recibir el confort de los demás.

—Amo a tu Lazar, Maša. Es el milagro por el que tanto he pedido.

—¿A quién le has pedido? Nosotros no creemos en nada.

—Se lo he pedido a quien sea que esté dispuesto a escucharme y que sea más poderoso que los humanos poderosos que tanto daño le hacen a la humanidad. No sé a quién se lo pedí, en verdad. Pero evidentemente alguien me oyó.

La Diana rio con un sonido cansado y gangoso.

—Lazar también me ayudó a admitir que quiero buscarla.

—¡Oh! ¿De veras?

La alegría en la voz de Leila la impulsó a incorporarse. Los ojos negros le brillaban como obsidiana al sol.

—Sí —admitió con desánimo—, pero no quiero hacerme ilusiones.

—Entonces, ¿la buscarás?

—Sí.

—¡Qué excelente, excelente noticia!

—Leila, lo más probable es que nunca la encuentre. No te hagas ilusiones.

—¡La encontrarás, Maša!

—¿Y si murió? —se exasperó.

—No murió, está viva, lo sé. Mi corazón me lo habría dicho si mi amada Larysa ya no estuviese entre nosotros.

* * *

Contaban con dos horas para bañarse y cambiarse antes de ir a lo Matilde y Eliah. Sanny y Yasmín los pasarían a buscar a las ocho. Darko pidió que le llenasen la bañera con el *jacuzzi* y lo consintieron. Jugó un rato, divertido con las burbujas y los autitos que le había regalado Leila, hasta que La Diana quitó el tapón y le indicó que se bañara. Le cargó la esponja con jabón líquido y fue indicándole dónde higienizarse.

—Y ahora te lavas las orejas con el dedo pero sin meter jabón ni agua en el conducto.

—¿Qué es el conducto?

—El camino que une el exterior con el interior del oído. —Le tomó el índice y lo guió al pabellón de la oreja—. Ese es el conducto. No debes tocarlo nunca.

—Está bien. Mamá, ¿me dejarás dormir en casa de tía Leila?

—Te cae bien tía Leila, ¿verdad?

—Sí, es muy buena. Y Daisy también. Tiene un montón de juguetes, pero todos de niña —se desanimó.

Lo enjuagó con la ducha de mano y lo envolvió en una toalla. Lo cargó hasta la habitación y lo depositó en la cama. Lo secó con pasadas enérgicas que hicieron reír al niño. La cuestión acabó en un juego, y La Diana y Darko terminaron revolcados y a las carcajadas. Kovać entró secándose la cabeza y con una toalla blanca en torno a las caderas. Sonreía. La Diana se

incorporó y apoyó un codo en el colchón para observarlo. La surcó una corriente de excitación mientras le estudiaba el torso en donde el ejercicio físico de años le había marcado y tonificado los músculos. El tatuaje con el nombre de Izia se adivinaba bajo el vello espeso y negro. Alzó la mirada, y se topó con los ojos de él detenidos en ella. Le manifestaron el deseo abiertamente.

—¡Papá, mamá me hace cosquillas!

—¡Aquí vengo al rescate! —expresó Kovać, y se recostó sobre La Diana y le mordisqueó el cuello. La sujetó por las muñecas y le extendió los brazos sobre la cabeza para seguir con la dulce tortura. La Diana, expuesta y vulnerable, se ahogaba de risa y se contorsionaba.

—¡Sálvame, *moje blago*!

—¡Sí, mamá!

El niño trepó a la espalda de Kovać. A La Diana le dieron risa sus vanos intentos por auxiliarla, y recordó la vez en que se había reído con Leila hasta orinarse encima. Era tan feliz como en aquella oportunidad. “No, más feliz”, decidió.

—¡Me has vencido! —admitió Kovać, y cayó rendido junto a La Diana.

Extendió el brazo y los cobijó sobre su pecho. Los tres respiraban con inspiraciones agitadas y exhalaban las últimas risas. Kovać volvió la cara hacia ella y, cuando sus miradas se encontraron, quedaron suspendidos en el tiempo. Era tanto lo que comunicaban en silencio como cuando hablaban.

—Papá, ¿podré dormir en la casa de tía Leila? —insistió Darko—. Mamá no quiere.

—Ve a bañarte —indicó Kovać a La Diana—. Yo me ocupo de vestirlo.

—Gracias. Dejé su ropa en la silla.

La Diana besó en la nariz a Darko y abandonó la cama. Se quedó tras la puerta para espiarlos. Amaba verlos interactuar y conversar. Aprendía de Kovać, de su talento para adaptarse a cualquier persona, fuese de la edad o de la condición social que fuera.

—Tienes muchos deseos de dormir en casa de tía Leila, ¿eh, cariño? —comentó Kovać mientras le entregaba el calzoncillo.

—Sí. Pero mamá no quiere —repitió, serio.

—Porque teme que nos echés de menos si te despiertas en medio de la noche.

—No me despertaré.

—No lo sabes.

—Sí lo sé —se empecinó, y amorró la cabeza mientras se abotonaba mal la camisa.

Kovać le explicó cómo hacerlo y luego lo ayudó con los pantalones. Lo sentó en el borde de la cama y le calzó las botitas nuevas tras haberle puesto las medias. Lo obligó a bajar para enseñarle a atarse los cordones. A La Diana le resultó una imagen enternecedora la del padre y el hijo acucillados uno junto al otro mientras intentaban hacer los lazos y los nudos. La paciencia con que le mostraba una y otra vez cómo ajustarse los zapatos le hablaba de su capacidad pedagógica innata. La ternura y la admiración se desvanecieron cuando a Kovać se le deslizó la toalla y le reveló una porción del costado del muslo, la parte blanca donde nacía el glúteo. Y el deseo la dominó una vez más. Dio media vuelta y se dirigió al baño.

Veinte minutos más tarde emergió envuelta en una nube de perfume, vapor y la bata blanca del hotel. Kovać se había vestido y guardaba la ropa sucia en el bolso. La Diana le rodeó la cintura por detrás, y él se volvió para abrazarla. La ansiedad por el cuerpo del otro se había convertido en una presencia real que los sometía. Kovać le deslizó las manos por la espalda, se las cerró en el trasero y la pegó a su erección.

—Creo que lo mejor será apartarnos ahora —propuso, y La Diana asintió con la boca entreabierta y los ojos ofuscados clavados en los de él.

La vio alejarse hacia la ropa que había preparado sobre la cama. Lo hacía sentir vivo lo que esa mujer le provocaba solo por compartir la habitación con él, y se dijo que ella nunca lograría comprender la conquista que había significado que le hubiese devuelto la hombría; para él mismo era una sorpresa pues, hasta la llegada de Diana, se había convencido de que podía vivir con esa parte de sí mismo muerta. Sabía que sentía celos de Izia y que le dolía ver el infinito tatuado en su pecho, y pensó en qué vanos eran esos celos.

La observó mientras se quitaba la bata y quedaba desnuda, y también cuando se ajustó el corpiño de espaldas y se inclinó para ponerse la bombacha. Se fijó en detalles como la manera en que flexionaba las rodillas, cómo se le remarcaban los músculos de las piernas, cómo hacía equilibrio con los pies y qué perfecto era su trasero blanquísimo. Poseía el cuerpo de la diosa guerrera que encarnaba, delgado, atlético y firme; no obstante había mucho de Afrodita en ella, como la estrecha cintura, las curvas contundentes de sus caderas y, sobre todo, los senos que le

desbordaban el talle; los apreciaba en ese momento en que ella levantaba los brazos para atarse un rodete; veía el perfil redondo y turgente que asomaba por fuera del torso. Tenía la boca llena de saliva. Tragó. El miembro le presionaba bajo el cierre del pantalón. Se preguntó cómo habría sido su figura antes de que la sometiese a los rigores del entrenamiento de L'Agence, cómo habría sido la joven que había vuelto loco a Dragoslav.

—Sería bueno para Dare ir a lo de Leila.

—¿Sí? —La Diana se dio vuelta mientras se abrochaba los botones de la camisa.

—Es bueno que haga cosas normales, cosas que cualquier chico de su edad haría, como ir a dormir a la casa de su tía.

—Tengo miedo de sus pesadillas. Se despertará llorando en un sitio extraño, con personas que apenas conoce. Me angustia pensar en el pánico que sentirá sin nosotros a su lado.

—Leila lo calmará tan bien como tú. ¿Le hablaste de las pesadillas de Dare?

—Sí. Y, por supuesto, siguió insistiendo en que durmiese en su casa.

—Entonces, ¿lo autorizas a ir? —Asintió, no muy convencida—. Iré a darle la noticia.

—Lazar —lo detuvo, y él se giró—. Me atrevo a dejarlo ir a dormir a casa de Leila porque a ella le confiaría cualquier cosa. Pero por más que deseemos que él haga una vida normal, no creas que le daré permiso siempre. En Sarajevo, a lo sumo podrá ir a lo de Goga, a lo de Viki y Brano y... Nada más —resolvió—. No quiero que vaya a la casa de sus compañeros de escuela, por ejemplo. No sabremos quiénes...

Kovać la sorprendió caminando hacia ella a paso veloz y con un gesto determinado. La sujetó por la mandíbula para devorarle los labios; literalmente su boca acabó dentro de la de él; la succionó y la mordisqueó hasta que la penetró con una lengua agresiva.

—Estoy muy caliente —confesó él.

La apretó contra su carne entumecida y se la refregó en el monte de Venus. La Diana, con las manos ajustadas en la cabeza de Kovać, vibraba con cada tirón en el clítoris causado por las pasadas lentas de su erección. Mantenía los ojos cerrados y la boca abierta apoyada en el mentón de él, por donde se le escapaban cortos jadeos.

—Uno rápido, amor. Por favor —imploró Kovać.

—¿Y Dare?

—Está hipnotizado con unos dibujos animados.

La Diana, que aún no se había puesto la falda ni las medias, se quitó de prisa la bombacha en tanto Kovać se abría el pantalón y se sentaba en el borde de la cama. Impaciente, la atrajo hacia él sujetándola por el trasero. La Diana se quedó de pie entre sus rodillas, las manos apoyadas en sus hombros.

—Ábrete la camisa, amor —ordenó en voz baja y rasposa, y La Diana lo complació; fue desabotonándosela con la mirada siempre inamovible en la de él.

Cuando la tuvo abierta por completo, Kovać le deslizó las manos por la espalda, le desabrochó el corpiño y le liberó los senos. Después de arrastrarle los pulgares por los pezones, le envolvió uno con pasadas exigentes de su lengua antes de engullirlo y succionar. La Diana echó la cabeza hacia atrás y se mordió el labio para reprimir el gemido. Sentía la humedad y el calor que le brotaban entre las piernas y la debilidad que la acometía. Kovać chupaba, incansable, primero un pezón, luego otro, y La Diana observaba con deleite sus labios gruesos y carnosos prendidos a sus senos. Nada la excitaba como esa imagen.

Percibió que los dedos de Kovać, abiertos en su espalda un momento atrás, descendían y se perdían en la hendidura entre sus glúteos. Sufrió una especie de convulsión, un temblor fuerte, cuando le acarició el ano, y lo hacía con tal maestría, como si conociese botones secretos que lo conectaban con el clítoris. No tuvo tiempo para escandalizarse; el placer la ahogaba y solo le permitía concentrarse en las sensaciones portentosas que la embriagaban.

—¿Te gusta? —quiso saber él, y su voz grave, tan grave que parecía oscura, la recorrió como una vibración que acabó por alojarse en el sitio donde sus dedos le estaban haciendo descubrir una nueva sexualidad, más escandalosa, antinatural tal vez, pero tan intensa como el efecto de una droga.

—Sí, me fascina —susurró, corta de aliento—. No te detengas.

Kovać aceleró las caricias, y La Diana se tensó en un orgasmo cuyos gritos reprimió aplastando la boca en la frente de él. Sin perder tiempo, con ella aún agitada y temblando, la guió sobre sus piernas y se introdujo en su interior. La Diana gimió quedamente, laxa sobre su pecho, y meneó la pelvis para acomodarlo mejor. Kovać le hundía los dedos en las caderas para subirla y bajarla. El juego duró poco y explotó dentro de ella. La

sensación fue de una intensidad inesperada y no se dio cuenta de la violencia que ejercía con los dedos en la carne de La Diana y con los dientes clavados en su trapecio. Ella le acunaba la cabeza y lo pegaba a su cuerpo mientras él se sacudía con las últimas expulsiones de semen.

—Gracias, amor mío —murmuró, agitado, y La Diana, riendo, lo sujetó por las mejillas y fue plantándole un reguero de besos—. Estaba muy caliente —se justificó—. Te miraba mientras te vestías y conseguí aguantarme porque ya es tarde, pero después, cuando te pusiste protectora con Dare y me miraste con esa carita medio enojada... No sé, algo se descontroló en mí.

—Me alegro de que algo se descontrolara en ti. Eso que me hiciste me causó un placer difícil de describir. —Cerró los ojos y se mordió el labio en una mueca beatífica—. Todavía lo siento entre las piernas. —Alzó los párpados y lo descubrió observándola con una devoción que lograba dejarla sin palabras, sin aliento, la mente solo llena de él—. Te amo tanto, Lazar.

—¿Te gusta esta intimidad que compartimos? —preguntó con ansiedad—. Porque para mí es importante. Pero no quiero que te sientas presionada o abrumada. Sé cuánto te costó superar la última barrera de la afenfosfobia. Pero recién no pude contenerme y...

La Diana le apoyó la mano sobre la boca y él calló enseguida. Se contemplaron en silencio.

—Amor, tenerte dentro de mí es un sueño, un sueño que jamás pensé que se volvería realidad. No me abrumas, Lazar. Tú *nunca* me abrumas. Eres mi paz, mi remanso, mi roca. Y mi fuente de placer infinito. Y me gustaría que repitieses eso que me hiciste recién.

—¿Esta noche? —propuso él, y alzó una ceja en una mueca cómplice.

—¿Te sostendrás en pie? Hoy nos levantamos a las cinco y no paramos un minuto.

—No sabes con quién te has metido. La pregunta es: ¿te sostendrás *tú* en pie después de que acabe contigo?

La Diana rio, y su risa contagió a Kovać. Terminaron abrazados y riendo de su propia felicidad. Les costó separarse y organizarse de nuevo. Sanny llegaría en cinco minutos. En tanto La Diana se vestía a las apuradas, le iba indicando a Kovać qué ropa de Darko debía meter en la mochila. El niño corría detrás de él y le preguntaba si podía llevar las “botellitas”, como llamaba a los artículos de tocador de Bulgari; quería regalárselas a Daisy. La Diana, que sentada en el borde de la cama se ponía los zapatos, se

detuvo un momento para contemplar a Kovać y a Darko; el niño intentaba convencer al padre de meter las famosas botellitas en la mochila. No le costó ver a la Larysa de su imaginación formando parte de la escena en la que se habría aliado con su hermano.

* * *

De camino a lo de Eliah y Matilde, Sanny conducía y hablaba en serbocroata con Darko, que le contaba que iría a dormir a casa de tía Leila. La Diana, tomada de la mano de Kovać, lo observaba contemplar la noche parisina. Había un rasgo melancólico en su rostro. Estrenaba el sobretodo Hugo Boss, y en verdad le quedaba magnífico. Había advertido la mueca admirativa en su cuñada Yasmín cuando lo vio aparecer en el *lobby* del George V, y no solo de ella sino de las empleadas del hotel y de dos clientas que se registraban. Él, sin embargo, avanzaba por la recepción ajeno a las miradas que lo seguían.

—Esa es la Ópera de París —le informó cuando bordearon el edificio—. Lo llaman Palais Garnier.

—Lo conozco bien.

—¿De veras? —se sorprendió La Diana—. Creí que no conocías París.

—Ilic nos trajo varias veces, a Izia y a mí —lo escuchó decir, el rostro vuelto y la vista en el exterior—. Nos subía a su jet, asistíamos a alguna función, luego cenábamos en La Tour d'Argent y volvíamos a la mansión de Smederevo casi al amanecer. No conozco mucho más que eso.

La Diana se quedó mirándole el perfil, muda de asombro. Ahora comprendía por qué el Gulfstream V no le había suscitado impresión alguna ni tampoco el lujo del George V, salvo el desconcierto inicial cuando creyó que se alojarían en un hotel modesto.

—¿Te gustaba venir?

—No. Después teníamos que demostrarle nuestro agradecimiento.

La Diana le besó la mano, y Kovać se volvió para sonreírle con tristeza. Llegaron poco después a la casa de Matilde y Eliah, en la avenida Elisée Reclus. Los recibió un gentío, música, risas y conversaciones. Verabey, apostada en la entrada, los saludó y los desembarazó de los abrigos. Les salió al encuentro Alamán, el segundo de los hermanos Al-Saud, tan simpático, abierto y espontáneo como parcos y reservados eran el primero, Shariar, y el tercero, Eliah.

—¡Diana! —la llamó y extendió las manos hacia delante—. Me aseguran que puedo darte un abrazo. —La Diana asintió, y abrazó por primera vez a su querido amigo—. ¡Qué famosa te has vuelto! —dijo a continuación—. Y tú debes de ser el héroe de los Balcanes, Lazar Kovać.

La Diana los presentó, y enseguida los dos se pusieron a conversar acerca de la entrevista que habían dado para la BBC. Se acercó Joséphine Boel, la esposa de Alamán, que cargaba a su hijo, el pequeño Kamal, de poco más de un año. Había visto al niño en contadas ocasiones, y siempre la fascinaba su belleza exótica en el cual se conjugaban de un modo exquisito los rasgos africanos y belgas de la madre y los árabes e italianos del padre. Joséphine, tan simpática y bondadosa como su esposo, la saludó con afecto, y besó a Darko, que se mantenía pegado a la pierna de Kovać, intimidado por los desconocidos.

Matilde apareció con sus hijos a la zaga y de inmediato Darko se puso en alerta al descubrir a Jérôme, que lo saludó con una agitación de mano.

—¿Quieres ir a jugar con ellos? —preguntó La Diana, y el pequeño susurró que sí.

Soltó la mano del padre y se alejó con los niños.

—¿Cómo harán para entenderse? —se cuestionó.

—Se comprenderán —la alentó Matilde—. Son inteligentes.

Apareció Juana, exuberante y extrovertida, y los saludó colmándolos de halagos y muestras de afecto. Se tomó del brazo de Kovać y lo condujo al interior de la sala para presentarle a los demás invitados.

—Todos están que mueren por conocer al héroe del momento —aseguró—. Antes de que me olvide, Lazar: mi esposo, que es dueño de los dos periódicos más importantes de Israel, quiere entrevistarte.

La Diana sonrió al ver que Juana presentaba a su soberbio futuro esposo a los padres de Eliah, la señora Francesca y el príncipe Kamal.

—Es magnífico tu Lazar, amiga —la escuchó comentar a Matilde—. No seré tan vulgar como Juana pero debo admitir que es muy buen mozo.

—Me recuerda a ti en su personalidad, en su dulzura y paciencia —se explicó—. Como te dije tiempo atrás, él también quiere salvar al mundo.

—Por el momento, solo pretendo salvar la comida y que la cena sea un éxito. Acompáñame. Tengo que controlar que todo marche bien entre bastidores.

En la cocina, saludó a las cuatro empleadas: N'Yanda, de nuevo a su hija Verabey, a Marie y a Agneska, las cuales, salvo N'Yanda, la recibieron con

cariño y le dijeron que la habían visto en la entrevista de la BBC. Las más jóvenes abandonaron el recinto con vajilla, manteles y botellas. Quedaron solas con N'Yanda, que controlaba el asado en el horno. La mujer se giró con el tenedor en la mano y le clavó la mirada de ojos verdes y penetrantes. La hipnotizaron. Se quedó quieta mientras la congoleña se aproximaba.

—¿Voy a encontrar lo que estoy buscando? —preguntó en un soplido agonizante, consciente de que no razonaba; más bien se trataba de una reacción maquinal a la presencia poderosa de la vidente. Registraba con vaguedad a Matilde, sorprendida y expectante.

N'Yanda encerró en un puño el pendiente de Swarovski que Sergei Markov le había regalado tiempo atrás y que ella rara vez se quitaba. Lo soltó para cubrirle la mejilla. La Diana sintió una cosquilla extraña, como una onda que la recorrió por completo y que le erizó hasta el cuero cabelludo. La mano descendió por el cuello, le tocó los senos, primero el izquierdo, luego el derecho, y se quedó abierta sobre su vientre.

—Lo que busca —habló la mujer— una vez latió aquí dentro.

La Diana se mordió el labio y asintió. Las facciones oscuras de la mujer se nublaron frente a ella.

—¿Está viva? —indagó con acento forzado.

N'Yanda dejó caer los párpados lentamente y apretó un poco más la mano sobre el vientre de La Diana, que cesó de respirar en tanto aguardaba el veredicto.

—Sí —respondió al cabo—. Su corazón, el de ella que es también el suyo, late en la tierra del dragón —añadió, y abrió los ojos.

La Diana se cubrió la boca con ambas manos para atajar el alarido de dolor y alegría, de alivio y culpa; la mezcla de sentimientos la lanzaba a las fauces de una tormenta de descontrol intolerable. Se dejó envolver por los brazos que, sabía, eran los de Matilde. La abrazó a su vez y lloró ocultando el rostro en su hombro.

—Te mentí, Mat. Leila y yo no caímos prisioneras de los serbios a fines del 94 sino a principios de la guerra, en el verano del 92. Me avergonzaba admitir que había estado tres años en manos de esas bestias. —Acercó aún más la boca al oído de Matilde para confesarle—: En febrero del 95 tuve una hija —y no supo cuánto comprendió su amiga pues el llanto la ahogaba—. La noche terrible en que Elish fue a rescatarnos al campo de concentración, me fui y la dejé atrás. ¡La abandoné!

Matilde le sujetó el rostro. La contemplaba con tanto amor y comprensión que La Diana experimentó una repentina calma.

—¿Cómo se llama?

—Larysa.

—Qué hermoso nombre. Larysa.

—Me impuse odiarla por ser la hija de mi violador sin darme cuenta de que estaba arrancándome el corazón al abandonarla.

—Debes perdonarte. Lo que hiciste fue la reacción natural por la violencia sufrida.

—No es fácil.

—Lo sé. La culpa... Qué sentimiento destructivo.

—Quiero encontrarla. Lazar y yo queremos encontrarla.

—¿A qué se refiere N'Yanda cuando habla de la tierra del dragón?

—A Bosnia.

—¿Crees que esté en Bosnia?

La Diana se pasó las manos por los ojos mojados y se encogió de hombros.

—Si N'Yanda lo afirma, le creo —dijo, y sonrió con labios resecaos en dirección a la mujer, que se limitaba a contemplarla con la parquedad habitual—. *Quiero* creerle. Quiero creer que mi hija está viva.

Matilde la abrazó de nuevo y la besó en la mejilla.

—Elijah y yo te ayudaremos a buscarla. Haremos lo que sea necesario.

—Tal vez puedas aprovechar tus contactos en Manos Que Curan. Eran ellos y los de la Cruz Roja, pero sobre todo los de MQC, los que se ocupaban de los niños de los campos de concentración. Había una enfermera de MQC que nos conocía, a Leila y a mí. Coralie Picard se llamaba. ¿Crees que podrías conseguir su teléfono? Me gustaría hablar con ella.

—Coralie Picard —repitió Matilde—. Mañana a primera hora llamaré a mi antiguo jefe y le preguntaré. ¿Sabes? Hemos estado en contacto en las últimas semanas ajustando un acuerdo que me hace muy feliz. Si MQC juzga necesario trasladar a algún niño para realizarle estudios de alta complejidad o para un tratamiento con quimioterapia, mi clínica lo recibirá.

—Creo que llegarás a cambiar el mundo, querida Mat.

—Solo con ayudarte a que vuelvas a reunirse con Larysa me sentiré más que satisfecha.

—Gracias —dijo en un susurro ahogado.

* * *

Aunque se enjuagó la cara y tomó un vaso de agua, apenas la vio, Kovać supo que algo le sucedía. La interrogó con la mirada, y ella le sonrió y agitó la cabeza para desestimar la cuestión. Aprovechó para llevar a Darko al baño y lavarle las manos. Kovać los siguió con el entrecejo fruncido. La alegría y el entusiasmo del niño, que les contaba acerca de los juguetes de Jérôme y de un cine en miniatura en la segunda planta donde habían empezado a ver la película *Dinosaurio* de Disney, la ayudó a calmarse después de las revelaciones de N'Yanda.

—¡Subimos por ascensor, mamá! —continuó, extasiado, y La Diana lanzaba exclamaciones y lo besaba mientras le secaba las manos.

Se distrajo también en tanto ocupaban los lugares en la mesa y Amina hacía un escándalo porque Kolia pretendía ocupar el sitio entre la sillita alta de su primo Kamal y la destinada para Darko, cuando era de ella. Intervino Eliah, que, como siempre, le dio el gusto a la niña y se llevó a Kolia para sentarlo junto a él. A La Diana le resultaba imposible apartar la mirada del que ya consideraba su hijo aunque ningún juez de Bosnia lo hubiese establecido. Su sonrisa, su energía vibrante y su alegría la alcanzaban a través de la mesa y la serenaban. Darko era terapéutico.

Kovać le buscó la mano bajo la mesa, y La Diana se volvió hacia él para hallarlo serio, atento a su estado de ánimo.

—¿Qué sucedió cuando fuiste a la cocina? —la interrogó.

—Le conté a Matilde acerca de Larysa. Y prometió ayudarnos. Llamará mañana a MQC. Me interesa conseguir el teléfono de una enfermera que trabajaba en el valle del Drina durante la guerra y nos conocía a Leila y a mí. Tal vez sepa algo.

—¿Coralie Picard? —La Diana alzó las cejas en franco asombro—. Estuve leyendo tus memorias en el hospital.

—Oh —atinó a murmurar, perpleja, pues creía que él no había tocado el cuaderno desde que se lo había regalado el 1° de enero.

Kovać le acarició el pómulo con el pulgar.

—¿Lloraste? —quiso saber.

—Sí.

Se inclinó y la besó en los labios.

—La encontraremos, amor mío. Lo siento aquí —dijo, y se tocó el lado izquierdo del pecho.

—Lazar, tú siempre me has dicho la verdad. Ni una vez me has prometido algo que no se haya cumplido. Por esa razón, me aferro a lo que dices y tengo fe en que la encontraremos.

El príncipe Kamal, sentado a la cabecera, requirió la atención de Kovać para preguntarle acerca de la huida que habían protagonizado a través de los Balcanes, y la conversación versó sobre el tema a lo largo de la comida. La Diana, que guardaba silencio y se limitaba a responder las esporádicas preguntas, se mantenía atenta a Darko, a que comiese, a si estaba cómodo, si le gustaba lo que le servían, e intentaba ponerse en su lugar e imaginar qué estaría pensando. Se ocupó de cortarle la carne asada y de picarle las papas al horno, que estaban muy calientes.

Alzó la vista y se topó con la mirada benévola y la media sonrisa de su hermana, ubicada enfrente, unos asientos más allá. Le sonrió. Recordaba lo que Leila le había asegurado ese mediodía, que Larysa no había muerto, que estaba viva. “Mi corazón me lo habría dicho si mi amada Larysa ya no estuviese entre nosotros”, había añadido. Deseó contarle lo que aseguraba N’Yanda. La mujer había confirmado su palpito, que la niña vivía.

* * *

Juana Folicuré expresó que deseaba tomar el café en la sala de música, por lo que las mujeres marcharon a la segunda planta.

—Ve —la instó Kovać—, yo me quedo con Dare.

—No lo dejes solo. Acabo de acordarme de que hay una piscina en el último piso y no sabemos si sabe nadar.

—No sabe —confirmó Kovać—. No me apartaré de él. Quédate tranquila.

La Diana lo besó en los labios. Se miraron.

—¿Estás pasándolo bien? —se preocupó.

—Más que bien —le contestó él, y se inclinó en su oído para agregar—: Pero te confieso que deseo volver al hotel para repetir lo de hace un rato.

La Diana cerró los ojos, acometida por una repentina oleada de placer. A ciegas, lo sujetó por las mandíbulas y le buscó los labios. El beso fue rápido, furtivo, pero tan intenso que los dejó afectados. Se apartaron, y La Diana, que sentía en sus partes íntimas la consecuencia del apasionado momento, observó a Kovać y se dio cuenta de que el rastro en él era más visible y que quedaba apenas camuflado gracias al color azul oscuro del

pantalón. Él se encogió de hombros e hizo una mueca resignada que le dio risa. Lo besó de nuevo antes de subir a la sala de música.

Yasmín y Joséphine conversaban sentadas en los sillones Wassily. La señora Francesca, ubicada en un sillón Barcelona con el pequeño Kamal dormido en los brazos, lo observaba con ternura, aire nostálgico y una media sonrisa. Leila y Matilde se entretenían buscando un CD de música. Amina, que se había puesto el vestido de Blancanieves sobre la ropa, correteaba con Daisy por detrás y cada tanto se detenía y depositaba un beso en la frente de su primo Kamal, lo cual Daisy imitaba; el niño se rebullía en los brazos de la abuela y seguía durmiendo. Juana, sentada como los indios sobre la alfombra con motivos psicodélicos y frente a la mesa de centro, mezclaba el mazo de cartas del tarot de Marsella. La Diana la imitó y se acomodó sobre la alfombra, frente a ella.

—¡Dianita!

—Quiero decirte algo.

—Dime.

—En parte, la felicidad que estoy viviendo junto a Lazar te la debo a ti y a la tirada de cartas que me hiciste antes de viajar a Bosnia.

—¿De veras? —se emocionó la pediatra argentina, y por primera vez La Diana la vio desconcertada.

—Sí, de veras. ¿Sabes? Todo fue rápido con él. Nos vimos y nos enamoramos. Pero si tú no me hubieses hablado del Loco y de la Torre que se caía a pedazos, yo no habría comprendido lo que estaba sucediéndome. Me habría asustado y habría rechazado a Lazar.

—¡Rechazar al potranco! —se espantó Juana—. ¿Es legal? Me parece contranatural, una aberración —dijo, con una mueca de horror, y La Diana se echó a reír—. Más allá de que es más lindo que ir de compras a las Galerías Lafayette con crédito ilimitado, me parece un tipo estupendo, con unos huevos así de grandes por lo que hizo allá, en los Balcanes. Aceptó que Shiloah lo entrevistase. Mi gordo llega el miércoles para la inauguración de la clínica y arreglarán lo de la entrevista ese día.

—Gracias, Juana. Es importante que el tema siga candente en la prensa para que la cosa no quede en la nada.

—Entonces, le pediré a Shiloah que avise a sus colegas franceses que el héroe del momento está en París para que lo entrevisten también. ¿Qué opinas?

—Siempre y cuando acepten no mencionar que estamos en París, podemos arreglarlo. Es por su seguridad. Los hombres que nos perseguían todavía son una amenaza.

—Entiendo —dijo Juana con una sobriedad rara en ella—. Se lo comentaré a Shiloah, no te preocupes. Él es un profesional y sabrá cómo manejar la cuestión. Y ahora, me gustaría tirarte las cartas de nuevo.

La Diana dudó. Sabía exactamente lo que quería preguntar, pero le temía al oráculo de las cartas.

—Está bien —acordó.

—¡Perfecto! —Juana mezcló un poco más las cartas y depositó el mazo en la mesa—. Ya sabes, corta y haz una pregunta.

Hizo como se le indicaba, cortó el mazo con la derecha e inquirió:

—¿Encontraré lo que estoy buscando?

Juana, de pronto seria y solemne, extrajo tres cartas.

—Recuerda que la primera nos indica cómo te encuentras tú en este momento; la segunda describe la energía del ambiente que te rodea; y la última es la respuesta a tu pregunta. A ver, revelemos la primera carta. —La dio vuelta y la colocó delante de ella—. La Templanza —anunció con la sacralidad en la que parecía caer cuando leía el tarot.

—¿Qué significa?

—Recordemos que estamos en la primera posición, la carta que habla de ti. La Templanza se asocia con la confianza. ¿Ves el ser alado? —dijo, y señaló la ilustración—. Nos habla de la presencia de un ángel protector, alguien que une el mundo espiritual con el material y que al ego le enseña una cosa: ya no podrás controlar todo pues la inmensidad que te rodea es demasiado grande para ti.

La Diana asentía en un mutismo en el que intentaba disfrazar la emoción que las palabras le causaban. Juana no podía saber hasta qué punto la afectaba su discurso. “Sergei”, repetía en su mente.

—La Templanza te pide que confíes en el fluir de la vida y que atemperes tus deseos en la seguridad de que lo que vendrá será lo mejor para ti. Su energía te protegerá y te guiará. Esta carta, que implica que estás en un momento de crecimiento espiritual, te invita a animarte a fluir con las corrientes más oscuras que te habitan sin sentir la necesidad de controlarlas; solo te pide que te animes a profundizarlas y que dejes la protección en manos del ángel de la guarda o, si prefieres, de la energía cósmica que te

envuelve y te protege. ¿Ves la figura? ¿Ves que el ángel mezcla agua de dos jarrones distintos? Esto indica que lo que está separado volverá a unirse.

La Diana apretó las manos bajo la mesa y sumió los labios entre los dientes. ¿Volverían a unirse el ser que había crecido y se había nutrido en sus entrañas con la que la había parido para luego rechazarla? “No intentes controlar todo”, se recordó. “Deja que la energía fluya.”

Juana dio vuelta la carta que ocupaba la segunda posición, la que representaba al ambiente circundante.

—¡Ja! —exclamó—. ¡El Emperador! Es lógico; el Emperador es tu Lazar, querida Diana. Esta carta se relaciona con la fuerza que pone orden en nuestra vida, que le da forma a lo que antes se desbordaba. Debo decir que, entre la Templanza y ahora el Emperador, eres una persona muy protegida, amada y sostenida. El Emperador no solo viene a poner orden sino que nos brinda un ambiente estable y seguro. Esta carta habla de compromiso y estabilidad. ¿Ya te propuso matrimonio? —La Diana asintió con una sonrisa emocionada—. Bien —expresó Juana—, es el momento ideal para eso. Y no te preocupes por los recursos económicos ni por las cuestiones materiales. El Emperador proveerá, igual que lo haría la Divina Providencia. Desvelemos la última carta —propuso—. La respuesta a tu pregunta, ¿encontraré lo que estoy buscando? —recordó Juana, y La Diana contuvo el aliento mientras la pediatra se demoraba en darla vuelta—. ¡La Papisa! —exclamó—. ¡La madre!

—¿La madre? —repitió, incrédula.

—La madre, el útero, lo que nutre, la energía de nuestro origen. Cuando aparece esta carta en la tirada es porque el cosmos te propone conectar con tu capacidad para ser madre, para nutrir, proteger y cuidar.

Juana, concentrada en la carta, no se percataba de que La Diana había bajado el rostro y apretaba los párpados por donde igualmente brotaban las lágrimas.

—¿Lo que estás buscando es quedar embarazada? Porque si es así... ¡Ey! —exclamó Juana al darse cuenta de que lloraba—. Dianita, ¿qué pasa? ¿Dije algo que te ofendió?

La Diana sacudió la mano para desestimar el comentario. Leila y Matilde estuvieron junto a ella apenas escucharon la exclamación de Juana. Yasmín y Joséphine se habían ubicado de pie, del otro lado de la mesa, y la señora Francesca apartó la vista del pequeño Kamal para ver qué ocurría. Amina y Daisy se colocaron una a cada lado de La Diana y se inclinaban con

cándido descaro para estudiarle el rostro húmedo. Encontraban asombroso que un adulto llorase.

—Perdóname, Juana. Es que estoy sensible. Por favor, continúa.

—Mami —dijo Amina—, Diana está llorando.

La Diana rio entre lágrimas cuando Daisy, de cuclillas a su lado, le recogió una lágrima con el índice regordete. La abrazó y la besó, y la niña respondió de igual manera.

—¿Qué sucede? —quiso saber Matilde.

—Desvelé la tercera carta —explicó Juana, aún confundida—, la que da respuesta a su pregunta, y se emocionó.

—¿Qué preguntaste? —quiso saber Leila.

—Si encontraré lo que estoy buscando —replicó, con los ojos cerrados y la frente en el carrillo de su sobrina.

—¿Y? ¿Qué salió? —se interesó Yasmín.

—La Papisa. La madre —aclaró Juana.

CAPÍTULO VII

A las pocas semanas de que el conflicto [en Bosnia] estallase en 1992, miles de refugiados fueron arreados en un nuevo gulag de campos de concentración localizados en el corazón de Europa, donde sufrieron atrocidades y privaciones a manos de los serbobosnios... Sin embargo, incluso hoy, algunos cuestionan la existencia de estos campos e ignoran la montaña de evidencia mientras giran en torno a teorías conspirativas malévolas.

David Blair, periodista inglés
(1973)

El beso se desató apenas se cerraron las puertas del ascensor en la recepción del George V, se interrumpió en tanto avanzaban casi corriendo por el pasillo y continuó mientras Kovać hurgaba en el bolsillo del sobretodo nuevo para hacerse con la tarjeta que les franquearía el acceso a la habitación. Abrió a ciegas. Cerró con el pie; las manos las tenía ocupadas en deshacerse de la campera de su mujer. El deseo lo aturdió, y pese a saber que esa noche había sido intensa para Diana y que tenía los sentimientos a flor de piel y que quizá lo más juicioso fuese que se sentasen a hablar, no conseguía dominar lo que se había desatado y que avanzaba sin consideración a nada. Él, que a lo largo de su vida sacerdotal había hecho una regla del control y la templanza, vivía ese desenfreno sin experimentar un instante de remordimiento, ni siquiera por el abuso que podía significar al estado de ánimo de la mujer a la que amaba.

—No puedo detenerme —se justificó mientras le abría la camisa y le besaba el cuello, que ella le exponía con sensual abandono.

—No te detengas. Lo deseo tanto como tú.

Sonó el celular de La Diana, y aunque Kovać la instó a no responder, ella se empecinó.

—Puede ser Dare —adujo.

Era Leila. Kovać se marchó al baño con la intención de llenar el *jacuzzi*.

—Llamaba para avisarte que Dare ya está en su cama, durmiendo. Daisy y él se quedaron dormidos en el auto mientras regresábamos de lo de Matilde. Cuando íbamos a bajarlos para llevarlos hasta la habitación de Daisy, Peter se dio cuenta de que se habían dormido con las manitas agarradas.

—¿De veras?

—Sí. Daisy sacaba de su sillita la izquierda y Dare se la tomaba con la derecha. Pocas veces he visto una escena de tanta ternura. Peter buscó la cámara y les sacó una fotografía. Ni siquiera se despertaron con el flash.

—Quiero una copia.

—Por supuesto. —Se produjo un silencio—. ¿Estás mejor?

—Sí. Fue un día de emociones intensas —admitió con un suspiro—. Con Larysa todo el tiempo en mi cabeza. N'Yanda me dijo que está viva. En Bosnia.

—¡Oh! Esa es una excelente noticia. Los poderes de N'Yanda son reales, Maša. Y concuerda con la tirada de Juana.

Kovać regresó a la habitación completamente desnudo, y La Diana se quedó mirándolo avanzar hacia ella con la erección muy pronunciada. La recorrió una flojedad placentera, y dejó caer los párpados cuando él comenzó a despojarla de la ropa mientras le besaba la nuca o le arrastraba los labios por la espalda desnuda o le masajeaba los pechos. Siguió hablando con Leila, más bien esbozando monosílabos cansinos. Despidió a su hermana y, cuando quiso contarle acerca de Darko, Kovać le tapó la boca con un beso.

—Basta —ordenó a continuación—. Ahora, nosotros.

La levantó en brazos y la llevó al baño. Subió los escalones del *jacuzzi* y la depositó en el agua caliente que burbujeaba. Hicieron el amor tres veces ensayando distintas posiciones; era Kovać quien las proponía, incansable, y La Diana la que se entregaba, confiada, y hallándose solos se permitieron gozar vivamente cada orgasmo.

—¿Te imaginabas que sería tan perfecto? —le preguntó Kovać, todavía dentro de ella y con acento entrecortado.

Su pecho le golpeaba la espalda en un subir y bajar agitado, y con el aliento le acariciaba la nuca y le erizaba los pezones comprimidos contra el borde del *jacuzzi*. La maravillaba que, estando atrapada y abrumada bajo

su peso, lo único que experimentase fuese plenitud y dicha. Llevó la mano hacia atrás y le acarició la mejilla. Kovać le atrapó los dedos entre los dientes y los succionó.

—Ni siquiera sabía si sería capaz de recibirte dentro de mí. Imaginarme esto que tenemos era imposible simplemente porque no sabía que existía.

—¿Fue demasiado?

—No. Fue extraordinario. No te limites por temor a presionarme. No lo hagas, Lazar. De tu mano, soy capaz de afrontar cualquier desafío. Ya no tengo miedo, amor.

—No sabes la fuerza que me da eso que acabas de decirme.

Se retiró de ella y la ubicó entre sus piernas, y La Diana descansó contra su torso. Se relajaron con el zumbido constante del motor del *jacuzzi* y del borboteo del agua. Entrelazaron las manos bajo las burbujas. Kovać le cubrió las piernas con las de él, como si quisiese envolverla, protegerla, devorarla, fundirla en su cuerpo.

—¿En qué parte de mis memorias estás?

La Diana creyó que se había dormido pues se tomó unos segundos para contestar.

—Cuando Dragoslav abusó de ti después de que Pasik le trajo los resultados de los análisis.

—¿Leíste lo que siguió?

—¿Cuando degolló a la pobre chica musulmana? —La Diana asintió—. Sí, lo leí. Me lo habías contado —recordó Kovać—, pero leerlo fue como estar viéndolo.

Dejó caer los párpados y ajustó los dedos en torno a los de él. Kovać la obligó a inclinarse hacia delante, le pasó las manos por la espalda y le arrastró los labios donde Vuk le había desgarrado la carne con la hebilla del cinto, ciego de furia ante su rebeldía. No le habían quedado rastros visibles, así se lo había exigido Vuk al doctor Pasik. “No quiero que le queden marcas en la piel”, le había ordenado. “Haga lo que sea, pero que no le queden marcas”, y la piel se había regenerado sin vestigios de los latigazos. En el alma, sin embargo, las laceraciones le habían parecido indelebles hasta que Kovać las había hecho desvanecer con su amor.

—Tú borras las cicatrices —dijo en un murmullo siguiendo la línea de sus reflexiones. Kovać le besó el costado del cuello a modo de respuesta—. No quiero que sigas leyendo, no porque sienta vergüenza. Tú me hiciste comprender que no tengo de qué avergonzarme.

—Más bien tienes que sentirte orgullosa de haber sobrevivido a algo que habría quebrado al más fuerte —señaló él.

—Sí, lo sé, pero a ti, leer lo que escribí te hace sufrir.

—Si no lo leyese, te pediría que me lo contases porque quiero saberlo todo de ti.

—Pero es muy doloroso, Lazar.

—¿Fue demasiado pedirte que escuchases lo que Ilić me hizo a mí?

—No, en absoluto.

—Pero sufriste.

—Sí, mucho.

—¿Fui egoísta?

—¡No, Lazar! Ya te dije días atrás que no.

—Entonces, si tú sufriste por mí, yo quiero sufrir por ti. ¿O es que no necesitas compartir conmigo tu pasado?

—Sí que lo necesito. Te lo escribí en la dedicatoria, que te entregaba mi pasado de dolor porque quería que supieses todo de mí. Pero me destroza causarte dolor con mi relato.

—Sufro, sí, y también te admiro. Lo que padeciste y lo que hiciste por Leila, incluso lo que arriesgabas al robar comida para las mujeres y los niños... No sabes lo que provoca en mí saber esas cosas. El orgullo por ti me desborda, no me cabe en el pecho.

La Diana se giró y se colocó frente a él, con las rodillas plegadas cerca del rostro.

—¿De veras? —Kovać asintió con gesto severo—. ¿Pese a que por mi culpa murieron Maida y Kosta?

—Ellos no murieron por tu culpa, Diana, sino a manos de un psicópata. Eres demasiado inteligente para convencerte de lo contrario. No murieron por tu culpa, amor. Repítelo.

—No murieron por mi culpa —musitó.

—No te escucho.

—No murieron por mi culpa —reiteró con voz elevada.

—Siempre sospeché que eras una sobreviviente, una guerrera, pero hasta leer tus memorias no tenía una idea cabal de la lucha que enfrentaste. Tanto más dura que la mía en la Sarajevo sitiada. Tanto más, amor mío. Y mi admiración por ti, y mi amor, y mi respeto y mi devoción no tienen fin.

Se abrazaron, y Kovać se deslizó un poco para permitirle que ella le envolviese la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Se miraron

en lo profundo de los ojos con expresiones serias aunque no graves.

—¿Recuerdas —preguntó La Diana— el día en que hicimos el amor en el baño de Camp Bondsteel, cuando me penetraste contra la pared de la ducha?

—Sí. ¿Qué pasa con esa vez?

—Me dijiste que tú también les temías a ciertas cosas del sexo. ¿Quieres contarme a qué cosas?

Kovać le sostuvo la mirada, y La Diana percibió que se tensaba.

—No creo que podría permitirte que me tocases aquí —dijo, y le introdujo el índice en la hendidura entre los glúteos.

La Diana dio un respingo en una reacción automática al contacto de él.

—No es necesario hacerlo; no si crees que te perturbará.

—Pero si tú quisieses tocarme... —se lamentó.

—Lazar, quiero tocarte en todas partes y reclamar cada centímetro cuadrado de tu cuerpo, pero por sobre todas las cosas quiero hacerte feliz, y si tocarte ahí implica que no lo serás, entonces no lo haremos.

—Pero me enfurece pensar que tengo esa limitación, que no soy libre por completo por culpa de lo que él me hizo, y que hay una parte de mi cuerpo que te niego. Es como un triunfo de ese hijo de puta sobre mí, sobre nuestro amor.

La asombró verlo tan alterado, cuando era él quien siempre imponía la calma entre ellos. Le acunó las mejillas y lo besó en la boca con delicadeza, y siguió tocándole las otras partes del rostro con las pequeñas caricias de sus labios. Poco a poco, él fue distendiéndose.

—Si yo pude superar la afenfosfobia, amor mío, tú podrás superar esa aversión. Aunque debo admitir que yo contaba con una ventaja que tú no tienes.

—¿Cuál? —preguntó él, confuso.

—Yo te tenía a ti.

—Y yo te tengo a ti —replicó él con una vehemencia inusual a su índole—. ¿Por qué sonrías?

—Estoy pensando que ya hemos hecho el amor muchas veces pero todavía nunca en la cama.

—Ha llegado la hora de poner fin a ese descuido.

—¿Aún le quedan ganas, señor Kovać?

Él fingió una mueca enojada, y La Diana rio. Se puso de pie con ella enroscada en el cuerpo, lo que evidenciaba su fuerza y agilidad. Bajó los

escalones del *jacuzzi* y la depositó sobre la alfombrita donde la envolvió con la bata; él hizo otro tanto. La cargó para cruzar el dormitorio y la recostó con cuidado sobre el colchón.

Minutos más tarde, estremecido de emoción a causa del orgasmo, Kovać se apartó lentamente y se ubicó junto a ella. La encerró entre sus brazos y le escondió el rostro en la curva del cuello. Se incorporó para mirarla y la encontró con un semblante sereno. Le besó los labios.

—Gracias por dárme todo.

La Diana le acunó las mandíbulas y le sonrió para decirle algo que volvió a estremecerlo cuando creyó que no le quedaba energía en el cuerpo.

—Te daré lo que me pidas. Cualquier cosa. Solo para verte feliz.

* * *

Al día siguiente los despertó el celular de La Diana a las nueve y cuarto. Kovać se aclaró la voz de dormido y respondió.

—¿Lazar? Soy Leila.

—Buen día, Leila.

—Te he despertado. Lo siento.

—Al contrario, gracias por despertarnos.

—Llamo porque Dare está loco por hablar con Mariyana.

—¿Cómo se está portando?

—Es un tesoro. Bueno, obediente y educado.

La Diana vio sonreír a Kovać y, en una acción refleja, estiró la mano y le acarició los labios.

—¿Tuvo pesadillas?

—No, durmió toda la noche. Los dos durmieron toda la noche, lo cual es extraño en Daisy porque siempre me despierta a eso de las tres y media. ¿Te contó mi hermana que anoche se quedaron dormidos en el auto con las manitas tomadas? Sacamos una foto. Hoy la haré revelar.

—No veo la hora de echarle un vistazo.

—Me gustaría que se quedase de nuevo esta noche. Daisy está feliz jugando con él.

—Por mí, ningún problema. Hablaré con tu hermana. ¿En serio no es un engorro?

—No, Lazar. Es una alegría tener al hijo de mi hermana en casa.

—Gracias, Leila.

Volvió a sonreír al escuchar la vocecita de Darko que le pedía hablar con su “mamá”. Se despidió de Leila y le pasó el teléfono a La Diana.

—Tu hijo está desesperado por hablar contigo.

En tanto La Diana respondía, la despojó de las mantas y comenzó a besarla y acariciarla.

—¡Buen día, *moje blago!*

—¡Mamá, me porté bien anoche y no me desperté llorando!

—¡Eres el mejor, *moje blago!*

—Sí. Y tía Leila me invitó a quedarme esta noche también.

—¿No te gustaría dormir con nosotros en el hotel?

—Es que tía Leila dijo que haríamos una... un... ¿Cómo era, tía Leila?

—Un *pijama party*. Una fiesta de pijamas.

—¿Oíste, mamá?

—Sí, un *pijama party*. Suena divertidísimo.

—Tía Leila invitará a Jérôme y a Amina, pero a Kolia no porque se larga a llorar si no duerme con su mamá. Es muy chiquito —lo justificó.

—¿Y crees que esta noche tampoco te despertarás?

—¡No, te lo prometo! ¿Puedo hablar con papá ahora?

—Sí, está aquí conmigo. Te amo, *moje blago*. Montón, montón.

—Yo también, mamá.

La Diana imitó a Lazar y durante la conversación con el niño fue estudiándole el cuerpo desnudo y arrastrándole los labios por las tetillas, las cicatrices y otros sitios hasta descender por la línea de vello que le nacía en el ombligo y se fundía en la mata negra donde su pene se erguía a la espera de ser saciado. Acarició la idea de introducirse en la boca, pero no quería cortar el diálogo con Darko. Kovać se despidió del niño y le extendió el teléfono.

—Leila quiere hablar contigo —le dijo con una voz deliberadamente grave.

Tomó el celular y soltó una exclamación cuando Kovać la sujetó por la cadera y la dio vuelta en una maniobra rápida e inopinada. Quedó boca abajo.

—¿Qué sucede? —se preocupó Leila.

—Me dio un calambre —mintió—. ¿Conque *pijama party*? —dijo, y apretó la mano en torno al aparato para contener la oleada de excitación que le causaban los mordiscos de Kovać en los cachetes del trasero. Parecía que

tenía claro dónde clavar los dientes para que la sensación terminase en el punto clave entre sus piernas.

—Sí, será divertido.

—¿Jérô no tiene que ir mañana a la escuela?

—Esta es su última semana de vacaciones de invierno.

—Ah, comprendo.

Siguieron hablando, La Diana haciendo esfuerzos por camuflar la voz en tanto las caricias se tornaban más osadas. Despidió abruptamente a su hermana cuando Kovać le hundió la lengua entre los glúteos y la arrastró hasta enterrársela en la vagina. Profirió un largo gemido y echó las manos hacia atrás y las sacudió en el aire en una explícita invitación para que le aliviase lo que le había provocado.

—¿Qué quieres? —la incitó.

—Sabes lo que quiero: a ti dentro de mí.

La cubrió con el cuerpo, su pecho en contacto con la espalda de ella, y la penetró con una estocada rápida. Después de amarse, La Diana, con los brazos de él ajustados en torno a ella, susurró:

—Gracias por curarme de la fobia. Si no lo hubieses hecho, jamás habría vivido esto que tenemos. Me estremezco de solo pensarlo.

Kovać profundizó el abrazo y le aseguró al oído y con fiereza:

—Bajaría al infierno por ti, amor mío.

* * *

Más tarde, La Diana aceptó ir de compras con sus amigas porque Peter Ramsay y Sándor le prometieron que llevarían de paseo a Kovać y a Darko.

—Con Peter, pensamos llevarlos a la Tour Eiffel y luego al Louvre...

—Sanny, óyeme bien —dijo, y miró en dirección de Kovać antes de ser directa con su hermano. Comprobó que continuase hablando con Viki Mesić por teléfono, con quien analizaba las posibles fechas para la boda—. Los serbios que buscan a Lazar son profesionales y cuentan con recursos para llevar adelante cualquier operación, aun en suelo francés. Donde lo encuentren, intentarán asesinarlo. Te pido que estés alerta. Irás armado, ¿verdad?

Sándor Huseinovic era el jefe de los guardaespaldas de la Mercure, lo que lo obligaba a viajar continuamente y con un pequeño arsenal a cuestas.

—Por supuesto que iré armado, Diana. Y Peter también. Estaremos alertas.

—Confío en ti. Eres el mejor guardaespaldas con que Eliah cuenta. Pongo en tus manos las vidas de las dos personas que más amo.

—Los cuidaré como si de Yasmín se tratase.

Aunque llegó nerviosa a las Galerías Lafayette, con el celular en la mano, la alegría de Juana, la serenidad de Matilde, el entusiasmo de Yasmín, la dulzura de Joséphine y la compañía tranquilizadora de Leila lograron apaciguarla y que disfrutase. El sacrificio de haber pasado la mayor parte del martes lejos de Kovać y de Darko demostró sus frutos cuando al día siguiente emergió de la habitación del hotel lista para la inauguración de la clínica, y sus dos hombres, que la aguardaban en el sofá de la sala, se quedaron atónitos al verla.

Se había comprado un vestido de liquidación en *crep georgette* color uva, entallado y hasta las rodillas, que presentaba una particularidad que lo volvía llamativo en su simpleza: una franja de quince centímetros de encaje en el mismo tono unía la parte de arriba con la falda y le remarcaba la cintura. Completaban el atuendo medias de lycra en una tonalidad natural, *stiletto*s de gamuza negra y un sobre de raso, también negro, con una amatista falsa como broche. Yasmín había insistido en que se maquillase, por lo que le había regalado una cajita de Pupa, muy compacta pero con lo que precisaba. Además de una base clara y rubor rosado, había empleado sombras en las gamas de los marrones para realzar sus ojos celestes y una máscara negra para las pestañas. Se cubrió los labios con un brillo beige con destellos dorados. Decidió llevar el cabello suelto al que secó con el secador para darle un poco de volumen. Por último, se perfumó con Organza. Se miró en el espejo de cuerpo entero de la habitación y se dijo que lucía bien.

Al descubrir las expresiones pasmadas de Kovać y de Darko, cayó en la cuenta de que jamás la habían visto como no fuese con jeans, camisas de algodón y borceguíes. No la conocían maquillada.

—¿Y? —los urgió, y dio una vuelta—. ¿Qué tal luzco?

—¡Mamá! —reaccionó Darko—. ¡Estás lindísima! —Corrió hacia ella y se abrazó a su cintura—. ¡Estás más alta!

—Son los tacos, *moje blago* —dijo, y se los mostró.

—¿Y qué te pusiste en los ojos?

Alzó la vista mientras le explicaba. Kovać había abandonado el sofá y avanzaba hacia ella con la admiración y el deseo impresos en el gesto. Ella también lo estudió con descaro; estaba soberbio en su conjunto de camisa gris perla y traje negro. La sorprendió la ansiedad por tocarlo, por que él la tocara; se trataba de un impulso irracional que no controlaba. Después de haberse amado incansablemente en esa habitación del George V, ella solo pensaba en cuando regresaran y él la despojase del vestido.

Kovać se detuvo muy cerca frente a ella. Alzó ligeramente el mentón para admirarlo y le gustó que, pese a los *stilettos*, él siguiese siendo bastante más alto. Kovać le colocó la mano en la parte baja de la espalda, sobre el encaje, y, aprovechando que Darko estaba distraído, se la deslizó por la curva del trasero, y lo vio sonreír con una mueca ufana cuando se dio cuenta de que estaba excitada.

—No creo que exista una mujer más hermosa que tú —declaró, y le besó la columna del cuello.

—Tu opinión es muy parcial, amor mío.

—No lo es. Eres la mujer más bella que conozco.

—¡Sí! —lo apoyó Darko—. Mamá es la más linda del mundo.

—Te amo, *moje blago* —dijo La Diana entre risas—. En cuanto a ti, Lazar Kovać, creerás que te diré esto para devolverte la galantería, pero no es así. Lo que diré es lo que pienso: creo que el destino me puso al hombre más perfecto y hermoso que existe, por dentro y por fuera, y todavía no entiendo por qué. En cuanto a usted, señor Darko, está magnífico con ese conjunto y creo que habrá una cola de niñas queriéndome quitar a mi adorado *moje blago*.

El niño sonreía con actitud avergonzada y la abrazaba. “Es una dicha verlo tan feliz”, pensó La Diana.

—¡No, mamá! ¡Yo te quiero a ti! ¡No me iré con ninguna niña!

Kovać la ayudó a cubrirse con un sacón negro, también regalo de Yasmín, y luego hizo otro tanto con Darko. Por último, se puso el sobretodo de color camello y partieron hacia el *lobby*, donde se encontrarían con el chofer, un guardaespaldas de la Mercure que los conduciría hasta el aeropuerto de Le Bourget para recoger a Callum Duncan.

En el ascensor, mientras Darko se distraía con los autitos que le había regalado Leila y aprovechando que estaban solos, Kovać la encerró contra la pared espejada y la miró directo a los ojos.

—No creo que puedas entender el efecto que causaste en mí cuando te vi salir de la habitación. Me cortaste el aliento, literalmente hablando. Estás tan hermosa, amor mío. —Le besó la frente—. No veo la hora de volver al hotel y quitarte este vestido. Estoy meditando la posibilidad de hacerte el amor con esos tacos puestos.

—Lo que mi señor disponga —contestó La Diana en dócil actitud, y al introducirle la mano entre los botones del sobretodo y acariciarle la bragueta, se dio cuenta de que estaba excitado—. ¿Qué haremos con esto, señor Kovać? No podrá quitarse el abrigo —se burló.

—De seguro en la clínica de Matilde hay baños donde podrías ocuparte de este problema. Eres la causante y la única que puede solucionarlo.

La Diana rio, y Darko se dio vuelta y quiso saber por qué reía. Se apartaron y no volvieron a tocarse.

* * *

A eso de las cuatro de la tarde, en Le Bourget hacía frío, y el sol comenzaba a ocultarse. Aguardaban fuera del edificio del aeropuerto mientras el Agusta de Callum se disponía a aterrizar. Darko, de la mano de Kovać, agitaba la mano en dirección al helicóptero. Los patines tocaron la pista y un par de minutos después, Seamus, el piloto, descendió y los saludó desde lejos. Abrió la portezuela trasera y ayudó a descender a Callum Duncan, que les sonrió a la distancia. Avistaron a un segundo pasajero: Charlotte Raemmers.

—Es Charlotte —le anunció a Kovać—, la esposa del general Raemmers. ¡Qué hermosa sorpresa!

—¿No estaba en silla de ruedas?

—Sí. ¡Cómo me gustaría que el general la viese en este momento!

La mujer, aunque con bastón y apoyada en el brazo del barón de Glendale, avanzaba por la pista hacia ellos y les sonreía. La Diana, Kovać y Darko se pusieron en movimiento y se encontraron pocos metros después.

—¡Qué estupenda sorpresa! —exclamó La Diana.

—Sorprendida, ¿verdad? —inquirió la mujer—. No menos que yo, querida —añadió con una dicción sin falla.

La Diana hizo algo que había deseado en el pasado: abrazó a la esposa de su general. La mujer le respondió enseguida. La emoción las embargó a las dos y permanecieron un momento unidas y pensando en lo mismo, en Raemmers. Se apartaron, y Charlotte enseguida plantó el bastón por tierra y

se tomó del brazo de Glendale. Las comisuras les temblaron mientras se sonreían y miraban fijamente.

—Estás hermosa, Diana.

—Tú también, Charlotte. Quiero presentarte a mis dos amores. Él es Lazar Kovać, mi prometido, y él es Darko, nuestro hijo.

—¡Darko! ¡Qué bellissimo nombre! —exclamó la esposa del general, y Kovać tradujo.

El niño, como le ocurría frente a extraños, se pegaba a la pierna del padre y apenas asomaba los ojos grandes y curiosos.

—Un placer conocerlo, señor Kovać. —La mujer se colgó el bastón en el antebrazo izquierdo y le extendió la mano derecha, que Kovać apretó con una leve inclinación—. Callum me habló mucho de usted, pero también lo hizo mi esposo en varias ocasiones.

—¿De veras? —se asombró La Diana—. ¿El general te mencionó a Lazar?

—Sí, querida. La memoria, poco a poco, va regresando. Anders me habló de Lazar Kovać. Recuerdo que me dijo que era un gran hombre y que arriesgaba la vida por una causa justa. Lo habría hecho feliz saber que él y tú se han enamorado, querida Diana. Ya sabes que eras la debilidad de mi Anders. Su mejor soldado, sí, pero también la nieta que tanto habría deseado tener.

La Diana asintió, demasiado conmovida para hablar, y la confortó sentir el brazo de Kovać en torno a la cintura.

—Creo, estimado Lazar —habló Glendale—, que llevas del brazo a una de las mujeres más bellas que existen.

—La más bella, Callum.

—Y tú, querido Dare —se interesó el anciano—, ¿cómo estás?

—*Very well. Thank you* —contestó el niño, pues era de las cosas que había aprendido durante la temporada en Camp Bondsteel.

Los adultos rieron, y Callum Duncan le palmeó la mejilla. Se pusieron en marcha porque el viento arreciaba y el frío calaba los abrigos. Entre Kovać y Glendale, ubicaron a Charlotte en el asiento del acompañante de la Range Rover, y ellos cuatro ocuparon la parte trasera. El chofer puso en marcha la camioneta hacia Neuilly-sur-Seine, la ciudad al oeste de París y pegada al Bois de Boulogne, donde se hallaba la casona de principios del siglo XX que Matilde y Eliah habían comprado y transformado en una clínica.

La conversación fue amena y distendida. Callum Duncan y Charlotte se dedicaron a contarles acerca de la estadía en Glendale de Goga y de Zaína. Ese día lo estaban pasando en Edimburgo con Bruce McLeod.

—Según tengo entendido —dijo el anciano escocés—, Bruce tenía una deuda de honor con cierto muchachito. —La Diana tradujo y el niño enseguida se puso en alerta—. Creo que tenía que ir a Edimburgo para comprar una PlayStation para alguien.

—¡Para mí! ¡Para mí! —se apresuró a aclarar mientras se golpeaba el pecho con la manita—. ¡Me la va a comprar a mí!

La Diana, embargada de ternura y aunque limitada por el cinturón de seguridad, se inclinó para besarlo y abrazarlo, mientras Kovać traducía la entusiasta respuesta a Charlotte y a Callum.

—Sí, *moje blago*, es para ti.

Media hora más tarde, llegaron a destino. Había mucho movimiento en la vereda y en la entrada de la Clínica Médaille Miraculeuse, y La Diana se inquietó. Sin sus *kukris* —habían quedado en la caja fuerte de la habitación — se sentía despojada. Solo contaba con la HP 35, pero no llevaba un cargador de repuesto pues a duras penas había podido cerrar el sobre dadas las dimensiones de la pistola.

El guardaespaldas asignado por Sanny hizo bien su trabajo. Se colocó detrás de Kovać, mientras este ayudaba a Charlotte a descender. Luego lo urgió a entrar.

—Esperaré a mi mujer —indicó Kovać, y levantó a Darko.

—Señor, tengo órdenes de protegerlo. Este es un lugar de gran exposición y riesgo.

—Solo un momento.

La Diana, que se disponía a caminar junto a Charlotte, alzó la vista y advirtió la expresión terca de Kovać y la tensa del custodio.

—Ve, querida, ve —la instó Glendale al percibir el nerviosismo de su sobrina—. No se moverá de allí hasta que te le unas y está decididamente expuesto. Charlotte y yo iremos lentamente detrás de ustedes.

—Gracias, Callum —dijo, y caminó deprisa hacia su prometido, que le rodeó la cintura con el brazo libre. Notó de inmediato la ansiedad con que los pegaba a los dos, a ella y a Darko, a su cuerpo, y lo comprendió y lo excusó, porque él y Darko para ella encarnaban lo mismo: la vida.

El guardaespaldas les abrió paso entre el gentío que se agolpaba en la puerta. Una vez dentro del edificio, se dijo, estarían protegidos. Sabía por

su hermano que Eliah Al-Saud había extremado las medidas de seguridad. Los que controlaban el ingreso y chequeaban los nombres en unos listados eran viejos conocidos de La Diana de sus tiempos en la Mercure, Noah Keen y Ulysse Vachal, por lo que, luego de saludarla con afecto, les permitieron pasar rápidamente.

—La pareja de ancianos que está subiendo por la escalinata —les informó La Diana— son mi tío abuelo Callum Duncan y Charlotte Raemmers.

—Listo —aseguró Noah Keen, mientras tildaba los nombres.

Glendale y Charlotte traspusieron el ingreso sin ser detenidos y prosiguieron detrás de La Diana y de Kovać para atravesar un detector de metales, que comenzó a sonar a causa de la HP 35 y de la Beretta. Vachal y Keen comprendieron de qué se trataba, y con un ademán de mano les indicaron que continuasen. Entraron en el vestíbulo.

—Bájame, papá —pidió Darko, y si bien Kovać lo depositó prontamente en el suelo, lo aferró de la mano.

Había mucha gente, y en ese primer par de minutos dentro de la clínica, La Diana contó media docena de personas que ostentaba identificaciones en sus solapas con la palabra “Prensa” en letras rojas. Varios andaban con grandes cámaras sobre el hombro. Se reprochó no haber tenido en cuenta un aspecto tan evidente. Si algún periodista reconocía a Lazar Kovać, el héroe de los Balcanes, no se detendría hasta entrevistarle, y si la noticia de que se lo había visto en París llegaba a oídos de Vuk, su escapada de unos días a un sitio en un principio seguro se arruinaría. Marcó de inmediato el teléfono de Sanny, el jefe de seguridad del evento, y aguardó con el aliento contenido a que le respondiese.

—Diana —dijo su hermano en ese tono parco que empleaba cuando trabajaba.

—Sanny, tenemos una situación aquí. Hay gente de prensa por todas partes y nadie puede filmar ni mencionar a Lazar sin riesgo de que los traficantes se enteren.

—Lo tuvimos en cuenta y está todo bajo control. La prensa está muy limitada en sus movimientos y no podrán acceder a la ceremonia; se les entregará un video después. Cuando el acto termine, sacaremos a Lazar por otra puerta y lo conduciremos a la sala donde tendrá lugar el cóctel. Nadie puede acceder a ese sitio excepto la familia y los amigos íntimos.

—Gracias, Sanny —dijo, y cortó, pero la inquietud persistió.

Habrían bastado esos minutos transcurridos en el vestíbulo para que un periodista lo reconociese y empezase a hablar. Los conminó a trasladarse a un sector menos atestado.

Jérôme, Amina, Kabú, hijo de Nigel Taylor, y los cuatro de Shariar se acercaron corriendo, seguidos por Verabey, que traía de la mano a Kolia. Un guardaespaldas a quien La Diana no conocía cerraba el cortejo. Se detuvieron frente a Darko. Se sonrieron y se saludaron con agitaciones de mano. Sabía por su hermana que el *pijama party* de la noche anterior había sido un éxito y que los niños se habían divertido pese a la limitación del lenguaje.

Aparecieron Leila y Peter Ramsay, que cargaba en brazos a Daisy. La niña, al descubrir a sus amigos, se rebulló para que el padre la bajase.

—Callum —dijo La Diana—, te presento a mi hermana Leila. Y él es su esposo, Peter Ramsay.

Se dieron las manos.

—Eres tan hermosa como tu abuela Katarina —manifestó el anciano escocés—. He visto fotos de ella y el parecido es asombroso.

—Y usted, señor, me recuerda tanto al abuelo Liam —respondió Leila en inglés.

—Llámame Callum o, mejor, tío. Esta es mi amiga Charlotte Raemmers.

—He oído hablar de usted —admitió Leila, y le dio dos besos—. Mariyana la menciona de continuo.

—¿Mariyana? —se extrañó la mujer, mientras estrechaba la mano de Ramsay.

—Es mi verdadero nombre, Charlotte. Diana es mi *nom de guerre* —explicó mientras echaba vistazos a Darko, que oía con atención la perorata de Amina como si la comprendiese.

El grupo de niños se puso en movimiento. Se tomaron todos de las manos, aun el parco Kolia que sujetó la de su hermano mayor, y se alejaron en dirección a una sala donde comenzaban a congregarse los invitados. Los adultos los siguieron mientras intercambiaban opiniones acerca de la arquitectura de la casona y de la decoración para el evento.

Entraron. En el amplio y luminoso recinto se habían dispuesto varias filas de sillas Tiffany y se había improvisado una tarima a modo de escenario, tras la cual se erguía una pantalla gigante con la fotografía del exterior de la clínica y el logotipo, una Medalla Milagrosa sostenida por dos manos. Avistaron a los Al-Saud en pleno; incluso estaban los abuelos italianos de

Elijah, la señora Antonina y el señor Fredo. El matrimonio Kaito también ocupaba un sitio en la primera fila con los familiares. La Diana y Kovać se aproximaron para saludar y presentar a su tío abuelo y a la mujer del general. Se inició una animada conversación entre el príncipe Kamal y el barón de Glendale porque resultó que habían asistido a la misma escuela en Inglaterra.

—¿Cómo están las muchachas, *sensei*? —se interesó La Diana.

—Muy bien. Quédate tranquila.

Matilde y Elijah hablaban con el sonidista, al costado del escenario, y apenas los vieron se aproximaron para saludarlos. Matilde la sujetó por las manos y le dio los dos besos de rigor. Se la veía tranquila y radiante en un vestido gris claro de seda muy entallado, con cuello alto y mangas al codo, que Juana la había obligado a comprar el día anterior. El efecto logrado entre la tonalidad del género y los ojos plateados de Matilde era notable.

—Tengo una sorpresa para ti. Pero te la daré cuando acabe la presentación y estemos en el cóctel.

—Muy bien —acordó La Diana.

Los lugares estaban asignados con pequeños letreros donde constaban los nombres. Después de acompañar a Charlotte a su asiento en la segunda fila —Glendale seguía de pie conversando con Kamal—, ocuparon los sitios de la primera destinados a ellos. Leila se ubicó en la silla a su izquierda; Kovać, en la de la derecha. Los niños se habían sentado todos juntos también en la primera fila, pero del otro lado del pasillo central. La Diana se mantenía atenta a Darko pese a que dos de sus ex compañeros de la Mercure en cuyas habilidades confiaba plenamente, Oscar Meyers y Dario Sartori, se habían ubicado uno en cada extremo de la fila para protegerlos. Kovać también fijaba la vista en el pequeño.

Varias filas más atrás, divisó a Nigel Taylor y a su esposa Angelie. Alzó la mano para saludarlo. El hombre, todavía muy atractivo pese a las cicatrices infligidas por una esquirla, le sonrió y le hizo un ademán de mano para indicarle que hablasen después. La Diana asintió.

—¿Quién es? —se interesó Kovać.

—El mayor competidor de Elijah y uno de sus mejores amigos, Nigel Taylor. Inglés. La que está junto a él es Angelie, su esposa, una ex monja que trabajaba en una misión en el Congo. ¿Ves el niño ubicado entre Jérôme y Amina? —Kovać dijo que sí—. Es Kabú, su hijo adoptivo.

—Al igual que Taylor, tiene cicatrices en el rostro —señaló Kovać.

—El Congo es una de las regiones más peligrosas del planeta, amor mío. Allí se las hicieron. Es difícil salir de ese país sin una marca. A Taylor lo hirió la esquirla de un misil lanzado por un grupo de rebeldes y a Kabú le echaron ácido los de su aldea porque lo acusaban de ser un niño brujo. —La expresión de Kovać sufrió una transfiguración y de seria, observadora, se convirtió en desolada—. No sabes lo que era su carita antes de que le practicasen varias cirugías plásticas en Sudáfrica primero y después en Londres. Me pregunto qué estará pensando Dare de Kabú.

—Los dos son sobrevivientes —apuntó Kovać.

—Los *tres* son sobrevivientes —le recordó La Diana—. Jérô también lo es.

—Serán grandes amigos —profetizó.

La Diana descubrió que Sanny se aproximaba dando largas zancadas y con semblante severo. Lo vio murmurar algo al oído de Sartori, que se limitó a asentir, imperturbable. Hizo otro tanto con Meyers, con igual respuesta. Al pasar frente a ellos, les guiñó el ojo a ella y a Leila y le dio la mano a Kovać, y La Diana experimentó un gran amor por él.

La noche del lunes en lo de Eliah, después de la tirada de tarot, su hermano la había interceptado en las escaleras mientras descendía a la planta baja y, al encontrarla conmovida, la había sujetado por los hombros e interrogado con la mirada. La Diana le barbotó la verdad allí mismo, que había tenido una hija en el centro de detención serbio, que se llamaba Larysa y que la había abandonado. Sándor se había limitado a abrazarla y a dirigirle palabras de consuelo. Un momento después la apartó para sonreírle con ojos anegados.

—Así que tengo otra sobrina.

—Larysa se llama —murmuró La Diana—, pero dudo de que puedas conocerla. No sé dónde está. Pero quiero que esté conmigo, Sanny —añadió con acento apasionado.

—Tú eres poderosa, hermana mía. No eres consciente de lo poderosa que eres, pero es así. Si te has propuesto encontrar a Larysa, lo harás.

—¡Sanny! —exclamó, y volvió a abrazarse a él, mientras deseaba que sus palabras se demostrasen ciertas.

Lo vio detenerse frente a Yasmín, unas sillas más hacia la derecha, y besarla en los labios. La Diana caminó a paso rápido hacia él y lo detuvo.

—Sanny, ven, quiero presentarte al tío Callum.

—¡Muchacho! —exclamó el noble escocés e interrumpió la charla con el príncipe Kamal. La Diana le descubrió un entusiasmo en la expresión que no le había visto desplegar hasta el momento—. ¡Qué gusto conocerte!

—El gusto es todo mío, señor.

—Tío Callum, si te complace —le pidió Glendale, y Sanny asintió con una sonrisa.

—Callum —intervino La Diana—, Sanny es el responsable de la seguridad del evento. Sé que está muy ocupado. Solo quería presentártelo. Después charlaremos más distendidos.

—¡Claro, claro! —se apresuró a decir—. Ve, muchacho, ve. No debe de ser fácil el encargo que tienes.

—Ya lo creo que no —acordó Kamal, y miró con orgullo al esposo de su única hija.

Sanny se alejó, y La Diana le indicó a Glendale cuál era su silla, la que estaba junto a la de Charlotte en la segunda fila. Como se encontraba detrás de las ubicaciones de la señora Francesca y del príncipe Kamal, estos se giraron y retomaron el diálogo.

Al cabo, Sanny volvió a pasar y se inclinó para atender a un comentario de su suegro, que lo adoraba, y mientras lo hacía, acariciaba el vientre de su mujer en un ademán ausente, más bien instintivo. Yasmín lo observaba con devoción, hermosa con su pancita que le abultaba apenas el vestido de seda azul. “Ojalá papá y mamá viesan qué felices somos los tres”, pensó y, al volverse hacia Kovać, lo sorprendió con la vista fija en ella.

—No puedo dejar de mirarte —se justificó.

Juana Folicuré se aproximó con su marido, Shiloah Moses, y con su gran amigo de la infancia Ezequiel Blahetter, que se acercaba seguido de su esposo y agente, Jean-Paul Trégart. Kovać se puso de pie para saludarlos. Juana se ocupó de las presentaciones, y cuando indicó que Trégart era el esposo de Ezequiel, a La Diana la intrigó la reacción de Kovać; después de todo había transcurrido años en una Iglesia que condenaba abiertamente la homosexualidad, sin mencionar que la sociedad bosnia, machista y religiosa, los rechazaba también. Pero su Lazar los saludó con la educación, la naturalidad y la sonrisa que conquistaban a cualquiera.

—Diana querida —dijo Trégart—, ya que nunca he podido convencerte de que te conviertas en la próxima *top-model*, ¿al menos cuento con que me ayudarás a convencer a tu prometido? Su belleza corta el aliento —expresó el agente, y todos rieron.

Sin embargo, en el acento empleado por el hombre y en cómo miraba a Kovać se evidenciaba que el comentario se encontraba lejos de ser una broma. Lo aquilataba con actitud profesional.

—Creo que ya estoy viejo para pensar en ser *top-model* —dijo Kovać—. Gracias igualmente, señor Trégart.

—¡Pero quién pensará en su edad, señor Kovać! Además, usted no es viejo. *Pas du tout*. Es el héroe del momento y de una hermosura inusual. Podría llenarse de dinero y emplearlo en sus buenas causas.

Siguieron conversando, Trégart muy en serio, los demás en broma. Hasta que Shiloah mencionó la entrevista que deseaba realizarle a Kovać, con quien había hablado por teléfono esa mañana para concertar el día y la hora.

—Ya se corrió la voz entre los periodistas de que estás aquí —le advirtió Shiloah, y Kovać alzó las cejas en señal de asombro—. Uno te reconoció en el vestíbulo y eso bastó para que todos lo supieran. Habrá que pedirle a Eliah que los mantenga lejos de ti para que no revelen que estás en París.

—Pero ya lo saben —se descorazonó La Diana.

—Si no pudiesen filmarlo ni confirmarlo, no se consideraría profesional mencionarlo —razonó Shiloah.

—No creo que eso los detenga —replicó Juana.

El maestro de ceremonias anunció el comienzo del acto. Kovać apretó la mano de La Diana y se inclinó para murmurarle:

—No quiero que el tema de los periodistas empañe este momento.

—Hicimos malabares en Camp Bondsteel para que nadie supiese que volábamos a París. Eliah incluso falseó el plan de vuelo. Sería una lástima —se desanimó.

—Quédate tranquila, amor. Los evitaremos. Además, cuando regresemos a Sarajevo sabrán que pueden encontrarnos allí.

—Es cierto, pero contaba con que tuviésemos unos días de relativa paz.

—No tenemos paz —declaró Kovać—. En caso contrario, tú no andarías con tu pistola ni tus *kukris* a cuestas y yo, con la Beretta. Pero por ahora estamos en este sitio muy protegido, lleno de guardaespaldas. Tratemos de disfrutar —le pidió.

La ceremonia de inauguración comenzó con un discurso del presidente de Manos Que Curan, que ensalzó la labor humanitaria de la doctora Martínez y tras el cual se proyectó una filmación con imágenes de ella en el Congo y en la Franja de Gaza cuando trabajaba para la famosa ONG; incluso se mostró la instancia en que ella corría para proteger a Mohamed,

el niño palestino atrapado en un fuego cruzado entre el ejército israelí y Hamás. La Diana movió la vista hacia Eliah, al que encontró serio y con un ceño marcado; no lucía complacido mientras la película le recordaba qué cerca había estado de perder a la razón de su existencia.

Después habló Matilde. Admiraba su tranquilidad y el dominio del francés para enfrentar al público, que acabó emocionado cuando la joven pediatra explicó el sentido de la clínica y del nombre. Por último, se alzó el príncipe Kamal y caminó hacia el estrado para dirigir unas palabras, que acabaron siendo loas para su nuera y la labor caritativa que se desarrollaría en ese “pequeño enclave en París que se convertiría en un sitio de paz y hermandad en un mundo enojado y violento”, afirmó. Fue muy aplaudido cuando prometió que su familia, la dinastía reinante de Arabia Saudí, sostendría la Clínica Médaille Miraculeuse que prestaría servicios principalmente a los desposeídos de la Tierra. Y para confirmar su promesa, invitó al estrado al embajador de Arabia Saudí en Francia, un primo hermano suyo. El diplomático le entregó a Matilde, en nombre de la casa Al-Saud, un cheque por un millón de dólares.

* * *

En verdad Sanny lo tenía bien planeado. Al terminar la ceremonia, el guardaespaldas que los había conducido hasta Neuilly-sur-Seine se presentó frente a ellos y les indicó que saliesen por una puerta escondida tras la pantalla gigante del escenario. Kovać aferró la mano de Darko, que se quejó porque quería quedarse con sus amigos.

—En un momento los verás —le explicó La Diana—. Ahora tienes que venir con nosotros.

El guardaespaldas los condujo por los interiores de la clínica hasta alcanzar un salón en la planta alta al que todavía no había llegado nadie; solo encontraron a los camareros y a tres hombres de la escuadra de Peter Ramsay quienes, con aparatos de última tecnología, rastreaban cámaras y micrófonos ocultos y detonadores de explosivos.

La Diana aprovechó para llevar a Darko al baño.

—¿Te estás divirtiendo, *moje blago*? —le preguntó mientras lo ayudaba a higienizarse las manos.

—Sí, muchísimo.

—¿Cómo te entiendes con los demás niños?

—Hacemos señas —respondió con naturalidad e hizo girar las manos llenas de espuma— y anoche con Jérôme hacíamos dibujos. Daisy sí me entiende, pero ella no habla casi nada porque es chiquita.

—¿Cómo sabes que te entiende?

—Porque si le digo ven, Daisy, ella viene. Y si le pido que me preste sus lápices de colores, ella me los da.

—Algún día podrán hablar como lo hacemos tú y yo porque tía Leila le habla en nuestra lengua.

—Yo quiero hablar en francés como lo hace Jérôme con sus hermanos y sus primos.

—Entonces, te enseñaré a hablar francés. Lo primero que te enseñaré será: *Je* —dijo, y se señaló el pecho con el índice— *t'aime, mon trésor*.

—¿Qué quiere decir?

—Te amo, *moje blago*.

—¡Dilo de nuevo, mamá! ¿Cómo era, cómo era?

Regresaron al salón practicando la frase, cuestión que, al llegar, Darko corrió hacia Kovać y se lanzó a sus brazos.

—*Je t'aime, papa*. Quiere decir: te amo, papá, en francés.

—*Je t'aime aussi de tout mon cœur*.

—¿Qué dijiste?

—Yo también te amo con todo mi corazón.

Se entretuvieron practicando el francés hasta el momento en que, finalizada la conferencia de prensa en la planta baja, se abrieron las dos hojas de la puerta principal del salón, el disc-jockey puso el tema *I was born to love you*, de Queen, y los invitados comenzaron a ingresar. Callum Duncan y Charlotte se les aproximaron, y Kovać fue a buscar una silla para la esposa de Raemmers. Luego se les unieron Leila y Peter. Jérôme y Kabú vinieron a buscar a Darko, y La Diana lo vio perderse entre la gente. La sobrecogió un sentimiento contradictorio; por un lado amaba verlo corretear, feliz, con los hijos de Eliah y Matilde; por el otro, verlo alejarse y desaparecer le causaba angustia y ansiedad. Kovać le besó la sien y le susurró:

—Aquí está seguro. No quiero que te preocupes.

—No puedo evitarlo —dijo, y volvió la cara hasta apoyar la frente en la de él.

—Dicen que ser padre es el oficio más difícil —señaló Kovać—. Se debe ejercer la suficiente autoridad para marcar límites y educarlo y por otra

parte se debe conceder la libertad necesaria para no socavarle la personalidad ni la autoestima. Hallar ese equilibrio es materia de estudio hasta el día de hoy.

—Yo me guiaré por tus consejos —resolvió La Diana—. Eres naturalmente sabio para estas cosas. Yo soy un desastre.

Kovać sonrió entre halagado y divertido.

—Y yo que pensaba pedirte consejo a ti.

Cortaron el diálogo cuando se les acercaron los familiares de Matilde para saludarlos. Eran los tíos, Sofía y Nando, con sus hijos, todos excepto la mayor, Amélie, la religiosa que misionaba en una de las zonas más peligrosas del mundo, la provincia de Kivu Norte en el Congo. A La Diana la sorprendió encontrar también a Aldo Martínez Olazábal, el padre de Matilde, y a Sáyida, su esposa beduina, que iba completamente cubierta por una pieza de tela de colores brillantes. Leila hizo las presentaciones y mientras Sofía se interesaba en la ONG del prometido de La Diana, Martínez Olazábal trataba de iniciar una conversación con ella. Se lo notaba incómodo, como las pocas veces que se habían cruzado desde que su segunda hija, la *top-model* Céline, la enviase al hospital con un balazo en el hombro. El disparo, en realidad, había tenido como destinataria a Matilde en un acto de despecho y celos.

—¿Cómo se encuentra su hija Céline? —lo interrumpió, y Aldo calló abruptamente y se la quedó mirando.

—No muy bien —admitió tras esa pausa—. Ha intentado escapar en dos oportunidades. —Soltó un suspiro y se tocó la frente con aire de agobio—. Ya lleva un año y medio internada en la clínica de Londres y no se han verificado avances.

—Lo siento.

—Gracias, Diana. Lo aprecio viniendo de ti que, por defender a mi princesa, saliste malherida por culpa de Celia —Martínez Olazábal no llamaba a su hija por el nombre artístico—. Nunca terminaré de agradecerte por haberle salvado la vida a Matilde.

—Matilde es una hermana para mí, señor Aldo. Haría cualquier cosa por ella.

—Gracias, querida.

Kovać y los tíos de Matilde se habían sentado para continuar la charla acerca de la labor que desempeñaba Amélie en el Congo. Sofía insistía en que las autoridades de Duga Sarajevo y su hija debían ponerse en contacto

pues desde hacía meses Amélie denunciaba casos de robos de niños y de adolescentes que las autoridades del país desoían.

—Me parece una magnífica idea... —Kovać se interrumpió cuando le tocaron el brazo. Giró sobre la silla y se encontró con un hombre de anteojos y nariz prominente; le calculó unos treinta años.

—¿Señor Kovać? —Asintió apenas, difidente—. Soy Pierre Larais, de la Agencia Reuters.

Kovać se puso de pie de manera decidida y, con su metro noventa y tres, superó la estatura del periodista en un par de decenas de centímetros. El hombre dio un paso atrás, intimidado; ya no sonreía. Kovać columbró en torno y advirtió a un camarógrafo que, desde la puerta, filmaba la escena. La Diana, que se había percatado del intercambio, cortó el diálogo con Martínez Olazábal y caminó hacia Kovać, quien la ocultó colocándola delante de él y dando la espalda al periodista y al camarógrafo. El propio Sanny se aproximó para resolver la situación.

—Señor Larais —le habló con tono educado pero firme—, creo que fui claro cuando dije que esta era una recepción privada. Tendrá que acompañarme fuera. Y desde ahora le advierto que presentaremos una queja a las autoridades de Reuters.

—Solo quería entrevistar al señor Kovać —lo escucharon argumentar mientras Sanny lo conducía fuera.

Elijah Al-Saud se aproximó a paso rápido, y La Diana, que lo conocía bien, se dio cuenta de que, pese al gesto imperturbable, estaba muy alterado. Una falla en la seguridad podía significar que le arrebatasen a sus seres amados.

—Lo siento —dijo, mientras alternaba vistazos entre ella y Kovać—. Un descuido imperdonable. Ya estoy investigando cómo sucedieron las cosas. Alguna cabeza rodará por esto, se los aseguro.

—Había un camarógrafo a pocos metros del periodista —informó Kovać—. Filmaba desde el ingreso. Piel blanca, retacón, corpulento, cabello castaño muy rizado y barba desprolija.

—Me ocuparé de neutralizarlo —prometió Al-Saud y se alejó en dirección a la salida.

Kovać se volvió hacia La Diana. Se miraron en silencio y con semblantes serios antes de abrazarse.

—Ahora sí todos lo sabrán, ¿verdad? —la oyó decir.

—Me temo que sí.

El guardaespaldas se aproximó y se disculpó por importunar, pero la señora Al-Saud requería la presencia de la señora Diana en su consultorio. Se acordó de la sorpresa que Matilde le había mencionado un par de horas atrás y asintió.

—Leila —llamó a su hermana—, Lazar y yo nos ausentaremos un momento. ¿Puedes echarle una mirada a Dare de tanto en tanto?

—Por supuesto. Vayan tranquilos.

Caminaron tras el hombre hasta acceder a una puerta blanca. El guardaespaldas la abrió y les indicó que entrasen. Lo primero que la impactó de la amplia habitación fueron las paredes y el cielo raso. Un hábil ilustrador había pintado un cielo en tonalidades pastel con esponjosas nubes entre las que danzaban y saltaban angelitos regordetes, unicornios, hadas y duendes. También descubrió estrellas, una luna con cara sonriente y un sol con la boca abierta por donde emergía un pentagrama ondulante con notas musicales. Sonrió para sí. Muy de Matilde, meditó. Después de todo, se trataba del consultorio de una pediatra que en lo único que pensaba era en agradar a sus pequeños pacientes. Después del impacto que significaron las paredes y el techo, se dio cuenta de que, además de Matilde, había una señora sentada al escritorio; les daba la espalda.

—Lazar, Diana, pasen, pasen —los invitó Matilde, y el guardaespaldas cerró tras ellos.

La mujer se puso de pie y se giró lentamente. Kovać supo en el instante en que las miradas de su mujer y de la extraña se encontraron que se conocían y que para las dos resultaba emocionante, tal vez perturbador, volver a verse.

—¿Coralie? —quiso confirmar La Diana, y él enseguida comprendió que se trataba de Coralie Picard, la enfermera de Manos Que Curan mencionada en las memorias de la guerra.

—Sí, Mariyana, soy yo.

Se dieron un abrazo a mitad de camino.

—¡Qué magnífica sorpresa! —exclamó La Diana con acento inseguro, mientras se tocaba con cuidado los ojos maquillados y llorosos—. Gracias, amor —dijo, cuando él le tendió un pañuelo.

—Ayer llamé a MQC —explicó Matilde— y no me resultó difícil informarme acerca de Coralie. Todavía trabaja para ellos. Y estamos de suerte porque no es fácil encontrarla en París. Es un buen augurio —declaró, y miró con intención a La Diana.

—Acabo de volver de Burkina Faso —comentó la enfermera— y decidí tomarme unas semanas para descansar antes de viajar a mi próximo destino. Me alegro de que hayamos coincidido, Mariyana. Siempre quise saber de ti y de tu querida familia.

—Por favor —invitó Matilde—, tomen asiento. He pedido que les traigan de beber y de comer. Yo tengo que volver a la recepción, pero ustedes pueden permanecer aquí el tiempo que gusten.

La Diana la sorprendió abrazándola y besándola en la mejilla.

—Gracias, Mat. No sabes lo que esto significa para mí.

—Lo sé, lo sé muy bien, querida Diana. Nadie conoce como yo tu desolación. Creí enloquecer mientras Jérô estuvo perdido.

—Gracias —dijo en un susurro.

Matilde asintió con una sonrisa y se marchó. Regresó con Coralie Picard que ya se había sentado en una de las sillas que Kovać había organizado en círculo.

—Coralie, te presento a mi prometido, Lazar Kovać.

Se dieron la mano. La enfermera, que lo observaba con la usual admiración que su Lazar inspiraba, frunció ligeramente el entrecejo y ladeó la cabeza.

—¿Usted es quien salvó a las muchachas de los traficantes de personas?

Kovać bajó el rostro y sonrió con humildad.

—Es él, Coralie —confirmó La Diana.

—Es un honor conocerlo, señor Kovać.

—Llámeme Lazar, por favor.

Entró una camarera con un servicio de café y un plato repleto de sándwiches y canapés que apoyó sobre el escritorio de Matilde. Kovać se puso de pie, le preguntó a la enfermera cómo prefería el café y, mientras se ocupaba de servir, oía atentamente el intercambio entre las mujeres. Estaba feliz por su Diana y agradecido con Matilde. Solo esperaba que la enfermera tuviese las respuestas que su mujer añoraba encontrar.

—¿Cómo está la querida Eszter? —preguntó Coralie—. ¿Y el bueno de Ratko?

—Ellos murieron en Srebrenica.

—¡Oh, lo siento, Mariyana! Lo siento tanto. ¿Murieron durante la invasión de los serbios?

—El día antes de que Mladić invadiese la ciudad —contestó—. Murieron a causa de un mortero que explotó en la calle principal, donde teníamos

nuestra fonda y nuestra casa. Por fortuna, hallamos sus cuerpos y les dimos sepultura. Casi nadie en Srebrenica ha podido hacerlo con los familiares que perdieron. No se encuentran los restos. Los *četniks* los enterraron en fosas comunes y no quieren decir dónde están. Mis padres, en cambio, descansan juntos y, espero, en paz. Lo único que me entristece es que muriesen sin saber que Leila y yo estábamos vivas.

—¿Y tu hermano? No recuerdo su nombre.

—Sándor, Sanny lo llamamos. Él hizo algo muy insensato. No quiso dejar Srebrenica pese a la invasión de Mladić porque se dijo que si él se iba, Leila y yo nunca lo encontraríamos. Se ocultó en el sótano de nuestra fonda. Allí tenía un poco de comida que mi padre había acopiado abasteciéndose en el mercado negro. También tenía agua. Pero cuando lo hallamos estaba medio muerto, deshidratado. Me estremezco de pensar qué habría sucedido si nos hubiésemos demorado tan solo unas horas más.

Coralie Picard extendió la mano y apretó la de La Diana.

—¿Y tú y Leila, querida Mariyana? ¿Cómo lograron escapar de ese infierno en Rogatica?

—Gracias a ti, Coralie. —La mujer se irguió y la miró con ojos confundidos—. Cuando te arrojé aquella mamadera desde la habitación en la que me tenían encerrada, imagino que leíste el mensaje que te escribí.

—Sí, sí, claro que lo leí. Y apenas pude, hice la denuncia en Manos Que Curan y también di aviso a la Cruz Roja y a los Defensores de los Derechos Humanos. Más no podía hacer —se lamentó.

—Pues bastó para que tiempo después un grupo comando irrumpiese en la escuela y nos rescatase. El mismo grupo que nos escoltó hasta Srebrenica y salvó a Sanny.

—¡No sabes la alegría que me da saberlo!

—Y no sabes la alegría que me da poder agradecerte tu acción. Nos salvaste la vida.

—Sé que las tenían en condiciones infrahumanas.

—No creo que llegues a imaginar cómo nos tenían, cómo nos trataban.

En silencio, Kovać les extendió las tazas de café y les presentó el plato con manjares, que las dos declinaron con una negación de cabeza. Él ocupó su sitio junto a La Diana y bebió con la vista fija en la enfermera.

—¡Denuncia lo que padecieron, Mariyana!

—Escribí mis memorias del tiempo de la guerra —le contó.

—¡Publícalas! —se enardeció la mujer—. El mundo tiene que saber qué fue lo que realmente tuvo lugar en Bosnia. Algunos malintencionados hasta insinúan que es toda una invención de los bosnios musulmanes. Mira que hace años que trabajo para MQC y ya imaginarás la de cosas que he visto a lo largo de este tiempo, pero como los horrores que me tocó presenciar en tu país, nunca. Y sé que a nosotros, los de las ONG, se nos ocultaba casi todo, se nos disfrazaba la realidad. Igualmente... Bendito sea Dios —susurró la mujer tras esa breve pausa—. Era como si una legión de demonios se hubiese desatado sobre Bosnia y se diese un festín.

“Una legión de dragones”, se dijo La Diana.

—Coralie, entiendo que después de que los militares de la OTAN desmantelaron el centro de detención en la Veljko Vlahović, los de MQC se hicieron cargo de la emergencia humanitaria.

—Sí, así es. Pero, aunque las busqué en cada rincón de la escuela, no las encontré, ni a ti ni a Leila.

—Ya nos habíamos ido. Lo que no sabes es que durante el cautiverio tuve una hija.

—Oh —se asombró la mujer, y enseguida relajó la expresión—. No sé por qué me sorprende si era el más común de los casos. Nos encontramos con cientos de mujeres en la misma situación. ¿Te la quitaron?

—No —dijo, y bajó la vista. Le tembló la barbilla y se mordió el labio, incapaz de pronunciar lo que la torturaba. La voz profunda de Kovać la conmocionó al tomar la palabra.

—La niña quedó en el campo de concentración —expresó en un francés impecable—. Y Mariyana no ha sabido de ella desde entonces. Hemos querido encontrarla a usted, Coralie, para preguntarle si MQC puede indicarnos qué fue de la niña. Queremos recuperarla.

—Oh, pues... El día en que entramos en ese infierno nos abrumó la cantidad de niños que había. Era un campo de detención para mujeres y menores —explicó—. La emergencia sanitaria nos tuvo ocupadísimos durante las primeras horas. Después se procedió a confeccionar un listado muy meticuloso con todas las personas. ¿Cómo se llamaba tu pequeña, Mariyana?

—Larysa.

—¡Oh!

La Diana, alerta ante la reacción de la mujer, se retrepó en la silla.

—¿La conociste?

—¿Tenía una pulserita bordada con el nombre?

Fue incapaz de reprimir un sollozo. Kovać se apresuró a apoyar la taza sobre el escritorio para sostenerla entre sus brazos.

—Es increíble que aún la recuerde —manifestó la enfermera—, pero resulta ser que esa criatura nos dejó a todos perplejos. Era un caso único. Presentaba un excelente estado de salud, y estaba muy limpia, muy bien alimentada, con ropas de calidad. Incluso el médico del lugar, el doctor Pasik, si mal no recuerdo, nos informó que había recibido las vacunas. ¡En la Bosnia destrozada por la guerra, en la que no se conseguía nada de nada, esa niña había sido vacunada! Una mujer mayor la cuidaba con fiereza. Se notaba que le tenía especial cariño.

La Diana ajustó la mano sobre el antebrazo de Kovać. Recibía cada palabra de Coralie Picard como un golpe que aceptaba con estoicismo, pero así como eran golpes también constituían un canto a la esperanza.

—No recuerdo su nombre. Zobaida, Zube...

—Suada —la corrigió La Diana.

—¡Exacto! Suada. Ella nos explicó que Larysa era la hija del comandante de ese sitio. El comandante... no sé cuánto.

—Vuk —sugirió La Diana.

—Ese mismo. Vuk. Suada sostenía que era el padre de la niña y que no debíamos llevárnosla porque él vendría a buscarla y si no la encontraba se desataría un infierno. Le preguntamos por el tal Vuk, pero nos dijo que no sabía dónde estaba. Averiguando entre las prisioneras, supimos que se lo habían llevado malherido el día anterior y que quizás hubiese muerto.

—¿Qué fue de mi hija? —se atrevió a preguntar, y percibió que Kovać ajustaba la mano en su cintura; él también estaba conmovido.

—Tuvo el mismo destino de los cientos de huérfanos que dejó esa maldita guerra. La fuimos pasando de orfanato en orfanato. Todos tenían sus capacidades colapsadas, por lo que los movíamos de un sitio a otro. Pero recuerdo bien, porque fui yo misma la que cargó a Larysa la última vez que la vi, y fue cuando la trasladamos junto con otros niños a un orfanato en Sarajevo. Allí la recibieron la directora y su asistente, dos buenas mujeres.

La Diana actuó movida por el instinto. Se inclinó hacia la enfermera y le apoyó las manos en los antebrazos.

—¿Aquí estuvo mi hija?

—Sí, querida —contestó la mujer con voz forzada, muy afectada.

—Gracias —sollozó La Diana.

—¿Recuerda el nombre del orfanato, Coralie? —intervino Kovać.

La enfermera elevó la vista al cielo raso en el ademán de quien intenta recordar. Cuando volvió a mirarlos, La Diana desfalleció; resultaba claro que no lo recordaba.

—Lo siento, no, no me acuerdo. Eran tantos y con nombres tan extraños para nosotros. Pero puedo averiguarlo —dijo, animada—. El nombre tiene que estar en el *debriefing* que presentamos a MQC. Mañana mismo visitaré la sede. En la biblioteca se conservan todos los *debriefings* y están muy bien clasificados. No me será difícil encontrarlo.

—Gracias, gracias —repetía La Diana mientras le sujetaba las manos.

—Ojalá pueda ayudarte, Mariyana.

—Una vez nos salvaste la vida, a Leila y a mí. Tal vez ahora vuelvas a salvarme ayudándome a encontrar a mi hija.

* * *

Empleó el baño ubicado dentro del consultorio de Matilde para arreglarse el maquillaje, casi todo perdido a causa de las lágrimas. Se pintó un poco los labios, se acomodó el cabello y salió. Kovać la aguardaba junto a la puerta. Se refugió en la fortaleza de su cuerpo y se permitió descansar en la seguridad que le proporcionaba.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber él.

—Rara. Feliz. Triste.

—Te comprendo. Ha sido muy fuerte lo que acabamos de vivir. Objetivamente hablando —razonó Kovać—, creo que la reunión ha sido un éxito. Hemos obtenido información muy valiosa.

—Solo que no tenemos el nombre del último orfanato al que la llevaron.

—Apuesto a que a más tardar mañana por la noche lo sabremos.

La Diana alzó las pestañas para mirarlo y le clavó el mentón en el pecho.

—Nada de esto habría sido posible sin ti, amor mío. No creo que puedas imaginar cuánto te amo.

Kovać la besó en la mejilla y la mantuvo pegada mientras enterraba la nariz en su cuello perfumado.

—¿Deseas volver a la recepción o prefieres que vayamos al hotel?

—Volvamos a la recepción. Dare está divirtiéndose muchísimo, lo mismo mi tío abuelo. No quiero ser aguafiestas. Además tengo que agradecerle a

Mat y contarle a Leila.

A pasos de la sala donde se llevaba a cabo el festejo, se detuvieron al sonido de *Miss Sarajevo*, la canción que tanto significaba para ellos. Se miraron con sonrisas cómplices. La Diana le echó los brazos al cuello y, sin necesidad de palabras, se mecieron al ritmo manso de la melodía. Y cuando comenzó la parte entonada por Pavarotti, Kovać le cantó al oído las estrofas en italiano. La emoción fue tal que La Diana tembló, se erizó y apretó la cara para no llorar otra vez.

—Ahora tú y yo somos el río —susurró Kovać— y Larysa será nuestro mar. Y así como tú llegaste a mí y me hiciste feliz, llegaremos a ella y seremos felices los cuatro. Te lo prometo.

La Diana se cubrió la boca y asintió. La certeza de que ese hombre, solo por ser mágico y sanador, la guiaría hasta su hija le quitó el último vestigio de abatimiento en que la había hundido la reunión con Coralie Picard.

Entrelazaron los dedos e ingresaron en el salón. Buscaron a Matilde con la mirada y la descubrieron hablando con Nigel Taylor y Angelie. Avanzaron en su dirección. Matilde los vio y les salió al encuentro. La Diana la abrazó.

—Gracias por esta magnífica e inesperada sorpresa. No sabes lo que significó para mí.

—¿Y? ¿Te dijo algo que pueda servirnos?

—Sí. Ella misma la llevó a un orfanato en Sarajevo.

—¡Oh, qué buena noticia, Diana!

—No recuerda el nombre del lugar, por lo que mañana intentará averiguarlo en los *debriefings* de la época.

—Y no tengas duda de que lo hallará. MQC les da mucha importancia a los informes. Son muy rigurosos con su confección y recuerdo que se nos exigía escribir hasta los detalles más insignificantes.

Alguien llamó a Matilde, que se disculpó y caminó deprisa hacia otro sector del salón. La Diana tomó de la mano a Kovać y se aproximó al matrimonio Taylor. Se realizaron las presentaciones y fue inevitable que se mencionase la gesta vivida días atrás en los Balcanes. Angelie y Kovać enseguida entablaron una conversación acerca de Kabú y de Darko, por lo que La Diana se volvió hacia el ex soldado de L'Agence.

—¿Qué sabes de De Souza?

—Corren muchas voces —contestó Taylor—. La más plausible asegura que se fugó de Inglaterra con su hija. El destino es incierto.

—No lo es —afirmó La Diana—. Se esconde en los Balcanes. Lo protege el jefe mafioso de la región, para quien trabajaba. ¿Y qué sabes de L'Agence?

—Completamente desmantelada.

La respuesta le causó más tristeza de la que habría esperado.

—De hecho, muchos de tus ex compañeros nos han pedido trabajo a Eliah y a mí. Son magníficos soldados, como lo eres tú, Diana.

—¿Los contratarán?

—Si salen indemnes de las investigaciones que están llevándose a cabo, sí. No queremos inmiscuirnos con personas que no tienen escrúpulos para traficar mujeres.

—El que está metido también es Atsa Adakai —le informó, y se guardó de mencionar a Daen van Groen. Se lo debía; si estaban vivos, era gracias a él.

—Diné —evocó Taylor—, uno de los mejores rastreadores que conozco después de Sibi. Pero él no se presentó para pedirnos trabajo, al menos que yo sepa. Eliah me lo habría comentado.

—Y no se presentará. También debe de estar escondiéndose en los Balcanes.

—¿Cómo supiste de él? No aparecía en el video.

—Fue uno de los que nos persiguió mientras escapábamos de los traficantes.

—Oh —se sorprendió el inglés—. Haber sido rastreados por Diné solo hace que tu epopeya, querida Diana, sea aún más impresionante.

—Creo que los traficantes lo convocaron al final, cuando las cosas se les iban de las manos. En caso contrario, no sé si lo hubiésemos logrado —admitió.

—Como sea, creo que lo que hiciste es algo digno de admiración.

—Gracias, Nigel. Y el otro que está metido es el jefe de IT, el ingeniero Kaiser. Raemmers siempre me decía que era el mejor *hacker* que conocía.

—Gracias, Diana. Acabas de proporcionarme información muy valiosa.

Taylor y Angelie se alejaron para saludar a unos amigos, y Kovać y La Diana volvieron a ocupar sus sillas junto a Leila.

—¿Y Dare?

—Jugando a las escondidas con los demás. Daisy se esconde con él —añadió con una risita que a La Diana la alcanzó en el pecho—. Ah, Maša, te

traje esto. —Abrió su pequeña cartera Burberry y extrajo un sobre amarillo —. Tu copia de la foto de Dare y Daisy y otras que les tomé en estos días.

Se pusieron a ver las fotografías. Reían y comentaban. La Diana observaba de soslayo a Kovać y se percataba de que, aunque en la imagen hubiese varios niños, sus ojos se anclaban en Darko, el hijo de su corazón. Era una mirada cargada de orgullo.

—¡Mamá! —Darko llegó corriendo y se arrojó sobre sus rodillas.

Daisy lo imitó y se lanzó sobre las de Leila.

—Hola, *moje blago* —dijo, y lo besó en la punta de la nariz.

—¿Qué es eso?

—Fotografías que les tomó tía Leila. ¿Quieres verlas?

—Después. Ahora necesito preguntarte algo.

—¿Necesitas, eh?

Alzó la vista y vio a los hijos de Eliah y de Shariar y a Kabú que formaban un muro detrás de Darko. Se detuvo en los ojos exóticos de Jérôme, que la contemplaban con ansiedad.

—¿Y Yuriko, Jérô? —le preguntó.

—Se fue a pasar las vacaciones de invierno a Japón. Vuelve el domingo.

—Mamá —Darko la sujetó por las mejillas y le movió la cara hasta que sus miradas se encontraron—. Jérô me invitó a dormir a su casa esta noche. ¿Puedo ir?

Se percató de que lo había llamado por el sobrenombre, de seguro imitando a los demás. Y notó también que, de un modo natural, la elegía a ella y no a Kovać para dirimir esas cuestiones.

—¿Le preguntaste a tu mamá, Jérô?

—Sí, y me dijo que sí. También vendrán mis primos y Kabú —aclaró, y señaló a los demás.

De nuevo la asaltaron las emociones encontradas: veía tan feliz a Darko que el primer impulso fue prestar su consentimiento; pero le temía a que pernoctase en una casa donde nadie hablaba el serbocroata con fluidez. ¿Y si sufría una pesadilla? ¿Y si precisaba algo y no se daba a entender? Se volvió hacia Kovać en busca de ayuda, solo que sabía que no la encontraría por ese lado. Él le destinó una mirada apacible que hablaba a las claras. “Ya sabes lo que pienso acerca de este tema”, le comunicaban sus ojos.

—No has traído una muda de ropa, *moje blago*.

—Tengo esta —replicó, y se tocó lo que llevaba puesto.

—¿Y el cepillo de dientes?

—Jérô me prestará el suyo.

Leila y Kovać soltaron una carcajada, que extrañó al niño.

—Los cepillos de dientes no se prestan, cariño.

—¿Por qué no, papá?

—Porque es poco higiénico. No es limpio —aclaró Kovać—. Les propongo lo siguiente —dijo, y alternó miradas entre La Diana y el niño—: Dare viene al hotel con nosotros, se da un baño mientras tú y yo le preparamos una muda con cepillo de dientes incluido y después lo llevamos a lo de Jérô. ¿Qué opinas?

—¡Sí! —exclamó Darko.

Se colgó del cuello del padre y le plantó un beso ruidoso en la mejilla.

—Está bien —claudicó La Diana poco convencida.

Darko se alejó con sus amigos, y ella se volvió hacia Kovać.

—Lo necesitaba con nosotros esta noche. Es egoísta de mi parte, ¿verdad?

—Es muy maternal de tu parte.

—Sé que te inquieta el hecho de que Dare no sepa darse a entender —intervino Leila—, pero no deberías preocuparte por eso. Es un niño muy inteligente. Me habría gustado que vieses las mañas de que se valía para que lo comprendieran. Algunas nos hacían reír a Peter y a mí por lo ingeniosas. Es realmente brillante tu Dare, Maša.

—¿No vas a contarle a Leila a quién acabas de ver? —la instó Kovać.

De ese modo pasaron los últimos momentos de la inauguración de la clínica, hablando de Coralie Picard, y con ella, del pasado, pero no del vivido en Rogatica ni de la pérdida de Larysa, sino de los tiempos felices en Srebrenica. Y Kovać rio a carcajadas cuando Leila le contó la historia de la bicicleta desde su punto de vista y con agregados que La Diana se apresuraba a negar, lo cual incrementaba las risotadas del hombre.

* * *

Sentada en el borde de la bañera y en bata, La Diana lavaba el pelo de Darko. Se lo enjuagó con la ayuda de una jarra y rio por el modo exagerado en que apretaba los ojos por temor a que el champú se filtrara. Lo hizo poner de pie y lo instó a que se bañase con la esponja enjabonada.

—¿Qué te pareció Kabú? —le preguntó.

—Es bueno. Kabú es el mejor amigo de Jérô —dijo de capa caída y con el mentón pegado al pecho.

—¿Cómo lo sabes? —El niño se encogió de hombros—. Sucede que se conocen desde hace mucho tiempo. Se hicieron amigos en el orfanato donde vivían.

Darko alzó la vista súbitamente.

—¿Jérô y Kabú vivían en un orfanato como yo?

—Así es, igual que tú.

Lo sacó de la bañera y lo depositó sobre una alfombra de toalla. Lo secó con fricciones que le habrían arrancado risas si no se hubiese empeinado en la actitud meditabunda.

—Kabú tiene marcas en la cara —mencionó de pronto.

—Porque gente muy pero muy mala le arrojó un líquido al rostro, un líquido peligrosísimo que quema la piel. Por eso tiene marcas.

—¿De veras, mamá?

—De veras, *moje blago*. Porque hay gente muy pero muy buena, como papá o como tía Leila, pero tú y yo también sabemos que hay gente muy pero muy mala, ¿verdad?

—Sí. Papá también lo sabe.

—Sí, papá también lo sabe.

—¿Cómo sé si alguien es muy malo?

—Lo sabrás cuando seas grande. Mientras tanto, no quiero que te preocupes ni pienses en ello porque papá y yo te protegeremos siempre y ninguna persona mala te hará daño.

Darko se abrazó a su cintura y le apoyó el carrillo en el vientre. La Diana lo rodeó con los brazos. Era tan pequeño y flaquito su adorado *moje blago*.

—¿Sabes, *moje blago*? Tengo el palpito de que tú, Jérô y Kabú serán los tres grandes amigos para siempre.

—¿Qué quiere decir tengo el palpito?

—Que lo siento aquí, en mi corazón, que ustedes serán grandes amigos.

Oculto tras la puerta del baño, Kovać observaba la escena y gozaba. Era tan perfecta la felicidad y sin embargo presentaba una fisura ostensible pues su mujer se sentía incompleta. Por eso, y pese a todo lo que ya le había concedido, se atrevió a pedirle al dios al que había servido durante más de diez años una última gracia: que un día no muy lejano, su Diana pudiese estrechar a Larysa del mismo modo en que lo hacía con Darko en ese instante.

* * *

Al llegar a la casa de la avenida Elisée Reclus, se encontraron con que los siete niños —los dos mayores de Eliah y Matilde, los cuatro de Shariar y Kabú—, todos bañados y en pijama, cenaban en la isla de la cocina. Las cuatro empleadas se afanaban en servirles, cortarles los bifés y limpiarles las bocas. Darko se sintió intimidado y se aferró a la mano de Kovać. La Diana acercó dos banquetas; ubicó al niño en una y ella ocupó la otra. De inmediato, Marie colocó un vaso y cubiertos frente a Darko, y La Diana le abrió la servilleta sobre las piernitas. N'Yanda depositó un plato con un bife humeante y jugoso y una porción de puré de zapallo y papas. Lo arrastró delante del niño y lo miró a los ojos. Darko parecía hipnotizado con la vista fija en la congoleña, que hizo algo inusual: sonrió, una sonrisa expansiva como La Diana jamás le había visto, a la cual Darko respondió de inmediato. La mujer continuó asombrándola al acunar la mejilla del niño y darle un beso en la frente, donde se demoró unos segundos con los ojos cerrados. Daba la impresión de que rezaba. Una emoción intensa se le alojó en la garganta. Detuvo a N'Yanda sujetándola por la mano. Se miraron en lo profundo de los ojos, los de La Diana abrumados de desesperación y duda; los de la vidente, serenos e invariables.

—Él —dijo la congoleña, y apoyó la mano en la cabeza del niño— es parte de usted, porque en una vida pasada salió de sus entrañas. —Suspendió la mano sobre la cabeza de Darko y la giró lentamente hasta señalar el espacio vacío detrás del niño—. Su ángel guardián lo protege —aseguró, y movió la vista hacia Kovać, que seguía el intercambio sin abrir la boca—. Y a él también. Con gran celo —añadió.

Se dio vuelta y se alejó hacia la mesada donde siguió cocinando bifés. La Diana, conmovida y con la mirada enturbiada, se dispuso a cortar la carne, pero Darko, que observaba lo que hacían Jérôme y Kabú, le pidió el cuchillo y el tenedor y la trozó solo. La Diana rio con un sonido extraño y lo besó en la frente. Al sentir las manos de Kovać en la cintura, recostó la cabeza en su pecho.

—¿Qué fue eso?

—Es una vidente muy poderosa —afirmó, y se giró en la banqueta para enfrentarlo—. El lunes por la noche me aseguró que Larysa está con vida en Bosnia.

Las cejas oscuras de Kovać avanzaron sobre su frente en un gesto de asombro, y La Diana no supo si lo sorprendía la revelación o que le diese crédito a la mujer.

Elijah Al-Saud entró en la cocina, saludó a los recién llegados y luego se volvió hacia las empleadas.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó.

—Bañando a Kolia —respondió Agneska.

—Elijah —lo llamó La Diana—, ¿podrías mandar cerrar con llave la sala de la piscina? Dare no sabe nadar.

—Marie —se dirigió el patrón a la empleada—, ya has oído a La Diana. Ve y cierra con llave la sala de la piscina.

—Enseguida, señor.

—Lazar —lo llamó Al-Saud a continuación—, ¿me acompañas a mi estudio? Me gustaría hablar contigo.

Kovać la besó en los labios, en la coronilla al niño y partió detrás del anfitrión, que lo condujo a su despacho, una habitación en la planta baja, amplia y de severa decoración. Le indicó que ocupase el sofá mientras cerraba la puerta.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Tengo de todo —insistió Al-Saud, mientras se aproximaba al mueble donde guardaba las bebidas, junto al cual había un televisor enmudecido en un canal de noticias.

—Gracias, pero no tomo alcohol —afirmó Kovać mientras se sentaba y colocaba el tobillo de la pierna derecha sobre la rodilla izquierda.

—Yo tampoco —comentó Al-Saud y se encogió de hombros—. Este despliegue de botellas es, en realidad, para mis socios y mis amigos. —Se ubicó en una butaca delante de Kovać y lo miró a los ojos—. No dimos con el camarógrafo que viste filmándote. Lo siento, ha sido una falla en la seguridad imperdonable. Mis hombres lo buscaron por todas partes siguiendo las señas que nos proporcionaste, incluso lo buscaron dentro de un perímetro de tres cuerdas, pero se había esfumado. Tengo a mis secretarias llamando a todos nuestros contactos en la prensa para tratar de neutralizarlo, pero si, como creo, ya vendió la filmación al mejor postor, no servirá de nada. Desde que volvimos de la inauguración estoy con el canal de noticias encendido para controlar si pasan el video. Del uno al diez,

¿cuál es la probabilidad de que los traficantes quieran atentar contra tu vida de nuevo?

—Diez —respondió sin dudar—. La cuestión ya pasó a un plano personal —afirmó, y advirtió que si bien la expresión de Al-Saud no se había inmutado, se acomodó en la butaca en un gesto de elocuente inquietud. Se debatió entre revelarle la obsesión de Vuk por su mujer o callar. Al final guardó silencio para respetar la decisión de La Diana, que jamás lo había mencionado a sus amigos.

—Les asignaré dos guardaespaldas y no podrán moverse sin ellos. Lo harán siempre en una camioneta blindada.

—Creo que esta visita te costará una pequeña fortuna. Ya te agradecí por tu generosidad al alojarnos en ese hotel espléndido. Ahora te agradezco por proteger a mi familia.

—La Diana es mi familia también, y haría cualquier cosa por ella y por los que ama. De igual modo, el verdadero peligro se presentará cuando regresen a Sarajevo.

—Sí. Tendremos que extremar las medidas de seguridad.

—Hablaré con Sándor y les asignaremos guardaespaldas en Sarajevo hasta que atrapemos a quienes los están persiguiendo.

—Sería imposible para mí cubrir siquiera unas horas de su trabajo. No puedo aceptar, Eliah —manifestó Kovać.

—Lazar, comprendo tu incomodidad, pero te pido que me permitas ayudarlos en esta cuestión delicada. Lo que tú tienes que comprender es que yo a tu mujer le debo lo que más atesoro: la vida de Matilde —aclaró, y le refirió los hechos de un año y medio atrás cuando, durante la presentación del libro de cuentos *Las aventuras de Jérôme*, La Diana se lanzó sobre su esposa para cubrirla cuando su ex amante intentó asesinarla de un disparo —. Terminó en el quirófano, donde le extrajeron una bala del hombro. Conociéndola, imagino que no te lo contó.

—No me lo contó, no. Ella solo me refiere las cosas que la hacen sentir culpable, como la muerte de su ex novio, Sergei Markov.

Al-Saud volvió a rebullirse en la butaca y soltó un suspiro.

—Ese fue un asunto trágico —admitió Eliah—. Y fui muy duro con ella por haber abandonado a su compañero. Llegué a no dirigirle la palabra. Y me arrepiento. No quiero que malinterpretes lo que diré acerca de La Diana, Lazar. La considero uno de los mejores soldados que conozco, y conozco a muchos, créeme. Sin embargo, sé que ella habría muerto de haberse

encontrado en casa de Sabir. Los terroristas eran demasiados, aun para dos de la capacidad de Markov y La Diana. Estaban armados y muy bien entrenados. Nunca se lo he dicho a ella y creo que nunca se lo diré, pero me alegro de que haya tenido esa discusión con Markov que la hizo alejarse de allí.

—Yo también —afirmó Kovać.

Llamaron a la puerta y Al-Saud invitó a pasar. Se trataba de Shiloah Moses. Entró con un ceño y, luego de saludar con apretones de manos, anunció:

—Ya di con el medio que compró la filmación. —Se apoderó del control remoto y cambió de canal—. Era demasiado tarde para neutralizarlo. Ya lo han pasado dos veces —dijo—. Es Euronews, que no tardará en venderla a otros medios. Todos quieren una imagen del héroe de los Balcanes.

Guardaron silencio mientras esperaban a que terminase la publicidad. Hubo primero una nota sobre la presión de Estados Unidos a la ONU para que enviase a Irak un inspector que determinara si Saddam Hussein estaba acopiando armas de destrucción masiva. Kovać advirtió un cruce de miradas entre Al-Saud y Moses y dedujo, por el lenguaje corporal del primero, que el tema los preocupaba. Se olvidó de la cuestión al oír que el servicio siguiente lo tenía como protagonista.

* * *

En la soledad del despacho, se oía el crepitar de los leños que ardían en el hogar de mármol negro con vetas de oro. Afuera, la noche se cernía sobre el parque de la mansión cubierto de nieve e iluminado por decenas de reflectores ubicados en la terraza. Las sombras de los guardias que recorrían el perímetro acompañados por rottweilers y armados con AK-47 se proyectaban dentro de la estancia apenas iluminada por el fuego, la lámpara Tiffany del escritorio y la pantalla del televisor.

De tanto en tanto, Vuk despegaba la vista del documento que leía, sorbía *šljivovica* y lanzaba vistazos al canal Bloomberg; aguardaba el servicio que le informaría acerca del comportamiento de las acciones en Wall Street. Alzó el volumen cuando la periodista especializada en cuestiones de la bolsa apareció en la pantalla. Prestó atención a los valores y a los comentarios. Minutos más tarde llamó a su agente en Nueva York y le soltó

unas indicaciones antes de cortar sin despedirse. Regresó a su canal favorito de noticias, Euronews.

Llamaron a la puerta, y ordenó que entrasen. Se trataba de De Souza, escoltado por Mirko. Lo seguían esos dos con los que iba a todas partes desde que Piersanti Righi había muerto, el tal Atsa Adakai y el holandés Daen van Groen. Luego de que el helicóptero se hubiese alejado con Mariyana y con su hermano Lazar, habían encontrado a Righi en el bosque con la mano derecha destrozada y varios balazos en el cuerpo; uno letal en la frente. Lo lamentó, pues se había tratado de un magnífico soldado y de un aliado inteligente, de recursos e iniciativa. Hasta que decidió volverse ambicioso. A decir verdad, siempre había sido consciente de que tarde o temprano habría tenido que eliminarlo; uno como Righi nunca aprendía la lección porque no le temía a nada. Ordenó que cargasen el cuerpo en la camioneta, lo hizo enterrar en el predio de su propiedad y después se ocupó de comunicárselo a su socio Gabrielli, que, si bien consideraba un hermano a Righi, le conocía el costado inestable y peligroso. En el mundo despiadado en el que se movían eso se pagaba caro. ¿Cuánto habría pasado antes de que Piersanti, movido por la codicia, se les hubiese vuelto en contra y comenzado a vender información como les había sucedido con ese gusano de Radomir Boban? Bueno, concedió, para algo sí les había servido el imbécil de Boban. Después de todo, su traición los había conducido a Mariyana, que colaboraba con los de Duga Sarajevo. Apretó el vaso al recordar que no solo los ayudaba; también se acostaba con el vicepresidente.

—¿Nos mandaste llamar, *vojvoda*? —preguntó De Souza.

Le indicó que se sentase; a los otros, los dejó en pie. Mirko, sin necesitar invitación, se apoltronó en el sofá y fijó la vista en el televisor. Vuk siguió leyendo un párrafo del documento no porque fuese importante o interesante sino para demostrarle a ese ex oficial de la OTAN que su vida dependía de él ahora que lo perseguían como al peor de los criminales. Lo sabía asustado pero también enfermo de rabia y odio. Aunque se mostrase obsecuente, lo culpaba por su carrera truncada y por la vida de fugitivo que se veía obligado a llevar desde que el video había caído en manos de la prensa primero, de las autoridades después. El hecho de que los sicarios asesinos de su esposa tuviesen su número telefónico registrado en el celular tampoco le habría pasado inadvertido; ya debía de haber adivinado que se los había dado él como una forma de reaseguro.

Igualmente se andaría con cuidado y ejercería presión en la medida justa. En cierta forma, él también dependía del portugués y de sus habilidades como militar de élite. El fracaso clamoroso de sus hombres en la cacería para recuperar a Svetlana lo había obligado a poner en manos de De Souza y de sus hombres la búsqueda. Más allá de eso, tenía que dejar en claro quién portaba la graduación más alta en ese pequeño ejército que él comandaba desde hacía años.

A veces se sorprendía al reflexionar que durante tanto tiempo esos dos, Righi y De Souza, hubiesen trabajado codo a codo con Mariyana, y él, que la buscaba incansablemente, no se hubiera enterado. Solo hablaba de ella con sus hombres de confianza. De habérselas mencionado, ya la habría tenido en su poder.

Alzó la vista y la fijó en la de De Souza; le gustó que se inquietase.

—¿Qué noticias me tienen?

—No hemos podido determinar adónde fueron luego de que dejaron Camp Bondsteel, ni las muchachas ni los de Duga Sarajevo —admitió—. Estamos siguiendo a los familiares de Kovać, a los Mesić. Tal vez podríamos usar a alguno para que Kovać y Diana den la cara.

—Deja a los Mesić de lado. ¿Crees que no los están vigilando y protegiendo después del escándalo que se armó en la prensa? No quiero más cagadas, De Souza. Ya tenemos suficiente con esta nueva policía que están organizando, la tal STOP, creada solo para rompernos las pelotas. Nos obligará a replantear el negocio desde cero. No quiero seguir dándoles excusas para que me jodan, por lo que te ordeno que te muevas con extrema cautela.

De Souza estuvo a punto de recordarle que secuestrar a Diana y a Kovać, los héroes del momento, provocaría un escándalo de proporciones mayúsculas. Se guardó el comentario. Nada detendría al *vojvoda* en su determinación por encontrarlos y saltaba a la vista que poco le importaban las consecuencias.

—*Vojvoda* —insistió a riesgo de enfurecerlo—, los Mesić son un certero hilo conductor. Mis hombres los seguirán sin que nadie lo advierta. Es más, Diné —dijo, y echó el brazo hacia atrás en la dirección donde se hallaba el indio navajo— ya identificó hoy a los agentes que los custodian.

Vuk sorbió el último trago de licor y, sin mirar a De Souza, le prestó su consentimiento.

—Está bien, hazlos seguir, pero no quiero alterar el avispero más de lo que está.

—Sí, *vojvoda*. ¿Y tus contactos en la ONU qué dicen?

Vuk no le explicaría que sus contactos estaban muy por encima de los burócratas inútiles de la ONU, de los que a veces se servía para facilitar las cosas. Sus socios, los que ahora estaban enojados por la golpiza a la fiscal y la persecución escandalosa, tendrían que avenirse a ayudarlo si querían que el acuerdo por el cual él mantenía los Balcanes libres de terroristas musulmanes siguiese en pie.

—Esos idiotas están todos muertos de miedo y bajo investigación —dijo en cambio—. Por el momento, no contamos con ellos. ¿Qué hay de París y de Londres? —se impacientó—. Son los lugares donde podrían haberse refugiado, siendo que ella vive en Londres y su familia, en París.

—Sí, lo son —acordó De Souza—. Pero tenemos que movernos con cuidado. Mis hombres y yo estamos quemados y algunos de los tuyos también.

—¿Mis hombres también? Tienes cientos para elegir. ¡Un maldito ejército! ¿Y me dices que todavía no has enviado a nadie a ver dónde están? ¿Tengo que advertirte que si Svetlana llega a abrir la boca un infierno caerá sobre nosotros? Y si yo caigo, ¿adónde irán a ocultarse tú y tus hombres?

—Lo sé, *vojvoda*, pero es evidente que Svetlana todavía no ha hablado —manifestó De Souza con actitud conciliadora—. En caso contrario, ya habrían venido...

—*Vojvoda* —lo interrumpió Mirko—, mira. —El muchacho señaló el televisor donde aparecía la fotografía de Lazar Kovać, la que correspondía a la entrevista que Albert Coleman le había realizado en el hospital de Camp Bondsteel. A continuación se proyectó una corta secuencia en la que se veía claramente a un Kovać muy elegante y restablecido, que ocultaba con su cuerpo a La Diana. En la parte baja de la pantalla, con letras grandes y rojas, el titular rezaba: “El héroe de los Balcanes en París”. Vuk se apresuró a alzar el volumen con el control remoto, y los cinco escucharon atentamente la noticia.

—Pues bien —dijo el *vojvoda* dirigiéndose a De Souza—, ahora ya sabes que están en París. Espero que no desaproveches la información. Y recuerda, les cortaré los testículos si le tocan un pelo a Mariyana Huseinovic.

Ninguno de los presentes habría cometido el error de pensar que el jefe empleaba una hipérbole. Habían presenciado la muerte lenta y dolorosa que le había destinado a uno de sus hombres, el que había lanzado el misil contra el helicóptero en el que se alejaba el objeto de su deseo.

—Entendido —expresó De Souza—. Y a Kovać, ¿lo eliminamos una vez que le arranquemos dónde tiene a Svetlana?

—No —contestó con acento duro, y miró hacia abajo—. A él tampoco le tocan un pelo. Me lo traen aquí. Yo lo haré hablar.

CAPÍTULO VIII

Los Balcanes producen más historia de la que pueden digerir.

Winston Churchill, estadista y primer ministro británico
(1874-1965)

Se le borraría la sonrisa cuando le contase que la filmación ya se había filtrado en la prensa. No se lo mencionaría hasta el día siguiente. No quería que dejase de sonreír como estaba haciéndolo mientras le describía la cara que había puesto Darko cuando Matilde llegó con un ejemplar de *Las aventuras de Jérôme* y se lo entregó después de escribirle una dedicatoria ahí mismo, sobre la isla de la cocina, y que ella le había traducido. Siguió sonriendo mientras cruzaban el *lobby* del George V y le contaba acerca de cómo se habían divertido armando el *pijama party* en la sala de música, con colchonetas y bolsas de dormir. Los más grandes se habían propuesto pasar la noche en vela. Rio, y su risa le tocó el alma, cuando expresó que de seguro ya estaban todos dormidos, extenuados después de una jornada intensa. La sonrisa persistió mientras le refería acerca de una coreografía que habían bailado Amina y Francesquita y se demoraba no en los detalles del baile sino en la atención embelesada con que Darko las había seguido en sus pasos y volteretas. Tan entusiasmada le contaba acerca de esto que ni siquiera se daba cuenta de que él la sujetaba por la mano y la apuraba, ansioso por llegar a la habitación y quitarle el vestido. Por fortuna, después del baño de Darko, no se había decidido por un conjunto más cómodo, como él había temido, sino que se había puesto de nuevo el vestido y los tacos, y él la había deseado con la misma visceralidad de horas antes, cuando al verla cruzar la puerta de la habitación, literalmente le robó el respiro. Nunca, en sus casi cuarenta años, había visto una criatura de belleza tan sublime, delicada y elegante al tiempo que estrepitosa.

Las puertas del ascensor se cerraron y quedaron aislados. Ella siguió contándole que había dejado a Darko jugando a piedra, papel o tijera, que le había enseñado las reglas y a decir las tres palabras en francés, y que su Dare estaba divertidísimo. La acorraló contra la pared del habitáculo y la acalló con un beso que enseguida ardió como paja al sol cuando ella lo sujetó por la nuca y lo invadió con una lengua que lo tomó por sorpresa. Emitió un gruñido satisfecho dentro de su boca. Le deslizó las manos dentro del abrigo y le cubrió el trasero para empujarla contra su erección.

—Estoy loco por ti. ¿Lo sientes?

—Sí, te siento y te necesito dentro de mí. —La Diana sonrió contra los labios de Kovać—. Y tú, ¿me sientes a mí? —quiso saber, y le condujo la mano hasta el cuello, justo sobre la carótida para que percibiese el ritmo desenfrenado de su corazón—. Late como un loco por ti, Lazar.

Kovać le encerró la cara entre las manos y le devoró los labios con una renovada desmesura. Desde hacía unos segundos las puertas permanecían abiertas en su piso. Bajaron al sonido de una campanilla que anunciaba que el ascensor se pondría en funcionamiento de nuevo. La Diana profirió un gritito cuando Kovać la levantó en brazos y echó a andar a largas trancadas.

—Tú no caminas lo suficientemente rápido en esos tacos —se justificó.

—Pero te gustan mis tacos.

—Oh, sí. Y creo que les sacaré provecho. La llave —la urgió frente a la puerta de la suite—. Bolsillo derecho del sobretodo.

Siempre en brazos de Kovać, se ocupó de abrir, también de cerrar y de encender la luz.

—Nunca entramos como personas normales.

—De este modo es más divertido —alegó él, y la depositó sobre la alfombra de la entrada—. Quitate el abrigo, amor —le ordenó, mientras él se deshacía del que le había regalado dos días atrás. Lo arrojó sobre un sillón; hizo otro tanto con el de ella y ahí mismo, en el vestíbulo de la suite, la obligó a darse vuelta y la acorraló contra la pared. La oía reír de sus intentos por hallar el cierre en la espalda del vestido.

—Está en el costado izquierdo —se compadeció unos segundos más tarde.

Soltó una exclamación cuando se lo bajó con urgencia y la obligó a levantar los brazos para desnudarla. Kovać masculló una exclamación admirativa al descubrirle los portaligas, las medias y el conjunto de lencería. La Diana intentó darse vuelta. Él la obligó a quedarse de cara a la

pared. La risa y la diversión acabaron cuando comenzó a recorrerla con las manos, que la tocaban y la penetraban por todas partes, un momento le apretaban los pezones, un segundo después se introducían entre los pliegues húmedos de la vulva y un momento más tarde le acariciaban el ano de ese modo tan experto que le arrancaba una seguidilla de gemidos y espasmos.

—Gracias por ponerte de nuevo el vestido y los tacos —lo oyó decir.

—Me dijiste que querías quitarme el vestido y hacerme el amor con los tacos puestos.

—Es lo que planeo hacer.

—¿Qué tienes pensado?

—Penetrarte aquí, de pie contra la pared.

La Diana percibió que la vagina se le inflamaba y se le volvía pesada y húmeda. La sensación, que él siempre le provocaba, resultaba novedosa como la primera vez.

—Lazar —se quejó, impaciente, porque la presión se había vuelto incómoda y le acentuaba la sensación de vacío entre las piernas; lo necesitaba dentro de ella—. Por favor —suplicó, la frente contra la pared.

Él actuó sin palabras y ella fue adivinando sus acciones gracias a los sonidos. Supo que se había abierto el cinto por el tintineo de la hebilla; luego que se bajaba el cierre y, por último, lo oyó emitir un quejido, como si algo le provocase dolor; entonces supo que acababa de liberar su erección.

La espera pulsaba con un erotismo nuevo que quizá no habían alcanzado en otros encuentros, más visceral, más animal, menos paciente, menos comedido. El aroma del sexo aumentaba y le inundaba las fosas nasales. Jadeó y trató de enterrar los dedos en la pared cuando él la hurgó entre los pliegues para comprobar que se derretía de la necesidad por él.

—Lazar, por favor —volvió a suplicar.

Kovać respondió impulsándose dentro de ella con el mismo espíritu exigente e impaciente con que sus dedos la habían recorrido. En un acto instintivo, ella se puso en puntas de pie, solo un instante; luego apoyó los tacos en la alfombra y se dejó invadir por completo, y al deslizarse sobre él, fue aceptando cada centímetro de su carne dentro de ella. Había tenido razón, su adorado Lazar; los tacos dotaban a la escena de una lujuria incontenible.

—Diana —lo oyó pronunciar con acento desfallecido, y percibió sus labios en el hombro.

Se sentía atrapada contra la pared, las manos apoyadas a los costados de cabeza, la mejilla pegada al muro, a merced de él, que la mantenía inmóvil sujetándola por el monte de Venus y por un pecho, mientras le atenazaba el pezón entre el índice y el mayor. Percibía las ondulaciones de su pelvis mientras entraba y salía. Escuchaba sus propios gemidos irrefrenables, los que él le arrancaba al sobarle con destreza el punto del goce. Oía su respiración afanosa y el golpe de sus carnes cuando él se impulsaba dentro. No tardó en experimentar un alivio devastador, y eso marcó un punto de inflexión para Kovać pues, a partir de ese momento, las ondulaciones de sus caderas se tornaron agresivas hasta adquirir una velocidad que acompañaba con roncros jadeos, y al tiempo que buscaba aliviarse la incitaba a ella a volver a gozar. Alcanzaron juntos el placer, el de ella potenciado por los gritos de Kovać y por la intemperancia de sus manos, que agregaron un poco de dolor al segundo alivio. Lo sintió agitarse con movimientos espasmódicos en tanto los últimos vestigios de semen abandonaban su cuerpo y se alojaban dentro de ella. Quedó sin fuerza, y si no resbalaba hasta convertirse en un ovillo en la alfombra se debía a que él la mantenía en pie al empujarla contra el muro.

La invadió una sensación desencantada cuando él salió de ella. La levantó de nuevo en brazos. Cruzó la estancia con la misma premura que había recorrido el pasillo del hotel y la depositó en la cama. Se amaron cuatro veces a lo largo de la noche. Si se quedaban dormidos, el primero que se despertaba incitaba al otro a abrir los ojos y a continuar con esa extraordinaria experiencia de goce físico y unión de almas. Habían ensayado posiciones, se habían estudiado mutuamente, se habían contado secretos y habían compartido sueños.

—No sabía que podía ser tan perfecto —manifestó La Diana, agitada y satisfecha, con Kovać aún dentro de ella, tendido sobre su espalda.

—Dudo de que muchos experimenten esto que tenemos, amor —dijo, y le besó la boca aplastada contra el colchón—. Esto es único.

Como siempre le ocurría en instancias como esa, habría querido preguntarle por su vida sexual con Izia, por el amor que le había tenido. La curiosidad y los celos la perturbaban y, como una niña caprichosa, quería que le dijese que a ella la amaba más, que con ella gozaba como no lo había hecho con su primer amor. Sabía que se rebajaba con pensamientos de esa índole y sin embargo no conseguía cancelarlos.

Lo sintió apartarse. Kovać se acomodó a su lado, exhausto. Lo cubrió con las mantas. Se miraron en la penumbra de la habitación. Poco a poco, los párpados de él descendieron y cayó en un sueño profundo. Ella, demasiado energizada para dormir, se quedó observándolo. Le resultaba tan incomprensible lo que ese hombre le inspiraba que se preguntó si era normal.

* * *

A la mañana siguiente, ordenaron el desayuno en la habitación, y mientras esperaban, los dos envueltos en las batas blancas y cómodamente apoltronados frente a la ventana que se abría al jardín, La Diana llamó a Matilde para verificar cómo estaba Darko. Había dormido toda la noche sin despertarse. En ese momento se encontraban en el gimnasio de Eliah porque Jérôme quería mostrarles las prácticas de karate y shorinji kempo que Takumi *sensei* le enseñaba cuando iban a Ruán.

—¿Más tranquila? —preguntó Kovać al verla apoyar el celular sobre la mesa.

—Sí, más tranquila.

Llamaron a la puerta, y Kovać se levantó para abrir.

—Mira quién es, amor —le pidió, y aunque confiaba en la seguridad del George V, caminó detrás de él con la HP 35 amartillada; Kovać ya le había revelado lo de la filmación furtiva.

Una muchacha con el uniforme del hotel ingresó arrastrando una mesa rodante y la ubicó donde Kovać le indicó. Recibió unos francos de propina y se despidió con actitud sigilosa.

—Estoy famélico. No es de extrañar después de la maratón a la que me sometió anoche mi futura esposa.

—Creo recordar que fuiste tú el que me despertó para seguir haciéndolo.

—Yo te desperté una vez. Tú, todas las demás.

—¿De veras?

—Sí, de veras, y me hiciste feliz cada vez —dijo, mientras levantaba las campanas que cubrían los platos—. Nada de huevos revueltos con panceta —se lamentó.

—El doctor Cooper dijo que debías comer alimentos ligeros a los que podías agregar carnes rojas —le recordó La Diana, mientras de pie disponía frutas en un plato y se lo extendía.

—El doctor Cooper —la remedó Kovać— también dijo que nada de actividad física, y lo de anoche fueron como varias sesiones en el gimnasio de Brano. No te vi oponerte con el mismo empeño que a los huevos revueltos. —Se echó a reír al descubrir la mueca contrita de La Diana y sus mejillas arreboladas.

—Desde este momento, abstinencia absoluta —resolvió ella, y siguió preparándole el café y las tostadas con mermelada casera de frambuesa, su favorita; se lo había confesado el día anterior, y ella atesoraba la información.

—¡Ni lo sueñes! —se opuso él, y la obligó a sentarse sobre sus rodillas.

—¡Lazar! —se quejó, con el cuchillo cargado de mermelada en una mano y el pan tostado en la otra.

—Dámela —le pidió, y ella le acercó el cuchillo a la boca para que comiese la confitura de frambuesas.

Adoraba verlo gozar mientras saboreaba algo dulce, y le recordó a aquel primer día juntos, el no tan lejano 18 de diciembre, que sin embargo parecía la memoria de una vida pasada, cuando lo vio disfrutar en el bar, primero el budín con pasas y por la noche la *baklava*.

—Amo verte cuando comes cosas dulces. Pones una cara de embeleso entrañable.

—Sí, tengo debilidad por lo dulce —admitió, y después de dirigirle una sonrisa ladina, la mordió en el cuello, se lo chupó, lo succionó, y después la obligó a untarse mermelada en los pezones y se ocupó de limpiárselos de manera exhaustiva y meticulosa. Cuando hubo terminado, La Diana no se acordaba del propósito de cultivar la abstinencia y le permitió que la acomodase a horcajadas y volviese a penetrarla.

Desayunaron más tarde en un silencio cómodo y cómplice, intercambiando miradas cargadas de promesas. Compartieron un baño de inmersión en el *jacuzzi* y, luego de lavarse mutuamente, se quedaron relajados, la espalda de La Diana descansando en el torso de Kovać.

—Nunca me contaste que le salvaste la vida a Matilde y que recibiste tú el disparo destinado para ella.

—¿Te lo mencionó Eliah anoche?

—Sí, cuando me negué a que nos asignase guardaespaldas en Sarajevo. Le expliqué que no podía pagarlos, y él me dijo que te debía lo que más atesora: la vida de Matilde. Me sentí muy orgulloso de ti, amor. —Le apartó el pelo mojado y le besó la columna del cuello.

—Era lo menos que podía hacer luego de haberle fallado cuando la secuestraron en lo de Sabir Al-Muzara.

—¿Todavía te abrumba la culpa por eso? —preguntó, y La Diana, que ya le conocía las inflexiones y los acentos, detectó un sustrato de tristeza.

—No desde que tú me pediste que sintiese que me había salvado de morir para hacerte feliz a ti, al igual que yo estoy feliz de que no hayas tomado el lugar de Momo cuando estalló el obús en el Markale. —Se giró apenas para mirarlo a la cara—. Ya no siento culpa, Lazar. Tú llegaste y lo cambiaste todo. Lo que era oscuro ahora está lleno de luz. Gracias a ti.

Lo notó conmovido; se le evidenciaba en los ojos brillantes que habían adquirido la transparencia del coñac.

—Gracias —susurró él al fin—. Gracias por amarme.

La Diana lo besó en los labios antes de susurrarle sobre la boca:

—Locamente. Eternamente. Sinceramente.

—Felizmente —añadió él entre risas cargadas de emoción.

—Sobre todo eso, amor mío, *muy* felizmente.

Kovać le atrapó los labios con una exigencia que ella había creído satisfecha después del interludio durante el desayuno. La obligó a inclinarse contra el borde del *jacuzzi* y volvió a tomarla, y mientras se observaba los senos que rebotaban con sus acometidas, volvió a preguntarse si era normal la necesidad permanente de sentirlo dentro de ella, la de él por enterrarse en ella. ¿Qué le importaba la normalidad si eran felices? Esa era *su* normalidad, la de su adorado Lazar y la de ella. Extendió los brazos hacia atrás y le aferró los glúteos, y aunque tentada por cometer una osadía, la de acariciarlo allí donde él la acariciaba a ella, se detuvo al reflexionar que corría el riesgo de desestabilizarlo.

Solo bastaron sus dedos hundidos en la carne del trasero para que Kovać soltase un gemido tan brutal que la asustó. La empujó contra la pared del *jacuzzi* y eyaculó violentamente en una parálisis en la que se ahogaron aun los respiros afanosos. Pasado un momento, sintió que aflojaba las manos y que iba despegando los dedos uno por uno de su cadera, donde quedó un sutil dolor. Todavía dentro de ella y en un mutismo que cargaba la escena de un erotismo irresistible, le hizo rodar los pezones entre el pulgar y el índice. La surcó un ramalazo de placer. Kovać continuó con la dulce tortura, en sus senos pero también entre sus piernas, donde le masajéo el clítoris húmedo e hinchado.

Le observaba la espalda, que se arqueaba y se sacudía con movimientos espasmódicos en tanto la presión causada por la inminencia del placer crecía dentro de ella. Su sonrisa presuntuosa fue desvaneciéndose en tanto la carne de La Diana se ajustaba y se cerraba en torno a él. Sintió que volvía a crecer y se sorprendió; después de todo, ya no era un muchacho de veinte años, solo que Diana, desde que se había presentado en su vida veinticuatro días atrás, lo había abismado a sentimientos y a experiencias que rozaban lo sobrenatural, lo inverosímil, como por ejemplo lo que sucedía en ese instante en que volvía a endurecerse cuando pocos minutos atrás había tenido un alivio descomunal. Gozaron juntos, él echado sobre ella, que soportaba el peso recostada en el borde del *jacuzzi*.

Al terminar, la rodeó con los brazos y la incorporó con delicadeza. Se deslizó por la bañera y volvió a acomodarse con ella pegada al torso. Permanecieron inmóviles mientras restablecían el ritmo cardíaco.

Lo sintió relajarse contra la bañera, aunque notó que sus brazos ceñidos en torno a ella no se distendían.

—¿En qué piensas, amor?

—En pedirte algo que necesito superar.

—Cualquier cosa, Lazar.

La liberó del abrazo y le indicó que se volviese. Se contemplaron sin hablar. A La Diana le resultaba fácil atisbar la tormenta en sus ojos.

—Quiero que me toques el ano.

—Sí —respondió maquinalmente.

—¿Te dará asco?

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo puedes preguntarme eso? Tu cuerpo es mío.

—Sí, solo tuyo —susurró él, serio.

Se puso de rodillas frente a ella. La Diana le introdujo la mano entre las piernas, que Kovać apartó ligeramente. Mantenían las miradas fijas el uno en el otro, y lo vio estremecerse mientras con el antebrazo le rozaba los testículos y el pene en su paso hacia el punto al que él le temía. Cada milímetro ganado hacia el objetivo lo volvía más tenso y le agravaba la expresión.

—Lazar, amor de mi vida, ahora tu cuerpo es mío, solo mío. —Él se limitó a asentir con los labios sumidos entre los dientes—. No quieres que ninguna parte de tu cuerpo quede atrapada en el pasado.

Él ratificó su declaración con un brusco asentimiento de cabeza, y La Diana vio cómo se le tensaban los músculos del cuello y cómo se le agitaba la nuez de Adán al tragar compulsivamente.

—Porque todo lo que eres es mío, en cuerpo y alma. Incluso esta parte a la que tanto temes pero a la que yo amo como amo todo lo que es tuyo. —A continuación, le deslizó el filo de la mano entre los glúteos y se lo pasó una y otra vez por el ano.

Kovać intentó alejarse, pero La Diana lo sujetó con firmeza por el brazo y lo obligó a mirarla.

—No te dejaré volver al sitio donde sufriste. Quiero que te quedes aquí, conmigo, y que seas feliz. —Kovać la contemplaba con ojos cargados de desesperación que se movían rápidamente—. Tú eres mío, Lazar. Mío. Y esto es nuestro. De nadie más.

—Sí, sí —repetía para convencerse.

—Quiero que te permitas gozar con estas caricias —dijo, y usó los dedos del modo en que Kovać los había empleado con ella—. No tengas miedo, amor. Confía en mí —dijo, empleando las mismas palabras de él.

Lo vio crecer delante de ella, y la situación le resultó fascinante, y mientras con una mano seguía tocándole el sitio al que Kovać tanto temía, con la otra lo masturbó. El orgasmo lo sacudió poco después. La Diana no apartó la vista de su rostro contraído en una mueca de sufrimiento. Con los últimos gemidos, se abalanzó sobre ella y rompió a llorar.

—¿Por qué? ¿Por qué? —se preguntaba entre sollozos y ahogos.

La Diana se limitaba a apretarlo contra su pecho y a repetirle “te amo” por cada uno de sus cuestionamientos. Se sentó contra la pared de la bañera y recogió a Kovać en su regazo. Él parecía querer hacerse pequeño con las piernas largas encogidas y los brazos en torno a su cuello.

—Gracias —le susurró sobre la coronilla.

—¿Por qué?

—Por darme tu dolor, porque sé que nunca se lo diste a nadie, no de este modo, y ahora yo lo tengo y puedo ayudarte con la carga como tú me ayudas con la mía.

El silencio de Kovać era forzado en tanto buscaba controlar la emoción y el llanto.

—Cuando te vi ese maravilloso lunes 18 de diciembre en el gimnasio —habló él un momento después con voz insegura—, cuando sentí lo que sentí, eso tan fuerte y extraño, supe que estaba frente a alguien distinto,

especial, pero no estaba preparado para nada de lo que vino después, la felicidad más absoluta, el amor, la pasión que me despertabas; nada de todo eso pude avizorar simplemente porque no lo conocía. Habría sido como pedirle a un ciego de nacimiento que describiese el color azul. La única certeza con que contaba era que te quería conmigo, a mi lado, para siempre. Después llegó la sorpresa cuando me hiciste descubrir la felicidad, el amor, la pasión. Pero lo que acabas de hacer por mí, Diana —dijo, y alzó la vista hasta encontrarse con su mirada celeste—, algo que sí conocía y a lo que le temía, me ha devuelto mucho de lo que perdí cuando tenía once años. No creí que podría pasar por algo así de nuevo. Solo que había olvidado el modo en que cambias todo de una manera inexplicable.

—Igual que lo haces tú conmigo, Lazar. Yo también me preguntaba por qué a Leila y a mí nos había tocado un destino tan cruel. Ahora, desde que tú llegaste, la pregunta cambió y me cuestiono por qué la vida me regaló a la criatura más perfecta que existe, a mí, a la simple Mariyana Huseinovic. Ese es mi gran porqué ahora.

Kovać rio y, cuando la risa languideció, quedó la sonrisa que ella tanto amaba.

* * *

Envueltos en las batas de toalla, acostados en la cama de lado, uno frente al otro, se contemplaban sin palabras. La Diana le acarició la mejilla en la que se evidenciaba la falta de una rasurada.

—¿Qué pensabas mientras te masturbaba? ¿Quieres contarme o no estás preparado?

—Me aferré a ti para no recordar lo que él me hacía —le confió.

—Me convertí en tu anclaje —manifestó La Diana—. ¿Qué pensabas de mí?

—Reviví el primer orgasmo que te di, allá en el Sutjeska, en el refugio de montaña.

—Amor —se conmovió, y lo besó en los labios.

Volviéron a caer en un silencio cómplice, elocuente, de miradas fijas y comunicación sin palabras.

—Fue Ilić quien le dio el apodo de *vojvoda* a Dragoslav. Mi *vojvoda*, lo llamaba.

—¿Por qué le puso ese apodo, algo relacionado con la guerra?

—Visto a la distancia, creo que quería prepararlo como su mano derecha, su guardaespaldas, el jefe de la seguridad de sus propiedades, tal vez.

—Mientras era prisionera en el Veljko Vlahović no me daba cuenta de que Vuk no era un paramilitar común sino uno muy preparado. Lo comprendí cuando me convertí en un soldado de élite. ¿Crees que Ilić lo haya enviado a estudiar a alguna academia militar?

—Es posible. Lo veía poco, a Dragoslav —aclaró—. No sé qué hizo esos cuatro años que vivimos en la mansión de Smederevo. Izia y yo, como te dije, estábamos aislados, y pasaban largos períodos en los que no sabía nada de él. Siempre creí que acompañaba a Ilić en sus viajes, pero es posible que haya estado estudiando para convertirse en militar.

—¿Crees que Ilić esté implicado en el comercio de personas y en el tráfico de droga? Porque también trafican droga. Tenían un laboratorio de heroína en Tiráspol regentado por un hombre de Vuk, el que era su mano derecha en Rogatica. —Se detuvo; no podía seguir revelando información habida gracias a su trabajo en L'Agence.

—¿En Tiráspol? ¿En Moldavia?

—Sí.

—Los niños y las mujeres moldavas son de los más traficados en Europa.

—Lo sé. Pero, ¿qué piensas de Ilić implicado en el tráfico humano?

Kovać torció la boca en una clara muestra de incredulidad.

—Es un magnate, uno de los hombres más ricos del mundo, y consiguió su fortuna gracias a los laboratorios que levantó desde abajo. ¿Para qué querría mancharse las manos con una actividad delictiva? No digo que no cometa delitos, pero siempre dentro del marco de sus empresas y con una pátina de legitimidad, como por ejemplo lo que está haciendo al aprovecharse de los casos de Marburgo para conseguir que le aprueben el trigo transgénico. No tengo que explicarte esto a ti, amor, que sospechas que fue él quien secuestró a la hermana y a la sobrina de Nanuk e hizo volar un avión para ocultar su crimen. En fin, lo sé capaz de todo porque su ambición no tiene límite, pero no necesita vender droga ni traficar con personas. Está muy por encima de eso.

—Tú ya sabes lo que pienso, que fue él quien hizo entrar esos monos enfermos en Washington para que cundiese el pánico y la FDA se agarrase de un clavo ardiendo con tal de frenar la epidemia.

—Puede ser —volvió a acordar Kovać—. Pero insisto: convertirse en un simple narcotraficante o un tratante de personas... No es su estilo. Carece

del glamur que él necesita para sentirse seguro.

—¿Crees que sepa que Vuk es un traficante?

—No sé en qué términos está su relación. Hace casi veinticinco años que no sé de ellos. Puedo decirte que Dragoslav lo idolatraba y que Ilić lo trataba como a su mascota. Los dos son demasiado ambiciosos y egocéntricos para convivir en paz. Lo más probable es que Dragoslav se haya abierto por su cuenta, o bien Ilić lo expulsó de su entorno cuando Dragoslav se enredó en actividades mafiosas. ¿Recuerdas lo que nos dijo Callum, que Ilić era el hijo ilegítimo del regente Pavle? —La Diana aseguró que sí—. Pues él es muy consciente de su origen y se enorgullece al decir que pertenece a la antigua casa monárquica serbia, los Karađorđević. ¿Sabes de qué se jactaba? De descender del *vojvoda* Vlad III, más conocido como Vlad el Empalador, o Vlad Țepeș. Țepeș en rumano significa Empalador. En el mundo occidental se lo llama el conde Drácula.

—¡Oh! —se asomó La Diana—. ¿El conde Drácula existió?

—La creación del novelista Bram Stoker es una ficción, sin duda, pero se inspiró en un personaje histórico, el *vojvoda* Vlad III, que luchó incansablemente contra los turcos otomanos. Empalaba a sus enemigos. Se hizo famoso por eso, por su crueldad, y también por practicar el satanismo. Se dice que era feroz en el campo de batalla, y la leyenda asegura que había hecho un pacto con el diablo para que lo protegiese mientras destruía a los turcos.

—¿Y dices que Ilić se jactaba de descender de un monstruo como ese?

—Oh, sí que se jactaba. Es más, había confeccionado un árbol genealógico para demostrar que por su sangre corría la de Vlad el Empalador. Le encantaba hablar de eso, no solo de Vlad III, sino de todos sus *gloriosos* ancestros. Por eso digo que, con los delirios de grandeza que tenía, un simple gánster en la familia se habría juzgado inaceptable.

—Es lógico —admitió La Diana.

—La historia de sus antepasados era un tema que lo apasionaba. Izia y yo teníamos la obligación de conocerla en profundidad. Y admito que conociendo la historia de Yugoslavia, primero la del reino, luego la de la república, comprendí mucho de lo que padecimos durante la guerra.

—¿Por qué?

—Siempre fuimos una región asolada por la violencia. No te olvides de que en Sarajevo tuvo lugar el atentado que condujo a la Primera Guerra Mundial, cuando el serbio Gavrilo Princip asesinó al heredero al trono del

Imperio Austro-Húngaro y a su esposa en 1914. Terminada la guerra, Austria perdió sus territorios en los Balcanes, que pasaron a formar parte del reino de Serbia y Montenegro. Así nace la primera Yugoslavia, el *reino* de Yugoslavia —aclaró—, con Aleksandar I de la casa de los Karadorđević como autoridad máxima. Lo llamaban el Unificador por querer mantener unidas a todas las repúblicas, pero, como siempre en los Balcanes, se trató de una unión forzada. Se quería controlar todo desde Belgrado y esto, para los demás países, era inadmisibile. Para que te des una idea de la tensión que existía, en el 28, en el Parlamento, un diputado serbio asesinó a dos diputados croatas. Así nació el movimiento *ustacha*, que se oponía al poder de Belgrado. Trataron de asesinar al rey en el 33 en Zagreb. Lo odiaban porque Aleksandar los perseguía y reprimía con brutalidad. Al final, lo asesinó un búlgaro que pertenecía a un partido independentista de Macedonia. Lo hizo en Marsella, en el 34, durante una visita oficial de Aleksandar a Francia. Le pegó dos tiros y lo mató en el acto, y es el primer magnicidio que está filmado.

—Sabía lo del asesinato en Marsella. Lo estudié en el colegio, pero no sabía que se hubiese filmado. Nunca vi la película.

—Ilić tenía una copia analógica que nos obligaba a ver cada 9 de octubre, cuando se cumplía un nuevo año de la muerte de su tío Saša, como lo llamaba.

—Y después del asesinato del rey, ¿qué pasó?

—Como Petar, el heredero al trono, era muy joven, se nombró un regente, primo de Aleksandar, Pavle, el padre de Ilić, que se alió con los nazis. En el 41, con la ayuda de los ingleses, se derrocó a Pavle, y Petar accedió al poder. Para Hitler, el golpe de Estado fue una afrenta, por lo que convocó a sus aliados en la región (Italia, Bulgaria y Hungría) y se repartieron los Balcanes. En esta repartición, a Croacia se le concedió la autonomía, pero el gobierno de los *ustachas*, con Ante Pavelić a la cabeza, era un títere del Tercer Reich. Esta nueva Croacia tenía a Bosnia como parte de su territorio. Las deportaciones de serbios, ya fuese que habitasen en Croacia o en Bosnia, son un hecho que ningún historiador de los que he leído se atreve a negar; fueron legendarias.

—¿Y qué hay de Jasenovac?

—¿Conoces la existencia de Jasenovac? —se sorprendió.

—Vuk me obligó a leer un libro sobre el campo de concentración de los nazis en Croacia.

—Y de seguro te contó la historia de su madre, de cómo escapó de allí.

—Sí, lo hizo.

—En casa la repetía de continuo. Una vez le dije que ya me la había contado muchas veces y que no quería volver a escucharla.

—¿Y? —preguntó La Diana con miedo.

—Me dio una paliza. Me salvó uno de los ayudantes de mi padre. Creo que me habría matado a golpes. Cuestión —dijo deprisa— que el odio de los serbios hacia los croatas se afianzó durante los años de la Segunda Guerra Mundial, y fue en ese tiempo de persecuciones y muertes masivas que nacieron los *četniks*, como un grupo de defensa de la etnia serbia y de la monarquía de los Karadorđević. Detestaban a los croatas, pero también a los comunistas, es decir a los partisanos de Tito, porque estos querían una república y no un reino.

—Mis abuelos, que eran partisanos, odiaban a los *četniks*.

—Creo que todos cometieron atrocidades, ninguna facción quedó con las manos limpias de sangre, pero sin duda los más violentos fueron los *ustachas* y los *četniks*. Como sea, la guerra la ganaron los aliados de Tito, por lo que prevaleció su idea de una república para Yugoslavia con él como presidente. Tito era un hombre de un carisma indiscutible, que con mano de hierro mantuvo unidas a las facciones que poco tiempo antes se habían masacrado y odiado. Igualmente las personas no olvidan ni perdonan, y cuando Tito murió, los antiguos nacionalismos afloraron junto con los odios ancestrales. Si te pones a pensar —concluyó Kovać—, es casi un milagro que la República de Yugoslavia haya durado tantas décadas, con Tito o sin él. Tarde o temprano, los conflictos iban a explotar, porque como dijo Churchill una vez: “Los Balcanes producen más historia de la que pueden digerir”.

—Sí, es verdad. ¿Y qué piensas de eso que asegura el informe del MI6 que nos leyó Callum, que Ilić, junto con personajes como Milošević, Biljana Plavšić y Nikola Koljević, planeó, fomentó y financió la guerra?

Kovać guardó silencio mientras sometía la idea a una reflexión.

—Si es cierto lo que dicen los servicios secretos británicos, te aseguro que no lo hizo *junto* con Milošević, Biljana Plavšić y los otros. Él no hace nada con nadie. Lo hace solo, comandando sobre todos, o no lo hace. Eso por un lado. En cuanto a si es cierto, la pregunta que cabe es: ¿qué beneficio habría obtenido él al embarcarse en un proyecto riesgoso como ese? Es cierto que tiene delirios de reconstruir el gran reino de la Serbia, pero es un

hombre práctico y, sobre todo, inteligente. A simple vista no veo la ganancia para él y sí grandes riesgos, como haber sido acusado de criminal de guerra.

—Por lo tanto no crees en lo que dicen los servicios de inteligencia británicos.

—Es que no veo qué podría haber ganado él con algo así.

—Entonces Vuk —razonó La Diana— actuaba por su cuenta cuando comandaba sobre el Podrinje. Ilić no tenía nada que ver con esa actividad.

—Es posible. Dragoslav odiaba a los croatas por lo que les habían hecho a sus abuelos maternos y a su madre. Y odiaba también a los musulmanes porque se habían sometido a los turcos otomanos. Quería que la pura sangre serbia reinase en los Balcanes. En esos años, los nacionalismos exacerbados cambiaron a gente normal y tranquila y la convirtieron en monstruos. Imagínate lo que esos discursos hicieron en un psicópata como mi hermano.

—No necesito imaginarlo —murmuró con la vista baja.

—Sí, lo siento, amor. No debí decir eso.

—No es nada, no me pidas disculpas.

—Creo que para uno como Dragoslav —retomó Kovać—, ahogado de rabia y de un impulso homicida, la guerra fue la válvula de escape para dar salida a tanta presión acumulada, y encima podía hacerlo con el aval de las autoridades serbias y serbobosnias.

Se quedaron mirándose, y La Diana fue estirando los labios en una sonrisa inesperada para Kovać, pues había estimado que hablar de Dragoslav la deprimiría.

—Eres tan hermosa cuando sonríes. ¿A qué se debe?

—A que tal vez no te lo dije pero me excita que seas tan culto.

—No, no me lo habías dicho —le confirmó él, y le deslizó la mano bajo la bata para sobarle el seno.

—¿Sabes qué quiero?

—Dímelo.

—Que toques el violonchelo para mí, conmigo entre tus piernas. Los dos desnudos —agregó, y sintió que detenía las caricias. Los ojos, repentinamente, se le oscurecieron.

—Lo haremos, amor. Todas las veces que quieras.

Sonó el celular de Kovać, que estuvo a punto de no contestar hasta que recordó que Shiloah Moses lo llamaría por lo de la entrevista. Se pasaron el resto de ese jueves en la sala de la suite recibiendo no solo a Moses y a su

fotógrafo sino a tres de sus amigos y colegas parisinos, uno de *Le Figaro*, otro de *Le Monde* y por último uno del *Libé*, como los parisinos conocen al *Libération*. Y casi al final del día aceptaron que los entrevistase Pierre Larais, el periodista de Reuters que el día anterior había abordado a Kovać durante el cóctel de la inauguración. Después de todo, trabajaba para la agencia de noticias más importante del mundo.

* * *

Habían transcurrido otra noche solos —Darko seguía como huésped de Matilde y Eliah—, y mientras desayunaban en la suite del George V, analizaban las posibles fechas para la boda. Viki se las había pasado a Kovać temprano esa mañana.

—La del 28 de febrero es la mejor —postuló La Diana—. Cae un miércoles —dijo, mientras consultaba el calendario en su celular—. Me dices que el jueves 1° de marzo es feriado.

—¿No te parece mejor el viernes 2 de febrero? —insistió él.

—Amor, hoy es 12 de enero. Faltan veinte días para esa fecha. No haremos a tiempo de nada.

—¿Tiempo para qué? Tenemos que ir al Registro Civil y casarnos.

—¿Y los preparativos? ¿Y la fiesta?

—Algo muy sencillo en casa de Viki y Brano, solo nosotros y nuestras familias.

Siguieron negociando, Kovać empeñado en acabar con el asunto cuanto antes; La Diana más proclive a posponer el evento.

—¿No deberíamos dejar lo del matrimonio para... digamos, mediados de año, y dedicarnos a nuestro regreso a encontrarle una escuela a Dare?

—Tú no te preocupes por la escuela de Dare —dijo Kovać—. Yo me encargaré de eso. Hasta que consiga más horas cátedra, tendré tiempo para todo, para buscar una buena escuela para nuestro hijo y para organizar nuestra boda cuanto antes. Tengo un amigo en el Ministerio de Educación que me echará una mano con lo de la escuela.

—¿Por qué no lo enviamos al Treća Gimnazija?

—Es una escuela privada y un poco cara —alegó Kovać.

—Eso no importa, siempre y cuando sea buena.

—Sí, es buena. Pero no eludas el tema más importante. Quiero seguir hablando de lo de las fechas para nuestra boda.

Al final se decidieron por el miércoles 14 de febrero.

—Existe una licencia de varios días por matrimonio —recordó Kovać—. Nunca presté atención por razones obvias —dijo, y sonrió de costado—, pero la pediré para que podamos irnos aunque sea a la cabaña de Goga en Crni Guber. ¿Qué opinas, amor?

—¿Y Dare?

—¿Qué pasa con Dare?

—Si nos vamos aunque sea por un corto período, seguirá perdiendo días de clase.

—No lo llevaremos con nosotros, Diana.

—¿No? ¿Por qué no? ¿Con quién lo dejaremos? No, Lazar, no quiero.

—¿Nuestro hijo en nuestra luna de miel? No tiene pies ni cabeza.

—¿Por qué no?

Siguieron argumentando hasta que La Diana claudicó en su intención de llevar al niño al viaje de bodas si Kovać consentía en que durase solo cuatro días, a lo que accedió. La Diana se sentó sobre sus rodillas para quitarle la mueca terca y amorrada; le atrapó el carnoso labio inferior entre los dientes y lo succionó. Kovać cedió de inmediato y se dieron un beso largo y fogoso.

—Perdóname —suplicó ella—. Hasta que el peligro haya pasado me costará mucho separarme de él.

—Y yo te amo por eso. Tanto, que no serías capaz de comprenderlo. Llamaré a Viki para pedirle que vaya hoy mismo al Registro Civil y reserve la fecha del 14 de febrero.

La Diana no se movió de sus piernas mientras él se comunicaba con la mujer. Sonreía al oírlo hacer planes para la celebración después de la boda. Distraída, recogió el celular de la mesa cuando el timbre le anunció el ingreso de un mensaje. La sonrisa se le fue disipando en tanto lo leía: “Saben que están en París. No conocen la posición exacta, pero irán por ustedes. Cuídate”. Si bien el teléfono pertenecía a un usuario desconocido, La Diana no dudó de que se trataba de Daen van Groen. Siguió con la vista fija en las trágicas palabras. ¿Por qué se sorprendía? La acción de los traficantes era la lógica derivación después de que Euronews hubiese revelado que se encontraban en la capital francesa. El pánico se le alojó en la boca del estómago. Kovać, que no apartaba sus ojos de ella, acabó rápidamente la comunicación con Viki.

—¿Qué sucede, amor?

La Diana le mostró la pantalla del celular y aguardó a que leyese el mensaje en inglés.

—*Jebati!* —insultó—. Maldita sea. ¿Quién te lo envía?

—Creo que Van Groen.

—Sigue metido en el corazón de la mafia, entonces.

—Sí, lo cual, como acabas de ver, resulta muy conveniente.

—¿Qué haremos?

—Extremar las medidas. Llamaré a Eliah y le contaré cómo están las cosas. No lo sorprenderé. Cabía dentro de las posibilidades después de lo de Euronews.

—¿No sería mejor irnos a Londres hoy mismo?

—Dare está muy entusiasmado con asistir al cumpleaños de Amina en McDonald's mañana sábado. Me resisto a que esos malnacidos le arruinen la ilusión a mi hijo.

Kovać la sujetó por el mentón y le dio un beso corto pero profundo que la dejó con los ojos cerrados y la boca entreabierta.

—Me excitas cuando lo llamas mi hijo. Deseé tanto que lo amases como yo.

—Al principio, quise amarlo para hacerte feliz. Ahora lo amo porque es él, mi *moje blago*, la otra parte de mi vida. Una parte eres tú, la otra él. Y bueno, hay otra que no sé si recuperaré algún día.

Se abrazaron en silencio. Kovać le aseguró al oído en una declaración ferviente:

—Larysa será nuestra, amor mío. No descansaré hasta devolvértela.

—Coralie no ha llamado —se desalentó.

—Dale un poco de tiempo.

—Dijo que iría ayer a la sede de MQC para consultar los archivos.

—Ayer fue jueves —le recordó Kovać— y hoy recién es viernes a las diez y media de la mañana. No ha pasado tanto tiempo, amor.

—Lo sé. Me pongo irracional y ansiosa.

—¿Porque eres un ser humano? —bromeó Kovać, y la hizo sonreír pese a todo.

En tanto él se duchaba para asistir a un almuerzo en lo de Alamán y Joséphine, La Diana llamó a Eliah y lo puso al tanto del mensaje de Foxtrot.

—¿Confías en él?

—Sí —contestó La Diana.

—Le ordenaré a Sanny que mande a buscarlos al George V con dos guardaespaldas en lugar de uno. Y tú, mantente alerta.

—¿Y Darko?

—Quédate tranquila. Darko está con mi familia ahora, tan protegido como ella. Igualmente avisaré a mis hombres para que extremen las medidas.

—Gracias, Eliah.

—De nada.

Apenas cortó, el celular comenzó a sonar de nuevo. Era Coralie Picard. El corazón le saltó en el pecho al oír la voz de la enfermera.

—Lo he encontrado. ¿Tienes para anotar?

La Diana corrió a la mesa junto al teléfono fijo y se sirvió de la papelería y la lapicera con el logotipo del George V.

—Sí, tengo para anotar. Dime.

—El orfanato era el Mariscal Tito.

—¿Mariscal Tito? —se sorprendió, pues era donde había vivido Darko.

—Sí, Mariscal Tito. Calle... Te la deletrearé.

—Cicin Han —leyó La Diana cuando la enfermera hubo terminado de dictársela.

—Exacto —confirmó Coralie—. Es en el número 33. Estuve leyendo el informe y también anoté otros datos, como que la mujer Suada Mehmedović y su hija Munira fueron conducidas a la ciudad de Tuzla por pedido de la señora Suada.

—¿Tuzla? —se sorprendió La Diana, pues Suada era originaria de Rogatica.

—Exacto. Allí vivía su hermana a la cual le pediría asilo.

—¿Apuntaste el nombre de la hermana?

—No, lo siento.

—Está bien. ¿Algo más relacionado con mi hija?

—No de ella específicamente. Apunté la fecha en la que entregamos al grupo de niños del cual formaba parte Larysa. Fue el 17 de enero de 1996. El nombre de la directora del orfanato era... Aguarda un momento. —La Diana escuchó el rumor típico del roce de papeles—. Licenciada Olga Oltrović, con acento en la c.

Lo escribió, frenética. El nombre le resultaba familiar, aunque bien podía tratarse de una mala jugada de su mente producto de la desesperación y del anhelo por saber.

—También anoté el nombre de la asistente de la directora. Su nombre era Ivanka Broz.

—¿B, r, o, z? —deletreó.

—Exacto.

—Como el apellido de Tito —comentó La Diana.

—No lo sabía —admitió la enfermera—. ¿Eso te dice algo?

—No, nada. ¿Algo más?

—No, lo siento.

—¡Esto es más que suficiente, Coralie! Al menos, tendremos por donde empezar. Nos has dado la punta del ovillo. Es mucho para nosotros. Gracias, muchas gracias.

Se despidieron segundos después. La Diana corrió al baño donde Kovać se afeitaba después de la ducha.

—¡Llevaron a Larysa al mismo orfanato de Dare! Acaba de decírmelo Coralie. En el Mariscal Tito de la calle Cicin Han. ¡Tal vez Dare estuvo con ella!

Se abrazaron, y Kovać le embardunó la cara con espuma de afeitar, lo que los hizo reír.

—¿Estás contenta?

—Muy contenta. Siento que por fin tenemos algo concreto por donde empezar.

—Llamaré a Bosa para que pida los registros del Mariscal Tito —decidió Kovać.

—¡Excelente idea! No quiero esperar a regresar para comenzar a buscarla.

Más tarde telefonearon a Bosa Dretar. Kovać le explicó la situación y la fiscal se mostró muy solícita por ayudarlos.

—Larysa ¿qué?

—La niña nació en cautiverio, y Diana no sabe si fue anotada legalmente, pero deberías probar con su apellido, Huseinovic, y también con el del padre, Milanković.

—¿Fecha de nacimiento?

—3 de febrero de 1995, en la escuela Veljko Vlahović, en Rogatica.

Se produjo un silencio del otro lado de la línea.

—¿Diana estuvo en el Veljko Vlahović?

—Sí, ella y su hermana Leila.

—¿Cuánto tiempo?

—Casi tres años.

—*Jebati!* —se escandalizó la mujer.

—Sí, *jebati* —la emuló Kovać.

—Deben de ser mujeres muy fuertes para haber sobrevivido.

—Diana es una mujer extraordinariamente fuerte —afirmó, y la miró con orgullo y le acarició la mejilla—. Su hermana está viva gracias a ella, a su fuerza.

—Entonces es una mujer digna de ti, Laza —concedió la fiscal.

—Soy yo el que no es digno de ella, Bosa.

—Cuestión de opiniones —intentó bromear la mujer—. Empezaré a investigar con esta información a ver qué podemos descubrir.

—Otro dato que obtuvimos fueron los nombres de la directora del orfanato y de su asistente en la época en que Larysa fue llevada allí.

—Pásamelos. —Kovać se los dictó y le preguntó si las conocía—. No —contestó la fiscal—, pero hace poco más de dos años que trabajo en la fiscalía. Preguntaré entre los empleados que están desde antes del 95 a ver si las conocen.

—Gracias, Bosa. ¿Cómo está todo por allí?

—Sigue convulsionado, diría. Para bien —añadió—. Estamos trabajando duramente para organizar la nueva fiscalía y STOP. Celhia y Madeleine son mujeres estupendas. Estoy feliz de que formen parte del equipo. ¡Ah, me olvidaba! Recibimos las copias de los legajos que se robó Carrie Stewart, y ya hay varios expatriados y, por supuesto, estamos tras la pista de Goran Vasilić. Sigue la limpieza de empleados de la ONU y de la IPTF. Es una cacería de brujas, como suelen ser estas cosas.

—¿Algún descubrimiento de relevancia? ¿Qué hay de la doctora buena?

—Seguimos investigando, Laza, pero hasta el momento no hemos obtenido ninguna información. Hemos clausurado varios burdeles y cabarets, pero las muchachas rescatadas no han oído hablar de ella. No dejaré el tema de lado. Al igual que tú, creo que podría significar un giro importante en las investigaciones.

—¿Pudieron dar con el paradero de la hermana de Nuur? Con Nadia —aclaró.

—No estaba en los burdeles ni en los cabarets allanados en estos días. Pero seguiremos buscándola. Para Madeleine y Celhia se ha vuelto una prioridad. Las golpeó el caso de las hermanas croatas. De hecho, han

llamado a Nuur en dos ocasiones desde que regresó a su país. Me contaron que ya empezó el tratamiento psicológico.

—Es una buena noticia. Y del *vojvoda*, ¿qué sabes?

—Nada, como si no existiese.

—¿Aun buscándolo como Dragoslav Kirilo Milanković?

—El único Dragoslav Kirilo Milanković que encontramos en los viejos registros yugoslavos figura como fallecido en el verano del 95, durante la guerra. Mandé pedir informes más específicos a los registros civiles de Belgrado y Smederevo, como me sugeriste. Pero no somos justamente Suiza en materia de eficiencia, y la cosa llevará su tiempo.

—Lo sé.

—Espera, espera. ¿No dijiste que el apellido de la hija de Diana podía ser Milanković?

—Sí.

—¿Tiene algo que ver con el Dragoslav Kirilo Milanković que buscamos?

—Es el padre de la niña, el captor de Diana.

—Comprendo. Una situación delicada.

—Ya. Otra cosa —dijo rápidamente para no ahondar en el tema—. No te olvides de que lo único que me dijo el soplón antes de morir fue “Arizona Market”. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Como sabes, el Arizona Market está en Brčko, es decir, fuera de mi jurisdicción, pero como ese territorio está bajo el gobierno de la ONU, le pediré a Madeleine que gestione una orden de allanamiento para ver qué conseguimos.

—Pero háganlo con gente de extrema confianza. De otro modo, será como siempre: alertarán a los traficantes y estos desaparecerán.

—Sí, señor jefe, como usted ordene. Por lo pronto, tú sigue dando entrevistas y apareciendo en los medios que eso ayuda a mantener el tema en vigencia.

—Ayer me lo pasé dando entrevistas para diarios de París y de Israel y para Reuters. Me aseguraron que el *Oslobodjenje* —aludía al diario más importante de Bosnia— las comprará todas para sus ediciones de los próximos días.

—Buena movida, Laza. ¿Cuándo regresan? Los necesitamos.

—Hacia fines de mes, antes de que venza el permiso para sacar a Dare de Bosnia. Y ve reservando el 14 de febrero porque ese día no podrás trabajar.

—¿Por qué?

—Porque tendrás una boda.

—¿Quién se casa?

—Diana y yo.

—¡Tan pronto! —se escandalizó la mujer.

—Si por mi fuese, me casaría hoy. Además, ¿no fuiste tú la que me dijo que sería beneficioso para los trámites de adopción de Dare?

—Sí, sí —aceptó—, yo misma te lo dije, pero me imaginaba que se casarían más adelante. No tendrán tiempo de preparar nada.

—Ya tenemos todo preparado.

—Seguro que Diana no opina lo mismo, pero bueno, ¿quién puede contigo cuando te pones terco?

* * *

Se despertó a las tres de la mañana con una opresión en el pecho que le cortaba la respiración. Se levantó con sigilo para no despertar a Kovač y cerró la puerta del baño antes de encender la luz. No se atrevió a contemplarse en el espejo. Pegó la espalda a la pared y se deslizó hasta tocar el piso frío de mármol. Descansó la frente en las rodillas y se mordió el labio para no llorar a gritos. Acababa de descubrir por qué el nombre de Olga Oltrović le resultaba familiar: aparecía en el artículo de Albert Coleman publicado el 6 de noviembre en *The London Times*. Al evocar el título de la publicación, la recorrió un escalofrío ominoso: *¿Adónde fueron a parar los niños huérfanos de Sarajevo?* La mención de la antigua directora del orfanato Mariscal Tito se hallaba casi al final de la crónica. Las palabras, que volvieron a su mente con macabra precisión, le profundizaron el ahogo en el pecho. *El último autobús desaparecido en suelo bosnio partió desde Sarajevo la madrugada del 6 de febrero de 1996, a menos de dos meses de terminada la guerra. Los niños que viajaban a la ciudad de Split en Croacia pertenecían al orfanato Mariscal Tito. El vehículo con los huérfanos se desvaneció y en su lugar quedaron dos cadáveres, el del chofer y el de la directora del hospicio, Olga Oltrović, hallados al borde de la ruta, a pocos kilómetros de la localidad de Međugorje, asesinados con armas de fuego. No hay testigos. Han pasado más de cuatro años desde este hecho atroz, y nada se sabe de los asesinos. Ni, por cierto, de los niños secuestrados.*

La torturaba una idea absurda, el hecho de que, mientras leía la nota más de dos meses atrás, no había sospechado cuánto le concernía y de qué modo la conmocionaría. Ese pensamiento la atormentaba tanto como otro: la posibilidad de cruzarse en la calle con su pequeña Larysa y no saber que se trataba de ella. En julio del 95 había tomado una decisión errada y ahora pagaba caro el momento de ofuscación y revancha. ¿Nadie se apiadaría de ella? ¿La vida no le daría una tregua, una segunda oportunidad? ¡Quería a su hija! ¡La quería, la adoraba, la necesitaba! ¡La quería con ella! Quería verla crecer, quería oírle llamarla mamá, quería que Lazar fuese su amoroso padre y Dare, su hermano mayor.

Se echó a llorar clavando los dientes en la rodilla cubierta por la tela delgada del camisón. Prácticamente no emitía sonido, aunque en su interior los alaridos y los clamores la ensordecían y la desgarraban. No la sorprendió escuchar que la puerta se abría y que Kovać ingresaba. Sin pronunciar palabra, se ubicó junto a ella en el suelo y la cobijó en su torso desnudo, donde La Diana ocultó el rostro y siguió llorando sin restricciones.

—¿Qué sucede, amor mío? —quiso saber después de unos minutos—. ¿Tuviste una pesadilla?

La Diana se despegó de su piel, que quedó brillante de lágrimas y saliva, y lo observó a través de la vista nublada. Kovać arrancó la toalla del perchero y le secó el rostro. Luego ella le secó el pecho.

—Recordé una cosa —murmuró al cabo sin mirarlo.

—¿Qué cosa?

—Recordé por qué el nombre que me pasó Coralie ayer me resultó familiar.

—¿Qué nombre?

—El de Olga Oltrović, la directora del orfanato Mariscal Tito en la época en que Coralie llevó a Larysa.

—¿Por qué te resultó familiar?

—Porque Albert Coleman la menciona en su artículo, el mismo en el que entrevista a los padres de Azem.

—¿Y qué dice de Olga Oltrović?

Le resultó imposible verbalizar lo que había descubierto. Él le acunó el rostro y la besó en la frente.

—Dime lo que sea. Cualquier cosa. Juntos lo enfrentaremos. No tengas miedo y confía en mí, amor.

—Oh, Lazar. —Se abrazó a él y siguió hablándole de ese modo, pegada a su cuerpo—. Olga fue asesinada en el 96, poco después de que Larysa llegase al orfanato. La asesinaron mientras conducía a los huérfanos fuera de Bosnia. Su cuerpo fue hallado en la ruta cerca de Međugorje junto al del chofer que manejaba el autobús que los transportaba a Split. El autobús, los niños y la asistente de Olga desaparecieron. Nunca más se supo de ellos.

—¿Y tú crees que Larysa estaba entre esos niños que desaparecieron?

—Sí.

—No lo sabemos con certeza, amor. Sé que es fácil pensar lo peor, es un mecanismo para enfrentar la desilusión, pero lo cierto es que no lo sabemos. Esperaremos a ver qué nos dice Bosa antes de extraer conclusiones.

—N'Yanda me dijo que está viva y en Bosnia —se recordó—, pero ya no sé qué pensar.

Kovać ajustó el abrazo.

—Sé que es difícil esto que te propondré, pero así como nos vienen ideas negras a la cabeza, quiero que pensemos en cosas hermosas, momentos maravillosos que viviremos junto a nuestra Larysa cuando la encontremos.

—Me da miedo hacerlo.

—¿Por qué? ¿Por miedo a la desilusión? —La Diana asintió sobre su hombro—. Ya estás desilusionada y decidida a creer que nunca más volverás a verla. Pon aparte esos pensamientos y permítete el gusto de imaginarla con nosotros. ¿Cómo la imaginas físicamente?

—No lo sé —se empecinó.

—Yo la imagino como tú, una muñeca perfecta de piel blanca, ojos celestes, boquita roja y cabello negro. ¿Qué dices?

—Puede ser. De las pocas veces que realmente la observé en Rogatica, la recuerdo muy blanca, con una mata de pelo negro tupido porque nunca la pelaron; Vuk no quería. Pero no consigo acordarme del color de sus ojos.

—Son celestes, no tengo duda. Pero lo confirmaremos con Leila. También imagino que ríe y se le forman hoyuelos en los carrillos regordetes. Y a mí me dan ganas de mordérselos de lo tentadores que son.

—La Diana rio apenas, sin fuerza—. Y lo hago, se los mordisqueo apenas, y a ella le gusta, le hace cosquillas, y después le beso el cuellito y le pincho la piel con la barba medio crecida, y ella se queja y me dice que me aparte.

—Te llama papá —acotó La Diana, y Kovać apretó el abrazo y cerró los ojos, emocionado.

—Sí, amor, me llama papá, y a ti, mamá.

—Quiero oírle llamarme mamá.

—Lo sé, amor mío, lo sé.

Recomenzó a llorar.

—No acepto la idea de pasarme el resto de la vida preguntándome qué fue de mi pequeña Larysa, qué suerte horrible corrió por mi culpa, por mi abandono.

—Y eso está muy bien. No conformarse es lo que nos dota de la fuerza para salir a conquistar lo que deseamos y para derrotar a lo que tememos. No bajaremos los brazos, Diana. Lucharemos hasta encontrarla. Los dos juntos, amor mío.

—Lazar —dijo, y se apartó para mirarlo—, solo porque estás conmigo es que me atrevo a recorrer este camino. Si tú no estuvieses... —Se le volvieron a anegar los ojos y le tembló el mentón.

—Lo sé, Diana. Sé lo que te pasa por la mente. Pero aquí estoy y siempre estaré.

* * *

Ya lo sabía: Darko era terapéutico, su medicina, el que la sanaba. Lo confirmó ese sábado después de una noche en vela y con la sensación opresiva que no la abandonaba. Al llegar a la casa de la avenida Elisée Reclus y sentirse envuelta en la alegría y el amor que el niño le expresaba con sonrisas, frases atropelladas, abrazos y besos, calmó el dolor causado por el descubrimiento de la identidad de Olga Oltrović.

Le había llevado una muda de ropa para cambiarlo antes del cumpleaños de Amina en McDonald's y, mientras lo vestía en el baño de la habitación de Jérôme, lo escuchaba relatarle las aventuras vividas con sus nuevos amigos.

—¡Anoche Jérôme trepó la palmera, mamá!

—¡Oh!

—¡Sí! Matilde le dio permiso y él lo hizo. ¡Es difícilísimo! Yo quise hacerlo, pero Matilde me dijo que no.

—Es que podías caerte, *moje blago*.

—Jérôme me prometió que me enseñará.

—Pero papá o yo tendremos que estar ahí cuando lo intentes.

—Está bien.

Siguieron conversando. Con el transcurso de los minutos, La Diana percibía que la angustia se disolvía y que la esperanza, sin razón alguna, volvía a ocupar su lugar. Se aferraría al amor de Lazar y *moje blago* en tanto enfrentaba la búsqueda de Larysa. Tenía que convencerse de que el camino que se abría frente a ella no sería fácil sino accidentado y lleno de callejones sin salida. Pero ella había transitado por senderos mucho más peligrosos y escarpados y no se amedrentaría. Fuese cual fuera el resultado, emergería entera de la prueba, y lo haría por las dos criaturas perfectas que la vida le había regalado. En un impulso, abrazó a Darko y lo apretó con un ímpetu que cortó el discurso del pequeño acerca de la película *Dinosaurio*.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, *moje blago* —dijo con voz evidentemente afectada—. Es que te amo montón, montón y necesitaba abrazarte fuerte.

El niño ajustó los bracitos en torno a ella y luego se apartó para besarla en la mejilla.

—*Je t'aime*, mamá. Montón, montón.

La Diana lo besó a su vez, incapaz de hablar. Al rato entró Kovać, que volvía con las botitas nuevas de Darko; había ido a limpiarlas.

—¡Qué guapo estás, cariño! —lo lisonjeó—. La ropa que te compró mamá te queda de maravilla. Ven, siéntate que te pondré el calzado.

—¡Yo me ato los cordones!

Estuvieron un buen rato intentando dar con los nudos correctos. La Diana los observaba. Verlos interactuar también la serenaba.

—Esta noche —anunció Kovać—, después del cumpleaños de Amina, volverás a dormir con nosotros al hotel.

—¿Por qué? —se desilusionó el niño.

—Porque mañana muy temprano partiremos hacia Londres y, pasados unos días, iremos a Escocia a visitar a Bruce, a tío Callum, a Zaína y a Goga.

—¡Sí! —se entusiasmó—. ¡Iremos al castillo de tío Callum! —exclamó, y La Diana sonrió por primera vez en ese día.

* * *

Lo observaba jugar en el sector para niños de McDonald's. La henchía de orgullo que se mostrase paciente y galante con los más pequeños, sobre todo con su prima Daisy, y que se cuidase de no atropellarlos en su afán por

tirarse por el tubo o saltar en el pelotero. Cada tanto, se volvía para confirmar que ella siguiese allí, mirándolo. El simple gesto la hacía sentir el centro del universo de esa criatura pequeña y vulnerable y al mismo tiempo tan medular para Kovać y ella.

Unas manos le rodearon la cintura por detrás, y ella las cubrió con las suyas. La familiaridad del contacto no cesaba de sorprenderla. Inclino el cuello para que Kovać se lo besase.

—Los adultos preguntan por ti —le susurró.

—No puedo apartarme de su lado. No puedo quitarle los ojos de encima. ¿Crees que lo sofoco, que es malo para él? Tal vez lo avergüenzo con sus amigos.

—¿Sabes? Entre los seres vivientes todo es una cuestión de energía; en realidad, de la percepción de la energía que emanamos de modo inconsciente. Y la tuya en este momento solo habla del amor que él te inspira. No estás aquí para controlarlo ni para amonestarlo, y él lo sabe. Es claro que te limitas a amarlo. Y para un niño como Dare, que padeció el infierno con solo siete años, saberse amado y protegido tiene un impacto inconmensurable y positivo en su psiquis y en su desarrollo emocional. Tú solo le haces bien, Diana. No dudes de eso.

—¿Crees que nos concederán la paternidad?

—Sí, lo creo. Seremos sus padres. Y él será nuestro hijo para siempre.

Elijah Al-Saud se detuvo junto a ellos y fijó la vista en los niños. La Diana le estudió el perfil ceñudo y supo que algo lo preocupaba.

—¿Qué sucede?

—Mis hombres avistaron un vehículo sospechoso estacionado sobre la Elisée Reclus y también cerca del George V. Presumo que son los traficantes.

—Lo supieron por Tango —dedujo La Diana.

—Sí —acordó Al-Saud—, yo también sospecho que De Souza les advirtió de tu amistad conmigo y les dio las coordenadas de mi casa y del hotel de mi hermano.

—¡Maldito sea! —masculló, y Kovać ajustó los brazos y la pegó aún más a su cuerpo.

—No me parece sensato que vayas a Londres, Diana. Tango conoce dónde vives. Podrían tener una escuadra apostada allí, esperándolos.

—Sí, es lo más probable. ¿Qué sugieres?

—Estoy disponiendo todo para sacarlos de aquí y hacerlos ingresar en el hotel de incógnito de modo que hagan las maletas para después conducirlos a Ruán. La seguridad del George V es buena, pero no para un caso como este.

—¿Tango no conoce tu hacienda? —se asombró La Diana.

—Raemmers la conocía. Tango, no.

—Lo complicado será volver a Bosnia sin que nos detecten —comentó Kovać.

—Le pediré a mi tío Callum que lo arregle con Klein —señaló La Diana.

—¿Confías en Klein? —preguntó Al-Saud, difidente.

—No —admitió La Diana—, pero sé que, como buen político, no desea otro escándalo, por lo que cuento con su interés para mantenernos con vida con el único fin de cuidar su imagen.

—Es lógico —admitió Al-Saud.

CAPÍTULO IX

*Una vez que eres prisionero en los campos [de
concentración],
siempre estarás allí dentro.*

Helga Weissová-Hošková, sobreviviente de Auschwitz
(1929)

Pasaron cinco días en la hacienda de Ruán. El que más disfrutó fue Darko, que estableció un vínculo de confianza y admiración con Takumi Kaito y rara vez se apartó de su lado. Transcurrían las mañanas en el *dojo* donde Takumi le enseñaba las técnicas de shorinji kempo que el niño ansiaba aprender para semejar a su ídolo Jérôme. Nada lo divertía tanto como cuando La Diana y el *sensei*, con catanas de madera o algún otro elemento, daban una exhibición de ninjutsu o de krav magá. En la primera ocasión, acabada la muestra de destreza y tras las inclinaciones de rigor, el niño invadió el *dojo* y se abrazó a la cintura de La Diana.

—¡Quiero aprender a pelear igual que tú, mamá! —expresó.

Antes de responder, intercambió un vistazo elocuente con Kovać mientras evocaba lo que él le había explicado acerca de la necesidad de las víctimas de abuso por aprender un arte marcial.

—Pelearás mejor que yo porque papá te enseñará taekwondo cuando regresemos a Sarajevo.

—¡Quiero empezar ahora!

—Ahora no, pues el médico le dijo a papá que tenía que esperar un tiempo antes de volver a hacer actividad física.

—Ah, bueno —se conformó.

Por las tardes, montado delante de Takumi, recorría la propiedad. La Diana o Kovać le traducían lo que el japonés comentaba acerca de la raza de los frisonos, y el niño oía con atención. Encontraba fascinante que en la

antigüedad se los hubiese empleado para la guerra dadas su alzada y su robusta constitución. No muy lejos los seguía la pareja de guardaespaldas asignados por Sanny, dos en quienes La Diana confiaba plenamente: Noah Keen y Ulysse Vachal; hacía años que trabajaban en equipo y parecían comunicarse con la mente. Más allá de la presencia de sus amigos, tanto ella como Kovać iban armados.

El ápice de la felicidad de Darko lo constituyó pasarse una noche en vela junto a Takumi y al veterinario de la hacienda mientras aguardaban a que una yegua pariese. La Diana y Kovać también participaron de la emocionante vigilia y, mientras se mantenían despiertos gracias al café que Shivani y Laurette les servían con frecuencia, traducían las preguntas inteligentes que el niño les dirigía al japonés y al veterinario.

El potrillo nació, y La Diana, en lugar de admirar el espectáculo que componía la desgarrada criatura y sus intentos infructuosos por incorporarse, observaba la expresión de éxtasis y asombro de Darko, su dulce y bondadoso Dare. Su hijo.

Una hora más tarde, en tanto regresaban a la casa, exhaustos, el niño, aferrado a la mano de Kovać, saltaba y parloteaba con una energía inagotable.

—¡Quiero ser veterinario como el doctor Philippe! —declaró.

—Es una profesión muy noble —manifestó Kovać.

—¿Qué quiere decir que es muy noble?

—Querer aprender a curar y cuidar a los animales es algo muy bueno, una tarea que solo las personas con un corazón bondadoso están dispuestas a hacer.

—Serás el mejor veterinario, *moje blago*. Ya lo verás. Nadie tiene el corazón más grande y generoso que tú.

El niño le dirigió una sonrisa al tiempo que la tomaba de la mano, y a La Diana le dio risa la expresión de ojos achinados y dentadura expuesta en la que faltaba un canino.

Al llegar a Ruán, encontraron felices y con buenos semblantes a Shivani y a Svetlana. Laurette las había cobijado bajo su ala maternal e incorporado a la vida y a las actividades diarias como si las muchachas fuesen de la familia. A Svetlana poco le permitía hacer excepto pelar papas o tejer para el niño. A Shivani, en cambio, que le costaba estarse quieta, le asignaba tareas que la mantenían ocupada el día entero; la muchacha india disfrutaba especialmente del cuidado de la huerta. Por el momento, se entendían con

señas y la asistencia de Takumi. Pero las jóvenes ya comenzaban a balbucear las primeras palabras en francés gracias a los videos de un curso que el japonés les había comprado y que seguían todos los días después de almorzar y al cual se les unía Darko, decidido a comunicarse con Jérôme en su lengua; resultaba muy gracioso verlo esforzarse por pronunciar un idioma tan distinto al serbocroata.

—Las dos son unos tesoros —le manifestó Laurette una mañana mientras sorbían café a solas en la cocina—. Pero la que vale su peso en oro es Shivani. ¡Qué niña tan despierta y servicial! Me gustaría que ambas se quedasen para siempre con nosotros. Han traído la alegría a esta casa. Y no puedo esperar a que nazca el niño de Svetlana. Será como un nieto para tu *sensei* y para mí, que nunca fuimos bendecidos con hijos. ¿Crees que sea posible?

—Dependerá de lo que ellas deseen, Laurette. Estimo que Shivani estaría encantada de quedarse aquí pues fue su padre el que la vendió a los traficantes y no desea volver a India. En cuanto a Svetlana, si bien expresó que no desea regresar a Ucrania, quiere sacar a su familia de allí y llevársela a vivir con ella a un país normal, así dijo.

—Pobres criaturas —se amargó Laurette—. No me han contado los detalles de su cautiverio, pero puedo imaginarlo.

—No, Laurette, no creo que puedas. Lo que esas bestias les hacen va más allá de cualquier imaginación, por muy vívida que sea.

La mujer soltó un suspiro y se levantó para sacar las madalenas del horno. Volvió a sentarse y vertió más café.

—A ti te veo esplendorosa, querida. Y ese Lazar tuyo me tiene cautivada, no porque sea tan buen mozo sino porque se nota que tiene un corazón grande como esta hacienda.

—Más grande, Laurette. Mucho más grande.

—¡Bendita sea la hora en que lo conociste!

—Sí, bendita sea —acordó La Diana.

Durante el último día en Ruán, mientras Kovać la ayudaba a preparar un almuerzo muy eslavo y Laurette, sentada en la isla de mármol, les indicaba dónde hallarían los utensilios y los ingredientes, se acallaron a pedido de la mujer cuando en el canal de noticias se advirtió de un nuevo caso de Marburgo. Era en Dublín, Irlanda. La mujer afectada por el morbo había viajado recientemente a Washington.

—¡Tan cerca de Francia! —se horrorizó Laurette.

La conductora del programa informó que diez minutos atrás había terminado la conferencia de prensa en la sede de la Organización Mundial de la Salud en la cual las autoridades habían anunciado que comenzaría a aplicarse a las víctimas del cruel filovirus el tratamiento que Ouroboros Global había puesto a disposición del organismo de la ONU. Al abrirse la ronda de preguntas, un periodista se dirigió al jefe de Prensa del laboratorio para inquirir lo que muchos deseaban saber: si existía relación entre el ofrecimiento de la farmacéutica propiedad del magnate Ilić y la concesión que la FDA acababa de otorgar a otra de sus empresas, la Herkul Biotech, para comercializar el trigo transgénico. Como era de esperar, la respuesta fue “no”.

—No existe conexión alguna entre la FDA y la OMS. La Fundación Aleksandar Ilić, caracterizada por su espíritu filantrópico, ha ofrecido el tratamiento sin imponer ninguna condición al Consejo Ejecutivo de la OMS.

Más allá de la contestación, la duda quedó flotando. Volvió a aparecer en la pantalla el rostro de la conductora, quien anunció que las acciones de las compañías que conformaban el holding Ilić habían registrado alzas de hasta el seis por ciento en los últimos días, superando la caída de semanas atrás consecuencia de la negativa de la FDA de aprobar la comercialización del trigo Bt o transgénico.

—Esta serie de éxitos de las empresas del magnate serbio —prosiguió la periodista— se ve empañada por las suspicacias que rodean la muerte del presidente de Ouroboros Global, ocurrida en Zúrich el pasado 19 de diciembre. La Fundación Aleksandar Ilić no ha vuelto a realizar declaraciones acerca del desafortunado suceso. Por su parte, la policía zuriqués sigue con las indagaciones dados los puntos oscuros que rodean el caso, pero sin mayores avances.

La Diana pensó en el responsable de esa muerte, en Nanuk Christiansen, y se preguntó si la policía estaría tras sus huellas. Confiaba en la inteligencia del esquimal, al que sabía huidizo y de recursos. La rutina del mensaje electrónico que se enviaban a través de la carpeta “Borrador” cada lunes continuaba de modo ininterrumpido desde que la habían acordado en Camp Bondsteel a finales de diciembre. En el último compartido el lunes 15 de enero, Nanuk le había asegurado en su estilo austero que todo marchaba bien.

Sonó el celular de Kovać, que atendió sin consultar de quién se trataba, la vista y la atención fijas en el programa televisivo. Era Bosa Dretar. El corazón de La Diana dio un respingo. Había aguardado la llamada de la fiscal y también le había temido. De seguro les comunicaría los descubrimientos acerca de los niños del orfanato Mariscal Tito. Pegó el oído al teléfono.

—No tengo buenas noticias, Laza —dijo la mujer.

—¿Qué has descubierto?

—No los llamé antes porque quería corroborar con el expediente en la mano, y tardé unos días en conseguirlo. Olga Oltrović fue asesinada con un disparo de calibre 7,62 milímetros, probablemente de un fusil Kaláshnikov. La halló muerta un camionero en la ruta hacia Split. Parece ser que la Oltrović conducía a los niños fuera de Bosnia bajo los auspicios de una ONG noruega. El autobús con los huérfanos y su asistente, Ivanka Broz, desaparecieron.

—¿Crees que la ONG esté involucrada? —quiso saber Kovać.

—No, eso está fuera de discusión. Es una organización creada durante la Segunda Guerra Mundial y con una reputación intachable. De hecho, sus autoridades fueron las que más presión ejercieron a la policía y al gobierno para que descubriesen a los responsables y, sobre todo, cuál había sido el destino de los niños secuestrados.

—¿Se supo algo?

—Nada.

—Lo imaginaba —añadió Kovać.

—Tengo el listado con los nombres de los niños que desaparecieron.

La Diana apretó la mano en torno al brazo de Kovać y este la besó en la sien antes de volver a hablar.

—¿Está Larysa entre ellos?

—Hay una Larysa, sí.

La Diana se cubrió la boca para atajar el grito desolado que le paralizó el respiro. Salió de la cocina y de la casa de los Kaito para correr sin rumbo por la propiedad y sin hacer caso del frío y de la nieve que caía en copos cargados de agua gélida. Alcanzó el pequeño bosque de robles y arces y presionó la frente en un tronco hasta sentir dolor. Lejos de la casa y en ese remanso de paz y silencio, soltó el alarido que se había tragado en la cocina de Laurette. Le siguió un llanto desgarrador. Acabó de rodillas frente al árbol.

La recogieron unas manos fuertes y decididas, y ella se dejó sostener. Kovać la obligó a volverse y la contuvo contra su pecho mientras la cubría con un abrigo. No le hablaba, y La Diana se dio cuenta de que también lloraba.

—¡La perdí, Lazar! ¡La perdí para siempre!

—No quiero pensar en eso, Diana. No me resigno.

—¡Pero fue secuestrada cinco años atrás y nada se ha sabido de ella ni de los otros niños!

—Lo sé, amor, lo sé. Esta noticia es un duro revés, no lo niego, pero quiero que sepas que no bajaré los brazos. Seguiremos investigando. No nos conformaremos. Hablaremos con Callum. Él, con sus conexiones y su poder, nos abrirá las puertas necesarias para acceder a otros niveles que nos ayudarán. Contrataremos a un investigador privado si es necesario. Haremos lo que sea para encontrarla.

La apartó de sí y le encerró el rostro entre las manos. La miró fijamente. La Diana notó que le temblaba el mentón y que tenía las mejillas húmedas y las pestañas, aglutinadas. Le sonrió con labios inseguros, y ella, que habría deseado morir, le respondió de igual modo solo para hacerlo feliz, para tranquilizarlo. Tanto lo amaba.

* * *

Creyó que después de haberse enterado de que Larysa formaba parte del convoy de niños secuestrados no volvería a ser feliz ni a sentir deseo por la vida. Tal como le había ocurrido después de haberla parido, se sintió vacía, inerte; ni siquiera emociones negativas la atormentaban. Se había convertido en una gran nada. El revés que significaba la confirmación de que la había perdido para siempre la transportaba de nuevo al Veljko Vlahović, a los años en Rogatica, como si aún encarnase a la muchacha desvalida, a merced de un monstruo, como si en realidad nunca hubiese escapado de ese lugar tremendo. En realidad, se convenció, nunca lo había hecho; de un modo u otro, seguía allí, atrapada, y tenía la impresión de que nunca traspasaría sus rejas. La escuela Veljko Vlahović estaría cerca de sus pensamientos hasta el final.

Todo eso reflexionó durante las horas negras que siguieron al anuncio de la fiscal Dretar, y ni las sonrisas ni el entusiasmo de Darko ni la hora de meditación que su *sensei* la obligó a hacer en el *dojo* sirvieron para

rescatarla del estupor. Hasta que llegó la noche y se cerró la puerta del dormitorio y Lazar Kovać, que se había mantenido como un silencioso ángel custodio, se hizo cargo de ella, y se lo permitió como lo habría hecho una niña adormilada y sin fuerza. La desvistió sin pronunciar palabra y sin mirarla a los ojos. Fue quitándole las prendas con manos gentiles hasta dejarla desnuda en el borde de la cama. Se apartó un poco para desvestirse, y ella lo siguió con la vista. Su energía resultaba un ascendente poderoso de cuya órbita no podía escapar, ni siquiera sintiéndose como se sentía. Él se despojaba de las prendas de espaldas y ella lo estudiaba, primero con curiosidad, luego con un interés que, en contra de todo pronóstico, fue convirtiéndose en deseo. La sorprendió; era como descubrir un latido débil e irregular en un cuerpo que había creído cadáver. La seriedad y el mutismo con los que Kovać actuaba la seducían.

—Ven —fue todo lo que él le dijo mientras se inclinaba para pasarle el antebrazo bajo las rodillas y alzarla.

La llevó en andas hasta el baño y la ubicó dentro del agua caliente aromatizada con sales que, de seguro, Laurette le habría dado. ¿Cuándo se las había pedido? ¿Cuándo había llenado la bañera y planeado ese momento? La estaba sanando, lo sabía, lo sentía; el prodigio la asombraba. ¿Por qué se sorprendía si Kovać le había demostrado desde el primer momento que era mágico? La herida lacerante que se había abierto ese mediodía comenzaba a latir con menos saña, y ella respiraba con más soltura. De todos modos, se consideraba indigna del bienestar que su amado Lazar estaba proporcionándole. Se merecía el padecimiento que sufría.

Kovać le lavó el pelo primero, luego la bañó, y todo sin emitir sonido. Sus modos suaves la tranquilizaban, y a ella le costaba negarse al bienestar que le brindaba. Él le susurró las primeras palabras en horas y, al hacerlo, como sucedía a menudo entre ellos, le reveló que le leía la mente, que su conexión poseía raíces profundas y misteriosas.

—Déjate llevar, amor. Nada tiene de malo que te abras a este momento de paz. Lo necesitas, Diana. Olvídate de todo excepto de mí. De nuestro amor.

El ascendente de su voz también resultaba poderoso, y las cosquillas que se habían insinuado minutos antes se intensificaron cuando las ondas graves de su acento rompieron el mutismo y la atravesaron. Se le erizó la piel cuando él, ubicado detrás, le mordió la columna del cuello mientras le masajeaba los senos. Los pezones cobraron vida y se endurecieron. Kovać

le arrancó una seguidilla de jadeos y lamentos cuando se los apretó delicadamente.

Sí, había creído que no volvería a ser feliz, solo que se había olvidado de que ahora Lazar Kovać constituía la parte medular de su ser. Hicieron el amor, y fue como celebrar la vida que ella había deseado perder horas antes, y la celebraron porque la necesitaban para buscar a Larysa.

* * *

La despertó el llanto reprimido de Kovać, que se agitaba sobre la almohada. Sacudía la cabeza y se aferraba a las mantas con los puños. Intentó despertarlo sin éxito, y fue el grito cargado de terror que el propio Kovać profirió lo que lo arrancó de las garras de la pesadilla. Incorporado en la cama, lanzaba vistazos hacia uno y otro lado en el intento por determinar dónde se encontraba.

La Diana encendió el velador y lo abrazó. Él, aún desorientado, no le prestaba atención. Estaba sudado y respiraba con exhalaciones rápidas.

—Quiero que me cuentes tu sueño —le pidió, pues acababa de darse cuenta de que nunca le había referido la pesadilla que lo atormentaba de tanto en tanto.

Con premura y sin hablar, Kovać se deshizo de sus manos y abandonó la cama. Se metió en el baño y cerró la puerta con traba. La Diana se mantuvo atenta a los sonidos hasta que regresó minutos después. Se acostó a su lado y estiró el brazo para atraerla junto a él.

—Perdóname por haberte despertado.

—Nunca me pidas perdón por algo que no controlas —replicó empleando las mismas palabras que él le había dirigido tiempo atrás.

Kovać debió de recordarlas porque sonrió con un lado de la boca. La Diana le besó el torso y esperó en silencio. Como él se empecinaba en callar, repitió el pedido:

—Cuéntame tu pesadilla. Quiero saber.

—Es siempre la misma —confesó.

—¿Sueñas con Ilić?

—No, con mi madre.

—¿Qué sueñas?

—Revivo el momento en que la hallé muerta en las caballerizas. En mi sueño hay un hombre inclinado sobre ella, con las manos en torno a su

cuello. Está de espaldas, por lo que no le veo el rostro. De todos modos, me resulta familiar. Sé que lo conozco. Pero cuando se da vuelta para mirarme, me despierto y no puedo descubrir quién es. Solo que hoy vi su rostro por primera vez en casi treinta años de pesadillas.

—¿De veras? —se asombró La Diana—. ¿Quién era, amor? ¿Tu padre?
—se animó a sugerir.

—No. Dragoslav.

—Oh.

Kovać persistía en el mutismo y no la miraba; mantenía la vista fija en el cielo raso.

—¿Crees que él la mató?

—No lo sé. De una cosa estoy seguro: mi padre no lo hizo. Sé que la evidencia lo condenaba, pero él la adoraba y no le habría hecho daño.

—Pero me contaste que bebía.

—No estaba ebrio en el momento en que supuestamente ella fue asesinada.

—¿Por qué crees que hoy, después de treinta años, viste por primera vez la cara del asesino y justamente la de Vuk?

—No lo sé —repitió, y guardó silencio.

—Has estado leyendo mis memorias; tal vez eso te sugestionó.

—De hecho, las terminé esta tarde.

Se giró de costado y La Diana lo imitó. Se miraron intensamente y en una comodidad que hablaba de lo profundo del vínculo, pese a ser tan reciente. La Diana le acarició la mejilla.

—¿Cómo estás?

—Bien porque tú estás junto a mí.

—Siempre, Lazar.

Los ojos de él destellaron en la penumbra, y La Diana supo que él se disponía a decirle algo importante.

—Más allá de esto, sin Lazar Kovać nada tendrá sentido, ni recuperar a mi hija ni la vida misma —citó, y ella recordó las palabras finales de sus memorias—. Tuve que encerrarme en el baño para que Dare no me viese tan afectado —admitió—. Lloré primero de pena por tu sufrimiento, pero después, cuando fui calmándome, me sentí feliz al recordar ese último párrafo. ¿Significo tanto para ti?

—¿Necesitas más pruebas?

—No, pero ya lo sabes: soy vanidoso y me gusta que me digas que lo soy todo para ti como tú lo eres para mí.

—Lo eres todo, Lazar. —Se pegó a su cuerpo y le besó los labios—. Todo, amor mío. Ayer al mediodía, cuando me enteré de que Larysa formaba parte del convoy, creí que nunca volvería a sentirme viva. Pocas horas más tarde, me hacías resucitar. No sé cómo has logrado lo que has logrado conmigo, Lazar, y me refiero a todo lo que hiciste por mí desde que nos conocimos. No sé qué poder ostentas, pero, como le dije una vez a Zaína, creo que eres mágico.

—Y tú eres la persona que más amo y admiro en el mundo, Diana. Gracias por haber compartido conmigo tus memorias de Rogatica. Lo aprecio tanto, amor mío. Sé que te costó escribirlas, aún más compartirlas con alguien.

—Tú no eres *alguien*, Lazar. Ya te lo dije: eres todo.

Le sonrió, una sonrisa amplia, colmada de dicha, y obtenerla en medio de los reveses que habían vivido en las últimas horas la hizo feliz. Se sintió con fuerzas para abordar el tema de su hija.

—¿Qué más te dijo Bosa?

—Le pregunté si figuraba en el listado con algún apellido. Me dijo que no, que junto a su nombre habían escrito la leyenda *sin apellido*.

—¿Algo más? —lo instó al adivinar su indecisión.

—Figuraba la edad estimada. Un año.

—Es ella, tiene que ser mi Larysa. Acababa de cumplir su primer año, el 3 de febrero. El autobús desapareció el 6. Solo tres días más tarde.

—Sí —confirmó Kovać en voz baja—. Además de pedirle ayuda a tu tío —retomó tras un silencio—, y de consultar los registros de la Cruz Roja y de MQC, en Sarajevo iremos a ver a un amigo mío que trabaja en un centro financiado por el gobierno de Noruega. Se llama Centro de Investigación y Documentación de Sarajevo. Allí se recolectan los antecedentes de las personas muertas y desaparecidas durante la guerra, de cualquier etnia. Vienen acumulando datos desde su fundación en el 94. Ingresaremos el nombre de Larysa para que se sepa que alguien está buscándola por si surgiese información sobre ella. Y darás una muestra de tu ADN.

—Gracias por pensar en soluciones.

—No me agradezcas. Esto también lo hago por mí. Es tanto parte de mí como de ti. Quiero que lo pienses de este modo, Diana. Para mí, Larysa es mi hija.

La Diana asintió con un ligero movimiento de cabeza sobre la almohada y le acarició la mejilla.

—De igual manera —prosiguió Kovać—, a lo que más fe le tengo es a la ayuda de tu tío y a sus contactos en todas partes.

—Nunca hablé con Callum de Larysa.

—Pues ya es hora, amor.

—Sí, ya es hora.

CAPÍTULO X

¿Qué es la ley de Monsanto? Es la de las patentes. [...] Si controla las semillas, controla la alimentación; la empresa lo sabe, es su estrategia. Es más poderosa que las bombas, es más poderosa que las armas, es el mejor medio para controlar a las poblaciones del mundo.

Extracto de *El mundo según Monsanto*,
de Marie-Monique Robin, periodista francesa
(1960)

Llegaron a Escocia a la hora del almuerzo del día siguiente, un 18 de enero frío y nublado. El castillo de Glendale se destacaba en el manto blanco que cubría el parque. La Diana le señalaba a un Darko deslumbrado la construcción y le explicaba acerca de la antigüedad del lugar y le contaba anécdotas que Bruce y Callum le habían referido.

Goga y Zaína, seguidas por McLeod, corrieron por la nieve una vez que el Agusta hubo aterrizado. Los niños se abrazaron, y Goga se echó al cuello de Kovać.

—¡Te extrañamos tanto! —dijo por sobre el rugido de los rotores del helicóptero.

Bruce abrazó a La Diana y se dieron dos besos en las mejillas.

—Callum está que no puede con la ansiedad por verte —le confió—, lo mismo que Charlotte. Te esperan dentro para no tomar frío.

Seamus, el piloto, los ayudó con los bolsos y el macuto y mientras avanzaban hacia el ingreso, en el cual Edward, el mayordomo, los aguardaba con la puerta abierta en su impecable chaqué negro, Darko caminó junto a McLeod y, con artimañas que arrancaban risas veladas a los adultos, intentaba sonsacarle si le había comprado la PlayStation.

Hallaron al barón de Glendale y a Charlotte, de pie y tomada de su brazo, en el vestíbulo, donde los esperaban en un reconfortante ambiente tibio que olía a pisos recién encerados. La Diana pensó en su abuelo Liam, en las veces que debía de haber ingresado en ese mismo sitio, y se emocionó íntimamente. Después de tantos años, lo echaba de menos, lo necesitaba, pero su recuerdo no dolía tanto como el de la abuela Katarina. Evocarla significaba revivir la última imagen que conservaba de ella, tirada en el suelo de granito con un balazo en la frente.

—¿Estás bien? —se preocupó Callum Duncan mientras le encerraba la cara fría entre las manos.

—No muy bien —admitió, y el hombre frunció el entrecejo—. Hablaremos más tarde.

—Cuando lo dispongas.

Zaína, que se movía con solvencia por el castillo, tomó de la mano a Darko y lo condujo escaleras arriba para mostrarle el dormitorio. Ulysse Vachal y Noah Keen subieron tras los niños, guiados por Edward, que les mostraría sus habitaciones, próximas a la de la sobrina de *His Lordship*, les comentó.

Charlotte buscó el apoyo de La Diana y juntas entraron en el estudio de Callum Duncan. Los demás los siguieron y se apoltronaron en torno al hogar donde los leños crepitaban. Una empleada de riguroso uniforme negro y cofia blanca de encaje les sirvió aperitivos y bocadillos. La Diana prestaba atención al paisaje en acuarela de Charlotte y también atisbaba por el rabillo del ojo a Kovać, quien oía a una Goga risueña y rejuvenecida relatarle las aventuras de esos días en Escocia.

Kovać advertía que lo observaba de soslayo, preocupada por su bienestar y comodidad en un ambiente nuevo, solo que ella no podía saber que su inquietud no tenía sentido pues mientras se mantuviese dentro de su campo visual, nada le importaba. La notaba serena pese al golpe brutal que había significado enterarse de que Larysa formaba parte del convoy. A él, la noticia lo había destrozado. Ocultaba bien la desolación, en eso era un experto, en esconder, en simular. Había desarrollado la habilidad durante los cuatro años de cautiverio a manos de Ilić. Izia y él habían tenido que demostrar agradecimiento y felicidad, en caso contrario el castigo habría caído sobre ellos y sin clemencia. En esa instancia, su capacidad le servía para mostrarse entero cuando por dentro temblaba. Porque, ¿qué chance existía de hallarla con vida? Él, que se ocupaba de encontrar y rescatar

niños traficados, conocía las profundidades del abismo que los devoraba, la eficacia de la red en la que quedaban atrapados y que los volvía invisibles.

La tranquilizaría estar cerca de su tío abuelo. Contar con el apoyo del ex espía escocés en una búsqueda con bajas probabilidades de éxito constituía la última oportunidad certera de dar con la niña. Sí, Callum Duncan y su figura paterna y todopoderosa le harían bien. Él se mantendría incólume para ella en caso de que quisiese apoyarse en su fuerza. No podía impedirlo aunque le resultase mezquino el sentimiento, pero que se volviese dependiente de él se le había tornado vital. La dependencia de él hacia ella precisaba a su vez de la de ella hacia él para establecer un equilibrio en el que ninguno se juzgase en una posición desfavorable.

La observaba conversar con Charlotte y pensaba en las memorias de la guerra; las había terminado en Ruán sacudido por una turbulenta mezcla de emociones: dolor, rabia e impotencia por las vejaciones que su adorada Diana había padecido, descritas con minuciosa precisión; también admiración ante su habilidad para sobrevivir y reinventarse; y por último vanidad, pura y condenable vanidad nacida de las últimas palabras del cuaderno. “Más allá de esto, sin Lazar Kovać nada tendrá sentido, ni recuperar a mi hija ni la vida misma.” Al repetir la frase aprendida de memoria cayó en la cuenta de que encerraba un mensaje esperanzador, pues, aunque no encontrasen a Larysa, si él estaba con ella su Diana seguiría adelante. Se aferraría a ese convencimiento para combatir el miedo que implicaba perderla en caso de fracasar en ese largo recorrido que tenían por delante.

Ella lo miró abiertamente y le causó una alteración en el ritmo cardíaco. La inmensidad de lo que le inspiraba era anormal, lo sabía, quizá rayaba en la obsesión; él como psicólogo no podía excluir la posibilidad. También sabía que habría resultado de necios intentar controlarlo o reducirlo y sinceramente no tenía intención de hacerlo. “*Volim te*”, le dibujó con los labios. “Te amo”, le había dicho, y ella, después de una sonrisa que atrajo la atención de Charlotte, le respondió de igual modo, “*volim te*”.

Zaína y Darko irrumpieron en el estudio con Vachal y Keen a la zaga. La Diana presentó a los guardaespaldas como sus amigos, más allá de que Callum Duncan, Bruce y Goga estaban al tanto del rol cumplían.

—Después del almuerzo —se dirigió el barón de Glendale a Keen y a Vachal—, me gustaría que hablasen con el jefe de seguridad. Tenemos los

niveles elevados al máximo. Quiero que él les explique los protocolos y demás cuestiones.

Kovać recibió a Zaína en brazos y la sentó en sus rodillas. Siguió con la vista a Darko, que corrió hacia La Diana y, como solía hacer, se aferró a su cintura. Ella, que hablaba con Charlotte, cortó el diálogo y le cubrió la espalda con las manos. Lo miró a los ojos cuando el niño los elevó. Había tanta intensidad en el intercambio, era tan elocuente el sentimiento compartido que Kovać se dijo que también ese niño se transformaría en el sostén de su mujer.

—Hola, *moje blago*. ¿Ya conociste tu dormitorio?

—Sí, Zaína me lo mostró. ¡El castillo es enorme, mamá! ¿Podemos vivir aquí para siempre?

Kovać tradujo.

—¡Pues claro que pueden vivir aquí! —proclamó Glendale—. Anda, muchacho —lo conminó—, dile a Dare que esta es su casa, que puede quedarse para siempre.

Kovać hizo como se le requería, y Darko comenzó a dar saltitos y a insistir con la idea.

—Pero papá y yo tenemos que regresar a Sarajevo para trabajar —interpuso La Diana—. ¿Tú te quedarías aquí sin nosotros?

El niño ocultó el rostro y sacudió la cabeza para negar.

—Quiero estar con ustedes —dijo, y La Diana se acuclilló y lo abrazó.

—Qué suerte, *moje blago* —susurró—, porque papá y yo no podemos vivir sin ti. Pero te prometo que vendremos a visitar a Callum tantas veces como podamos.

—Está bien.

—Tengo una PlayStation por algún lado —declaró McLeod, y aunque Darko no comprendía el inglés, captó la palabra clave y se puso alerta—. Creo habérsela prometido a un niño, pero no recuerdo su nombre.

La Diana tradujo.

—¡Es para mí, Bruce! ¡Me la compraste para mí! ¡Para Darko!

Los demás rieron, mientras McLeod se golpeaba la frente con la palma de la mano en el gesto de quien de pronto se acuerda. Sacó la caja de un mueble y se la entregó al niño, que se quedó mirándola, impactado. La Diana le indicó que la colocase sobre la mesa de centro y lo ayudó a abrirla. Zaína, que a la vista del paquete había abandonado las rodillas de tío Laza, colaboraba para rasgar la envoltura de papel. McLeod, agachado junto a los

niños, se ocupó de desembarazar la videoconsola de las estructuras de telgopor que la protegían. Darko metía las manos en el intento por tocarla y entorpecía el desempaque. A La Diana le resultaba fascinante verlo tan feliz. Después de la experiencia traumática que había significado la huida, los días en París, Ruán y Escocia estaban sirviéndole para olvidar y sanar.

Se entretuvieron un rato mientras McLeod les explicaba cómo funcionaba y dónde la conectarían para jugar. Costó convencerlos de que hiciesen una pausa para ir a almorzar. Durante la comida solo se abordaron temas agradables, como que se había fijado la fecha de la boda para el 14 de febrero y que urgía hacer las reservaciones en algún hotel de Sarajevo. En tanto Goga y Kovać debatían acerca de la supremacía del mítico Holiday Inn por sobre el elegante y lujoso Europe, Callum Duncan los invitó a una sala en la planta baja que La Diana no había conocido en sus visitas anteriores. Se trataba de una estancia similar al estudio, con los muros cubiertos por paneles de madera, un hogar de mármol donde crepitaban unos leños y una decoración sobria aunque femenina, con tapizados floreados y una colección de estatuillas de porcelana expuesta en un bargueño acristalado. Cerca del gran ventanal que miraba al parque, había un piano y un violonchelo.

—Esta era la sala donde mi madre ejecutaba sus instrumentos —informó Glendale—. Tu bisabuela —dijo, y se dirigió a La Diana— era una gran concertista. Desde que Goga nos contó que Lazar toca el violonchelo, mandé afinarlo para tenerlo pronto en caso de que quisiese hacernos el honor de tocar para nosotros.

—El honor será mío —aseguró, y se dirigió hacia el piano de cola, sobre cuyo costado se apoyaba el violonchelo.

Lo sostuvo con dominio y lo estudió; colocó el oído en el lateral y golpeteó con los dedos en la tapa superior, cerca del puente.

—Es un magnífico instrumento —declaró en dirección a Callum Duncan, que asintió con una sonrisa.

La Diana se acomodó en un sofá y Darko lo hizo a su lado. Le pasó el brazo por los hombros y lo atrajo hacia ella, siempre con la mirada en Kovać. Lo veía retirar la banqueta del piano y acomodarse con el violonchelo entre las largas piernas, y una emoción incontenible la desbordaba, la remontaba al mediodía en el bar donde lo había visto tocar por primera vez, en aquella ocasión *Miss Sarajevo*. El orgullo y el amor la sofocaban. Ya quería que empezase a ejecutar el instrumento, como si

reputase a la música la válvula de escape para tanto sentimiento que la tenía aturdida desde aquel 18 de diciembre.

Los primeros acordes llegaron, mansos, lentos, gentiles, y la apaciguaron. Reconoció la pieza, una de las favoritas del abuelo Liam, la obertura de *Guillermo Tell*, la última ópera de Rossini. Aunque su mirada no se desviaba del espectáculo que componía ese hombre con el violonchelo, percibía la atención invariable del resto del público, aun la de los niños, incluso la de Vachal y Keen que, apostados tras Kovać y delante de ella, habían caído bajo el influjo de la música y seguían con reconcentradas expresiones los giros del concertista. Se notaba que era una pieza que ejecutaba con maestría, quizá la había tocado varias veces. ¿Habría sido la preferida de Izia? ¿Ella lo habría acompañado con el violín?

Llegó el *finale* con su carga de caballería, como la llamaba el abuelo Liam, y La Diana se preguntó cómo se las ingeniaba con solo cuatro cuerdas para arrancarle al violonchelo los sonidos que habrían ejecutado los instrumentos de una orquesta. Kovać se movía al ímpetu de la música. Resultaba prodigiosa la velocidad con que agitaba las cuerdas del mástil y la rapidez con que movía el arco. Su cara también se involucraba en la interpretación: entreabría los labios, a veces fijaba los ojos en los movimientos de los dedos, a veces los cerraba como si la energía fuese excesiva. Y a ella, la emoción le nublabla la vista. Para ese momento, varias cerdas del arco se habían soltado y se sacudían al compás del ritmo.

La obertura acabó, y por un instante Kovać quedó con la cara hacia el cielo, los ojos cerrados y una sonrisa beatífica, y La Diana se convenció de que pensaba en Izia. Callum Duncan, con un ímpetu inesperado para uno de su edad, se puso de pie y explotó en bravos y en aplausos. Los demás lo imitaron. La Diana sonreía y se quitaba las lágrimas, que también eran de melancolía, de celos quizá. Tenía que aceptar que él nunca olvidaría a su primer amor, como ella tampoco a Markov.

—¡Muchacho, eres un virtuoso! —lo lisonjeó Callum Duncan—. Goga tenía razón, tu dominio es magnífico.

—Callum sabe de música —intervino Bruce—. No habla por hablar —aclaró.

—¡Por supuesto que no hablo por hablar!

—Tu interpretación fue soberbia, Lazar —apuntó Charlotte.

Kovać la buscó con la mirada, y La Diana se sintió revivir.

* * *

Solo por la noche, después de la cena y cuando los niños se durmieron, halló el momento para revelarles a Glendale la historia de Larysa. Quiso que Bruce McLeod, Charlotte y Goga estuviesen presentes. No dio detalles del cautiverio y se limitó a referirles acerca de su hija. Kovać llenó los silencios en los que la voz se le estrangulaba. Nunca le soltó la mano.

—Callum —dijo Kovać—, lo que Diana quiere es pedirte ayuda para encontrarla.

El anciano, que limpiaba la humedad de las lágrimas de los lentes, se los calzó de nuevo y la miró. Se aclaró la garganta antes de responder.

—Cuentas con toda mi ayuda. ¿Y dices que leíste sobre la desaparición del autobús en un artículo de Albert Coleman?

—Sí —contestó La Diana—. Se publicó en *The London Times* el 6 de noviembre.

—Empezaremos por él —decidió Glendale.

Los días sucesivos, en los que Zaína y Darko vivieron en un mundo de PlayStation, cabalgatas y aventuras sin fin, La Diana, Kovać, McLeod y Callum Duncan se lo pasaron en conciliábulos en los que analizaban las mejores estrategias para comenzar la búsqueda.

Albert Coleman los visitó el lunes 22 de enero con su camarógrafo. Llegaba al castillo de Glendale con la promesa de una nota en exclusiva con La Diana y las autoridades de Duga Sarajevo, que formaría parte del documental que la BBC estaba produciendo acerca del tráfico de personas en los Balcanes y en el cual se incluirían los testimonios de las víctimas. Se eligió una ubicación inocua, que no revelase dónde se hallaban, y si bien en la entrevista en Camp Bondsteel casi un mes atrás se había acordado no hacer referencia al tiempo que La Diana había transcurrido en cautiverio, en esa oportunidad aceptó que Coleman le formulase preguntas acerca de la guerra pues, según alegó el periodista, lo del tráfico era consecuencia directa del conflicto. Por su parte, ella se sentía preparada para afrontar la cuestión en público. Sin embargo, después de que Goga hablara de la labor de la ONG que presidía y de que Kovać se refiriese al asedio de Sarajevo y a la muerte de su amigo Momo en el Markale, y cuando Coleman por fin se dirigió a ella, experimentó un instante de vértigo. Se retrepó en la silla, inspiró hondo y pensó: “Ha llegado la hora de acabar con el silencio”. Buscó valor en la mano de Kovać.

—Usted es una sobreviviente de un campo de concentración serbio.

—Sí, lo soy —confirmó con acento seguro y sin apartar la mirada del periodista—. Estuve cautiva casi tres años.

—Tres años —se asombró Coleman—. Una eternidad. ¿Qué fue lo peor del cautiverio?

—Todo. Pero, incluso hasta hoy, lo peor es no entender por qué. ¿Por qué personas que hasta pocos días antes eran nuestros amigos y vecinos se volvieron en nuestra contra con tanta ferocidad? ¿Porque dieron crédito a lo que sostenía la política serbia Biljana Plavšić, que los musulmanes éramos material genético estropeado? ¿Porque algún poder reinante, vaya a saber con qué objetivo, decidió que nos peleásemos? Más allá de esto, disfrutaban haciéndonos daño. Es la razón por la que no tengo paz aun hoy, después de cinco años. No entiendo el porqué de la guerra como tampoco entiendo por qué el mundo se quedó mirando mientras nos masacraban invocando una neutralidad que no era tal. La neutralidad existe cuando dos bandos contienden y los demás deciden no inmiscuirse. En Bosnia, a principios de los noventa, no existían dos bandos; existía solo uno, muy bien armado gracias al apoyo del ejército de Yugoslavia. Del otro lado estábamos las víctimas indefensas. Punto. Esa es la verdad, no hay otra.

—Algunos sostienen que lo de los campos de concentración serbios fue una fabricación del equipo de periodistas encabezado por Ed Vulliamy.

—Yo sé que no lo fue porque viví casi tres años en uno de ellos. Padecí vejaciones, golpes y abusos durante el tiempo que pasé encerrada en la escuela Veljko Vlahović en la ciudad de Rogatica. Si una escuadra de forenses fuese al lugar, estoy segura de que en la habitación de la planta baja contigua al vestuario de hombres, que era donde se aplicaban las torturas, incluso hoy hallarían restos de sangre, piel, cabello, excrementos, dientes. Vi morir a mucha gente, vi camiones llenos de cadáveres, vi niñas violentadas, mujeres degolladas, vi personas torturadas. Vi lo que ningún ser humano debería ver jamás. Cargaré ese infierno dentro de mí para siempre.

La Diana se dio cuenta de que, mientras desnudaba el alma frente a una cámara, aferraba la mano de Kovać con una rudeza que debía de estar causándole dolor. Abrió los dedos uno por uno mientras le destinaba una mirada compungida.

—Señor Kovać —dijo Coleman—, volviendo al tema del tráfico en los Balcanes, ¿qué se sabe de la red que lo administra? ¿Quién es la cabeza que

la articula y la dirige? Solo conocemos su apodo, *vojvoda*, duque en serbocroata, o en bosnio, como lo llaman ahora.

—Sabemos más que eso. Sabemos que es un criminal de guerra al que se conocía como Vuk y que era la máxima autoridad en el valle del Drina. Sabemos que no figura en los listados de criminales de guerra de La Haya. Conocemos su nombre, su verdadero nombre, pero sospechamos que lo ha cambiado.

—¿Y cuál es su *verdadero* nombre?

—Dragoslav Kirilo Milanković —contestó con deliberada lentitud y timbre oscuro—, el hombre que intentó asesinarme en el Sutjeska de un balazo.

—¿Teme por su vida?

—Sí, sobre todo por la de mi familia —dijo, y se volvió hacia La Diana.

* * *

Después de la entrevista y mientras bebían café y coñac, La Diana interrogó a Coleman acerca de su artículo del 6 de noviembre en *The London Times* y le confesó que, entre los niños del convoy, iba su hija Larysa, fruto de la violencia y parida en cautiverio. Más allá de mostrarse impresionado por “la valentía y la fortaleza” de La Diana, los aportes del periodista resultaron inocuos y sus propuestas, infructuosas. No obstante, prometió contactar de nuevo a su fuente, la que le había hablado de los niños del Mariscal Tito desaparecidos; intentaría sustraerle más información. Él y el camarógrafo se marcharon poco después, pero antes les confirmaron que el documental se transmitiría por la BBC en horario central ese viernes 26.

* * *

Al día siguiente por la tarde, La Diana se disponía a recibir a dos generales de la OTAN, amigos de su tío abuelo. Como hablarían de cuestiones de L’Agence, le indicó a Kovać que los encontraría a solas.

—Aprovecharé para andar a caballo con Dare. Me ha vuelto loco toda la mañana.

—Abrígalo bien, Lazar. Está helado.

—Lo haré —prometió.

—Ulysse y Noah irán con ustedes, ¿verdad?

—Sí, quédate tranquila. Goga, Bruce y Zaína también vendrán. —Se besaron—. ¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí. ¿Y tú?

—Yo estoy bien si *tú* estás bien.

La Diana volvió a besarlo en los labios. Lo que habían pretendido que fuese un beso rápido se convirtió en un intercambio despiadado en el que las manos, las lenguas y los respiros no acertaban con la salida para volver al cauce natural. El deseo creció súbita y violentamente, y supieron que solo lo calmarían de un modo.

—¿Dónde está Dare? —preguntó él, agitado, mientras se abría la hebilla del cinto.

—Con Bruce y Zaína, jugando con la PlayStation.

—¿Tenemos tiempo antes de que lleguen los generales? —la interrogó mientras, de cuclillas frente a ella, la ayudaba a quitarse las zapatillas.

—Diez minutos —contestó La Diana después de echarle un vistazo al reloj despertador que descansaba sobre la mesa de luz.

—Suficiente —expresó Kovać, y la obligó a darse vuelta e inclinarse sobre la tabla de mármol de un antiguo tocador estilo Luis XV. Sus miradas se encontraron en el espejo, y Kovać notó que La Diana sonreía—. ¿Qué? —se intrigó.

—Debe de ser difícil encontrar a alguien con una intensidad como la tuya.

—¿Te abrumo? —se preocupó, y sin embargo siguió bajándole el pantalón.

—No —dijo, y rio porque se sentía dichosa—. Al contrario. Solo espero despertarte este deseo toda la vida.

—Te confieso que vengo fantaseando con hacerte esto —dijo, y le desabotonó la camisa desde atrás para liberarle los pechos— desde la hora del almuerzo, mientras te veía ocuparte de que Dare comiese y no me mirabas porque prestabas atención a Charlotte, que te hablaba de no sé qué.

—De la muestra de Vermeer que presentarán en un museo de Edimburgo la semana que viene. ¡Ah! —gozó cuando Kovać la penetró con un impulso apurado.

Al mismo tiempo, le apretó un pezón con los dedos y la aferró por el monte de Venus, de modo que ella soportó el peso de los dos con las manos abiertas sobre el mármol. Sus miradas volvieron a encontrarse en el espejo. La perfección de su rostro la mantuvo hechizada mientras él se impulsaba

con embistes cortos y profundos. La contemplaba con una expresión severa, como si estuviese por comunicarle algo tremendo y definitivo. Aunque hubiese querido, no habría podido despegar la mirada de la suya, ni siquiera para observarle los dedos que le proporcionaban un gran placer al hacerle rodar alternadamente un pezón, luego el otro; tampoco habría prestado atención a su otra mano, la que se le deslizaba entre las piernas. Solo cortó el contacto visual forzada por la potencia descomunal del primer orgasmo. Durante el segundo, en cambio, el que compartió con Kovać, mantuvo la vista fija en él, hipnotizada por su imagen torturada y de una belleza inefable, casi irreal.

* * *

Los dos generales, el alemán Manfred Schell y el noruego Ragnar Haraldsson, la esperaban en el estudio cuando bajó después de arreglarse tras el rápido y ardiente encuentro con Kovać. Los había visto una vez, en el funeral de Raemmers, y Nanuk se los había mencionado en Camp Bondsteel. Su tío abuelo la había prevenido de que se trataba de dos pesos pesados de la cúpula militar con gran ascendente sobre el secretario general. Los recelaba a pesar de que Nanuk sostenía que no tenían que ver con la muerte del general Raemmers. Solo después de que Callum los respaldó, se decidió a recibirlos.

—Son amigos míos desde el tiempo de la Guerra Fría —le había confesado Glendale—, desde antes incluso, pues con Haraldsson éramos espías en la Alemania nazi. Fue él quien me sugirió que hablase con Raemmers para sacarlas a ti y a tu hermana de Rogatica.

Callum, después de las presentaciones, en lugar de retirarse, se apartó para escanciar whisky a los militares, por lo que La Diana supuso que participaría de la reunión. Los generales recibieron las bebidas y sorbieron antes de ir al grano.

—Arrow —habló Schell para aludir a Nanuk Christiansen— nos informó que usted está al tanto de su misión encubierta.

—Solo de los lineamientos básicos —señaló.

—Sabemos también que se mantienen en contacto —apuntó Haraldsson.

—Así es. Por una vía segura —añadió.

—No desaprobamos el contacto —aclaró el general alemán—. Por el contrario.

—¿En qué puedo ayudarlos? —quiso saber La Diana.

—Nuestro querido amigo Anders —tomó la palabra el noruego— comenzó con la investigación por lo del tráfico humano en los Balcanes casi como un asunto personal. La indagación fue tomando otro cariz cuando empezó a sospechar de personas de su entorno.

—Sus sospechas eran atinadas —apuntó La Diana.

—Sí —acordó el alemán—. Y lo asesinaron. Su muerte nos tomó por sorpresa. Creíamos que tenía la cuestión bajo control.

—Tal vez —interpuso La Diana— el general no sabía lo cerca que estaba el enemigo.

—Si se refiere a De Souza —expresó el noruego—, sospechaba de él. Su conducta había cambiado y en uno observador y desconfiado como Anders, esos detalles no pasan inadvertidos. Igualmente De Souza atacó primero y con un golpe letal. Los instintos de Anders ya no eran los mismos —se lamentó.

—La muerte de su nieta, la de la hermana de Nanuk y el ictus de Charlotte —enumeró Schell— lo tenían distraído, no hay duda. De otro modo, De Souza jamás lo hubiese tomado por sorpresa. Como sea —dijo el alemán con una inflexión—, hemos desmantelado L'Agence. No confiamos en nadie en este momento. Tenemos certeza de cuatro elementos corruptos: De Souza, Righi, Adakai y Van Groen.

—Y agreguen a Raoul Kaiser.

—¿Kaiser? —se desconcertó Haraldsson—. ¿El jefe de IT?

—El mismo. Es cómplice de De Souza. Si no la destruyó, lo cual sería plausible, tiene en su poder la computadora del general, la que robaron de su departamento en Belgravia. —No les dio tiempo a que la interrogasen y siguió—: A Righi no sigan buscándolo. Lo liquidé en Bosnia.

—Lo sabemos —admitió Schell—. Arrow nos lo dijo.

—Lo maté durante la huida, minutos antes de subir al helicóptero. Intentó detenerme. En cuanto a Van Groen, está ayudándome.

—¿De qué modo? —se interesó Haraldsson.

—Advirtiéndome cuando los traficantes están cerca de dar con nosotros. Fue él quien me previno de Kaiser.

—¿Por qué lo hace? Arriesga mucho; con esos delincuentes no se bromea.

—Le salvé la vida en nuestra última misión y se cree en deuda conmigo.

Al mencionar aquel trabajo en Tiráspol, La Diana recordó que se había tratado de un operativo que Raemmers había organizado sin el conocimiento de De Souza, ocupado por esos días con un nuevo ataque de talasemia de la pequeña Inés. Estaba segura de que no se había tratado de una casualidad; el general, sospechando que el jefe del laboratorio, Zver, y el militar portugués estaban en tratos, había programado el golpe en la ausencia de este último. Nunca lo sabría a ciencia cierta, pero le resultaba lo más probable.

—¿Podemos confiar en Van Groen?

—¿Confiar en él para qué?

—Diana —dijo el noruego—, en este momento, sin la estructura de L'Agence y sin saber con quién contamos, nos hallamos en una posición delicada para llevar adelante una misión que requiere de los agentes más entrenados y especializados.

—¿Qué misión?

—Dar caza a los elementos corruptos, sobre todo a De Souza. Lo queremos vivo. Necesitamos determinar la extensión del daño a nivel de fuga de información que su deslealtad conlleva para la OTAN.

Sobrevino un silencio en el que La Diana se impuso seguir callada. Precisaba claridad por parte de esos dos.

—Queremos que tú lideres la misión. Eras, junto con Arrow, en quien Anders más confiaba, no solo desde el punto de vista personal sino militar. Siempre hablaba de tu capacidad como soldado.

—Hay mejores que yo, más experimentados —replicó sinceramente.

—Podrás contar con los elementos que necesites una vez que los hayamos investigado y descartado como posibles corruptos —manifestó el general alemán—. Pero queremos que tú estés al frente de la misión. Sospechamos que De Souza se esconde en algún punto de los Balcanes. Tu conocimiento de la región y el manejo del idioma no son ventajas que estemos en posición de soslayar.

—Estoy a punto de aceptar un puesto en el organismo policial que se acaba de crear para combatir el tráfico humano en Bosnia.

—Estamos informados —comentó el noruego—. Sabemos que te han ofrecido la jefatura de la fuerza armada de STOP. Pero lo que te proponemos no iría en contra de este empeño.

—Al contrario —subrayó Schell—, creemos que tu rol como jefa del brazo policial de STOP te permitirá acceder a información que en este

momento, con L'Agence paralizada, nos costaría recabar. Ya estamos trabajando para instalar nuestros informáticos en el corazón del sistema de STOP.

La Diana alternó vistazos entre uno y otro. No la sorprendía que estuviesen enterados de la iniciativa de Madeleine Reardon y de Celhia de Lasieux pese a que aún no era pública, ni que contasen con la autoridad para nombrar personal en un organismo que nada tenía que ver con el que representaban. Todo esto hablaba del poder con el que contaban y se movían, el que a ella podría servirle para, de una vez y por todas, dar con Vuk y aniquilarlo. Ella y Kovać no vivirían en paz mientras esa escoria siguiese suelta, acechándolos, amenazándolos. En cuanto a dar con De Souza y Atsa Adakai, se trataba de un placer que quería concederse. Ya había liquidado a Charlie, uno de los asesinos de su querido general Raemmers. Caería sobre los otros dos y los destrozaría.

—¿Y dicen que podré elegir a quien yo quiera para que me asista en esta misión?

—Una vez que verifiquemos sus antecedentes, sí —confirmó Haraldsson.

—Entonces, vayan verificando los de Bruce McLeod —alzó la mano y señaló a Callum Duncan—, el sobrino de mi tío abuelo. Es el mejor informático que conozco. Ya veré yo de convencerlo de que se traslade a Sarajevo por un tiempo. —“No creo que me lleve mucho si lo que sospecho es verdad”, meditó—. También quiero que verifiquen la honestidad de Janice Goodman, que trabajaba en el IT de L'Agence. Ella me ayudó a descubrir que el domingo en que asesinaron a Raemmers hubo una falla en el circuito cerrado. Le costó una llamada de atención por parte de Kaiser.

Schell había sacado una libreta y tomaba nota.

—¿Qué otros nombres nos sugieres?

La Diana meditó que había confiado en todos sus compañeros, incluso en los que se habían demostrado una basura, por lo que actuó con prudencia y dijo:

—Pásenme el listado de los elementos que están limpios de sospecha y yo les diré con cuáles quiero contar. ¿A cuántos podrán hacer entrar en la fuerza policial de STOP?

—A tantos como quieras —fue la respuesta categórica de Schell.

La Diana sonrió apenas. Las perspectivas de aplastar la amenaza se volvían reales y plausibles.

—Sabemos de tu amistad con Caballo de Fuego —comentó Haraldsson—. ¿Puedes contar con él también?

—No creo que Eliah quiera involucrarse directamente con L'Agence. No guarda un buen recuerdo. Lo suspendieron después de rescatarnos a mi hermana y a mí del campo de concentración serbio. Desoyó una orden y nos condujo a Srebrenica.

—Sí, es cierto —concedió Schell—, pero ¿nunca te preguntaste cómo hizo Caballo de Fuego con solo un puñado de hombres para entrar en una ciudad tomada por los serbios sin que Mladić les arrojase una piedra?

La Diana disimuló el asombro que le causó la pregunta, una que ella se había formulado varias veces. Recordaba como si se tratase del día anterior de qué modo los retenes serbios ubicados en torno a Srebrenica se abrían a su paso como si en lugar de ser soldados perteneciesen a la Cruz Roja.

—Raemmers llamó a tu tío —prosiguió Schell— y le comunicó el pedido que tú le habías formulado a Caballo de Fuego, el de regresar a tu ciudad, a Srebrenica. Tu tío realizó las llamadas necesarias y a Mladić le llegó la advertencia de que si les tocaban un pelo a ti, a tu hermana o a los soldados que las escoltaban, los aviones de la OTAN se batirían sobre él y su ejército, y en media hora se habrían convertido en historia.

La Diana movió la vista hacia Glendale, que asintió, serio, solemne. La declaración la turbó íntimamente, no tanto por la parte que le tocaba sino por confirmar que las vidas de los casi diez mil hombres y adolescentes masacrados por el carnicero Mladić podrían haberse salvado con una llamada telefónica.

—Igualmente —dijo con desdén—, a Eliah le costó un mes de suspensión y un baldón en su legajo.

—Había que guardar las formas —explicó el noruego—, sobre todo con De Souza, que no había sido informado acerca de la verdadera naturaleza de la misión.

Cayó un mutismo entre los interlocutores. La Diana los contemplaba.

—Si aceptases nuestra propuesta —reanudó Haraldsson para ir al punto—, el encargo implicaría ciertos beneficios, como el de una vivienda en Sarajevo y un automóvil a tu disposición. El sueldo sería el que le corresponde a un capitán de escuadra, que casi duplica al del soldado raso.

—Lo sé. Es una buena oferta. ¿De cuánto tiempo dispongo para responderles?

—El tiempo que nos lleve terminar con el análisis de los elementos de L'Agence —apuntó Schell—, el que nos permitirá decidir con quiénes contamos para salir a cazar a De Souza y a sus cómplices. Lo completaremos a fines de la semana que viene. El equipo de investigadores está trabajando contrarreloj.

—Les daré mi respuesta a fines de la semana que viene, entonces.

—En caso de que mi sobrina aceptase —intervino Callum Duncan por primera vez—, necesitaría protección. Los traficantes están dándoles caza a ella y a su futuro esposo, Lazar Kovać. Y si ahora cuentan con la destreza de tipos como De Souza, el riesgo se duplica.

—Concedido —respondió Schell luego de compartir una mirada con el general noruego.

—Yo elegiré los elementos que formarán parte de mi custodia y la de mi familia. Como comprenderán, no confío en nadie.

—Es lógico —admitió Haraldsson—. ¿De dónde los obtendrás?

—De la Mercure, la empresa de Caballo de Fuego. En este momento, solo en él confío, sin mencionar que mi hermano Sándor es el jefe de los guardaespaldas. ¿Qué saben de Ilić? —preguntó sin pausar, y ambos la miraron con expresiones de asombro.

—Como ya te dijimos, estamos al tanto de que Arrow te contó acerca de su misión. Pero, como una ex soldado de L'Agence, sabrás que no estamos en libertad de revelar información.

—Antes de morir, el general me dejó un video del día en que la hermana de Arrow y su sobrina abordaban el avión que luego fue siniestrado en el cielo belga. —Los hombres volvieron a sorprenderse—. Es evidente que quería que estuviese al tanto de la cuestión.

—¿Crees que hay una relación entre la muerte de la hermana de Arrow e Ilić? —tentó Schell.

—Al igual que ustedes, sé que Yura Christiansen no ha muerto. Al menos no murió en el accidente aéreo simplemente porque no abordó el avión. —Guardó silencio y los miró fija y alternadamente hasta que los militares consintieron con un ademán de cabeza—. En cuanto a Ilić, creo que fue él quien orquestó el atentado para hacerse de Yura y de sus capacidades científicas.

—Si eso fuese cierto —razonó Haraldsson—, ¿por qué preguntas por Ilić? ¿Qué tiene que ver con la misión que estamos encargándote?

La Diana guardó silencio y reflexionó acerca de la conveniencia de revelar la valiosa información que significaba conocer el vínculo entre Vuk y el magnate serbio.

—Diana —habló Schell con acento impaciente—, te diremos lo que sospechamos de Ilić si prometes decirnos lo que sabes de él, porque evidentemente sabes o intuyes algo y lo callas. —Consintió bajando los párpados—. Años atrás, yo ocupaba el cargo de director del servicio de inteligencia de la OTAN. Haraldsson —dijo, y alzó la mano en dirección al noruego— era el segundo en el mando. Por una información anónima que recibimos, comenzamos a investigar a Ilić. La conclusión a la que arribamos es que intenta apoderarse de las semillas del mundo para controlar el suministro de comida de la humanidad.

La declaración le resultó rayana en el delirio, por no decir que parecía tomada de la trama de una película de James Bond.

—¿Es eso posible?

—Es posible, sí —intervino Haraldsson—. Tan posible es que, días después de haber expuesto nuestra teoría a los miembros del Comité Militar, recibimos una promoción inesperada por lo beneficiosa y se nos relevó de nuestros cargos en el servicio de inteligencia. Como imaginarás, la investigación quedó en la nada pues nuestros sucesores no la continuaron. Desde entonces, Ilić se ha convertido en una cuestión personal.

—Si observamos, por ejemplo —prosiguió Schell—, lo que la Herkul Biotech está haciendo en India, en Canadá y en Argentina, los tres países considerados graneros del mundo, la teoría resulta más que probable. Por ejemplo, en India está desarrollando una especie modificada genéticamente por cada vegetal cultivado en ese país. Ya tiene las semillas Bt de alimentos tan dispares como la mostaza, la okra, la berenjena, el arroz y la coliflor. ¿Para qué las modifica? Para obtener patentes, como las que obtendría Sony por un nuevo televisor o un equipo musical.

—¡Las semillas no se pueden patentar! —se exasperó La Diana—. Son una creación de la naturaleza, no del hombre.

—Es una discusión que aún no se resuelve —dijo Haraldsson—. Los defensores de los OMG —el militar hablaba de los organismos modificados genéticamente— sostienen que haber intervenido en la composición biológica del ser vivo da lugar al nacimiento de uno nuevo, distinto del original, y que, por tanto, su creador tiene derecho a registrarlo y a cobrar *royalties* por su uso.

—¿Es de locos! ¿Cómo el mundo y los organismos internacionales permiten que este psicópata avance?

—No se ha probado aún esta teoría —apuntó Schell con tono y expresión comedidos—. Necesitamos pruebas. Demostrar que la Herkul Biotech quiere copar el mundo con sus semillas modificadas para cobrar licencias por su uso y, de ese modo, tener a los productores en un puño no es tarea fácil —expuso Schell—. Es cierto, las sospechas que tenemos son fuertes, pero debemos movernos con cuidado pues cuenta con cómplices en todos los estamentos gubernamentales. Pero ahora dínos qué sospechas tú de Ilić.

—Sospecho que está metido en lo del tráfico humano en los Balcanes.

A su declaración, los militares la recibieron con gestos impertérritos que, de igual modo, exudaron escepticismo, tal vez displicencia.

—¿Ilić mezclado en una simple actividad criminal? —cuestionó Haraldsson—. Me resulta improbable.

—¿Qué te lo hace pensar? —preguntó Glendale dándole un voto de confianza.

—Sé de buena fuente que entre Ilić y el *vojvoda*, el jefe de la red de tráfico, existe un viejo vínculo, que se remonta a más de treinta años. Ilić se convirtió en su tutor cuando el padre del *vojvoda* fue encerrado en la cárcel por homicidio.

—¿Cómo conseguiste esa información?

—De buena fuente —se empecinó, pues pretendía dejar fuera de la cuestión el nombre de Lazar Kovać—. Por esto creo que la misión de Arrow y la mía, si decidiese aceptarla, tienen un punto en común.

El mutismo volvió a reinar en el estudio. Se escuchaba solo el crujir de los leños y unos ladridos lejanos. Schell carraspeó antes de expresar:

—No pongo en duda que Ilić y el *vojvoda* hayan podido estar relacionados en el pasado, pero me cuesta creer que un tipo de la talla de Ilić arriesgaría su reputación y sus planes para traficar con pobres chicas de países del Tercer Mundo.

Palabras más, palabras menos, se dijo La Diana, el general alemán le objetaba la teoría con los mismos argumentos de Kovać.

—Más allá de que si lo que dices es cierto o no —terció Haraldsson—, el hecho de que conozcas ese antiguo vínculo entre Ilić y el *vojvoda* me lleva a pensar que también conoces la identidad del elusivo *capomafia*. ¿Es así?

—Sé cuál es su nombre, pero estoy segura de que lo ha cambiado. Se llama Dragoslav Kirilo Milanković. —Lo repitió para que el alemán lo

apuntase en el anotador.

—Muy bien, Diana —dijo Schell—, tendremos en cuenta esta teoría tuya y la haremos investigar.

—La fiscal Bosa Dretar... Imagino que la conocen —se interrumpió, y los generales aseguraron que sí—. Pues ella investigó a Milanković. El único Dragoslav Kirilo Milanković que figura en los registros de la ex Yugoslavia aparece como muerto al final de la guerra, en el verano del 95.

—Analizaremos este dato —dijo Schell, mientras lo apuntaba—. Igualmente parece un camino sin salida.

—¿Y qué hay del italiano Flavio Gabrielli y del austríaco Klaus Lang?

—¿Qué hay con ellos?

—Conocen muy bien al *vojvoda*. Son socios.

—¿Cómo lo sabes? —se asombró Schell.

—Me lo dijo Foxtrot. Van Groen —aclaró.

—¿Él es tu buena fuente?

—Sí —mintió para alejar aún más a Kovač de la escena.

—Pues los investigaremos. Gabrielli y Lang están prófugos, pero al menos conocemos sus rostros y sus nombres. Si diésemos con ellos, llegar al *vojvoda* y por ende a De Souza sería más fácil.

La Diana reflexionó acerca de la conveniencia de revelarles a esos dos lo que le había confiado Raemmers, que el *vojvoda* desempeñaba un papel estratégico en los Balcanes y que, como pago, se le permitía convertir la región en un feudo. Se convenció de que, si habían sido tan amigos del general, probablemente conocían su pensamiento.

—¿Estamos seguros de que la comunidad internacional, la OTAN sobre todo, quiere dar con el *vojvoda*?

La contemplaron con ceños fruncidos, incluso su tío abuelo.

—¿Por qué lo preguntas, Diana?

—Porque creo que el *vojvoda* está siendo protegido —aclaró, y explicó lo que Raemmers había compartido con ella poco antes de morir—. Si la idea es dar con el *vojvoda* para que nos conduzca a De Souza para luego dejarlo en libertad de modo tal de cumplir con los planes macabros de los poderes internacionales, mi respuesta no necesita esperar hasta la semana que viene. Es no.

—Te aseguramos —tomó la palabra Schell— que está lejos de nuestras intenciones proteger o liberar a un delincuente de la talla del *vojvoda*. La

huida de las muchachas de Duga Sarajevo se convirtió en un gran escándalo, ni que hablar del atentado que sufrió el señor Kovać.

—OK, general, sus intenciones no son esas, pero ¿qué hay de sus jefes, los que los relevaron de sus cargos en el servicio de inteligencia cuando fueron a plantearles las sospechas acerca de Ilić? ¿Y qué hay de los jefes de sus jefes, los que verdaderamente manejan el mundo y que con una llamada telefónica podrían haber impedido la masacre de Srebrenica de haberlo deseado? ¿Ellos qué piensan? ¿Qué tal si atrapamos al *vojvoda* y somos nosotros los que recibimos la llamada telefónica en la que se nos ordena dejarlo en libertad? Si, como sospecho, Ilić y el *vojvoda* son la misma cosa, es lo que ocurrirá, pues ustedes acaban de decirme que Ilić tiene quien lo protege dentro de la OTAN.

—Eso no sucederá.

La Diana sonrió con una mueca irónica.

—General Haraldsson, no quiero hipocresías entre nosotros. Usted y yo sabemos que podría ocurrir.

Ni el noruego ni el alemán se comprometieron con una respuesta, pero si habían medrado en la OTAN en los últimos veinte años, eran conscientes de que la afirmación de La Diana no carecía de sentido común ni de veracidad. Se los quedó mirando en tanto evaluaba que, más allá de cuál fuese la intención de la OTAN, la de dejar libre a Vuk o la de apresarlo, a ella le serviría usar su estructura de inteligencia y a sus viejos compañeros de L'Agence para atraparlo. Si Vuk caía en sus manos y a continuación recibía la orden que, sospechaba, recibiría, siempre podía imitar a Caballo de Fuego: desoírla.

* * *

Se enfundó la campera y abandonó el castillo. Necesitaba despejarse después de la reunión con Schell y Haraldsson. Caminó hacia las caballerizas con la intención de encontrar a Kovać y a Darko. Deseó que hubiesen regresado de la cabalgata; estaba oscureciendo. El anhelo por confirmar que estuviesen bien fue convirtiéndose en una creciente ansiedad, por lo que corrió los últimos metros hasta la edificación de piedra. Antes de verlos, escuchó sus voces alegres. Cerró los ojos, aliviada.

—¡Mamá! —exclamó Darko al divisarla al final del largo pasillo.

Se arrojó a sus brazos. Ella lo recogió y lo hizo dar vueltas. Lo ciñó contra su pecho y le besó el rostro helado y enrojecido.

—¿Tienes frío, *moje blago*?

—No, mamá. Fuimos a cabalgar con papá y Bruce, y ¿adivina qué?

—¿Qué, *moje blago*?

—Papá me dejó llevar las riendas a mí todo el tiempo. ¡Yo manejé a Prussian!

—¡Eres tan valiente, *moje blago*!

—Y Bruce me dijo que soy un buen jinete.

—¡Claro que lo eres!

Kovać y los demás se les unieron para emprender el regreso a la casa.

—¿Cómo te fue con los generales? —susurró él al besarla en la frente.

—Bien —mintió.

La reunión la había dejado con dudas que no acertaba a resolver. Kovać debió de percibir su agitación pues la contempló con un ceño.

—Hablares más tarde —dijo.

Esa noche, la conversación acabó en discusión. Kovać le expresó que se oponía a su intención de formar parte de la escuadra de STOP, ni qué decir del trabajo encubierto que desarrollaría para la OTAN.

—No puedes prohibirme aceptar, Lazar —se rebeló—. Soy un soldado. Es lo único que sé hacer, y estos ofrecimientos son importantes para mí. Para nosotros —añadió.

Kovać se alejó hacia el gran ventanal y recorrió apenas el cortinado. Fuera, la propiedad se encontraba iluminada con reflectores estratégicamente ubicados en las torres del castillo. Varios guardias, con los fusiles cruzados sobre el pecho y los cañones apuntados hacia abajo, imprimían surcos en la nieve mientras hacían sus rondas. Una cuatro por cuatro recorría el perímetro exterior. Estaban en alerta máxima; eso les había comunicado Callum Duncan a Vachal y a Keen. Era consciente del peligro que corrían, y lo abrumaba la impotencia de no contar con las armas para conjurarlo. Dejó caer la cortina y volvió la vista hacia la habitación. La Diana se había ubicado en el taburete del tocador, el mismo en el que habían compartido un sexo rápido, intenso y magnífico pocas horas antes. Se aproximó a paso rápido, desesperado por salvar la distancia que se abría entre ellos. La obligó a ponerse de pie y la abrazó.

—Eres demasiado preciosa para mí, ¿es que no lo comprendes? Me importas más que el próximo respiro, y no lo digo por decir algo lindo ni

pomposo, Diana. Lo digo porque es la verdad. Como psicólogo, soy consciente de que se trata del discurso de un obsesivo, pero no puedo evitar sentir lo que siento por ti desde el día en que te vi. Y esta ansiedad ha ido creciendo, volviéndose más potente. Si algo te ocurriese...

—¿Crees que no siento igual por ti, Lazar? En el instante en que te vi caer a causa del disparo de Vuk sabía que si te perdía nada contaría con el poder para retenerme en este mundo. ¿Piensas que esa certeza no me da pánico? Pero por esa misma razón tengo que salir y enfrentar al último dragón que nos acecha y que podría destruirnos.

—¿Por qué tienes que ocuparte tú?

—*Tengo* que ocuparme yo. Si esto quedase en manos de otros no atraparían a Vuk, porque sospecho que está protegido. No confías en mí —remató con enfado y se apartó.

A Kovać, la distancia impuesta volvió a resultarle intolerable. Ansiaba el contacto, aunque fuese el de las manos entrelazadas.

—Confío en ti, amor —aseguró, y avanzó para tocarla—. Nos salvaste la vida. Sé de tu pericia y profesionalismo porque fui testigo de ellos, pero tengo miedo.

—Porque no confías en mí —se empecinó, y se cruzó de brazos.

Kovać le estudió el gesto obstinado, similar a la mueca de una niña encaprichada, y lo juzgó de una belleza arrebatadora. Intentó ponerse en su lugar, trató de comprender su postura, luchó por entender la necesidad de salir a presentar pelea. La sorprendió encerrándola entre sus brazos y los ajustó con fuerza cuando ella intentó sacárselo de encima. Le habló con fervor sobre la coronilla.

—Me siento un inútil. Me siento impotente. Debería ser yo quien los protegiese a ti y a Dare, no tú.

—Eres un machista —lo acusó sin enojo ni mordacidad; incluso se le adivinaba un sustrato divertido en la voz, y Kovać sonrió con alivio al percibir que se relajaba y que cesaba de contonearse.

—Sí, soy un machista —concedió—. Ya lo sabes: llegaste a mi vida y pusiste todo patas arriba. Lo que era de un modo pasó a ser de otro. Yo me creía un hombre de ideas de vanguardia y, ya ves, no soy mejor que esos sacerdotes reaccionarios.

La Diana alzó la mirada y él bajó la suya hasta que sus ojos se encontraron. Los de ella todavía lucían tormentosos, con esa pizca de

espíritu aguerrido que lo excitaba. La urgencia por poseerla lo desconcertó dadas las circunstancias.

—¿Confías en mí? —lo interrogó.

—Sí, como en nadie —contestó, y la besó en los labios—. No confío en las instituciones, en la gente que las gobierna. Y tú dependerás de ellos...

—Crearé mi propio equipo de trabajo, Lazar. No estaré sola. Hombres y mujeres muy preparados trabajarán conmigo. Nada malo me sucederá.

Kovać soltó un suspiro, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, y así se quedó por unos segundos. La Diana le observó el cuello cubierto de una barba incipiente, fascinada por el promontorio que formaba la nuez de Adán y por el grosor de su cuello y por los tendones que se le remarcaban bajo la piel. Lo deseaba hasta en esos detalles. Se rebulló para que le liberase los brazos, aprisionados contra su pecho. La necesidad de tocarlo resultaba avasalladora.

—Quiero tocarte —le exigió de mal humor.

—Y yo, tenerte a salvo.

—Pues no será posible en tanto Vuk y De Souza estén en libertad —se impuso con una racionalidad aplastante.

—Lo sé —claudicó Kovać.

La Diana le buscó los labios con apremio. Él la tomó por sorpresa al devorarle la boca. Se trató de un beso hambriento, desesperado, que evidenciaba la turbulencia de las emociones.

—Hazme el amor —le exigió, y sonrió con malicia al deslizar la mano y hallarlo muy excitado.

Se puso de rodillas frente a él y le bajó los boxers, la única prenda que vestía en la intimidad del dormitorio. Su erección le pareció impresionante. La estudió: el color, las venas hinchadas, la forma del glande, el tamaño, la dureza y la tersura. Kovać la observaba observarlo, y se le hacía difícil sofrenarse. Se tomó el pene y, sin palabras, se lo puso entre los labios. La Diana lo succionó enseguida.

Terminó de espaldas en la cama, la cintura en el borde del colchón y los tobillos calzados en los hombros de Kovać, que, de pie delante de ella, la aferró por los muslos y la penetró con la misma desesperación y urgencia con que la había besado. Inició un vaivén lento al principio. Movía las caderas, y con el masaje deliberado de su pelvis le estimulaba el clítoris. El alivio no tardó en llegar. Se arqueó y lo aferró por los antebrazos en el gesto de invitarlo a hundirse aún más en su carne. Lo codiciaba, y la excitaba que

él la contemplase con ojos serios, como desapegado de la situación, desafectado de la conmoción que le había causado; parecía contemplarla con arrogancia desde esa posición de dominio. Poco después, las embestidas cobraron rapidez y se propulsó dentro de ella sin consideración. Le causaba dolor al clavarle los dedos en los muslos, y también sufría con los tirones de los pechos que se sacudían bajo el camisón. Alcanzaron juntos el orgasmo, el de Kovać, ruidoso y prolongado. Cayó, exhausto, sobre ella, que lo contuvo entre sus brazos mientras él le jadeaba al oído con inspiraciones veloces e irregulares.

—Lo eres todo para mí, lo único que tengo —lo escuchó justificarse, todavía agitado.

—Lo sé —dijo, y se movió para invitarlo a subir a la cama y que se acostase junto a ella—. Lazar, no creas que aceptaré contenta este encargo sabiendo cuánto te preocupa. Pero quiero que enfrentemos la realidad: tenemos que salir a buscarlos y eliminarlos si pretendemos vivir en paz con Dare. De lo contrario, siempre tendremos a los guardaespaldas tras nosotros, y la vida será difícil de ese modo. Sé de lo que hablo.

Kovać asintió con la vista inamovible en la de ella.

—Comprendo lo que dices y confío en ti, en tu capacidad como soldado, pero, como te dije, desconfío profundamente de las instituciones para las que trabajarás. Y si, como creemos, Dragoslav está siendo protegido por los grandes poderes, ¿qué chance tienes de liquidarlo?

—Usaré a las instituciones, Lazar; eso es todo. Usaré su tecnología y su armamento para dar con él y destruirlo. *Necesito* que me apoyes en esto, amor. *Necesito* saber que cuento con tu aprobación. Él es el último dragón, el que está haciendo peligrar lo más importante que tengo, lo que más amo en este mundo. A ti.

La mirada desesperada de Kovać la perturbó. El rigor con que la ceñía, sin darse cuenta de que le apretaba las costillas, ponía de manifiesto la dimensión de su angustia. Le pasó las manos por el rostro en el acto de despejárselo.

—Amor, ¿qué sucede? Dímelo, Lazar.

—No quiero que lo veas, no quiero que te vea. No soporto la idea de que llegará el momento en que estarás cerca de él. Me tortura esa imagen porque sé que está loco por ti y que hará todo lo que esté en su poder para tenerte de nuevo.

—Me detesta como yo a él. Quiere encontrarme para vengarse por lo que le hice el último día en el Veljko Vlahović.

Kovać rio por lo bajo en una mezcla de sarcasmo y resignación. Le cubrió las mejillas con las manos y la besó en los labios con la actitud condescendiente que se desplegaría con una niña que dice necedades.

—Eras parte de esa tragedia, amor mío, y no te dabas cuenta de la obsesión que le inspirabas. Es tan grande su obsesión por ti que, después de tantos años, aún te busca. No quiere vengarse. Te quiere a ti. Te quiere para él. Y yo no soporto la idea de que otro te desee, menos que menos él. Ya ves, se ha desvanecido la última traza del hombre de las ideas revolucionarias. El machista que vivía oculto en mí sale a la luz. Y además de machista, estoy celoso, tan simple como eso.

Tras un instante de estupor, La Diana se echó a reír y, en tanto lo hacía, le derramaba besos en la cara todavía tensa.

—Te amo, Lazar. Te amo por estar celoso.

—Y muy preocupado, no te olvides de eso.

—Te amo por estar preocupado. Y por ser tan perfecto. Bueno, tan perfecto, no; después de todo, eres un machista confeso.

La Diana soltó una exclamación cuando Kovać en un acto inesperado la puso de boca sobre la cama y se le echó encima. Le pasó el mentón áspero de barba por la nuca y le causó un escozor.

—Pero este machista —le habló empleando la nota más grave y oscura de su voz— tiene planeado hacerte gozar de nuevo.

Le levantó el camisón y le recorrió la pierna hasta la cadera. Le alcanzó la hendidura entre los glúteos y la acarició. Rio, ufano, satisfecho, cuando La Diana reaccionó a la procacidad de sus manos. La vio aferrarse a las sábanas y morderse el labio.

—Lazar, por favor.

—Te gusta esto, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—¿Te gusto yo?

—Tanto.

—¿Machista y controlador?

—Me encantas machista y controlador.

—Mentirosa —dijo con timbre divertido, y persistió con las caricias entre las piernas hasta cumplir con su promesa, que la haría gozar.

La Diana ahogó el alarido en el colchón, y profirió otro más cuando él, sin darle tiempo a reponerse, se introdujo dentro de ella. Y todo volvió a empezar.

* * *

Más tarde, La Diana lo observaba dormir. Había caído en un profundo sueño después de la última cópula; ella, en cambio, se sentía inquieta. Se puso el camisón, se cubrió con la bata y salió del dormitorio decidida a visitar a Bruce McLeod en su estudio; quería hablarle sobre la posibilidad de trabajar para STOP. Llamó a la puerta y entró sin aguardar la invitación. Se detuvo abruptamente al avistar a Goga sentada sobre las rodillas de McLeod. Compartían un beso perturbador.

—¡Oh! —exclamó la mujer al descubrirla a pocos metros, e intentó ponerse de pie; el escocés se lo impidió.

—¿Me buscabas, Diana?

—Quería hablar contigo acerca de una propuesta de trabajo —explicó de modo atropellado—. Pero puede esperar hasta mañana.

—No, no —intervino Goga, que se escabulló de las rodillas de McLeod. Este alzó los ojos y las manos al cielo en señal de fastidio—. Igualmente, ya me iba a dormir.

Pasó junto a La Diana, murmuró un buenas noches y cerró tras de ella.

—No digas nada —le advirtió McLeod.

—OK, ni una palabra —prometió, y se sentó frente a él—. Pero en vistas de lo que acabo de presenciar, quizá te interese mi propuesta. —Le comentó acerca de STOP y de la misión encubierta para la OTAN—. Los generales harán revisar tus antecedentes antes de hacerte el ofrecimiento oficial. Yo quería prevenirte para que vayas pensándolo. La sede central estará en Sarajevo. Tendrías que trasladarte allí —expresó, y lo miró simulando una mueca inocente—. El sueldo no es nada despreciable y, en caso de que aceptases, pediría que te nombrasen jefe del equipo de informáticos. Solo confío en ti y en Janice, una ex compañera de L'Agence.

—La propuesta suena interesante —manifestó Bruce—. Atrapar a esos malditos bastardos y salvar a sus víctimas me resulta estímulo suficiente para aceptar. Pero déjame pensarlo. Te daré mi respuesta en breve.

—Gracias. Buenas noches, Bruce.

—Diana —la llamó antes de que abriese la puerta—. Los tipos con los que vamos a lidiar no son simples criminales. Están muy bien dotados desde el punto de vista tecnológico. Esas direcciones IP desde donde enviaron las amenazas a la fiscal Dretar estaban enmascaradas con una tecnología de punta. Nunca he visto nada igual.

—Lo sé —acordó mientras pensaba en Raoul Kaiser.

—Necesitaremos potentes servers y un software nuevo...

—Te darán lo que pidas —lo detuvo—. Buenas noches.

Goga le salió al encuentro en el pasillo. Se la veía nerviosa, y el rubor con el que había abandonado el estudio de McLeod aún le teñía el rostro.

—No le digas a Laza lo que viste. Por favor —agregó.

—No iba a hacerlo —dijo, y reanudó la marcha.

Goga caminó a su lado pese a que dormía en el otro sector del castillo.

—No es lo que parece. Quiero decir, entre Bruce y yo no ha pasado nada. Bueno —se corrigió—, nada más allá de lo que has visto hace un momento.

—No es asunto mío.

—Él es bastante menor que yo —afirmó Goga haciendo caso omiso del comentario de La Diana—. ¿Cuántos años tiene? No me atrevo a preguntarle —dijo sin darle tiempo a contestar—. Pero resulta obvio que es menor. Tiene cara de adolescente, con ese pelo rojo tan espectacular y las pecas. ¿Cuántos años tiene? —volvió a inquirir.

—Treinta y cuatro.

—¡Seis años menos que yo!

—¿Y? Mi hermano Sanny es cinco años menor que mi cuñada y son muy felices. Además, tú pareces de treinta.

—¡Tengo cuarenta y luzco de cuarenta! Además, siento que traiciono a Momo.

Con la última declaración, la verborrea desertó. Continuó avanzando, cabizbaja. La Diana se detuvo a pocos pasos de su habitación.

—Goga, Momo murió hace más de cinco años. Eres joven y hermosa. ¿Por qué no concederte un poco de alegría junto a un hombre que te gusta?

—La culpa me atormenta —confesó—, pero la atracción que siento por Bruce es indomable. Me hace sentir viva —añadió en un hilo de voz y con expresión desolada.

—Porque *estás* viva —le recordó La Diana—. Según me ha contado Lazar, Momo era un hombre maravilloso. ¿Crees que no aprobaría que fueses feliz?

—Es que me pongo en su lugar, y yo no toleraría que me olvidase.

—No lo olvidarás.

—Soy una egoísta. Ivo siempre lo dice. Tiendo a poseer a las personas que amo, por eso estaba en contra de que Laza se enamorase de ti, porque temía que fueses a quitármelo, que él nos dejase para correr detrás de su Diana.

—OK, tú no querías que Momo se enamorase de nuevo para que no te olvidara. Pero de seguro Momo no habría pensado igual, Goga.

—Es verdad. Él era tanto más perfecto y bondadoso. Un poco como Laza —agregó, y sonrió con una mueca insegura—. Hemos sido afortunadas con nuestros hombres, ¿eh, Diana?

—Sí, muy afortunadas.

—Solo espero que jamás tengas que experimentar lo que me tocó vivir a mí. Es solo por Zaína que estoy viva. Buenas noches —se despidió, y La Diana se quedó mirándola mientras se perdía en la penumbra del corredor.

Tenía el corazón oprimido. Las palabras de Goga le sonaban a profecía.

* * *

A la mañana siguiente, después del desayuno, abrigaron a los niños y caminaron por el parque hacia el laberinto de ligustros. Los guardaespaldas los seguían a pocos pasos, y los guardias se mantenían alertas con los fusiles preparados. Goga caminaba un poco apartada, con Zaína de la mano. La Diana advertía los vistazos de soslayo que le lanzaba a Bruce McLeod, quien cargaba en los hombros a Darko e iba enseñándole su canción favorita de Fleetwood Mac, que el niño repetía sin comprender palabra y con una fonética que los hacía reír.

Sonó el celular de Kovać. Era Bosa Dretar. Llamaba para avisarle que habían recibido el resultado del análisis del ADN de Azem y de sus posibles padres.

—Son sus padres —confirmó la fiscal—. Sin lugar a duda.

—No es una sorpresa —manifestó Kovać—. Ya lo imaginábamos.

—Viki y Brano insisten en que seas tú quien se lo diga y en que estés presente cuando conozca a Alma y a Hamid. ¿Cuándo regresas?

—Tenemos que estar en Bosnia en unos días. Se vence el permiso para mantener fuera del país a Darko.

—Como imaginarás, Alma y Hamid están muy ansiosos por reunirse con su hijo. Depende de ti, Laza.

—Podemos adelantar la fecha de regreso. Déjame consultarlo con Diana y te llamo.

Se sentaron en el banco de piedra al inicio del laberinto y, mientras Bruce, Goga y los niños se internaban en el enredo de ligustros, ellos discutían la posibilidad de volver antes a Sarajevo.

—Me pongo en el lugar de esos padres —expuso La Diana— y me dan ganas de regresar en este instante. —Kovać le pasó el brazo por los hombros y la pegó a su cuerpo; le besó la sien—. Los envidio, Lazar —murmuró con la vista baja—. Ellos encontraron a su hijo y...

—Y nosotros hallaremos a la nuestra. Alma y Hamid lo buscaron durante muchos años, amor, y estoy seguro de que fue un camino durísimo el que recorrieron. Llegaron al final de esa pesadilla, pero ahora les toca plantar cara a un nuevo desafío. No será fácil reconstruir la relación con Azem y volver a convivir después de tanto tiempo y de tantos traumas.

—Imagino que no. Tú los ayudarás —dijo, más animada—. Mi Lazar mágico los ayudará.

Después del almuerzo, mientras Kovać y Bruce montaban con los niños, La Diana leía los diarios en el estudio de Callum. Ensimismada como estaba en el último artículo de Albert Coleman con las novedades acerca del tráfico humano en los Balcanes, dio un respingo cuando el timbre del celular rompió la quietud. Era un número desconocido. Atendió con suspicacia y guardó silencio.

—¿Diana? ¿Estás ahí? Soy Senada.

—¡Senada! —se alegró—. ¿Cómo estás? ¿Todo bien? —se preocupó de repente; era la primera vez que la llamaba desde que se habían despedido en Camp Bondsteel dieciocho días atrás—. ¿La niña está bien?

—Sí, estamos bien las dos. Las demás también. No te preocupes. ¿Cómo está el padre Lazar?

La Diana sonrió ante el uso del antiguo título de Kovać.

—Lazar está bien. Muy repuesto. Hace vida normal. *Demasiado* normal —se quejó—. En este momento está...

—Diana —la interrumpió la muchacha kosovara con voz débil.

—Dime, Senada.

—No quiero quedarme aquí en Francia. Quiero estar con ustedes, contigo y con el padre Lazar.

—Muy bien —dijo, con acento prudente—. ¿Por qué no quieres quedarte en Francia? Es un país estable. Podrías hacer...

—Quiero estar contigo en el país en que tú estés. Puedo ayudarte con las cosas de la casa. Sé hacer de todo. Soy muy buena con las tareas domésticas. Solo pido techo y comida para mí y para mi hija.

La Diana dejó caer los párpados, agobiada por la desesperación de la jovencita de poco más de quince años. Recordó que le había prometido ayudarla para que no tuviese que ceder a la pequeña Diana.

—Está bien, si eso es lo que deseas.

—¡Sí, lo deseo! Y si es posible, solo si no es molestia —remarcó—, me gustaría visitar una vez a mi madre y a mis hermanas.

A La Diana se le nubló la vista al evocar con qué fuerza había anhelado volver a ver a sus padres y a Sanny durante los años de la guerra.

—Sí, Senada, no olvido que te prometí que visitarías a tu madre y a tus hermanas. Cumpliré mi promesa.

—¡Gracias! —exclamó, llorando.

—Hablaré con Lazar. Seguramente tendremos que tramitar algún permiso o documento. Te pido un poco de paciencia. Pero volverás a Sarajevo con nosotros, te lo prometo.

—¡Gracias! —exclamó de nuevo.

Cortó la llamada y se quedó mirando el periódico con desinterés. Apoyó el codo en el brazo del sillón y se sujetó la cabeza. La conversación con la muchacha la había desestabilizado. Estaba acordándose de Mariyana Huseinovic, la joven inocente y despreocupada que había acabado casi destruida después de atravesar por un calvario similar al de Senada.

Darko irrumpió dentro del estudio y corrió para arrojarse sobre ella. Los demás entraron a la zaga. La Diana lo abrazó y lo besó y, al alzar la mirada y cruzarla con la de Kovać, lo vio fruncir el entrecejo; intuía que algo la perturbaba.

—¡Mamá, el tío Callum me va a regalar un caballo! —exclamó el niño en el instante en que Glendale, con Charlotte del brazo, ingresaba en el estudio.

—¡A mí también! —aseguró Zaína.

—¿De veras?

—¡Sí! —se entusiasmó Darko—. Pero dice que primero tenemos que aprender a montar.

—Y a hablar en inglés —añadió Zaína, y frunció la nariz de un modo que la hizo reír.

—Entonces —dijo La Diana en ese idioma y se puso de pie—, será mejor que empecemos desde ahora.

—¿Qué dijiste, mamá? ¿Qué dijiste? —se impacientó el niño, y La Diana tradujo.

Lo tomó de la mano y, mientras lo guiaba fuera de la habitación, le propuso:

—Vamos a lavarte y adecentarte antes del almuerzo.

—Buena idea —murmuró Kovać, y entrelazó los dedos de modo casual con los de ella para unirse al grupo que componía su pequeña familia.

—Diana —la detuvo Callum.

—¿Sí?

—Después de comer quisiera hablar contigo. Con ustedes —añadió, y posó la mirada en Kovać, que se limitó a inclinar la cabeza.

Subieron en silencio, la vocecita de Darko como único sonido en la tranquilidad del viejo castillo. La miraba de reojo y observaba que los comentarios del niño le arrancaban sonrisas con un sesgo abatido. Algo la preocupaba o la entristecía. “Se trata de Larysa”, resolvió. Después del golpe que había significado enterarse de que la niña había sido secuestrada cinco años atrás, la había visto pasar de la desolación a la entereza en el lapso de pocos días. La fortaleza de su mujer lo tenía maravillado. Contaba con la cualidad de recrearse, lo que le había permitido sobrevivir en Rogatica. Sintió un fiero orgullo de ella. La detuvo en la cima de la escalera, la aferró por la nuca y le dio un beso ardiente.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Qué pasa, papá? —se inquietó Darko, que los miraba con un ceño.

—Nada, solo quería besar a Diana —contestó, y reanudó la marcha hacia el dormitorio.

Apoyado en el marco de la puerta del baño, la observó mientras le lavaba las manos y la cara al niño y con qué talante amoroso lo trataba y respondía a sus preguntas y comentarios. No podía apartar la mirada de ella. Lo sobrecogió un sentimiento angustioso al imaginarla expuesta a los peligros que implicaría comandar una fuerza como la de STOP o exponerse a una bestia como Dragoslav. La pesadilla que lo había perturbado noches atrás, la misma que lo atormentaba desde hacía décadas, cobraba una nueva

dimensión a la luz del trabajo que Diana pretendía llevar adelante. Él se la había contado con reservas y no le había referido que, en realidad, el cuerpo sin vida sobre el que se cernía su medio hermano no había sido el de su madre, sino el de ella. El terror a perderla se le alojó en el estómago, y un sabor amargo le inundó la boca.

Darko, limpio y perfumado, salió del baño y se sentó en el borde de la cama matrimonial para hojear el libro de cuentos de Matilde. Kovać cruzó el dintel y se colocó detrás de ella. La rodeó por detrás y entrelazó las manos llenas de jabón con las suyas. Se las lavó como había hecho en casa de Viki semanas atrás. Percibió que se relajaba contra su cuerpo y la vio cerrar los ojos.

—Dime qué sucede —le murmuró al oído—. ¿Es por Larysa?

—Siempre es por Larysa —admitió—. Aunque ahora también es por Senada. Me llamó mientras estabas fuera con los niños. Dice que no quiere quedarse en Francia. Quiere estar con nosotros. Me pidió techo y comida a cambio de trabajar para mí en las tareas de la casa.

—¿Y eso te puso tan mal?

—Su desesperación me hizo acordar de la mía durante el cautiverio. Me pidió si podía volver a ver a su madre y a sus hermanas. Se me rompió el corazón.

Kovać le secó las manos y la abrazó. La mantuvo pegada a su cuerpo.

—¿Quieres llevarla con nosotros a Sarajevo?

—Se lo prometí, Lazar. En el Sutjeska, le rogué que no se separase de su hija. Le dije que tú y yo la ayudaríamos con tal de que no la abandonase.

—Está bien, lo haremos. La llevaremos con nosotros a Sarajevo.

—¡Gracias!

—De nada, amor mío.

—Pobrecita. Se ofreció para hacer las tareas de la casa solo por un techo y un plato de comida. Dice que sabe hacer de todo.

—Era muy laboriosa en el refugio. Shivani siempre me lo decía. —La aferró por el mentón y la instó a mirarlo—. ¿Estás mejor? —La Diana asintió—. Hablaré con Bosa. Como Senada es menor, será preciso solicitar al juez su custodia, la de ella y la de la niña. No creo que tengamos problemas. Senada y su hija vivirán con nosotros. No vuelvas a preocuparte por esto.

La Diana le acunó la mandíbula y le acarició los labios gruesos y voluptuosos con el pulgar.

—Todo lo hermoso y perfecto que eres por fuera no se compara con la belleza que encierras dentro, Lazar.

—Tu opinión no tiene valor, me temo; es demasiado parcial porque me amas. Porque me amas, ¿verdad? —quiso saber con esa expresión de niño inseguro con que solía mirarla.

La enterneció cuando él se inclinó y le recorrió el rostro con la punta de la nariz. Había notado cuánto le gustaba tocarla, que ella lo tocara a él, como si el contacto físico lo calmara, le diese seguridad.

—Te amo, amor de mi vida —aseguró La Diana—. Locamente, eternamente, sinceramente, felizmente —enumeró en una rápida sucesión.

—Habías agregado mágicamente —le recordó él.

—Sí, mágicamente. Sobre todo mágicamente.

—A mí me gustaría añadir apasionadamente. —Tras una pausa, acotó—: Y eróticamente.

Se apartó para observarla con un brillo intenso en los ojos; había desafío en su mirada. La Diana, sin remedio, acabó fijándose en su boca. El deseo la sorprendió al apoderarse de su ánimo caído y transformarlo en un manojito de vibraciones y anhelos.

—¿Crees que nuestro amor es erótico? —fingió inocencia.

Kovać la sujetó por la nuca con un ardor repentino y le mordió el labio inferior. Le masajéó el trasero con la otra mano.

—Me tienen loco estas ganas de hacerte el amor el día entero.

—¿Te complazco en la cama? —preguntó con vergüenza; con un poco de culpa también pues pensaba en Izia y en lo que ella le había dado tanto tiempo atrás, que, por haber sido de tal intensidad, durante casi veinticinco años él no había vuelto a tocar a otra.

Kovać le dedicó una sonrisa ladeada antes de aplastarle los labios con los suyos. Le habló con las bocas todavía unidas.

—Me haces tan feliz. En todas partes —aclaró—, dentro de la cama y fuera de ella. Pero lo que tenemos en la cama es perfecto. Quiero hacértelo en todo momento. Cualquier situación me parece buena para estar dentro de ti. A veces me contengo para no abrumarte, pero estoy deseándote a cada instante, no lo dudes.

Las palabras de Kovać iban alcanzándola en el cuerpo e incitándole las partes que él después tocaba y hacía trepidar con la misma maestría con que ejecutaba el violonchelo. La entrepierna se le estaba inflamando. Le introdujo las manos bajo la camisa y le acarició el torso.

—Yo también tengo ganas de ti el día entero. Y es tan increíble sentir así después de haber creído que estaba muerta por dentro. Seca. Vacía.

—¿Te sientes libre mientras hacemos el amor?

—Sí, libre.

—Diana, quiero que la confianza entre nosotros sea absoluta. Quiero que me pidas cualquier cosa. Nada me escandalizará. Solo quiero satisfacerte y que seamos felices.

—Lo mismo tú, Lazar. Quiero hacerte gozar. Siempre. Pídeme lo que sea, amor.

—¿Lo que sea? —repitió, y le mordisqueó el labio—. ¿Cualquier cosa?

—Lo que sea —ratificó.

—Cuando fuimos al laberinto, descubrí que hay una piscina climatizada donde termina la galería vidriada, la que da al fondo de la propiedad.

—Sí. Está siempre limpia, y el agua, tibia.

—Apenas la vi, nos imaginé desnudos, nadando y haciendo el amor como locos toda la noche.

La Diana emitió un gemido y se acurrucó en su pecho.

—Ya no puedo esperar a que llegue la noche y podamos escabullirnos a la piscina —susurró—. Dejaremos las luces apagadas por si los guardias pasan por allí. —Kovać volvió a dirigirle la sonrisa ladeada que ella juzgaba tan viril—. ¿Qué haremos con Dare? —se preocupó de pronto—. No quiero que se quede solo. Si llegase a tener una pesadilla...

—No ha vuelto a tener pesadillas en este tiempo —la interrumpió Kovać—. Pero para que te quedes tranquila, le pediré a Goga que lo haga dormir con Zaína.

—Gracias. Así podré disfrutar de ti y de la piscina.

—Acabo de ponerme duro de solo imaginarnos.

La aplastó contra su erección y profirió una risa corta al notar la mutación en el gesto de ella. Iba conociéndole las expresiones, y sabía que esa mueca no reflejaba un gesto agravado, sino que se había excitado. Deslizó la mano bajo la calza, bajo la bombacha después y La Diana separó las piernas ligeramente en una clara invitación. Le acarició los labios de la vulva primero, luego la vagina. Los halló calientes y mojados. Se la quedó mirando; parecía hipnotizada, los ojos grandes y abiertos, los labios entreabiertos y un ligero rubor que le cubría las mejillas y que la volvía adorable. No se daba cuenta del fervor con que le clavaba los dedos en los hombros mientras él la manoseaba. Cortó el contacto solo para echar un

vistazo a Darko, que seguía abstraído en el libro de cuentos. Entornó la puerta del baño con el pie y devolvió su atención a ella. Lo embriagaba el poder que le confería con esa mirada cargada de desesperación, anhelo y admiración. Estaba convirtiéndolo en un adicto; de otro modo, ¿cómo se explicaba que él, que pisaba los cuarenta y que había pasado por una cirugía hacía poco, anduviese excitado como un adolescente, buscándola para amarla, generando las situaciones para que quedasen a solas, imaginándola gozar con él dentro de ella mientras la veía charlar con su tío o cortarle el bife a Darko? Desde el primer momento había sospechado que Diana se habría convertido en un antes y un después, solo que no había dimensionado la magnitud de la metamorfosis que se operaría en su mente y en su cuerpo. Eso que estaba viviendo lo tenía asombrado, con las pulsaciones elevadas y una sensación de anticipación que lo hacía desear la vida como no había sabido que podía desearse.

—Te amo —susurró mientras agitaba los dedos dentro de su vagina y le pasaba el pulgar por el clítoris hinchado—. Te amo —repitió con tono ardoroso, él también consumido por la excitación de ella, atrapado en la energía que los envolvía y los convertía en esclavos de ese contacto tan físico y al mismo tiempo tan mágico, casi místico.

La Diana echó la cabeza hacia atrás y él le mordió el cuello, se lo lamió después, y se lo besó, y con los labios quietos sobre la vena que pulsaba rápidamente, le juró que siempre la haría feliz, que le daría lo que le pidiese solo para verla sonreír, a ella, a su vida, a su todo.

—Amor mío.

—Lazar —pronunció con voz forzada antes de alcanzar el éxtasis y lanzarse a gemir.

Le cubrió la boca para absorber los jadeos que ni la cercanía de Darko la convencería de sofocar. Percibía que los músculos de su vagina se le ajustaban y convulsionaban en torno a los dedos y se imaginaba que se trataba de él, de su carne. Incapaz de dominarse, comenzó a refregarse contra su vientre y en pocos segundos acabó en los pantalones como la vez en que ella lo había masturbado en la oscuridad del parque Veliki. “Es una locura”, se dijo con el rostro hundido en el cuello de La Diana y los dientes enterrados en su trapecio.

* * *

Al mañana siguiente, Kovać y Darko la acompañaron hasta el sector del parque donde la aguardaba el Agusta. Seamus ya se encontraba en la cabina, al igual que Ulysse Vachal, que la escoltaría hasta Aberdeen. Noah Keen permanecería en Glendale.

Kovać la notaba más relajada. El día anterior, después del almuerzo, Callum Duncan le había renovado las esperanzas en la búsqueda de Larysa al anunciarle que había contratado a Herman Janssen, el detective privado holandés que había encontrado a Alexandra Buunk.

—Janssen habla un fluido inglés. Su madre era de Kent —aclaró Glendale—. Pero, claro está, necesitará un traductor para realizar las pesquisas en los Balcanes. Hablé con Freddie Prescott —aludía al jefe de los servicios secretos británicos en Bosnia, a quien La Diana conocía bien— y me prometió que contactaría a su traductor, un tipo de extrema confianza, muy discreto. Janssen solo está esperando que confirmemos los servicios del traductor para viajar a Sarajevo.

Sin duda, la noticia de la contratación de Herman Janssen le había cambiado la cara. Se detuvieron fuera del círculo que demarcaban las aspas del helicóptero. La Diana se acuclilló frente a Darko y le subió un poco más el cierre de la campera.

—¿Puedo ir contigo, mamá?

—Te aburrirías, *moje blago*. Visitaré a un señor y hablaré con él de cosas de adultos. Te quedas con papá. ¿Van a salir a montar hoy?

El niño asintió con aire amorrado y un ceño.

—¿Vuelves pronto?

—Esta tarde.

Darko le echó los brazos al cuello, y La Diana cerró los ojos. Le costaba dejarlos, y era consciente de que al pequeño esa separación le daba miedo.

—¿Me harás ese dibujo que me prometiste? —lo animó—. Charlotte dijo que te prestaría sus acuarelas y pinceles. Mira que tienes poco tiempo para hacerlo pues estaré de regreso muy pronto.

—¿Sí? ¿De veras volverás pronto? ¿Me lo prometes?

—Sí, *moje blago*.

Lo besó varias veces y se puso de pie. Darko le abrazó la cintura. Alzó la vista y se encontró con los ojos atentos de Kovać. Se observaron en silencio.

—Estoy pensando en lo que hicimos anoche —susurró él.

—Yo también —admitió ella mientras evocaba las horas transcurridas haciendo el amor en la piscina y fuera de ella.

—Me gustaría repetirlo esta noche.

—Lo haremos, amor mío.

—No quiero que te vayas.

La Diana sonrió con benevolencia y le acarició la mejilla. Se puso en puntas de pie y lo besó en los labios.

—Regresaré en unas horas y tendré el celular siempre encendido.

Kovać la aferró por la nuca y le dio un beso rápido y profundo. Sin aflojar la sujeción, apoyó la frente en la de ella y le rogó:

—Cuídate. Y vuelve a mí. Te lo suplico.

—Volveré a ti, Lazar. Nada me lo impedirá.

Subió al helicóptero y le ordenó a Seamus que despegase. Se quedó mirando a Kovać y a Darko hasta que se convirtieron en dos puntos en el suelo nevado de Glendale. El niño agitaba la mano y sonreía; Kovać, en cambio, se limitaba a seguirla con la vista y con la expresión severa que lo volvía tan atractivo.

El doctor Harry Paddington la recibió con la misma gentileza y simpatía de más de dos meses atrás. La Diana le entregó la lata de galletas *digestives* McVitie's, que el hombre recibió con evidente agrado.

—Mis favoritas —declaró.

—Doctor, gracias por recibirme con tan poco tiempo de notificación —se disculpó La Diana, pues lo había llamado solo dos días atrás, poco después de que se hubiesen marchado los generales de la OTAN. El hombre agitó la mano en el acto de desestimar su inquietud—. Le presento a mi amigo y guardaespaldas Ulysse Vachal. He tenido algunos problemas...

—Lo sé —la detuvo el científico—. La he visto por televisión. Se ha vuelto famosa, ¿eh? —dijo, y sonrió con su usual bondad—. Pasen, pasen. Tengo el té listo.

La Diana y Vachal se sentaron a la mesa, frente a la ventana que daba al río Don. Hablaron del clima mientras el científico les servía té y acomodaba unas cuantas *digestives* en un plato.

—Doctor Paddington —habló La Diana—, vuelvo a agradecerle que me haya recibido. Sé que es una persona ocupada...

—*Era* una persona ocupada, querida. Ahora soy un simple profesor arrumbado en una cátedra donde no puedo hacer daño a nadie. —Carcajeó

con un timbre melancólico—. La escucho, Diana. —Se sentó frente a ella—. Usted me dirá en qué puedo ayudarla.

—Quisiera hablar de Herkul Biotech, la compañía biotecnológica de Aleksandar Ilić.

El científico alzó las cejas bajo el marco de los lentes. Movi6 los ojos en direcci6n a Vachal. Se lo notaba inc6modo, quiz6s atemorizado.

—Ulysse —se apresur6 a tranquilizarlo— es un gran amigo adem6s de mi guardaespaldas. Mi confianza en 6l es absoluta. Su discreci6n est6 garantizada.

Vachal conserv6 la postura hier6tica y la expresi6n inmutable, y el doctor Paddington acab6 por asentir.

—Les pido disculpas a los dos por la falta de confianza. Es que desde hace unos d6as recibo extra6as llamadas. Cortan despu6s de unos segundos. Temo que se trate de los de la Herkul Biotech.

—¿Por qu6 sospecha de ellos? —se interes6 La Diana.

—Diez d6as atr6s publiqu6 un art6culo en la revista de la Universidad de Aberdeen, donde trabajo —acot6—. Escrib6 justamente acerca de algo que es muy importante para la Herkul: las patentes de los seres vivos.

—Oh —se asombr6—. ¿De qu6 trataba exactamente el art6culo? ¿Es demasiado cient6fico para que yo lo entienda?

—No, en absoluto —afirm6 Paddington—. Simplemente puse en negro sobre blanco una contradicci6n en la filosof6a de las empresas de biotecnolog6a sin mencionar expl6citamente a Herkul Biotech, pero quien est6 al tanto de estas cosas sabe que me refer6a a ella. Estas compa6as sostienen que no es necesario que las instituciones oficiales hagan pruebas sobre las plantas transg6nicas porque son similares a sus hom6logas convencionales, y por tanto no hacen da6o al ser humano. Pero por otro lado piden patentes alegando que las semillas gen6ticamente modificadas son una creaci6n 6nica, distinta de la original. Finalmente, ¿los OGM son id6nticos a los organismos originales de los que provienen o no? Las empresas como Herkul usan estos dos criterios contrapuestos a conveniencia para su propio beneficio. —El hombre sacudi6 la mano en el aire en el acto de desestimar la cuesti6n—. Pero usted no ha venido hasta aqu6 para o6r acerca de mis luchas. D6game, Diana, ¿en qu6 puedo ayudarla?

—En realidad, doctor Paddington, sus luchas me interesan m6s de lo que imagina. He venido hasta aqu6 para hablar del due6o de Herkul Biotech.

—¿De Aleksandar Ilić?

—Sí, de él. Y justamente el tema se relaciona con lo de las patentes. ¿Cuál cree que sea el plan a largo plazo de Ilić en este sentido?

El científico bajó la vista y sorbió el té.

—¿Por qué quiere saber, Diana?

—Porque, como le dije en nuestra última conversación, no creo que el accidente en el que supuestamente Yura y su hija perdieron la vida haya sido por fallas técnicas o error humano. Y si, como creo, Ilić está detrás de su desaparición, necesito entender el porqué.

—¿Ha dicho en el que *supuestamente* Yura y Miki perdieron la vida? ¿Acaso cree que no murieron?

La Diana lo contempló directo a los ojos, con intención.

—Como le dije en mi última visita, doctor, es mejor que usted permanezca ignorante de ciertas cuestiones. Es por su bien.

—Por mi bien —rió con ironía—. No se preocupe por mi bien, Diana. Yo, al igual que lo estaba Yura, vivo en la mira de Ilić. Por supuesto, él jamás muestra la cara durante los ataques a los que nos somete. Él no se ensucia con esas cosas. Es demasiado *gentilhombre* para eso. ¡Imagínese que están por convertirlo en *sir*! Dios nos libre —masculló.

—Cuando habla de ataques, doctor, ¿se refiere al que derivó de la entrevista que Yura dio a la BBC?

—Sí, principalmente a ese. Pero hemos sido criticados y marginados en otras ocasiones. Los ataques que nos hicieron no tienen nada que ver con el rigor científico y sí con cuestiones políticas y económicas. Hay demasiado dinero involucrado, y la situación se enturbia. Acusaron a Yura de haber equivocado la bacteria que insertó en las papas y que por eso se volvieron tóxicas. Es de una absurdidad tal la acusación que muchos científicos se sintieron avergonzados de lo que se le estaba haciendo a la pobre Yura. —El hombre suspiró y se quitó los lentes para frotarse el puente de la nariz—. Pero volvamos a su consulta puntual. Usted ha sido precisa en su pregunta y yo no quiero divagar ni abrumarla con mis problemas. Pues bien, usted quiere saber cuál es el plan a largo plazo de la Herkul o de Ilić, que es lo mismo. Es uno tan simple como macabro: obtener patentes sobre todas las semillas cultivables para convertirse en el dueño de los alimentos del mundo. Ilić ha comprendido que nada le otorgaría más poder que controlar el hambre o la satisfacción de esta —remató.

—¿Es eso posible? —volvió a pasmarse La Diana, como si Schell y Haraldsson no se lo hubiesen mencionado.

—¿Si es posible qué? ¿Que una compañía se adueñe de las semillas comestibles del planeta o que exista un hombre como Ilić? No importa —desestimó Paddington—, las dos preguntas tienen la misma respuesta: sí, es posible. Desde tiempos inmemoriales, los jefes políticos de las comunidades han sabido que solo el hambre del pueblo es capaz de desestabilizar su posición de poder. ¿No fue acaso la chispa que dio inicio a la Revolución en Francia, en la que se guillotiné a miles y miles de personas? Tres años de cosechas perdidas, ni un grano de trigo para hacer pan, y la furia del pueblo no tardó en desatarse. El hambre nos convierte en criaturas feroces.

—¿Nadie puede detener a Ilić?

—No creo que nadie tenga la intención de hacerlo —declaró el científico—. Verá, cuando se comenzó a tocar genéticamente las semillas fue con el propósito de aumentar el rinde de las cosechas para alimentar a una población mundial que crecía a tasas alarmantes. Esa fue la llamada Revolución Verde y en la década de los sesenta estuvo en manos de los gobiernos, sobre todo del de Estados Unidos. La segunda Revolución Verde, en manos de hombres como Ilić, persigue dos metas: la económica y la hegemónica.

—En alguna instancia, alguien deberá darse cuenta del riesgo que corre la humanidad —siguió insistiendo La Diana.

—La mayoría de las semillas y frutos comestibles se encuentran en el Tercer Mundo, que es la región con la mayor biodiversidad del planeta. Estos países siempre están sumidos en problemas económicos, políticos y, sobre todo, en la corrupción. ¿Nunca se preguntó por qué? —La Diana movió la cabeza para negar—. ¿Nunca le llamó la atención que estas naciones jamás logren convertirse en países serios y desarrollados? Es porque se les aplica el viejo refrán: a río revuelto, ganancia de pescadores. Es lo que sucede en África con los minerales. África es el continente más rico del mundo desde el punto de vista de los recursos naturales, con los más grandes yacimientos de metales preciosos. Y sin embargo nunca nos cansamos de ver a esos pobres niños de color que parecen sacados de Auschwitz.

—¿Quiere decir que los grandes poderes son los que propician esas realidades de violencia e inseguridad?

—Sí, lo sostengo. Cuando el Pentágono define un determinado recurso como estratégico, la realidad del país que lo posea cambiará para siempre.

Cuando empiezan los conflictos armados en un punto del planeta yo me pregunto qué recursos poseen que sean de interés para los grandes del mundo.

—¿Cree que esto pueda aplicarse para la guerra de Bosnia a principios de los noventa? —En una acción inconsciente apretó la taza a la espera de la respuesta.

—Siempre me dejó perplejo esa guerra, debo admitir. Parecía cosa de locos cómo los serbobosnios se volvían en contra de sus connacionales. Desde entonces, me he interesado en la región y he leído acerca de ella, y cuando supe que en Bosnia abundan distintos tipos de minerales, el conflicto comenzó a adquirir cierto sentido. Pero cuando me enteré de que posee una cuenca monumental, sin mencionar las tantas aguas termales ricas en hierro y otros minerales, me dije que la guerra podría haberse debido a esto. Los serbios se habían apoderado de las partes más ricamente bañadas de Bosnia. El agua dulce, no nos olvidemos, es el elemento más esencial e importante de la Tierra. El magnate del acero, Lakshmi Mittal —comentó tras un breve silencio—, está por comprar la antigua mina de hierro de Omarska....

—¡Omarska! —se alteró—. Pero si ese sitio fue un campo de concentración serbio. Miles de personas fueron torturadas y asesinadas allí.

—Sí, lo sé. Algunas tímidas voces se han levantado para objetar la compra, pero, no lo dude, se hará igualmente. Y Mittal obtendrá su mina y una mano de obra tan desesperada por trabajar que los salarios serán bajísimos. Y sepa, Diana —continuó Paddington—, que llegará el día en que las empresas como Herkul Biotech comenzarán a hablar del agua transgénica y, por supuesto, exigirán una patente sobre la sustancia vital más importante del planeta. Y Bosnia, con su rica cuenca de ríos de montaña, quedará en manos de inescrupulosos.

Cayó un silencio en la mesa. La Diana había bajado la vista, sumida en una profunda reflexión. Volvió a mirar al científico para preguntarle:

—En esta loca carrera por apoderarse de las semillas del mundo, ¿cuál es el mayor riesgo para la Herkul?

—Que los OMG sean rechazados por los consumidores, que nadie quiera incorporarlos en sus dietas por la sospecha de que son perjudiciales para la salud. Si hoy en día existe un porcentaje de la población consciente del peligro que corre al ingerir estos productos es gracias a personas valientes como Yura —remató Paddington y suspiró con una sonrisa benévola—.

Yura sabía que el futuro estaba en el estudio de la genética de los seres vivos. Lo que ella afirmaba era que nos encontrábamos en la prehistoria de la ingeniería genética y que faltaban décadas, tal vez siglos, de estudios antes de comprender cabalmente cómo funciona el ciento por ciento del mapa genético. Por eso se oponía a modificar seres vivos, como los vegetales, y después dárselos de comer al público, por una sencilla razón: la ciencia no tiene idea *todavía* de qué consecuencias acarrea este o aquel cambio. Recuerde lo que sucedió con la papa transgénica de la Herkul, que a Yura y a todo su equipo, entre los que me contaba, les costó el trabajo de una vida. Descubrimos que esa papa tocada en su genética producía una toxina que era venenosa para el ser humano; nada más ni nada menos, *venenosa* —subrayó—. El otro gran problema de la genética, sobre el cual Yura había realizado grandes avances, es la imprecisión en el momento de integrar los elementos extraños en la genética de determinado ser vivo, lo que puede inducir a mutaciones imprevisibles e indeseables en el genoma huésped. —La Diana arrugó la nariz en el claro gesto de no haber comprendido—. Por ejemplo, cuando el biólogo molecular desea introducir en una semilla una bacteria X para modificarla con la intención de obtener un determinado resultado, por ejemplo, que sea inmune a un herbicida, no sabe exactamente dónde caerá y dónde acabará por implantarse dicha bacteria. Imagínese a Guillermo Tell que dispara la flecha con los ojos vendados. El científico, hoy por hoy, se encuentra en una posición similar. Por eso, la introducción de un cuerpo ajeno para que se integre con los genes de un ser vivo puede dar resultados diversos de acuerdo con el lugar donde ese cuerpo extraño se inserte. Esta falta absoluta de precisión es imperdonable para la ciencia. A nosotros, los científicos de la vieja escuela —aclaró—, nos rige un principio que respetamos a rajatabla: si un proceso causa un efecto, este efecto debe ser estrictamente el mismo si se repite el mismo proceso en condiciones idénticas. Con la genética, esto no se comprueba. Es más, es lo opuesto porque la forma de inyectar el gen es imprecisa y genera resultados diversos.

—¿Y dice que Yura estaba haciendo grandes avances en este sentido?

—Sí, era la razón principal por la que Ilić ansiaba contar con su cerebro en los laboratorios de la Herkul. Por esta y otras cosas.

—Como el superhombre.

Paddington rio y sorbió el té.

—Sí, el superhombre, que no era más que un superratón demasiado agresivo. Pero en materia de la introducción del gen estaba desarrollando una técnica de precisión que habría permitido elegir el lugar exacto de inserción. Si lo hubiese logrado, habría sido un avance colosal. Y muchas de las dudas y suspicacias que levantan los OMG se habrían disipado. Pero Yura fue despedida junto con su equipo por hablar mal de la papa transgénica producida por Herkul Biotech y más tarde murió. Todo quedó en la nada.

Vachal se puso de pie y caminó hacia la ventana que daba a la calle. Se ubicó detrás de la pared y descorrió apenas la cortina de *voile* para columbrar el exterior. La Diana, que lo había seguido con la mirada, percibía su tensión.

—¿Qué sucede, Ulysse?

—Doctor Paddington —preguntó el guardaespaldas sin volverse—, ¿algún conocido suyo o vecino posee una Land Rover negra?

—No —fue la categórica respuesta.

Vachal se giró y miró a La Diana.

—Una Land Rover con todos los vidrios polarizados se estacionó enfrente diez minutos atrás; nadie ha descendido. Esto no me gusta, Diana —admitió—. Podrían habernos seguido desde Glendale.

—Sí —concedió—. Allí debe de resultarles imposible franquear la seguridad que alzó mi tío pero aquí...

El timbre de un teléfono la interrumpió. El científico abandonó su silla para atender.

—Paddington al habla —dijo a modo de saludo—. ¿Hola? ¿Hola? ¿Quién es?

La Diana fijó la vista en el hombre y vio cómo el rostro se le contraía y demudaba; tenía miedo, resultaba claro. Se puso de pie y le hizo un gesto para que le entregase el auricular; Paddington se lo cedió de inmediato. Había alguien del otro lado de la línea; incluso respiraba de modo exagerado con el claro objetivo de intimidar. La llamada se cortó, y La Diana depositó el auricular en su sitio.

—Doctor Paddington, creo que será mejor que venga con nosotros. No es seguro para usted permanecer aquí.

—Diana, hace años que vivo bajo amenaza. Estos matones no me intimidarán ni me obligarán a cambiar mis rutinas. Mañana viernes tengo que dar clase y el sábado parto al amanecer hacia Loch Lochy, donde pienso

transcurrir el fin de semana pescando. Me han asegurado que puedo hacerme de varias truchas marrones y, con suerte, tal vez hasta consiga una arco iris. Esos malnacidos no me arruinarán esta oportunidad, no señor.

—¿Promete llamarme ante cualquier circunstancia sospechosa? —dijo, al tiempo que le escribía el número de su celular en un papel que encontró junto al teléfono.

—Lo prometo. Y gracias por preocuparse por mí. Lo aprecio mucho. Pero no significo una amenaza lo suficientemente poderosa para que estos delincuentes sobrepasen el límite de una llamada intimidatoria. Lo hacen para recordarme que me tienen en la mira, nada más.

—Pero ese artículo que publicó en la revista de su universidad podría haberlos puesto nerviosos.

—No —la interrumpió el científico—, lo dudo. Es una publicación en una revista sin trascendencia. Si la hubiese publicado en *Nature* o *Science* la cosa sería distinta, pero en una simple revista de una universidad de poco prestigio... —Sacudió la cabeza para negar, siempre con la sonrisa triste—. No hay de qué preocuparse —insistió.

—Doctor Paddington —intervino Vachal—, ¿hay una salida trasera?

—Sí, acompáñenme. —Los guió hasta la cocina—. ¿Sabe, Diana? —dijo mientras abría la puerta que daba a un patio trasero donde se colgaba la ropa—. He pensado mucho en Yura en estos días. Siempre la pienso, pero con los casos de Marburgo que han aparecido en distintos puntos del planeta la he pensado más aún.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque la tesis de Yura para obtener su doctorado trataba sobre la genética de los *filoviridae*, los filovirus —explicó—. La atraían porque realizan una compleja síntesis de una glicoproteína por la cual forman espigas heterotrímeras... —Se detuvo de pronto y sonrió—. Muy técnico, pido disculpas. En su tesis, planteaba un posible tratamiento para curar la enfermedad. En el Peter Gray —aludía al instituto de investigación para el cual habían trabajado antes de que los despidieran— estábamos por comenzar con la investigación para el desarrollo del tratamiento que Yura había esbozado en su tesis. Y ahora resulta ser que la Ouroboros posee un tratamiento eficaz. Caviel conocía de memoria la tesis de Yura.

—Caviel está muerto —adujo.

—Sí, me enteré —expresó, y no formuló otro comentario.

Antes de despedirse, La Diana insistió en que la llamase frente a cualquier situación extraña. Abandonaron la casa por el portón trasero, que los condujo a una calle lateral. Habían tenido la prudencia de estacionar en la otra cuadra el Volvo alquilado. Debido a que quedarían expuestos durante unos metros hasta subir al vehículo, La Diana introdujo la mano bajo la campera para empuñar la HP 35. Caminaron a paso tranquilo, sabiendo que a sus espaldas los ocupantes de la Land Rover los distinguían fácilmente en la calle desolada de ese barrio residencial. ¿Habían conseguido engañarlos? Resultaba improbable. Esperaban oír el chirrido de los neumáticos de la cuatro por cuatro de un momento a otro. Los segundos transcurrían, ellos avanzaban y la Land Rover no se movía de su ubicación delante de la casa de Paddington. Subieron al Volvo y, con Ulysse Vachal al volante, se alejaron a una velocidad acorde a la tranquilidad del sitio.

—O los hemos despistado —declaró Vachal una vez que hubieron doblado en la siguiente esquina— o la camioneta no tenía nada que ver con quienes te persiguen. Tal vez se trató de alguien que quería echarse una siesta —conjeturó— o comer un bocadillo.

—Puede ser —La Diana susurró con aire ausente—. Igualmente estemos atentos —exigió—. Podrían ser ellos y tener refuerzos apostados en los alrededores.

—Sí, es posible —acordó el guardaespaldas.

Llegaron al aeródromo de Aberdeen, donde Seamus los aguardaba con el Agusta, sin que nadie los hubiese seguido ni importunado.

CAPÍTULO XI

¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan?

Canto I de la *Iliada*, de Homero, poeta griego
(c. siglo VIII a. C.)

Esa noche, después del viaje a Aberdeen, volvieron a escabullirse a la piscina climatizada. Apenas entraron en el recinto penumbroso, húmedo y con aroma a cloro, Kovać comenzó a incitarla, desesperado por hacerle el amor. Su ausencia lo había mortificado, y aunque disimuló por el bien de Darko, durante las horas en que ella le faltó se encontró irritable y perdido. Desde que se habían conocido poco más de un mes atrás, no se habían separado como no fuese para que él diera sus clases en Sarajevo; de lo contrario, habían transcurrido esas semanas uno junto al otro. De modo imperceptible, un lazo había ido atándolos irremediablemente, y era tan fuerte que ahora la compañía de Diana no se limitaba a algo que lo hacía dichoso sino que se había convertido en una necesidad. Dependía de ella, tan simple y brutal como eso.

—La ansiedad que sentí hoy por no tenerte a mi lado no la he sentido nunca —le confesó al oído en tanto, de pie detrás de ella, le desataba el cinto de la bata de toalla y se la quitaba—. Me faltaba lo fundamental. Me faltabas tú.

Quedó desnuda contra el cuerpo aún vestido de Kovać. Apoyó la cabeza en su hombro y gimió, sofocada de placer, el que le proporcionaban sus manos. Acallar los jadeos habría resultado una empresa fútil; intentar frenar la oscilación de la pelvis habría sido en vano. Respondía a los estímulos, y en nada participaba la razón.

Sin quitar la mano de entre sus piernas, Kovać empleó la otra para deshacerse de la bata, que quedó tirada sobre el piso de granito. La impulsó

para que avanzase hacia la piscina. Entraron por la parte baja. Descendió los escalones a ciegas, segura entre los brazos posesivos de su amante. Y allí, con el agua que apenas les cubría las pantorrillas, la obligó a reclinarse sobre el borde, los brazos estirados y las manos abiertas sobre la piedra, y la penetró con la ansiedad que le había descubierto apenas descendió del helicóptero. La habían sorprendido el fuego y la desesperación que de modo tan manifiesto revelaban sus ojos. El silencio en el que se había conducido mientras ella saludaba a Darko y a los demás y durante la comida constituía otra prueba de la inquietud que lo gobernaba. Alzaba la vista y lo encontraba del otro lado de la mesa, concentrado en ella, demandante, exigente, un Kovać distinto del hombre bueno y paciente que el mundo amaba y conocía. Existía un sustrato en él que solo a ella mostraba, o bien que solo ella le hacía sacar a la luz. Esa parte secreta la excitaba como nada, la parte mundana, carnal y pasionalmente feroz y posesiva de su adorado Lazar. El comportamiento también evidenciaba la dependencia de él por ella. Esa certeza la habría sofocado si no se hubiese tratado de Kovać. En contra de la sensatez, saberlo dependiente y hambriento la hacía feliz. Después de todo, ¿no era el mismo tipo de esclavitud que la sometía a ella, la descubierta el día en que Vuk lo hirió y no sabía si sobreviviría?

En la rudeza con que se impulsaba en su interior estaba haciéndole pagar por la ausencia de ese día y que hubiese decidido aceptar el encargo para trabajar en STOP y para los generales de la OTAN. Y su enojo solo servía para agudizar la lubricidad de ese momento tan crudo, tan animal, en el que él la tomaba por detrás y lo hacía para dominarla y hacerle entender que, por encima de todo, estaba él, su dueño, y ella, la diosa casta y guerrera, se sometía sin una queja porque anhelaba lo que él le proporcionaba, la sensación que crecía y que acabaría en un orgasmo devastador, el que sobrevino segundos después, y al que le siguió el de Kovać, cuyos roncós gemidos se potenciaron entre las paredes acristaladas de la habitación. Había pocas probabilidades de que los guardias que hacían la ronda no lo hubiesen escuchado, y rio entre dientes al darse cuenta de que no le importaba.

—¿De qué ríes? —preguntó él con acento entrecortado; todavía respiraba con dificultad.

—Los guardias vendrán a ver de qué se ha tratado ese bramido tuyo. No te sorprendas si en unos segundos las linternas iluminan la piscina.

—Tendrán que conformarse con verme a mí, pues a ti te ocultaré bajo mi cuerpo. Nadie jamás volverá a verte desnuda excepto yo.

La declaración, expresada sin rastro de broma, la espabiló súbitamente y le borró la sonrisa. Kovać la arrastró hacia la parte honda y la colocó de espaldas a él, de modo que quedó flotando aferrada al borde, oculta de las miradas indiscretas. Unos minutos más tarde, un haz de luz irrumpió desde el exterior. Kovać giró apenas el torso y, con la luminosidad en la cara, alzó el brazo para indicar que todo marchaba bien. La Diana, con la mejilla apoyada sobre el dorso de las manos, mecida por el vaivén del agua y aprisionada entre la piscina y el cuerpo de Kovać, se sentía serena y satisfecha. El guardia reconoció al prometido de la sobrina de *His Lordship*, agitó la mano a su vez y continuó la ronda. El recinto volvió a quedar sumido en las sombras. La Diana se giró para colocarse de frente y se prendió a Kovać rodeándole el cuello con los brazos y la cintura con las piernas. Le acarició la punta de la nariz con la de ella; la fascinaba lo perfecta que era.

—Me excitas cuando te vuelves tan posesivo —admitió.

—Pues estarás excitada el día entero porque cada minuto que pasa me siento más posesivo de ti. Sí, ya sé, no digas nada: soy un cavernícola. Desde hace un mes, soy un cavernícola —reiteró.

—Más de un mes —lo corrigió, mientras le mordisqueaba el filo de la mandíbula—. Nos conocimos el 18 de diciembre y hoy es 25 de enero. Un mes y una semana.

—Siento como si hubieses sido parte de mí la vida entera, tanto te conozco.

—A mí me sucede lo mismo, amor. ¿En verdad me echaste tanto de menos?

—Echarte de menos es una expresión que ni siquiera comienza a describir lo que sentí. —Le enlazó el cabello húmedo con el antebrazo y tiró con delicadeza para obligarla a detener los mordiscos. La miró seriamente—. Cuando vi que el helicóptero levantaba vuelo, tuve que echar mano de toda mi voluntad para no empezar a llamarte a gritos y pedirte que volvieses. La presencia de Darko me disuadió, pero te aseguro que el impulso fue tremendo. Sentí desesperación, Diana, como si estuviesen arrancándome algo vital. No me gustó —afirmó, y descansó la frente en la de ella—. ¿Qué sentiste tú?

—Me quedé mirándolos hasta que se convirtieron en dos puntos sobre la nieve. No podía apartar mis ojos de ustedes, de mis dos amores.

Se besaron con mansedumbre.

—Iré a buscar las batas —anunció Kovać.

La Diana soltó un quejido y ajustó los brazos, hasta ese momento flácidos, en torno a él.

—No, Lazar, quédate. —Alzó el rostro, de repente alertada por un pensamiento—. ¿Estás cansado? ¿Te sientes bien?

—Estoy mejor que nunca. No estoy cansado.

Volvió a relajarse y a apoyar la mejilla en su hombro.

—¿Qué crees que haya pensado el guardia de tu rugido?

—¿Que me dio un calambre? —tentó él y arrugó la delicada nariz de un modo adorable que la hizo reír. Se la besó.

—No —dijo con la risa aún en la voz—, sabe bien que no se trató de un calambre.

—*My dear, I don't give a damn.*

—¿Mi querida, me importa un bledo? —tradujo La Diana, entre asombrada y divertida.

—Son las últimas palabras que le dirige Rhett Butler, el protagonista de *Lo que el viento se llevó*, a Scarlett O'Hara, la protagonista, antes de abandonarla. Se lo tenía merecido.

—¿Viste *Lo que el viento se llevó*?

—No. Leí el libro. La profesora de inglés nos lo hizo leer a Izia y a mí.

Enseguida lamentó pronunciar ese nombre. La vio apagarse ante sus ojos.

—Ey, ¿qué sucede?

—Nada.

—No me digas nada, Diana. Prefiero que me digas que no quieres hablar de ello, pero no me niegues lo que tan fácilmente veo. ¿Es porque nombré a Izia? —La Diana asintió sin alzar la cabeza—. Amor...

—No digas nada, Lazar. Me avergüenzo de mis celos porque son ridículos, irracionales...

—No, amor, no. Son lógicos. No sientas culpa. Ya sabes que me halaga que me celes —agregó un momento después con voz ligera, y rio cuando La Diana soltó un bufido.

—Me alegro de que a uno de los dos esto que siento le haga bien.

—¿Qué sientes?

—Que la amas todavía. Más que a mí —se sinceró.

Kovać encontró la afirmación tan descabellada que echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en carcajadas. Percibió que se rebullía, rabiosa, entre sus brazos, y los ajustó para evitar que escapase.

—Quieta, mi diosa guerrera.

—No te rías, entonces.

—No te ofendas, amor mío. —Le buscó el costado del cuello y se lo besó, se lo mordisqueó después—. No puedo creer que tengas esas dudas cuando solo pienso en ti, solo tú estás dentro de mí. ¿Qué hago mal para que pienses lo contrario? —se preguntó, de pronto serio.

La Diana ahogó un quejido angustioso y lo besó en los labios con pasión.

—No haces nada mal, Lazar. Tú eres perfecto y nunca haces nada mal. Perdóname.

—¿Amas todavía a Markov?

La pregunta la conmocionó y se quedó mirándolo a los ojos. Le brillaban con un fiero destello mientras aguardaba la contestación. Amaría siempre a Markov, se dijo, con un sentido de gratitud y con nostalgia pero no con el sentimiento carnal, profundo e inexplicable que le despertaba el hombre que tenía frente a ella. Le habría relatado las veces que el espíritu de Markov la había guiado durante la huida. Eligió callar por temor a que pensase que desvariaba.

—Lo amaré siempre, sí —concedió en un susurro—, pero no como a ti. Lo que siento por ti, Lazar, nunca lo experimenté por nadie. Lo que me inspiras es tan poderoso y extraño que fue capaz de sanarme.

—Lo mismo me ocurre a mí, Diana. Siempre amaré a Izia y a su recuerdo. Pero como amo a mi Diana, la que me devolvió a la vida, no he amado ni amaré a nadie. A veces, como psicólogo, me pregunto si esto que siento por ti es normal.

—No te lo preguntes, amor mío —lo urgió y le encerró la cara con las manos para besarlo—. Que te lo preguntes significa que tienes dudas de nosotros.

Volvió a reír con una carcajada sonora.

—Diana, dices las cosas más absurdas que he oído. ¿Dudar de nosotros? Ni siquiera el pensamiento ha cruzado mi mente. Es solo que sigo perplejo como el día en que te vi por primera vez en el gimnasio.

—Irás acostumbrándote —prometió, y él volvió a reír y a besarla—. Cuéntame de Darko. ¿Qué hicieron hoy?

—Uf, tantas cosas. Tenía que distraerlo. Verte partir le provocó una gran ansiedad. Estaba inquieto. Cada dos minutos preguntaba por ti.

—¿De veras? —se asombró.

—¿Por qué te sorprendes? Te adora, Diana.

—¿Cómo es posible que me ame tanto? —se preguntó—. Al principio no le permitía que me tocara.

—¿Recuerdas que te expliqué que los seres humanos percibimos las energías de los demás? —La Diana asintió—. Es una percepción absolutamente inconsciente, intuitiva. En los niños, que son tan sabios, esta percepción está muy aguzada. Darko percibió la energía maternal que te rodea y te eligió para que ocupases el lugar que su madre biológica dejó al morir. Darko te necesita, amor, como cualquier niño necesita y depende de la madre.

—Lo amo, Lazar —expresó con voz emocionada.

—Él lo sabe, por eso le resulta tan fácil llamarte mamá.

—Que Darko me ame me hace sentir orgullosa y útil.

—Lo sé. Y que te ame el padre, ¿no te hace sentir orgullosa y útil? —quiso saber con un repentino cambio de ánimo, y ella arrugó la nariz en el gesto de desdeñar la pregunta, lo que propició que Kovač le arrancara una confesión a cosquillas y dentelladas.

—¡El padre es lo más importante para mí! —exclamó mientras intentaba escapar—. ¡Detente! ¡Me haces cosquillas!

—¡Dilo de nuevo!

—¡Amo al padre más que a nada en el mundo! —proclamó, y Kovač cesó de martirizarla con sus dedos y sus dientes.

Se miraron en silencio. Las respiraciones agitadas y el agua que batía contra la pared de la piscina acentuaban el mutismo de los amantes.

—Amo al padre locamente —repitió La Diana, y se abrazó a él con angustia, con el miedo de perderlo alojado en el estómago—. Lo amo inmensamente. Eres la razón de mi existencia, Lazar.

La obligó a quitar la mano derecha de su nuca para besársela con los ojos cerrados y una actitud reverencial. Se la colocó sobre el pecho, del lado del corazón y bajo el tatuaje. Sonrió con melancolía al notar que La Diana tensaba el brazo, dispuesta a retirarlo con tal de no tocar la palabra Izia.

—Sí —dijo—, su nombre está grabado ahí. Fue el acto quizás arrebatado de un adolescente que temía olvidarla, solo que era demasiado inmaduro e inexperto para saber que no se olvida a quien se ha amado, a quien nos ha

hecho mejor persona. A ti no te grabaré en mi piel porque te tengo tatuada en los sitios que importan: en el corazón, en el cerebro, en la memoria, en el alma. En todas partes. Tú ocupas todo mi ser, Diana. Tú te has convertido en el todo. Ya no sé dónde termino yo y dónde empiezas tú. Por eso hoy, cuando te vi alejarte en el helicóptero, sentí que me arrancaban una parte del cuerpo. Fue una experiencia física, y nueva y desconcertante. Ahora que lo pienso mejor, fue similar a lo que sentí ese día en que te fuiste con Goga a comprar provisiones para los refugios, ¿lo recuerdas? —La Diana aseguró que sí—. Me quedé en la calle con Zaína de la mano, viéndote mientras te alejabas, con angustia en el pecho, la misma de hoy. Y me asusta porque ahora sé con claridad que, después de ti, no hay marcha atrás. Diana, no sabría cómo volver a ser la persona que era en el minuto previo a posar mis ojos en ti. —Se miraron seriamente, sin hablar—. ¿Te abrumo? Sé que has sido libre por mucho tiempo y que mi discurso puede resultarte posesivo y agobiador. Sé cómo es tu índole de diosa guerrera, libre e independiente. ¿Te abrumo? —preguntó de nuevo, y La Diana amó el nerviosismo con que insistió.

—No, Lazar. No me abrumas. Tu discurso, como lo llamas, me lleva a preguntarme una cosa.

—¿Qué? —quiso saber, siempre ansioso.

—¿Por qué a mí la vida me regaló a la mejor persona que existe? ¿Por qué me dieron a Lazar?

Kovać la abrazó. Quería ocultarle que estaba emocionado. Cuando se sintió seguro, le susurró:

—Es lo mismo que me pregunto yo, amor mío.

Permanecieron abrazados y sin pronunciar palabra hasta que Kovać se apartó con delicadeza y le indicó que se quedase allí, sumergida y oculta, mientras él buscaba las salidas de baño. La Diana lo vio nadar hasta la parte baja en un perfecto *crawl* y se preguntó si la natación habría formado parte de la estricta educación que le había impartido Ilić. Emergió del agua y caminó hacia la escalinata moviendo el cuerpo desnudo de un modo tan masculino como involuntario. Lo estudió. Había ganado de nuevo los kilos perdidos durante los días de internación; lucía saludable y fuerte. Fijó la atención en su trasero blanco, cubierto de una delgada capa velluda. Era sólido, duro y pequeño, y la arrebató el deseo de besárselo y de mordérselo y de hundir la lengua entre los glúteos, solo que, se recordó, debía ser prudente por las memorias oscuras que las caricias de esa índole avivarían.

Kovać, ya envuelto en la bata, sostuvo la de ella en el aire y sobre el agua de modo que pudiese salir de la piscina sin que su desnudez fuese visible desde el exterior, como una especie de biombo, reflexionó La Diana. Metió los brazos en las mangas, y Kovać la cubrió y la restregó para secarla antes de atarle el lazo.

—Gracias, amor.

—De nada —contestó él.

La guió hasta una reposera en la que se ubicaron los dos pese al reducido espacio; admitieron que no podían separarse ni dejar de tocarse.

—¿Estás cómoda? —se preocupó él.

—Sí, muy cómoda. ¿Y tú?

—Mejor, imposible —contestó, y dejó caer los párpados e inspiró profundo para ratificar su contento.

La Diana rio, y él abrió los ojos atraído por la risa. Un haz de luz del exterior le bañaba el rostro. Le besó la nariz.

—Amo tus pecas, ¿te lo dije?

—Sí, una vez, y después me dijiste que querías besarme.

Kovać asintió y se quedó observándola con una sonrisa plácida.

—Estás hermosa —susurró—. El orgasmo que te di está haciéndote brillar.

—Y te sientes muy orgulloso de eso, ¿verdad?

—Sí, muy orgulloso.

Se instó a no demorarse en las tantas cuestiones pendientes y graves que los aguardaban en Bosnia. Solo quería permitirse ese momento con su mujer, la que pronto prometería ante un juez en Sarajevo que se convertiría en su compañera para siempre.

—¿Cómo te fue con el doctor Paddington?

Como no se había tratado de una cuestión de L'Agence, le había referido la conversación con Schell y Haraldsson, y le había dicho también que solo en Harry Paddington confiaba para que le confirmase o rectificara la teoría de los generales, que, a simple vista, sonaba inverosímil.

—Me fue bien. Confirmó sin dudar la teoría de Schell y Haraldsson. —Alzó las pestañas para mirarlo a los ojos. Kovać la contempló con gesto grave—. Es de locos, Lazar. Querer apoderarse de las semillas del mundo es de locos. ¿Qué opinas tú que conoces a Ilić?

—Diana, Ilić es un psicópata megalómano. De un sujeto como él puedes esperar cualquier cosa.

—¿Qué quiere decir psicópata mega...?

—Psicópata megalómano. Vamos por partes. La psicología da muchas definiciones de psicópata, si bien no se sabe a ciencia cierta por qué un individuo sufre de esta patología. En todas las definiciones hay tres elementos que se mantienen constantes: son egocéntricos, no sienten empatía y no comprenden el concepto de remordimiento o culpa. Eso sí, poseen una gran inteligencia, por lo que pueden convertirse en hábiles camaleones e imitar a las personas para simular una conducta normal. Son expertos mentirosos y manipuladores. Es casi imposible resistirse a su palabrería y encanto. De este modo engañan a los demás, que generalmente terminan siendo sus víctimas. Experimentan un impulso irrefrenable hacia la violencia porque les gusta causar dolor.

—¿Por qué? —se horrorizó La Diana.

—Como te decía, no hay respuestas certeras acerca de la causa de esta patología. Por qué un ser humano goza causando sufrimiento a otro es motivo de grandes debates. Podría derivarse de una mezcla entre cuestiones genéticas, incluso hormonales, y modos de crianza. Yo me inclino por esta última. Y cuando digo que es megalómano, me refiero a que siente una necesidad desmedida de poder. Como te comenté, siempre se jactaba de pertenecer a la familia real, los Karađorđević, como si en algún momento fuesen a volver a reinar sobre la Gran Serbia.

—¡Cuánto me recuerda esto a los discursos que oíamos antes de la guerra! Y durante —agregó.

—Eran discursos que enardecían al pueblo agobiado por la falta de trabajo y la inestabilidad. Qué fácil es manejar a las masas cuando las necesidades básicas no están satisfechas. —Kovać guardó silencio, y La Diana se mantuvo atenta a él. Lo notaba sereno pese a haberse referido a su antiguo abusador—. Sí, Diana, no sería descabellado pensar que Ilić, gracias al poder acumulado a lo largo de los años, planea algo tan estrambótico como hacerse con la alimentación del mundo.

—De seguro no podrá hacerlo solo. ¡Alguien debe de ayudarlo! ¿Cómo es posible que la gente que trabaja para él acepte su conducta desquiciada?

—Tú no lo conoces, no personalmente —aclaró—. Cuando intenta seducirte para que hagas lo que él desea, el encanto que emplea es irresistible. Como te dije, un psicópata es un diestro manipulador. No me resultaría raro saber que cuenta con un grupo de científicos que apoya su proyecto ciegamente. ¿Acaso el pueblo alemán no vitoreaba y veneraba a

Hitler? ¿Acaso los serbios no adulaban a Milošević? Y si un hombre de esa índole perversa no consigue tu consenso a través de la seducción, entonces te obligará a hacerlo a como dé lugar. Son temerarios y sobre todo no respetan la ley.

—Es el caso de Yura —musitó La Diana—. Yura, la hermana de Nanuk, se le puso en contra y terminó desapareciendo un buen día en el aeropuerto de Edimburgo.

—Tu teoría de que Yura está en manos de Ilić no es descabellada a la luz de esta nueva información.

—No lo es, no. Según Paddington, Yura estaba desarrollando técnicas que habrían permitido mayor precisión en el momento de tocar genéticamente un ser vivo. Ilić codiciaba su cerebro sobre todo por esto.

—Y si Ilić codicia algo, créeme, lo conseguirá sin medir los costos. Solo lo guía una cosa: satisfacer su hambre insaciable de poder.

Guardaron silencio después de esta última afirmación. La Diana, dispuesta a recuperar el ánimo sedado y feliz, le besó el filo de la mandíbula y le introdujo la mano bajo la bata para acariciarle el torso.

—¿Nos damos un baño en el vestuario para quitarnos el cloro y regresamos al dormitorio?

La excitó la manera en que bajó las pestañas y movió apenas el mentón para mirarla. ¿Era normal volver a desearlo?

—Te deseo de nuevo —balbuceó, siguiendo la línea de sus pensamientos, y él, en ese silencio y con ese gesto impasible que le pronunciaba los escozores, le aferró la mano y se la guió hacia abajo, hasta posarla sobre su erección.

Terminaron en el cubículo de la ducha del vestuario y volvieron a amarse con la misma urgencia del principio. Al acabar, La Diana, con los senos aún aplastados contra los azulejos, con Kovać profundo en ella, giró apenas el rostro para besarle donde su boca cayese; necesitaba el simple contacto. Percibía el semen de Kovać que le escurría entre las piernas, y el hecho le resultó de una sensualidad imposible.

—Tu semen me chorrea entre las piernas —susurró.

Las manos de él, que cubrían las de ella sobre la pared, se cerraron para envolverlas en sus puños.

—Estás llena de mí —dijo con acento ronco, aún impregnado de deseo, y le besó el trapecio.

—Te llevo dentro de mí —repitió ella—, entre las piernas y en el corazón.

Alzó los párpados y se encontró con los ojos oscurecidos de él, los que de una manera descarnada le exponían el alma destrozada del niño que había sido, del joven que había sobrevivido en las calles de Sarajevo y del hombre culto, educado, valiente y bondadoso en el que se había convertido. Lucía atormentado. ¿Ella estaría causándole la aflicción al aceptar un trabajo que él desaprobaba? ¿O se trataría del dragón que los sobrevolaba y que amenazaba con arrebatárselos la felicidad?

—Nada me apartará de tu lado, Lazar. Sobreviví tres años en Rogatica...

—Sí —la interrumpió con una afirmación apasionada, y le apoyó la frente en la sien—. Sé lo fuerte que eres.

—Entonces, ¿a qué le temes? ¿A mi inconstancia?

—No, no —negó y movió la cabeza para subrayar la contestación—. ¿Cómo piensas que te creo inconstante? Me diste la mayor de las pruebas al vencer la fobia, Diana. Conozco casos de personas con fobias similares a la tuya y sé cuán difícil es superarlas. Lo que hiciste, amor mío, es un portento, nunca lo olvides.

—Lo hice por ti, por nuestro amor.

—Lo sé, lo sé. No dudo de tu constancia, ni siquiera la idea cruza por mi mente. Pero me inquieta pensar que en un par de días dejaremos este castillo y volveremos a Bosnia y que no podré tenerlos a ti y a Darko bajo mi protección todo el día y... Hoy, cuando te vi partir en el helicóptero, no me gustó lo que sentí. No me hagas caso —pidió, y carcajeó tristemente y con expresión avergonzada—, estoy volviéndome reiterativo como los viejos. No quiero repetir la misma idea, no quiero sofocarte.

En verdad la partida a Aberdeen lo había afectado más de lo que ella había supuesto.

—Quiero que te quedes tranquilo por Darko y por mí. No estaremos un minuto sin protección, como tampoco lo estarás tú. Nadie podrá acercarse a nosotros, te lo aseguro. La Mercure cuenta con profesionales de primer nivel. Sanny nos asignará a sus mejores hombres.

—Lo sé, pero yo quisiera que tú y Darko no saliesen nunca de mi campo visual. Como psicólogo, soy consciente de que se trata de un comportamiento nocivo. Como hombre, no puedo evitarlo.

—Solo sé que se trata de amor —rebató ella.

—Tan infinito, Diana.

Kovać se retiró de ella para obligarla a girarse y envolverla en un abrazo despiadado.

—Solo falta Larysa —susurró con la voz sofocada en el torso de él.

—La encontraremos.

—Tengo fe en el detective que contrató Callum.

—Yo también. Callum estuvo contándome hoy que trabajó durante años en la policía holandesa y que llegó a ser jefe del Departamento Homicidios del que dependen las diez oficinas regionales en las que se divide la fuerza. Tiene un récord imbatible de casos resueltos. Cuando renunció para poner su empresa, se volvió un hombre rico gracias a la cantidad de clientes que hizo en poco tiempo. Si alguien está capacitado para resolver el misterio de la desaparición del autobús en el que viajaba nuestra Larysa, ese es Herman Janssen. Igualmente, nosotros no nos quedaremos de brazos cruzados. Apenas volvamos a Sarajevo empezaremos a realizar las gestiones que te comenté.

Terminaron de ducharse y, cuando estaban a punto de salir, el timbre del celular de La Diana retumbó en el ambiente vaporoso del vestuario. Cruzaron miradas preocupadas. Eran las tres de la mañana. Una llamada a esa hora solo podía significar problemas. Pensó en Darko, enseguida en Leila, y abandonó la ducha a las apuradas. Kovać la siguió. Estudió la pantalla iluminada. Número no identificado. Atendió, pero se quedó callada.

—¿Diana? ¿Estás ahí?

Reconoció la voz de Daen van Groen.

—Sí, soy yo. ¿Estás en aprietos? —exigió saber.

—No, estoy bien. Disculpa la hora, pero solo en este momento puedo llamarte sin levantar sospechas ni arriesgarme.

—Lo comprendo. ¿Me llamas desde un teléfono seguro?

—Sí.

—¿Qué querías decirme?

—Saben que estás en Escocia.

Kovać, que seguía la conversación con la oreja pegada al aparato, se tensó junto a ella.

—¿Cómo lo supieron?

—No fue difícil deducirlo. Después de que desapareciste de París, De Souza mandó un grupo a que vigilase tu departamento en Londres y otro, a

la propiedad de tu pariente en Escocia. Están apostados a un par de kilómetros, pero te han visto gracias a unos binoculares muy potentes.

—Entiendo. Eran ellos los que me siguieron hoy a Aberdeen, entonces.

—¿A Aberdeen? —dudó el holandés—. No creo. De Souza me lo habría comentado. ¿Les reconociste los rostros?

—La verdad es que no los vi. Había una cuatro por cuatro sospechosa con los vidrios polarizados. Pensé que se trataba de los hombres del *vojvoda*.

—Por lo que sé, no se han movido de las inmediaciones de Glendale.

—¿Dónde se esconde el *vojvoda*?

La línea cayó en un mutismo repentino. Van Groen habló segundos después.

—No lo sé.

—No quieres decírmelo —objetó.

—Diana, estoy arriesgando el pellejo acá. Y estoy tratando de salvar el tuyo. Pero si cae el *vojvoda* caeremos nosotros con él, y no estoy dispuesto a ir a la cárcel.

—Si colaboras con la Justicia, será un gran atenuante.

La carcajada hueca de Van Groen le chocó en los oídos.

—¿Justicia? No existe tal cosa, y tú lo sabes mejor que nadie. No, Diana, no me pidas que revele el escondite del *vojvoda* porque no lo haré —dijo, y cortó la comunicación.

Kovać y La Diana intercambiaron una mirada pesarosa.

—¿Qué es ese asunto de que te siguieron hoy a Aberdeen?

—No me siguieron. Ulysse y yo exageramos. Vimos una cuatro por cuatro con los vidrios oscurecidos que se estacionaba frente a la casa de Paddington y supusimos que eran los hombres de Vuk. Pero ya ves que no era nada.

—¿La camioneta se estacionó mientras ustedes estaban allí? —La Diana respondió que sí—. ¿Y nadie descendió? —preguntó, escéptico.

—Nadie descendió. Probablemente se trató de uno que se detuvo para comer o para echarse una siesta.

Kovać se quedó mirándola con un ceño difidente, y ella le atrapó el labio inferior entre los suyos.

—Diana —pronunció con tono de advertencia y la sujetó por los hombros—, estamos tratando un tema serio aquí.

—Amor, no eran ellos. Pero si hubiesen sido, no habrían podido atraparnos. Ulysse advirtió la presencia sospechosa y salimos por una puerta trasera. Como medida precautoria, habíamos dejado nuestro coche en la otra cuadra.

Kovać asintió lentamente, siempre con el entrecejo fruncido y los ojos cargados de recelo.

—De todos modos, están apostados cerca de la propiedad de Callum. Y nos ven todo el tiempo.

—Sí —se descorazonó La Diana—. Mañana advertiré al jefe de la seguridad para que amplíe el perímetro de control. Ahora vamos a dormir. Estoy muy cansada.

* * *

Durmieron hasta tarde. A eso de las diez, Darko y Zaína, hartos de esperar a que se levantasen, irrumpieron en el dormitorio y se les echaron encima en la cama. Kovać profirió unos gruñidos de desagrado que se convirtieron en un rugido cuando sorprendió a los niños al incorporarse súbitamente y atraparlos en un abrazo que los mantuvo sujetos contra el colchón. Reían a carcajadas porque Kovać, alternadamente, les hacía cosquillas con el mentón rasposo. La Diana reía, mientras agradecía el tino de haberse puesto un camisón; Kovać solo llevaba unos boxers. Los niños aún iban en pijama y pantuflas.

—¡Basta, papá! —suplicaba Darko, ahogado de risa.

—¡Me haces cosquillas, tío Laza!

La Diana, que se había mantenido al margen, se montó sobre la espalda de Kovać y lo hizo caer hacia el costado. Las risas de los niños volvieron a explotar y se arrojaron sobre el ovillo que formaban los adultos.

—¡Ataque a traición! —se quejaba Kovać, mientras Zaína le hacía cosquillas en el cuello y Darko en el estómago.

Rieron hasta que, poco a poco, casi sin aliento, fueron calmándose. La Diana se acomodó, lánguida y acezante, junto a Kovać, la mejilla en su pecho. Darko y Zaína hicieron otro tanto. Kovać cerró los brazos en torno a los tres y los apretó.

—¡Qué lindo despertar! —expresó, y La Diana giró el rostro para observarle la expresión de felicidad. La sorprendió hallarlo atento a ella, y

cuando le guiñó un ojo, la recorrió una emoción irrefrenable. Le lanzó un beso.

—¡A mí también arrójame un beso, mamá!

La emocionaba que la llamase mamá; no importaba cuántas veces lo hiciese, siempre le provocaba una sensación cálida en el pecho. Lo pronunciaba con tanta naturalidad, como si hubiese usado el apelativo desde sus primeros años. Le lanzó un beso y a continuación extendió la mano y le pasó el dorso de los dedos por el carrillo, y se lo notó más abultado. Era la consecuencia evidente de una buena alimentación unida a un mayor apetito. La certeza la colmó de una dicha tan repentina como sorpresiva. “Estas son las cosas que alegran a una madre”, pensó.

—Buen día, *moje blago*.

—Hola, mamá.

—¿Dormiste bien?

—Sí, pero ¿puedo dormir contigo esta noche?

—He aquí un complejo de Edipo si alguna vez existió uno —masculló Kovać, y La Diana rio, halagada.

—¿Qué dijiste, tío Laza?

—Dije que tengo un hambre de lobo y que si no bajo a desayunar muy pronto empezaré a comérmelos. —Volvió a gruñir mientras se incorporaba y, en cuatro patas, les mordisqueaba los bracitos.

—¡No, papá! ¡No nos comas!

—¡No, tío Laza! ¡No!

—Entonces, vayan a avisar a la cocinera que en unos minutos Diana y yo bajaremos a desayunar muy hambrientos —dijo, y arrastró la u.

Los niños se calzaron las pantuflas perdidas en la contienda y corrieron fuera de la habitación. Kovać, todavía en cuatro patas, se detuvo sobre La Diana y la miró desde esa posición con una sonrisa y una mueca traviesas.

—Si quieres iniciar lo que creo que quieres iniciar —advirtió La Diana —, será preciso que le eches llave a la puerta. De otro modo, podríamos ser pescados *in fraganti*.

Kovać saltó de la cama y corrió a cumplir el pedido, y La Diana se incorporó sobre los codos para admirarlo. Volvió a recostarse cuando él trepó por los pies y lo aguardó con actitud lánguida mientras se quitaba los bóxers y la desnudaba. Más allá del apuro con que se desvistió y la desvistió a ella, cuando la penetró lo hizo con lentitud, como si pretendiese disfrutar cada centímetro que le introducía en el cuerpo. La observaba sin

pestañear, con la excitación impresa en las pupilas, y también con algo más turbulento.

—Quiero empezar de este modo todas las mañanas de mi vida —expresó Kovać.

—¿Con los niños en nuestra cama o dentro de mí?

—Con las dos cosas. Me he vuelto ambicioso y lo quiero todo, amor.

* * *

Ese viernes 26 de enero, mientras desayunaban tardíamente en el comedor, Callum Duncan recibió un sobre con la inscripción *Confidential* cruzada y en rojo. Lo abrió allí mismo y se calzó los lentes para leerlo con el entrecejo fruncido. Los adultos lo observaban, expectantes.

—Es el informe final de la AAIB, el organismo oficial británico que investiga los accidentes aéreos —explicó para nadie en particular.

—¿Por el accidente de Yura Christiansen? —preguntó La Diana, y Glendale asintió.

—¿Quién es Yura Christiansen? —se interesó Goga.

—La hermana de un amigo mío, una bióloga molecular que supuestamente murió en un accidente aéreo el año pasado.

—El informe —prosiguió el escocés— asegura que no hubo falla técnica ni humana. Es el mismo caso del accidente de Lockerbie. Se colocó una bomba en una de las valijas y se accionó con un control remoto desde tierra.

—Nadie reivindica el atentado, ¿verdad? —comentó Bruce McLeod.

—Nadie hasta el momento —confirmó Glendale—. Y si no lo han hecho hasta ahora, dudo de que lo hagan.

—Buscarán un chivo expiatorio como hicieron con Qaddafi.

—Tal vez —concedió el anciano.

La Diana guardaba silencio y meditaba que en el mensaje que le enviaría a Nanuk al lunes siguiente le comentaría acerca del resultado de la investigación. No precisaban confirmaciones para saber que el avión había sido saboteado; sin embargo, la ratificación era importante.

—Callum —dijo La Diana—, ayer una fuente fiable me advirtió que los hombres del *vojvoda* vigilan tu propiedad.

—¡Cómo! —se alteró el anciano.

—Pero si los guardias están por todas partes —señaló McLeod.

—Están apostados a unos dos kilómetros. Nos observan con prismáticos de largo alcance.

—Malditos sean —masculló el pelirrojo.

Se convocó al jefe de la guardia y se lo puso al tanto de la nueva información. El hombre, un ex SAS, ordenó de inmediato una misión de reconocimiento en los alrededores. Una hora más tarde, pidió hablar con Callum Duncan para informarle que habían descubierto una camioneta a unos dos kilómetros hacia el sur, ubicada en una colina. Había arrancado y huido al avistar los vehículos que se aproximaban.

—Hemos ampliado el perímetro de control, señor —manifestó el ex soldado de élite.

—Si no te opones, Callum —intervino La Diana—, sería conveniente hacer un reconocimiento aéreo con el Agusta. Esta zona es boscosa, lo sé, pero...

—Lo haremos —la interrumpió su tío abuelo, decidido—. Disponga todo, teniente —le ordenó al ex SAS empleando su antigua graduación militar.

Horas más tarde, la búsqueda aérea arrojaba resultados nulos que no sorprendieron a La Diana; igualmente tenían que probar. Se preguntó si al ahuyentar a los hombres de Vuk no habrían puesto en evidencia que había un soplón entre sus huestes. No tardarían mucho en sospechar de uno de sus antiguos compañeros de L'Agence.

Después del almuerzo, recibieron a Herman Janssen, recién llegado de Ámsterdam. A La Diana, el hombre de unos cincuenta y cinco años le cayó bien enseguida. Era parco, expeditivo y no se andaba con vueltas. Le expusieron los hechos ante los cuales no expresó opinión ni siquiera con un cambio en el semblante. Se mantuvo caviloso y atento.

—Coralie Picard, la enfermera de Manos Que Curan —prosiguió Kovać—, asegura que entregó a la niña al orfanato Mariscal Tito, el cual estaba dirigido por Olga Oltrović. Oltrović tenía una asistente, Ivanka Broz, que desapareció junto con los niños la mañana del 6 de febrero del 96.

—Y dice que el padre de la niña era un paramilitar serbio llamado... —Janssen consultó uno de los papeles que Callum Duncan le había adelantado por fax—. Dragoslav Kirilo Milanković.

—Así es —respondió Kovać—. En los registros figura como muerto durante la guerra, pero sabemos que está con vida. Al menos, hasta el 27 de

diciembre pasado estaba con vida. Nosotros mismos lo avistamos al sur de Bosnia.

El hombre asintió con gesto grave y se puso de pie.

—¿Alguna seña particular para reconocerlo?

—¿Por qué quiere saber de él? —intervino Callum Duncan—. No se relaciona con este asunto.

—No quiero dejar ningún cabo suelto —fue la sobria respuesta.

—Mide dos metros de altura y es muy fornido —describió Kovać—. Además lo reconocerá por una cicatriz que le surca el rostro del lado izquierdo, desde el pómulo hasta el cuello.

—Bien. ¿Y qué señas pueden darme de la niña?

La Diana, que se había mantenido callada y tomada de la mano de Kovać, carraspeó antes de decir:

—Cabello negro, piel blanca y ojos celestes o azules. Es todo lo que puedo decirle.

—¿Alguna otra información que crean propicio mencionar?

—Sí —murmuró La Diana—. Entre las prisioneras del Veljko Vlahović había una mujer, gran amiga mía y de mi hermana. Se llamaba Suada Mehmedović. —Deletreó el nombre a pedido de Janssen—. Suada tenía a su cargo a Larysa la noche en que los soldados nos rescataron a Leila y a mí. Lo más probable es que haya ido a vivir con su hermana a la ciudad de Tuzla. Me gustaría, si es posible, averiguar dónde se encuentra.

—Trataré de ubicarla —prometió el detective—. Bien, con esto tengo por dónde empezar —manifestó mientras juntaba los papeles y los devolvía a la carpeta, y lo hizo con manos seguras y tal serenidad que tranquilizó el corazón batiente de La Diana.

—¿Ha conseguido un traductor? —se interesó Glendale—. Lamento que el de mi conocido en Bosnia no esté disponible. —Se refería al de Freddie Prescott, que había sufrido un accidente doméstico y estaría en cama enyesado durante los próximos dos meses.

—No hay problema —afirmó el detective—. No ha sido difícil encontrar uno. Holanda recibió a una gran cantidad de refugiados bosnios durante la guerra. Entrevisté a varios y elegí a un muchacho originario de Foča. Partiremos el próximo lunes a Sarajevo. Allí comenzaré mi pesquisa —informó.

—Nosotros regresaremos a Bosnia el domingo por la tarde —anunció Kovać—. Estaremos en Sarajevo para cuando usted llegue.

—Bien, bien —balbuceó Janssen en tanto se colocaba el abrigo—. Nos veremos allí, entonces.

* * *

Ese viernes cenaron más temprano para estar listos a las nueve y cuarto frente al televisor apostado en una de las salas de la planta baja. Se disponían a ver el documental de la BBC sobre tráfico humano en los Balcanes. A los niños, entusiasmados con la idea de que sus padres aparecieran en televisión, se les permitió quedarse; igualmente no comprenderían nada pues la transmisión sería en inglés.

—¡Silencio! ¡Silencio! —pidió Goga—. Está por empezar.

Se acomodaron en el sofá, La Diana y Kovać uno junto al otro, tomados de la mano. Se contemplaron mientras pasaban los títulos del programa. La música incidental la cautivó.

—Qué hermosa melodía —murmuró para que solo Kovać la oyese.

—Es el segundo movimiento de la *Séptima Sinfonía* de Beethoven —dijo él en igual tono de voz.

La Diana se le pegó al oído y le confesó:

—Lazar Kovać, ya te lo dije, pero te lo repito: me excita que seas tan culto.

—Si quieres, puedo recitarte los primeros versos de la *Iliada* —le propuso, y agitó las cejas velozmente, y La Diana soltó una carcajada.

Le chistaron para que se callase. Darko, en cambio, abandonó el lugar que ocupaba sobre la alfombra junto a Zaína y se sentó en sus rodillas.

—Hola, *moje blago* —lo saludó, y lo obligó a echar la cabeza hacia atrás para besarle la frente.

—Marcando territorio, ¿eh? —masculló Kovać—. Vamos a tener que empezar a trabajar en este complejo de Edipo galopante.

La Diana envolvió al niño con los brazos y le colocó el mentón en la coronilla.

—Yo amo este complejo de Edipo galopante —aseguró con una sonrisa, y Kovać se los quedó mirando sin importar que el documental hubiese comenzado.

* * *

—A esta hora está la telenovela que a mí tanto me gusta —se quejó Branka, e intentó quitarle el control remoto.

—Vete a verla a otra habitación —ordenó Vuk sin mirarla, mientras se escanciaba una medida de *šljivovica* y la tragaba de un golpe—. Debe de haber veinte televisores en esta puta casa —señaló con voz aguardentosa—. ¿Por qué tienes que empecinarte con verla aquí?

—Porque aquí estás tú —adujo Branka— y yo quiero estar contigo.

—Entonces, tendrás que conformarte con lo que *yo* veré.

—¿Y qué verás?

No le respondió; en cambio, le dijo que se callase y empleó un acento que ella, con los años, había aprendido a temer. Minutos después comprendió el interés de Vuk. Se trataba de un documental de la BBC sobre el tráfico humano en los Balcanes, y cuando el rostro de esa malnacida de Mariyana Huseinovic ocupó la totalidad de la pantalla resultó claro que a él también lo sorprendía encontrársela en la transmisión. Y de nuevo aborreció la mutación de su gesto, que de severo y ceñudo se convirtió en uno tan poco frecuente como lo eran sus sonrisas sinceras; los párpados le cayeron imperceptiblemente, los labios se le separaron apenas y la arruga sempiterna del entrecejo se atenuó.

Pasado un momento, Vuk recobró el dominio. Volvió a servirse el tradicional licor de ciruela y a beberlo de dos tragos mientras meditaba que Mariyana siempre lo había tomado por sorpresa, primero con su belleza aquella tarde en la recepción del edificio en Rogatica, después con su coraje y determinación. Sin embargo, lo que más le había admirado era la manera incondicional con que amaba. Y la pasión con que odiaba.

Verla de nuevo lo turbaba como pocas cosas. Ella, Maša —le gustaba pronunciar el diminutivo con el pensamiento—, lo orillaba a sentimientos y actitudes que lo desconcertaban y que lo enfurecían justamente porque lo desconcertaban, porque lo despojaban de la armadura. Verla de nuevo lo turbaba, sí; escuchar su voz, oírla hablar tan bien en inglés, lo excitaba. No obstante, cuando prestó atención a lo que decía, el entusiasmo se desvaneció. Hablaba de la guerra, de los tres años de cautiverio, y ante la pregunta del periodista acerca de qué recordaba como lo peor del período en el Veljko Vlahović, su respuesta había sido simple y contundente: “Todo”, había dicho.

—Pero, incluso hasta hoy —la oyó añadir—, lo peor es no entender por qué. ¿Por qué personas que hasta pocos días antes eran nuestros amigos y

vecinos se volvieron en nuestra contra con tanta ferocidad? ¿Porque dieron crédito a lo que sostenía la política serbia Biljana Plavšić, que los musulmanes éramos material genético estropeado? ¿Porque algún poder reinante, vaya a saber con qué objetivo, decidió que nos peleásemos? Más allá de esto, disfrutaban haciéndonos daño. Es la razón por la que no tengo paz aun hoy, después de cinco años.

Dos cuestiones lo dejaron pensando: que sospechase que había un “poder reinante” detrás del conflicto y que aun hoy no tuviese paz. Lo primero le llamaba la atención pues pocos habían comprendido que la feroz contienda desatada en Bosnia a principios de los noventa poco tenía que ver con los nacionalismos exacerbados y todo con un plan bien trazado de dominio y poder. Lo segundo lo había asombrado; se la veía tan entera, tan sólida y dueña de sí.

—Cargaré ese infierno dentro de mí para siempre —la escuchó manifestar por último antes de que la imagen de la presidenta de Duga Sarajevo apareciese en la pantalla y la insoportable mujer se pusiese a hablar de las estupideces que hacían para salvar a las muchachas traficadas.

—¿Qué ha dicho Mariyana? —quiso saber Branka—. No entiendo su inglés.

—No entiendes el inglés. Punto —sentenció Vuk—. Nada importante.

—Pero creí escuchar que hablaba de Rogatica...

—Sí, hablaba de Rogatica —la interrumpió—. Y ahora cállate —ordenó de mal modo acicateado en parte por la voz de Branka, que lo fastidiaba, y en parte porque su hermano acababa de aparecer en la pantalla. ¡Cuánto lo odiaba! El sentimiento no había mermado con los años. “¡Maldito y mil veces maldito!”), rugió en su interior, y apretó el control remoto hasta hacerlo crujir.

Se puso de pie en un acto reflejo cuando, a la pregunta del periodista acerca de cuál era el verdadero nombre del *vojvoda*, su hermano había respondido sin un instante de duda: “Dragoslav Kirilo Milanković”. Y había agregado:

—El hombre que intentó asesinarme en el Sutjeska de un balazo.

—¿Teme por su vida? —había inquirido el periodista.

—Sí, sobre todo por la de mi familia.

La cámara amplió la imagen, que incluyó a Mariyana, sentada junto a él. Y al igual que la vez anterior, se miraron con una devoción inequívoca. Apagó el televisor con un insulto y arrojó el control remoto sobre el sillón.

Branka lo siguió con la vista mientras Vuk se alejaba hacia la ventana. Lo vio apoyar las manos en el alféizar y dejar caer la cabeza entre los brazos.

—Es muy buen mozo tu hermano —comentó—. Y ella parece enamorada.

—Vete.

—¿Cómo has dicho, querido?

—¡Que te vayas! —vociferó al tiempo que se giraba y la perforaba con ojos furibundos.

Branka se puso de pie, se alisó la falda y emprendió la retirada. Con la puerta abierta y la mano en el picaporte, se atrevió a expresar:

—A mí no me engañas, Vuk. No estás buscándola *solo* por ese asunto. Estás buscándola porque aún sigues loco por ella y la quieres para ti. Pero ten cuidado con lo que haces porque si me engañas de nuevo con esa *balije*, te arrepentirás.

Cerró con un portazo que lo crispó. Abandonó el sitio junto a la ventana y se repantigó en el sofá. Se incorporó de pronto para verter más *šljivovica*. Branka tenía razón: la buscaba no solo por esa cuestión vital sino porque la quería de nuevo para él. De hecho, la había buscado incansablemente desde el momento en que Zver y Mirko se atrevieron a confesarle que había sido rescatada del Veljko Vlahović la noche del 15 de julio de 1995, el mismo día en que ella le había impreso la marca que le desfiguraba el rostro. Habría podido someterse a una cirugía plástica para aligerar la brutalidad de la cicatriz, y sin embargo no lo hacía. La mantenía como un recordatorio de la fiereza de la mujer que le ocupaba la mente día y noche desde hacía tantos años. La odiaba. La necesitaba de nuevo entre sus manos para doblegarla, para quebrarla si era necesario, y restablecer el dominio sobre sí mismo y sobre la muchacha que una tarde de abril de 1992 se le había metido bajo la piel y que parecía habitarlo. La ansiedad y la inquietud mermarían cuando Mariyana formase parte de sus posesiones. Solo así volvería a ser el de antes.

Llamaron a la puerta. Consultó la hora. Diez de la noche.

—¿Quién es? —preguntó con acento poco amigable.

—De Souza, *vojvoda*.

—Pasa.

El ex jefe de L'Agence entró solo. ¿Dónde se hallarían esos dos que siempre lo escoltaban, el holandés y el indio navajo?

—¿Qué sucede?

—Disculpa que te importune a esta hora, pero acabo de recibir una noticia y quería comunicártela cuanto antes.

—¿De qué se trata ahora?

—Los guardias de Glendale descubrieron nuestra ubicación a dos kilómetros de la propiedad. Nuestros hombres tuvieron que huir.

—*Jebati!* ¡Malditos! ¿Cómo mierda nos descubrieron?

—No lo sabemos. Quizá decidieron ampliar el perímetro.

—¿Dónde está Mirko? Necesito hablar con él.

—Mirko ha salido con los muchachos a tomar unas cervezas.

Vuk sabía que cuando el portugués hablaba de “los muchachos” se refería a Van Groen y a Adakai.

—¡Llámallo! Lo quiero aquí de inmediato.

—Sí, *vojvoda*. Otra cuestión.

—Y ahora, ¿qué mierda sucede?

—¿Recuerdas que te dije que estábamos haciendo seguir a los Mesić? — Vuk asintió—. Pues hemos seguido a la mujer, una tal Violeta Mesić; la llaman Viki.

—¿Qué hay con ella?

—Estuvo haciendo trámites en el registro de las personas. Varias veces visitó las oficinas. Gracias a tus informantes del Registro Civil, los que usas para falsificar documentos, averiguamos que está tramitando un turno para celebrar un matrimonio por lo civil. El de Lazar Kovać y Mariyana Huseinovic. El de Diana —aclaró sin necesidad.

La noticia lo tomó por sorpresa. Bajó la vista y la fijó en el fondo del vaso donde aún quedaba un resto de licor. Serían marido y mujer. “No, jamás”, se juró.

—¿Qué día?

—El 14 de febrero a las doce.

Volvió a asombrarlo la inminencia de la fecha.

—Es una información útil —expresó—. Nos servirá para saber dónde se encontrarán y cuándo. Daremos el golpe ese día.

—Como dispongas, *vojvoda*.

—No quiero errores ni fallas esta vez, De Souza.

—Lo sé, *vojvoda*. Tendremos que planearlo al detalle. La Mercure les proveerá un batallón de guardaespaldas bien armados y bien entrenados, sin mencionar que tal vez cuenten con el apoyo del IPTF.

—Nosotros somos más y también estamos muy bien armados. No quiero excusas ni errores. ¿He sido claro?

—Muy claro, *vojvoda*.

Como De Souza se quedaba de pie y no se iba, Vuk alzó la vista y lo miró. Le notó las ojeras y el aspecto, más que cansado, exhausto.

—¿Qué sucede?

—Mi hija sufrió una descompensación hoy por la mañana. Hubo que internarla.

Vuk emitió una especie de gruñido que, el portugués sabía, era un asentimiento. Resultaba evidente que detestaba abordar cuestiones personales.

—Ahora se encuentra estabilizada, pero la doctora Ilić asegura que otro ataque como este podría ser letal.

—¿Por qué me dices todo esto a mí?

—Porque en vista de que Svetlana no aparece, quería pedirte autorización para comenzar a buscar una sustituta. Para engendrar un nuevo hermano salvador —añadió.

Vuk sorbió el último trago de licor y apoyó el vaso con un estrépito que sobresaltó a De Souza.

—Svetlana *tiene* que aparecer —le recordó con acento amenazante—. El 14 de febrero, cuando apresemos a Mariyana y a Kovać, sabrás dónde la esconden. Me encargaré personalmente de torturarlo para arrancarle la verdad.

Al tiempo que pronunciaba las últimas palabras, se acordaba de Aleksandar Ilić. El viejo se había enfurecido al enterarse de que había intentado asesinar a Lazar en el Sutjeska. Lo había amenazado con eliminarlo del testamento si volvía a poner en peligro su vida. El ultimátum aún lo tenía sorprendido: nunca había echado mano de ese argumento. Después de tantos años, su hermano seguía siendo el favorito, y lo fastidiaba reconocer que le molestaba. Torturarlo habría sido una pésima idea si pretendía recuperar el beneplácito de su mentor. Tendría que valerse de otra argucia para obligarlo a hablar. Tal vez el mocoso ese que había arrastrado durante la fuga y que iba con ellos a todas partes acabaría por serle de utilidad.

CAPÍTULO XII

*Creo que durante la vida entera, durante toda mi vida,
sentiré el dolor que sentí en aquel momento.*

Mujer víctima de violación en un campo de concentración de Foča

Al día siguiente Kovać expresó su deseo de ejercitarse un poco, por lo que McLeod los condujo al subsuelo donde había dispuesto un gimnasio. Los niños se divertían probando las máquinas bajo la supervisión de Goga y del escocés, mientras Kovać realizaba suaves elongaciones en el tatami. La Diana lo observaba desde el banco donde practicaba abdominales. Lo vio detener la ejercitación y fijar la vista en Goga y en Bruce McLeod, que se susurraban al oído y reían.

Algo captó su atención en el televisor encendido detrás de Kovać. Se trataba de un flash informativo. La leyenda en letras rojas le causó un mal presentimiento: “Segue desaparecido el científico escocés”. Saltó del banco, lo que atrajo la atención de los adultos, y se hizo del control remoto para aumentar el volumen. Era tarde, el servicio había finalizado. Cambió de canal rápidamente hasta detenerse en BBC News.

—¿Qué sucede? —quiso saber Kovać, que había abandonado el tatami y se hallaba a su lado.

Goga y Bruce McLeod esperaban la respuesta con igual curiosidad.

—No lo sé aún, pero creo que algo malo le ha sucedido al doctor Paddington.

—¿El científico que fuiste a ver el jueves? —preguntó Goga, y La Diana asintió.

Unos minutos más tarde, la presentadora anunció la noticia.

—Segue la búsqueda del científico originario de Aberdeen, el doctor Harry Paddington. Sus vecinos lo vieron por última vez el viernes mientras

cargaba su camioneta para ir de pesca a Loch Lochy. A continuación, las últimas novedades.

Se mostraron imágenes del lago escocés, donde varias patrullas, agentes y buzos se diseminaban por el lugar. El periodista explicó que unos pescadores habían hallado el bote en medio de lago, vacío y con elementos de pesca de alta calidad. Dieron aviso a las autoridades, que identificaron al propietario al hallar los documentos en la camioneta estacionada a pocos metros de la costa.

—El vehículo pertenece al doctor Harry Paddington, biólogo molecular y profesor de la Universidad de Aberdeen. Se cree que podría haber sufrido un infarto y caído al agua...

—Un infarto y una mierda —masculló La Diana, y Darko se bajó de la máquina y corrió hacia ella.

—¿Qué sucede, mamá?

—Nada, *moje blago*.

—Niños —habló Goga—, vamos arriba. Charlotte ya debe de estar esperándolos para hacerles el retrato que les prometió esta mañana.

—¡Ufa! —se quejaron al unísono, pero la mujer fue conduciéndolos fuera hasta que sus vocecitas se perdieron escaleras arriba.

—¡Lo tienen ellos! —explotó La Diana.

—¿Ellos? —preguntó McLeod.

—El jueves, Ulysse avistó una cuatro por cuatro sospechosa estacionada en la puerta de la casa de Paddington. Creímos que eran los hombres del *vojvoda* que nos habían seguido hasta Aberdeen. Ahora comprendo que no eran ellos. Esa camioneta no estaba allí por nosotros. Estaba allí por Paddington, para secuestrarlo. ¡Mierda! ¡Lo dejamos solo! A merced de esas bestias.

Kovać la abrazó y la pegó con fiereza a su pecho.

—No podías saberlo, amor.

—¡Debí darme cuenta, Lazar! Paddington era la mano derecha de Yura en el Instituto Peter Gray. Es lógico que quien haya secuestrado a Yura lo quiera a él también.

—Subamos a contárselo a Callum —propuso McLeod—. Él sabrá a quién referirle tu teoría.

—No es una teoría, Bruce —se empecinó La Diana—. Ellos lo tienen. No tengo duda al respecto. Jamás encontrarán su cadáver simplemente porque no ha muerto.

Callum Duncan los oyó con atención y una expresión preocupada.

—Es un asunto delicado —admitió el noble escocés—. Llamaré a Schell y a Haraldsson. Esto reforzará su teoría acerca de Ilić.

* * *

Al día siguiente, domingo por la mañana, mientras armaban los bolsos para regresar a Sarajevo, un ánimo caído impregnaba el ambiente del dormitorio. Incluso Darko parecía haberse contagiado de la melancolía; jugaba quieto y en silencio con los autitos que le había regalado Leila.

A La Diana le costaba aceptar el error cometido la tarde en que visitó a Paddington. La culpa la agobiaba. Se agachó para recoger unas medias sucias y se mareó. Se reclinó contra la pared. Kovać la sujetó por detrás.

—¿Qué tienes, amor?

—Me incorporé súbitamente y perdí el equilibrio. Ya pasará.

La condujo a un sillón y la obligó a sentarse. Hizo un ceño al descubrirle la palidez, en especial el tono azulino de los labios. Se dirigió al baño para traerle un vaso con agua.

—Sorbos pequeños —aconsejó, acucillado frente a ella. Le tocó la mejilla con el dorso de los dedos y le notó la piel fría y húmeda. Le rodeó la muñeca y le contó las pulsaciones con la vista en el reloj—. De seguro te bajó la presión. ¿Cómo te sientes?

—Un poco débil, a decir verdad.

—¿Qué pasa, mamá? —se preocupó Darko, y abandonó los juguetes para acercarse.

—Me mareé, *moje blago*.

—¿Eso es grave?

—No, cariño —lo tranquilizó Kovać—. Sucede que Diana comió poco en el desayuno y se debilitó. Ve y pídele a la cocinera que le prepare un sándwich. Dile: *Please, a sandwich for my mother*. Repite —lo instó, y lo ayudó a memorizar la frase en inglés—. Ahora ve repitiéndola para no olvidarla.

—¡Sí! —exclamó el niño, solícito, y se fue corriendo.

La idea de comer le provocó náuseas. No lo mencionó para evitar acentuar el gesto preocupado con que Kovać la estudiaba.

—Has estado muy tensa desde ayer, desde que te enteraste de lo de Paddington. Anoche prácticamente no dormiste.

—¿Se puede? —preguntó McLeod y agitó los nudillos sobre la puerta abierta.

—Pasa, Bruce —lo invitó Kovać.

—Estás pálida —expresó el escocés.

—Me incorporé súbitamente y me mareé.

El hombre hizo una mueca de extrañeza.

—Venía a decirte que acepto el puesto para trabajar en STOP. Callum acaba de decirme que he pasado el examen de Schell y Haraldsson.

—Es una excelente noticia —manifestó La Diana con acento apagado.

—Viajaré mañana a Sarajevo. Con Goga y Zaína —agregó.

—¿Ellas no vuelven hoy con nosotros? —se asombró Kovać.

—Viajaremos todos, Callum y Charlotte incluidos, mañana por la mañana —repitió McLeod con aire evasivo—. Callum ha decidido instalarse en Sarajevo hasta la boda. Se ve que no puede vivir sin ustedes —agregó en tono bromista.

La Diana rio, y a Kovać lo tranquilizó ver que las mejillas se le sonrojaban. McLeod se despidió segundos después. Pese a que el color le había vuelto al rostro, insistió en que se acostase, y cuando ella aceptó, se convenció de que debía de sentirse en verdad floja. Se ubicó en el borde de la cama y le pidió que cerrase los ojos, a lo que ella obedeció enseguida. Le tomó las manos y se las masajeó hasta que se dio cuenta de que dormía profundamente. La besó en la frente y allí se quedó un momento, inspirando el aroma de su piel. La cubrió con una manta y salió de la habitación con cierta premura al escuchar la vocecita de Darko que se aproximaba por el pasillo. El niño caminaba junto a la empleada que traía el sándwich y le hablaba en serbocroata como si la joven pudiese comprenderlo. Desde la puerta cerrada del dormitorio, hizo la seña de silencio, y el pequeño calló súbitamente y corrió hacia él.

—Aquí está el sándwich para mamá —le anunció en un murmullo.

—Mamá se durmió. Estaba muy cansada. —A la empleada le indicó—: Deme. Se lo dejaré en la habitación. Después lo comerá. Ahora está dormida.

Entró con sigilo y depositó el plato sobre el tocador. Volvió a salir y le ofreció la mano a Darko.

—Ven, acompáñame. Vamos a buscar a Goga.

La encontraron en un salón de la planta baja convertido en el atelier de Charlotte. Las dos mujeres charlaban mientras la danesa daba los toques

finales a la acuarela con los retratos de Darko y Zaína.

—¡Tío Laza! —exclamó la niña, y se precipitó a sus brazos.

—¿Les gustaría caminar hasta el laberinto? —propuso Kovać, y todos aceptaron excepto Charlotte, que adujo que estaba demasiado frío.

Abrigaron a los niños y salieron con Vachal y Keen por detrás.

—¿Y Diana? —se interesó Goga.

—Descansando. Anoche no durmió bien. La agobia la culpa por la desaparición del científico.

Goga hizo un sonido a modo de asentimiento y siguió caminando con la vista al suelo.

—Bruce acaba de decirnos que volverán a Sarajevo mañana con él.

—Sí —masculló.

—No regresan hoy con nosotros, entonces.

—No.

Darko y Zaína se introdujeron en el laberinto —Bruce les había enseñado cómo hallar la salida— con Ulysse Vachal por detrás. Goga y Kovać se sentaron en el banco de piedra del ingreso. Noah Keen se posicionó a una distancia prudente.

—¿Por qué, después de más de veinte años de amistad, no te animas a decirme lo que tan fácilmente veo?

Goga alzó la vista y le dirigió una mirada desolada.

—¿Diana te lo contó?

—¿Ella lo sabía? —Goga asintió—. Pues no me dijo nada.

—Yo le pedí —la justificó—. Me da vergüenza hablarlo contigo —expresó en un hilo de voz—. Y culpa —añadió.

—¿Haberte enamorado te da vergüenza?

—¡Siempre amaré a Momo! —reaccionó, y luego de sostener la mirada de Kovać, se quebró y se puso a llorar. Kovać chasqueó la lengua y la cobijó en un abrazo.

—¿Eres feliz con Bruce? —le preguntó luego de darle un momento para que se desahogase.

Goga se incorporó y se secó los ojos con el pañuelo que Kovać le extendió.

—Sí, muy feliz, y eso hace que todo sea peor. Siento que traiciono a Momo.

—Temes que Bruce pueda convertirse en el amor de tu vida cuando ese sitio lo ocupó siempre el padre de tu hija, ¿verdad?

Las lágrimas recomenzaron. Goga asentía mientras se las secaba.

—¿Qué voy a hacer? —se preguntaba con voz entrecortada.

—¿Cuáles son las intenciones de Bruce?

—Quiere que vivamos juntos —susurró—. Me dijo que aceptó el trabajo en STOP para estar conmigo en Sarajevo. No quiero perderlo, pero temo que mis dudas y recelos lo alejen.

—No lo pierdas, entonces. Creo que es una excelente persona, digno de ti y de Zaína.

—¿De veras, Laza?

—Sí. Lo he visto interactuar con los niños y creo que sería un padre estupendo para Zaína. Ella necesita una figura paterna.

—Tú eres su figura paterna.

—No es lo mismo, Goga, y lo sabes. Tú, Zaína y Bruce formarían una familia, estarían siempre juntos, vivirían juntos.

La mujer rio entre lágrimas.

—¡Qué bien suena eso!

Kovać la aferró por los hombros menudos y la obligó a volverse hacia él.

—Mírame —ordenó, y Goga alzó lentamente las pestañas oscuras de lágrimas—. Quiero que seas feliz. Momo lo querría también. Nadie conocía a Momo como yo, ni siquiera tú, Goga, y te aseguro que era la persona más generosa y desprevenida. Desde donde sea que nos ve, puedo asegurarte que él está feliz de verte contenta con un hombre tan bueno como Bruce.

—¿Eso crees?

—Sí, lo creo.

—¡Oh, Laza!

Se arrojó a su cuello y lo abrazó con fervor. Lloró un poco más antes de separarse y alzar los ojos inyectados pero límpidos hacia su amigo.

—Perdóname.

—¿Por qué?

—Por haber estado celosa de Diana, por haberme puesto en contra de su amor. Es que se dio tan rápidamente que...

—Lo sé —la detuvo—. Aun a mí me tomó desprevenido. Pero una vez que puse mis ojos en ella esa mañana en el gimnasio de Brano ya no pude mirar otra cosa. Es difícil de explicar.

—Te comprendo porque una vez que mis ojos se cruzaron con los de Bruce en Camp Bondsteel ya no pude pensar en nada más.

Los niños reaparecieron agitados y sonrientes y hablando al unísono. Iniciaron el regreso al castillo oyendo sus anécdotas. Tras cruzar el umbral del vestíbulo, el teléfono de Kovać comenzó a sonar. Después se dio cuenta de que no era el de él, sino el de La Diana; lo había sacado del dormitorio para que no la despertase. Se trataba de un número al que no reconocía.

—*Allô?* —dijo.

Pasado un instante, la línea enmudeció; habían cortado. Siguió avanzando y cuando se aprestaba a subir las escaleras, sonó de nuevo.

—¿Quién habla? —inquirió con firmeza en inglés.

—Deseo hablar con Diana —exigió una voz masculina.

—¿Quién habla? —insistió.

—¿Kovać?

—Sí —confirmó tras un momento de duda.

—Soy Van Groen. Necesito hablar con Diana.

—No está disponible en este momento. Dime a mí lo que tienes para decirle.

Pese al silencio en la línea, resultaba obvio que el holandés seguía del otro lado.

—Están planeando secuestrarlos en el Registro Civil de Sarajevo cuando se presenten el 14 para casarse.

Los párpados de Kovać cayeron lentamente. Apretó el puño en torno al teléfono y el otro, en la baranda de la escalera. Los levantó cuando se dio cuenta de que Van Groen había cortado.

—¿Dónde está Callum? —preguntó a Edwards, que justo cruzaba la recepción.

—*His Lordship* y el señor Bruce se encuentran en el estudio.

—Gracias —masculló, y caminó a pasos rápidos hasta la puerta cerrada. Entró apenas Glendale lo invitó—. Van Groen acaba de llamar —anunció.

—¿Qué dijo? —inquirió McLeod.

—Que planean secuestrarnos a Diana y a mí en la oficina del Registro Civil, el 14, cuando nos presentemos para casarnos.

Tras un momento de desconcierto, Callum Duncan preguntó:

—¿Dónde está Diana?

—Descansando. No se ha sentido bien hoy. Yo atendí la llamada de Van Groen.

El barón escocés se puso de pie con dificultad y se acercó apoyándose en el elegante bastón de ébano y empuñadura de plata. Kovać lo notó cansado

y se preguntó si no estarían abusando del poder y la energía del anciano.

—Diana confía en ese hombre, ¿verdad, Lazar?

—Sí, confía en él. De hecho, fue quien nos alertó de que los matones del *vojvoda* estaban apostados cerca de tu propiedad.

—Podrían posponer la boda hasta que... —comenzó a decir McLeod, pero Kovać lo detuvo con un brusco “no”. Enseguida agregó:

—Tengo otra idea. Pero necesito tu ayuda, Callum.

—Lo que sea, muchacho. Dime.

—La ley no lo permite en Bosnia, pero con la posición de la que gozamos ahora y con tus contactos, podríamos solicitar que nos autorizaran a organizar una boda privada, en un sitio del cual el juez se enteraría solo en el momento en que pondría pie allí dentro.

El anciano escocés se frotaba la barbilla y fijaba los ojos en el piso damero.

—Podría ser una solución plausible —concedió—. Tendríamos que planearlo con extremo cuidado y discreción.

—¿Cómo se habrán enterado? —se cuestionó McLeod.

—Mi primera presunción —manifestó Kovać— es que siguieron a Viki cuando iba a hacer los trámites para pedir el turno.

—Y de seguro —acotó Callum Duncan—, allí dentro tienen informantes. Si, como dices, siguieron a Viki, está claro que no pueden alojarse en su casa como estaba previsto.

—No —acordó Kovać, y enseguida empezó a planear adónde conduciría a su pequeña familia para ponerla a salvo.

—Llamaré a mi contacto en Sarajevo. A Freddie Prescott. Él les proveerá de una casa-refugio.

—Las dos que tenía están quemadas —le recordó Kovać.

Glendale agitó la mano para desestimar su preocupación.

—Ya las habrá reemplazado —conjeturó.

* * *

Viajaron en el Gulfstream V de Eliah hasta Sarajevo pues el Augusta no tenía autonomía para un vuelo tan largo y habría debido realizar una escala en Zagreb, lo que hubiese implicado exponerse a un riesgo innecesario. El mismo Prescott fue a buscarlos al aeropuerto en una camioneta blindada y los condujo a un dúplex en el barrio de Dolac Malta, convenientemente

ubicado ya que se hallaba a pocas cuadras de la escuela Treća Gimnazija y de la ciudad universitaria.

Ulysse Vachal y Noah Keen se instalaron en una habitación en la planta baja del departamento, mientras La Diana, Kovać y Darko lo hicieron en el piso superior. El niño estaba entusiasmado y recorría los cuartos y estudiaba los detalles con curioso interés. La Diana lo dejó hacer mientras desempacaba. Como había cenado durante el vuelo, después de un baño lo condujo a la cama.

—¿Estás cómodo, *moje blago*? —quiso saber, en tanto le mesaba el flequillo que le caía en la frente.

—Sí. ¿Tengo que ir mañana a la escuela? —preguntó con ojos cargados de miedo.

—No. Mañana, muy temprano, papá irá a la escuela donde él trabaja para reunirse con la directora. Durante estos días, mientras estábamos en lo de Callum, estuvo hablando por teléfono con ella para que te consiguiese un lugar en su escuela.

—¿Iré a la escuela donde trabaja papá?

—Sí, pero él trabaja con los chicos más grandes. No estarás con él.

—Ah —se desilusionó, y La Diana necesitó abrazarlo.

—No tengas miedo, *moje blago* —le susurró—. Ahora Lazar y yo estamos contigo y todo irá bien. Eres tan inteligente. Te aseguro que no tendrás problema para aprender todo lo que te enseñen en la escuela nueva.

—Está bien —aceptó—. ¿Vamos a vivir en esta casa para siempre?

—No. Solo por un tiempo hasta que consigamos una que será nuestra. Esta es prestada.

—¿Y puedo tener una habitación grande para mí?

—Sí, *moje blago*.

—¿Y puedo tener la PlayStation en mi habitación?

—Sí, también.

Achinó los ojos al sonreír, complacido, y La Diana volvió a besarlo, esa vez de modo menos retozón, más suave y deliberado. Estremecida por la inmensidad del sentimiento que ese niño le inspiraba y movida por la emoción, necesitó decir: “Larysa, hija mía, que San Miguel Arcángel te proteja, amor mío”. Se mordió el labio para dominar el temblor mientras visualizaba al ángel tal como lo tenía tatuado en la espalda y a la niña que ella imaginaba como su pequeña hija.

—Cuéntame uno de los cuentos de Jérôme, mamá.

Lo complació y, antes de terminarlo, el pequeño ya dormía. Lo besó en la frente y se quedó mirándolo mientras reflexionaba que su nueva vida, después del interludio en París, Ruán y Escocia, comenzaba en ese momento, allí, en Sarajevo. Al día siguiente los esperaban varios desafíos, entre ellos lo de la escuela de Darko, organizar la boda y acompañar a Azem en la dura prueba que significaría reencontrarse con sus padres después de nueve años. “Evitar que Vuk nos destruya”, añadió.

En el piso de abajo, se encontró con Vachal, Keen, Prescott y Kovać, que, sentados a la mesa de la cocina, diseñaban el plan de seguridad para los próximos días. Husmeó en las alacenas, donde halló lo necesario para preparar café, y lo sirvió en cinco jarritos. Se sentó junto a Kovać que, atento al mapa de Sarajevo donde Prescott señalaba unas calles, le colocó la mano sobre la rodilla y se la oprimió ligeramente, y a ella, el simple contacto la tranquilizó.

—El encuentro con los padres de Azem será en la casa de los Mesić —indicó Kovać—. Necesito que Azem esté en un sitio que le resulte familiar y en el que se sienta seguro —explicó.

—Es muy riesgoso —opinó La Diana—. Deben de estar vigilándola.

—Desde mañana muy temprano, los hombres de Peter Ramsay —apuntó Prescott y a La Diana la sorprendió que lo mencionase con tanta familiaridad— estarán vigilando la casa de los Mesić. Conozco a Pete de los años de la Guerra Fría. Es el mejor en seguimientos y rastreos; nadie se le compara. Si alguien está vigilando la propiedad de los Mesić, aunque sea escondido en un sótano con sistemas de escucha, él lo hallará.

—Sería bueno que hiciesen una limpieza de la casa —sugirió Keen.

—Ya está dispuesto.

—¿Les avisaron a los Mesić? —se preocupó La Diana.

—Sí —aseguró Kovać—. Los llamé mientras bañabas a Darko.

Siguieron con los planes y las previsiones. Hubo un momento de tensión cuando La Diana se empeñó en que, cuando Kovać concudiese muy temprano al Treća Gimnazija, fuese con los dos guardaespaldas.

—¿Y pretendes quedarte aquí sola con Dare? —se asomó.

—Sé cuidarme, Lazar.

—No —contestó, tajante, y a La Diana la asombró la determinación de su gesto y la severidad de su tono—. Tú y Dare no se quedarán solos. No vuelvas a mencionarlo.

—Pero...

Alzó la mano y la miró con fijeza.

—Sé que puedes cuidarte sola. Lo sé bien. Pero esto va más allá de lo racional. Te ruego que me complazcas en lo que estoy pidiéndote. Será el único modo en el que podré salir y hacer lo que tengo que hacer.

—Está bien —aceptó, y la asombró que su imposición no la fastidiase; al contrario, le había agradado. Deslizó la mano bajo la mesa y entrelazó los dedos con los de él que le cubrían la rodilla. Sus miradas se cruzaron fugazmente en una promesa muda.

Poco después, acompañaron a Prescott hasta la puerta.

—Mañana iré a buscar a tu tío al aeropuerto —le comunicó el agente inglés— y lo conduciré al Holiday Inn.

—¿Y Goga? —se preocupó Kovać.

—La llevaré a su casa. Le asignaré uno de mis hombres hasta que la Mercure envíe el guardaespaldas que se ocupará de protegerlas a ella y a su hija.

—Gracias.

* * *

Se ducharon juntos. Él la bañó a ella primero, y cuando La Diana se ocupó de lavarlo a él, sonrió con picardía al descubrirle la erección.

—¿Qué pretendes? —simuló ofenderse Kovać—. ¿Que te toque por todas partes y me quede como si nada?

La Diana rompió a reír, y siguió riendo mientras Kovać, simulando impaciencia, la ubicaba para penetrarla. Un rato más tarde, los dos saciados y aún agitados, se mantenían rígidos, ella, suspendida contra la pared de la ducha y las piernas en torno a él.

—¿Cómo te sientes? —La Diana emitió un sonido similar a un ronroneo que lo hizo reír—. ¿No has vuelto a marearte?

—No. Ya te dije que fue porque me incorporé bruscamente. Olvídate de eso.

Salieron del receptáculo, los dos callados y serenos, cansados también después de las tensiones del día. Se deslizaron bajo las mantas y se pusieron de costado, uno frente al otro. Se miraron en la luminosidad pobre que arrojaba el velador. Kovać sacó la mano y le acarició la mejilla.

—¿Cómo estaba Darko? —quiso saber.

—El tema de la escuela lo perturba. Me preguntó con una carita asustada si mañana tenía que ir. No soporto pensar que está sufriendo por este tema, Lazar.

—Amor, haremos de todo para preservarlo de las situaciones que lo alteren, pero habrá cosas que tendrá que enfrentar, como por ejemplo, empezar en una escuela nueva. Nos tendrá a su lado, y eso será suficiente para que pueda transitar el cambio sin problema.

La Diana se movió para pegarse a él y Kovać la atrajo hasta calzarle la coronilla bajo el mentón.

—¿Estás contenta de haber regresado a Sarajevo?

—Sí, porque aquí comienza nuestra vida juntos.

* * *

Alzó los párpados sin dificultad y enseguida supo dónde se hallaba. Calculó que debía de ser de madrugada. Sintió su presencia y, al volverse hacia el otro lado, vio a Markov sentado a los pies de la cama, del lado de Kovać, a quien observaba con semblante serio aunque no grave. Lo vio elevar la vista hacia ella, y el corazón, hasta ese momento tranquilo, le saltó en el pecho. La sonrisa de Markov la ahogó de emoción.

—Estoy feliz de que no estés aquí —lo oyó pronunciar en una voz clara y fuerte.

Tras la última palabra, un alarido rasgó la quietud del departamento. Saltó de la cama y corrió a la habitación de Darko, al que halló sacudiendo las piernas y los brazos, completamente destapado, mientras soltaba gritos angustiados. Le costó aferrarlo y ubicarlo sobre sus piernas. Kovać entró y se acuclilló delante de ella. Colocó la mano sobre la frente del niño y le siseó para calmarlo.

La Diana comenzó a canturrear la *sevdalinka* y ni siquiera la interrumpió cuando Keen se presentó bajo el dintel y preguntó si todo estaba bien. Kovać se ocupó de explicarle. Al regresar a su lado, Darko se había calmado. La Diana seguía cantándole. El niño le había rodeado el cuello con los bracitos.

—¿Qué soñabas, *moje blago*? —escuchó preguntar a La Diana.

—Con los hombres malos del bosque.

Creían mantenerlo ajeno al peligro que corrían. Se equivocaban; resultaba claro que la energía pesarosa lo alcanzaba, sin mencionar la

presencia de los guardaespaldas.

—¿Y? ¿Qué más? —lo instó, y Kovać aprobó que lo incitase a hablar.

—Te llevaban a ti, mamá. Yo corría para salvarte pero no podía llegar.

—Gracias igualmente por haberlo intentado —dijo, y se apartó para sonreírle.

Darko, tras mirarla, ceñudo, sonrió también, poco convencido.

—Nadie nos apartará de ti, *moje blago*. Nadie, nadie, ya lo hemos hablado.

—Tú eres un soldado y sabes pelear, ¿verdad, mamá?

—Sí, y papá también. No olvides que es profesor de taekwondo. Los dos te mantendremos a salvo. Solo tienes que tener un poco de paciencia hasta que la situación se normalice, hasta que todo pase —aclaró—. Solo queremos que estés tranquilo y contento.

Lo besó en la frente y el niño volvió a ajustarle los bracitos en la nuca. Kovać se inclinó y lo besó varias veces. Lo devolvieron a la cama y lo arroparon entre los dos. Kovać le contó una historia que su madre le relataba todas las noches; no importaba cuántas veces la oyese, el pequeño Lazar quería oírla al día siguiente. Se llamaba *Praslea el Valiente y las manzanas de oro*. Lo hizo con voz baja y monótona; suavizó las partes macabras y le cambió el final por uno feliz, que igualmente Darko no escuchó pues se había quedado dormido.

* * *

Al día siguiente, Kovać regresó entusiasmado después de la reunión con la directora. Había comprado el uniforme y los libros para Darko, que, sujeto a la mano de La Diana, miraba con ojos cautelosos las prendas y los útiles que iban saliendo de las bolsas.

—¿Es muy difícil el colegio nuevo, papá? —se desanimó, por lo que Kovać lo sentó en sus rodillas y lo besó con ternura.

—No será difícil pues, como te dijo mamá, nosotros te ayudaremos a estudiar. Aprenderás sin problema. Quiero que estés tranquilo. —Se miraron a los ojos con devota confianza—. ¿Me prometes que dejarás de preocuparte? —El niño asintió—. Muy bien. ¿Sabes? La directora, Branislava Muratić, es muy amiga mía y está ansiosa por conocerte.

—¿Y los otros niños?

—Me aseguró que les avisará que, desde el miércoles, tendrán un nuevo compañero.

—¿El miércoles? ¿Cuándo es el miércoles?

—Tendrás que dormir esta noche y otra más y será miércoles.

—Ah, falta poco.

—Sí. Mañana nos quedaremos aquí para hacer un repaso. Y el miércoles estaré todo el tiempo en el Treća Gimnazija por si me necesitas.

—¿Desde la mañana temprano? —se asombró La Diana; recordaba que daba clases los miércoles, aunque solo por la tarde.

—Sí —contestó, y le sonrió con evidente satisfacción—. Me dieron dos suplencias por la mañana. —Se volvió hacia Darko y le habló con expresión chispeante—: Almorzaremos juntos en el comedor de la escuela.

—¿Almorzaré en la escuela?

—Sí. Por la tarde tendrás clases de inglés, pero no te preocupes porque a ti te pondrán con niños que aún no saben nada. Empezarás de cero. ¡Será grandioso que aprendas a hablar en inglés! Podrás conversar con Bruce, Charlotte y Callum sin necesidad de que mamá o yo traduzcamos.

—Sí —musitó, abrumado, y Kovać volvió a besarlo y a abrazarlo.

Vachal se presentó en la sala y les anunció que la camioneta estaba lista en la puerta. Los escoltó hasta abajo y trepó en el asiento del acompañante después de asegurarse de que los tres estuviesen a salvo dentro del vehículo blindado. Keen arrancó a alta velocidad hacia la casa de los Mesić en el barrio de Ilidža.

Al llegar, La Diana percibió la tensión en el ambiente. Aunque la familia los recibió con muestras de afecto y voces emocionadas después de esas semanas de incertidumbre, resultaba claro que los perturbaba la cuestión que enfrentaría en breve. Aun Jovanka, que siempre daba la apariencia de frívola y desapegada de las cuestiones sentimentales, lucía afectada. Azem, en cambio, ajeno a todo, revoloteaba en torno a Kovać e insistía en que le contase lo de la huida por el Sutjeska.

—Tengo a varias compañeras del colegio interesadas en mí solo porque les dije que eres mi hermano. ¿Puedo invitarlas, mamá? —preguntó, y se dio vuelta para dirigirse a Viki—. Voy a quedar muy bien con las chicas —añadió, y le guiñó un ojo.

—Sí, hijito, pero tal vez más tarde. Ahora Laza tiene que hablar contigo de algo importante.

Kovać, que cargaba en brazos a la pequeña Draga, intentó entregársela a la madre, Jelena, esposa de Rašo, el tercero de los Mesić, pero la niña, que se había apoderado de su tío apenas este puso pie en el umbral, se le aferró al cuello y negó varias veces con la cabeza y un ceño.

—¡Dragojla! —la reconvino Jelena sin emplear el diminutivo—. Obedéceme ahora mismo. Tío Laza tiene una cuestión importante que tratar con tío Azem.

A La Diana le costaba reprimir la risa causada por la expresión beligerante con que Draga miraba a su madre. Bastó que Kovać le besase el carrillo y le hablase al oído para que la expresión de la niña se endulzara y acabase asintiendo y aceptando los brazos de Jelena.

Al igual que las mujeres y los niños, La Diana se disponía a retirarse para dar privacidad a los hombres cuando Kovać la retuvo por la muñeca.

—Tú no, amor. Te quiero conmigo.

Viki tomó de la mano a Darko, que marchó hacia los interiores seducido por la promesa de jugar a las escondidas con sus primos. Brano Mesić y sus hijos varones, tres propios y dos adoptados —Lazar y Azem—, ocuparon el sillón en forma de L. La Diana se ubicó junto a Kovać.

—¿Qué sucede? —empezó a asustarse Azem—. ¿Por qué tienen esas caras? Ahora que lo pienso, tienen caras raras desde hace bastante. ¿Qué sucede, papá?

—Escucha a tu hermano —lo conminó Brano y señaló a Kovać, que habló luego de aclararse la voz.

—Hace casi tres meses, el 6 de noviembre para ser más preciso, se publicó un artículo en un periódico londinense. Se titulaba “¿Adónde fueron a parar los niños huérfanos de Sarajevo?” —A la mención del título, Azem se envaró y aguzó los bonitos ojos verdes—. Diana —prosiguió, y colocó la mano sobre su rodilla— leyó el artículo puesto que vivía en Londres en aquel momento. Semanas atrás, recordó un párrafo y me lo comentó. A partir de allí, comenzamos una serie de investigaciones que nos llevaron a un resultado muy feliz.

—¿Qué resultado?

—Antes, quiero leerte las líneas del artículo que nos llevaron a empezar con la investigación.

Kovać desplegó la fotocopia del artículo y leyó la parte concerniente traduciéndola al serbocroata. Todos advirtieron que, a medida que la lectura avanzaba, la emoción iba transformando el rostro de Azem. Kovać finalizó

de leer y alzó la vista. Se encontró con la mirada ansiosa del adolescente, cargada de lágrimas.

—Estos Alma y Hamid que menciona acá —preguntó con acento tembloroso—, ¿son mis padres?

—Sí, cariño —respondió Brano.

De modo maquinal, Azem se puso de pie. Kovać lo imitó y, con una mano gentil sobre el hombro y los ojos fijos en los del muchacho, lo invitó a que volviese a sentarse.

—Días atrás —retomó una vez que Azem hubo regresado a su sitio— te hicieron una extracción de ADN para cruzarlo con el de ellos.

—¿El que se suponía que era para un banco de datos? —exigió saber, y miró a su padre adoptivo, que solo asintió.

—Hace poco obtuvimos la confirmación que esperábamos. Ellos son tus padres, Azem. Están locos por verte y reencontrarse contigo.

—¡Ellos me entregaron a los *četniks*! ¡Querían librarse de mí durante el asedio! ¡Una boca menos que alimentar!

—¡Estás siendo injusto con tus padres! —tronó la voz de Sava, el segundo de los Mesić.

Kovać alzó ambas manos pidiendo moderación y clavó la vista en su hermano Sava, que chasqueó la lengua y murmuró una disculpa.

—Azem, mírame —ordenó Kovać a continuación, y el muchacho alzó el rostro lentamente—. Ya hemos hablado acerca de esto. Nosotros vivimos el asedio y, créeme, ver morir de hambre a un hijo es algo que un padre evitará a toda costa.

—Ustedes pasaron por el asedio y no murieron de hambre.

—Pero una cosa —razonó Kovać— es que un adulto pase hambre y otra muy distinta cuando se trata de un niño. La falta de nutrientes fundamentales en un niño puede causar graves daños cerebrales y dejar secuelas en el crecimiento, y tus padres, como tantos otros, lo sabían. Ellos creyeron tomar una decisión sensata aunque les desgarrase el alma. No me atrevo a imaginar la culpa que han sentido y sienten por haberte separado de su lado.

Azem se cubrió el rostro y se echó a llorar. Kovać abandonó su sitio y lo abrazó. La Diana tragaba repetidamente para diluir el bulto que le obstruía la garganta. La devastaba la escena, no solo por el sufrimiento del muchacho sino porque pensaba en Larysa. A diferencia de Alma y Hamid,

ella la había abandonado deliberadamente. Si se producía el milagro y encontraban a la pequeña, ¿obtendría algún día su perdón?

Robi, el mayor de los Mesić, trajo un vaso con agua de la cocina y se lo entregó a Azem.

—Bebe un poco —lo instó, y el chico obedeció.

—Toma, hijo —intervino Brano, y le extendió un pañuelo.

Pasados unos segundos, Azem se veía más compuesto. Kovać ocupó de nuevo su sitio.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó el chico con ánimo cansado.

—Están muy ansiosos por verte. Están esperando que los llame. En cinco minutos los tendremos aquí.

—No quiero vivir con ellos —declaró—. No quiero irme de aquí. ¿Tú y mamá quieren que me vaya, papá?

—¡Hijo de mi alma! —exclamó Brano—. ¿Cómo puedes pensar que tu madre y yo queremos separarnos de ti? Esta es y será tu casa para siempre. Esta es y será tu familia para siempre. Solo que no puedo evitar ponerme en el lugar de Alma y Hamid, y la pena que siento por ellos y por la injusticia de la situación me abrumba, hijito.

—¿Por qué no vamos paso por paso, lentamente? —propuso Kovać—. Tus padres saben que esto es un shock para ti y no pretenden que cambies tu vida de un día para el otro. Sugiero que primero vuelvas a verlos. Date una oportunidad de conocerlos. Después, de acuerdo con cómo se den las cosas, decidiremos.

Azem murmuró que sí, visiblemente más tranquilo. Un instante después La Diana notó que las facciones volvían a crispársele.

—¿Ellos saben que...? —Miró a Kovać directo a los ojos y no acabó la frase.

—Sí, lo saben. Y sufrieron mucho al enterarse, según me contó Bosa, quien fue la que se los comunicó.

—¿Y no les da asco que su hijo haya sido usado para eso?

—¡Te aman más aún por eso! —exclamó Brano.

—¡Porque me tienen lástima!

—¡Porque te aman y punto! —rebatió el hombre—. Si a mí o a tu madre o a algunos de tus hermanos o sobrinos nos ocurriese lo que a ti, ¿nos tendrías asco, Azem?

—¡No, claro que no!

—Entonces, ¿por qué piensas tan mal de Alma y Hamid? ¿Tan feos son los recuerdos que tienes de tus años con ellos?

El muchacho movió la cabeza, conmovido. Los Mesić se cerraron en torno a él y lo abrazaron.

—Cuando supe lo que te había ocurrido —habló Rašo—, solo pude sentir admiración por ti, por haber permanecido tan buena persona pese a lo que sufriste. Me decía que si me hubiese sucedido a mí no habría sobrevivido.

—Nos admira tu fortaleza, Azem —expresó Sava—. Eres el más fuerte de los Mesić.

Al rato entraron las mujeres, que abrazaron y besaron al muchacho. Después lo hicieron los niños, que miraban con expresiones asombradas la cara llorosa de tío Azem. Darko, tomado de la mano de La Diana, contemplaba la escena con gesto grave.

—¿Qué pasa, mamá?

—Azem perdió a sus papás, sus *verdaderos* papás —recalcó—, durante la guerra. Acaban de decirle que sus papás han vuelto para buscarlo y está muy emocionado.

—¿Cómo los perdió?

La Diana se quedó mirándolo mientras se preguntaba de qué modo explicarle a un niño de siete años una situación tan penosa.

—Durante la guerra no había nada para comer. Los padres de Azem lo mandaron a otro país, uno en donde había paz y comida, y sucedió que se desencontraron. Ahora se reunirán de nuevo, en un momento.

Darko devolvió la vista a Azem, que abrazaba a Viki, y lo contempló en silencio y con aire preocupado.

—¿Mi papá de antes me va a encontrar y me voy a tener que ir con él de nuevo?

La Diana se acuclilló frente a él y le encerró los carrillos entre las manos.

—No, *moje blago*. La situación de Azem es completamente distinta a la tuya. Sus padres lo trataban muy bien antes de perderlo. Lo querían y cuidaban. Tu papá de antes no, y por eso no se acercará a ti; no se lo permitiremos. Ahora y para siempre, Lazar y yo seremos tus padres. —Darko la sorprendió rodeándole el cuello y besándola sonoramente en la mejilla—. Te amo, *moje blago*.

—Y yo a ti, mamá.

—¿Y a mí? —intervino Kovać con acento y semblante juguetón, y se acuclilló junto a La Diana y frente al niño—. ¿A mí también me amas?

—¡Sí, papá! ¡A ti también!

El padre y el hijo se abrazaron. Kovać y La Diana intercambiaron una mirada cómplice.

—Lo manejaste muy bien, amor —susurró él en inglés, demostrándole que había estado atento al intercambio.

—Y tú —dijo ella a su vez—, me hiciste sentir orgullosa por la manera en que le comunicaste a Azem lo de sus padres. Tan tranquilo, tan seguro de ti.

Kovać sonrió de ese modo peculiar en el que caía cuando se incomodaba con los elogios; bajaba las pestañas y sonreía apretando las comisuras. Le resultaba encantador.

La llegada de los padres de Azem significó otra tormenta de emociones en la casa de los Mesić. Estuvieron allí veinte minutos más tarde de la llamada de Brano. A La Diana le causaron un profundo pesar. Se identificaba con ellos, con su pérdida y con su búsqueda. “Pero ellos merecían encontrarlo”, se reprochó, “porque no lo abandonaron”.

Apenas cruzaron el umbral, Alma y Hamid estudiaron los varios rostros que los aguardaban en silencio. La mirada de la pareja se detuvo en Azem al mismo tiempo y con certeza. No existió duda; reconocieron a su hijo entre tantas caras desconocidas. Alma se llevó la mano a la boca para reprimir el sollozo que igualmente todos escucharon. Hamid apretó los labios para no llorar, solo que las lágrimas que le corrían por las mejillas lo delataban. Azem también se encontraba conmovido y tensaba el rostro para no explotar en un llanto abierto, lo que al final aconteció cuando su madre caminó hacia él y lo envolvió entre sus brazos. Era una mujer menuda a la cual el hijo le llevaba una cabeza, y sin embargo resultaba claro que era ella quien lo cobijaba mientras él lloraba con lamentos desgarradores, ajustándole los brazos en torno a la espalda como si temiese que lo separaran de ella de nuevo. Hamid no tardó en unirse a ellos, y lloraron los tres juntos. Los Mesić comenzaron a aplaudir.

La Diana se barría las lágrimas con pasadas de mano y esbozaba sonrisas, aunque por dentro no lograba sofocar la envidia. Se sintió peor cuando Alma, luego de romper el abrazo con su hijo y mientras se secaba con un pañuelo, paseó la mirada entre los presentes y la detuvo en ella. Se aproximó, y La Diana sintió la presencia de Kovać a sus espaldas como la de un ángel custodio.

—Tú debes de ser Diana, ¿verdad? Mis amigas, que te vieron en televisión, me advirtieron que eras hermosa.

La tomó desprevenida al sujetarle las manos y besárselas, y ella solo atinó a pensar en lo conveniente de haber superado la fobia; en caso contrario habría rechazado a una mujer con la cual se sentía unida por la experiencia vivida y el dolor de madre.

—Sé que gracias a ti encontramos a nuestro hijo. Por habernos hecho este bien, querida Diana, que Alá te colme de bendiciones.

“Solo le ruego que me devuelva a Larysa”, expresó para sí con fervor de fe.

* * *

Después de todo, el almuerzo tardío en casa de los Mesić se desarrolló en un ambiente agradable. Viki, como siempre, se había esmerado con la comida, lo que dio pie a una larga conversación acerca de platos, ingredientes y los mejores sitios de Sarajevo donde comprarlos. Viki y Alma se comentaban recetas y se prometían enseñarse platos especiales la una a la otra.

La Diana notaba la atención de Kovać fija en Azem, más con la actitud de un psicólogo que la de un hermano preocupado. El adolescente comía con la voracidad de siempre. Hablaba poco y, cuando alzaba la vista del plato, la fijaba alternadamente en sus padres biológicos. No había hostilidad en la mirada, tampoco alegría, y La Diana se preguntó si los perdonaría por haberlo apartado de su lado. El estómago se le hizo una piedra.

—¿Qué sucede, amor? —murmuró Kovać—. ¿En qué pensabas para que te haya cambiado la cara? —insistió.

—En que Larysa no me perdonará que la haya abandonado.

Kovać asintió con gesto grave.

—¿Recuerdas qué te decía cuando, pese a permitirme que te tocara, temías no ser capaz de pasar de esa instancia? Creías que no superarías por completo la afenfosfobia —remarcó, y La Diana asintió—. Yo te decía: paso a paso, poco a poco. Y finalmente conquistaste una fobia difícil de erradicar. Con nuestra Larysa será igual, Diana. Lo primero es encontrarla. Luego, confiados en el amor que le tenemos, haremos que ella nos ame también, sin rencor. Pero paso a paso, poco a poco. No tiene sentido que te angusties ahora.

—No quiero que me odie. No lo quiero por mí, Lazar —se apresuró a añadir—, sino por ella. No deseo que viva con rencor. Yo sé lo que es eso y no lo quiero para mi pequeña.

Kovać le besó la nariz y sonrió con ternura, y La Diana meditó: “¡Cuánta paciencia me tiene!”.

—Es imposible odiarte, amor mío. Y nuestra Larysa no será la excepción.

* * *

Esa noche cenaron en el Holiday Inn, donde se alojaban Callum Duncan y Charlotte, en habitaciones separadas pero pegadas. La enfermera que la asistía en Glendale también había viajado a Sarajevo y dormía en un cuarto intercomunicado con el de la esposa de Raemmers. Bruce McLeod se había instalado en un dormitorio improvisado en el departamento de Goga y de ese modo iban preparando el terreno para anunciarle a Zaína que el escocés formaría parte del grupo familiar.

Antes de reunirse con su tío abuelo en el restaurante del hotel, La Diana preguntó al conserje dónde se hallaba el *business center* y, tras la indicación, caminó con Kovać y Darko a su lado y los guardaespaldas por detrás. Se ubicó frente a una de las computadoras con conexión a Internet. Ingresó en la cuenta que compartía con Nanuk. Corroboró que él ya le hubiese escrito el mensaje de los lunes. Faltaban pocas horas para que finalizase el día, y ella no quería faltar a la costumbre. *En Sarajevo, escribió. Con el vojvoda tras nosotros. Situación complicada. Llegó el informe de la AAIB. Confirma que el avión de Yura fue siniestrado con una bomba colocada en una de las maletas. Cuídate.*

Cerró la casilla, borró el historial de la Red y se puso de pie más tranquila. Instintivamente, se llevó una mano al narval que le colgaba del cuello y extendió la otra a Kovać, que la observaba con el gesto serio.

En el restaurante, se encontraron con Goga, Bruce y Zaína sentados a la mesa. Un hombre de los servicios secretos británicos los protegía desde su ubicación en una mesa contigua. Poco después llegó Freddie Prescott, y para el momento del café se les unieron Herman Janssen y su traductor, Tomislav Bregović, también huéspedes del Holiday Inn.

Un rato más tarde, La Diana se enteró de que Bregović, un muchacho de unos treinta años, originario de Zagreb, se había mudado junto con su

familia a Foča a principios de los 80. Alto y delgado, poseía una disposición tímida al tiempo que dulce y un aire intelectual acentuado por los anteojos redondos al estilo de John Lennon. Comentó que era licenciado en Filosofía y que daba clases en la Universidad de Ámsterdam. Enseguida se inició una conversación amena entre él y Kovać acerca de cátedras, alumnos y pensadores del siglo XX.

La Diana comía y lo observaba mientras buscaba indicios de las secuelas de la guerra. La zona de Foča había cobrado una triste celebridad por las violaciones y los asesinatos en masa. Cuando Tomislav le comentó a Kovać que había viajado a Ámsterdam a fines del 94, después de escapar de Bosnia, confirmó lo que suponía, que el muchacho había soportado los peores años de la guerra y que, tras esa mirada melancólica, se escondía un gran dolor. Como croata, los serbios debían de haberse ensañado con él y su familia. ¿La madre aún estaría viva? ¿Tendría hermanas? Se lo preguntaba mientras se acordaba de un campo de concentración en Foča, exclusivo de mujeres, al que Vuk la había llevado en dos oportunidades. Lo llamaban la “casa de Karaman”, que, al igual que el hotel de Višegrad, el Vilina Vlas, funcionaba como centro de violaciones en masa y esclavitud sexual. Se abstuvo de preguntar; se vivía un ambiente agradable en la mesa y no quería arruinarlo trayendo a colación un tema penoso.

La cena llegaba a su fin, y La Diana seguía evocando escenas de la casa de Karaman, de entre las cuales, todas perversas y sórdidas, recordaba una que le había causado una impresión muy fuerte, la imagen de una niña de catorce años violada por tres paramilitares serbios en menos de una hora, mientras Vuk y otros comandantes *četniks*, cómodamente apoltronados en sillones, los alentaban y aplaudían mientras fumaban y se emborrachaban. Apretó los párpados cuando los alaridos de la adolescente le explotaron en la cabeza con la fuerza de una onda destructiva. Kovać, que seguía conversando con Bregović, se volvió hacia ella como si hubiese oído los gritos que se propagaban en su mente.

—¿Qué sucede, amor? Estás pálida.

—Me duele la cabeza —dijo, pues en verdad le latían las sienes—. Estoy un poco cansada.

—Vamos, entonces.

Kovać anunció la partida, y todos se pusieron de pie alegando que era tarde y que también se retiraban. Kovać cargó a Darko, que se había dormido media hora atrás en los brazos de La Diana, y Bruce hizo otro

tanto con Zaína. El grupo caminó hasta el ingreso del hotel. Tomislav Bregović se ubicó junto a La Diana y avanzó en silencio con las manos sujetas en la espalda y la vista al suelo. Unos metros después, lo oyó murmurar:

—Leí en el informe del señor Janssen que usted es sobreviviente de un campo de concentración de Rogatica.

—Sí, el Veljko Vlahović —contestó de igual modo, casi en un susurro.

Se detuvieron; habían alcanzado la puerta principal del Holiday Inn. Bregović la miró a los ojos, y para La Diana, descubrir el tormento en la mirada de ese muchacho fue lo mismo que contemplarse en el espejo.

—Mi madre y mis dos hermanas murieron en la casa de Karaman.

No supo qué replicar; en realidad, no había nada que decir. Estiró la mano y apretó la del joven croata. Cuando Callum Duncan y McLeod se acercaron para despedirse y le dijeron que se encontrarían al día siguiente para elegir el sitio donde celebrar la boda y la recepción posterior, asintió sin haber comprendido cabalmente, aun atrapada en las escenas de la casa de Karaman, ese antro de horror y vejación. ¿Habría visto o hablado con las hermanas o la madre de Tomislav?

* * *

La primera semana en Sarajevo, que había comenzado con el anuncio a Azem de la aparición de sus padres, prosiguió igualmente intensa y ajetreada con el comienzo de clases de Darko y con la novedad de que Callum Duncan había decidido comprarles una casa como regalo de bodas. La Diana se repartía entre tareas tan triviales como ir al supermercado y tan trascendentales como reunirse con Celhia de Lasieux y Madeleine Reardon para comenzar su labor en STOP. Lo que más le importaba era hacerse con el arma reglamentaria, porque a diferencia de los agentes de la IPTF, que iban desarmados —solo llevaban una cachiporra—, los de STOP portarían una Walther P99, en calibre Parabellum. Un tiro bien puesto, y la víctima no volvería a ponerse en pie, pensó La Diana mientras la estudiaba. Iba con sus *kukris* calzados a la espalda y la pequeña Beretta en la parte posterior de la cintura, pero haber tenido que abandonar la HP 35 en el Gulfstream V porque no tenía permiso para ingresarla en Bosnia la había hecho sentir desprotegida, más allá de que Keen y Vachal llevaran las suyas bajo las chaquetas.

El miércoles, primer día de clase de Darko, se quedó sentada en el corredor del Treća Gimnazija toda la mañana junto a la puerta del salón de clase del niño. Keen y Vachal se apostaban fuera, custodiando los ingresos del edificio. Kovać fue a verla antes de ingresar en su primera clase. La instó a marcharse.

—¿No tenías que ir con Callum a ver esa casa cerca de la de Viki y Brano? —le preguntó.

—Le pedí que pasase la cita para la tarde.

—Estará oscuro a esa hora —adujo Kovać— y no podrás apreciarla bien.

—No importa —se empecinó La Diana, y lo miró, al principio con una mueca desafiante que fue perdiendo entereza en tanto se le iban planteando dudas—. ¿Crees que le hará mal encontrarme aquí fuera, que lo avergonzaré?

—No —fue la respuesta contundente de él—. Se pondrá feliz al verte.

—¿Cómo estará yéndole? —se angustió.

—Como te comenté, ayer, durante el repaso, le fue muy bien. Estaba contento de haber podido leer y escribir mejor que antes. Eso le dio seguridad.

—Sí —rio La Diana al evocar el cartelito que le había dibujado y escrito con su nombre y un “te quiero, mamá”—. Estaba feliz *moje blago*. ¿Cómo está yéndote a ti con tus suplencias?

—Muy bien. Conozco a los chicos de ambas divisiones de años anteriores.

Se despidieron con un beso corto en los labios, y La Diana se quedó de pie viéndolo alejarse hasta que desapareció en la escalera que lo conducía a la planta alta, al sector donde se hallaba la escuela secundaria.

Al rato, sonó el timbre del primer recreo de la primaria, y La Diana se alejó un poco de la puerta del salón de clase. La maestra, de pie bajo el umbral, la vio y le sonrió, y ella le respondió de igual manera. Había algo tranquilizador en el gesto de esa chica joven y bonita; hasta le gustaba su nombre, Katarina, y lo juzgó un buen augurio, como si de algún modo su abuela estuviese allí para velar por Darko. Además Lazar la conocía desde hacía tiempo y le había asegurado que se trataba de una persona excepcional y una gran docente. Por esa razón, le había pedido a la señora Muratić, la directora del Treća Gimnazija, que integrase a Darko a su grupo de alumnos.

El niño salió un rato después, elegante en su uniforme de blazer azul, camisa celeste, corbata azul con el escudo de la escuela y pantalones grises. Conversaba con un compañero. Se le iluminó el gesto al descubrirla fuera y corrió hacia ella.

—¡Mamá!

Se abrazaron.

—Se ha comportado muy bien —expresó Katarina, y acarició la coronilla de Darko—. Y ha seguido las consignas de clase sin problema.

—¡Te felicito, *moje blago!* —exclamó La Diana y se inclinó para besarlo.

—¡Y tengo un amigo nuevo, mamá! —Se volvió hacia el niño que lo aguardaba a distancia prudente y lo señaló—. Se llama Gojko y nos sentamos juntos.

—Hola, Gojko.

—Hola —contestó con una sonrisa insegura.

—Soy la mamá de Darko y me llamo Diana.

—¿Puedo ir a jugar ahora, mamá?

—Por supuesto. Toma —le dijo, y extrajo de la cartera un envoltorio que había preparado esa mañana y se lo extendió—. Es un sándwich. Está cortado en dos. Puedes compartirlo con Gojko, si es que le gustan el jamón y el queso.

—Sí, me gustan —se apresuró a responder el niño.

La Diana también le entregó una botellita de agua mineral. Darko, con las manos llenas, y Gojko corrieron hacia el patio interno de la escuela. La Diana caminó detrás de ellos. La maestra avanzó a su lado.

—Lo he sentado con Gojko porque es el niño más dulce y bueno del grado. Será de gran ayuda para Darko.

—Gracias. Lo aprecio en verdad. Mi hijo también es bueno y dulce.

—Sí, es fácil de ver —ratificó la docente—. El padre Lazar... Quiero decir, Lazar nos ha contado, a la directora y a mí, la historia de Darko. Quiero que sepa que estaré muy pendiente de él y lo ayudaré en todo lo que esté a mi alcance.

—Gracias. Dare tenía mucho miedo esta mañana y...

—Oh, pero enseguida se sintió cómodo y, como le comentaba, mostró una gran voluntad y determinación por cumplir con las consignas. Es cierto, tiene algunas dificultades para escribir, pero creo que las superará en las próximas semanas.

El alivio que siguió a la declaración de la maestra se le alojó como un bulto en la garganta. Se le humedecieron los ojos con cálidas lágrimas. Y sin remedio, pensó en Larysa, en que ese año, por haber cumplido los seis antes del 31 de marzo, le correspondía comenzar primer grado. Y lo había hecho sin ella. Si es que estaba viva.

* * *

Esa noche, después de cenar, los dos acompañaron a Darko al dormitorio. Kovać lo arrojó mientras La Diana acomodaba el desorden. Se sentaron uno a cada lado de la cabecera.

—¿Papá?

—¿Qué?

—¿Tú y mamá, cuando se casen, se irán de luna de miel?

—¿Cómo sabes tú de la luna de miel?

—Gojko me dijo que su primo se casó hace poco y que después se fue de viaje con su novia. Y dice que ese viaje se llama luna de miel.

—Sí, mamá y yo nos iremos unos pocos días de luna de miel. Pero no por ahora, más adelante —dijo.

—¿Falta mucho para que se vayan a la luna de miel?

—No sé cuánto tiempo exactamente —aseguró con sinceridad, pues no podía prever cuándo terminaría el asedio de Dragoslav.

—¿Y se irán solos, sin mí?

—Sí, iremos solos.

La Diana enseguida percibió el desasosiego del niño.

—No quiero —expresó el pequeño.

—¿Por qué no quieres?

—Porque nos pasará igual que a Azem y a sus papás. Nos perderemos —explicó.

—No, no nos perderemos. Azem viajó solo. Tú, en cambio, te quedarás aquí con tus tíos y nuestros amigos, que te protegerán.

—¿Qué te parece si le pedimos a tía Leila que se quede con Daisy durante esos días para cuidarte? —le propuso La Diana.

Darko no lucía convencido.

—Pero ustedes sí irán solos y se perderán —insistió.

—Nosotros no podemos perdernos porque somos adultos —lo tranquilizó Kovać mientras le despejaba la frente y lo acariciaba—. Siempre sabremos

cómo volver a ti.

La Diana lo abrazó.

—Nadie nos separará de ti, *moje blago*. Siempre estaremos los tres juntos. Ya no quiero que pienses en cosas feas sino en cosas hermosas como en lo bien que te fue hoy en la escuela. ¿Sabes, Lazar? La señorita Katarina me dijo que nuestro tesoro es muy inteligente y que cumplió todas las consignas sin problema.

Lo alabaron hasta borrarle el último rastro de preocupación. Se durmió mientras La Diana le leía un cuento que le había comprado esa tarde en el supermercado.

* * *

Amaba la noche y su rutina de bañarse juntos, hacer el amor y después contarse cosas bajo las mantas, muy pegados en la cama. Por momentos, mientras Kovać le relataba episodios de su pasado o le refería acerca de alguna persona, la sobrecogía una sensación de irrealidad, como si no fuese ella la que estuviese experimentando tanta dicha, tanta normalidad.

Esa noche de miércoles, después de haber hablado de Darko y de su primer día de clase, Kovać le informó que a la mañana siguiente, después de dejar al niño en la escuela, iría a lo de Goga para recomenzar las actividades de Duga Sarajevo. Lasieux y Reardon los presionaban para que diseñasen la página web y para que contratasen más empleadas que atendiesen los teléfonos.

—Además —añadió, y movió la boca hacia el costado en esa sonrisa ladeada que, ella sabía, escondía un pensamiento erótico—, quiero recuperar mi violonchelo. No me he olvidado de tu deseo, el de que toque desnudo contigo entre mis piernas.

La recorrió un escozor de pies a cabeza, y habiendo estado tan tranquila y relajada, se sorprendió del intenso anhelo que nació en ella.

—¿Cómo es que tocas tan bien? —se interesó—. Después de todo, tocaste durante cuatro años, desde los once hasta los quince, y después escapaste. Estoy segura de que durante muchos años no viste siquiera de cerca un violonchelo.

—Fueron solo cuatro años —ratificó Kovać—. Pero qué cuatro años —suspiró—. Teníamos clases todos los días con un excelente profesor de violín y chelo, un polaco, que vivía con nosotros en la mansión de

Smederevo. También tocaba el piano con maestría. No quiero pensar en los honorarios que Ilić le pagaba. Era severo, estricto, pero un excelente maestro. Y sí, es cierto, después de escapar, durante años no volví a tocar, pero cuando Ivo y Brano se enteraron de que tocaba el violonchelo me compraron uno usado y me obligaron a tomar lecciones. Decían que era un pecado perder ese talento.

—Qué suerte que así lo hicieron. Amo verte tocar. Pones una cara de felicidad...

—Seguro que no se compara con la que pongo cuando te miro a ti.

—Cuando me miras a mí no pones cara de felicidad —manifestó, y Kovać abrió grandes los ojos, desconcertado—. Pones cara de “quiero comerte a besos”, y no sabes cuánto me gusta esa cara tuya.

—Como la cara que tengo ahora, entonces —afirmó, y la pegó a él con un movimiento repentino y exigente—. Porque te aseguro que, desde hace un rato, quiero comerte a besos la boca. —Movi6 las cejas de ese modo que la hacía reír. Luego agregó—: Y otras partes también.

Le buscó el cuello para besárselo, y La Diana echó la cabeza hacia atrás con la intención de exponérselo, entregada por completo.

* * *

El jueves de esa primera semana en Sarajevo fueron a buscar a Senada y a la pequeña Diana al aeropuerto a última hora de la tarde. Como víctima del tráfico humano, llegaba custodiada por el personal de seguridad del avión de Air France, dos policías de civil, que la escoltaron hasta la sala VIP donde la aguardaban Kovać, La Diana, Vachal y Keen.

La joven, al verlos, se echó a llorar. La pequeña enseguida percibió la desazón de la madre y comenzó a quejarse y a rebullirse. La Diana se ocupó de la niña mientras Kovać consolaba a Senada.

—Ya estás con nosotros —la animó— y pronto volverás a reunirte con tu madre y tus hermanas.

La muchacha alzó la vista y se limpió los ojos con el dorso de la mano. A La Diana, el gesto casi infantil le partió el corazón.

—Sí —confirmó Kovać—. Estamos trabajando con la ONG Defensores de los Derechos Humanos para que las saquen del campo de refugiados de Montenegro y las traigan aquí, a Sarajevo.

—¡Gracias, padre Lazar! —Le aferró las manos y se las besó.

En el dúplex del MI6 le habían improvisado una habitación en la planta baja. Era pequeña y estaba mal iluminada, pero le anticiparon que pronto se mudarían a una casa más grande y ella y la pequeña Diana tendrían una habitación espaciosa y llena de luz.

—Esto para mí es el paraíso —alegó Senada con una sonrisa y la niña dormida en su pecho.

—Hoy fui con las cuñadas de Lazar a comprar cosas para Dianita. Ellas me aseguraron que estos productos —dijo, y señaló los varios paquetes que descansaban sobre una cómoda— son los que necesita la niña y que bastarán por unos días. Además, te compré una cuna desmontable. Es esta. —La extrajo de un minúsculo placard, y Kovać la desplegó—. Como verás, casi no queda espacio después de armarla pero...

—Diana, es perfecta —la interrumpió la joven—. Todo es perfecto: la habitación, la cuna, lo que compraste para Dianita... Pero estar de vuelta con ustedes es lo mejor.

Sonó el celular de Kovać, que luego de consultar la pantalla expresó:

—Es el teléfono de Janssen. *Allô?* —respondió, mientras salía de la habitación seguido por La Diana—. Sí, lo recuerdo bien. En Tuzla, sí —dijo, y La Diana supo que se trataba de Suada.

Le entregó papel y una lapicera. Kovać tomó nota del número telefónico y de la dirección de Suada.

—¿Quieres llamarla? —preguntó Kovać, y consultó su reloj pulsera—. Todavía es una hora prudente. —La Diana dudó y se lo quedó mirando con la incertidumbre impresa en el rostro—. Hay algo no resuelto con Suada, amor. Eso es evidente; en caso contrario, no le habrías pedido a Janssen que la buscase.

—Ella tenía a Larysa la noche en que Elish nos rescató —esbozó a modo de justificativo—. Además, quiero volver a verla. La quise mucho.

—Entonces, llámala.

—Tengo miedo, Lazar.

—¿A qué le temes, mi diosa guerrera, si estoy a tu lado?

La surcó un escalofrío y tembló en los brazos de Kovać al recordar que Sergei Markov le había dirigido palabras similares en el hospital de Camp Bondsteel. En el corazón de la noche, le había susurrado: “¿A qué le temes, mi diosa, si tu ángel guerrero está contigo?”. Y se acordó también de la última tirada del tarot, en la que había salido La Templanza, con el ángel

alado que la protegía y que, tal como había expresado Juana, se ocuparía de unir lo que estaba separado.

Kovać marcó el número en su celular y se lo pasó.

—*Allô?*

—¿Suada?

—Sí. ¿Quién habla?

Tragó dos veces.

—¿Quién habla?

—Suada, soy Mariyana Huseinovic —consiguió articular, y desde el otro lado de la línea la alcanzó un quejido angustioso.

—¿Maša? ¿*Mi* Maša? —repitió la mujer con acento quebrado.

—Sí —masculló, y se mordió el labio para reprimir la emoción.

Kovać se hizo cargo del teléfono.

—Señora Mehmedović, soy Lazar Kovać, el prometido de Mariyana. Ella está muy afectada en este momento y no puede hablar.

—Yo tampoco —tartamudeó la mujer—. Ella y Leila eran como mis hijas.

—Sí, lo sé. Mariyana la ha hecho buscar porque le gustaría volver a verla.

—A mí también. No sabe cuánto.

—¿Podremos visitarla en algún momento?

—Cuando gusten, señor... Disculpe, no recuerdo su apellido.

—Kovać.

—Señor Kovać, vengan cuando gusten —reiteró con énfasis—. Cuando antes, mejor. Mi Maša siempre será bienvenida en mi hogar.

Confirmó que la dirección que le dictaba la mujer coincidiese con la provista por el detective holandés, y acordaron que le avisarían antes de visitarla en Tuzla. Kovać acabó la llamada, y La Diana buscó el refugio de su abrazo.

CAPÍTULO XIII

Todo me recuerda al tiempo en que los seres humanos se convirtieron en animales que disfrutaban de mi sufrimiento.

Edin Kararić, sobreviviente del campo de concentración serbio en
Omarska

Instalaron a Senada y a su hija en casa de los Mesić, la cual, en opinión de Peter Ramsay, no estaba siendo vigilada ni de modo electrónico ni con hombres, y partieron el sábado a Tuzla con Darko, Ulysse Vachal y Noah Keen.

Se dirigían hacia el norte, y la distancia a cubrir apenas superaba los ciento veinte kilómetros. La ruta, a esa hora temprana de la mañana, se presentaba casi desierta. La temperatura era de algunos grados bajo cero, y la nieve se acumulaba al borde del camino. Hacia el este, el cielo desplegaba una paleta de tonalidades turquesa, rosa y naranja que La Diana admiró con fijeza durante la primera media hora de viaje, en tanto Kovać y Darko practicaban las tablas de multiplicar. La serenaban sus voces y la repetición de los cálculos.

Había partido de Sarajevo con taquicardia y una ligera náusea, y poco a poco la contemplación del amanecer, el bisbiseo de Darko, las dulces interrupciones de Kovać para corregirlo o ayudarlo y sus ejercicios respiratorios le bajaron las pulsaciones y la condujeron a un estado de introspección que la predispuso para analizar los sentimientos que la dominaban. En pocas horas, volvería a ver a Suada, y resultaba paradójico que lo hiciese en el día del sexto cumpleaños de Larysa. El encuentro la posicionaba frente a una situación a un tiempo hermosa y espantosa. La mujer había sido como una madre durante el período más oscuro de su vida. Las había asistido, a ella y a Leila, cuando más lo necesitaron. No olvidaría la primera vez que la había visto después de la violación. Suada la había

lavado con amoroso cuidado en tanto le dirigía palabras de consuelo. Tampoco olvidaría la comida compartida sobre la cama inmunda, manchada con su propia sangre virginal. Suada las había amado tanto como a Munira, la hija de sus entrañas, y en parte, ahora lo comprendía, ese amor las había protegido y mantenido con vida. Por fin, Suada había adorado a Larysa como solo una abuela ama a los hijos de los hijos, y era la última que la había visto antes de que los empleados de Manos Que Curan se la llevaran. Pero enfrentarla también la obligaría a recrear con nitidez malsana los peores episodios, y le temía al instante en que la invadirían como una jauría feroz.

Kovać le observaba el perfil vuelto hacia la ventanilla y, mientras prestaba atención a la tabla del ocho que Darko repetía por segunda vez, se preguntaba qué pensamiento ocuparía la mente de la mujer a la que amaba. ¿Estaría evocando las experiencias compartidas con Suada en el campo de concentración? La impotencia en que lo sumía la angustia de Diana amenazaba con robarle la serenidad que tanto precisaba para ser su puntal en esa instancia difícil.

Darko acabó la tabla del ocho y comenzó con la del nueve, y Kovać lo detuvo para indicarle que descansase un momento. Pasó el dorso de los dedos por el filo de la mandíbula de La Diana, y esta se volvió enseguida, con los ojos cerrados, y le besó la mano.

—¿En qué piensas?

—En las cosas que vivimos con Suada. Son tantas, Lazar, y tan intensas.

—Lo sé. Será un encuentro que te dejará en carne viva, amor, pero no olvides que estoy a tu lado.

La Diana volvió a besarle la mano y le sonrió con tristeza.

—Sin ti a mi lado, nada de esto sería posible.

—Hoy es el cumpleaños de Larysa —manifestó Kovać, y La Diana se asombró de que lo recordase. Le acarició la mejilla recién afeitada al decirle:

—¿Por qué me sorprende que lo recuerdes si sé que siempre estás pensando en los demás?

—En ti —la corrigió él— y en Larysa porque es parte de ti.

—¿Lo estará pasando bien? —se atormentó—. ¿Estará recibiendo amor en su día?

—Pensemos que sí —propuso Kovać, y cambió el tema al preguntar—: ¿A qué le temes de este encuentro?

La pregunta la dejó callada durante unos segundos al cabo de los cuales contestó con certeza:

—A la desilusión.

—Tienes la esperanza de que Suada sepa algo de Larysa, ¿verdad?

Asintió, y tras un segundo en el que pugnó por disolver el nudo de la garganta, susurró con el aliento entrecortado:

—Es una suposición carente de lógica, lo sé. ¿Por qué tendría que saber algo?

—Entonces, hagámonos a la idea de que solo iremos a verla para disfrutar de su amistad y del amor inmenso que te tiene.

La Diana sonrió con labios apretados mientras Kovać le secaba las lágrimas con los pulgares.

* * *

Se registraron en un hotel céntrico recién estrenado y bastante lujoso. La influencia de la base militar norteamericana Camp Comanche, erigida al este de la ciudad, se notaba en la prosperidad que se advertía en cada detalle, desde la limpieza de las calles hasta las fachadas reparadas de los edificios.

La Diana conocía bien Tuzla, pues, siendo uno de los centros más importantes de Bosnia y encontrándose a poco más de cien kilómetros de Srebrenica, ella y su familia habían viajado a menudo para hacer compras. Ciertos paisajes, determinadas esquinas y calles le evocaban a Eszter y a Ratko, y las palpitaciones volvían a acelerarse y la inquietud, a mortificarla.

Ya en la habitación, se enjuagó la cara y se cubrió las ojeras con el corrector de la Pupa que le había regalado su cuñada Yasmín. Así y todo, al salir del baño Darko se la quedó mirando, ceñudo.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Estás triste?

Se acuclilló delante del niño y lo besó.

—Sí, *moje blago*. Venía a menudo con mi papá y mi mamá a esta ciudad. Me recuerda a ellos. Y como los extraño mucho, me emociono.

—Yo también extraño a mi mamá de antes, pero ahora te tengo a ti —respondió el niño con simpleza, y La Diana percibió el tirón en la garganta y solo atinó a asentir antes de abrazarlo.

—Y yo te tengo a ti, *moje blago* —aseguró con un hilo de voz.

—Y a papá —completó el pequeño, y La Diana rio.

—Sí, y a papá. A mis dos amores.

Kovać propuso que restauraran el ánimo con un buen desayuno antes de ir a la casa de Suada, por lo que se dirigieron al bar del hotel, donde se sentaron frente a humeantes tazas de café con leche y medialunas tibias. La Diana, a quien en un principio la sola idea de comer le había causado un malestar en el estómago, sorbió el café y mordió la medialuna bajo la mirada insistente de Kovać, y se sintió mejor.

Más repuestos, se dirigieron al *lobby* escoltados por Noah Keen, donde aguardaron a Vachal, que había ido a buscar la camioneta. La Diana se puso nerviosa ante la inminencia del encuentro, y percibió que la colación le daba vueltas en el estómago. Kovać, que la sujetaba por la cintura, le apoyó los labios en la oreja y le susurró las estrofas de Pavarotti de *Miss Sarajevo*, lo cual tuvo un efecto inmediato en su alocado corazón.

El barrio donde vivía Suada, llamado Pecara, no se encontraba lejos de la zona céntrica, por lo que llegaron en pocos minutos. La Diana se quedó mirando la fachada de la casa simple y prolija, con un jardín delantero bien cuidado. Recordó que Suada siempre les contaba que la apasionaba la jardinería y que las plantas medraban bajo sus cuidados.

—Vamos —dijo, e inspiró profundo antes de bajar.

Vachal y Keen se mantenían atentos a la calle. La Diana sabía que ese era el momento de mayor exposición y vulnerabilidad, por lo que, pese al miedo que la dominaba, caminó de prisa hacia el ingreso con Darko de la mano. Apenas traspusieron el cancel de reja, la puerta principal se abrió y Suada apareció bajo el dintel.

La Diana, olvidada de sus escrúpulos y protocolos de soldado de élite, se quedó quieta y expuesta en el camino de las lajas. Suada se cubrió la boca con ambas manos mientras sacudía ligeramente la cabeza.

—Vamos, amor —la conminó Kovać, y avanzaron hacia la entrada.

Los ojos verde claro de la mujer brillaban desbordantes de lágrimas que no tardaron en rodarle por las mejillas llenas y coloradas. La cara redonda y blanca de Munira apareció detrás de la madre, y La Diana sonrió colmada de ternura. Tres niños se abrieron paso y bajaron los escalones del portal. Suada extendió los brazos en un gesto inequívoco. La Diana, con Darko siempre de la mano, se apresuró y acabó confortada sobre el pecho de esa mujer varios centímetros más baja pero a quien en ese instante consideraba tanto más grande y poderosa que ella, como una niña asustada entre los brazos de la madre.

—Maša, Maša querida —repetía Suada entre ahogos de llanto—. Maša de mi corazón. —La apartó y le encerró la cara entre las manos para estudiarla—. Mis plegarias fueron escuchadas —expresó antes de que Vachal pronunciase el nombre de La Diana con acento de advertencia y ella se pusiese en movimiento.

—¿Podemos entrar, señora Mehmedović? —intervino Kovać, y Suada, solícita, se apartó y exclamó varias veces que sí, que por supuesto, que los estaba esperando.

Ingresaron en un pequeño vestíbulo. Munira, muy ansiosa, aplaudía y reía. Abrazó a La Diana y esta le devolvió el gesto de cariño.

—Pasen, pasen —invitaba la dueña de casa mientras los guiaba dentro de una sala con sillones y un hogar a gas con leños refractarios.

La tibieza del ambiente y el aroma a café recién colado reconfortaron a La Diana, que observaba a su alrededor hasta que su mirada dio con la de Suada, que la contemplaba con una sonrisa insegura.

—Estás más hermosa que antes. Te vi por televisión —se apresuró a añadir—. A usted también señor Kovać.

—Llámeme Lazar, por favor.

—Y usted, Suada. Como les decía, los vi por televisión, ¡y qué orgullosa me sentí de ti, querida Maša! ¡Pero siéntense, siéntense, por favor! ¿Y quién es este niño tan guapo?

—Soy Dare —se presentó solo—. Soy su hijo —explicó, y señaló a La Diana y a Kovać.

—¡Oh, pero qué hermoso hijo tienes, Maša! Y estos —dijo, y agrupó a los tres niños en la circunferencia que formaba su abrazo— son mis sobrinos nietos, los nietos de mi hermana Kosara. Este es Mevlo, el mayor; este es Marko, el del medio, y la más pequeña es Azra. Mevlo, ¿por qué no traen los juguetes y se los muestran a Dare?

—¿Puedo ir con ellos, mamá?

La Diana le soltó la mano y le sonrió mientras asentía. Apenas los niños desaparecieron de la vista, los adultos ocuparon los sillones y el sofá.

—Mi hermana y mi sobrina tienen una peluquería. Los sábados por la mañana, Munira y yo nos ocupamos de los tres para que ellas trabajen tranquilas.

—Parecen muy buenos y educados —comentó Kovać.

—Sí, muy buenos, pero dueños de una energía inagotable —aclaró Suada, y rio.

Se escabulló para regresar con una bandeja con el servicio de café y un plato con *mantis* tibios, unos buñuelos rellenos de una mezcla de carne de vaca, cordero y cerdo, típicos de la cocina bosnia, herencia turca. Suada los señaló con orgullo.

—¿Recuerdas, Maša, cuando Leila y tú me enseñaron a prepararlos?

—Claro que lo recuerdo.

—Sírvanse, por favor —dijo, y extendió el plato y un manojo de servilletas a Keen y a Kovać, y mientras servía el *bosanska kafa*, recibía los halagos de los hombres.

La Diana traducía lo que Keen —Vachal había quedado fuera de guardia — murmuraba entre bocado y bocado.

—¿Cómo está Leilita, querida Maša?

—Ahora bien, pero después de la guerra dejó de hablar e hizo una regresión a la infancia. Se comportaba como una niña muda. Luego de algunos años, superó el problema. Ahora tiene una hermosa vida en París, con su esposo y su hijita de un año, Daisy. Está esperando otro niño.

—¡Qué noticia tan hermosa! No sabes cuánto las he echado de menos. No puedes imaginar cuánto las he pensado.

—Y nosotras a ti, querida Suada —dijo La Diana, y le extendió la mano, que la mujer se apresuró a estrechar en un silencio de labios comprimidos y miradas enturbiadas.

—¡Bien! —dijo al cabo la anfitriona, y se pasó una servilleta por los ojos con fingido talante exasperado—. Basta de llanto. Hoy es un día para festejar. Aunque falte Leila, saber que está bien me basta.

—Y la verá pronto, señora Suada —expresó Kovać—. Leila viajará a Sarajevo en pocos días para asistir a nuestra boda, que será el 14 de febrero, y como usted y su hija serán nuestras invitadas de honor, tendrá la posibilidad de volver a verla.

—¡Oh, santo cielo! —se sorprendió la mujer—. ¿El 14 de febrero ha dicho usted, Lazar?

—Sí, el próximo 14 de febrero.

—¡Pero si hoy es 3! Faltan tan pocos días.

—Si es necesario —prosiguió Kovać—, les enviaremos un chofer para que nos acompañen ese día. Pero no pueden faltar. Son muy importantes para mi futura esposa.

—Gracias, Lazar —dijo Suada, con las mejillas coloradas de emoción—. Sepa usted que ellas son como mis hijas.

Regresaron los niños con las manos cargadas de juguetes, que soltaron para servirse los apetitosos *mantis*.

—No, *moje blago* —lo detuvo La Diana—. Además de que debes pedir permiso para servirte...

—¡Qué dices, Maša! Los he preparado para ustedes. Son todos para ti, Dare.

—Gracias, señora —murmuró el niño, apenado.

—Tienes que lavarte las manos, *moje blago* —le recordó La Diana.

Kovać se puso de pie y, tras las indicaciones de Suada, se retiró para higienizar al niño. Los siguieron los sobrinos de la anfitriona. A su vez, Keen pidió permiso para controlar la salida posterior, por lo que se quedaron solas con Munira.

—¿Cómo has estado, querida Maša? No sabes cuánto he deseado volver a verte.

—Y yo a ti, Suada. Pero los primeros años después de la guerra fueron muy duros y recién ahora me sentí preparada para volver a verte. Perdóname.

—No —dijo la mujer, y sacudió la mano en el gesto de desestimar la justificación—. No tienes que explicarme nada a mí, no a mí que padecí cada instante en ese sitio infernal.

—¿Cómo han estado ustedes?

La mujer se encogió de hombros.

—Resistiendo, como puedes imaginar. Hace unos meses empecé a cobrar una pensión por haber sido víctima de los *četniks*, una miseria —aclaró con una torcedura de boca—, pero obtuve un buen dinero por la casa que me confiscaron esos malnacidos en Rogatica, adonde no pienso volver a poner pie, no solo porque ahora es parte de la Republika Srpska sino porque cada metro cuadrado me traería un sinfín de recuerdos, muchos buenos, pero los malos son tan malos que... —Se le cortó la voz—. No puedo olvidar, Maša —se quebró—. A veces creo que lo he logrado, pero enseguida algo me trae a la mente el tiempo en que nuestros connacionales disfrutaban torturándonos, humillándonos, haciéndonos sufrir. ¿Por qué?

—Es lo mismo que a mí me quita la paz.

—Sí, te oí decirlo en la entrevista a la BBC, y qué acompañada me sentí al saber que no soy la única que tiene ese peso en el alma. ¿Por qué no reconocen el daño que nos hicieron y nos piden perdón?

La pregunta quedó sin respuesta. Kovać reapareció con los niños y, un momento después, lo hizo Keen, que le susurró algo al oído. La Diana lo vio asentir con un ceño. No necesitaba que le explicasen que la puerta trasera carecía de la mínima seguridad. Decidió olvidarse por un rato de todo y disfrutar del reencuentro con su amiga.

Después de devorar varios *mantis* y tomar gaseosa, los niños se pusieron a jugar cerca del hogar con una caja de Lego, lo cual les brindó cierta intimidad a los adultos para conversar de cuestiones delicadas.

—No es tu hijo, ¿verdad, Maša? —susurró la anfitriona—. Tiene más de seis años. Ocho, tal vez.

—Cumple ocho el 12 de julio —apuntó Kovać—. Adoptaremos a Darko.

—Qué niño afortunado —manifestó Suada—. Tenerte a ti como madre será una bendición para él.

La Diana se la quedó mirando, muda, perpleja, desorientada, porque no atinaba a definir si el comentario había sido expresado con cinismo o con sinceridad.

—No conozco a nadie tan protector ni maternal como mi Maša, Lazar —dijo al cabo, después de apartar la vista de La Diana—. Tendría que haberla visto en aquellos días horribles cómo defendía y protegía a Leila.

—Lo sé, Suada. Diana es un ser extraordinario.

—¿Por qué te llaman Diana ahora?

—Es mi nombre de guerra. Soy soldado.

—Ah, sí, lo dijeron en la televisión. Soldado... Imagino que debes de ser una de las mejores.

—No, hay muchos mejores que yo, pero amo mi oficio e intento hacerlo bien.

—¿Cómo me encontraste, Maša?

—Contratamos un detective. Él te encontró.

—¿Un detective solo para buscarme a mí? Eso debe de costar mucho dinero.

—En realidad... —empezó a decir y se detuvo, imposibilitada de seguir hablando.

—Suada —terció Kovać—, contratamos al detective para que buscase a Larysa.

—¡Oh! —se asombró la mujer, y apuntó la mirada hacia La Diana; había sorpresa en sus ojos y, un momento después, cariño y comprensión—. ¿Quieres encontrarla, Maša?

La Diana asintió con un movimiento corto, brusco, la cara tiesa de aguantar el llanto. Darko estaba cerca y lo desestabilizaba verla desmoronarse.

—¿Recuerdas qué día es hoy? —la interrogó Suada y se sostuvieron la mirada con fijeza—. Sí, lo sabes —concluyó la mujer, y se dirigió a Kovać—. Hoy, 3 de febrero, es el cumpleaños de mi Larysa. Cumple seis añitos. ¿Cómo estará mi pequeña?

—Roguemos que bien —expresó Kovać y prosiguió—. Suada, sabemos que MQC la entregó a un orfanato en Sarajevo. Desde allí salió junto con un grupo de huérfanos que se dirigían al extranjero. El autobús fue emboscado en la ruta hacia Split y la directora del orfanato, asesinada. Los niños fueron secuestrados. Nada se ha sabido de ellos desde entonces, y eso ocurrió hace cinco años.

Suada oyó con atención lo que Kovać le refería; lo hizo en silencio, la vista fija, sin pestañeos; se limitaba a asentir. Kovać terminó su explicación, y la mujer movió el rostro hacia La Diana.

—Tú sabes dónde está —declaró.

—No lo sé, Suada. No lo sé —repitió, desconcertada, casi sin aliento.

—¿Cómo puedes dudar de que la tiene el comandante Vuk?

Las palabras de la mujer la alcanzaron como un golpe en el pecho y la despojaron del respiro. Se echó hacia atrás en el sillón y apretó los puños y las mandíbulas.

—Vuk no la tiene —acertó a articular—. Creyó que era la hija de Kosta.

La mujer rio con ironía mientras negaba con la cabeza.

—¡Larysa era suya y él lo sabía!

—No después de descubrir que pensaba escapar con Kosta —se empecinó La Diana.

—Te lo dije para mortificarte, como hacía siempre, para provocarte. Soportaba cualquier cosa, excepto tu indiferencia. Prefería tu odio y tu rabia a tu silencio y apatía. Nunca comprendiste que te habías convertido en el centro de ese hombre, eras su debilidad, su obsesión. Y Larysa era la luz de sus ojos porque había nacido de ti. Tú no lo sabes pues tras el parto estuviste como ausente y nunca lo viste actuar con la niña como lo vimos Leila y yo. Era otra persona. De malvado y bestial se convertía en bondadoso y dulce. Aprendió a cambiarla, a bañarla, a alimentarla. Había que verlo, tan tosco y torpe, cómo sabía tratarla con guantes blancos. La tiene él, Maša, no lo dudes. El comandante Vuk fue quien secuestró el

autobús y mató a la directora del orfanato, y todo por recuperar a su hija. Les advertí a los de MQC que si me la quitaban el padre volvería y nada bueno sucedería. Pues no me equivocaba. ¡Fue él, Maša! ¿Cómo no lo ves?

* * *

Se quedaron en lo de Suada hasta bien entrada la tarde. Después de la categórica afirmación de la mujer, de que Vuk tenía a Larysa, no volvieron a tocar el tema. Una energía rarificada prevalecía en el ambiente, y aunque continuaron sonriendo y contándose sus destinos durante los años de separación, ni Suada ni La Diana dejaron de pensar en la suerte de la pequeña. A eso de las cinco se despidieron con la promesa de regresar a las ocho; Kovać había invitado a Suada y a Munira a cenar al restaurante del hotel.

Después de bañarse y de cambiarse, se relajaron los tres en la cama y vieron una película de los ochenta, *La historia sin fin*. Darko se quedó dormido entre La Diana y Kovać, que apagó la televisión. En el silencio que prosiguió, ella observaba con fijeza al niño; él, a ella.

—Amor, ¿qué piensas de lo que afirma Suada, de que Dragoslav tiene a la niña?

—No sé qué pensar. Tengo miedo de pensar —declaró con franqueza.

—¿Miedo de que sea cierto? —La Diana, sin apartar la mirada de Darko, asintió—. Creo que en cambio deberías alegrarte con la posibilidad.

—¿Por qué? —se desconcertó.

—Porque nadie la habría cuidado mejor que su padre. Si, como dice Suada, Dragoslav era otro con la niña, más humano, entonces puedes estar tranquila de que, durante todos estos años, nuestra Larysa no corrió ninguna suerte nefanda sino que vivió protegida y amada.

—Tienes razón. Debería estar feliz de saber que él la ha cuidado y protegido, solo que, como soy egocéntrica y egoísta, esa posibilidad me llena de sentimientos contradictorios. —Se atrevió a alzar las pestañas para enfrentarlo—. ¿Qué clase de madre soy que uno como Vuk es mejor que yo?

—Dragoslav no es mejor que tú. Es un psicópata, solo que, por alguna razón extraña, Larysa despierta en él el sentimiento más puro y noble del que ha sido capaz. Y debemos dar gracias a Dios por eso.

—Sí —dijo, poco convencida.

—Además, eres la mejor madre que conozco pues, habiendo sufrido los horrores que sufriste, aun así deseas hallar a tu hija. Es tanto el amor que sientes por ella que no estarás completa hasta estrecharla entre tus brazos. ¿Qué me dices ahora? ¿Eres o no una buena madre?

La Diana sonrió pese a las ganas de llorar.

—Tú me amas y siempre encuentras la justificación para disculparme.

—Es tan fácil disculparte teniendo en cuenta las circunstancias. Por otro lado —retomó Kovać—, lo que sostiene Suada no carece de sentido. Dragoslav cuenta con la gente, la logística y las armas para llevar a cabo un golpe como el del autobús del orfanato.

—Y la impunidad —añadió La Diana—. Secuestrar a tantos niños y que nada se haga ni se descubra se sostiene con la teoría de Raemmers, de que lo protegen grupos poderosos.

Un mutismo impregnado de anticipación y palabras reprimidas cayó sobre ellos. Se sostenían la mirada en el silencio apenas herido por la respiración profunda de Darko. La Diana advertía la perturbación que tan fácilmente comunicaban sus ojos oscurecidos.

—Lazar, ¿qué sucede? Háblame.

—Suada confirmó lo que yo sospechaba —manifestó con la voz muy grave, casi ominosa—: eras y eres la obsesión de Dragoslav. Lejos de buscarte para hacerte daño, te busca para tenerte con él, como su mujer. Y eso está volviéndome loco. De rabia. Y de celos —agregó.

—Lo destruiré antes de que intente ponerme un dedo encima.

—¿Lo destruirás? —la interrogó Kovać, y alzó una ceja en un gesto incrédulo—. Si, como asegura Suada, él tiene a Larysa, ¿destruirías a su padre, al que ha aprendido a amar y en quien confía como en nadie?

La pregunta se sostuvo como un eco en el sigilo que ninguno se atrevió a romper.

* * *

La Diana no durmió bien esa noche pese a que la cena con Suada y Munira había resultado un grato interludio después de las incógnitas y los desafíos que presentaba el futuro, un futuro más bien oscuro al que le temía como a nada.

—Quiero ir a Srebrenica —anunció en inglés al día siguiente, mientras desayunaban, y fijó la vista en Kovać, que le devolvió una expresión ni

sorprendida ni contrariada; simplemente la miró con la intención de quien quiere comprender al otro.

—¿Está muy lejos de aquí? —quiso saber Vachal.

—A unos cien kilómetros hacia el sureste. Conozco el camino de memoria.

—¿Qué dijiste, mamá?

—Que me gustaría visitar una ciudad llamada Srebrenica.

—¿Por qué quieres ir a ese lugar, mamá?

—Porque allí nací, *moje blago*. Allí nacieron tía Leila y tío Sanny, y allí están enterrados mis padres. Quiero mostrarles a ti y a papá mi casa y el restaurante de mi familia.

Kovać se abstuvo de opinar y siguió comiendo sin esbozar palabra. Subieron a la habitación para buscar el equipaje y, mientras cerraban los bolsos, La Diana apoyó la mano en la de él y lo detuvo.

—No estás de acuerdo con ir a Srebrenica, ¿verdad?

—Mañana es lunes —interpuso—. Quería regresar temprano para hacer unas ejercitaciones de aritmética con Dare. Tiene prueba el martes.

La Diana se quedó mirándolo, entre avergonzada y llena de culpa.

—Soy una mala madre —se dijo—. Pensé en mí primero y no en mi hijo.

Kovać chasqueó la lengua y la cobijó entre sus brazos. Le habló al oído.

—No es por eso que no quiero ir —se sinceró.

—¿Por qué, entonces?

—Porque sé que será duro para ti y ya no quiero verte sufrir.

La Diana le sujetó el rostro y le sonrió.

—Si estás a mi lado, Lazar, me siento capaz de cualquier cosa.

—Lo estoy, lo estaré toda la vida. ¿Necesitas hacerlo? —La Diana asintió—. ¿Por qué?

—Quedó algo sin resolver allí. Además quiero mostrarte el lugar en el que pienso a menudo, sin mencionar que me gustaría visitar la tumba de mis padres. Pero podemos volver en otro momento. Ahora Dare está primero. —Lo besó con delicadeza en los labios y se permitió un instante para apreciar su suave carnosidad—. Eres tanto mejor que yo. Ayer, cuando me dijiste si sería capaz de destruir algo que Larysa amaba, me demostraste que piensas primero en los demás.

—Primero pienso en ti. *Siempre* pienso en ti. Desde hace casi dos meses tengo la impresión de que *solo* pienso en ti. Eres lo primero que me viene a la mente al despertar y lo último al irme a dormir.

—¡Amor! —exclamó, ebria de dicha. Apoyó la mejilla en su pecho y le cerró los brazos en la espalda.

—Iremos a Srebrenica —lo escuchó decir—. Lo afrontaremos juntos.

Llamaron a la puerta con los tres golpes acordados. De todos modos, La Diana fue a abrir con la Walther gatillada. Era Keen. La camioneta estaba lista y los aguardaba.

—Si salimos ahora —añadió el guardaespaldas— y si la ruta no está muy transitada, llegaremos a Srebrenica antes de las once.

—Muy bien —dijo La Diana—. En cinco minutos partimos.

* * *

La Diana le pidió a Vachal, que conducía la camioneta, que se detuviese a un costado de la carretera. Sabía que desde allí apreciarían en todo su esplendor el valle donde se erigía Srebrenica. Bajaron los cinco, y La Diana sujetó con firmeza al niño pues el precipicio imponía respeto. Se trataba de un día frío de cielo límpido y brillante, como una bóveda de porcelana turquesa. Extendió el brazo y señaló los techos rojos que descollaban entre los montes cubiertos de nieve.

—Esa es Srebrenica, mi ciudad.

—¿Allí vivías tú, mamá?

—Sí, *moje blago*, desde que nací y hasta los veinte años.

Semejaba un pueblo de los Alpes suizos. Se lo notaba tranquilo. Despuntaban el alminar de la mezquita, la que se había reconstruido como parte de las exigencias de los Acuerdos de Dayton, y la torre con cúpula acebollada de la iglesia ortodoxa. “¡Qué farsa!”, se lamentó, pues, si bien los dos edificios se hallaban uno cerca del otro, la distancia impuesta por el odio y el racismo era inconmensurable.

Ese sitio tan bien emplazado, pintoresco y hermoso conservaba memorias espeluznantes, al igual que las montañas que lo circundaban, por donde, el 11 de julio de 1995, miles de personas habían huido para evitar caer en manos del general Mladić, que se aprestaba a invadir la “zona segura”. Solo la mitad había conseguido cruzar las montañas y escapar del impiadoso militar serbobosnio. Cerró los ojos e imaginó la columna humana que serpenteaba por el terreno accidentado y agreste de los cerros donde ella y sus hermanos habían jugado y recolectado hongos. Habrían pasado hambre

y sed bajo el sol inclemente del verano. Y los que caían en manos de los serbios habrían sufrido torturas y después la muerte.

Había sido feliz allí, una joven de clase media como cualquier otra, despreocupada, apegada a su familia y a sus amigos. Todavía le costaba creer que su vida y la de cientos de miles de bosnios hubiesen cambiado de un día para el otro a causa de un capricho, de una insensatez o, tal vez, de un plan macabro trazado con un fin económico y de poder. ¿Seguiría atrapada en las calles de Srebrenica la energía nacida de la angustia y del sufrimiento de sus connacionales? De pronto, temió bajar al valle y entrar en la ciudad. Los dedos de Kovać la rozaron primero, se entrelazaron con los de ella después. Se miraron. Los de él hablaban con claridad. “Aquí estoy”, le decían.

—Vamos —propuso, envalentonada, y regresaron a la camioneta.

Minutos más tarde, entraban por el norte, por el municipio de Bratunac, más bien un barrio periférico de Srebrenica. La Diana guiaba a Vachal, que iba al volante, y pronto se encontraron en la arteria más importante, que increíblemente conservaba el nombre Maršala Tita. Estaba desierta, como solía estarlo los domingos antes del mediodía.

—Detente aquí, Ulysse —pidió, la vista fija en la fachada de una casa de dos pisos, con un local en la planta baja.

El guardaespaldas estacionó el vehículo en la vereda de enfrente.

—¿Esa es tu casa, amor? —le preguntó Kovać al oído, y ella apenas susurró sí.

La emoción al encontrarse de nuevo frente a la amada casa familiar se convirtió en una sorpresa desagradable y luego en rabia al descubrir que el U Partizanski había sido rebautizado como Las Cuatro S en alusión a la frase *Samo sloga Srbina spasava* (solo la unión salva a los serbios) y en una clara ostentación de la filiación política y de la etnia de su nuevo propietario, ya que refería a la famosa declaración atribuida al santo más importante de los serbios, San Sava, y acuñada por los *četniks* durante la Segunda Guerra Mundial.

Nunca había pensado en iniciar un juicio para recuperar la propiedad familiar confiscada por la Republika Srpska, tal como era su derecho según lo establecido en los Acuerdos de Dayton. Al descubrir el letrero adornado además con la cruz tetragramática, que ultrajaba la marquesina del U Partizanski, casi una burla al dolor de su familia, deseó arrancarle la casa y

el restaurante al malnacido que lo hubiese ocupado y luego darle una muerte lenta y dolorosa con los *kukris*.

Bajaron. La Diana, protegida tras su talante iracundo, lo hizo con determinación y una expresión de furia. Kovać, que también había advertido el nuevo nombre del establecimiento, lo hizo detrás de ella y la aferró por la cintura antes de que abriese la puerta del lado de Darko. Enojada, se dio vuelta para increparlo; en cambio, se quedó observándolo. Los ojos ambarinos de Kovać le devolvieron una mirada paciente y comprensiva que la hizo retroceder en su intención de enojarse.

—No sé qué les enseñan a los soldados de élite, pero a los luchadores de taekwondo los maestros nos dicen que jamás debemos entrar en combate con ira u odio. Te turba el entendimiento y te disminuye los reflejos.

—Es lo mismo que me dice Takumi *sensei* —admitió, y bajó la vista, avergonzada.

—Mírame —le ordenó con dulzura—. No sientas culpa. Es lógica tu reacción. Solo quise detenerte para que después no te arrepintieses, porque sé que lo habrías hecho.

—Gracias, amor mío —susurró.

—¿Qué pensabas hacer?

—Decirle al que sea que se haya apoderado de lo que es mío y de mis hermanos que iniciaremos un proceso judicial para quitárselo.

—¿Por qué quieres decírselo? —la interrogó con calma, y a La Diana su tranquilidad comenzó a fastidiarla.

—¿Cómo por qué, Lazar? Pues... ¡Porque a falta de poder decapitarlo con mis *kukris* tengo ganas de hacer algo que lo deje en jaque, que lo perturbe!

—Hay cosas que primero se hacen y después se dicen. No pongas sobre aviso a tu enemigo, amor. Nunca.

—Quiero entrar —confesó con aire abatido.

—Y entraremos y beberemos algo, si lo deseas, y estudiaremos la situación. Y cuando volvamos a Sarajevo contrataremos un abogado y comenzaremos con los trámites para recuperar la propiedad. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

La Diana quitó el cinturón de seguridad a Darko, lo ayudó a descender del vehículo y lo tomó de la mano para cruzar la calle. En el instante en que llegaba a la vereda, un SUV BMW X5 gris metalizado se detuvo frente al

ingreso del restaurante. La sorprendió encontrarse con un automóvil de alta gama en un pueblo como el suyo, sin mencionar que esa camioneta había sido lanzada poco tiempo atrás, en el 99; lo sabía porque Sanny se había comprado una. La puerta del conductor se abrió, y a La Diana se le escapó una exclamación. Era Fatima, su amiga de la infancia. Había engordado bastante y tenía el pelo más largo, de un rubio casi platinado. Vestía ropas costosas y llevaba una gran cartera Louis Vuitton.

—Es Fatima Cavic —murmuró a Kovać.

—¿Tu amiga? ¿La que mencionas en tus memorias?

La Diana asintió, la mirada inamovible en la mujer. El corazón se le había desbocado y tenía la boca seca y tirante. Fatima bajaba unas bolsas de supermercado. Luchaba con la carga y las puertas del automóvil cuando notó la pequeña comitiva en la vereda desolada. Les echó un vistazo poco amigable antes de entrar en el antiguo U Partizanski. La Diana, que había creído que ingresaría en la propiedad de los Cavic, colindante con la de ellos, quedó perpleja.

—¿Qué hace Fatima en nuestro restaurante? —preguntó de manera retórica, y percibió la mano de Kovać que se le ajustaba en la parte fina de la cintura.

—¿Qué deseas hacer? No te sientas obligada a entrar.

—Quiero hacerlo.

Cruzaron el umbral. Le tomó un momento acostumbrarse al cambio de luz. Percibió dos cosas casi al mismo tiempo, y las dos la desestabilizaron. Lo primero fue divisar en un sitio preeminente detrás del mostrador los retratos de Radovan Karadžić y de Ratko Mladić, los genocidas de su pueblo, que aún seguían en libertad, protegidos por el gobierno serbio. Lo segundo fue ver a Fatima que, ubicada tras el mostrador y como quien se dispone a ponerse a trabajar, se cubría con un delantal, el cual, si la vista no le fallaba, era el que Eszter, su madre, había vestido en los últimos años; lo reconocía por la rosa que la abuela Katarina le había bordado en la pechera. Se sintió desfallecer y se apoyó contra el cuerpo de Kovać.

—Buenos días —saludó Fatima, más simpática en esa ocasión al advertir que los intrusos podían convertirse en clientes.

La Diana notó que tras pasear la mirada por los guardaespaldas se detenía en Kovać y no se molestaba en disimular la admiración que su estampa y atractivo le causaban, incluso esbozó una sonrisa coqueta. Dirigió luego la atención a La Diana. Aguzó la vista y frunció el entrecejo.

—¿Maša? ¿Eres tú?

—Sí, Fatima, soy yo.

—¡Oh! —Salió del mostrador y caminó hacia ellos a paso veloz, alborozada y nerviosa. Las mejillas abultadas se le habían coloreado—. ¡Qué increíble sorpresa!

—Sí, puedo imaginarlo.

Fatima no sabía si besarla, abrazarla o quedarse donde estaba; resultaba clara su indecisión a juzgar por el modo en que movía las manos e inclinaba el torso hacia atrás y hacia delante. La Diana la contemplaba quieta; no pensaba tocarla.

—¿Vas a presentarnos? —dijo la mujer, y señaló a los hombres.

—Él es mi prometido, Lazar Kovać.

—Mucho gusto —respondió de manera afectada y le extendió la mano, que Kovać apretó con actitud sobria.

—Amor —dijo, y a propósito empleó el apelativo afectuoso—, ella es Fatima Cavic, nuestra vecina de toda la vida.

La Diana, que, mientras hablaba, estudiaba a Fatima, percibió el cambio en su gesto al escuchar la palabra vecina en lugar de amiga.

—Bueno, en realidad, ya no me llamo Fatima sino Biljana, pero todos me dicen Bilja.

—Conque Biljana, como Biljana Plavšić, una de las genocidas que mandó masacrar a tantos yugoslavos —comentó con mordacidad, y no se molestó en presentar a Vachal ni a Keen cuando Fatima, cada vez más inquieta y nerviosa, les ofreció la mano.

—¿Y quién es este niño tan hermoso? —quiso saber la mujer, y al intentar acariciar a Darko, este se escondió tras La Diana, que llevó los brazos hacia atrás y lo sujetó con posesiva actitud.

—¿Te has quedado con nuestra propiedad? —disparó sin preámbulos y con acento sombrío.

—¿Por qué no se sientan? —invitó Fatima, en tanto retiraba las sillas de una mesa—. ¿Qué quieren que les sirva?

—Lo que quiero es que me respondas si te has quedado tú con nuestra propiedad, además de con el delantal de mi madre.

La sonrisa impostada se disolvió y la mujer soltó un suspiro que denotaba agobio.

—No soy yo la propietaria, Maša, sino mi esposo.

—¿Quién es tu esposo?

—No lo conoces. Es de Zenica.

—¿Y tú le permitiste a tu esposo que llamase Las Cuatro S al U Partizanski y que colgase los retratos de esos dos asesinos en lo que *es* el restaurante de mis padres, justamente masacrados por el ejército comandado por esos dos monstruos?

—Maša —tentó de razonar Fatima—, las cosas han cambiado radicalmente desde que te fuiste y...

—¡Por supuesto que cambiaron! —exclamó, y percibió el temblor de Darko; bajó la voz para añadir—: Todo empezó el día en que ustedes decidieron deshacerse de nosotros...

—¡A mi esposo los turcos le quitaron su casa en Zenica!

—¿Desde cuándo llamas *turcos* a los que antes llamabas amigos? ¡Respóndeme!

—¡Desde que decidieron fundar una nación islámica en nuestra tierra, la tierra de los serbios! —explotó Fatima.

—Fatima, debajo de tus narices tuvo lugar un genocidio sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial ¿y osas decirme que *nosotros* queríamos fundar una nación?

—¡Eso del genocidio es mentira! ¡Pura invención de los turcos!

—Discúlpeme, señora —intervino Kovać, y el impacto de su voz fue evidente pues Fatima dejó caer las manos y empalideció—. Los aviones de la OTAN tienen fotografías aéreas tomadas después del 11 de julio donde se muestran las fosas comunes en las que se enterró a los más de ocho mil civiles, hombres y adolescentes, que fueron asesinados a sangre fría.

Un movimiento fugaz detrás del mostrador atrajo la atención de La Diana, justo en la puerta que comunicaba el local con la cocina. La figura huidiza se asomó y enseguida desapareció, y le resultó suficiente para saber que se había tratado de un hombre.

—¿Está tu esposo?

—No, estoy sola —mintió Fatima, y La Diana creyó que lo hacía para protegerlo.

El sonido de un motor los obligó a volver la vista hacia la calle. Detrás de la camioneta BMW X5 se detuvo un Mercedes-Benz clase S color azul noche.

—Ahí llega Dimitrije, mi esposo —anunció la mujer con timbre alterado y caminó hacia el ingreso.

Entonces, ¿a quién había visto bajo el dintel del acceso a la cocina? ¿Se trataría de un empleado? Se olvidó del cuestionamiento al caer en la cuenta de que Fatima y el tal Dimitrije poseían automóviles cuyos precios rondaban los cien mil dólares. Ella sabía bien que la facturación del U Partizanski solo alcanzaba para cubrir los costos y vivir con dignidad.

—¿A qué se dedica tu esposo? —inquirió.

—¿Cómo a qué se dedica? —se pasmó la mujer—. Administra el restaurante —dijo, y extendió los brazos en el gesto de abarcar el interior de la fonda.

“No es posible”, se convenció La Diana. “Ese malparido debe de estar en negocios sucios”.

El malparido entró unos segundos después, y a La Diana le provocó una repulsión instantánea, no solo porque lucía un bronceado anaranjado y una sonrisa con dientes tan blancos que parecían de mentira sino porque le distinguió al costado del cuello, justo donde el fular de seda se le había abierto, la parte de un tatuaje que ella conocía a la perfección, el de los *četniks*, la calavera y los dos fémures con la leyenda en cirílico *Por el rey y la patria, libertad o muerte*. El hombre, de unos treinta y cinco años, iba muy adornado con dos gruesas pulseras de oro y un par de aros de brillantes en la oreja derecha. Al quitarse los guantes, dejó a la vista varios anillos, también de oro.

—Mita —lo llamó Fatima—, ¿a que no sabes quién ha venido a verme? —dijo, y La Diana supo que estaba aterrada.

—Buenos días —saludó el hombre hacia el grupo, siempre con la sonrisa que le desvelaba la dentadura poco natural.

—Mita, ella es Maša Huseinovic, mi amiga de la infancia.

La transformación del gesto fue instantánea, y de sonriente y amistoso mudó en uno serio y hostil.

—Biljana, ya te dije que no quiero turcos en mi restaurante.

—¿*Su* restaurante? —soltó La Diana—. ¡*Nuestro* restaurante, mío y de mis hermanos!

—¡Este restaurante dejó de ser de tu familia turca desde el momento en que nosotros, los serbios, ganamos la guerra! ¡Y ahora fuera de aquí!

—¡Ustedes fuera de aquí, malditos asesinos! ¡Esta es mi propiedad, de mi familia!

Fatima profirió un grito cuando su esposo extrajo una pistola y la apuntó en dirección a La Diana.

Reconoció el arma enseguida pues Eliah Al-Saud tenía una igual: una Glock 18C, una pistola austriaca soberbia, con cartuchos de nueve milímetros y con la posibilidad de convertirla en ametralladora gracias al sistema de disparo en modo automático. Olvidada de los aprendizajes militares, actuó movida por el instinto y le dio la espalda para convertirse en un escudo sobre Darko.

A Kovać le llevó un instante desarmar a Dimitrije. Lo tomó desprevenido al alcanzarle la mano con una patada certera y rápida. El arma cruzó en arco el espacio del restaurante y acabó bajo una de las mesas. Acto seguido, Vachal y Keen, que ya habían desenfundado las pistolas, lo redujeron en el suelo.

—¡Diana! —la llamó Kovać—. ¡Salgamos de aquí! —ordenó al tiempo que la aferraba por el codo y la obligaba a erguirse.

La Diana alzó a Darko, que lloraba, y antes de abandonar la fonda de sus padres se volvió hacia Fatima y le clavó la mirada. La mujer le devolvió una mueca entre triste y desconcertada. “Traidora”, le dijo con el pensamiento, y no lo expresó en voz alta para evitar alterar aún más al niño.

* * *

El viaje a Sarajevo resultó penoso, con la ruta atestada de vehículos que regresaban a la capital después de un fin de semana en sus casas de campo, a lo que se sumaban camiones con acoplado que taponaban el avance. Los primeros kilómetros, La Diana los hizo en silencio, con Darko apretado en su abrazo. Se culpaba por haberlo expuesto a una escena tan desagradable que podría haber degenerado en tragedia.

—¿Quién era esa señora, mamá?

La Diana le sonrió mientras le estudiaba la carita de ojos grandes y ansiosos y de pestañas todavía húmedas que lo embellecían.

—Una amiga —contestó al cabo.

—¿Ya no son más amigas?

—No, *moje blago*. La guerra nos separó.

—¿La guerra con los soldados malos que las lastimaban a ti y a tía Leila?

—Sí, esa guerra.

—¿Por qué hubo guerra?

—Nadie lo sabe, *moje blago*.

Alzó la vista y se topó con la intensa de Kovać, que seguía el intercambio con atención. “Perdóname”, le dibujó con los labios, y él alzó las cejas en el gesto de sorprenderse ante el pedido.

—Por perder el control —se explicó en francés.

—Después hablaremos —indicó Kovać.

Sin embargo, después, ya instalados en el dúplex, no hablaron. Una vez que se cercioraron de que Darko dormía, se encaminaron al dormitorio. La Diana intentó comentar sobre el tema, pero Kovać le selló la boca con un beso.

—Ahora no. Ahora, nosotros —dijo, mientras iba quitándole la ropa.

Quedaron desnudos uno frente al otro.

—Ven —ordenó Kovać, y la tomó de la mano.

Se ubicó en el borde de la cama y la sentó entre sus piernas, de espaldas a él. La Diana supo cuáles eran sus planes al descubrir el violonchelo apoyado contra la mesa de noche. Lo había recuperado de casa de Goga y se disponía a cumplir la promesa. Sintió que Kovać se estiraba para hacerse con el instrumento, al que posicionó delante de ella. La circundó con los brazos y comenzó a tocar.

Al principio la cautivó el contacto de sus pieles tibias y el de la madera de la caja de resonancia y del puente sobre el vientre y el pecho. Sus piernas largas y velludas le atraieron la mirada y hasta encontró fascinante la anatomía de sus pies; los suyos parecían los de una niña junto a los de él. La sedujo la incongruencia entre la masculinidad de su brazo derecho, musculoso y recio, y la delicadeza con que lo movía, la forma elegante con que sujetaba el arco y la cadencia precisa con la que acariciaba las cuerdas para ejecutar la composición lenta y triste. Se dijo que debía de ser difícil tocar con ella ahí, que se interponía entre el violonchelo y él, y la destreza que demostraba aun con ese escollo le dio la pauta del dominio que poseía sobre el instrumento. En tanto, embriagada por la magia del momento, fue dándose cuenta de la belleza sublime de la melodía. La emocionó profundamente. La pieza acabó, y La Diana cubrió las manos de Kovać con las suyas.

—Gracias, amor mío. Nunca había oído algo tan triste y hermoso.

—Es la zarabanda que compuso Händel para una suite. Es mi pieza favorita.

—Tócala de nuevo.

Así lo hizo, la complació interpretando otra vez la zarabanda de Händel, y a continuación la sorprendió con otra melodía, igualmente exquisita y triste, que La Diana reconoció pues se había tratado de una de las preferidas de su abuela Katarina, *Barcarola*, del compositor alemán Offenbach. Le parecía oír a su abuela cantarla mientras las invitaba a danzar, a ella y a Leila. “*Belle nuit, ô nuit d’amour/souris à nos ivresses/ nuit plus douce que le jour...*” Bajó los párpados, por los que siguieron brotando las lágrimas mientras evocaba a su adorada abuela sonriendo, cantando, meciéndose al son de la dulce melodía. La recordó amándolas como nadie las había amado. ¡Cuánto la echaba de menos! ¿Por qué habían tenido que asesinar a una criatura tan perfecta como Katarina Zekić, que solo sabía amar y hacer el bien? La tristeza se convirtió en angustia. La vida le pareció demasiado injusta. Les habían quitado todo, y ella seguía sin entender por qué.

Incapaz de soportar tanto dolor ella sola, se giró y se aferró a Kovać. Solo tenía su desesperación para ofrecerle. La música se cortó, y enseguida se sintió envuelta en el único abrazo que contaba con el poder de consolarla. A él no necesitaba explicarle nada acerca del dolor; lo conocía tan bien como ella.

—¿Por qué? ¿Por qué? —balbuceaba entre ahogos y sollozos.

Kovać se limitaba a estrecharla y a besarle el rostro con besos lentos, suaves, besos pacientes, llenos de comprensión, de una dulzura infinita como las melodías que había interpretado para ella.

—No entiendo por qué, Lazar. ¿Por qué tuvo que pasar lo que pasó? ¿Por qué mis padres y mi abuela están muertos? ¿Por qué Leila y yo fuimos ultrajadas y humilladas a causa de nuestro apellido?

—Amor mío —dijo, y le encerró la cara con las manos.

Lo contempló en lo profundo de los ojos. Resultaba tan fácil apreciar la sabiduría y la perfección del alma que reflejaban que permaneció con el aliento contenido, como si acabase de ser testigo de un portento, de un milagro.

—Amor de mi vida —lo escuchó decir de nuevo—. Solo tengo una certeza y es que te amo con locura. Lo demás es confuso, despiadado, brutal. Pero si existe un amor como el que siento por ti, entonces esta vida vale las heridas que a veces nos causa.

—Sí, sí —susurró con acento quebrado—. No quiero que esta vida acabe, Lazar, no ahora que te tengo.

* * *

El lunes por la noche experimentaba un cansancio tan demoledor como extraño. Se convenció de que se debía a que se lo había pasado de aquí para allá con su tío abuelo visitando casas y decidiendo los detalles de la pequeña recepción que el noble escocés quería organizar en uno de los salones del Hotel Europe, donde a su vez tendría lugar la boda con el juez.

Después de acostar a Darko, caminó con pesadez hacia el pequeño estudio donde tenían una computadora y envió el mensaje a Nanuk; el de él ya estaba en la carpeta “Borrador” y simplemente rezaba: *Todo bien, sin novedades*. Se inclinó para enchufar la computadora de modo que se cargase la batería y sufrió un mareo. Apoyó la mano en el escritorio y así permaneció, inclinada, los ojos cerrados, mientras aguardaba que la habitación dejase de girar. Un cosquilleo desagradable que comenzó en el estómago fue ascendiendo por el esófago y le causó náuseas. Inspiró profundamente para contrarrestarlas, una, dos, tres veces hasta que el conato de vómito remitió. ¿Qué estaba sucediéndole? Había cenado ligero, un caldo de pollo que Senada había preparado; no podía atribuir el malestar a la ingesta de ese alimento inofensivo. Había dormido mal la noche anterior. ¿Se trataría de la extenuación que la agobiaba? La pregunta a continuación le causó un respingo. ¿Cuándo había menstruado por última vez? Se dejó caer en la butaca y comenzó a hacer cálculos mentales. Ella era bastante regular, y se acordaba de que habría debido bajarle el 10 de enero. Era 5 de febrero, y no había menstruado aún.

Una dicha irrefrenable le borró el último malestar. ¿En verdad estaba embarazada? ¿El hijo de su amado Lazar crecía dentro de ella? Sonrió a la nada y se cubrió la boca cuando la sonrisa amenazó con convertirse en una carcajada. No le confiaría su sospecha hasta estar segura. Podía tratarse de una alteración en el ciclo debido al estrés de las últimas semanas. A la mañana siguiente, antes de la reunión con Reardon y Lasieux, compraría un test de embarazo. No veía la hora de tener el resultado en la mano; estaba segura de que sería positivo.

* * *

El martes por la mañana, Kovać se propuso ir al gimnasio para retomar las clases de taekwondo. Lo cubrían Brano y otro profesor, pero él anhelaba

reincorporarse y volver a la rutina que tanto le gustaba. Al igual que al resto de los sitios a los que solía concurrir antes de la fuga y que los traficantes conocían, se hallaba bajo el control de los expertos de Peter Ramsay, quienes, apoyados en la tecnología de última generación que poseía la *Mercure*, lo mantenían limpio de espías del *vojvoda*. El único lugar al que no concurriría por el momento sería la Facultad de Psicología, pues Ramsay aseguraba que era un recinto demasiado grande y abierto, con un ir y venir incesante de alumnos y profesores, al que habría resultado casi imposible controlar. Sus clases universitarias tendrían que esperar. Ramsay opinaba que los traficantes, conociendo la fecha de la boda, mantendrían el perfil bajo hasta el 14 de febrero, oportunidad en la que darían el golpe final.

Para ese martes, habían acordado que Vachal se quedaría en la escuela protegiendo a Darko, mientras Keen cubriría a Kovać en el gimnasio. En cuanto a La Diana, los convenció de que, armada con la Walther y sus *kukris* y conduciendo una camioneta blindada, no precisaría de nadie que le cuidase las espaldas.

Kovać, que se mostró infranqueable en un principio, terminó por ceder. La veía muy contenta desde la noche anterior pese al duro golpe que había significado la vuelta a Srebrenica dos días atrás. No quería fastidiarla con exigencias que habrían implicado limitarles los movimientos, como había sucedido el domingo del regreso a Bosnia, cuando se enojó con ella porque propuso quedarse sola con Darko. Hasta no hacía tanto tiempo su mujer había llevado una vida fuera de lo común, variada, independiente, con viajes y misiones militares. Un día nunca había sido igual al otro. No quería que la rutina en Sarajevo le pesase. Cedió, sí, pero sabía que se lo pasaría preocupado, pendiente del teléfono.

Llevaron juntos a Darko a la escuela en la Toyota Hilux blindada que formaba parte de las prerrogativas del puesto en STOP. Los guardaespaldas iban por detrás, en la provista por el MI6. Ingresaron por la cochera de los profesores, pues si bien sabían que nadie merodeaba, ninguna medida de seguridad se habría juzgado exagerada dadas las circunstancias. Una vez que el niño se halló seguro en el salón de clase y Vachal fuera, en el corredor, volvieron a ponerse en marcha. Se detuvieron frente al ingreso del gimnasio. La Diana decidió acompañarlo dentro. Cruzó el umbral y la alcanzaron los sonidos típicos de las máquinas y de los hombres que entrenaban y el aroma del producto con que limpiaban los pisos. Se detuvo para contemplar el sitio donde todo había comenzado.

Kovać la observó observar el gimnasio y sonrió de modo reflejo al verla sonreír. No recordaba haber estado tan pendiente de los estados de ánimo ni de los gestos de otro ser humano. Se había convertido casi en un comportamiento autómatas controlarla a cada momento, por eso lo desestabilizaba separarse de ella aunque fuese por pocas horas; ella abandonaría su campo visual y él se lo pasaría buscándola, en vano. Lo inquietaba la idea de que no podría socorrerla en caso de que algo la amenazara o perturbase. Se lo había propuesto varias veces, sobreponerse a un comportamiento a todas luces obsesivo, y siempre fracasaba. Aun con la amenaza de Vuk a cuestas, se dijo, tenía que brindarle su espacio para evitar sofocarla y espantarla. La sola idea de que lo dejase lo obligó a caminar a largas trancadas hacia ella, sujetarla por las mandíbulas y besarla allí, en medio del gimnasio, frente a todos.

Se apartó apenas y se la quedó mirando, con su delicado rostro entre las manos. Ella mantenía los ojos cerrados y los labios separados apenas sesgados en una sonrisa de complacencia que brillaba a causa de su saliva. ¡Cuánto la amaba!

—¿A qué se debió este arrebatos tan magnífico? —la oyó preguntar mientras la observaba alzar los párpados lentamente, como si despertase de un sueño tranquilo.

—Te vi sonreír. No pude evitarlo.

—Sonreía porque recordaba el día en que te vi por primera vez. Estabas en el ring.

—Te amo tanto, Diana —dijo, de pronto sobrio, serio.

—Lo sé.

—Nunca lo olvides, amor mío.

—¿Por qué habría de olvidarlo?

Kovać se encogió de hombros y sonrió por un lado de la boca para quitarle importancia al comentario. No le confesaría que temía que la rutina la abrumara, no admitiría que temía que lo dejase.

* * *

El edificio de veinte pisos de la ONU, estrenado poco tiempo atrás, se hallaba en la avenida Zmaja od Bosne, a unas cinco cuadras de la Iglesia de la Santa Transfiguración, donde habían conversado con Kovać por primera vez y donde él había residido hasta abandonar su vida sacerdotal por ella.

Pasó delante del templo ortodoxo y lo observó con la misma nostalgia experimentada en el gimnasio. Antes de dirigirse a la oficina, ingresó en el estacionamiento de un centro comercial donde había una farmacia. Compró dos pruebas de embarazo. La afectaba una sensación de irrealidad. Regresaba al estacionamiento con la bolsita de la farmacia en la mochila meditando que no habría debido sorprenderse ante la posibilidad de estar embarazada si se tenía en cuenta que ella y Kovać habían hecho el amor con una frecuencia pasmosa y que jamás se habían cuidado. Desde la primera vez en la precaria cabaña del Sutjeska hasta la última la noche anterior, nunca habían hablado acerca de engendrar un hijo. ¿Por qué? En el caso de ella, porque había cancelado de su mente la posibilidad de que se le concediese la gracia de volver a ser madre habiendo sido una desnaturalizada con Larysa. En cuanto a Kovać, sospechaba que íntimamente lo deseaba y no se lo mencionaba para no asustarla.

Ya en el interior de la sede de la ONU y después de haber atravesado el tedioso control de armas, donde la visión de sus *kukris* provocaba todo tipo de comentarios y de miradas recelosas y asombradas, se dijo que haría la prueba y luego se dirigiría a la reunión de STOP; contaba con tiempo, sin mencionar que no se concentraría con la duda.

Se encerró en un cubículo del baño de damas y aprestó los dos sets luego de leer las instrucciones. “No puedo creer estar viviendo esto”, pensó en tanto vertía la orina en los recipientes. Se sirvió de la función de temporizador de su Breitling Emergency para medir los cinco minutos exigidos, que transcurrieron con una lentitud exasperante. Las dos líneas se evidenciaron en ambos exámenes casi al unísono. Se las quedó mirando, perpleja. Si bien había sabido que era probable que estuviese esperando un bebé, la certeza la sumió en un estupor del que no acertaba a salir. ¿Ella, Mariyana Huseinovic, volvería a ser madre y lo sería del hijo del hombre al que amaba locamente? Se acordó de la Papisa, la carta del tarot de la última tirada de Juana, la que la representaba a ella. Había creído que se relacionaba con Larysa y no con la posibilidad de ser madre de nuevo. La idea la desmoralizó. ¿Eso significaba que no se le concedería la bendición de volver a ver a su primogénita? ¿La condena no se había levantado? ¿Su hija nunca formaría parte de la vida de ella y de Lazar? Sin meditarlo, lo llamó. Cuando iba a cortar después de darse cuenta de que estaría en su clase de taekwondo y de que no tendría el teléfono a mano, él respondió.

—¿Amor? —lo escuchó decir con acento preocupado.

—Hola —contestó con una sonrisa; debió de imaginar que él se quedaría intranquilo y que, por ende, tendría el celular cerca, si no encima.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Dónde te encuentras?

—En la sede de la ONU.

—Ah —susurró Kovać con alivio evidente—. ¿Necesitas algo?

—Oír tu voz. Te amo, Lazar.

—Gracias, amor mío.

—No me agradezcas. No hay mérito en amarte. Ya sabes, no puedo evitarlo.

Lo escuchó reír y a continuación dar una orden a sus pequeños alumnos, que lo llamaban y le hacían preguntas.

—Te dejo. Estás ocupado.

—Sí —admitió—. Gracias por llamarme. Yo también necesitaba oírte. ¿Qué harás después de la reunión de STOP?

—Me encontraré con Callum para almorzar. Quiere que decidamos el menú que serviremos en la recepción. Y después iremos a ver dos casas, aunque insiste en comprar la que vimos ayer.

—¿La que cuesta un ojo de la cara?

—Esa. ¿Almorzarás en el Treća con Dare?

—Sí.

—¿Cómo le estará yendo en la prueba de aritmética?

—A menos que se bloquee a causa de los nervios, le irá bien. Quédate tranquila. Entonces —suspiró con cierto desánimo—, estarás ocupada todo el día y recién nos veremos por la tarde.

—Sí. Apenas termine con Callum voy para casa. Tengo algo que contarte. Estoy ansiosa por hacerlo.

—¿Algo importante?

—Muy importante.

—¿Debo preocuparme?

—En absoluto.

—Dame un adelanto.

—Ninguno —bromeó La Diana—. Y ahora tengo que irme. Acordé en encontrarme con Bruce antes de la reunión. Hoy lo presentaré a Celhia y a Madeleine. Ya debe de estar esperándome.

—Cuídate para mí, Diana.

—Y tú, para mí.

Se despidieron, y mientras devolvía el teléfono a la mochila contemplaba las pruebas de embarazo y las dos líneas fucsias. Hablar con Kovać le había devuelto la esperanza. ¿Por qué no creer que la carta de la Papisa había profetizado ese embarazo pero también que volvería a ver a su hija?

Las palabras de Suada se repitieron en su mente. “¿Cómo puedes dudar de que la tiene el comandante Vuk?” La idea la aterraba, aunque, se reprochó, habría debido de consolarla que él la hubiese protegido, alimentado y amado durante esos cinco años. Una vez que lo tuviese frente a ella, ¿qué haría en caso de que la aseveración de Suada se demostrase cierta? ¿Lo destruiría?

* * *

La reunión con las responsables de STOP había sido fluida, amena y productiva. Las dos funcionarias habían quedado encantadas con Bruce McLeod. Al día siguiente llegaría Janice Goodman de Londres, y el equipo de IT quedaría completo. En una semana se convocaría la ronda de prensa para anunciar la creación del organismo especializado en la lucha contra el tráfico humano y, a partir de ese momento, STOP y la fiscalía a cargo de Bosa le declararían la guerra al *vojvoda* y a los zánganos de su estirpe.

Bruce aceptó almorzar con ella y con Callum Duncan. Caminaron juntos hasta el estacionamiento, donde tenían aparcados los vehículos.

—Callum está muy entusiasmado con la casa de ayer.

—Sí, en verdad es espléndida, pero demasiado costosa —interpuso La Diana.

—¡Dale el gusto al viejo! Muere por complacerlos a ti y a Lazar.

—Ya veremos.

—¿Alguna novedad de Janssen? —quiso saber el escocés, y de pronto su talante se tornó serio.

—Él y el traductor viajaron a Mostar. El secuestro del autobús con los niños del orfanato tuvo lugar en esa jurisdicción. No creo que consigan nada —se desanimó.

—¡Eh, Diana! —la alentó McLeod—. ¿Por qué ese pesimismo? El holandés es un mago de la investigación. Verás que consigue lo que nadie ha logrado. Y ya sabes lo que Callum le dijo, que cuenta con recursos ilimitados. Si es necesario corromper a la mitad de los policías de Mostar,

Janssen tiene con qué hacerlo. Ya sabes, por dinero baila el mono. Alguno hablará. Alguno tendrá algo importante que decir.

—Eso espero —dijo sin mayor convicción—. ¿Cómo van las cosas entre Goga y tú?

El pelirrojo ocultó la mirada y sonrió de modo pícaro.

—Muy bien, más de lo previsto —admitió con timbre jubiloso.

—Me alegro por ti y por ella. Serán muy felices.

—La que está feliz es Zaína. Dice que seré su papá. ¿Sabes? Hoy empezará clases de inglés y yo tengo previsto anotarme en un curso de bosnio. Quiero comunicarme con ella sin la necesidad de depender de Goga. Además, ya hablamos con Goga y decidimos que el año que viene la inscribiremos en el Treća Gimnazija, que es bilingüe.

Siguieron conversando acerca del futuro y de los hijos, por lo que, cuando La Diana puso en marcha la camioneta y emergió del estacionamiento, se sentía relajada y conducía con una sonrisa. Se cubrió el vientre con la mano, y la sonrisa se pronunció. Se dijo que ese embarazo llegaba en un momento poco oportuno, justo cuando estaba por hacerse cargo de una comisión riesgosa como la de STOP. Kovać le prohibiría trabajar, al menos en las operaciones en el terreno, y se pondría terco como solía y terminaría por convencerla para que se limitase a las tareas administrativas. Rio sola, asombrada de que nada le importase, solo el hijo de Kovać que crecía en su interior y en lo feliz que lo haría cuando se lo comunicase.

El resto del día lo pasó animada, en compañía de su tío abuelo y de McLeod. A última hora, hizo una parada en el supermercado antes de dirigirse al departamento del MI6. Aunque nadie conocía ese sitio y por ende nadie los acechaba ni vigilaba, dio una vuelta a la manzana y, tras los vidrios polarizados de la camioneta, buscó vehículos, rostros o actitudes que le inspirasen sospechas. No permitiría que le sucediera como aquel día en casa del doctor Paddington, quien, por cierto, aún no había aparecido, ni vivo ni muerto.

No advirtió nada que le despertase sospechas. Se dirigió al estacionamiento del edificio y abrió el portón con el control remoto. Las luces en el interior se encendieron automáticamente. Antes de bajar, permaneció dentro de la camioneta, columbrando el recinto, ideal para emboscadas. Descendió. Sacó la compra del supermercado y caminó hacia el ascensor. Tenía las pulsaciones aceleradas ante la inminencia de la

conversación que sostendría con Kovać. Iba ensayando las frases que emplearía para comunicarle la noticia y sonreía mientras imaginaba su reacción, la cara que pondría.

Abrió la puerta del departamento. La sonrisa se le desvaneció y las bolsas se le resbalaron de las manos. Allí, en medio de la sala, estaba Vuk. Se erguía como un cíclope detrás de Noah Keen y de Ulysse Vachal, a quienes tenía amordazados y atados a unas sillas. En el sofá, permanecía quieta Senada con su hija en brazos. No había señales de Kovać ni de Darko. En un acto maquinal, se lanzó hacia delante, hacia Vuk.

—¿Dónde están Lazar y Darko!

No alcanzó su objetivo. La aferraron por los brazos, y mientras intentaba desasirse reconoció a quienes la detenían: Mirko y Zver.

—¿Dónde están Lazar y Darko! ¡Suéltenme, malditos! ¡Suéltenme!

—¿Mariyana! —La voz atronadora de Vuk, la que tantas veces la había hecho temblar, la detuvo en seco—. Si no cierras la boca y te calmas, las dos morirán. —Completó la amenaza empuñando una pistola con silenciador y apuntándola hacia Senada, que se cerró sobre su pequeña hija.

—¿Dime dónde están!

—No volverás a verlos, es todo lo que tienes que saber.

—¡¡NOOOOO!!

De un pisotón furibundo, se deshizo de Zver, y a Mirko le clavó los dientes en la mano hasta sentir el regusto de la sangre en la boca. A punto de desenfundar la Walther, se quedó inmóvil cuando Vuk disparó a Senada. El sonido amortiguado del disparo le congeló las vísceras. Se dio vuelta, horrorizada. Senada seguía viva, y el hueco en el sillón blanco humeaba a escasos centímetros de la joven madre.

—La próxima vez, Maša, la asesinaré. De ti depende de que viva o muera. —Alzó una ceja en el acto de quien espera una contestación, y al verla asentir sonrió—. Bien —dijo, pagado de sí—. Ahora arroja la pistola al suelo y esos cuchillos endemoniados que llevas a la espalda. Los quiero lejos de ti. Cualquier movimiento sospechoso, y la muchacha y su bastardo morirán.

Se aprestó a cumplir la orden, y mientras se acuclillaba para depositar las armas en el suelo no apartaba la mirada de Vuk. El entorno se había achicado hasta reducirse a un par de ojos de azul hielo que seguían aterrándola como cuando tenía veinte años. Allí habitaba el dragón, era fácil descubrirlo danzando y echando fuego tras esa mirada gélida y macabra. De

nuevo se hallaba frente al monstruo al que le temía como a nada. La pesadilla volvía a empezar.

Cumplida la orden, se puso de pie lentamente para no alterar a Vuk. No dudaba de que liquidaría a Senada y a Dianita si ella ejecutaba una acción imprudente. No atinó a reaccionar. Se quedó inmóvil al percibir un pinchazo al costado del cuello. La respiración se le congeló y el miedo avanzó como una mancha negra que se le deslizaba por el cuerpo y la ahogaba. Intentó rogarle a Vuk que no les hiciera daño a Kovać y a Darko. No consiguió mover los labios. La mancha negra le cubrió los ojos, y una oscuridad y un silencio infinitos la devoraron.

CAPÍTULO XIV

No te interpongas entre el dragón y su furia.

Extracto de *El rey Lear*,
de William Shakespeare, dramaturgo inglés
(1564-1616)

Vuk describió apenas la cortina de *shantung* de seda y observó el parque desde la planta alta de la mansión. Amanecía, y la pálida luz que despuntaba en el este expulsaba las últimas sombras que ocultaban la imponencia del parque de la propiedad que se extendía a sus pies, seiscientas hectáreas de tierra bien cuidada y aprovechada, regadas hacia el confín por el río Sava, cuyas aguas habían mojado a su madre, Larysa Perisić, mientras se ocultaba de los sabuesos de los *ustachas* que la perseguían tras su huida del campo de concentración de Jasenovac. Pensar en su madre le provocó sentimientos contradictorios similares a los que le inspiraba la mujer que yacía detrás de él. La Perisić le había infligido una herida profunda al abandonarlo cuando era un niño para huir con su amante. No era visible, pero ahí estaba, supurante y dolorosa aun después de tantos años. La cicatriz que le había impreso la Huseinovic le cruzaba el lado izquierdo del rostro. Cada mañana, al estudiársela en el espejo, la imagen le renovaba la determinación de hallarla. A la Perisić la había encontrado dos años atrás viviendo en las afueras de Belgrado al borde de la indigencia. Ahora tenía a las dos mujeres que contaban para él bajo su techo y su poder, y esa certeza le otorgaba una satisfacción que no recordaba haber experimentado en sus casi cuarenta y siete años.

Dejó caer el pesado género, y la habitación se sumió en la penumbra apenas herida por la luminosidad apocada de un velador. Caminó hacia la cama de dos plazas y ocupó la silla junto a la cabecera en la cual había pasado las últimas horas, desde que había llegado de Sarajevo con su

preciado botín. El helicóptero que lo había transportado de regreso había aterrizado en su propiedad alrededor de la medianoche y, desde ese momento, no se había apartado de su lado.

Aún le resultaba increíble que, después de años de búsqueda, Mariyana Huseinovic estuviese con él. Dormía a causa de la droga que Zver le había inyectado para someterla. La medida, aunque odiosa, no había podido evitarse. Después de que liquidara y dejase fuera de combate a tantos de sus hombres, se había visto obligado a neutralizarla de un modo concluyente. Su habilidad para la lucha y el manejo de las armas lo tenía perplejo; incluso sospechaba que ella se había cargado a Piersanti Righi en el Sutjeska, lo cual resultaba un prodigio pues era proverbial la pericia del italiano como soldado de élite. Un arrebató de fiero orgullo lo impulsó a apretar los dientes y a cerrar los puños para sofrenar las ganas de ponerse a gritar y de golpearse el pecho como un gorila. Esa muchacha le inspiraba los comportamientos y los pensamientos más extraños y absurdos.

Bajó los párpados e inspiró profundamente para relajarse. Había tenido y tenía muchas mujeres. Si se hubiese puesto a contarlas, aun olvidándose de varias, el número igualmente habría resultado escandaloso. La constante siempre había sido y seguía siendo Branka Torlak, quien, con tal de permanecer a su lado, soportaba cualquier humillación, excepto una: la Huseinovic. Por eso, cuando faltaban pocas horas para que Mariyana cayese en sus manos, la había despachado a París en su avión privado. A Branka le fascinaba instalarse en el lujoso departamento frente a la Plaza de los Vosgos, en el barrio de Le Marais, y transcurrir jornadas enteras en las Galerías Lafayette o recorriendo las tiendas del Boulevard Saint Germain, de la Place Vendôme y de la *rue* del Faubourg Saint-Honoré. Pues bien, tendría que acostumbrarse a la capital parisina pues a la Republika Srpska no regresaría. En ese sitio a escasos kilómetros del límite con Serbia, su refugio, su sitio en el mundo, planeaba construir un sueño largamente acariciado, y la Torlak no formaba parte de él.

El gran problema, reflexionó con un suspiro, lo constituía justamente la pieza clave del proyecto: Mariyana Huseinovic. Al principio la dominaría con el chantaje. Sería fácil, pues del mismo modo en que la Huseinovic odiaba, también amaba, y por los que amaba estaba dispuesta a cualquier cosa, incluso a inmolarsse, como lo había hecho durante los casi tres años en el Veljko Vlahović, cuando por mantener a Leila a su lado se convirtió en una criatura sumisa y amordazó su verdadera naturaleza. Al igual que en la

época de la guerra, él poseía a las personas que le permitirían mantener a raya su genio endemoniado. Sin embargo, no la quería doblegada. Anhelaba ser el dueño de ese genio endemoniado; añoraba poseer la esencia de Mariyana Huseinovic, esa que lo equiparaba a él pese a ser hembra, la única hembra que le despertaba admiración y le calentaba la sangre como ninguna otra. Por eso no la quería quebrada y dócil sino desplegada en todo su esplendor. Lo cierto era que se había propuesto conquistarla. Nunca había necesitado conquistar a las mujeres. Simplemente le caían en los brazos cautivadas por su atractivo y su fortuna. No tenía idea de cómo doblegar la voluntad femenina, pero si él había sido capaz de llevar adelante una guerra y lograr el objetivo de crear una república exclusiva para los serbios, se apoderaría del corazón y del espíritu de la mujer más importante de su vida.

Alzó los párpados. Mariyana dormía sin inmutarse. Se inclinó para estudiarle el rostro. La perfección de su piel siempre lo había seducido. A la vista, presentaba un aspecto untuoso, suave y firme, impresión que se confirmaba al rozársela. Lo hizo, no con los dedos que parecían de lija a causa de los solventes que empleaba para limpiar las armas. Lo hizo con los labios; se los arrastró por la mejilla izquierda y los detuvo en el pulso que le palpitaba en la sien; allí permaneció unos segundos con los ojos cerrados, inspirando el aroma floral de los restos del perfume que emanaba de la piel tibia. Quería que siempre se perfumase con esa loción. Le preguntaría cómo se llamaba y mandaría comprar una docena de frascos. La bañaría con ese aroma. Reinició la exploración y, pese a la escasa luz, le descubrió las pecas sobre el puente de la nariz. Sonrió mientras evocaba otras muy parecidas.

Un ligerísimo golpeteo en la puerta lo arrancó de las cavilaciones. Se incorporó y masculló un insulto. Caminó con paso decidido y gesto enojado. Había ordenado que nadie lo molestase. Se preocupó. Tal vez lo interrumpían por la única razón por la cual se habrían permitido violar una de sus órdenes. Al abrir y encontrarse con De Souza se calmó, aunque de inmediato la rabia volvió a apoderarse de su ánimo.

—*Vojvoda*, ¿es cierto lo que se dice? —preguntó el portugués sin saludar, con la ansiedad impresa en el gesto—. Que tienes a Diana ahí dentro.

Vuk cerró la puerta con cuidado y avanzó hacia el centro del corredor, lo que obligó al ex militar a retroceder.

—¿Quién te lo dijo?

—Mirko.

Ya arreglaría cuentas con ese bocón. ¿O habría transgredido la orden de mantener oculta la presencia de Mariyana para demostrar que se solidarizaba con su hermana? En nadie confiaba como en Mirko Torlak. Lo había moldeado y preparado para que fuese su mano derecha y cumpliera ciegamente los mandatos. No obstante, existía un punto débil en esa fidelidad: la devoción que el muchacho le profesaba a Branka. Si bien con los años había aprendido a no inmiscuirse en sus peleas, siempre, con una mirada, un gesto o una disposición le daba a entender que estaba del lado de ella.

—¿Qué quieres, De Souza?

—¿Cómo me preguntas eso, *vojvoda*? ¡Tú mejor que nadie puedes entender mi urgencia por interrogarla!

—Lo haremos a su tiempo.

—¡No hay tiempo! ¡Mi hija no tiene tiempo!

—He dicho —repitió subrayando las sílabas— que la interrogaremos a su tiempo. Además, antes de interrogar a Mariyana, tengo otras alternativas para saber dónde está Svetlana. ¿Cómo van las cosas en Tiráspol? —lo cuestionó con agresividad.

—Foxtrot y Diné aseguran que la construcción del nuevo laboratorio prosigue en los tiempos previstos. Ya se ha instalado el sistema de seguridad en torno al perímetro y funciona a la perfección. Además contrataron a varios hombres para la vigilancia, todos del entorno de Smirnov —aludía a Igor Smirnov, presidente del estado no reconocido de Transnistria, famoso por su corrupción—. Les indicaré a Foxtrot y a Diné que regresen. Los necesitaremos...

—No —lo interrumpió—, se quedarán en Tiráspol. Aquí no los necesito. En cambio allá mantendrán las cosas en orden. Su presencia servirá para que los trabajos continúen sin contratiempos.

Mantendría lejos a esos dos. De hecho, los había alejado a propósito. No se fiaba de ellos. Un par de situaciones extrañas sin explicación acaecidas en relación con la búsqueda de Mariyana lo habían empujado a tomar la decisión. Lo cierto era que sospechaba de Van Groen y de Adakai. Sabía, porque el mismo De Souza se lo había comentado, que Diana, como el ex militar la llamaba, había sido la favorita no solo del general Raemmers sino de los miembros de los dos comandos de L'Agence. Al principio, por ser tan bonita y de aspecto frágil, la juzgaron como un peso muerto para el grupo; es más, decían que se acostaba con Raemmers y que por eso había

obtenido un puesto en la institución. Los preconceptos comenzaron a desvanecerse con la primera misión que le asignaron, el rescate de unos rehenes en un hotel de Sharm el-Sheij. La joven y hermosa soldado se desempeñó con un profesionalismo sin tacha que despertó asombro y admiración. Durante la segunda misión —el desbaratamiento de un campo terrorista en Yemen—, en la cual le salvó la vida a uno de su escuadra, a un nepalí, nombre de guerra Zorro, llegaron la consagración y el respeto de los colegas. Por eso, conociendo la devoción que les inspiraba, prefirió alejarlos apenas obtuvo la información de dónde se ocultaba en Sarajevo. Si bien había planeado secuestrarla en el Registro Civil durante la boda, desaprovechar la oportunidad de apresarla en un sitio sin gente, sin las complicaciones que presentaba una oficina pública, habría sido una insensatez. El hecho de que la hubiesen atrapado sin contratiempos reforzaba sus suspicacias. ¿Quién estaría traicionándolo? ¿Van Groen o Adakai? Tendría que liquidarlos a los dos. Sabían demasiado, en especial la ubicación de su fortaleza.

—Pero, *vojvoda* —replicó De Souza—, ahora más que nunca necesitamos a hombres de la talla de Foxtrot y Diné. ¿Crees que el íntimo amigo de Diana, Eliah Al-Saud, ex soldado de élite, se quedará de brazos cruzados? Si él y sus hombres llegasen a caer sobre nosotros...

—Nadie *jamás* hallará este sitio. Esta es una fortaleza invisible, que no existe en la cartografía oficial, y antes de que un pájaro intente cruzar el cielo de mi propiedad yo lo sabré.

—Sí, es cierto pero...

—Basta, De Souza. Quiero a tus hombres en Tiráspol y no se hable más —concluyó, e hizo el ademán de regresar dentro del dormitorio, pero antes de entrar se giró y lo miró con imperio—. Y cuidado con avisarles a Foxtrot y a Diné que Mariyana está aquí. Exijo absoluta reserva.

—Pero...

—Ni una palabra, De Souza. ¿He sido claro?

—*Vojvoda* —dijo de pronto el ex militar, con gesto de asombro—, ¿es que acaso ya no confías en la fidelidad de mis hombres?

—Solo confío en la fidelidad de mi sombra.

* * *

La Diana sabía que no dormía. Igualmente, un sopor aplastante la mantenía quieta y con los ojos cerrados. Le hacía acordar de la vez que había despertado de la anestesia tras la cirugía para quitarle la bala del hombro. Intentó despegar los párpados. No lo consiguió; le pesaban, y como juzgó que era excesivo el esfuerzo, los mantuvo cerrados. No tenía energía, se había convertido en una muñeca de trapo. Le hacía calor; de hecho, una sensación sofocante la había arrancado del sueño pesado y negro que la abrumaba. ¿Qué le sucedía? ¿Cuándo se había ido a dormir? Movi6 la mano para tantear el costado de la cama en busca de Kova6, y un dolor agudo que la surc6 desde la muñeca hasta el hombro le hizo arrugar el gesto. ¿Qué sucedía? ¿Por qu6 no podía pasar la mano de un punto al otro? ¿Por qu6 le dolía el brazo? No tard6 en comprender que estaba atada. Intent6 mover la otra mano, con igual resultado. La desesperaci6n le brind6 la fuerza y abri6 los ojos. Le tom6 unos segundos enfocar la vista. La penumbra hundía en las sombras el entorno y solo adivinaba las siluetas de los muebles. Se hallaba en medio de una cama con baldaquín, de esas que se ven en las películas de 6poca. La habían atado a los postes con cuerdas largas, no solo las manos sino los tobillos también. Debía de parecer crucificada bajo la pesada manta, la fuente de calor que la agobiaba. Percibi6 el adormecimiento en los brazos y el dolor cada vez que los movía.

Las memorias regresaron, en un principio como imágenes confusas que su mente se exasperaba por acomodar. Sacudía la cabeza sobre la almohada hasta que se detuvo e inspir6 como su Takumi *sensei* le había enseñado. Tenía las pulsaciones elevadas y se concentr6 en estabilizar los latidos del corazón. Si se desesperaba, nada conseguiría. Estaba en manos de Vuk, eso ya lo había entendido. La pregunta que estaba volviéndola loca era ¿d6nde estaban Lazar y Darko? ¿Qu6 había sido de ellos? “No volverás a verlos, es todo lo que tienes que saber”, había sido la respuesta cuando le pregunt6 por ellos.

Una marea incontenible de pánico, llanto y angustia di6 por tierra con los intentos por recobrar la calma. Estaban muertos, lo sabía. Aunque el corazón se negase a aceptarlo, la mente lo sabía: el drag6n se había lanzado en picado para arrebatarle lo más importante, lo único por lo cual valía la pena iniciar un nuevo día. La consider6 una situaci6n tan injusta que parecía irreal. De nuevo en las garras de Vuk. ¿C6mo podía ser posible? ¿C6mo había descubierto el refugio del MI6? ¿Qui6n los había delatado? ¿Qu6 habría sido de Senada y de su hija? ¿Y qu6 suerte habrían corrido

Noah Keen y Ulysse Vachal? Cada cuestionamiento sin respuesta le arreciaba el llanto. Uno, sin embargo, la atormentaba como ninguno: ¿qué suerte habían corrido los amores de su vida? La certeza de que Vuk cumpliría su palabra y de que jamás volvería a verlos la llevó a expresar el dolor a gritos. No concebía la vida sin Lazar Kovać ni Darko. Las derivaciones de su desaparición resultaban demasiado aterradoras y no contaba con el valor ni la fuerza para enfrentarlas, porque ¿cómo haría para seguir adelante sin el sonido de sus voces? ¿Ya no los tocaría ni los abrazaría? ¿Darko no la llamaría mamá? ¿Y Kovać no la haría estremecer con solo entrar dentro de su campo visual? Al acordarse de que esperaba un hijo de él, se calmó súbitamente, al igual que se acallaron también los caóticos pensamientos que la devastaban. Uno tomó su lugar, y las implicancias que involucraba le congelaron el respiro: ¿cómo lo protegería del dragón que haría de todo para devorarlo? El cuestionamiento, aunque enloquecedor, sirvió también para restituirle el control y darle un motivo para pelear.

La puerta se abrió tras el sonido típico de la chicharra de un portero eléctrico. Movi6 la cabeza. Oía voces susurradas y los pasos que avanzaban hacia ella. La penumbra y las piezas de tela que colgaban del dosel le impedían distinguir las siluetas. Bastaron pocos segundos para que una figura imponente se ubicase a los pies de la cama, el rostro en sombras. No necesitaba verlo; sabía que delante de ella, después de tantos años, se erguía el que casi la había destruido. Volvía para acabar con su cometido. Delante de ella estaba el hombre que en realidad era Dios.

Instintivamente, quiso recoger las piernas y cubrirse el vientre con las manos; las sogas se lo impidieron. Escuchó el murmullo de las cortinas que se abrían. Apretó los párpados cuando el sol invadió la recámara. Los abrió lentamente, con miedo, no tanto a que la luz le hiriese la vista sino a la figura que seguía a los pies de la cama. Se hizo de coraje y lo miró de frente. La impresión resultó más devastadora de lo esperado. Le pareció más alto, más fornido, más aterrador. Seguía pelado, aunque una capa apenas perceptible de cabello oscuro despuntaba y le cubría el cráneo por completo. La cicatriz que le desfiguraba el rostro, la que ella le había impreso y por la cual ahora tendría que pagar, le confería un aspecto diabólico. Los ojos descollaban por la fiereza y la pertinacia con que se fijaban en ella. Sus sentidos absorbieron todo de él, desde la vestimenta costosa —resultaba raro no verlo con el uniforme de paramilitar— hasta el

aroma de la loción con la que parecía haberse bañado. Esa traza de hombre mundano y normal no la engañaría. La energía malévola la alcanzaba con la misma certidumbre que los vapores del perfume, y la comprimía como una serpiente pitón.

—Si sigues tironeando solo conseguirás lastimarte las muñecas y los tobillos —lo escuchó decir, y el sonido familiar de su voz y el acento condescendiente le acicatearon la rabia.

—¡Suéltame, maldito hijo de puta!

Un ceño fugaz cruzó la expresión de Vuk; se esfumó enseguida para dar lugar a una sonrisa cínica.

—Siempre me ha gustado tu mal genio. En eso nos parecemos.

—Tú y yo, bestia inmunda, no nos parecemos en nada. ¡Suéltame, *četnik* maldito!

Continuó jalando de las cuerdas. Se detuvo al notar que una mujer de guardapolvo blanco y a la que le calculó unos cuarenta años se colocaba junto a él y la observaba con ojos neutros. A juzgar por el estetoscopio que le colgaba del cuello, era médica.

—Suélteme —le suplicó con acento y expresión implorantes.

—La doctora Ilić hará solo lo que yo le ordene, Maša. No pierdas tu tiempo ni el de ella solicitándole cosas inútiles. —Movié el rostro hacia la mujer y agitó la cabeza en el ademán de quien habilita a otro a proceder. La mujer se puso en movimiento—. Y ahora, querida Maša, quédate quieta que la doctora y su asistente te sacarán sangre.

—¿Qué? ¡No! —exclamó al ver que preparaban los utensilios sobre un tocador ubicado a pocos metros de la cama—. ¡No! ¡No! ¡No me tocarán! —continuó vociferando mientras se agitaba sin reparar en el modo en que se pelaba la piel de las muñecas y de los tobillos.

Vuk se sentó en el borde de la cama y se le echó encima. La fuerza con que la sujetaba por los antebrazos y el peso del torso la inmovilizaron con una eficacia pasmosa. Lo vio inclinarse sobre ella y apartó la cara enseguida pues temía que la besase. Se acordó de las palabras de Eliah, las que le había dirigido tiempo atrás. “Diana, escúchame: no existe la situación de la que no puedas salir.” “Te equivocas, amigo mío, de esta situación no puedo salir”, pues si bien habría podido golpearle la nariz con el hueso de la frente o morderle el mentón, ¿de qué habría servido? Habría continuado atada de pies y manos y solo conseguido provocar la ira de Vuk, la que ella conocía bien; sus consecuencias habían sido devastadoras en el pasado, de seguro

seguirían siéndolo en el presente. El perfume denso y empalagoso le inundó las fosas nasales y le causó náuseas.

—¡Quítate! —le exigió en un murmullo de dientes apretados—. Tu loción me repugna. ¡Quítate!

—No hasta que te saquen sangre.

—No me moveré, pero quítate.

Vuk se quedó donde estaba, como si ella no le hubiese pedido nada. El mensaje llegaba con claridad: “No recibiré tus órdenes”. La exigencia de sus ojos le resultó intolerable, por lo que volvió a pegar la mejilla a la almohada. Observó mientras la enfermera y la doctora se hacían con varias cápsulas de su sangre. Ya ni siquiera se preguntaba qué estaba sucediendo. Cerró los ojos; buscaba evadirse del infierno. Otra vez el infierno, otra vez la devoraba, la trituraba, la destruía. Un segundo pinchazo la obligó a ver de qué se trataba. Estaban inyectándole algo. Quiso preguntar qué era y no pudo; los labios se le pusieron rígidos, la lengua le pesó y una somnolencia inexpugnable la venció rápidamente. Lo último que vio fue el rostro de Vuk concentrado en ella.

* * *

Se escanció una medida de *šljivovica* y la bebió sin saborearla. Entró en el baño. Apoyó las manos sobre el filo del lavatorio y dejó caer la cabeza. No quería admitir que el desprecio de Mariyana lo había puesto de mal humor. Maldito hijo de puta, bestia inmundada y *četnik* maldito, esos habían sido los apelativos. Abrió el botiquín y extrajo la botella de perfume que Branka le había comprado en París, Fahrenheit de Christian Dior. “¡Quítate!”, le había ordenado. “Tu loción me repugna.” Lo avergonzó, a él, que no conocía la experiencia del bochorno, esa jovenzuela lo había humillado. Lo de perfumarse era en consideración a ella, y ella lo despreciaba como habría hecho con un mendigo maloliente. Arrojó el frasco de Fahrenheit contra la pared de mármol. Se quedó mirando el estropicio en tanto un aroma dulce y empalagoso y en cierto punto acre inundaba la estancia. En verdad era repugnante, se dijo, y salió del baño.

Se sentó en el borde de la cama y encendió el televisor. Quería saber si la noticia del secuestro de los héroes del momento había llegado a los medios de comunicación después de casi doce horas de perpetrado. Nada. Le resultó extraño. ¿Esos dos guardaespaldas no habrían conseguido desasirse

y dar la voz de alarma? Apagó el televisor y se quedó mirando la pantalla negra. ¿Cuánto transcurriría antes de que los peces gordos a los que respondía y que lo apadrinaban, entre ellos Ilić, se le arrojaran encima por haber agitado el avispero de nuevo? Se servían de él igual que él de ellos, y era consciente de que un día, cuando juzgasen que no lo necesitaban o que su presencia resultaba incómoda, lo arrojarían al cesto de la basura como a un condón usado. Para ese momento, que tarde o temprano llegaría, tenía todo planeado. Además de poseer varias cuentas bancarias en diversos paraísos fiscales, de propiedad de fiduciarias constituidas mayormente en las Bermudas, las Islas Vírgenes y en Gran Caimán, había comprado una pequeña isla —menos de diez acres— en la Polinesia Francesa, pero con el lujo, la tecnología y la privacidad que le permitirían llevar una vida recluida sin inconvenientes ni escasez. Además, se ubicaba a escasas millas de Bora Bora, centro turístico de primer nivel que contaba con servicios de calidad, sobre todo en lo referido a la salud. Nadie de su entorno más íntimo sabía de esta adquisición, ni siquiera Mirko o Zver, tampoco Aleksandar Ilić. Solo el doctor Prožić, dueño del mejor bufete de Banja Luka y quien se había ocupado de la compra, estaba al tanto.

Volviendo al tema de los peces gordos, no lo tomarían por sorpresa. Y tal vez no era exagerado irse preparando pues, tras el secuestro de su medio hermano y de Mariyana, quizá pidiesen su cabeza. ¿Quién sería el traidor que lo entregaría? ¿George Pearson, ese bufón? ¿El propio Ilić, un padre para él? Sonrió con una mueca sardónica. Había aprendido a los golpes que el amor de los padres hacia los hijos estaba sobrevalorado. De igual manera, los que lo habían ubicado en esa posición privilegiada para que mantuviese los Balcanes libres de la peste musulmana jamás comprenderían que a él nada lo habría detenido en su carrera por poseer a Mariyana Huseinovic. No existía poder sobre la faz de la Tierra que lo hubiese inducido a dar marcha atrás con la decisión. Era una cuestión de vida o muerte.

Se preguntó una vez más por qué todavía no había estallado el escándalo. Tal vez eran ellos, los peces gordos, los que frenaban y acallaban a los funcionarios y a la prensa. Lo de la persecución por el sur de Bosnia y lo del tráfico de personas todavía se consideraba vigente en las agendas de los noticieros más importantes, y ese periodista del demonio, el tal Albert Coleman, se ocupaba de mantener vivo el recuerdo publicando notas, entrevistas y análisis dos y hasta tres veces por semana. Era cierto que el escándalo no favorecía los negocios. En un comercio como el de él, pasar

inadvertido y bajo el radar se reputaban condiciones *sine qua non*. Al contrario de sus socios Klaus Lang y Flavio Gabrielli, quienes tenían pedido de captura internacional, de él nada se sabía. Ni la Interpol ni la Europol contaban con su fotografía gracias a los padrinos que lo protegían. Bueno, se recordó y apretó el control remoto en el puño, ahora sabían bastantes cosas de él, como que su verdadero nombre era Dragoslav Kirilo Milanković. Gracias a Lazar.

Abandonó el dormitorio. Ya en su despacho, convocó a Mirko y, mientras lo esperaba, llamó al austriaco Klaus Lang, responsable de la recepción del cargamento de droga que arribaría a Marsella desde Colombia; quería precisar los detalles antes del desembarco. Después llamó a Flavio Gabrielli, quien, desde las sombras de su escondite en Kenia, seguía comprando y vendiendo cuanta mercancía ilegal le cayera en las manos. Necesitaba que le asegurase varias cajas de fusiles AK-47, municiones, granadas aturdidoras y tantos lanzacohetes RPG-7 como consiguiera. De Souza no se equivocaba al asegurar que era posible que los atacasen como consecuencia del secuestro. Por supuesto, primero tendrían que descubrir su escondite, algo que solo acontecería si lo vendían, lo cual, en ese estado de cosas, con sus antiguos protectores seguramente enojados con él, no podía excluirse.

Acabó la conversación con Gabrielli y poco después entró Mirko, quien, con aire serio y gesto que nada trasuntaba, se sentó delante de él. Traía la mano vendada, donde Mariyana lo había mordido.

—¿Has elevado la seguridad al estado de alerta máxima?

—Sí. Incluso ordené armar los cañones de artillería antiaérea —reportó el muchacho, quien se irguió en la silla al notar el ceño y el frunce en los labios de Vuk—. ¿Hice mal? —le preguntó, y de pronto volvía a ser el adolescente tímido y traumatado que había tomado bajo su ala tanto años atrás.

—No quiero que los satélites los identifiquen. Habla con De Souza y pregúntale cómo hacer para camuflarlos.

—Siempre dices —le recordó el joven— que somos invisibles a los satélites.

—Quizá ya no lo seamos.

—¿Por qué? —se alarmó Torlak.

—Porque creo que he hecho enojar a mis socios con lo del secuestro.

—¿Lang y Gabrielli?

—No ellos. Los peces gordos —aclaró.

—Ah, los peces gordos. Los dueños del mundo, como los llamas tú. El uno por ciento.

—Son menos que el uno por ciento —lo corrigió.

—Aleksandar te protegerá —lo alentó Mirko—. Él es parte de ese club de potentados.

—Aleksandar tal vez sea el primero en venir a pedirme cuentas.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Digamos que siente debilidad por mi hermano.

Mirko inspiró ruidosamente y alzó las cejas en un gesto entre escandalizado y preocupado.

—Se enojará mucho, entonces.

—Ya —acordó Vuk y, con aire fatalista, alzó las manos en el gesto de quien nada puede hacer al respecto. Consultó la hora—. El satélite sobrevolará esta zona en dos horas y media. Ocúpate de que los cañones sean camuflados de acuerdo con las indicaciones de De Souza. Además, necesito que me hagas dos favores.

—Dime, *vojvoda*.

—El primero, que me expliques por qué mierda le advertiste a De Souza que Mariyana estaba aquí.

—Lo vi desesperado por su hija y...

Vuk hizo temblar el escritorio bajo el imperio de su puño. Mirko se echó hacia atrás y lo miró con los ojos muy abiertos y las mandíbulas apretadas.

—¡No me jodas, Mirko! ¡No a mí! ¿Qué mierda te importa a ti la hija de De Souza? ¡Lo hiciste porque estás enojado porque mandé a Branka a París!

—No me gusta que la engañes.

—No te metas entre tu hermana y yo.

—Jamás me he metido, y lo sabes. Pero también sabes que la cuestión de Maša la vuelve loca de rabia y celos. Se altera solo con la mención de su nombre. Ha estado muy mal últimamente con toda esta cuestión.

—Sabes bien por qué Mariyana está aquí.

—Ahora soy yo, *vojvoda*, el que te pide que no me jodas. Te admiro, te respeto y te quiero como a un padre, por eso me atrevo a decirte que Mariyana Huseinovic fue, es y será tu debilidad. No olvides que sé bien que la buscabas desde antes de que...

—¡Basta! Si tanto sabes de mí y de mis cuestiones personales, entonces te ocuparás de que tu hermana permanezca en París. Allí vivirá como una reina. Y será mejor que allí se quede. Por el bien de ella. Iré a verla tanto como pueda —agregó entre dientes.

—¿Por cuánto tiempo tendrá que permanecer en París?

Vuk, que había apoyado los codos sobre el escritorio y las manos sobre los labios en la actitud de quien reza, alzó los ojos y los fijó en los expectantes de Mirko.

—Para siempre.

—¿Qué!

—Y otra cosa. Necesito que viajes a Tiráspol y te ocupes de Adakai y de Van Groen. Ese es el segundo favor que deseaba pedirte.

Mirko se puso lentamente de pie.

—¿A qué te refieres con que me ocupe?

—A que les calces sendos balazos en la frente. Los quiero muertos. ¿Necesitas mayor claridad en la consigna?

—¡No, *vojvoda!* ¡Son valiosos! ¡Son soldados de élite! ¡Nos son de utilidad! ¡Saben muchísimo...!

—Son unos traidores —lo interrumpió Vuk.

—¿Traidores?

—Uno de ellos o los dos, no lo sé con certeza, estuvo advirtiéndole a Mariyana de nuestros movimientos. No tengo duda. ¿No te resulta muy casual que los mantengo fuera de la operación en Sarajevo y todo sale a pedir de boca? Además, saben demasiado; sobre todo, conocen la ubicación de esta propiedad y el sistema de seguridad. Líquídalos. Y si vuelves a contradecir una de mis órdenes, habré perdido mi confianza en ti. Y eso será una gran desilusión. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Ahora vete. Tienes que ocultar los cañones.

—¿Qué sucederá con De Souza cuando sepa que hemos liquidado a sus hombres?

—¿Tú le dirás que los has liquidado? Yo no abriré la boca —añadió con fingida inocencia—. Ya sabes, Tiráspol es un sitio peligroso. Ve con Zver. Sean precavidos. Esos dos les tienen afecto y confianza, juegan con esa carta a su favor, pero son también muy astutos.

* * *

La enfermera le informó que la señorita Mariyana seguía durmiendo y se retiró de su despacho. Consultó la hora: las tres de la tarde. Encendió el televisor y buscó entre los canales de noticias. Saltó de uno en otro, y nada. Ni una palabra acerca de la desaparición de los héroes de los Balcanes, como los apodaba la prensa. Por supuesto, a él le convenía que no explotase el escándalo. No obstante, se preguntaba quién y con qué fin mantenía acallado el asunto que, de por sí, era de proporciones mayúsculas. A punto de llamar a Ilić para saber si estaba enterado, alejó la mano del auricular del teléfono; prefería postergar la penosa conversación tanto como fuese posible.

Llamaron a la puerta. Invitó a entrar. Lo sorprendió ver a Mihajlo Milanković en el umbral. Allí se mantenía con la boina entre las manos, indeciso entre ingresar o hablar desde la puerta como un sirviente. Se sentía incómodo dentro de la mansión. Y fuera de sitio. No aceptaba vivir con ellos, y raramente compartía las comidas.

—Entra y cierra —le ordenó con timbre autoritario.

El hombre se detuvo del otro lado del escritorio, frente a él. No lo invitó a tomar asiento. Después de hacerse el que leía, alzó los ojos y los fijó en los cansados de Milanković. Había heredado los dos metros de altura y la contextura de buey de ese hombre, su padre, a quien, de niño, había amado como a nadie; ni siquiera Larysa Perisić le había inspirado lo que Mihajlo. Desde pequeño, había advertido cierto desapego en la mujer a la que llamaba mamá; a veces tenía la impresión de que la molestaba. En cambio, Mihajlo sonreía apenas lo veía aparecer, lo tomaba en brazos y lo hacía dar vueltas en el aire. Cuando los giros cesaban, se perdía en el amplio pecho donde su padre lo mantenía apretado mientras lo besaba y le confesaba cuánto lo había echado de menos. El abandono de la Perisić sumió a Mihajlo en una profunda depresión que lo condujo a aumentar el consumo de *rakija*. Igualmente, seguía siendo amoroso con él. Al niño que había sido, al pequeño Draža, le dolía la defección de la madre, pero si contaba con el padre, nada importaba. Su padre, sin embargo, también lo traicionó al traer a la casa a esa muchacha mucho más joven y bellísima por la que estaba loco de amor. Las miradas y sonrisas, los mimos y las palabras dulces ya no se las dirigía solo a él. Natalija también recibía una porción cada vez más grande de sus atenciones. Lo peor llegó cuando supo que tendría un hermano. El instinto le marcó que el niño que crecía en el vientre de Talija, como su padre la llamaba, sería lo más valioso para Mihajlo, lo

amaría más que a él. Y no se equivocó. Había sido imposible competir con el bueno, dulce y hermoso Lazar. Era la luz de los ojos de sus padres. ¡Cuánto lo había odiado entonces y cuánto lo odiaba aún! ¿Acaso no era una burla del destino que, después de haberle robado el padre, Lazar también hubiese intentado robarle la mujer? Pero se la había arrebatado.

Volvió a centrar la atención en el anciano frente a él. Con casi setenta años, aún se erguía derecho y lucía fuerte y saludable. Sus ojos azules, aunque enmarcados por cejas blancas y párpados arrugados, descollaban por su brillo y vivacidad. El tiempo en la cárcel y las privaciones no lo habían quebrado. Al igual que en la propiedad de Smederevo, allí también se desempeñaba como el jefe de Mantenimiento y tenía a su cargo un ejército de empleados, entre los cuales contaban varios ingenieros agrónomos y paisajistas, que lo respetaban y admiraban, pues pocas veces se habían topado con alguien que supiese tanto de plantas, de sus ciclos y enfermedades. Como también sorprendía su manejo de los animales, desde hacía meses se le habían asignado el cuidado y la manutención del animalario. Los científicos estaban conformes con su labor y lo apreciaban, y le habían llegado voces —mantenía varios espías en el laboratorio— que le aseguraban que su padre había entablado una amistad con la jefa. Dudaba de la veracidad del chisme pues su padre no hablaba una palabra de inglés, y la mujer no sabía decir ni hola en serbio.

—¿Qué quieres?

—El tipo ese que trajiste meses atrás, Radovan Borenovic —expresó y guardó silencio.

—¿Qué hay con él? —A veces a su padre había que arrancarle las palabras.

—No me gusta. Lo quiero fuera.

—Sabes que no puedo echarlo. Es un protegido de Aleksandar.

—Me importa una mierda si es el protegido del patriarca Pavle. Lo quiero fuera.

—¿Qué ha hecho de tan grave?

—Lo descubrí magreando a la hija de uno de mis hombres.

—Todos tienen derecho a pasarlo bien —comentó Vuk con ironía y una sonrisa ladeada.

—No cuando se trata de una niña de once años. No sé qué habría sucedido si no se lo hubiese sacado de encima. No admito pervertidos entre mi gente.

A Vuk la noticia no le cayó bien. Torció la boca y apretó el ceño. Inspiró profundo y soltó el aire con actitud cansada.

—Está bien. Mándaselo a Mirko. Le diré que le dé un trabajo lejos de la casa.

—Lejos de los niños, Dragoslav.

Siempre lo afectaba que Mihajlo Milanković lo llamase por su nombre. Lo hacía muy de vez en cuando, y ya nunca empleaba el afectuoso Draža.

—Sí, he comprendido —respondió de mal modo.

—Tal vez necesite unos días para volver al trabajo. —Ante la mueca interrogativa que le digirió Vuk, el hombre aclaró—: Le di una paliza, pero no creo que con eso aprenda. Los pervertidos como él son viciosos; siempre reinciden.

Se calzó la boina en el gesto de dar por terminada la charla y dio media vuelta para salir.

—Padre —lo llamó Vuk, y el hombre se volvió algo sorprendido por el uso del apelativo—. Mañana almorzarás con nosotros.

—Yo...

—No aceptaré una negativa. Mañana a las doce y cuarto en la sala principal. ¿He sido claro?

Mihajlo asintió. Se disponía a salir cuando la puerta se abrió de golpe y se encontró con su ex esposa, Larysa Perisić. Vuk se puso de pie lentamente, la vista fija en el intercambio de miradas que compartían sus progenitores. Lo atraía con malsana curiosidad presenciar la incomodidad de Larysa cada vez que se topaba con su ex marido y la mueca de absoluta indiferencia que le destinaba Mihajlo, indiferencia que, Vuk sabía, no disfrazaba rencor sino en un genuino desinterés. El hombre inclinó la cabeza y se tocó la visera de la boina en señal de saludo y abandonó el despacho de su hijo. Larysa lo siguió con la vista.

—Entra y cierra la puerta —le ordenó Vuk, y volvió a sentarse en la butaca.

—¿No has conseguido que tu padre acepte vivir en la casa? —se interesó la mujer—. Al menos comer con nosotros.

—Prefiere hacerlo con sus empleados. Se siente más cómodo, dice. De igual manera, aceptó almorzar con nosotros mañana.

—¿Almorzará con nosotros mañana? ¿Por qué?

—¿Qué quieres, madre?

La mujer se ubicó en la silla delante del escritorio y se dispuso a encender un cigarrillo.

—Apaga eso. Sabes que está prohibido fumar dentro de la casa.

—Pero aquí no hay detectores de humo.

—Apágalo. ¿Qué quieres?

—Se comenta que la mujer está en la casa, que la has encontrado y que la has traído aquí. —Vuk la miró fijamente y gruñó un asentimiento—. Quiero conocerla.

—A su debido tiempo.

—¿Cuándo, Draža? ¿El día de tu boda? —ironizó.

Del mismo modo que habría deseado que su padre volviese a emplear el diminutivo, detestaba que la Perisić lo llamase de ese modo.

—Te he dicho mil veces que me llames *vojvoda*.

—No llamaré *vojvoda* a mi propio hijo, Dragoslav.

—Entonces, llámame Dragoslav, pero no de otro modo.

—Nunca eres unas pascuas, pero hoy tienes un humor de los mil demonios. ¿Cuándo la conoceré? —disparó sin tregua.

—¿Estás sorda? Cuando sea el tiempo propicio —repitió.

—Podría ocuparme de ella —tentó—. Podría hacerle compañía o ayudarla con los preparativos. Con el vestido, por ejemplo. ¿Ya se lo compraste?

—Le pedí a Ivanka que se ocupase. Se lo hará elegir a ella. Está muy entusiasmada haciendo diseños.

—¿Los viste?

—¿Qué cosa?

—Los diseños.

—Madre, ¿qué mierda me importa a mí todo eso? Tengo asuntos más importantes que requieren mi atención.

—Más razón aún para que me permitas ocuparme de todo. ¿Sabes si Iva habló con la cocinera para la comida de ese día?

—Madre, ve y pregúntaselo, pero déjame tranquilo. —Consultó el Rolex, que Larysa, como de costumbre, observó con codicia y satisfacción—. Ahora, si me permites, tengo que irme. Vamos.

Salieron los dos juntos y caminaron en direcciones opuestas por el largo corredor sin despedirse.

* * *

La Diana despertó en la misma cama estrafalaria y precisó un instante para confirmar que seguía atada de pies y manos a los postes del baldaquín. Las cuerdas, sin embargo, le concedían cierta movilidad. Notó que le habían vendado las muñecas y los tobillos. Debía de ser de noche, pues las cortinas estaban corridas. Un quinqué de bronce apostado en un trinchero ostentoso iluminaba pobremente la habitación.

La náusea la atacó de pronto, y se incorporó sobre los codos en un intento por frenar el conato de vómito.

—Aquí —dijo una voz femenina y autoritaria.

Alzó la mirada acuosa y distinguió a la enfermera de blanco que había asistido a la médica mientras le sacaban sangre. Le colocaba bajo el mentón una batea de acero inoxidable en forma de riñón.

—Vomite aquí —volvió a instarla—. Son los efectos colaterales del somnífero.

Un nuevo acceso de arcadas la llevó a inclinarse y a lanzar bilis, amarga y amarillenta, que le quemó la garganta. La enfermera le alcanzó una toalla húmeda y un vaso con agua. Se hizo varios buches; el regusto asqueroso, no obstante, seguía alojado en el fondo de la boca.

Se echó a llorar. Se sentía miserable. La posibilidad de que el somnífero dañase a su bebé la angustiaba. Los destinos de Kovač y de Darko la atormentaban. Se calló al escuchar la chicharra de la puerta. Las telas que colgaban del dosel le impedían descubrir de quién se trataba. Solo la alcanzaban unos cuchicheos imposibles de descifrar.

Vuk apareció en su campo visual, y le tuvo miedo. La primera vez, el odio y la rabia la habían preservado del terror. En esa segunda instancia, débil, vulnerable y, sobre todo, cansada, se dejó arrollar por una avalancha de pánico. La agotaba la certeza de que debería atravesar de nuevo el infierno por el que había pasado años atrás. ¿Era posible caer dos veces en la misma pesadilla? ¿Qué había hecho para merecer un destino tan nefando?

—¿Dónde están Lazar y Darko? —preguntó con acento débil—. Dímelo —le suplicó, lloriqueando, y la muestra de flaqueza la humilló.

—Ellos ya no son tu problema, Maša.

—¡Dímelo, maldita sea! —se envalentonó de nuevo y se incorporó en la cama—. ¡Dime qué les hiciste!

—¡Basta! —Se dirigió a la enfermera para ordenarle—: Tráigale la cena.

—¡No comeré tu inmunda cena! —exclamó en un arranque, y enseguida se arrepintió; precisaba nutrirse, no solo para conservar la fuerza sino para

alimentar al hijo que dormía en su vientre—. ¡Suéltame! —le exigió y sacudió las cuerdas.

—No hasta que te calmes.

—¿Cómo quieres que me calme? ¿Qué estupidez me pides?

—Por tu bien, Maša, trata de serenarte o esto será más difícil de lo necesario.

Vuk acercó una silla y la ubicó junto a la cabecera. Se sentó expulsando el aire en un gesto de cansancio.

—Anoche no pegué ojo —dijo a modo de explicación, y La Diana se quedó mirándolo sin ocultar la perplejidad.

Fijó la atención en la cicatriz que le surcaba el lado izquierdo y le brutalizaba las facciones de por sí duras. Vuk sonrió con ironía y se recorrió la marca con el índice.

—Siempre te llevo conmigo.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo quiero todo, ¿acaso todavía no lo has entendido?

—¿A qué te refieres? —preguntó con miedo.

—Sabes a qué me refiero.

—Solo sé que quieres castigarme por haberte dejado esa marca en el rostro.

Vuk sacudió la cabeza.

—Si quisiera vengarme porque intentaste asesinarme, ya estarías muerta. O al menos sufriendo una cruenta tortura. No, Maša, esta vez quiero que las cosas sean diferentes entre nosotros.

Si se hubiese puesto en pie y bailado una coreografía de zapateo americano no la habría pasmado tanto como con esa respuesta.

—Entre tú y yo nunca podrá ser diferente. ¿O te olvidas de que me vejaste, torturaste y violaste durante tres años? ¿Te olvidas acaso de que te vi asesinar a sangre fría y estuprar a cientos de mujeres?

La expresión se le endureció y la frialdad repentina con que la miró la asustó. Vuk se puso de pie de modo intempestivo, lo que la obligó a retraerse contra el respaldo de la cama. Se hundió en el tapizado capitoné en tanto él se inclinaba para hablarle cerca del rostro. La sujetó por el mentón y le clavó los dedos cuando intentó apartar la cara.

—Es cierto, Maša, las cosas siguen siendo iguales entre nosotros. Yo soy Dios para ti y tú, mi esclava. Y no creas que ya no soy capaz de asesinar, torturar y vejar. Solo que, como tu dios, me encuentras de un ánimo

benévolo y prefiero tenderte la mano a tomarte por la fuerza. Pero nunca olvides que, llegado el caso, puedo volver a ser el que era.

La afirmación la perturbó tanto como cuando era una jovencita que no sabía nada de la vida. En ese momento, siendo un soldado de élite y habiendo afrontado misiones complejas y peligrosas, experimentaba el mismo pánico oscuro, frío y poderoso de la época en Rogatica. Vuk tenía razón: era Dios para ella.

—Maša —lo oyó susurrar, mientras le recorría el rostro con una mirada ardiente—, estás más hermosa que el día en que te conocí. ¿Lo recuerdas, adorada Maša? ¿En la recepción del edificio de tu abuela? Te vi entrar, acalorada y agobiada por el peso de las bolsas, y me pareciste la cosa más extraordinaria que había visto en mis treinta y ocho años. Decidí que serías para mí. Para siempre. ¿Ahora entiendes lo que quiero de ti?

—No hay nada en mí que pueda darte. Nada. Solo desprecio y odio.

—Oh, sí que hay —respondió con una sonrisa complaciente—. Tú no eres capaz de imaginar cuánto tienes para darme. —Siguió estudiándola con ojos intensos y la sonrisa inamovible—. Tampoco creo que seas capaz de imaginar cuánto te deseé aquel día en Rogatica, la primera vez en que te vi. Eras la cosa más bella que había visto. Nunca una mujer me había provocado esa necesidad. Te quería para mí, para atesorarte, para cuidarte...

—Pero me violaste y me torturaste.

—¿Porque tú intentaste escapar de mí! ¡Te ocultaste de mí! ¿O no recuerdas que tuve que ir a buscarte a la casa de ese serbio traidor?

—A quien asesinaste o mandaste asesinar.

—¡Y lo haría de nuevo si alguien intentase apartarte de mi lado!

Sorpresivamente, la sujetó por la nuca y le devoró los labios. La Diana luchaba por apartar la cara. Vuk le aferraba la cabeza con una brutalidad que le provocaba dolor en el cráneo. Sacudía las manos sin alcanzarlo; habían aflojado las cuerdas, pero no lo suficiente. Sentada en la cama, con los brazos en cruz, se sentía expuesta y vulnerable. Aún le costaba creer que se hallaba otra vez en poder del monstruo. ¿De nuevo irrumpía en su vida para arruinársela? ¿En qué extraño segundo la habían sacado de su realidad de alegría y amor para devolverla a la guarida del dragón más perverso? No podía estar sucediéndole de nuevo, no podía ser verdad.

Vuk se abrió paso entre sus dientes y la penetró con la lengua, y La Diana se la mordió. Soltó un rugido al tiempo que se ponía de pie de un salto. Le asestó una bofetada de revés que la volteó sobre la cama. Hundió la parte

golpeada en la almohada en un intento infructuoso por extinguir la ráfaga de dolor que le avanzó por la cabeza hasta la nuca. Enseguida percibió el ardor en la mejilla y el regusto ferroso en la boca. No se atrevía a abandonar la posición. Como una cobarde, mantenía la cara hundida para no volver a presenciar la furia del dragón. Le temía como a nada. Si se interponía entre Vuk y sus deseos acabaría con ella, pero sobre todo con su hijo.

Vuk le cubrió los hombros con las manos y la obligó a incorporarse con una delicadeza inesperada. Ella, todavía débil y acobardada, se irguió con los párpados cerrados. No contaba con los arrestos para plantarse y mirarlo directo a los ojos.

—Mira lo que me obligas a hacer, Maša mía —susurró con voz acongojada y le pasó el dorso de los dedos por la zona donde la había abofeteado.

La Diana apretó los dientes un poco como la reacción lógica ante el contacto, otro poco para sofrenar las palabras que le habría escupido. Se daba cuenta de que urgía cambiar de táctica si deseaba continuar con vida. Inspiró repetidas veces hasta alcanzar un estado mínimo de control. La sangre se le acumulaba en la boca por lo que escupió en la sábana. Vuk le colocó bajo la barbilla la batea riñonera y volvió a escupir saliva sanguinolenta. Luego le acercó el filo del vaso y la ayudó a sorber y a enjuagarse.

—¿Estás mejor? —le preguntó, solícito, y La Diana asintió sin mirarlo, con un anhelo casi irrefrenable de arrancarle alguna parte del rostro a mordiscones—. No quiero pegarte, Maša. Pero lo haré si te pones irracional.

La sobresaltó la chicharra de la puerta. Era la enfermera que volvía con una mesa rodante colmada de platos cubiertos por campanas de acero inoxidable. Una empleada doméstica a juzgar por el uniforme negro con impecable delantal blanco cargaba los elementos para poner la mesa. Un agradable aroma inundó la estancia; a La Diana, sin embargo, le provocó náuseas. Observó a las mujeres; las dos la rehuían con la mirada mientras se ocupaban de sus tareas, y supo que o bien le profesaban una fe ciega al *vojvoda* o las dominaba el pánico. Como fuese, nada obtendría de ellas.

—Antes de desatarte para comer, fijaremos las bases de nuestro acuerdo. ¡Mírame cuando te hablo!

Aun la enfermera y la doméstica dieron un respingo; el paso del buen trato al tono agresivo las había sorprendido distraídas. Lo obedeció de

inmediato para apaciguar su furia.

—Sé que si te dejase suelta en esta habitación —retomó Vuk— serías capaz de hacer varias cosas que me pondrían de mal humor. Y ya sabes lo que mi mal humor ocasiona. Por lo tanto —dijo, y le destinó una sonrisa—, haré algo para convencerte.

La Diana la observó sin respirar, cada músculo de su cuerpo crispado, a la espera de verlo satisfacer su nuevo capricho, como cuando había degollado ante sus ojos a la pobre Maida.

—Como sabes, tengo al huérfano —afirmó Vuk—. A Darko —añadió.

—¿Y a Lazar? —No pudo evitar la pregunta, y se arrepintió al advertir el cambio súbito que tensó la expresión de Vuk y le oscureció la mirada.

Se retrajo en la cabecera y aguardó con el aliento contenido a que la furia se desatase. Vuk la contemplaba con fijeza, y en sus ojos resultaba fácil advertir la lucha que había entablado en su interior.

—No vuelvas a pronunciar su nombre o las consecuencias serán nefastas. ¿He sido claro?

—Sí —contestó—. Háblame de Darko.

—Si te comportas de modo racional y no intentas algunos de tus trucos, Darko seguirá con vida.

—¿Cómo sé que está con vida? ¿Cómo puedo saber que no lo has entregado ya a una red de pedófilos?

—Hablarás con él —dijo.

Un latido fuerte y repentino le aceleró las pulsaciones. Le volvió la esperanza. La voz de su adorado Darko le brindaría la fuerza para hallar el modo de escapar de allí y poner a salvo a sus dos hijos, el de su corazón y el de sus entrañas.

—Si le preguntas dónde está, si le pides que te describa el sitio o cualquier otra cosa similar, las consecuencias para él y para ti serán terribles. ¿He sido claro?

—Sí.

Lo vio extraer un celular de última generación del bolsillo de la camisa y marcar un número. Alguien respondió enseguida.

—Pon al niño al teléfono.

Se lo apoyó a La Diana en la oreja. Escuchaba voces, varias voces, y el llanto de un niño, el de su *moje blago*. El sonido le causó un dolor físico, una puntada en el pecho y en el cuello, que le agitó el respiro y le agarrotó la garganta. No estaba segura de poder hablar; no obstante, cuando pusieron

a Darko al teléfono y él, con su vocecita quebrada, dijo “mamá”, encontró la fuerza para expresarse.

—¡Hola, *moje blago!* —exclamó con acento raro, inestable, y carraspeó

—. ¿Cómo estás, amor mío?

—¡Quiero estar contigo y con papá!

—Pronto, *moje blago*, muy pronto. Ahora dime cómo estás. ¿Te han hecho daño?

—No. Pero te extraño, mamá. Y a papá también.

—Lo sé, y nosotros te extrañamos a ti. No sabes cuánto. Pero lo importante ahora es que estés bien.

—¿Me va a pasar lo de Azem, que se perdió de su papá y de su mamá?

—¡No, *moje blago!* No estás perdido. Estamos hablando por teléfono. Y yo sé dónde te encuentras —mintió.

—¿Por qué esos señores malos me trajeron aquí?

—Hay algo que tenemos que resolver con esos señores. Una vez que lo hagamos, podremos volver juntos a casa. —Se detuvo, movida por la culpa. Seguía mintiéndole de modo flagrante. Ella no era más dueña del destino que ese niño inocente e indefenso—. ¿Has comido? —preguntó para cambiar de tema.

—Sí.

—¿Qué?

—Carne y unas verduras horribles. Senada quiere hablar contigo pero el hombre malo no la deja.

La sobrecogió una oleada de alivio, y se relajó contra el respaldo de la cama. Cerró los ojos y sonrió. Al menos, Senada estaba con él.

—Está bien, *moje blago*. Dile que se quede tranquila. Que pronto estaremos de nuevo juntos. Te amo, *moje blago*.

—Y yo a ti, mamá.

Vuk apartó el teléfono y, hasta que lo apagó, La Diana oyó los “mamá” de Darko, que la llamaba, primero con timbre interrogativo, luego con desesperación. Intentó cubrirse la cara para ocultar el llanto, pero las cuerdas le detuvieron las manos a mitad de camino. “¡Mamá! ¡Mamá!” La vocecita le retumbaba en la cabeza y le causaba espasmos en el pecho. Quería taparse los oídos para dejar de escucharla, pero de nada valdría pues la tenía impresa en el alma. Ocultó el rostro en la almohada y se echó a llorar ahogando los gritos de furia, dolor e impotencia en la mórbida superficie. Y mientras se desahogaba, la desembarazaron de las ataduras,

primero las de los tobillos, lo que la impulsó enseguida a recoger las piernas para protegerse el vientre; después las de las manos, las que sentía adormecidas y doloridas. Se masajeó las magulladas muñecas y se dio cuenta de que le habían sustraído el Breitling Emergency, posiblemente para evitar que accionase el sistema de pedido de ayuda.

Vuk la obligó a incorporarse, ya no con la suavidad de momentos atrás, sino con movimientos bruscos. Se pasó el dorso de las manos por los ojos y, a través de la vista nublada, lo vio enojado, impaciente, a punto de perder el control.

—Necesito ir al baño —pidió.

—Acompáñela —indicó a la enfermera, que se aproximó para ayudarla a abandonar la cama y ponerse de pie.

Las piernas le fallaron, y la mujer la sostuvo. Vuk la aferró por el mentón y la obligó a mirarlo.

—Nada de trucos, Maša, o el niño muere.

Asintió, vencida, deshecha, y caminó, guiada y sostenida por la enfermera, hasta la puerta que conducía al baño en suite. Iba mirando las baldosas del piso, una negra, una blanca, una negra y una blanca. Repetía las palabras como si fuese tonta o estuviese loca. Distinguió algunos sectores cubiertos por coloridas alfombras. El mismo piso damero de mármol continuó en el baño. Se trataba de una habitación enorme, tan fastuosa en su decoración como la principal, con habitáculo de vidrio para la ducha y un *jacuzzi* de dimensiones inverosímiles. Orinó, y mientras se lavaba las manos se estudiaba en el espejo. Se escandalizó de su aspecto enfermizo. Se palpó el pómulo rojizo donde Vuk la había abofeteado e inspeccionó la pequeña incisión en la cara interna de la mejilla. Se le hincharía, diagnosticó.

Al regresar a la habitación, las mujeres habían desaparecido y la mesa que antes ostentaba un jarrón chino ahora estaba cubierta por un mantel blanco y puesta para dos; hasta un candelabro de plata había. ¿Qué mierda pretendía ese psicópata? ¿Comer con ella a la luz de las velas? Tenía deseos de morir, no de comer, y sin embargo debía hacerlo. “Por mis hijos”, se alentó. Un impulso la llevó a ponerse de rodillas delante de Vuk e inclinar la cabeza.

—Haré lo que me pidas pero trae a Darko aquí, para que esté conmigo. Es muy pequeño y está asustado. Me necesita.

—¡Levántate! —le ordenó con un desprecio que la sobresaltó, y al calzarle la mano bajo la axila y obligarla a ponerse de pie le hizo daño.

Se tambaleó sobre las piernas todavía débiles, llenas de agujetas, y cuando lo miró a los ojos supo sin viso de duda que detestaba que amase a Darko después de haber rechazado a Larysa. Al igual que en la época del Veljko Vlahović, cuando la había manipulado con la amenaza de separarla de Leila o de hacerle daño, ahora se servía del niño. De nada valdría otro acto humillante; el dragón desconocía la empatía y la compasión. Solo serviría seguirle el juego hasta que se presentase la oportunidad para destruirlo.

La pesadilla se repetía en un ciclo macabro que se cortaría con la muerte de alguno de los dos, no existían alternativas. Solo que ella estaba decidida a vivir, a pelear con uñas y dientes. No le arrebataría lo que más amaba, no volvería a convertirse en el dios de su vida. Aunque se tratase de una situación desesperada, se impuso salir victoriosa. Ella ya no era Mariyana, la muchachita virgen y romántica del 92; ella era La Diana, la diosa guerrera, respetada y temida en el Olimpo. Con esa determinación, tomó asiento sin esperar la indicación de su captor y se puso a comer lentamente pues el corte en la boca le ardía. Por el rabillo del ojo, lo vio ubicarse junto a ella.

—No habrías suplicado de ese modo si se hubiese tratado de defender la vida de nuestra hija —lo escuchó declarar con acento iracundo.

Detuvo el tenedor entre el plato y los labios. Transcurrido un instante en el que decidió no entrar en el juego de sus pullas, se lo llevó a la boca y masticó lentamente la carne asada para evitar que le causase un revoltijo. No apreciaba el sabor del romero ni la calidad tierna del bocado; se nutría, solo eso.

Lo observó de soslayo. Comía con la misma posición de cuando vivían en el Veljko Vlahović, inclinado, la cara prácticamente sobre el plato; seguía sujetando mal los cubiertos, y las porciones con que cargaba el tenedor se sucedían con rapidez, una después de la otra, sin respiro. ¿Aquí nadie se ocupaba de probar su comida para verificar que no estuviese envenenada? Tentada de provocarlo con la pregunta, guardó silencio. No se embarcaría en discusiones y diálogos estériles. Solo contaba mantenerse con vida hasta que Nanuk Christiansen determinase su ubicación y viniesen a rescatarla. Salvo que el inuk notaría su ausencia recién el martes próximo, para lo cual faltaban seis días. Seis días en las garras del dragón, a menos

que Nanuk se enterase de su desaparición por los medios de comunicación y se pusiera en contacto con Callum Duncan o con Eliah Al-Saud. Descorazonada, reprimió las ganas de encerrar el narval en el puño para evitar traslucir que tenía valor para ella.

Un pensamiento repentino la sobresaltó y, al tragar el bocado casi entero, se raspó la garganta. A ella no la habían interrogado acerca del paradero de Svetlana, pero ¿y a Kovać? La comida le dio vueltas en el estómago al conjeturar que, para arrancarle la información, lo habrían torturado; quizás estarían haciéndolo en ese momento. Apoyó los cubiertos y cerró los ojos en un intento por controlar las ganas de vomitar. Sorbió agua en tragos pequeños hasta calmar la turbulencia del estómago. Con la turbulencia de la mente nada podía hacer y solo atinó a mover los labios para suplicar sin hablar: “Sergei, mi ángel guardián, ayúdanos”.

—Come —escuchó que Vuk le ordenaba—. ¿Está buena la carne?

Alzó la vista y lo miró con la perplejidad impresa en cada facción del rostro. La había secuestrado, lo mismo a su prometido y a su hijo, la mantenía encerrada y amenazada, ¿y le preguntaba si la carne estaba buena?

—¿Cómo nos descubriste? —habló al cabo—. ¿Cómo descubriste nuestro departamento en Sarajevo? —se explicó.

—Gracias a ti, Maša. A tu necesidad por recordar los viejos tiempos.

—¿A qué te refieres? —preguntó en abierta confusión.

Creyó que no le respondería. Vuk siguió engullendo con la vista clavada en la comida. Tras unos bocados, se limpió la boca con la servilleta, vació la copa de vino tinto y se giró para mirarla.

—Cuando fuiste a visitar la fonda de tu familia, ahí te descubrieron.

—¿Cómo? ¿De qué hablas? ¿Mi amiga Fatima...?

—¿Te refieres a Biljana? —La Diana asintió—. No fue ella quien nos avisó sino Vasilić.

—¿Quién es Vasilić?

—Goran Vasilić, el jefe de la Policía de Sarajevo.

—Está prófugo —murmuró, desorientada.

—Se esconde en la fonda que perteneció a tu familia y que ahora es de propiedad de uno de mis mejores despachantes de droga, el esposo de tu amiga Biljana. Ellos me hacen el favor de ocultarlo.

Dos piezas del rompecabezas calzaron al mismo tiempo. Por un lado, halló la respuesta a los automóviles de alta gama, a las joyas y a las ropas y accesorios costosos de Fatima y de su esposo. El otro acertijo resuelto lo

constituía la figura efímera que había creído entrever en la puerta de acceso a la cocina. Se había tratado de Goran Vasilić, el policía corrupto buscado por la Justicia luego de que Kovać lo denunciase durante la entrevista con Albert Coleman.

—Los siguió hasta Sarajevo —continuó explicando Vuk—, hasta la puerta misma del edificio en la calle del barrio de Dolac Malta. Y desde allí me llamó. Fue un golpe de suerte —admitió con una sonrisa ladeada—. No podíamos acercarnos a los sitios que conocíamos porque estaban vigilados. Tenía planeado secuestrarlos en la oficina del Registro Civil corriendo un gran riesgo. Y de pronto, Vasilić me llama y me dice que sabe dónde te alojas. Se quedó de guardia para comprobar si, al igual que los otros lugares, ese también estaba bajo custodia. Todo parecía indicar que no. Salvo los dos guardaespaldas que los seguían a todas partes, no había otros agentes merodeando.

—¿Cómo entraron? Senada jamás te habría abierto la puerta.

—Lo sé. Entrar en el departamento era el menor de mis problemas. Fue pan comido. Lo hicimos con un cerrajero de mi entera confianza. Lo único que contaba era que, al ingresar, solo estuviera Senada.

—¿Senada no escuchó mientras el cerrajero trabajaba? —se extrañó—. Nos habría prevenido por teléfono. Después de haber sido esclava sexual, saltaba ante cualquier sonido que no formase parte de su realidad conocida.

—Metimos una cámara por debajo de la puerta. El cerrajero se puso a trabajar cuando Senada subió al piso de arriba. No escuchó nada. Cuando advirtió nuestra presencia, ya estábamos dentro.

La Diana se maldijo. Había sido ella la empecinada en ir a Srebrenica. Kovać se había mostrado reacio, temeroso de que la visita la desestabilizase. Inclino la cabeza para que Vuk no le viese los ojos brillantes, y mientras apretaba los párpados las imágenes se le precipitaban como flashes: la cara de Fatima al reconocerla, la figura elusiva en la puerta de la cocina, la incomodidad y la extrañeza experimentadas en el sitio que había sido su hogar. Se acordó también del tráfico apabullante en la ruta de regreso a la capital, circunstancia que había facilitado a Vasilić la persecución e impedido que ella, Vachal o Keen, expertos en esas lides, advirtieran que los seguían. El destino se había confabulado para que sus decisiones la condujesen a esa situación siniestra, casi inverosímil, a la que había arrastrado a los amores de su vida. “¿Dónde estás, Lazar? ¿Qué te han

hecho, amor mío?”, sollozaba su corazón destrozado. Ella era la culpable de que Kovać y Darko padecieran ese tormento.

—Mírame, Maša. No me ocultes el rostro.

Alzó la vista. Vuk le ofreció una sonrisa expansiva que le remarcó la cicatriz. Se lo quedó mirando. Él reía. Él era feliz viéndola sufrir. Él era de la clase de criatura que se alimentaba del sufrimiento y la desazón ajenos.

—Ya ves, adorada Maša, el destino está de mi lado. Finalmente te he encontrado después de haberte buscado durante tanto tiempo.

Estiró la mano para acariciarle la mejilla. La Diana se echó hacia atrás.

—Vuk, ¿qué quieres de mí? ¿Por qué regresas para arruinarme de nuevo la vida?

Hizo crujir el plato de porcelana al apoyar los cubiertos. La Diana se pegó aún más al respaldo de la silla, pero no abandonó la mesa pese a la mirada fulminante con que la perforó su captor. Se dio cuenta de que libraba una batalla interior. Unos segundos más tarde, lo vio bajar los párpados e inspirar profundo en el acto de serenarse.

—Te vuelves repetitiva y eso me fastidia porque te quita atractivo. No querrás perder el atractivo ante mis ojos, ¿verdad, Maša? Pues entonces ya no me servirías y tendría que deshacerme de ti.

—¡Qué quieres de mí, hijo de puta! —explotó, y se puso de pie, acción que Vuk imitó con igual ímpetu; la silla calló tras él—. ¡Qué mierda quieres de mí! ¡Maldito seas! ¡Maldito seas para toda la eternidad!

La aferró por el cuello y la levantó como si pesase dos kilos. La elevó contra la pared y allí la mantuvo. Le comprimía la tráquea con conocimiento; sabía dónde oprimir para causarle dolor y cortarle el flujo de aire. Respirar resultaba imposible. La visión se le iba enturbiando; no obstante, discernía con nitidez la furia de fuego que despedían sus ojos completamente ennegrecidos. Retiraba los finos labios y le mostraba los dientes como un lobo.

—Una vez tu abuela nos maldijo, a mí y a mi descendencia. Y estoy pagándolo muy, pero muy caro. No permitiré que vuelvan a hacerlo. ¡Pronuncia otra vez una maldición en mi contra y le quebraré el cuello a ese niño que tanto quieres! —Apretó un poco más en el acto de subrayar las palabras—. ¿Has entendido?

La Diana, con las manos cerradas en las muñecas de Vuk y los pies en el aire, bajó los párpados para comunicarle su acuerdo; asentir habría resultado imposible, lo mismo que hablar sin aire. La presión fue

mermando. La manaza se abría lentamente y le despegaba los dedos de la carne. Los pies tocaron el suelo. Vuk la mantuvo contra la pared y apoyó la frente en la de ella. Lo empujó para que le diese espacio; no podía respirar. El hombre se apartó, y ella se curvó sobre sus piernas y tomó grandes inspiraciones. Le ardía la garganta como si hubiese ingerido ácido muriático.

—Maša, Maša, ¿por qué me desafías? ¿Por qué me obligas a hacerte daño?

Le calzó la mano en la axila y la obligó a volver a la mesa, donde le alcanzó el vaso con agua. Temía beber pues sospechaba que el dolor sería atroz. El corte en la boca le latía furiosamente, lo mismo que el pómulo. Mantuvo el sorbo en la boca y fue soltándolo gota por gota. La sospecha se comprobó, y le brotaron lágrimas en tanto el agua se abría paso por la garganta lastimada. Las lágrimas siguieron brotando aun cuando el padecimiento hubo remitido. Se sentía cansada, no solo físicamente; su ánimo se desmoronaba. Ni siquiera contó con la voluntad para quitar la cara cuando Vuk se la acarició con dedos ásperos. En voz muy baja y enronquecida, se atrevió a expresar:

—Te das cuenta de que esto es una locura, ¿verdad? No puedes tenerme aquí para siempre. Allí fuera estarán buscándonos y no cesarán de hacerlo.

—Aquí no te encontrarán. Y si lo hiciesen, nos iríamos a otro sitio más remoto y oculto. Siempre estarás conmigo. Ya está, Maša, resignate. ¡Esta es tu vida ahora! —exclamó con entusiasmo y una sonrisa—. Será una buena vida. Seremos felices.

—Solo seré feliz si vuelvo a la vida de la que me arrancaste —murmuró.

—Pero yo no sería feliz sin ti. Además, una mujer como tú, ¿cómo crees que habrías podido contentarte con un pusilánime como Lazar?

Estaba provocándola, lo sabía, conocía sus retorcidos mecanismos para inducirla a perder el control. No obstante, permitirle que se refiriese a Kovać como a un pusilánime cuando era lo opuesto se presentó como imposible. Aunque no alzó el tono de voz, replicó con firmeza:

—Tú, a Lazar, no le llegas ni a los talones.

—Deberías decir *llegabas*.

—¿De qué estás hablando? —preguntó sintiéndose una tonta, pues la alusión había sido clara.

—¿Cómo qué quiero decir? ¿No se habla en tiempo pasado de los muertos?

—¡No! —El alarido perforó la quietud de la habitación.

Se puso de pie, la vista fija y horrorizada en la mueca triunfal de Vuk. Él también abandonó la silla, y lo hizo con movimientos lentos, medidos, como los que habría empleado un hombre galante. Se burlaba de ella con cada gesto, con cada palabra.

—¡No es verdad! ¡Lazar no ha muerto!

—Fallé en el Sutjeska, querida Maša. Jamás me habría permitido fallar una segunda vez.

Se abalanzó sobre él con una rapidez que lo tomó desprevenido. Cayeron al suelo con estrépito. La Diana se montó a horcajadas dispuesta a aplicarle un golpe en la tráquea, solo que Vuk se lo impidió aferrándole a tiempo la muñeca. “Estoy lenta”, se reprochó, y supo que la droga, que aún le circulaba por la sangre, le menguaba la rapidez de los reflejos.

Quizá Vuk no poseía técnica ni gracia en la lucha, pero era el hombre más fuerte que conocía y, al igual que tantos años atrás, la sometió al cabo de pocos segundos. Terminó de espaldas en el piso, él erguido sobre ella con las rodillas en la alfombra. Sacudía las piernas e intentaba alzar la pelvis para quitárselo de encima; desistió de inmediato por lo infructuoso del empeño y porque temía dañar a su bebé.

Se odiaba por haberlo asaltado enceguecida por el odio; por eso la había vencido. Se echó a llorar no por haber perdido la contienda, sino porque estaba segura de que Vuk le decía la verdad: había asesinado a Lazar. Al amor de su vida. En realidad, *su* vida. Sin él, ni Darko, ni Larysa, ni el hijo que llevaba en el vientre tenían sentido; así de pasmosa era la realidad. Si Kovać había muerto, ella también.

La sentía rebullirse bajo su peso mientras la observaba rebelarse a la derrota, y se excitaba sin remedio. Se había prometido no tomarla por la fuerza. En la nueva etapa que emprenderían, el sexo sería consensuado. Solo que la prueba estaba resultando demasiado dura y su voluntad no era de hierro, en especial con esa mujer, que bastaba que lo mirase para calentarlo. A punto de romper la promesa, la vio apagarse. Mariyana cesó los esfuerzos por sacárselo de encima y se quedó quieta, los ojos muy abiertos fijos en el cielo raso. Se echó a llorar, y lo tomó por sorpresa. Su llanto le bajó la erección con la eficacia de una ducha fría. Lloraba por ese imbécil de Lazar, no tenía duda al respecto. Lloraba con lamentos desgarradores, completamente vencida. Los celos y la rabia le escocían en las manos. Le observaba el cuello fino y blanco que se convulsionaba con

los sollozos y los espasmos y ansiaba apretarlo hasta hacerla callar, hasta hacerle olvidar el nombre de su maldito hermano. “¿Lloraste alguna vez por mí, Maša? ¿Por lo que pudimos haber sido los tres juntos?”

Se puso de pie y la recogió del suelo. La cargó hasta la cama y la depositó con cuidado. La cubrió con una manta así como estaba, vestida y con las botas puestas. A Mariyana no pareció importarle. Recogió las piernas y se cerró en posición fetal. Ocultó las manos bajo el mentón. El llanto había menguado en intensidad pero persistía con una constancia inquebrantable.

Al igual que había hecho aquel día, cuando la desvirgó y selló para siempre su destino, le acarició la cabeza. Mariyana alzó las pestañas negras y mojadas y lo contempló con tristeza, directo a los ojos.

—¿Por qué no moriste cuando te desfiguré el rostro? ¿Por qué tú sigues vivo y él está muerto?

Le sostuvo la mirada en silencio.

—Mañana desayunaremos a las siete y media. Después tengo un asunto importante que tratar contigo.

Dio media vuelta y abandonó la recámara.

* * *

No volvería a ver ni a oír ni a oler ni a sentir a su magnífico Lazar. ¿Era eso posible? La criatura perfecta que había existido hasta pocas horas atrás, ¿ya no existía? El alarido de dolor se deslizó entre sus dientes apretados y murió sofocado en la almohada. No quería que la escuchasen llorar; temía que la enfermera volviese para inyectarle otro somnífero. Como no se lo habría permitido, corría el riesgo de que Vuk interviniese y ordenara que la atasen de nuevo. Ni siquiera era libre de llorar al amor de su vida. Sacudió la cabeza para negar. ¡No era posible! ¡Lazar Kovać no la había abandonado! Él era invencible, su héroe, su salvador.

—No me dejes, amor mío —suplicó entre sollozos ahogados—. No me dejes, Lazar.

El llanto arreció. Le dolía la garganta donde Vuk la había ahorcado, le palpitaba el golpe en el rostro. Tenía los labios tiesos y fríos, los ojos le ardían como si les hubiese entrado arena, y una opresión en el pecho le dificultaba respirar. ¿Dónde habría mandado desechar su cuerpo? ¿Lo habría tirado como si fuese basura? Más alaridos reprimidos, más imágenes

insoportables. Apretaba los párpados y agitaba la cabeza en un intento infructuoso por cancelarlas de su mente. Nada surtía efecto. ¡Él ya no volvería! ¡Ya no volvería a mirarla ni a hacerla sentir el centro de la creación! ¡No volvería a tocarla! Y su risa, ¿no volvería a oírla? Se merecía ese sufrimiento; después de todo, ella era la culpable de su muerte. Si no se hubiese puesto caprichosa con la idea de visitar Srebrenica, él habría estado vivo.

Detuvo en seco el llanto al caer en la cuenta de que Kovać había muerto sin saber que sería padre. ¡Qué honda amargura le causó esa certeza! Tan honda, y tan oscura, y fría, e infinita. Pero nada la angustió tanto como la certeza de que su hijo no conocería al mejor padre del mundo.

Agotada, se quedó dormida. No fue un sueño reparador sino plagado de pesadillas, escenas sin sentido. Hasta que la nitidez con que se le presentó el rostro de Sergei Markov en medio de tanto caos la sobresaltó. Oyó que la llamaba, su voz la alcanzaba con claridad, pero no lo divisaba en la oscuridad de la habitación. “Diana, despierta”, le decía, una y otra vez.

Alzó los ojos súbitamente y se volvió enseguida hacia la puerta tras haber oído un chasquido, no la chicharra con que la abrían Vuk y la enfermera sino el sonido habitual del pestillo. Un triángulo de luz iba ensanchándose en tanto la hoja de madera se separaba del marco. Alguien ingresaba al acecho. ¿Alguien que quería dañarla o ayudarla?

Aprovechando la oscuridad y que se encontraba del lado más alejado al ingreso, se deslizó hacia el suelo y se escondió bajo la cama. La persona avanzaba con sigilo y movimientos cuidados, asistida por la luz del corredor y también por una pequeña linterna halógena. De igual modo, y dadas las grandes dimensiones de la habitación, esta seguía sumida en la oscuridad.

Distinguió unos borceguíes negros pues el intruso se había acercado a la cama. Resultaba evidente que hurgaba entre las sábanas. La buscaba.

—*Caralho!* —lo escuchó farfullar, y entonces supo de quién se trataba: Alberto de Souza.

Nada bueno podía esperar del asesino de Raemmers y de Severina de Souza. La cama antigua de patas altas le brindaría el espacio y el ángulo precisos para atacarlo. Se giró en un movimiento fluido y mudo y quedó recostada de espaldas. Se aferró a los maderos del elástico y propulsó la pierna derecha hacia delante para asestarle un golpe con el taco de la bota justo donde finalizaba la caña del borceguí. Le daría de lleno en la canilla.

Conocía la eficacia de causar dolor en ese punto. De Souza cayó al suelo con un gemido. Se propulsó fuera deslizándose con velocidad, dispuesta a impedirle que se incorporase, en caso contrario habría perdido la ventaja, y como de seguro su antiguo comandante estaba armado, la sometería sin remedio.

De Souza la sorprendió poniéndose de pie con una agilidad inesperada. Antes de que pudiese extraer la pistola, le lanzó una patada que aterrizó en el plexo solar del portugués. El hombre cayó de espaldas con un sonido sordo y seco que, La Diana sabía, lo había desprovisto del aire. Se colocó a horcajadas sobre él y le asestó una trompada para atontarlo. Tanteó dentro de su chaqueta y sustrajo la pistola de grueso calibre. El metal frío de la empuñadura y el peso del arma la hicieron sentir de nuevo en control de la situación. Colocó el cañón sobre la frente de De Souza y lo aferró por las ropas para levantarlo.

—Diana —oyó balbucear a su antiguo comandante.

Lo contempló en la lobreguez del dormitorio. La luz del corredor se proyectaba sobre las facciones toscas del ex militar portugués y le conferían un aspecto cadavérico. Había respetado y querido a ese hombre; lo habría seguido en cualquier misión; habría puesto su vida en las manos del que ella consideraba un amigo, además de un mentor y un jefe.

—Diana, te lo suplico, dime dónde está Svetlana. Es por mi hija que te lo pido. Ten compasión de ella. Y de mí —añadió con un timbre avergonzado y bajó las pestañas para ocultar los ojos.

—¿Por qué debería compadecerme de usted y de su hija si usted jamás mostró siquiera un poco de compasión por las víctimas del tráfico humano?

—Esto va mucho más allá del tráfico humano —declaró el portugués—. Mucho más allá —subrayó.

—Me importa una mierda hasta donde llegan sus negocios sucios. Quiero salir de aquí y usted me guiará fuera.

—No saldrás viva de esta fortaleza sin planearlo con cuidado. Déjame libre y te ayudaré a salir, pero tendremos que hacerlo a mi modo.

—No confío en usted, comandante. Mandó asesinar a Raemmers, a su propia esposa, la madre de su hija, y también intentó liquidar a Charlotte. ¿Cómo conocía el hospicio donde la había internado el general? Pocas personas lo sabíamos.

—Mi esposa me lo dijo.

—¡Miente! Su esposa ya no se fiaba de usted. No se lo habría confesado.

—Fue necesario hacerla entrar en razón.

La Diana recordó que Callum Duncan le había contado que de la autopsia de Severina de Souza resultaba que había sido golpeada pocos días antes de su muerte. Ahora comprendía a manos de quién y el motivo.

—¿Por qué matar a Charlotte? A ella, una mujer indefensa.

—Porque sabía demasiado. Severina y ella eran íntimas amigas. Estaba seguro de que mi esposa le había contado todo, sin mencionar que Anders, sabiéndose acorralado, podía haberle dicho algo o entregado algún documento. ¡Te ayudaré a escapar! No saldrás de aquí sin mi ayuda —remarcó.

—No confío en su juicio, comandante. Toda esta cuestión le ha nublado el entendimiento. ¿De qué otro modo se explica que haya sido tan idiota para darles a los sicarios que mataron a su mujer su número telefónico, sin mencionar la contratación del seguro de vida? Así fue cómo los del Scotland Yard ataron cabos. Encontraron el celular de uno de ellos en High Park y descubrieron su número en la lista de contactos.

—Me conoces bien, Diana. Sabes que jamás habría cometido un error tan burdo. Sospecho que fue el *vojvoda* quien se lo dio para tenerme agarrado de las pelotas. Fue él quien los contrató. Y estoy seguro de que fue él quien mandó plantar el teléfono donde cientos de personas pudiesen hallarlo. Yo jamás tuve tratos con ellos, ni siquiera les conocía los nombres ni las caras. Fue una jugada sucia del *vojvoda* para convertirse en el único a quien pudiese recurrir.

—Pero estuvo de acuerdo con que mandase eliminar a la señora Severina. ¡Y encima planeó sacar provecho y contrató un seguro de vida! —se enfureció, y De Souza bajó la cara—. ¡Maldito hijo de puta!

—¡Te lo juro por mi hija! Los ayudaré a escapar, a ti y a Lazar Kovać, pero...

—¡Lazar está muerto! —le rugió en un murmullo de dientes apretados, y le comprimió el arma en el hueso frontal. De Souza ahogó un jadeo de dolor.

—¡Estaba vivo hasta hace una hora! ¡Estuve con él! Vuk lo tiene aquí, en una de las tantas celdas del sótano.

La Diana se debatía entre dejarse llevar por la alegría desbordante que le causaba la noticia o por la desconfianza que naturalmente le suscitaba De Souza. No tuvo tiempo de decidirse. La puerta causó un estrépito al dar contra la pared. La lámpara del techo se encendió, y varios hombres

uniformados y con fusiles irrumpieron en la habitación. La Diana se puso de pie de un salto y alzó el arma. El retén se abrió para dar paso a Vuk, que entró en el dormitorio vistiendo una bata negra y larga y con una pistola de grueso calibre apuntando hacia abajo.

—Bajen las armas —ordenó, y los hombres lo obedecieron al instante.

La Diana seguía dirigiendo la pistola hacia el grupo uniformado, consciente de que se trataba de un acto reflejo y que en realidad no contaba con ninguna posibilidad de escape. Vuk se detuvo delante de ella, la miró fugazmente y luego, sin moverse, destinó su atención a De Souza, que se había incorporado a medias en el piso.

—De Souza —dijo con acento risueño y una mirada fría que La Diana conocía bien y que, sabía, no presagiaba nada bueno.

—*Vojvoda* —balbuceó el ex militar—, mi hija —suplicó, y no tuvo tiempo de proseguir.

Vuk alzó la pistola y le pegó un tiro en la frente. El portugués se desplomó sobre el piso de mármol sin emitir sonido, con los ojos que parecían salirse de las órbitas y la boca abierta en el intento por decir algo, tal vez rogar por piedad.

La Diana sofocó una exclamación y caminó hacia atrás, el arma siempre apuntando a Vuk y la mirada fija en el hueco negro impreso en la frente de su antiguo comandante, por el cual no manaba sangre sino un humo sutil que se desvanecía.

—Maša, dame la pistola —pidió Vuk con aire paciente.

Al levantar la mirada para enfocarla en su carcelero, avistó cerca del cuerpo de De Souza un estuche pequeño, de esos que contienen elementos para el arreglo de las uñas y que se llevan en los viajes. De forma ovalada y en cuero azul de cocodrilo, lo había visto en un sinnúmero de ocasiones y sabía que si lo abría se encontraría con las ganzúas y otros pequeños artilugios del comandante. De hecho, De Souza le había enseñado el arte de franquear las cerraduras con los elementos que hallaría en su interior. Comprendió que el ex militar, al servirse de su habilidad para sortear puertas, había ingresado sin hacer ruido; ella no lo habría escuchado si Sergei Markov no la hubiese despertado. Había dejado caer las herramientas durante la lucha. Si el portugués no había activado la chicharra para franquearse el paso, ¿cómo se habían enterado los mercenarios de que se encontraba en su dormitorio? Cámaras, dedujo. La estancia debía de estar plagada de cámaras y micrófonos.

—Mariyana —tronó la voz de Vuk en el ambiente tenso—, entrégame la pistola. Ahora.

Alzó la vista y la clavó en la de él. Seguía tan fría como cuando se la había dirigido a De Souza. Se le cruzó por la mente que el arma completamente inútil frente al numeroso retén le habría servido para acabar con su vida porque, se planteó, era la única manera de terminar con el poder que Vuk ejercía sobre ella. Lo desestimó de inmediato, pues si bien horas antes había decidido que sin Kovać no valía la pena seguir, ahora se arrepentía y se avergonzaba; lo había traicionado al no pensar en Darko, en Larysa y en el hijo que habían engendrado con infinito amor. Él jamás los habría abandonado.

Hizo girar la pistola con habilidad, la aferró por el cañón y se la extendió. Vuk la tomó por la empuñadura, la vista inamovible en la de ella.

—Quiten el cuerpo. De inmediato —ordenó.

La Diana avanzó y se colocó delante del estuche de ganzúas para evitar que los hombres que arrastraban fuera a De Souza lo divisaran. Por fortuna, había caído dentro de una baldosa de mármol negro, lo que ayudaba a camuflarlo.

—Vuk...

—Ahora no, Maša. —Dio media vuelta y se dirigió a un uniformado—. Zvonko —lo llamó.

—Sí, *vojvoda* —respondió de inmediato el hombre y dejó de hablar por el walkie-talkie.

—¿Cómo mierda entró De Souza en esta habitación? ¿Acaso tenía una tarjeta de ingreso?

—No oímos la chicharra, señor. Debió de hacerlo forzando la cerradura.

—Revisen el cadáver —ordenó—. Busquen si tenía encima una tarjeta o alguna herramienta. Quiero saber cómo mierda entró aquí.

—Enseguida, *vojvoda*.

Se volvió hacia La Diana. Consultó la hora.

—Vuelve a dormir —le ordenó—. Vendrán a despertarte en un par de horas.

—De Souza me dijo que Lazar está vivo.

Odió la esperanza que se le adivinaba en el brillo de los ojos y en el modo en que apretaba los labios, ansiosa por la ratificación.

—Te habría dicho cualquier cosa con tal de que lo condujeses donde tienen escondida a Svetlana. Lazar está muerto, y tú lo sabes.

—¡No, no lo sé! ¡Quiero verlo! ¡Dónde está su cuerpo! ¡Déjame verlo!

Vuk la sujetó por los hombros y, al clavarle con deliberada sevicia los dedos, debió de aplastar algún nervio pues le provocó un sufrimiento que le aflojó las rodillas.

—¡Basta con este asunto! Te advertí que no quería oírte pronunciar su nombre. ¿A qué estás jugando, Maša? ¿En verdad quieres recordar cuáles eran las consecuencias por violar mis órdenes?

Deshecha a causa de la ilusión destrozada, enfurecida por la injusticia de hallarse de nuevo encadenada al dragón, sacudió los hombros para quitarse las garras de encima y se desmoronó en el suelo, donde pegó la frente y se echó a llorar. El frío del mármol la recorrió como un latigazo y la hizo estremecer. Se le aguzaron los sentidos. Percibía la protuberancia del estuche con gonzúas en el empeine del pie derecho y escuchaba las voces de los guardianes que se alejaban arrastrando el cuerpo de De Souza. Un olor punzante, como el del azufre, se suspendía en el aire de la habitación y se mezclaba con los restos de la loción de Vuk, una distinta de la que la había asqueado horas atrás.

Sus pies descalzos seguían allí, delante de ella. Se lo imaginó contemplándola desde su altura de dos metros con la mirada soberbia y la mueca triunfal. Él se creía Dios, y ella temía que, tarde o temprano, tal como le había sucedido en Rogatica, acabaría por convencerse de que lo era.

Aguardó a que los pies desaparecieran y que la puerta se cerrase. Se mantuvo en la misma posición, mientras simulaba llorar. Si, como suponía, estaba siendo vigilada, tendría que hacerse del estuche y ocultarlo de modo que no se diesen cuenta. Era su pasaporte a la libertad, la última línea con la vida. Colocó los brazos entre las piernas en el acto de quien busca calor. Estiró el derecho hasta rozarse el pie y dar con el estuche. Cerró el puño en torno a él, y así se quedó por un largo tiempo, hecha un ovillo sobre el suelo helado mientras luchaba por insertarlo bajo la manga de la camiseta. Solo después de lograrlo, se incorporó.

No volvería a la cama como le había ordenado Vuk. Necesitaba darse una ducha. Caminó arrastrando los pies. Tanteó hasta hallar el interruptor de la luz. Las dimensiones exageradas de la habitación volvieron a asombrarla. Los sitios donde ocultar cámaras y micrófonos eran numerosos. ¿Vuk permitiría que los guardias la viesen desnuda?

Estudió el mueble de madera con mesada de mármol en el cual había cuatro lavatorios. La grifería, recargada y de mal gusto, de un dorado vívido, la llevó a cavilar si no estaría bañada en oro. Un botiquín con espejo, del mismo largo del mueble y dividido en varios compartimentos, se extendía sobre la pared. Abrió la primera puerta y hurgó entre los cosméticos con la mano izquierda. Dejó caer una botella de plástico con champú y, al arrodillarse para recogerla, enfiló el estuche de De Souza entre la pared y la pata del mueble. Se incorporó y repuso el frasco en el estante del botiquín. Al cerrar la puerta, el espejo le devolvió una imagen que la desalentó, la de su rostro extenuado. No obstante, haber ocultado las ganzúas le confirió un minúsculo triunfo en la guerra que le había declarado a Dios.

CAPÍTULO XV

Los hijos son la obligación de formar seres dichosos.

Simone de Beauvoir, escritora francesa
(1908-1986)

La enfermera se presentó a las siete de la mañana. No la saludó y evitó mirarla a los ojos. Se limitó a indicarle el vestidor, un ambiente contiguo al baño, colmado de estantes, cajoneras y barrales llenos de ropa, zapatos y accesorios.

—Puede vestir y usar lo que desee —explicó la mujer de modo cortante, seco—. Todo es suyo.

Comprobó que desde los pantalones hasta los zapatos, aun los corpiños, eran de su medida, todas prendas nuevas, a estrenar, con las etiquetas aún colgando. Al volverse, la enfermera ya no estaba allí; había regresado a la habitación donde le susurraba órdenes a una doméstica que armaba la cama. Cerró la puerta y se quitó la bata de toalla con la que se había envuelto luego de la ducha. Se apresuró para evitar exponer la desnudez a las cámaras ocultas y se echó encima una camiseta, un suéter de cachemira amarillo pálido y unos jeans.

Regresó a la habitación. La empleada preparaba la vajilla para el desayuno en la misma mesa donde habían cenado la noche anterior.

—¿Qué hora es?

La enfermera consultó un reloj que le colgaba de un imperdible en el pecho.

—Las siete y veintitrés. El *vojvoda* estará aquí en siete minutos. Es muy puntual —añadió con una jactancia que irritó a La Diana.

—¿Ustedes también son prisioneras del *vojvoda*? —preguntó con simulada candidez.

Ninguna contestó. La enfermera le destinó un vistazo poco amigable, y a la doméstica se le resbaló un plato, que hizo ruido al caer sobre la mesa y chocar con los cubiertos. La Diana se dirigió a una de las tres ventanas y recorrió apenas la cortina. Comenzaba a clarear. Estudió el predio muy bien iluminado. Se trataba de un parque imponente. A lo lejos avistó las figuras de los guardias que recorrían el perímetro, y poco transcurrió antes de que cuatro pasasen bajo su ventana. Iban bien abrigados, con armas largas en bandolera, y callados, pues no se advertía la condensación de sus alientos en el aire gélido del amanecer. Circulaban con dóbermans y pastores alemanes sujetos a cortas correas. Apoyó la frente en el vidrio helado y cerró los ojos, abrumada por la opresión que le causaba saberse prisionera, por el convencimiento de que no sería fácil escapar de allí; tampoco lo sería para sus amigos irrumpir en esa fortaleza, como De Souza la había llamado.

—Lazar —necesitó susurrar.

Las lágrimas se le escurrieron entre los resquicios de los párpados y le rodaron por las mejillas. Le temía al instinto que le señalaba que el portugués no le había mentado al afirmar que Kovać seguía con vida en el sótano de la propiedad, y le temía porque en caso de no ser verdad la desilusión la destruiría. ¿Qué tal si, como había sugerido Vuk, su antiguo comandante se lo había dicho para obtener una baza?

Lo escuchó ingresar e impartir órdenes bisbiseadas a las mujeres, que abandonaron la habitación un momento después. Estaban solos. Lo sintió acercarse, y los músculos se le crisparon; le dolieron las mandíbulas de apretar los dientes. Volteó de prisa; como un animal acechado, quería conocer exactamente la posición del depredador. La mirada hambrienta de él la sumió en un pánico que la paralizó.

—¿Por qué no has intentado violarme aún? —pensó en voz alta, y sus palabras tuvieron un efecto inmediato en él, que se detuvo en seco y pronunció el ceño para observarla.

—Ya te lo dije ayer, quiero que esta vez las cosas sean distintas entre nosotros.

—Estás loco.

—Ten cuidado con tu boca, Maša. Hasta ahora he sido complaciente pero con tu actitud no llegaremos a ningún lado, y en verdad estoy cansándome. —Le dirigió una sonrisa pedante antes de expresar—: Si tantos deseos tienes de que volvamos a estar juntos, solo tienes que...

—Ponme un dedo encima, bestia repugnante, y será lo último que harás. Te lo juro por la memoria de mi abuela Katarina. Será lo último que harás —remarcó.

Se midieron a través del par de metros que los separaba. En el silencio se percibían los sonidos lejanos provenientes del parque: el motor de una camioneta, el diálogo ininteligible de los guardias, el ladrido de los perros. La Diana se sintió sola y débil frente a ese hombre de fuerza hercúlea y corazón de acero, y sin embargo existió un instante en el que entrevió algo en su mirada que no había visto nunca allí, una cualidad que le resultó imposible de calificar pero que la asombró. Vuk bajó la vista, y la novedosa actitud se perdió.

—Ven, vamos a desayunar —masculló antes de darle la espalda y caminar hacia la mesa—. Después hablaremos tú y yo.

La Diana dudó. Le resultaba intolerable la idea de compartir la mesa con él. La sensación de soledad se acentuó ante la confusión. ¿Cómo debía proceder? En un acto reflejo, se llevó la mano izquierda hacia el omóplato derecho, a la figura de San Miguel Arcángel. Hacerlo enojar, se recordó, no la conduciría a ningún lado. Lo sabía capaz de cualquier cosa con tal de que su voluntad se cumpliera. Lo necesitaba manso y bien dispuesto para pedirle lo que deseaba, sin mencionar que debía alimentarse.

Vuk la sorprendió una vez más al esperar que se sentase antes de hacerlo él a su lado, en el mismo sitio de la noche anterior. Levantó las campanas de acero inoxidable y estudió la comida con ojos codiciosos. A ella, la visión y el aroma de los huevos revueltos y de la panceta frita le causaron ganas de vomitar. Se apresuró a sorber café; precisaba del sabor amargo. El trago caliente le bajó por la garganta lastimada y soltó un gemido.

—¿Qué sucede? —se preocupó Vuk, y la miró con tanta sinceridad que tuvo deseos de arrojarle la bebida a la cara.

—Me lastimaste la garganta ayer cuando me aferraste por el cuello, eso sucede.

—Tú eres la única culpable. ¿Por qué insistes en provocarme?

Asqueada, cansada y desmoralizada, soltó un suspiro y se dispuso a untar una tostada con manteca. Por un rato, comieron en silencio. Un cuarto de hora más tarde, La Diana quiso saber:

—¿Hay cámaras solo en la habitación o también las hiciste instalar en el baño y en el vestidor?

—En todas partes —confirmó Vuk con la boca llena y los ojos risueños—. Solo que las del baño y las de vestidor son solo para mis ojos. No te desnudes en la habitación —ordenó, de pronto serio— o hazlo detrás del biombo —propuso, y lo señaló—. No quiero que mis hombres se hagan la paja con mi mujer. —De nuevo con ánimo jovial, propuso—: Instálate en mi habitación. Allí no hay cámaras.

—¿Cómo está Darko? —inquirió para no seguirle el juego.

—¿Solo preguntas por él? ¿No hay nadie por quien deberías interesarte en primer lugar?

La desorientó. ¿Se refería a Kovać? Le había prohibido nombrarlo. ¿Se trataba de una zancadilla?

—¿Cómo están Senada y su hija? —tentó.

Vuk no le respondió; en cambio, se quedó mirándola, y de nuevo La Diana advirtió esa cualidad extraña en sus ojos, que no la asustaba sino que la desconcertaba.

—¿Dónde está nuestra hija, Mariyana?

La pregunta le causó un sobresalto. Se retrepó en la silla y, de un modo inconsciente, se aferró al borde de la mesa.

—¿Qué hiciste con ella la noche en que escapaste del Veljko Vlahović? El día en que intentaste asesinarme —le recordó.

Ella, por su lado, le habría recordado que él había castrado a un inocente. El asombro y el pánico le sellaron los labios.

—¿Dónde está nuestra Larysa, Mariyana? —Descargó la mano abierta sobre la mesa e hizo tintinear las tazas—. ¡Dímelo! ¡Dime qué hiciste con ella!

La Diana se puso de pie abruptamente y caminó varios pasos hacia atrás. Sacudía la cabeza y lo contemplaba a través de un velo de lágrimas.

—¿Qué hiciste con ella, Maša? —le preguntó desde la mesa—. ¿La asesinaste como intentaste hacer aquel día en que ibas a sofocarla en su cuna?

—¡Nunca le habría hecho daño! Ese día iba a levantarla en mis brazos para calmarla, pero tú llegaste y me detuviste. —Inspiró profundo para controlar el temblequeo de la voz—. Tal vez las cosas habrían sido distintas si ese día la hubiese cargado en mis brazos por primera vez. Sé que habrían sido distintas. Ya nada me habría separado de ella, de *mi* hija. Pero llegaste tú y lo arruinaste todo, como siempre has hecho en mi vida. Siempre has llegado para arruinarlo todo. Como ahora. ¡Te detesto! ¡Te desprecio!

Retrocedió al verlo abandonar la silla y avanzar sobre ella con una determinación que la arrojó a las garras del miedo nuevamente.

—¿Qué hiciste con nuestra hija, Mariyana!

—¿La abandoné! —admitió, y se dispuso a recibir la ira de Vuk con resignación, como el justo castigo por su abominable conducta—. ¡Por tu culpa la abandoné! ¡Me fui del Veljko Vlahović sin ella! ¡Me fui y la dejé atrás! ¡La dejé sola! ¡Sola! —Se limpió los ojos con manos agresivas y tosió, ahogada por el llanto—. Me lo arrebataste todo, Vuk, aun el instinto materno, y por esto te desprecio aún más que por haberme vejado y torturado.

Cayó de rodillas y acabó llorando con la cara a un centímetro del piso de mármol. Convulsionada por el llanto, medio ahogada, se dejó levantar y guiar donde fuese que él hubiese decidido llevarla; nada le importaba, ni siquiera el contacto de esas manos repulsivas. Aun atontada por el dolor, se daba cuenta de que también lloraba por la muerte de la última esperanza, la que había nacido con la declaración de Suada, de que el comandante Vuk tenía a Larysa. Se daba cuenta de que Vuk la abrazaba y le besaba la cabeza y no contaba con la fuerza física ni la voluntad para quitárselo de encima.

—¿Quieres a nuestra hija, entonces? —lo oyó preguntar.

Se separó de él y se puso de pie. Buscó la servilleta de la mesa y se limpió el rostro. Se dejó caer en la silla, apoyó los codos en la mesa y se sujetó la cabeza; las sienes le palpitaban y una puntada macabra le horadaba la coronilla. Le habló sin alzar la vista.

—¿Por qué preguntas por ella, Vuk? Aquel día dijiste que era hija de Kosta.

Lo escuchó reír con una actitud mansa, y en ese momento comprendió: le tocaba padecer de nuevo el calvario a manos de Vuk para expiar la culpa por haber abandonado a Larysa a su suerte. Pues bien, se lo merecía. Avistó por el rabillo del ojo que él ocupaba de nuevo su sitio en la mesa.

—Larysa es mía, Maša. Jamás dudé de eso. ¿La quieres, entonces? —insistió.

—Sí —admitió con un temblor irrefrenable en los labios—. Sí, la quiero —repitió.

Apoyó la frente en el antebrazo y rompió a llorar de nuevo, ahogada de culpa y decepción. Qué tarde se postraba frente a la verdad, cuando de nada valía. Estaba cansada de la vida, de sufrir, de perder a los que amaba. La guerra y ese hombre que le mesaba el cabello se lo habían quitado todo, y al

final, ¿con qué se quedaba? Con las heridas de la guerra y con el dragón. No quería compadecerse de sí misma, lo juzgaba una cobardía, y sin embargo en esa mañana fría se permitió la flaqueza.

—Ya, Maša, cálmate —la instó Vuk, y la sujetó por el brazo para obligarla a incorporarse.

—Déjame —susurró, y sacudió apenas el hombro para que no la tocara.

—Vamos, Maša, no llores. Larysa está aquí, conmigo.

¿Qué había dicho Vuk? Detuvo el llanto, cortó el respiro, se quedó inmóvil con la frente apoyada en el antebrazo. Abrió los ojos; solo veía el mantel borroso, aunque vislumbró claramente la humedad que le habían impreso sus lágrimas. ¿Qué había dicho Vuk? ¿Larysa está aquí, conmigo? Había escuchado mal. La cabeza le pesaba mientras la erguía. Se limpió los ojos para verlo mejor.

—¿Qué has dicho?

—Larysa está aquí, conmigo. Siempre ha estado conmigo.

—¿Aquí, en esta casa?

—Sí, en esta casa. ¿Pensaste que abandonarías a nuestra hija?

Las palabras de Suada, que en ese instante demostraban su sabiduría, volvieron a ella: “¿Cómo puedes dudar de que la tiene el comandante Vuk?”. Lo miraba fijamente, sin pestañeos, sin respirar, la vida sujeta de un hilo.

—No estás mintiéndome, ¿verdad? Estás mintiéndome —aseveró, y se endureció en la silla; apoyó las manos en los bordes de la mesa—. Lo haces para vengarte. ¡Es una venganza macabra!

La sonrisa de Vuk se esfumó. Se le ensombreció la mirada.

—No, Mariyana, no estoy mintiéndote. Larysa está aquí, a pocos metros de esta habitación.

Se puso de pie con ímpetu, y Vuk la imitó.

—¡Llévame con ella!

—No.

—¿Cómo? ¿Esta es la tortura que me tienes preparada ahora, negarme a mi hija?

—*Nuestra* hija. Y no estoy negándote nada. Siéntate y déjame hablar. No me hagas perder la paciencia.

Obedeció, volvió a ubicarse en la silla.

—Habla —lo instó, y de pronto, al ver que Vuk se llevaba la mano a la frente y dudaba, en una actitud nerviosa e insegura en la que jamás lo había

visto caer, tuvo miedo de lo que le diría.

—Maša, cuando Larysa tenía tres años le diagnosticaron leucemia...

Se le cerró la garganta, parecía que dos manos se la comprimían, y empezó a escuchar como si tuviese tapones en los oídos. ¿Su pequeña Larysa con leucemia? La leucemia era cáncer a la sangre, ¿verdad? ¿Su hija con cáncer? ¿Tan pequeña y con cáncer? ¿Era eso posible? Reaccionó cuando Vuk le acercó el filo de un vaso a los labios y el aroma de la naranja le invadió las fosas nasales.

—Bebe un poco de jugo —la instó—. Estás muy pálida.

Obedeció de modo maquinal. Le costó tragar, y un escozor le erizó la piel cuando el sabor agridulce de la bebida le inundó la boca.

—Ya estoy mejor —aseguró—. Empieza a contarme de nuevo —exigió.

—Acababa de cumplir tres años —retomó Vuk—. Una mañana, mientras la vestía, le descubrí unos moretones en las piernas. Su niñera, que la cuida como lo haría yo, me aseguró que no se había golpeado con nada. Esos moretones fueron el comienzo de mi peor pesadilla —afirmó. Bajó la vista y guardó silencio.

La Diana le observó las manos apoyadas sobre el mantel. Pese a su tamaño inusual y tosquedad, lucían inocentes mientras hacían girar la cucharita una y otra vez con movimientos nerviosos. Esas manos que tanto daño le habían causado habían vestido a Larysa, y de seguro la habían acariciado y protegido. Vuk alzó de pronto la mirada. Tenía los ojos brillantes y orlados por una tonalidad rojiza. Sumía los labios entre los dientes.

—Le diagnosticaron leucemia promielocítica aguda —dijo por fin con voz rara.

—¿Cómo? ¿Leucemia qué?

—Promielocítica aguda —reiteró lentamente.

—¿Qué es eso?

Vuk se aclaró la garganta, consultó la hora y se puso de pie.

—Vamos. Quiero que conozcas a alguien que te explicará lo que necesitas saber.

—¿No veré a Larysa?

—No todavía.

—Pero...

—Se hará a mi modo, Mariyana. —Asintió, vencida—. Ve a ponerte un abrigo. Saldremos.

No hizo preguntas. Entró en el vestidor a paso presuroso, arrancó del perchero la primera prenda que halló y regresó a la habitación. Vuk ya tenía la puerta abierta y le indicó con un ademán de cabeza que lo siguiese. Se desplazaron por un corredor cubierto por una mullida moqueta azul oscuro en la cual, cada dos metros y sobre ambos flancos, destacaba el diseño de un escudo muy ornamentado, con un águila bicéfala en el centro. Lo reconoció enseguida: se trataba del emblema de la casa real de Karadorđević. ¿Qué hacía ese escudo en la alfombra de la mansión de Vuk? Se acordó de los delirios de Aleksandar Ilić, que se declaraba miembro de la dinastía serbia, y se preguntó si esos dos seguirían en tratos tan íntimos como para compartir la residencia. Si era de ese modo, ¿Ilić había estado cerca de su hija? El estómago se le convirtió en una piedra. Deseó preguntarle a Vuk, solo que temía enfurecerlo y que no le permitiese verla. Ejercitó con la respiración para aplacar las ansias y repitió las palabras que una vez le había dirigido su adorado Lazar: “Paso a paso, poco a poco”.

Le pareció escuchar una voz en el silencio de la casa y aguzó los oídos. Las puertas cerradas se sucedían, y ella se preguntó en cuál se hallaría su pequeña. La noticia de la enfermedad no le había permitido disfrutar de saberla allí, cerca, protegida y cuidada. ¡La había encontrado! ¡Pronto la tocaría por primera vez! Una emoción arrolladora le explotó en el pecho, y enseguida pensó en Lazar Kovać, en cuánto deseaba compartir la noticia con él. “No me dejes, Lazar”, repitió una y otra vez mientras descendían dos pisos por una imponente escalera de mármol. En la planta baja, atravesaron un vestíbulo de grandes dimensiones y salieron al exterior tras cruzar una puerta de hoja doble.

El aire gélido y puro le envolvió el rostro, y lo inspiró con avidez. Alzó la vista. El cielo diáfano, sin nubes, le insufló energía. Era lo más parecido a la libertad. A sus pies se desplegaba una escalinata de piedra flanqueada por una balaustrada, al final de la cual, sobre el sendero de gravilla, los aguardaba un Mercedes-Benz negro clase S. Sufrió un momento de indecisión. La imagen del automóvil la retrotrajo al día en que Vuk se la había llevado al Veljko Vlahović para violarla por primera vez. Él se detuvo al final de la escalinata y se volvió para interrogarla con una mirada impaciente. Descendió deprisa. Nada contaba en ese momento excepto su hija.

Subieron a la parte trasera. El conductor era Mirko, y junto a él iba otro de los matones de Vuk. El muchacho le lanzaba vistazos por el espejo

retrovisor. Le notó la mano vendada, la que ella le había mordido. Resultaba evidente la hostilidad en su expresión, y se acordó de la vez en que la había sacado a bailar durante el festejo por sus quince años, desmañado y tímido, cuando la había contemplado con devoción. Apartó la vista y, al hacerlo, advirtió la presencia de unos hombres que se ocupaban del cuidado de un parterre a unos metros de la escalinata del ingreso. El que destacaba por su altura y corpulencia detuvo la zapa con que removía la tierra, se incorporó al ruido del motor y miró en su dirección. Se quitó la gorra de piel revelando abundante cabello blanco y aguzó los ojos. Supo enseguida de quién se trataba: era Mihajlo Milanković. Lo habría reconocido entre miles; Vuk era su vivo retrato. El corazón le dio un vuelco: estaba frente al padre de Kovać, a quien este había adorado y al cual, hasta ese día, creía inocente del asesinato de su madre Natalija. En un acto impensado, apoyó la palma de la mano en el vidrio y se incorporó con ganas de gritarle algo, lo que fuese. “¡Amo a su hijo menor con locura!”, le habría declarado. Nada hizo ni dijo. Se quedó allí, mirándolo, con la mano abierta en el cristal mientras el automóvil se alejaba lentamente. El hombre se limitó a inclinar la cabeza en señal de saludo.

A poco de andar, se dio cuenta de que aún no salían de la propiedad. Mirko conducía por senderos privados. Ya habían recorrido al menos un par de kilómetros y aún se encontraban dentro de los límites. Le llamaron la atención dos cosas: el paisaje de lomadas cubiertas por manchones de nieve, que parecía extraído de una postal. Y la presencia de guardias por todas partes. Hasta el momento, había contado treinta, algunos en vehículos similares a los que se emplean en los campos de golf solo que completamente cerrados; otros iban a pie, otros, en camionetas cuatro por cuatro invariablemente negras y con un logotipo que conocía, el de la empresa militar privada Baywatcher. Al igual que los guardias que habían pasado bajo la ventana, estos también estaban equipados con armas de guerra.

Unos veinte minutos más tarde, avistó a lo lejos una extraña construcción que se erigía sobre una lomada del terreno particularmente alta. Se trataba de un edificio de no más de cuatro pisos, un cubo vidriado en cuyos cristales espejados reverberaba el sol. Se trataba de una aparición tan inesperada y fuera de sitio que se incorporó y acercó la nariz a la ventanilla.

—¿Qué es eso?

—Allí es donde nos dirigimos —fue la evasiva respuesta de Vuk.

—Pero ¿qué es? —insistió.

—Un centro de tecnología y ciencia.

Se volvió y no hizo un misterio del asombro. Lo observó directo a los ojos. ¿Quién era ese hombre en realidad? ¿Qué secretos custodiaba para necesitar un pequeño ejército? ¿Semejante despliegue de guardias solo por su actividad de traficante?

—¿Tú eres el dueño de un centro de tecnología y ciencia?

—¿Te resultaría muy extraño?

Ni siquiera ensayó una respuesta. Estaba provocándola. No caería en su juego. Se detuvieron, y bajó sin esperar a que le abriesen. A Vuk, en cambio, le abrió uno de los tres guardias apostados en el ingreso, que se aproximó a paso solícito y con el fusil hacia abajo y que realizó un saludo militar cuando el *vojvoda* descendió del vehículo, la típica venia con la mano sobre la frente y el golpe de los tacos de los borceguíes al juntar los pies. En la pechera del uniforme, La Diana volvió a encontrarse con el logotipo de la Baywatcher. Apartó la vista, asqueada por la obsecuencia.

De la construcción destacaban sus modernas líneas y la prolijidad que se observaba en cada detalle. No había automóviles a excepción del Mercedes-Benz de Vuk. En un sector pavimentado junto al edificio, estacionados en perfecta simetría y orden, avistó una decena de vehículos similares a los carros de golf que había visto antes.

La puerta principal se abrió de manera automática e ingresaron en un vestíbulo tan espartano como lujoso en el despliegue de mármoles, muebles de líneas severas en madera oscura, iluminación profusa y brillante y dos esculturas clásicas —ella habría jurado que eran dos dioses griegos—, las cuales, en un ambiente tan minimalista, podrían haber desentonado y sin embargo le conferían un toque original. La sobriedad del sitio se oponía a la opulencia recargada de la mansión. Compartían una condición: las dos estaban fuertemente custodiadas y había cámaras por todas partes.

El rostro delgado y pálido de la recepcionista se iluminó al ver a Vuk. Se puso de pie tras el mostrador para saludarlo con la misma obsecuencia del guardia. La Diana le notó el acento belgradense.

—La doctora los está esperando, *vojvoda*. Los acompaño.

—No es necesario —desestimó Vuk, y se volvió hacia Mirko—. ¿A qué hora partes?

—A las dos.

Se limitó a asentir antes de tomarla por el codo y guiarla al sector de los ascensores. Mirko y el otro hombre se quedaron junto al mostrador de la muchacha. La Diana se volvió para mirarlos, y su amigo de la niñez le destinó una mirada de palmario desprecio.

Entraron en uno de los dos ascensores. Vuk introdujo una llave en la cerradura junto al botón que correspondía al cuarto piso y la hizo girar. Las puertas se cerraron y la cabina se puso en movimiento. Alcanzaron su destino en pocos segundos. La Diana, que se disponía a bajar, retrocedió y atajó a tiempo la exclamación. Delante de ella se encontraba Yura Christiansen. La científica abrió grandes los ojos achinados y se mordió el labio. El rostro oliváceo se le volvió del color de la grana.

—No es necesario que simulen —aclaró Vuk—. Sabemos que se conocen. Tu hermano y ella trabajaban para la OTAN.

—Es cierto, *vojvoda* —admitió la mujer inuk con voz temblorosa—. ¿Cómo estás, Diana?

—Estupefacta de verte, por decir lo menos. Contenta también.

—Gracias. Es bueno verte, aunque lamento que sea en estas circunstancias.

La Diana se limitó a encogerse de hombros y a realizar un gesto de silenciosa resignación.

—¿Cómo está mi hermano? —farfulló la científica con ansiedad evidente.

—No lo sé, Yura —mintió—. Poco después de tu... *muerte*, pidió la baja y desapareció. Intenté comunicarme con él infinidad de veces, sin resultados. Estimo que volvió a Groenlandia para pasar una temporada con tus abuelos.

—Muy de Nanuk —concedió la mujer y sonrió con una mueca triste.

—¡Qué feliz lo haría saber que estás viva! Y Miki, ¿ella...?

—Miki está bien. Solo me permiten verla una vez por día —añadió, y en ningún momento miró a Vuk; resultaba claro que le temía.

—Comprendo. Pero, ¿qué fue lo que sucedió? Creímos que habías muerto...

—¡Basta! —se impacientó Vuk—. No hemos venido aquí para recuperar viejas relaciones perdidas.

—Sí, *vojvoda*. Disculpa —se apresuró a decir Yura, y La Diana la notó vencida, más bien quebrantada—. Síganme, por favor.

Caminaron tras ella por un corredor de pisos de cerámica blanca que brillaba como un espejo, flanqueado por muros de paneles también blancos, de los cuales emergían voces medidas y sonidos de máquinas. Yura se detuvo al final del pasillo y abrió una puerta de hoja doble.

—Pasen —invitó—. Tengo todo preparado.

Ingresaron en una estancia amplia con una mesa en el centro para una treintena de personas. Cada detalle lucía cuidado, prolijo y de lujo. Había un mueble con vajilla, una máquina para preparar café expreso, una gran variedad de jugos y aguas dentro de una heladera con puerta de vidrio y una máquina expendedora de sándwiches, galletas, chocolates y otras golosinas. En un extremo de la mesa se desplegaba una pantalla de dos metros de alto frente a la cual había un proyector conectado a una computadora portátil. Todo estaba encendido, alistado para la explicación que La Diana quería y temía recibir, las dos cosas al mismo tiempo.

Se sentó donde Vuk le indicó; él lo hizo junto a ella. Intentó abstraerse de su presencia y del vaho de su perfume. Se volvió hacia la pantalla y fijó la atención en Yura Christiansen. La veía moverse con soltura y preparar café. La sorpresa de hallarla en ese sitio le había impedido comprender cabalmente la significación de su presencia allí. No quería demorarse en analizar las implicancias pues necesitaba la mente despejada para concentrarse en la exposición. Solo se permitió reflexionar que lo que había conjeturado antes en el corredor de la casa mientras caminaba con el escudo de los Karadorđević a los costados de la alfombra, que Ilić y Vuk seguían tan unidos como casi treinta años atrás, cobraba fuerza y veracidad.

—Aquí tienes tu café, Diana.

—Gracias —murmuró.

—Empieza, doctora —ordenó Vuk.

Las luces de la sala disminuyeron lentamente y el contenido de la pantalla cobró preponderancia. Era la ilustración del hueso pélvico con un corte que ponía de manifiesto su interior.

—Diana, como el *vojvoda* te habrá comentado, Larysa fue diagnosticada en el 98 con una enfermedad de la sangre llamada leucemia promielocítica aguda. Es una forma rara de leucemia y un subtipo de la leucemia mieloide aguda. Para explicarte de qué se trata, primero me gustaría definir qué es un promielocito, del cual deriva el nombre de la enfermedad. —Encendió un apuntador láser antes de proseguir—. Las células de la sangre se producen en la médula ósea roja, que se encuentra en el interior de ciertos huesos,

como el de la pelvis —dijo, y la luz roja del láser señaló la ilustración—. Allí en realidad se crean las llamadas células madre que por un proceso denominado hematopoyesis se transforman luego en las tres células que componen la sangre humana. —La pantalla cambió la ilustración y apareció una con tres diseños en vistosos colores—. Estas tres células son los leucocitos o glóbulos blancos, los hematíes o glóbulos rojos y las plaquetas. Pero concentrémonos en los leucocitos, que son los que nos interesan. Durante la hematopoyesis, la célula madre, antes de convertirse en leucocito o glóbulo blanco, pasa por una serie de estadios, uno de los cuales es el promielocito. Por eso llamamos al promielocito una célula precursora. Si el proceso de hematopoyesis que tiene lugar en la médula ósea lanza al torrente sanguíneo promielocitos en lugar de aguardar a que se conviertan en leucocitos estamos en presencia de la leucemia promielocítica aguda.

—¿Y es muy grave que se lancen a la sangre los pro...?

—Promielocitos —la ayudó Yura—. Sí, es muy grave porque los promielocitos no sirven para nada. En lugar de promielocitos debería haber glóbulos blancos, que son los que nos protegen, son los componentes más importantes del sistema inmunitario.

—¿Entonces mi hija no tiene sistema inmunitario?

—Exacto. El otro gran riesgo de este tipo de leucemia son las coagulopatías, es decir hemorragias devastadoras que pueden conducir a la muerte si no se le provee de plaquetas rápidamente.

—Por eso tenía hematomas en las piernas —intervino Vuk, y La Diana se giró para mirarlo.

En la luz mortecina de la sala, su expresión no le pareció tan macabra ni su mirada tan cínica, y por primera vez se compadeció de él.

—¿Ha sufrido hemorragias? —se atrevió a preguntar, y Vuk se limitó a asentir, los ojos quietos y brillantes fijos en los de ella.

Tragó el bulto que se le formó en la garganta y se volvió hacia Yura.

—¿Por qué mi hija padece esta enfermedad?

Una nueva ilustración reemplazó a la anterior.

—Estos son dos cromosomas, el quince y el diecisiete.

—¿Qué es un cromosoma? —la interrumpió La Diana, que veía por primera vez los extraños diseños en forma de X.

—Los cromosomas son las estructuras ubicadas en el centro de todas las células que conforman el cuerpo humano. Están compuestos por ADN y proteínas y contienen la información genética de una persona. Cada célula

tiene veintitrés pares de cromosomas, es decir cuarenta y seis. En el caso de Larysa, la mitad son del *vojvoda* y la otra mitad, tuyos. Cuando, por alguna razón que desconocemos —se volvió hacia la pantalla y señaló los cromosomas con el puntero láser—, el brazo más largo del quince se une al brazo más largo del diecisiete y, por ende, cambian su posición y estructura dentro del genoma, el proceso de hematopoyesis comienza a funcionar mal. La consecuencia más grave de este mal funcionamiento es lo que te comentaba antes, que no se completa la transformación de los promielocitos en leucocitos y la médula los lanza prematuramente a la sangre periférica.

—Dices que no se sabe por qué los cromosomas quince y diecisiete se comportan de ese modo extraño.

—Suponemos que es una cuestión genética, algo hereditario. Sabemos, gracias al padre del *vojvoda*, que su hermano mayor, es decir, un tío carnal del *vojvoda*, murió en los años cuarenta de *una extraña enfermedad a la sangre* —subrayó las últimas palabras—. El señor Mihajlo le describió al *vojvoda* los síntomas que recuerda y sobre todo por la mención de hemorragias, estimo muy probable que se haya tratado de una leucemia promielocítica aguda que no se supo diagnosticar.

—La heredó de mí —masculló Vuk en serbocroata para que Yura no entendiese—, o tal vez fue culpa de la maldición que tu abuela le echó a mi descendencia.

La Diana mantuvo la atención en Yura y no se volvió a mirarlo. No tenía ganas ni fuerzas para rebatir las necedades de Vuk. La compasión que había experimentado por él minutos antes se había esfumado.

—Yura, dices que Larysa fue diagnosticada con leucemia en el 98. Entonces, hace ya tres años que mi hija está enferma.

—Yo llegué aquí hace unos meses, como sabes. Pero estudié en profundidad su caso. En el 98, se la sometió a un tratamiento de quimioterapia con una potente droga, la antraciclina. Por fortuna, Larysa respondió muy bien al tratamiento y, por lo que se consigna en el informe, el proceso de la hematopoyesis se normalizó, es decir, la médula ósea comenzó a lanzar al torrente sanguíneo leucocitos en lugar de promielocitos.

—Entonces, está curada —dijo, llena de esperanzas, que cayeron en picado al ver la forma en que Yura torció la boca.

—Como podrás imaginar, Larysa es una criatura a la que se controla casi a diario. La leucemia, y sobre todo la del tipo mieloideo, tiende a reaparecer

con el tiempo. Poco antes de que yo llegase aquí, se encontraron en la espalda de Larysa unos pequeños hematomas. Se le hicieron los análisis del caso y se detectó la presencia de promielocitos en la sangre.

—Oh, no —sollozó La Diana.

—El conteo es bajo aún y tienes que saber que no es anormal encontrar promielocitos en la sangre humana, pero con los antecedentes de Larysa es sabido que, tarde o temprano, la cantidad terminará por aumentar. Además, se le hizo un test llamado reacción en cadena de la polimerasa que detectó que los cromosomas quince y diecisiete de nuevo se han recombinado. He aquí el origen de todo.

—¿De nuevo se unieron los dos cromosomas!

—Sí, lo siento.

—¿Cuál es el tratamiento que seguirán ahora?

—Ya lo estamos siguiendo —explicó Yura—. Desde que llegué aquí, propuse iniciar una cura muy novedosa con un retinoide, el ácido transretinoico, que mata la proteína PML-RAR α ... Sí, lo sé, es complicado —admitió la científica al notar el ceño de La Diana—. En resumidas cuentas, cuando el quince y el diecisiete alteran su ubicación en el genoma, producen una proteína que es la responsable de que la hematopoyesis no se desarrolle normalmente. Atacando y eliminando esta proteína, el proceso de producción de leucocitos regresará a la normalidad.

—¿Y? ¿Ha dado resultados?

—Hasta el momento, sí —respondió Yura, cauta—. El conteo de promielocitos ha caído y está produciendo leucocitos sanos.

—¡Es una excelente noticia! —dijo, y se giró hacia Vuk.

Se encontró con sus ojos fijos en ella, como si llevase rato mirándola.

—No tienes idea —dijo con acento sombrío— lo que es hacerle tomar la píldora del ATRA, del ácido retinoico —aclaró—. Es enorme, como medio pulgar —dijo, y se lo señaló— y no podemos partirla ni triturarla; tiene que tomarla entera. Y hay que hacerlo prácticamente a oscuras porque si se somete el ácido a la luz pierde sus propiedades. Lloro cuando se acerca la hora de tomarlo.

La Diana se mordió la cara interna de los cachetes para evitar romper en un llanto amargo. No conocía a su hija, ni siquiera sabía cómo era su rostro, pero ya podía imaginarla sufriendo a causa de la crueldad de los tratamientos que se empeñaban en mantenerla con vida. Sintió una puntada

en el pecho, la que en el pasado había conocido como el precursor de los ahogos que asociaba a los ataques de pánico.

—¿Toda la vida tendrá que tomarla? —preguntó con la voz rota, ahogada.

—Al menos hasta que verifiquemos que los cromosomas han regresado a su posición normal —explicó Yura—. De todos modos, y aquí tu presencia es clave, estamos pensando en... digamos, hacernos de un as en la manga, de un tratamiento de reserva, algo que nos salvaría en caso de que volviese a recaer a pesar del tratamiento con ATRA, lo cual es probable.

—¿Cuán probable?

—Muy probable —aseguró la científica.

—¿De qué se trata?

—De que tú y yo —habló Vuk, y La Diana se volvió hacia él— engendremos un hijo con la misma configuración genética de Larysa. Un hijo sano que le dé todas las células que ella precisa para seguir viviendo.

—Un hermano salvador —completó Yura.

—¿Por eso me buscabas? —se sorprendió La Diana—. ¿Para engendrar un hermano salvador para Larysa?

Vuk le sostuvo la mirada y no respondió. Yura retomó la exposición y cubrió el silencio incómodo.

—Se podría haber buscado un donante para Larysa, pero es muy difícil dar con uno. Es como buscar una aguja en un pajar. Por ejemplo, tú, Diana, no podrías ser su donante. Lo comprobamos con la muestra de sangre que la doctora Ilić te extrajo apenas llegaste. Es muy raro que los padres puedan donar células madre a sus hijos, pero teníamos que intentarlo. Al *vojvoda* lo descartamos tiempo atrás, y a todos los que viven aquí. Hemos buscado fuera también.

La Diana se dirigió a Vuk para preguntarle:

—¿Por eso extraían sangre a las víctimas del tráfico humano? ¿Porque buscaban un donante para Larysa?

—Para Larysa y para Inés, la hija de De Souza —intervino Yura—, aunque en el caso de Inés terminamos por encontrar una muchacha con una genética similar a la de su madre, lo que nos permitió engendrar un hermano salvador combinando el espermatozoide de De Souza con sus óvulos.

La Diana permaneció con la vista fija en Vuk, que se la sostenía con una expresión que nada desvelaba.

—Como te decía —prosiguió la científica inuk—, es muy difícil encontrar un donante, pero las más altas probabilidades de hallarlo se encuentran entre los hermanos del paciente, del mismo padre y de la misma madre.

La Diana se llevó la mano al vientre y cerró el puño en la prenda de cachemira.

—¿Por qué entre los hermanos?

—Porque, al ser hijos de los mismos padres, tienen una composición genética similar, y por ende los antígenos leucocitarios humanos, que los científicos llamamos HLA por su sigla en inglés, podrían llegar a ser idénticos, lo cual permitiría la donación de células madre sin el temido rechazo.

—¿Qué son esos antígenos?

—Verás, Diana, los HLA son proteínas que se encuentran en muchas células, entre ellas, los leucocitos o glóbulos blancos. Cómo se combinan estos bloques proteínicos que recibimos de nuestros padres depende del azar. Dos hermanos tienen el veinticinco por ciento de probabilidades de compartir una estructura idéntica, y créeme, el veinticinco por ciento es un porcentaje muy alto. Si esta coincidencia en los HLA no se diese, entonces el trasplante fracasaría pues el cuerpo del paciente lo rechazaría, como sucedía con frecuencia antes de que en los setenta la ciencia descubriese la existencia de estos bloques de antígenos.

—Y en el caso del hermano salvador, ¿cómo sabremos que el HLA es idéntico?

—Te extraeremos varios óvulos y los fecundaremos con el espermatozoides del *vojvoda*. Obtendremos varios embriones. Los estudiaremos para determinar cuáles tienen la misma estructura de Larisa. Luego te inseminaremos solo los compatibles.

—Doctora —habló Vuk—, quiero que empecemos cuanto antes con los estudios necesarios para que Mariyana y yo engendremos a nuestro hijo.

—Lo haremos, *vojvoda*. Ahora que Diana está aquí, iniciaremos el tratamiento cuanto antes. Como primera medida, le estimularemos hormonalmente los ovarios y estaremos atentos a la ovulación.

Yura siguió hablando. La Diana cesó de escucharla. Cuando se dio cuenta de que estaba embarazada, y no tardarían en averiguarlo, Vuk la obligaría a abortar el hijo de Kovać. Aturdida de miedo y abrumada por la desesperanza, vio cómo Yura encendía las luces y apagaba la computadora.

La disertación que le había cambiado la vida acababa de terminar. Empezaba otro calvario: ¿defender al hijo de su amado Lazar o engendrar con el detestado Vuk un niño con la capacidad para salvar a Larysa?

Se puso de pie, se acercó a Yura y le extendió la mano. La científica se la quedó mirando.

—Nanuk me dijo que no te tocases, que padecías una fobia.

—La superé hace poco gracias al amor de un ser mágico.

Yura Christiansen sonrió y aceptó la mano ofrecida. La apretó con firmeza. La Diana se la notó fría y húmeda. Ahora que la observaba de cerca, a la luz y sin el aturdimiento de la sorpresa inicial, notó cuánto había envejecido; tenía canas y arrugas en la frente y en el entrecejo. Dos bolsas violetas bajo los ojos le opacaban la mirada.

—¿Te tratan bien?

—Sí —respondió Yura, y su gesto desmintió la repuesta.

—Gracias por explicarme tan bien la enfermedad de mi hija.

—De nada.

—¿Por qué crees que este tratamiento que está siguiendo ahora fracasará?

—Porque si bien el nivel de promielocitos ha bajado y el de glóbulos blancos, subido, no lo han hecho en los conteos esperados. En la ciencia nunca dos más dos es igual a cuatro, Diana. Podría darse que el ATRA terminase por resultar efectivo. Pero también hay muchas probabilidades de que no. En este escenario, tenemos el tiempo en contra. Es imperativo hacernos del hermano salvador cuanto antes. Por mi lado, me empeñaré para mantenerla sana.

—Gracias, Yura. Sé que no podría estar en mejores manos.

La Diana se dio vuelta y miró a Vuk.

—Llévame con Larysa.

Abandonaron la sala. Antes de alcanzar la zona de los ascensores, se abrió una puerta, y la doctora Ilić les salió al paso.

—Dragoslav —llamó a Vuk, y a La Diana la sorprendió que no emplease el respetuoso *vojvoda*.

—Ahora no. Llevamos prisa.

La médica lanzó un vistazo a La Diana, fugaz pero cargado de hostilidad. Insistió:

—Es importante. Tenemos que hablar ahora.

—He dicho que ahora no. Hablaremos esta noche en la casa.

Aferró a La Diana por el codo, sorteó a la menuda mujer de blanco y subió al ascensor.

* * *

Iniciaron el camino de regreso a la mansión en silencio. La Diana, azotada por un huracán de pensamientos, se dio cuenta de que comprimía las mandíbulas cuando empezaron a dolerle. Se sentía atrapada por la decisión que debería tomar y pronto. Sabía que su carcelero no esperaría hasta que el hijo de Kovać naciese para engendrar el hermano que Larysa tanto necesitaba. Lo liquidaría antes.

—¿Ha sufrido? —murmuró sin voltear a mirarlo.

—Tanto como no podrías imaginar —fue la respuesta que le provocó una corriente dolorosa que se le propagó por el cuerpo—. Pero si le preguntas qué es lo que más desea, no te dirá curarse. Te dirá: “Conocer a mi mamá”.

La Diana, con la frente apoyada en el cristal, se mordió el puño para reprimir los alaridos de impotencia y dolor que le agitaban el pecho, que le explotaban en la garganta. Mantenía los ojos muy abiertos, pero nada veía, solo una imagen borrosa del paisaje de postal. La calidez de las lágrimas sobre la piel fría le provocó un temblor. Se instó a controlarse. Quería estar tranquila y entera para conocer a su hija. Bajó los párpados e imaginó el rostro de Kovać, su sonrisa que le quitaba el aliento y su mirada bondadosa. “Lazar, amor mío, te necesito. No me dejes. No ahora que he encontrado a nuestra Larysa. Está enferma, Lazar. Mi hijita está enferma. No creo que pueda soportar verla sufrir. Dame tu fuerza, Lazar. La necesito”.

Más sosegada, se giró y enfrentó a Vuk.

—¿Qué le has dicho acerca de mí?

—Que nos separaron durante la guerra.

—¿Entiende lo que es la guerra?

—Sí, lo entiende. Le dije que unos soldados malos te llevaron y te apartaron de nuestro lado.

—¿Por qué le hablaste de mí?

—Porque eres su madre. Y porque, cuando tenía tres años, empezó a preguntar por ti.

—Con tan solo tres años —se asombró.

—Verás que es una niña muy despierta e inteligente. Entiende más de lo que tú creerías. Hicimos un pacto, Larysa y yo. Le prometí que si ella

permitía que los médicos la curasen, yo encontraría a su madre. Creo que fue esa esperanza la que la ayudó a curarse la primera vez. Y ahora, contigo aquí...

—¿Sabe que estoy aquí? —lo interrumpió.

—No. Se lo diré ahora, antes de que te vea.

La Diana iba a volverse hacia la ventanilla cuando Vuk la aferró por el brazo y la obligó a mirarlo.

—Suéltame, estás haciéndome daño.

—Escúchame bien, Mariyana —dijo, y le hundió los dedos en la carne hasta hacerla gemir—. Si osas hablarle mal de mí o contarle cómo fueron las cosas entre tú y yo, te haré quitar hasta el último óvulo y luego te asesinaré con mis propias manos, ¿has comprendido?

—Jamás le contaría la verdad, jamás le diría que su padre es un monstruo, y no lo haría para protegerte sino para protegerla a ella. Solo quiero que sea feliz.

Se sostuvieron la mirada en una contienda muda. Vuk aflojó los dedos lentamente y apartó la mano, y La Diana le dio la espalda.

* * *

A Mihajlo Milanković, la cárcel le había enseñado varios principios cardinales, entre los cuales destacaba el que establecía que cada uno se ocupaba de sus asuntos y que lo demás no existía. Esos principios aún formaban parte de su sistema de creencias, aun siendo un hombre libre, pues haber transcurrido poco más de veinte años tras las rejas lo había marcado para siempre. Desempeñaba su trabajo y no se metía en la vida de su hijo ni en la de ninguno en esa propiedad. Sabía que ocurrían cosas extrañas y que, de seguro, la mayoría era ilegal. De hecho, recelaba que ese asunto que había tenido a Anica pegada al televisor a fines de diciembre y que se refería a un hombre apodado *vojvoda* que andaba de cacería tras un grupo de jovencitas víctimas de la trata de blancas probablemente se hubiese referido a su hijo, más allá de que los informativos no suministrasen nombres ni mostraran fotografías.

Como fuese, a él nada le importaba, solo su nieta Larysa, la luz de sus ojos, la única alegría de su miserable existencia. A Dragoslav lo había perdido tanto tiempo atrás que no recordaba la época en que lo había considerado un hijo.

Entonces, rigiéndose por ese principio, lo sorprendía la curiosidad que le había despertado un rato antes la mujer que había avistado salir de la casa y subir en el automóvil de Dragoslav. Zapaba la tierra para cultivar los bulbos de tulipanes que tanto gustaban a Larysa cuando la divisó mientras bajaba por la escalinata. No solo le había llamado la atención su belleza sino que le resultase tan familiar. Lo asombró que la muchacha —le calculaba alrededor de treinta años, no más— lo hubiese mirado con ojos desesperados, como si quisiese decirle algo de capital importancia. Y se sobresaltó —algo inusual en él que creía haberlo visto y oído todo— cuando la muchacha apoyó la mano abierta en el cristal de la ventanilla en el gesto de alcanzarlo, de tocarlo. ¿Quién diantres era?

Por eso, cuando su ex esposa, Larysa Perisić, se apareció como de costumbre en su taller a eso de las once de la mañana para darle charla, no lo fastidió; aprovecharía para sonsacarla. La Perisić había sido una chismosa a los quince años y lo seguía siendo aún. La vio encender el cigarrillo y esperó a que diese la primera pitada y se sacase las ganas. Dragoslav había prohibido fumar en la casa para mantener el aire puro para Larysa. Con detectores de humo muy sensibles en cada rincón de la mansión, se contaban con los dedos de una mano los espacios donde se podía fumar, y si bien la cocina era uno de ellos, Anica, la cocinera, que adoraba a Larysa tanto como él, le habría partido una sartén en la cabeza si la hubiese pillado fumando, y le habría importado bien poco que se tratase de la madre del *vojvoda*. No le quedaba otra opción que hacerlo en el parque de la casa. En invierno, y siendo la Perisić tan friolenta, darse el gusto de fumar un simple cigarrillo se había convertido en una tortura. Otro de los sitios donde no habían instalado detectores de humo era en su taller, una construcción alejada de la casa principal donde la niña no ponía pie. Su ex mujer se subía a uno de esos carritos eléctricos de los que había decenas en la propiedad, conducía hasta allí cuando lo sabía trabajando y se fumaba varios cigarrillos, uno tras otro.

La Perisić apoyó el codo izquierdo en la mano derecha y caminó entre sus trabajos de carpintería mientras fumaba con expresión relajada. Se detenía, observaba alguna pieza y proseguía en silencio. Mihajlo le conocía la rutina. Al final del primer cigarrillo, encendería un segundo, se sentaría junto a él y le daría charla. Así hasta que él diese por terminada la tarea y la obligase a abandonar el taller para cerrar la puerta con llave; allí no entraba nadie, excepto él. Esa mañana no fue la excepción. La mujer, tras consumir

el primer cigarrillo, se ubicó en una banqueta alta, a la cual se subió con gracia pese a sus más de sesenta años, y le sonrió.

No había rencores entre ellos. Ciertamente ella lo había abandonado con un niño pequeño para fugarse con un empleado de la mansión de Ilić en Smederevo. Al principio la había odiado. Después, cuando el amor verdadero llegó para iluminarle la vida, cuando su dulce y hermosa Natalija Kovać le concedió el regalo más hermoso al aceptar ser su esposa, el rencor por Larysa se desvaneció, e incluso se convirtió en agradecimiento.

—Está quedándote muy bonita la casita para la niña.

—Gracias —masculló, y siguió acanalando un trozo de boj; lo preparaba para un trabajo de marquetería con el que adornaría el frente de la casa que pensaba montar en un roble del parque. Sería un cartel y rezaría: “Bienvenidos a la casa de Larysa”.

Amaba los oficios de carpintería y de marquetería, de las pocas cosas positivas que le habían donado sus años en la prisión, gracias a su buena conducta y a la confianza que le inspiraba al director de la penitenciaría. A un pequeño grupo se le concedía la autorización para trabajar con instrumentos que, en las manos equivocadas, se habrían convertido en armas letales.

Dragoslav le había hecho construir el taller con lujos como calefacción en invierno y aire acondicionado en verano y lo había equipado con toda clase de herramientas y máquinas de origen alemán e inglés. Cada tanto, llegaba una partida de maderas exóticas que, él sabía, debían de costarle un ojo de la cara. Le partía el alma que ningún esfuerzo de su hijo mayor consiguiese disolver el hielo que le provocaba tan solo cruzarle la mirada.

—Conque almorzarás con nosotros hoy —comentó su ex mujer.

—Así es.

—¿A qué se debe el milagro?

—Dragoslav no me dejó opción. Me aseguró que no aceptaría un no como respuesta.

—Creo que quiere presentarnos a alguien especial —susurró con aire conspirativo, y se inclinó sobre la mesa de trabajo para seguir con el chisme—. Se dice que ha encontrado a la madre de Larysa. Parece ser que la trajo ayer a la casa.

El corazón le golpeó el pecho, y las pulsaciones le aumentaron peligrosamente. Tenía que estar atento a la presión alta, siempre se lo decía la doctora Ilić. Sin alzar la vista del trozo de madera, se animó a preguntar:

—¿Qué sabes de la madre de Larysa?

—¿A ti nunca te refirió nada? —Negó con la cabeza—. A mí tampoco. Pero Branka una vez me contó que se conocieron en la guerra. Parece ser que era una turca muy avispada, que lo engatusó para salvar el pellejo durante aquellos años tan difíciles. Una mala mujer.

Por un lado, detestaba que se refiriese a los bosnios musulmanes como turcos, y por el otro le habría señalado que confiar en una como Branka Torlak habría sido lo mismo que hacerlo con una serpiente de cascabel. Calló porque la quería predispuesta a hablar.

—¿La has visto? —le preguntó—. A la supuesta madre de Larysa —aclaró.

—No —admitió la Perisić—, pero Mirko me la describió. En resumidas cuentas, me dijo que Larysa es su vivo retrato.

Sí, era ella, la muchacha que había visto descender por la escalinata. Ahora comprendía la familiaridad que le había causado el rostro. Pero ¿por qué lo había mirado con desesperación, de manera tan deliberada? ¿Y esa mano abierta sobre el cristal? ¿Era un pedido de auxilio? ¿Cuál sería realmente la naturaleza de su vínculo con Dragoslav?

—En la casa el revuelo no termina con la llegada de la madre de Larysa. Se dice que junto con ella llegaron un hombre y un niño.

—¿Cómo? —se preocupó Mihajlo—. ¿Su esposo y su hijo, tal vez?

—Posiblemente. Lo único que pude sonsacarle a Mirko fue que el hombre se llama Lazar Korža, Kolčak, Kolak, algo por el estilo.

—¿Kovać? —tentó Mihajlo, y se esforzó por que el timbre de la voz le surgiese estable e indiferente.

—Exacto. Kovać. ¿Conoces a alguien con ese apellido?

—Es un apellido común —mintió.

* * *

—Necesito un momento para prepararme antes de verla —manifestó La Diana frente a la puerta de su habitación.

Vuk extrajo una tarjeta del bolsillo de la chaqueta, la introdujo en la rendija de un aparato instalado sobre la cerradura y la puerta se abrió con el ya familiar sonido de la chicharra.

—La enfermera te dirá cómo higienizarte. —Ante el ceño de La Diana, se explicó—: Es preciso que tengas la menor cantidad de bacterias y

gérmenes en las manos y en el rostro antes de entrar en contacto con Larysa.

—Sí, claro —concedió, muy afectada.

—Mandaré por ti en quince minutos —anunció Vuk, y la encerró.

La Diana pegó la espalda a la puerta y se deslizó hasta quedar sentada en el suelo. Se circundó las piernas con los brazos y hundió la cara entre las rodillas. Habría precisado una hora de meditación para recuperar la armonía. Solo contaba con quince minutos. Como le habían enseñado durante los entrenamientos, en momentos de crisis solo importaba fijar prioridades. No le resultó difícil hacerlo en esas circunstancias. La prioridad se llamaba Larysa. Por lo pronto, tenía que reponerse, calmarse y prepararse.

Se dirigió al vestidor, donde se quitó deprisa la camiseta y el suéter de cachemira que había sudado a causa de los nervios y se puso una camisa con rayas rosa y blancas, delgadas y verticales.

Al regresar a la habitación, se encontró con que la enfermera ya estaba allí. En el silencio y la parquedad a las que la tenía acostumbrada, la guió hasta el baño, donde le señaló un producto para que se lavase las manos y la cara. La mujer le explicó también cómo hacerlo. La Diana asintió y, con un gesto de cabeza, le pidió que se marchase. Cerró la puerta con traba.

Se enfrentó con la imagen que le devolvía el espejo, donde un moretón le oscurecía el pómulos. Se miró fijamente, y mientras reflexionaba, no sin cierta cuota de estupefacción, que estaba a pocos minutos de conocer, tocar y besar a la niña que había abandonado casi seis años atrás, sonrió, una sonrisa franca, expansiva, que la hizo sentir bien. No pensaría que le habría gustado contar con Kovać a su lado, ni se demoraría en cavilar cuánto lo extrañaba y qué miedo tenía de que Vuk dijese la verdad y que De Souza hubiese mentado. No se detendría a analizar en lo que se convertiría su vida sin él en ella. “Fija la prioridad”, se recordó, y se instó a olvidarse de todo excepto de su hija.

Se lavó de acuerdo con las indicaciones y también se peinó la larga cabellera. Se dio un último vistazo en el espejo. Pensó en taparse el moretón con maquillaje —había descubierto cosméticos de todo tipo— y desistió, segura de que alteraría la asepsia requerida para estar con la niña. Salió del baño y se sentó en el borde de la cama a esperar el momento más importante de su vida.

* * *

Tras cambiarse la ropa e higienizarse las manos y la cara, Vuk se deslizó dentro de la sala de juegos de Larysa y la divisó sentada a la mesa, dibujando. No lo había escuchado entrar, tan concentrada estaba en el diseño. Se quedó mirándole el perfil cubierto por la máscara 3M, las que hacía traer de Alemania, con un respirador que le filtraba el aire para que ingresase en su delicado cuerpo la menor cantidad posible de gérmenes y bacterias. Él sabía que bajo la mascarilla había una nariz diminuta y apenas respingada, igual a la de Mariyana. Amaba las pecas que le cubrían el tabique nasal. Sonrió al verla agitar la mano para pintar un espacio grande con un crayón verde, su color favorito. Los bucles negros, que apenas le cubrían las orejas, se le zarandeaban en torno al delicado rostro.

La sonrisa se le borró al recordarla pelada durante la quimioterapia. No evocaría esas memorias, no se amargaría reviviendo el día en que entró en su dormitorio y la halló de pie sobre un charco de sangre que le brotaba del ano. No pensaría en la cicatriz en la parte superior del tórax que le había impreso el Port-a-Cath, el acceso venoso con el que había vivido durante meses y por el cual, en varias ocasiones, le habían suministrado plaquetas para que no se desangrase cuando la asaltaba una hemorragia. No repasaría los días posteriores a cada sesión de quimioterapia, cuando él había creído que su hija no moriría a causa de la leucemia promielocítica aguda sino de los vómitos, la diarrea y la fiebre.

Habría dado su vida para que Larysa no transitara ese calvario nuevamente. Estaba dispuesto a sacrificar cualquier cosa para impedirlo. No tenía que inquietarse, se dijo; estaba cerca de conseguirlo y todo iba saliendo bien. Con Mariyana, le darían el hermano que se transformaría en su reservorio de vida, un hermano lleno de células sanas que la mantendrían en salud.

Volvió a sonreír al verla cavilar frente a los crayones y elegir el de color naranja. ¿Qué estaría dibujando? A juzgar por las tonalidades empleadas, no era el vestido de novia para su madre. El domingo por la noche, apenas Vasilić lo llamó para informarle que sabía dónde se escondía Mariyana, fue a contárselo como un niño ansioso. Se había tratado de un proceder precipitado, un impulso poco sensato, no lo negaba, solo que le había resultado imposible contenerse. Ansiaba verle la carita cuando se lo comunicase. Le advirtió que se preparase, que faltaba poco para que la

conociese, y desde ese día, cada mañana, la pequeña le formulaba la misma pregunta: “¿Ya llegó mami?”.

No sabía qué extraña disposición lo mantenía allí, de pie junto a la puerta, y le impedía tomarla entre sus brazos, hacerla dar vueltas, que tanto le gustaba, y decirle: “¿Ya llegó mamá!”. No veía la hora de que la llamase mamá. Había sido una gran sorpresa y un gran alivio que Mariyana hubiese admitido que la quería y que se mostrase arrepentida de haberla abandonado. Su arrepentimiento facilitaba las cosas.

Ivanka, la fiel niñera, se mantenía aparte y en silencio, como de costumbre, respetando la decisión de no dar a conocer su presencia a la niña. Jamás lo cuestionaba, cumplía sus órdenes con fervor religioso y cuidaba a Larysa mejor que nadie. Al principio, la había conservado porque él no tenía idea de cómo cuidar a una niña de un año, Branka menos, e igualmente no se la habría confiado a la mujer que detestaba a la madre de la pequeña. La muchacha de apenas diecinueve años en aquel entonces y que lo había visto ordenar la muerte de la directora del orfanato y del chofer del autobús se convirtió en su rehén. Se dijo que, después de un tiempo y cuando ya no le sirviese, la eliminaría. Ivanka, aunque enferma de miedo, se dedicó con tanto ahínco al cuidado de Larysa que fue prorrogando su condena a muerte. Ya habían transcurrido cinco años y aún seguía entre ellos. Había demostrado fidelidad, en especial durante los meses nefastos de la quimioterapia. Y lo que era más importante, la niña la adoraba. No tenía duda de que, después de él y de su padre, nadie amaba tanto a su hija como Ivanka Broz.

—Hija —la llamó en voz baja para no sobresaltarla, y la pequeña soltó el crayón, se bajó de la silla y se precipitó hacia él.

Se inclinó para recibirla y le observó la expresión de ojos chispeantes y mejillas regordetas y coloradas mientras corría. Se la veía tan sana. Le costaba creer que su cuerpo estuviese funcionando mal de nuevo.

—¡Papi! —exclamó cuando la alzó y la apretó contra su pecho.

Se quitó la mascarilla para llenarlo de besos y, cuando se quejó de que lo pinchaba con la barba, él hizo lo de siempre, se la pasó por las mejillas, por la frente y el cuello, lo que le arrancaba al mismo tiempo carcajadas y quejas.

—Oye, cariño, ponte la mascarilla de nuevo, ¿sí?

La niña obedeció y, con una destreza que hablaba del tiempo que llevaba con ese artilugio a cuestas, se colocó las correas elásticas tras las orejas y

apretó la banda de aluminio sobre el tabique nasal.

—Dice Iva que hoy no vendrá Mrs. Kendrall porque es un día especial. ¿Por qué hoy es especial, papi?

—Tengo la mejor sorpresa para ti. ¿Te imaginas cuál es?

—¡Mamá! —exclamó con la voz amortiguada a causa del embozo.

—¡Exacto! Mamá.

Larysa soltó una exclamación y batió las manos y sacudió la cabeza, sobrepasada por la novedad. Vuk la observó, maravillado. Nunca la había visto tan feliz.

—¿Puedo quitarme la mascarilla para que mamá me vea sin ella?

—Está bien. Cuando esté por llegar, te la quitas —concedió.

Acto seguido, hizo una llamada por el celular.

—Ve a buscarla y tráela a la sala de juegos de Larysa. Ya llega, cariño — le prometió, y caminó en dirección a la entrada.

La niña le rodeó el cuello con un brazo y fijó la vista en la puerta a la espera de que se abriese. Vuk, en cambio, la fijó en ella.

* * *

Apuraba la zancada y devoraba los metros en el corredor del mismo piso en el que se hallaba su dormitorio. La escoltaba el matón que había ocupado el asiento del acompañante mientras iban al centro de ciencia y tecnología. Aunque resultara insólito, no le temía al encuentro. Las ansias por conocerla acallaban cualquier otro sentimiento. Sufrió un instante de desorientación y aflojó la velocidad cuando la situación se le presentó como inverosímil. Le costaba creer estar viviendo esa instancia. ¿En verdad había encontrado a Larysa? Se dio cuenta de que habiendo estado convencida de que jamás la hallaría, frente a la inminencia del hecho, se rebelaba. Se acordó de que Lazar Kovać le había dicho que darían con ella, que Larysa formaría parte de la familia que anhelaban construir. Entonces, ¿cómo se había permitido dudar de que el momento llegaría? Él siempre le había dicho la verdad. Pero, ¿lograrían la familia tan añorada? “Lazar”, sollozó en silencio, y siguió repitiendo su nombre para darse ánimo.

El matón se detuvo frente a una puerta y llamó golpeando suavemente. Abrieron, y una muchacha —la niñera, coligió— les indicó que entrasen. El hombre se hizo a un lado, y La Diana avanzó. La divisó enseguida a unos metros, en brazos de Vuk. Le temblaron las manos, las piernas, los labios,

los globos oculares se le calentaron, se le expandieron y presionaron dentro de las cavidades orbitarias; el desbarajuste era completo. Solo la veía a ella, a Larysa, la niña que se había gestado en su vientre y que ella había parido en medio de dolores indescriptibles una madrugada de febrero del 95, en un campo de concentración serbio. Le pareció minúscula entre los brazos del padre. Sin duda, se le parecía; cada rasgo lo había tomado de ella, todos, excepto el azul de los ojos, que era igual al del Vuk.

La sobrecogió un deseo irrefrenable por tocarla, por olerla, por apoyarla contra su seno como jamás había hecho; quería besarle los carrillos y tocarle la piel que lucía como de seda blanca. Avanzó hacia el par tan disímil y a un tiempo tanavenido que componían el padre y la hija. Larysa le pasaba un bracito por la nuca y se la notaba confiada y a gusto con él. Lo amaba, no tenía duda al respecto. A ese hombre que ella despreciaba, su hija lo idolatraba.

Avanzó sobre pasos inseguros. Jamás había sentido flojedad tal en las piernas. Se detuvo frente a ellos. Quería sonreír pero los labios le temblaban demasiado y temía que surgiese una mueca poco agradable. Ahora que la estudiaba de cerca, le apreció la delicadeza de las facciones, en especial se fijó en el mentón pequeño y respingado y en la boquita regordeta, cuyos labios parecían componer un círculo apenas hendido en la parte superior y en una tonalidad rosada que se intensificaba en contraste con la piel lechosa. Las cejas y las pestañas renegridas le resaltaban el azul de la mirada. Sin duda, era la criatura más perfecta que había visto. Y era suya.

—Larysa, esta es tu mamá —la presentó Vuk.

—Hola, mamá.

Su vocecita dulce de niña la alcanzó como una caricia, y sin embargo su efecto fue demoledor; le provocó una conmoción que la obligó a apretar los labios para refrenar el llanto que le impidió responder el saludo. La maravillaba lo que estaba viviendo. La azoraba pensar que era la primera vez que la oía, la primera vez que la veía después de casi seis años. La urgencia por tocarla estaba volviéndose incontrolable. Larysa la observaba con curiosidad, sus ojos vivaces le seguían los movimientos y los gestos. Alzó la mano para rozarle el carrillo, y la niña se echó hacia delante y le tendió los brazos; quería que la cargase. Emitió una risa ahogada en llanto mientras la recibía contra su pecho. La experiencia resultó indescriptible, demasiado potente para comprenderla, controlarla o explicarla. Se dejó llevar por la fuerza arrolladora que nacía del contacto con esa criatura y

que, resolvió, era consecuencia del amor inconmensurable que le inspiraba. La apretó con delicadeza mientras la olía, la besaba, la tocaba. Se emocionó al percibir que le ajustaba los bracitos en la nuca.

Vuk la tomó por el codo y la obligó a sentarse en una silla, donde siguió abrazándola, la cara hundida en la tibieza de su cuellito, que olía tan bien. Precisaba de unos segundos para refrenar la oleada de llanto que le endurecía la garganta y que le impediría hablarle normalmente. Se instó a ganar un poco de entereza. Se apartó con lentitud y la halló expectante, los ojos azules grandes y curiosos. Rio de dicha. Jamás había sentido una plenitud tan profunda, tan acabada, sin fisura. Le resonaron las palabras pronunciadas por N'Yanda meses atrás. “En su tierra se dejó el corazón. Allí perdió una parte y se vino incompleta para acá, por eso no tiene paz. Tiene que volver a la tierra del dragón; él la está esperando. Tiene que volver allí y reencontrarse con la parte de sí misma que le arrebataron”. Sí, Larysa era una parte de sí, la más importante, la vital, la que el dragón al que tanto temía y detestaba había custodiado y protegido con un celo encomiable. ¡Qué paradoja!

—Eres tan hermosa —pensó en voz alta.

—Papi dice que me parezco a ti.

—Eres mucho más bonita que yo —aseguró, y rio ante la sonrisa ufana de su pequeña Larysa.

Volvió a abrazarla, a pegarla a su pecho, a sentirla cerca, a olerla y a besarla. No se trataba solo de un gesto afectivo, sino de una necesidad imperiosa por protegerla, por reconocerla, por marcarla, pero, sobre todo, tenía que ver con el temor irracional a perderla de nuevo, a que el destino se ensañase otra vez y se la arrebataste. “No te dejaré morir”, le prometió sin palabras mientras la contemplaba en lo profundo de los ojos. “Haré lo que sea para que vivas”, le juró.

La niña quiso apartarse, y La Diana aflojó el abrazo. Larysa se acomodó sobre sus piernas y, muy confiada y a gusto, estiró la mano y le tocó el moretón del rostro.

—¿Qué te pasó aquí?

—Me caí y me golpeé —mintió.

—¿Te duele?

La Diana negó con la cabeza y forzó una sonrisa. Le gustaba que fuese compasiva y observadora. La niña, todavía seria, le sujetó los mechones que le enmarcaban el rostro y se los colocó hacia delante.

—Quiero tener el cabello largo como tú, mamá.

“Mamá.” ¡Con qué simpleza y facilidad empleaba el apelativo! ¡Cómo amaba el sonido de esa palabra pronunciado con la vocecita de Larysa! Le bastaba ser eso, la mamá de Larysa.

—Si te alimentas bien, lo tendrás largo como yo.

—Iva dice lo mismo —comentó la niña, y se volvió apenas para señalar con un dedito a la muchacha que, en un rincón, sonreía con timidez y se limpiaba las lágrimas.

Era la niñera, la que Vuk había dicho que la cuidaba tan bien como él. Le sonrió e inclinó la cabeza en un gesto de saludo y también de agradecimiento. Larysa le encerró la cara con las manitas y la obligó a volver la atención a ella.

—Mamá, ¿quieres que te muestre la casita de mis muñecas? Me la hizo el abuelo para mi cumple.

—¡Sí, claro! Me encantaría.

—Primero vamos a almorzar —intervino Vuk, que se había mantenido al margen—. Hoy tenemos que festejar —declaró—. Hoy es un día muy especial, ¿verdad, cariño?

—¡Sí, el mejor día, papi! —exclamó y se bajó de sus piernas para correr hacia el padre.

“¡Cuánto lo ama!”, pensó, pues resultaba fácil advertir el vínculo estrecho y genuino que existía entre esos dos. Solo bastaba ver cómo se miraban.

—Pues bien, bajaremos a almorzar —prosiguió Vuk—. Anica ha preparado tu plato favorito y tu postre favorito también para festejar el regreso de mamá. ¿A que no sabes quién comerá con nosotros?

—¡Mamá!

—Además de mamá.

—No sé, papi. ¿Branka? —preguntó con cautela, y de pronto se le esfumó el entusiasmo.

“Conque Branka”, se dijo La Diana. Así que seguía viva y con Vuk. Algunas cosas no cambiaban.

—No, ella no —lo escuchó responder a regañadientes—. Dime tú, ¿quién te gustaría que comiese con nosotros?

—¡El abuelo!

—Pues acabas de adivinar. El abuelo comerá con nosotros.

—¡Viva! —exclamó, y La Diana rio de verla tan feliz.

Poseía una sonrisa perfecta, con sus dientes de leche parejos y blancos, que pronto empezaría a perder.

—Pero antes, ponte la mascarilla y ve con Iva a lavarte las manos.

—¡No, con mami!

—Iremos las dos, Iva y yo —propuso La Diana una vez superada la impresión de verla con la mascarilla sobre el rostro.

* * *

Mihajlo Milanković traspuso el umbral de una puerta posterior, la que correspondía a la lavandería. Cruzó las estancias donde varias jóvenes planchaban, doblaban y cosían la ropa. Las saludó desde lejos. Entró en la cocina y se mantuvo a un costado mientras Anica, su única amiga, daba órdenes a las empleadas de impoluto uniforme y a su ayudante. Anica, al igual que él, provenía de una familia que había servido en la propiedad de Smederevo desde los tiempos en que los Obrenović gobernaban el reino de Serbia. La mujer conocía los secretos de esa casa como nadie. Había demostrado una fidelidad sin falla, y desde el señor Ilić hasta el empleado de menor jerarquía, todos la respetaban como si se tratase de una pitonisa. De hecho, Anica era la única del plantel que llamaba Dragoslav al *vojvoda*; incluso en ocasiones empleaba el diminutivo. Si se ponía a pensar, meditó Mihajlo, la cocinera era en la única persona en quien confiaba, por eso no temía hablar con ella abiertamente del asunto delicado que se traía entre manos.

Esperó a que la cocina se vaciase para aproximarse y saludarla con los tres besos de rigor. La mujer lo hizo con el aire distraído en el que caía mientras cocinaba. Ese día la notó más inquieta.

—¿Algún problema?

—Quiero que todo salga perfecto. —Se detuvo y alzó la vista de ojos verdes y rasgados para fijarla en él—. ¿Sabes quién ha llegado ayer?

—Sí. La madre de mi nieta.

—Dicen que es hermosa —comentó antes de reiniciar la tarea: acomodaba en una fuente los *bečka šnicla*, los escalopes cubiertos de pan rallado y fritos, la comida favorita de Larysa—. Y esta mañana, les preguntó a Radmila y a Danijela —aludía a la enfermera y a la doméstica— si ellas también eran prisioneras.

—¿Cómo? —se pasmó el hombre.

—Así es, Milo, la mujer es prisionera. Está encerrada en su habitación. Solo Dragoslav y Radmila pueden entrar y salir libremente. Ya sabes, esa Radmila es incondicional de tu hijo, el diablo se la lleve. —Soltó el aire con un suspiro pesado antes de comentar—: Están sucediendo cosas extrañas en esta casa. Ayer, el mismo Draža vino a decirme que preparase un almuerzo especial con los platos favoritos de la niña. Casi me da un síncope cuando me lo encontré aquí dentro. Se lo veía... —Detuvo la labor y miró hacia un punto indefinido.

—¿Cómo se lo veía? —se impacientó Milanković, y la mujer se volvió hacia él antes de contestarle.

—Se lo veía contento, verdaderamente contento. Te confieso que nunca lo había visto de ese modo, ni siquiera de niño. Ya sabes, Dragoslav posee solo dos estados de ánimo: está enojado o sonríe con cinismo. Jamás esboza una sonrisa sincera, a menos que esté con su hija. Pero ayer era otro. Se ve que la madre de Larysa es importante para él. Por eso habrá hecho desaparecer a la culebra —conjeturó, y Mihajlo sabía que hablaba de Branka.

—¿Anica?

—Dime.

—Además de la madre de mi nieta, ¿sabes si ha llegado con ella alguien más?

La cocinera se incorporó y lo contempló, ceñuda.

—Que yo sepa, está sola en una habitación del segundo piso.

—Tal vez la persona que llegó con ella no está en las habitaciones de la casa, sino... Tú sabes.

—En el sótano —completó la mujer con aire preocupado—. Ahora que lo pienso, Milo, puede ser que haya algo en el sótano porque he debido llevar la comida a dos guardias allí abajo. Pero eso no tiene nada de extraño. Ya sabes, cada vez que llegan esos cargamentos, Dragoslav los hace custodiar.

—Sí —admitió el hombre—, podría tratarse de un cargamento. Pero ¿te han pedido que prepares comida? Más allá de la que les llevas a los guardias —se explicó.

—Bueno, me hicieron un pedido extraño. Me dijeron que les trajese dos jarras con agua. ¡Agua! —se extrañó—. Nunca beben agua. Siempre piden Coca-Cola porque, según dicen, los mantiene despiertos. Y también me pidieron una ración extra de pan.

—Tienen a alguien ahí abajo, Anica —afirmó el hombre.

—Yo no me meto, Milo. Sabemos que husmear en los asuntos de Dragoslav o hacer preguntas trae consecuencias nefastas.

—Pero esta vez es distinto —declaró Milanković.

—¿Distinto? ¿Cómo?

—Anica —pronunció su nombre con una gravedad que la puso en alerta—, creo que ahí abajo tienen a Lazar.

—¿Qué Lazar?

—Lazar, mi hijo. Mío y de mi Taliya.

—¡Oh, Dios todopoderoso! —exclamó la cocinera, y se hizo la señal de la cruz a la usanza ortodoxa.

—Óyeme bien, Anica. Si mi hijo está allí abajo, aunque sea lo último que haga lo sacaré.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Ahora me esperan para almorzar. Trataré de averiguar algo más. Tú misma baja a llevarle la comida a los guardias, no mandes a ninguna de las muchachas, y fijate qué ves de extraño.

—Cuenta con ello —prometió la mujer, y se despidieron sin palabras, con miradas elocuentes.

* * *

Antes de que La Diana marchase dentro del baño tras Ivanka y la niña, Vuk la aferró del brazo y la arrastró hacia un extremo alejado.

—¡Suéltame!

—Escúchame bien, Mariyana —habló Vuk—, porque no lo repetiré otra vez. Almorzarán con nosotros mis padres.

—Oh —se desconcertó.

—Si llegas a contarles cómo fue lo nuestro durante la guerra...

—Sí, ya lo sé. Me quitarás hasta el último óvulo...

—No, mataré al niño.

—No diré nada.

—Más te vale.

—Por favor —le suplicó—, permíteme hablar con Darko, solo un minuto. Debe de estar...

—¡No! —masculló con los dientes apretados—. ¿Necesitas hablar con ese huérfano miserable cuando estás con nuestra hija?

Ivanka regresó a la sala de juegos con el cepillo en la mano.

—Señora, Lary quiere que usted la peine.

La Diana asintió con aire triste.

—Acompáñame, Ivanka. No sé cómo hacerlo.

Dejaron atrás a Vuk mientras se dirigían al baño.

—Es fácil, señora. Solo tiene que ponerle unas presillas.

—No me llames señora. Debo de ser mayor que tú, pero no tanto.

Llámame Diana.

—¿Diana? —se extrañó.

—Es mi nombre ahora.

—Señora, si no le molesta, preferiría seguir llamándola señora. No quiero contrariar al *vojvoda*.

—Como quieras —contestó, prudente, pues el miedo de la joven se adivinaba con facilidad.

Entraron en el baño en suite, una sala de dimensiones exageradas como todo en esa mansión, y hallaron a Larysa sentada en una sillita para niños ubicada junto a la bañera. La Diana le observó la mascarilla que le cubría la mitad del rostro. Había significado una gran impresión verla colocársela con tanto dominio. “La usa desde los tres años”, le había susurrado Vuk después de ordenarle a la niña que se la pusiera.

—¡Mami, mami! Quiero que me peines tú.

—Sí, amor mío —dijo, y se sentó en el borde de la bañera.

La niña saltó de la silla y se abrazó a su cintura.

—¡Qué lindo abrazo! —exclamó La Diana, y se cerró sobre su hija, que se rebulló para mirarla.

—Mami, ¿siempre me llamarás amor mío como recién?

—Siempre, amor mío.

—¡Otra vez dijiste amor mío!

—Así es, amor mío.

La niña rompió a reír, lo mismo Ivanka. Se les unió La Diana contagiada por la risa de la pequeña, un sonido puro, melodioso, el que, se juró, oiría la vida entera. Larysa le apoyó las manos sobre el vientre y la contempló con intención. Poseía una mirada tal vez demasiado profunda e intensa para una niña de solo seis años y, sin embargo, transmitía paz.

—Mami, papi dice que estuve mucho tiempo en tu panza antes de nacer. ¿Es cierto?

—Sí, amor mío, es cierto. Hasta que un día te cansaste de estar allí y empezaste a patearme la barriga para salir. Vino un doctor y te sacó.

La expresión de ojos azorados le provocó una repentina carcajada.

—¿De veras?

—De veras, amor mío.

—¿Te dolió? Los doctores a mí siempre me hacen doler.

La Diana sintió la puntada en la garganta como un ataque repentino e inesperado. Carraspeó antes de balbucear.

—Solo un poco.

Le acunó los carrillos y la besó en la frente. Las manitas de Larysa volaron para ajustarse a su cintura. La Diana mantuvo los labios sobre la piel de su hija, y mientras aspiraba el exquisito perfume de la colonia, le hablaba con el pensamiento: “Eres fuerte, amor mío. Luchaste como una leona y te aferraste a mi útero con uñas y dientes cuando hice de todo para sacarte de allí. Lucharás ahora con la misma fuerza para vencer la enfermedad. Vivirás, Larysa. Y te juro por la memoria de tus abuelos que te haré feliz”.

Ivanka le enseñó cómo debía recogerle los bucles que le caían a los costados del rostro y, para que los sujetase, le entregó dos presillas en forma de vaquitas de San Antonio. Las tenía de todo tipo y diseño. La abundancia que circundaba a su hija era notoria. Nada le faltaba desde el punto de vista material y resultaba palmario que había sido muy amada por su padre y por esa joven que con tanta generosidad le cedía el puesto.

—Ya está —aseguró La Diana, y la levantó para que se estudiase en el espejo—. ¿Te gusta de este modo?

—Sí, mami.

Sus miradas se encontraron en el reflejo, y La Diana le lanzó un beso. La niña rio y se dio vuelta para abrazarla y hundir la cara en su cuello. La Diana le besó la coronilla y la ajustó contra su cuerpo con delicadeza; era de constitución menuda, tan vulnerable y frágil.

—¿Siempre te quedarás conmigo, mami?

—Siempre, amor mío. Jamás volveré a alejarme de tu lado. Te amo, Larysa, con todo mi corazón, con toda mi alma, hija mía.

—Yo también, mami.

—Quiero que sepas que durante este tiempo en el que no sabía dónde estabas te eché muchísimo de menos y no sabes cuánto sufrí por no tenerte a mi lado.

—¿Te dolía, mami?

—Sí, aquí —admitió con voz quebrada, y se tocó la parte izquierda del pecho.

Larysa le apoyó la manita abierta mientras la horadaba con esa mirada azul cargada de admiración, afecto y sabiduría. El contacto surtió un efecto poderoso en La Diana, que experimentó un escozor agradable que le recorrió el pecho y le disolvió los nudos de tensión.

—Ya está —dijo, y sonrió de modo expansivo—. Ya no duele. Acabas de curarme el corazón.

—¿De veras, mami?

—Sí, amor mío, de veras. Solo tú podías hacerlo.

Se abrazaron, y La Diana le cubrió el rostro de besos, aun sobre la mascarilla.

—Vamos —conminó Vuk desde la puerta, y se pusieron en marcha.

Larysa caminaba tomada de la mano de sus padres y parloteaba incesantemente. La Diana la devoraba con la mirada. Quería conocerla en cada detalle, cómo caminaba, cómo alzaba las cejas o hacía un ceño, de qué modo pronunciaba las palabras, cómo se expresaba. Ivanka iba por detrás, y La Diana se volvió para llamarla. La muchacha aceleró el paso y se ubicó junto a ella.

—Ivanka, quiero agradecerte por haber cuidado tan bien a mi hija durante estos años. Es una niña educada, dulce y buena. Y te lo debo a ti.

—Gracias, señora. Lary es todo lo que tengo, y la adoro.

—Lo sé —dijo La Diana y le apretó sutilmente la mano.

Percibió que la muchacha se tensaba y se retraía, y la actitud le hizo acordar del tiempo en el que ella había sido esclava de la afenfosfobia. Tal vez Ivanka no la padeciese —de hecho, tocaba a la niña sin problema—, pero saltaba a la vista que no estaba habituada al contacto humano.

La Diana avistó a Mihajlo Milanković desde el balcón interno del primer piso. Lo que duró el resto del descenso, sus ojos y los azules de él se sostuvieron la mirada. La niña, al divisarlo al pie de la escalera, soltó las manos de sus padres y, tomándose de la baranda de madera lustrada, bajó con cuidado un trayecto de escalones. Se detuvo cuando faltaban pocos para llegar a la planta baja. Extendió los brazos.

—¡Atrápame, abuelo!

—¡Claro que lo haré, muñeca adorada!

La metamorfosis operada en el semblante del anciano, que de severo y taciturno se iluminó con una risotada, asombró a La Diana. La niña saltó, y ella contuvo el aliento hasta que la vio perderse en el pecho amplio y fuerte del hombre.

—Después de su padre —le susurró Ivanka—, es al abuelo a quien Larysa más quiere. Y bueno, ahora a usted, señora.

—Y a ti, Iva.

La muchacha bajó la vista para ocultar la sonrisa tímida y el sonrojo.

—¡Abuelo, abuelo! ¡Adivina quién vino a quedarse para siempre conmigo!

—¿Quién, muñeca mía?

—¡Mamá! —exclamó, y se giró en los brazos del abuelo para señalar a La Diana.

—Tienes la mamá más linda del mundo. Ahora entiendo por qué eres tan hermosa, muñeca mía —dijo, y la abrazó y la besó en la cabeza.

La Diana no esperó a que Vuk los presentase. No estaba segura de que lo haría y, la verdad, no deseaba que él interfiriese entre el padre de Lazar y ella. Avanzó con la mano extendida y vio cómo el hombre se quitaba la boina con la mano derecha y se cuadraba con Larysa todavía sentada en el hueco de su brazo izquierdo.

—Buenas tardes, señor Milanković. —El hombre, luego de volver a ponerse la gorra, aceptó la mano ofrecida y se la apretó con seguridad—. Soy Mariyana Huseinovic, la madre de Larysa. Es un honor conocerlo.

—Buenas tardes, señora —respondió con acento amistoso, y detuvo fugazmente la mirada en el moretón del pómulo.

—Por favor, llámeme Diana. De ese modo me llaman mis amigos ahora.

—No —intervino Vuk—, Diana no. Llámala Maša.

Como La Diana advirtió que una sombra de extrañeza cruzaba la frente de Larysa, sonrió para quitarle importancia a la cuestión.

—Por supuesto, llámeme Maša —contemporizó.

—¿Quiénes son tus amigos que te llaman Diana, mami?

—Te hablaré de ellos muy pronto, amor mío.

—¿Vendrán a visitarte?

—No lo sé porque viven lejos. Tal vez más adelante —le mintió, y se detestó por ello.

En tanto se dirigían al comedor, Vuk la sujetó por el codo con la violencia acostumbrada y la zamarreó sutilmente antes de amenazarla al

oído.

—Cuida tu lengua frente a Larysa, Mariyana. No voy a advertírtelo dos veces.

—Lo haré —prometió—. Lo siento —añadió para calmarlo.

—Vuelves a hablarle de tu pasado, de tus amigos y de ese maldito nombre de guerra que has adoptado, y ya conoces las consecuencias.

Ingresaron en el comedor, donde varias empleadas ultimaban los detalles de la mesa elegantemente puesta. Superada la impresión causada por el lujo, La Diana avistó a una mujer, que claramente superaba los sesenta años, que la observaba desde un sillón ubicado frente a la estufa a leña. Juzgó forzada la sonrisa que le dirigió mientras se aproximaba. Tenía buena figura y debía de haber sido atractiva en su juventud. Se teñía de un rubio platinado e iba muy maquillada. Sus prendas despedían olor a cigarrillo.

—Hola —se presentó, y le extendió la mano—. Tú debes de ser Mariyana, la madre de mi nieta.

—Sí, lo soy —admitió, y aceptó el saludo—. Mariyana Huseinovic. Buenas tardes.

—Mi nombre es Larysa Perisić. Soy la madre de Dragoslav.

La Diana asintió sin más comentarios mientras reflexionaba que esa era la mujer que había vivido y escapado de uno de los campos de concentración nazis más horribles de la Segunda Guerra Mundial, Jasenovac. Su astucia y entereza la habían conducido fuera y le habían salvado la vida. Al igual que ella, era una sobreviviente, y sin embargo no le inspiraba respeto ni admiración. Había abandonado a Vuk cuando era un niño, y quizás el sufrimiento por su defección le había moldeado el carácter oscuro y macabro que poseía.

—¿Dónde está mi tesoro? —expresó la mujer con voz estridente y fijó la vista en Larysa, que permaneció junto al abuelo y la contempló con desconfianza.

—No la beses con tanto maquillaje, madre, y no la toques si no te has lavado con el jabón antiséptico, como imagino —añadió.

—Es que ese jabón me destroza las manos, hijo. ¿Y dónde está Mirko? —preguntó a continuación con aire risueño—. ¿No almorzará con nosotros? ¿Y Zver?

—Están preparándose para un viaje —contestó Vuk, lacónico—. Vamos, ocupen sus lugares. Tengo hambre y no quiero que la comida se enfríe.

Maša, tú siéntate aquí, a mi lado —ordenó, y le señaló la silla a la izquierda de la cabecera.

—¡Yo, con mami y el abuelo!

La pequeña, con la ayuda de Ivanka, se montó en la silla junto a la de La Diana, por lo que Mihajlo ocupó la siguiente. La Diana habría preferido tenerlo frente a ella para estudiarlo, para conversar con él, para, de algún modo, hacerle saber que su hijo menor tal vez se encontraba prisionero en esa casa.

El almuerzo transcurrió en un tenso equilibrio en el que la incesante vocecita de Larysa se destacaba y aligeraba los ánimos. Exigió que fuese La Diana quien le cortase el *bečka šnicla* y que le sirviese la leche con que acompañaba las comidas. Al ver que solo comía arroz blanco con la carne, La Diana le ofreció verduras.

—Es imposible hacérselas comer —masculló Vuk con expresión preocupada, derrotada tal vez.

—Yo tampoco las comía a su edad —comentó La Diana, y atajó la carcajada que le provocó el gesto asombrado de Larysa. Ahora, sin la mascarilla, volvía a admirar su rostro perfecto, de facciones delicadas.

—¿De veras, mami?

—No me gustaban —confesó—, pero como quería tener el cabello largo y las verduras son importantes para eso, mi mamá, tu abuela Eszter, se inventó un truco para que las comiese.

—¿Sirven para tener el cabello largo?

—Son *muy* importantes —afirmó—. ¿Sabes qué hacía tu abuela Eszter? —La niña movió la cabeza para negar—. Hacía esto.

La Diana sirvió verduras horneadas en el plato de Larysa, unas pocas —zanahoria, papa y zapallito largo—. Bajo la mirada atenta del resto de los comensales, en especial de la de Larysa, las picó en cubos. Abrió un cráter en el arroz y las echó dentro para luego cubrirlas de nuevo con arroz.

—Me las escondía bajo el arroz.

—¿De veras? ¿Y de ese modo sí te las comías, mami?

—Sí, amor mío. ¿Quieres intentarlo?

La niña, poco convencida, asintió. La Diana cargó el tenedor con un bocado de arroz bajo el cual había un cubo de zanahoria. Se lo colocó delante de la boca, que se mantuvo cerrada.

—Cómelo tranquila. Te prometo que te gustará, y si no te gusta, siempre puedes escupirlo.

—Pero entonces no me crecerá el cabello como a ti.

—Crecerá, pero le llevará mucho más tiempo.

La niña separó los labios lentamente y engulló la porción con el entrecejo fruncido y la mirada fija en la de su madre. Masticó lentamente. La Diana escuchó que Vuk reía, y no lo culpó; el gesto de Larysa, a cada segundo más severo y preocupado, resultaba divertido. Hasta que se le relajó, y una sonrisa tímida comenzó a despuntar.

—Es rico, mami.

—¿Verdad que sí, amor mío?

Los adultos reían y festejaban. La Diana observó a Ivanka, que lucía emocionada además de contenta. En verdad, esa muchacha amaba a su hija. Había sido afortunada al contar con una sustituta tan buena. ¿De dónde la habría sacado Vuk? Le concedía que había sabido elegir. La joven le había asegurado que Larysa era lo único que tenía. ¿Estaría preguntándose si, con ella en la casa, ya no requerirían de sus servicios?

La niña comió un poco más de arroz con verduras escondidas que alternaba con bocados del escalope empanado, el cual, según le confirmó Vuk, era su plato favorito. Después, para que comiese un poco más de vegetales, hizo algo que le había visto hacer a Leila para engatusar a Daisy, que tampoco se demostraba proclive a la ingesta de verduras. Usó el plato donde le habían puesto dos tajadas de pan y lo llenó de verduras que eligió de la fuente. Comenzó a acomodarlas. Sentía la mirada atenta de su hija.

—¿Qué haces, mami?

—Mmmm... Ya verás.

Empleó cuatro flores de brócoli para simular una cabellera enrollada, arvejas para los ojos, un palo de zanahoria para la nariz y una tira de pimiento rojo para la boca.

—¡Es una cara! —se admiró la niña—. ¡Mira, papi! Mami hizo una cara con las verduras.

—Sí, la veo.

La Diana cortó un trozo de brócoli y se lo comió. Masticaba con los ojos cerrados y una mueca de beatitud mientras soltaba sonidos de satisfacción.

—Es el rizo de brócoli más exquisito que he probado. Estos rizos de brócoli son especiales para hacer crecer el cabello. ¿Quieres probar, amor mío? —La niña asintió, difidente—. Le pondremos arroz, ¿qué opinas?

Comió dos brócolis y también los ojos de arvejas y un poco de boca de pimiento. En medio de la tristeza y de la angustia por tantas cuestiones

irresueltas, la satisfacción que le proporcionaba alimentar a su hija y lograr que ingiriese las benditas verduras se convirtió en un remanso de dicha.

Dirigió la mirada hacia la derecha y se topó con la de Mihajlo, que sonrió e inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. “Llevo a su nieto en mi vientre”, habría querido anunciarle, y sabía que lo habría hecho feliz. Ahora comprendía por qué Kovać sostenía que ese hombre no había asesinado a su madre. ¿Tanto cambiaba cuando caía presa del alcohol? Si bien Vuk bebía un vino tinto francés del cual la Perisić había dado buena cuenta, Mihajlo Milanković se limitaba al agua.

Observó en torno. La escena era casi surrealista. Sujetó la mano de su hija en un impulso desesperado por darle un sentido a una experiencia que, de otro modo, le habría quitado la cordura, pues estaba volviéndose loca de preocupación por Darko, por Kovać, por el hijo de él que llevaba en las entrañas.

Las domésticas se presentaron con el postre —helado de varios sabores —, y La Diana, con el ánimo descompuesto, manifestó que no comería.

—Pruébalo, Maša —la instó Mihajlo con una dulzura que la emocionó—. Es casero y el mejor que habrás comido. Anica, la cocinera, lo prepara con una máquina que Dragoslav hizo traer de Italia. Y usa ingredientes naturales y orgánicos. Por la niña —aclaró.

—¡Yo quiero de vainilla y de frutilla!

—Son sus sabores preferidos —le comentó Ivanka en un murmullo apenas audible.

Habría podido sentir celos y envidia de esa joven que tan bien conocía a la criatura de sus entrañas, y sin embargo solo sentía cariño y agradecimiento. Al final, probó el helado de Anica y admitió que era exquisito, mejor que el de la famosa heladería parisina Berthillon.

—Como has comido tan bien hoy —anunció Vuk, mientras se quitaba la servilleta de la falda y se ponía de pie—, te daré un premio. Iremos a un sitio que a ti te encanta.

—¡Al zoológico del abuelo! —exclamó Larysa, y corrió hacia el padre.

Vuk, de cuclillas, la contuvo entre sus brazos, y la niña pareció perderse en su torso de gigante. La Diana los observaba. Resultaba impensable que un hombre con la capacidad destructiva de Vuk se comportase de manera tan amorosa. Le hablaba al oído, y la pequeña asentía con la carita hundida en la curva del cuello. Se sentía segura entre los brazos del padre; confiaba en él ciegamente, lo contrario de ella.

—Ahora —la instó Vuk—, ve con Ivanka a lavarte los dientes antes de ir al zoológico.

—Quiero que mami venga conmigo.

—Iré contigo, amor mío —prometió La Diana, y le extendió la mano, que la niña aferró enseguida.

—Dilo de nuevo, mami —pidió, dando saltitos.

—¿Qué, amor mío?

—¡Amor mío!

—Amor mío, amor mío —repitió La Diana entre risas y se inclinó para abrazarla y besarla. Al oído, le confesó—: Amor mío, te amo con todas las fuerzas de mi ser.

La niña ahuecó la manita junto a la boca y le preguntó en voz baja:

—¿A papi también?

La Diana la pegó aún más a su cuerpo para evitar que Larysa la viese en ese instante.

—Sí, también —le mintió otra vez.

La niña perseveró en la actitud conspirativa para confesarle:

—Él también te ama, mami. Mucho. Muchísimo. Él me lo dijo.

CAPÍTULO XVI

Quis ut Deus?
(¿Quién es como Dios?)

Leyenda en latín inscrita en el escudo de San Miguel Arcángel

El “zoológico del abuelo” terminó siendo el animalario del laboratorio cuya directora era Yura Christiansen desde su secuestro en junio del año anterior.

—Los estaba esperando —dijo la inuk a modo de saludo.

Junto a ella se encontraba otro científico a juzgar por el guardapolvo blanco, un hombre mayor de lentes, hombros caídos y aspecto larguirucho. La Diana lo reconoció enseguida: Harry Paddington.

—¡Doctor! —exclamó, incapaz de reprimir la sorpresa.

—¿Cómo está usted, Diana?

—¿Él es amigo tuyo, mami?

—Sí, amor mío. Él es el doctor Paddington. Doctor, es un gran alivio saber que está bien. Creímos que... —Se detuvo.

—Estoy bien —refirió con llaneza y la miró con ojos elocuentes—. Me... *invitaron* a formar parte del grupo de científicos de la doctora Christiansen.

La Diana percibía la presencia ineludible de Vuk, que seguía el diálogo en un silencio alerta. Paddington alzó las cejas cuando Vuk le rodeó la cintura por detrás, le apartó un mechón del cuello y le depositó un beso bajo la oreja.

—Cuidado con lo que hablas con estos dos —la amenazó en un susurro.

La Diana luchó contra la repulsión natural que la instaba a sacárselo de encima. La manita de Larisa en la suya la ayudó a conservar la calma.

Dado que Mihajlo Milanković se ocupaba de la manutención, limpieza y alimentación de los especímenes, los guiaría, junto con Yura y Paddington,

a través de las estancias que se sucedían abarrotadas de jaulas, aromas intensos y chirridos incesantes. Aunque la niña llevaba la mascarilla, La Diana se inquietó.

—No hay peligro —la tranquilizó la científica inuk—, son animales sanos, y el sitio se mantiene impecable. *Hello, dear Larysa? How are you?*

—*Hello, doctor Yura!* —contestó la niña con soltura y alegría—. *I'm very well today. Thank you, doctor.*

Yura siguió hablándole en inglés y, para gran asombro de La Diana, la niña contestando con una fluidez excepcional.

—Desde los tres años —le explicó Ivanka—, desde antes de que enfermase, toma clases de inglés con una profesora nativa. Es casi una segunda lengua para ella.

—Oh.

—A fuerza de estar siempre con Lary y Mrs. Kendrall, yo también aprendí el inglés —dijo, y se ruborizó, como si hubiese pecado al haber sido presuntuosa o al suponer que a alguien le interesaría lo que se refería a ella—. Claro que no lo hablo ni pronuncio tan bien como Lary, pero lo entiendo perfectamente.

—¿Qué días toma clases de inglés?

—Todos los días. El *vojvoda* dispuso que hoy no tuviese clase porque es especial —dijo, y sonrió con timidez—. Al principio no sabíamos por qué era especial. Luego vino con la noticia de que usted había llegado. En caso contrario, a esta hora estaría con Mrs. Kendrall tomando su clase.

—¿Dónde vive Mrs. Kendrall? —se atrevió a preguntar al ver distraído a Vuk con Larysa.

—Aquí, claro —contestó la joven—, en el complejo habitacional donde vive todo el personal que trabaja en la casa y en el laboratorio.

A punto de preguntarle: “¿Dónde es aquí?”, apretó los labios al advertir que Vuk la observaba.

—¿Mi hija no comenzó este año el primario?

—Larysa nunca ha ido a la escuela, señora. Y no lo hará. Así lo ha establecido el *vojvoda*. Mrs. Kendrall le enseña todo lo que necesita saber. Lee y escribe muy bien desde los cinco años —comentó, ufana.

—¿Tiene amigos de su edad?

—No.

—¿Ningún niño juega con ella? —se pasmó.

—Ninguno, señora —ratificó la joven.

—¿Ni siquiera con los hijos del personal?

Ivanka negó con la cabeza, y La Diana, ante la mirada amenazadora de Vuk, no siguió indagando.

—El *vojvoda* me comunicó días atrás que desea que Larysa aprenda a tocar el piano. Supongo que estará buscando una profesora dispuesta a vivir aquí, en la propiedad.

—Ajá —contestó con aire ausente y la mirada en su hija, que oía, concentrada, lo que Paddington le explicaba con una cría de erizo en la mano.

Larysa vivía en ese sitio sin coordenadas, suspendida en el espacio y en el tiempo, rodeada de adultos, jamás departía con niños. Aceptaba que la enfermedad que le había destrozado el aparato inmunitario y que acechaba nuevamente la condenaba al aislamiento. De igual manera, tomando las medidas necesarias, se habría podido disponer que tuviese amigos de su edad, tan necesarios para el normal desarrollo de la psique. ¡Cuánto anhelaba consultar a Kovać! Estaba segura de que él, como psicólogo, habría sabido exponer las razones de algo que ella intuía.

—¡Mami, mami, ven a ver! —la llamó, y el pequeño animal, muy sensible a los ruidos, se convirtió en una pelota de púas, lo que causó una explosión de risas y expresiones de asombro.

¡Cuánto disfrutaba su niña! Se la veía feliz y plena, como si nada le faltase. Pero, siendo tan precoz y observadora, no pasarían muchos años antes de que comenzase a cuestionar la extrañeza de la vida que llevaba.

Se aproximó para observar al curioso animal, que Paddington devolvía a la jaula, y percibió que Yura, ubicada junto a ella, le deslizaba algo en el bolsillo de la chaqueta. Lo extrajo y simuló inclinarse delante de una jaula con conejos para leer el pequeño pedazo de papel. *Necesito hablar contigo. Es urgente.* El corazón le saltó, desbocado. Pensó en Kovać, en Darko; tal vez Yura tenía noticias de ellos. El pánico la recorrió como un veneno que se esparció por su acelerado curso sanguíneo.

Siguieron avanzando por la primera sala. Se detenían frente a las jaulas para que los científicos refiriesen las peculiaridades de cada especie. Mihajlo, que les había puesto nombres a los animales, le contaba anécdotas a la niña que la hacían reír. La última sala correspondía al serpentario, un espacio caluroso, con un olor punzante aunque no desagradable. Los ejemplares se hallaban en grandes cajas de vidrio, excepto dos especies, que vivían dentro de una jaula construida con tejido de alambre muy cerrado y

dentro de la cual se simulaba un ambiente tropical. Larysa se volvió sobre sus pasos y le aferró la mano.

—Mami, no me gustan las serpientes.

—A mí tampoco, amor mío.

Yura, que, según anunció el doctor Paddington, era experta en esos ovíparos, fue minuciosa en la exposición, que resultó fascinante. La Diana jamás habría imaginado que los venenos de las serpientes tuviesen tantos usos. La mujer comenzó por las especies que se hallaban en las peceras y, cuando se volvió hacia la jaula, su tono adoptó una inflexión ceremoniosa para decir:

—He aquí dos de las especies más peligrosas del mundo, una africana, la mamba negra —señaló los cuatro ejemplares, tres en una tonalidad grisácea y uno de un color verde amarillento—, y una asiática, la *Tropidolæmus wagleri*, más conocida como serpiente del templo pues abunda en los alrededores del Templo de la Nube Azul en Malasia. —Se trataba de dos serpientes de alrededor de un metro de longitud, cuyas escamas blancas y negras les daban un aspecto jaspeado—. Ambas especies están separadas dentro de la jaula —apuntó al divisorio de madera— pues se eliminarían entre ellas en el lapso de segundos de hallarse en el mismo ambiente. Son en extremo agresivas y tienen un marcado sentido del territorialismo.

—¿Se toleran cuando son de la misma especie? —se interesó La Diana.

—Sí, se toleran. En el caso de la mamba, son tres hembras y un solo macho, lo que facilita la convivencia. De igual modo, cada uno está en su árbol y ninguno invade el del otro, salvo durante el período de apareamiento. En el caso de la del templo, es una pareja y no han tenido problemas hasta el momento. Al que no toleran es al ser humano, por eso ahora están inquietas. Miren —dijo, y apoyó un puntero sobre el alambre del lado de la mamba negra.

Aun Vuk se asustó y echó el cuerpo hacia atrás cuando una de las serpientes, que colgaba de un tronco en el techo de la jaula, se arrojó sobre el intruso. Voló por el aire, aterrizó sobre el alambre y cayó al suelo. El movimiento había sido veloz como un relámpago, inesperado. El animal — el ejemplar macho, dijo Yura— estaba furioso. Se desplazaba con una rapidez increíble por la jaula, luego se detenía y abría la boca para mostrar su interior completamente negro, de allí su nombre. Al estilo de la cobra, formó capucha con el cuello y emitió un siseo agudo y aterrador.

Larysa, presa del pánico, hundía la cara en el vientre de La Diana, que le frotaba la espalda para animarla y le susurraba palabras de aliento.

—La mamba negra —prosiguió Yura, apasionada con el tema— cuando muerde a su víctima le inyecta cien miligramos de un veneno extremadamente eficaz, la dendrotoxina. Imagínense que para liquidar a un hombre adulto se precisan entre diez y quince miligramos.

—¿Qué efectos produce el veneno? —se interesó Vuk.

—Paraliza los músculos, los pulmones también. Se muere por asfixia —añadió.

—¿Por qué las estudian? —quiso saber La Diana.

—Justamente por la dendrotoxina. Creemos que podría convertirse en un vector selectivo y certero para la implantación de material genético.

Ante el ceño de La Diana, Paddington intervino.

—¿Recuerda cuando le conté acerca de que los científicos, hoy en día, inyectan material genético dentro de un embrión o de una célula como lo habría hecho Guillermo Tell, con los ojos vendados? —La Diana asintió—. Pues la dendrotoxina nos permitiría implantar ese material exactamente donde se desea para obtener siempre los mismos resultados.

—Además —intervino Yura—, creemos que la dendrotoxina posee péptidos similares a los de la morfina pero sin los efectos secundarios nocivos como la temida dependencia o los daños al hígado. Si pudiésemos desarrollar esta droga sería un salto cualitativo en la industria farmacéutica, en el campo de los analgésicos y los calmantes. Bueno —dijo de pronto—, aquí termina el paseo por el zoológico, como lo llama la querida Larysa. Les hemos preparado un refrigerio en el comedor del laboratorio. Si desean acompañarme, es por aquí.

El comedor, una estancia completamente vidriada, daba al parque de la propiedad, esa extensión sin límites, con ondulaciones cubiertas por una hierba verde esmeralda prolija y pareja tachonada por montículos de nieve que aún no se derretía. La Diana, mientras sorbía el café *espresso* que una empleada le había preparado en una máquina, contemplaba el paisaje, absorta. Como un sonido lejano, la alcanzaba la voz de Larysa que le preguntaba al doctor Paddington por Spiky, la cría de erizo; se había enamorado del pequeño cubierto por púas y con nariz de cerdo.

“Este es el sitio del que nos habló Svetlana”, se dijo, mientras evocaba el diálogo con la joven ucraniana en Camp Bondsteel. Llegó a la conclusión de que la propiedad se encontraba en suelo bosnio o serbio tras recordar que

Svetlana les había comentado que, después de viajar como polizón en el vehículo de la lavandería, había arribado a Banja Luka, la capital administrativa de la Republika Srpska. Además, contaba el hecho de que el personal doméstico y administrativo hablaba en perfecto serbocroata. También le vino a la mente lo que le había referido Nanuk acerca de los tres lugares que Ilić visitaba solo con su entorno más íntimo, uno en las Seychelles, otro en Suiza y otro en Bosnia. Entonces, si, como suponía, el magnate serbio era el dueño de ese sitio inverosímil, entonces se hallaban en Bosnia, probablemente dentro de los confines de la Republika Srpska. Apretó en el puño el narval, su única esperanza de que los hallasen. Solo que no abandonaría ese lugar sin Larysa. Cerró los ojos lentamente, derrotada, abatida pues acababa de comprender que llevársela implicaba separarla del padre al que la niña adoraba. ¿Le causaría ese dolor cuando, poco antes, había jurado hacerla feliz? ¿Tendría que vivir en esa cárcel de lujo para siempre? Las lágrimas se le agolparon bajo los párpados.

—¿Dónde está el baño? —preguntó a una de las empleadas que ofrecía masas.

—Es aquella puerta, señora.

La Diana vio por el rabillo del ojo que Vuk, con un ademán de cabeza, le ordenaba al guardia que la siguiese. El hombre no le permitió entrar sino hasta verificar que el lugar estuviese vacío. La Diana orinó y, mientras se lavaba las manos, vio por el espejo a Yura. Se giró con un sobresalto. Estaba fuera y la miraba a través de la única ventana. Resultó imposible abrirla. La Diana apoyó la oreja en el vidrio helado.

—Hay que detener lo que está sucediendo en este sitio, Diana. Aquí se experimenta con mujeres, niños, aun con embarazadas. Son conejillos de Indias. Harry y yo nos vemos obligados a experimentar con sus cuerpos.

La Diana evocó las palabras que De Souza había pronunciado antes de que Vuk lo liquidase a sangre fría. En esa instancia, cobraban sentido. “Esto va mucho más allá del tráfico humano”, le había asegurado.

—Me extorsionan con Miki.

—¿Dónde la tienen?

—No lo sé con certeza porque siempre me llevan vendada. Estimo que no está muy alejada del laboratorio. Allí vive con el resto de los niños y de las mujeres. La veo una vez por día —dijo con acento lloroso.

—¿Sabes si recientemente han llegado un niño llamado Darko y una joven llamada Senada?

—¡Sí! Llegaron hace un par de días, tal vez menos.

—Darko es mi hijo, Yura.

—No sabía que tuvieses un hijo.

—En realidad, es adoptado. Pero lo amo tanto como a Larysa, que nació de mis entrañas. ¿Cómo está él?

—Asustado, pero bien.

—Si lo ves, dile que lo amo y que pronto estaremos juntos.

—Lo haré, te lo prometo. Santo cielo —se descorazonó la científica—. Qué pesadilla. Esto es un infierno. Con frecuencia llegan bebés recién nacidos. No sé de dónde salen, a quiénes se los roban. —La mujer se quebró en ese punto y bajó el rostro; se apretó la boca con el puño.

La Diana dejó caer los párpados, abrumada. Por fin comprendía la conexión que el general Raemmers había empezado a vislumbrar entre la desaparición de Yura Christiansen y el tráfico humano en los Balcanes. El material que le había dejado escondido en el pie del lavatorio y que en un principio parecía abarcar dos cuestiones que de ninguna manera se relacionaban había constituido las dos caras de un mismo y horrendo crimen. Solo que no le habían dado tiempo para descubrirlo en toda su siniestra magnitud. Cómo Raemmers había establecido la conexión era algo que quizá nunca llegaría a saber.

—Los toman de la red de tráfico humano que Vuk comanda con tanta eficacia —expresó segundos después.

—¿Vuk?

—Tú lo llamas *vojvoda*. Yo, Vuk, pero es el mismo monstruo.

—Pocas veces he visto a un hombre amar tanto a su hija como el *vojvoda* a Larysa, y sin embargo no tiene problema de que se experimente con los hijos e hijas de otros. Y yo tengo que usar sus cuerpecitos... —Rompió a llorar—. Me presionan para que obtenga resultados —se justificó, el gesto una máscara de culpa y angustia.

—Por favor, Yura, cálmate. Dime, ¿sabes dónde nos encontramos?

—No. Me drogaron para traerme aquí. Supongo que en algún punto de los Balcanes.

—¿Quién es el dueño de este sitio?

—¿Quién otro? —dijo, de pronto endurecida, y se limpió las lágrimas con pasadas rabiosas—. Ese demonio de Aleksandar Ilić. Monstruo ambicioso. Maldito sea. Es él quien me presiona por nuevos descubrimientos, nuevas fórmulas, nuevos seres vivos más fuertes, más

resistentes. Está enfermo de poder. Sobre todo quiere que desarrolle el superhombre. Está obsesionado con eso.

—¿Por qué especialmente con eso?

—Quiere venderle el proyecto al ejército de Estados Unidos. Maldito. Y también pretende usarlo para la Baywatcher, su empresa de seguridad. Creará un ejército de bestias todopoderosas y crueles.

—Es pedófilo —declaró La Diana, y Yura abrió grandes los ojos—. Tengo tanto miedo de que le haga algo a Darko.

—¿Señora? —la llamó el guardia, y golpeó la puerta dos veces—. ¿Todo bien?

—¡Sí! Enseguida salgo. Un momento, por favor. —Se volvió a Yura—. Hay esperanza de que vengan a rescatarnos. Te pido que te mantengas alerta. ¿Confías en alguien aquí dentro?

—En nadie, excepto en Harry, claro está, pero él es tan prisionero como yo y lo vigilan a sol y a sombra. Los demás colegas son en su mayoría corruptos o están convencidos de que hacen esto por el bien de la humanidad. No es difícil encontrar gente con esas convicciones dentro de la comunidad científica, sin mencionar que Ilić les paga fortunas, les regala viajes suntuosos, relojes suizos, automóviles deportivos. Además, este laboratorio es el sueño hecho realidad de cualquier científico. Recursos ilimitados, las mejores maquinarias, los mejores materiales.... Pocos resistirían la tentación de aceptar venir a trabajar aquí.

—¿No se cuestionan cómo es que te dieron por muerta en un accidente aéreo y de repente ahora eres la jefa de este lugar?

—Aquí nadie se mete con nadie, Diana. Es una ley tácita que todos respetamos. Empezar a hacer preguntas podría ser considerado una especie de traición. Igualmente, nadie se atrevería a traicionar a Ilić pues saben qué fin les tocaría. Me han referido a modo de advertencia que uno intentó denunciarlo y tuvo un final lento y doloroso. Vivo sumida en el terror más profundo.

—Solo puedes confiar en el doctor Paddington, entonces.

—Solo en él. Bueno... —dudó—. El padre del *vojvoda* parece buena persona. Nos hemos hecho amigos. Él y su gente se ocupan del animalario.

—¿Cómo se comunican? No los vi conversando durante el recorrido por el zoológico. Tú no hablas el serbocroata, hasta lo que sé.

—Nos comunicamos en inglés. Lo aprendió en la cárcel, gracias a su compañero de celda, un traficante australiano. Pero no puedo fiarme de

Mihajlo. ¿Qué tal si me espía por orden del hijo? La vida de Miki está en juego, Diana.

—¡Señora! —insistió el guardia—. El *vojvoda* dice que vaya al comedor, que la niña está buscándola.

—¡Enseguida! —contestó de buen modo—. Cuídate, Yura, y no te olvides de Darko, de mi *moje blago* —susurró, más para ella.

Salió como despavorida, aturdida por las confesiones de la científica inuk. Larysa corrió cuando la vio aparecer en la sala. La recibió en un abrazo y la apretó. El pecho se le convulsionaba de llanto y desesperación. Tragó varias veces el nudo de la garganta mientras intentaba concentrarse en lo que le decía la niña. Al apartarla, Larysa se calló de pronto; la sonrisa se le esfumó, los ojos se le ensombrecieron.

—¿Estás llorando, mami?

—No, amor mío. Es que comí una masita que contenía kiwi, y yo soy alérgica al kiwi.

“Otra mentira”, se reprochó.

—Yo soy alérgica a las frutillas —comentó la madre de Vuk, y la pequeña no le prestó atención.

—¿Qué es ser alérgica al kiwi? —preguntó en cambio a La Diana.

—Ser alérgica —intervino Paddington, y La Diana le destinó una mirada de agradecimiento— significa que tu cuerpo se equivoca. —La niña frunció el entrecejo, y el científico escocés rio—. Reacciona como si lo atacasen cuando en realidad lo que la persona está comiendo es inofensivo. Por ejemplo, el cuerpo de tu mamá cree que el kiwi, que es una fruta muy buena, le hará daño; entonces, reacciona de mal modo, se enoja, y tu mamá siente que le pica la boca, le arde la garganta y le lloran los ojos.

—Ah —pareció convencerse la pequeña.

Vuk, desde un rincón de la sala, no lucía igualmente persuadido. La observaba con ojos aguzados. Se aproximó con el paso de un depredador, resuelto, elegante, y la vista fija en ella, que se la sostuvo con valentía. La asqueaba ese sitio y lo que se hacía en él. Los nervios le pendían de un hilo. Le temía a su reacción en caso de que Vuk la provocase. Se detuvo frente a ella y le acunó la mejilla y le acarició el moretón del pómulo con el pulgar; su aspereza le causó un escalofrío. Luchó contra el reflejo que la instaba a apartarse. Veía a Larysa por el rabillo del ojo, que seguía el intercambio con la cabeza echada hacia atrás y la mirada atenta.

—¿Estás bien? —se interesó Vuk, y La Diana asintió—. Te ves cansada —expresó, y se inclinó sobre su rostro.

Los labios de Vuk se posaron sobre los de ella, y Larysa profirió una exclamación, dichosa ante la muestra de afecto entre sus padres. Se abrazó a la pierna de Vuk y escondió el rostro en su pantalón.

—¡Mi papá y mi mamá se van a casar! —anunció a nadie en particular—. ¿No es cierto, papi?

—Sí, es cierto —contestó él con una risita satisfecha y le acarició la coronilla.

—Yo estoy dibujando el vestido de novia de mi mamá. Iva me ayuda. Mami, ¿quieres que te muestre los dibujos que hice de tu vestido de novia?

La Diana, sumida en la confusión, repasó los rostros adultos que la circundaban. El de Yura, que ya había regresado de una supuesta llamada de urgencia, el del doctor Paddington, el de Larysa madre y por último el de Mihajlo Milanković. “Con el único hombre que me casaré será con su hijo Lazar”, le habría gustado confiarle.

—¡Mami, mami! ¿Quieres que te muestre los dibujos?

—Sí, amor mío. Muéstramelos —aceptó con bastante ecuanimidad.

* * *

Transcurrieron el resto de la tarde en la sala de juegos, estudiando los vestidos que Larysa había diseñado para la boda. La Diana hacía esfuerzos para mantener los ojos abiertos. La noche en vela y los nervios la habían extenuado; los párpados le pesaban. Debió de quedarse dormida en el sofá. Al despertar, se mantuvo estática, ni siquiera intentó mover la cabeza. Aunque ya había oscurecido y solo habían encendido una lámpara de la gatita Kitty, una luz refulgente bañaba a Larysa, que, sentada a la mesa, coloreaba un dibujo mientras bamboleaba las piernitas. Sergei Markov se suspendía sobre ella con la vista fija en La Diana.

—Estoy feliz de que no estés aquí —lo oyó decir con una voz clara que colmó la habitación y que, sin embargo, ni la niña ni Ivanka, que limpiaba los juguetes con un líquido antiséptico, escucharon.

Se le agarrotó la garganta. Le habría gustado pedirle que la cuidase, que velase por su preciosa niña, que la preservase de la enfermedad y de los males del mundo, que ella tenía las manos atadas y que estaba desesperada. Se sobresaltó cuando se abrió la puerta para dar paso a Vuk y a la

enfermera, la misma que le había sacado sangre. Los seguía Mihajlo. La figura de Markov se disipó como la niebla.

Larysa soltó un alarido, se bajó de la mesa y corrió a refugiarse en el regazo de la madre. La Diana se incorporó en el sillón y la cubrió en un acto de protección.

—Tiene que tomar el comprimido de ATRA —explicó Vuk.

—¡No, no y no! —gritó Larysa, la mejilla pegada al pecho de La Diana, las manitas firmes en su cintura—. ¡No voy a tomar la pastilla! Hoy es un día especial. Hoy no se toma la pastilla.

—Ven, muñeca mía —la llamó el abuelo—. Yo te ayudaré a tomarla.

—¡No, abuelo! ¡No quiero!

Por alguna razón, le vino a la mente su Takumi *sensei* y se preguntó qué consejo le habría dado el sabio japonés en una situación como esa. Le pareció oírlo. “Tienes que calmar a la niña, Diana. Su espíritu debe sosegar para que su cuerpo recobre la armonía”.

—Déjenme sola con ella —pidió, y clavó los ojos en Vuk, quien le devolvió una mirada difidente.

—Vamos —indicó Milanković—, dejemos a la niña con su madre. — Como Vuk no se movía, le apoyó la mano en el hombro y le habló con una dulzura que no había empleado en décadas—: Vamos, hijo. Déjalas solas un momento. Todo saldrá bien.

La puerta se cerró tras Ivanka, la última en salir, y La Diana reacomodó a Larysa sobre sus piernas; la sostuvo como habría hecho con un bebé de meses. Se miraron, y cuando la madre le sonrió, la niña se retiró la mascarilla y le respondió de igual modo.

—¿Qué dibujabas recién? Me desperté y te vi dibujando muy entusiasmada.

—Dibujaba el vestido que me pondré en la boda.

—¿De qué color es?

—Verde.

—Hermoso color. ¿Cuál es tu color favorito?

—El verde. Y un poco el rosa —añadió—. ¿Y el tuyo, mami?

—El violeta, pero desde ahora también lo será el verde. Y un poco el rosa —acotó.

Larysa rio, y La Diana no pudo resistir la tentación de cerrarse sobre su hija y besarla. La pequeña reía a carcajadas porque los besos en el cuello le hacían cosquillas.

—Te cantaré una canción que me cantaba mi mamá, tu abuela Eszter, cuando yo era una niña y tenía miedo de noche.

—¿Dónde está la abuela Eszter?

—Tu abuela y tu abuelo Ratko, mi papá, viven en el cielo, muy felices. Nos miran desde allí y desde allí nos protegen.

—¿Cuándo voy a conocerlos?

—No los conocerás, amor mío, hasta que seas muy pero muy viejita y vayas al cielo tú también.

—Ah —se desilusionó—. Pero papá y tú nunca se irán al cielo, ¿verdad?

La Diana lucubró una mentira piadosa y cambió de idea; le había mentido demasiado y solo se trataba del primer día.

—Eso nadie lo sabe, amor mío. Nadie sabe cuándo irá al cielo. Pero ahora, escucha la canción que me cantaba la abuela Eszter. A ver si te gusta.

Le canturreó al oído *Vjerna Ljuba* y, cuando terminó, recommenzó. Al cabo de la segunda vez, la niña se encontraba tranquila entre sus brazos, aunque no dormida. Respiraba de modo regular y pestañeaba con subidas y bajadas lentas.

—¿Alguna vez fuiste al circo, amor mío?

—No, mami. Pero con Ivanka vemos por la tele el Cirque du Soleil.

—El mejor circo del mundo. Cuando era un poco más grande que tú, un circo se instaló en las afueras de mi pueblo. Los abuelos Eszter y Ratko nos llevaron, a mí y a tus tíos Sándor y Leila. Había muchos espectáculos interesantes, pero a mí el que más me gustó fue el del tragador de espadas. ¿Sabes lo que es una espada?

La niña se incorporó, de pronto reavivada.

—Sí. El príncipe Felipe, el novio de la princesa Aurora, lucha contra el dragón malvado con una espada.

—Exacto. Pues en este circo del que te cuento había un hombre que se las tragaba, así largas y todo. —Echó la cabeza hacia atrás e hizo la mímica.

Larysa la miraba con ojos como platos y la boquita redonda y pequeña que formaba una “o” de asombro.

—El hombre tenía un secreto.

—¿Cuál, mami?

—Él sabía que tenía que echar la cabeza hacia atrás para que el tubo por donde bajaba la espada se quedase tan derecho como la espada misma. Verás, amor mío —dijo, y se señaló la garganta—. Aquí dentro tenemos un tubo llamado esófago por donde pasan los alimentos. Es un músculo

elástico, eso quiere decir que se estira, y cosas bastante grandes pueden pasar por él, como la pastilla que tienes que tomar.

—No —lloriqueó—. No quiero. No pasa, mami. Te lo prometo que no pasa.

—Y yo te creo, pero hoy te enseñaré de qué manera tienes que llevar la cabeza hacia atrás de modo que pase y nunca más tengas problema para tomarla. Lo primero que te enseñaré es cómo debes acomodarla en la boca. Ven.

La condujo a la mesa y, bajo la luz tenue de la lámpara de Kitty, le dibujó la silueta humana y un esófago. La niña, aunque con desconfianza, seguía sus explicaciones sin perder detalle. Vuk y la pequeña comitiva regresaron en medio de la explicación, y la niña se retrajo contra el cuerpo de La Diana.

La enfermera Radmila apoyó una bandeja que contenía una jarra de agua, un vaso y una caja de plástico negra; dentro debían de hallarse los comprimidos que no podían exponerse a la luz.

—Ven, cariño —la llamó Vuk.

—No, con mamá —se empeñó la niña.

Vuk asintió con un aire vencido que La Diana no le conocía.

—Si va a dársela usted —habló Radmila—, retírese de la lámpara. El medicamento no debe entrar en contacto con la luz. Y póngase estos guantes antes de maniobrar con la medicina.

Tras cumplir la orden, volvieron al sillón. La enfermera le entregó el comprimido. Era de color amarillo pálido y de forma alargada, bastante más grande que lo usual.

—Recuerda el dibujo del esófago —la instó—. Para que la pastilla baje sin trabarse, tienes que ubicarla de este modo en el fondo de la boca. —Colocó el comprimido en forma vertical delante de la niña—. La punta de la pastilla apuntando hacia abajo. Luego tomarás un poco de agua y echarás la cabeza hacia atrás como el tragador de espadas.

—Sí, mami —dijo, poco convencida.

—Es probable que esta primera vez no salga a las mil maravillas, pero practicaremos todos los días, y llegará el momento en que ni te acordarás de que en un principio te costaba tragarla.

La niña sonrió poco entusiasmada, como para agradar a su madre, lo que partió el corazón de La Diana. Se llevó la mano hacia atrás en el acto de rascarse la espalda y acarició el tatuaje del Arcángel Miguel. “Ayúdala”, le

suplicó. Se volvió hacia los adultos y, alternando miradas entre Vuk y la enfermera, manifestó:

—No quiero que le den órdenes ni indicaciones. Lo haré yo porque las he acordado con ella. Ustedes manténganse al margen.

—Como tú dispongas, Maša —manifestó Mihajlo; los demás guardaron silencio, hostil en el caso de Vuk y de la mujer; ansioso en el caso de Ivanka.

La Diana solicitó a la enfermera que le pasase el vaso con agua y una toalla y se lanzó al operativo. Era la primera oportunidad que se le presentaba para ayudar a su pequeña. Salió mejor de lo que había esperado. Por fortuna, la cobertura del comprimido tenía un sabor dulce, a vainilla, lo que le permitió a la niña acomodarlo en la boca sin arcadas y por el tiempo que fuese necesario. La admiró el perfecto sincronismo con el que sorbió el agua, echó la cabeza hacia atrás y tragó. La medicina bajó por su pequeño esófago sin problema.

—¡Lo lograste, amor mío! —exclamó La Diana, y la arrebujo contra su cuerpo.

—¡Sí, mami! ¡Porque lo hice igual que el tragador de espadas!

Los adultos festejaban; aun la taciturna enfermera lucía contenta. Vuk se la arrancó de los brazos y la sostuvo pegada contra su torso mientras le susurraba palabras de encomio. Sus miradas se encontraron, y el hombre que casi la había destruido le sonrió con un gesto sincero y le dibujó con los labios la palabra “gracias”.

La Diana abandonó el sillón cuando Mihajlo se aproximó con la mano extendida para congratularla y, cuando la tuvo aferrada, la atrajo hacia él y la abrazó. La Diana se puso en puntas de pie y le confió al oído:

—Creo que su hijo Lazar es prisionero en alguna parte de esta propiedad. Sálvelo, se lo suplico. Yo lo amo profundamente.

El hombre no esbozó un sonido, pero sus brazos la apretaron aún más.

* * *

La rutina, según le explicó Ivanka, era la siguiente: a las siete y media Larysa se bañaba, a las ocho cenaba en la sala de juegos, sola, a veces con su padre si este no tenía asuntos importantes que lo demoraban, y a las nueve se iba a la cama. A menos que estuviese de viaje, era el *vojvoda* quien la arropaba y le leía un cuento hasta que se dormía.

Como Vuk y Mihajlo se retiraron tras la ingesta del ATRA, la enfermera se quedó a modo de vigilante y, cuando salieron al corredor para ir al dormitorio de Larysa, La Diana se topó con uno de los matones que las siguió hasta la puerta de la recámara, donde se ubicó para hacer guardia.

La habitación le pareció de ensueño, con cama con baldaquín cubierta por un dosel de tul rosa pálido y una gran variedad de muebles pequeños y laqueados de blanco, entre los que destacaban una banqueta de pie de cama con tapizado rosa capitoné y un tocador en miniatura con un espejo tríptico. El empapelado, rosa pálido también, tenía impresos ramilletes de rosas rosas atados con cintas en tonalidades pastel. En un rincón, junto a una contraventana, había un juego de sillones para niños tapizados con un género a rayas verticales rosas y blancas, con una mesa de centro blanca en miniatura. El piso era de parqué y en varios sectores se hallaba cubierto por pequeñas alfombras con escenas e imágenes de Hello Kitty. Se veía que le gustaba el personaje de Sanrio, porque también el acolchado de plumas y los varios almohadones graciosamente acomodados en la cabecera tenían a la popular gatita como protagonista.

—¡Es lindísimo tu dormitorio, amor mío!

—Sí —acordó la niña con inocencia—. Papi trajo a una señora para que lo decorase, pero Iva y yo elegimos todo. ¿Verdad, Iva?

—Sí, cariño. La decoradora nos traía los muestrarios —le contó a La Diana—, y Lary y yo nos pasábamos horas decidiendo. Fue divertido —dijo, y le soltó un beso a la niña, que le respondió con una risita, y La Diana supo que estaban evocando una memoria feliz.

Ella no tenía memorias con su hija, ni siquiera de los meses transcurridos en el Veljko Vlahović, cuando la depresión la había convertido en un vegetal. Se las quedó mirando, consciente de la emoción oscura que estaba apoderándose de ella.

—Iré a preparar la bañera —anunció Ivanka, ignorante de los pensamientos turbulentos de La Diana—. ¿Quiere ir desvistiéndola, señora?

—¡Quiero que mami me bañe!

—Como tú prefieras, cariño —contestó la muchacha sin una pizca de rencor, disgusto o abatimiento, y se evadió por una puerta, la del baño en suite.

La Diana había notado la existencia de otra puerta, que estaba cerrada y que no podía corresponder a la del vestidor pues se encontraba en la pared opuesta.

La niña se sentó en el borde de la cama con las piernas colgando. La Diana se acuclilló frente a ella para quitarle las zapatillas. Pensó, no sin cierto vértigo y con una emoción arrebatadora, que se trataba de la primera vez que la desvestiría, la primera vez que le vería el cuerpecito que se había gestado en sus entrañas. Le quitó las zapatillas, luego las medias, todo de marcas costosas, y le estudió los pies.

—¿Por qué me miras los pies, mami?

—Porque son hermosos, pero sobre todo, amor mío, porque son tuyos y quiero conocerlos de memoria.

La niña rio, y su risa se convirtió en risotadas musicales y contagiosas cuando su madre le besó los empeines y cada uno de los dedos del pie. Y siguió riendo recostada en la cama mientras La Diana la deshacía de las prendas y le besaba las rodillas, la panza, los brazos y el pecho y, por último, la frente.

—Te amo, Larysa —susurró inclinada sobre su hija, los ojos quietos en los de la niña para no volverlos una y otra vez a la cicatriz que le había descubierto en el tórax, justo debajo de la clavícula derecha.

La niña le echó los brazos al cuello y la atrajo hacia ella, por lo que La Diana acabó tendida en la cama, con la pequeña envuelta en su pecho.

—Mami, ¿estabas triste cuando los soldados te llevaron lejos de papi y de mí?

—Sí, amor mío, muy triste. Durante estos años lejos de ti, viví llena de tristeza.

Larysa se incorporó y, de rodillas junto a La Diana, le despejó torpemente la cara de los mechones.

—No estés más triste, mami.

—¡Cómo podría estarlo, amor mío! Ahora que te he encontrado, soy feliz de nuevo.

—La niña va a tomar frío, señora —intervino la enfermera.

La Diana, que sabía que la habitación estaba bien calefaccionada, se tragó las palabras para no polemizar frente a Larysa y se incorporó con ella en brazos. La cargó hasta el baño y la depositó dentro de la bañera donde Ivanka ya había juntado agua a la temperatura ideal, treinta y siete grados, según le informó mientras secaba el termómetro.

—Estos son los juguetes favoritos de Lary para el baño —indicó, y los echó en el agua.

La Diana la detuvo cuando la joven se disponía a salir.

—Quédate, Ivanka. Juguemos las tres —propuso.

—Como usted disponga, señora —contestó con formalidad, pero complacida a juzgar por la sonrisa que le dirigió a la niña.

Se entretuvieron con los juguetes hasta que La Diana, tras preguntarle la hora a la niñera, dispuso que había llegado el momento de bañarse.

—¿Hace cuántos años que te ocupas del cuidado de mi hija?

—Desde que tenía un año —contestó sin mirarla, y cargó la esponja con un jabón líquido para bebé. Se la entregó a La Diana, que la recibió y comenzó a frotar a la pequeña.

—¿De dónde eres?

—De Sarajevo, señora —respondió en voz baja, siempre con la mirada esquiva, mientras sacaba los juguetes del agua y los secaba.

—¿A qué te dedicabas antes de convertirte en niñera?

—Trabajaba en un orfanato.

—¿Cuál?

—¿Cuál? —se asombró la chica, y alzó la vista.

—Sí, cómo se llamaba el orfanato en el que trabajabas. ¿Mariscal Tito, tal vez?

Ivanka frunció el entrecejo y asintió.

—¿Qué puesto desempeñabas en el Mariscal Tito?

—Yo me crié en el Mariscal Tito, señora. Soy huérfana. Pero a los dieciocho años, no teniendo dónde ir y estando Bosnia en plena guerra, me convertí en la asistente de la directora.

—¿De Olga Oltrović?

La Diana advirtió que la muchacha apretaba el juguete lo mismo que los labios. La vio concederle un asentimiento corto, seco, sin esbozar un murmullo. Decidió acabar con el interrogatorio; resultaba manifiesto que la incomodaba, o quizá la atemorizaba. No era necesario seguir indagando para saber que se hallaba frente a la joven que había desaparecido junto con el convoy de huérfanos aquella mañana del 6 de febrero de 1996, cuando Vuk lo tomó por asalto y asesinó a la directora y al chofer. ¿Ivanka habría sido su cómplice o su víctima? Como fuese —a su juicio resultaba más probable que se tratase de lo segundo—, la joven corría peligro, pues, cuando Vuk ya no la necesitase, la eliminaría para no dejar un cabo suelto.

—De nuevo quiero agradecerte por haber cuidado tan bien de mi hija.

—Gracias, señora. —Alzó la mirada, de pronto con una expresión resuelta, y preguntó—: ¿Podré seguir cuidándola a pesar de que ahora está

usted aquí? ¡No me malentienda, por favor! Nadie es más feliz que yo por el hecho de que Lary se haya reunido con su madre. Usted no sabe con cuánta ansiedad ella esperó este día. No veía la hora de conocer a su mamá. Soy feliz por ella, créame. Solo que ahora que usted está aquí... —Se calló de pronto antes de afirmar—: Lary es lo único que tengo.

—Por supuesto que te quedarás. Eres importante para Larysa, y yo necesitare de tu ayuda. Siempre —subrayó para borrarle la expresión consternada.

—Gracias, señora. Si el *vojvoda* me despidiese, no tendría dónde ir. Mi única familia es Larysa.

“El *vojvoda* no te despediría”, reflexionó La Diana. “Te colocaría una bala en la frente”.

—No te despediré —dijo en cambio—. Yo no lo permitiré. Tú eres parte de esta familia.

La muchacha sonrió, la primera sonrisa plena, en la que las facciones más bien toscas se suavizaron y la embellecieron.

—Y ahora, señorita —dijo La Diana y se dirigió a su hija—, tengo que lavarte el cabello.

Salieron del baño un rato más tarde, Larysa envuelta en una toalla con capucha en los brazos de su madre. La enfermera seguía allí, sentada en el sillón para niños, leyendo un libro. Se puso de pie, erecta como una estaca, y se acomodó la falda blanca.

—Iré a la cocina a ordenar que alisten todo para la cena de la niña. ¿Usted comerá con ella, señora?

—Sí —fue la respuesta cortante.

Ivanka dispuso el pijama, las medias y la bata sobre la cama y dejó que La Diana ayudase a la niña a vestirse. Ella, en tanto, ponía orden en la habitación. Le entregó un secador de pelo, y La Diana se ocupó del cabello de Larysa. Caminaron las tres por el corredor, con el guardia detrás de ellas. Se dirigían a la sala de juegos, donde la niña acostumbraba cenar; en verano, le explicó Ivanka, lo hacían en el comedor de la planta baja, a veces en la terraza.

No resultó fácil hacerla comer el guiso de lentejas y carne. La Diana fue engatusándola mientras le contaba uno de los cuentos de Jérôme, y cuando lo terminó y Larysa le pidió que lo repitiese, lo hizo con la condición de que comiese cuatro cucharadas más. Poco a poco, el cuenco fue quedando vacío.

—Es la primera vez que come todo el guiso de lentejas —se admiró Ivanka—. La nutricionista siempre me recuerda lo importante que es que Lary coma legumbres.

—¿Tiene una nutricionista?

—Sí, trabaja en el centro de tecnología y ciencia, el edificio que está junto al animalario —explicó innecesariamente—. Lary tiene una dieta muy estricta desde que... pues...

—Sí, comprendo.

Llegó el postre, una tarta de nueces que a La Diana le supo exquisita.

—Lary tiene que comer nueces todos los días —comentó la niñera—. Anica se las prepara de muchas formas. Por fortuna, le gustan.

—¿Las has probado con miel, amor mío?

—No, mami —contestó con la boca llena, e Ivanka le marcó el error con gentileza.

En tanto acababan la tarta, apareció Vuk. Larysa abandonó su sitio y corrió a los brazos del padre.

—¡Papi, comí todo el guiso de lentejas!

—¿De veras, cariño? ¡Eso se merece otro premio!

—¿Cuál, papi, cuál? ¡Ya sé! Podemos ir mañana de nuevo al zoológico del abuelo.

—Mañana tienes clase con Mrs. Kendrall —le recordó Vuk.

—Pero podríamos ir por la tarde —intervino La Diana—, y Mrs. Kendrall nos enseñaría los nombres de los animales en inglés.

—Ya sé los nombres de los animales en inglés, mami.

—¿Ah, sí? ¿Sabes cómo se dice erizo? —preguntó, y agitó las cejas de tal modo que la niña rompió a reír.

—¡Spiky!

—Ese era su nombre, pero no el de la especie —le explicó La Diana, mientras le hacía caricias en el cuello que le causaban cosquillas.

—¡No me acuerdo! —admitió entre carcajadas, que contagiaron aun a Vuk.

—Ya ves, pilluela, no sabes los nombres de todos los animales.

—Tendré que hablar con la doctora Yura —intervino Vuk—. No te prometo nada, cariño, pero haré lo posible para que tú y tu madre puedan volver mañana por la tarde.

—Gracias, papi —dijo, y lo abrazó y lo besó en ambas mejillas.

La Diana notó que le besaba la cicatriz sin repulsión. Los pequeños labios se apoyaban sobre el corte mal cicatrizado como si nada fuese, de manera casual; la marca era parte del rostro de su adorado padre. ¿La habría odiado de enterarse de que ella se la había impreso? Tuvo miedo. Le temió a la certeza de que la fidelidad de su hija estaba primero con Vuk, que la había amado desde que había descubierto que su cautiva turca la llevaba en el vientre. La había defendido y protegido, incluso de la propia madre. Se merecía su lealtad.

—Ivanka —Vuk se dirigió a la niñera—, ya puedes retirarte a descansar. Mariyana y yo nos ocuparemos de Larysa.

—Gracias, *vojvoda*. Buenas noches, Lary. Dulces sueños, cariño.

—Buenas noches, Iva.

—Buenas noches, Iva —la saludó La Diana—. Gracias por todo.

—De nada, señora. Buenas noches.

Regresaron a la habitación de la niña, quien, aferrada a las manos de sus padres, iba cantando y dando saltitos. Durante los preparativos para ir a la cama, La Diana se mantuvo al margen y se limitó a observarlos. Vuk la ayudó a lavarse los dientes. Le enseñaba con infinita paciencia, y entre los dos se establecía una comunicación de miradas y de gestos; se conocían profundamente. Le provocaba una gran impresión ver esa faceta del hombre que solo sabía ser cruel.

Vuk le secó la carita y la cargó en brazos. Al pasar junto a La Diana, Larysa le rodeó la nuca y la atrajo hacia ellos. El hombre se detuvo de inmediato, y los dos quedaron casi pegados, unidos por el abrazo de la hija.

—Dame un beso, mami. —La Diana la complació y la besó varias veces—. Ahora dale un beso a papi, pero no en el cachete; en la boca —exigió.

La Diana cruzó un vistazo fugaz con Vuk, que sonreía, ufano. ¿Era ético sostener la mentira y hacerle creer que amaba a un hombre al que detestaba? La vio sonriente, los ojos le refulgían de esperanza y supo que no tendría corazón para desilusionarla. En ese instante, mientras acariciaba la frente de su hija, la criatura de sus entrañas, a la que había estado segura de que nunca volvería a ver, tuvo cabal comprensión de la naturaleza del amor que le inspiraba, inefable, infinito, inexplicable, porque solo lo que sentía por ella la habría convencido de besar voluntariamente a su torturador. Lo hizo, lo besó, y la niña aplaudió y rio, dichosa. Vuk aprovechó la oportunidad y, con la mano libre, la aferró por la parte posterior de la cabeza y profundizó el beso. La penetró con la lengua. No

sintió nada, ni siquiera rabia; solo una gran indiferencia y el sabor de la *šljivovica*, que le trajo malos recuerdos.

Larysa trepó a la cama, y Vuk la arropó. La Diana observó el portarretratos que adornaba la mesa de noche con una fotografía reciente de Larysa en brazos de Vuk. Los dos sonreían a la cámara; lucían felices. Apartó la vista, y sus ojos cayeron en dos cuadros colgados a la cabecera que la dejaron muda: uno contenía la cinta de gro bordada por Leila con el nombre de su hija, prolijamente desplegada y ya muy ajada; en el otro había un retrato de ella cuando era pequeña, cuatro, cinco años tal vez, tomada en la puerta del U Partizanski; el parecido con Larysa impresionaba.

Vuk estaba observándola cuando La Diana se volvió hacia ellos. Se contemplaron en silencio.

—¿Qué cuento leeremos esta noche? —preguntó el hombre, mientras se dirigía a la biblioteca, abarrotada de libros de diferentes tamaños y colores.

—¡La Cenicienta!

—¿Otra vez?

—Sí, papi. Que me lea mami.

—Muy bien, que lea mami.

—¿Mami?

La Diana se aproximó y se inclinó sobre la niña; le acarició la frente.

—¿Qué, amor mío?

—Cuando mañana abra los ojos, ¿tú estarás aquí conmigo?

—Sí, estaré aquí. Mañana y todos los días desde ahora en adelante.

La niña hizo una mueca de alegría: achinó los ojos y sonrió desvelando los dientes, y sus padres rieron.

—Mami, cuando papi me lee me va mostrando los dibujitos.

—Muy bien, te los iré mostrando.

El primero, Cenicienta preparando un guisado junto al fogón, despertó un comentario de la niña que la sorprendió.

—Aquí Cenicienta está cocinando como hacían tía Leila y tú.

—¿Le hablaste de Leila? —se pasmó La Diana, y Vuk se limitó a bajar los párpados a modo de asentimiento.

—Papi dice que nadie cocina mejor que tú, mami.

—Tía Leila cocina mucho mejor que yo. Tu abuela Eszter cocinaba mejor que yo.

—Yo también quiero cocinar, pero no sé hacerlo.

—Puedo enseñarte —propuso La Diana.

—¡Sí! —exclamó, y se incorporó en la cama—. ¡Mañana!

—Mañana tienes clases con Mrs. Kendrall —volvió a recordarle el padre. Al ver la desilusión en la expresión de su hija, La Diana propuso:

—Hablaré con Mrs. Kendrall. Tal vez podríamos tener clases de cocina en inglés. ¿Qué opinas, amor mío?

—¡Sí, por favor! ¡Por favor! —exclamó, la mirada dirigida hacia el padre, la fuente de autoridad, su referente.

—Pero para mañana debes elegir —la conminó Vuk—: la clase de cocina o la visita al zoológico del abuelo.

—Las dos cosas —dijo, y se cruzó de brazos, pegó el mentón al pecho y amorró la boca.

La Diana contuvo la risotada. No intervino; esperó a que el padre solucionase el conflicto.

—Harás una cosa un día y otra cosa otro día. Es una buena resolución —concluyó.

—No es una buena... ¿Cómo dijiste, papi?

—Resolución. Y sí, lo es. Ahora, vuelve a acostarte. Ya es tarde y debes descansar.

La niña obedeció sin cuestionar, y La Diana vislumbró el ascendente que ese hombre tenía sobre su hija. Empleó una voz baja y monótona para leerle, que pronto surtió efecto. Larysa se quedó dormida al cabo de diez minutos.

—Siempre duerme siesta —comentó Vuk, mientras la cubría con el rebozo—. No sé cómo se sostuvo en pie hasta esta hora.

La Diana nada dijo. Lo observó besar la frente de la pequeña y demorarse un momento con los ojos cerrados antes de apartarse para darle lugar a que hiciese otro tanto. La Diana se la quedó mirando. Dormía con tanta serenidad, confiada en la seguridad de esa casa y en la presencia del padre. La asaltó una emoción desbordante al meditar: “La he encontrado. Nunca volveré a separarme de ella. La veré crecer”. Le siguió una desazón turbadora al reconocer lo precario de la situación. Se inclinó y la besó en la mejilla.

—Dulces sueños, amor mío —susurró.

Al incorporarse, fijó de nuevo la atención en la cinta de gro enmarcada y en su fotografía de pequeña. Vuk se aproximó por detrás y le habló al oído.

—Ven, acompáñame. Quiero mostrarte algo.

La Diana lo siguió a través de la puerta cerrada que había notado horas antes. Vuk la abrió con una llave que extrajo del bolsillo del pantalón. La cerró tras ellos, pero no echó llave de nuevo. Bastó con la luz tenue que emitía una lámpara Tiffany para saber que se encontraba en el dormitorio de Vuk. Estudió el entorno, simulando calma. Se aproximó a una de las ventanas, descorrió un poco la cortina y contempló el parque y los guardias. Intentaba establecer la ubicación y la orientación de la recámara. Oía a Vuk a sus espaldas. Abría cajones y rebuscaba dentro de ellos.

—¿Cómo se hizo la cicatriz que tiene bajo la clavícula derecha? — preguntó sin volverse.

—Es la marca que le dejó el Port-a-Cath.

La Diana se giró y lo descubrió a pasos de ella con un libro bastante grande en la mano.

—Es un acceso venoso que se implanta con una pequeña cirugía — explicó, afable—. Se lo hace con la intención de que quede allí, abierto, por varios meses. Es para evitar tener que canalizar al paciente de quimioterapia cada vez que se lo somete a una sesión. Además sirve para extraer sangre e inyectar medicamentos y, en el caso de Larysa, que sufría frecuentes hemorragias, para suministrarle plaquetas rápidamente. —Guardó silencio y la miró con fijeza—. Los riesgos del Port-a-Cath son muchos, sobre todo el de contraer una infección, pero sus beneficios también lo son. La salvó en varias ocasiones de morir desangrada. Radmila —aludía a la enfermera— le inyectaba de inmediato las plaquetas, que conservamos en una heladera aquí en la casa. La hemorragia se detenía casi de inmediato.

A La Diana se le agolpaban las palabras que era incapaz de pronunciar. Quería preguntarle por esos episodios y no reunía el coraje, ella, que había hecho de la valentía su lema. Larysa, sin embargo, había transformado las cosas, y estas adquirirían un matiz nuevo, y ya nada le resultaba certero ni claro. Tras un silencio, Vuk comentó:

—Vi que notaste la foto en la cabecera de la cama de Larysa.

—Y la pulserita que Leila le bordó.

—Le debo mucho a esa pulsera. Me ayudó a reconocerla entre los niños del orfanatorio.

—¿Los que secuestraste en la ruta hacia Split? —El hombre se quedó mirándola con expresión neutra—. ¿Qué hiciste con esos niños, Vuk? ¿Dónde están?

—¿Por qué te preocupas por ellos? Solo debe importarte nuestra hija.

—La diferencia fundamental entre tú y yo radica en que soy capaz de sentir compasión por mis semejantes, aunque no sepa quiénes son, aunque no sean mis consanguíneos.

—Jamás sentiste compasión por mí —la acusó sin alzar la voz, aunque La Diana advirtió el tono amenazante. Igualmente, se atrevió a responderle con sarcasmo:

—Tienes una habilidad especial para sacar lo peor de mí. Lo cierto es que debería haberme compadecido de ti, de tu incapacidad para amar y ser bondadoso.

—¡Amo a mi hija como a nadie en este mundo!

La Diana guardó silencio y apartó la vista, que cayó en una mesa ubicada junto a la enorme cama. Había un aparato de circuito cerrado de televisión. Se inclinó para observar la imagen bastante nítida en blanco y negro: era la habitación de Larysa. La cámara debía de estar ubicada en el cielo raso del dosel.

—Cuando no puedo dormir —lo oyó expresar—, me quedo toda la noche observándola. A veces me cuesta creer que sea mía.

—¿Aún piensas que podría ser de Kosta?

Vuk carcajeó por lo bajo y sacudió la cabeza.

—Ya te dije que no. Me cuesta creer que sea mía por otra razón. Porque... —Se interrumpió antes de volver a hablarle—. Hoy hiciste muy feliz a nuestra hija. Pídeme lo que quieras.

Como el dios que se creía, se dignaba a conceder una gracia a su esclava. Había existido una oportunidad en el pasado en que Vuk le había realizado la misma proposición, y ella solo había obtenido una ducha y ropa limpia. En esa instancia, si le hubiese pedido lo que realmente deseaba —ver a Kovać y a Darko—, se lo habría negado.

—Permíteme hablar por teléfono con Darko —solicitó en cambio, y añadió—: Por favor.

Para su sorpresa, Vuk extrajo el celular del bolsillo del saco, uno distinto del que le había entregado para realizar la primera llamada. Se trataba de un modelo de última tecnología con pantalla monocromática, del que oía hablar pero que nunca había visto. Se lo pasó luego de establecer la comunicación. Antes de que pudiese aferrarlo, lo alejó de ella.

—Si dices o preguntas algo inconveniente, habrá consecuencias, Maša.

—Lo sé —afirmó, y se hizo con el aparato, donde ya oía la vocecita de Darko que repetía “hola” sin cesar.

—¡Hola, *moje blago!* —exclamó con acento estrangulado.

—¡Mamá!

—¿Cómo estás? ¿Cómo te tratan?

—Bien, pero quiero estar contigo.

—Pronto, *moje blago*. Necesito que te quedes tranquilo y te portes bien. ¿Estás con Senada?

—Sí. ¿Puedo hablar con papá?

—No, *moje blago*. Él no está aquí ahora, pero me pidió que te dijese que te ama y que pronto volveremos a estar juntos.

Se puso de pie y se alejó deprisa al darse cuenta de que Vuk pretendía arrebatarse el teléfono.

—Ahora tengo que dejarte. Te amo, no lo olvides.

—Y yo a ti, mamá.

—Buenas noches. Dulces sueños, *moje blago*.

Vuk le arrancó el aparato y la contempló con furia. Contendieron en silencio, con miradas duras y obstinadas, hasta que Vuk bajó la vista y masculló un insulto.

—Pocas personas cuentan con la capacidad para enfurecerme como tú, Maša —admitió con acento vencido en tanto se dejaba caer en un sofá—. Ven, acércate, quiero mostrarte algo. Siéntate —le ordenó al tiempo que le señalaba el sitio a su lado.

Obedeció. Vuk se hizo nuevamente del libro grande, solo que no era un libro sino un álbum de fotografías.

—¿Lo reconoces?

La Diana asintió, la vista clavada en la tapa, donde, más de quince años atrás, ella misma había escrito con su mejor caligrafía: *Familia Huseinovic-Zekić*. Vuk se lo depositó sobre las piernas. Le tembló la mano mientras lo abría. Se cubrió la boca al ver la primera foto, la de sus padres de jóvenes, en el día de su boda, Ratko elegante en un traje gris claro con chaleco, y Eszter, bellísima en un vestido azul con vivos amarillos, que había conservado en una caja como si de un tesoro se tratase; nunca lo había vuelto a usar y cada tanto lo sacaba y se lo mostraba a sus hijas. Se los veía felices, sonrientes, llenos de vida y esperanza. La mano también le tembló mientras la aproximaba para acariciar los rostros amados. “Papá, mamá”, lloraba por dentro, el cuello agarrotado de tanto reprimir.

Vuk le habló en voz baja, como si respetase el momento íntimo y de nostalgia.

—Déjame que te muestre mi foto favorita. —Pasó varias páginas deprisa —. Esta —dijo, y señaló una de La Diana, sentada en una piedra junto al arroyo del bosque donde iban a recoger hongos para los guisados del restaurante. Debía de haber sido el 86, antes de cumplir los quince, el año de su fiesta. Se la había sacado Sanny, que amaba la fotografía, y sin que ella se diese cuenta; de hecho, tenía la mirada perdida y el gesto relajado.

—Me habría enamorado de ti ese día de haberte visto —murmuró Vuk.

—¿Por qué tienes esto? ¿Cómo lo conseguiste?

—Cuando le asignamos la propiedad de tu familia a Dimitrije —aludía al esposo de Fatima—, recuperé algunas cosas de tu casa, entre ellas los álbumes de fotos y las pocas joyas que hallé. Tengo todo aquí, para dártelo a ti o a Larysa cuando fuese mayor. Ella adora sentarse en mis rodillas y ver las fotografías.

—¿Por qué dices “cuando le asignamos”? ¿Acaso eres parte del gobierno?

Vuk sonrió y sacudió la cabeza.

—Maša, soy uno de los que ayudó a constituir la Republika Srpska, uno de los padres fundadores, si quieres ponerlo en palabras románticas. ¿Cómo no voy a tener voz y voto en todo lo que se decide? No ocupo un cargo público, eso se lo dejo a las marionetas. Yo soy el titiritero —añadió.

—Entonces estamos en algún sitio de la Republika Srpska.

—Buen intento —le concedió Vuk.

La Diana devolvió la atención al álbum y siguió repasándolo. Sin apartar la vista de las fotografías, quiso saber:

—Dices que Larysa conoce este álbum.

—Sí, y cada tanto me pide que se lo muestre. Nos pasamos un buen rato viendo las fotos. Ella me hace preguntas y yo trato de responderlas lo mejor que puedo de acuerdo con lo poco que sé de ti y de tu familia. Ahora podrán verlas juntas y tú le aclararás las dudas.

Casi al final, volvió a emocionarse al encontrar la última fotografía de Katarina y Liam Duncan juntos en el festejo del año nuevo en el U Partizanski; poco después, el abuelo Liam había fallecido.

Se tensó y cesó de hojear al sentir la mano de Vuk que le apartaba el cabello de la espalda. Se puso de pie de un salto y lo enfrentó.

—¡No me toques!

Vuk, con una sonrisa que fingía confusión, se puso de pie. La Diana, a punto de retroceder, se quedó donde estaba. El día anterior la había

sometido porque aún estaba bajo los efectos de la droga y muy desorientada. En ese momento se sentía en pleno dominio y deseaba pelear. Depositó el álbum sobre un sillón junto a ella, y aguardó a que Vuk la encerrase entre sus brazos.

—He sido paciente, Maša, pero tampoco soy un santo. Quiero que volvamos a estar juntos. Ahora. Me calientas —dijo en voz baja y enronquecida, y le besó el cuello.

La Diana, completamente aprisionada en el abrazo del hombre más fuerte que conocía, se rebulló e intentó apartar la cabeza.

—Vuk, suéltame. Dijiste que querías que esta vez fuese distinto entre nosotros.

—¿Por qué tendría que serlo —objetó, mientras seguía lamiéndole y besándole el cuello— si como era a mí me volvía loco?

—Pero a mí me repulsaba. ¡Suéltame!

—¡Gozabas entre mis brazos! —comenzó a enojarse, y ajustó un poco más el abrazo hasta despejarla del piso—. ¡No te atrevas a negarlo!

—¿Te refieres a los pocos orgasmos que me obligaste a tener? Fueron el producto de una acción mecánica, nada más. ¿Qué me habrías hecho si no te hubiese complacido también en eso? ¿Acaso has olvidado las veces en que fingí qué me sucedió después?

—Eras mala fingiendo, adorada Maša.

Carcajeó con sorna mientras avanzaba hacia la cama, entorpecido por el cuerpo de La Diana, que sacudía las piernas y la cabeza, las únicas partes libres.

—Si quieres mentirte a ti misma, adelante.

—Suéltame.

—No. Volveremos a estar juntos después de tantos años y sellaremos nuestra unión para siempre en la cama.

—Te advertí por la memoria de mi abuela que te mataría si lo intentabas. Estás a tiempo de detenerte.

Vuk profirió una carcajada sonora. La Diana llevó la cabeza hacia atrás y le descargó el hueso frontal, el más duro del cráneo, en el tabique nasal. La soltó automáticamente para sujetarse la nariz, por la que brotaba sangre. La Diana no perdió tiempo y, aunque un poco mareada por el golpe, lo sujetó por el cuello para ejercer fuerza con el pulgar, el índice y el mayor en tres puntos estratégicos de la tráquea, que le cortaron el aliento. Vuk emitió un ronquido estrangulado y abrió grandes los ojos, que se le colmaron de

lágrimas. De modo instintivo, trató de deshacerse de lo que le oprimía la garganta, solo que La Diana ya le aplicaba un gancho en el esternón, una técnica aprendida durante las lecciones de krav magá que, al causarle un espasmo en el diafragma, lo privó del flujo de aire. Cayó de espaldas como un peso muerto, y en tanto se arqueaba sobre la alfombra en la búsqueda desesperada del próximo respiro, ahogado por la sangre y por la falta de oxígeno, La Diana le hurgó bajo el saco hasta dar con una pistolera axilar de donde extrajo una regia Smith & Wesson, la M&P Shield, famosa por su porte oculto debido a su diseño delgado y liviano. También lo desembarazó de un cuchillo de guerra y de una pistola pequeña, de bajo calibre, que llevaba sujeta a la caña de la bota. Le apoyó el cañón de la M&P Shield en la frente y se inclinó para preguntarle:

—¿Quién es como Dios ahora, Vuk? ¡Quién, maldita sea!

El hombre la observaba a través de ojos inyectados y húmedos, demasiado aturdido y sofocado para emitir un sonido o para perpetrar una maniobra.

—Agradece que mi hija duerme en la habitación de al lado. Agradece que eres importante para ella. Agradece que te ama. Solo para evitarle un dolor a ella me privo del placer de liquidarte, porque no creo que puedas imaginar la cantidad de veces que soñé con el instante en que te haría desaparecer de la faz de la Tierra. Pero te advierto algo: si el pedófilo Ilić, que, estoy casi segura, visita esta casa, le ha tocado un cabello a mi hija, le cortaré los testículos como tú hiciste con mi amigo Kosta y se los enfilaré en el culo. Luego, haré otro tanto contigo por no haberla protegido, como no protegiste a tu hermano Lazar, y ya nada, ni siquiera mi amor por Larysa, me detendrá. Te liquidaré ahí mismo. Ruega para que ese asqueroso pederasta no haya siquiera rozado a Larysa.

Vuk, los ojos desmesurados y la expresión escandalizada, agitó apenas la cabeza para negar, y La Diana le hundió el arma un poco más en la frente para impedirle el movimiento. Le introdujo la mano en los bolsillos externos del saco hasta dar con la tarjeta que le franquearía el ingreso en su recámara, pues no tenía otra alternativa más que regresar a su prisión. Escapar en esas circunstancias, con la propiedad vigilada por un ejército de hombres y perros, se habría juzgado un acto suicida, más allá de que ella no abandonaría ese sitio sin Larysa, Darko y Kovać. Al pensar en llevarse a su pequeña, la embargó de nuevo el sentimiento de desesperanza que la había asaltado esa tarde durante el paseo por el animalario. ¿Con qué corazón la

separaría del padre al que adoraba? “Poco a poco. Paso a paso”, se recordó en un acto de confianza.

Le dio un ligero puntapié en la pierna para obtener su atención.

—Ponte hielo en la nariz. No quiero que mañana Larysa te vea con la cara hinchada y se asuste.

Abandonó las armas junto al propietario y se encaminó hacia la puerta por donde había ingresado. Antes de cruzar el umbral, se volvió sobre sus pasos, se acuclilló junto a Vuk, recogió el cuchillo —un Bowie, comprobó— y lo desenvainó. Le arrastró la punta por la cicatriz. Vuk detuvo las respiraciones afanosas y se quedó quieto, los tendones rígidos mientras el filo lo acariciaba.

—Les tocas un cabello a Darko o a Lazar, o permites que alguien más lo haga, y la muerte que tuvo Kosta será un paseo en comparación con la que te tendré preparada.

Se puso de pie y lanzó el cuchillo, que viajó dando giros hasta incrustarse con precisión en el respaldo de la cama. Abandonó el dormitorio por el ingreso común y se dirigió a la cabecera de su hija. Comprobó que durmiese serenamente, ajena a la guerra declarada entre sus padres. La besó en el carrillo tibio y regordete, y mientras lo hacía, se la consagraba a sus dos ángeles, Miguel y Markov.

CAPÍTULO XVII

*De pronto se vio en el cielo algo también misterioso:
apareció un gran dragón rojo, que tenía siete cabezas, diez
cuernos y una corona en cada cabeza.
Luego se detuvo frente a la mujer para comerse a su hijo tan
pronto como naciera.*

Apocalipsis 12, 3-4

Mirko consultó el reloj mientras el avión se aproximaba a la pista clandestina del predio donde se construía el nuevo laboratorio en las afueras de Tiráspol. Eran las tres y media de la tarde de un día nublado y frío. “Un día de mierda”, se dijo, en tanto pensaba en la misión que afrontarían en breve. Se estudió la venda de la mano, donde la perra de Mariyana le había clavado los dientes hasta el hueso. La doctora Ilić le había curado la herida y le había prescripto la antitetánica.

Se sacudió apenas en el asiento cuando el tren de aterrizaje del Cessna Citation de propiedad del *vojevoda* tocó tierra. Ya no precisaban esperar a que alguno de los aviones de del señor Ilić se liberase o servirse de los helicópteros, limitados por la falta de autonomía para recorrer largas distancias. Ahora contaban con un avión propio, lo que ponía de manifiesto lo bien que iban los negocios. No obstante, existían riesgos de que la ola favorable se rompiese a causa de la obsesión del *vojevoda* por la Huseinovic. “¡Maldita sea!”, masculló para sí. Se le contraía el pecho al vislumbrar la conversación que sostendría con Branka. “¡Concéntrate!”, se instó, mientras descendían del avión privado. El asunto entre manos no admitía distracciones. Él y Zver tendrían que cargarse a dos tipos que habrían sido capaces de eliminarlos solo con el uso de las manos.

Al final de la pista los aguardaba Atsa Adakai en un Jeep. El indio navajo le caía bien. Habían salido a cazar en varias oportunidades, y Diné, como se

hacía llamar durante los operativos, le había enseñado un par de trucos, secretos milenarios de la gente de su pueblo, que lo habían dejado boquiabierto. Le resultaba un desperdicio eliminarlo solo por una sospecha; lo mismo al holandés Van Groen.

Adakai los recibió con sonrisas y palmadas en la espalda. Treparon al Jeep, y los llevó a dar una vuelta por el predio para que constatasen los avances de la construcción que, por ser realizada con materiales prefabricados, estaba casi terminada.

—Estimamos que el laboratorio estará funcionando dentro de un mes.

—Perfecto —dijo Mirko con voz y semblante sombríos.

—¡Ey, Mirko! —Diné despegó la mano del volante y le apretó el hombro—. ¿Por qué esa cara? ¿Y qué te ha pasado ahí? —inquirió, y le señaló la venda.

—La mordida de una puta demasiado fogosa —se burló Zver, y Adakai soltó una risotada—. Tengo el culo congelado —comentó a continuación— y estoy cagado de hambre.

—Pues han llegado en el momento justo —aseguró el navajo—. Foxtrot está preparando el almuerzo. Es buen cocinero, el muy hijo de puta.

—Y nosotros —apuntó Zver— hemos traído un whisky de dieciocho años para festejar.

—¿Qué festejaremos? —quiso saber Adakai.

—¡Que tenemos un whisky de dieciocho años para emborracharnos!

Más risotadas, que Mirko no compartió. El vehículo se detuvo frente a un grupo de casuchas, típicas construcciones precarias para habitar mientras se erigía el edificio, sin embargo, cuando ingresaron en la que les indicó Diné, Mirko comprobó que estaba calefaccionada y bastante bien equipada. Se trataba de un único y amplio ambiente, en cuyo extremo más alejado se hallaba la cocina, desde donde los alcanzaba un aroma delicioso producto de algún tipo de estofado.

Foxtrot los recibió con la misma actitud amistosa de Atsa Adakai y anunció que el almuerzo estaba listo. Mientras disponía los platos para servir el guiso de cordero se debatía entre comentarle a Mirko acerca de su preocupación o callar. Desde temprano intentaba comunicarse con De Souza, y siempre le contestaba la casilla automática. Sabía que Inés había sufrido otro ataque y que estaba internada, y sabía también que, cuando eso sucedía, su comandante perdía el rumbo. Igualmente, la situación lo inquietaba. Desde la muerte de Charlie, habían establecido una regla

inquebrantable: los tres tenían que dar señales de vida al menos tres veces por día, a las siete de la mañana, a las tres de la tarde y a las doce de la noche. De Souza había faltado a la primera y segunda llamadas del día.

Se sentaron en torno a una mesa y enseguida se lanzaron a comer. Entre bocado y bocado, conversaban acerca de los avances de la obra, del comportamiento de los albañiles, de las exigencias de las autoridades corruptas de Transnistria y de las cuestiones de la seguridad. Mirko aguardó a terminar para soltar el anuncio que el *vojvoda* le había ordenado que hiciese con el objetivo de analizar las reacciones de los ex soldados de élite.

—Traemos buenas noticias —dijo, y alternó la mirada entre las de Diné y Foxtrot—. Tenemos a la Huseinovic en nuestro poder. A Diana —aclaró sin necesidad.

Atsa Adakai golpeó la mesa al tiempo que profería una risotada.

—¡Por fin! —exclamó—. Perra. Por su culpa, Charlie está muerto. Tal vez ella misma lo liquidó, el diablo se la lleve.

Mirko estudiaba a Foxtrot, cuya expresión había demudado imperceptiblemente. Se mordía el labio inferior y de pronto pestañeaba en una rápida sucesión.

—¿Tú no te alegras, Foxtrot?

—¿Cómo lo consiguieron? —preguntó en cambio—. El *vojvoda* había dicho de mantener el perfil bajo durante un tiempo para evitar agitar aún más las cosas. ¿El plan no era atacar el día de la boda?

—Cambio de planes —intervino Zver—. Nos chivatearon la dirección del departamento donde se ocultaban en Sarajevo, el cual increíblemente no estaba custodiado. Se confiaron en que no lo descubriríamos, los muy imbéciles. Fue pan comido entrar en la casa y esperar a que llegase. No tuvo escapatoria, la muy perra.

—¿Se dejó atrapar así como así? —se admiró Diné—. Es un soldado magnífico, hay que concederle eso, y pocos conozco tan hábiles en las artes marciales.

—Bueno —bromeó Zver—, aquí, a nuestro amigo —señaló la mano vendada de Mirko—, le quedó una marca de la dentadura de esa perra. Pero fue todo lo que pudo hacer. Cuando el *vojvoda* amenazó con matar a una chica que vive con ellos y a su bebé, las ganas de pelear se le esfumaron.

—¿Y qué hay de Kovać? —se interesó Van Groen.

—Ese pagó caro por sus felonías —masculló Zver con rabia, y enseguida cambió la expresión para manifestar—: Y ahora festejemos por este logro

brindando con el whisky que hemos traído. ¡Qué idiota! Lo dejé en el avión. Diné, llévame en el Jeep a buscarlo.

Zver se puso de pie e intercambió una mirada fugaz y reveladora con Mirko. Sabía cuál era el plan. Apenas hubiesen subido al vehículo, sorprendería al navajo con un tiro en la cabeza. Zver y Diné se cubrieron con los abrigo y abandonaron la casilla. Tras ellos, la habitación se sumió en el silencio. Foxtrot se puso de pie con platos en las manos.

—Iré a buscar hielo —anunció—. A mí, el whisky me gusta con hielo.

—Buena idea —lo alentó Mirko—. Yo también lo tomo *on the rocks*, como dicen los ingleses.

Van Groen depositó los platos sucios en la pileta de la cocina y abrió un armario a la altura de su cabeza donde había un recipiente para el hielo. Se detuvo cuando le pareció escuchar un sonido ínfimo a sus espaldas. Que Mirko, un muchacho grandote y más bien brusco, se moviese con tanto cuidado le disparó las alarmas. Se desplazó apenas unos centímetros mientras simulaba indecisión frente al mueble y empleó la superficie lustrosa de acero inoxidable de un recipiente para observar al joven. Descubrió lo que sospechaba: Mirko se aproximaba con una pistola.

“¡Mierda!”, masculló para sus adentros. Había dejado el arma bajo el colchón del catre, que se hallaba en esa misma habitación, solo que, para acceder, habría tenido que sortear a Mirko. Le arrojó el bol de acero a la cara, que no le hizo daño, solo lo aturdió y le concedió los segundos para saltar sobre la mesada de la cocina y escapar por la única ventana. Si, como suponía, Zver, mucho más hábil que Mirko, ya había liquidado a Atsa Adakai, solo le quedaba correr por su vida, y en tanto se dirigía hacia los confines de la propiedad para perderse en el bosque de encinas y robles, comprendió que De Souza también estaba muerto. No debía sorprenderlo, él había sabido que tarde o temprano ese día habría llegado. Conocían demasiados secretos del *vojvoda*.

* * *

Mirko se cubrió la mejilla donde el filo del recipiente le había dado de lleno. El dolor le retumbaba en las sienes y lo atontaba. Se puso de pie y masculló un insulto al comprobar que Van Groen había huido por la única ventana, la de la cocina. Salió por la puerta y bordeó la precaria edificación hasta la parte trasera. A lo lejos se veía el populoso grupo de albañiles que

se afanaban en la construcción del laboratorio. No distinguía a Foxtrot. Movi6 la vista y descubri6 un bosque a unos trescientos metros. Debía de haberse refugiado en ese laberinto de 6rboles. Al seguir las huellas sobre el barro mezclado con los 6ltimos restos de nieve confirm6 la sospecha.

—¿Qu6 sucedi6?

Zver lo sobresalt6, y eso le acentu6 el mal humor.

—Debi6 de darse cuenta pues de la nada me arroj6 un cacharro a la cara. Mira —se señal6 el punto donde, estaba seguro, le había impreso una marca—. Huy6 por la ventana en aquella direcci6n —indic6 hacia el bosque.

—¡Mierda, Mirko! El *vojvoda* nos arrancará las pelotas.

—A mí me las arrancará. Tú no tienes la culpa. ¿Te cargaste a Diné?

—SÍ —dijo con cortedad—. Lo tengo en el Jeep. Vamos.

—¿D6nde?

—Al bosque, Mirko —respondi6 con poca paciencia—. Si dices que huy6 por la ventana, sali6 sin siquiera un abrigo. No podr6 llegar muy lejos. Estaba en mangas de camisa.

—¿Me est6s jodiendo, Zver? Foxtrot es un maldito soldado de 6lite, preparado para lidiar con condiciones extremas en cualquier tipo de geografía.

—¡Ya s6 que es lo m6s parecido a Superman! Pero ¿tienes una idea mejor? No podemos permitirle huir sin intentar detenerlo. Vamos, cierra el pico y mueve el culo. Nos quedan con suerte dos horas de luz.

Siguieron el rastro hasta la lnea de 6rboles que marcaba el inicio del bosque. Desde ese punto en adelante, o bien Van Groen había remontado vuelo o se había trasladado de 6rboles en 6rboles, pues las marcas de sus borceguíes habían desaparecido.

—Ha ido borr6ndolas —supuso Zver.

—Volvamos —propuso Mirko—. Sin las huellas es como buscar una aguja en un pajar, sin mencionar que no conocemos este bosque y podríamos terminar perdidos y muertos por congelamiento.

—SÍ, volvamos —concedi6 a regañadientes el otro.

Decidieron transcurrir la noche en la cabaña por si el ex soldado se aventuraba a regresar por sus cosas. Montarían guardia hasta el amanecer. Comenzaría Mirko.

—Ir6 a descargar el cuerpo de Diné al bosque —anunci6 Zver, y lo dej6 solo.

Preparaba una jarra de café bien fuerte cuando sonó su celular. Temió que fuese el *vojvoda*. No, era su hermana. Tampoco deseaba hablar con ella.

—¿Sabés por qué Vuk no me responde?

Branka seguía llamándolo Vuk pese a que el *vojvoda* no quería que se usase el mote por el que había sido famoso a principios de los noventa. Su nombre no figuraba en las listas de criminales de guerra; igualmente, nunca bastaban las medidas de precaución. Branka aducía que no se acostumbraba a llamarlo *vojvoda*, que no le gustaba, y seguía empleando el antiguo sobrenombre.

—Está ocupado. ¿Qué quieres, Branka?

—¿Y a ti qué te pasa que me hablas de ese modo?

—Branka —reiteró con acento que evidenciaba el fastidio—, dime qué quieres.

—Quiero saber por qué mierda Vuk no me responde el teléfono desde hace tres días.

—Atrapamos a Mariyana —le soltó, y guardó silencio, que se propagó del otro lado de la línea. Branka lo quebró segundos después para inquirir:

—¿La llevó a la casa?

—Sí.

—Mirko, escúchame bien. Necesito que me envíes el avión a París...

—Branka —la cortó en seco—, no puedes regresar. El *vojvoda* no te quiere allí con Mariyana en la casa.

—Maldita. Y maldita esa criatura. Si no hubiese enfermado, Vuk no necesitaría a la madre.

—Si quieres engañarte, hazlo, pero tú sabes tan bien como yo que el *vojvoda* busca a Mariyana desde el instante mismo en que le dieron el alta en el hospital de Rogatica. La ha buscado desde entonces, y no por la enfermedad de Larysa. La ha buscado incansable y desesperadamente porque estuvo, está y estará loco por ella hasta el día de su muerte. ¿Por qué no dejas de humillarte y tratas de iniciar una nueva vida? Hablaré con él y le pediré que ponga a tu nombre el departamento de París y que te pase una renta. Eres joven aún y hermosa. Cualquier hombre podría amarte y hacerte feliz como mereces.

El sonido monótono de la línea le indicó que su hermana había cortado.

* * *

Lo que Mariyana Huseinovic le había susurrado al oído, además de fulminarlo, le había confirmado su sospecha: Lazar estaba prisionero en esa casa. La muchacha le había asegurado también que lo amaba con todas las fuerzas de su ser, y su acento apasionado y desesperado le había sonado sincero. Cómo demonios la mujer que Dragoslav deseaba y que le había dado una hija años atrás amaba a su hijo menor sería una cuestión a dilucidar más tarde. Ahora solo contaba rescatar a Lazar de la perfidia de su hermano mayor.

Lo sorprendió que Anica estuviese dispuesta a ayudarlo pues resultaba probable que Dragoslav acabase por despedirla, y él sabía que, para la cocinera, su trabajo lo era todo. No cuestionaría la disponibilidad de su amiga; la necesitaba para llevar a cabo el plan que había trazado meticulosamente y que ejecutarían en diez minutos, cuando fuesen las nueve y Anica se ocupase de bajar la cena para los dos guardias que vigilaban el sótano. Usarían el ascensor; él se quedaría dentro de la cabina, que por fortuna no tenía cámaras, y subrepticamente obstruiría la puerta automática con la punta de su fusil de caza. En tanto, Anica tocaría el timbre y aguardaría a ser identificada por los hombres, que luego de comprobar que se trataba de ella le abrirían para permitirle entrar. Ese sería el momento: mientras Anica ingresaba, él saldría del ascensor, a menos de un metro del acceso al sótano, y los apuntaría con el fusil. La cocinera, a su vez, llevaría otro oculto en la mesa con rueditas donde transportaba la comida y también los apuntaría. Mihajlo confiaba en que las armas de fuego los disuadieran y se aviniesen a abrir la celda donde tenían a Lazar. En caso contrario, les dispararía.

* * *

Lo peor no era encontrarse desnudo sobre un piso de cemento helado; lo peor no era la oscuridad absoluta; tampoco los varios grados bajo cero que le entumecían los miembros y le provocaban espasmos incontrolables; no lo era la sed, menos aún las punzadas que le plagaban el cuerpo y que le causaban un padecimiento indescriptible. Lo peor era saber a Diana en manos de Dragoslav.

Lo atormentaban las imágenes de ella padeciendo otra vez las torturas y las vejaciones que con tanto detalle había descrito en su diario. ¿Era posible que de nuevo hubiese caído en su poder? ¿Cómo había llegado

hasta ellos? ¿Cómo se había enterado del refugio del MI6? ¿Quién los había vendido? Poquísimas personas conocían la ubicación del departamento. Soltó un gemido cargado de frustración y de rabia, que apenas se convirtió en un sonido ínfimo. Quería mantenerse en una línea de razonamiento y se perdía. No podía reflexionar, le costaba concentrarse cuando estaba a punto de morir por congelamiento, y la sed y el padecimiento físico lo distraían. Su cerebro parecía incapaz de todo salvo de ensayar las posibles escenas de su mujer en las garras de su medio hermano.

La doblegaría con la amenaza de asesinarlos, a él y a Darko. El amor que les profesaba se le volvería en contra, se transformaría en su talón de Aquiles donde el psicópata golpearía sin piedad para regodearse. Siempre había sospechado que Dragoslav se alimentaba del dolor ajeno. ¿Qué tendría planeado para Darko? ¿Lo introduciría en un giro de prostitución infantil? ¿Lo desgazaría como a un automóvil viejo y lo vendería por partes en el mercado de órganos? Profirió un sollozo que murió en su garganta seca y rasposa.

Intentó apretar las mandíbulas para detener el castañeteo incesante de los dientes; en vano; no le quedaba fuerza. ¿Qué día era? Sabía que los habían atrapado el martes a última hora de la tarde. Encerrado en ese hueco oscuro y gélido, había perdido la noción del tiempo, y no habría sabido distinguir si era miércoles, viernes o domingo, la mañana, el mediodía o la noche. Para él, todo era igual, una espera agónica que apuntaba a un fin: la muerte.

A veces lo animaba la idea de que Diana hubiese escapado para enseguida desmoralizarse al deducir que se habría entregado apenas entró en el departamento y, al igual que él, se topó con Dragoslav que apuntaba a la sien de Senada, mientras otro de sus matones hacía lo mismo con la pequeña Diana.

De la habitación contigua provenían las risotadas de los guardias y conversaciones que no entendía. A veces ponían música. A veces entraban y le echaban encima una manta para evitar que la hipotermia se lo llevase; a veces le daban agua y unos bocados de pan. En ocasiones, lo sentaban en una silla y lo molían a golpes con una bolsa llena de cosas duras, posiblemente barras de jabón a juzgar por el aroma que desprendía. Estaban quebrándolo para que les confesara el escondite de Svetlana. Se preguntó cuánto tiempo aguantaría antes de soltarles la verdad. Por ahora había sido fácil resistir cuando solo se trataba de aporreos y de hambre. Pero bastaría que lo amenazasen con lastimar a Darko o a Diana para que soltase el

escondite de la joven ucraniana. Sus amigos y familiares ya sabrían del secuestro, por lo que Eliah Al-Saud y Takumi Kaito habrían tomado como precaución trasladar a Svetlana y a Shivani a otro refugio. Contaba con esa certeza.

Escuchó un vozarrón imperioso y movimientos bruscos del otro lado de la puerta de hierro. Quería oír, quería comprender qué estaba sucediendo, por lo que apretó las mandíbulas para detener el castañeteo que lo ensordecía. Abrió los ojos que parecían haberse pegado. Oyó el conocido chirrido de los goznes cuando la puerta se abrió. A través del resquicio entre los párpados, distinguió la figura de una mujer, de una señora mayor, dedujo al ver el perfil de su silueta.

—¡Oh, Dios bendito! —la oyó exclamar.

Desde su posición de costado sobre el suelo, le vio los pies enfundados en pantuflas de paño; se aproximaban rápidamente. La mujer se acuclilló a su lado y le pasó una mano cálida por la frente.

—Lazar, soy Anica. Hemos venido a rescatarte, tu padre y yo.

No le dio tiempo a digerir lo que acababa de comunicarle. La voz de un hombre, la misma que había hablado con imperio minutos antes, resonó en el interior de la celda y le provocó un escalofrío.

—Anica —lo oyó decir—, ven, ayúdame a quitarme el gamulán y échaselo encima.

Los pies se alejaron y regresaron segundos después. El contacto de la tibieza de la lana de cordero sobre su piel helada le provocó un espasmo; al cabo lo reconfortó.

—Vamos, Lazar —lo instó la mujer—. Te ayudaré a ponerte en pie. ¿Crees que podrás?

Intentó decir que sí, y no logró articular. La cabeza se le sacudía en asentimientos constantes a causa de los temblores causados por el frío. La mujer lo sostuvo contra su cuerpo cuando las rodillas se le doblaron. Caminó a ciegas, confiado en la bondad de su salvadora. No tenía idea de quién era, aunque ella parecía conocerlo. Apretó los párpados en un acto reflejo al abandonar la celda cuando la luz mortecina de la estancia contigua le lastimó los ojos habituados a la oscuridad. Otros brazos, unos más vigorosos, lo socorrieron.

—Don Mihajlo —reconoció la voz de uno de los guardias—, no haga esto. El *vojvoda* nos cortará las pelotas por haberle permitido llevarse al prisionero.

—Ojalá —fue la respuesta del tal “don Mihajlo”, que ordenó a continuación—: Anica, si mueven una pestaña, les perforas las tripas.

—Con gusto, Mihajlo —aseguró la mujer—. Me pican los dedos por probar este magnífico Mauser. Y no se crean que por ser mujer no sé de fusiles, porque me enseñó mi padre a cazar venados y jabalíes, y soy muy buena. —Y para ratificar su declaración, aferró el cerrojo, lo echó hacia atrás con un movimiento preciso y cargó el arma.

—Su puntería es mejor que la mía —intervino Mihajlo—, y eso ya es mucho decir.

“¿Mihajlo?”, repitió Kovać mientras caía en la cuenta de que la voz del hombre le resultaba familiar. Una voz de anciano, por cierto, aunque todavía profunda, firme, grave, más bien cavernosa. Una voz que él conocía bien y que en el pasado, uno lejano y feliz, lo había colmado de emoción y alegría. Intentó llamarlo, intentó decir “papá”; no lo consiguió. El esfuerzo le causó un dolor tan agudo en la garganta que, tras una ligera sensación de náusea, quedó sumido de nuevo en la oscuridad.

* * *

Después de convocar a la doctora Ilić a su despacho, confirmó que Mariyana, tras el despliegue de talento marcial que lo había dejado por tierra, se encontrase en su habitación. La veía gracias al sistema de circuito cerrado de televisión que había hecho instalar para controlar a Larysa y que ahora empleaba también con la madre. Usó el intercomunicador y llamó al centro de guardia, desde el cual, con una tecnología de punta, vigilaban incluso los confines de la propiedad.

—Aquí el *vojvoda*. ¿Con quién hablo?

—Buenas noches, *vojvoda*. Soy Luka. ¿Qué necesita, señor?

—Quiero que inhabilites la tarjeta para ingresar en la habitación de mi mujer. Programa una nueva. Ahora. Y tráemela apenas hayas terminado.

—Enseguida se la llevo, *vojvoda*.

Llamaron a la puerta. Sabía de quién se trataba. La doctora Ilić se lo había pasado el día entero intentando comunicarse con él, que la había evitado en parte porque no la soportaba; también porque solo tenía deseos de estar con Larysa y Mariyana. Finalmente, a esa hora de la noche, la había llamado para que le acomodase el tabique nasal y le diese unos calmantes

para el dolor; la cabeza le retumbaba. Hizo fondo blanco con el coñac y la invitó a entrar.

—¿Qué te ha sucedido? —quiso saber la médica con expresión y acento indiferentes mientras depositaba el maletín negro sobre el escritorio.

—Quiero que me acomodes el tabique nasal. Creo que está quebrado.

—Déjame echarle un vistazo —dijo, y se colocó entre las rodillas separadas de Vuk.

—¡Tienes las manos heladas! —se quejó.

—Vine hasta aquí caminando —se justificó la mujer—. Toma, muerde esto. —Le puso delante de la boca un rollo de gasa hidrófila, que Vuk sujetó entre los dientes—. Quédate quieto —lo previno, y con un movimiento corto, seco y preciso, devolvió el hueso a su sitio.

Vuk mordió y gritó hasta que separó las mandíbulas y dejó caer el paquete de gasa al suelo.

—¡Mierda! —masculló—. Dame algo para el dolor. Está matándome.

—Paracetamol, a lo sumo —prescribió la médica en tanto se dirigía al mueble con las bebidas y llenaba un vaso con agua.

—Algo más fuerte —exigió Vuk.

—¿Y si Larysa te llamara y tú no la escuchases a causa del calmante? —razonó la mujer—. Además, nada más fuerte que paracetamol pues estoy segura de que me iré y te servirás un vaso de *rakija*.

—Eres un incordio.

—A mí tú tampoco me resultas simpático. —Empleó el intercomunicador para llamar a la cocina—. Aquí la doctora Ilić. ¿Con quién hablo?

—Soy Danijela, doctora. Estoy de guardia esta noche en la cocina. ¿Qué precisa?

—Buenas noches, Danijela. ¿Podrías traer una bolsa con hielo y una toalla al despacho del *vojvoda*?

—Enseguida, doctora.

—Muchas gracias.

La mujer estudió fugazmente a Vuk antes de explicar:

—El hielo es para la nariz. Póntelo si no quieres amanecer con el rostro hinchado. Se te hará un moretón, no hay modo de evitarlo.

Vuk gruñó un asentimiento y luego quiso saber:

—¿Por qué diantres me llenaste la casilla del teléfono con mensajes? ¿Qué sucede?

La expresión de la médica se crispó. Mantuvo la vista baja mientras se quitaba los guantes de látex, los echaba dentro del maletín y preparaba el comprimido de paracetamol, que le entregó a Vuk sin pronunciar palabra.

—Tengo que hablarte de la madre de Larysa —dijo al cabo, y se sentó en la butaca del otro lado del escritorio.

—¿Qué sucede con ella?

—Del análisis de sangre resulta que está embarazada.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Está esperando un hijo, a eso me refiero.

Vuk descargó ambos puños sobre la mesa y profirió una seguidilla de insultos.

—Lo abortará. El útero de Mariyana debe estar libre para el hermano salvador de Larysa.

—No es tan simple, Dragoslav.

—¿Practicarle un aborto no es tan simple? —preguntó, sarcástico.

—Por supuesto que interrumpir el embarazo no es el problema sino que luego de hacerlo hay que esperar como mínimo seis meses para intentar otro.

—¡Qué! —Vuk se puso de pie, y la sombra de sus dos metros se proyectó sobre el escritorio y ensombreció el rostro de la mujer.

—Sospecho que el embarazo no está muy avanzado. Unas cinco o seis semanas —calculó—. Pero para confirmarlo será necesario hacerle una ecografía. Si, como sospecho, está de pocas semanas, podríamos proceder con un aborto químico, esto es, con medicamentos. Suelen ser efectivos, pero siempre está el riesgo de que quede parte del embrión dentro del útero. Si esto sucediese, tendríamos que practicarle una cirugía para quitar el tejido. De igual modo, en ambos casos habría que esperar para embarazarla de nuevo.

—¿Por qué?

—Porque la medicación ablanda el útero, y podría expulsar el nuevo embrión. Además, es riesgoso para la salud de la madre. La alternativa es implantar el embrión en otro útero.

—¡No! Será en el de Mariyana. No quiero volver sobre este tema.

—Como tú digas.

Llamaron a la puerta. Era la empleada que traía lo solicitado. Lo dejó sobre el escritorio y se marchó rápidamente.

—Póntela sobre la nariz —lo instó la médica y le pasó la bolsa con hielo —. Ya está comenzando a inflamarse.

Vuk obedeció y, de acuerdo con las indicaciones de la mujer, se cubrió el rostro con la toalla sobre la que depositó la bolsa. El frío tardó unos segundos en alcanzarle la nariz; le adormeció la zona, y el alivio fue inmediato.

—Creo que lo mejor sería dejar que este embarazo continuase —opinó la doctora Ilić—. Ahorrarás tiempo, sin mencionar que existe la posibilidad de que el bebé sea compatible con Larysa. Sus padres son distintos, es cierto, pero no debemos olvidar que son hermanos.

Vuk se quitó rápidamente la bolsa y la toalla y la fulminó con una mirada enrojecida.

—Somos medio hermanos. Y entiéndelo bien, ese niño no vivirá. Yo me ocuparé de destruirlo.

Llamaron a la puerta. Vuk invitó a entrar. Era Luka, que traía la tarjeta nueva. La doctora Ilić aprovechó para evadirse sin saludar, la expresión sombría y un ceño preocupado.

—Aquí tiene la llave nueva, *vojvoda*. También traigo una mala noticia.

—¿De qué se trata? —preguntó de mal modo mientras se colocaba de nuevo la bolsa en el rostro.

—Verás, *vojvoda*, resulta ser que...

—¡Habla! —Enojado, se descubrió el rostro.

—Se trata de don Mihajlo.

Vuk se puso de pie, asustado.

—¿Qué le sucedió a mi padre?

—A él nada, *vojvoda*, pero atacó a los guardias en el sótano y escapó con el prisionero.

* * *

Kovać despertó en una cama. Lo primero que notó fue que no tenía frío, que no temblaba ni castañeteaba los dientes. Estiró las piernas y los brazos bajo el peso de las mantas, y experimentó una placentera corriente dolorosa cuando los músculos buscaron desentumecerse. Se relajó de nuevo sobre la almohada, y se propuso aflojar las mandíbulas. Las sienes le latían, y los magullones producto de la golpiza empezaron a fastidiarlo.

Se dio cuenta de que estaba vestido. Tanteó bajo las colchas y dedujo que se trataba de un pijama de felpa muy abrigado. Le habría gustado saber dónde se encontraba el interruptor de la luz. Comenzaba a inquietarlo la ominosa oscuridad cuando se abrió una puerta y formó un triángulo de claridad que le reveló los contornos de la pequeña habitación. Una figura robusta, que casi rozaba el dintel, se perfiló en el haz de luz. Allí se quedó quieto, como si estuviese evaluando la situación.

—Estoy despierto —masculló Kovać con voz enronquecida—. Tengo mucha sed.

—Enseguida —dijo el hombre, e intercambió frases sucintas e imperativas con alguien.

Se inclinó para encender el velador y apoyó el vaso con agua en la mesa de noche. Lo ayudó a incorporarse y le acomodó las almohadas en el respaldo. Se sentó en el borde y le entregó el vaso. Kovać sorbió y tragó lentamente, con los ojos cerrados, mientras imaginaba que el agua le descendía por la garganta y se la humectaba. Devolvió el vaso a la mesa de noche y movió la vista hacia el hombre que lo observaba. La última vez que lo había visto tenía once años, y la policía se lo llevaba esposado, acusado del asesinato de su joven esposa. De su madre.

—Eres muy parecido a mi Taliya —comentó Mihajlo—. Siempre lo fuiste —añadió.

—¿Dónde estoy?

—En la propiedad del señor Ilić, a unos kilómetros de Brčko, en la Republika Srpska. ¿Me reconoces? ¿Sabes quién soy?

—Sí —Kovać contestó de manera seca, cortante, todavía afectado por el nombre que su padre acababa de pronunciar.

—Lamento haberte rescatado recién ahora —se disculpó—. Pero no supe que te encontrabas aquí hasta hoy.

—¿Qué día es hoy?

—Jueves... —Mihajlo consultó la hora—. En realidad, ya es viernes 9 de febrero. Son las doce y cuarto de la noche —aclaró.

—Fui secuestrado junto con mi hijo...

—¿Tienes un hijo? —se desconcertó Mihajlo.

—Adoptivo. Su nombre es Darko.

Mihajlo sacudió la cabeza para negar.

—No sé nada de él.

—Creo que Dragoslav también secuestró a mi mujer. A Diana.

—¿A Mariyana? —Kovać asintió, de pronto esperanzado—. Ella está bien, quédate tranquilo.

Le destinó una mirada ansiosa, con el cuerpo en tensión.

—¿La has visto? Dime, ¿hablaste con ella? ¿Dónde la tienen?

—Sí, la vi y hablé con ella. Está aquí, en la casa grande. ¿Dices que la secuestró?

—¡Por supuesto que la secuestró!

Mihajlo se frotó los párpados y soltó un suspiro cansado.

—Ella está bien, quédate tranquilo.

—¡Cómo puedes pedirme eso cuando está en manos de ese psicópata de Dragoslav!

Apartó las colchas con un movimiento brusco, que expulsó al hombre del borde de la cama. Se puso de pie y se tambaleó. Mihajlo lo sostuvo y lo obligó a recostarse.

—Hijo, estás muy débil. Vuelve a descansar.

—¿Le traigo el caldo ahora? —intervino una voz de mujer desde la puerta.

—Sí, Anica, por favor. —A Kovać, le dijo—: Si quieres sostenerte en pie y ayudar a tu mujer tendrás que recuperar el vigor. Sospecho que no te dieron nada de comer en estos días.

Kovać aflojó la cabeza sobre la almohada y se cubrió los ojos con el antebrazo. La habitación le giraba en torno.

—Fue Mariyana quien me advirtió que te tenían prisionero en alguna parte de la propiedad. —Ante las palabras de Mihajlo, apartó el brazo y le buscó la mirada—. Me pidió que te salvase y me dijo que te ama con todas las fuerzas de su ser.

Se le enturbió la vista y le tembló el mentón. Volvió a ocultar la cara bajo el antebrazo y se permitió llorar en silencio. Se sentía vencido, abrumado y, sobre todo, asustado, no por él sino por Diana y Darko. Usó el rebozo de la sábana para secarse. Al incorporarse contra el respaldo y volver la vista hacia su padre, se dio cuenta de que el hombre también se había emocionado. Lo estudió con una actitud franca y directa. Lo encontró viejo, y le descubrió un cansancio infinito en los ojos azules ya desleídos. Con todo, se lo veía en buen estado físico.

—Tengo tanto miedo de que Dragoslav la lastime —masculló en un raptó de debilidad.

—No lo hará. Aunque te enfades, insisto: quédate tranquilo. Ella está bien. Tú solo piensa en reponerte. Después veremos el mejor modo de sacarlos de aquí, a ella y a ti.

—Ni Diana ni yo nos iremos sin nuestro hijo —declaró.

La mujer entró en la habitación con una bandeja en la que humeaba un caldo con un aroma invitante.

—Hola, Laza —lo saludó mientras le acomodaba las patas de la bandeja a los costados de los muslos—. ¿Te acuerdas de mí? Soy Anica. Trabajaba en la cocina de la casa de Smederevo.

Aguzó la vista y le estudió las facciones. La reconoció un momento después.

—Sí, Anica —afirmó segundos más tarde—, la amiga de mi madre.

—Sí, de la querida Taliya, Dios la tenga en su gloria —dijo, e hizo la señal de la cruz a la usanza ortodoxa.

—La amiga de mi madre —repitió Kovać— y la cómplice de Ilić. Lárgate de aquí.

—¡Oh! —exclamó la mujer, y retrocedió unos pasos.

—¡Lazar, hijo! ¿Por qué le hablas de ese modo?

Alzó las cejas en un gesto de falso asombro y sonrió con ironía.

—¿Cómo, Anica? ¿No le has contado nada a mi padre?

La mujer corrió fuera de la habitación y, poco después, se escuchó el ruido de una puerta que se cerraba con cierto ímpetu.

—¿De qué estás hablando, Lazar? ¿Qué es lo que Anica no me ha contado?

Eligió no contestar. Se dispuso a comer. Solo quería recobrar la fuerza para largarse de allí con su mujer y su hijo. Lo demás podía irse al demonio, aun ese hombre que lo había sido todo para él. Durante años lo había culpado por el destino nefando que le había tocado padecer. No lo culpaba de la muerte de su madre, sabía que él no la habría siquiera golpeado, aun ebrio. Pero sí por haberlo abandonado a manos del pedófilo Ilić. Era consciente de que se trataba de un rencor infantil, sin fundamento y del que jamás había podido deshacerse, ni siquiera con casi cuarenta años y el título de psicólogo a cuestas. Volver a verlo había resultado menos perturbador de lo que había imaginado, quizá por las circunstancias, cuando su única preocupación era la suerte que estarían corriendo su mujer y su hijo.

—Necesito un teléfono —dijo al terminar de tomar la sopa.

—Está en la sala.

—¿No tienes celular?

—Están prohibidos dentro de la propiedad. Ven, te ayudaré a desplazarte...

Se detuvieron al oír un estrépito en la sala contigua. Mihajlo corrió a ver de qué se trataba, y Kovać salió de la cama.

—¿Dónde lo tienes, papá! —exclamó Vuk.

—¡Tú y tus matones, salgan de mi casa en este instante!

—¡Apártate de mi camino!

—¡Dragoslav!

Vuk sorteó al padre y caminó hacia el dormitorio. Se detuvo bajo el dintel y se topó con Kovać, de pie junto a la cama y en pijama. Soltó una risotada burlona, que se cortó súbitamente al oír dos explosiones consecutivas y gritos despavoridos a continuación. Vuk volvió a la sala y se encontró con los guardias aterrorizados y la pared sobre sus cabezas llena de perforaciones.

—¿Qué haces, viejo loco!

Mihajlo colocó el cañón aún caliente del Mauser sobre la frente de Vuk, que se apartó con un siseo de dolor.

—Le tocas un cabello al hijo de Natalija y te lo juro por su memoria, que es lo más sagrado que tengo, que te volaré la cabeza. Diles a tus matones que salgan de mi casa. ¡Ahora!

Con un ademán de mano, Vuk indicó a los dos guardias que se marchasen, lo que hicieron con presteza. Cerraron tras ellos.

—No te atreverías —lo desafió Vuk—. No te atreverías a volarme la cabeza. Soy tu hijo.

—Sabes que me atrevería, y lo sabes porque eres consciente de que ya no te considero mi hijo. Eres carne de mi carne, pero no te siento como tal. Si permanezco en esta casa es por mi nieta Larysa, por ella y por nadie más. Pero por ti... Podrías estar muerto y no se me movería un pelo. ¡Y ahora lárgate de aquí, engendro abominable!

—No me iré sin él.

—No saldrás vivo de esta casa, Dragoslav, si insistes en apartarme de mi hijo otra vez.

—¿Otra vez? ¿De qué hablas?

—Hablo de que una vez fui a prisión por ti. Me dejé conducir a ese hueco deshumanizado para protegerte, para evitarte un infierno que habría terminado por convertirte en un monstruo sin redención. Pero ya ves, el

sacrificio de mi vida no valió de nada. Naciste mala semilla y morirás mala semilla.

—¡Tú fuiste a prisión porque asesinaste a tu mujer! —vociferó Vuk—. ¡No me culparás a mí por ello!

—Oh, pero sí que te culpo porque tú y yo sabemos que fuiste tú el que la asesinó. La odiabas, detestabas lo que ella significaba para mí. Y la asesinaste. Siempre lo supe. Pero preferí que la culpa recayese sobre mí antes que acusarte y hacerte terminar en prisión con apenas dieciocho años. Me sentía responsable de tu comportamiento y te tenía lástima. Pero mis sacrificios por ti, Dragoslav, terminaron hace tiempo. Ahora estoy dispuesto a cualquier cosa con tal de proteger a mi hijo. El hijo que me dio el amor de mi vida. ¡Ahora, lárgate! No sabes cuánto deseo apretar el gatillo y acabar con esto.

Vuk, con los puños cerrados a los costados del cuerpo y los labios convertidos en una línea, temblaba de impotencia, odio y desesperación. Alternaba vistazos entre su padre y el hermano que lo miraba desde la puerta del dormitorio. ¡Cuánto lo odiaba! Lo había odiado desde el instante en que se había enterado de que llegaría al mundo. Alzó el puño y lo apuntó con el índice.

—Acércate a mi mujer y te cortaré las pelotas.

—Es *mi* mujer —expresó Kovać con aplomo—. Lo sabes bien. Lo que no sabes es lo que has desatado con esta locura del secuestro. Caerán sobre ti y te destrozarán.

—¿Quién caerá sobre mí? Ya no eres importante. Del supuesto secuestro del *héroe* de los Balcanes nadie habla. Ningún canal de televisión, ningún diario, ninguna radio ha hablado de ustedes. Nadie sabe nada. Así de importante eres.

Kovać sufrió un instante de desconcierto. Los habían secuestrado en el corazón de Sarajevo ¿y ningún medio periodístico cubría la noticia? ¿Acaso nadie se había enterado de que estaban en manos del *vojvoda*? Se tranquilizó al pensar que sin lugar a duda Callum Duncan se ocuparía de movilizar lo que hiciese falta para recuperarlos con vida. El viejo escocés no se quedaría de brazos cruzados. Había hecho de todo durante la guerra para dar con sus sobrinas, volvería a hacerlo ahora.

—Caerán sobre ti —repitió—, y ya nada ni nadie podrá salvarte. Esta vez fuiste demasiado lejos.

—Ya veremos —rio con burla—, ya veremos quién cae primero. Y tú —dijo, y señaló a Mihajlo—, tienes prohibido el ingreso en mi casa...

—¡Iré a tu casa tantas veces como desee! —aseguró, y avanzó hacia Vuk apuntándolo con el cañón—. Allí vive mi nieta.

—¡No! Si yo no soy tu hijo, ella no es tu nieta.

—Nada me impedirá ver a Larysa. Ella es sangre de mi sangre, como lo eres tú, solo que por ti solo siento desprecio y por ella, un amor sin medida.

Vuk avanzó hacia el anciano con la clara intención de golpearlo. Mihajlo echó hacia atrás el cerrojo del Mauser para eliminar el cartucho usado y cargar uno nuevo. El chasquido del arma lo detuvo en el acto.

—No me tientes, Dragoslav.

—Mañana por la mañana te largarás de aquí —informó Vuk a Kovać.

—No me iré sin mi mujer y mi hijo.

—No volverás a verlos. ¡Nunca! —vociferó, y abandonó la casa dando un portazo.

Oyeron las órdenes impartidas con cólera. Nadie podía abandonar esa casa sin su autorización.

—¿Dónde está el teléfono? —urgió Kovać, y Mihajlo le señaló una mesita junto a un sillón muy desgastado.

Se apresuró a aferrar el auricular y se mareó. Se dejó caer en el sillón y cerró los ojos en la esperanza de que la habitación dejase de girar. Al cabo, envuelto en un sudor frío y con una ligera náusea, se sintió más dueño de sí. Se colocó el auricular sobre la oreja y, a punto de marcar, se dio cuenta de que la línea estaba muerta.

—No funciona —anunció, mientras lo devolvía al aparato.

—Dragoslav mandó cortar la línea, no lo dudes.

Kovać se cubrió la cara y se inclinó hacia delante, mientras soltaba un grito de impotencia.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció Mihajlo—. En realidad, solo tengo para ofrecerte café o té. Nada más fuerte.

—No tomo alcohol. Un café será suficiente.

—Un café, entonces. Así que no tomas alcohol.

—No. Me trae malos recuerdos.

—Ya —murmuró el anciano, y caminó hacia la cocina.

Regresó con una bandeja y dos jarros humeantes.

—¿Cómo lo tomas?

—Negro, con poca azúcar —informó Kovać.

Sorbieron las bebidas calientes en silencio. Minutos después, Kovać apoyó la taza sobre la mesa de centro y alzó la vista hacia su padre, sentado frente a él y que no cesaba de contemplarlo.

—Larysa vive aquí, entonces.

—Sí.

—¿Diana ya estuvo con ella?

—Sí, hoy, todo el día. —Kovać sonrió con una mueca triste, y el anciano añadió—: La niña está enloquecida con su madre. Todo quería hacerlo con ella. Parecía que jamás hubiesen estado separadas esas dos. Era un placer verlas juntas.

Las palabras de Mihajlo le propiciaron una emoción incontrolable, que lo obligó a bajar el rostro y a contraerlo para evitar el llanto, que igualmente se le escapó entre los párpados y entre los dientes apretados. El hombre guardó silencio y continuó bebiendo el café. Kovać se secó con la manga del pijama y sorbió un trago para aclararse la garganta.

—No sabes cómo la hemos buscado. A Larysa —explicó, más compuesto—. Diana padecía enormemente por no saber dónde se hallaba. Se torturaba imaginando lo peor. Y resulta ser que estaba con el padre. Estoy feliz de que la haya encontrado. Inmensamente feliz. Solo que me hubiese gustado estar con ella.

—Es una excelente madre.

—Lo sé. ¿Dragoslav trata bien a la niña?

—Tu hermano es un enigma para mí. Desde que era pequeño daba indicios de tener un corazón duro y oscuro. Pero cuando de Larysa se trata, muestra un lado que no le conocía. Es benévolo, paciente, dulce, lo que me hubiese gustado que fuese con todo el mundo. La niña lo adora.

Kovać asintió con gesto neutral y bajó la vista. Unió las manos y apoyó los codos sobre las rodillas. Se mantuvo caviloso, aturdido de información, debilitado por el largo ayuno, enfermo de miedo por un porvenir que se presentaba tan peligroso.

—¿Dónde tienes el televisor? —preguntó Kovać en tanto estudiaba la sala.

—No tengo. ¿Te arreglas con una radio? —Se puso de pie con un envión enérgico y caminó hasta un mueble—. Está un poco vieja —admitió, mientras la depositaba sobre la mesa—, pero sintoniza muy bien una estación de Brčko y otra de Banja Luka.

Transcurrieron media hora escuchando. Dragoslav no había mentido: nada se mencionaba en los informativos acerca de su desaparición. Kovać siguió a su padre con la mirada mientras el hombre se dirigía a la cocina con los jarros del café vacíos. Se puso de pie lentamente para evitar perder el equilibrio y caminó en su dirección. Se apoyó contra el marco de la puerta y lo observó lavar la vajilla.

—¿Cuándo saliste de prisión?

—A principios del 94. A mediados del 93, Dragoslav contrató unos abogados muy buenos de Belgrado y me sacaron en pocos meses.

—¿Los abogados de Ilić no fueron capaces de salvarte de ir a la prisión?

El anciano, sin volverse, se encogió de hombros.

—Se ve que no, hijo. Yo de esas cosas no entiendo nada.

—No entiendes nada —masculló con ironía—. ¿Y vives con Dragoslav sabiendo que mató a mi madre?

—Apenas salí de prisión, me negaba a verlo. Vivía en una pensión en Belgrado y me las arreglaba haciendo trabajos de jardinería en los barrios de los ricos. Hasta que tu hermano se presentó a principios del 96, después de la guerra, con el rostro desfigurado por una cicatriz, y me rogó que me mudase a vivir con él y con su hija. Acepté conocer a la niña, que para ese entonces tenía poco más de un año. Fue verla y caer a sus pies, Lazar. Es la criatura más dulce y encantadora que existe, y no lo digo por ser el abuelo... Bueno, en parte sí, pero creo que es un juicio objetivo. Como sea, ya no pude separarme de ella.

—¿No se te ocurrió buscarme a mí?

Mihajlo suspiró mientras se secaba las manos. Se sentó a una pequeña mesa y fijó la vista en un punto indefinido.

—Nadie sabía dónde estabas.

—Oh, pero sí que lo sabían. Ilić lo sabía muy bien. Lo ha sabido desde el 92, más o menos.

Mihajlo alzó la vista, y su expresión evidenció el desconcierto.

—¿Cómo? ¿Estás seguro?

Kovać no le contestó y lo miró con ojos tan fijos y duros que el hombre bajó la cabeza.

—¿Es cierto lo que le dijiste a Dragoslav? Que fuiste a la cárcel sabiendo que él había asesinado a mamá.

—Sí.

—¿Cómo sabes que fue él?

—Lo vi salir de las caballerizas a la hora en la que supuestamente murió tu madre. Huyó corriendo, como despavorido.

—¿Y no se te ocurrió ir a ver?

—Estaba con muchísimo trabajo. Había una fiesta esa noche y el señor Ilić quería que el parque estuviese en perfecto estado.

—¿Alguien más lo vio salir?

—Sí, uno de mis ayudantes, un muchacho joven, muy tímido, Tonči. ¿Lo recuerdas? —Kovać no contestó, y su padre siguió adelante—. Le pedí que callase.

—¿Elegiste ir a prisión y abandonarme para proteger a esa basura?

—Lazar...

—¡A esa basura que había asesinado a mi madre! —Se puso de pie—. ¡Me abandonaste con solo once años y para salvar a ese psicópata! ¿Qué clase de padre hace eso?

—¡Perdóname, hijo! ¡Perdóname! ¡No sabes cuánto lo siento!

Kovać se inclinó sobre la mesa y apuntó a su padre con el índice.

—Quiero que seas consciente de dos consecuencias de tu decisión insensata, ridícula, egoísta. La primera, Dragoslav fue uno de los criminales de guerra más feroces. Violó, asesinó y torturó a miles de personas. La madre de tu nieta, la mujer a la que amo más allá de todo, es una de sus víctimas. Larysa es el fruto de esa violencia.

—¡Dios bendito! —exclamó el anciano, pálido, los labios resecos y la mirada vidriosa.

—La segunda consecuencia de haberte entregado en su lugar es que a mí me dejaste a merced de un perverso. Le confiaste la oveja al lobo, *papá*.

—¿De qué estás hablando? —El anciano cuadró los hombros, de pronto alerta.

—De que mi tutor, el *señor* Ilić, como tú lo llamas con tanto respeto, es pedófilo. ¿Sabes lo que eso significa? —Como Mihajlo no contestaba, Kovać vociferó—: ¡Responde! ¿Lo sabes?

El hombre sufrió un temblor y apretó los párpados antes de asentir.

—Pues entonces podrás imaginar lo que fueron los cuatros años que estuve en su poder.

Mihajlo sacudía la cabeza en tanto se ponía de pie con movimientos torpes, como si no controlase los miembros. La silla cayó detrás de él, y el hombre acabó contra la mesada; en caso contrario, se habría desmoronado en el suelo.

—Durante cuatro largos años me violó, una y otra vez.

Mihajlo se tapó los oídos. Gritaba “no” y continuaba negando con la cabeza.

—¡Sí! —lo contradijo Kovać—. ¡Tú me entregaste a ese monstruo! ¡Por salvar a un hijo destruiste a otro! ¡Por salvar a uno que no tenía redención!

—¡No! —continuó exclamando hasta que la voz se le cortó.

Salió de la cocina, cruzó el comedor con torpes zancadas y abandonó la casa.

—¡Alto, don Mihajlo! —lo detuvo un guardia—. El *vojvoda* ha dicho que nadie puede dejar la casa. Vuelva adentro, por favor.

El anciano caminó directo hacia el hombre, el amplio torso inflamado de ira y dolor.

—¡Mátame! ¡Si tienes las pelotas, méteme una bala en la frente y terminemos con esto aquí!

—¡Don Mihajlo, por favor! —intervino el otro guardia.

—¡Vamos! —los instó Milanković—. ¡Mátenme!

Transcurrieron tensos segundos en los que ninguno de los tres se movió. Se oían las exhalaciones rápidas y anginosas del anciano. Los guardias lo contemplaban con expresión azorada. Mihajlo se puso en marcha y escuchó cuando uno le decía a otro:

—Déjalo ir.

Entró en la mansión con sus llaves. Se dirigió hacia la zona donde vivía el servicio doméstico y aporreó la puerta de Anica hasta que la mujer le abrió mientras se terminaba de anudar el cinto de la bata. Había llorado, Mihajlo lo notó enseguida.

—¿Es cierto? —disparó sin preámbulos, y cerró con furia.

La mujer se echó a temblar y a lloriquear.

—¡Es cierto, maldita sea! —La aferró por los hombros y la sacudió—. ¡Es cierto que Ilić abusaba de Lazar!

—¡Eso se decía! —admitió Anica entre ahogos de llanto—. ¡Era lo que en voz baja se comentaba!

Mihajlo recibió la confirmación como un puntapié en el estómago. Trastabilló hacia atrás y se desplomó en el borde de la cama. Se aferró la cabeza y profirió un grito que profundizó el llanto de la mujer. Llamaron a la puerta; se escuchaban voces preocupadas del otro lado. Mihajlo se puso de pie de un salto, abrió y los echó en medio de insultos y amenazas. Los empleados, que lo conocían manso y gentil, no daban crédito a sus ojos.

Cerró de un portazo y volvió a sentarse en la cama, completamente deshecho, vencido, sin vigor.

—¿Por qué no lo ayudaste?

—¡Yo qué podía hacer, Milo! Era muy joven, apenas una ayudante de cocina. La cocinera, una perra hija de puta incondicional a Ilić, me tenía amenazada. Nadie se atrevía a actuar, sobre todo después de lo ocurrido a Miss Bensson.

—¿De qué hablas?

—Miss Bensson era la maestra de los niños...

—¿Cómo? ¿De los niños? ¿Lazar no estaba solo?

—No. Había una niña.

—¿Qué fue de ella?

—Yo la vi pocas veces. Teníamos prohibido entrar en el ala donde ellos vivían. Solo algunos empleados tenían las llaves. Pero estimamos que algo terrible debió de haber pasado la noche en que Lazar escapó pues a la niña, bah, una adolescente para esa época, se la llevaron en ambulancia. Nunca volvimos a verla. Creemos que murió. Una sospecha yo tengo, pero tal vez solo sean maquinaciones mías, que siempre veo cosas que no son.

—Háblame de la maestra de los niños —la interrumpió Milanković.

—Miss Bensson debió de enterarse de lo que le sucedía a los niños en las ocasiones en que Ilić visitaba la casa, por lo que fue a la policía de Smederevo para denunciarlo.

—¿Y? ¿Qué sucedió? La policía intervino, ¿verdad?

Anica negó con la cabeza.

—Nadie intervino, Milo. ¿Acaso no eres consciente del poder que tiene el patrón? Pero no solo que nadie intervino, sino que una semana más tarde Miss Bensson... —Se le cortó la voz.

—¡Habla!

—La pobre muchacha apareció muerta.

—¡Santo cielo!

—La hallaron unos pescadores a orillas del Danubio. Desnuda y degollada.

Mihajlo dejó caer los párpados y soltó una exhalación angustiada.

—La policía interrogó a todo el personal de la casa haciéndose los que buscaban pistas para hallar al culpable. Pero tanto ellos como nosotros mentíamos. Ni la policía que había recibido la denuncia de la pobre Miss Bensson ni nosotros que sabíamos que la había hecho la mencionamos

jamás. Todos interpretábamos un rol en el macabro juego del patrón Ilić. ¿Comprendes ahora por qué nunca hice ni dije nada?

—No, no lo comprendo. Dos criaturas inocentes en manos de un asqueroso perverso, y nadie hizo nada. No lo comprendo, no.

—Lo siento, Milo. Nunca reuní el valor para contártelo.

El hombre se encaminó hacia la puerta con aire agobiado; arrastraba los pies con la mirada al suelo. Pese a todo lo vivido en las últimas horas, no sentía nada, ni siquiera el frío nocturno. Un abatimiento lo desposeía de la voluntad, y avanzaba más bien por un acto mecánico que consciente. Había estado ciego, y se sentía un idiota. *Era* un idiota. Las piezas del rompecabezas encajaban a la perfección a la luz del nuevo descubrimiento. El mal desempeño de los abogados de Ilić que, pese a las pruebas meramente circunstanciales que lo acusaban del asesinato de Natalija, no habían conseguido exonerarlo de una cadena perpetua. La insistencia de su parte para que Ilić llevase a Lazar a prisión —añoraba verlo— y las excusas que el hombre interponía para no hacerlo. Los recuerdos volvían a calentarle la sangre y a devolverle la rabia. Despertaban a su vez un nuevo sentimiento: la sed de venganza.

* * *

La Diana alzó los párpados con serenidad. Después de noquear a Vuk, había regresado a su habitación y se había dado una ducha para sacarse el asco que la invadía. Había elegido ropas cómodas y se había acostado creyendo que no pegaría ojo. No le había costado dormirse.

Al despertar, notó que una luz débil teñía el dormitorio de una tonalidad ocre. Lo vio enseguida, sentado en el suelo a un par de metros de la cama, la espalda contra la pared, las piernas recogidas y las manos que le colgaban de las rodillas. Vuk la miraba con fijeza aunque sin hostilidad, en una pose relajada. Su aspecto era lamentable, con el tabique nasal inflamado, la cicatriz más pronunciada y los ojos inyectados. Incluso a esa distancia, la alcanzaban los efluvios con olor a alcohol que desprendían su cuerpo y sus exhalaciones. “Está borracho”, dedujo. Se incorporó en la cama y sacó las piernas fuera.

—¿Qué hora es?

—Aquel día, cuando me hiciste este regalo —dijo, y se pasó un dedo tembloroso por la cicatriz—, casi perdí la vida. —Se produjo un silencio,

que La Diana se cuidó de respetar—. Zver me salvó. Actuó rápido y me comprimó la vena que habías seccionado con una toalla y restañó la hemorragia. Me tomó dos meses recuperarme. Dos largos meses durante los cuales mis hombres me traían todos los días malas noticias. El Veljko Vlahović había sido tomado por asalto y no podían encontrar a mi mujer ni a mi hija. —Se produjo una nueva pausa en la que se sostuvieron la mirada, cada uno recordando lo mismo pero distinto a la vez—. Al principio —retomó Vuk con voz endurecida—, quería encontrarte para castigarte. Oh, cuánto lo deseaba —evocó, mientras cerraba los puños y se los observaba—. Tener tu delicado cuello entre las manos para apretarlo hasta...

—Hasta asesinarme —completó La Diana, y se sorprendió cuando Vuk alzó la vista y le lanzó una mirada entre enojada y confundida.

—No, jamás —dijo en un susurro apasionado—. Tienes la capacidad de enfurecerme como nadie, Maša, pero no sería capaz de quitarte la vida. ¿Cómo podría? —Se estudió los puños cada vez más apretados—. Pasaban los meses y solo anhelaba que aparecieras. La rabia y las ganas de castigarte se habían esfumado. *Tú* te habías esfumado. Nadie sabía dónde estabas. —Se cubrió los ojos con los puños y soltó el aire de manera sonora—. Cuando recuperé a Larysa me aferré a ella y, cuando tuvo edad para comprender, le hablé de ti. Me hacía bien hablarle de ti. Por eso te ama, porque yo le enseñé a hacerlo. Tienes cara de cansada —expresó en un giro inopinado—. Vuelve a dormir. Me da paz observarte dormir.

Alzó la botella de *šljivovica* y sorbió un trago. La Diana notó que, pese a estar ebrio, había tenido la presencia de ánimo para arrastrar consigo el recibidor que monitoreaba el sueño de Larysa; lo había dejado a un costado, en el suelo. La asombró la potencia del aparato pues en el silencio que se hizo oyó la respiración acompasada de su hija.

—¿Qué hora es? —volvió a preguntar.

—Cuatro, cuatro y media —contestó—. ¿Por qué duermes vestida, Maša?

—¿Qué haces aquí, Vuk?

—Ya te dije, me da paz verte dormir. Me gustaba hacerlo mientras vivíamos juntos en el Veljko Vlahović. Me gusta todavía.

—¿A qué hora despierta Larysa?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque quiero hacerlo yo. Despertarla —aclaró.

—¿Es cierto lo que le prometiste, que desde ahora en adelante siempre estarás cuando despierte?

—Sí, es cierto.

—Entonces, has decidido quedarte conmigo para siempre.

—¿Por qué no vuelves a tu habitación e intentas dormir?

—¡No me trates como a un niño! —se encolerizó, y aunque le costó, se puso de pie.

La Diana lo imitó y tomó distancia.

—¿Amas a Larysa, Maša? —preguntó en tanto se aproximaba con paso vacilante.

—Sí.

—¿Por qué?

—Es mi hija. La amo. Sin ella no estoy completa.

—¿Y a mí? ¿A mí me amas?

—No.

Vuk sonrió con aire triste y se detuvo delante de ella.

—¿Por qué?

—Pude haberte amado, ¿sabes? Aquel día, en la recepción del edificio de mi abuela, cuando te vi por primera vez, me resultaste atractivo. Pero me bastó una segunda mirada para temerte. Tu mirada me asustó. Era fría, no había nada de bondad en tus ojos.

—Podrías amarme todavía —dijo, y le acarició el pómulo donde le había impreso el hematoma.

La Diana apartó la cara y dio un paso atrás.

—Volveré a formularte las mismas preguntas de dos días atrás: ¿has olvidado que me violaste, torturaste y humillaste? ¿Recuerdas que te vi asesinar, violar y torturar a cientos de personas? ¿Cómo piensas que podría amarte después de haberte visto degollar a esa pobre chica, y todo para quebrarme, para demostrarme tu poder? Fuiste el señor de la guerra que destruyó mi país y dividió a mi pueblo. No existe ninguna posibilidad de que pueda sentir nada por ti, Vuk, solo desprecio y resentimiento.

Vislumbró que el gesto relajado a causa del alcohol y del ánimo romántico se crispaba, y un destello perverso le relampagueaba en los ojos casi negros.

—Pero anoche pudiste haberme matado y no lo hiciste. Eso debe de significar algo.

—¿Acaso no oyes cuando te hablo? Te dije que lo hacía por Larysa. Eres su padre y te adora. Sé que sufriría muchísimo si le faltases.

—Ella me ama, sí. Ella, tesoro de mi vida, es la única que me ama.

A La Diana le hubiese gustado señalarle lo obvio, que todos lo habrían amado si se hubiese comportado con la dulzura y la consideración con que trataba a la niña. Decidió callar; era aliento desperdiciado. Además, no se embarcaría en un diálogo con ese demonio hábil y manipulador.

—Ni siquiera mis padres me han amado.

—No te hagas la víctima, Vuk. Resultas patético. Por otro lado, los tienes a los dos contigo.

Vuk rio; se trató de una risa hueca, sarcástica.

—Mi madre está conmigo por dinero. Mi padre, por Larysa. Es lo único que le importa, su nieta. ¿Por qué no huiste? —le preguntó sin pausar—. Esta noche —se explicó—, después de dejarme medio inconsciente en el suelo, ¿por qué no tomaste a la niña y te fuiste?

—Porque no apartaría a mi hija de su padre y porque aquí están mis otros dos amores. No me iré sin ellos.

El fulgor perverso que había entrevisto momentos atrás se desplegó en su mirada y le transformó el gesto amistoso en una máscara colérica. La Diana caminó hacia atrás varios pasos.

—¡Te dije que el imbécil de Lazar está muerto! ¡Muerto! ¿Entiendes? ¡Al igual que lo estará el engendro que llevas en el vientre!

La Diana ahogó un sollozo y protegió al hijo de Lazar con las manos. Ella retrocedía, Vuk avanzaba.

—¡Te lo arrancaré de las entrañas como tú intentaste hacer con nuestra hija! ¡Te lo arrancaré!

—Si me permites tener a este niño, me quedaré contigo para siempre.

Vuk se detuvo súbitamente.

—¿Prefieres ese hijo a engendrar uno conmigo para salvar a Larysa?

—Larysa no está enferma, Vuk.

—¡Pero lo estará!

—¡Cállate! —se indignó y avanzó hacia él movida por la rabia—. ¡No puedes saberlo! ¡Y no vuelvas a decir que mi hija estará enferma! ¡No lo digas! ¡Le sellarás el destino!

Vuk reaccionó a la furia de La Diana con una mansa sumisión, quizá con una actitud vergonzosa.

—Está bien, no volveré a decirlo.

—Entonces, ¿me permitirás tener al niño?

—No estás en posición de exigir condiciones, querida Maša.

—Lo sé, pero si lo que quieres es que tú, Larysa y yo formemos una familia, será mejor hacerlo en paz. De lo contrario, esto se convertirá en un infierno para nuestra hija.

Lo afectó el uso del adjetivo posesivo, *nuestra* hija, que ella había empleado de manera deliberada. El semblante se le ablandó sutilmente.

—No creo que cumplirías con tu parte del trato.

—Solo porque tú no tienes palabra no significa que todos seamos mentirosos. Y yo no soy como tú, Vuk.

—No, tú no eres como yo —concedió—. Tú eres perfecta —dijo con sinceridad—. Aquel día, cuando te conocí en Rogatica, supe que serías la madre de mis hijos. Eras transparente —afirmó, y rio con gozo, como si el recuerdo le causase dicha—. Nunca había visto algo tan hermoso, perfecto y transparente como tú. Era como si pudiese leerte la mente, una mente tan inocente, llena de buenas intenciones. Quise que fueses mía. Quería que todo eso fuese mío. No sé por qué me hacía sentir poderoso la idea de ser el dueño de tanta perfección.

Las palabras la turbaron, tal vez por la sinceridad y la candidez con que habían sido expresadas, y le evocaron las que le había dirigido Katarina Zekić después de que Vuk la violase por primera vez. “Sí, tiene poder temporal”, había admitido su abuela, “pero él sabe mejor que nadie que con su poder no podrá alcanzar tu esencia. Intentará hacerlo porque está obsesionado contigo. Es lo que más desea, apoderarse de tu luz mágica, porque como todo ser de las tinieblas ansía alimentarse de la luz de un ser estupendo como tú. Eso le concedo, que haya sabido ver el ser estupendo que eres, pero como él está perdido en la oscuridad, no sabe aproximarse sino a través de la violencia y de la tiranía. No le temas. En el fondo, él está destrozado a causa de la falta de amor y de piedad. Debes tenerle lástima, no miedo”. Katarina a continuación le había suplicado: “Prométemelo, amada Maša. Prométeme que ese monstruo no te convertirá en un ser oscuro como él”. La sacudió un escalofrío al darse cuenta de lo cerca que había estado de que la oscuridad la devorase. Si Lazar Kovać no hubiese irrumpido en su vida, ella aún seguiría a merced de los dragones.

—Después te enteraste de que era una *balije* y te propusiste destruirme.

—¡Me importó una mierda que fueses turca! —se enfureció, y estuvo sobre ella en dos zancadas, tan veloces y precisas que la sorprendieron,

cuando momentos atrás vacilaba sobre sus piernas. Le cubrió los hombros con las manos y apretó—. Me importó una mierda que fueses turca — insistió, más tranquilo, con más suavidad—. Solo quería protegerte, mantenerte al margen de la guerra y de los males del mundo, y tú intentaste escapar de mí.

—Te temía, Vuk. No sabes cuánto te temía. Aún te temo.

—Ya no me temas, Maša mía. Ya no.

—No hagas cosas que me hagan temerte, entonces —dijo, y sacudió los hombros para desembarazarse de él y alejarse.

Se quedaron en silencio, observándose a través de la penumbrosa habitación.

—¿Por qué amas a Lazar y no a mí?

La Diana inspiró profundo y soltó el aire para relajar el diafragma.

—Con Lazar todo es libertad y dicha. Contigo todo es miedo, represión y vergüenza.

De nuevo reinó el silencio en el que se profundizaron las miradas. Hasta que Vuk exhaló un suspiro y se restregó los ojos.

—Estoy cansado —anunció, y se tambaleó—. Ha sido la noche más larga de mi vida. Quiero dormir un poco. Ven, acuéstate a mi lado, como cuando vivíamos juntos en el Veljko Vlahović. Me daba paz dormir contigo.

—No quiero dormir a tu lado.

—No tengo ganas de pelear, Mariyana.

—No me fío de ti, Vuk. Intentarás hacerme daño para hacérselo al hijo de Lazar.

—No te haré daño. Y si duermes conmigo, mañana por la mañana te permitiré hablar con el huérfano.

—¿Personalmente? —se animó.

—No, por teléfono. Entonces, ¿aceptas?

Accedió con un corto asentimiento tras reflexionar que debía aprovechar la veta amigable. Duraría poco, lo sabía. Vuk se sentó en el borde de la cama y se desembarazó de la camisa y de los pantalones. Ella se acostó vestida e hizo caso omiso cuando él le pidió que se quitase la ropa. Se colocó de costado, la cara hacia el otro lado, y enseguida Vuk se pegó a ella y la rodeó con los brazos, envolviéndola con su olor a sudor y alcohol. Pensar que San Miguel Arcángel se interponía entre ellos la reconfortó.

Se propuso no quedarse dormida junto al dragón; no bajaría la guardia. Menos de una hora después, Vuk roncaba ruidosamente, quizá debido a la

nariz hinchada. Aprovechó para escabullirse. Se dio una ducha larga y se puso ropas limpias. Consultó el reloj de Vuk. Eran las cinco y diez de la mañana. Le quedaban menos de dos horas antes de que la enfermera o alguna del servicio doméstico fuese a despertarla. Se acomodó en un sillón y se dispuso a esperar.

CAPÍTULO XVIII

La esperanza no es lo mismo que el optimismo. No es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido independientemente de cómo resulte.

Václav Havel, político y escritor checo
(1936-2011)

Una Range Rover negra y una Toyota Hilux blanca se detuvieron al costado de la pista de aterrizaje mientras el jet privado alcanzaba su posición a unos doscientos metros, en el espacio donde la torre de control del aeropuerto de Sarajevo lo había autorizado a detenerse. Freddie Prescott iba al volante de la Range Rover en compañía de Bruce McLeod y de Callum Duncan. Ulysse Vachal ocupaba el asiento del conductor de la Hilux y Noah Keen el del acompañante.

Eran las seis de una mañana oscura y procelosa. Llovía, y el viento soplaba a gran velocidad en el espacio abierto y doblegaba las copas de los árboles en la lejanía. La furia de sus ráfagas colmaba el silencio pesaroso en el que se sumía el interior de la Range Rover.

—Vamos —ordenó Callum Duncan al avistar que la puerta del Gulfstream V se abría.

Freddie Prescott y Bruce McLeod lo siguieron en un mutismo cerrado, de semblantes preocupados, mientras lo protegían con los paraguas en los que descollaba el logotipo del Holiday Inn. Vachal y Keen los seguían de cerca. Eliah Al-Saud, Sándor Huseinovic y Peter Ramsay descendieron del avión, y los dos grupos se encontraron a mitad de camino bajo el saledizo de la terminal del aeropuerto. El barón de Glendale se ocupó de las presentaciones.

—Freddie Prescott es el agente del MI6 en Bosnia y él es mi sobrino Bruce McLeod. Bueno, tú, Eliah, a Bruce ya lo conoces, y Freddie conoce a

Peter de los viejos tiempos. Él —dijo, y aferró por el brazo a Sándor— es mi sobrino, Sanny Huseinovic.

—Encantado de conocerte, Sanny —saludó McLeod—. He oído mucho de ti.

—Y yo de ti —admitió el bosnio.

—Muchachos —dijo Al-Saud y dirigió la mirada hacia Vachal y Keen—, me alegro de que estén vivos.

—Pero Diana y Lazar están en manos de ese loco —se lamentó Vachal.

Al-Saud asintió con gesto severo. La noticia lo había alcanzado el martes a última hora cuando su cuñado Sanny lo despertó para avisarle. Había transcurrido su cumpleaños arreglando las cuestiones para ausentarse lo que fuese necesario hasta dar con La Diana y su familia. De lo primero que se había ocupado había sido de reubicar a Svetlana y a Shivani en un nuevo escondite.

—Movámonos de aquí o terminaremos empapados —propuso.

—Allí están las camionetas —indicó Prescott.

Al-Saud y Ramsay se subieron a la Range Rover; Sándor, a la Hilux; tenía que hablar con sus hombres.

—¿Está limpia? —quiso saber Ramsay, y agitó las manos para señalar el interior del vehículo.

—Sí —confirmó Prescott, que iba al volante—. Habla tranquilo.

—¿Cuál es la situación hasta el momento?

—Vachal y Keen aseguran —habló Callum Duncan— que, cuando entraron en el dúplex propiedad del MI6, los secuestradores ya estaban dentro. Se entregaron de inmediato por orden de Lazar, pues esos malnacidos amenazaban con matar a Senada y a su hija.

—Hablamos de la chica rescatada del tráfico, ¿verdad? —quiso saber Eliah Al-Saud.

—Correcto —ratificó el anciano escocés—. Se llevaron primero a Lazar y a Darko. Luego, cuando llegó a eso de las ocho y media, hicieron otro tanto con Diana, solo que a ella la drogaron.

—No tenían otro modo para someterla —conjeturó Peter Ramsay.

—Esto fue el martes 6 de febrero por la noche —retomó Glendale—. Estamos a viernes 9. Ya son más de cuarenta y ocho horas sin novedades.

—¿Por qué no los habrán asesinado? —se preguntó Ramsay—. A Ulysse y a Vachal —se explicó.

—Creemos que fue para evitar un escándalo mayor —expresó McLeod—. Habrían sido muertes innecesarias dado que tenían con qué forzar a Diana y a Lazar a entregarse. Ese elemento era Senada. Y su bebé, claro está.

Conducían por la arteria principal de la ciudad, la Zmaja od Bosne, hasta que, luego de doblar a la derecha y hacer unos giros, se detuvieron en el ingreso del Holiday Inn.

—Les reservamos habitaciones en este hotel —explicó Callum Duncan— de modo de estar todos en un mismo sitio.

—Será lo más conveniente —acordó Al-Saud.

Entraron en el mítico Holiday Inn, el cubo amarillo y marrón construido para las Olimpiadas Invernales del 84 y que el mundo había conocido durante el sitio de Sarajevo por haberse convertido en la sede de la prensa internacional y en el blanco favorito de los francotiradores serbios. El personal de la recepción y los botones se mostraron muy amables y, una vez completada la papelería, los condujeron a sus habitaciones.

—En quince minutos en mi suite —propuso Callum Duncan en el ascensor.

—Iré primero a limpiarla —ofreció Ramsay, y el escocés asintió.

Media hora más tarde, con la certeza de que en la recámara no había artilugios de escucha ocultos, lo mismo que micrófonos ambientales en un radio de ciento cincuenta metros, se sentaron a hablar. Al grupo se le había sumado un nuevo integrante, el detective privado holandés Herman Janssen, de quien todos sabían que había sido contratado para hallar a la hija de La Diana.

—Antes que nada —tomó la palabra el barón de Glendale—, quería preguntarte, Eliah, por la situación de Svetlana, la muchacha que Diana y Lazar trajeron de los Balcanes. Era por quien los perseguían sin descanso los traficantes.

—Ya la sacamos del refugio donde Diana y Lazar la dejaron. Ella y la otra muchacha están en un sitio seguro. El lugar donde se escondían —añadió Al-Saud— se encuentra bajo estricta vigilancia. Si los traficantes decidiesen siquiera asomar la nariz, mis hombres se la volarían.

—Bien, bien —dijo Callum Duncan, mientras se aferraba el mentón y mantenía la vista al suelo, que levantó de pronto para expresar—: La pregunta aquí es cómo descubrieron los secuestradores el refugio del MI6.

—Además de Bruce, Freddie y tú, Callum —quiso saber Peter Ramsay—, ¿quién más estaba al tanto?

—Ni Bruce ni yo sabíamos dónde quedaba el nuevo refugio —lo corrigió Glendale.

—Además de Keen y Vachal —intervino Freddie Prescott—, lo sabíamos dos hombres de mi equipo, por quienes pongo las manos en el fuego, y yo. Nadie más.

—¿Entonces? —se impacientó Callum Duncan—. ¿Cómo lo supieron? ¡Estaban esperándolos dentro de la casa, maldita sea!

—Tranquilízate, Callum —le pidió McLeod—. Te necesitamos en buena salud y no con un síncope en el hospital.

—La otra pregunta aquí es —intervino Sándor— ¿por qué no ha salido nada del secuestro de mi hermana y de su familia en la prensa? La divulgación podría ayudarnos.

—O podría haber sido contraproducente —opinó Prescott—. Verá, señor Huseinovic...

—Sanny, por favor.

—Verás, Sanny, apenas Vachal y Keen consiguieron liberarse a eso de las...

—Casi las diez de la noche —puntualizó Sándor—. Me llamaron enseguida.

—Es cierto, como su jefe, te llamaron a ti primero. Luego llamaron a Callum —evocó el agente inglés—, y este a mí. Como marca el protocolo en un caso de extrema sensibilidad como lo es este, se dio aviso directamente a las máximas autoridades, al embajador Klein y al presidente Halid Genjac. De inmediato se organizó una reunión de emergencia en las oficinas de la ONU y, tras dirimir por un rato y después de varias llamadas telefónicas, decidieron que era mejor mantener el asunto, al menos por las primeras setenta y dos horas, fuera del conocimiento público. Con el asunto de la persecución a fines de diciembre, el gobierno de Bosnia y la ONU salieron muy mal parados.

—De modo que —razonó Sanny— la decisión es proteger a los políticos y no a mi hermana y a su familia.

—Sanny —intervino Callum Duncan—, si nos han pedido tiempo es porque están intentando negociar con los secuestradores sin el ruido y la tensión que genera la prensa.

—Entonces, saben dónde están, pues para negociar hay que establecer contacto —infirió el joven—, y para establecer contacto al menos se precisa un número telefónico.

—No, ellos no lo saben —contestó Prescott—, pero sí saben a quién dirigirse para que se ponga en contacto con ellos.

—¿Quién? —quiso saber Peter Ramsay.

—Eso no lo sé —contestó el agente inglés, y Ramsay sonrió y movió la cabeza para expresar su incredulidad.

Al-Saud, que se había mantenido aparte, abstraído en el paisaje citadino que ofrecía la suite en el piso más alto del hotel, se volvió y propuso:

—Dejemos que los políticos hagan lo que quieran mientras nosotros nos dedicamos a lo único que cuenta en este embrollo: determinar la ubicación donde los tienen secuestrados.

—No será fácil —advirtió Prescott—. Será como buscar una aguja en un pajar. Por eso juzgamos que la vía de los políticos es la única posible.

—¿Han establecido contacto hasta el momento? Como bien señaló Callum, ya han pasado más de cuarenta y ocho horas desde la desaparición.

—Según me han informado —dijo Prescott—, han contactado a quien podría hacer de intermediario. Esperan que intervenga en las próximas cuarenta y ocho horas.

—¡Cuarenta y ocho horas! —Sanny se puso de pie y se llevó las manos a la cabeza—. Ya los habrán asesinado para ese momento.

—Sanny —habló Glendale—, si hubiesen querido asesinarlos, habrían dejado los cadáveres en el dúplex del MI6. Aquí se trata de otra cosa.

—¿De rescate? —aventuró McLeod—. ¿De un intercambio? ¿Ellos por las chicas traficadas?

—Mi esposa —habló Peter Ramsay— asegura que se trata de un asunto personal.

Varios pares de ojos se enfocaron en el inglés.

—¿Leila sabe del secuestro? —se escandalizó Glendale—. ¿En su estado?

—Fue imposible mantenerla al margen. Intentó hablar con su hermana el martes por la noche y no le respondió, lo cual le resultó rarísimo y la alarmó. Eso sin contar que además se suponía que habríamos viajado hoy para acompañarla durante los últimos días antes de la boda. Leila quería ayudarla con los preparativos.

—¿A qué se refiere Leila con algo personal? —quiso profundizar Al-Saud—. ¿Una venganza por lo de las chicas traficadas?

—No. Gracias a las entrevistas que Lazar y Diana dieron a la prensa, Leila se enteró de que el hombre que los persiguió hasta el límite con Montenegro era el que comandaba el centro de detención donde estuvieron prisioneras durante los años de la guerra. Su nombre es Vuk. Leila lo llama comandante Vuk.

—Sí, Vuk —corroboró Glendale—, al que todos conocemos por *vojvoda*, el jefe de la red de tráfico.

—Leila asegura que Vuk está enamorado de Diana. Más bien obsesionado con ella. La quiere para él, por eso la ha secuestrado.

—Vuk es el padre de Larysa, la hija de La Diana —declaró Sándor, y miró en dirección de Herman Janssen.

—Lo es —confirmó el detective privado—, pero hasta el momento ha sido imposible determinar su identidad. Figura como muerto bajo su verdadero nombre.

—Hace poco estuvieron hablando del tal Vuk con una mujer —intervino Noah Keen—. La Diana y Lazar viajaron a Tuzla el sábado anterior al secuestro. Visitaron a una amiga de La Diana, la señora Suada.

—Suada Mehmedović —corroboró Janssen—. Yo mismo les conseguí su dirección. Fueron compañeras de prisión durante la guerra. Diana estaba segura de que podría brindarle información relacionada con la niña. Suada fue la última que vio a Larysa.

—Hablaban en serbocroata —prosiguió Keen—, pero recuerdo haber escuchado esa palabra: Vuk. Sanny, ¿cómo se dice en serbocroata comandante Vuk?

—*Komandir Vuka*.

—Eso es —ratificó el guardaespaldas—. La mujer también dijo en un par de ocasiones *komandir Vuka*.

—Al día siguiente de la visita a Tuzla —tomó la palabra Vachal—, Diana quiso ir a Srebrenica.

—¿Fue a Srebrenica? —se escandalizó Sanny.

—Sí. Lazar no quería, pero ella insistió. Deseaba volver a ver la casa donde había nacido.

—Allí ocurrieron cosas extrañas con los nuevos propietarios —manifestó Keen.

Los guardaespaldas transcurrieron los minutos siguientes detallando los eventos vividos en el U Partizanski, ahora renombrado Las Cuatro S.

—O sea que —recapituló Al-Saud tras el relato de Keen y Vachal— visitan la casa de una antigua compañera de cautiverio de La Diana y luego van a Srebrenica, y menos de cuarenta y ocho horas más tarde los secuestran. Pues en alguno de estos lugares está la respuesta.

—Es posible —coligió Ramsay— que al no poder interceptarlos en los sitios conocidos —ayudándose con los dedos, enumeró—: el colegio donde Lazar da clases, el gimnasio donde enseña artes marciales y la casa de sus familiares y amigos, entonces decidieron plantarse en dos sitios relacionados con el pasado de La Diana. El pescador se sentó a esperar y el pez mordió el anzuelo.

—Bien —dijo Al-Saud—, ahí tenemos un buen hilo por donde comenzar. Sanny y yo les haremos una visita a los nuevos propietarios de un restaurante de pueblo con automóviles de más de cien mil dólares, y ustedes dos —dijo a Keen y a Vachal—, junto con el señor Janssen y su traductor, volverán a casa de la señora Suada y la interrogarán. Quizás ella pueda darnos una pista de dónde se esconde el tal Vuk. No dejen fuera la posibilidad de que haya sido la misma Suada la que haya informado a Vuk. Nunca se sabe.

—¿Qué piensan hacer si llegan a dar con la ubicación del *vojvoda*? —se interesó Janssen.

—Lo mismo que hicimos en el 95 en Rogatica —contestó Al-Saud—, irrumpiremos en el lugar y la sacaremos de allí con vida. A ella y a su familia.

Nadie opuso objeciones.

* * *

Daen van Groen despertó bajo el manto de hojas y ramas y dentro de la hondonada del terrero que le había servido de lecho. El efecto de la adrenalina se había esfumado horas atrás, y el frío le entumecía las extremidades. Todavía le costaba creer que estuviese vivo. “No por mucho tiempo”, pensó. Si no conseguía abrigarse e ingerir hidratos de carbono, moriría en medio de ese bosque moldavo.

No se detendría a reflexionar en la seguidilla de errores que había cometido en los últimos años y que lo habían conducido al punto en el que

se hallaba en ese momento, suspendido entre la vida y la muerte. Srebrenica constituía el punto de partida de todos sus males, y de nada se arrepentía con tanto fervor como de no haber defendido a esos pobres bosnios musulmanes que invadieron la base militar de los cascos azules, una vieja fábrica de frenos para automóviles, el 11 de julio de 1995, escapando del ejército de Mladić, el Carnicero de Bosnia. No bastaría el paso del tiempo para borrar la culpa, la vergüenza y el asco que le causaba su propia cobardía. No bastaría el paso del tiempo para olvidar la garganta sajada del bebé bosnio musulmán cuyo llanto continuo había fastidiado al soldado serbio. Nada borraría ni acallaría los alaridos de la madre mientras le ponía las manos en la herida para atajar la sangre.

Tembló bajo el colchón de hojas y ramas, aunque no de frío. Nada había hecho por esas gentes. Pero haría algo por La Diana. No merecía acabar en manos del *vojvoda*. La determinación de ayudar a su ex compañera de armas, la mujer de la que se había enamorado pese a haber luchado contra el sentimiento, lo impulsó a abandonar el refugio bajo las hojas. El frío lo acobardó, solo un instante, el que demoró en evocar la imagen del bebé musulmán y el charco de sangre en torno a él y a su madre.

No regresaría al predio del laboratorio. Zver y Mirko estarían esperándolo. Conocía la región. Había ido varias veces a la ciudad de Tiráspol para comprar cigarrillos y provisiones. Había granjas a los costados del camino donde podría hacerse de ropa de abrigo y dinero. Con todo, debía tomar precauciones. Los hombres del *vojvoda* habrían previsto su plan de acción y plantado guardias en las casas de los alrededores. Tendría que aproximarse con cautela.

Se puso en marcha. No resultaría fácil salir del atolladero en el que se encontraba, pero lo lograría. Volvería a ponerse en pie y ya nada lo detendría en su afán por liberar a La Diana. Lo conseguiría, aun a costa de su vida. Después de todo, ¿de qué valía seguir viviendo si había perdido el respeto de sí mismo?

* * *

La tarjeta, la que le había quitado a Vuk la noche anterior, no funcionaba; el aparato adosado a la puerta lanzaba un pitido agudo y poco familiar, al tiempo que una luz roja destellaba. Dedujo que Vuk la habría anulado y

creado una con un nuevo código de apertura. Recogió del suelo el pantalón y le hurgó los bolsillos hasta hallar lo que buscaba: la nueva tarjeta.

—¿Adónde crees que vas? —la sorprendió la voz ronca de Vuk.

—Quiero despertar a Larysa. Te llamé varias veces pero no me hiciste caso.

—Devuélveme la tarjeta. Ahora.

La Diana se aproximó mientras Vuk se levantaba y, sentado en el borde de la cama, consultaba la hora. Tenía la nariz hinchada y los ojos con derrames. Larysa haría preguntas. Vuk le arrebató la tarjeta cuando se la extendió.

—No vuelvas a hurgar en mis bolsillos. Son las siete menos diez —informó sin darle tiempo a replicar—. Es temprano. Primero me daré una ducha y luego iremos juntos a despertarla.

—Me prometiste que hablaría con Darko.

—Primero la ducha. Después, el huérfano.

La Diana le dio la espalda cuando Vuk se desnudó frente a ella. Se alejó hacia la contraventana. Descorrió la cortina y contempló el exterior en penumbras. “No saldrás viva de esta fortaleza sin planearlo con cuidado”, recordó la advertencia de De Souza. Había tenido razón. Esa propiedad lucía inexpugnable y no sería fácil invadirla ni escapar de ella. ¿Escapar? No lo haría sin su hija, pero ¿con qué corazón la arrancaría de los brazos del padre al que adoraba? No le causaría una pena semejante a la criatura de sus entrañas. Se cubrió la cara con las manos, donde ahogó un grito de impotencia y confusión. ¿Cómo se resolvería el embrollo en el que estaba metida? Una escisión crecía dentro de ella; de un lado estaba el desprecio que Vuk le inspiraba y del otro, el amor sin medida que sentía por Larysa. Solo que esos dos se amaban profundamente. Solo que con el hombre al que detestaba tenía una deuda: haber protegido y mantenido a salvo de los males del mundo a la hija que ella había abandonado.

“Lazar”, lo llamó con el pensamiento. “¿Dónde estás, amor mío? Te necesito. Necesito de tu sabiduría. No me dejes”. Kovać habría pronunciado las palabras justas para devolverle la serenidad, la que Vuk destrozaba solo con regresar a la habitación y respirar el mismo aire que ella.

—¿Quieres hablar con el huérfano?

Se volvió y lo halló a pocos pasos, completamente desnudo. Con una mano se secaba la cabeza rapada; en la otra sostenía el celular. Le sonreía con suficiencia mientras le exponía su erección.

—Si quieres hablar con el huérfano —dijo—, antes tendrás que hacerte cargo de esto. —Miró hacia abajo.

—¿Qué estás buscando? ¿Que vuelva a dejarte con el culo por tierra?

—Ya no me tomarás por sorpresa.

—Yo no estaría tan segura. Por otro lado, anoche me pediste que no te tuviese miedo, ¿y ahora esto? ¿De qué modo crearemos un ámbito normal y saludable para Larysa si tú me extorsionas de este modo?

—Lo que tú y yo hagamos en nuestro dormitorio no involucra a nuestra hija.

—Oh, sí que la involucra porque me sería imposible ocultar el asco por ti si volvieses a violarme. Es una niña despierta, avispada. Lo primero que notó cuando la tuve en brazos fue el golpe que me diste en la mejilla. Y lo primero que notará hoy será tu tabique nasal hinchado. No tardará en darse cuenta de que...

—¡Basta! Me cansas y aburres con tu palabrerío.

La enfermera entró sin llamar y sofocó un alarido y salió a las corridas cuando se topó con el trasero desnudo del *vojvoda*.

—¡Carajo! —masculló Vuk.

—Ahuyentaste a mi carcelera —se mofó La Diana—. Te estoy agradecida.

El hombre la fulminó con un vistazo torcido y regresó al baño. Salió al cabo envuelto en una bata. La Diana lo vio marcar una tecla y contuvo el respiro. Se lanzó sobre el aparato cuando Vuk se lo extendió.

—¡Mamá!

—¡Buen día, *moje blago*! ¿Estás bien?

—Te extraño, mamá. Quiero estar contigo. ¿Cuánto falta para que papá y tú vengan?

—Muy poco, *moje blago*. Ten paciencia. Sé fuerte y valiente por mí. ¿Sí?

—Está bien —prometió, enfurruñado.

—¿Has tenido pesadillas?

—No —afirmó con voz enojada.

—Me alegro tanto, *moje blago*. Si te despiertas de noche, piensa en papá y en mí y recuerda la canción que te canto siempre.

—Está bien.

—¿Qué haces todo el día? ¿Te diviertes?

—Aquí hay muchos niños y...

Vuk le arrancó el celular, y La Diana se alejó apretando los ojos y cubriéndose los oídos para no escuchar los “¡Mamá! ¡Mamá! ¿Me oyes?” de Darko. La vocecita del niño se cortó, y a ella se le repitió en la mente como una canción fastidiosa. Percibió una cerrazón en el pecho similar a cuando la tocaban antes de vencer la afenfosfobia. Se instó a evitar el ataque de pánico; resultaba imperioso vencerlo para no exponerse a una situación de vulnerabilidad. Inspiró con los ojos cerrados grandes porciones de aire, que fue liberando en cuatro etapas hasta sentir que los pulmones quedaban vacíos. Poco a poco se le descomprimió el diafragma y la opresión en el plexo solar cedió.

Vuk, que había mandado por una muda, terminó de vestirse y le ordenó que lo siguiese. Salieron al corredor silencioso y caminaron hacia el otro sector de la mansión, donde se ubicaban la recámara de la niña y la de él. Estaba de mal humor, y su energía encolerizada la perturbaba. Lo conocía, no pasaría mucho antes de que intentase violarla para desfogar la rabia que lo carcomía. Para lograrlo, ciertamente no la amenazaría a ella, el recipiente de los preciosos óvulos que él tanto deseaba, sino que se serviría de Darko. Resultaba extraño que no lo hubiese hecho hasta el momento, quizá con la esperanza de conquistarla y de que las cosas fuesen distintas entre ellos, como le había manifestado el día anterior. La paciencia no caracterizaba a Vuk, y más bien antes que dar crédito a eso de que “quería que las cosas fuesen distintas entre ellos” debía recordar lo que le había dicho poco después: “Yo soy Dios para ti y tú, mi esclava. Y no creas que ya no soy capaz de asesinar, torturar y vejar. Solo que, como tu dios, me encuentras de un ánimo benévolo y prefiero tenderte la mano a tomarte por la fuerza. Pero nunca olvides que, llegado el caso, puedo volver a ser el que era”. ¿Tendría que entregarse a ese monstruo para preservar la vida de su hijo Darko, tal vez la del que llevaba en el vientre? La surcó un estremecimiento al imaginarlo.

La visión de Larysa hecha un bollito bajo las mantas le limpió la mente de las tribulaciones y le arrancó una sonrisa. La luz apenas ingresaba por un resquicio entre los densos cortinados y le delineaba el perfil de carrillo lleno y arrebolado, nariz pequeña y boquita redonda y rolliza. La paz de la niña le infundía paz a su vez. Se sentó en el borde de la cama y se inclinó para besarla y despertarla. Estaba tibia y olía bien.

—Buen día, amor mío —susurró—. ¿Has tenido dulces sueños?

—¿Mami? —la llamó con los ojos cerrados.

—Sí, aquí estoy —dijo, y siguió depositándole besos en el rostro.

La niña sacó los brazos y se los cerró en torno al cuello. La Diana la ubicó en su regazo. La apretó apenas y percibió cómo la tibieza que manaba del cuerpecito de su hija le disolvía el último vestigio de opresión. Nunca habría imaginado que despertar a Larysa, un acto tan simple y a la vez tan sublime, hubiese encerrado el sentido mismo de la vida. “Siempre estaré cuando despiertes, amor mío”, volvió a prometerle sin palabras.

Larysa tomó distancia y se miraron en silencio. La Diana sonrió, y la pequeña la imitó. Le acunó la cara con las manitas y la contempló directo en los ojos, con la intensidad que habría empleado un adulto. No la perturbó, no la incomodó, por el contrario, sintió dicha y serenidad.

—Buen día, cariño —intervino Vuk.

—¡Buen día, papi! ¿Qué te pasó en la nariz?

—Ya sabes, practicando boxeo con tío Mirko me descuidé y me dio un revés que no imaginas.

—¿Te salió sangre?

—No, cariño, ni una gota —mintió—. Pero se inflamó.

—Mami, dile a papi que no boxee con tío Mirko.

—Se lo diré, pero primero vamos a vestirte.

Ivanka, que se movía con sigilo mientras elegía las prendas, se aproximó a la cama, saludó a la niña con afecto y se dispuso a vestirla. Vuk aprovechó para apartar a La Diana.

—Después del desayuno tenemos una reunión con la doctora Yura en el laboratorio.

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo con Larysa?

—No, con ella no.

A pedido de la niña, la madre la peinó y le puso los zapatos, unas *ballerinas* Gucci que debían de costar una fortuna. La perfumó también con la colonia de Petit Bateau, el negocio donde un mes atrás le había comprado a Darko el conjunto para la inauguración de la clínica de Matilde. Pensar en *moje blago* le anudó la garganta y, con la excusa de olerle el cuellito con aroma a vainilla, ocultó el rostro donde tan claramente se le habrían evidenciado las ganas de llorar.

Entró la enfermera Radmila con la vista baja; aún tenía las mejillas coloradas después de haber pillado desnudo al *vojvoda*. La Diana se dio cuenta de que traía los aparejos típicos para la extracción de sangre.

—¡No quiero! —exclamó la niña, e intentó escaparse.

Vuk la sujetó por la cintura y la levantó en el aire. La pequeña gritó y se rebulló con bríos hasta que el padre la mantuvo apretada y la serenó susurrándole al oído. A La Diana le partió el alma ver que su hija lloraba en silencio mientras el padre le hablaba.

—Quiero ir con mami —expresó con acento lloroso, y La Diana se abalanzó para sujetarla y estrecharla en un abrazo.

—No llores, amor mío.

—Radmila me quiere sacar sangre, mami, y yo no quiero, pero papi dice que es por mi bien.

La Diana se sentó en el borde de la cama con la niña en el regazo y le cantó *Vjerna Ljuba* hasta que la pequeña dejó de llorar.

—Mami, dile a Radmila que se vaya, no la quiero.

—Pero es importante que te saque sangre. Es importante para mí —añadió.

—¿Por qué?

—Porque quiero que la doctora Yura mire tu sangre con el microscopio y me diga que todo está bien. ¿Qué te parece —le dijo con voz animada— si Radmila nos saca sangre a las dos? —La niña se incorporó y alzó las cejas en una expresión azorada—. Quiero que la doctora Yura también mire mi sangre con el microscopio y me diga que todo está bien.

—¿De veras, mami?

—De veras. Cada vez que Radmila te saque sangre, me la sacará a mí también. ¿Qué opinas?

—¿Siempre, siempre, mami?

—Siempre, siempre, amor mío.

—Bueno, está bien —aceptó, aún poco convencida.

A una orden de Vuk, la enfermera fue a buscar otra jeringa. Primero extrajo una muestra a La Diana, que mantenía los ojos fijos en los extáticos de la niña, y mientras la mujer la pinchaba ella solo podía admirar la belleza de los iris azules con destellos verde esmeralda de su adorada Larysa.

—¿Te dolió, mami?

—Ni un poquito —dijo en verdad, pues la mujer era habilísima.

Le tocó el turno a la pequeña, que, pese al miedo, intentaba mostrarse valiente.

—Mírame todo el tiempo a mí —le sugirió La Diana— y oye la historia increíble que tengo para contarte. ¿Recuerdas que te conté un cuento de Jérôme? —La niña susurró que sí—. ¿Te dije que Jérôme es amigo mío?

—No, mami. ¿Tú lo conoces?

—Claro que lo conozco. Jérôme es hijo de una amiga mía, que ha vivido las aventuras más increíbles que puedas imaginar. Te contaré otra.

Radmila hincó la vena radial de Larysa, y la pequeña no hizo un ceño, absorta como estaba en la historia.

—Ya está, Larysa —anunció la enfermera mientras le protegía el pinchazo con un apósito adhesivo y le bajaba la manga de la blusita.

Vuk se la quitó del regazo y la besó ruidosamente en ambas mejillas.

—Muy valiente, mi pequeña princesa —la lisonjeó.

—¿Has visto, papi? No lloré nada. Y mami tampoco.

—Mami es muy valiente —manifestó el hombre, y le sostuvo la mirada, que La Diana le devolvió con semblante impasible—. Bajemos a desayunar —propuso, y depositó a la niña en el suelo.

Antes de que La Diana cruzase la puerta, Vuk la detuvo aferrándola por la muñeca.

—Gracias —susurró—. Es la primera vez que le sacan sangre y no llora.

La Diana asintió y removió la mano hasta que Vuk la soltó. Desayunaron en la planta baja, en un comedor pegado a la enorme cocina, un ambiente más relajado y casual que el salón donde habían almorzado el día anterior. La Diana avistó a dos hombres uniformados. Exponían los AK-47 sin pudor y no parecía que estuviesen allí para tomarse un café o un refrigerio; más bien, dedujo, estaban de guardia.

Larysa no les prestaba atención, como si estuviese habituada a los fusiles y a los soldados del padre. En cambio devoraba los copos con leche; era un placer verla comer sin remilgos. Fue más difícil convencerla de que hiciese otro tanto con la banana.

—¡Anica! —llamó la niña a la cocinera, quien, seguida por los dos guardias, entró en el comedor—. Ella es mi mamá y esta tarde me enseñará a cocinar.

—Buenos días, señora —dijo la mujer que superaba largamente los cincuenta y presentaba el aspecto de una matrona de seno generoso y expresión benévola, aunque nerviosa.

—Buenos días, Anica. Un gusto conocerla.

—Lo mismo, señora.

—Anica, ¿sabías que mi mamá, mi tía Leila y mi abuela Eszter son las mejores cocineras del mundo? Me lo dijo papi. Bueno, mi abuela Eszter ahora cocina en el cielo, ¿verdad, mami?

—Sí, amor mío, cocina en el cielo. Pero estoy segura de que Anica es mejor cocinera que yo.

—Mi cocina está a su disposición, señora.

—Gracias, Anica. Seguramente la invadiremos esta tarde y nos encantaría que nos acompañaras. Seremos cuatro: Lary, Iva, Mrs. Kendrall y yo.

—Será un placer cocinar con mi querida Lary. ¿Pero te has comido toda la banana? —se asombró la mujer.

—Sí, mami dice que me hará crecer el cabello como el de ella.

—Pues qué cabello tan hermoso tiene tu mami —la lisonjeó la cocinera.

—Sí, mami es la más linda del mundo.

Aun Vuk, que comía con actitud hosca en la cabecera, rio ante la infatuación de la niña. La risa se le cortó cuando sonó el celular. Se alejó para atender la llamada.

—¿Y el abuelo, Anica?

—Está muy ocupado hoy, cariño. Pero me dijo que más tarde vendrá a saludarte.

—¿No me mostrará el zoológico? —se decepcionó.

—Lo siento, cariño, pero hoy no será posible.

Se presentó Mrs. Kendrall, una inglesa bilingüe, cincuentona y vestida con una severidad que no se condecía con su sonrisa sincera ni con su mirada dulce. A La Diana le cayó bien con el primer vistazo. La saludó en inglés, y eso bastó para ganarse la simpatía de la mujer. Anica le sirvió té English Breakfast con limón, filetes de arenque hervido y unos huevos revueltos, y en tanto desayunaba con maneras exquisitas fue contándole a La Diana acerca de su matrimonio con un croata —de allí que hablase tan bien el idioma vernáculo—, de su viudez y de su experiencia de treinta años como docente. Le detalló el programa de estudios que seguía con *her dear Lary*. Abstraída como estaba con lo que la inglesa le refería, se sobresaltó cuando Anica dejó caer un cuchillo a su lado. Las dos se agacharon para recogerlo, ella desde su silla, la mujer inclinando el torso. Rieron por la coincidencia y, mientras lo hacían, la mujer le depositó un papel plegado sobre las piernas. La Diana lo cubrió con la mano y corroboró que Vuk siguiese al teléfono y que no se hubiese percatado del intercambio.

—Vamos —dijo este, y la aferró por el brazo para instarla a que se levantara.

—¡Yo voy con ustedes! —exclamó Larysa.

—No, cariño —la detuvo Vuk—. Tú tienes clases con Mrs. Kendrall. Mamá y yo tenemos un asunto de personas mayores.

—¡Yo quiero ir igual, papi! Ya soy grande. Ahora tengo seis años. ¡Mira! —Le mostró una mano con todos los dedos extendidos y de la otra, solo el pulgar.

La Diana, desbordada de ternura, la alzó y la besó. La niña respondió al abrazo de inmediato.

—Quiero ir contigo, mami. No quiero que te vayas.

—Siempre estarás conmigo. Toda la vida —remarcó—. Solo que ahora tenemos que hacer algo que te aburriría. Pórtate bien con Iva y Mrs. Kendrall, y esta tarde la pasaremos juntas cocinando cosas ricas. ¿Por qué no vas planeando con Mrs. Kendrall qué te gustaría preparar?

La maestra intervino y, con un gran manejo de la situación, la convenció a empezar con la clase. La niña se marchó, pero cada dos pasos volvía la cabeza y echaba un vistazo a la madre, que le lanzaba besos y le arrancaba sonrisas. La pequeña desapareció tras la puerta del comedor, y a ella la mortificó la opresión en el pecho. “Nunca se es libre cuando se tienen hijos”, meditó. “Siempre se es esclavo del pánico de que algo les suceda, de perderlos.”

* * *

Había dormido mal, con pesadillas que lo despertaban con sobresaltos, bañado en un sudor frío. Se daba cuenta de que su padre tampoco conciliaba el sueño en el colchón que había tirado junto a la cama. Se removía y respiraba de modo agitado. A las seis de la mañana, se levantó y se dio una larga ducha. Fue tocándose con cuidado los sitios donde más le dolía, en especial a la altura de las costillas y en la base de la espalda. Estimaba que no le habían dañado los riñones porque orinaba sin sangre; igualmente, el dolor era intenso. Tomaría un calmante con el desayuno.

—¿Hay posibilidad de enviarle un mensaje a Diana? —dijo y rompió el mutismo del desayuno, en el cual, durante largos minutos, solo se habían escuchado las masticadas y las sorbidas.

—Sí. Escríbelo y se lo haré llegar.

El anciano se puso de pie y regresó con un anotador y una lapicera.

—¿Tienes un calmante? —pidió Kovać—. ¿Paracetamol o ibuprofeno?

—¿Te sientes mal? —se preocupó Mihajlo.

—Me golpeaban con una bolsa llena de... creo que pastillas de jabón.

—Causa daño interno pero no deja marcas. Haré venir a la doctora Ilić para que te revise.

—No quiero a nadie con ese apellido cerca de mí —se endureció Kovać.

—Sí, discúlpame —se turbó el anciano.

—Solo consígueme el calmante. Además necesito que hagas una llamada telefónica.

—A mí me resultará imposible. Me siguen a sol y a sombra, y lo mismo estarán haciendo con Anica; ella me ayudó a liberarte —explicó—. Pero veré qué puedo hacer.

—Gracias —masculló, e hizo a un lado el plato vacío para escribir en el anotador.

Al terminar, arrancó la pequeña hoja, la dobló y se la entregó a su padre.

—Llévala ahora —le ordenó—. Quiero que Diana sepa que estoy bien cuanto antes.

—Sí. Lo intentaré —dijo el hombre y volvió a abandonar la silla.

Kovać lo imitó y lo siguió hasta la sala, donde lo observó cubrirse con una chaqueta y encasquetarse una boina de felpa. Se miraron antes de que Mihajlo saliese al frío de la mañana. Escuchó las palabras intercambiadas con los guardias, duras por parte de su padre, respetuosas por parte de los hombres del *vojvoda*. Se aproximó a la ventana y observó que uno permanecía junto al ingreso mientras el otro escoltaba a Mihajlo Milanković por un camino de gravilla. Se quedó estudiando el entorno; más allá del ligustro que circundaba el jardín de su padre se avistaba un parque bien cuidado. A lo lejos se erigía una mansión que le trajo pésimos recuerdos, pues semejaba en su estilo academicista a la de Smederevo.

No le llevó mucho tiempo darse cuenta de que se hallaban en una propiedad blindada, no solo por la remarcable cantidad de guardias que pululaba con armas de guerra y perros sino porque, tras avistar unas siluetas en el techo de la casa principal, se dio cuenta de que correspondían a unas especies de metralletas antiaéreas muy poderosas; las había visto durante la guerra en los edificios ocupados por los *četniks*.

¿Cómo diantres saldrían de esa prisión inexpugnable? ¿Dónde estaba Darko? La angustia lo sobrecogió y precisó de un momento para superar el quebranto. Se urgió a conservar la calma y a no caer presa de la desesperación. Sin embargo, los tormentos eran tantos que no le daban respiro. Uno de los peores había tomado forma de pregunta: a la luz de lo

que le había revelado su padre, que Larysa adoraba a Dragoslav, ¿Diana aceptaría huir con la niña y arrancarla de los brazos del padre al que amaba? ¿La culpa y el amor que Larysa le inspiraba la orillarían a entregarse a su violador para siempre? La sabía capaz de cualquier sacrificio.

* * *

Desde que había conseguido leer la nota que le había deslizado Anica, tenía las pulsaciones disparadas y debía reprimir la sonrisa que inconscientemente le curvaba los labios cada vez que evocaba las pocas líneas con la bella caligrafía de Kovać. *Diana, amor mío, estoy bien, en casa de mi padre, no muy alejada de la casa donde estás tú. Me consume la angustia por saber de ti y de Darko. Cuidate por mí. Te amo más allá de todo. Tuyo para siempre, Lazar.*

¡Lazar vivía! ¡Lazar vivía! La confirmación de lo que le había asegurado De Souza y que ella siempre había sospechado le había devuelto las ganas de luchar y de vencer, y ni siquiera se le quebró el buen ánimo durante la reunión con Yura y con la doctora Ilić en la que Vuk insistía en que se le practicase un aborto para liberarle el útero, mientras que la científica y la médica exponían los contras de un procedimiento de esa índole.

Por fortuna, almorzaron solas con Ivanka y Larysa en la sala de juegos ya que Vuk tenía que ocuparse de asuntos urgentes, y se trató de un momento relajado, más allá de que un guardia custodiaba la puerta, el mismo que las escoltó hasta el dormitorio de la niña cuando la llevaron para que hiciera su siesta. Larysa se durmió escuchando un cuento de Jérôme. Antes de abandonar la habitación en penumbras, La Diana le indicó a Ivanka que la siguiese al baño, lo que la muchacha hizo con actitud desconfiada.

—Ivanka, ¿tú sabes dónde está la casa de Mihajlo?

—Sí, claro. Lary y yo vamos con frecuencia a visitarlo.

—Bien. ¿Podrías enseñarme cómo llegar?

—Sí, claro.

De regreso en la sala de juegos, la joven le dibujó un plano de la propiedad con la ubicación de la cabaña del padre del *vojvoda*, al que La Diana añadió un diseño de la rosa de los vientos para indicar los puntos cardinales.

—¿Hay alguna salida que no esté custodiada?

—¿Piensa ir a ver a don Mihajlo, señora?

—*Necesito verlo, Iva. Es imperativo que lo haga. ¿Conoces algún modo para salir sin que los guardias lo sepan? Un pasaje secreto, o una salida por el techo, lo que sea.*

—*Por la cocina —declaró—. Allí hay un pequeño sótano donde Anica guarda las provisiones.*

—*¿Tiene salida al exterior?*

—*Sí. Se trata de una escotilla con una cinta transportadora por donde bajan las cajas con alimentos y las bebidas del *vojvoda*.*

—*¡Perfecto! ¿Y dices que por fuera no está custodiado?*

—*No suele estarlo, no a menos que estén descargando los productos.*

—*Señálame la escotilla en tu mapa. —La chica dibujó una X en un sitio en el exterior de la casa—. Muy bien. Ahora descríbeme la casa de Mihajlo.*

—*Veamos —dijo, y llevó la mirada hacia arriba, como si rebuscase en la memoria—. Es una cabaña ubicada dentro de un pequeño jardín rodeado por un cerco de ligustro.*

—*¿Muy alto el ligustro?*

—*No muy alto. Un poco más bajo que yo, tal vez.*

—*¿Qué más puedes decirme de la cabaña? ¿Tiene una entrada posterior?*

—*No que yo sepa. En la parte posterior hay un jardín donde don Mihajlo construyó un pequeño parque con juegos para Lary. Por eso vamos seguido —se explicó—. Allí hay ventanas, pero no puertas.*

—*¿Ventanas? Descríbelas, por favor.*

—*Serán de un metro por un metro y medio.*

Marcharon a la cocina, donde Anica hojeaba una revista con un guardia sentado cerca de ella; al otro no se lo veía por ninguna parte. Un aroma tibio y especiado en el que prevalecía el de la canela invadía el recinto. La mujer se puso de pie al verla entrar con Ivanka.

—*¡Señora! Qué alegría que visite mi cocina.*

—*Gracias, Anica. Me dice Iva que tienes toda clase de productos interesantes en el sótano. ¿Podríamos bajar para ver con qué ingredientes contamos? A partir de eso decidiré qué le enseñaré a cocinar esta tarde a mi hija.*

—*Por supuesto, señora. Acompañeme. —Se volvió hacia el guardia que se disponía a seguirlas y elevó el índice para ordenarle—: Jerko, tú quédate y, cuando se encienda la alarma del horno, lo apagas. De aquí —dijo, y le enseñó la perilla—. Dejas quemar la tarta de manzana y nueces y te cortaré las manos. Es la preferida de Lary.*

Sumiso, el muchacho, a quien La Diana le calculó a lo sumo dieciocho años, asintió y volvió a la silla. La puerta que conducía al sótano se hallaba dentro de la despensa. Anica la abrió y encendió la luz, que reveló una escalera bastante empinada. La Diana la detuvo cuando la cocinera se disponía a bajar.

—Aguarda, Anica —dijo en un susurro—. Lo que estoy buscando es salir al exterior para ir a la casa de Mihajlo. Me dice Ivanka que este sótano se conecta con el exterior a través de una escotilla.

Tras un instante de asombro, la mujer adoptó un gesto determinado y asintió.

—La escotilla está cerrada y se abre por fuera. Aquí está la llave. — Extrajo una del aro y se la entregó a Ivanka—. Ve y ábrela —le ordenó.

—¿Te permitirán salir? —se inquietó La Diana.

—Señora —expresó la muchacha—, yo, para los guardias, soy parte del decorado. Además, están acostumbrados a verme caminar por el parque a esta hora. Suelo hacerlo mientras Lary duerme siesta.

Al cabo, La Diana se hallaba en el sótano al final de la cinta transportadora esperando que se hiciese luz en la parte superior. Escuchó el chirrido de la cerradura y poco después apareció el rostro de Ivanka recortado en el marco de la escotilla. No le costó trepar y, en tanto subía, iba dejando atrás a Anica, que hablaba sola simulando un diálogo acerca de los mejores ingredientes para hacer un budín inglés. La situación adquiriría ribetes tragicómicos, se dijo, solo que se convertiría en un drama si el tal Jerko u otro guardia descubrían la puesta en escena. Por fin, emergió por la escotilla y la cerró.

—Dame la llave —le indicó a Ivanka— y vete a caminar. No vuelvas aquí. Cuando termines, ve directo al dormitorio de mi hija. Nos encontraremos allí. Si alguien te pregunta por mí, le dices que estoy en la cocina con Anica.

—Sí, señora.

—Gracias, Iva.

—De nada —contestó, un poco pálida y medrosa, y se alejó por el camino de gravilla.

La Diana consultó el plano. Experta en navegación, le bastaron pocos segundos para orientarse y enfilarse hacia la cabaña donde se encontraba Kovać. Se ocultaba a menudo tras los troncos de los robles o los setos debido a la presencia de los guardias. En una ocasión, un pastor alemán

ladró en su dirección, y el guardia que lo conducía de la correa y que hablaba animadamente con su compañero acerca del partido de fútbol del domingo anterior lo mandó callar. Alcanzó la cabaña e hizo un hueco en el ligustro, donde se ubicó para estudiar la situación. Dos hombres se ocupaban de la vigilancia. Se alternaban, y mientras uno permanecía en la entrada principal, el otro daba la vuelta a la propiedad. Le habría gustado tener el Breitling para medir el tiempo entre una ronda y otra; debió conformarse con hacerlo mentalmente. El terreno era pequeño, y a los guardias les bastaban pocos segundos para dar la vuelta completa. Desanimada, a punto de rendirse, le llegó el golpe de suerte: un tercer guardia entró por el portón principal con bebidas y un refrigerio, y mientras comían y tomaban se ponían de acuerdo con la discoteca a la que concurrirían ese sábado si lograban que el *vojvoda* les diese el día libre.

La Diana emergió del ligustro y corrió hacia la primera ventana. Pegó el rostro al vidrio y ahuecó las manos en torno a los ojos para estudiar el interior. Era un dormitorio. Golpeó el vidrio con los nudillos, no demasiado fuerte, pero con decisión. La figura de Mihajlo se perfiló bajo el marco de la puerta. Lo vio aguzar los ojos antes de echar a caminar hacia la ventana. La abrió.

—Se lo suplico —balbuceó La Diana, y el hombre se limitó a asentir.

Oyó cuchicheos y las patas de una silla que chirriaron al ser arrastradas con apuro. Un instante después, se le aflojaron las rodillas al avistar a Kovać, que, ciego, se lanzó hacia ella y en un mutismo elocuente deslizó los brazos, le rodeó la cintura y la obligó a entrar por la ventana. La encerró en un abrazo desmedido. Se besaron locamente, olvidados de Vuk, de los peligros, de todo, alimentándose de esa intimidad que les habían arrebatado y que tanto añoraban. Que tanto necesitaban.

—Amor, amor mío —repetía Kovać mientras le pasaba los labios hambrientos por todo el rostro, hasta que callaba para penetrarla de nuevo con una lengua insaciable, descontrolada.

La Diana le respondía con igual fervor al tiempo que meditaba que nunca la había besado de ese modo. Se apartó porque contaba con pocos minutos y quería preguntarle cómo estaba. Kovać le encerró la cara entre las manos y se quedó mirándola en la luz tenue de la habitación; los ojos le brillaban de lágrimas y el mentón le temblaba. La Diana le acarició la mandíbula cubierta por una barba bastante crecida y renegrada, y le notó las ojeras y la

preocupación en la mirada. Era el hombre más atractivo que conocía, y sintió deseos de él, aun en esas condiciones.

—Te amo tanto, Lazar.

—No me dejes —replicó él con voz rasposa.

—Nunca.

Kovać recuperó la sobriedad a la visión del moretón en el pómulo de La Diana. Lo rozó apenas con el pulgar mientras lo estudiaba con un ceño.

—Te golpeó —farfulló con los dientes apretados—. Lo destruiré por esto.

La Diana se puso en puntas de pie y lo acalló con un beso.

—No volverá a hacerlo, te lo prometo. No quiero que te preocupes.

—¿Qué me pides!

—Mejor dime, ¿cómo estás? ¿Qué te hicieron?

—Nada, nada. Estoy bien físicamente, pero loco, loco de la angustia por ti y por Dare. Mi padre no lo ha visto, no sabe nada de él.

—He hablado con nuestro Dare todos los días desde que llegamos. Está bien, lo escucho bien —recalcó.

—¡Gracias a Dios! —exclamó en un susurro ferviente y cerró los ojos y llevó la cabeza hacia atrás.

—Está asustado pero, donde sea que lo tienen, está con Senada y otros niños. Vuk no le hará nada porque sabe que es su objeto de extorsión más eficaz.

—¿Qué te hizo ese malnacido? —preguntó, y le acarició la mejilla golpeada con infinita suavidad—. Estoy consumiéndome de la angustia pensando que...

La Diana le cubrió la boca con el índice y el mayor.

—No me ha hecho nada. Créeme.

—¿Cómo puedes pedirme que crea que no intentó forzarte?

—Lo intentó, pero acabó casi inconsciente en el suelo. Él ya no es como Dios para mí, Lazar. Ya no soy Mariyana sino tu diosa guerrera, ¿lo recuerdas? Quiero que te quedes tranquilo. Vuk jamás volverá a forzarme.

Descansaron la frente de uno en la del otro.

—Me dijo que te había asesinado —expresó La Diana, y se le quebró la voz—. Casi muero de dolor, Lazar. El vacío que sentí fue aterrador. Ya nada tenía sentido.

—Se cuidará de hacerme daño —la interrumpió—. No quiero que te tortures pensando que me lastimará. Mejor, cuéntame de Larysa. Mi padre me dijo que vive aquí. Algo bueno obtuvimos de este infierno.

A Kovać lo asombró la metamorfosis de la que fue testigo: el semblante pálido y lloroso de su mujer se colmó de luz cuando una sonrisa le borró hasta el último vestigio de tormento. Y pensó: “A nadie ama como a esa criatura”.

—¡Oh, Lazar! Suada tenía razón. Todo el tiempo estuvo con él. Ansío que la conozcas. Es tan dulce y buena, mi niña. La amarás.

—Claro que la amaré. La amo ya al ver lo feliz que te hace.

—Y ella te amará a ti. Tiene un corazón compasivo, dispuesto a amar a todos. Estoy orgullosa de mi hija, Lazar.

—Y yo de ti.

La Diana se dejó besar de nuevo mientras se debatía entre revelar la novedad o callar. Dadas las circunstancias, habría sido más sensato guardar silencio. Las ansias que la desbordaban la impulsaron a hablar.

—Amor —lo detuvo sujetándolo por las mandíbulas—, el martes, el día en que nos secuestraron, no veía la hora de llegar a casa para darte una noticia.

—Sí, lo recuerdo. Dámela ahora.

La Diana percibió que la emoción le entumecía la garganta y le enturbiaba la vista.

—Vamos a tener un hijo, Lazar —anunció con timbre emocionado.

—¡Qué!

—Vas a ser papá, amor mío. Estoy esperando un hijo, *nuestro* hijo.

—¡Un hijo! —Carcajeó, dichoso—. ¡Un hijo tuyo y mío! —repitió mientras la besaba donde sus labios cayesen—. ¿De verdad llevas a mi hijo dentro de ti?

—Sí, aquí está, dentro de mí.

Le aferró la mano y se la colocó sobre el vientre. Kovać cayó de rodillas y se lo besó varias veces hasta descansar la mejilla en el sitio, pensó, donde dormía su bebé, el hijo que ya amaba con locura, el hijo que le daría la mujer que era el corazón mismo de la existencia. Apretó los ojos y se mordió el labio para refrenar el llanto incontenible. La dicha era tan grande como el miedo.

—Creo que lo engendramos aquella primera vez, en el Sutjeska. El día en que me sanaste y me liberaste, también me hiciste un hijo. Tu hijo, amor. Nuestro bebé. El hermano de Darko y de Larysa.

—O la hermana —dijo, y se aclaró la voz—. Deseo tanto que sea niña —expresó, y volvió a besarle el vientre—. Hermosa como tú, amor mío. Qué

feliz me haces. —Alzó las pestañas y le dirigió una mirada humilde, devota —. Te amo, Diana. Gracias por este regalo. Gracias, amor de mi vida. Gracias. —Se puso de pie y le encerró la cara entre las manos—. No me dejes —volvió a suplicarle, y La Diana hizo un ceño.

A punto de jurarle nuevamente que jamás lo haría, guardó silencio al ver que Mihajlo entraba a las apuradas.

—¡Los guardias están por reiniciar la ronda! Intentaré distraerlos.

Se dieron un beso corto y desesperado antes de separarse.

—Trataré de volver esta noche —prometió La Diana.

Kovać la ayudó a superar la ventana y se quedó mirándola mientras se alejaba hacia el cerco. La vio deslizarse dentro del ligustro y cerró las dos hojas. Apoyó la frente en el vidrio helado, atormentado y dichoso al mismo tiempo.

La Diana se introdujo dentro del hueco abierto en el follaje en el instante en que el guardia doblaba la esquina. Pasó caminando y fumando a pocos metros de ella.

* * *

Kovać se sentó en el borde de la cama y se sujetó la cabeza con las manos. La visita de su mujer lo había sumido en un desbarajuste de pensamientos y sensaciones, unos de dicha, otros de angustia, que colisionaban en su interior con la misma potencia y le impedían razonar con claridad.

Escuchó las pisadas de su padre que se aproximaba y un momento después percibió el peso de su mano en el hombro.

—Hijo, ven a la cocina. He preparado café. Te sentará bien.

Kovać alzó la vista y encontró la mirada compasiva de Mihajlo Milanković.

—Diana me dará un hijo. Acaba de decírmelo. Está embarazada —aclaró, pues su padre lo contemplaba con una mueca desorientada.

—¡Santo cielo! —se asustó el anciano—. Tu hermano se pondrá como loco.

Kovać se levantó.

—Te digo que voy a ser padre y piensas en ese malnacido.

—No me malinterpretes, Lazar. Sucede que no te he contado todo. Hay algo que tienes que saber —manifestó—. Ven, vamos a la cocina.

Mihajlo sirvió dos jarros con café y se sentó a la mesa con un suspiro de cansancio. Sorbió dos tragos antes de atreverse a mirar a la cara a su hijo menor.

—Cuando Larysa tenía tres años, le diagnosticaron leucemia promielocítica aguda.

Kovać fue incapaz de reaccionar. Se quedó mirando a su padre con la boca entreabierta y una palidez repentina que le acentuó los círculos violetas en torno a los ojos. La confesión lo había dejado entumecido de miedo y de asombro.

—Es una extraña forma de leucemia. Muy cruel. A veces, cuando estoy por dormirme, revivo el sufrimiento de mi nieta y me desvelo la noche entera. Era tan pequeña —dijo, y se le cortó la voz.

Kovać bajó la vista y bebió el café mientras esperaba a que su padre recobrase el control.

—La sometieron a un tratamiento de quimioterapia muy agresivo. La dejó pelada en pocas semanas. Se le llagaba la boquita, no podía comer. Cada dos por tres le daba conjuntivitis. Tenía diarreas y vómitos casi todos los días, y fiebre muy alta. Pero lo peor, lo que no logro superar, fueron las hemorragias. —Se cubrió los ojos como en el intento por no ver lo que se presentaba en su memoria—. ¿Por qué, Dios mío, te ensañas con un ser tan puro y bueno? ¿Por qué? Tantas veces estuvimos a punto de perderla. —Se sirvió de un repasador para secarse las lágrimas—. Pero mi pequeña es una guerrera y luchó como no lo habría hecho un adulto. Creo que la promesa que le hizo su padre, de que hallaría a la madre y se la traería, fue lo que la impulsó a sanar.

—¿Dragoslav busca a Diana desde entonces?

—No. —Mihajlo negó con la cabeza y esbozó una sonrisa triste—. La busca desde antes. Mirko, uno de sus amigos más íntimos, me lo confesó. La busca desde que terminó la guerra. Cuestión que el tratamiento de quimioterapia dio resultado y los médicos nos dijeron que la niña estaba curada. De igual manera, nos advirtieron que era una enfermedad con un alto riesgo de recidiva.

—¿Quieres decirme que le ha vuelto?

—Como imaginarás, Larysa es controlada muy de cerca porque es una paciente de alto riesgo. Meses atrás le detectaron promielocitos en la sangre, que son los que causan este tipo de leucemia. La doctora Yura...

—¿Yura Christiansen? —se sorprendió Kovać.

—Sí —contestó Mihajlo—. ¿La conoces?

—De nombre. Continúa contándome —lo instó.

—Pues te decía que la doctora Yura inició un tratamiento novedoso a base de ácido retinoico, así se llama. Dice que los chinos lo vienen usando desde tiempos inmemoriales. Es una bendición porque se trata de tomar una píldora una vez por día, solo eso. Cierto que la píldora es enorme y a Lary le cuesta tragarla, pero deberías haber visto ayer cómo Mariyana la ayudó y por primera vez la tomó sin llorar, sin escándalos ni miedo. Mariyana es una bendición para mi nieta. Y lo será también para tu hijo, mi nieto, el nieto de mi Taliya.

Kovać apartó la vista a la mención de su madre. Por momentos detestaba al hombre que tenía enfrente; había otros en los que quería que lo abrazara y le prometiese que todo estaría bien.

—El ácido retinoico —prosiguió Mihajlo— está funcionando, pero la doctora Yura dice que no con la efectividad esperada. Y en un caso como el de Larysa, es preocupante. Los promielocitos han caído, sí, y de nuevo la médula ósea está largando glóbulos blancos a la sangre. Pero no son suficientes. Por eso se pensó en el hermano salvador. ¿Sabes lo que es eso?

—Sí, lo sé. Dragoslav quiere engendrar otro hijo con Diana, un hijo sano con la misma configuración genética de Larysa para que le dé las células madre necesarias para restablecer su salud.

—Y te aseguro que hará lo que sea para engendrarlo. Solo que ahora está embarazada de tu hijo. Me temo que la obligará a abortar para cumplir con su objetivo.

—Podrían implantar el embrión en otro útero —sugirió Kovać.

—Conozco a tu hermano como nadie, Lazar, y sé que no querrá. —Guardó silencio y le destinó un vistazo elocuente—. Él solo quiere a Mariyana. Está loco por ella.

—¿Y qué pretendes al decirme eso? —se enfureció Kovać—. ¿Que porque Dragoslav está loco por ella yo tengo que renunciar a la mujer que amo? Perdí a mi madre por su culpa, a la madre que adoraba, y con solo once años. Te aseguro que no renunciaré a mi mujer...

—¡Jamás te pediría semejante insensatez! —lo interrumpió—. ¿Qué dices, Lazar?

—Diana fue sistemáticamente violentada, brutalizada y humillada por Dragoslav durante tres años. Ella es su prisionera, papá. Sí, es la madre de su hija también. Pero la conozco y jamás accederá a deshacerse de mi hijo

ni siquiera para engendrar un hermano salvador para Larysa. Defenderá a nuestro hijo con uñas y dientes.

—Por supuesto, Lazar. Solo remarcaba que tu hermano está loco por ella porque nunca lo había visto así con una mujer y me temo que será capaz de cosas que ni siquiera me atrevo a anticipar.

—¡No! Tratas de protegerlo, de justificarlo, de defenderlo, como siempre has hecho. Él es tu debilidad. Siempre lo ha sido. Y por eso le permitiste que destruyera nuestra familia.

Mihajlo se cubría la cara y lloraba quedamente.

—Tienes razón, hijo, siempre he querido protegerlo, desde que supe que vendría al mundo. La culpa me carcome porque le elegí la peor madre. ¿Sabes? Dejé embarazada a Larysa cuando ella era muy joven. No la amaba, pero igualmente la convertí en mi esposa porque tenía que hacerme cargo de mis actos y ser responsable. Siempre supe que Larysa sería una pésima madre. Y lo fue. Desamorada, poco cuidadosa, irresponsable. Más se alejaba Larysa de nosotros, más Dragoslav quería estar con ella. Su madre lo obsesionaba. Yo intentaba suplir el vacío, pero la madre, Lazar...

—Suspiró y se pasó la mano por la frente—. La madre lo es todo. Es el pilar donde se fundamenta la personalidad y el carácter del ser humano, así de importantes son las mujeres. Por eso estoy feliz de que Mariyana sea la madre de mis nietos. Es tan dulce, tan paciente, tan minuciosa y observadora.

—Sigue contándome de Dragoslav.

—El día en que supe que Larysa nos había abandonado, la odié, no por mí puesto que no la amaba, sino por el dolor que le causaría a mi hijo cuando se enterase. Ya era un niño solitario, hosco, jamás sonreía. A partir del día en que le dije que su madre no volvería, se volvió agresivo, hasta peligroso, diría. Se corrió la voz de que yo la había asesinado porque me era infiel, y Dragoslav se enteró. Prefirió creer eso, que su madre estaba muerta; que lo hubiese abandonado era demasiado doloroso. Empezó a odiarme. Yo buscaba complacerlo en todo para verlo sonreír, y él solo me lanzaba vistazos acusadores. No era la mirada de un niño sino de un hombre tortuoso y duro.

—Te dejabas manipular a causa de la culpa. Ese fue tu error. De la culpa solo nacen cosas torcidas, malas.

—Lo sé ahora, pero en aquel momento actué de acuerdo con lo que me dictaban mi entendimiento y mi corazón. ¡Es mi hijo, Lazar! Carne de mi

carne. ¿Qué podía hacer?

—¿Y yo? ¿Yo qué era para ti? No dudaste en entregarte cuando ese malnacido liquidó a la mujer que amabas y te olvidaste del hijo que ella te había dado.

—¡No te olvidé jamás! —se ofuscó Mihajlo—. ¡Jamás! No había momento del día en que no pensase en ti. Me cansé de pedirle a Ilić que te llevase a la prisión. Ansiaba verte, no sabes cuánto. Pero él me decía que ese no era sitio para un niño. Que te llevaría de más grande.

—Hijo de puta —masculló Kovać—. Inmundo pedófilo.

—Un día tu hermano fue a visitarme a la prisión y me dijo que te habías escapado.

—¿Y no te explicó por qué lo había hecho? —inquirió con una sonrisa macabra—. Él lo sabía, papá. Dragoslav sabía lo que Ilić me hacía. Yo mismo se lo dije y le pedí ayuda. Solo conseguí que me golpease y que me devolviese a mi prisión.

—Santo cielo.

—Lo sabía, sí, y no hizo nada. Nada de nada. Creo que gozaba sabiendo que sufría. Siempre me ha detestado.

—Solo he venido a este mundo para hacer sufrir a los demás. Arruiné la vida de tu madre, de tu hermano y la tuya.

—No, la mía no. Diana y yo somos felices. Formamos una familia y somos felices. Solo que Dragoslav ha vuelto a interferir para arrebatarme lo que es mío, pero esta vez no se enfrenta a un niño de once años. Esta vez estoy decidido a matarlo antes de permitirle que me quite lo que es mío. —Cerró los puños y se los contempló mientras adoptaban un color blancuzco—. Sé que podría destrozarlo con mis propias manos. Lo haría con gusto. Maldito hijo de puta.

—Tú no te mancharás las manos con su sangre —afirmó Mihajlo con decisión—. No se vuelve atrás de un acto semejante.

—No hay alternativa. Es él o nosotros.

—¿Y Larysa?

Kovać inspiró largamente. Tenía un peso en el estómago. El odio lo consumía, la sed de venganza lo aturdía. Solo quería destruir a su hermano, hacerlo sufrir, hacerle pagar cada crimen cometido contra su madre, contra Diana y contra el pueblo bosnio. ¡Qué cerca estaba de volverse tan oscuro como él!

* * *

Transcurrieron la tarde en la cocina de Anica preparando galletas de manteca y avena, las que cortarían en formas variadas. Iban todas con delantales que la cocinera les había prestado, aun Larysa, que lo llevaba recogido para no pisarlo. El amplio recinto se había llenado de risas, acentos vivaces y aromas exquisitos. La Diana observaba a su hija mientras la pequeña se afanaba por mezclar la manteca blanda con el azúcar, y lo hacía con un gesto reconcentrado, de ceño apretado, y se preguntaba cómo era posible amar a alguien de ese modo tan incondicional y desmesurado. Se cubrió el vientre con la mano. ¿Cómo haría para poner a salvo a todos sus amores sin lastimar a ninguno? La complejidad de la situación arrasó con la alegría que le habían proporcionado el encuentro con Kovać y la imagen de Larysa batiendo la manteca.

Vuk entró en la cocina, y el ambiente se enrareció. Todas se tensaron, excepto la niña, que soltó un gritito dichoso, se bajó de la silla y corrió a sus brazos. La Diana alzó la vista del decorado de las galletas y lo vio recogerla del suelo y hacerla dar vueltas en el aire. La pequeña se quitó la mascarilla y lo besó repetidas veces, como solía hacer; era un juego entre ellos. Lo instó a que se acercara a la mesa de trabajo; quería mostrarle lo que había horneado. Vuk la depositó en la silla, y la niña volvió a apoderarse de la manga cargada de glaseado real, que La Diana le cedió en silencio.

—¡Mira, papi! Esta galleta la hice para ti. Tiene forma de hombrecito y le estoy haciendo la cara. ¿Te gusta?

—¡Es preciosa! ¿Y podré comérmela?

—¡Sí, papi! Las hacía la abuela Eszter y mami dice que son deliciosas.

Vuk le mordisqueó el cuello, y Larysa rio, soltó la manga y se rebulló.

—Creo que voy a comerte a ti a besos —replicó el padre.

—¡No, papi! A mí no. Mira, quiero mostrarte cómo hago los dibujitos. Mami me enseñó.

La Diana la ayudó a maniobrar el artilugio cargado de la pasta de color verde para que diseñase los ojos y las cejas. Sentía la presencia de Vuk a sus espaldas. El hombre se inclinó para admirar el trabajo y le acarició la pierna con disimulo. En cierto modo, su actitud la tranquilizaba pues había temido que se hubiese enterado de la escapada a la casa de Mihajlo. Lo prefería manso. Esa mañana, después de la reunión con las doctoras Yura e Ilić, en la que ambas habían intentado convencerlo de las desventajas de

impedir que el proceso de gestación continuase, había salido furibundo, como siempre que no se cumplían sus caprichos.

—Se hará al modo mío —fue lo único que manifestó.

En esas horas le había regresado el buen humor. Con todo, su mano sobre ella le resultaba intolerable, por lo que, con disimulo, la aferró y se la separó del muslo. El timbre de un celular la sobresaltó. Vuk se incorporó y se alejó para atender, y La Diana escuchó que saludaba a Mirko.

—*Jebati!* —insultó un momento después.

—¡Papi dijo una mala palabra! —se escandalizó Larysa, e hizo una mueca que causó la risa de las mujeres.

Vuk acabó la llamada y regresó junto a La Diana; le aferró la mano.

—Ven, necesito hablar contigo.

La apartó unos metros. Larysa los seguía con ojos curiosos, y La Diana le sonrió para hacerle creer que todo estaba bien.

—Tengo que irme.

—¿Irte? —repitió como tonta mientras disimulaba el júbilo que la noticia le proporcionaba.

—Un viaje corto. Volveré mañana, a más tardar. —Las cejas de Vuk se unieron en un gesto amenazador—. No intentes nada descabellado, Mariyana. No dudaré en hacerle daño al huérfano si tú intentas hacerme daño a mí.

—¿Por qué no traes a Darko a vivir con nosotros? —El ceño de Vuk se acentuó—. Larysa no tiene amigos de su edad, y es fundamental para su buen desarrollo psicológico departir con otros pares. Darko es un niño muy dulce y...

—¿Ahora eres psicóloga además de soldado profesional? No quiero a ese huérfano cerca de mi hija. Ella está bien con nosotros. No necesita de nadie más. *Tú* no necesitas a nadie más —dictaminó, y la sujetó por los brazos y la sacudió imperceptiblemente—. Larysa y yo somos lo único importante para ti ahora. Y me da por las pelotas que la uses para proteger al huérfano. ¿No te das cuenta de que podría contagiarla con los cientos de pestes con las que cargan usualmente los niños? Nuestra hija es una criatura especial. Debes entenderlo.

—Está bien, está bien —lo apaciguó—. No alces la voz que la asustas.

—No me hagas encabronar, entonces.

—Discúlpame —pidió con sumisión, y removió los brazos para que Vuk la soltase.

—Hazla tomar la pastilla del ATRA del mismo modo en que lo hiciste ayer. —La Diana asintió—. Y quiero que duermas en mi habitación para que estés cerca de ella por cualquier cosa.

—¿Quién duerme cerca de ella cuando tú viajas? Estimo que lo haces con frecuencia.

—Ivanka duerme en una colchoneta junto a la cama de Larysa. Pero ahora te ocuparás tú, que eres su madre. De todos modos, Ivanka y Radmila estarán pendientes por cualquier cosa que suceda. —La expresión se le suavizó de pronto al dirigir la mirada hacia la niña; le guiñó un ojo y la pequeña rio—. Nunca la había visto tan feliz, y eso es gracias a ti.

La tomó por sorpresa al sujetarla por la cintura y besarla en la boca. Apretó los dientes y le impidió que la penetrase. Se mantuvo inerte en tanto refrenaba el impulso natural que le dictaba que se lo quitase de encima; Larysa los observaba con atenta mirada. Vuk la liberó y fue a despedirse de la niña.

* * *

Ivanka aceptó dormir junto a la cama de Larysa mientras La Diana se evadía por el sótano a la casa de Mihajlo. Se sirvió de unas mantas que encontró en el vestidor para simular una persona que dormía. Si bien no había cámaras en el dormitorio del *vojvoda* y podía entrar y salir libremente, temía que Vuk le hubiese encomendado a su cancerbera Radmila que cada tanto la espiese para verificar que pasaba la noche en el sitio donde él le había ordenado.

Eligió ropas negras y zapatillas flexibles y cómodas, y una bufanda oscura. Tras los cortinados, observó durante una hora la rutina nocturna de los guardias. Consultó el despertador de la mesa de noche; eran las doce y cinco. Se dispuso a abandonar el dormitorio. Llegar a la cocina sin ser avistada por las cámaras del circuito cerrado representaba el primer desafío. En esos días, las había individualizado en el corredor y en las estancias de la mansión donde había estado. No dudaba de que eran de tecnología de punta y de que contaban con visión nocturna, por lo que de poco valdría la lóbreguez reinante.

Reptó cuerpo a tierra; buscaba mimetizarse con la alfombra azul oscuro del corredor. Alcanzó la escalera y se deslizó de igual modo por los escalones hasta la planta baja. En el trayecto entre la recepción y la cocina

había individualizado los puntos ciegos, y los aprovechó. Abrió la puerta del sótano —Anica le había deslizado la llave luego de la lección de cocina— y bajó deprisa. Trepó por la inclinación de la cinta transportadora y soltó el respiro al comprobar que la escotilla seguía sin llave. Había temido que algún guardia meticuloso la hubiese controlado y cerrado. Desde adentro no se abría, y escabullirse por cualquiera de las puertas al exterior habría sido suicida, pues estaban bajo la custodia permanente de dos hombres armados. En cuanto a las ventanas, se hallaban conectadas a un sistema de seguridad con rayos infrarrojos. Ese día habían tenido una muestra del ulular ensordecedor cuando una de las empleadas abrió una para limpiar los vidrios y se olvidó de pedir que lo desconectarán.

Levantó la escotilla sobre su cabeza y emergió a la noche. Se envolvió la cara con la bufanda hasta cubrirse la nariz de modo que su respiración no la delatará al condensarse en el aire gélido. Fue fácil moverse en la oscuridad y le llevó pocos minutos internarse en el ligustro. Sortear la ronda de los guardias de la casa de Mihajlo y llegar a la ventana constituía el segundo y más grande desafío. Permaneció quieta, respirando dentro de la bufanda, atenta a los ruidos y olores que llegaban de la parte delantera de la propiedad. Estaban fumando. De seguro, habían interrumpido las rondas para compartir un recreo y un cigarrillo. No podía saber en qué punto estaban, si acababan de comenzar la pausa o si estaban por terminarla. Se lanzó al jardín, bien iluminado, y corrió hacia la ventana.

Kovać le abrió antes de que llegase. Resultaba obvio que había estado escrutando el exterior. Saltó dentro, se quitó la bufanda y lo abrazó. Permaneció allí, quieta, con la mejilla apoyada en su pecho, mientras él se ocupaba de trabar la falleba y correr la cortina. La habitación quedó sumida en la más insondable oscuridad. La Diana no se habría visto la mano a diez centímetros del rostro.

Con un movimiento impaciente, Kovać la apoyó contra la pared, la obligó a levantar los brazos por encima de la cabeza y le devoró los labios. Le sujetaba las muñecas con rudeza y la aprisionaba contra el muro empujándola con la pelvis. Le refregaba la erección en el vientre, y seguía besándola e introduciéndole una lengua autoritaria que nada le permitía hacer, solo contenerla en el interior de su boca. Estaba allí, atrapada, sometida al deseo y también a la rabia del hombre que lo era todo para ella, y se quedaba quieta porque comprendía que necesitaba marcarla como el macho alfa de una jauría habría hecho con su hembra.

Kovać la soltó para desvestirla. A ciegas, le sacó la chaqueta, y La Diana lo ayudó con las demás prendas.

—¿Y tu padre? —se preocupó.

—En la sala —contestó—. Le pedí que durmiese allí.

Se quitó rápidamente lo que llevaba y le tomó las manos y se las pasó por el cuerpo para que supiese que estaba desnudo. Frenó en su erección.

—Aférralo —le ordenó.

Lo complació enseguida, y él respondió con jadeos roncós que soltaba con los dientes clavados en su hombro y en un estado de parálisis en el que la sujetaba con rudeza, sin ser consciente del malestar que le causaba. Movi6 la mano, subi6 y baj6 lentamente por el largo de su pene, y Kovać reaccion6. Le buscaba el pez6n arrastr6ndole los labios por los pechos con una ansiedad desmedida, como si de eso dependiese el pr6ximo respiro. Le raspaba la piel con la barba, y ese aspecto de su masculinidad le potenciaba las sensaciones y le arrancaba jadeos reprimidos. Encontr6 el pez6n y lo engull6 con un gemido de satisfacci6n. Mam6 con una avidez que le causaba dolor lo mismo que rel6mpagos de placer, que le confluían en el clitoris. Echaba la cabeza hacia atr6s sobre la pared y se mordía el labio para no romper en gritos que habrían atraído a los guardias. Kovać le desliz6 la mano entre los cachetes del trasero y le refreg6 el ano, y La Diana explot6 en un inesperado y repentino orgasmo, tan insospechado que no tuvo tiempo de atajar el alarido de gozo que Kovać ahog6 al devorarle los labios. Medio desfallecida aúñ, se dio cuenta de que la guiaba en la oscuridad.

—Ven —lo escuch6 decir, y se oy6 el crujido del el6stico de la cama cuando él se sent6.

—Enciende la luz —le pidi6—. Necesito verte. Me gusta ver tus labios en mis pezones.

—Como lo estar6n los de mi hijo cuando se alimenten de ti —dijo Kovać con voz rasposa, cargada de deseo, y La Diana sufri6 un escalofrío de lujuria.

La acomod6 a horcajadas y se estir6 para encender la luz. La lámpara del velador lanz6 destellos mortecinos sobre el rostro anhelante de Kovać, sobre sus labios gruesos, sobre la barba crecida; le arrancaron un brillo de obsidiana a sus ojos, que se habían vuelto negros de anticipaci6n. Sentía sus manos abarcarle la espalda con posesiva exigencia. Se miraron fijamente.

—Eres lo m6s hermoso que he visto —pens6 La Diana en voz alta.

—Dime que me amas —le exigió.

—Sabes que te amo más allá de la comprensión.

Le ordenó en un susurro apurado que se elevara y la obligó a deslizarse sobre su pene tumefacto hasta introducirse profundo en las entrañas. Kovać expelió el respiro, como si se hubiese aliviado de un gran padecimiento, y se incorporó para apoyarle la frente entre los senos. La Diana le acunó la cabeza y, aunque deseosa de moverse, esperó a que él superase el momento de tensa quietud.

Kovać recuperó la urgencia repentinamente y de nuevo volvió a buscarle el pezón como el cachorro ciego que desea alimentarse. Succionaba uno, luego el otro, nunca conseguía satisfacerse, y solo con la presión de las manos la dirigía en los movimientos que más lo hacían gozar. Se aliviaron juntos, las bocas unidas, las manos tiasas sujetas a la carne del otro, los respiros mezclados, las agitaciones reprimidas, los gritos tragados.

No le dio tiempo a reponerse. La colocó boca abajo y la obligó a elevar el trasero. De reojo, lo vio rebuscar algo en el cajón de la mesa de noche. Se conducía en silencio, y esa actitud determinada y enigmática la llevaba a un nivel de excitación intolerable. Necesitaba que la aliviase de nuevo.

—Lazar —suplicó.

—Quiero hacértelo por aquí —le confesó con un pote en la mano, y al acariciarle el orificio del ano le provocó una descarga de deseo tan perturbadora que debió hundir la cara en el colchón para desahogarse—. Quiero que seas mía de todas las maneras posibles. Lo necesito —pareció suplicar.

—Sí —susurró con voz pesada, consciente de que cualquier cosa que él le hubiese pedido en esa instancia, ella se la habría concedido.

Fue una experiencia fascinante, que, La Diana sabía, marcaba un antes y un después en la intimidad que estaban construyendo, pero sobre todo en la confianza. A ella todavía la tenía perpleja el modo en que se entregaba a él, sin condiciones, sin recelos, ciegamente, cuando en el pasado todo le había resultado sospechoso y amenazador. En esa postura casi humillante, con el trasero al aire, mientras él se tomaba su tiempo para estudiarla y prepararla antes de introducirse de esa manera antinatural, lo único que sentía era gozo y confianza, nada de miedo ni timidez.

Se dio cuenta de que Kovać no improvisaba; al contrario, sabía lo que hacía. Buscaba relajarle los músculos y predisponerla para recibirlo. Primero la había penetrado con el pulgar tras pringarlo con la sustancia

oleosa del pote, y luego de removerlo dentro de ella, lo retiró para introducirle el índice y el mayor, que usó para masajearla y relajarla, y mientras lo hacía le agitaba el clítoris y le desataba una sucesión de orgasmos. Acabó prácticamente sin sentido. Al final, cuando entró en ella, lo hizo con un impulso certero y decidido que si bien le provocó una sensación dolorosa que la despabiló súbitamente, se desvaneció enseguida. Kovać, erguido detrás de ella con las rodillas clavadas en el colchón, le concedió un momento para que lo aceptase y se adaptara, y lo hacía persistiendo en el comportamiento silencioso y determinado con que la había tratado apenas cruzó la ventana.

Con el trasero elevado y los antebrazos sobre el colchón, La Diana se mecía al ritmo lento de Kovać, que entraba y salía de ella con actitud mesurada, casi respetuosa, hasta que, al sentirla cómoda y segura, la sujetó con más decisión por la cintura y fue adquiriendo velocidad hasta adoptar impulsos cortos, rápidos y violentos. Cada estocada implicaba un gruñido, una penetración más cruel y dolorosa, que La Diana aceptaba con lo que parecía una mansa disposición cuando en realidad se concentraba en la sensación que le crecía en el punto donde sus carnes estaban unidas y que, cuando explotó, fue más, mucho más de lo que había esperado.

Se estremecieron juntos en un alivio devastador. El primer pensamiento de La Diana, con la boca hundida en la almohada, fue que jamás había vivido una cosa igual. Kovać la había conducido a través de una nueva experiencia de placer más intenso, sí, pero sobre todo más íntimo, más perturbador, una sensación indescriptible que, ella sabía, querría repetir una y otra vez.

Permanecieron largos segundos en la misma posición mientras se recuperaban, la espalda de ella soportando el peso de él; su aliento agitado en el cuello; las manos entrelazadas, y cuando Kovać se deslizó fuera de ella, profirió un gemido de protesta al percibir un vacío intolerable. Se echó junto a ella y la obligó a abandonar la posición para que se acostase a su lado. La envolvió en un abrazo exigente y le besó la frente, y La Diana disfrutó del contacto tibio de sus pieles y enlazó las piernas con las de él.

—Gracias —susurró Kovać tras unos minutos y la contempló con ojos expectantes.

La Diana le acarició la barba y le sonrió.

—¿Por qué me agradeces?

—Por soportarme, por darme el gusto. Necesitaba hacer lo que acabo de hacerte. Fui brusco. Estaba enojado —admitió.

—Pues enójate todos los días, si lo deseas. Fue el orgasmo más espléndido que he tenido.

Kovać le devolvió una sonrisa ladeada.

—¿Cómo está mi hijo? —quiso saber, ansioso, de pronto serio, y le deslizó la mano por el vientre.

—Me preocupa que me hayan drogado para traerme hasta aquí. Temo que la droga le haya hecho daño. Era un hipnótico muy fuerte, Lazar —se angustió—. Mañana me harán una ecografía. Allí podré saber un poco más.

Kovać le despegó los labios de la piel y la miró con deliberada gravedad.

—Mi padre me contó lo de Larysa. Lo de su enfermedad y lo del hermano salvador —aclaró—. Dice que Dragoslav querrá que abortes para liberar el útero.

—Jamás le permitiré que le haga daño a nuestro hijo. Lo protegeré, Lazar. Tu hijo seguirá creciendo dentro de mí, sano y salvo.

—¿Ni siquiera te desharías de él para salvar a Larysa?

—Larysa no está en peligro. Es cierto, los estudios no son prometedores, pero su vida no está en peligro inminente.

—Y si lo estuviese, ¿qué harías? ¿Abortarías a mi hijo por ella?

La Diana se quedó mirándolo, asombrada y decepcionada por la pregunta mezquina y el acento desafiante con que la había formulado.

—Estoy viviendo la peor pesadilla ¿y tú me sometes a este interrogatorio? —se enojó, e intentó apartarse, pero Kovać se lo impidió.

—¡Perdóname! —imploró en un susurro, y a La Diana su aliento tibio y el fervor de la súplica la recorrieron como un erizamiento—. ¡Perdóname! He hablado movido por la rabia. Me avergüenzo de lo que acabo de preguntarte. Perdóname, te lo suplico.

La Diana le respondió ajustándole los brazos en torno al cuello y apretando la unión de sus piernas.

—No sería capaz de destruir a nuestro hijo en ninguna circunstancia —admitió con el acento quebrado y una culpa que la agobiaba—. No podría, Lazar. Nuestro bebé...

Se echó a llorar amargamente. En esos días de cautiverio había soportado con estoicismo una situación antinatural, incierta y peligrosa que habría enloquecido a uno menos estoico que ella; no obstante, estaba alcanzando el límite. Entre los brazos del hombre que se había convertido en su columna

vertebral, se permitió descargar el miedo, el dolor y la tristeza que la devastaban desde el instante en que había visto a Vuk en el refugio del MI6, aunque si lo meditaba con prudencia, se trataba de un miedo, un dolor y una tristeza que acarrearba desde el día en que Bosnia había comenzado una guerra sin sentido, el día en que aceptó que su existencia jamás volvería a ser como la de antes.

Kovać la mantuvo pegada a su cuerpo y le permitió desahogarse. Él también vertía lágrimas amargas y silenciosas.

—Yo comprendería si tuvieses que hacerlo —la consoló con acento lloroso—. Larysa está primero.

—No. Nadie está primero y todos lo están, y eso lo hace tan difícil, Lazar. —Se secó con la sábana y carraspeó para obtener un poco de dominio en la voz—. Yura y la doctora Ilić aseguran que sería en vano abortar pues se precisarían seis meses antes de intentar una inseminación. Lo mejor es dejar que el embarazo siga su curso.

—¿Y Dragoslav? ¿Él está de acuerdo con eso? —preguntó con timbre endurecido, y La Diana se limitó a una negación con la cabeza y a bajar la vista—. Quiere muerto a mi hijo, ¿verdad?

—No se lo permitiré —fue la contestación inmediata, y a Kovać lo asombró el destello de odio y determinación que cruzó fugazmente los ojos de La Diana cuando momentos atrás se desarmaba en lágrimas y lucía deshecha.

—Sé que nuestro hijo está a salvo dentro de ti.

—Sí, amor —afirmó La Diana, y lo besó en la boca—. Quédate tranquilo. Lo protegeré de todo.

—Como solo tú sabes proteger a los que amas —expresó Kovać, y le despejó la cara de un mechón rebelde—. Como protegiste a Leila —añadió, y le atrapó el labio inferior entre los dientes y se lo succionó.

El beso se volvió exigente, más profundo, más desesperado, y La Diana se acomodó de espaldas, flexionó las rodillas y separó las piernas con una mirada invitante. Lo tuvo dentro de ella en segundos. Cuando acabaron, él aún en sus entrañas, siguieron besándose pues les resultaba difícil romper el contacto.

—Hubo momentos —susurró Kovać sobre los labios de ella— en los que creí que nunca volveríamos a estar de este modo.

—Nada va a separarnos. —Le sujetó el rostro con las manos y lo miró directo a los ojos—. Óyeme bien, Lazar: saldremos de esta.

—No saben dónde nos tienen. Estamos incomunicados. ¿Cómo nos encontrarán?

Le habló al oído por miedo a los micrófonos y a las cámaras ocultas.

—No le menciones esto a nadie, ni siquiera a tu padre, pero el dije que cuelga de mi cuello esconde un transmisor. Apenas Nanuk advierta que he desaparecido, activará el software y determinará nuestra posición. Tenemos que tener un poco de paciencia.

—Gracias, Dios mío —susurró Kovać, y descansó la frente en la de ella —. Aunque cada minuto de espera será un suplicio.

—Nanuk ya debe de haber sabido de nuestra desaparición por la prensa.

—No hay nada en la prensa acerca de nosotros, amor.

—¿Cómo?

—Me lo paso escuchando la radio, y nada. Ni una palabra.

—¿Cómo es posible?

—Estimo que lo han tapado para evitar otro escándalo político.

La Diana se mordió el labio y bajó la vista.

—¿En qué piensas? —se intrigó Kovać.

—En que Nanuk se dará cuenta de que algo malo sucede el próximo martes, cuando vea que no le he enviado el mensaje habitual de los lunes. Somos muy escrupulosos con nuestra costumbre. Llamará a mi tío Callum o a Eliah. Le di sus teléfonos para un caso de emergencia. Como sea, nuestros amigos vendrán a rescatarnos.

Kovać suspiró y le ocultó la mirada al bajar las pestañas; lucía vencido.

—¿Qué sucede, Lazar?

—Solo pensar que tendrás que transcurrir tanto tiempo con él... —La Diana percibió que se tensaba. La miró de pronto, con la cólera impresa en el rostro—. ¿Te toca? Dímelo, ¿qué te hace? Me vuelvo loco imaginando que intenta a cada momento ponerte las manos encima. No lo niegues porque me haces enfurecer.

La Diana apartó la cara, pegó la mejilla en la almohada y fijó la vista en la nada.

—Lo intenta, sí —concedió—, pero es mi repudio lo único que obtiene.

—Se volvió bruscamente hacia él—. Solo eso. ¿Confías en mí?

—Como en nadie.

—Entonces, deja de torturarte.

—Perdóname —murmuró—. Las horas aquí encerrado transcurren lentamente y tengo tiempo para llenarme la cabeza de escenas espantosas.

—Te entiendo, pero tú cuentas con la entereza para superar esto y más.

—Nunca me había enfrentado a algo así, Diana. Siempre he sido fuerte y me he sobrepuesto a reveses muy duros, tú lo sabes. —La Diana le pasaba las manos por el rostro, por las sienes, por el cabello, y asentía—. Pero esta pesadilla, la de saberte en sus manos... —Soltó un soplando cargado de frustración y volvió a ocultarle el rostro en el cuello—. Recuerdo las cosas que te hizo y me paraliza el terror de que vuelva a lastimarte.

—Ya no soy Mariyana —le repitió.

—Lo sé, lo sé.

—Solo piensa en cuando huyamos de aquí, piensa en la familia que formaremos los cinco, con Dare, Larysa y nuestro bebé.

Kovać sonrió, la primera sonrisa sincera y amplia de la noche, de esas que seguían afectándola aunque ya le hubiese dirigido cientos, aunque las conociera de memoria. Salió de ella y se deslizó hacia abajo hasta detener la boca en su ombligo. Lo besó, lo hurgó con la lengua, apoyó la oreja y le habló al bebé. Alzó las pestañas y la miró desde esa posición.

—Nunca imaginé que sería padre —le confesó—. Esa dicha estaba reservada a los otros. A mí me había sido negada. Yo simplemente era el tío Laza. Y luego llegas tú, amor de mi vida, para dármelo todo, incluso lo que parecía impensable, una criatura nacida de nuestro amor.

—No sé de qué te sorprendes —alegó, risueña—. Hemos hecho el amor en cada oportunidad que se nos ha presentado y sin usar contraceptivos, y las oportunidades han sido muchas. Al principio llevaba la cuenta. Ya la perdí.

—¿Llevabas la cuenta?

—No podía creer ser capaz de hacer el amor, por eso las contaba.

Kovać le mordisqueó el vientre y le arrancó carcajadas que la obligó a contener tapándole la boca. La cubrió con su cuerpo y la miró fijamente, toda traza de talante jugueteón perdido.

—Gracias, amor mío. Por todo. Por el hijo que me darás y por la felicidad que has significado desde el bendito día en que te conocí.

* * *

Kovać la ayudó a ponerse una bata y la acompañó fuera de la habitación; La Diana necesitaba ir al baño. Abrió la puerta que conducía a la sala con sigilo para no despertar a su padre, que dormía en un colchón en el suelo,

cruzado delante de la puerta principal por si a Vuk se le daba por hacerles una visita nocturna. Hallaron vacío el improvisado lecho; en cambio avistaron luz en la cocina.

Fueron juntos al baño y luego se dirigieron donde Mihajlo, que sorbía una taza de café sentado a la mesa. Se puso de pie al ver a La Diana y le destinó una sonrisa franca, expansiva; la de ella, en cambio, fue avergonzada y tímida; estaba segura de que el padre de Kovać había oído su cópula frenética por mucho que hubiesen sofocado los gritos y los pesados jadeos.

—Lo despertamos, Mihajlo —dijo a modo de saludo y con acento culposo.

—No, querida, en absoluto. No podía pegar ojo con tantas cosas que tengo en la cabeza.

—Ya.

—Hablemos en voz baja por los guardias. ¿Quieren café? Acabo de prepararlo.

—No es lo más sabio tomar café —apuntó Kovać— cuando se está con insomnio.

—Ya perdí las esperanzas de conciliar el sueño. Mejor espabilo del todo y doy por comenzado el día.

Kovać consultó el reloj de pared —el suyo se lo habían arrancado antes de echarlo desnudo en la celda del sótano— y comprobó que eran las cinco menos veinte de la mañana. Retiró una silla y le indicó a La Diana que se sentase; él lo hizo a su lado y la tomó de la mano. Mihajlo sirvió el café humeante en dos jarros, que depositó delante de ellos. Arrastró la azucarera y la leche y con un ademán los invitó a servirse. Se sentó con movimientos pausados, como si el cuerpo le pesase o las articulaciones le doliesen.

—¿Cómo está mi nieta, Mariyana?

—Bien. Preguntó por usted varias veces, y se encaprichó con que no tomaría el comprimido si usted no estaba allí.

—Muñeca mía —susurró el hombre, visiblemente conmovido.

—Le sacaron sangre esta mañana. Debería decir, ayer por la mañana. Yura me prometió que los resultados estarían hoy.

—Habrá llorado —dedujo el abuelo—. Detesta que le saquen sangre.

—Lloró, sí, pero luego se calmó cuando le propuse que Radmila nos sacase a las dos. Eso pareció tranquilizarla, o más bien entusiasmarla. Radmila me extrajo a mí primero y, mientras le sacaba sangre a Larysa, yo

le contaba un cuento. Creo que no se dio cuenta de nada. Hay que admitir que Radmila tiene una mano excelente.

—Bendita seas, Mariyana —masculló el hombre, y le apretó la mano—. Has llegado aquí para traer alegría y bendiciones.

—No *llegamos* aquí, papá. Nos trajeron a la fuerza. Fuimos secuestrados por tu hijo.

A La Diana la sorprendió la hostilidad de Kovać y la sumisión con la que Milanković la aceptaba. Le colocó una mano sobre la mejilla, y Kovać se volvió para mirarla, aún con el ceño pronunciado y un destello rabioso en los ojos.

—Es cierto, amor, nos trajeron a la fuerza, pero algo bueno salió de esto: encontramos a Larysa.

Kovać le sostuvo la mirada con actitud beligerante. Tardó unos segundos en aflojar el gesto enojado y asentir con una sonrisa apretada.

—Tienes razón. Encontrar a Larysa ha valido todas las penas que estamos pasando. Solo que estoy desesperado por ti y por Darko.

—Lo sé, pero saldremos de esta —le reiteró— y seremos felices.

—¿Y qué será de Larysa? —La pregunta de Mihajlo se clavó en el pecho de La Diana y le removió los miedos y las dudas que más la aterraban—. Ella adora a Dragoslav. Sé que mi hijo es un mal hombre, nadie mejor que yo lo sabe, Mariyana, pero con Larysa es otra persona. La niña lo ama y temo que sería fatal para ella separarla del padre.

—¿Y todavía lo defiendes? —se ofuscó Kovać.

—No te confundas, Lazar —dijo Milanković, y de pronto cambió radicalmente, y su actitud sumisa se transformó en una de autoridad—. No estoy defendiendo a Dragoslav. Estoy protegiendo a mi nieta, que ha sufrido lo que pocos habrían soportado con solo tres años. Separarla del padre al que adora en sus condiciones de salud podría ser fatal. Y también lo sería separarla de la madre que acaba de encontrar y a la que ya ama incondicionalmente.

—No me separaré de mi hija, Mihajlo. Vivir sin ella estos seis años casi me destruyó, y si no fuese por Lazar seguiría medio muerta.

—Permanecer aquí con Larysa —razonó Kovać— significa separarte de nosotros. Sabes que Dragoslav no te dejará ir y sabes también que pronto se deshará de Dare y de mí. No soporta que nos ames a nosotros y no a él.

La Diana le echó los brazos al cuello y lo aferró, desesperada, aturdida, desorientada.

—¿Y qué será de nuestro hijo? —la interrogó Kovać—. Yo no renunciaré a él, Diana. Ni a ti, ni a Dare. Ustedes son mi vida, amor. No puedo vivir sin ustedes. Ya no sé cómo hacerlo.

—Hijo —habló Milanković—, tu madre, que era una mujer joven pero muy sabia, siempre me decía que todo ocurre por algo, que todo tiene un sentido, por muy dura que sea la experiencia. Este dolor que estamos viviendo no escapa a esa verdad. Tiene un sentido —afirmó con vehemencia—. No podemos vislumbrarlo ahora, pero lo tiene. —Mihajlo estiró el brazo y le apretó el hombro—. Ten fe, hijo mío. Todo será para mejor.

—¡Nunca los dejaré, Lazar! —sollozó La Diana, con el rostro oculto en el cuello de Kovać, que seguía con la vista fija en la de su padre—. Nunca. Sería imposible. Sería como arrancarme el corazón. Sin ustedes, volvería a estar incompleta, como cuando no tenía a Larysa. El suplicio volvería a empezar. Y ya no tengo fuerza para eso.

Kovać cortó el contacto visual con Mihajlo y bajó los párpados con un suspiro mientras ajustaba el abrazo en torno a su mujer y la besaba en la coronilla.

—Nunca volverás a sufrir lo que te tocó, amor mío. No lo permitiré —juró sin asidero pero convencido de cada una de sus palabras, y agregó en un susurro al oído de La Diana—: Haría cualquier cosa por ti, por verte feliz.

CAPÍTULO XIX

Tan fuerte como el eslabón más débil.

Thomas Reid, filósofo escocés
(1710-1796)

Nanuk Christiansen se despertó con un sobresalto. El timbre del celular cuyo número pocos conocían sonaba con insistencia. Lo tomó de la mesa de noche y contestó la llamada. No habló; se limitó a guardar silencio mientras esperaba que el general Schell o el general Haraldsson se diesen a conocer; esa era la costumbre.

—¿Arrow?

Nanuk se incorporó en la cama con el ceño pronunciado.

—¿Foxtrot?

—Sí —confirmó Daen van Groen—. ¿Es una línea segura?

Que su antiguo compañero de armas lo llamase a ese teléfono implicaba solo una posibilidad: graves problemas.

—Sí —confirmó Nanuk—. Habla.

—La Diana y Kovać están en manos del *vojvoda*.

—¿Desde cuándo?

—Desde el lunes o el martes, no estoy seguro. No formé parte del grupo que los secuestró.

“El martes”, resolvió Nanuk, pues el lunes, aunque a última hora, había recibido el mensaje de La Diana en el que le aseguraba que estaba bien. Encendió la luz del velador y consultó el reloj con calendario. Eran las cinco y media de la mañana del sábado 10 de febrero. Él no habría sospechado que algo andaba mal sino hasta el martes al verificar que La Diana no había escrito nada en la carpeta “Borrador”.

—¿Qué más puedes decirme? —preguntó, mientras apartaba las colchas y salía de la cama.

—No mucho más. Creo que los tienen en los *headquarters* del *vojvoda*, pero no estoy seguro.

—Entonces, no la has visto.

—No. Sospecho que el *vojvoda* se dio cuenta de que alguno de nosotros estaba pasándole información. Nos alejó a Diné y a mí enviándonos a Tiráspol por una cuestión del tráfico de drogas y luego mandó a sus hombres de confianza a liquidarnos. Asesinaron a Diné. Yo salvé el pellejo de milagro. Y creo que también se deshicieron de Tango.

—¿Dónde te encuentras ahora?

—Te llamo desde Odesa.

—¿Odesa? ¿Odesa, Ucrania?

—Sí. No está muy lejos de Tiráspol —explicó—, unos cien kilómetros, más o menos. Me ayudaron a llegar unos cazadores moldavos que me encontraron en el bosque medio muerto de frío y hambre. Me trajeron hasta aquí y me dieron un poco de dinero a cambio de mi reloj Panerai. Arrow, necesito que me saques de la mierda en la que estoy metido. —Se hizo un silencio en la línea—. Te diré dónde la tiene.

—Tengo cómo averiguarlo.

—Pero jamás podrás franquear esa fortaleza sin mi ayuda. Yo conozco todo lo que se necesita conocer para entrar allí. Sin mí, será lo mismo que tratar de penetrar la Reserva Federal norteamericana.

Nanuk se quedó mirando un punto fijo mientras su cerebro procesaba la información que Van Groen acababa de soltarle.

—Dices que los secuestraron el lunes o el martes pasado, pero ¿cómo es que no se ha publicado nada en la prensa? ¿Los héroes del momento desaparecen y nadie dice nada?

—Creo que tiene que ver con una jugada política —aventuró Van Groen—. Estarán intentando dar con ellos sin provocar el escándalo que se produjo en diciembre.

Nanuk volvió a guardar silencio.

—Arrow, no tengo mucho tiempo —lo apremió Van Groen—. Sé que desconfías de mí, pero tú sabes que jamás le haría daño. Lo sabes mejor que nadie.

—Llámame en quince minutos —ordenó el inuk, y cortó.

Marcó primero el teléfono de La Diana. Le respondió el típico mensaje que informaba que el dispositivo se hallaba fuera del área de servicio. Hizo otro tanto con el celular de Kovać y obtuvo el mismo resultado. Digitó de

memoria el número que La Diana le había dado para casos de urgencia. No eran aún las seis, y sin embargo lo atendieron enseguida y con voz clara.

—¿Quién es?

—¿Caballo de Fuego? Soy Arrow. ¿Me recuerdas?

—Arrow. Sí, te recuerdo.

—Acabo de enterarme de que La Diana está desaparecida. Que fue secuestrada —añadió.

—¿Cómo lo has sabido?

—Uno de los hombres del *vojvoda*, ex compañero de L'Agence, me llamó minutos atrás y me lo dijo. Pero yo no lo creí porque no he visto nada en la prensa.

—No ha salido nada en la prensa —confirmó Al-Saud—. Una decisión política. Nosotros estamos trabajando por nuestra cuenta para dar con ella y con Lazar. Pero sinceramente la búsqueda no está arrojando resultados. No tenemos ninguna pista firme, todas conjeturas que, hasta el momento, no nos conducen a nada.

—Yo sé cómo ubicarla. —Un mutismo tenso cayó del otro lado de la línea—. La Diana tiene consigo un transmisor que el general Raemmers me pidió que escondiese en un colgante que lleva en el cuello. Tengo el software para determinar la posición casi exacta.

—¿Dónde estás?

—En Londres.

—Te quiero en Sarajevo con el software tan pronto como puedas. Te haré llamar por mi secretaria Thérèse a este teléfono. Ella te indicará lo que tienes que hacer para tomar el Learjet de mi compañía. Uno de mis socios lo tiene en el aeropuerto London City en este momento.

—Si me permites, antes de arreglar un viaje a Sarajevo, consultaré el software. Podrían haberla sacado de Bosnia.

—Bien —acordó Al-Saud—, hazlo y llámame apenas tengas las coordenadas.

—Caballo de Fuego, necesito otro favor. Foxtrot, el compañero de L'Agence que me avisó de la desaparición de La Diana, será clave si queremos irrumpir donde la tienen. Dice que es una fortaleza y que no podremos penetrarla sin su ayuda.

—La Diana confía en él, me lo dijo. Pero ¿y tú? ¿Qué opinas? Después de todo, trabaja para el *vojvoda*.

—Trabajaba. Según afirma, el *vojvoda* trató de eliminarlo. Diné y posiblemente Tango estarían fuera de juego. Parece ser que el *vojvoda* sospechó que alguno estaba ayudando a La Diana, lo cual es cierto. Foxtrot ha sido su informante todo este tiempo y le ha revelado cada paso que ha dado el *vojvoda* para encontrarla.

—Lo sé —dijo Al-Saud, e insistió—: ¿Confías en él?

—Sí, confío. Se esconde en Odesa.

—Dale este teléfono y dile que me llame —indicó Eliah—. Quedo a la espera de los resultados que arroje el software.

—Te llamaré apenas los obtenga —prometió el inuk, y cortó la comunicación.

Unos minutos más tarde, el celular de Christiansen sonó de nuevo.

—Soy yo —anunció Foxtrot.

—Óyeme bien. Tienes que llamar a Caballo de Fuego al siguiente teléfono. —Se lo dictó sin preguntar si contaba con papel para tomar nota; entre ellos, esa información se memorizaba—. Llámalo apenas cortes conmigo. Él se ocupará de sacarte de Odesa. Probablemente te haga ir a Sarajevo, donde se encuentra ahora.

—Sí, muy bien, Sarajevo será un buen punto de partida —manifestó Van Groen—. No están muy lejos de allí. Los *headquarters* del *vojvoda* se encuentran a unos ciento veinte kilómetros al norte, cerca del Arizona Market.

—Gracias, Foxtrot —dijo Nanuk con una inflexión deliberada.

—Se lo debo —respondió el holandés, y acabó la llamada.

Nanuk Christiansen no perdió tiempo. Abrió la caja fuerte escondida tras una cajonera en el armario de la cocina y extrajo el maletín con la computadora. Le dio la impresión de que tardaba más de lo usual en encenderse y cargar los programas. Digitó la clave para ingresar en el software de seguimiento y luego introdujo el código del chip que La Diana llevaba al cuello. Temía que no funcionase o que se lo hubiesen quitado. El sistema le devolvió las coordenadas de la ubicación del transmisor, al tiempo que un círculo rojo titilaba en un planisferio en la zona de los Balcanes. Todo coincidía con lo referido por Arrow; la tenían en un sitio a unos ciento veinte kilómetros al norte de Sarajevo, muy próximo a Brčko, en la Republika Srpska, y cerca del límite con Serbia. O, al menos, el narval se encontraba allí.

Se hizo del celular y marcó un número con rapidez.

—Dime, Arrow —contestó Al-Saud.

—El transmisor indica que la tienen a ciento dieciocho kilómetros al noreste de Sarajevo. Según Foxtrot, los *headquarters* del *vojvoda* se encuentran en esa región, cerca de Brčko y a pocos kilómetros de un mercado muy popular, el Arizona Market.

—Lo he sentido nombrar —expresó Al-Saud—. Es famoso por el tráfico humano.

—Exacto. Y ahora podemos comprender por qué.

—Ya. Pásame las coordenadas exactas. —Nanuk las leyó, y Caballo de Fuego las digitó en su GPS—. Mantén libre tu teléfono. Mi secretaria Thérèse te llamará en breve por lo del vuelo a Sarajevo.

—Gracias.

—Iremos al buscarte al aeropuerto. Pero por cualquier eventualidad, estamos alojados en el Holiday Inn. Ah, ya hablé con Foxtrot. Lo traeremos a Sarajevo lo antes posible.

—No será fácil sacarlo de Ucrania —coligió Nanuk—. Por lo que me dijo, estaba con lo puesto, sin pasaporte, sin nada.

—Un ex general ucraniano del Ejército Rojo le debe un gran favor a uno de mis socios —manifestó Al-Saud—. Llegó la hora de devolverlo. Se moverá con rapidez, descuida.

Nanuk sonrió a la nada, complacido.

—Perfecto. Gracias, Caballo de Fuego —dijo deprisa y cortó.

Acostumbrado a los viajes relámpago, sacó la maleta de cabina a medio armar, echó dentro la computadora y se metió en el baño para darse una ducha rápida con el celular a mano. Por fortuna, no tendría que llamar a su jefe para solicitarle días de licencia. La noche anterior un Ilić malhumorado e impaciente le había comunicado que tenía libre hasta el jueves de la semana siguiente. El anuncio lo había frustrado pues cuando el viejo magnate le daba vacaciones significaba que emprendería otro viaje a alguno de los destinos que a él le estaban vedados y en los que, sospechaba, escondía a Yura y a su sobrina. La noche anterior lo había juzgado un revés; en ese momento, lo consideraba un golpe de suerte.

Siguió pensando en Ilić mientras un taxi lo conducía al aeropuerto London City. Se preguntó a qué se debería la irritabilidad de su jefe cuando la reina de Inglaterra acababa de concederle el título de sir y los negocios iban recuperándose de los reveses de los meses pasados. Lo cierto era que algo lo perturbaba desde el miércoles, después de recibir una llamada que

decidió tomar pese a encontrarse en medio de la asamblea del consejo de administración de Ouroboros Global por lo del reemplazo de Bertrand Caviel. Lo había sorprendido verlo salir de la sala de reuniones, escoltado por su infaltable perro faldero, George Pearson, que también llevaba cara de velorio. La cuestión ponía de manifiesto lo poco que sabía de su jefe y lo lejos que se encontraba de cumplir con la misión que le habían confiado Raemmers, Schell y Haraldsson.

* * *

El sábado a las siete de la mañana, unas empleadas trajeron provisiones con las que Mihajlo preparó el desayuno. Su hijo Lazar se había despedido de Mariyana a eso de las cinco y media y se había dado una larga ducha. En ese momento, sentado a la mesa de la cocina, oía con atención la radio, en busca de una transmisora con un programa de noticias. Lo observó de soslayo; pronunciaba el ceño de un modo que le recordaba a Natalija, lo mismo cuando fruncía los labios, tan carnosos como los de ella. Devolvió la atención al batido de huevos. Contemplar a Lazar le resultaba perturbador, no solo por el parecido con la madre, sino por la culpa y la impotencia que lo agobiaban. Cerró los ojos y apretó el puño en el mango del tenedor. En realidad, buscaba cerrarse a las imágenes sórdidas que lo asaltaban desde que Lazar le había confesado que, durante cuatro años, Aleksandar Ilić había abusado de él. De su pequeño, hermoso y dulce Lazar. Le ardió el estómago. Apoyó las manos en el borde de la mesada y se inclinó hacia delante para soportar el dolor.

—Papá —escuchó la voz preocupada de su hijo menor—, ¿estás bien? ¿Qué sucede?

—Nada, nada —dijo.

Se irguió y siguió preparando los huevos revueltos. Desayunaron en silencio. Cada tanto, alzaba la vista y observaba a Lazar, al que todavía le duraba el buen talante después de haber transcurrido esas horas con su mujer.

—Así como amas a Mariyana amaba yo a tu madre.

—Pero después, Dragoslav la asesinó y tú abandonaste a su hijo para proteger a ese demonio, el que había destruido a la mujer de tu vida. No creo en tu amor, papá.

Tras la dura declaración, Kovać se levantó, depositó los platos en la piletta de la cocina y buscó el refugio del dormitorio. Cerró tras de sí y se quedó mirando la cama todavía desordenada, y se acordó de lo que él y Diana habían hecho durante las pocas horas robadas al cautiverio. Bajó los párpados lentamente y se apoyó contra la puerta, abrumado de deseo y de un sentimiento tan poderoso que le cortaba el respiro. Él había amado a Izia con cada fibra de su ser, sabía lo que era el amor; no obstante, lo que había nacido a partir de Diana era tantas veces más poderoso, prepotente también, y autoritario, y lo llevaba a comportamientos que le resultaban desconcertantes. Lo volvía mezquino, porque ¿de qué otro modo se habría calificado su comportamiento cuando la presionó para que eligiese entre su hijo y Larysa? Los celos constituían otra consecuencia de la obsesión por Diana, lo avergonzaban y sin embargo resultaba imposible refrenarlos. Surgían espontáneamente y se alzaban dentro de él como las llamas de un incendio feroz. No habían existido con Izia. Lo sumían en la confusión y el enojo.

Suspiró y alzó los párpados lentamente. Pese a todo, el amor que Diana sentía por él seguía intacto. Lo había percibido pocas horas atrás mientras se le entregaba con una confianza que, era consciente, a pocos concedía; a ninguno como a él, concluyó, y esa certeza le relajó los labios tensos; esbozó una sonrisa. Se cubrió la cara e inspiró profundamente. Estaba cansado. La situación imposible en la que se hallaban lo trastornaba. No avizoraba una solución para ese galimatías. Diana jamás abandonaría ese lugar sin Larysa y tampoco querría apartarla del padre; habría sido cruel, en especial teniendo en cuenta su estado delicado de salud. ¿Elegiría someterse a Vuk con tal de preservar a su hija del sufrimiento? La sabía capaz de inmolarsse por los que amaba.

Soltó una exclamación ahogada y elevó la mirada al cielo raso. Vencido, aterrorizado, hizo lo único que podía hacer: le pidió ayuda a Dios.

* * *

Mihajlo Milanković precisaba abandonar la casa aunque fuese por media hora. Las palabras de su hijo aún lo golpeaban. “Pero después, Dragoslav la asesinó y tú abandonaste a su hijo para proteger a ese demonio, el que había destruido a la mujer de tu vida. No creo en tu amor, papá”. Por supuesto, ¿cómo iba a creer en su amor si lo había traicionado cuando solo era un

niño indefenso? En aquellas circunstancias, había creído que le hacía un favor. El señor Ilić, ese caballero tan distinguido, miembro de la dinastía de los Karadorđević, se mostraba dispuesto a ocuparse del pequeño Lazar, de su educación y de su futuro. Él solo tenía que firmar los papeles que lo convertirían en su tutor y todo quedaría resuelto. ¡Maldito fuese! ¡El demonio se lo llevase al infierno!

Salió fuera hecho una masa de odio y rabia. El guardia se sobresaltó y se volvió para detenerlo. A punto de cruzarle el fusil Kaláshnikov, lo devolvió a su posición de descanso al descubrirle la expresión desencajada y desafiante.

—Hijo —le habló con tono firme y duro—, te recomiendo que no te interpongas en mi camino en el día de hoy. Tengo todos los demonios sueltos. No te gustará enfrentarte con ellos.

—Solo cumplo órdenes del *vojvoda*, don Mihajlo —se excusó el muchacho.

—Lo sé —aceptó, menos firme, conmovido por la expresión afligida del guardia—. Necesito salir un momento de casa. Estoy volviéndome loco ahí dentro —explicó—. Haré un poco de jardinería, solo eso.

El guardia asintió e hizo un ademán con la mano para prestar su consentimiento. Pasó la siguiente hora cortando el pasto y ocupándose del huerto, de donde Anica se proveía para preparar la comida de Larysa, todos vegetales orgánicos, sin pesticidas ni fertilizantes, de acuerdo con la indicación de la nutricionista. Dejó para lo último la poda del ligustro que circundaba la casa. Se hizo con las tijeras y se puso a cortar las ramas que rompían la línea recta que él se esmeraba por mantener.

Detuvo la labor de manera abrupta y se quedó mirando el Bentley Arnage gris acerado que circulaba a baja velocidad delante de su casa. Cabían dos posibilidades: los guardias lo habían sacado del garaje para evitar que, dado su poco uso, los líquidos del motor sedimentaran, la batería se descargase y el sistema eléctrico se resecase y oxidara; o bien, habían ido a la pista de aterrizaje a recoger al dueño del vehículo, a Aleksandar Ilić, que, pese a contar con innumerables medios de transporte en la propiedad, había comprado ese lujoso automóvil para trasladarse dentro del predio cuando los visitaba. Ahora que lo pensaba, hacía tiempo que no se aparecía por allí.

Las dudas se disiparon cuando la ventanilla polarizada del automóvil bajó para desvelar la cara sonriente del hombre que había abusado de su hijo menor durante cuatro largos años y que había convertido a su hijo

mayor en un delincuente. Estaba enterado de todo. Lazar había estado contándole lo del tráfico de mujeres y lo de la huida a través del Sutjeska.

—¡Buen día, querido Mihajlo! —exclamó con su usual simpatía, y alzó la mano para acompañar el saludo.

Milanković no respondió; se quedó mirándolo con las tijeras suspendidas y las puntas dirigidas hacia el hombre al que había respetado y que en esa nueva instancia despreciaba, el hombre que le había codiciado los hijos, ahora lo comprendía bien, y que se los había arrebatado para destruirlos. Se avergonzaba de haberse mostrado agradecido, casi obsecuente, con ese malnacido. Se habría reído de él, ¡oh, cómo se habría burlado de su ignorancia, de su debilidad! Sobre todo, de su ingenuidad. La furia lo invadió como un vómito caliente, ácido. Inspiró profundo para controlar el malestar y las náuseas. Observó la ventanilla que ascendía y el Bentley que continuaba hacia la mansión.

* * *

Vuk posicionó el rostro bajo la lluvia de la ducha y allí lo mantuvo durante largos minutos, aun cuando la elevada temperatura del agua comenzó a resultarle intolerable. Había llegado de Banja Luka media hora atrás, una escala obligada tras su viaje a Tiráspol para arreglar un asunto urgente con el doctor Prožić, que se avino a reunirse con él a la madrugada. Pese al inconveniente que significaba no haber dado con Van Groen, lo juzgaba un buen viaje. Se sentía más tranquilo después de haber firmado ese documento con Prožić y tras haber confirmado que la construcción del laboratorio avanzaba; lo necesitaba operativo cuanto antes. No se atrevía a calcular las pérdidas registradas a causa de la voladura del anterior; debían de ascender a millones de dólares.

En honor a la verdad, habría debido quedarse al menos un día más para ocuparse él mismo de la búsqueda del holandés; no podía hallarse lejos. Según Mirko, había saltado por la ventana con lo puesto —camisa liviana, pantalones y borceguíes— y corrido hacia el bosque. Atrás habían quedado sus pertenencias, el dinero y el pasaporte falso. Resultaba probable que hubiese muerto, se convenció, y con eso justificó el regreso a Bosnia. Lo cierto era que no soportaba estar lejos de Mariyana.

Apoyó los antebrazos sobre el mármol frío de la ducha y le permitió al chorro que le golpease la nuca, justo sobre el tatuaje. Cerraba los ojos y

solo la veía a ella, a la mujer más importante de su vida, la madre de la criatura perfecta que era Larysa, la que sería la madre de los hijos que tendrían en el futuro. Cerró los puños y los descargó contra la pared. Solo que ella llevaba en el vientre al hijo de otro, nada más ni nada menos que de su medio hermano. Profirió una risa con el agua que le chorreaba por la cara y se preguntó si se trataría de una macabra broma del destino que la mujer que él codiciaba con una desmesura aun exagerada para sus propios cánones cargase con el bastardo de ese imbécil.

—¡Mierda! —insultó, y golpeó varias veces la piedra fría, hasta que la sangre tiñó el mármol blanco, la sangre de sus nudillos pelados.

Había entrado ciego a su recámara con la esperanza de hallarla aún durmiendo. En cambio, se había topado con una empleada que quitaba las sábanas.

—¿Dónde está mi mujer? —había preguntado de mal modo.

—Buen día, *vojvoda* —lo saludó la joven con voz trepidante—. La señora bajó con la niña Larysa. A desayunar.

—Ahora vete. Seguirás con eso más tarde.

—Como usted ordene, *vojvoda*.

Hasta el momento, se había comportado con consideración pues, como le había dicho, quería que las cosas fuesen distintas entre ellos. Pero su paciencia era poca y estaba alcanzando el límite. Contaba con el arma para someterla, y de nada le valdrían las dotes de luchadora profesional cuando mandase por el huérfano y le colocara el cañón de su Smith & Wesson contra la sien. Entonces, cedería en todo, le confesaría dónde escondían a la joven ucraniana e incluso compartiría de nuevo la cama con él. El punto débil de Mariyana era que amaba demasiado. Solo que no lo amaba a él.

Se la imaginó de rodillas bajo la ducha, como tantas veces la había tenido en el Veljko Vlahović, con su miembro en la boca. Se practicó una masturbación violenta, y el alivio fue tremendo, aunque lo dejó con un sinsabor, que se transformó en un decidido fastidio cuando, mientras se vestía, Luka, el guardia que estaba a cargo de la cabina de vigilancia, lo llamó para advertirle que el avión privado del señor Ilić acababa de aterrizar.

—En este momento está tocando tierra —informó el muchacho, la vista fija en el televisor que transmitía las imágenes de la cámara apostada en el lugar.

—Saquen el Bentley y vayan a recogerlo —ordenó con acento sombrío.

—Enseguida, *vojvoda*.

Apretó el botón del intercomunicador correspondiente a la cocina.

—El señor Ilić acaba de llegar —dijo sin más—. Preparen su habitación y la del señor Pearson. También su despacho.

—Sí, *vojvoda* —respondió la joven.

Había sabido que tarde o temprano tendría que enfrentarlo. Habría preferido contar con algo más de tiempo, aunque, bajo una luz más prudente, lo mejor sería quitarse ese peso de encima cuanto antes. Terminó de vestirse y se dirigió hacia la entrada de la mansión justo en el momento en que el Bentley se detenía a los pies de la escalinata del ingreso. Dos guardaespaldas bajaron primero, hombres de extrema confianza del magnate que llevaban años protegiéndolo. Uno de ellos abrió la puerta trasera. Primero descendió George Pearson, que tras destinarle una mirada enigmática ayudó a Ilić a salir del automóvil. Como siempre, el viejo iba impecable en su traje hecho a medida en Gieves & Hawkes, ubicado en la famosa calle londinense Savile Row. El bastón con empuñadura de plata le marcaba un paso que, él sabía, habría sido igual de firme sin el auxilio del báculo de sándalo.

Descendió los escalones y lo encontró al final de la escalinata. Le ofreció el brazo, que el anciano aceptó sin pronunciar palabra.

—¿Qué te ha sucedido en la nariz? —se interesó el magnate.

—Un accidente sin importancia.

—Un accidente sin importancia —repitió Ilić—. ¿O tal vez se trate de esa mujer, experta en artes marciales? ¿Te partió el tabique nasal?

—Saša —dijo Vuk, y lo llamó por el diminutivo de Aleksandar.

—Calla, Dragoslav. Aquí no hablaremos.

Estaba en problemas. Cuando lo llamaba por su nombre y no por el título que él mismo le había dado tantos años atrás o por el afectuoso Vuk o simplemente Draža, era porque el viejo estaba realmente enojado. ¿Cumpliría la promesa y lo sacaría del testamento?

—George —llamó Ilić a su asistente y mano derecha.

—¿Sir Aleksandar? —respondió Pearson.

—Ocúpate de acomodar el equipaje en mi habitación. Te veré más tarde en mi despacho. Ahora tengo que hablar con Dragoslav.

Emplearon el ascensor para subir al tercer piso, donde se encontraba la oficina de Vuk. Apenas cerró la puerta, se aproximó a Ilić para hablarle. Se

detuvo abruptamente cuando el viejo alzó el bastón y le clavó la contera en el pecho. Retrocedió un paso. El magnate le sostuvo la mirada.

—¿En qué pensabas cuando los secuestraste? ¿Se te ha ablandado el cerebro? ¿Tanto la deseas que te importa nada de mí, de lo que te pedí?

Ilić era un caballero, un miembro de la familia real serbia, y como tal había sido educado en estrictas reglas. Jamás alzaba el tono de voz ni decía malas palabras. Sin embargo, Vuk había aprendido con los años que eso no excluía que pudiese ser malvado y cruel como el más bajo de los criminales.

—Lo siento, Saša, tenía que hacerlo. Por Larysa y por ti.

—¿Por mí? —Rio apenas y se acomodó en un sillón—. Tengo a mis colegas y amigos... Tú sabes cuánto me importa estar en buenos términos con ellos, ¿verdad?

—Lo sé —admitió Vuk—, pero tú sabes también que trabajo duro para cumplir con lo que tú y tus amigos me pidieron: mantener limpios los Balcanes de la escoria musulmana terrorista. Y sabes también que hago mi trabajo a la perfección. Hace quince días desbaratamos un campo de entrenamiento de Hamás.

—¿Dónde? —se interesó Ilić.

—En el Monte Vlašić, a pocos kilómetros de Travnik. Sí —confirmó ante la cara de asombro del magnate—, allí, en medio de las ovejas y de las fábricas de queso, se entrenaban estos malditos. Los liquidamos a todos.

—¿Tienes fotos?

—Fotos y filmaciones —ratificó Vuk—. Nos hicimos de sus armas. Un verdadero arsenal de guerra.

—Entrégame un informe con fotos y cintas. Aplacaré a mis amigos con esto, pero no bastará. Están enfurecidos conmigo porque has vuelto a armar un gran escándalo al tocar a los héroes del momento. Dicen que no sé manejarte y amenazaron con quitarte del medio. La cosa no se ha dado a conocer a la prensa gracias a nuestras influencias, pero ¿cuánto pasará antes de que alguien lo desvele? Un familiar, por ejemplo.

—Yo...

—Estoy en un momento delicado, Dragoslav —lo cortó Ilić—. Mis estrategias son complejas, los mediocres no las entienden. Preciso del apoyo de mis amigos para llevarlas a cabo. No puedes llegar tú y arruinarlo por un capricho.

—Lo hice por mi hija y por ti —insistió—. ¿O te olvidas de que ellos tienen a Svetlana? El escándalo que se armaría si ella hablase sería como arrojar una bomba nuclear. Lo del secuestro sería nada en comparación. Necesitaba sacarles dónde la tienen.

—No me tomes por idiota, Dragoslav —replicó el magnate serbio, y se puso de pie con bastante elegancia pese a sus años—. Sabes bien que Svetlana no es un peligro. No puede decir nada porque no vio nada. Ni siquiera podría decir con certeza dónde la teníamos.

—Eso no podemos asegurarlo, Saša. Tal vez quien la ayudó a escapar se lo reveló —conjeturó Vuk, y le imprimió una nota de sarcasmo a su voz—. Tal vez le dijo exactamente dónde la teníamos.

—Sigues dudando de ella. Déjala en paz —exigió con firmeza, y acompañó la orden con un golpe de bastón en el parqué.

—Está loca, tiene varios tornillos flojos, y lo sabes. Hace cosas extrañas y...

—¡Basta! —exclamó, y apartó la cara, perturbado por su propio exabrupto. Alzó la mirada, dura y fría, y expresó—: Más te vale que no le hayas tocado un pelo a tu hermano.

—Está en la casa de mi padre —manifestó con ambigüedad.

Ilić asintió con un gesto grave y se alejó en dirección a la ventana.

—Y después de todo este embrollo, ¿al menos has conseguido que tu hermano te dijese dónde tienen a Svetlana?

—No.

—¿Y la mujer? La tal Diana —aclaró.

—Tampoco.

—¿No empleaste al niño para presionarla? —Se volvió para añadir—: Entiendo que le tiene mucho afecto. Ella y Lazar están tramitando su adopción.

Vuk se mantuvo callado. Si bien poco antes, enojado por no haberla hallado en su dormitorio, se había propuesto emplear al huérfano, en esa circunstancia se echaba atrás por una razón simple: no quería lastimarla. No quería dañarlo de ningún modo pues no quería dañarla a ella. Si le decía la verdad a Ilić, perdería su respeto y su confianza; lo acusaría de anteponer los asuntos personales al negocio, algo imperdonable desde el punto de vista del viejo serbio.

—No lo empleé, no —se limitó a admitir.

Tras una mirada silenciosa y aguzada, Ilić asintió y bajó el rostro. Pareció concentrarse en las vetas de la madera del parqué.

—Ella es más importante para ti que yo, que nuestro negocio —declaró.

—La necesito para salvar la vida de mi hija —arguyó con acento culposo—. La doctora Yura asegura que es importante que esté tranquila para que la inseminación...

Ilić lo acalló alzando el bastón, un gesto que hablaba de fastidio y profunda rabia.

—No sigas diciendo necedades, Dragoslav. Podrías quitarle los óvulos, criopreservarlos y luego liquidarla. Pero sucede que esa mujer es tu debilidad. Tú lo sabes, yo lo sé. Acabemos la farsa.

—Muy bien —concedió Vuk con firmeza, y avanzó hacia el magnate—. Haz con Lazar lo que te plazca. Devuélvelo con su gente, si deseas. Pero Mariyana no se toca. Ella no se moverá de mi lado. Es la madre de mi hija y la quiero conmigo para siempre. Y no admitiré que se le toque un cabello al huérfano porque es importante para ella.

Un fulgor maligno surcó los ojos vivaces de Ilić.

“Pues bien”, pensó Vuk, “la huida a la isla de la Polinesia Francesa se concretará antes de lo previsto”. Solo lo preocupaba la salud de Larysa, pues si bien en Bora Bora había buenos centros médicos, no contaban con la complejidad que su hija precisaba. “Una cosa a la vez”, se dijo. Lo importante en ese momento era proteger a Mariyana de la ira de Ilić, que él sabía implacable.

* * *

La Diana se había escabullido de lo de Mihajlo y regresado a la mansión pocos minutos antes de que las empleadas comenzasen a pulular por la cocina. Se había tratado de una imprudencia, lo sabía, pero a ella y a Kovać les había resultado difícil separarse cuando sabían que existía la posibilidad de no volver a verse. En los días que faltaban hasta que Nanuk advirtiese una anomalía podían ocurrir tantas vicisitudes. Por el momento, a Kovać lo protegía Mihajlo, aunque eran conscientes de que si seguía con vida se debía a que Vuk, por alguna razón, juzgaba necesario mantenerlo de ese modo; o tal vez se debía al ascendiente que su padre ejercía sobre él. Como fuese, la situación se presentaba precaria y riesgosa. La Diana no se lo mencionó a Kovać para no atormentarlo aún más, pero ¿cuánto transcurriría

antes de que Vuk se cansase y se sirviese verdaderamente de Darko para extorsionarla?

Como era sábado, Larysa se despertaba más tarde. La Diana aprovechó el tiempo y dobló y guardó las mantas y las almohadas que había empleado para simular un bulto en la cama y se dio un baño. Como todo en esa mansión, la ducha era de última tecnología, encerrada en un cubículo de vidrio y mármol, con chorros que provenían de arriba y de los costados. Habría añorado relajarse con el masajeo del agua caliente y potente; no podía; debía mantenerse alerta pues cabía la posibilidad de que Vuk regresase y la acorralara en ese espacio pequeño y en condiciones desventajosas.

Se vistió y se secó el cabello. Se estudió el rostro en el espejo. Se pasó la mano por el moretón del pómulo, una sombra que se desvanecía. Después de esas noches de mal dormir comenzaban a despuntar los signos; tenía los ojos surcados por venas y derrames y los párpados oscurecidos por una sombra violeta. ¿Cuánto duraría el martirio? ¿Cómo haría para resolver la dicotomía que la partía en dos, por un lado la dicha de su hija, por el otro la de sus adorados Lazar y Dare? Apoyó las manos sobre el lavatorio y echó la cabeza hacia delante.

Escuchó a Larysa en el aparato recibidor y se puso en movimiento. Cruzó la puerta común y la vio desperezándose, todavía acostada, mientras Iva, en bata, descorría las cortinas y le hablaba con afecto.

—¡Buenos días, amor mío! —la saludó y se sentó en el borde de la cama para recogerla contra su pecho.

Los bracitos de Larysa se le cerraron en torno al cuello.

—Buen día, mami —la escuchó decir con vocecita adormilada, y se estremeció de gozo, de emoción.

—Te amo, Larysa —dijo, obedeciendo al impulso del sentimiento.

—Yo también te amo, mami. ¿Y papi? —inquirió, y se apartó.

La Diana le estudió la expresión de ojos inquisitivos y preocupados que paseaban por la habitación mientras buscaban al padre. Vuk era lo más importante para ella. Como había sospechado, el lazo que los unía era indestructible, y estaba cimentado en un amor mutuo inconmensurable.

—Está de viaje, ¿lo recuerdas? Anoche te lo expliqué. Me dijo que regresaría hoy.

—Ah —farfulló, desmoralizada.

A continuación hizo algo que la pasmó: tomó el portarretratos de la mesa de noche, el de la fotografía en la que Vuk la cargaba en brazos, y la besó, justo sobre el rostro del padre.

—¿Qué tal si visitamos la casa del abuelo Mihajlo? —sugirió Ivanka—. Hace tiempo que no usamos los juegos de su jardín y hoy es un día tan hermoso —adujo, y se giró para señalar el sol que ingresaba por la ventana—. Podríamos invitar a Mrs. Kendrall.

La propuesta alegró a la niña, y La Diana reflexionó que se trataría de una excelente oportunidad para que Kovać, aunque más no fuera, la viese por la ventana; ansiaba que la conociera. La vistieron con un equipo cómodo de jogging y zapatillas, y mientras Larysa hurgaba en el cajón del tocador buscando con qué presilla debía peinarla su madre, La Diana se distrajo observando la pulserita enmarcada.

—La bordó tía Leila para mí —explicó Larysa, y la tomó de la mano—. Me dijo papi que tía Leila es muy buena. Ella me cuidaba cuando era un bebé porque tú estabas enferma.

La Diana se acuclilló frente a su hija y le acunó los carrillos y la besó en la frente.

—Nadie es más bueno que tu tía Leila. Ella te adora, Larysa. Siempre, todos los días —remarcó—, piensa en ti.

—¿De veras?

—Sí, amor mío. Y cuando le diga que te he encontrado será la persona más feliz del mundo.

—¡Quiero ir con tía Leila! —se entusiasmó—. ¡Quiero verla ahora!

—Ella vive muy lejos. No podemos ir ahora. Además, hay que hablarlo con tu padre.

—¡Papi la quiere a tía Leila! —se apresuró a afirmar.

—Lo sé —dijo La Diana—. ¿Qué presilla elegiste para el peinado de hoy? —la distrajo.

Tres cuartos de hora más tarde, después del desayuno, se aprestaron para visitar la casa del abuelo Mihajlo. La Diana sabía que se trataba de una decisión riesgosa. Si Vuk llegaba y las encontraba a pocos metros de Kovać, desplegaría toda la furia de la que era capaz. La exoneraba el hecho de que, para Vuk, ella ignoraba que Kovać se encontraba prisionero en casa del padre. Además había sido Ivanka la de la idea. El entusiasmo de Larysa también pesaría en el momento de enfrentar el enojo.

Mihajlo, que cortaba los ligustros, soltó la podadora y caminó hacia su nieta a paso rápido mientras se quitaba los guantes para jardinería. Larysa emitió un gritito de alegría y corrió hacia él. Se encontraron en el sendero de piedra laja que conducía al interior de la casa. El anciano la hizo dar vueltas en el aire, y La Diana sonrió al escuchar el sonido cristalino de la risa de la pequeña.

—No te quites la mascarilla —la conminó el abuelo una vez que detuvo las volteretas—. Ya sabes lo que dice tu padre: afuera nunca puedes quitártela.

—Quiero darte un beso, abuelo.

—Dámelo con la mascarilla. Me encantan tus besos *enmascarillados*.

La Diana, consciente de los dos guardias que los seguían de cerca, no se atrevía a mirar hacia la ventana junto a la puerta principal.

—Hemos venido a jugar en su jardín, don Mihajlo —explicó Ivanka.

El hombre las invitó a la parte trasera del terreno, a la que se accedía por un sendero que bordeaba el costado de la casa. Ya en el sector de los juegos, La Diana sentía la mirada de Kovać lo mismo que la mano de su hija en la suya; se trataba de una energía tan poderosa que la acariciaba y la hacía feliz. Ansiaba voltear y verlo observar a su pequeño tesoro.

—¡Quiero que me hamaques, mami!

—Sí, amor mío. Vamos.

La sentó de modo que la niña quedase mirando hacia la ventana desde la cual, estaba segura, Kovać las espiaba, la misma por la cual ella se había introducido la noche anterior para vivir el momento de intimidad más sublime y portentoso de su vida. ¿Kovać estaría evocándolo al igual que ella o, estupefacto de asombro, solo tendría ojos para Larysa?

Los guardias se habían plantado en medio y le obstruirían la visión. Haberles pedido que se apartasen sin una razón de peso habría significado revelar demasiado.

* * *

Pese a la mascarilla que le cubría la nariz y la boca, se evidenciaba lo que su padre le había adelantado: la niña era una miniatura de Diana. No podía apartar la mirada de ella. Resultaba atractiva en su alegría, fresca y risa contagiosa. No soltaba la mano de la madre y, cuando alzaba la carita para mirarla, lo hacía con devoción. ¿Lo notaría? ¿Su amada Diana se daría

cuenta del amor que la criatura le profesaba? ¡Cuánto deseaba abrazarla, cargarla y mirarla de cerca! Ansiaba estudiarle las facciones y encontrar en cada detalle la belleza de su mujer. ¿Tendría pecas en la nariz? ¿Y sus orejitas serían tan perfectas y pegadas a la cabeza como las de la madre? Le habría gustado presentarse: “Hola, Larysa. Soy Lazar, y te amo solo por hacer tan feliz a tu madre”.

La pequeña era el centro de las miradas y de las atenciones. Mihajlo solo tenía ojos para ella y sonreía al verla reír mientras la madre la acomodaba en la hamaca, lo mismo la joven que los acompañaba y también la señora de vestimenta severa y aspecto sajón, ni qué decir Diana. Larysa se sabía amada y sin embargo no se mostraba caprichosa ni manipuladora. Era un polo de luz y atracción absolutamente inconsciente del poder que ostentaba.

Supo que Dragoslav acababa de ingresar en el jardín por la transformación abrupta que se operó en las facciones de Mihajlo y de Diana, cuyas expresiones se tornaron sombrías. La reacción que lo golpeó fue la de la niña, que soltó una exclamación de sorpresa y un “¡Papi!” que evidenciaban cuánto lo quería. Diana detuvo la hamaca, y la niña se bajó, presurosa, y corrió a los brazos del padre, que le arrancó más risas y chillidos de gozo mientras la besaba. Y cuando Dragoslav detuvo el juego y la abrazó, la niña se quitó la mascarilla con destreza y le cubrió el rostro de besos. El asombro no se debía solo a la reacción de la niña, sino al comportamiento de su medio hermano: jamás lo había visto sonreír de esa manera ni mostrarse cariñoso con otro ser vivo. Le pedía que se cubriese de nuevo con la mascarilla y lo hacía con paciencia y delicadeza. Cómo un hombre que había odiado al punto de destruir las vidas de miles de personas era capaz de un sentimiento tan noble sería siempre un misterio para él.

Se tensó al ver que Dragoslav, con la niña en brazos, se aproximaba a Diana, que seguía de pie, tras la hamaca. Un momento antes, feliz mientras jugaba con su hija, no se le habían evidenciado los signos de la angustia y del cansancio. En ese instante, con el aura de Vuk en torno a ella, saltaban a la vista.

Vuk lanzó un vistazo sobre el hombro, y su mirada se dirigió hacia la ventana donde, sabía, Kovać estaría observando tras los cortinados. Sonrió con suficiencia antes de aferrar por la cintura a Diana e intentar besarla en los labios. Ella apartó la cara, pero Vuk, siempre con Larysa en brazos, le soltó la cintura para aferrarla por la mandíbula y plantarle un beso duro.

Kovać abandonó el dormitorio, decidido a salir de la casa y poner fin al espectáculo. Solo que se topó con Mihajlo en la sala, que le obstruyó el paso.

—No saldrás.

—Papá, hazte a un lado.

—No.

—No voy a permitir que la torture de ese modo. Hazte a un lado.

—No, Lazar. Lo está haciendo para provocarte. Quiere que pierdas el control para tener una excusa para hacerte daño. Sus guardias podrían matarte si vieses que amenazas a su *vojvoda*; le son muy fieles. No te dejaré salir, hijo. No voy a perderte por una estupidez.

—¡Una estupidez! ¡La estaba forzando! ¡Tú no tienes idea de las vejaciones a las que la sometió ese monstruo! ¡No permitiré...!

—¿Quieres que Larysa te vea atacar a su padre y te odie para siempre?

El ánimo combativo de Kovać se desvaneció en el acto.

—Si quieres tener un futuro con la mujer que amas, tendrás que ganarte el corazón de su hija. En caso contrario, la vida se te convertirá en un infierno. Lo digo por experiencia.

—Lo dices porque mamá nunca se ganó a Dragoslav, pero aquello fue distinto.

—Claro que lo fue. Tu hermano es una mala semilla y nadie habría podido ganarse su corazón simplemente porque no cuenta con uno. Larysa es lo opuesto. No obstante, si te ve atacar a quien más quiere en el mundo nunca lo olvidará y se convertirá en tu enemiga. Es muy protectora de Dragoslav, como si intuyese que en el fondo es una pobre alma desgraciada.

Kovać se cubrió la cara con las manos y echó la cabeza hacia atrás. Apretó los dientes y ahogó un grito cargado de impotencia y rabia. Se sentía un inútil, un poco hombre.

—Tal vez ni siquiera tengamos futuro, con la aprobación de Larysa o sin ella —expresó, pesimista.

Mihajlo le colocó una mano sobre el hombro, y Kovać se descubrió la cara para mirarlo.

—Lo tendrán, hijo. Mariyana y tú serán felices.

—¡Abuelo, abuelo! —Larysa lo llamó desde el ingreso—. ¡Nos vamos, abuelo!

—Quédate aquí —ordenó Mihajlo—. No te hagas ver. Recuerda que se supone que Mariyana no sabe que estás en mi casa. Podrías causarle

problemas.

Kovać asintió, con los labios apretados y los ojos desbordados de lágrimas de desaliento.

* * *

—Tengo muy buenas noticias —dijo Yura a modo de saludo cuando Vuk y La Diana ingresaron en su despacho—. Los últimos análisis de Larysa demuestran una casi ausencia de promielocitos en sangre. Creo que por fin el ATRA está surtiendo el efecto deseado.

La Diana soltó un gemido desfallecido y se apretó las manos, embargada de un alivio dichoso que no recordaba haber experimentado antes y que le provocó un aflojamiento de las rodillas. Escuchó que Vuk, detrás de ella, vociferaba un “¡Sí!”. A continuación se encontró entre sus brazos. La besó en los labios y le habló al oído.

—Esto es gracias a ti, a lo feliz que la haces.

La Diana aplicó presión para sacárselo de encima. La científica inuk los observaba con expresión neutral.

—¿Qué significa esto, Yura? —quiso saber—. ¿Que estás en posición de afirmar que mi hija se ha curado?

—Es pronto aún, pero sin duda es un avance enorme y más que positivo. No solo los promielocitos están casi desapareciendo sino que los leucocitos o glóbulos blancos están aumentando de manera sostenida. Su sistema inmunitario se refuerza. Si sigue así, llegará el día en que podremos decirle que se quite la mascarilla.

La Diana sonreía con la vista enturbiada. El rostro oliváceo de Yura se desleía frente a ella, y solo podía afirmar que la científica sonreía.

—Ahora, Diana —expresó la mujer—, tengo todo listo para realizarte la primera ecografía. Es por aquí —dijo, y les indicó la salida.

—Yura, estoy muy preocupada por mi bebé. Cuando me trajeron aquí me durmieron con una droga muy fuerte, y luego volvieron a inyectármela horas más tarde. Tengo miedo de que le haya causado algún daño neuro...

Vuk la aferró por la muñeca y la obligó a detenerse.

—No sé de qué te preocupas. Ese engendro no nacerá.

La Diana le sostuvo la mirada con una expresión carente de sentimientos, ni odio, ni miedo, ni desesperanza, lo cual desconcertó a Vuk. Retorció la mano hasta que la soltó.

—Diana —intervino Yura—, le comentaremos a la doctora Ilić acerca de tu preocupación. Es una gran obstetra.

Iban sorteando las puertas automáticas que Yura franqueaba con una tarjeta. Entraron en un sector muy blanco, con grandes ventanales de paño fijo desde los cuales se apreciaba el parque impecable de la propiedad. La estancia, claramente una sala de espera, le trajo a la memoria la revelación de Svetlana en Camp Bondsteel, durante el interrogatorio con Madeleine Reardon, Celhia de Lasieux y Dorianne Jorowsky. “Me tenían en una habitación amplia, blanquísima y muy luminosa. Había una enorme contraventana que daba a un parque al cual se me permitía salir a diario. El parque era extenso, parecía no tener fin.” En tanto evocaba las palabras de la chica ucraniana, se abrió una puerta y apareció la doctora Ilić, y La Diana se concedió un momento para estudiarla. Poseía un rostro delicado, ovalado y hermoso, de pómulos marcados con femenina elegancia. No comprendía cómo no había notado en la primera oportunidad la belleza suave de esas facciones blanquísimas. Le vino a la mente la descripción que Anna le había dado de la “doctora buena”, pequeña, delicada, rubia, ojos verdes y bondadosos. La Diana estaba casi segura de que la mujer de guardapolvo blanco que tenía enfrente era la elusiva doctora buena. ¿Por qué, si a las chicas traficadas las trataba con afecto y consideración, a ella le destinaba una mirada hostil? ¿Qué mentiras le había contado Vuk para predisponerla en su contra?

Con todo, la doctora Ilić se comportó de manera profesional e irreprochable mientras le hacía la ecografía, incluso le preguntó con un acento menos brusco:

—¿Escucha el latido del corazón?

—Sí —contestó La Diana en un susurro emocionado.

—Es fuerte y regular. El feto está muy bien —dijo—. Por las medidas —añadió—, diría que tiene seis semanas de gestación.

La Diana apretó los párpados y se mordió el labio para contener las ganas de llorar. Su cálculo se confirmaba: lo habían engendrado aquella primera vez en el Sutjeska. Apartó la cara de la pantalla y lloró quedamente, incapaz de controlarse. Habría deseado que Kovać estuviese allí, junto a ella, sosteniéndole la mano, compartiendo la primera ecografía de su hijo. En cambio, un demonio la vigilaba y acechaba al niño como un lobo hambriento a un cervatillo.

—¿Cuándo podremos proceder al aborto? —preguntó Vuk.

—Creí que habíamos acordado que no tenía sentido hacerla abortar —intervino Yura.

—Doctora —habló Vuk—, no creo haber pedido su opinión en el asunto. ¿Cuándo? —repitió en dirección de la doctora Ilić.

—Hoy es sábado, Dragoslav, por lo que el personal se reintegrará al trabajo el lunes. Pero ni el lunes ni el martes podremos practicarle la cirugía pues tenemos otras ya programadas y que requieren de cierta urgencia.

—¿Cuándo?

—El miércoles —contestó al fin la médica.

—Vístete —le dijo a La Diana de mal modo—. Te espero fuera.

Las tres mujeres se quedaron solas. La Diana se quitó el gel del vientre con las servilletas de papel tisú que le entregó la doctora Ilić y se incorporó con un peso en el alma.

—No voy a abortar a mi bebé —declaró—, y si usted, doctora Ilić, se presta para este delito, la destruiré.

—Yo solo cumplo órdenes —alegó y, sin mover la cabeza, dirigió los ojos hacia el costado y hacia arriba.

La Diana siguió la línea visual y descubrió una cámara en el techo, bien camuflada en el plafón.

—Usted comete un delito —insistió con la misma severidad para no delatar la sorpresa que había significado que la mujer le indicase que estaba siendo vigilada. ¿Eso implicaba que la ayudaría?

Se vistió en silencio. Antes de salir del consultorio, se volvió para preguntarle:

—¿Qué es usted de Aleksandar Ilić?

—Es mi padre.

Se la quedó mirando, desconcertada por la información.

—Lo siento —expresó La Diana sin pensar.

—¿Lo siente?

—Vamos, Diana —intervino Yura Christiansen.

—¿Por qué dice que lo siente? —La doctora Ilić se aproximó con aire agresivo—. Sepa que mi padre es un altruista y filántropo, un benefactor de la humanidad que solo piensa en curar sus males y enfermedades.

—En ese caso —dijo La Diana—, le pido disculpas. Estamos hablando de dos personas distintas.

Salió del consultorio con Yura por detrás. En la sala de espera se encontró con una muchacha sentada en la hilera de asientos. De pie, a un

par de metros, un hombre armado la custodiaba. Se percató de que apoyaba las manos en un vientre apenas abultado. La joven alzó la vista, y a La Diana la impresionó la tristeza que comunicaban sus ojos grandes y oscuros. Un momento más tarde se dio cuenta de que sus facciones le resultaban familiares.

—Hola, Nadia.

—¿Cómo está usted, doctora Yura? —contestó la joven en un inglés de acento duro, que, La Diana decidió, evidenciaba el sustrato serbocroata.

—¿Te verá la doctora Ilić?

—Control de rutina —afirmó.

La Diana la miraba con una fijeza que se habría reputado de impropia. No conseguía apartar los ojos de la chica. Sabía que la había visto antes, pero ¿dónde?

—¿Tienes una hermana que se llama Nuur? —preguntó en el instante en que Yura se disponía a abandonar la sala de espera.

—¡Sí! —exclamó la joven y se incorporó en el asiento.

—¡Quieta donde estás! —la amenazó el guardia, y la joven se volvió pequeña y bajó el rostro.

—Ella está bien, Nadia. De regreso con tus padres en Croacia.

—Gracias —masculló sin alzar la vista.

La Diana y Yura reiniciaron el camino hacia la salida.

—Esa muchacha es víctima del tráfico humano.

—Lo sé —admitió la científica—. Es una de las tantas que usamos como conejillos de Indias para los experimentos de Ilić. En el caso de Nadia, en realidad, es al feto al que debemos usar. Es parte del desarrollo de un superhombre. —Yura le aferró la mano con disimulo y se la apretó—. Ya no lo tolero, Diana —confesó en un hilo de voz—. Si no fuese por mi hija...

—Ten fe, Yura. No desfallezcas. Pronto acabará esta pesadilla.

* * *

La Diana entró, presurosa, en la casa y se cruzó con una joven del servicio doméstico que le indicó que Ivanka y la niña estaban con Anica en la cocina. Sentía la pisada firme y pesada de Vuk detrás de ella y apresuraba el paso para establecer una brecha más grande entre ellos. Solo deseaba cobijar entre sus brazos a Larysa, su pequeña que se abría camino hacia la curación.

Se paralizó bajo el umbral de la cocina al divisarla sobre las piernas de un anciano, mientras le enseñaba las galletas decoradas que habían horneado el día anterior. El hombre era Aleksandar Ilić. Se le heló la cara, y un revoloteo desagradable en el estómago le causó un mareo.

—¡Mami! —La niña la descubrió en el ingreso y se bajó de las rodillas del magnate para correr a su encuentro—. ¡Llegó el abuelo Saša! ¿A que no sabes qué me trajo de regalo?

La Diana se acuclilló delante de la niña y la besó en la frente antes de mirarla con una seriedad intencionada que la pequeña captó de inmediato.

—Amor mío, necesito que ahora vayas con Iva a la sala de juegos. Yo me uniré a ustedes en un momento. —Sin volverse, los ojos inmóviles en los de su hija, ordenó—: Iva, llévala ahora y no salgan hasta que yo lo indique.

—Sí, señora.

La Diana las siguió con la mirada hasta que se perdieron de vista. Se volvió hacia Ilić, que seguía sentado a la mesa, las galletas frente a él y una expresión entre divertida y asombrada. Caminó en su dirección. Dos hombres fornidos, claramente guardaespaldas, le salieron al paso.

—Se los advierto —amenazó La Diana—, si no me dejan llegar hasta ese pedófilo, los liquidaré.

Los guardaespaldas soltaron risas burlonas. Vuk, en cambio, se enfureció.

—¡Mariyana, ven aquí!

—Déjenla avanzar —ordenó Ilić, mientras se ponía de pie con la ayuda del bastón.

Los hombres le franquearon el paso, y La Diana se detuvo frente al magnate, quien, admitió, poseía una estampa imponente. Lo había visto en la televisión y en fotografías; en persona, sin embargo, impresionaba por su altura, elegancia y un rostro de lineamientos severos al tiempo que atractivos. Vestía un traje impecable, y su perfume, una mezcla de cítricos y algo más denso, tal vez mirra o una resina similar, aportaba al aura de criatura inalcanzable que parecía su sello personal. Por otro lado, la sonrisa y la mirada de sus ojos grisáceos se mostraban accesibles y amables.

—Por fin nos conocemos, señorita Huseinovic —dijo, y extendió la mano, que La Diana no se molestó en apretar—. Quiero que sepa que la admiro profundamente —añadió, y dejó caer la mano rechazada.

Imaginar al pequeño Lazar en manos de ese lobo con disfraz de oveja entrañó apelar a su fuerza de voluntad para no destruirlo.

—Ilić —dijo, y el hombre alzó las cejas y pronunció la sonrisa, asombrado—, si vuelve siquiera a rozar con la mirada a mi hija, le cortaré las pelotas y se las meteré por el culo. Esta es mi primera y única advertencia.

—¡Mariyana! —volvió a enfurecerse Vuk, y cuando intentó aferrarla por el brazo La Diana le aplicó un codazo en la nuez de Adán que le quitó el respiro y lo obligó a plegarse sobre sí mismo.

—¡Qué vulgar resultó ser, señorita Huseinovic! —simuló ofenderse el magnate.

—No se equivoque, Ilić, no es una vulgaridad. Es la descripción precisa de lo que le haré.

Antes de retirarse, se detuvo junto a Vuk, que seguía encorvado en el intento por inspirar un poco de aire, y le habló en un tono deliberadamente elevado.

—¿De este modo proteges a la hija que dices amar, dejándola sola con un pedófilo?

Subió corriendo los dos pisos y se precipitó dentro de la sala de juegos, desesperada por llegar a Larysa. La niña, que jugaba con la casita de las muñecas, soltó lo que tenía en la mano y le salió al encuentro. La Diana la abrazó, la estrechó contra su cuerpo y deseó tenerla siempre de ese modo, cerca, protegida, a salvo de los males del mundo.

—¿Qué pasa, mami? —se preocupó la niña, y se rebulló para mirarla.

—Nada, amor mío —mintió La Diana y sonrió—. Estoy feliz porque la doctora Yura acaba de decirme que tus análisis dieron muy bien gracias a la pastilla que tomas todas las tardes. Dieron muy bien, amor mío —repitió, y le acomodó los rizos que le caían al costado del rostro.

—¿De veras, señora? —se emocionó Ivanka.

—Sí, Iva. De veras.

—¡Qué alegría!

La Diana besó la mejilla de Larysa, y luego la otra, y le besó la nariz oculta tras la mascarilla, y la frente, y el cuello, y volvió a empezar por la mejilla, y así, hasta que acabaron las dos en la alfombra haciéndose cosquillas y riendo.

Vuk abrió la puerta con el rostro desencajado y aún rubicundo, y Larysa corrió a sus brazos.

—¡Papi, papi! Mami dice que mis análisis dieron muy bien.

—Sí, cariño —confirmó con voz enronquecida—. Dieron muy bien. Gracias a la pastilla que tomas todos los días.

—Siempre la voy a tomar, papi, porque mami me enseñó a hacerlo. Pero siempre quiero tomarla con mami.

—Siempre la tomarás con mami —ratificó con acento sombrío y una mirada aviesa fija en La Diana—. Quiero hablar contigo.

Larysa alternaba vistazos entre la madre y el padre. La Diana se avino a esbozar una sonrisa y a asentir por el bien de la niña, que corrió hacia ella y la tomó de las manos.

—No tardes mucho, mami. Quiero que juguemos a la casita con el bebote llorón que me trajo el abuelo Saša.

—Volveré pronto, amor mío. Iva —dijo con timbre severo—, Larysa no puede salir de aquí. Y nadie puede entrar. Cierra con llave. ¿He sido clara?

—Sí, señora —contestó la joven deprisa y con una arruga entre las cejas.

Vuk la aguardaba con la puerta abierta. Salieron y caminaron por el corredor devorando los metros de alfombra con el escudo de los Karađorđević. Acababa de confirmar lo que había temido al descubrir el diseño días atrás: esa propiedad pertenecía a Ilić, y Vuk seguía en tratos con él.

—¿Qué vínculo hay entre Ilić y tú?

—Es como un padre para mí.

—¿Solo eso?

Vuk se detuvo y La Diana lo imitó.

—Mariyana, tú me conoces mejor que nadie y sabes que la paciencia no cuenta entre mis virtudes.

—Tú careces de virtudes.

—Ya —concedió Vuk—. Por eso mismo, deja de jugar con fuego. Hasta ahora he querido que las cosas fuesen distintas entre nosotros por el bien de nuestra hija. Pero no he conseguido nada. Y me estoy hartando. Ven —dijo, con simulada cortesía—, quiero mostrarte algo que te convencerá de dejar de jugar con fuego.

Abrió una puerta disimulada en el muro al final del pasillo y lo hizo digitando una clave en un aparato oculto tras un cuadro. No consiguió ver qué teclas presionaba. Ingresaron por un pasadizo frío y bien iluminado hasta alcanzar una sala larga, más bien estrecha, llena de televisores de circuito cerrado y computadoras. Tres hombres se movían de un extremo al

otro haciendo rodar sus butacas, mientras intercambiaban información y comentarios.

—*¡Vojvoda!* —exclamaron, y se pusieron de pie.

—Vuelvan al trabajo —señaló Vuk; a uno de ellos le pidió—: Luka, ubícame a Borenovic. ¿Dónde trabaja ahora?

—Mirko lo reasignó al centro de tecnología y ciencia. Hace trabajos de mantenimiento.

—Ubícalo —insistió Vuk.

—Enseguida, señor.

Se volvió hacia La Diana, y la encontró pálida y tensa. Sonrió, satisfecho.

—Aleksandar me ha referido hace un momento una información que yo desconocía. Creo que te interesará.

La Diana sintió miedo. Ese apellido Borenovic le resultaba dolorosamente conocido. Vuk la aferró aplicando una fuerza excesiva y la aproximó a la pantalla donde el tal Luka tecleaba con rapidez.

—Aquí está, *vojvoda*.

Vuk apuntó con el índice a un hombre vestido con un mameluco azul que apilaba cajas en lo que lucía como un depósito.

—¿Lo reconoces?

La Diana lo había visto solo una vez y desde lejos en la puerta del orfanato, mientras ofrecía dinero a una de las empleadas para que le facilitase el acceso al hijo del cual había abusado durante meses. Era Radovan Borenovic, el padre de Darko. La asaltó una puntada en el pecho, la que, si no frenaba a tiempo, terminaría por robarle el respiro y le causaría un ataque de pánico. Se conminó a guardar la calma.

—¡Lo reconoces! —vociferó Vuk, e incluso los tres muchachos saltaron en sus sillas.

—Sí —contestó, simulando entereza.

Vuk sonrió, asintió y le señaló la salida. Caminaron hasta el tercer piso, donde la invitó a ingresar en su despacho. La Diana estudió el entorno exquisitamente amueblado. La atrajo un óleo de grandes dimensiones con el retrato de un militar engalanado con sus medallas, que sostenía una espada en la mano derecha. Lo reconoció enseguida, lo había estudiado en la escuela. Se trataba de Đorđe Petrović, más conocido como Karađorđe, o Đorđe el Negro, por su tez morena, fundador de la dinastía que había reinado en Yugoslavia hasta la Segunda Guerra Mundial, la dinastía a la cual pertenecía Ilić. Esa devoción por la casa de los Karađorđević ¿era

simplemente eso, una devoción, o escondía algún fin? Viniendo de Ilić, se dijo, dudaba de que se tratase de algo inocuo. ¿Qué se traería entre manos?

—Ahora sabes que el padre del huérfano que tanto te importa trabaja para nosotros —habló Vuk, y la sobresaltó.

—¿Te dijo Ilić por qué le quitaron la tenencia del hijo? —Vuk se quedó mirándola, y La Diana se percató de que se le había crispado la expresión y que cerraba los puños a los costados del cuerpo—. Abusaba de él sexualmente. ¿Te lo dijo?

Lo expresó al tiempo que evocaba las palabras de la fiscal Bosa Dretar. “Entre los depredadores sexuales forman una red internacional a través de la cual se protegen y apañan. Si no, ¿podrías explicarme cómo un campesino pobre como rata de convento que abusaba de su hijo de siete años fue sacado hoy de la cárcel por uno de los abogados más costosos de Belgrado? ¡El tipo cobra quinientos marcos alemanes la hora!”

—Salió de la cárcel gracias al pedófilo Ilić —prosiguió—, para lo cual contrató un abogado de Belgrado al cual un muerto de hambre como Borenovic no habría podido acceder ni en sueños. Y tú, sabiendo que Ilić es pedófilo, ¿dejas a Larysa sola con él? ¿Eres idiota o estás buscando que abuse de ella?

—¿Qué dices! —se enfureció, y extendió la mano para aferrarla por el cuello, pero La Diana saltó hacia atrás y se colocó fuera de su alcance.

—¿Es un pedófilo, Vuk! ¡Pe-dó-fi-lo!

—¿No es cierto! Aleksandar jamás le haría daño a mi hija. La adora como si fuese su nieta.

La Diana soltó una carcajada irónica y vacua.

—Eres un idiota, sin duda —manifestó, en tanto sonreía y agitaba la cabeza—. Y no me digas que no lo sabes, porque lo sabes desde hace treinta años. ¿Te acuerdas de cuando Lazar, apenas un niño de once, te lo contó y te pidió ayuda?

—¿Mentía!

—¿Sabes que no!

—Aleksandar no le haría daño a mi hija —se empecinó.

—Es un depredador. Tarde o temprano cederá a la tentación y abusará de ella. ¡Y le importará una mierda que sea tu hija!

—¿Cállate!

—¿No! ¡No me callaré! Si algo te redimía ante mis ojos era que habías salvado y protegido a mi hija de un destino espantoso, y ahora descubro que

todo el tiempo estuvo a merced de un depredador de niños. —Se llevó las manos a la cabeza y soltó el aire de manera brusca—. Quiero que la revise un médico. ¡Ahora! —gritó al descubrir la mueca desorientada de Vuk—. ¡Quiero que la revise un médico! ¡Quiero que busque señas de abuso en ella!

—¡Larysa jamás, *jamás* —remarcó con los dientes apretados—, está sola! Es imposible que alguien se acerque a ella para hacerle daño.

—¡Eres más idiota de lo que imaginaba! Los pedófilos son psicópatas, Vuk, personas de una inteligencia superior. Se las ingeniará para quedar a solas con ella; entonces, la atacará. ¿Crees que si pusieses a una cabra en la misma habitación que un tigre este se abstendría de devorarla? ¡Ilić es el tigre y Larysa, la cabra! ¿Por qué no lo ves? ¿Por qué permites que ese psicópata te domine?

—¡No me domina!

—¡Te tiene en un puño, Vuk! Hizo de ti la bestia que eres...

Vuk se abalanzó, y La Diana saltó sobre el sillón, pisó el filo del respaldo y cayó detrás con gracia. Acezando, los ojos y la expresión descompuestos, Vuk extrajo la Smith & Wesson que portaba bajo la chaqueta y la apuntó.

—¿Ahora vas a matarme? —se mofó.

Mantuvo el cañón en dirección a La Diana antes de devolverlo al soporte axilar. Alzó la vista y le sonrió.

—No, no voy a matarte. Eres demasiado preciosa para mí y no solo por los óvulos sino porque te deseo. Te he deseado desde el primer día en que puse mis ojos sobre ti. No, no te mataré —repitió—. Pero si no haces lo que digo devolveré el hijo al padre. Te lo juro por la vida de Larysa, Maša. Lo haré. Pondré al huérfano en manos de Borenovic.

El juramento le robó el respiro. Vuk no bromeaba. Un frío que le nació en el estómago se le esparció por el cuerpo y le provocó náuseas. Se le endurecieron los labios y comenzó a inhalar con inspiraciones cortas e irregulares. Le costaba inflar los pulmones.

—Desde ahora en adelante, se hará a mi modo. Ya me cansé contigo. Fui paciente, tan paciente que estoy sorprendido de mí. Tratarás con deferencia a Ilić. Él quiere cenar en familia esta noche. Participarás de la cena, y si llegas a insultarlo o a tratarlo con descortesía cumpliré mi promesa. Y ahora, quiero que volvamos a estar juntos.

—Trae a Darko a vivir aquí —suplicó La Diana con timbre inseguro—. Formemos una familia los cuatro —lo engatusó.

—Ya te dije que no lo quiero cerca de mi hija.

—Larysa está sanando. Su sistema inmunitario será como el de cualquier niño. Ella necesita departir con pares, Vuk. Es por el bien de su desarrollo emocional. La haría feliz y eso...

—¡Basta! —vociferó.

Se quitó la chaqueta con movimientos bruscos y la arrojó sobre el sofá. La Diana supo lo que le esperaba. La doblegó un fatalismo demoledor, y tuvo la sensación de que volvía a ser la jovencita de veinte años a la que Vuk violaba y humillaba tantas veces como se le antojaba. De nada le valdrían su destreza en la lucha ni su capacidad como soldado. El refrán se demostraba sabio, se dijo, mientras recitaba que la cadena se cortaba por el eslabón más débil, y su debilidad era Darko. Hasta ese momento había estado segura de que Vuk no lo habría lastimado; constituía su extorsión más eficaz para mantenerla sumisa. La aparición de Radovan Borenovic cambiaba radicalmente la situación. Vuk no lo asesinaría, pero se lo devolvería al padre. Ella, como mujer adulta, podía manejar y procesar un abuso. Su pequeño Dare, no. Se dijo que lo protegería a cualquier costo mientras observaba a Vuk bajarse los pantalones y los boxers y exponerle con una sonrisa orgullosa su pene erecto.

—De rodillas frente a mí —le ordenó, mientras se acariciaba el miembro enorme y duro.

La Diana se aproximó lentamente con la expresión surcada por un cansancio infinito. Se arrodilló y fijó la mirada en el suelo. Vuk la obligó a alzar la cara y le apretó la barbilla con maliciosa intensidad.

—Tú ya sabes cómo me gusta, Maša. Llegas a rozarme siquiera con los dientes...

—No lo haré —se apresuró a prometer.

—Más te vale, porque a ti no te haré nada. Pero el huérfano...

—Me comportaré bien pero, por favor, prométeme que no se lo entregarás al padre. Prométemelo, Vuk.

—No estás en posición de exigir nada —le recordó, y se sujetó el pene para pasarle el glande humedecido por la cara hasta detenerlo sobre sus labios cerrados—. Engúllelo todo, Maša mía, como tú sabes que me gusta.

La puerta del despacho se abrió súbitamente. Zver y Mirko se paralizaron ante la escena.

—*Jebati!* —insultó Vuk, y se levantó los calzoncillos.

La Diana se puso de pie y se escabulló hacia el otro extremo del despacho.

—¡Qué mierda quieren! ¡No saben que tienen que llamar a la puerta!

—Se trata de una emergencia —explicó Zver.

—¡Salgan de aquí ahora mismo!

—*Vojvoda* —habló Mirko, mientras lanzaba vistazos a La Diana—, tenemos una situación que requiere tu presencia de inmediato.

—¿Qué mierda sucede?

—Uno de los guardias en la garita del ingreso principal mató a su compañero y se pegó un tiro —reportó Zver—, pero antes de hacerlo destruyó el sistema de control. Estamos sin cobertura en una gran zona del perímetro.

—¡Qué!

Vuk y sus hombres abandonaron el despacho sin mirar atrás. La Diana aprovechó para huir. Corrió hasta la sala de juegos. La apabullaba la idea de que Ilić, valiéndose de una argucia, hubiese llegado hasta su pequeña.

—¡Abre, Iva! —pidió, y golpeó la puerta—. Soy yo, Mariyana.

Escuchó la llave que giraba en la cerradura. Ivanka se apartó para permitirle el ingreso.

—Cierra con llave de nuevo. ¿Ha venido alguien?

—Radmila quiso entrar para darle las vitaminas a Lary —comentó la joven—, pero le dije que tenía órdenes precisas y que no podía entrar. Se enojó conmigo —susurró, mortificada.

—Llámala. Dile que venga ahora.

La Diana solicitó que les sirviesen el almuerzo en la sala de juegos, donde permanecieron el resto de la tarde; incluso la niña hizo su siesta allí, en el sofá. Ni Vuk ni Ilić volvieron a molestarlas, y aunque apreció el respiro de unas horas, sabía que la situación se tornaba compleja y peligrosa con el transcurrir de los minutos.

—Iva —la llamó en susurros para no despertar a Larysa.

La muchacha, que limpiaba los juguetes con el líquido antiséptico, dejó el trapo, se quitó los guantes y se aproximó.

—Diga, señora.

—Quiero que sepas algo muy importante: Aleksandar Ilić es pedófilo. — Por la expresión azorada que la chica le devolvía, La Diana confirmó que comprendía de lo que le hablaba—. Lo sé de muy buena fuente. No dudes de mi palabra.

—No dudo, señora —se apresuró a asegurar.

—¿Recuerdas algún hecho en el que Ilić haya tocado inapropiadamente a mi hija?

La muchacha bajó los ojos y permaneció reflexiva.

—A decir verdad, no. Desde que tenía un año, Larysa ha estado conmigo todos los días. No ha habido uno en que nos hayamos separado, ella y yo. De noche, la cuida el *vojvoda*, pero de día lo hago yo. Y le aseguro que su alteza...

—¿Su alteza?

—Así debemos llamar al señor Ilić. Es miembro de la casa de los Karadorđević —justificó con acento admirativo—. Él jamás se ha comportado de manera impropia con la niña, estoy segura —afirmó.

—Nunca, entiéndeme bien, *nunca* Larysa debe quedar a solas con él. Prefiero que la tomes en brazos y echas a correr.

—¡Señora! —se acobardó.

—¿Lo harás?

—Sí, lo haré. Yo, por Lary, daría la vida.

La Diana le apretó la mano.

—Gracias, Iva. Mi hija ha sido muy afortunada por tenerte.

CAPÍTULO XX

El infierno está vacío. Todos los demonios están aquí.

Extracto de *La tempestad*,
de William Shakespeare, dramaturgo inglés
(1564-1616)

En un principio, Eliah Al-Saud se mostró inflexible a la propuesta de Freddie Prescott de participar a las autoridades de la misión de rescate; no confiaba en ellas. El agente inglés le hizo ver la envergadura de lo que tenían entre manos y las posibles consecuencias que el operativo acarrearía, y lo persuadió de poner al tanto al menos a tres personajes de la vida política internacional. La condición de Al-Saud fue que ningún político local lo supiese. Se dio aviso, entonces, al representante de la ONU en Bosnia, Jacques Paul Klein, al secretario general del organismo, Kofi Annan, y al jefe de Prescott, el director del MI6, Richard Dearlove, quien a su vez informó al primer ministro británico, Tony Blair.

—Ellos están tan interesados como nosotros en que esta cuestión se resuelva lo antes posible y sin víctimas que lamentar —le aseguró Prescott, y Al-Saud le lanzó un vistazo difidente.

La desventaja de prescindir de la ayuda del gobierno la constituía el hecho de que no contaban con personal suficiente para afrontar un operativo de esa magnitud. Los hombres de la Mercure se hallaban asignados a distintos contratos en varios puntos del globo y reagruparlos habría llevado un tiempo con el que no contaban. Callum Duncan propuso llamar a sus amigos, los generales Manfred Schell y Ragnar Haraldsson, a lo que Al-Saud prestó su consentimiento. Los generales sugirieron reunir a la tropa de la disuelta Agence y, de manera secreta, trasladarla a Sarajevo.

Los soldados de élite que habían actuado bajo las órdenes de Raemmers y de De Souza y que habían salido airoso de la investigación llevada a

cabo por Schell y Haraldsson aceptaron formar parte del grupo de rescate de su antigua compañera de armas. Antes del mediodía de ese sábado 10 de febrero, ya estaban todos congregados en una casa en las afueras de la capital bosnia que Freddie Prescott les había facilitado para prepararse; allí trazarían la estrategia antes del ataque a los *headquarters* del *vojvoda*. Se alegraron de volver a ver a Arrow. En cambio, cuando apareció Foxtrot a primera hora de la tarde, recién llegado de Odesa, ni siquiera lo saludaron.

Tras una conversación con Al-Saud, Daen van Groen se retiró para darse un baño y comer algo sustancioso. La tropa se reunió en la sala donde habían desplegado los mapas y los planos y ubicado las computadoras. En el aire vibraba la energía tensa previa a un operativo riesgoso y que a todos les resultaba familiar y estimulante.

Al-Saud paseó la mirada por esos profesionales de la guerra. Con casi todos había compartido misiones tras las líneas enemigas. Allí estaba la imponente Hela Hansen, nombre de guerra Odín en honor de su origen noruego. Sonrió al mirar a los ojos al norteamericano Johnny Milford, o Peter Pan, cuyo apodo le calzaba a las mil maravillas pues en cierto modo siempre sería un niño bromista. Los ojos oscuros del argelino Assam Al-Abdel, nombre de guerra Ralph, lo miraron con fijeza; ese no se andaba con vueltas, se recordó. El pragmático Peter Hersey, o Chapel, le hizo la venia militar con una media sonrisa motivada en las memorias que compartían del duro entrenamiento padecido en los Brecon Beacons, en Gales; se habían sostenido mutuamente y superado el desafío que eliminaba a la mayoría. Lo sorprendió ver al paquistaní Murad Sadozai, cuyo nombre de guerra, Faquir, aludía a la resistencia física con que afrontaba cualquier tipo de clima; había creído que no contarían con él; lo hacía de nuevo en su tierra, un pueblo perdido en las montañas de Baluchistán. Se alegró de ver al inglés Richard Beauchamp, uno de los soldados de élite más completos y confiables que conocía; en verdad hacía honor a su sobrenombre, Rocky, pues siempre se había demostrado como una roca sobre la que se podía descansar. La presencia del miembro más antiguo de L'Agence, el sudafricano Siboniso Kamongo, Sibi para los amigos, le provocó una sensación de tranquilidad; su experiencia superaba con creces la de todos los demás. También le dio gusto encontrarse con el israelí Guior Blum, nombre de guerra Mustang, que era de esos profesionales minuciosos que no dejaban nada al azar y que detectaban las fallas del plan como un sabueso olfatea la trufa bajo la tierra. Por último, se topó con la mirada

intensa del inglés Thomas Mayo, nombre de guerra Octopus, a quien rara vez le había ganado una lucha cuerpo a cuerpo.

Faltaban el fiyiano Labalaba Sekonia y el nepalí Manoj Rana, que habían regresado a sus países de origen y que no habrían hecho tiempo para reunirse con ellos. Contando a Nanuk Christiansen, Daen van Groen, Noah Keen y Ulysse Vachal, habían reunido a trece de los más refinados soldados de élite del mundo. Con él y Sanny, que se mostraba intransigente a la idea de permanecer en la casa y seguir la operación desde allí, el pelotón ascendía a quince miembros. En opinión de Al-Saud, el éxito de la misión estaba casi garantizado.

—Les agradezco que hayan respondido con tanta rapidez a nuestra convocatoria —dijo en inglés, el idioma oficial de L'Agence—. Lo saben, pero lo repito: esta es una operación extraoficial. No contamos con el apoyo de nadie excepto de nosotros mismos.

—Como ha sido siempre, Caballo de Fuego —bromeó Johnny Milford, y los demás rieron.

—Peter Pan tiene razón —acordó Al-Saud—, en el terreno *siempre* estamos solos.

—Serán recompensados económicamente —intervino Callum Duncan—. Seré generoso con aquellos que se muestran dispuestos a rescatar a mi sobrina nieta y a su familia.

—No lo hacemos por una compensación —expresó Sibi—. Si alguno de nosotros estuviese en problemas, La Diana no dudaría en lanzarse a rescatarnos.

Se alzó un murmullo de aprobación.

—Sé que sienten animosidad hacia Foxtrot —concedió Al-Saud, y varios miembros cruzaron los brazos sobre el pecho y apretaron los entrecejos—. Sé que se sienten traicionados. Pero resultará clave en esta operación de rescate. Él conoce muy bien los *headquarters* del *vojvoda*. Estuvo ayudando a La Diana todo este tiempo. Ella confía en él.

—Pero finalmente —razonó Thomas Mayo—, el tal *vojvoda* la atrapó.

—¿Cómo sabemos que no nos guiará a una trampa? —intervino Hela Hansen.

—Odín —tomó la palabra Nanuk—, asumo la responsabilidad por la participación de Foxtrot en esta operación.

—Eso no me salvará el culo, Arrow —adujo la mujer.

—Te aseguro que si La Diana no fue capturada antes por el *vojvoda* se debió a que Foxtrot le advertía de cada una de sus intenciones. Finalmente, el *vojvoda* se percató de su doble juego e intentó eliminarlo. Salvó el pellejo de milagro. No corrieron la misma suerte Tango y Diné. Los dos están muertos —expresó, y un silencio pesado se apoderó de la sala.

Apareció Foxtrot, con el pelo húmedo, el uniforme negro puesto y una barra energética en la mano. Las miradas que se posaron en él lo detuvieron súbitamente.

—Diné y Tango la palmaron, pero tú salvaste el pellejo de milagro —desconfió Rocky—. Qué conveniente.

—Si esto es una trampa —Hela Hansen lo apuntó con el índice—, te destriparé vivo. Estás advertido.

Van Groen se limitó a asentir.

—Bien —terció Al-Saud—, ahora que estamos todos les expondremos el plan de ataque que hemos diseñado. —Consultó su Breitling Emergency—. Son las mil quinientas horas. El asalto lo realizaremos a las cero, cero, treinta de mañana, porque, según Foxtrot, en ese momento se hace el primer cambio de guardia. —Al-Saud dirigió la mirada hacia Van Groen, que confirmó con un asentimiento mudo—. Sé que es poco tiempo, pero todos somos profesionales y sabemos actuar bajo presión, sin mencionar que hemos bajado al terreno con menos preparación que la de ahora. Foxtrot —lo llamó—, acláranos algunos puntos.

—Manos a la obra —masculló el holandés, y el grupo se congregó frente al mapa y al plano pegados en el muro.

* * *

George Pearson llamó a la puerta de Mihajlo Milanković apenas pasadas las tres de la tarde. Abrió Kovać, que lo había visto avanzar por el camino de laja. No lo sorprendió que el mensajero de Ilić se presentase, por el contrario, lo esperaba desde que su padre le había advertido de que el pederasta se hallaba en la propiedad.

—Te has convertido en todo un hombre —manifestó Pearson con una sonrisa.

—Ya —concordó Kovać—, y si no te retiras de la casa de mi padre me importará bien poco llevarte dos cabezas y unos veinte kilos y te moleré a golpes.

—Ah, Laza, solías ser un niño dulce y educado. No creo que te convenga tratarme o tratar a su alteza con arrogancia y vulgaridad. Verás, hay algo que es preciso que sepas. Radovan Borenovic vive y trabaja en esta propiedad.

Le creía; por fin confirmaba la sospecha que apuntaba a Ilić como el benefactor de Borenovic, el que le había financiado el costoso abogado de Belgrado. Encima, lo ocultaba en ese sitio que parecía fuera del mundo.

—Pregúntale a tu padre, si no me crees. —Se agachó y miró hacia dentro por el resquicio que se formaba entre el cuerpo de Kovać y el marco de la puerta—. ¡Buenas tardes, Milo! ¿Verdad que Radovan Borenovic trabaja aquí? Creo incluso que colabora en tu equipo de manutención y jardinería, ¿no es así?

—Lo molí a golpes —informó el anciano— y lo eché a patadas. No quiero pedófilos entre mi gente. Mirko lo asignó al centro de tecnología y ciencia. Espero que trabaje lejos de los niños. Yo lo encontré manoseando a una niña de once años.

La respuesta tomó por sorpresa a Pearson, que se incorporó rápidamente, todo rastro de ironía borrado de las facciones que Kovać siempre había encontrado similares a las de una serpiente, quizá por la nariz tan chata y las fosas nasales tan expandidas o por los labios delgados y la boca ancha. Cuestión que con Izia lo apodaban “la víbora”.

—Tienes que venir conmigo, Lazar —indicó Pearson con timbre impaciente—. Si en verdad te importa el niño que deseas adoptar, vendrás conmigo y te comportarás debidamente con su alteza. Él solo desea verte después de tantos años.

Mihajlo le apretó el brazo y lo obligó a volverse.

—No vayas, hijo. No te expongas a la maldad de ese demonio.

—Tengo que hacerlo, papá. Ellos tienen a Darko y también tienen a su padre biológico, Borenovic, que está prófugo de la Justicia por haber abusado de él. Ilić lo sacó de la cárcel y ahora le da asilo aquí. Solo pensar en que ese malnacido ponga las manos sobre mi hijo... No tengo otra opción —concluyó.

Mihajlo asintió y le apretó el hombro.

—Ve, entonces.

Le alcanzó un viejo gamulán, que Kovać se echó encima antes de ponerse en marcha tras el asistente de Ilić. Los siguió con la vista y escuchó cuando Pearson les indicaba a los guardias:

—Ya no es necesario que mantengan la vigilancia aquí. Lazar se hospedará en la casa grande.

Mihajlo se sentó a la mesa de la cocina y se pasó un buen rato escribiendo en un bloc de notas, que finalmente guardó, junto con el lápiz, en el bolsillo de la campera. Se aprestó para salir. Caminó a paso tranquilo hacia la explanada donde se estacionaban los automóviles eléctricos que se empleaban para trasladarse por la propiedad, al menos por las zonas permitidas, puesto que había un sector prohibido con un cerco de alambre electrificado y guardias que lo rondaban las veinticuatro horas del día. Dragoslav una vez le había dicho que en el edificio que se avistaba en la lejanía y tras el alambrado se experimentaba con radiactividad; de allí las medidas de seguridad extremas.

Ningún guardia lo detuvo mientras conducía al centro de tecnología y ciencia. Tampoco le impidieron franquear el ingreso. Cruzó la recepción, saludó a la muchacha que se hallaba tras el mostrador y subió al ascensor sin sufrir demoras ni interrogatorios. Marcó el segundo piso; a esa hora, se recordó, la doctora Yura se encontraría en el laboratorio. Nadie accedía a ese sector a menos que contase con una tarjeta que lo habilitara. Apretó el botón del portero eléctrico para anunciarse. Lo atendió el doctor Paddington, que le informó que la doctora Yura se hallaba en el laboratorio de bioseguridad nivel cuatro. Mihajlo sabía, porque la mujer se lo había explicado, que existían pocas instalaciones como esa en el mundo y que se trataba de un recinto completamente aislado, con una presurización negativa y dentro del cual los científicos debían vestir trajes similares a los de un astronauta cuyo empleo requería de un entrenamiento especial para evitar la claustrofobia y morir ahogado, o bien a causa de un virus letal como el ébola o el Marburgo debido a que, dominado por un ataque de pánico, el científico se descubría la cabeza dentro del laboratorio.

Admiraba a la doctora Yura por la valentía que demostraba en cada oportunidad que se metía dentro de ese traje presurizado e ingresaba en el sector donde la mínima falla podía costarle la vida. El simple empleo de instrumentos metálicos implicaba un alto riesgo. Por ejemplo, le había comentado que, para cortar material biológico con alta precisión, utilizaba un bisturí de diamante, la herramienta más afilada sobre la faz de la Tierra.

La esperó casi una hora y media. La habría esperado el tiempo que hubiese sido necesario. La mujer se apareció con el cabello mojado y oliendo a químico. No lo sorprendió; sabía que, tras quitarse el traje NRBQ,

por defensa nuclear, radiológica, biológica y química, se sometía a una ducha especial.

—Don Mihajlo —lo saludó Yura—, justo hoy preguntaba por usted. Hace un par de días que no lo veo.

—Quería hablarle de una humedad de la que me han advertido en el laboratorio del primer piso. ¿Podemos ir a su despacho? —Con disimulo, le señaló la cámara detrás de él.

—Por supuesto. Sígame.

Subieron al ascensor y descendieron en el último piso. Caminaron por el corredor sin toparse con nadie. Dentro del despacho de la científica también había cámaras, por lo que Mihajlo tomó asiento frente al escritorio, en la butaca para los visitantes, y se cuidó de mantener las manos ocultas. Mientras hablaban de la humedad y de los peligros de enfrentar un problema de esa índole en un ambiente tan cuidado como el de un laboratorio, Mihajlo, aprovechando sus brazos largos, depositó la nota sobre las rodillas de Yura, que ni siquiera se inmutó y siguió disertando acerca de las medidas higiénicas y de seguridad. En un hábil movimiento, desplegó el papel sobre sus piernas. Echó la espalda hacia atrás, se colocó en actitud meditabunda con un codo sobre el brazo de la butaca y la leyó.

* * *

Kovać entró en la mansión y se dio cuenta de que la semejanza con la de Smederevo no se reducía a la fachada; el interior también presentaba rasgos y decoración similares. El aroma le resultó el mismo, y fue ese aspecto el que lo hizo retraerse en el umbral. Lo asaltaron las memorias de los años de miedo y vejaciones y se quedó paralizado en la entrada.

—Vamos —lo instó Pearson—, su alteza te espera con ansias.

Pronunció mentalmente los nombres de los seres que amaba para reunir la fuerza que le permitiría subir las escaleras. “Diana, Darko”, repetía con cada escalón que superaba. Seguía a Pearson y a los guardias por un largo corredor alfombrado y por momentos experimentaba el mismo pánico de cuando tenía once años. Todo volvía a comenzar. En aquella época había quedado expuesto a ese demonio de Ilić a causa de su propia vulnerabilidad; en el presente, era la de su hijo la que lo echaba a las fauces del depredador. Un repentino e inesperado sentido del fatalismo le confirió la entereza para afrontar lo que se encontraba tras la puerta delante de la

cual Pearson se había detenido y a la que llamaba con golpes suaves. En esa instancia, el sacrificio que le tocara realizar valdría la pena si conseguía mantener a salvo al hijo que Diana y él amaban.

Reconoció la voz que los invitaba a entrar, y un espasmo desagradable le golpeó el pecho y acabó convertido en un pitido en los oídos.

—Permanezcan aquí fuera —indicó Pearson a los guardias; a Kovać le hizo el ademán de que entrase.

Se trataba de una habitación enorme, con dos juegos de sofá y sillones, un escritorio de caoba de grandes dimensiones y una biblioteca que se alzaba del piso al techo y que cubría dos de las paredes. Un fuego ardía en el imponente hogar de mármol blanco de Carrara. Los leños incandescentes soltaban un agradable aroma a resina. “Pino de Alepo”, se acordó, pues era la madera preferida de Ilić, que por su alto contenido de trementina ardía fácilmente y perfumaba el ambiente; incluso quemaba las piñas.

Ilić se puso de pie, depositó el libro que leía en una mesa de café y avanzó hacia él. Kovać luchó contra el miedo y el asco. Seguía siendo imponente pese a sus setenta años, y la mirada no había perdido nada del frío sarcasmo que la caracterizaba. Confirmó que el hombre que lo había torturado de niño aún era el mismo cruel bastardo de tres décadas atrás. Y confirmó también que seguía temiéndole.

—Gracias, Georgie —dijo Ilić, y el timbre de su voz le causó de nuevo el espasmo en el plexo solar—. Puedes retirarte.

—Con su permiso, alteza.

Pearson cerró, y en la habitación reinó un mutismo apenas alterado por el crepitar del fuego. Ilić avanzó con una sonrisa, y Kovać sometió el instinto que le susurraba que echase a correr. El hombre se detuvo a una distancia que le resultó insoportable por lo cercana, apenas dos pasos. Lo sobrecogió un sentimiento de irrealidad pues jamás creyó que volvería a enfrentarse a él.

—Eres más alto que yo —comentó Ilić con acento entre divertido y ufano, como si lo enorgulleciese que lo hubiese superado.

Kovać, tenso, las mandíbulas apretadas lo mismo que los puños, se empeñaba en un silencio hostil. Poco a poco, a medida que las imágenes lo atormentaban, se le iba alterando el pulso, y las inspiraciones se le volvían rápidas y superficiales. Lo asqueaba que lo mirase de ese modo, como apreciándolo, como si estuviera estudiándolo y obteniendo placer al hacerlo.

—Sí, has crecido bien, como lo esperaba —repitió Ilić—. Conservas la belleza inverosímil de cuando eras niño. Ni siquiera la barba la mancilla —afirmó con un timbre que provocó un vuelco en el estómago de Kovać.

Apartó la cabeza y retrocedió velozmente cuando el magnate intentó acariciarle la mejilla.

—No me toques. No creo ser capaz de soportarlo ni siquiera por el bien de mi hijo.

Ilić, tras un instante de sorpresa, asintió y regresó al sillón.

—Ven, Laza, siéntate junto a mí.

—Prefiero permanecer de pie.

—Pero yo deseo que te sientes a mi lado —reiteró, y le lanzó un vistazo que Kovać conocía al dedillo.

Obedeció. Se aproximó a paso lento y se ubicó frente a él. Le sostuvo la mirada.

—Cuéntame qué ha sido de tu vida, querido Laza.

—Conoces mi vida perfectamente.

Ilić rio entre dientes y asintió.

—La conozco desde que descubrí dónde estabas después de hacerte buscar durante años. Lo supe gracias a que te ordenaste sacerdote y que apareciste en el radar. Antes de eso eras invisible. Cuéntame antes de eso, quiero saber. ¿Cómo te las arreglaste con solo quince años?

—¿Qué es lo que quieres, Aleksandar? ¿Por qué no nos dejas ir a mi familia y a mí?

—Yo no fui quien los trajo aquí —se defendió con aire irritado—. Si estás vivo es gracias a que le prohibí a Dragoslav que te tocara un pelo. En caso contrario, ya te encontrarías tres metros bajo tierra.

—Entonces, ayúdanos a escapar de las manos de ese psicópata.

—Ah, no puedo, querido Laza. Han visto demasiado. Además, tu hermano jamás permitiría que lo separasen de la mujer de su vida, la madre de Larysa. Está loco por ella. —Una sonrisa macabra le fue estirando los labios—. ¡Qué ironía del destino que tú y él se enamorasen de la misma jovencita! La conocí, ¿sabes? Un beldad, sin duda. Pero muy vulgar. Me dijo que si osaba rozar con la mirada a Larysa me cortaría los huevos... No, empleó otra palabra. Pelotas. Eso es, que me cortaría las pelotas y me las metería por el culo.

—No estaba bromeando —lo previno Kovać.

—Eso mismo dijo ella, que solo estaba describiendo lo que me haría. Y, por lo que refieren de esa mujer, sería muy capaz de cumplir con su promesa.

—No puedes tenernos aquí para siempre.

—¿Eso crees? Disiento. Puedo y lo haré. Lo primero que necesito que me digas —alzó la vista y la clavó en la de Kovač—, y nunca pierdas de vista que tengo al niño y tengo al padre... Como te decía, lo primero que necesito saber es dónde escondes a Svetlana.

—¿Ella es parte de uno de tus experimentos?

—Oh, hablaremos largo y tendido acerca de eso durante la cena. He invitado a la doctora Yura y al doctor Paddington, los mejores científicos con que cuenta la humanidad en este momento. Y los dos trabajan para mí.

—Son tus prisioneros.

—A veces es preciso arribar a medidas extremas por el bien de un fin supremo. ¿Dónde está Svetlana?

—Dudo de que siga en el mismo lugar dada nuestra desaparición.

—Dímelo, Laza. No volveré a pedirte.

—En una hacienda en Ruán —claudicó por fin, convencido de que Al-Saud ya la habría sacado de allí.

Ilic se mantuvo imperturbable y lo contempló largamente.

—¿Conque una hacienda en Ruán? ¿Dónde exactamente?

—Desconozco la ubicación precisa. Me llevaron hasta allí solo una vez. Sé que está a las afueras de la ciudad.

—¿Quién es el propietario?

—Eliah Al-Saud —respondió, y captó el efecto que su contestación tuvo en Ilic, cuyo gesto ya no se mostró tan imperturbable; se acomodó en el sillón—. Veo que el nombre no te resulta indiferente.

—Conozco al príncipe Kamal Al-Saud —manifestó Ilic—. Sé que tiene un hijo llamado Eliah, gran piloto de la fuerza armada francesa.

—El mismo.

—El príncipe Kamal —retomó, circunspecto— es un hombre muy influyente en los dos mundos, el de Oriente y el de Occidente, de los pocos que conocen el problema de los recursos energéticos del planeta. —Se golpeó ligeramente la rodilla para indicar un cambio en el discurso y en el ánimo—. Bien —dijo—, es muy probable que Al-Saud la haya sacado de Ruán y escondido en otro sitio. Mejor será dejar ese asunto en paz.

Se puso de pie, y Kovać lo imitó al instante, no en un gesto de cortesía sino porque detestaba la posición de vulnerabilidad.

—Como te comentaba, he organizado una cena para celebrar que he vuelto a reunir a mis hijos. Estoy viejo, Lazar, y quiero a mis hijos junto a mí durante mis últimos años.

—Tú no tienes hijos.

—Oh, pero los tengo. Y los amo.

No polemizaría con un demonio artero y mentiroso.

—Quiero a Darko conmigo —exigió.

—Veremos —contestó el magnate de modo elusivo—. ¿No tienes miedo?

—¿Miedo? ¿De qué?

—De abusar de él.

—¿De quién? —se escandalizó Kovać—. ¿De Darko?

—De Darko, claro.

—¿Por qué abusaría de Darko o de cualquier otro niño? Los niños solo despiertan en mí el instinto de crianza y de protección.

—Oh, pero ya sabes lo que se dice, querido Laza. Que los abusadores se convierten en tales porque fueron abusados de niños.

—Es un mito que la psiquiatría y la psicología han descalificado tiempo atrás. Y tú eres el vivo ejemplo de eso, pues, según afirmaste una vez, tus tutores y empleados fueron buenos contigo.

—Cuando dije que me habían tratado bien no estaba excluyendo el hecho de que me hubiesen enseñado a disfrutar de mi sexualidad a una temprana edad, que es lo que quise hacer con ustedes, contigo y con Izia.

Al oír el nombre de su primer amor de boca del hombre que la había asesinado, se apoderó de él una rabia letal. Su mirada se detuvo en el soporte de bronce del cual colgaban unas pinzas, una pala, una escobilla y un atizador. Unos diez pasos, calculó, y este último habría podido convertirse en el arma que habría destruido al demonio que le había arrebatado la vida con solo diecisiete años.

Ilić continuaba pensativo, completamente ajeno a los impulsos asesinos de Kovać. O no, se contradijo Kovać, pues a ese depredador no se le escapaba nada y, al igual que un animal, poseía los sentidos aguzados. Como si le leyese la mente, el magnate se acercó al soporte, tomó el atizador y reavivó el fuego. Se volvió hacia Kovać y le sonrió.

—Es cierto —admitió con un suspiro—, no sé de dónde surge el deseo que me despierta un niño. ¿Tú lo sabes, querido Laza, que eres tan reputado

psicólogo?

—Se desconoce el origen —respondió de manera cortante.

—¿Ninguna teoría? ¿Nada de nada?

—Estoy seguro de que tú, como amante de las ciencias, sabes tanto como yo al respecto. Debes de haber investigado tu propia condición.

—Condición —repitió Ilić con timbre irónico—. Lo haces sonar como una enfermedad, Lazar.

—Es una perversión.

—Eso sostienen algunos —concedió—. Pues te diré que hay dos corrientes en cuanto a la explicación del deseo sexual por los niños. Una afirma que un pedófilo se hace y la otra que nace así. Como psicólogo, podrías entrevistar a Borenovic e interrogarlo para definir cuál de estas corrientes juzgas más certera. A mí ya me conoces muy bien. ¿En cuál me encuadrarías?

—Eres un psicópata. Solo un ser perverso puede sentir atracción sexual por una criatura inocente.

—Es más que la atracción sexual —habló Ilić, sin sarcasmo—. Verás, los niños son seres refulgentes, poseedores de una energía vital tan pura como no hay sobre la faz de la Tierra, algo así como un elixir de la eterna juventud, que se comienza a perder con la llegada de la pubertad. Algunas personas, entre las que me encuentro, podemos ver esa aura, podemos sentir su poder; entonces, la tomamos. Tú, por ejemplo, eras una fuente de pura energía, de la más poderosa que yo haya visto jamás. A veces volvía a Smederevo solo para sentarme en mi ventana y verte jugar en el parque. No me cansaba de hacerlo. Eras mágico. Solo mirarte y ya sentía paz. Y deseo —añadió tras una pausa—, lo cual, lo sé, es un contrasentido.

—Me das asco —espetó Kovać con el gesto crispado y los ojos en llamas.

—Ah, qué pena —fingió desilusionarse Ilić—. Qué pena que no seas capaz de ver lo que veo, de compartir mi filosofía.

—Prefiero morir antes de dañar a otro ser humano, ni que hablar de un niño.

—Ahí radica el error de tu análisis, Laza. Yo no los daño. Simplemente tomo su energía, que a ellos les sobra, y a cambio les permito experimentar su sexualidad libremente. Todavía recuerdo la primera vez que sentí esa necesidad apremiante, la de hacerme de esa energía. Se trataba de un niño

de ocho años; yo tenía trece. Era el hijo de una de las empleadas de Smederevo...

—¡Cállate! ¡Me repugnas! No quiero escuchar acerca de tus perversidades. Y te advierto, si llegaras a entregarle a Darko a Borenovic no habría nada que me detuviese para destrozarte.

—No me amenes, Lazar. Tu posición en esta casa y la de tu mujer dependen de que yo conserve el buen humor, y tu hostilidad me está cansando, a decir verdad. —Le echó un vistazo displicente de arriba abajo—. ¿Qué son esos trapos que llevas? De tu padre, estoy seguro. Nunca tuvo buen gusto, el pobre hombre. —Se dirigió a paso rápido hasta el escritorio y apretó la tecla del intercomunicador—. ¿Georgie? Ven. —Se volvió hacia Kovać y le sonrió—. Sé bueno y ve a tu habitación. Te haré llevar algunos de mis trajes para que los pruebes, lo mismo camisas, zapatos y accesorios. Se les practicarán los ajustes necesarios. Dos de las empleadas son hábiles costureras. Tendrán que bajar el ruedo de los pantalones y darte un poco de movilidad en las axilas. Tienes los hombros tan anchos —comentó—. Has desarrollado un cuerpo escultural. —Cambió el tono por uno autoritario, un ardid que Kovać le conocía bien—: Te quiero de punta en blanco para la cena. Y aunque me resulta muy atractiva esa barba, quítatela. Quiero ver tu rostro perfecto completamente limpio.

George Pearson golpeó y entró sin esperar la autorización.

—Georgie, acompaña a Lazar a su recámara, la que está junto a la mía. Llévale unos cuantos de mis trajes y ocúpate de que se aparezca presentable a la cena. Haz que alguna de las muchachas le corte el pelo, bien al ras, como a mí me gusta, de modo de revelar los lineamientos de su cabeza perfecta.

—Como ordene, alteza.

—¿Avisaste a todos que es a las veinte horas?

—Sí, alteza.

—Bien, bien. —Giró hacia Kovać—. Tengo una sorpresa para ti esta noche. No podrás creer a tus ojos.

* * *

Transcurrió el resto de la tarde con Larysa. Jugaron con la casita de las muñecas y tuvo que soportar la infatuación de su hija por el bebote que el “abuelo Saša” le había traído de regalo. Aunque si lo meditaba bajo una luz

más imparcial, el cariño de Larysa por Ilić ponía de manifiesto que no había ejercido violencia sobre ella.

A las siete comenzó el rito para la ingesta del ATRA, para lo cual la niña exigió la presencia del abuelo Milo y de su padre. Consiguieron que Mihajlo fuese, pero Vuk seguía ocupándose del grave problema suscitado en la garita apostada en la entrada de la propiedad y se limitó a hablar por teléfono con la pequeña, que asentía con carita compungida.

—Dile sí, Lary —la conminó Iva—. Tu papá no está viéndote.

—Sí, papi —contestó la niña con voz apagada—, me portaré bien.

—Lo sé, cariño. Eres la mejor niña del mundo. Estoy orgulloso de ti. Ahora pásame con mami —pidió Vuk, y Larysa entregó el teléfono a La Diana.

—Dime.

—La cena con Ilić es dentro de una hora —informó Vuk—. Quiero que seas puntual y que lleves un vestido de noche. Tienes varios en tu cambiador. Te quiero despampanante.

—¿En una hora? Estaré dándole de cenar a Larysa.

—Ivanka se ocupará como lo ha hecho durante estos últimos cinco años. No me presiones, Maša. Te aseguro que este es el peor momento para hacerlo. Dale el ATRA y ve a cambiarte. A las ocho, pasaré a buscarte por tu habitación.

La Diana cortó y permaneció de espaldas a su hija mientras apretaba el teléfono contra los labios hasta sentir dolor.

—¿Estás bien, querida? —se interesó Mihajlo.

—Sí, gracias —contestó, y al volverse forzó una sonrisa—. ¿Cómo está Lazar? —preguntó en un susurro.

—Está aquí, en esta casa. Ese malnacido de Ilić lo mandó llamar para que se instalase en una de las habitaciones. No sé en cuál —añadió.

La alegría que significaba saberlo cerca se vino abajo ante la imagen de su amado Lazar teniendo que soportar al pederasta que lo había violado durante años. ¿Cuándo acabaría la tortura?, se descorazonó. ¿Por qué el destino los sometía a una prueba tan dura? La fuerza se le estaba agotando y dudaba de que resistiría hasta la semana siguiente. Tenía la impresión de que dentro de ella una bomba marcaba el paso de los segundos y que más temprano que tarde estallaría, provocando una gran tragedia, pues ¿cómo haría para tolerar que Vuk volviese a someterla? ¿E Ilić? ¿Lo intentaría con Kovać? Ahogó una exclamación cuando se le ocurrió que podría servirse de

Darko. En un acto automático, se llevó la mano izquierda hacia el costado derecho de la espalda y pronunció en silencio el nombre de San Miguel Arcángel.

—¿Te sientes bien, querida?

—¿Qué pasa, mami? —se preocupó Larysa como si olfatease su desesperación, y se posicionó frente a ella.

—Nada, amor mío. Una simple contractura en la espalda. Habré hecho un mal movimiento —inventó.

Larysa tragó sin inconveniente la medicina, y eso bastó para alegrarla. Logró convencerla de que se bañase y cenara sin ella, solo con Ivanka, cuando le contó que tenía una cita con Vuk, que debía ponerse linda y que, antes de bajar al comedor, pasaría a mostrarle el vestido de gala.

* * *

En tanto se daba una ducha rápida, Vuk meditaba acerca de los acontecimientos del día, en especial sobre la catástrofe que se había desatado en el puesto de control del ingreso cuando uno de los guardias, en un posible ataque esquizofrénico, asesinó a su compañero y se quitó la vida, pero antes destruyó con la culata del fusil la consola de mando y varios televisores del circuito cerrado. Los chispazos causaron un incendio. Cuestión que una gran parte del perímetro se hallaba sin cobertura debido al corto circuito. Si bien los técnicos estaban trabajando contrarreloj, no precisaban aclararle que la reparación no estaría lista sino hasta el día siguiente. Había redoblado las rondas con guardias y perros; no podía hacer mucho más.

Se vistió deprisa con un traje azul noche y caminó a largas zancadas hasta la habitación de Mariyana. Deslizó la tarjeta por el lector y entró. La halló de espaldas, frente al espejo de cuerpo entero, mientras se cepillaba el largo cabello negro, tan negro como el vestido que había elegido y que le sentaba como un guante. Aunque no era experto en vestimenta femenina, saltaba a la vista que se trataba de un atuendo de calidad y que le destacaba las curvas del cuerpo, en especial los senos, que parecían desbordar el escote. Tuvo una erección y, ciego, fue a ella y la abrazó por detrás. Le besó el cuello y la obligó a darse vuelta.

—El negro te sienta de maravillas —la lisonjeó.

—Elegí el negro porque me siento de luto.

Vuk rio y ajustó aún más los brazos en torno a su cintura.

—Abrázame —le pidió

—No seas ridículo —replicó ella, y se lo sacudió de encima—. Vamos —ordenó, mientras se alejaba hacia la puerta—. Le prometí a Larysa que, antes de bajar, le mostraría el vestido.

—No tenemos tiempo. Faltan tres minutos para las ocho.

—Me importa un cuerno, Vuk. Le prometí a mi hija que iría a mostrarle el vestido y lo haré. Si tu amigo el pederasta se enoja, peor para él. Ojalá le dé un infarto y muera.

Vuk avanzó hacia ella, y La Diana, inestable sobre los tacos, retrocedió.

—¿Crees que bromeaba cuando juré por la vida de mi hija? ¿Crees que no hablaba en serio cuando te dije que entregaría el huérfano a su padre? —La sujetó por la mandíbula y se la apretó hasta arrancarle un gemido sofocado—. ¿Crees que bromeaba?

—No —farfulló La Diana—. Sé que no bromeabas.

—Pues parece que sí. Cuidado, Maša. Estoy a punto de tocar el límite.

La Diana asintió bajando las pestañas y se puso en marcha cuando Vuk la tomó por el codo y la condujo fuera. Como siempre, la alegría de Larysa consiguió restablecerle el ánimo.

—¡Mami, eres como una princesa! ¡La princesa más linda del mundo!

—Gracias, amor mío. Pero tú eres la más linda.

—Vamos, Maša. Es tarde.

—Y papi es lindo como el príncipe Felipe, pero sin pelo.

Incluso Vuk, con el humor de perros que traía, soltó una carcajada.

—Iva —habló La Diana—, no te apartes de ella ni un momento hasta que yo regrese.

—Por supuesto, señora.

* * *

Al llegar a la planta baja, Vuk la obligó a que lo tomase del brazo antes de ingresar en un salón cuya puerta La Diana siempre había visto cerrada. Apenas cruzó el umbral, la impactaron las tres arañas de cristal de Murano que producían una luz cálida al tiempo que resplendente en la estancia pintada de blanco con finos bajorrelieves de yeso dorados a la hoja en el cielo raso. El piso de alguna madera noble y costosa destellaba bajo el influjo de las luces.

Larysa Perisić salió a recibirlos, llamativa en un vestido de satén de seda en color dorado. La Diana decidió que, si no se hubiese maquillado tan profusamente, habría parecido una mujer elegante. Al apartar la vista del rostro sonriente de la madre de Vuk, lo divisó enseguida junto a Yura Christiansen y al doctor Paddington. Se le cortó el respiro y el impulso fue correr hacia él, hacia Kovać. Vuk apretó el codo contra el costado del cuerpo y le atrapó el brazo. Empleó un susurro mordaz para advertirle:

—Llegas a aproximarte a él o siquiera a mirarlo, y ya sabes dónde acabará el huérfano.

—Me mentiste —lo acusó—. Lazar está vivo. De Souza decía la verdad.

—Sí, te mentí —concedió Vuk—. Eso no quiere decir —siguió amenazando— que la mentira pueda convertirse en verdad en cualquier momento. No sabes las ganas que tengo de que así sea.

Kovać hizo el ademán de acercarse, y La Diana fue testigo de que Yura se interpuso en su camino y le plantó una mano en el pecho para frenarlo. Le hablaba, pero él solo la miraba a ella, a ella y al brazo entrelazado con el de Vuk. Se le llenaron los ojos de lágrimas al adivinar su padecimiento. “Ten fe, amor mío”, le dijo con la mente. “Pronto saldremos de esta”.

Vuk la tironeó y la condujo hacia Ilić, que le daba indicaciones a George Pearson. El anciano cortó el diálogo con el asistente y les lanzó un vistazo poco amigable. Consultó su reloj de pulsera.

—Perdón por la demora —se disculpó Vuk—. Mariyana había prometido a Larysa que le mostraría su vestido de fiesta.

Ilić asintió con una expresión menos hostil y se volvió hacia Pearson.

—Georgie, por favor, ve a buscar la sorpresa para mi querido Lazar.

* * *

Kovać la vio entrar y la primera reacción fue lanzarse sobre ella para arrancarla del dominio del dragón. La doctora Christiansen lo detuvo. Acababa de referirle que era el prometido de Diana y el padre del hijo que esperaba.

—Está provocándolo, Lazar —lo hizo razonar la mujer—. Quiere que pierda el dominio para tener una excusa para lastimarlo. Recuerde lo que hay en juego.

La científica le hablaba, y él mantenía la mirada fija en los ojos arrasados de su mujer, el amor de su vida, la madre de su primogénito, que también

estaba allí, participando sin saberlo de esa pantomima, tranquilo en el vientre materno, ajeno a la hostilidad que lo circundaba y a los dos demonios que lo acechaban, dos de los más crueles que el mundo había conocido: Dragoslav e Ilić.

Negros pensamientos lo invadían. ¿Su Diana estaría meditando la posibilidad de claudicar y hacer una vida con el padre de Larysa? ¿Así terminaría todo entre ellos? ¿Saldrían vivos de una situación imposible desde el ángulo que se la analizara?

Volvió a la realidad del salón y de esa comedia siniestra. Ilić lo llamó mientras recibía de manos de su secretario el estuche de un violonchelo. Se aproximó con una sonrisa que a Kovać estaba resultándole difícil tolerar.

—Querido Laza, esto es para ti. —Lo extendió—. Tómalo. No querrás que me enoje, ¿verdad? —dijo con fingido buen humor.

Kovać lo recibió y se quedó contemplando el estuche negro.

—¡Ábrelo! —lo urgió Ilić de buen talante.

Se sentó en un sillón, colocó el estuche junto a él de modo vertical y lo abrió con una seguridad que hablaba de la cantidad de veces que lo había hecho. Extrajo el instrumento de madera bruñida y de una tonalidad más clara de lo usual, y enseguida supo que tenía algo precioso entre las manos.

—Es uno de los sesenta y tres violonchelos Stradivarius que existen —declaró Ilić, y se detuvo delante de Kovać—. Manufactura de la propia mano de Antonio Stradivari —se ufanó.

—¿Dónde lo obtuviste? —preguntó Kovać con desconfianza.

—En un remate en Sotheby's, en Londres.

Kovać no le preguntaría cuántos millones de dólares había pagado por esa joya porque, conociendo a Ilić, lo habría juzgado de mal gusto y se habría enfadado. Quería que siguiese de buen humor. Con cuidado y movimientos lentos y medidos, lo giró y se dedicó a estudiarlo.

—Es perfecto —admitió.

—Está recién afinado —comentó Ilić—. Querido Laza, ¿por qué no nos deleitas con tu maestría? Toca mi pieza favorita —exigió sin pausa.

Alzó la vista y se topó con los ojos anhelantes de La Diana. Se había maquillado y llevaba un vestido negro que le volvía conspicuos la cintura afinada y los senos turgentes y generosos. La mano enorme de Vuk sobre la cadera de su mujer estaba convirtiéndose en el desafío más difícil que le habían echado a la cara. Notó que ella se restregaba las suyas y las mantenía delante, como si pretendiese evitar tocarlo aunque fuera por error. Sus

miradas volvieron a encontrarse, y descubrió desesperación y angustia en la expresión de La Diana. “Sé que está obligándote”, trató de comunicarle con el gesto.

Posicionó el instrumento entre sus piernas y comenzó a interpretar la composición favorita de Ilić, la *Suite N° 1 para violonchelo* de Bach, la que había tocado tantas veces para él durante el cautiverio y que se había prometido no volver a tocar.

* * *

La Diana contuvo el aliento cuando sonaron los primeros acordes de la melodía más perfecta que había oído. La desbordó una emoción incontrolable. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se le anudó la garganta. ¿O la emoción que experimentaba se debía a que era la maestría de Kovać la que producía esos sonidos tan armoniosos, delicados y a un tiempo vivos y emocionantes? La expresión de ojos cerrados y ceño apretado de su amado Lazar, el movimiento preciso de sus dedos sobre las cuerdas y el de su mano derecha con el arco, el modo en que acomodaba las piernas largas en torno al instrumento y el recuerdo de la vez que él había tocado para ella, los dos desnudos, sus pieles tibias en contacto, cada aspecto le hacía subir y bajar el pecho de manera acelerada.

La composición alcanzó un clímax que la obligó a llevarse la mano al corazón y pronto terminó. Le resultó demasiado breve, le habría gustado que se extendiese hacia el infinito. ¿Había sido fugaz como amenazaba serlo su tiempo con Kovać? Se mordió el labio para contener las lágrimas. Se habría lanzado a aplaudir y a exclamar “¡Bravo!” como los demás si no hubiese contado con la certeza de que luego Vuk se lo habría hecho pagar.

—¡Bravo! —prorrumpió Ilić—. Rostropovich no lo habría interpretado mejor —afirmó.

Kovać alzó lentamente los párpados, y a La Diana la conmovió que la mirase solo a ella. “*Volim te*”, le dibujó con los labios, segura de que Vuk, posicionado detrás de ella, no la veía. La sonrisa reprimida que Kovać le dirigió bastó para hacerla feliz en medio de tanta zozobra. Estaba arrebatador con ese traje azul oscuro y el pelo cortado al ras. Lo deseó, y la sorprendió la intensidad del anhelo, dadas las circunstancias.

Ilić le quitó el instrumento y lo apoyó contra la pared. Se dirigió de nuevo a su secretario privado.

—Georgie, trae la segunda y más importante sorpresa para nuestro Laza.

La Diana se tensó. El instinto le señalaba que lo que se aproximaba no le gustaría. Siguió a Kovać con la vista; se había puesto de pie, igualmente tenso y expectante.

—¿Nos devolverás a Darko? —lo escuchó preguntar con acento esperanzado, y le gustó que emplease el pronombre “nos”; todavía eran uno solo.

—Algo mucho mejor —aseguró el magnate.

Pearson regresó poco después con una mujer. Se trataba de la doctora Ilić, la doctora buena, como la había apodado Svetlana. Sonreía y se la veía esplendente sin el guardapolvo blanco y con un vestido de encaje gris perla que le revelaba una figura delicada y pequeña. Se había maquillado, y llevaba suelta la cabellera rubia, larga y abundante. La asustó la expresión de asombro que se imprimió en el gesto de Kovać. Contemplaba a la doctora Ilić como si se hallase frente a una aparición sobrenatural.

La mujer avanzaba hacia él y le sonreía, y Kovać, que sabía a quién pertenecía esa sonrisa, no lo aceptaba. Resultaba inverosímil, inadmisible, violaba las leyes de la naturaleza. No podía ser ella. Se trataba de una broma macabra de Ilić, solo que él sabía que estaba frente a su amada Izia. Aun con casi cuarenta y dos años, conservaba la belleza de la primera juventud, la piel traslúcida sin manchas ni arrugas y los ojos de un verde jade con destellos de plata como él no había vuelto a ver. La mujer se detuvo a cierta distancia y lo miró fijamente.

—Laza, ¿me reconoces?

Bastó que hablara para que una corriente lo surcase y le erizase la piel.

—¡Izia! —dijo con una voz rara, afectada por la imponentia del momento.

La Diana lo vio caminar a largas trancadas, pasos ansiosos que lo conducían directo a los brazos de su primer amor, el amor de su vida, gracias al cual había subsistido al cautiverio, el amor cuyo nombre tenía tatuado en el corazón. Se sintió menos que nada.

—¡Izia! —lo oyó susurrar mientras le acunaba el rostro y la estudiaba como si se tratase del objeto más precioso y extraordinario—. Creí que... Oh, Dios mío —balbuceó con timbre quebrado.

—Sí, lo sé, creíste que había muerto.

Kovać asintió. Las lágrimas que le brotaban sin contención le impedían estudiar las facciones tan amadas, tan familiares, y que sin embargo, ahora

que las examinaba de cerca, habían cambiado, habían perdido todo rastro adolescente para transformarse en las de una mujer de una belleza delicada, más bien aristocrática. No podía cesar de mirarla.

—Creo que tienes una competencia, diría, imposible de vencer, querida Maša —se mofó Vuk, y La Diana no halló el ímpetu para apartarlo y hacerlo callar.

La dominaba una debilidad enervante, le flaqueaban las piernas; percibía un sabor amargo en la boca, y el pulso desenfrenado le batía en la garganta. Habría huido, corrido escaleras arriba para refugiarse en el dormitorio de Larysa, en el amor incondicional de su hija, ese que había superado la prueba de un abandono y de casi seis años de separación.

Dejó caer los párpados, no deseaba ser testigo de la escena que se desarrollaba delante de ella, la de Izia y Kovać abrazándose. Él era tanto más alto; la mujer se le perdía en el pecho. Izia le encerraba la cintura y descansaba la mejilla sobre su corazón, mientras él le depositaba un beso en la coronilla.

—¡Bravo! —exclamó Ilić y aplaudió, lo cual imitaron Pearson, Larysa, Vuk y Zver, que acababa de llegar—. El reencuentro de los amantes siempre es la mejor parte de una obra de ficción —expresó el magnate serbio—, tanto más si se trata de una escena de la vida real.

La Diana se crispó al sonido de la palabra “amantes”, y vio que a Kovać también lo afectaba. Se separó un poco de Izia y, sin soltarla, le sonrió con una mueca que comunicaba incomodidad, embarazo tal vez.

—Después tendrán tiempo para conversar —volvió a intervenir Ilić, que tomó a la médica por los hombros y la atrajo hacia él—. Ahora pasemos al comedor. Anica nos espera con una cena especial. Hice preparar el plato favorito de nuestro Laza —anunció con la vista fija en la de Izia, que se la devolvía con una expresión amigable.

—*Pljeskavica?* —tentó la mujer.

—Exacto. Vamos —dijo, y lanzó un vistazo a los demás comensales—. Por aquí —indicó, y lo siguieron fuera del recinto hasta el comedor que La Diana conocía.

Vuk la obligó a volverse hacia él y la sujetó por la mandíbula cuando Kovać pasó junto a ellos de modo de impedirle que lo mirase. Fijó los ojos rabiosos en los burlones de su captor, cada vez más resentida con las circunstancias. La aparición desde el más allá de Izia le resultaba un golpe

que, por ser tan sorprendente, juzgaba el peor, el más bajo de los que había padecido desde que Vuk la había conducido a ese sitio.

Salieron escoltados por Zver y Larysa Perisić, que hablaba sin pausa acerca de París, o eso le pareció a La Diana, que solo pensaba en Kovać y en su antiguo amor recién recuperado. Al ingresar en el comedor, se encontraron con que la flamante pareja ya ocupaba los sitios a la diestra y a la siniestra de la cabecera, desde donde Ilić daba órdenes e indicaciones.

—¡Ah, Draža! —lo llamó al verlo bajo el umbral—. Ven, siéntate junto a tu hermana —ordenó, y señaló a Izia—. Quiero a mis tres hijos cerca de mí. Tu mujer ocupará el sitio al lado de la doctora Christiansen. Y tu madre, la otra cabecera; un sitio de honor —añadió con simpatía, y a La Diana la exasperó la risita estúpida que emitió la mujer—. Tú allí, Zver.

—Sí, alteza.

—¿Y Mirko? —se interesó el anfitrión.

—Recibió una llamada diez minutos atrás y tuvo que salir a atender un asunto urgente. Me pidió que lo disculpase con usted, alteza.

—¿Qué asunto de urgencia? —se impacientó Vuk.

—No lo sé, *vojvoda*. Solo me dijo que volvería más tarde.

—Justo ahora que estamos con ese problema en la...

—Basta ahora, Draža —lo detuvo Ilić de buen modo—. Tomen asiento, por favor.

Se ubicaron de acuerdo con las disposiciones del magnate. La Diana lanzaba vistazos de soslayo a Kovać, sentado frente a ella, tres lugares más allá. Él, sin embargo, solo tenía ojos para Izia. “Está conmocionado”, lo justificó. “Durante veinticinco años la creyó muerta. Debe de haber sido un golpe terrible para él saber que siempre estuvo viva”, trató de convencerse. No obstante, y pese al razonamiento, la infatuación de Kovać la mortificaba y le volvía volátil el de por sí minado carácter. Se vio reflejada en el plato de sitio y se sintió fea.

Alzó la vista y la paseó por el resto de los comensales. Junto a ella se encontraban, de un lado Yura, del otro Vuk, que le sujetaba la rodilla bajo la mesa. Frente a ella se ubicaban Zver, George Pearson y el doctor Paddington, que lucía cansado, con ojeras abultadas y ojos inyectados.

—¿En qué piensa, señorita Huseinovic? —la interrogó Ilić, mientras se apartaba ligeramente para que una empleada le sirviese la entrada—. Luce muy abstraída. Imagino que la aparición de mi hija la ha conmocionado. Apuesto a que Lazar le habló de ella.

—Pensaba en otra cosa —mintió.

Ilić alzó las cejas mientras sorbía agua.

—¿En qué pensaba?

—En que el infierno debe de echar de menos a tres de sus demonios más eficaces, que están reunidos aquí, esta noche, en esta mesa.

Vuk le apretó la rótula con una saña que le impidió sofrenar el alarido, el cual surgió como un jadeo ahogado. Kovać hizo el tentativo de alzarse para socorrerla.

—Quieto, Lazar —amenazó Ilić, y lo retuvo por el antebrazo, que el otro se quitó de encima con un sacudón—. ¿A cuáles demonios se refiere, señorita Huseinovic? Déjala responder, *vojvoda* —ordenó, y los dedos de Vuk aflojaron su perversa sujeción.

La Diana era consciente de que el magnate serbio estaba provocándola, de que su habilidad de psicópata la superaba ampliamente y que saldría lastimada de ese juego. Sin embargo, estaba demasiado dolida, asqueada y turbada para tomarse el trabajo de sofrenar la ira que se había desatado en ella.

—Hable —la presionó Ilić.

—Me refiero a Vuk y a Zver, criminales de guerra, crueles y despiadados. Y a usted, *señor*, capaz de secuestrar y hacer volar un avión o de esparcir el virus de Marburgo con tal de obtener más beneficios para sus empresas.

—¿Cómo se atreve a hablarle de ese modo a mi padre! —se enfureció Izia, y La Diana fue testigo de la expresión estupefacta de Kovać ante la reacción de la mujer.

—¿Y cómo osas llamar criminal de guerra a mi hijo, que es un héroe del pueblo serbio! —intervino Larysa, con la boca llena de pan.

La Diana no escuchaba las quejas de las mujeres, su atención se hallaba fija en Kovać, cuya mueca de azoro iba mutando en una de turbación y ceño profundo. A lo lejos, le parecía oír las carcajadas de Ilić. Pues bien, la acusación lo divertía al muy hijo de puta.

—Silencio, Larysa —la frenó el magnate, repentinamente serio, cuando la madre de Vuk, después de haber tragado, se disponía a reiniciar el ataque—. Y tú, hija —se dirigió a la doctora Ilić con tono paciente—, no te ofusques. Ya sabes lo que los mediocres piensan de los hombres con ideas de avanzada. Ya sabes que los necios no aceptan el progreso. —Devolvió la mirada a La Diana y la contempló con ojos graves—. ¿Eso cree? ¿Que secuestro y esparzo enfermedades para aumentar el beneficio de mis

empresas? —La Diana se limitó a observarlo con terco desafío—. Pero los objetivos van mucho más allá de unos simples beneficios, señorita. ¿Puedo llamarla Maša?

—Llámeme como quiera.

—Gracias, Maša. Como le decía, el fin que justifique los medios deberá ser un fin acorde con la magnitud de los medios empleados, y sinceramente encuentro que aumentar los beneficios de mis empresas de por sí ya muy redituables no justificaría las grandes fatigas en las que me he embarcado. Mis fines son, para una mente limitada como la suya, de imposible comprensión. Por ejemplo, estoy seguro —dijo deprisa— de que todavía está preguntándose el porqué de la guerra que azotó a su país a principios de los noventa y que tan meticulosamente planeamos.

—¿Cómo? ¿De qué está hablando? —se inquietó La Diana.

—Dime, Maša, ¿cuándo crees que comenzó la guerra?

La Diana se quedó mirándolo, desconcertada por el giro que había dado la conversación.

—¿Cuándo? —insistió Ilić.

—El 6 de abril de 1992, cuando se hizo la manifestación en Sarajevo.

Una sonrisa se dibujó en los labios del magnate.

—Eso es lo que el populacho ignorante cree, querida Maša. Pero en realidad la guerra comenzó antes, a principios del 92, cuando le pagamos a Juka —La Diana sabía que se refería a un famoso gánster sarajevita, Jusuf Prazina, un musulmán— para que asesinase al padre de una novia serbia en plena boda, y de ese modo echar el fósforo sobre la paja seca.

—Hallaron el cuerpo de Prazina en el 93 —evocó La Diana—, en Bélgica u Holanda, no recuerdo bien.

—En Bélgica —precisó el magnate—, cerca del límite con Alemania. En un canal —detalló, y suspiró adrede—. No se pueden dejar cabos sueltos cuando la apuesta es tan fuerte y el juego, tan importante. Juka era un hombre inconstante, volátil, impredecible. Poseía la mala costumbre de hablar de más.

—¿Por qué hizo eso? —se pasmó La Diana—. ¿Por qué le pagó a Prazina para que asesinase al padre de una novia serbia?

—En realidad —siguió hablando Ilić, desatendiendo la pregunta—, la guerra comenzó mucho antes, cuando decidimos que la precisábamos para nuestros planes.

—¿Nuestros planes? ¿De qué habla?

—Verás, Maša, la gente *normal* como tú cree que a los países los dirigen sus gobiernos y que la ONU tiene poder. La gente normal cree que la Casa Blanca toma decisiones que afectan al globo. Pero no es así. ¿Has oído hablar del Grupo Bilderberg? —La Diana dijo que no—. Lo imaginaba —expresó el magnate—. Lo fundaron hombres poderosos y muy ricos, los que verdaderamente cuentan en el mundo. Se reunieron por primera vez en el hotel Bilderberg, en Holanda, en el 54. Desde hace varios años, yo ostento la presidencia del grupo. Recibir una de mis invitaciones para participar en nuestras reuniones implica haber ingresado en una esfera en la que todo es posible, como por ejemplo decidir la suerte del mundo.

—O la de Yugoslavia —murmuró La Diana.

—O la de tu patria, sí. La guerra es necesaria para la humanidad. —La Diana ahogó un bufido impaciente y colérico—. Lo es, créeme. Solo después de la destrucción y del caos llegan la construcción y el orden. El nuevo orden.

—Usted es el responsable de la muerte de cientos de miles de personas, incluidos mis padres y mi abuela —afirmó con la vista fija en el plato.

Temía que, si alzaba los ojos y se topaba con la cara de Ilić, echaría mano del cuchillo para carne que se hallaba a escasos milímetros de su mano derecha y lo degollaría sin atender a las consecuencias que caerían sobre Kovać y Darko.

—Lo sé —contestó el magnate—. Sé todo acerca de ti y de la suerte que corrió tu familia durante la guerra, y lo siento. Pero era fundamental para mí contar con un territorio que se hallase absolutamente bajo mi control y el de mi gente de confianza —señaló a Vuk—, un territorio donde las leyes fuesen de avanzada y donde no impidiesen al progreso que se abriese camino. Hay países, en especial los de la Unión Europea, cuyas leyes sobre la manipulación genética son tan rígidas y estrictas que vuelven casi imposible el trabajo en un laboratorio. Era imperativo hacerse de un territorio en el que nadie nos controlase ni nos coartara. Por eso nació la Republika Srpska. Soy un hombre con ideas que no todos están capacitados para comprender.

—¿Como emplear seres humanos para realizar experimentos científicos? ¿Para eso necesitaba una zona franca?

—Lo expones de un modo que resulta chocante —expresó Ilić.

—¡Es chocante! ¡Son seres humanos!

—No es necesario que alces el tono de voz —la reconvino con fingida benevolencia, y La Diana volvió a percibir el apretón en la rodilla—. Todos los laboratorios cuentan con programas para experimentación con seres humanos. Se les paga y reciben muchos beneficios.

—Usted no paga nada. Usted es un monstruo.

Izia, a punto de replicar, cerró la boca cuando Ilić le cubrió la mano y se la apretó ligeramente en tanto esbozaba una sonrisa indulgente.

—Lo mismo pensaban los hombres del Medioevo cuando los médicos de aquella época abrían cadáveres para estudiar el cuerpo humano.

—¡Eran cadáveres! Usted está experimentando con seres vivos.

—El descarte de la sociedad.

—¡*Usted* es el descarte de la sociedad!

—¡Basta! —explotó Vuk, e hizo saltar la cristalería al aporrear la mesa.

—¡Mi padre es un benefactor de la humanidad! —se quejó Izia.

—Calma, por favor. Nada de gritos en mi mesa. Maša, usted tiene una visión muy romántica y poco práctica de la vida. Y lo comprendo pues es así que necesitamos a la gran masa, ignorante y confundida. Pero por ser la mujer del *vojvoda*...

—¡Yo no soy su mujer!

—Oh, pero lo es —la contradijo Ilić—. Y es mejor que se aferre a él y a su protección, de lo contrario no saldrá viva de aquí. Le decía que sus ideas románticas tendrían estancada a la sociedad en el Medioevo. El progreso se abre camino, a veces de modos poco ortodoxos, pero que buscan el bien de la humanidad. ¿Ha oído hablar de las superbacterias? —La Diana asintió—. ¿Qué cree que ocurriría si, de pronto, los antibióticos conocidos por el hombre fuesen incapaces de aniquilar las bacterias perniciosas que nos circundan? La humanidad desaparecería de la faz de la Tierra. Sé que suena al libreto de una película de ciencia ficción, pero no lo es. Resulta alarmante la cantidad de personas que mueren por año debido a bacterias que han creado una resistencia a los antibióticos más potentes.

—Por su culpa —aseguró La Diana—, porque los médicos, corrompidos por los laboratorios como Ouroboros, nos dieron antibióticos como si fuese agua, sin mencionar los que les suministran a los animales que comemos. Por eso ahora nos encontramos en esta situación.

—Puede ser —admitió con una sonrisa ladeada—. Pero ahora el problema existe y hay que resolverlo.

—Resolver un problema que ustedes mismos crearon, y para eso es preciso sacrificar la vida de mujeres y niños inocentes. Sé bien que se sirve del tráfico de personas que lleva adelante Vuk para hacerse de conejillos de Indias humanos. El general Raemmers ya lo había comprendido cuando esos *četniks* secuestraron a Yura y a su hija en el aeropuerto de Edimburgo. Él había atado los cabos y por eso lo mandó asesinar.

—Oh, no —replicó Ilić—, no fue *solo* por eso. En realidad, el general Raemmers constituía un peligro más importante. Él bregaba por la disolución de la OTAN. *Esa* fue su verdadera culpa, su pecado. Verás, Maša, la OTAN es un organismo fundamental del que mis amigos y yo nos servimos para mantener el control de gran parte del mundo. Era inadmisibles que uno de la talla de Raemmers, tan respetado y bien considerado, comenzase a propalar esos discursos sediciosos en el corazón mismo de la institución. El hecho de que se hubiese dado cuenta de que De Souza colaboraba con nuestra empresa Baywatcher y con el *vojvoda* en sus negocios solo sirvió de excusa para acelerar su partida de este mundo.

La Diana alzó la vista, y se encontró con la mirada de Kovać fija en ella. ¡Cómo necesitaba que la abrazase! ¡Cuánto necesitaba el contacto de su cuerpo, la sabiduría de sus palabras! Intentó transmitírselo con el mensaje mudo de los ojos. Carraspeó. Aunque la destrozaba, estaba dispuesta a llevar ese diálogo hasta el final; quería saber.

—¿Cómo estableció el general la relación entre el tráfico y el secuestro de Yura?

—Suponemos que gracias a la misma doctora Yura —conjeturó, y dirigió la mirada hacia la científica para sonreírle.

Yura Christiansen lo contempló con seriedad, y solo sus puños, que se apretaron con determinación en torno a los cubiertos, denunciaron su rabia.

—¿A qué se refiere? —inquirió La Diana.

—A que la doctora Yura le había hablado de mí al general. No con palabras encomiables, estoy seguro. Le habrá comentado que yo la quería para que trabajase en mis laboratorios, pero que se rehusaba por la sospecha de que se experimentaba con humanos. Tal vez a su ex esposo, el doctor Caviel, se le escapó algo al respecto. Era un hombre poco confiable, sobre todo cuando bebía. ¿Es así, doctora?

—Sí, alteza —contestó la mujer inuk.

—Después resultó ser que el general se enteró de mi adquisición secreta de la Baywatcher, del asesoramiento que nos brindaba De Souza, de su

implicación en el tráfico humano en los Balcanes... En fin, era un hombre brillante. Le resultó fácil conectar los puntos. ¡Pero basta de hablar de cosas tan serias! —exclamó con acento alegre, que a La Diana le chocó en los oídos y le causó un estremecimiento—. No has probado bocado, Maša. Vamos, come.

—Una última pregunta —solicitó La Diana, e Ilić se la concedió con un asentimiento de cabeza mientras engullía un trozo de áspic de pollo—. ¿Por qué infiltraron a Nuur en el refugio de Duga Sarajevo antes de que Svetlana se apareciera en la fiscalía de Bosa Dretar? ¿Cómo supieron que terminaría allí?

—No lo sabíamos con certeza —concedió el magnate—. Era una de las probabilidades más plausibles si teníamos en cuenta que Lazar y sus amigas visitaban con frecuencia el cabaret donde trabajaba Svetlana. Todas las chicas habían leído los panfletos que repartían creyendo que nadie se daba cuenta.

Vuk soltó un bufido, luego una risita irónica, y clavó una mirada desafiante en Ilić.

—Sabes que las cosas no fueron de ese modo, Saša.

—Las cosas fueron de ese modo para mí, Dragoslav, y eso es lo que cuenta. Ahora, basta de hablar acerca de cuestiones de trabajo. Quiero que disfruten de la cena.

Había conflicto entre Vuk e Ilić por ese asunto, reflexionó La Diana. Volvió a concentrarse en Izia, que mantenía la vista clavada en Kovać, que a su vez la miraba con una expresión embobada, al menos eso le parecía. ¿Estaría acordándose del testimonio de Svetlana y atando cabos? ¿Estaría dándose cuenta de que su adorada Izia era la famosa “doctora buena”?

¡Qué cansada estaba! ¡Qué harta y asqueada la tenía todo! Quería que esa comedia terminara. Necesitaba alejarse del aura de energía oscura y desestabilizadora que manaba del cuerpo de Ilić lo mismo que un perfume rancio. Él era el culpable de que su país se hubiese desgarrado y desangrado en una guerra fratricida sin sentido. Él era el culpable de una de las contiendas más crueles del siglo XX. Una acidez le trepó por el esófago y le quemó la garganta. Aplacó el ardor sorbiendo largos tragos de agua.

—Amor, ¿estás bien? —oyó que Kovać se preocupaba, y ese simple gesto, el de saberlo atento a ella aun con Izia delante de él, le devolvió en parte la compostura.

—¡No te atrevas a dirigirle la palabra a mi mujer!

Kovać se puso de pie y Vuk lo imitó.

—¡Es *mi* mujer! Si osas tocarle...

—¡Es mi mujer! ¡Yo la desvirgué y la hice mía para siempre!

—¡Tú no la desvirgaste! ¡Tú la violaste! ¡Una y otra vez, maldita bestia!

La Diana ahogó un sollozo, mortificada por la revelación que Kovać había soltado a personas que nada sabían acerca de su destino durante la guerra. Él, al darse cuenta del desliz, reaccionó con furia y rodeó la mesa para enfrentarse a Vuk, que le salió al encuentro.

Ilić chasqueó los dedos en el aire, y los dos guardaespaldas, que se habían mantenido como pedestales a un par de metros de la cabecera, se interpusieron entre los hermanos y los detuvieron. Zver también había abandonado su sitio y sujetaba a Vuk, que luchaba por quitarse de encima las manos que le impedían destrozar a quien más odiaba.

—¡No me toque! —exigió Kovać y sacudió los brazos para desembarazarse de la sujeción del guardia.

—Dije que quería cenar en paz con mis hijos —recordó Ilić con una mueca de hastío—. Por favor, vuelvan a sus sitios.

—No volveré a sentarme a la mesa con ese imbécil —afirmó Vuk.

Izia se quitó la servilleta de la falda, la depositó al costado del plato delicadamente y se puso de pie con elegancia.

—Papá —dijo—, ¿nos permites a Laza y a mí retirarnos? Hemos terminado de comer y tenemos tantas cosas de que hablar.

—Sí, hija. Pero prométanme que mañana tocarán para mí los dos juntos.

—Sí, papá. No veo la hora de volver a tocar el violín con Laza.

—Vayan ahora.

A La Diana se le vino el alma al suelo. Kovać e Izia a solas. Se le acentuó el malestar en el estómago. Aunque si lo pensaba con la mente fría, era mejor que se fuese antes de que se desencadenara una tragedia. Lo volátil del ambiente haría estallar de nuevo los ánimos de Vuk y de Kovać, y solo bastaría una mirada torva.

Izia besó a Ilić en la frente, y La Diana percibió que lo hacía con sincero cariño. Los cuestionamientos la asaltaron repentinamente. ¿Cómo era posible que aún viviese con su torturador y violador? ¿Cómo era posible que lo quisiera? Conjeturó que tal vez había desarrollado algún tipo de síndrome, como el de Estocolmo. Se compadeció de la mujer porque imaginó a la niña que había sido, la que había ayudado a su Lazar a atravesar por ese infierno y salir bastante incólume. Porque todavía era *su*

Lazar, ¿verdad? ¿O lo estaría perdiendo? ¿Qué implicaba la aparición de Izia? No habían tenido tiempo de consolidar la pareja, se conocían desde hacía poco menos de dos meses, y ya se les presentaba un desafío de gran magnitud. ¿Los sentimientos de Kovać tambalearían? ¿Estaría deseando ser libre para volver con su primer amor? No se atrevía a alzar la vista y enfrentarlo. Temía descubrir algo en sus ojos que la devastase. Lo hizo cuando escuchó que Ilić lo llamaba.

Kovać avanzaba hacia la salida, siempre atento a La Diana, que se obstinaba en ocultarse de él bajando la cabeza. ¿Por qué le negaba el solaz de su mirada? ¿Les temía a las represalias de Vuk o se trataba de otra cosa? Se detuvo y volvió sobre sus pasos cuando Ilić lo llamó; entonces, su mujer alzó la vista y lo miró. La palidez de su rostro y la tristeza que comunicaban sus ojos anegados casi lo pusieron de rodillas. Ella le destinó una sonrisa de mentón tembloroso para tranquilizarlo, y el gesto le rompió el corazón.

Ilić le indicó que se inclinase; quería hablarle al oído. No toleraba la cercanía, pero lo hizo, se acercó para evitar enfadarlo. No obstante, cuando intentó aferrarlo por la muñeca, la retiró súbitamente y susurró un “no” acerado; el contacto era, simplemente, inadmisibile.

—Cuidado con lo que le revelas a Izia —advirtió el magnate—. Mucho cuidado, Lazar —repitió con un acento que desenmascaraba su verdadera naturaleza.

* * *

La ausencia de Izia y de Kovać supuso un cambio radical en el ambiente, y aun Vuk se relajó y comió el postre de mejor talante. Hablaba mayormente Ilić y lo hacía para presumir del proyecto que se traía entre manos, el de restablecer la dinastía de los Karadorđević en Serbia y en la Republika Srpska. La Diana, que le habría preguntado cómo pensaba convertir en monarquía a una entidad territorial que formaba parte de Bosnia y Herzegovina, prefirió callar. ¿Estaría planeando otra guerra para anexar la Republika Srpska a Serbia?

—He convencido a mi primo Aleksandar —prosiguió Ilić y aludía al nieto de Alejandro I, rey de Yugoslavia hasta su asesinato en Marsella en 1934— de que se instale definitivamente en Belgrado. Lo hará en pocas semanas. Y en breve conseguiré para él y su esposa la nacionalidad serbia.

Lo veremos entronizado antes de que pase mucho tiempo —profetizó, y Larysa Perisić festejó el anuncio.

Alrededor de las once, se sirvió el café con masas secas, y mientras Ilić elegía algunas del plato que le ofrecía la empleada, Yura Christiansen que, al igual que Paddington, prácticamente no había pronunciado una palabra a lo largo de la comida, expresó:

—Nosotros tenemos grandes novedades, alteza.

Ilić alzó la vista y la aguzó de un modo que a La Diana la impresionó. En ocasiones, cuando dejaba entrever su oscuridad insondable de depredador, le causaba un miedo paralizante. ¿Y su Lazar había tenido que padecerlo durante cuatro eternos años?

—¿De qué se trata, doctora?

—Hemos conseguido perfeccionar el vector integrador creado a partir del principio activo hallado en el veneno de la mamba negra. Hemos realizado varias pruebas exitosas. Íbamos a convocarlo para comunicárselo, alteza, cuando nos enteramos hoy al mediodía de su llegada.

—¿En qué medida han conseguido perfeccionarlo?

—En un ciento por ciento —respondió el científico escocés—. Hemos hecho varias pruebas y superado las fallas del pasado. La certeza al momento de implantar el transgén en la célula es de una precisión pasmosa.

—¿En qué organismo han probado la implantación?

—En la *Annona muricata* —informó Paddington.

—¿La qué? —preguntó Vuk.

—Ese es su nombre científico —explicó Yura—. Se la conoce como guanábana y es el fruto de una planta que se encuentra en las zonas tropicales de América del Sur.

—La guanábana, *vojvoda* —comentó Ilić con timbre orgulloso—, es el futuro para la cura del cáncer. Se ha comprobado que su principio activo, a diferencia de los que se utilizan actualmente en quimioterapia, solo ataca las células cancerígenas, sin afectar a las sanas. El tratamiento con esta droga no le provocaría al paciente ningún tipo de malestar ni la pérdida del cabello. ¡Bravo, doctora Yura! —la congratuló con evidente alegría—. ¡Bravo, doctor Paddington! Esta sí que es una buena noticia.

—Si lo desea, alteza —lo interrumpió Yura—, mañana por la mañana, bien temprano, antes de que lleguen los colegas al laboratorio —aclaró—, nos gustaría mostrarle con el microscopio cómo el vector penetra en la

posición exacta que se desea alcanzar. Pero antes queríamos enseñarle otro avance. En el animalario —aclaró.

—¿Cuál? —Los ojos del magnate saltaban, vivaces, de un científico al otro.

—Se trata del superratón —explicó Paddington—. Gracias al vector de la dendrotoxina —se refería al alcaloide del veneno de la mamba negra— hemos conseguido refinar la implantación del transgén en los embriones. Hemos obtenido una camada superior al grupo control, pero sin los síntomas de agresividad del pasado —anunció con expresión orgullosa.

Ilić apoyó los codos sobre la mesa y se llevó las manos unidas en plegaria a los labios. Observaba a Yura y a Paddington con un destello desmedido y ambicioso.

—¿Cuándo podremos experimentar en embriones humanos?

—Nos gustaría seguir con las pruebas en ratones al menos por un semestre más —adujo la científica inuk—. Nos permitirá contar con...

—Quiero ver todo esta noche —la interrumpió—. No seré capaz de pegar un ojo si antes no veo yo mismo este paso cualitativo que la ciencia acaba de dar y que permitirá salvar tantas vidas. ¿Lo ves, Maša? —dijo, de nuevo oculto tras la máscara afable—. Aunque tú creas que nuestras prácticas son injustas e inhumanas, en realidad solo tienen como objetivo el bienestar del ser humano. Tu hija, por ejemplo, podría beneficiarse si llegásemos a desarrollar una droga a partir del principio activo del fruto de la guanábana o desarrollar un ser humano tan poderoso que ninguna enfermedad lograría abatirlo.

—¿Por qué no se usa ahora la guanábana? —se interesó Vuk—. ¿Por qué seguir con los viejos tratamientos que tanto daño hacen al paciente?

—Porque es preciso incluir ciertos cambios en la planta —contestó el magnate serbio—. Estos cambios son necesarios para manipular su principio activo de manera más eficaz.

—¿O tal vez —intervino La Diana, incapaz de callarse— porque pretende convertir la guanábana en un OMG para luego adueñarse de la planta a través de la licencia?

Ilić iba a contestar con aire benevolente pero calló de pronto cuando Yura se dirigió a Danijela, la empleada que le retiraba la taza llena de café.

—Señorita —dijo en inglés, y como la muchacha se la quedó mirando, confundida, La Diana tradujo—. Pídale disculpas a la cocinera de mi parte.

No he tomado el café no porque no fuese de mi agrado sino porque de pronto me ha atacado una inesperada acidez.

—Lo haré, señora —prometió la empleada.

—Tráigale un Alka-Seltzer a la doctora Yura —terció Ilić.

—Enseguida, alteza.

* * *

Mihajlo Milanković jugaba con un montoncito de migas sentado a la mesa de la cocina de la mansión mientras se limitaba a esperar. Anica y las muchachas estaban alborotadas e iban y venían de aquí para allá mientras servían los platos y atendían la mesa de “su alteza”, como llamaban a Ilić, cuando en verdad era más rastrero que una serpiente. Llegó el momento del café. Observó con atención la preparación de la bandeja, con dos tazas menos.

—Es que la doctora Ilić y el señor Lazar se han retirado —contestó Lenka, otra de las empleadas, a la pregunta de Mihajlo.

Anica le lanzó un vistazo interrogativo acompañado de una agitación del mentón. “¿Qué te importa a ti cuántas tazas preparamos?”, parecía querer interrogarlo, a lo que el hombre no hizo caso.

Danijela partió con el servicio del café, y Mihajlo se quedó aguardando con la mirada fija en el ingreso a la cocina. La muchacha regresó con la bandeja vacía. Aguardó con una máscara impávida; por dentro, el corazón le galopaba y la sangre le pulsaba en los oídos. Anica ordenó a la chica que fuese a retirar las tazas para proceder a servir el oporto y el coñac y los bombones belgas. Danijela regresó, y Mihajlo se puso de pie para estudiar el resultado. Una de las tazas estaba llena de café.

—Anica, me pidió la mujer de ojos achinados...

—La doctora Yura —intervino Milanković.

—Esa. Me pidió que la disculpase contigo. Dice que no tomó el café no porque no estuviese bueno sino porque la atacó una repentina acidez. Su alteza me ordenó que le llevase un Alka-Seltzer.

En el revuelo que siguió a la búsqueda y preparación del antiácido, Mihajlo se enfiló la boina y se marchó sigilosamente. La contraseña acordada con la doctora Yura había funcionado. Si no tomaba el café a causa de una repentina acidez, lo llevarían a cabo esa noche. Si lo tomaba, lo pospondrían. “Será esta noche”, había profetizado en susurros la

científica mientras lo acompañaba a la planta baja del centro de ciencia y tecnología. “Lo conozco, Milo, y sé que morderá el anzuelo. Es demasiado ambicioso para no caer en la trampa”.

* * *

Ingresaron por una de las tantas puertas que se sucedían en el corredor del segundo piso. Izia encendió la luz y echó traba al cerrar. Kovać la siguió con la mirada, todavía sumido en una estupefacción que le impedía registrar cabalmente el milagro que significaba que estuviese viva. Cierta incomodidad se apoderó de los dos. Se quedaron quietos, de pie en medio del amplio dormitorio.

—¿Vives en esta casa? —se interesó Kovać.

—No. Ocupo esta habitación solo cuando papá está de visita. El resto del tiempo vivo en mi propia casa.

—¿Por qué no vives aquí?

—Dragoslav y yo nos llevamos mal. Además, mi casa está más cerca de mi trabajo. Me conviene.

—¿Dónde estamos?

Izia frunció el entrecejo.

—¿Dónde estamos? —repetió, confundida—. ¿En qué sentido me lo preguntas?

—¿En qué ciudad?

—Cerca de Brčko. ¿No lo sabías?

Kovać negó con la cabeza

—¿Dónde trabajas? ¿En Brčko?

—No —contestó Izia—, vivo y trabajo aquí mismo, en la propiedad de papá. Aquí está su instituto. Yo soy la jefa del Departamento de Hematología. Es uno de los más avanzados del mundo. —Caminó hacia un mueble a paso rápido, abrió las portezuelas y se volvió para mirarlo—. ¿Quieres tomar algo?

—No bebo.

—Haces bien. Yo tomé el mal hábito en la universidad, en las fiestas con mis compañeros.

Kovać se quitó el saco, lo depositó en el respaldo de un sillón y avanzó hacia ella.

—¿A qué universidad fuiste?

—A la de Belgrado. Después hice un doctorado en Yale.

—Y ahora trabajas para Ilić.

—Siempre he trabajado para él. Más bien, con él. ¿Por qué lo llamas Ilić? Suena rencoroso. ¿Le guardas rencor por algo?

En ese punto, Kovać casi había confirmado que Izia, fuese por cuestiones físicas o psicológicas, había borrado gran parte de su memoria. Esa conversación, se dijo, iba a ser difícil con la amenaza de Ilić interponiéndose entre ellos. Igualmente, reflexionó, con o sin la advertencia de su antiguo tutor, debía moverse con cautela. Como psicólogo sabía que si el paciente había eliminado ciertos recuerdos por demasiado perturbadores, revelárselos sin consideración solía derivar en una grave crisis.

—Ven, sentémonos —la invitó—. Quiero que me cuentes todo sobre ti, acerca de lo que hiciste durante estos años.

Izia, con un vaso de whisky en una mano, le extendió la otra y le sonrió. Kovać hesitó un instante antes de aceptarla. La mujer no lo soltó y continuaron con las manos tomadas aun luego de que se sentasen en el sofá. A él lo incomodaba el contacto. La sensación resultaba desconcertante puesto que había tocado y conocido el cuerpo de esa mujer como si del suyo se tratase, y sin embargo la habría soltado si no hubiese temido ofenderla. En realidad, la situación toda lo incomodaba. No acertaba a determinar por qué le parecía forzada. Izia lo contemplaba con ojos hambrientos, vivaces; lo escrutaba con la intensidad de quien estudia un objeto de gran interés. Le sonreía.

—Eres el hombre más hermoso que conozco.

—Tú eres muy hermosa. Siempre lo fuiste —añadió con sinceridad.

La sonrisa de Izia se diluyó lentamente. Acabó bajando la vista y fijándola en el fondo de whisky.

—¿Qué sucede? —se preocupó Kovać.

—Sé que te culpas por lo del accidente.

En un acto mecánico, Kovać rompió el contacto y se envaró.

—¿Qué recuerdas de aquello?

—No recuerdo nada, Laza. Nada de nada. Sé lo que papá me contó cuando desperté del coma. —Alzó la vista y fijó sus grandes ojos verdes en los de él—. Estuve noventa y dos días en coma. Al despertar, solo me acordaba de ti y de cómo tocar el violín. Ni siquiera recordaba a papá.

—¿Qué fue lo que Ilić te dijo?

—¿Por qué insistes en llamarlo Ilić? Suena tan poco afectuoso. ¿Cómo lo llamabas antes de escapar?

—Saša, porque él me pedía que lo llamase de ese modo.

—Lámalo Saša, entonces.

—No.

—¿No? —se desconcertó la mujer.

—No tengo buenos recuerdos de él, Izia. —Levantó la mano para acallarla—. Primero cuéntame de ti. Después hablaremos de mí. Acabas de decirme que despertaste y que no recordabas nada.

—Nada excepto mi nombre y que te amaba locamente. Como temía que afectase mi recuperación enterarme de que habías huido, papá me lo ocultó. Me dijo que te había enviado a estudiar al extranjero. Tiempo después me contó la verdad.

—¿Qué te contó del accidente? —insistió Kovać.

La mujer jugó con los hielos antes de atreverse a hablar.

—Me dijo que casi morí asfixiada a causa de una práctica sexual extrema que tú y yo solíamos hacer.

—¿Le creíste?

Izia lo contempló con un ceño.

—Sí, claro que le creí. Es mi padre. ¿Insinúas que me mintió?

Le habría preguntado: “¿De veras pensaste que un adolescente de quince años, que había vivido recluido y apartado del mundo, podía saber de prácticas sexuales extremas?”. Sin embargo, calló al recordar la advertencia de Ilić.

—¿Qué sucedió después de que despertaste?

—Estuve un mes internada. Me hicieron todo tipo de estudios, y concluyeron que, salvo la amnesia, no había daño cerebral ni otro tipo de secuela física. Nunca recuperé la memoria. En el pasado, solo te veo a ti claramente. A ti y a tu sonrisa. Nunca he podido olvidarla.

Estiró la mano y le acarició los labios. Kovać le tomó la muñeca con suavidad y la apartó.

—Izia, no.

—¿Por qué no?

—Porque estamos hablando. Estás contándome de ti. ¿Cómo fue que comenzaste a estudiar Medicina?

—Papá estaba tan feliz de que hubiese vuelto a la vida que me concedía lo que le pidiese. Ese mes en el hospital me había mostrado un mundo que

me atraía, el de los médicos y las enfermedades. Le dije que quería estudiar Medicina. Nunca lo había visto tan feliz. Me compró un departamento en Belgrado, arregló mi inscripción en la universidad y, al año siguiente, comencé.

—¿Y te permitía vivir sola en Belgrado?

Izia sonrió de un modo casi infantil.

—Lo preguntas con esa cara de asombro porque sabes que es muy protector. Tenía dos guardaespaldas asignados a mi custodia. Él aseguraba que la hija de uno de los hombres más ricos del mundo era el blanco perfecto de terroristas y secuestradores. Admito que al principio la situación me incomodaba. Me sentía distinta de mis compañeros. Pero al final todos nos acostumbramos.

—Él asegura que eres su hija. ¿Te habló alguna vez de tu madre?

—Sé que Aleksandar Ilić es mi padre adoptivo, Lazar. Él mismo me lo contó cuando desperté del coma. Me dijo que me había adoptado en un orfanato de Varsovia y que no sabía nada de mis padres biológicos. Solo sabía lo que le habían referido las autoridades del orfanato, que me encontraron abandonada cuando era apenas un bebé.

—¿Fuiste feliz estudiando Medicina?

—Amé Medicina desde el primer día, Laza. Era feliz, sí. Solo que me faltabas tú.

—¿Qué sabías de mí, de mi huida? —preguntó sin darle tiempo para ahondar en las cuestiones sentimentales.

—Sabía lo que papá me había contado, que escapaste luego de creer que yo había muerto por tu culpa. Papá te buscó durante años, Lazar. Años y años en los que viví con la esperanza de que algún día te trajese de regreso a casa. El tiempo pasaba, y nada sabíamos de ti. Hasta que un día, no hace tanto, te vi por televisión, en un programa al que te habían invitado junto con la fiscal Dretar para hablar de Duga Sarajevo.

—¿Y me reconociste? —se asombró—. Habían transcurrido más de dos décadas, sin mencionar que tenía otro apellido y que llevaba barba para entonces.

—Te habría reconocido aun ciega, Lazar. —En un acto rápido, le encerró la cara entre las manos y lo besó en los labios—. Disculpa —dijo, cuando Kovać la retiró con delicadeza.

—Está bien. Sigue contándome.

—Ese día, cuando te vi por televisión, llamé de inmediato a papá y me confesó que desde hacía tiempo sabía de ti. Me enfurecí con él. Me explicó que, como tú ya eras sacerdote y llevabas una vida célibe, no había querido decírmelo para que no me ilusionase. —Kovać emitió una risotada irónica—. ¿Qué? ¿Por qué ríes de ese modo?

—¿No te lo dijo porque era sacerdote? —cuestionó, difidente—. Tal vez no quería que nos encontrásemos para que yo no te ayudara a recordar.

—No me lo dijo —se tensó Izia— porque sabía que yo seguía enamorada de ti. Sabía que había comenzado varias relaciones y que las había terminado porque tu recuerdo me perseguía. Me persigue —añadió, y lo miró directo a los ojos.

—Tú eres la médica que ayuda a las muchachas en los cabarets, ¿verdad? La que les saca sangre y les da vitaminas.

—Sí.

—Te llaman “la doctora buena”, ¿lo sabías?

—No —dijo con una sonrisa cargada de sorpresa y satisfacción—. No tenía idea de que me llamasen de ese modo.

—Eres la única que, en ese mundo de crueldad, les ha mostrado un poco de compasión.

Izia inspiró profundamente y soltó el aire con actitud resignada.

—Cuando empezamos a buscar la sustituta para engendrar el hermano salvador de Inés de Souza... ¿Sabes de quién te hablo? —se interrumpió.

—Sí, lo sé.

—Cuando empezamos a buscarla, Dragoslav me hacía llevar a sus locales. Los tiene por todo el país. Son lugares sórdidos, muy a tono con él —añadió—. Al principio creí que las muchachas trabajaban allí por voluntad propia. Una noche encontré en el piso un panfleto de Duga Sarajevo. Empecé a sospechar hasta que me di cuenta de que las obligaban. Usando el que había encontrado en ese cabaret de Banja Luka, hice cientos de copias y los repartía a escondidas mientras les sacábamos sangre y las hisopábamos para obtener muestras de ADN. Les daba vitaminas también porque las veía malnutridas. A unas cuantas las ayudé a dar a luz.

—Y les quitaron los bebés.

—Era lo mejor. ¿Qué futuro habrían tenido en esos sitios?

—¿Adónde los llevaron? ¿Qué hicieron con ellos?

—No quiero seguir adelante con esta conversación. Tú no comprenderías, Lazar. No eres un hombre de ciencia. No sientes aquí —

dijo, y se señaló el corazón— la necesidad imperiosa de vencer una enfermedad, de curar la infinidad de peligros que nos amenazan como especie. Basta, quiero que me cuentes de ti ahora.

—Pero yo sí quiero seguir adelante con esta conversación. ¿Qué piensas de lo que dijo Diana esta noche durante la cena?

—¿Diana? Ah, te refieres a Mariyana. —Kovać asintió con el gesto endurecido—. ¿Qué dijo acerca de qué? —preguntó con fastidio—. Lanzó acusaciones a diestro y siniestro.

—Lo que dijo acerca del laboratorio de Ilić, que experimenta con seres humanos. ¿Qué piensas de eso?

—A esto me refiero cuando digo que no entenderías. Esas personas, Lazar, estarían viviendo en la calle o en los cabarets de Dragoslav si nosotros no las acogiésemos aquí y les diésemos una vida digna.

—¿Digna? ¿Ser usadas como conejillos de Indias la juzgas una vida digna?

—Dicho de ese modo —se quejó Izia— suena como si las torturásemos al mejor estilo del doctor Mengele. —Hizo una pausa para darle lugar a que respondiese. Kovać guardó un silencio elocuente—. ¿Crees que cometemos las mismas atrocidades que esa bestia de Mengele? —Se puso de pie de un salto—. ¿Me crees capaz de eso?

—¿Eres tú la que lleva adelante esos experimentos? —la interrogó Kovać, todavía sentado en el sofá.

—Participo en algunos, sí. Como una de mis especialidades es la Hematología, formo parte de los equipos de investigación relacionados con las enfermedades de la sangre. Y te aseguro que nadie sufre ningún tipo de tortura.

—¿Por qué, si tan bien los tratan aquí, ayudaste a escapar a Svetlana?

Izia se ruborizó súbitamente, como solía sucederle de chica cuando se enojaba.

—¡Yo no la ayudé a escapar! Esa es una mentira de Dragoslav para predisponerme mal con papá. Siempre hace lo mismo. Teme que papá me deje una porción mayor de su fortuna y...

—Izia —la interrumpió con voz firme—, Svetlana nos dijo que la había ayudado la doctora buena. *Tú* eres la doctora buena.

—Svetlana hablaba de otra persona, no de mí —se empacó, y cruzó los brazos sobre el pecho.

Kovać se puso de pie y caminó hacia ella. Su figura de por sí alta y corpulenta se imponía a la menuda de la médica, que echó la cabeza hacia atrás para mirarlo cuando lo tuvo a un paso.

—Fuiste tú la que orquestó la huida —afirmó.

Izia hizo un chasquido de hartazgo con la lengua y apartó la cara. Kovać la sujetó por el mentón y la obligó a volver el rostro hacia él.

—Fuiste tú quien la ayudó a escapar porque en el fondo sabes que la situación no tiene nada de normalidad y que es inmoral.

—¿Por qué habría ayudado a escapar a Svetlana y solo a ella? ¿Por qué no a todas las demás si juzgo que la situación es inmoral?

—Eso me lo dirás tú cuando estés preparada. Mi sospecha es que te encariñaste con la muchacha.

—¡Qué necesidad, Lazar!

Kovać, para brindarle un momento de modo que recuperase la compostura, se alejó en dirección de una cómoda con varios portarretratos. Se detuvo a observarlos. Había fotografías de ella con otras personas en guardapolvo blanco; de ella con una niña, a la que reconoció como Larysa; varias de ella con Ilić; al final, vio una de ellos dos cuando él era un niño de doce años y ella una adolescente de catorce; Izia lo besaba en el cachete y él sonreía a la cámara, una sonrisa que trasuntaba tristeza. Apoyó el índice sobre el vidrio, justo en la cara del pequeño desvalido y asustado que había sido. Se volvió súbitamente cuando la amargura comenzó a atenazarle la garganta y a calentarle los ojos.

Izia se hallaba de nuevo frente al mueble de las bebidas y se servía otro whisky.

—¿Llevas un chip implantado en el cuerpo? —preguntó de pronto, y la mujer, luego de un trago largo, lo miró y asintió.

—Como todos los empleados —añadió.

—¿A todos los empleados del laboratorio les implantan un chip? —Izia asintió de nuevo—. ¿Por qué?

—Es difícil hablar con alguien tan ignorante en el tema —se quejó, y tras un suspiro de hartazgo, dijo—: La industria de la ciencia y de la investigación es muy competitiva, Lazar. El espionaje industrial está a la orden del día. Los laboratorios serían capaces de cualquier cosa por echar mano de los proyectos que está desarrollando la competencia. Y créeme, la Ouroboros y la Herkul, las empresas más importantes de papá, son pioneras

en sus terrenos. Todos están con los ojos puestos en nosotros, en nuestras investigaciones.

—¿Por eso es necesario implantar un chip a todos los que trabajan para la Ouroboros y la Herkul?

—No, solo a los que trabajamos aquí, que es el verdadero corazón de la Ouroboros, de la Herkul y de las demás empresas de papá. De aquí salen las fórmulas, los tratamientos, todo lo que ayuda a mejorar la calidad de vida de la gente.

—¿Con qué fin les implantan el chip?

—¿Cómo con qué fin, Lazar? —se impacientó—. Con el fin de saber dónde estás a cada momento, por si se te ocurre escapar con información que vale cientos de millones de dólares.

—¿Cómo descubriste que, estando cerca de una máquina expendedora de bebidas, la señal se corta y el chip deja de transmitir?

—No sé de qué me hablas.

—Lo sabes bien. No tiene sentido que sigas negándome que ayudaste a Svetlana. Es un hecho. Y si quieres que volvamos a ser lo que éramos —la engatusó—, sé sincera conmigo.

Izia aflojó el gesto, dejó caer los brazos y avanzó hacia él.

—Claro que quiero volver a ser lo que éramos. Es lo único que quiero en esta vida, realmente. Es lo único que recuerdo del pasado y vivo con la ilusión de que se convierta de nuevo en el presente.

—¿Entonces? ¿Cómo lo supiste?

—Porque una vez, mientras estudiaba en la universidad, me acerqué a la máquina expendedora de bebidas para comprar un café, y a los pocos minutos los guardaespaldas, que estaban fuera, entraron desesperados y me dijeron que se había interrumpido la señal. Me hice la que no sabía nada, pero sospechaba que se había tratado del momento en que me detuve delante de la máquina. Lo repetí un par de veces, siempre con los mismos resultados. Por eso lo supe —explicó.

—Pero ¿cómo? —Kovać fingió confusión—. ¿A ti Ilić te lo hizo implantar cuando apenas eras una adolescente que estudiaba en la universidad? Creí que lo había hecho cuando empezaste a trabajar para él, dado que era una medida estándar para todos los empleados. —Los colores le arrebataron de nuevo las mejillas, y lo miró con rabia mal contenida—. ¿Por qué crees que lo haya hecho? —la presionó—. ¿Tal vez porque temía

que de un momento a otro recuperases la memoria y decidieses fugarte tú también?

—¿Por qué me sometes a este interrogatorio? Había creído que esta charla sería distinta.

—¿Distinta? ¿Qué expectativas te habías hecho?

—Quería... Quiero —se corrigió— que seamos de nuevo como antes. Creí que volveríamos a estar juntos. —Apoyó el whisky sobre una mesa y de nuevo le encerró la cara entre las manos—. Yo te amo, Lazar. Te sigo amando como el primer día. Desde que supe dónde estabas y qué eras, no he querido molestarte porque sabía que conducías una vida célibe...

Kovać volvió a retirarle las manos.

—Igualmente —la contradijo—, podrías haberme buscado. Me habría hecho inmensamente feliz saber que no habías muerto aquella noche fatídica. ¿Por qué no me buscaste? ¿Solo porque sabías que no habría podido tener sexo contigo a causa de mis votos?

—¡No lo digas de esa manera! ¡Suenan mal!

—Pero eso es lo que se deriva de tu discurso, Izia.

—No quería perturbar tu vida. Pensé que eras feliz siendo sacerdote. Pero después... —Endureció la expresión en una mueca rencorosa—. Después lo dejaste todo de un día para el otro por ella. Y eso me dolió, Lazar. Me dolió tanto. Yo jamás pude olvidarte.

—Pero yo te creía muerta.

—¿Habrías dejado todo como hiciste con ella si yo me hubiese presentado de nuevo en tu vida?

—No lo sé.

—Ahora sabes que estoy viva y que te amo. ¿Crees que podamos volver a ser lo que éramos?

—¿Qué éramos, Izia? Dos huérfanos abandonados a las manos de un depredador como Ilić...

La médica se tapó los oídos y apretó los párpados en una mueca crispada.

—¡No lo llares así! ¡Detesto que lo llares así!

—OK, OK —se compadeció Kovać, y la tomó por las muñecas para apartarle las manos de la cabeza—. Discúlpame. —La condujo al sofá, la obligó a sentarse y la envolvió en un abrazo—. Perdóname. Lo último que quiero es hacerte sufrir. Yo tampoco he podido olvidarte. Nunca —subrayó—. Fuiste mi primer amor, fuiste la persona que me salvó del infierno en el que caí el día en que mi madre murió. Te debo la vida, Izia.

La mujer alzó el rostro y lo contempló con una devoción que le volvía añoradas las facciones.

—Oh, Lazar. No sabes la felicidad que me dio papá hoy cuando me dijo que estabas aquí.

—Hace días que estoy aquí. Dragoslav nos secuestró a los tres, a nuestro hijo, a Diana y a mí. ¿Sabías que la drogó para secuestrarla?

—Pero porque ella se negaba a venir por las buenas para ayudar a Larysa. Dragoslav se lo pidió infinidad de veces y la desalmada se negó siempre. ¡Se trata de su hija, por Dios santo!

Kovać la sujetó a distancia por los hombros.

—¡Diana daría la vida por su hija! ¡La vida! Quiero que lo entiendas. Ella no sabía que Larysa estaba con Dragoslav. Estábamos buscándola. Incluso contratamos a un detective privado...

Se calló repentinamente cuando el estruendo de un disparo irrumpió en la calma de la noche. Le siguió otro más. Se pusieron de pie súbitamente.

—¿Qué fue eso? —se asustó Izia.

—No lo sé. Quédate aquí. Iré a ver.

—¡No, Lazar! —se aterrorizó—. ¡No vayas! ¡No salgas de aquí!

Kovać se quitó de encima las manos que lo sujetaban y corrió hacia la puerta. Izia fue detrás de él.

CAPÍTULO XXI

Después hubo una batalla en el cielo. Uno de los jefes de los ángeles, llamado Miguel, acompañado de su ejército, peleó contra el dragón.

Apocalipsis 12, 7

Aunque lo conocían y estaban al tanto de su trabajo en el animalario, Mihajlo reflexionó que a los guardias del turno noche del centro de tecnología y ciencia les resultaría extraño verlo ingresar a esa hora inusual. Quizá llamasen a Dragoslav o al mismo Ilić para pedirle autorización, o tal vez se decidiesen a acompañarlo dentro. Además, estaba la cuestión de las armas que llevaba encima, el Mauser y la pistola nueve milímetros. No podía permitirse errores; tal vez se tratase de la única oportunidad que el destino le brindaba. Emplearía otro ingreso. Yura Christiansen le había asegurado que dejaría uno de los dos ventanales del animalario sin traba, el que se encontraba cerca de la jaula de los monos Rhesus, y que desconectaría la alarma antes de partir a la cena en la mansión.

Detuvo el vehículo eléctrico a unos trescientos metros del edificio y lo escondió en un pequeño bosque. Siguió a pie. Conocía la zona como la palma de su mano; sabía también qué sectores evitar y cuáles le ofrecían el mejor camuflaje en la noche. Iba vestido completamente de negro; incluso se había cubierto el rostro y la cabellera plateada con un pasamontaña que había robado de la casilla de un guardia.

El cielo cargado de nubes oscuras parecía haberse convertido en su aliado pues cubría la luna casi llena de cuya luz refulgente habría sido difícil escapar. Se desplazaba con rapidez y seguridad, motivado por una determinación que pocas veces había experimentado; no tenía miedo, ni dudas, ni nervios. El corazón le latía a un ritmo constante y sereno. Estaba a punto de librar una batalla justa, se sabía con el derecho para proceder del

modo dispuesto. “Por ti, Lazar, hijo mío adorado”, repetía como si de una oración se tratase.

Al llegar a las inmediaciones del edificio, aguardó tras un parterre macizo de hortensias y azaleas y observó. Había dos guardias en el ingreso; conversaban de algo divertido a juzgar por las risotadas. La parte riesgosa la constituía el trayecto hasta el edificio, durante el cual quedaría expuesto. Una vez pegado al muro, confundido en la oscuridad, sería casi imposible verlo a menos que lo iluminasen con uno de esos reflectores que barrían el espacio desde la terraza a una velocidad que, según midió, le daría doce segundos para alcanzar el objetivo.

El rottweiler de uno de los guardias ladró en su dirección, y Mihajlo prácticamente acabó cuerpo a tierra tras las plantas. Aguardó con el aliento contenido. Escuchó que el muchacho lo mandaba callar y que el perro, tras perseverar un poco, desistía. Esperó unos minutos. Emergió del parterre con menos decisión. Lo del perro lo había acobardado. “Por ti, Lazar, hijo mío adorado”, repitió para darse ánimos y corrió hacia el objetivo. La luz del reflector barrió el terreno detrás de él sin proyectar siquiera su sombra.

Se deslizaba por el muro cuando un par de guardias doblaron la esquina a una veintena de metros a su izquierda, justamente hacia donde él se dirigía. Uno traía un pastor alemán sujeto con una correa. Sabía que, a menos que lo iluminasen con la linterna o que el perro captase su olor, no lo distinguirían. Lo favorecía que uno fumase; se trataba de un tabaco negro cuyo espeso aroma llegaba hasta él acarreado por la leve brisa nocturna. El aroma confundiría al pastor alemán. Apenas si se permitía respirar mientras los seguía con el solo movimiento de los ojos; el resto permanecía en una tensa parálisis. Los guardias se alejaron junto con el perro, y Mihajlo se permitió tomar una larga inspiración que le colmase los pulmones.

Apresuró el tranco los últimos metros. Lo urgía entrar en el animalario antes que los demás. El momento decisivo había llegado. Plantado frente al ventanal, se dijo que si uno de los guardias, habiendo encontrado la alarma apagada, la hubiese reconectado, sería su fin. Empujó la hoja de la ventana lentamente. Se abrió con un ligero quejido que, sin embargo, los monos advirtieron. Se inquietaron en sus jaulas. Mihajlo, aliviado por el hecho de que la alarma no hubiese saltado, apoyó dentro el Mauser y alzó la pierna para sortear la ventana. Estaba viejo para esos ejercicios, la flexibilidad corporal no lo asistía; no obstante, la resolución y el sentido de la justicia que lo acompañaban lo ayudaron a sortear el escollo. Aunque agitado y con

un ligero temblor por el esfuerzo, acabó dentro del animalario. Les habló a los monos para que le reconocieran la voz, lo cual se demostró sensato pues los primates prácticamente se acallaron.

Cerró la ventana y la trabó. Se desplazó sigilosamente hacia el sitio en el que se escondería. La ubicación sería clave para el éxito del plan, y él sabía exactamente dónde posicionarse, justo detrás de la puerta principal, la de hierro y hoja doble, por donde ingresarían Ilić y su séquito compuesto por Pearson y los dos guardaespaldas. Los atacaría por la espalda. Desenfundó el Mauser y verificó la pistola, la que devolvió al bolsillo del abrigo. Se quitó el pasamontaña; quería que ese hijo de puta le viese la cara.

Se dispuso a esperar.

* * *

La cena se extendía, y La Diana encontraba difícil seguir adelante con la farsa interpretada por Ilić. Consultó de soslayo la hora en el reloj de Vuk: las doce menos cuarto. La doblegaba una extenuación como pocas veces había experimentado. Ansiaba regresar al cuarto de Larysa y comprobar que estuviese bien. Ansiaba darse una ducha y dormir; solo que sería imposible: Vuk retomaría donde los habían interrumpido por la tarde. La extenuación se convirtió en angustia. Se sintió atrapada, como aquella mañana del 30 de julio de 1992, cuando se la llevó al Veljko Vlahović y la violó. El recuerdo se le alojó en el pecho con el ensañamiento de una esquirra y le cortó el aliento. Se inclinó hacia delante e intentó inspirar normalmente.

—Maša —se preocupó Vuk—, ¿qué tienes?

—No me siento bien —contestó en un hilo de voz.

—¿Qué tienes?

—Estoy extenuada. Hace noches que no duermo.

—Entonces —intervino Ilić—, daré por finalizada la cena para que Maša pueda retirarse a descansar. Vamos, *vojvoda*, no hagas esperar a tu mujer. Acompáñala. Además, nosotros —dijo, sonriente, y señaló a Yura y a Paddington— tenemos una cita en el laboratorio.

La Diana se puso de pie y cruzó una mirada con Yura, que la contempló con ojos preocupados. Se despidieron sin palabras, solo con ese cruce de miradas locuaces. Vuk le pasó el brazo por la cintura en el acto de sostenerla, y ella debió luchar con la repulsión y el instinto que le exigía

que se lo quitase de encima. No quería enfadarlo. Larysa Perisić, que se retiraba con ellos, se mostró solícita y la sujetó por el brazo.

En el vestíbulo se toparon con Mirko, que venía bajando las escaleras.

—¿Se puede saber dónde mierda te habías metido? —lo increpó Vuk.

—¿Podemos hablar?

—¿Ahora? —Consultó el reloj—. Son casi las doce de la noche.

—Es urgente —aseguró, serio, inamovible.

—OK. Espérame en mi despacho. Acompañaré a Mariyana a nuestro dormitorio.

—Yo acompañaré a Mariyana, Draža —se ofreció la madre—. Tú ve a resolver ese asunto con Mirko. Cuanto antes lo hablen, antes podrás regresar con tu mujer.

Vuk alternó unos vistazos suspicaces entre Larysa y La Diana. Al final, prestó su consentimiento y se alejó subiendo los escalones de dos en dos con Mirko por detrás. Las mujeres tomaron el ascensor.

—¿Te sientes mejor, querida? —se interesó la Perisić.

—Sí, gracias.

—El aire ya estaba estancado en esa sala. Debió de ser eso.

La Diana, apoyada contra la pared fría de la cabina, no se molestó en contestar. La atormentaban las imágenes de Kovać e Izia. Estaban a solas después de tantos años. ¿De qué hablarían? ¿Se tocarían? ¿Se besarían? Las puertas se abrieron, y la madre de Vuk le cedió el paso. Se encaminaron por el largo corredor.

—Me gustaría hablar contigo, Maša —dijo la mujer, y a La Diana le chocó que la llamase por el diminutivo—. Aprovecho ahora que estamos solas para pedirte que intercedas ante mi hijo por mí. Tú, que tienes un gran ascendiente sobre él, ¿podrías pedirle que me permitiese viajar a...? ¿No entras en la habitación de Draža? —se extrañó.

—Primero veré a mi hija —declaró con voz tajante.

—Sí, claro. Te acompañaré. Yo también deseo verla.

Entró cuidándose de no arrancarle un quejido a los goznes. Se desplazó como una sombra por la habitación apenas iluminada gracias a luz tenue de una lámpara que dejaban para que Larysa no tuviese miedo de noche. Ivanka, que se había quedado dormida en una colchoneta junto a la cama, se levantó rápidamente.

—Ve a tu habitación, Iva —la instó La Diana—. Muchas gracias por todo.

—Hasta mañana, señora.

La Diana se sentó con cuidado en el borde de la cama y observó dormir a su tesoro. Lo hacía de costado, hecha un bollito, con las piernas en posición fetal. Se inclinó para besarle el único carrillo expuesto, tibio y con aroma a colonia para bebé. Todo volvía a estar en orden, aunque el mundo se desmoronase en torno a ella.

* * *

Vuk entró en su despacho y caminó directo hacia la bandeja con bebidas. Se escanció un vaso de *šljivovica*. El vino que habían servido durante la cena debía de ser francés y costar una fortuna y sin embargo no podía compararse con la satisfacción que le producía un sorbo del licor de ciruelas típico de los Balcanes. Hizo fondo blanco y se sirvió otro.

—¿Quieres? —le ofreció a Mirko sin siquiera volverse.

—No. ¿Cómo está el asunto en la garita del ingreso?

Vuk se repantigó en el sofá y miró al muchacho que era su mano derecha y en quien más confiaba, aun más que en Zver.

—¿Dónde estabas? —le preguntó sin responder a la pregunta—. Faltaste a la cena —le reprochó.

—Branka me llamó.

—Ajá. ¿Y te lo pasaste hablando por teléfono con ella toda la noche?

—Me llamó desde Sarajevo.

Vuk se incorporó y aguzó la mirada.

—¿Cómo hizo para salir de París? No le envié el avión.

—Se tomó uno de Lufthansa.

—¿Y? —Vuk se puso de pie y Mirko retrocedió de modo maquinal aunque estuviese fuera de su alcance.

—Fui a buscarla a Sarajevo.

—¿Qué!

—¿No podía dejarla allí sola!

—Y fuiste y viniste, ¿cómo? El viaje hasta Sarajevo dura más de tres horas.

—En el helicóptero.

—¿Te atreviste a usar el helicóptero sin avisarme! —se enfureció—. ¡Estás loco!

—¡Me llamó llorando, *vojvoda*! ¿Qué querías que hiciera? ¡Es mi hermana! Y tiene el corazón destrozado. Solo quiere hablar contigo. Me prometió que lo hará calmadamente y que luego regresará a París.

—Sí, claro —rio Vuk con sorna—. ¿Y tú le creíste? —Sin aguardar la respuesta, continuó—: ¿En qué hotel la alojaste?

—La traje aquí. A la casa —aclaró.

Vuk percibió que la *šljivovica* se le convertía en un ácido que le trepaba por el esófago y le quemaba la garganta. Se abalanzó sobre Mirko y lo tomó por las solapas.

—¿La trajiste a la misma casa donde está Mariyana? ¿Te volviste loco?

El estruendo de un disparo rasgó el silencio de la mansión. Vuk sintió como un golpe la corriente helada que le surcó la columna vertebral y que lo paralizó. Otro disparo. Soltó a Mirko y corrió en dirección del sonido.

* * *

Encendieron las luces desde el exterior e ingresaron. Lo hicieron primero Ilić, Yura y Paddington; luego apareció George Pearson, que los seguía unos pasos más atrás; los guardaespaldas cerraban el cortejo. Emergió del escondite y les disparó por la espalda, al que avanzaba por la derecha y un instante después, el que le tomó cargar el Mauser con un movimiento veloz y un chasquido letal, al otro, que no hizo tiempo de extraer la pistola. Acto seguido, cerró la puerta con llave para evitar que los guardias irrumpiesen alertados por los estruendos.

Ilić deslizó la mano bajo el sobretodo en el acto de sacar un arma, y Mihajlo disparó al suelo una advertencia. El magnate serbio se echó hacia atrás y alzó los brazos en una respuesta mecánica. Pearson temblaba y balbuceaba, y cuando Mihajlo movió la vista hacia él y sus ojos se encontraron, el hombrecillo se puso a gritar; sabía que su destino estaba sellado. Cayó de espaldas con el rostro desfigurado. Ilić retrocedió en un acto maquinal para evitar que la sangre lo salpicase.

—¡Te has vuelto loco, Mihajlo! —lo increpó a los gritos para hacerse escuchar sobre el chillido frenético de los animales—. ¡Qué pretendes con esta masacre! ¡Yo he sido un buen amigo...! —Cortó de pronto la perorata cuando el nuevo disparo de Milanković, que cayó sobre la laguna de sangre de Pearson, le salpicó las botamangas y los zapatos de cuero lustroso.

—Camine —le ordenó con una sacudida del cañón del fusil.

Avanzaron a través de las estancias hasta alcanzar la última, el serpentario. Ilić abrió grandes los ojos al ver que Mihajlo le arrojaba a Yura un manojo de llaves, el cual atrapó sin inmutarse. Paddington tampoco lucía sorprendido. La mujer se encaminó hacia la jaula de las serpientes, buscó entre las llaves una circundada por una cinta adhesiva roja y la insertó en la cerradura. Se volvió hacia Mihajlo como a la espera de una nueva orden. Resultaba inquietante el silencio en el que se conducían y la sobriedad de los gestos.

—¿Qué pretendes con esta locura? ¿Qué traman ustedes dos? —se desesperó al notar el intercambio de miradas entre el hombre y la científica.

Yura se aproximó con diligencia y le buscó armas bajo la ropa. Extrajo una pistola, que entregó a Mihajlo.

—¿Qué pretenden! ¿Qué quieren! —se desesperó—. ¡Les daré lo que me pidan! ¡Les devolveré la libertad, doctora Yura, a usted y a su hija! ¡Pero sálveme de este loco! ¡Le daré la suma de dinero que me pida! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Se lo suplico! —exclamó, frenético, toda la compostura y la prestancia perdidas. Se había dado cuenta del destino que lo aguardaba.

Retrocedió negando con la cabeza, alternando vistazos aterrados entre Yura y Mihajlo. Unos guardias aporreaban la puerta de hierro; otros golpeaban los vidrios a prueba de balas de los dos ventanales.

—¿Cómo saldrán de aquí sin mí? —tentó Ilić—. Los guardias los matarán. —Ante el mutismo de los atacantes, se volvió hacia Paddington—. ¡Doctor Paddington, un poco de sensatez! ¡Ayúdeme y lo haré rico, muy rico!

El científico escocés se lo quedó mirando con expresión atontada.

—¡No! ¡No! —exclamó al percibir que el momento se aproximaba.

Echó a correr hacia el ventanal. Mihajlo alzó el rifle y le disparó a la pierna. El hombre cayó de boca. Intentó reptar hasta la ventana, pero Milanković lo aferró por la botamanga y se lo impidió. El magnate sacudía las piernas, soltaba alaridos agudos y clavaba las uñas en el suelo. Con la actitud de una máquina, Milanković retrocedía de modo implacable con el Mauser en una mano, mientras arrastraba el cuerpo de Ilić con la otra. Se detuvo junto a la puerta de la jaula de las mambas negras. Miró a Yura y le asintió. La mujer se limitó a girar la llave. Le pasó el fusil y ella apoyó la punta del cañón en la nuca del magnate serbio.

—Un movimiento —advirtió la científica inuk— y le vuelo los sesos.

Con tirones bruscos y ayudándose con un cuchillo de caza, Milanković despojó a su víctima del abrigo y de la ropa; lo dejó en calzoncillos, hasta los calcetines le quitó. Extrajo del bolsillo del pantalón un fajo de bandas plásticas con trinquete, de esas que empleaba a diario en su trabajo, y las usó para atar las manos de Ilić a la espalda; hizo otro tanto con los pies. El magnate lloraba y suplicaba, y Milanković siguió actuando en silencio y con calma.

Alzó la vista y estudió el interior de la jaula para verificar la posición de las cuatro mambas. Con tirones bruscos, obligó a Ilić a ponerse de pie. El hombre semidesnudo se tambaleó, pero la fuerte sujeción de Mihajlo lo mantuvo erecto. Rogaba y gritaba, pero nadie le prestaba atención.

Mihajlo volvió a asentir en dirección de Yura. La mujer abrió la puerta, y el hombre echó dentro a Ilić, que cayó de bruces. La científica cerró y echó llave. Se acercaron al alambrado por el sitio que les permitiría ver el rostro de Ilić. Fijaron la vista en la mirada desorbitada de él, que, todavía boca abajo y maniatado por completo, alzaba la cabeza, se sacudía en el piso y profería alaridos desgarradores.

—¡Por mi hijo Lazar! —proclamó Mihajlo con un vozarrón que se impuso a todo, a los gritos del magnate, a los chillidos de los animales, a los aporreos de los guardias.

Ilić calló repentinamente y se quedó quieto en el suelo, la vista fija en el padre que le había confiado la custodia del hijo, del que había abusado a lo largo de cuatro años.

Las mambas negras habían identificado la amenaza y desplegaban un comportamiento agresivo; se erguían sobre la parte final del cuerpo y abrían las mandíbulas para enseñar el interior negro de sus bocas. Soltaban silbidos y agitaban las lenguas.

Ilić cortó el contacto visual con su verdugo y se lanzó a gritar y a sacudirse cuando la primera mamba saltó de una rama y le cayó encima. Le clavó los colmillos entre los omóplatos. Las otras tres no tardaron en inocularle el veneno en otras partes. Mihajlo sabía porque la doctora Yura se lo había comentado que la *Dendroaspis polylepis*, más conocida como mamba negra, cuando muerde, inyecta cien miligramos de dendrotoxina. Le había explicado también que bastaban entre diez y quince, dependiendo del peso de la víctima, para provocar la muerte a un adulto, que era por sofocación.

Mihajlo Milanković observó detenidamente a través del alambrado cómo el veneno que rápidamente se esparcía por el cuerpo del violador de su hijo surtía efecto y le paralizaba los músculos. Notó que la cara se le contorsionaba en una máscara grotesca y que los tendones del cuello se le endurecían y sobresalían. Le borboteaba espuma blanca por la boca y los ojos se le inyectaban al tiempo que la piel del rostro iba adoptando una tonalidad encarnada para luego volverse violácea y más tarde azulada debido a que los pulmones se habían paralizado y no aportaban oxígeno a la sangre. Tenía contraídos los dedos de los pies y las manos cerradas en puños crispados. Las piernas y los brazos, similares a troncos rígidos, se agitaban como en un ataque epiléptico, cada vez con menos ímpetu.

Milanković no perdió instancia de la muerte lenta y horrorosa del hombre a quien le había confiado a sus hijos en un momento de infortunio y que lo había traicionado vilmente. No apartó la vista mientras lo veía sacudirse en un intento vano por insuflar aire en su aparato respiratorio. La mantuvo quieta aun después de que expirase con los ojos y la boca muy abiertos y una expresión de espanto cincelada para siempre en las facciones aristocráticas. Tan absorto lo contemplaba que no se percató de que algo extraño sucedía fuera.

Yura y Paddington, en cambio, lo advirtieron, y fueron testigos de que los guardias, cuando se disponían a volar el ventanal para ingresar en el animalario, caían como pesos muertos. Unas sombras negras aparecieron segundos después. Yura permaneció frente a la ventana, el rostro casi pegado al vidrio, cautivada por las sombras que se desplazaban en torno al edificio en una escena confusa. A ella, pensó, la distinguirían sin dificultad debido a las luces en el interior del animalario.

Una de las sombras se aproximó al vidrio. Al contrario de las otras, que se movían con rapidez, esta caminaba hacia el ventanal con paso firme pero tranquilo. Yura concluyó que se trataba de un hombre alto y delgado, de contextura atlética. Iba vestido de negro, con un casco y un adminículo de visión nocturna que lo ocultaba por completo. Llevaba un fusil cruzado sobre el pecho y apuntaba el cañón al suelo. Yura se preguntaba por qué no le temía. El hombre a escasos centímetros de ella, con el vidrio como única barrera, retiró hacia atrás el aparato que le cubría la cara. Sus ojos oscuros se fijaron en los de ella.

—Nanuk —susurró.

* * *

Besó de nuevo a Larysa y se puso de pie con esfuerzo, en la actitud de una vieja achacosa. El cansancio la debilitaba. Quería quitarse el vestido y los zapatos con tacones. Quería echarse en la cama y dormir; más bien, olvidar. Olvidar que pronto volvería Vuk para violarla; olvidar que no había hablado con Darko en todo el día; olvidar que Kovać estaba con Izia.

Abrió la puerta que comunicaba las dos habitaciones y entró en la de Vuk. Le indicó a la Perisić con un ademán adusto que la siguiese. Encendió la lámpara del velador. Cerró para evitar que la luz y los ruidos despertasen a la niña. Larysa Perisić le explicaba algo acerca de París, de un viaje, de unas compras, del ascendiente, y ella no la oía mientras se ocupaba de verificar que el transmisor que la mantenía conectada con su hija estuviese encendido.

La sobresaltó un cambio en el juego de luces, y columbró una sombra que se desplazaba en el otro sector de la habitación.

—¿Quién anda ahí? —dijo, y la madre de Vuk, detrás de ella, se calló.

Una silueta se recortaba en la penumbra apenas herida por los reflectores del exterior, cuya luminosidad se filtraba entre los resquicios de los cortinados. La figura elusiva dio un paso adelante y quedó enmarcada en la luz tenue del velador. Era Branka Torlak. Avejentada, con profundas arrugas en el entrecejo y en torno a los labios, el pelo pajoso de tanto teñirlo de rubio, unos kilos de más, pero la misma Branka a la que había aborrecido en Rogatica.

—¡Branka! —se sorprendió la Perisić—. ¿Qué haces aquí? ¡Qué haces con un arma! —se escandalizó al descubrir la pistola que se alzó para apuntar a La Diana—. ¡Bájala!

Branka rodeó la cama y se dirigió, decidida, hacia la madre de Vuk.

—Traidora —expresó desapasionadamente antes de dispararle dos veces sin una palabra de advertencia, sin que se le inmutase la expresión de macabra serenidad.

La Perisić se desmoronó en el suelo. La Diana quiso correr para auxiliarla.

—¡Quédate donde estás! —le ordenó Branka, y levantó un poco más la pistola, un arma de grueso calibre a la que empuñaba con mano segura—. ¿Así que te instaló en su habitación? A mí nunca me permitía siquiera

entrar aquí. Por la bastarda —dijo, y señaló la puerta que comunicaba con el dormitorio de la niña.

—Me instaló en otra habitación —se apresuró a replicar—. No estoy en esta casa por él sino por Larysa.

La Torlak sonrió y asintió.

—Sí, claro. No estás aquí por él. ¿Y qué haces en su habitación, entonces?

—Vine a buscar esto —dijo, y tomó de la mesa de noche el transmisor.

—¡Deja eso donde está y aléjate de allí! ¡Ahora!

La Diana obedeció: devolvió el aparato a la mesa y se desplazó hacia un costado de modo de alejar la trayectoria de la bala de la puerta que conducía al dormitorio de su hija.

—Ahora me iré —le propuso— y tú podrás quedarte aquí a esperarlo. No quiero interponerme entre ustedes.

—¡Pero te interpusiste, maldita seas! ¡Te interpusiste! ¡Maldito sea el día en que te vio en Rogatica! ¡Maldito, maldito sea! ¡Y maldita seas tú, Mariyana Huseinovic! ¡Te odio! ¡Siempre te odié! ¡Siempre te has creído más que yo! ¡Más hermosa, más inteligente! Aun siendo una niña y yo una mujer, me mirabas con superioridad, me despreciabas.

—¡Eso no es verdad! —trató de ganar tiempo—. ¡Te quería como si fueses de mi familia! Los quería, a ti y a Mirko. Ustedes eran como nietos para mis abuelos. —Calló, asaltada de pronto por el pensamiento de que estaba frente a la mujer que había sido la causante de la muerte infame de Katarina.

—Tus abuelos nos tenían lástima, pero no nos querían —aseguró la Torlak mientras se ubicaba frente a La Diana, a una distancia de pocos metros—. No nos querían como a ustedes.

La Diana se sabía expuesta y en jaque; sin sus *kukris*, sin su pistola, se sentía desnuda. Tal vez si se desplazaba unos pasos y alcanzaba la mesa de noche podría hacerse del portarretratos de bronce, o de la lámpara, o del transmisor, de cualquier cosa para arrojársela y ganar los segundos que le permitieran evadirse a la habitación de al lado. Solo podía pensar en Larysa, en ponerla a salvo de la locura de esa mujer despechada.

—¡Ni un paso más, Mariyana! ¿Adónde estás yendo? ¿Con tu preciosa hija? ¿Sabes? Conmigo nunca quiso tener hijos. No los tuvo con las otras, que yo sepa. Era precavido, se cuidaba. Vuk siempre me confundió; como *četnik* me refiero. Todo eso de la limpieza étnica, de embarazar a las turcas

para plantarles la semilla serbia en el vientre, ese discurso que él propagaba entre sus soldados, pues bien, parecía que a él no lo alcanzaba. Vuk solo quería embarazarte a ti. Los hijos *solo* los quería tener contigo. ¡Contigo! —se enfureció—. ¡Contigo, que lo odiabas! —Martilló el arma, y La Diana se preparó—. Antes de morir, solo quiero que sepas que, después de ti, me ocuparé de la bastarda. Muere sabiendo eso —dijo.

La puerta a las espaldas de la Torlak se abrió con violencia. Entraron Vuk y Mirko. Branka retrocedió rápidamente para ponerse fuera de su alcance. Vuk, con los brazos extendidos hacia la mujer y las manos abiertas, se colocó delante de La Diana. Mirko caminó hacia su hermana con paso precavido.

—Baja el arma, Branka.

La Torlak le disparó a los pies, y Mirko se congeló a medio camino.

—Hazte a un lado, Mirko. No te advertiré de nuevo —dijo, y el muchacho obedeció.

Vuk y Branka se miraron fijamente y en silencio. Había un discurso de reproches en el mutismo en el que quedó sumida la habitación. Vuk cortó el contacto visual, atraído por un bulto en el suelo. Era Larysa Perisić, rodeada por un charco de sangre. Profirió un rugido perturbador y se lanzó hacia delante para llegar hasta ella, para socorrerla, para impedirle que volviese a abandonarlo.

Todo fue rápido, más rápido que un pestañeo, y ocurrió al unísono, en una perfecta secuencia simultánea. Al ver que se le despejaba el camino y que Mariyana volvía a quedar en la mira, Branka gatilló. A La Diana la sorprendió el movimiento veloz que ejecutó Vuk para volver sobre sus pasos e interponerse. Ensilenciada por el estruendo del disparo, envuelta en una corriente de aire frío, vio que Vuk caía de espaldas alcanzado por la bala que había estado destinada a ella. Se le destaparon los oídos cuando Branka soltó un clamor agónico. Le siguió un alboroto, el de la mujer que aullaba como un animal herido y el de las órdenes vociferadas por Mirko. Forcejeaban.

—¡Déjame llegar a él, Mirko!

—¡Vamos, Branka! ¡Tenemos que salir de aquí!

El muchacho la arrastró fuera, y los alaridos de la mujer fueron desvaneciéndose en el corredor en tanto otros, confusos, lejanos y fuera de sitio, ganaban preeminencia. La Diana se arrastró hasta Vuk. Lo encontró consciente. Actuó con frialdad y precisión, abstrayéndose de su respiración

afanosa y de la intensidad con que la seguían sus ojos. Le abrió la chaqueta y le desgarró la camisa haciendo saltar los botones. Corrió al baño y se hizo de las toallas que había en los percheros. Cayó de rodillas de nuevo junto a él y le limpió el pecho ensangrentado. La herida quedó expuesta: un hueco a la altura del corazón por donde manaba profusa sangre. La Diana sabía que la prioridad era detener la hemorragia. Se puso de rodillas, acomodó la toalla sobre el orificio y aplicó presión, toda la que sus fuerzas le concedieron.

—Pese a todo, ¿intentas salvarme la vida? —preguntó Vuk con dificultad.

—No hables —le ordenó La Diana.

Kovać e Izia se precipitaron dentro y acabaron en el suelo junto a Vuk.

—¡Diana! —exclamó Kovać, y la miró con una mueca aterrorizada.

—Estoy bien —lo tranquilizó—. Yo estoy bien.

—¡No podíamos encontrarte!

—Déjeme ver —pidió la médica.

—Si saco la compresión —razonó La Diana—, empezará de nuevo la hemorragia, y es muy profusa. Es a la altura del corazón.

—¿Qué sucedió?

—Branka me disparó —explicó Vuk.

—Quería matarme a mí —acotó La Diana—. Vuk se interpuso.

—Iré por mi maletín —anunció Izia, y corrió fuera de la habitación.

Kovać y La Diana se miraron.

—¿Te salvó la vida?

La Diana asintió, y Kovać se volvió hacia el hombre que yacía en el suelo. Lo impresionaron la palidez del rostro y la tonalidad azulada de los labios. Respiraba con afán, como si le fuese imposible colmar los pulmones. Los ojos de Vuk se fijaron en los de él. Fue una mirada deliberada, sobre todo elocuente. No halló el odio que había refulgido en ellos desde que tenía uso de razón, más bien entrevió una súplica silenciosa. Ese hombre, que le había destrozado la vida al quitarle a su madre, acababa de devolvérsela salvando a la mujer sin la cual nada habría importado.

—Cuida de mi hi... ja —pidió entre jadeos anginosos, pues comenzaba a faltarle el aire.

—Lo haré —prometió de inmediato y con fervor.

El gesto crispado de Vuk se serenó. Apartó la mirada de Kovać para dirigirla hacia La Diana, que seguía comprimiendo la herida.

—¡Lazar! ¡Alcánzame otra toalla! —se la señaló con el mentón, en el suelo.

—Maša... —farfulló Vuk.

Se contemplaron en silencio, sin animosidad.

—No hables.

—En... —Tragó con dificultad—. En mi vesti... dor hay una caja fuerte. Todo... tuyo y... de nuestra hi-ja. Todo —insistió, y La Diana vio que le caía un hilo de sangre por la comisura.

—Vuk... —intentó detenerlo.

—La clave... tu nacimi-ento. Cero, dos... Uno, uno... Uno, nu-eve, siete, uno. Todo tuyo y de Lary —recalcó, y La Diana hizo un asentimiento pues parecía de extrema importancia para él.

—¿Dónde está Darko? —exigió saber.

—Cerca. Está... bi-en.

—Dinos dónde, Vuk —insistió.

—Mi... pa-dre sabe. Sec... Sector pro-hi-bi-do —expresó con gran esfuerzo.

—Gracias.

—Perdó... na... me.

La Diana se mordió el labio y negó con la cabeza.

—¿Por qué? —Exhaló la pregunta, la emitió como un soplido ahogado—. ¿Por qué tanto odio, tanta crueldad?

—Perdó... na... me —repitió con acento desesperado.

Allí se encontraba su torturador, el asesino de miles de bosnios musulmanes, el hombre al que había creído un dios. Yacía a sus pies más vulnerable que nunca. Moriría como cualquier mortal. Le pedía perdón por actos aberrantes imposibles de perdonar, ni siquiera frente al arrepentimiento del victimario. Meditó que acababa de salvarle la vida, se había inmolado por ella. Meditó también que a ese hombre le debía haberse reencontrado con su hija, a quien había amado y protegido cuando ella se había demostrado una madre desnaturalizada.

Regresó Izia con el maletín, de donde extrajo un catéter para canalizarlo.

—Lazar —ordenó—, despéjale el brazo.

—Maša, perdóname —suplicó Vuk por tercera vez con una claridad pasmosa, como si hubiese recuperado la salud y la sangre no le tiñese los dientes ni le corriese por el mentón.

Sus palabras y el tono de súplica surtieron un efecto demoledor en su ánimo, y solo fue capaz de pensar en Larysa, en cuánto amaba a ese hombre.

—Te perdono —dijo con sinceridad, y supo que no lo hacía por él, no lo hacía por ella. Lo hacía por la hija que habían tenido, y ese acto del que jamás se habría creído capaz, el de perdonar al dragón, la abismó en lo inconmensurable del sentimiento que le inspiraba la criatura que había gestado en sus entrañas y parido en un sórdido campo de concentración serbio, la niña que sería la razón de su existencia hasta el final de sus días y que solo por haber llegado al mundo para convertirla en madre la liberaba del odio y del rencor que la habían esclavizado durante casi diez años.

—Sí, te perdono —reiteró—. Descansa en paz, Vuk.

—Larysa... Con-ti-go. Si-em-pre.

—Quédate tranquilo. Nunca volveré a separarme de ella. Es una parte de mí.

Vuk sonrió y, tras una inspiración ahogada, bajó los párpados y dejó caer la cabeza hacia el costado.

—Entró en paro —anunció Izia.

Tomó el lugar de La Diana, apartó las toallas ensangrentadas y le practicó un masaje cardíaco durante más de cinco minutos. Kovać la suplantó para seguir golpeando el pecho de su medio hermano.

—Detente, Laza —dijo Izia, mientras buscaba en vano el pulso de Vuk—. Era demasiado tarde —dictaminó y se puso de pie con aire extenuado—. Iré a decírselo a papá.

* * *

—Vamos —la urgió Kovać.

La Diana, aún perturbada por la muerte del padre de su hija, se quedó mirándolo. A lo lejos se oían disparos, órdenes vociferadas, caos, pero no lograba de modo alguno conectarlo con su realidad.

—Amor —la instó de nuevo Kovać—, tomemos a Larysa y salgamos de esta casa. Tenemos que buscar a mi padre para que nos lleve con Darko.

Como no reaccionaba, Kovać la aferró por los brazos. Los mantenía rígidos, como si continuase presionando la toalla sobre la herida. Le sujetó las manos, cubiertas por la sangre de Vuk. La ayudó a incorporarse. La Diana se tambaleó, de pronto mareada. La sostuvo y la obligó a apoyar la

mejilla en su pecho. El cuerpo de Vuk se interponía entre ellos. La guió para que lo sortease y por fin la encerró en un abrazo desmedido. Le besaba la cabeza, mientras percibía que las manos de ella se le cerraban en la espalda como si de eso dependiese la vida. La sentía convulsionarse en un llanto que reprimía, posiblemente para no despertar a la niña. Resultaba un milagro que los disparos y los gritos de Branka no lo hubiesen hecho. Él los había escuchado aun a la distancia.

—Ven —la conminó con dulzura—, vamos al baño para que te laves las manos. Después iremos por nuestra Larysa y por nuestro Dare.

La Diana asintió, imposibilitada de articular. Se dejó lavar. No pestañeaba mientras contemplaba el agua sanguinolenta que se escurría por el lavatorio blanquísimo. Kovać le secó las manos y salieron abrazados. Traspusieron juntos la puerta común.

—La pesadilla no ha terminado —la escuchó murmurar—. Nada ha terminado —repitió con pesimismo—. ¿Cómo haremos para salir de esta propiedad? Es una fortaleza.

—Vamos a buscar a mi padre —insistió Kovać.

Se inclinaron sobre Larysa, que dormía profundamente, al margen de la tragedia que pronto le trastornaría la vida. La Diana ahogó un sollozo y se cubrió la cara. Kovać la abrazó de inmediato.

—¿Cómo haré para decírselo, Lazar? Lo adoraba. Por sobre todo, amaba a su padre.

—Lo haremos juntos, amor mío. Mírame.

La Diana obedeció: alzó las pestañas y lo miró. Y de pronto volvió a verlo. Lo vio de nuevo como aquel mediodía en el bar de Sarajevo, cuando Kovać, después de tocar el violonchelo para sus alumnos, se giró con un movimiento deliberado y le clavó los ojos, y a ella le cambió la vida.

—Te amo, Lazar. Más que a la vida —pronunció siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—No tengas miedo —dijo él, mientras le acariciaba las sienes—. Estoy aquí.

—¿Qué sucederá con Izia?

—¿A qué te refieres?

A La Diana la aterrorizaba pronunciar las palabras que le explotaban en la mente.

—¿Quieres volver con ella ahora que sabes que está viva?

—¡Qué! —se sorprendió Kovać, y sonrió, esa sonrisa que le despuntaba cuando algo lo desorientaba al tiempo que lo divertía—. ¿Crees que quiero volver con Izia?

La Diana asintió.

—¿Tanto he fallado en hacerte comprender lo que significas para mí que crees que quiero volver con Izia? —La Diana se lo quedó mirando con la expresión de una niña asustada—. Estás trastornada por lo que acabas de vivir. En caso contrario no dudarías de mí, de mi amor por ti, que no tiene límite.

La expresión desolada de su mujer, de ojos anegados y mentón trémulo, le causó una ternura que expresó con una corta carcajada benevolente. La sujetó por las mandíbulas y le devoró la boca. Se abrió para él, y cuando su lengua la penetró con un impulso enojado la recorrió un escozor de placer. Se aferró a sus hombros y le devolvió el beso con la misma devota fiereza.

—¡Dios, cuánto ansiaba hacer esto! —le confesó Kovać en un susurro sobre los labios húmedos y palpitantes—. ¿Todavía crees que quiero volver con Izia? —inquirió con acento irónico.

La Diana alzó los párpados y lo miró a los ojos para preguntarle:

—No me eliges a mí solo porque estoy esperando a tu hijo, ¿verdad?

A Kovać, la inseguridad de ella lo halagaba. Volvió a carcajear y le besó la punta de la nariz y la boca.

—No. Y no se trata de que te *elijo* a ti. Para elegir, se precisan al menos dos opciones. Y aquí no hay opciones, Diana. Eres tú, tú y tú.

—¡No me dejes, Lazar!

—Sería lo mismo que rajarme un tiro en la cabeza —expresó con reproche.

Izia entró por la puerta común; cargaba aún con el maletín.

—No encuentro a papá —anunció con angustia—, a Georgie tampoco. Algo grave está sucediendo. ¿No oyen acaso los disparos?

—¿Puedes ayudarnos a salir de aquí? —preguntó Kovać—. No de la casa —se explicó—, sino de la propiedad.

—Podría intentarlo en mi automóvil. En el baúl.

La Diana, que sacaba a Larysa de la cama, la interrogó sin mirarla:

—¿Sabes cuál es el sector prohibido?

—¿Sector prohibido?

—Así lo llamó Dragoslav —explicó Kovać—. Dijo que allí está nuestro hijo.

—Debe de haberse referido al sitio donde viven las muchachas y los niños.

—Llévanos —le exigió Kovać mientras envolvía a Larysa con el cobertor que arrancó de la cama.

—No puedo entrar —adujo Izia—, al menos no a estas horas. Es una zona fuertemente custodiada. Tal vez pueda conseguir un pase para mañana...

Se detuvo cuando Zver, con la camisa ensangrentada y la expresión alterada, traspuso la puerta común e irrumpió en el dormitorio de Larysa. Manoteó a ciegas hasta dar con el interruptor de la luz. La encendió. Sus ojos trastornados se fijaron en los de La Diana.

—¡Turca puta! ¡Turca maldita! ¡Asesinaste al *vojvoda*!

Larysa, que comenzaba a rebullirse en los brazos de la madre, alzó los párpados de repente.

—¡Cállate, imbécil! —ordenó La Diana.

—¡Pagarás por esto! —amenazó Zver, y la apuntó con la pistola.

Kovać las cubrió con el cuerpo, a su mujer y a la niña.

—¡Deja de comportarte como un chiflado, Zver! —intervino Izia—. No ha sido Mariyana. Ha sido Branka.

—¿Qué pasa, mami?

—¡Vamos! —exclamó Zver—. Ustedes serán mi pasaporte para escapar.

—¿Qué está sucediendo? —quiso saber La Diana, aunque ya lo imaginaba.

—Han invadido la propiedad. —Se aproximó con la pistola en alto—. Son unas malditas máquinas de matar.

—Baja el arma —ordenó Kovać, y, echando los brazos hacia atrás, cerró aún más el escudo en torno a La Diana y a Larysa, que había empezado a llorar—. ¿No te das cuenta de que asustas a la niña?

—¿Qué pasa, mami?

—Nada, amor mío. Tío Zver está borracho, pero ya se va.

—¡No me voy un carajo! —exclamó.

La puerta del dormitorio batió contra la pared y provocó un ruido estremecedor al romper el vidrio de un cuadro. Larysa soltó un alarido y escondió el rostro en el cuello de su madre. Tres hombres de negro se presentaron con fusiles en posición de ataque. Dado que llevaban los adminículos de visión nocturna elevados sobre el casco, La Diana los reconoció enseguida: Caballo de Fuego, Foxtrot y su hermano Sándor.

Zver aprovechó la sorpresa para abalanzarse sobre Kovać y envolverle el cuello con el brazo izquierdo. Le colocó la punta de la pistola en la sien. La Diana soltó un alarido y se aferró con desesperación a Larysa, que más que llorar lanzaba gritos desgarradores.

—¿Qué haces, Zver! —lo increpó Izia—. ¡Déjalo ir!

—¡Le volaré la cabeza si alguno mueve un dedo! ¡Se la volaré, lo juro! ¡No tengo nada que perder!

—¡Suelta el arma y tendrás una posibilidad de salir con vida! —le ofreció Al-Saud.

—¡Vamos! Apártense de la puerta o lo mato —los apremió—. ¡Ustedes tres, muévase hacia allá! ¡Los quiero junto a Mariyana! —Agitó el mentón para subrayar la orden—. ¡Muévase! ¡Tú también, Izia!

Obedecieron, y Zver se ubicó de modo de dirigirse hacia la puerta de espaldas y de frente al peligro. La Diana, con una sensación extraña, como si en realidad no estuviese viviendo esa macabra escena en la que la alejaban de nuevo de Kovać, mantenía la mirada fija en la de él, que no apartaba los ojos de los de ella. “*Volim te*”, le dijo con el movimiento de los labios, y La Diana habría preferido que no se lo dijese; le sonaba a despedida. El rostro tan amado se desdibujó al calor de las lágrimas.

Zver, bastante más bajo que Kovać, se le colgaba del cuello y lo obligaba a echarse hacia atrás. Seguían retrocediendo hacia la salida. La Diana sabía que Al-Saud o Van Groen lo habrían liquidado con un tiro en la frente; sabía también que se abstenían pues la probabilidad de alcanzar a Kovać era enorme, justamente por ser este bastante más alto que su atacante. Era como si Zver se parapetase tras un muro.

Faltando medio metro para que cruzasen el umbral, Kovać la miró una última vez antes de bajar los párpados como en el acto de comunicarse, de asentir, y La Diana supo que intentaría una maniobra riesgosa. Lo vio abrir y cerrar los puños a los costados del cuerpo, acciones que escapaban al campo visual de Zver, que solo tenía ojos para los soldados de élite.

Kovać aprovecharía la posición en la que Zver lo obligaba a retroceder para intentar una táctica de taekwondo, la que servía para deshacerse del llamado *headlock*, o llave de cabeza. En un acto velocísimo, hundió la barbilla para evitar que lo ahorcase, le cerró las manos en el antebrazo y echó el cuerpo hacia delante con un movimiento al tiempo que vigoroso, brusco y repentino. Zver pasó por sobre la cabeza de Kovać y dio un vuelco en el aire antes de caer de espaldas con un sonido seco y un quejido. Kovać,

que había terminado de cuclillas en el suelo, se arrastró para aferrar la pistola, se puso de pie de un salto y descargó un tiro en la cabeza del traficante. Con el arma aún extendida, se quedó mirándolo, impresionado por los ojos desmesuradamente abiertos.

La Diana corrió hacia él y se le echó al cuello con un clamor sofocado. Larysa, atrapada entre ellos, lloraba a gritos. Kovać dejó caer la pistola y las envolvió en un abrazo impiadoso. El llanto de la niña arreció, y Kovać se apartó.

—Dámela —le pidió a La Diana cuando notó que desfallecía.

La madre intentó entregársela, pero la niña se le aferró al cuello con actitud desquiciada y profirió alaridos desgarradores.

—¡Mami! ¡Mami! —gritaba.

La Diana, aunque sin fuerzas, volvió a sujetarla contra su pecho y a murmurarle palabras de consuelo. Enseguida percibió el brazo de Kovać en la cintura y se permitió descansar en el cuerpo sólido y atlético de su hombre. Guiada por él, se sentó en el borde de la cama y se meció hasta que la niña fue recuperando la serenidad. Siguió acunándola, con la frente de Kovać apoyada en su sien y su brazo como un sostén en torno a la cintura. Se mecían los tres, en realidad. Él también formaba parte del capullo construido para proteger a Larysa.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Izia.

—Un grupo de rescate —La Diana oyó responder a Eliah—. Vinimos a rescatar a La Diana y a Lazar.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó la mujer.

—¿Quién es su padre? —quiso saber Sándor.

—Es la hija de Aleksandar Ilić —respondió Van Groen.

—No hemos visto a su padre, señorita —informó Al-Saud—. ¿Está en la propiedad?

Izia se limitó a asentir con el gesto preocupado.

—¿Cuál es la situación? —preguntó La Diana por sobre la cabeza de su hija.

—Tenemos todo bajo control —aseguró Van Groen—. Solo nos quedaba esa sanguijuela —aclaró, y señaló el cadáver de Zver.

—Sáquenlo de aquí —pidió La Diana en francés para que Larysa no comprendiese—. No quiero que mi hija lo vea muerto.

Al-Saud y Van Groen se ocuparon del cadáver en tanto Sándor se aproximaba a la cama para observar a la niña, que escondía el rostro en el

seno materno.

—¿Ella es Larysa? —se emocionó—. ¿Mi sobrina?

—Sí, es ella —confirmó La Diana—. Sanny, danos un minuto. Está muy asustada.

Se puso de pie y, con Kovać por detrás, se dirigió al baño de la niña.

—Lazar, por favor, coloca la toalla sobre el mármol.

Kovać la plegó y la acomodó en el borde, junto al lavatorio. La Diana sentó a la pequeña sobre la toalla, y agradeció cuando Kovać le acercó una silla; las piernas le temblaban. La madre y la hija se miraron. La Diana le apartó los mechones húmedos del rostro.

—Hola, amor mío. ¿Cómo te sientes?

—Quiero ir con papi.

—Papi no está.

—¿Quiénes son esos señores?

—Son unos amigos que vinieron a buscarnos. Uno de ellos es mi hermano, tu tío Sanny.

—¿Y tía Leila? ¿Ella vino también?

—No. La veremos después.

Larysa apartó la vista de la madre y la fijó en Kovać, que se aproximó con una sonrisa.

—Hola.

—Hola. ¿Tú quién eres?

—Soy Lazar. Tenía muchas ganas de conocerte. Tu mamá me ha hablado tanto de ti.

—¿Conoces a mami? —Kovać asintió—. ¿Y a papi?

—También.

La niña se volvió hacia la madre.

—¿Dónde está papi?

—No lo sé, amor mío. Tuvo que salir. Ven, te lavaré un poco, harás pis y volverás a la cama.

Kovać sacó varias toallas del armario antes de dejar el baño para brindarles intimidad. La niña lo siguió con una mirada curiosa, y sonrió cuando el hombre, antes de cerrar la puerta, le guiñó un ojo.

—¿Ese señor es tu amigo, mami?

—Es mi mejor y más querido amigo.

—¿Por qué tío Zver se portó mal?

—Porque tomó mucha *šljivovica*, y cuando se toma mucha *šljivovica* no se sabe lo que se hace.

La Diana le refrescó el rostro y se lo secó con suavidad y pasadas lentas. La sentó en el inodoro y esperó a que hiciese pis. Le pasó un trozo de papel higiénico para que se limpiase y le subió la bombacha. La colocó sobre la silla y la ayudó a que se arrodillase. Se lavaron las manos las dos juntas, entreverando los dedos y refregándose una a la otra, lo que causó risa a la pequeña. Se miraron a través del espejo.

—¿Quieres tomar un poco de leche tibia? —La niña negó con una agitación de cabeza—. Muy bien, señorita, vamos a saludar a tío Sanny y luego, a la cama. Toma —dijo, mientras extraía la mascarilla de un cajón—, pónstela.

—No, la mascarilla no —se opuso la pequeña, y La Diana le concedió el capricho; no tenía corazón para forzarla.

Solo estaban Sanny y Kovać, que conversaban con ceños profundos y en cuchicheos. La Diana notó que su hermano se había quitado el casco y los guantes y ocultado el fusil. Observó también que el cadáver de Zver había desaparecido, lo mismo que la sangre en el piso; hacia un costado, advirtió el montículo de toallas con las que Kovać la había limpiado. También se dio cuenta de que había recogido los vidrios del cuadro roto. Lo amó por esos detalles.

—¿Dónde están Caballo de Fuego y Foxtrot? ¿E Izia?

—Fueron a ocuparse de lo que pediste —expresó Sándor—. Lo llevarán con el resto —aclaró.

—Izia —tomó la palabra Kovać— fue a buscar a Ilić.

—Hola, Larysa. Soy tu tío Sanny, el hermano de tu mamá.

—Hola, tío Sanny.

—Eres muy hermosa, más que tu mamá.

—Papi dice que soy igual a mami.

—Tiene razón. ¿Puedo darte un beso? —La niña asintió, y Sándor se agachó y la besó en la mejilla—. No sabes cuánto deseaba conocerte.

—¿Y tía Leila? ¿Ella quiere conocerme?

—Uf —resopló Sándor y agitó la mano con histrionismo—. ¡No te lo puedes imaginar! ¡Está loca por verte!

La niña soltó una carcajada, que bastó para que La Diana recuperase el ánimo. Tenía la impresión de que la aguardaba una tarea titánica para la cual no contaba con la fuerza física ni espiritual. Llevó la mano hacia atrás

y entrelazó subrepticamente los dedos con los de Kovać. Él le respondió de inmediato, apretándoselos.

—Aquí estoy —le susurró.

Depositó a Larysa en la cama y la cubrió con las mantas. Le pidió a Sándor que apagase la lámpara del techo. La habitación quedó de nuevo apenas iluminada por la luz de noche. Se inclinó y besó la frente de su hija.

—Duerme, amor mío. Descansa tranquila.

—No te vayas, mami.

—No, aquí me quedo. Siempre a tu lado, amor mío. Ahora cierra los ojos.

—Cuéntame un cuento de Jérôme —pidió.

La niña relajó el gesto y comenzó a respirar profunda y acompasadamente un par de minutos después.

* * *

Les pidió a Sándor y a Kovać que se quedasen con Larysa mientras iba a cerciorarse de que Ivanka estuviese bien. Encontró la habitación vacía y la cama, hecha. Abrió la puerta del baño; vacío también.

—Iva —la llamó con voz contenida—. Soy Diana. ¡Iva!

La muchacha salió del interior del placard.

—¡Señora! —exclamó con timbre angustiado—. ¡No me atrevía a ir a ver a Lary! ¡Qué angustia he pasado!

—Ella está bien.

—¿Qué sucedió? —quiso saber mientras se ajustaba el cinto de la bata—. ¿Qué eran esos disparos?

—Un grupo de soldados vino a rescatarnos a mi prometido y a mí.

—Oh —se asombró la muchacha, pero nada comentó.

—Vamos, quiero que duermas con Larysa. Yo tengo que ocuparme de varias cosas.

—Sí, sí, claro.

—Pero antes tienes que saber algo. Hace un momento, Branka asesinó a Vuk. Al *vojvoda* —aclaró.

—¡Oh, cielo santo! —La joven se llevó las manos al rostro—. ¡Oh, pobrecita mi Lary! ¿Ya lo sabe?

—No. Conseguí que se durmiese. Se lo diré mañana. Solo quería que lo supieras. Por nada del mundo permitas que mi hija entre en la habitación

del *vojvoda*. Ahí está su cuerpo.

—Pero, ¿por qué la señora Branka hizo algo así?

—Por despecho, Iva. Por celos.

La muchacha asintió con fatalismo.

—Eran como perro y gato esos dos —declaró—. Un mal ejemplo para Lary. ¿Y dónde está ella ahora? La señora Branka, me refiero. ¿Pudieron detenerla?

—Escapó con su hermano Mirko. Vamos, te acompañaré a la habitación de mi hija.

* * *

En la cocina, se encontraron con el servicio doméstico reunido en torno a la mesa, en bata y con expresiones de pánico y desolación; incluso estaba Mrs. Kendrall, pálida y asustada. Odín y Mustang las vigilaban. Anica se puso de pie al ver a La Diana.

—¡Señora Mariyana!

—Tranquila, Anica. Son amigos míos. Hola, Odín. Hola, Mustang.

—Diana —contestaron Hela y Guior Blum al unísono.

—Gracias por haber venido.

—Vinimos todos —explicó Hansen—, salvo Casablanca y Zorro. Estaban en sus países. No hubiesen hecho a tiempo para llegar. Todo se organizó en menos de veinticuatro horas.

—Comprendo. ¿Cuántos son?

—Somos quince.

—Anica —La Diana se dirigió a la cocinera—, preparen café para una veintena de personas y algo sustancioso para comer. Huevos revueltos con jamón o algo por el estilo. Sírvanlo en el comedor principal. También pon en la mesa frutos secos, yogures y cereales.

—Enseguida, señora.

Las mujeres abandonaron las sillas con presteza, aliviadas al contar con una tarea que las mantuviese entretenidas.

—Antes de que se pongan a trabajar —las detuvo La Diana—, quiero informarles que esta noche Branka Torlak asesinó de un tiro al *vojvoda*.

Se alzó una exclamación general. Algunas la contemplaron con ojos perplejos, otras comentaban entre ellas. Radmila, la enfermera, incondicional de Vuk, se derrumbó en la silla y se echó a llorar.

—¡Yo vi a la señora Branka! —comentó Lenka—. La vi desde la ventana de mi habitación. Corría como loca por el parque.

—¡Sí, yo también la vi! —confirmó Danijela—. Corría y gritaba. Parecía loca, sí.

—¿Vieron a Mirko? —se interesó La Diana.

—No —contestaron las dos al unísono.

—Iba sola —acotó Lenka—. Creo —añadió con aire desorientado.

La Diana se volvió hacia Hela Hansen y Guior Blum.

—Hay una mujer suelta en la propiedad. Posiblemente armada y peligrosa. Quiero que manden a un grupo a buscarla. Poco más de metro setenta, caucásica, rubia.

—Muy bien —dijo Hela, y se apartó para hablar por el sistema de comunicación que llevaba adosado al casco.

—La otra cuestión importante —La Diana se dirigió de nuevo al plantel de empleadas— es que mi hija no sabe aún que su padre ha muerto. Yo se lo diré mañana. En el ínterin, compórtense con prudencia.

—¿Y Milo? —quiso saber Anica, y fijó la vista en Kovać—. ¿Tu padre sabe que su hijo mayor ha muerto?

—No —respondió, seco, cortante—. Yo se lo diré.

Entró Eliah Al-Saud seguido por Van Groen, Siboniso Kamongo y Richard Beauchamp.

—¡Sibi! ¡Rocky! —se alegró La Diana, y sus antiguos compañeros de armas le sonrieron.

—Diana, luces estupenda en ese vestido de fiesta —bromeó Beauchamp.

Ninguno se le acercaba ni la tocaba, tal como ella los había habituado durante los años en que había sido víctima de la afenfosfobia.

—Cuidado con pasarte de listo —advirtió Al-Saud—. Ese que ves ahí —dijo, y señaló a Kovać— es su prometido. Y sabe de artes marciales tanto como tú y yo.

Beauchamp hizo una inclinación con la cabeza en dirección de Kovać.

—El comentario era sin mala intención. Diana es una querida amiga y compañera de armas.

—Lo sé. Gracias por haberse arriesgado por nosotros.

—La Diana habría hecho lo mismo por cualquiera de este grupo —expresó Kamongo.

—Las muchachas están preparando café y comida —anunció—. Lo servirán en un rato en el comedor.

—¡Esa sí que es una buena noticia! —exclamó Beauchamp—. Le avisaré al resto.

—Vengan, síganme. Les mostraré el comedor.

En realidad, La Diana quería quedarse a solas con sus compañeros para evaluar la situación. Beauchamp soltó un silbido apreciativo al ingresar en la sala. Se ubicaron en torno a la mesa de caoba para treinta y seis comensales. Kovać y La Diana se sentaron uno junto al otro, y enseguida entrelazaron las manos a la vista de los demás, que les echaban vistazos furtivos.

—¿Cómo lo lograron? —se interesó La Diana—. Esto es una fortaleza.

—Una fortaleza con setenta y dos guardias —acotó Beauchamp—. Un pequeño ejército, bien entrenado y bien armado. Nos cargamos a unos cuantos. A los demás los tenemos encerrados en unas celdas que hallamos en el sótano.

—Para responder a tu pregunta de cómo lo logramos —tomó la palabra Al-Saud—, quiero que sepas que contamos con la ayuda inestimable de Foxtrot. Sin él habría sido muy complicado penetrar.

—Nos dibujó un plano de la propiedad muy acertado —aportó Kamongo.

—No olvidemos —intervino el propio Van Groen— que tuvimos suerte cuando nos dimos cuenta de que el sistema perimetral no estaba funcionando. Alguno de los guardias cometió un error.

—Nosotros no lo habríamos sabido —razonó Beauchamp— si tú no lo hubieses señalado. Tú te diste cuenta de que la luz roja no parpadeaba como de costumbre.

—Ayer hubo un problema —comentó La Diana—. Estoy segura de que la desconexión del sistema de seguridad tiene que ver con eso. Vuk... El *vojvoda* estaba de un humor de perros a causa del inconveniente.

—No era para menos —comentó Hela—. Pudimos ingresar sin ninguna dificultad.

—Tuvimos suerte —añadió Guior Blum—. Por aire, habría sido imposible. Estos malditos cuentan con artillería antiaérea. ¡Artillería antiaérea! —repitió con una mueca pasmada—. ¿Qué es lo que custodian?

La Diana y Kovać compartieron una mirada locuaz.

—Dime, Arrow —habló de pronto Al-Saud mientras se acomodaba el micrófono delante de la boca y se ponía de pie para hablar retirado.

—¿Arrow está aquí? ¿Formó parte del grupo? —se asombró La Diana.

—¿Quién crees que nos dio tu posición exacta? —dijo Rocky.

—¿Cómo se enteró de que habíamos sido secuestrados? No salió nada en la prensa.

—Foxtrot le avisó —explicó Siboniso Kamongo—. Así fue como Arrow se contactó con Caballo de Fuego y pudimos organizar el operativo de rescate.

—Sin Arrow y sin Foxtrot —reconoció Hela Hansen— habría sido imposible encontrarte.

—Gracias —dijo La Diana mirando fijo a Van Groen, que se limitó a asentir—. Tango está muerto —anunció, siempre con la vista fija en el ex casco azul holandés—. El *vojvoda* lo asesinó.

—Lo imaginé. Nos mandó matar a Diné y a mí. Yo salvé el pellejo de casualidad. Diné, no.

—Lo siento.

Al-Saud regresó a la mesa; no volvió a ocupar la silla.

—Arrow acaba de informarme que tenemos dos situaciones, una en un laboratorio —La Diana imaginó que se refería al centro de tecnología y ciencia— y otra en la zona circundada por alambre electrificado.

—¡Allí tienen a los niños y a las muchachas secuestradas! —La Diana se puso de pie intempestivamente. Kovać la imitó.

—Exacto —confirmó Al-Saud—. No teníamos idea de que nos topáramos con algo así. En cuanto al laboratorio, allí encontraron muerto a Aleksandar Ilić.

La Diana percibió que la mano de Kovać se le cerraba en torno a la cintura con una desmesura inconsciente del dolor que le causaba.

—¿Aleksandar Ilić, el magnate de la farmacéutica? —se extrañó Beauchamp.

—El mismo —confirmó Al-Saud.

—¿Qué mierda hace aquí? ¿Qué mierda tiene que ver con el famoso *vojvoda*?

—Tiene todo que ver, Rocky —contestó La Diana, y sin dar lugar a más comentarios, dijo—: Caballo de Fuego, por favor, llévanos al lugar donde tienen a los niños y a las muchachas. Darko está allí.

* * *

Como de camino al sector prohibido se enteraron de que un tal Mihajlo estaba involucrado en la muerte de Ilić, Kovać le pidió a Al-Saud, que iba

al volante, que se desviasen y pasaran primero por el laboratorio. Allí se encontraron en la recepción con Nanuk, Noah Keen y Ulysse Vachal. Kovać abrazó a los guardaespaldas.

—Qué bueno es saber que están bien —comentó.

—¿Ustedes? —quiso saber Keen—. ¿Están bien?

—Sí, dentro de lo que cabe —acotó Kovać, y ensayó una mueca expresiva.

La Diana se encaminó hacia Nanuk. Se detuvo a pocos pasos. Se miraron sin pronunciar palabra. Leía en la expresión del soldado inuk su indecisión. Salvó la distancia que los separaba y lo abrazó. Nanuk respondió ciñéndola contra su cuerpo.

—¡Santo cielo, Diana! Creí que moría cuando Foxtrot me dijo que estabas en manos del *vojvoda*.

La Diana se apartó y le destinó una mirada grave.

—Yura está aquí, Nanuk. Ella y Miki están aquí.

—Lo sé. Me la encontré en el animalario. Ella y un tal Mihajlo...

—El padre del *vojvoda* y de Lazar.

—¿Lazar y el *vojvoda* son hermanos?

—Medio hermanos.

—¡Me parta un rayo! —se asombró el inuk—. De los seis mil millones que somos sobre la faz de la Tierra, ¿tenían que ser hermanos?

—Hacía veinticinco años que no se veían. Se detestaban, en realidad. Una larga historia. Te la contaré otro día. Dime, ¿qué es eso de que Ilić está muerto?

—Muerto, y de una muerte que no le deseo a nadie.

—Llévame. Quiero verlo.

—¿De veras quieres ver el espectáculo? Es desagradable.

Kovać se aproximó y deslizó el brazo en torno a la cintura de La Diana. Extendió la mano a Nanuk.

—Nanuk —lo saludó con esa voz oscura y grave que la hacía vibrar en sus partes más recónditas e íntimas. Lo miró con orgullo. Él, en cambio, se obstinaba en mantener la vista en el soldado inuk, el gesto endurecido. Lo juzgó el hombre más hermoso que conocía, así, serio y todo.

—Lazar, un gusto saber que están bien.

—Gracias. ¿Qué le sucedió a Ilić?

—Tu padre, entiendo, lo ató de pies y manos y lo echó a la jaula de las mambas negras.

—¿Las qué?

—Mambas negras —repitió La Diana—. Son las serpientes más venenosas del África. Muy agresivas y territoriales. Yura las estudia por el veneno.

—Llévame a ver a Ilić —le exigió a Nanuk.

—Es un espectáculo desagradable —advirtió por segunda vez.

—Llévame —insistió sin alzar el tono pero sin dejar resquicio para nuevas polémicas.

Se dirigieron al animalario. En la primera estancia avistaron los cadáveres de los dos guardaespaldas y de George Pearson.

—Ilić se encuentra en la última habitación —indicó Nanuk, y reiniciaron la marcha.

La Diana cruzaba las estancias tomada de la mano de Kovać y le parecía mentira que tan solo dos días atrás, el jueves 8 de febrero, lo hubiese hecho con Larysa. Había perdido el sentido del curso del tiempo y tenía la impresión de que había transcurrido semanas, incluso meses ahí dentro. Había vivido diez vidas durante esos cuatro días en manos de Vuk. Había muerto y resucitado. Había sufrido y gozado. Había amado y odiado. Sobre todo, había completado su esencia de mujer, la que Kovać había empezado a reconstruir desde las ruinas y que Larysa había perfeccionado al llamarla “mami”.

En el serpentario los aguardaba un espectáculo repugnante. Se aproximaron a la jaula. La Diana iba tomada de la mano de Kovać. Jamás habrían identificado el cuerpo decúbiteo prono, maniatado, semidesnudo e hinchado como aquel del refinado Aleksandar Ilić sin una inspección minuciosa. A simple vista, estaba irreconocible.

Kovać fue bordeando la jaula, los ojos fijos en el cadáver que las letales serpientes habían mordido una y otra vez. Los brazos y las piernas habían adquirido proporciones descomunales, como si padeciesen de elefantiasis. Se acercaban al sector de la jaula que les permitiría verle la cara. Desde atrás ya se notaba que la rigidez cadavérica le había impreso una posición extraña a la cabeza, que permanecía con el mentón elevado. Se detuvieron frente al cadáver. A La Diana solo le bastó un vistazo para ocultar la mirada en el brazo de Kovać. La expresión azulada y desencajada de Ilić se grabaría para siempre en su memoria.

Kovać, en cambio, se demoró en un estudio casi clínico del rostro del hombre al que había odiado visceralmente durante casi tres décadas. Sí, era

él, no había duda, aunque los ojos parecieran salirse de las órbitas, pese al color violáceo de la piel y la boca abierta en un grito mudo. Ese monstruo era el pedófilo que lo había torturado durante cuatro años.

Se volvió hacia La Diana y la abrazó.

—Ya todo terminó, amor mío —le susurró—. Para los dos —añadió—. Nanuk —dijo, alzando un poco la voz—, llévanos con mi padre, por favor.

Los condujo al último piso, al pequeño departamento que ocupaba Yura. Entraron sin llamar. Se toparon con la científica inuk y con el doctor Paddington que asistían a Mihajlo. Le tomaban la presión y le medían el reflejo de las pupilas.

—¡Lazar! —exclamó el hombre al descubrir a su hijo en el umbral.

—¿Qué sucede? —se preocupó Kovać, y entró deprisa.

—Le subió la presión a causa del estrés —diagnosticó Paddington—. Ya le dimos su medicina sublingual. En un momento volverá a la normalidad.

Kovać se acuclilló frente a su padre. Los ojos del anciano se tornaron brillantes.

—Verte es como ver a mi Taliya —expresó con voz resquebrajada.

—¿Te hace daño que te la recuerde?

—¡No! —exclamó—. No, qué va —repitió más apocado.

—Acabo de estar en el serpentario. ¿Qué has hecho, papá?

—Lo que tenía que hacer. Matar al perverso que lastimó a mi hijo más amado y que convirtió a Dragoslav en un delincuente y en un criminal de guerra. Cuando lo eché dentro de la jaula le dije que era por ti. Murió sabiendo que lo hacía recibiendo el justo castigo por haberte lastimado.

Kovać no sabía qué sentir. En el lapso de pocas horas, habían ocurrido acontecimientos irreversibles y trascendentales que lo desbordaban y le ofuscaban el discernimiento. Más tarde, en calma, meditaría y se permitiría sentir. Percibió la presencia de La Diana a su lado y el calor de su mano en el hombro.

—Quiero dejar algo en claro —expresó Mihajlo—. Lo sucedido esta noche aquí es solo obra mía. Los doctores Yura y Paddington no tienen nada que ver. De ningún modo han participado en el asesinato de Ilić.

—Don Mihajlo... —intentó quejarse la científica, pero el anciano la hizo callar al alzar la mano.

—Es la verdad, doctora Yura. Y la sostendré ante quien tenga que declarar. Usted y el doctor Paddington no tienen nada que ver en mi venganza contra ese monstruo. —Mihajlo la contempló con una fijeza

exigente, a la espera de una respuesta—. Bien —masculló una vez que la doctora Christiansen prestó su acuerdo.

—Papá —intervino Kovać—, Diana y yo tenemos que darte una mala noticia.

—¿Mi nieta está bien? —preguntó deprisa, con cara de asustado.

—Ella está bien, Mihajlo —intervino La Diana—. Se trata de Vuk. De Dragoslav. Y de su madre, Larysa.

El anciano apartó la mirada de La Diana y la fijó en la de su hijo menor.

—Han muerto, papá. Los dos. Branka Torlak los mató de un disparo.

Mihajlo bajó el rostro y entrelazó las manos en un único puño. Kovać se las cubrió con la derecha mientras con la izquierda le apretaba el hombro en un consuelo sin palabras.

—Que en paz descansen —lo oyeron murmurar—. Aquí, en este mundo, nunca la tuvieron. Lo que más me angustia —dijo, y alzó el rostro— es Larysa. Pobre muñeca mía. Cuánto sufrirá cuando sepa que su padre se ha ido para siempre.

La Diana se mordió el labio y se alejó para esconder la angustia. Yura se le unió enseguida.

—¿Es cierto? —quiso saber—. ¿El *vojvoda* ha muerto?

La Diana asintió.

—Tengo tanto miedo a la reacción de Larysa —confesó en un susurro cargado de llanto—. Temo tanto que recaiga, que vuelva a enfermarse.

—La controlaremos de cerca —prometió la mujer.

—Ahora, sin Vuk, será imposible darle un hermano salvador.

—Ten fe. La vida siempre nos regala milagros.

—¿Tú, una científica, crees en los milagros?

—Sobre todo porque soy científica creo en los milagros. Cuando empiezas a estudiar lo que el ojo humano no ve, cuando empiezas a rozar el misterio del mundo que poseemos, de la máquina increíble que es nuestro cuerpo, te das cuenta de que todo es un milagro. El hecho de que vivamos sumergidos en él nos impide reconocerlo, pero todo es un milagro. La ciencia puede explicar el cómo de los procesos, pero no el porqué. Además —dijo, y le guiñó un ojo—, tenemos esperma criopreservado del *vojvoda*. Congelado —aclaró—. En caso de necesitar un hermano salvador, Larysa lo tendrá. Quédate tranquila.

* * *

Octopus, Chapel y Faquir se habían ocupado de despejar el sector prohibido, para lo cual habían debido esperar a que primero se hiciesen del centro de comandos en la mansión y desactivasen el cerco eléctrico de tres metros que lo circundaba. Una vez superado, se habían encontrado con la mayor concentración de guardias, quienes presentaron una dura resistencia. Después de casi una hora de combate, los redujeron a dos, que se rindieron.

Tras los saludos y las presentaciones, y mientras se dirigían al interior del recinto, La Diana les pidió que la informasen de la situación.

—Una treintena de cautivos —informó Octopus.

—Contamos diecisiete mujeres, algunas adolescentes, y trece niños —completó Chapel.

—Al parecer, todos están bien —informó Faquir—. Al menos, los tenían en buenas condiciones. Nada que ver con lo que encontramos aquel día en el laboratorio de Tiráspol.

—Los usaban como conejillos de Indias —expresó La Diana.

—Mierda —masculló Octopus—. Es peor de lo que imaginábamos.

—Llévennos con ellos, por favor —pidió Kovać.

—Es por aquí —indicó Chapel—. Los tenemos en el comedor, incluidos los empleados.

La Diana y Kovać corrieron por el pasillo que les señaló el soldado y abrieron la última puerta. Darko los reconoció primero y, tras gritar “¡Mamá!”, se abrió paso en el grupo y corrió hacia ellos. Se encontraron a medio camino. Kovać y La Diana cayeron de rodillas delante de él y lo envolvieron en un abrazo implacable. Le besaban el rostro, la cabeza, el cuello, mientras lloraban de alegría y de alivio.

—¡No quiero quedarme aquí solo! —repetía Darko entre lágrimas—. ¡No quiero quedarme aquí!

—No te quedarás aquí, *moje blago*. Hemos venido a buscarte para que estés con nosotros.

—¿Para siempre, mamá?

—Sí, cariño —intervino Kovać—, para siempre.

—¿Y los hombres malos?

—Ya no existen. Se han ido, también para siempre.

—¿De veras, mamá?

—De veras, *moje blago*.

—Mira quién ha venido a rescatarnos y quiere saludarte —intervino Kovać para distraerlo.

El niño abrió grandes los ojos al reconocer al padre de Jérôme bajo el casco y el uniforme negro. Lo atrajo el fusil que Al-Saud sostenía contra el pecho.

—Hola, Darko —dijo Eliah en serbocroata y le extendió la mano derecha—. ¿Cómo estás?

Darko aceptó el saludo y se la apretó.

—¿Por qué te vestiste así?

—Así nos vestimos los soldados —dijo en francés, y La Diana tradujo—. Tu mamá también se viste así.

—¿De veras?

—Sí, *moje blago*. Cuando estoy en una misión, me pongo ese traje.

—¿Y Jérôme? —se volvió hacia Eliah—. ¿Él vino también a rescatarnos?

—No, se quedó en casa. Está muy preocupado por ti. —Al-Saud le rozó la mejilla y le sonrió—. Has sido muy valiente, Darko. Has vivido una aventura peligrosa y la has superado como un verdadero soldado.

—Sí —confirmó el niño con el gesto agravado—, fui muy valiente, igual que Jérôme.

La Diana y Kovać rieron. Lo estrecharon de nuevo. La Diana le sujetó la carita y se la estudió de cerca. Le depositó tantos besos como el niño le permitió antes de apartar el rostro.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo, *moje blago*?

—Nada, mamá.

—¿Te trataron bien?

Asintió con rapidez. La Diana no sabía cómo averiguar si se había encontrado con el padre biológico.

—¿Vino alguien a verte? —la sorprendió Kovać al preguntar.

Se miraron, y La Diana supo que a él también lo habían amenazado con entregárselo a Borenovic.

—No —respondió con simpleza.

Luego compartieron un rato con Senada y con su hija. La muchacha se echó a llorar, y para que no alterase a la pequeña, La Diana la tomó en brazos y la meció hasta que se quedó dormida. La observaba, tan plácida y ajena al peligro, y experimentaba una paz profunda. Se había perdido tantas cosas de Larysa, meditó. Cargarla, amamantarla, bañarla, ayudarla con los primeros pasos, escucharla decir las primeras palabras. El hijo de Kovać le permitiría vivir la experiencia fascinante de la maternidad que se había prohibido en Rogatica. Sin embargo, el dolor por haber defraudado a su hija

mayor jamás se aplacaría por completo. La culpa la acompañaría hasta el fin de sus días.

* * *

Senada prefirió quedarse esa noche en “el instituto”, como se conocía a la prisión del sector prohibido. Había hecho amistad con algunas de las chicas y quería pasar un poco más de tiempo con ellas antes de regresar a Sarajevo.

Se instalarían en la habitación que La Diana había ocupado durante el cautiverio. Primero, debieron pasar por el dormitorio de Vuk para hacerse de la tarjeta que les franquearía el ingreso. Entró La Diana sola. Ahí seguían los cuerpos de Vuk y de la Perisić. Le hurgó los bolsillos de la chaqueta donde él siempre la guardaba. La halló enseguida.

—¿Viviremos en esta casa? —preguntó Darko, mientras giraba la cabeza hacia uno y otro lado para abarcar la imponente y los detalles del corredor. Los miró alternadamente para asegurarles—: A mí me gusta mucho.

Los adultos disimularon la risa.

—No —le explicó Kovać—, volveremos a Sarajevo.

Lo bañaron. Durante esos cuatro días nadie lo había hecho. La Diana lo desvistió en la habitación mientras Kovać llenaba la bañera. Aprovechó para estudiarle el cuerpo; no halló señales de golpes ni cortes ni quemaduras. Kovać lo metió en la bañera. Se sentaron en el borde. La Diana le lavó la cabeza y le higienizó el cuerpecito delgado. Miró de soslayo a Kovać y lo descubrió haciendo lo que ella había hecho un momento antes: le buscaba señales de abuso o de maltrato.

—¿Tienes hambre, *moje blago*? —El niño negó con un movimiento de cabeza—. ¿No te gustaría tomar un poco de leche tibia? Con galletas muy sabrosas —lo engatusó.

—Bueno.

—*Moje blago*, quiero contarte una cosa.

El niño, que jugaba con la botella de champú vacía como si fuese un bote, se detuvo y alzó los ojos.

—¿Recuerdas lo que le pasó a Azem durante la guerra?

—Sí, se perdió. Su papá y su mamá no podían encontrarlo.

—Exacto. Quería contarte que, durante la guerra, yo tuve una hija.

—¿Una hija?

—Sí. Larysa se llama. Por culpa de la guerra, la perdí, como los padres de Azem lo perdieron a él.

La expresión del niño se demudó: las cejas le avanzaron sobre la frente despejada y separó los labios ligeramente.

—¿No puedes encontrarla? —se preocupó.

—Acabo de encontrarla. Eso quería contarte. Larysa está aquí.

—¿Aquí?

—Duerme en una habitación al final del corredor.

Se quedó contemplándola con un gesto atónito; ni siquiera pestañeaba. La Diana le sostuvo la mirada mientras le daba tiempo a que procesase la información.

—¿Y yo puedo seguir siendo tu hijo?

Le encerró la carita húmeda entre las manos y lo besó en la frente y en la nariz.

—Eres y serás *siempre* mi hijo. *Nuestro* hijo. Mío y de papá. Te amamos como a nada en este mundo, nunca lo olvides. Estoy contándote lo de Larysa para avisarte que tendrás una hermana. Espero que se quieran mucho y que siempre sean compañeros y se ayuden en todo. ¿Sabes, *moje blago*? Mañana le daré una noticia muy triste a Larysa.

—¿Qué noticia, mamá?

—Que su papá, a quien ella quiere mucho, se fue al cielo y no volverá.

—¿Papá no es el papá de Larysa? —se desconcertó.

—No, el papá de Larysa era otro hombre, uno que conocí cuando empezó la guerra. A papá lo conocí hace poco.

—¿Lo querías a ese señor de la guerra, mamá?

La Diana se quedó mirándolo. Darko no podía saber lo bien que le sentaba a Vuk lo de “señor de la guerra”. Reflexionó que decirle la verdad, que lo había detestado, estaba fuera de cuestión, ya que en un acto inocente el niño podía repetírselo a Larysa. Entrelazó los dedos con los de Kovać y los oprimió suavemente.

—Sí, lo quise.

—¿Más que a papá?

—No. Pero Larysa lo adora y temo que sufrirá mucho cuando le diga que ha muerto.

—¿Murió como mi mamá de antes?

—Sí, cariño —intervino Kovać—, como tu mamá de antes. Yo perdí a mi mamá cuando era un poco más grande que tú, y me acuerdo de lo triste que

estaba. Tenía ganas de llorar todo el tiempo.

—Yo también —admitió con acento apagado, y bajó la vista.

—Larysa es muy afortunada de tener un hermano como tú, *moje blago*. Eres el niño más bueno, listo y valiente que existe.

Alzó el rostro, envanecido por el cumplido, y sonrió mostrando los dientes.

* * *

Después de tomar la leche tibia y de comer las galletas de avena que Anica le sirvió en la cocina, Darko se quedó dormido en los brazos de Kovać. Se trasladaron al comedor, donde la mitad del grupo —la otra parte se ocupaba de la primera guardia— comía, fumaba y jugaba a las cartas con un mazo que le habían dado las empleadas.

—¿Cuál es la situación? —preguntó La Diana a Al-Saud—. ¿Quiénes saben de este operativo de rescate?

—Es una misión no oficial —reconoció—. De igual modo, están al tanto algunas autoridades de la ONU y de la OTAN. Si un poco conozco los manejos políticos, querrán tapar todo. La participación de Ilić en una cuestión tan sórdida como el tráfico y la experimentación con seres humanos no es un asunto menor. Lo taparán —insistió—. A cualquier costo —remarcó—. Acabo de hablar con Haraldsson. Sé por Callum que lo conoces.

—A él y a Schell. Eran amigos del general.

—Como te decía, corté hace un momento con Haraldsson. Le informé acerca del resultado del operativo. Consultará con sus colegas y me llamará apenas resuelvan algo.

—¿Y Callum?

—Ya le avisé que están bien. Llega mañana.

—¿Y Leila? ¿Sabe que nos secuestraron?

—No hubo forma de escondérselo. Está bien, no te preocupes. Peter, que quedó en Sarajevo, ya la habrá llamado para decirle que ustedes están a salvo.

—¿Qué pasará con mi padre? —quiso saber Kovać.

—¿Y con mi hermana Yura? Ella fue cómplice del asesinato de Ilić.

—Ya oíste lo que dijo Mihajlo —le recordó La Diana—. Él exonerará a Paddington y a Yura.

—Es cierto —acordó el inuk—, pero si se realizase una investigación profunda de los hechos no tardarían en concluir que necesitó un cómplice.

—No creo que lleguemos a eso, Arrow —intervino Al-Saud—. Como les decía, me juego cualquier cosa a que lo taparán. Harán pasar su muerte por un accidente. El benefactor de la humanidad, el pionero de la ciencia, el que salva al mundo del virus de Marburgo, el hombre al que la reina de Inglaterra acaba de concederle el honor de ser uno de sus caballeros, ¿un traficante de humanos y torturador al mejor estilo de Josef Mengele? Si alguna vez existió una situación en la que se justificase ocultarlo todo es esta. Desde la OMS hasta el gobierno de Estados Unidos, pasando por la bolsa de Wall Street donde cotizan sus empresas hasta la casa dinástica inglesa, todos a coro ordenarán que se eche un manto de oscuridad y silencio sobre la verdadera naturaleza de Ilić.

Sonó el celular de Al-Saud, que se apartó para atender la llamada. La Diana, Kovać y Nanuk guardaron silencio los minutos que duró la conversación. Al-Saud regresó a la mesa y se dejó caer en la silla; lucía cansado.

—Era Haraldsson. Confirmado: se cubrirá todo. En pocas horas —dijo, y consultó su Breitling—, a eso de las siete de la mañana, llegará el grupo de *housekeeping*.

—¿De limpieza? —se extrañó Kovać.

—Expertos que se ocupan de borrar todo indicio de crimen —explicó Al-Saud—. Se llevarán los cuerpos de Ilić y de todos los demás, limpiarán la evidencia y aquí no ha pasado nada.

—El del *vojvoda* no —se opuso La Diana—. Quiero que mi hija tenga una tumba donde ir a ponerle flores a su padre.

—Pero...

—Elijah, el *vojvoda* no existe. Para el mundo, Dragoslav Kirilo Milanković murió hacia el final de la guerra, en el 95. El hombre que está muerto arriba no es nadie, no existe. Pero lo es todo para mi hija.

—Habrà que discutirlo con Haraldsson y Schell —dijo Al-Saud—, pero dudo de que se opongán.

—¿Y qué sucederá con los empleados? —se preocupó Kovać—. Los de la casa y los del laboratorio.

—Les convendrá mantener la boca cerrada. Si saliese a la luz lo que sucedía en esta propiedad serían acusados de complicidad en delitos gravísimos, de lesa humanidad, nada más ni nada menos. —Negó con la

cabeza—. Estoy casi seguro de que esto será un gran complot de silencio para beneficio de las partes involucradas.

“Yo soy una de esas partes”, reflexionó La Diana, interesada en que el pasado de Vuk como criminal de guerra y su presente de traficante de armas, drogas y humanos quedase enterrado para siempre por el bien de Larysa.

* * *

Izia ingresó en el comedor y se detuvo repentinamente en el umbral al ver la mesa ocupada por los soldados. Buscó con la mirada hasta dar con Kovać, cuyos ojos atentos la observaban. Puso a Darko en los brazos de La Diana y se levantó para recibirla.

—No encuentro a papá por ningún lado —se angustió la mujer—. Lo he buscado por toda la casa y el laboratorio. ¿Qué le hicieron estos hombres?

—Ven, vamos a un lugar más tranquilo —sugirió Kovać, y la guió hacia la zona de la cocina, donde la actividad de las domésticas se había calmado.

—¿Podrías preguntarles a los soldados si le han hecho algo?

—Ellos no le hicieron nada. No lo han visto —mintió, pues bajo ningún concepto le revelaría una verdad que condenaría a su padre de nuevo a la prisión, sin mencionar a la doctora Yura. Izia estaba confundida y era inestable; no tenía idea de cuál habría sido su reacción si se hubiese enterado de que Ilić había muerto.

—Lo llamo al celular y no me responde. Intenté también con el de Georgie, y nada.

—Habrá escapado al saber que los soldados habían venido a rescatarnos.

—Tal vez esté con la doctora Yura. Iré a verla —decidió, e hizo el intento de levantarse.

Kovać la sujetó por la muñeca y se lo impidió.

—Estuve hace un momento con Yura. No sabe nada. ¿Viste al soldado sentado junto a Diana?

—¿El de los ojos rasgados? —expresó Izia.

—El mismo. Ese es el hermano de la doctora Yura. Un soldado de élite amigo de Diana. Desde hacía meses buscaba a su hermana. Descubrió que no había muerto en el accidente aéreo sino que Ilić lo había orquestado para secuestrarla y obligarla a trabajar para él.

—La doctora Yura —objetó Izia y se puso de pie; Kovać la imitó— trabaja con nosotros por voluntad propia y gana un sueldo fabuloso. No entiendo por qué te empeñas en desprestigiar a mi padre.

—Porque es un delincuente, Izia. ¿Acaso no te enteraste por los periódicos de que la científica Yura Christiansen y su hija habían muerto en un accidente aéreo en Bélgica?

—No tengo tiempo de ver la televisión ni de leer los periódicos.

—No te preocupes. Yo te conseguiré los recortes de diarios donde podrás informarte acerca de lo que *supuestamente* le sucedió. Sacarás tus propias conclusiones. Además, ¿no estabas anoche mientras Ilić confesaba a viva voz haber mandado matar a un general de la OTAN porque se oponía a sus planes? ¿No escuchaste cuando admitía haber orquestado la guerra en Bosnia para su propio beneficio?

Izia exhaló con aire de hartazgo.

—Lazar, hablar contigo de los asuntos de mi padre es en vano. Nunca comprenderás la responsabilidad que carga sobre sus hombros. La Ouroboros, la Herkul y todas sus compañías dan trabajo a miles y miles de familias en todo el globo. ¿Eso no cuenta? Mantener una estructura de esas dimensiones requiere tomar medidas, a veces drásticas. ¿Cuándo se irán estos hombres? —preguntó con impaciencia y fastidio.

—Supongo que mañana —contestó Kovać tras los segundos que le tomó reponerse del argumento de la mujer.

—No veo la hora de volver a la normalidad.

—¿Qué normalidad, Izia? ¿La de experimentar con mujeres y niños en contra de su voluntad? ¿Con las víctimas del tráfico humano que llevaba adelante Dragoslav y del cual Ilić se aprovechaba para sus investigaciones?

—Tú, que no eres científico —le recriminó con gesto apasionado—, jamás comprenderás que los proyectos que llevamos a cabo aquí son para mejorar la calidad de vida de la gente. Esas muchachas y sus hijos son héroes y sirven para algo, prestan un servicio a la humanidad. En caso contrario, acabarían con sus vidas a causa de una sobredosis o de la golpiza de un proxeneta.

—Tú, Izia, no puedes comprender lo que es ser cautivo y abusado, por eso hablas con tanta liviandad acerca de un tema que para mí es muy delicado. Yo, que fui prisionero de Ilić y abusado sexualmente por él, puedo sentir en cada célula de mi ser lo que experimentan las muchachas a las que tú llamas heroínas.

—¡Estás mintiendo!

—Yo no miento —declaró Kovać, y como alzó la voz, Izia dio un paso atrás, intimidada—. Y si sobreviví a los cuatro años de abuso de Ilić fue gracias a la niña que estuvo conmigo todo ese tiempo, que me sostuvo con su amor, su ternura y su fortaleza. Sin ella, habría muerto.

Izia, los puños apretados y la expresión crispada, lo miró fijamente, como a punto de soltarle algo. Pero calló. Dio media vuelta y abandonó la cocina corriendo.

* * *

Kovać regresó al comedor y se encontró con la expresión ansiosa de La Diana, que lo interrogó con la mirada. Él, para desestimar el asunto, se encogió de hombros. Le sonrió; ella no respondió de igual modo. El tema de Izia la inquietaba, la llenaba de dudas. Se aproximó, la besó en la frente, acarició la cabeza de Darko y, sin ocupar de nuevo la silla, se dirigió a Eliah Al-Saud.

—¿Dónde tienen a los empleados? Me refiero a los de mantenimiento y jardinería —se explicó.

—No son muchos —intervino Hela Hansen—. Los sacamos de sus cabañas y los congregamos en un gimnasio. Algunos tienen esposas e hijos. Les están llevando café y comida —añadió.

—Si todavía no ha escapado —retomó Kovać—, entre ellos hay un hombre, un prófugo de la Justicia, acusado de pedofilia. Quisiera identificarlo y que lo encerrasen para entregarlo a la fiscalía en Sarajevo cuanto antes.

Eliah Al-Saud asintió con gesto grave antes de dirigirse a sus hombres.

—Sibi, Odín, acompañen a Lazar. A quien él les señale, lo encierran junto con los guardias en el sótano.

La Diana, cuya primera reacción había sido ponerse de pie y acompañarlo, se quedó en su lugar, con Darko dormido en el regazo. No se atrevía a separarse de él, a encomendárselo a nadie, ni siquiera se planteaba acomodarlo en un sillón pese a que ya estaba grande para que lo cargase como a un bebé, pese a tener los brazos entumecidos. Kovać se aproximó y se inclinó para volver a besarla.

—Quédate tranquila —le susurró.

—Ten cuidado. No te acerques. Podría estar armado. Odín, Sibi —llamó a sus antiguos compañeros—, no se fíen de los empleados, menos que menos del pedófilo.

Se echó encima uno de los abrigos que halló en el armario de la recepción antes de salir a la noche fría. Caminaron en silencio. Kovać observaba el predio iluminado y distinguía a lo lejos una camioneta que se dirigía hacia el sector donde se erigía el centro de tecnología y ciencia.

—Es nuestra ronda —le explicó Sibi—. No podemos bajar la guardia. Podrían llegar refuerzos. Y la alarma perimetral no está funcionando.

—Nos facilitó el ingreso —concedió Hela Hansen—, pero ahora nos juega en contra para mantener la seguridad.

Kovać asintió, de pronto cansado. Se preguntó cómo se arreglaría ese lío. Siguió caminando y repitiendo su mantra, “paso a paso, poco a poco”. En ese momento, la prioridad era atrapar a Borenovic y neutralizarlo de una vez para siempre.

El gimnasio se hallaba al lado de las cocheras. Se accedía desde la parte exterior, aunque también estaba conectado con la mansión a través de una puerta interna que se abrió en ese momento para franquear el paso a las empleadas que ingresaban con jarras de café y sándwiches. Los empleados y sus familias las recibieron con un murmullo de aprobación. Estaban en pijama, bata y pantuflas; los habían arrancado de sus lechos literalmente.

Lo individualizó con el primer barrido. Se hallaba un poco aislado, sentado en la banqueta de una máquina para pesas. Borenovic sonreía y coqueteaba con la muchacha que le vertía café, y la mueca le tornaba más grotesco el rostro, donde se advertían claramente los signos de los golpes que Mihajlo le había propinado.

—Aquel —lo señaló con disimulo—, el de bata roja y negra.

El grupo se acalló cuando los dos soldados se abrieron paso. A Borenovic se le congeló la sonrisa al percatarse de que se le acercaban. Soltó la taza de café, que cayó sobre el parque, empujó a la muchacha y echó a correr.

—¡Alto! —exclamaron al unísono Hansen y Kamongo.

Kovać, que se hallaba en el otro extremo del salón, se puso en movimiento. Lo interceptó antes de que alcanzase la salida. Pegó un salto y se le arrojó encima. Acabaron enredados en el suelo. Borenovic le soltó una trompada que lo alcanzó en el pómulo y que le concedió el tiempo para escapar. Kovać, aturdido a causa del golpe, atinó a extender la pierna y meterle una zancadilla. El hombre, no muy alto, pero macizo y pesado, dio

de bruces en el suelo. Kovać le saltó encima y lo neutralizó sujetándole los brazos en una postura antinatural en la espalda que le arrancó alaridos de dolor. Se inclinó para susurrarle.

—Soy el padre de Darko. Si vuelves a acercarte a mi hijo aunque sea a mil kilómetros, te cortaré la pija como si fuese un salame.

En un movimiento fluido, rápido y que evidenciaba su fuerza física, lo puso de pie. Se miraron a los ojos. Borenovic no lo reconocía, lo cual resultaba lógico pues las pocas veces que se habían cruzado él llevaba una barba espesa que lo cambiaba radicalmente.

—¡Darko es *mi* hijo! ¡Y voy a recuperarlo!

—¡Maldito pedófilo asqueroso! —vociferó Kovać, y fue acompañando cada palabra con un trompazo.

Lo apartaron Sibi y Odín, que sacaron a Borenovic a la rastra, medio inconsciente. Kovać, rabioso y acezante, los observó alejarse. Luego fijó la vista en las gotas de sangre que habían formado un reguero hasta la entrada principal. Existió un instante en el que experimentó el impulso de hacerse de un arma de fuego y rajarle un tiro en la cabeza para terminar con la amenaza. Desistió, convencido de que la muerte habría sido una salida benévola. “Que se pudra en la cárcel”, se dijo. “Que viva una existencia sin sentido”, deseó. “Ese será el mejor castigo”.

* * *

—¿Estás bien? —quiso saber La Diana mientras subían al segundo piso.

—Sí —masculló Kovać.

Entraron en la habitación y acomodaron a Darko en la cama, que siguió durmiendo profundamente. Se miraron a los ojos. La Diana levantó la mano y le acarició el rostro. Se detuvo sobre el pómulo golpeado. Kovać dejó caer los párpados y descansó la mejilla en la mano de su mujer.

—Todo ha terminado, amor —lo alentó La Diana—. Darko y Larysa están a salvo y tú y yo estamos juntos.

Kovać abrió los ojos con lentitud y le clavó una mirada inquisitiva.

—Estás pálida, Diana. Quiero que duermas aunque sea un par de horas. —Como adivinó que interpondría una nueva excusa, alegó—: Por mi hijo. Hazlo por él. Necesitas descansar por él.

La Diana suspiró y asintió.

—Solo te pido una cosa más.

—Dime.

—No quiero que el padre de mi hija quede tirado en el suelo. Quiero ponerlo sobre la cama.

Tras un momento de mutismo y mirada indescifrable, Kovać asintió.

—Necesitaremos ayuda. No podremos levantarlo nosotros dos.

La Diana mostró su acuerdo con un asentimiento.

CAPÍTULO XXII

Dios ha muerto.

Friedrich Nietzsche, filósofo alemán
(1844-1900)

Amanecía. Kovać, apoyado en el marco de la ventana, con la cortina apenas alzada, consultó la hora. Faltaban pocos minutos para las ocho de la mañana. La Diana dormía junto a Darko. Él había tratado de descansar; se había bullido y rebullido hasta desistir por miedo a despertarlos. Desde hacía un rato, observaba el movimiento en el exterior. La tropa al mando de Al-Saud continuaba con las rondas. Se incorporó cuando una caravana compuesta por un Audi negro, una camioneta cuatro por cuatro y un camión blanco de bajo tonelaje se detuvieron frente a la entrada principal de la mansión. Del Audi bajó un chofer, que abrió las puertas traseras por las que descendieron dos militares a juzgar por los uniformes, uno, azul claro, el otro, en una tonalidad gris, ambos cargados de condecoraciones. En la camioneta iban cuatro hombres; los conocía: Callum Duncan, Bruce McLeod, Peter Ramsay y Freddie Prescott. Por último, cinco personas abandonaron el camión, tres hombres y dos mujeres. Vestían como civiles y se conducían sin hablar, con precisión y economía de movimientos, como si no tuviesen tiempo que perder y supiesen al dedillo cómo tenían que proceder. De la caja del vehículo extrajeron cuatro valijas. “El servicio de *housekeeping*”, dedujo Kovać, y en cierto modo lo alivió su presencia; quería que limpiasen el sitio y que su padre quedase libre de sospecha y culpa.

Se calzó las zapatillas que había sacado del vestidor de Dragoslav después de que él y algunos de los hombres de Eliah lo hubiesen depositado sobre la cama mientras La Diana seguía el operativo en silencio y con

expresión neutra. Habían hecho otro tanto con la mujer, la primera esposa de Mihajlo.

Se topó con el grupo de recién llegados en la recepción de la casa. Al-Saud les daba la bienvenida.

—¡Lazar! —exclamó Callum Duncan, y se aproximó al pie de la escalera a paso rápido con la ayuda del bastón—. ¡Muchacho, qué alegría verte!

Estrecharon las manos. Enseguida se aproximaron Ramsay y McLeod y lo abrazaron.

—¿Dónde están mi sobrina y Darko? —preguntó el anciano escocés, mientras volvía la cabeza hacia uno y otro lado.

—Descansando —respondió Kovać—. Fue una noche muy larga, y Diana estaba extenuada.

—Podemos imaginarlo —dijo McLeod—. ¿Están bien? —se interesó.

—Sí, bien —contestó con parquedad.

—Entonces —intervino Ramsay—, iré a llamar a mi esposa. Está muy ansiosa por saber.

—Lazar —dijo el barón de Glendale—, permíteme que te presente a los generales Schell y Haraldsson, grandes amigos míos y del difunto general Raemmers. Cuando visitaron Glendale, tú no los viste.

—No, no los vi —ratificó, y estiró la mano para apretar las de los militares de la OTAN—. Mucho gusto.

Tras los saludos, se dirigieron al comedor. Kovać se acercó a Al-Saud y le preguntó en voz baja:

—¿Pudieron saber algo del paradero de Mirko y de Branka? Diana querrá saber cuando despierte.

—Nada. No queda nadie en la propiedad que no hayamos liquidado o que tengamos bajo control. La hemos recorrido hasta los confines y nada. Lo siento.

Kovać asintió con gesto grave. Después de que las empleadas sirvieron café, jugo de naranjas recién exprimidas y medialunas, los hombres se pusieron a hablar.

—Anoche, en esta misma mesa —anunció Kovać—, Ilić admitió haber ordenado la muerte del general Raemmers.

—¿Ilić? —se extrañó Haraldsson—. Creíamos que había sido el *vojvoda*.

—El *vojvoda* no era sino una marioneta de Ilić —explicó Kovać—. Mandó matar a Raemmers porque este bregaba por la disolución de la

OTAN sin mencionar que había descubierto la complicidad de De Souza en lo del tráfico y otras cuestiones graves.

Un silencio pesado cayó sobre los presentes. Los generales noruego y alemán compartieron un vistazo rápido aunque deliberado y elocuente, y Kovać meditó que no lucían sorprendidos.

—¿Qué tiene que ver Ilić con la OTAN? —se extrañó Bruce McLeod.

Schell y Haraldsson guardaron silencio.

—Parece ser —contestó Kovać— que le interesaba que se mantuviese como hasta ahora, la potencia militar que rige los destinos del mundo. Por alguna razón, juzgaba que le convenía a sus intereses. O tal vez a los de sus amigos del grupo... No recuerdo el nombre.

—Grupo Bilderberg —lo asistió Schell.

—Exacto —confirmó Kovać—. Aseguró ostentar la presidencia desde hace años.

—¿Qué es el grupo Bilderberg? —volvió a preguntar McLeod.

—Un grupo de personas influyentes y poderosas —explicó Callum Duncan— que se encuentra cada año para decidir, según dicen las malas lenguas, el destino del planeta. Sus miembros se ríen de estas teorías conspirativas y aseguran que se reúnen (siempre en lugares secretos) —añadió con una ceja levantada— para comprender las nuevas tendencias mundiales y ajustar las decisiones que les permitan proteger sus negocios.

—Se declaran también benefactores de la humanidad —añadió el general noruego.

—No entiendo —manifestó el *hacker* escocés— de qué modo la OTAN puede servir a un grupo de empresarios y hombres de negocios.

—La OTAN significa guerra —tomó la palabra Al-Saud—, y con la guerra, los amigos de Ilić se aseguran el aumento exponencial de sus fortunas y de su poder. Con la OTAN en el mundo —subrayó—, saben que habrá guerra a perpetuidad.

—De todos modos —perseveró McLeod— no comprendo de qué modo la guerra puede incrementar la fortuna de un tipo como Ilić, que no produce armas.

—La guerra, señor McLeod —dijo Haraldsson—, es una de las actividades humanas con mayor efecto multiplicador en la economía. Verá, para ir a la guerra *una* de las cosas que se precisan son las armas y las municiones, pero también se necesitan y, créame, con la misma intensidad que los fusiles y las granadas, comida, agua mineral, tela para uniformes,

calzado, medicinas y suministros para hospitales, automóviles, aparatos electrónicos, papelería y mucho, mucho combustible. Le aseguro que los del grupo Bilderberg aman la guerra. ¿Cómo murió Ilić? —interrogó sin pausar.

—Mordido por unas serpientes en el laboratorio que mantenía aquí —contestó Al-Saud—, donde la doctora Yura Christiansen estaba cautiva desde hacía más de seis meses.

—Es un verdadero desastre —admitió Schell, y se quitó la gorra de plato y le dio un sorbo largo al café.

—Pueden hacer con este sitio y con lo que encuentren aquí lo que ustedes deseen —concedió Kovać—, salvo dos cosas: las muchachas y los niños víctimas del tráfico humano serán de competencia de Duga Sarajevo y de la fiscal Dretar. Y el cuerpo del *vojvoda* no formará parte de su servicio de *housekeeping*.

—¿Desea conservar el cuerpo del *vojvoda*? —se pasmó Haraldsson.

—Sí.

—¿Podemos preguntar por qué? —terció Callum Duncan.

—El *vojvoda* era el hijo mayor de mi padre, de su primer matrimonio —aclaró—. Era mi medio hermano.

* * *

Kovać regresó al dormitorio cuando La Diana se levantaba de manera intempestiva al oír la vocecita de Larysa en el receptor. Sin palabras, le alcanzó la bata y se acuclilló para ayudarla a calzarse las pantuflas. Darko seguía dormido, y lo seguiría estando al menos por un par de horas, calculó.

—Tengo miedo —fueron las primeras palabras que La Diana pronunció mientras devoraban los metros del corredor hacia la habitación de la niña.

—Lo sé —dijo Kovać—. Pero yo estoy contigo. Superaremos esta prueba como hemos superado las demás.

—Sí —acordó con la vista al frente y la voz débil.

Entraron sin llamar. Ivanka descorría las cortinas y le hablaba a Larysa con acento alegre.

—¡Mami! —exclamó la pequeña y, sin moverse de la cama, sacó los brazos y se los extendió.

La Diana la recogió sobre su pecho y la acunó mientras la besaba una y otra vez, arrancándole risas y gorgoritos. La apartó para estudiarla. Le

sonrió con labios inseguros mientras se preguntaba de dónde sacaría el valor para comunicarle que Vuk había muerto.

—¿Has dormido bien, amor mío?

—Sí, mami.

La niña apartó la vista y la fijó en Kovać, de pie detrás de La Diana, que rio cuando su hija lo imitó infructuosamente y trató de guiñarle un ojo.

—Quiero hacer eso que haces con el ojo.

—¿Quieres aprender a *guiñar* un ojo? —Larysa asintió—. Pues te enseñaré con gusto. ¿Y a silbar? ¿Sabes silbar? —Le brindó una muestra.

—¡También a silbar!

La Diana se alejó para hablar con Ivanka. Kovać tomó su sitio en el borde de la cama para proseguir la conversación con la niña.

—Iva, baja ahora y dile a Anica que suban para limpiar la habitación del *vojvoda* y para prepararlo. Quiero que laven la sangre del piso y que lo vistan y perfumen. No quiero que Larysa vea a su abuela, por lo que será mejor que la trasladen a otro dormitorio.

—Sí, señora. Enseguida.

—Ah, y pídeles que pongan flores.

—Como usted ordene, señora.

—Dile a Anica que vaya a la casa de don Mihajlo y que le pida que venga a la habitación de mi hija. Lo necesitamos con urgencia. Luego ve a cambiarte y regresa aquí. Quiero que estés presente cuando le diga lo del padre.

—Sí, señora —contestó de pronto deprimida y en voz baja.

La Diana se volvió hacia Larysa, que reía a carcajadas por algo que le contaba Kovać. La imagen de esos dos riendo y contemplándose con afecto no bastó para disolverle la pelota fría que le ocupaba el estómago. Le lavaron la cara y la vistieron juntos. A La Diana la maravillaban los recursos y las ocurrencias de las que Kovać se valía para convertir el simple acto de ponerle la camiseta o calzarle los zapatos en algo divertido. Confirmaba lo que había observado apenas lo había conocido: Kovać poseía el talento para comunicarse y adaptarse a personas de cualquier edad y condición social, y así como departía con un anciano, se amoldaba y se adaptaba para jugar y conversar con un niño, y todo con la misma facilidad y comodidad.

La peinaron, y Kovać le hizo dos trenzas, que alzó sobre la coronilla a modo de “diadema”, dijo, y las sujetó con las presillas que Larysa había

elegido.

—¿Qué es diadema, Lazar?

—Es la corona de las princesas.

La Diana escuchaba el rumor de las empleadas en la habitación contigua mientras limpiaban y preparaban al *vojvoda*. Entró Mihajlo. El momento se aproximaba. Lo estudió y lo notó cansado y ojeroso; por lo demás, se lo veía bastante entero y tranquilo. La niña cortó súbitamente el diálogo a la vista del abuelo. Corrió a sus brazos.

—¡Abuelo, mira las trenzas que me hizo Lazar! Son una diadema de princesa.

—Diadema —la corrigió Kovać, y volvió a guiñarle un ojo, lo que la niña imitó de nuevo sin resultado; cerraba los dos.

—Él es Lazar, abuelo. Es el amigo más querido de mami, ¿sabías?

—Sí, lo sabía. Lazar es mi hijo, muñeca.

La niña se irguió entre los brazos del hombre, de pronto alerta.

—Papi es tu hijo —estableció la niña con precocidad.

—En efecto, tu papá es mi hijo mayor. Lazar es mi hijo menor. Lazar es hermano de tu papá.

La Diana, que no había previsto revelarles esa pieza de información, contuvo el aliento. Confundida, aterrada y cansada como estaba, no lograba colegir si se trataba de una estrategia sensata o necia.

—¿Papi lo sabe?

—Claro que lo sabe.

—¿Por qué Lazar no vive aquí, con nosotros?

—Porque vive en Sarajevo. Otra ciudad —aclaró.

—¿Dónde está papi? —preguntó de pronto, y se deshizo del abrazo de Mihajlo, que la depositó en el suelo y la siguió con ojos tristes en tanto la niña se encaminaba hacia la puerta común.

La Diana se interpuso. Se acuclilló frente a ella y la sujetó por el rostro pequeño y ovalado. Le estudió los ojos azules, orlados de pestañas tan negras como traslúcida era su piel.

—¿Y papi? —volvió a inquirir la niña.

La Diana escuchó el carraspeo de Mihajlo, los pasos de Kovać mientras se acercaba y la puerta del dormitorio que se abría para dar paso a Ivanka.

—Amor mío, tengo que contarte algo muy triste.

—¿Y papi? —insistió, inquieta—. ¡Voy con papi! —resolvió, e intentó zafar de las manos de La Diana, que la detuvo y la pegó contra su pecho.

—Amor mío, tu papá sufrió un accidente anoche y murió. Se fue al cielo y ahora está con los abuelos Eszter y Ratko. Él está ahora con ellos. Y está muy bien. Desde allí te mira.

Balbuceaba necedades que, sabía, no aligerarían ni un poco la tristeza de su preciosa Larysa.

—¿Dónde está papi? —preguntó como si La Diana nada hubiese dicho—. Quiero ir con papi —insistió y se agitó para apartarse.

—Amor...

—¡No! —gritó la niña y le golpeó la cara—. ¡Voy con papi! —declaró con furia, y corrió hacia la puerta común.

Al encontrarla cerrada, intentó evadirse por la principal, pero La Diana se lanzó sobre ella y la levantó en brazos. La apretó mientras la pequeña se sacudía con rabia y llamaba a gritos al padre.

—¡Abuelo! —cambió de pronto y le tendió las manos abiertas.

Rápidamente Mihajlo se secó los ojos anegados con pasadas rápidas de mano y la recibió en brazos. La niña se colgó de su cuello y se echó a llorar.

—¡Llévame con papi, abuelo! ¡Quiero ver a papi!

—Muñeca, tesoro mío —repetía el hombre con voz entrecortada y cargada de llanto—. Tu papá...

—¡No! —La niña le cubrió la boca con las manitas—. ¡Papi no está en el cielo! ¡Papi! —se lanzó a llamarlo—. ¡Papi! ¡Ven! ¡Papi, ven!

La Diana lloraba en brazos de Kovać con la mejilla pegada en su pecho mientras observaba a Larysa llamar a Vuk hasta que las mejillas se le tornaron de la coloración de la grana.

—Deja que lo vea —la instó Kovać—. Y déjame a mí explicarle.

La Diana asintió, aliviada por el consejo. Caminó hacia la niña y la quitó de brazos del abuelo.

—¡No! —se opuso Larysa—. ¡Mala, mala! —Hizo el ademán de golpearla, pero La Diana la detuvo—. ¡Mala! ¡Papi no está en el cielo!

—¡Larysa! —pronunció con autoridad, y la niña se calló súbitamente—. Daría lo que fuese para que tu padre estuviese aquí, con nosotros. Lo que fuese, amor mío. Pero se ha ido para siempre.

—¡No! ¡No! ¡Papi! ¡Papi!

—¿Quieres verlo una vez más?

La niña se calló abruptamente y la contempló con difidencia a través de sus ojos grandes y arrasados. La Diana le barrió las mejillas para secárselas y la besó en la frente caliente y húmeda.

—¿Quieres verlo para despedirte?

Siguió contemplándola con la respiración afanosa y la misma mirada desconfiada y rabiosa, confundida y herida, que La Diana recibía como una puñalada. Kovać se aproximó y se la quitó de los brazos.

—Ven, cariño. Todos te acompañaremos para que despidas a tu papá. Nosotros también queremos decirle adiós.

La niña hundió el rostro en el cuello de Kovać y se echó a llorar.

—¡No quiero despedirme de papi! —explicó—. Él va a volver. Se fue de viaje —trató de convencerlo—. Siempre se va de viaje. ¿Verdad, Iva, que papi siempre se va de viaje? —La buscó con la mirada y al hallarla recluida en un rincón, el rostro descompuesto por el llanto, se quedó mirándola con la boquita entreabierta. Se volvió hacia Kovać y lo contempló fijamente. Él la observaba a su vez, admirado del parecido con la madre; incluso en el imperio de la mirada se le parecía. Le acarició la frente y se la besó.

—Ahora te acompañaremos para que lo despidas.

Larysa agitó la cabeza varias veces y lo hacía con tanta determinación que los bucles le volaban y le golpeaban los carrillos.

—Sí, cariño —la instó Kovać—. Estaremos a tu lado todo el tiempo. *Siempre* estaremos contigo. Somos tu familia y te amamos muchísimo.

—Yo quiero a papi —rebatió, llorosa de nuevo.

—Vamos.

Ivanka se apresuró a abrir la puerta. Mihajlo y La Diana ingresaron en primer lugar; los siguió Ivanka, y por último entró Kovać con la niña en brazos. La notaba tensa y alerta. Cuando lo divisó extendido sobre la cama exclamó con alegría y se sacudió para bajar. Kovać le permitió ir. La vio subir a la cama de un salto y sentarse junto a Vuk.

—¡Papi! ¡Papi! —exclamaba, dichosa.

Como su padre no reaccionaba, le tocó el rostro, y Kovać supo que sería en esa instancia, cuando apreciase la frialdad anómala de la piel, que se daría cuenta de que algo estaba mal. La Diana y él se sentaron en el borde de la cama y comenzaron a acariciarle la espalda para que no se sintiese sola. La niña se dio vuelta y los miró con expresión desorientada y un ceño que la volvía adorable.

—Tiene frío —dijo—. ¿Papi? Papi, ¿por qué no despiertas?

—Lo que hacía que tu papá hablase, riese, caminase —explicó Kovać— se fue al cielo. La parte más importante de tu papá se fue al cielo y ahora está con los abuelos Eszter y Ratko. Y desde allí te mira y te protege.

—¡No quiero que esté con los abuelos! —se enfureció y se sacudió las manos que la acariciaban para treparse del todo sobre Vuk y aferrarse a su cuello—. ¡Papi! ¡Papi! ¡Despierta, papi! ¡Soy Larysa, papi! ¡Papi!

Hundió la cara en el pecho de Vuk y rompió a llorar con alaridos desgarradores. La Diana se trepó a su vez en la cama y se cerró sobre su hija, que al principio se zarandéó para sacársela de encima, pero después, cuando le siseó y le dijo que la amaba, se calmó y le permitió quedarse.

Kovać las observaba llorar a través de una mirada vidriosa. Las lágrimas le corrían por el rostro y acababan absorbidas por el cubrecama. El dolor y la impotencia de su mujer lo alcanzaban y lo destrozaban. Su propia impotencia lo abrumaba; no sabía cómo ayudarla. Sentía en los huesos su frustración, la incapacidad que le impedía salvar a su pequeña del doloroso golpe que el destino le había infligido. Lo cierto era que Larysa debería afrontar su duelo.

Mihajlo e Ivanka también se sentaron en el borde de la cama, del otro lado. Lloraban los cinco. Kovać alzó la vista y vio que su padre tomaba la mano inerte y fría de Vuk y la besaba, y esa imagen lo hizo pedazos. No sabía por qué el gesto de su padre lo afectaba tan profundamente. Quizá porque ahora que era el padre de Darko y del hijo que Diana le daría contaba con la capacidad para abismarse al amor irracional que un hijo inspiraba, ese que había empujado a Mihajlo a entregarse a la policía para recibir la pena por un delito que no había cometido.

Después de llorar durante casi media hora, Larysa se quedó dormida sobre el cuerpo del padre. La Diana se incorporó pesada y lentamente y se volvió para hablarle con la expresión congestionada y los ojos hinchados.

—Por favor, ve a ver si Dare ha despertado. No quiero que se encuentre solo en un sitio que no conoce.

Amaba a esa mujer. La amaba de un modo irracional, obsesivo, despiadado. La amaba como no había sabido que se podía amar a otra criatura viviente. La amaba desesperadamente, locamente, eternamente, sinceramente, y todos los adverbios con los que a ellos les gustaba bromear. Pero que, aun aturdida por la pena de su hija, la hija de sus entrañas, carne de su carne, se acordase de Darko, el niño al que había aprendido a amar para conformarlo a él, provocó que el sentimiento que esa mujer le inspiraba diese un giro radical y se lanzase hacia una dimensión infinita, imposible de describir; solo se la podía percibir en los latidos frenéticos del corazón, en la sequedad de la boca, en la ansiedad que le endurecía el

estómago. Era una cuestión física y también emocional; era carne y era espíritu; era todo. Diana era todo.

Se inclinó para fijarle la mirada de cerca y le recordó en un susurro:

—Te amo locamente, eternamente, apasionadamente.

La Diana sonrió, agotada, y le besó los labios con ligereza.

—Y yo a ti, amor mío.

* * *

Aún dormida, la separó del cadáver de Vuk y la condujo de regreso a su dormitorio, y salvo los minutos que precisó para correr a su habitación y cambiarse, no se apartó del lado de su hija. Se limitaba a observarla.

No tenía idea de qué sucedía abajo. Sabía por Kovač que su tío abuelo, Bruce McLeod y Peter Ramsay habían llegado a la propiedad acompañados por los generales Schell y Haraldsson y el agente inglés Freddie Prescott. Meditó en las tantas cuestiones pendientes, en los problemas que debían enfrentar, y nada le importó. Solo contaba el bienestar de su pequeña Larysa. Alzó la mirada y se topó con Ivanka, la fiel Ivanka, que todavía mostraba las señales de las lágrimas en su expresión pálida. La chica le sonrió, una sonrisa triste, exhausta, y La Diana le devolvió el gesto.

Llamaron a la puerta con un golpeteo prudente. Ivanka se levantó y fue a abrir. Era Sanny. Se detuvo junto a La Diana, le pasó un brazo por los hombros y se inclinó para susurrarle.

—Leila quiere hablar contigo. Sal un minuto.

En el corredor, Sanny le entregó el celular. Al sujetarlo, La Diana se dio cuenta de que le temblaba la mano.

—*Allô?*

—Hola, Maša.

Al sonido de la voz de Leila, la compuerta tras la cual había contenido el miedo y el dolor se partió, y ya no fue capaz de reprimir los oscuros sentimientos. Se echó a llorar y, para no despertar a Larysa, se mordió el puño. Enseguida Sándor la contuvo en un abrazo, en tanto Leila le hablaba con la serenidad que la caracterizaba.

—Sanny me lo contó todo. No es preciso que digas nada. No sabes la felicidad que me dio saber que Larysa estuvo todo este tiempo con el comandante Vuk y que ahora está contigo. No veo la hora de abrazarla.

—Mi hija está destrozada por la pérdida del padre —consiguió balbucear entre ahogos y sollozos—. No sé cómo ayudarla.

—Si es fuerte como su madre, lo superará.

—Te necesito —se atrevió a expresar, y le costó hacerlo pues no formaba parte de su naturaleza pedir ayuda—. Quiero que estés aquí.

—Lo arreglaré con Peter.

Se despidieron. La Diana regresó de prisa al dormitorio. Larysa comenzaba a rebullirse y a batir los párpados.

—¿Mami? —la llamó.

—Aquí estoy, amor mío. —Le besó la frente—. Aquí estamos con Iva y el tío Sanny.

—Hola, sobrina.

La hizo sonreír que la llamase sobrina, y a La Diana ese simple gesto de su pequeña le aceleró las pulsaciones.

—¿Y el abuelo Milo?

—Tuvo que ir a la ciudad por un encargo.

—¿Va a volver?

—Por supuesto que va a volver.

—¿Y papi? ¿Va a volver?

La Diana negó con la cabeza y tragó el nudo en la garganta en un esfuerzo por reconquistar la compostura.

—Daría cualquier cosa para que tu padre volviese, amor mío. Cualquier cosa. —Apoyó la frente en la de su hija, que le cerró los bracitos en torno al cuello—. Te amo, Larysa.

—¿Tú también vas a morir, mami?

Si bien días atrás le había explicado que nadie sabía cuándo se iría al cielo, en esa instancia no tuvo corazón para repetirle la dura verdad.

—No, amor mío, no moriré. Siempre estaremos las dos juntas.

—¿Mami? —dijo con voz llorosa, y comenzó a hacer pucheros.

—¿Qué? —se preocupó La Diana, y le acarició el rostro—. ¿Qué sucede, amor mío?

—No eres mala.

—¿De veras lo crees? —La niña asintió sobre la almohada, y La Diana sonrió, una sonrisa generosa que la niña imitó con el mentón aún trémulo—. Gracias por decírmelo.

—Eres buena. Y papi también.

—Claro, papi era mucho más bueno que yo.

La niña se incorporó en la cama y se movió hasta quedar sentada en la falda de la madre. Tomó el portarretratos de la mesa de noche, el de la fotografía de ella y de Vuk, y la besó. Se quedó mirándola. La Diana la acompañó en la silenciosa contemplación.

—Iva —susurró al cabo—, ve a pedirle a Anica que prepare leche con cereales para Larysa y lo traes aquí.

—No quiero.

—Lo sé, pero ¿es que ya no deseas tener un cabello como el mío?

—Sí quiero —afirmó sin bríos.

—Solo lo conseguirás si te alimentas con todo lo que yo te diga. Ve, Iva, ve. Trae a Lary su desayuno para que su cabello crezca y brille como el mío.

Ivanka se marchó, y Sándor, tras besar la coronilla de su sobrina, regresó a la planta baja.

—¿Dónde está Lazar?

Que lo recordara después del trauma que había significado enterarse de la muerte de Vuk la reconfortó.

—Lazar está con Darko.

—¿Quién es Darko?

—Darko es un niño de siete años al que se le murió la mamá.

El gesto de sorpresa de Larysa la hizo sonreír.

—¿Su mamá ya no volverá nunca más?

—No, nunca más.

—¿Como papi?

—Igual.

—¿Está en el cielo con los abuelos Eszter y Ratko?

—Sí, están todos juntos.

—¿Y Darko está triste?

—Estuvo muy triste. Pero como ahora Lazar es su nuevo papá y yo, su nueva mamá, entonces no está triste.

—¿Lazar es su papá? —La Diana asintió—. ¿Y tú eres su mamá?

—Sí. No lo llevé en mi panza nueve meses como te llevé a ti, pero sí, soy su mamá. Darko será tu hermano mayor. ¿Te gusta la idea de tener un hermano? —La niña la observó con desconfianza—. A mí me encanta tener hermanos. Tío Sanny y tía Leila son los mejores hermanos del mundo.

—¿Y Darko será el mejor hermano del mundo?

—Sí, amor mío. Y tú serás la mejor hermana del mundo para Darko.

La idea debió de complacerla pues le arrancó una sonrisa. La Diana la apretujó contra su pecho. Experimentó alivio y regocijo cuando la niña volvió a echarle los brazos al cuello. Entre ellas quedó el portarretratos con la fotografía de Vuk.

* * *

Larysa y Darko se conocieron poco después en la cocina de Anica. Kovać, al verlas entrar, se puso de pie para recibirlas. Le tendió la mano, que Larysa tomó, confiada. La guió hasta Darko, que sorbía un chocolate caliente. La Diana vio que el niño vestía las mismas ropas del día anterior, aunque limpias. No la miraba; toda su atención se concentraba en la niña que se aproximaba de la mano de su padre. Reflexionó que para Larysa debía de tratarse de una situación novedosa y desconcertante pues, de acuerdo con lo que le había referido Ivanka, nunca había interactuado con niños.

—Darko, te presento a Larysa.

—Hola —masculló el niño.

—Hola. ¿Tu mamá se murió?

Darko, confundido, alternó vistazos entre Kovać y La Diana.

—Te pregunta por tu mamá de antes —explicó Kovać.

—Sí, mi mamá de antes se murió.

—¿No vas a volver a verla nunca más? —Darko negó con la cabeza—. ¿Estás triste?

—Antes sí. Ahora no porque ella es mi mamá. —La señaló, y Larysa se dio vuelta; miró fugazmente a La Diana y devolvió la atención al niño.

—Ella es mi mamá.

—Sí —aceptó Darko.

—Me tuvo en la panza.

—Sí. Y después te perdió y ahora te encontró.

—Sí. Mi papá se murió.

—¿Por qué?

Larysa se encogió de hombros.

—Pero mami no se va a morir nunca. Y me dijo que tú serás mi hermano.

—Sí.

Entró Mihajlo. Larysa soltó una exclamación alegre y corrió a sus brazos. El hombre la recogió del suelo y la besó en la mejilla.

—¡Abuelo! Él es Darko. Va a ser mi hermano.

El hombre, alto e imponente, asustó al niño, que se replegó en la silla. Kovać se le aproximó y le apoyó la mano en el hombro para tranquilizarlo.

—Darko, este señor es mi papá, es decir, tu abuelo. El abuelo Mihajlo.

—¡El abuelo Milo! —lo corrigió Larysa.

—Perdón —dijo Kovać con una sonrisa ladeada e inclinó la cabeza—. El abuelo Milo.

Milanković le ofreció la mano, que Darko estrechó con timidez.

—Mucho gusto, Darko.

—Lo llamamos Dare —terció Kovać.

—Mucho gusto, Dare.

—Mucho gusto, señor.

—¿Señor? ¿No me llamarás abuelo?

Por alguna razón, a Darko la pregunta le causó gracia y rio escondiendo la mirada.

—Dare es mi hermano, abuelo.

—Eres muy afortunada.

—Sí. Mami dice que yo seré la mejor hermana del mundo.

—No tengo duda al respecto —ratificó el hombre—. ¿Por qué no vamos a mi casa y le muestras a Dare los juegos de mi jardín?

Abrigaron a los niños y salieron. La Diana cruzó el umbral de la puerta y percibió la tibieza del sol en el rostro. Bajó los párpados e inspiró el aire ligero y frío. Se trataba de una mañana de cielo sin nubes, diáfano, que insuflaba una energía entusiasta que La Diana recibió con gratitud. Kovać se detuvo a su lado y le buscó la mano.

—¿Te sientes bien?

—Sí, bien.

—¿Nada de náuseas y esas cosas?

—No, por fortuna. Solo un poco de cansancio.

—¿No quieres recostarte un rato? Mi padre y yo nos ocuparemos de los niños.

—No puedo separarme de ella ahora —alegó.

Kovać asintió. Descendieron los escalones y caminaron detrás de Mihajlo, que iba con un niño en cada mano. Resultaba un cuadro espléndido el que conformaba ese gigante con los dos pequeños.

La Diana, que en verdad se sentía más débil y floja de lo que había admitido a Kovać, se sentó en una banca bajo un árbol y se dedicó a

observar cómo los niños se divertían en los juegos. Al rato, Mihajlo se sentó junto a ella con un suspiro. Compartieron unos minutos en grato silencio.

—Fuimos con tu tío abuelo a Brčko —expresó el hombre—. Encargamos un cajón para mi hijo. Hubo que hacerlo a medida. Tu tío abuelo pagó una fortuna para que lo tuviesen listo para mañana —acotó con acento cargado de admiración y agradecimiento—. A mí no me alcanzaba el dinero. También compró una lápida de mármol. Lo enterraremos aquí, bajo este árbol, si estás de acuerdo, Mariyana.

—Lo que usted disponga, Mihajlo —consintió, y no tuvo ánimo para señalarle que quizás esa propiedad y todo lo que había en ella acabaría en manos del gobierno o fuese uno a saber de quién.

—Es que a Dragoslav le gustaba sentarse aquí y ver a Lary jugar.

—Es el sitio perfecto, entonces. ¿Dónde está mi tío ahora? No lo he saludado aún.

—Arreglando asuntos con esos dos generales. Ya se llevaron los cuerpos —comentó, tras una pausa deliberada—. Los de los guardias muertos, el de la madre de mi hijo, el de Ilić y los de su gente. También se llevaron a los guardias que mantenían en el sótano. Me pregunto qué harán con ellos. —La Diana lo oía con atención y callaba—. Tal vez unos meses en prisión y luego los dejen en libertad. —El mutismo volvió a caer sobre ellos—. ¿Qué crees que harán conmigo, Maša? No temo ir a prisión —se apresuró a aclarar—. No me arrepiento de haber liquidado a ese asqueroso de Ilić, el diablo se lo lleve.

—Usted no irá a prisión, Mihajlo —lo tranquilizó La Diana—. Aquí hay demasiado en juego, y tapar todo es la única opción que queda si quieren evitar un escándalo que sacuda desde lo político hasta lo económico. —Milanković asintió y fijó la vista en la hierba bien cortada—. Además, si es necesario, lo sacaremos del país, haremos lo que sea para evitar que usted vuelva a prisión. Mi hija lo necesita, ella lo adora. No voy a permitir que sufra otra pérdida.

—Gracias, querida. Sé que mi hijo Dragoslav fue cruel contigo. No sabes la pena tan profunda que me causa saberlo, pero sobre todo la vergüenza.

—Su hijo fue cruel conmigo, sí, y con miles de personas, pero a mis ojos se redimió porque ya no lo veo a través del odio que le tenía sino a través del amor que mi hija siente por él. Ya no lo odio, Mihajlo. Por supuesto, no lo recuerdo con afecto, pero ya no lo odio, y ha sido liberador para mí.

Siento que a partir de ahora Lazar y yo podremos ser realmente felices con nuestros hijos.

Mihajlo se pasó el dorso de la mano por los ojos y carraspeó.

—Solo Lary fue capaz de despertar en el alma torturada de Dragoslav un sentimiento noble. Bendita sea, mi adorada Lary.

—Bendita sea —repitió La Diana.

—Y bendita sea la mujer que la trajo al mundo —añadió con voz quebrada, y palmeó la mano de La Diana.

Al rato llegaron Callum Duncan, Bruce McLeod, Eliah Al-Saud, Peter Ramsay y Sanny. A Larysa, tantos rostros nuevos la intimidaban lo mismo que la intrigaban, y los saludaba aferrada al cuello de su abuelo. Los recién llegados, en especial Glendale, la lisonjeaban con piropos y la engatusaban con promesas.

—Tío Callum tiene un castillo enorme —aseguró Darko, y subrayó el adjetivo abriendo los brazos.

—¿Un castillo de princesa? —se atrevió a preguntar Larysa.

—Exacto —corroboró el barón de Glendale después de escuchar la traducción—. Un castillo de princesa. Solo que en estos días el castillo está vacío y no tiene princesa. ¿Te gustaría ser la princesa de mi castillo?

—¡Sí! —Se volvió hacia La Diana y, para sorpresa de los adultos, le habló en un excelente inglés—. Mami, ¿puedo ser la princesa del castillo de este señor?

—De tío Callum —la corrigió el susodicho.

—Sí, de tío Callum —repitió poco interesada en memorizar el nombre.

—Claro que puedes, amor mío.

Improvisaron un pícnic en el jardín de Mihajlo con sándwiches y jugos que las empleadas acomodaron sobre grandes manteles extendidos en la hierba. Larysa se sentó junto a Darko y se lo pasaron cuchicheando mientras comían. La Diana y Kovać intercambiaron una mirada a través del espacio que los separaba. Había esperanza en los ojos de él, y para ella era suficiente.

Después jugaron al piedra, papel o tijera y acabaron desternillándose de risa, sobre todo porque McLeod siempre hacía trampa y porque Sanny simulaba echarse a llorar cada vez que perdía. Hasta que, sin motivo aparente, Larysa se acordó del padre. Se puso de pie, caminó a paso rápido hasta La Diana y le preguntó:

—Mami, ¿puedo ir a ver a papi?

La Diana buscó el consejo silencioso de Kovać, que asintió con un gesto sereno.

—Sí, amor mío —contestó La Diana.

—¿Puedo ir contigo? —quiso saber Darko, y la pequeña aceptó.

Los niños corrieron escaleras arriba, y cuando La Diana y Kovać los alcanzaron en el corredor los descubrieron tomados de las manos mientras se precipitaban en dirección a la recámara.

—¿Este es tu dormitorio? —la interrogó Darko.

—Sí.

—Es parecido al de Daisy.

—¿Quién? —se extrañó Larysa.

—Daisy, nuestra prima —replicó Darko—. Es la hija de tía Leila, ¿verdad, mamá?

—Así es, *moje blago*. Tía Leila tiene una niña pequeña —confirmó—. Está esperando otro bebé. Nacerá dentro de unos meses.

Larysa se aproximó a La Diana, le apoyó el mentón en el vientre y la rodeó con los bracitos.

—¿Lo tiene en la panza?

—Sí, amor mío.

—¿Como me tuviste a mí?

—Igual que te tuve a ti. —Le encerró la cara entre las manos y la besó en la coronilla.

—¿Cuándo iremos a visitar a tía Leila y a...? —Se dio vuelta para interrogar a Darko—: ¿Cómo se llama nuestra prima?

—Daisy.

—¿Cuándo iremos a ver a Daisy, mami?

—Muy pronto.

—Quiero ver a papi.

—Vamos.

Traspusieron la puerta común, Darko y Larysa primero. La niña corrió a la cama y trepó con agilidad. Darko se quedó a un costado, intimidado por el muerto.

—Sube, Dare —lo invitó Larysa—. Papi siempre me deja subir a su cama.

Se volvió hacia los adultos, que lo alentaron con movimientos de manos. Lo hizo con desconfianza y se quedó quieto observando el cuerpo de Vuk. La Diana y Kovać se aproximaron y guardaron un respetuoso silencio.

—¿Qué tiene ahí en la cara? —se interesó Darko.

—Una cicatriz. —Larysa se la acarició, y La Diana advirtió con qué cuidado y delicadeza recorría la marca—. Le salió mucha sangre y le hicieron muchos puntos con una aguja —añadió con expresión horrorizada—. ¿A ti te hicieron puntos alguna vez? —Darko movió la cabeza para negar—. A mí sí, aquí —se señaló a la altura de la incisión que le había impreso el Port-a-Cath.

—¿Por qué? —se intrigó Darko.

—Porque estaba enferma y me pusieron un aparato para darme la medicina.

—¿No te la daban por la boca?

—No se puede. Es una medicina especial.

—¿Te dolió cuando te hicieron los puntos?

Sacudió los bucles al negar. Cayeron de nuevo en el mutismo contemplativo. Larysa no cesaba de acariciar el rostro del padre.

—¿Tu mamá tampoco se despertaba?

—Cuando se murió —explicó Darko—, cerró los ojos y no los abrió de nuevo.

—¿Y tu papá? ¿Él también se murió?

—Mi papá es malo.

Larysa lo miró con estupor.

—¿Tu papá es malo? —El niño lo confirmó con un asentimiento corto, seco—. ¿Cómo, malo?

—Dare no habla de mí, Lary —explicó Kovać cuando la pequeña le lanzó un vistazo difidente—. Habla de su papá de antes.

—Me lastimaba —expresó Darko.

—¿Los papás lastiman?

—Hay papás que sí —intervino de nuevo Kovać—. El de Darko lo lastimaba, por eso ahora yo soy su papá.

—¿Tu papá era bueno? —quiso saber Darko.

—Sí, el más bueno del mundo. —Devolvió la atención a Vuk y retomó las caricias—. No quiero que se vaya. Quiero que vuelva —lloriqueó de pronto, y se recostó sobre el pecho del padre—. Quiero que papi vuelva.

La Diana se mordió el labio. La mortificaba el dolor de su hija; la atormentaba no contar con un argumento sólido que barriese con la pena, la angustia y las sensaciones oscuras que debían de estar invadiéndola;

detestaba pensar que anidarían para siempre en su corazón. Se sentó en el borde de la cama y le acarició la espalda. Darko la imitó.

Larysa lloraba quedamente y cada tanto repetía entre sorbidas y espasmos que quería que su papá se despertase. Kovać le permitió que se desahogase unos minutos antes de apartarla del padre y sacarla de la habitación. La Diana intentó seguirlos, a lo que Kovać se opuso con un gesto de mano. Se quedó de pie bajo el dintel viendo que su hija se alejaba aferrada al cuello de Kovać mientras lloraba sobre su hombro.

—Sé que duele, cariño —le susurró mientras ponía distancia con la habitación cargada de tristeza y de una energía densa, de muerte—. Lo sé porque yo también perdí a mi madre cuando era un niño como tú. Pero créeme cuando te digo que la tristeza pasará y seremos muy felices con tu mamá y con Dare.

—¿Y mi papá? Él se pondrá triste si lo dejo solo.

—Él está feliz en el cielo con tus abuelos y con la mamá de Darko. Te mira desde allí. Lo hará feliz saber que nunca lo olvidarás, que siempre lo recordarás por lo bueno que fue contigo, por tanto que te amó.

—Pero yo quiero que papi abra los ojos de nuevo y hable y camine.

—Eso no es posible.

—¿Nunca me hablará de nuevo?

—No del modo en que lo estamos haciendo ahora nosotros. Pero cada vez que te sientas sola o tengas miedo o no sepas qué hacer, pídele a tu padre que te ayude, y él lo hará, y esa será su forma de hablarte.

—¿De veras?

—De veras, cariño.

—Le voy a pedir que se despierte para dejar de estar triste.

Kovać sonrió enternecido y admirado de la precocidad de la niña.

—Eso es lo único que no podrá concederte. Tengo una idea: pídele que te ayude a aceptar que no volverás a verlo por un largo tiempo.

—¿Cuándo lo volveré a ver?

—Un día, cuando seas muy pero muy viejita, tú también irás al cielo y al primero que verás será a tu padre.

—¿Falta mucho?

—Sí, falta mucho.

—Quiero ir ahora.

—¿Y qué va a pasar con tu mamá? Ella sufriría muchísimo si tú decidieses irte ahora con tu papá. —La niña se tensó en sus brazos y lo

contempló con un ceño que la volvía entrañable—. Tu madre te quiere más que a nadie en este mundo, Larysa. Eres lo más importante para ella. Te buscó por todas partes. Ha llorado muchas veces creyendo que no te encontraría. Cuando por fin te encuentra, ¿tú quieres irte?

—Yo quiero estar con mami y también con papi.

—Eso, cariño, no es posible. ¿Sabes qué le dijo tu papá a tu mamá antes de cerrar los ojos para siempre? —La niña negó con la cabeza—. Le dijo: “Larysa contigo. Siempre”. Tu papá quería que tú estuvieses *siempre* con tu madre. De ese modo, quedándote siempre con ella, lo harás feliz en el cielo.

—Está bien —aceptó tras unos segundos en silencio, y descansó la mejilla arrebolada en el hombro de Kovać.

* * *

Hacia el final del día, en tanto Ivanka y La Diana se ocupaban de bañar y aprestar a los niños para la cama, Kovać averiguó dónde vivía Izia. Se subió a unos de los vehículos eléctricos y fue a visitarla. La halló en bata, con un rodete, anteojos de lectura y un libro en la mano.

—Disculpa. Soy inoportuno.

—Para nada. Entra, por favor.

Se trataba de una casa moderna, de lineamientos minimalistas, amplia y con grandes ventanales que daban al parque de la propiedad. Izia le sirvió café en un jarro y lo colocó sobre la mesa de centro frente a él.

—Gracias —farfulló Kovać—. Ha sido un día largo y duro. Me vendrá bien.

—Ha sido un día extraño —opinó Izia—. En el centro, nadie sabía qué hacer ni qué esperar. A muchos de los empleados, los que viven en Brčko, no se les permitió ingresar, y los que viven aquí estaban nerviosos, más bien histéricos. Hasta se habló de que iríamos a prisión. ¿Qué está sucediendo, Lazar?

—Sucede que se acabó el laboratorio con conejillos de Indias humanos, Izia.

—Papá tiene el poder suficiente para parar toda esta locura —se empecinó—. Solo que no consigo comunicarme. Estoy tan preocupada —confesó de pronto con aire agobiado, y se quitó los lentes para refregarse el tabique nasal.

—Vengo a decirte que mañana al mediodía, en el jardín de mi padre, será el funeral de Dragoslav. Tal vez desees acompañar a Larysa. Sé que la quieres.

—Sí, la adoro.

—Fue muy duro para ella.

—¿Cómo reaccionó?

—Mal. Pero ahora está tranquila. Le hará bien verse rodeada de caras familiares.

—Allí estaré.

—Gracias.

—¿Dieron con Branka?

—No. Ella y su hermano parecen haberse esfumado.

Kovać sorbió un último trago de café e hizo el ademán de ponerse de pie. Izia lo detuvo aferrándolo por la muñeca.

—No te vayas aún, Laza.

—Tengo que volver. Diana me necesita. Ha sido un día durísimo para ella.

—La amas mucho, ¿verdad? —Kovać asintió con expresión neutra—. ¿Recuerdas cuando nos amábamos? —Volvió a asentir—. Es lo único que recuerdo de mi pasado antes del accidente. Solo te recuerdo a ti, Lazar.

—Decidiste bloquear la parte dolorosa —se atrevió a explicarle Kovać—. Y te entiendo. Yo, que la recuerdo con frecuencia, quisiera olvidarla también.

—La niña de la que me hablaste anoche era yo, ¿verdad? —Otro asentimiento mudo—. ¡Estoy tan confundida! —admitió, y se cubrió las sienes con las manos y apretó los párpados—. ¡Ayúdame, Lazar!

Kovać hizo un chasquido con la lengua y la envolvió en un abrazo. La mujer se aferró a él.

—¿De veras quieres recuperar la memoria?

—No lo sé. Le temo.

—Nuestra historia es de temer —concedió Kovać.

—No la parte que recuerdo.

—No, esa parte no —acordó—. Es la que me mantuvo cuerdo y con vida —admitió.

—Bésame —le suplicó Izia.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque solo deseo besarla a ella.

—Bésame y volverás a sentir como cuando éramos dos adolescentes locamente enamorados.

—No puedo. Lo siento. No quiero lastimarte, Izia. Eres alguien muy querido e importante para mí y saber que no te perdí aquel día fatídico ha significado una alegría enorme, pero no podría volver contigo, no del modo en que tú deseas. Ahora está ella.

—Te sientes responsable porque le has hecho un hijo —declaró con aire exasperado.

Kovać la apartó con delicadeza mientras negaba con la cabeza y reía con desgano.

—¿Por qué ríes?

—Porque tu afirmación es tan alejada de la realidad que me causa gracia. Seguiré con ella no por el hijo que me dará sino porque sin ella lo demás pierde sentido, aun los hijos.

—No puedes basar el sentido de tu existencia en una persona, Lazar. Es poco inteligente. Hoy está, mañana ya no.

—Tienes razón —admitió Kovać—, claro que tienes razón. Ojalá pudiese amarla de un modo menos obsesivo, por su bien, por el mío. Pero lo cierto es que no puedo.

—Con los años tu amor por ella perderá esa cualidad obsesiva —vaticinó la mujer.

—Tal vez —dijo, aunque en su fuero íntimo sospechaba que, en lugar de languidecer, se intensificaría—. Respóndeme algo —le pidió—, algo que no logro comprender —aclaró—. ¿Por qué ayudaste a Svetlana? —Izia lo miró con una expresión donde se leía su resolución de callar—. Te lo diré. Porque Svetlana era oriunda de Ucrania, lo que despertó en ti un sentimiento distinto del que te inspiraban las demás, pues, inconscientemente, te recordaba a quien habías sido, una pobre niña del campo que vivía en una granja en la ciudad polaca de Czarna Górna, cerca del límite con Ucrania. —Los ojos de Izia se tornaron de un verde brillante a causa de las lágrimas—. ¿Por qué —persistió Kovać—, habiendo descubierto mi identidad y dónde trabajaba, decidiste no buscarme?

—Ya te lo dije anoche —se impacientó, y se pasó la mano por los ojos con ademán exasperado.

—Tu respuesta no me convenció.

—Pues es esa —se empecinó, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Yo tengo otra teoría.

—¿Cuál?

—Volver a encontrarme te daba miedo. No a que yo me negase a reanudar mi relación contigo porque era un sacerdote, sino porque temías que te contara la verdad, la verdad acerca de Ilić, de ti y de mí.

Izia se puso de pie. Kovać la imitó.

—Es mejor que te vayas, Lazar. Es tarde y mañana tengo que madrugar.

Kovać asintió y se marchó.

* * *

Después de tantos días de desasosiego y angustia, pasarían la noche juntos sin necesidad de escapadas ni ocultamientos. Se ubicaron en la habitación de La Diana; los niños dormirían juntos en la de Larysa.

—¿En la misma cama? —se sorprendió Kovać mientras se quitaba las ropas de su padre.

—Dare en una colchoneta junto a la cama de Larysa. Estoy tan feliz de que la amistad entre ellos haya nacido sin problemas, de un modo tan natural. Se aceptaron como si se conociesen desde siempre.

—¿Tienes contigo el aparato para oírlos? —La Diana le señaló el transmisor en la mesa de noche—. Tráelo al baño. Quiero que nos bañemos juntos. Lo necesito —acotó.

La Diana asintió. Kovać la notó extenuada y muy pálida, a punto de derrumbarse. Caminó, desnudo, hacia ella y la hizo recostarse. Procedió a desvestirla con maniobras suaves que la adormilaron. La llevó en andas hasta la bañera, que casi se había llenado. La obligó a relajarse en el agua caliente. La Diana descansó la nuca en el borde y soltó un suspiro. Kovać, de rodillas delante de ella, comenzó con un masaje en los pies. Ascendió con meticulosidad por las pantorrillas, las corvas, los muslos; luego por los brazos y los hombros. Se ocupó de enjabonarla y la ayudó a ponerse de pie para enjuagarla con la ducha de mano. La envolvió en una bata de toalla y volvió a cargarla en brazos. La depositó en la cama. La Diana se había quedado dormida. Se tomó su tiempo para secarla; quería estudiarle el cuerpo, advertir los posibles cambios debido al embarazo. Por cierto, tenía los senos más grandes y los pezones más rosados e hinchados. Se los quedó mirando. Le besó el vientre con reverencia y apoyó la oreja para escuchar los sonidos de su hijo, más allá de que sabía que era apenas un embrión sin

forma. Le besó el ombligo y allí dejó los labios, sobre la piel suave y tibia de su mujer, y los estiró en una sonrisa satisfecha al tomar conciencia de que Diana le daría un hijo. Recién en ese momento apreciaba cabalmente lo que su mujer le había anunciado dos días atrás. Dos días, se maravilló; le sabían a dos años. Durante aquella madrugada de sexo desatado en la casa de su padre, Kovać no había sabido qué esperar del destino. Ahora lo imaginaba esplendoroso y lleno de dicha. Se lo merecían. Su Diana y él habían superado todas y cada unas de las pruebas, habían destruido a todos los dragones, habían cortado las cadenas. Tenían a Darko y a Larysa. Eran libres, y serían felices.

—Duerman, mis amores —susurró sobre la piel del vientre que albergaba la vida preciosa del hijo de ambos.

* * *

La Diana despertó de un sueño profundo y restaurador y, al batir los párpados, se encontró con la sonrisa de Kovać y su mirada expectante.

—Hola, amor mío.

—Hola. ¿Qué hora es? —quiso saber La Diana.

—Pasadas las siete. ¿Cómo dormiste?

—Muy bien —dijo, y de pronto pensó en lo que afrontarían durante la jornada y la mirada se le apagó.

—Eh, ¿qué sucede? —se preocupó Kovać.

—No soporto el sufrimiento de Larysa. Me aterra pensar cómo reaccionará cuando vea a su padre en el cajón, cuando lo enterremos.

Kovać le besó la frente y allí dejó los labios. La Diana ajustó el abrazo y hundió la nariz en el cuello de su hombre. Le inspiró el aroma familiar de la piel para reconfortarse, en vano.

—¿Es que mi hija ha venido a este mundo solo a sufrir? —se interrogó con voz quebrada—. Primero mi rechazo y mi abandono, luego la leucemia y ahora la muerte del padre.

—No voy a negarte que tuvo un comienzo duro —aceptó Kovać—, pero es una criatura con una innata propensión a la alegría. Con nuestro apoyo y su buena predisposición, superará este trauma. Darko también será clave en su evolución.

—¿Qué le dijiste ayer cuando te la llevaste? Volvió mucho más tranquila.

—Quería irse con su papá.

—Oh —se estremeció La Diana, y a Kovać le dio pena la mueca desolada con que lo miró. Sabía que su mujer estaba pensando en la leucemia y en la recidiva.

—Entonces le hablé de ti, de que la amas más que a nada en el mundo y de que sufrirías muchísimo si ella se fuese. Le repetí las últimas palabras de su padre. Le dije que él había dicho que tenía que estar siempre contigo. Eso pareció conformarla.

—Dulzura mía. Daría cualquier cosa para ahorrarle esta pena.

—Lo sé —dijo, y no expresó a viva voz que le temía a lo que ella habría sido capaz en caso de que Vuk no hubiese muerto.

—Gracias por ayudar a mi hija.

—*Nuestra* hija, amor. Nuestra hija.

—Sí, nuestra, nuestra —repitió, de pronto animada—. Todo lo vivido en estos últimos días no me permite disfrutar de la felicidad que significa haberla encontrado después de haber creído que no volvería a verla. ¡Qué milagro tan espléndido, Lazar! Tu hijo en mi vientre y Darko y Larysa con nosotros. No merezco tanto.

—Si te fue concedido, entonces lo mereces. Mereces todo, Diana. Sucede que no te das cuenta del excepcional ser humano que eres. El milagro es que te hayas fijado en mí, que me ames.

—Locamente, apasionadamente, eternamente —ratificó ella mientras le depositaba besos en la mandíbula áspera de barba.

—Eróticamente —añadió él, y le mordisqueó el labio, y La Diana se estremeció de deseo.

* * *

Leila y Daisy llegaron alrededor de las nueve de la mañana mientras la familia desayunaba en la cocina. La Diana se puso de pie de un salto al reconocerle la voz y corrió a la recepción, donde Leila saludaba a Eliah mientras Sanny levantaba en brazos a Daisy y la hacía romper en carcajadas al causarle cosquillas en la panza con la nariz y la boca.

Las hermanas Huseinovic se contemplaron a través de la distancia del vestíbulo, y enseguida la visión de La Diana se nubló. Se quedó quieta mientras Leila se aproximaba y la abrazaba. Se echó a llorar. Al escuchar que Larysa se acercaba, apretó los labios y se reprimió. Se hizo con el pañuelo de papel tisú que Leila le entregó subrepticamente y se limpió

antes de volverse hacia su hija que, tomada de la mano de Kovać, observaba a la recién llegada con expresión de ojos grandes y asombrados.

—Déjame adivinar —dijo Leila—, tú eres Larysa.

—Sí —respondió con su vocecita aniñada y cantarina.

—Amor mío —La Diana la tomó de la mano—, ella es tu tía Leila, mi hermana.

Leila se acuclilló delante de la niña, le acunó la mejilla en tanto con la otra mano se apretaba la nariz y se cubría la boca para no romper a llorar. Las lágrimas, no obstante, cayeron igualmente.

—Papi me dijo que tú me cuidabas cuando era chiquita porque mami estaba enferma. ¿Por qué lloras, tía Leila?

La Diana se acuclilló junto a su hermana.

—Llora porque está muy emocionada y feliz de volver a verte. Las dos creímos que no te encontraríamos y estábamos muy tristes por eso.

Larysa acabó apretujada contra el regazo de Leila, que descubrió a Darko a corta distancia; las observaba con gesto solemne. Estiró la mano, lo aferró por el hombro y lo atrajo hacia ella para que acabase también dentro del abrazo.

—Mis dos sobrinos adorados —dijo con timbre gangoso—. Qué feliz me hace que estemos todos juntos de nuevo. Solo faltan papá y mamá.

—¿El abuelo Ratko y la abuela Eszter? —quiso confirmar Larysa, y Leila asintió—. Ellos están con papi y con la mamá de Dare. Son todos muy felices en el cielo. Me lo dijo Lazar.

Los adultos sonrieron, y Leila le llenó de besos la carita. Después hizo lo mismo con Darko. Daisy, que seguía en brazos de Sándor, reclamó la atención de la madre, lo que dio lugar a que se la presentaran a Larysa, quien la contemplaba con fascinación, como si se tratase de un juguete estupendo. La tocó con miedo, y cuando la niña se lanzó a hablar en su lengua inextricable, Larysa se echó a reír. Todos acabaron riendo en el vestíbulo de la mansión en el día del funeral de Vuk.

* * *

El cajón y la lápida llegaron cerca del mediodía. El primero lo condujeron a la habitación de Vuk; la segunda la cargaron hasta el jardín de Mihajlo, donde ya se había cavado una fosa de un metro y medio de profundidad. En tanto La Diana y Leila distraían a los niños en la cocina, los hombres y

algunas empleadas se ocupaban de acomodar el cuerpo y de prepararlo para el último adiós de su hija.

A eso de la una de la tarde, Kovać y Mihajlo entraron en la cocina, y La Diana, que les enseñaba un juego de manos a sus hijos, se detuvo y los contempló alternadamente. Kovać, espléndido en el mismo traje azul oscuro que había usado la noche de la cena, le destinó una mirada fatalista. “Ha llegado el momento”, pensó.

—Amor mío —se dirigió a su hija, y al verla tan contenta jugando con Darko y con Daisy se acobardó y calló.

Kovać cargó una silla, la ubicó frente a los niños y tomó asiento. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas antes de hablarles.

—¿Saben qué se hace cuando una persona se va al cielo?

—Se llora —interpuso Darko.

—Sí, se llora —repitió Larysa, solemne.

—Sí, se llora. Pero ¿saben qué se hace con la persona que se fue al cielo? Me refiero a qué se hace con el cuerpo de esa persona.

—A mi mamá —comentó Darko— la pusieron en una caja de madera y la metieron en un pozo y lo taparon.

—Exacto —ratificó Kovać.

—A papi lo vamos a dejar en su cama para siempre, ¿verdad, Lazar?

—No, cariño. Es obligatorio ponerlo en una caja como hicieron con la mamá de Dare.

—No, a papi no —insistió, segura y determinada, y La Diana intentó abrazarla; la niña se lo impidió—. ¡A papi no! —reiteró, y salió corriendo hacia la escalera.

Subió deprisa, con La Diana y Kovać detrás de ella. Irrumpió en la habitación de Vuk y se detuvo súbitamente al toparse con la gente que se congregaba en torno a una extraña caja larga montada sobre unos caballetes. Dirigió la vista hacia la cama; estaba vacía. Kovać la levantó en brazos y la condujo hasta el cajón. Las empleadas que preparaban al *vojvoda* se retiraron en una actitud considerada.

—Tu papá —le habló Kovać al oído—, el que reía, caminaba, comía y te besaba, se fue al cielo. Este es solo su cuerpo. Pero si quieres puedes darle un último beso para que desde el cielo tu papá vea cuánto lo quieres y sepa que nunca lo olvidarás.

La Diana la vio asentir y experimentó una profunda tristeza por su dulce niña. Kovać la inclinó sobre el cuerpo de Vuk, y Larysa lo besó en la frente

varias veces hasta que se quedó quieta mirándolo con increíble concentración.

—Papi —sollozó la niña, mientras le acariciaba la mejilla con la cicatriz—. ¿Podrías volver que te extraño mucho? Voy a tomar la pastilla todos los días sin protestar, te lo prometo.

La Diana la quitó de brazos de Kovać y la apretó en un gesto cargado de llanto, desesperación e impotencia. Enseguida apreció el calor de Kovać que las envolvía a las dos, y poco a poco fue hallando la serenidad. Se sentaron en el borde de la cama y la acunaron mientras le explicaban que la amaban, que su padre la amaba y que habría regresado si hubiese podido.

—¿Por qué no puede volver?

—Porque una vez que mueres y vas al cielo —explicó Kovać— no puedes regresar.

—¿Por qué papi quiso ir al cielo?

—Tu padre no quiso ir al cielo, amor mío —intervino La Diana—. Sufrió un accidente y por eso murió.

—¿Qué es un accidente?

—Algo muy grave que te sucede sin que tú lo desees —contestó Kovać—, algo tan grave que a veces te quita la vida.

—¿Duele?

—No —fue la respuesta categórica y piadosa de La Diana.

Se retiraron cuando Mihajlo y dos de sus ayudantes entraron con la soldadora para sellar la chapa del cajón. A partir de ese momento, Larysa cayó en un silencio melancólico; no volvió a formular preguntas ni a protagonizar caprichos. Caminó tomada de la mano de su madre y de Darko mientras un grupo escoltaba el cajón hasta su destino en el jardín de Mihajlo. Además de sus familiares, La Diana distinguió entre la concurrencia a Yura Christiansen con Miki, al doctor Paddington y a Nanuk. También habían acudido sus ex compañeros de L'Agence, todavía en los uniformes de combate. Regresarían a sus hogares al día siguiente, según le había comentado Al-Saud, una vez que se presentasen los agentes de STOP para hacerse cargo de la vigilancia del predio. Avistó a Anica y a las demás empleadas, como también a los muchachos del equipo de Mihajlo. Un poco alejada, se encontraba Izia, con un sacón entallado, lentes oscuros y tacones altos; le quedaba muy bien el pelo suelto, que descollaba en contraste con el negro del abrigo.

Alzó la vista al cielo despejado, y el sol tibio le acarició el rostro entumecido de llorar y de reprimir las lágrimas. Kovać, como ex sacerdote, dijo el responso, y lo hacía con tanta autoridad y conocimiento al tiempo que con conmiseración y humanismo, que todos los presentes, pero en especial Larysa y Darko, se quedaron arrobados escuchándolo.

Mihajlo y tres de sus empleados bajaron el cajón con cuerdas. Los presentes hicieron fila y cada uno tomó un poco de tierra del montículo y lo arrojó dentro. La Diana se aproximó con Larysa y Darko a la lápida que descansaba sobre el tronco del árbol y la leyó con la vista. Notó que Mihajlo la había encargado en el alfabeto latino pese a que se encontraban en la Republika Srpska, que emplea el cirílico.

Dragoslav Kirilo Milanković

4/07/1954 - 11/02/2001

Amoroso y devoto padre de Larysa

—Amoroso y devoto padre de Larysa —repitió en voz alta.

—¿Qué quiere decir, mami?

—Quiere decir que tu padre te amaba por sobre todas las cosas y que tú eras lo más importante en su vida.

—¿Y esos números? —se interesó Darko.

—Los primeros componen la fecha de nacimiento del padre de Larysa. Los últimos tres, los del día en que se fue al cielo.

—¿Para qué hicieron eso? —se intrigó Larysa, y señaló la lápida.

—El abuelo Milo la mandó hacer. La pondremos sobre la tumba de tu padre para que todos sepan que aquí descansa su cuerpo.

Los empleados comenzaron a echar paladas de tierra sobre el cajón y la pequeña multitud, a disgregarse. Kovać se aproximó a sus tres amores y, tras echarle un vistazo a la lápida en mármol negro y letras doradas, levantó en brazos a Larysa.

—Ven, cariño. Vamos a descansar. Ya todo ha terminado.

—Está bien —replicó la niña con voz somnolienta y descansó el carrillo en su hombro.

CAPÍTULO XXIII

*El científico que dice que si uno modifica genéticamente una especie no entra en ningún peligro está mintiendo.
Jugar con la génesis como si uno fuera Dios y modificar organismos vivos sin prever que puede haber consecuencias es ignorante.
Nadie puede negar que un proceso de evolución de millones de años se romperá en treinta segundos sin consecuencias.
La naturaleza está basada en la diversidad y en las interacciones. Cada organismo vivo es dependiente de los otros organismos vivos y hace adaptaciones para garantizar esa convivencia.*

Profesor Andrés Carrasco, biólogo molecular argentino
(1946-2014)

La muerte de Vuk significó el mojón que establecía el fin de una etapa y el comienzo de una nueva que prometía prosperidad y paz, más allá de que las secuelas de su existencia parecían no tener fin.

Al día siguiente del entierro, el martes 13 de febrero, llegaron a la propiedad Madeleine Reardon, Celhia de Lasieux y la fiscal Bosa Dretar, acompañadas por una docena de agentes del organismo STOP. Se ocuparían de la emergencia que implicaba atender a la treintena de mujeres, algunas menores de edad, y de niños cautivos. De acuerdo con la orden expresa del embajador Klein, debían actuar con extrema prudencia y discreción, sacar a las víctimas de tráfico del lugar y trasladarlas a los refugios de Duga Sarajevo para disponer cuáles serían sus destinos. No habría denuncias ni juicios ni excavaciones para buscar cadáveres.

—Nos dicen que es para evitar el escándalo —comentó Madeleine Reardon mientras tomaban un café después de la cena de ese primer día en

la propiedad—, que lo hacen para proteger las instituciones de una democracia débil y volátil. Aseguran que un escándalo de esta magnitud podría lanzar al país de nuevo en la guerra civil. En realidad creemos que lo hacen para encubrir a un pez muy gordo.

—Más gordo que el famoso *vojvoda* —puntualizó la Lasieux—. A propósito, ¿qué fue de él?

—Murió —se apresuró a contestar Kovać—, lo mismo que la mayoría de sus cómplices.

—¿De qué pez gordo se tratará? —insistió Reardon.

—Si es que existe, no lo sabemos —mintió La Diana—. A nosotros nos secuestró el *vojvoda* y, más allá de los matones que lo asistían, no supimos de nadie más.

—Entre las cautivas encontrarán a Nadia —anunció Kovać para desviar el tema—, la hermana de Nuur.

—Oh —exclamaron, dichosas, Reardon y Lasieux.

—No veo la hora de llamar a Nuur y contarle que la encontramos —se entusiasmó Madeleine—. Se lo debíamos.

Más tarde, mientras acompañaba a su habitación en el primer piso a Bosa Dretar, Kovać le refirió que tenían a Radovan Borenovic en el sótano.

—¿El padre biológico de Dare?

—El mismo. Trabajaba aquí, bajo la protección del *vojvoda*.

—Maldito pedófilo. Mañana, cuando nos vayamos, lo transportaremos a Sarajevo maniatado y amordazado. No tendrá posibilidad de escapar. Sin caución, esperará el juicio en su celda, de la que no saldrá en muchos años, yo me ocuparé de eso —prometió.

—Gracias, Bosa. Además quiero contarte otra cosa, muy delicada —precisó— y para la cual quiero pedirte discreción.

—Laza, sabes que cuentas con mi absoluta lealtad.

—Se trata de Diana. Hoy no la viste porque estuviste muy ocupada con el tema de las muchachas traficadas, pero en esta casa está su hija, la que tuvo en cautiverio durante la guerra.

—¿Larysa? —se asombró la fiscal.

—Ella, sí.

—¿Otra víctima del tráfico humano?

—No. Vive aquí desde hace años. ¿Recuerdas que te conté que era la hija del *vojvoda*? —La fiscal asintió con un ceño y los ojos aguzados—. Fue el

vojvoda quien atacó el convoy de niños del Mariscal Tito en el 96. Y lo hizo para recuperarla.

—Cielo santo.

—La niña vivió con él todo este tiempo. Y ahora que ha muerto, Diana y yo nos la llevaremos a Sarajevo. Es parte de nuestra familia —adujo.

—Claro, claro.

—Necesito que nos echés una mano con la cuestión legal. No sabemos si la niña existe para el Estado bosnio. Vivió dentro de esta propiedad durante los últimos cinco años y, por lo que sabemos, jamás salió de aquí. Recibía una educación privada —acotó.

—Déjame pensar un poco, pero como es mejor que todo se oculte bajo un manto de silencio creo que simplemente podrán llevársela. El abogado que se ocupa de la adopción de Dare —le recordó— es el mejor. Maneja muy bien los casos de niños extraviados durante la guerra. Verás que Larysa será de ustedes en pocos meses. ¿Llevará tu apellido o el de Diana?

—Diana quiere que sea una Kovać.

* * *

La despedida de sus ex compañeros de L'Agence y de la Mercure fue emotiva y, tras un brindis con Dom Pérignon que encontraron en la bodega de Vuk, La Diana se permitió agradecerles con un abrazo por haber arriesgado la vida por ella y su familia. Muy sentido fue el que compartió con Al-Saud, que luego de apartarla se quedó mirándola.

—Gracias por salvarme por segunda vez.

—Creo que si no venía y te salvaba, mi mujer me pedía el divorcio.

La Diana rio y volvió a colgarse del cuello de Al-Saud.

—Te quiero, Eliah, y dile a Mat que la quiero también.

—Lo haré. Me volverá loco hasta que la lleve a Sarajevo a conocer a tu hija.

—Serán más que bienvenidos. Y cuéntale que tendrá que conocer también al hijo o a la hija que nacerá a fines de septiembre. —Al-Saud ladeó la cabeza y frunció el entrecejo—. Lazar y yo vamos a tener un hijo, Eliah.

La sonrisa de Al-Saud la sorprendió, pues era sincera y expansiva, pero sobre todo infrecuente.

—Ahora sí mi mujer querrá viajar a Sarajevo. —La besó en la frente—. Felicidades, cariño. Tú y Lazar se merecen lo mejor.

—Gracias —contestó La Diana, presa de la emoción—. Gracias por habernos salvado. A mis hermanos y a mí —agregó.

Partirían todos excepto Sándor y Nanuk, que no se iría sino cuando Yura lo dispusiera.

—Mi hermana y Paddington no quieren irse —le explicó el soldado inuk mientras regresaban después de haber acompañado a sus colegas hasta los vehículos que los transportarían a la base en Sarajevo—. Dicen que no pueden abandonar sus experimentos a mitad de camino.

—Entiendo que no quieran abandonar este sitio —expresó La Diana—. En cierto modo, es un refugio. La situación allá fuera es compleja. Los dos regresarán al mundo de los vivos y no podrán dar muchas explicaciones. Podríamos incluirlos entre las víctimas de tráfico humano —se le ocurrió de repente.

Nanuk sonrió con la vista baja mientras avanzaba por el camino de gravilla.

—Ya sería poco creíble que se hubiese secuestrado a una mujer como mi hermana para hacer de ella una esclava sexual, ni qué decir de Paddington. —Rieron antes de que Nanuk manifestara—: La propuesta de la fiscal Dretar es la de contar una verdad a medias, es decir, admitir que fueron secuestrados, extorsionados para trabajar en un laboratorio y liberados meses después cerca de Sarajevo. Jamás supieron dónde los tuvieron ni quiénes financiaban los experimentos que los obligaban a llevar adelante para el desarrollo de armas biológicas. Las sospechas caerán en los tantos grupos terroristas de Medio Oriente.

La Diana torció la boca; no la convencía la idea.

—Los acosarán los periodistas —alegó—, sin mencionar que las autoridades querrán interrogarlos. Le veo tantos puntos débiles —acotó.

Nanuk exhaló un suspiro.

—Lo sé, pero no hay otra posibilidad. Lo cierto es que el secuestro de científicos era moneda corriente durante la Guerra Fría. No es descabellado —señaló—. Como sea —dijo, y aligeró el timbre de la voz—, mi hermana quiere seguir en el laboratorio. Dice que jamás trabajó en uno mejor equipado, con tecnología que ni siquiera sabía que existía. Esta mañana estuvo mostrándome un microscopio de fuerza atómica que la tiene embelesada.

—Entiendo, Nanuk, pero sin Ilić, ¿quién financiará el laboratorio? En breve, cuando no cuenten con suministros ni dinero, acabará por abandonarlo. ¿Qué será de este sitio? Nadie lo sabe.

—Ella dice que puede conseguir el financiamiento en pocos meses.

—¿Y qué hay con las personas que trabajan allí? Saben demasiado, sin mencionar que aprobaban experimentar con pobres muchachas y niños secuestrados.

—Yura los defiende y asegura que muchos son profesionales de excelencia, que no sabían que las muchachas eran víctimas del tráfico. —La Diana soltó un bufido incrédulo—. Sí, lo sé —concedió el inuk—, suena poco creíble. Pero Yura sostiene que ese laboratorio, dirigido por una cabeza lúcida y con principios morales sólidos, puede ser de gran ayuda para la humanidad.

—Y tú —se interesó La Diana—, ¿qué tienes planeado hacer ahora que ya encontraste a tu hermana y que Ilić ha muerto? ¿Seguirás trabajando para la OTAN?

—Eso es lo que esperan Haraldsson y Schell. Están por reorganizar L'Agence y me ofrecieron el puesto de Raemmers.

—Oh —se admiró La Diana.

—No sé si seguir con la OTAN, Diana. Es un organismo al servicio de los políticos, que a su vez sirven a los poderosos del mundo, como Ilić. Además, Caballo de Fuego me ofreció trabajar para él.

—Acepta —se apresuró a aconsejar La Diana.

—Sí, creo que lo haré.

—¿Seguiremos con nuestra costumbre de enviarnos mensajes los lunes?

—Por supuesto —ratificó Nanuk—. Si alguna vez faltases a la cita cibernética, sabría que estás en serios problemas.

* * *

Esa noche, después de verificar que los tres niños —Darko, Larysa y Daisy, que dormía en la cama junto con su prima— se encontraban bien, La Diana y Kovać se deslizaron en la habitación de Vuk y abrieron la caja fuerte. Kovać digitó la clave —la fecha de nacimiento de La Diana— sin necesidad de recordatorios y sin pronunciar comentarios. Lo que saltó a la vista fueron los *kukris* todavía en su funda. Hurgando un poco más dieron con la Walther P99, el arma reglamentaria de STOP, y con el Breitling,

regalo de Matilde y Eliah. Lo demás —papeles, documentos, joyas, dinero y fotografías— tardaron bastante en clasificarlo y analizar su importancia.

Los sorprendió hallar, además del documento, el pasaporte y el carnet de vacunación, la partida de nacimiento de Larysa Mariyana, de apellido Ilić, hija de Dragoslav Kirilo Ilić (se adjuntaba el número de documento) y de Mariyana Huseinovic (también seguido por el número de identidad), nacida en el Hospital General, en Rogatica, el 3 de febrero de 1995 a las dos y treinta horas. Salvo el apellido de Vuk y lo del Hospital General, la información, corroboró La Diana, era precisa, aun su número de documento.

También los sorprendió dar con la escritura de la propiedad en la que se encontraban, que estaba a nombre de Dragoslav Kirilo Ilić. Había una ingente suma de dinero en dólares estadounidenses y marcos alemanes y gran cantidad de títulos de casas, automóviles, un avión y un yate, y una fortuna en acciones y obligaciones de las compañías más importantes del mundo, como Nestlé, Apple y Philip Morris. En un sobre que decía, de puño y letra de Vuk, “Abrir en caso de mi muerte”, hallaron una carta en la que manifestaba que la heredera de todos sus bienes era su única hija, Larysa Mariyana Ilić, y que para la ejecución del testamento era preciso contactar al bufete de abogados Prožić, Jokanović & Kolžek de la ciudad de Banja Luka.

—No quiero que mi hija se manche con la riqueza de Vuk. La construyó a base del sufrimiento de cientos de miles de personas, durante la guerra y después.

—No te apresures —aconsejó Kovać—. El dinero de Vuk podría servir para fines benéficos. Por ejemplo, este sitio sería un magnífico refugio para las chicas traficadas, madres adolescentes embarazadas y mujeres en estado de abandono y pobreza. Si no tomamos el dinero de Vuk y lo administramos nosotros, acabará en manos del Estado bosnio para alimentar la corrupción.

—Tienes razón —acordó La Diana—. Además, aquí —se entusiasmó— podrías cumplir tu sueño, el de abrir un hogar para niños víctimas de la pedofilia.

—Sí, amor mío. —Kovać se aproximó y la besó en los labios—. Me haría muy feliz cumplir ese sueño contigo a mi lado.

—Es la única forma en que podrás cumplir tus sueños, conmigo a tu lado.

* * *

Lo cierto era que los refugios de Duga Sarajevo, los dos que la ONG mantenía en la capital bosnia, no existían. Como consecuencia de las circunstancias trágicas en que los habían abandonado y lo que siguió después, no se habían pagado el alquiler ni las cuentas. Por eso se acordó que las muchachas se trasladasen a una casa perteneciente a la red pública de hogares para niños huérfanos administrada por el gobierno de Bosnia hasta tanto los directivos de la ONG se rearmasen y volvieran a prestar servicios. Goga se lanzó a buscar casas y departamentos.

Finalmente, el jueves por la tarde, las muchachas y los niños abandonaron el complejo donde los habían mantenido cautivos, a algunos durante años. La Diana los observó mientras formaban fila para subir al autobús alquilado para tal propósito. Lo hacían con gestos vencidos, pasos arrastrados y miradas al suelo. Los escoltaría hasta Sarajevo la escuadra de STOP, aunque la posibilidad de un ataque por parte de los traficantes era improbable. La muerte del *vojvoda* les había asestado un golpe letal. Tardarían en reagruparse y volver a funcionar como la aceitada máquina que eran. Tardarían, reflexionó La Diana, pero lo harían.

De los que vivían en la zona prohibida, había una que no pertenecía al grupo de víctimas de la red de tráfico: Inés de Souza. La pobre niña, que, en contra de todo pronóstico, había superado la última crisis de talasemia, viajó a Sarajevo bajo la responsabilidad de la fiscal Dretar, que la internó en el Hospital Universitario de Niños dado que se trataba de una paciente de alto riesgo. Tres días más tarde, su tía, la hermana del general De Souza, viajó a la capital bosnia para buscarla y, luego de acreditar su identidad y de que se le procurase el permiso para salir del país, se la llevó a Portugal.

* * *

El sábado por la mañana, transcurridos cuatro días desde el entierro de Vuk, La Diana dispuso el regreso a Sarajevo. Quería retomar la rutina y la normalidad, sin mencionar que Darko había perdido dos semanas de clases. Lo que más la preocupaba era la reacción de Larysa.

—Demasiados cambios —adujo con la vista fija en su pequeña, que jugaba y reía en el jardín de Mihajlo con su hermano, su prima Daisy y una nueva amiga, Miki.

A pedido de Larysa, visitaban a diario la tumba de Vuk, hasta tres veces, y luego se ponían a jugar. No había vuelto a llorar, salvo en dos ocasiones en que se había despertado sobresaltada en medio de la noche y comenzado a llamar a su padre a gritos. La Diana y Kovać habían saltado de la cama y corrido a su dormitorio, donde Darko y Daisy seguían durmiendo como si la habitación continuase sumida en un silencio sepulcral. Siempre era Kovać el que la levantaba y la acunaba. La Diana los estrechaba a los dos mientras apoyaba la mejilla en la espalda de su hija y la oía llorar y pedir por su padre muerto. El diálogo se había desarrollado más o menos de igual modo en las dos oportunidades.

—Papi —lloriqueaba la niña en el cuello de Kovać.

—Soy Lazar, cariño. Aquí estamos tu mami y yo. No te dejaremos sola.

—Quiero a papi —reclamaba con vocecita fina y congestionada.

—Duerme, cariño. Descansa ahora.

Como la tristeza y la emoción la traicionaban, le resultaba imposible cantarle la *sevdalinka*. Kovać recitaba el padrenuestro, primero en ruso, después en griego, en un tono monótono que bastaba para que Larysa cayese en un sueño profundo. Volvían al dormitorio un poco deprimidos. En una de esas oportunidades, ya de vuelta en la cama, La Diana, abrazada a Kovać, le preguntó:

—¿Crees que hicimos bien al mostrarle el cuerpo de Vuk?

—Sí —respondió con una seguridad incontestable—. Puede parecer que no, pero hicimos bien. Si Larysa no lo hubiese visto, jamás se habría convencido de su muerte, jamás habría aceptado la desaparición de Dragoslav, y eso habría dificultado el proceso del duelo.

—¿Y estas horribles pesadillas? ¿No son consecuencia de que haya visto a su padre muerto?

—Son consecuencia de la profunda tristeza que siente. La expresa de ese modo, con sueños que la hacen llorar. No sería extraño que comenzase a orinarse en la cama.

Por estas razones, La Diana temía sacarla del único hábitat que conocía y llevarla a una ciudad que le resultaría amenazante y ajena.

—Los niños —comentó Leila— ven el mundo desde otra óptica, Maša, y aceptan la realidad con una simpleza de la que carecemos los adultos. ¿Verdad, Lazar?

—Absolutamente —confirmó—. De igual modo, el golpe que Larysa recibió fue duro, es en vano negarlo.

—Lo mismo nuestro Dare —acotó La Diana—, que en menos de dos meses sufrió dos experiencias traumáticas, primero la huida por el Sutjeska y luego el secuestro.

Kovać entrelazó los dedos con los de La Diana, sentada a su lado en la banca del jardín de Mihajlo, y se los apretó ligeramente para obligarla a que lo mirase.

—Los ayudaremos a los dos, amor mío. Nuestros hijos saldrán airoso de la prueba.

—Es tan alegre —comentó Sanny con los ojos puestos en Larysa—. Y a pesar de no haber interactuado jamás con niños, mira qué bien juega con sus pares. Debió de haber sido en extremo consentida por el padre —dedujo— y no le he visto una actitud típica de los niños egocéntricos.

—Gracias, Sanny —se envaneció La Diana—. ¿Qué haremos con la escuela, Lazar? Mrs. Kendrall está encantada de venir con nosotros a Sarajevo, pero yo quiero que nuestra hija lleve una vida normal, que vaya a la escuela como cualquier niño.

—Ayer hablé por teléfono con Branislava —aludía a Branislava Muratić, la directora del Treća Gimnazija.

—¿Qué sabe de lo que nos pasó?

—Todo —intervino Callum Duncan—. Yo la llamé para avisarle. Viki me dio el teléfono y la llamé. Tenía que justificar tu ausencia, muchacho —explicó, y Kovać lo avaló con una sonrisa y un asentimiento—. Me presenté como tu tío abuelo. Le pedí discreción.

—Gracias, Callum —dijo Kovać—. Sí, Branislava sabía todo. Todo es un decir —se corrigió—. Sabía que habíamos sido secuestrados por los mismos traficantes que nos dieron la caza a fines del año pasado.

—¿Le hablaste de Larysa?

—Para eso la llamé, amor. Le expliqué que debería haber comenzado primer grado, pero que no concurría a ninguna escuela porque recibía una educación privada. Quiere entrevistarla y someterla a una evaluación para comprobar su nivel.

—¿Y qué pasará con la documentación que exigen para inscribir a los alumnos? Larysa no es nuestra aún, Lazar.

—La inscribiremos con la partida de nacimiento que hallamos entre las cosas de Dragoslav. De hecho, ahí figura tu nombre y tu número de documento. Tú eres su madre a los fines legales.

—Temo que sea falsa —se descorazonó La Diana.

—No dudo de que era enorme el poder que Ilić y Dragoslav ostentaban sobre el gobierno de Banja Luka —Kovać se refería a la capital de la Republika Srpska—, por lo que estoy seguro de que la partida no es falsa, sino absolutamente legal. Superará cualquier prueba y por el momento bastará. Luego, cuando sea una Kovać, haremos los cambios necesarios. — Le pasó un brazo por los hombros y la obligó a recostarse contra su cuerpo —. Amor, hemos superado tantas adversidades y todas tan difíciles, esto no es nada. Nuestra hija solo necesita amor.

—Y amor tendrá a manos llenas —declaró Callum Duncan, y los hizo reír.

* * *

—Partimos mañana domingo al amanecer —anunció Kovać, e Izia se hizo a un lado y le permitió entrar en su casa.

—Has venido a despedirte, entonces —dedujo la mujer—. ¿Diana sabe que estás acá? —Kovać negó con la cabeza—. ¿Por qué no lo sabe? ¿Temías decirle que venías a verme?

—Estaba acostando a los niños —alegó.

En realidad se lo había ocultado para no inquietarla; se le llenaba la cabeza de ideas absurdas cuando él solo quería ver a Izia porque no se resignaba a separarse de ella en ese estado.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un té? —propuso, y señaló la tetera japonesa que descansaba sobre la mesa de centro delante del sillón. Había un libro abierto boca abajo y unos anteojos al costado.

—Sí, un té estaría muy bien. ¿Qué lees? —se interesó, y recogió el libro —. *¿Te sirvo un poco de veneno?* —leyó en inglés—. Es el libro de la doctora Christiansen —apuntó.

—Sí —afirmó Izia con mal tono—. Una sarta de mentiras. No sabía que existía hasta que hace poco un colega del centro me lo comentó. Él me lo prestó. Empecé a leerlo ayer.

—Veo que te atrapa —señaló Kovać y lo levantó para enseñarle que ya iba por la mitad.

—Me encoleriza, más bien —contradijo, y depositó la taza de té, que tintineó en el plato—. Es una acusación tras otra contra papá y sus compañías. Ella se equivocó en su experimentación con las papas transgénicas y la culpa era de la Herkul, que ocultaba que eran venenosas.

¡Qué disparate! Cuando la doctora Yura llegó a trabajar al centro, yo estaba feliz. No podía creer que papá la hubiese convencido. Ahora no estoy tan segura de que haya sido una buena idea. Nos odia.

—¿De veras crees que una científica de la talla de Yura Christiansen se equivocó en sus experimentaciones con la papa transgénica? ¿No es más fácil creer que la Herkul la modificó genéticamente sin preocuparse por las consecuencias que tendría jugar a ser Dios?

—¡Jugar a ser Dios! —se exasperó la médica—. No sabes lo que dices, Lazar. La genética es la ciencia del futuro.

—No lo dudo, pero, según entiendo, estamos lejos de comprender el funcionamiento del mapa genético de una criatura viviente. Me parece insensato, desconociendo como desconocemos las consecuencias de tocar esto o sacar esto otro, convertirlo en el alimento de los seres humanos y de los animales que los seres humanos consumimos.

—¡Te has convertido en todo un experto! —proclamó con sorna.

—El tema es apasionante. He hablado mucho en estos días con el doctor Paddington.

—Ese también sangra por la herida.

—¿Ah, sí? ¿Por cuál herida? —Izia guardó un silencio amotinado—. ¿Por la que les infligió Ilić al mover sus hilos y hacerlos echar del instituto para el que trabajaban en Escocia?

—¡Papá no hizo nada semejante! Los expulsaron por poco profesionales.

—Y sin embargo, a ti te hacía feliz contar con la doctora Yura en el centro, y eso fue *después* de que la expulsasen y la desacreditaran, según la información que manejo. Te contradices, Izia —apuntó.

—¿A qué has venido, Lazar?

—A despedirme.

—Pues bien, adiós —dijo, y le señaló la puerta.

Kovać, de pronto entristecido y para nada resignado, la aferró por los hombros.

—¿Por qué no te rindes ante la evidencia de que Ilić —había estado a punto de decir “era”— es un hijo de puta, mezquino, ambicioso y perverso?

Los ojos verdes de Izia cobraron un fulgor rabioso. Se sacudió para deshacerse de la sujeción de Kovać.

—¡Eres un hijo de puta! —explotó, y lo abofeteó—. ¡Me abandonas medio muerta, te robas mis ahorros y mis joyas, desapareces de mi vida, me traicionas con otra mujer y ahora me pides que desprecie al hombre que se

mantuvo a mi lado siempre! ¡Eres un desgraciado, Lazar! ¡Fuera, fuera de mi casa!

* * *

Llegaron al departamento del MI6 en el barrio de Dolac Malta el domingo alrededor de las diez de la mañana. Habían partido al amanecer, con los niños aún dormidos en la parte trasera de la cuatro por cuatro conducida por Bruce McLeod. Atrás los seguían Peter Ramsay y Leila, que, a pedido de La Diana, se quedaría una semana en el Holiday Inn. En los lugares libres de ambos vehículos se habían acomodado Senada y su hijita, Mrs. Kendrall, Ivanka y Mihajlo. En su afán por amortiguar el impacto del cambio, La Diana quería que las personas que habían conformado el círculo íntimo de su hija siguiesen estando en el nuevo ámbito. Más allá de eso, las consideraba parte de la familia. Se instalaron en la planta baja del dúplex, donde la ausencia de Noah Keen y Ulysse Vachal había liberado un espacio que igualmente se demostraba escaso.

Como La Diana se negó a ir a lo de los Mesić —aducía que semejante cantidad de gente apabullaría a Larysa—, Viki y Brano se presentaron para almorzar. Venían con las manos llenas de fuentes con comida y bolsas con víveres, que en pocos minutos llenaron las alacenas y la heladera vacías. Al contrario de los resquemores de La Diana, a Larysa la atraía la gente nueva, y seguía con la mirada a los recién llegados y observaba con ojos inteligentes sus comportamientos, palabras y gestos; nada se le escapaba. La atrajo sobre todo el momento en que el matrimonio Mesić abrazó y besó a Kovać después de haber creído que no volverían a verlo.

—¿Por qué están llorando esos señores, mami?

—Porque adoran a Lazar y hacía mucho que no lo veían. Lo echaban de menos —explicó.

—Yo echo de menos a papi.

—Lo sé, amor mío.

Para el momento del café, llegaron Callum Duncan, Charlotte Raemmers, Bruce McLeod con Goga y Zaína, Sándor y Peter Ramsay con su esposa y su pequeña hija. Al final, lo que La Diana había querido evitar al negarse a ir a lo de los Mesić tuvo lugar en su casa. No obstante, Larysa seguía cómoda rodeada de tanta gente; en especial le gustaba la compañía de los

niños. Zaína, medio celosa de su tío Laza, la interrogó con gesto desconfiado.

—¿Tío Laza es tu papá?

—Yo soy tío Laza —le explicó Kovać.

—No —se apresuró a replicar Larysa—. Mi papá está en el cielo.

—El mío también —aseguró la hija de Goga.

—¿De veras?

—Sí. Se murió en la guerra. Antes tío Laza era mi papá, pero ahora mi papá es Bruce. —Lo señaló con el índice regordete y lleno de chocolate, y McLeod les guiñó un ojo y les lanzó un beso—. ¿Tío Laza va a ser tu papá ahora? Es el papá de Dare, ¿sabías? —Larysa asintió—. ¿Va a ser tu papá ahora? —insistió, y la otra se encogió de hombros.

La Diana, tensa con el intercambio, siguió con una mirada ansiosa a Larysa cuando esta corrió hasta Kovać, que tomaba un café en el sofá.

—¿Tú vas a ser mi papá ahora?

La sonrisa de Kovać debió de afectar a la niña tanto como a la madre, pues la primera sonrió como en espejo, y la segunda deseó treparse a sus piernas y devorarle los labios gruesos.

—Nada me haría más feliz que ser tu padre, cariño. Tuyo y de Dare —confirmó.

Larysa, sin más, dio media vuelta y regresó con Zaína.

—Sí, Lazar va a ser mi papá ahora.

—Es bastante bueno —admitió Zaína, y los adultos, absorbidos por el diálogo de las niñas, soltaron una carcajada.

La tarde acabó en una cena en la que La Diana y Kovać, aprovechando que los niños habían ido a la planta alta, anunciaron que serían padres a fines de septiembre, si los cálculos no fallaban. La noticia causó una explosión de risas, aplausos y llantos emocionados. Leila y La Diana se fundieron en un abrazo, que Sándor completó rodeándolas a las dos. Viki encerró la cara de Kovać entre las manos y se quedó mirándolo con ojos arrasados.

—Hijito —alcanzó a decir con voz trémula mientras Brano le daba palmadas en la espalda.

—Estamos orgullosos de ti, hijo.

—Gracias.

—¿Ya lo sabe mi hermano? —inquirió Brano, y se refería al padre Ivo.

—Sí. Lo llamé apenas llegamos y se lo conté.

Los demás fueron saludándolos en una celebración de comentarios, bromas y sugerencias de nombres. Larysa, Zaína y Darko, con Daisy de la mano, llegaron a la carrera atraídos por el bullicio en la planta baja.

—¿Qué pasa, mami? —inquirió Darko, y La Diana notó que caía naturalmente en el modo que empleaba su hermana para dirigirse a ella.

—Nada, *moje blago*. Estamos festejando que los tenemos con nosotros, a Larysa y a ti —aclaró, y movió la vista hacia su hija, que la contemplaba fijamente.

* * *

Durante los primeros días en Sarajevo, La Diana se dedicó a la familia. Pese a que necesitaban su sueldo, la intención había sido renunciar a STOP para ocuparse de Darko y de Larysa. Finalmente había desistido convencida por Reardon y Lasieux, que le propusieron que se tomase una licencia para poner orden en su vida familiar y doméstica antes de reincorporarse al trabajo.

Acompañaban a Darko a la escuela todos los días, y el éxtasis y la emoción que cada simple detalle despertaba en Larysa, ya fuese la cantidad de automóviles en la calle, los autobuses, los tranvías, los semáforos o simplemente los transeúntes, alegraban a La Diana. En otras ocasiones, cuando la niña pedía por su papá y se volvía caprichosa, caía en una tristeza de la que solo Kovać la rescataba. Lo admiraba; él siempre mantenía una postura constante y nada de los vaivenes que la atormentaban a ella lo aquejaba a él.

—Se debe al embarazo —le explicó una noche mientras entraban juntos en la ducha—. La revolución hormonal que significa llevar a un ser en tu vientre te vuelve inestable y emocional.

La posicionó bajo el chorro del agua caliente, él pegado a la espalda de ella, mientras le mordía la columna del cuello y le masajeaba el vientre con caricias delicadas. Le hizo el amor en una de las posturas que más le gustaba, con ella encerrada contra la pared, los pezones y la mejilla apoyados en los azulejos. Después, ya en la habitación aunque todavía desnudos, se recostó de espaldas en la cama y la obligó a que lo montase a horcajadas. Con las manos que intentaban contenerle los pechos y su pene alojado profundo dentro de ella, le dijo:

—Cuando estés muy panzona, quiero que lo hagamos de este modo, con nuestro hijo entre nosotros.

La Diana no contestó; el orgasmo le colmó la boca con un gemido que a Kovać le hizo reír, ufano y satisfecho.

* * *

Después de dejar a Darko en la escuela, La Diana y Larysa transcurrían la jornada con Leila, Daisy, Callum Duncan y Charlotte; por supuesto, Ivanka formaba parte del cortejo, a veces también las acompañaba Mrs. Kendrall. Sanny había regresado a París.

Visitaron tres casas antes de que el barón de Glendale convenciera a su sobrina de que comprase aquella gran propiedad que habían visto antes del secuestro, enorme, con jardín y pileta. Además de las dimensiones que les permitirían albergar a la gran familia, contaba con dos ventajas: la primera, se encontraba en el barrio de las embajadas, muy cerca de donde vivían en ese momento, a un paso del colegio de Darko y de la universidad, donde Kovać había reanudado sus clases. La otra ventaja la constituía el hecho de estar amueblada, pues el último inquilino, les explicó el empleado de la inmobiliaria, el cónsul ruso, había decidido marcharse sin el mobiliario.

El viernes de esa primera semana en Sarajevo, tras haber firmado el acuerdo de compraventa y entregado una seña, festejaron en lo de Mesić. Apenas entraron, el gentío —los anfitriones, sus hijos y nietos y la familia de La Diana— intimidó a Larysa, que se pegó a su madre. Los nietos de Viki y Brano la observaban abiertamente pues les extrañaba la mascarilla que le cubría la nariz y la boca. La Diana escuchó cuando Darko les explicaba, con actitud defensiva y protectora:

—Mi hermana estuvo enferma y todavía no puede respirar el aire porque está lleno de bichitos que le harían mal.

Lo habría besado y apretujado si no hubiese temido avergonzarlo. Tras la declaración, Darko fue a buscar a Larysa y a Daisy y las condujo de la mano hasta el grupo de niños. La Diana y Leila los seguían de cerca.

—¿Y ves a ese chico ahí? —se dirigió a Larysa y le indicó a Azem.

—Sí.

—A él le pasó lo mismo que a ti. En la guerra se perdió, y después su papá y su mamá lo encontraron. Pero él ya tenía papá y mamá nuevos.

—¿De veras? —se sorprendió la niña, y La Diana y Leila reprimieron la carcajada que les causó la expresión de ojos grandes y boca abierta de Larysa y el solemne asentimiento de Darko.

—Sí. Viki y Brano son los papás nuevos, y aquellos dos son los papás viejos.

—¿Y los quiere a todos?

—Sí, a todos —aseguró Darko—. Tu papá nuevo ahora es Lazar.

—Sí —afirmó con llaneza.

* * *

Varios aspectos de Larysa y de Darko la preocupaban, sobre todo el emocional. Se daba cuenta de que Kovać aprovechaba cada noche, cuando iba a arroparlos, para analizarlos. Hablaban largamente; ella se mantenía al margen. Solo intervenía para darles el beso de las buenas noches cuando se percataba de que estaban terminando de conversar. La maravillaba la libertad con que Kovać afrontaba los temas, y la naturalidad con que los niños los aceptaban y se decidían a compartir sus experiencias. Comentaban sobre la jornada de Darko en la escuela, sobre sus compañeros y su maestra. Les gustaba también observar las acuarelas que Larysa había pintado con la ayuda de Charlotte; en todas aparecía Vuk. Muy pronto, Larysa interrogó a Kovać sobre un asunto delicado.

—Lazar, ¿tú duermes en la misma cama de mami?

—Sí —afirmó, y La Diana, al oír la contestación escueta, se acordó de que Kovać le había recomendado que, frente a las preguntas de Larysa, se limitase a responder estrictamente lo que inquiría y ni una palabra más.

—¿Por qué?

—Porque la quiero muchísimo y me gusta estar con ella todo el tiempo que puedo.

—Dare dice que se van a casar.

—Sí, algún día.

—Papi y mami se iban a casar. Yo le dibujé el vestido de casamiento a mami.

—¡Me encantaría ver ese dibujo! Y si algún día tu mamá y yo nos casásemos, ¿podrías dibujarle un vestido para nuestra boda?

La niña asintió, muy seria, y Kovać se inclinó para susurrarle gracias y besarla en la mejilla. La Diana, oculta tras la puerta, se distendió al

comprobar que la conversación había sido pacífica y sin cuestionamientos.

Otro aspecto que la inquietaba era el de la escuela. Mrs. Kendrall estaba demostrando su capacidad pedagógica ayudando a Darko, en especial con el inglés. En cuanto a Larysa, Branislava Muratić la había entrevistado el viernes por la mañana y, luego de una conversación, le había hecho hacer dibujos, escribir frases simples y leer un párrafo del libro de lectura de primer grado. La Diana creía que su pequeña había salido airosa, pero aguardaba con ansias a que la directora le comunicase los resultados a Kovać. Este la tranquilizaba esgrimiendo que, en el peor de los casos, Larysa cursaría primer grado en el próximo ciclo lectivo.

Por último, el asunto que más la preocupaba de su hija era, sin duda, el de la salud. Era perentorio buscarle un médico. El lunes 26 de febrero, después de dejar a Darko en el Treća Gimnazija, fueron a ver a un oncólogo, el doctor Kulidzan, que los recibió sin turno gracias a la intermediación de su hermano, un docente colega de Kovać de la Facultad de Psicología. Kulidzan era el jefe del servicio de Oncología del Hospital General Doctor Abdulah Nakaš, en el barrio de Koševo. Se mostró atento y cariñoso con la niña, pero La Diana se dio cuenta de que a Larysa la asustaba la enormidad del edificio y la intimidaba ese hombre al que no conocía. El médico les ordenó una extracción de sangre, que realizaron allí mismo. Larysa se echó a llorar, y fueron vanos los esfuerzos de Ivanka y de La Diana para tranquilizarla. Kovać la tomó en brazos, les indicó a la madre y a la niñera que aguardasen fuera del cubículo, y se hizo cargo de la situación. Salieron diez minutos más tarde, Larysa en brazos de Kovać, la mejilla en su hombro y el brazo con el apósito estirado como si estuviese imposibilitada de flexionarlo.

Esa noche, después de discutirlo y meditarlo, decidieron que, más allá del doctor Kulidzan, regresarían a la mansión en Brčko para que Yura Christiansen la revisase y le hiciese otro estudio sanguíneo. La científica inuk permanecía en el centro de tecnología y ciencia. La Diana la llamó por teléfono y, tras los saludos, Yura le confirmó que pretendía quedarse. La Diana volvió a formularle la misma pregunta que le había hecho a Nanuk:

—¿De dónde obtendrás el dinero para mantener esa estructura?

—Con Harry hemos convocado a una conferencia de prensa en Londres para el 8 de marzo —especificó—. Se ha armado un gran escándalo con la entrevista telefónica que nos hizo tu amigo periodista, Albert Coleman. ¿No lo viste en los noticieros?

—No he tenido mucho tiempo de consultar los periódicos ni de ver la televisión desde que llegamos. Me limité a llamar a Coleman para advertirle que te pondrías en contacto con él —admitió La Diana—. El resto del tiempo ha sido una locura, con visitas a médicos, entrevistas en la escuela y con planes de mudanza incluidos.

—Entiendo —expresó Yura—. Pues bien, te pondré al día. La noticia de que hemos reaparecido ha provocado una oleada de interés por parte de muchos laboratorios y biotecnológicas. Hasta las autoridades del Peter Gray intentaron comunicarse para reincorporarnos. Nos dimos el gusto de mandarlos a paseo. Obtendremos el financiamiento, Diana, lo sé. Y haremos cosas buenas aquí, cosas que ayuden a hacer la vida más llevadera.

—¿Qué dirás cuando los periodistas te pregunten a quién pertenece el nuevo instituto donde trabajas?

—Lo hemos hablado con la doctora Ilić y decidimos mostrarnos evasivos en caso de que nos hagan esa pregunta.

—Te la harán —presionó La Diana.

—Lo sé. Diremos que se ha fundado gracias al aporte de inversionistas que eligen permanecer en el anonimato. Entonces —dijo, y aligeró el timbre de la voz—, ¿cuándo tendré el gusto de verlos? ¿Te parece antes de mi viaje a Londres?

—Sí, me parece perfecto —acordó La Diana—. ¿Con quién dejarás a Miki?

—Pensaba llevarla conmigo.

—Puedes dejarla aquí, si deseas.

—Oh, sería estupendo. Me pregunta a diario por tus hijos. Desde que se llevaron a las muchachas y a los niños está muy sola.

—Iremos este fin de semana a buscarla, y de paso revisarás a Larysa. ¿Qué opinas?

—Excelente.

La Diana acabó la conversación con Yura Christiansen y se dirigió al escritorio donde tenían la computadora. Enviaría el habitual mensaje de los lunes a Nanuk. Él ya le había escrito. *Todo bien. En París, arreglando los términos de mi ingreso en la Mercure. ¿Qué me cuentas de la noticia de Ilić?* Se lo preguntaba asumiendo que ella estaba enterada. Volvió al dormitorio y encendió el televisor que jamás habían utilizado. Fue directo a un canal de noticias. Cinco minutos después, justo cuando Kovać emergía del baño con una toalla en torno a la cintura y otra sobre los hombros, la

conductora presentó el servicio que había estado esperando. Kovać se ubicó junto a ella en el borde de la cama.

—Las autoridades bosnias —habló la conductora— declararon que, gracias a las pruebas dentales, se confirmó que el cadáver carbonizado hallado en un precipicio en las cercanías de Banja Luka el pasado 15 de febrero pertenece al magnate serbio Aleksandar Ilić. Aquí el servicio de nuestro corresponsal.

Kovać le apretó la mano. Se miraron fugazmente antes de devolver la atención a la pantalla, donde se realizaba el paneo de un paisaje típicamente bosnio, con montañas aún nevadas y valles. El periodista se encontraba a orillas de un camino estrecho y asfaltado, flanqueado de bosque, que a La Diana le trajo memorias de sus días de fuga por el Sutjeska.

—A unos ochenta metros hacia abajo, dos campesinos avistaron una bola de fuego, según sus propias palabras, y llamaron a la policía. El fuego provenía de un vehículo que se incendiaba. Los bomberos recuperaron cuatro cadáveres. Hoy se ha confirmado que en el vehículo, un Bentley Arnage, iba el multimillonario Aleksandar Ilić, el tercer hombre más rico del mundo después de Bill Gates y Warren Buffett, según la revista *Forbes*. Aún no se han establecido las causas por las cuales el vehículo terminó explotando en el fondo del precipicio, pero voces extraoficiales hablan de una pérdida de control del Bentley debido al hielo en el pavimento. Un posible corto circuito y la fuga de combustible habrían completado la tragedia.

La imagen regresó al estudio, donde la conductora se refirió a las consecuencias económicas producidas por el deceso de uno de los hombres más prestigiosos del siglo XX.

—Estamos en contacto con nuestro corresponsal Stephen Daryn en Wall Street, cuyo índice registró fuertes caídas en las acciones de Herkul Biotech, Cyklon Chemical y la farmacéutica Ouroboros frente a la noticia de la muerte del dueño del conglomerado. Adelante, Stephen, te escuchamos.

El periodista, desde una de las salas de prensa de la Bolsa de Valores de Nueva York, presentó a un agente y enseguida le disparó la pregunta:

—¿Es este el final del imperio Ilić?

—No, definitivamente no. Los CEO de las compañías que conforman el holding Ilić ya están tomando las medidas necesarias para tranquilizar a los

inversionistas y demostrarles que los negocios seguirán funcionando tan bien como hasta ahora.

—Ouroboros se encuentra en una posición difícil —apuntó el entrevistador—. Todavía no se ha designado el reemplazo de Caviel, muerto en circunstancias extrañas.

—Sabemos que es inminente el nombramiento del nuevo CEO de la farmacéutica. Se baraja el nombre de Izabela Ilić, la única hija del magnate serbio.

—Nunca habíamos oído hablar de esta hija —comentó el periodista, y en la pantalla apareció la fotografía de una Izia con lentes oscuros, el cabello rigurosamente atado en la nuca y vestida de negro.

A La Diana le resultó bellísima, etérea e inalcanzable. Estudió de soslayo la reacción de Kovać que le apretaba la mano casi dolorosamente y que fijaba la vista en la fotografía con un ceño y labios entreabiertos. Los celos la perturbaron.

—Sabemos que es doctora en Medicina —informó el agente— y que llevaba una vida alejada de las cámaras que rodeaban a su padre adonde sea que este fuese. Sabremos más con el correr de los días.

Dado que la siguiente noticia estaba dedicada al deporte, La Diana apagó el televisor. Se quedaron en silencio y con la mirada hacia delante. Kovać dejó caer la cabeza, en un gesto de agobio, y La Diana lo abrazó.

—Todo ha terminado —le susurró—. Nuestros dragones han muerto. Los hemos vencido, amor. —Kovać no hizo comentarios—. Piensas en ella, ¿verdad?

—No puedo evitarlo. La abandoné aquella noche.

—La creías muerta, Lazar —se exasperó La Diana.

—Debí de haberlo corroborado.

—¡Tenías quince años! ¿Cómo ibas a corroborarlo?

—Tomándole el pulso.

—No lo habrías notado en el alboroto y con los nervios —razonó La Diana—. Debió de haber sido muy débil. ¿Por qué eres tan duro contigo mismo? —Le acunó el rostro y lo obligó a mirarla—. Te lo suplico, Lazar, ahora que tenemos la posibilidad de ser felices los cinco —se colocó su mano sobre el vientre—, que la reaparición de Izia no empañe nuestra felicidad. Por favor —suplicó.

Kovać le destinó una sonrisa apretada y asintió.

* * *

El barón de Glendale y Charlotte los acompañarían a la propiedad de Brčko, lo mismo que Goga, Bruce y Zaína. Peter Ramsay y su familia habían regresado a París días atrás. La Diana sospechaba que su tío abuelo planeaba comprar una casa en el barrio de Dolac Malta para transcurrir algunas temporadas en la capital bosnia. Sentía debilidad por Larysa, y el hecho de que pudiesen hablar fluidamente ayudaba a afianzar el vínculo entre ellos.

Partieron al amanecer del sábado 3 de marzo repartidos entre la camioneta que McLeod había alquilado y la que Freddie Prescott les había prestado antes del secuestro. Mihajlo, Ivanka, Senada y Dianita formaban parte del grupo; Mrs. Kendrall había viajado a Zagreb para pasar el fin de semana con la cuñada.

Traspusieron la entrada de la propiedad, un gran portón de hierro que nada permitía ver. Eran las diez de la mañana. No se veían guardias ni perros; solo los empleados de mantenimiento y los jardineros. Anica y algunas de las muchachas los aguardaban al final de las escalinatas, sobre el camino de gravilla. La cocinera alzó en brazos a Larysa y la llenó de besos.

—¡Mi niña adorada! ¡Mi muñeca hermosa! —exclamaba la mujer mientras la niña luchaba por zafar.

—Voy a ver a papi —declaró, y salió corriendo en dirección a la casa de su abuelo.

Darko y Zaína la siguieron a la carrera, y los adultos fueron por detrás ajustando el paso al de Glendale y Charlotte. Encontraron a los niños congregados en torno a la lápida. Larysa y Darko le explicaban a Zaína el significado de los números.

—El cartel de mi papá —expresó esta última— es blanco. Y tiene la foto —añadió.

—¿A tú papá también le pusieron cartel? —se asombró Larysa.

—Sí, pero es blanco —recalcó.

Los adultos apartaron a los niños, que pisaban la tumba, y formaron un círculo para oír la oración que Kovać se aprestaba a decir. Unos minutos después, con el ánimo apocado, aun el de los más pequeños, regresaron a la mansión, donde Anica les tenía preparado el desayuno. Se les unieron Yura, Paddington y Miki. Los niños vaciaron sus platos velozmente, aun Larysa, y corrieron a la sala de juegos en la segunda planta, seguidos por Ivanka. La

Diana, que hizo el ademán de ponerse de pie para ir tras ellos, volvió a sentarse cuando Kovać la aferró por la muñeca.

—Déjalos. Les hará bien estar solos. Ivanka los cuidará. Quédate tranquila. Ven, relájate.

Asintió poco convencida. Un rato más tarde llegó Radmila, que, sin Larysa en la casa, se había incorporado al personal del centro de tecnología y ciencia. La condujeron a la sala de juegos. Cuando la niña la vio entrar, se puso de pie en actitud alerta e intentó huir. Kovać la detuvo y la levantó en el aire.

—¡No, no quiero! —se enfureció—. ¡Otra vez no! ¡Otra vez no!

Yura aplaudió con autoridad y dispuso que se les sacaría sangre a los cuatro, y La Diana apoyó la moción expresando que a ella también. Fueron pasando uno por uno. La primera fue La Diana; luego Larysa, que, sentada en las rodillas de Kovać, fijaba la atención en Goga, que le enseñaba a Miki una suerte de coreografía de manos acompañada de una tonadilla para que la ensayase con Zaína.

—¡A mí también enseñame, Goga! —le exigió mientras Radmila le cubría el pinchazo con el apósito.

Se completaron las extracciones, y la enfermera se retiró luego de atender a unas indicaciones de Yura.

—Dejo a Miki con ustedes y regreso al laboratorio —anunció la científica a La Diana y a Kovać—. Quiero analizar la sangre de Larysa para tener mañana los primeros resultados. Dejaré indicaciones a la gente de Hematología para que el lunes hagan un examen completo de la sangre de Dare y de Zaína. Y de Miki, por supuesto. No vendrá mal ver cómo están.

—Gracias, Yura —dijo La Diana, y de pronto les temió a los resultados—. ¿Qué haremos cuando se acabe el ATRA? El oncólogo que consultamos en Sarajevo nos dijo que en Bosnia no se consigue.

—Lo fabrica la Ouroboros —les informó la mujer—. Izia lo obtendrá sin problema.

—¿Por qué Izia? —se inquietó La Diana.

—Pues, como heredera de Ilić, ahora es la dueña de su impero, ¿o no? —añadió con una expresión de duda.

—Es lo más probable —replicó Kovać.

Después del almuerzo, llegó desde Banja Luka el doctor Prožić, el dueño del bufete que atendía los asuntos de Vuk y a quien La Diana había llamado días atrás de acuerdo con las indicaciones halladas en la caja fuerte.

Destinaron una pequeña sala en la planta baja para la reunión con el abogado.

—Gracias por haber aceptado reunirse con nosotros un día sábado, doctor Prožić.

—El señor Ilić es uno de nuestros mejores clientes, señora. Cualquier consideración para con él o con algún miembro de su familia es un placer para nosotros.

La Diana sonrió con falsedad. Habían ensayado la conversación varias veces; no obstante, cuando llegó el momento se puso incómoda. Estuvo a punto de emplear el nombre de guerra Vuk y se detuvo a tiempo. Al final, optó por una salida neutral.

—El padre de mi hija ha desaparecido —mintió—. Según las indicaciones que me dejó, tenía que ponerme en contacto con su bufete, y así lo hice.

—E hizo muy bien, señora Huseinovic. El pasado 9 de febrero, el señor Ilić nos solicitó que redactásemos un poder a su nombre. —La Diana alzó las cejas, asombrada—. En ese documento el señor Ilić la nombra a usted como administradora de los bienes de Larysa en caso de su muerte o desaparición hasta la mayoría de edad de la niña.

—¿Cómo comprobarán que ha desaparecido? —se interesó Kovać.

—El señor Ilić me proveyó el número de un teléfono celular. Me dijo que si lo llamaba a ese número y él no contestaba podía darlo por muerto.

—Oh —se estremeció La Diana.

—Apenas corté con usted, señora, hice la llamada. Desde ese día, la he hecho en varias ocasiones —remarcó—. Y nada. He intentado comunicarme de nuevo esta mañana, antes de venir aquí, con el mismo resultado negativo. Asumo, entonces, que el señor Ilić ha desaparecido. De acuerdo con esta situación, procederé a ejecutar sus órdenes.

La fortuna de Vuk era inmensa, e iba más allá de los títulos de propiedad, de las acciones y del efectivo encontrados en la caja fuerte. Poseía cuentas bancarias en cinco instituciones caribeñas, un departamento en París y una pequeña isla en la Polinesia Francesa.

—La única heredera es su hija, Larysa Mariyana Ilić, con excepción de una renta mensual para el señor... —se calzó los lentes y leyó— Mihajlo Milanković y para la señora Larysa Perisić de diez mil marcos alemanes por mes que recibirán hasta el día de sus respectivas muertes.

—No sabemos dónde está la señora Perisić —volvió a mentir La Diana.

—Pues le depositaremos el dinero en una cuenta hasta que venga a reclamarlo —resolvió el letrado— o hasta que descubramos dónde reside.

Después de que La Diana presentó el documento de identidad que el doctor Prožić estudió detenidamente y pidió fotocopiar, el abogado le entregó el poder que la designaba administradora universal del patrimonio de Dragoslav Kirilo Ilić, en dos copias, una en serbocroata y otra en inglés, certificada por traductor público registrado en la ciudad de Banja Luka.

—Sus poderes son muy extensos, señora Huseinovic —le advirtió Prožić—. Es casi como la dueña más que la administradora, ya que puede disponer de cualquier bien sin necesidad de una autorización extra ni supervisión de nadie. El señor Ilić debe de confiar muchísimo en usted. Fue insistente en que los poderes fuesen absolutos y extensos. Por supuesto, nuestro bufete queda a su servicio para seguir cuidando los intereses del señor Ilić como hemos hecho hasta ahora.

Esa noche, mientras tomaban un baño de inmersión, La Diana rompió el silencio para preguntar:

—¿Por qué crees que Vuk hizo redactar el poder que me nombra administradora de sus bienes?

Kovać inspiró profundamente y torció la boca en un gesto desorientado.

—Creo que lo hizo porque era muy consciente de su posición —manifestó tras una pausa reflexiva—. Dragoslav llevaba una vida riesgosa. Sabía que en cualquier momento podía desaparecer. Y lo único que le importaba era proteger a Larysa. Fíjate que lo mandó redactar después de cerciorarse de que querías a Larysa. Sabiendo esto, no dudó en hacerlo. Él te conocía, Diana. En su forma oscura y retorcida, te admiraba, y confiaba en que protegerías a su hija.

—¿Qué haremos con tanto dinero, Lazar? No tengo idea de qué se hace con tanto dinero.

Kovać profirió una risotada y le besó el costado del cuello.

—Amor, debes de ser de las pocas mujeres que se angustian por haber recibido una fortuna.

—Por un lado —se explicó La Diana— está la cuestión técnica, es decir qué hacer con esa fortuna, cómo manejarla, cómo administrarla. Por otro lado está la cuestión moral. Sabemos que Vuk la hizo destruyendo vidas y cometiendo toda clase de delitos. ¿Es lícito, moralmente hablando, usarla?

—Ya hablamos de esto —le recordó Kovać.

—Sí, lo sé, pero quiero hablarlo de nuevo.

Kovać volvió a reír y a besarla.

—Lo usaremos solo para actividades benéficas. De esa manera, compensaremos al mundo por el daño que Dragoslav causó. Venderemos los bienes de lujo (el avión, el yate, el departamento en París) —enumeró a modo ejemplificativo—, y usaremos el dinero para crear refugios, para financiar operaciones de rescate, para ampliar el campo de acción de Duga. Tengo tantos planes —se entusiasmó.

—¿Y Larysa?

—Dijiste que no querías que tu hija se manchase las manos con el dinero sucio del padre.

—Sí, lo dije —concedió—, pero ahora me inquieto pensando que quizás estamos despojándola de lo que le pertenece.

—Ese es el problema, amor: no le pertenece —sentenció Kovać—. Su padre lo acumuló despojando a miles de personas inocentes. Durante la guerra, saqueó y robó las propiedades de los musulmanes. Vendió a precios disparatados los bienes más básicos del consumo humano, esos que recibía gratuitamente de la Cruz Roja, de la ONU y de Manos Que Curan. No hablo de cigarrillos ni de *rakija*, con los que también ganó fortunas, sino de leche, arroz, huevos, medicinas, ropa de abrigo, combustible, es decir, productos que la gente estaba desesperada por conseguir para sus hijos. Pasada la guerra, se hizo rico vendiendo armas y drogas, pero sobre todo robándoles las vidas a las chicas que traficaba. Todo lo que esas pobres muchachas ganaban prostituyéndose, él se lo robaba, incluso les robaba los hijos y los usaba aquí, para experimentar con ellos, o bien los vendía en el mercado de órganos, de adopciones ilegales o en las redes de la pedofilia. ¿Crees que todos los niños que nacieron en cautiverio en sus locales estaban aquí? Esos eran solo un puñado. ¿Y qué fue de los niños que secuestró aquel día, cuando rescató a Larysa? ¿Dónde están? ¿Qué fue de ellos? —Tras una pausa, en la que se llenó los pulmones con una inspiración profunda, concluyó—: No te confundas, Diana, ese dinero no era de Dragoslav, por lo tanto no es de Larysa.

La Diana se volvió hacia él y se colocó de frente. Le deslizó los pies por las caderas y le pegó los pechos al torso. Le rodeó el cuello.

—Te admiro, Lazar. Admiro la claridad con que piensas, tu sabiduría.

—¿Y esto? —le preguntó con una ceja levantada y una sonrisa ladeada—. ¿Admiras esto? —insistió, y la sujetó por las nalgas para volver a entrar en ella.

* * *

El domingo muy temprano por la mañana, Kovać se vistió con el equipo de gimnasia, se calzó unas zapatillas y salió a correr por el parque. En realidad, quería visitar a Izia para saber cómo se encontraba luego del anuncio de la muerte de Aleksandar Ilić. No lo sorprendió que no estuviese; de hecho, la casa lucía solitaria y cerrada. Allí mismo, en el ingreso a su propiedad, la llamó por teléfono. No lo atendió, y creyó prudente no insistir.

Al regresar a la mansión, devoró los escalones hasta alcanzar el segundo piso, ansioso por volver con su mujer. Entró con sigilo y la encontró dormida, lo cual le permitió darse una ducha rápida, afeitarse y regresar a la cama. La Diana se rebulló, y Kovać le deslizó un brazo por la cintura y pegó el cuerpo tibio de ella al fragante de él.

—Mmmm... —ronroneó—. Qué bien hueles.

—Acabo de ducharme.

—¿Por qué? —se extrañó, y parpadeó varias veces hasta enfocarlo con claridad—. Te bañaste anoche.

—Salí a correr.

No se trataba de una actividad inusual. Desde que habían regresado a Sarajevo tras el secuestro, Kovać había salido a correr muy temprano casi todas las mañanas. Sin embargo, cierto gesto en la boca y el modo en que la contemplaba hablaban de culpa.

—Fuiste a verla, ¿verdad? A Izia —acotó.

—Sí. Estoy preocupado. Por la muerte de Ilić —se justificó.

La Diana se giró y le dio la espalda. Kovać la envolvió desde atrás adaptando su cuerpo para que encajase en la posición fetal de ella.

—No quiero que te pongas mal por esto.

—Me pone mal sentir celos. No quiero que pienses que desconfío de ti. Sé que me amas.

La obligó a volverse y se colocó sobre ella, con los codos hundidos en el colchón para evitar agobiarla con su peso.

—¿Que te amo? ¿Solo que te amo? ¿Solo eso? —Alternaba miradas de ojos chispeantes con mordiscos en el cuello—. No hay verbo que defina lo que siento por ti.

La Diana se reía y se agitaba debajo de Kovać. Hasta que la asaltó una náusea y se lo quitó de encima para correr al baño. Lo tuvo tras ella en un instante. Le sujetaba la cabellera y le masajeaba la espalda mientras

vomitaba bilis. Se lavó los dientes, y Kovać la sostuvo para guiarla de nuevo a la cama. La Diana se recostó y cerró los ojos. Volvió a dormirse con los labios de Kovać en la frente y el golpe de su respiración en la mejilla.

* * *

A pedido de Larysa y aprovechando el clima benévolo, volvieron a hacer un pícnic junto a la tumba de Vuk. Jugaban a las escondidas cuando La Diana avistó desde lejos que Kovać detenía la búsqueda para leer un mensaje recibido en el celular. Lo vio fruncir el ceño. Como pensó que se trataba de Izia, no quiso preguntarle. Unos minutos después, mientras le tocaba contar a Bruce, ellos se escondieron juntos en el hueco que La Diana había abierto en el ligustro las dos veces que se había escapado para verlo.

—Acaba de enviarme un mensaje Branislava —le susurró Kovać—. Quiere vernos mañana por la mañana, después de que dejemos a Dare en el colegio.

—¿Te adelantó algo? —se impacientó La Diana, y Kovać movió la cabeza para negar.

Un rato más tarde, apareció Yura. La Diana, al verla entrar en el jardín, aferró instintivamente la mano de Kovać y buscó con la mirada a Larysa, que practicaba con Zaína la coreografía de manos; la había aprendido en pocas horas y la ejecutaba con una habilidad notable. Sonrió cuando la niña llamó al abuelo para enseñársela. Yura saludaba a todos, y a La Diana le parecía que le tomaba un tiempo infinito acabar con las formalidades y caminar hacia ellos para dispararles la verdad sobre el estado de salud de su pequeño tesoro. Kovać, que percibía su inquietud, le besó la sien.

—Sea lo que sea, estamos juntos en esto y en todo, amor mío.

La Diana se abrazó a él y así se mantuvo, con el rostro oculto en su pecho, hasta que escuchó la voz alegre de Yura que se aproximaba para saludarlos. Le pareció un buen augurio que la científica estuviese de buen humor. ¿O lo simulaba para amortiguar el impacto de las malas noticias? Giró en el abrazo de Kovać y la recibió con una sonrisa que no consiguió sostener; los labios le trepidaban. Tenía la boca seca, por lo que no intentó hablar. El corazón le latía, desenfrenado. La sangre, que le pulsaba en el cuello, le provocaba un estrangulamiento doloroso.

—Estás pálida —expresó Yura, de pronto sería—. Cambia la cara. Los análisis dieron muy bien.

La Diana soltó un grito triunfal y se colgó del cuello de Kovać, quien la hizo dar vueltas en el aire mientras profería sonoras carcajadas, lo que atrajo la atención de los adultos y de los niños por igual. Se congregaron en torno a ellos.

—Además, quería decirles —prosiguió la científica— que hemos iniciado el test de reacción en cadena de la polimerasa, el que permite saber si el cromosoma quince y el diecisiete volvieron a la normalidad —le recordó a La Diana—. Si constatamos lo que sospecho, que la mutación entre los cromosomas quince y diecisiete ha desaparecido, el éxito será rotundo.

—¿Cuándo lo sabremos? —preguntó Kovać.

—En dos semanas.

Aunque quedaba pendiente un resultado, quizás el más importante, festejaron de igual modo. Bruce aferró a Goga por la cintura y se puso a bailar una polca que él mismo tarareaba. La Diana tomó en brazos a Larysa y Kovać hizo otro tanto con Darko. Imitando a Bruce y a Goga, se lanzaron a bailar. Larysa encerró la cara de su madre entre las manos y le preguntó:

—Mami, ¿estás contenta porque el análisis dio bien?

—Sí, amor mío. Dio muy bien y eso me hace inmensamente feliz.

—Papi también está inmen...

—Inmensamente —la ayudó La Diana.

—Papi también está inmensamente feliz.

La besó en la mejilla y le susurró:

—Sí, amor mío, él está muy feliz por ti, porque te ama para siempre.

—¡Esto hay que celebrarlo! —decretó Callum Duncan—. Los invito a todos a Brčko a tomar un helado. Cuando fuimos con mi amigo Mihajlo —dijo y lo apuntó con el bastón—, descubrí una heladería muy bonita.

La moción fue aceptada, y todos corrieron a prepararse, pues tras la parada en Brčko emprenderían el regreso a Sarajevo. La Diana y Kovać subieron las escaleras con Yura, que les brindaba detalles de los resultados.

—No hay rastro de promielocitos —informó—. Ni uno.

—¿Y los leucocitos? —quiso saber Kovać.

—Todavía tiene niveles un poco bajos, pero es normal. Le pediré a la nutricionista del centro que te llame para planear un refuerzo en su dieta y

en los suplementos vitamínicos y minerales. Repetiremos el análisis en un mes, y estoy segura de que veremos una mejoría en el conteo.

—Tengo tanto miedo de que cuando realmente comprenda que Vuk no volverá sufra una regresión a la enfermedad —se angustió La Diana.

—Lo sé —se compadeció Yura—, pero creo que ella ha comprendido que el padre no volverá e igualmente se la ve contenta.

—Suele tener pesadillas tan horribles que se despierta gritando y llamando al padre —prosiguió—. A Lazar y a mí nos cuesta calmarla. Eso no puede ser bueno para su salud.

—Tengamos fe, querida Diana. Los milagros existen.

* * *

El lunes, tras despedir a Darko, fueron a reunirse con Branislava Muratić. Ivanka y Larysa los aguardaron en la cantina del Treća Gimnazija. En el despacho de la directora se encontraban otras dos mujeres: la vicedirectora y la psicopedagoga.

—Estamos muy sorprendidas con los resultados de la evaluación de Larysa —expresó Muratić—. Sin duda, ha recibido una soberbia educación académica, sin mencionar que la niña la ha asimilado perfectamente. Escribe y lee como un niño de cuarto, quinto grado, no como uno de primero. Su caligrafía es notable. Y, por supuesto, maneja el inglés casi tan bien como el bosnio.

La Diana y Kovać sonreían con expresiones orgullosas y se sujetaban las manos bajo el escritorio.

—Gracias, Brana.

—No me agradezcas, Laza. Es un hecho. Por supuesto, nos encantaría contarla entre nuestros alumnos. Sin embargo, tenemos un problema.

—¿Cuál? —se preocupó La Diana.

—Aunque comenzase hoy mismo —intervino la vicedirectora—, no cumpliría con el cupo de asistencia mínimo para darle por aprobado el primer grado. Solo quedan tres meses de clases.

—Pero acaba de decir que lee y escribe como un alumno de cuarto o quinto —alegó La Diana.

—Sí, es cierto —ratificó la directora—. Se trata de una formalidad —aclaró—. Sin embargo, mis colegas y yo hemos discutido la cuestión y queremos presentarles una solución. Recibiremos a Larysa en primer grado

y, luego, al término de las clases, le tomaremos el examen que rendiría un niño que ha concurrido todo el año pero que no ha cumplido con los objetivos mínimos de aprendizaje.

—Creemos —señaló la vicedirectora— que no tendrá problema para superarlo.

—¿Y si no lo aprobase? —quiso saber La Diana.

—Comenzaría de nuevo primer grado en el siguiente año lectivo —respondió la directora—. Pero en verdad creemos que superará el examen sin dificultad. ¿Están de acuerdo?

La Diana buscó la mirada de Kovać, y le dio paz verlo tranquilo y seguro. Asintió para que él tomase la palabra.

—Nos parece un plan sensato —concedió—. Ahora bien, queríamos advertirles que Larysa es una niña peculiar.

—Braná ya nos comentó —intervino la vicedirectora— que a los tres años se le diagnosticó una extraña forma de leucemia.

—Exacto —corroboró Kovać—, le diagnosticaron leucemia promielocítica aguda, que superó, gracias a Dios, pero que, dado el riesgo de recidiva, precisa de medidas y de controles periódicos.

—Por eso lleva la mascarilla, ¿verdad? —inquirió la mujer.

—Sí, por eso. Estamos confiados en que en el mediano plazo podrá quitársela, cuando su aparato inmunitario esté lo suficientemente fuerte. Por el momento, tendrá que llevarla. Lo que no quisiéramos es que sus compañeros la marginasen o la agredieran por esto. Si existe la mínima duda al respecto, preferimos seguir adelante con la educación privada.

—Hemos evaluado la situación —habló por primera vez la psicopedagoga, una mujer cuarentona con expresión dulce, se convenció La Diana—. Sabemos que los niños pueden ser crueles con sus pares. Tenemos dos cursos de primer grado, el A y el B. Creemos que Larysa se adaptará perfectamente en el A. Es un grupo más reducido, con solo cuatro varones, y con niñas muy dóciles. La sentaremos con Milena Boban, muy cariñosa además de buena alumna. Pero no son solo estas las razones por las cuales la hemos elegido sino porque Milena tiene un hermano adolescente que padece de leucemia.

—¿Lepa Boban? —intervino Kovać.

—Exacto —confirmó la psicopedagoga.

—Fue alumno mío el año pasado. ¿Tiene leucemia? —se horrorizó.

—Sí. Los médicos dan grandes esperanzas porque Milena es compatible con él y le donará médula ósea.

—Como ven —tomó la palabra Branislava Muratić—, Milena será la compañera ideal de Larysa.

—¿Y la maestra de primer grado A? —se interesó La Diana.

—Es una de nuestras mejores docentes, una señora de cincuenta y dos años, con una experiencia inigualable en el manejo de niños. Está ansiosa por hablar con ustedes. A ti te conoce, Laza, por supuesto. Es Majra Petarković.

—Eximia docente —acreditó Kovać.

—Nos contó Branislava —volvió a intervenir la psicopedagoga— que Larysa acaba de perder a su padre, con quien tenía un vínculo muy estrecho.

—Sí, así es —confirmó La Diana—. Ha sido muy duro para ella.

—Es fácil verlo reflejado en sus diseños —manifestó la mujer, y recogió del escritorio los tres que Muratić le había hecho dibujar el viernes anterior.

—¿Creen que eso tendrá un efecto negativo en su aprendizaje y adaptación? —se inquietó La Diana.

—No si la guiamos correctamente a través del proceso de duelo —opinó la profesional—. Por eso quería proponerles que Larysa tuviese sesiones conmigo después de clase dos veces por semana. Por un tiempo —añadió—, hasta confirmar que supera lo del padre sin problema.

La Diana y Kovać volvieron a intercambiar una mirada antes de prestar su consentimiento.

* * *

Una semana después, el lunes 12 de marzo, Larysa concurrió a su primer día de clase en el Treća Gimnazija con uniforme y mochila nuevos y de la mano de su madre y de Kovać. También la acompañaban Mihajlo, Ivanka y Mrs. Kendrall. Si bien habían llevado a Darko todos los días al colegio, ese día la multitud de niños y el bullicio la pusieron nerviosa. La Diana lo percibía en cómo le apretaba la mano y por el modo en que se estremecía ante un ruido fuerte. No le diría que permanecería toda la mañana en la escuela, pero así lo haría, y durante el almuerzo se cercioraría de que le sirviesen la comida especial que ella le preparaba de acuerdo con la dieta prescrita por la nutricionista.

—En el recreo podrás estar con tu hermano —le recordó Kovać y la besó en la frente—. ¿Verdad que sí, Dare? —Se volvió para mirarlo.

El niño, serio y con expresión responsable, asintió, y La Diana sintió el impulso de abrazarlo y besarlo.

—Te amo, *moje blago* —le susurró.

—Y recuerda, cariño —prosiguió Kovać—, cualquier problema que tengas, cualquier cosa que te haga sentir incómoda o que no te guste, le avisas a la maestra Majra. Ven —la tomó de la mano—, te la presentaremos.

—Lazar, ¿puedo sacarme la mascarilla? Todos me miran.

—No, cariño. Es por tu bien. Y sí, te mirarán al principio, pero después se acostumbrarán. ¿Sabes? Te sentarás con Milena, la niña que conocimos la semana pasada. ¿La recuerdas? —Larysa asintió—. Su hermano, que fue alumno mío, tiene que usar la misma mascarilla que tú.

—¿De veras?

—Sí, de veras.

La Diana y Kovać se quedaron durante el momento de formación e izamiento de la bandera. Larysa volvía la cabeza para mirarlos, y a La Diana le daban ganas de correr, sacarla de la fila y llevársela con ella y nunca separarla de su lado.

Mihajlo, Ivanka y Mrs. Kendrall le hicieron compañía durante la mañana. Se sentaron al final del corredor, en la sala de espera frente al despacho de la directora. Faltando pocos minutos para que comenzase el primer recreo, se posicionaron a distancia prudente del aula para verla salir. La Diana frunció el entrecejo al avistar que Darko y su amigo Gojko abandonaban el salón de clase antes de que sonara el timbre y corrían hasta detenerse frente a la puerta del aula de Larysa.

—¿Qué se traen esos dos? —se cuestionó Mihajlo.

—Se va a hacer cargo de su hermana —opinó Mrs. Kendrall—, tal como se lo pidió su padre.

Sonó el timbre, y las puertas de los salones se abrieron al unísono al tiempo que un griterío estruendoso inundaba el edificio. De modo maquinal, La Diana se puso en movimiento para ver qué hacían sus hijos. Larysa emergió casi entre los primeros alumnos junto a Milena, una niña rubia, bonita, de rasgos delicados, que la directora les había presentado la semana anterior. Resultaba claro que a Larysa no la sorprendía encontrarse a su hermano y al amigo en el ingreso del aula. Darko le extendió la mano,

Larysa se la tomó, y los cuatro se alejaron caminando hacia el patio de juegos.

—Maša —dijo Mihajlo—, creo que ya puedes quedarte tranquila. Mira qué bien cuidada está nuestra Lary.

—Sí —acordó—. Mis tesoros se aman —afirmó, y en una acción instintiva se cubrió el vientre con la mano.

Katarina, la maestra de Darko, se aproximó a paso veloz al avistarla al final del corredor. Tras las presentaciones y los saludos, les refirió:

—Faltando poco para que sonase el timbre del primer recreo, Dare se me acercó y me pidió permiso para salir.

—¿Cómo sabía que faltaban pocos minutos para que sonase el timbre? —se sorprendió La Diana.

—Creo que lo tenía todo muy planeado con Gojko, porque los vi cuchichear y consultar el reloj de pulsera de Gojko cada dos minutos.

—¡No lo puedo creer! —exclamó entre risas, y ansió contárselo a Kovać.

—Pero la cosa no termina acá —manifestó la mujer—. Desde la semana pasada que Darko me habla incesantemente de su hermana. Creo que me estaba preparando para lo de hoy, y todo para obtener el permiso para salir antes.

—¿Qué te decía acerca de su hermana?

—Me contó que está triste porque su papá se murió y que como es muy pequeña y él es su hermano mayor la tiene que cuidar.

CAPÍTULO XXIV

El que ríe último, ríe mejor.

Refrán popular

El 19 de marzo, en el ajetreo que significaba la mudanza, Yura los llamó por teléfono para darles una excelente noticia: el test de reacción en cadena de la polimerasa había arrojado que los cromosomas quince y diecisiete habían recuperado su posición natural; la recombinación ya no se verificaba. A La Diana, la emoción le impidió seguir hablando, por lo que Kovać se hizo con el celular y la científica inuk le reiteró el resultado.

—Dile a tu mujer, Lazar, que ya puede volver a respirar tranquila. La seguiremos de cerca, pero me atrevo a decir que nuestra Lary está curada.

—Gracias, Yura. Desde hacía días esperábamos tu llamada. Hemos estado muy ansiosos los dos —reconoció.

—Pues basta de ansias y sean felices. Se lo merecen.

Kovać cortó la llamada y arrojó el teléfono sobre la cama antes de rodear a su mujer por la cintura y despegarla del suelo. Se miraron con ojos colmados de lágrimas.

—Soy tan feliz —susurró La Diana con acento quebrado.

—Lo sé.

—No soportaría volver a perderla, Lazar —sollozó.

—No la perderás. *Nunca* —subrayó—. Yura acaba de decirme que nuestro tesoro está curado, que seamos felices.

La Diana se cubrió el rostro y se echó a llorar amargamente, y Kovać sabía, como si ella se lo expresase en voz alta, que en las lágrimas se mezclaba la felicidad por la noticia que acababan de recibir con la culpa que siempre asomaba para martirizarla. Se sentó en el borde de la cama y la ubicó sobre sus rodillas. Le habló al oído.

—Eres la mejor madre que he conocido, y he conocido a muchas, créeme. Siempre te observo, y quizá sea porque tu fuerte instinto materno se complementa con tu entrenamiento como soldado de élite, pero me doy cuenta de que captas cosas de nuestros hijos que ni siquiera yo advierto y que luego se demuestran verdad. Quiero que nos olvidemos de los errores del pasado y que disfrutemos de este triunfo, Diana. Es nuestra mejor victoria.

La Diana se pasó el dorso de la mano por la nariz y asintió. Kovać se quedó observándola, fascinado por su belleza que, de algún modo, el llanto había realzado, tal vez al aglutinarle las pestañas tan negras, o al realzarle las pecas en el puente de la nariz o al colorearle los pómulos. La Diana le sostuvo la mirada; ella le conocía esa expresión de ojos oscuros y labios apenas entreabiertos. No la sorprendió que la recostase sobre la cama y se irguiese para bajarse el cierre del pantalón. Se apresuró a ayudarlo a que se lo quitase.

* * *

A fines de marzo, ya estaban instalados en la casa nueva, y aunque no fuesen de su agrado, La Diana debería conformarse con los muebles del cónsul ruso. Lo cierto era que estaban cortos de dinero pues, tras devolver la camioneta de Freddie Prescott, habían tenido que comprar una usada para Kovać. La Diana, que había retomado sus actividades en STOP, se manejaba con la que le proveía el organismo. El único aditamento en la decoración lo constituía el gran cuadro que le había dejado Raemmers, el antiguo planisferio Hunt-Lenox, que por fin el dueño del departamento de Stanhope Gardens se había dignado enviarle. Mihajlo lo colgó en la sala.

El sueldo de La Diana era bueno, y Kovać estaba buscando aumentar sus horas cátedra, pero los ingresos parecían no alcanzar para alimentar tantas bocas, sin mencionar los honorarios de Mrs. Kendrall, a los que se les sumaron el de Ivanka y el de Senada, porque no aceptarían que trabajasen para ellos sin cobrar, más allá de que fuesen parte de la familia. En cuanto a Mrs. Kendrall, estaba fuera de discusión despedirla, no solo porque era clave en el proceso de duelo de Larysa, sino porque estaba demostrándose inestimable como apoyo escolar para la niña y sobre todo para Darko, a quien el inglés le costaba.

Pese a contar con una fortuna inmensa, la que Vuk le había heredado a su hija, sabían que jamás echarían mano de ese dinero para financiar gastos personales o domésticos. Se emplearía exclusivamente para obras benéficas y para expandir la actividad de Duga Sarajevo.

Mihajlo ofreció trabajar como jardinero. Kovać se opuso con obstinación. La Diana sospechaba que el anciano hacía oídos sordos a la orden de su hijo porque en varias ocasiones había abierto la heladera o la despensa y se había topado con productos que ella no había comprado. Interrogaba a Senada y esta le respondía que los había traído don Mihajlo. A lo que el hombre se dedicaba con tesón era a la huerta para su nieta, ya que resultaba difícil conseguir productos orgánicos en Sarajevo.

Callum Duncan y Charlotte regresaron a Escocia luego de la mudanza y, tal como La Diana había sospechado, su tío abuelo, antes de irse, compró un departamento a dos cuadras de la casa. La noche previa a la partida le entregó las llaves por cualquier imprevisto que se presentase. Además le extendió un sobre; contenía diez mil libras esterlinas. La Diana se lo devolvió con la rapidez que habría empleado para deshacerse de una brasa ardiente.

—No, Callum, no hay posibilidad alguna de que acepte el dinero. Ya nos has dado demasiado. —Lo abrazó en un impulso impensado y lo besó en la mejilla; se apartó, un poco avergonzada—. Gracias, pero no —remarcó.

—Mi intención es depositarles esta suma todos los meses.

—¿Qué? Ni siquiera voy a escucharte —se empecinó La Diana.

—Tómalo como un adelanto de herencia. Cuando muera, salvo la propiedad de Glendale, que es de Sanny junto con la baronía, lo demás se repartirá entre ustedes cuatro: Leila, Sanny, Bruce y tú. Será un buen dinero, créeme.

—Espero que falten muchísimos años para ese momento —declaró La Diana, y Glendale sonrió con benevolencia y le palmeó la mejilla.

—Sé que Lazar y tú están en aprietos económicos.

—Para nada.

—Lo sé. Soy viejo, no tonto. Solo necesité hacer unos cálculos para darme cuenta. No lo niegues. Tienen una estructura de costos fijos muy pesada.

—Saldremos adelante.

—Pero mientras tanto acepta mi ayuda. ¿Crees que me voy tranquilo pensando que mi sobrina está preocupada porque no llega a fin de mes? ¿Y

yo nadando en dinero? ¿Cómo crees que me hace sentir? ¿Cómo te sentirías *tú* si supieses que Dare o Larysa no llegan a fin de mes mientras que a ti te sobra el dinero?

La Diana emitió un bufido y elevó los ojos al cielo.

—Ese fue un golpe bajo, Callum —se quejó.

—Nada de golpe bajo, más bien la pura realidad. Anda, toma.

La Diana aceptó el sobre y volvió a abrazar a su tío abuelo.

—Mi hermano no me perdonaría si tú pasases necesidad —le susurró, y La Diana asintió en su hombro.

—Gracias por todo, Callum —susurró—. ¿Cuándo volverán?

—Apenas arregle unos asuntos en Escocia nos tendrás de regreso. Bueno, yo de seguro volveré. En cuanto a Charlotte... ¿Sabes? Ayer me dijo que, como su recuperación es casi total, le gustaría vivir en Copenhague. Dice que tiene amigas allá.

—¿Y tú piensas permitirselo?

—Bueno, querida, ciertamente no puedo impedirselo. Es una mujer adulta, en pleno uso de sus facultades y...

—Si fuese tu esposa —lo interrumpió La Diana— tendría que quedarse en Glendale y cada tanto podrían ir a Copenhague a visitar a esas amigas que asegura tener.

—¡Qué dices! —simuló escandalizarse el noble escocés—. Mira si una mujer guapa y aún joven como ella me aceptaría a mí, un octogenario...

—Un octogenario estupendo del que Charlotte está enamorada. Afirmas que eres viejo, no tonto, pero en materia romántica pareces más tonto que viejo.

Callum Duncan soltó una carcajada, que atrajo al grupo que conversaba a unos metros.

—¿Qué te hace reír tanto, viejo pícaro? —bromeó Bruce.

—¡Sí, vamos, cuenten! —los animó Goga.

Larysa, que había corrido hacia ellos, preguntó en inglés:

—¿Por qué ríes, tío Callum?

—Un secreto entre tío y sobrina —alegó, mientras movía el índice entre La Diana y él.

—Pero yo también soy tu sobrina —adujo la niña y, bajando el tono de voz, lo engatusó—: A mí puedes contarme. Yo nunca digo los secretos. ¿Verdad, mami?

Callum Duncan volvió a reír, y los demás continuaron sin saber por qué.

* * *

Tras un mes en el que Larysa había seguido una dieta rica en vitamina C, carnes y legumbres y tras haber tomado un frasco de suplementos vitamínicos y minerales, viajaron de nuevo a la propiedad de Brčko para los controles, más allá de que el doctor Kulidzan, luego de estudiar el resultado del análisis de sangre, les hubiese asegurado que podían estar tranquilos, que la niña gozaba de buena salud. La Diana solo se quedaría tranquila con la opinión de Yura Christiansen, y Kovač la complacía conduciéndola a un sitio que le traía malos recuerdos. Igualmente, se convenció, tendría que acostumbrarse pues, si bien se desharían de los bienes suntuosos de Vuk, La Diana había expresado que no vendería la propiedad de Brčko porque Larysa la amaba —se le iluminaba el rostro cuando le anunciaban que la visitarían— y porque ahí descansaba su padre, al cual la niña visitaba apenas llegaban.

En lo primero que emplearían el dinero de Vuk sería en el pago de los sueldos del personal de la mansión y de las boletas de los servicios, para lo cual habían echado mano de los dividendos producidos por las acciones que se acumulaban en una cuenta en Zúrich, radicada en el banco Credit Suisse. Operar con la cuenta no había resultado sencillo debido a los trámites legales que requería que otra persona, distinta del titular, se hiciese de los fondos. Un poco desorientados en cuanto a cómo proceder, llamaron a Eliah Al-Saud, que les aconsejó que se contactasen con su padre, el príncipe Kamal, quien les recomendó poner los bienes en manos de la fiduciaria suiza que se ocupaba de la administración de su fortuna desde hacía cuarenta años.

—Es una de las mejores compañías de *wealth management* del mundo —les había asegurado el príncipe saudí—. Discretos, prudentes y excesivamente cuidadosos y meticulosos. Por esto último, es difícil pasar a formar parte de su elenco de clientes. Los presentaré personalmente, eso facilitará las cosas. ¿Cuándo podrían viajar a Zúrich?

—Como nos urge pagar los sueldos y otros gastos —explicó La Diana—, ¿qué le parece la semana que viene?

Hicieron un viaje relámpago; volaron un miércoles por la mañana y regresaron el jueves por la tarde. En esa corta escapada, La Diana se dio cuenta de qué independiente y libre había sido en el pasado y de qué atada se encontraba en el presente. Serían poco más de veinticuatro horas de

ausencia y la torturaba la idea de que se desencadenaría una catástrofe si no planeaba cada aspecto como en un operativo militar. Había tenido que coordinar con Bruce para que llevase a los niños al colegio, lo mismo con la psicopedagoga para que recibiese a Larysa el viernes en lugar del jueves; programó las comidas con Senada y compró todos los ingredientes; les recalcó a Mihajlo y a Ivanka que se ocupasen de darle el ATRA a Larysa y a esta le suplicó que lo tragase sin escándalo; en cuanto a Mrs. Kendrall, le entregó dinero y la lista de útiles que necesitarían Darko y Larysa, pues la semana siguiente comenzarían clases de arte y pintura. Más allá de todo, meditó, no habría cambiado un solo aspecto de su nueva vida.

El príncipe Kamal, acompañado por la señora Francesca, demostró su clase, *savoir-faire* y don de gentes desde el momento en que se encontraron en el *lobby* del hotel hasta que los acompañó, junto con el oficial de la fiduciaria que se ocuparía de la administración de su fortuna, al banco Credit Suisse para agilizar los trámites y comunicarles los cambios en la gestión de la cuenta corriente. Días más tarde, recibieron en la caja de ahorro de Duga Sarajevo el dinero que en ese momento transportaban para pagar los sueldos de Anica y de los demás y para cubrir los gastos de manutención.

Al llegar a la propiedad de Brčko, los empleados que, como de costumbre, estaban aguardándolos al pie de la escalinata, los recibieron con afecto. Como un ritual, marcharon detrás de Larysa y Darko, que corrían al jardín de Mihajlo para visitar la tumba de Vuk. El césped estaba prolijo y corto y las plantas bien cuidadas. Las siemprevivas de la especie *Jovibarba* que Mihajlo había cultivado alrededor de la tumba habían adquirido una tonalidad bordó muy bonita. La lápida relucía bajo el sol matinal.

—Reza por papi, Lazar —pidió Larysa tras unos minutos en el que se mantuvo recogida y silenciosa.

—Sí, cariño —contestó.

Inspiró profundo antes de pedirle a Dios por el eterno descanso del asesino de su madre y del violador y torturador de su mujer, y todo por el amor inmenso que le inspiraba esa criatura.

Después del desayuno, Larysa se inquietó porque sabía lo que afrontaría en breve. Apenas viese entrar a Yura y a Radmila se echaría a llorar. Y así fue, y no importó que junto con las mujeres llegase Miki, por quien preguntaba de continuo cuando estaban en Sarajevo; la extracción de sangre

era lo único que contaba en ese momento. Kovać intervino, la levantó en brazos y se la llevó un rato.

—¿Cómo anduvieron las cosas después de la conferencia de prensa en Londres? —quiso saber La Diana mientras esperaban el regreso de Kovać y de la niña.

—Bueno, como te conté, la policía estaba aguardándonos en Heathrow para tomarnos declaración. El abogado que se ocupó de nuestro caso cuando el Peter Gray nos despidió estaba ahí también, aguardándonos. Nos interrogaron en la sede del Scotland Yard. No creo que se hayan tragado lo del secuestro por parte de un grupo terrorista para crear armas biológicas ni tampoco que nos llevaron con los ojos vendados hasta Sarajevo y que allí nos soltaron.

—¡Pero sí los secuestraron!

—Las cintas que Nanuk le proveyó a nuestro abogado con las imágenes del Aeropuerto de Edimburgo fueron más que convincentes, no lo dudes —aclaró la científica—. De lo que no están seguros es de si fui cómplice de la puesta en escena o víctima. Igualmente, no tenían nada para retenernos. Una hora más tarde, andábamos libres por las calles de Londres. De seguro nos hicieron seguir por alguno de MI5 y pusieron micrófonos en nuestras habitaciones del hotel. Se habrán llevado una gran decepción —acotó la científica inuk y rio.

—¿Cómo te las arreglas en el centro sin dinero?

—Verás, la doctora Ilić nos explicó que el dinero para el financiamiento del centro proviene de una cuenta bancaria nutrida desde una administradora radicada en las Islas Vírgenes. A esa administradora, a su vez, le llega el dinero desde una fundación que ella y su padre presidían, por lo que, mientras ella siga a cargo, el dinero no se cortará. Fue un gran alivio —admitió.

—¿Y cómo te llevas con la doctora Ilić? —se atrevió a preguntar La Diana—. En aquella fatídica cena se mostró favorable a la experimentación con humanos.

—Oh, ha cambiado mucho desde la muerte del padre. Y se muestra muy solícita conmigo, muy respetuosa de mi opinión, y de la de Harry también, claro. —Sacudió la cabeza para negar mientras sonreía—. Ningún problema con ella, por suerte.

—¿Y Miki? ¿Qué harás con ella? En septiembre debería comenzar primer grado.

—Irá a una escuela bilingüe en Brčko. Es para los hijos de los empleados de la ONU que viven allí. Muy conveniente. ¿Sabes algo de Nanuk? Ese ingrato hermano mío hace dos semanas que no me escribe ni me llama. Me he cansado de dejarle mensajes.

—Imagino que ya sabes que trabaja en la Mercure, la empresa de mi amigo Eliah. —Yura confirmó que estaba al tanto—. Se encuentra en una misión en el Congo, en una zona donde las comunicaciones son deplorables. Lo sé porque estuve allí en el 98.

Regresaron Kovać y Larysa, y a La Diana la asombró verla sonriente y distendida.

—Estamos listos —anunció Kovać a Radmila, y se sentó a la mesa con la niña sobre las piernas—. Estira el brazo —le indicó a Larysa—. Y solo mírame a mí. Y recuerda, nada de pestañeos o pierdes.

—Sí, pap... Sí, Lazar —se corrigió enseguida, y La Diana quedó paralizada de la emoción. Nunca le había sucedido de equivocarse y llamarlo papá.

—Qué bello color de ojos tienes, cariño —la lisonjeó Kovać en el momento en que Radmila se preparaba para pincharla.

—Y tus ojos, ¿de qué color son? —se intrigó la niña.

—Son del color del ámbar, como los de su madre —intervino Mihajlo.

—¿Qué es el ámbar, abuelo? —preguntó sin desviar la mirada de Kovać, que cuando vio que Radmila terminaba pestañeó a propósito—. ¡Cerraste los ojos, Lazar! ¡Los cerraste!

—Sí, cariño —aceptó, y la besó en la nariz—. Ganaste tú.

Miki y Darko quisieron participar del juego de los pestañeos y con eso se entretuvieron un rato.

* * *

A la tarde, Kovać salió a correr por la propiedad. Aprovecharía para visitar a Izia. En la felicidad que significaba compartir esa nueva vida con Diana y con sus hijos, Izia se había convertido en la sombra que, cada tanto, lo entristecía. De nuevo se encontró con la casa vacía y cerrada. Yura le había confirmado que seguía trabajando en el centro y que si bien viajaba de continuo a Londres por las cuestiones del padre, vivía allí. ¿Se ausentaría cada vez que se enteraba de que ellos visitarían la mansión? Por cierto, la llamaba seguido al celular y nunca le contestaba; le dejaba mensajes que

jamás respondía. Una amistad como la de ellos, ¿estaba condenada a terminar de ese modo tan absurdo? Le hubiese gustado hablar con ella después de las exequias de Ilic, que los periodistas y los paparazzi habían cubierto con sus cámaras y filmadoras con teleobjetivos y que él había visto en el noticiero.

Regresó a la mansión y subió a la carrera para darse una ducha rápida. Escuchó que La Diana entraba en el baño y se tensó de inquietud porque estaba seguro de que sabía dónde había ido. Se quedó bajo el chorro, la cabeza echada hacia delante y el agua caliente que le masajeaba la nuca. Se excitó aun antes de que lo tocara al oír el murmullo de la mampara al abrirse. Se le erizó la piel, y la erección se le acentuó de tal modo que el miembro casi le rozó el vientre. Apoyó las manos sobre los azulejos y separó las piernas en la posición de cacheo. La Diana le deslizó los brazos por la cintura y se apoderó de su pene. Lo hizo estremecerse y gemir. Percibía el roce de sus pezones erectos en la espalda, y también la delicada curva de su vientre apenas abultado. De los cambios que iban transformándole el cuerpo debido al embarazo, el tamaño que habían adquirido sus pechos era el que lo tenía loco. No la dejaba en paz. Solo le bastaba verla para excitarse y comenzar a lucubrar de qué argucia se valdría para apartarla de los niños y de sus deberes, conducirla a un sitio solitario, el que fuese, y hacerle el amor; hacía poco lo habían hecho en el vestuario del gimnasio de Brano. Por eso, que su mujer tomase la iniciativa lo hacía feliz. En realidad, lo hacía feliz siempre, en cada instancia, aun cuando no estaban de acuerdo y discutían. En ocasiones, se quedaba mirándola mientras ella, apurada y responsable, iba de aquí para allá, ocupándose de todo y de todos. Siempre se colocaba en último lugar. Casi había tenido que obligarla para que sacase turno con la obstetra que había traído al mundo a Zaína, y solo cuando la acusó de que estaba siendo negligente con el hijo que esperaban consiguió que llamase y fijase un turno. Ya habían ido dos veces, y salvo recetarle ácido fólico, que La Diana hacía tiempo tomaba por consejo de Yura, la doctora no había encontrado nada preocupante. A su adorada Diana, sin embargo, todavía la torturaba el desasosiego de haber sido fuertemente drogada durante la sexta semana de gestación, cuando estaba formándose el sistema nervioso del embrión.

—¿Te gusta, verdad? —le preguntó con acento erótico mientras le masajeaba los testículos con una mano y con la otra le cubría y descubría el glande.

—Sabes que nada me gusta más.

—Fuiste a verla, ¿no es así?

—Fui, pero no estaba —añadió deprisa.

Lo soltó, y Kovać exhaló un bufido de frustración y se dio vuelta. Se asombró al encontrarla de rodillas. No le dio tiempo a hacer ni a decir nada. Le sonrió antes de introducirse en la boca.

* * *

Habían regresado felices del fin de semana en Brčko. Los resultados de los análisis de Larysa eran óptimos. No solo se confirmaba la ausencia de promielocitos sino que el conteo de glóbulos blancos había alcanzado un nivel normal. En opinión de La Diana, ese era el mejor indicio de que su hija estaba superando la muerte del padre. Cierto que aún los despertaba en medio de la noche a causa de las pesadillas, que no quería o no podía contarles. Pero, tal como Kovać le había señalado gracias a que llevaba un registro, iban espaciándose. Por demás contaba que no se orinase de noche ni que tuviese problemas de aprendizaje; por el contrario, era la más adelantada de la clase. Lo que resultaba notable era el hecho de que Darko no hubiese vuelto a sufrir pesadillas, pese al último trauma vivido con el secuestro. Se mostraba muy protector de la hermana y, según las maestras Katarina y Majra, seguía yendo a buscar a Larysa en cada recreo y se sentaba junto a ella en el comedor. Si alguien se acercaba y le preguntaba por qué llevaba la mascarilla, él respondía. Los trámites para adoptarlos seguían su lento y burocrático curso legal, pero el abogado les aseguraba que nada impediría que fuesen los padres de Darko y que Larysa llevase el apellido Kovać. Era una gran tranquilidad saber que Borenovic seguía preso mientras esperaba el juicio. En opinión de Bosa Dretar, acabaría con una sentencia de pena máxima.

—¿Cuántos años es la pena máxima? —había inquirido La Diana.

—Veinte años. Será lo que pediré. Y si lo conseguimos, se transformará en una sentencia que fijará un precedente.

Salvo el alejamiento de Izia, pensó Kovać ese último lunes de abril mientras se dirigía a la Facultad de Psicología, todo iba sobre rieles. Estacionó la camioneta y soltó los apuntes y los libros para atender el celular.

—Allô?

—*May I talk to Mr. Kovać, please?*

—*Mr. Kovać's speaking* —respondió, sorprendido, y enseguida dedujo que se trataba del oficial de cuenta de Zúrich que lo llamaba por algún asunto de la fortuna de Vuk.

—Señor Kovać —dijo el hombre con alivio en la voz—, un placer saludarlo. Mi nombre es Mark Wilson, y trabajo en el bufete encargado de los asuntos legales del difunto sir Aleksandar Ilić.

El nombre, como siempre, lo descolocó. Se quedó mudo y aflojó el puño cuando la carcasa del teléfono crujió.

—¿Señor Kovać? ¿Sigue ahí?

—Sí —contestó, y carraspeó para aligerar la garganta—. ¿Cómo consiguió este número telefónico?

—La doctora Ilić nos lo proporcionó. Espero no haberlo importunado.

—No. Dígame, ¿qué necesita?

—Llamo para informarle que es usted uno de los tres beneficiarios del testamento del señor Ilić.

—Imposible. Debe de haber un error.

Se dio cuenta de que la declaración desorientó al abogado. Lo oyó balbucear y revolver papeles antes de ratificar:

—Ningún error, señor Kovać. Usted, la doctora Ilić y el señor Dragoslav Ilić son los únicos herederos de la fortuna de sir Aleksandar, por partes iguales.

A punto de decirle que no le interesaba recibir el dinero de un pedófilo, calló. La sensatez prevaleció, y se dijo que, con tantas bocas que alimentar y tantas responsabilidades económicas, no podía apresurarse a decidir. Detestaba recibir la ayuda de Callum Duncan; lo hacía sentir incapaz de mantener a su familia. Lo consultaría con Diana.

—Bien —expresó tras unos segundos—. Supongo que tendrá que informarme sobre otras cuestiones.

—Sí, claro. Habría que...

—Ahora no puedo atenderlo —lo interrumpió—. Estoy a punto de comenzar con una clase. ¿Podría llamarme mañana por la mañana?

Mark Wilson aseguró que sí, y acordaron la hora. Por la noche, mientras arropaba primero a Darko y luego a Larysa, conversaba con ellos y les leía un libro de mitología griega para niños que les había comprado Bosa Dretar, los observaba y se decía que ahora estaban ellos primero, su seguridad, su bienestar. Fue a buscar a La Diana a la cocina, donde acomodaba en la

lonchera el almuerzo de Larysa, que no comía lo que el resto del alumnado. La abrazó por detrás y le retiró el cabello para besarle la nuca. Le colocó las manos abiertas sobre el vientre, que comenzaba a evidenciarse.

—¿Cuándo te casarás conmigo?

—Cuando me lo pidas.

—Te lo pedí tiempo atrás y, si mal no recuerdo, dijiste que sí. Íbamos a tener una hermosa boda el 14 de febrero. ¿Qué estábamos haciendo ese día? —se preguntó—. Arreglando el traslado de las muchachas con Madeleine y Celhia, al menos eso recuerdo.

—Recuerdas bien. —Se giró en el círculo de sus brazos y lo miró con una sonrisa—. No nos casamos pero tenemos a Larysa.

—Sí —suspiró y le besó el tabique nasal moteado de pecas—, tenemos a nuestra muñeca preciosa. Entonces, ahora que todo ha quedado atrás, ¿cuándo te casarás conmigo?

—Después de que terminen las clases —decidió, tras tomarse un momento para reflexionar—. Después del examen de Larysa —apuntó.

—¿Y cuándo les diremos que tendrán un hermano? O hermana —añadió.

—Después de la boda.

Se besaron con ligereza. La Diana le atrapó el labio inferior con los dientes y lo succionó. Kovać profirió un gruñido ronco que presagiaba lo que había estado incitando con la provocación. Sin cortar el beso, la sentó sobre la mesada de la cocina, la despojó de las pantuflas, del pantalón del pijama y de la bombacha.

—Ábrete la chaqueta —le ordenó, serio, imperativo, mientras se bajaba el cierre de los jeans y le presentaba su erección.

Era una situación riesgosa, juzgó La Diana en tanto se desabotonaba la prenda y le ofrecía los pechos. Cualquiera podía entrar en la cocina para buscar agua o un vaso de leche y pillarlos en una posición que no resistiría explicaciones. Atajó el quejido cuando Kovać le comprimió un pezón con los labios al tiempo que le calzaba las manos bajo las nalgas, la ubicaba en el borde de la mesada y se introducía dentro de ella. Se trató de una cópula rápida, urgidos por la posibilidad de que los pillasen.

—Te amo, Lazar —le jadeó tras el orgasmo—. Te amo tanto, amor mío.

—Amor de mi vida —le susurró él sobre los labios y le sujetó el rostro con las manos—. ¿Qué nos pasó aquel 18 de diciembre, Diana? ¿Qué fue lo que nos pasó? Fue tan extraño como hermoso.

—Fue mágico. Un milagro.

—Gracias, amor.

—¿Por qué?

—Por no temerle al milagro ni a la magia. Sé cuánto te asustaba rendirte a lo que estabas sintiendo.

—Lo hice por ti, pero también por mí, porque de pronto pensar en volver a Londres sin mi Lazar me pareció descabellado, pero sobre todo me dio miedo. Tanto miedo —remarcó, y ajustó el abrazo.

—Admiro tu valentía, Diana. —La apartó un poco y le destinó esa sonrisa en la que solo levantaba una comisura—. Me quedaría dentro de ti toda la noche, pero ¿te imaginas si Mrs. Kendrall entrase en este momento?

Kovać se subió el cierre y la bajó de la mesada. La ayudó a ponerse las prendas y a calzarse las pantuflas. La mantuvo atrapada contra el mueble y la contempló con ojos preocupados. La Diana le acunó la mejilla.

—¿Qué sucede, amor?

—Me llamaron de un bufete de Londres. —La Diana alzó las cejas, sorprendida—. Soy uno de los tres herederos de la fortuna de Ilić.

—Oh.

—Estuve a punto de decirle al abogado que podía... ya sabes, que no iba a aceptar el dinero de un pedófilo. Pero después pensé en ti y en nuestra familia, en que no quiero seguir recibiendo la ayuda de Callum, y en que deseo proveerles de todo...

—Por favor, Lazar, no la aceptes por eso. Tus hijos y yo no necesitamos más de lo que tenemos. Y acepto la ayuda de Callum porque, conociéndolo, sé que igualmente la transferiría a una cuenta a mi nombre y ahí estaría, acumulándose sin ser aprovechada. Lo hace feliz, y lo entiendo. Pero aun sin ese dinero viviríamos felices y nada nos faltaría. Con tu sueldo y con el mío nos basta, amor.

—Pero con el dinero de Ilić podría dejar las clases y dedicarme en cuerpo y alma a Duga Sarajevo y a mi proyecto del hogar para niños abusados. Desde que volvimos, casi no he podido colaborar con Goga en nada. Bruce ha sido de más ayuda que yo pese a que trabaja en STOP. Lo de la página web está en veremos, no hemos ampliado las líneas telefónicas ni el personal y todavía seguimos sin alquilar los refugios, y las muchachas continúan en esos hogares que, según Goga, son espantosos.

—Entonces, acéptalo. Y nunca, pero nunca te arrepientas porque todo lo que tú haces es lo correcto.

* * *

Alguien había avisado a la prensa de que ese miércoles 2 de mayo por la mañana tendría lugar la lectura del testamento de Ilić. Los periodistas y los camarógrafos se agolpaban en el ingreso del prestigioso bufete Simmons, Wilson & Leighton. Kovać masculló un insulto mientras descendía la escalinata junto a Izia. Habría preferido que Diana no lo viese salir con ella; se inquietaba en vano.

—¡Señor Kovać! ¡Señor Kovać!

Hasta sabían su nombre, se enfureció.

—¿Cuál era su vínculo con sir Aleksandar? ¿Por qué le dejó un tercio de su fortuna?

—¿Quién es el otro beneficiario? ¿Por qué no está hoy aquí?

—¿A cuánto asciende el total de su herencia, señor Kovać?

—¡Señorita Ilić! ¿Le fastidia compartir la herencia de su padre?

Un empleado del bufete salió para abrirles un corro y espantar a los periodistas como si se tratase de moscas. Subieron en el Rolls Royce que los aguardaba al pie de las escalinatas. El chofer cerró la puerta y ocupó de prisa el sitio del volante. Arrancó haciendo chirriar los neumáticos. Dentro, en la cabina del suntuoso vehículo, reinaba un mutismo tenso. Izia casi no le había dirigido la palabra desde que se habían encontrado en las oficinas de Simmons, Wilson & Leighton. Se había limitado a saludarlo y a preguntarle con cierto retintín burlón: “¿Tu mujer te dejó venir solo sabiendo que me verías?”.

Todavía seguía sumido en la estupefacción luego de haberse enterado de que acababa de recibir una fortuna que ascendía a más de setecientos millones de libras esterlinas, mayormente compuesta por las acciones de las compañías de Ilić, entre las que contaba la Baywatcher, pero también conformada por varias propiedades, vehículos de lujo, un helicóptero y un avión. Ya había hablado con su oficial de cuenta en la fiduciaria de Zúrich, que lo esperaba al día siguiente para planear qué hacer con una riqueza tan extraordinaria. En cuanto a Dragoslav, si nunca se presentaba a exigir su parte, luego de siete años de ausencia, les había explicado Wilson, pedirían la declaración de muerte presunta y los bienes pasarían a manos de su única hija, Larysa Ilić, por lo que Diana y él también tendrían que hacerse cargo de la administración de su parte.

—¿Por qué aceptaste su dinero si tanto lo despreciabas? —habló Izia, y se volvió para mirarlo desde el otro extremo del asiento.

—Lo desprecio aún —confirmó Kovać—. Y siempre lo haré. Por lo que nos hizo, a ti y a mí. Y si acepto el dinero es para poder consagrarme a enmendar el daño que inmundos como Ilić y como Dragoslav le infligen a la parte más débil y vulnerable de la población.

—A mí jamás me tocó un pelo.

—Oh, pero sí que tocó mucho más que un pelo. Y si no volvió a abusar de ti después de que despertaste del coma fue porque había perdido el interés; estabas demasiado crecidita para sus gustos.

—¡Cállate! ¡No manches su memoria!

—Me pregunto quiénes habrán sido sus víctimas después de nosotros.

—¡No sigas hablando! —exigió, y se cubrió los oídos en la actitud de una niña voluntariosa.

Kovać se arrastró por el cuero lustroso del asiento y le cerró los puños en torno a las muñecas para separarle las manos de la cabeza.

—Mírame a los ojos —le exigió— y dime si te miento. Tú me conoces, al menos dices que soy lo único que recuerdas. Pues mírame y dime si te miento.

La mujer ahogó un sollozo y apoyó la frente en el pecho de Kovać.

—Déjame ayudarte, Izia —le susurró y la besó en la coronilla.

—Solo podrías ayudarme volviendo conmigo, siendo de nuevo lo que éramos antes del incidente.

—Sabes que es imposible.

—Me amas a mí, Lazar, lo sé. Es el sentido de la responsabilidad el que te mantiene atado a ella.

—No, Izia, no —replicó con paciencia.

La mujer alzó el rostro y se lo quedó mirando. Kovać supo que se disponía a besarlo y decidió dejarla hacer para que se convenciera de una vez. La soltó, y de inmediato ella le encerró el rostro entre las manos y lo atrajo hacia su boca. Le devoró los labios y su modo de besar le recordó al tiempo en que eran dos adolescentes y se lo pasaban intercambiando besos tórridos y haciendo el amor. El recuerdo solo le causó una profunda melancolía. Se quedó quieto, inerte, relajado. Transcurrido un momento, Izia se apartó y le destinó un vistazo confundido, de ceño preocupado.

—¿No sientes nada?

Kovać se limitó a contemplarla con intencionada fijeza. Izia dio vuelta la cara y clavó la mirada en la ventanilla. No habló. Diez minutos más tarde, el automóvil se detuvo. Izia se volvió, y Kovać se dio cuenta de que había llorado; tenía corrida la máscara y los ojos, inyectados.

—Izia... —se compadeció, quebrado por la tristeza de verla sufrir.

—Esta es mi casa —anunció con voz insegura.

Se trataba de una mansión en la calle Carlton House Terrace, cerca de Saint James's Square, que formaba parte de la herencia. De acuerdo con la tasación del bufete, se la valuaba en treinta y cinco millones de libras esterlinas.

—Mi chofer te llevará hasta el departamento en Belgravia. El doctor Wilson te dio la llave, ¿verdad?

—Sí, tengo todo —respondió, apenado.

—Lo mandé limpiar. Hice poner toallas y sábanas limpias. Además, surtí la alacena.

—Gracias.

—Bueno —dijo, e inspiró con aire cansado—, supongo que esta es la despedida.

—No tiene por qué serlo. Yo me quedaré hasta mañana. ¿Por qué no cenamos juntos?

Izia sonrió con expresión nostálgica.

—No. Es mejor que no nos veamos. Será más fácil para olvidar.

—¿Por qué no intentar ser amigos?

—Porque tú eres el amor de mi vida, Lazar.

Repiqueteó los nudillos en la ventanilla para que el chofer le abriese.

—Llámame —le pidió Kovać antes de que abandonase el vehículo—. Cuando lo necesites, llámame —recalcó—. Siempre estaré para ti.

* * *

—¿Cuándo vuelve pap... Lazar? —quiso saber Larysa.

La Diana terminó de arroparla en la cama y la besó en la frente.

—Mañana. ¿Por qué preguntas?

—Porque lo extraño. Además, quiero que me lea el libro y que vuelva a tocar el instrumento que tocó el otro día en lo de Goga.

—El violonchelo.

—El violonchelo —repitió lentamente—. Yo quiero aprender a tocar el violonchelo.

—¿Ah, sí, señorita? —bromeó, y le causó cosquillas al besarle el cuello—. ¿Y en qué momento piensas hacerlo? Con la escuela y las clases de arte y pintura tienes bastante, ¿no crees?

—¡No! —la contradijo, muerta de risa—. ¡Quiero clases de violonchelo!

—Lazar te enseñará, amor mío. Él le enseñaba a Zaína el año pasado. Mientras Lazar regresa, ¿quieres que te lea yo?

—No, mami. Tú cuéntame de cuando era chiquita y me cuidaba tía Leila.

Sonrió, exhausta, y se sentó en el borde de la cama para desempolvar los vagos recuerdos de esos meses tras el nacimiento de su hija, que la oía con expresión arrobada y que reía y abría grandes los ojos para acompañar sus revelaciones.

—Es hora de ir a dormir —dijo al cabo del relato.

Larysa, como hacía cada noche, se incorporó, tomó el portarretratos de la mesa de noche, el que tenía la fotografía de Vuk, y lo besó.

—Buenas noches, papi.

La Diana acomodó el portarretratos de nuevo en su sitio y la arropó una vez más.

—Buenas noches, amor mío. Dulces sueños —le deseó.

—Buenas noches, mami.

—Te amo, Larysa.

—Te amo, mami. Y también a papi, y a Dare, y a Lazar, y al abuelo Milo y a Iva. ¡Ah, y a Mrs. Kendrall y a Senada! A Dianita también. Y a tía Leila y a Daisy y...

La Diana soltó una risotada y le encerró la cara con las manos para llenarla de besos.

—¡Amas a todo el mundo, amor mío! No terminarás nunca. Ahora duérmete.

Abandonó la habitación de su hija y, si bien ya se había ocupado de Darko, entró de nuevo en el dormitorio para comprobar que no se hubiese destapado; se le había vuelto una costumbre. Arrastró los pies hasta su recámara; el cansancio la doblegaba, y no podía culpar solo al embarazo; el trabajo en STOP era mucho y de gran exigencia. Aunque no participaba en las redadas de los locales —había llegado a ese acuerdo con Kovać; a él poco le importaba si Eliah le había enviado de regalo el mejor chaleco antibalas del mercado— y solo entraba en acción cuando la situación se

hallaba bajo control, las investigaciones y los seguimientos requerían tiempo, energía y destreza; a veces las frustraciones al caer en callejones sin salida la dejaban más agotada que el trabajo mismo.

Sospechaban que la caída del *vojvoda* había asustado a los testaferros de los clubes y cabarets, que se habían replegado para realizar una explotación de las víctimas más recoleta, usando departamentos privados o clubes muy exclusivos, casi secretos, en zonas descampadas. La nueva estrategia complicaba el trabajo de STOP.

La Diana se preguntaba dónde se escondería Mirko. Haraldsson, el nuevo director de la renovada Agence, le había confiado que corrían voces de que se encontraba en Marsella, por lo que La Diana dedujo que por esos días prestaba servicios a los socios de Vuk, Flavio Gabrielli y Klaus Lang, que manejaban el negocio de las drogas y de las armas desde el puerto francés. Habían decidido no destruir el nuevo laboratorio de Tiráspol, cuya posición conocían gracias a Foxtrot. El edificio, que el satélite revelaba como abandonado y sin movimiento, se convertiría en el cebo que los haría caer en la emboscada. Contaban con que, pasado un tiempo prudencial, Gabrielli y Klaus se decidirían a ponerlo en funcionamiento; imposible resistir la tentación de desaprovechar una estructura equipada con la última tecnología para el refinamiento de la morfina base.

En cuanto a Mirko, meditó La Diana, tarde o temprano regresaría a los Balcanes para reconstruir el giro de tráfico montado por Vuk, y ella estaría lista, esperándolo.

Sonrió a la nada mientras se quitaba la ropa. Ese día había vivido un triunfo personal. Un colega de Bosa Dretar, uno de los buenos, como calificaba a los fiscales honestos, había allanado el U Partizanski, por esos días Las Cuatro S, a partir de la denuncia que ella misma había realizado. Les había revelado que desde allí se despachaban narcóticos a las ciudades más importantes del valle del Drina y tal vez de Serbia. Les había dibujado un plano del sótano, al que conocía como a la palma de su mano, y les había sugerido los posibles escondites de la droga. Les había advertido también que, hasta unos pocos meses atrás, la fonda había sido el escondite del ex jefe de la Policía de Sarajevo, Goran Vasilić; resultaba improbable que siguiese escondido allí; igualmente, ella cumplía poniéndolos sobre aviso.

Bosa Dretar se presentó esa noche mientras cenaban y le contó con pormenores lo que su colega acababa de referirle. Habían irrumpido en Las Cuatro S al mediodía, cuando el lugar estaba al completo. El dueño, un tal

Dimitrije Orlović, había armado tal escándalo que la policía tuvo que maniatarlo y sentarlo dentro de la patrulla, mientras el escuadrón antidroga con sus perros registraba la fonda y la vivienda familiar en el piso superior. Encontraron en el sótano del restaurante, en uno de los escondites que La Diana les había indicado, cuarenta y tres kilos de cocaína y lo que se consideraba como el mayor alijo de heroína de la historia de Bosnia: trescientos treinta y un kilos.

—Les esperan largos años en prisión, querida Diana —le aseguró Bosa Dretar—. A tu *querida* amiga y a su marido, el xenófobo.

—¿Nada de Vasilić?

—Nada, pero recogieron unos pitillos para hacerles el análisis del ADN. Estaban por todo el sótano.

—Son de él —aseguró La Diana.

—Si es así, a tu ex amiga y a su esposo se le complicarán aún más las cosas por haber ocultado a un prófugo.

—Mis hermanos y yo hemos decidido solicitar al tribunal que se nos restituya la propiedad de nuestros padres.

—Me parece perfecto —la apoyó la fiscal—. Conozco un excelente abogado que podrá ayudarlos con el trámite.

La sobresaltó el timbre del celular. Lo buscó con ansiedad creyendo que se trataría de Kovać; si bien habían hablado un par de horas antes y él le había dicho que se marchaba a dormir pues su avión a Zúrich despegaba muy temprano, anheló que fuese de nuevo él. Deseaba contarle que Larysa lo extrañaba y que quería aprender a tocar el violonchelo. Era Leila. Se preocupó. ¿Se le habría adelantado el parto? Lo esperaban para dentro de dos semanas. El hijo de Sanny y de Yasmín, Emmanuel Ratko Huseinovic, se había adelantado casi diez días. Por fortuna, el pequeño estaba en excelente estado de salud y, tras cuarenta y ocho horas en incubadora, le habían dado de alta.

—¿Todo bien? —dijo a modo de saludo y con acento preocupado.

—Estoy viendo a Laza por la tele —comentó Leila.

—Oh —musitó, y se lanzó a buscar el control remoto.

—Euronews.

Compartieron un momento silencioso mientras veían el servicio que refería a “la multimillonaria herencia del magnate serbio Ilić repartida entre tres herederos”. Resultaba increíble que siguiese reaccionando como el primer día a la belleza y a la elegancia innatas de su Lazar. Lo vio aparecer

en el umbral del bufete, con el cabello cortísimo, los lentes al estilo Clipper de Ray Ban y el sobretodo de Hugo Boss que ella le había comprado en París, y percibió un erizamiento que acabó irremediablemente entre sus piernas, y nada consiguió sofocar la oleada de deseo, ni comprobar lo que él le había advertido, que había estado con Izia, ni ver que la guiaba con una mano en la parte baja de la espalda para protegerla de los periodistas. Los vio subir al Rolls Royce gris platinado, que se alejó a gran velocidad.

—¿Lazar es uno de los herederos de Ilić? —preguntó Leila al finalizar la nota.

—Sí. Fue su tutor mientras Mihajlo estuvo preso.

—Oh, no sabía que Mihajlo hubiese estado en prisión.

—Pagó por un crimen que no cometió. Lo acusaron de asesinar a su esposa, la madre de Lazar, solo que lo había hecho Vuk.

—¡Santo cielo! —se conmovió Leila.

—Sí. Como verás, los pasados son complicados en esta familia.

—Pero un presente espléndido. ¿Cómo te fue con la ecografía el lunes? ¿Pudieron saber si es niña o niño?

—No. Se había dado vuelta y era imposible verle el sexo. Lazar dice que, como buena niña, es pudorosa.

Leila rio.

—¿Así que Laza cree que es niña?

—En realidad, es lo que desea, que sea niña. ¿Cómo está Emmanuel?

—Cada día más hermoso. Aumentó trescientos cincuenta gramos gracias a la leche de Yasmín. Nunca había visto a Sanny tan feliz, ni siquiera el día de su boda.

—Tengo tantas ganas de conocer a mi sobrino —expresó La Diana—. Envíame más fotos a mi casilla de correo electrónico. Larysa y Darko me piden verlo todos los días. ¿Tú cómo estás?

—Bien, aunque me siento muy pesada. Maša, ¿cuándo les dirás a tus hijos que tendrán un hermano? Mira que ahora no se te nota, pero te pasó con Larysa que te pusiste panzona de un día para el otro.

—No lo recuerdo.

—¿En qué semana estás?

—Entrando en la catorce. ¿Cuándo fue que me puse panzona? ¿Te acuerdas?

—Falta todavía. Fue hacia finales del quinto mes.

—Espero que nos dé tiempo para casarnos. Me gustaría decírselos después de la boda.

—¿Tienes fecha? —se entusiasmó Leila.

—No todavía, pero quiero que sea los primeros días de junio.

CAPÍTULO XXV

Hay dos formas de ver la vida: una es creer que no existen los milagros; la otra es creer que todo es un milagro.

Albert Einstein, científico alemán
(1879-1955)

La boda se celebró el viernes 15 de junio, al mediodía, en una de las tristes oficinas del Registro Civil, y el festejo se realizó a continuación en el salón del Hotel Europe, que contaba con una gran terraza que les permitió disfrutar del buen clima primaveral. Larysa y Darko los habían acompañado en cada instancia desde que, a principios de mayo, tras el regreso de Kovać de su viaje a Londres y a Zúrich, les anunciaron que se casarían. Larysa se lanzó a diseñar un vestido tras otro, y La Diana, que habría deseado casarse con un simple *tailleur*, se resignó a vestir un pomposo vestido blanco. Un sábado por la mañana, partieron las cinco mujeres de la casa —Dianita quedó al cuidado de los hombres— al negocio de novias más reputado de la calle Ferhadija. Para Larysa, que llevaba su ilustración en la mano, fue como ingresar en el paraíso. Los ojos no le resultaban suficientes para abarcar tanta cantidad de trajes de princesa, como los llamaba. Corría de un perchero a otro, se detenía de repente frente a un maniquí y admiraba los tocados expuestos en una vitrina. Le mostró su dibujo a la empleada, que encontró uno muy parecido y, La Diana admitió, bastante pasable. Debíó comprar, además de una diadema de flores, un tul de dos metros. Fue mientras se probaba el vestido, con Larysa metida en el cambiador, que le preguntó por la panza abultada. La Diana se acuclilló delante de ella y le dijo:

—Cuando lleguemos a casa te lo explicaré, amor mío.

Pareció conformarse, más bien interesada en verle puesto el vestido que en el vientre de la madre. La empleada, a quien La Diana le explicó que

para el día de la boda la curva de su cintura sería más ancha, anotó las potenciales medidas para soltarlo un poco. Lo tendrían listo en dos semanas. Durante el viaje de regreso, Larysa no cesaba de parlotear y comentar. Hasta que llegaron a la casa y recordó la panza de la madre. Los sentaron en el sillón de la sala, ellos se ubicaron en el borde de la mesa de centro. Kovać tomó la palabra.

—Me dice mami que notaste que está panzona. —Larysa asintió—. ¿Tú también lo notaste, Dare? —El niño agitó la cabeza para negar—. Pues mami está panzona y lo estará aún más porque aquí dentro —sin apartar la vista de ellos, le cubrió el vientre con la mano— está creciendo su hermanita —anunció con seguridad, pues en la última ecografía habían ratificado lo que Kovać sospechaba: era una niña.

—¿Vamos a tener una hermanita? —se pasmó Darko.

—Sí, *moje blago*. ¿Habrías preferido un varón?

—No, mami. Una hermanita está bien.

—¿Y tú, cariño? —Kovać se dirigió a Larysa, que fijaba la vista en la madre—. ¿Estás contenta de que pronto tendrás una hermanita?

—Sí, pero... —Frunció el entrecejo y la naricita—. ¿Le voy a tener que prestar mis muñecas? —Saltó del sillón, siempre la vista fija en La Diana—. No quiero prestárselas —declaró, y corrió a refugiarse en su dormitorio.

La Diana la encontró acomodando las muñecas sobre la cama. Las ordenaba por tamaño, de modo muy prolijo. Se empecinaba en ignorar su presencia. La Diana estiró la mano y le acarició la mejilla. Larysa apartó el rostro.

—¿Qué pasa, amor mío?

—No le puedo prestar mis muñecas —repitió—. Me las va a romper.

—No se las daremos. Estas muñecas son tuyas y tú las cuidas muy bien.

La niña alzó la vista y le lanzó una mirada fugaz y rabiosa.

—Y tampoco quiero que duerma en mi cuarto, ni que toque mis libros. Los chicos chiquitos rompen todo.

—Dianita nunca ha roto nada.

—¡Sí, mi hermana me va a romper todo! ¡Y yo no quiero! ¡Mala!

La Diana la encerró en un abrazo del cual Larysa intentó escapar. Acabaron sentadas en el piso de parqué, Larysa llorando y La Diana acunándola. Permanecieron mudas un buen rato hasta que la niña se tranquilizó. La Diana le encerró la carita surcada de rastros de lágrimas,

libre de la mascarilla pues por fin Yura les había indicado que podía vivir sin ella.

—Te amo, amor de mi vida —le confesó, y la besó en la frente y en cada ojo húmedo de llanto.

—Vas a querer más a mi hermanita —se lamentó con un gesto trompudo que hizo reír a La Diana.

—Eres hermosísima aun enojada.

—¿Mi hermana se parecerá a ti?

—No lo sé, tal vez se parezca a Lazar, que es su padre, pero ¿sabes qué es lo que más deseo, amor mío?

—¿Qué?

—Que tu hermana sea tan buena y dulce como tú. Eres la mejor hija que una madre pueda desear.

Tras sostenerse la mirada en silencio, Larysa se echó a llorar. La Diana volvió a encerrarla en su regazo y a acunarla.

—Te amo, Larysa. No creo que puedas imaginar cuánto, amor mío.

—Yo también te amo, mami.

La apartó para despejarle el rostro de los mechones adheridos por el sudor y las lágrimas y le sonrió.

—No quiero que te preocupes por nada. Tú y tu hermana se querrán tanto como tía Leila y yo, ya verás. Ella no tocará tus muñecas si no lo deseas. ¿Sabes de qué estoy segura? De que tu hermana te amará muchísimo porque le parecerás la mejor hermana mayor del mundo.

Larysa rio con un sonido gangoso y se pasó la mano por la nariz. La Diana la llevó al baño y se la limpió. Al volver al dormitorio, se toparon con Kovać y Darko.

—¿Qué les parece —propuso Kovać— si salimos a festejar que hoy compraron el vestido de novia de mamá y cenamos pizza por ahí?

—¡Sí! —exclamó Darko.

Kovać alzó a Larysa y la besó.

—¿Y tú, cariño? ¿Quieres comer pizza? —La niña asintió y apoyó la mejilla en su hombro—. ¿A qué lugar les gustaría ir?

—A Da Mario —sugirió Darko.

—No —se opuso Larysa desde su cómoda posición—, a Pizza Express.

Se acordó que escribirían los nombres en sendos papelitos, los pondrían en una bolsita y mamá sacaría uno sin mirar. El que saliera sería el elegido. Salió Da Mario, y Larysa se limitó a decir:

—Está bien.

Por la noche, con los niños ya dormidos, los padres compartían un momento de soledad en el jardín de la casa.

—Me sorprendió la reacción de Larysa —confesó La Diana, todavía preocupada—. Es tan dulce y buena con todos. ¿Por qué reaccionó de ese modo?

—Me habría preocupado si no lo hubiese hecho —manifestó Kovać—. Su reacción era esperable y normal. Sintió que la hermana llegaba para quitarle el lugar y, sobre todo, tu amor y atención. Si no se hubiese desfogado como lo hizo habría guardado dentro los celos y el rencor y, tras el nacimiento, los habría descargado en su hermana.

—No se repetirá la historia de los celos que Vuk sintió por ti, ¿verdad? —lo interrogó, angustiada.

Kovać rio y le besó el hombro.

—Ni en un millón de años —la tranquilizó—. Larysa es una de las criaturas más bondadosas que he conocido, Diana. Ya verás que, cuando vea a su hermana, se enamorará de ella.

—Te creo, amor. Siempre me dices la verdad.

* * *

Larysa y Darko los acompañaron al siguiente turno con la ecógrafa, quien, muy paciente, fue explicándoles cuál era la cabecita, cuáles sus piernitas, cuáles sus manitas, y les hizo escuchar los veloces latidos del corazón, que les causaron risa. Hablaban abiertamente de la llegada de la hermana, proponían nombres y dirimían cómo le decorarían la habitación. Larysa bregaba para que fuese de Hello Kitty como la de ella, y Darko aseguraba que a Adrijana, la hermana de Gojko, le encantaban las princesas de Disney; eran mejores.

El entusiasmo por la llegada del nuevo miembro no opacaba el de la boda, y seguían buscando salones, eligiendo menús y arreglos florales. A medida que se acercaba el final del año lectivo, mermaron las actividades ajenas al estudio —incluso dejaron de ir a las clases de arte y pintura— y se prepararon para los exámenes que rendirían hacia fines de mayo, pues no solo Larysa tendría que someterse a una evaluación extra sino también Darko, ya que no había aprobado Inglés. Mrs. Kendrall se dedicó a prepararlos con un ahínco renovado y, una vez que dejaron de concurrir al

colegio, los tenía sentados estudiando gran parte del día. La Diana le admiraba la habilidad con que los manejaba y el modo en que administraba el tiempo: cuarenta y cinco minutos de estudio, diez de recreo. Y así avanzaban a lo largo de la jornada. Cuestión que el día del examen de Darko, su profesora quedó maravillada con los avances alcanzados en tan poco tiempo, y cuánto había mejorado la fonética. Dos días más tarde, cuando le tocó el turno a Larysa, superó el examen con la máxima calificación.

Por eso, mientras La Diana, del brazo de su flamante esposo, entró en el salón del Hotel Europe flanqueada por sus hijos, no cabía en sí de tanta dicha. Todo lo que había deseado y por lo que ella y Kovać habían luchado les había sido concedido. La salud de Larysa, el tema que más desvelos les causaba, no presentaba dificultades. La controlaban periódicamente, seguía medicada con el ATRA y alimentada con esmero. Regresaban a Brčko para que Yura le hiciese extraer sangre y la analizara. Aunque intentaba ocultarlo, La Diana se angustiaba durante la espera de los resultados. Como un viejo resabio del pasado, tenía la impresión de que era imposible que se le hubiese concedido tanta felicidad solo a ella y esperaba que, de un momento a otro, una catástrofe les arrebatase parte o todo de su mundo extraordinario. Kovać era su puntal de paciencia y sensatez durante la espera hasta que la científica les informaba que no había promielocitos en la sangre y que los glóbulos blancos se hallaban dentro del rango. El temor a que la muerte de Vuk le provocase una recidiva se había alojado profundamente en ella y no resultaba fácil eliminar el fantasma. Cierto que las pesadillas habían cesado y que jamás había orinado la cama, sin mencionar que, según la maestra Majra, comenzaría segundo grado mejor preparada que los niños que habían asistido a clase todo el año. ¿Por qué entonces se torturaba con pensamientos negros?

—Es lo más precioso que tenemos —razonó Kovać—. Cualquier amenaza a nuestro tesoro dispara las alarmas y las angustias. No te tortures por eso. Es una reacción normal. Tienes un instinto materno muy desarrollado y esta es la natural consecuencia.

Para aplacar la ansiedad de La Diana, Yura les propuso realizarle al feto un estudio genético preconcepcional. Existían escasas posibilidades de que la niña que esperaban fuese compatible con Larysa pues eran solo medio hermanas; sin embargo, acotó la científica, como en el mundo de la genética nunca se sabía, tal vez resultaba que lo eran.

—Aunque —admitió—, se trataría más bien de un milagro.

Analizaron la posibilidad de encarar el estudio, evaluando pros y contras, y al final desistieron pues se trataba de un procedimiento invasivo que podía dañar al feto; no estaban dispuestos a correr ningún riesgo, sin mencionar que las posibilidades de obtener un resultado alentador eran escasas, si no nulas. Esperarían al nacimiento y realizarían el estudio después.

—Si esta niña no es compatible, que es lo más probable, y Larysa, Dios no lo permita —rogó Yura—, tuviese una recaída, siempre contamos con el esperma del *vojvoda* para crear un hermano salvador.

Aunque la sola idea de engendrar un hijo de Vuk la sumía en la mayor desazón, era consciente de que lo habría hecho sin dudar en caso de que la vida de Larysa hubiese dependido de ello.

Darko, por su parte, era fuente de satisfacciones y alegrías. Bueno, dulce, paciente y protector de su hermana, lo era también con sus compañeros de grado; se había vuelto muy “popular”, en opinión de la maestra Katarina. Desde que había aprobado el examen y contaba con tiempo libre, siempre había un grupo de al menos cuatro amigos en la casa. Como no le permitían ir a la de otros niños porque, en opinión de Kovać, nunca se sabía dónde se ocultaba un pedófilo, lo consentían permitiéndole invitar a cuantos quisiera. El abuelo Milo, a quien le habían regalado una Toyota Hilux, se lo pasaba de aquí para allá llevando y trayendo a los amigos de sus nietos, pues Larysa no quería ser menos e invitaba a Milena y a sus primas Mesić.

Darko ganaba peso y estatura a un ritmo sorprendente. Entre las dos últimas visitas al pediatra había registrado un crecimiento de cuatro centímetros. De un día para el otro, las zapatillas y los zapatos comenzaron a apretarle, y La Diana debió salir a las apuradas a reemplazarlos. El pie le había crecido dos números, indicio de que sería alto, en opinión del médico. “Mejor”, meditó La Diana, “que sea alto para que se parezca a Lazar y se diferencie lo más posible del padre biológico”, a quien ella recordaba más bien retacón. Por fin, hacia mediados de mayo había tenido lugar el juicio contra el pedófilo Borenovic, sentenciado a la pena máxima de veinte años, todo un hito en la jurisprudencia del país, les había explicado Bosa Dretar, y para la cual se habían tenido en cuenta varios agravantes, en especial el vínculo. Otro dragón exterminado, se congratuló La Diana mientras la fiscal les relataba los pormenores de la sentencia.

El crecimiento físico de Darko venía acompañado de una inagotable energía, que descargaba en su nueva pasión: el fútbol. Los Mesić se la habían contagiado, y pasaban a buscarlo todos los domingos para ir a la cancha. Siempre se les sumaba el abuelo Milo, a veces Kovać. Gojko y él habían comenzado a asistir a Bubamara, la escuela de fútbol que su padre y otros habían fundado durante la guerra para mantener a los niños fuera de las calles y a salvo de los francotiradores *četniks*. La Diana no era una entendida, pero, al verlo jugar en los campeonatos que Bubamara organizaba, le daba la impresión de que su hijo era muy diestro, lo que Kovać confirmaba. Larysa nunca se perdía un partido del hermano y lo alentaba desde la tribuna con las mismas frases de Kovać. Fue en una de esas ocasiones que lo llamó papá sin corregirse y siguió hablando como si nada.

—¡Papá, ese niño pateó a Dare! —exclamó, enfurecida.

—Sí, cariño —respondió Kovać, y entrelazó los dedos con los de La Diana—, y por eso el árbitro está por sancionarlo. ¿Ves la tarjeta amarilla? A la próxima, lo expulsará del campo de juego.

—¡No está bien, papá! ¡Debería decirle que no juegue más!

—Tal vez se arrepienta y no vuelva a hacerlo —adujo Kovać, y la niña le demostró su desacuerdo cruzando los bracitos sobre el pecho y sacando trompa.

Kovać movió la cabeza hacia La Diana. Se sostuvieron la mirada, emocionados. Se besaron.

—Es tuya, amor mío —susurró La Diana—. Para mí, es solo tuya.

—Así la siento —replicó él—. Tú, Larysa y ella —dijo, y le cubrió el vientre— son solo mías.

Desde esa tarde en la cancha de fútbol, Larysa llamó papá a Kovać, y en ocasiones solo pa. Papi era y siempre sería Vuk.

* * *

Entraron en el salón del Hotel Europa, y explotaron la música, los aplausos y las cornetas estruendosas que los Mesić llevaban a la cancha y que ese día utilizaron en los festejos por la boda. Darko soltó la mano de La Diana, y Larysa, la de Kovać, y corrieron a reunirse con sus primos y amigos.

Los invitados se congregaron en torno a los novios para saludarlos. Sonreían, los besaban y acariciaban el vientre abultado de La Diana. No

faltaba nadie. Desde París habían llegado todos los Al-Saud, incluso el príncipe Kamal y la señora Francesca habían aceptado la invitación, aun Shariar y su familia. A Leila, que había parido un varón a mediados de mayo, se la veía espléndida con el niño en brazos. Julian Peter Ramsay era el orgullo del padre y la dicha de su madre. Sanny se aproximó con Emmanuel en brazos, y La Diana confirmó lo que su hermana le había comentado tiempo atrás: nunca lo había visto tan feliz. En el plano profesional, también las cosas le iban bien. Dos semanas atrás lo habían nombrado presidente de la Baywatcher. De entre las acciones que Kovać había heredado, se encontraba el paquete mayoritario de la empresa militar de Ilić.

—Se las regalaré a Eliah —le había informado una noche a La Diana, y en verdad la había sorprendido.

—Valen una fortuna, amor —le recordó.

—Lo sé, pero es mi modo de agradecerle por haberlas salvado a ti y a Leila, y por consecuencia a Sanny, en el 95, y por habernos salvado a nosotros en febrero. A Eliah le debo todo, si te pones a pensar —razonó.

La Diana se le colgó del cuello y se limitó a besarlo y a abrazarlo. El traspaso de las acciones de la Baywatcher se realizó poco después y por un precio irrisorio.

—No es necesario que hagas esto, Lazar —insistió Eliah en la oficina del bufete Simmons, Wilson & Leighton, donde se llevó a cabo la simulación de la venta.

—Es necesario. Te lo debemos todo.

—No me deben nada. La Diana, Leila y Sanny son tan queridos para mí como Shariar, Alamán y Yasmín. Son mis hermanos.

—Lo sé, pero para mí esto es lo justo —remarcó, y se inclinó sobre el escritorio para firmar el documento de compraventa.

De ese modo, la Mercure se convirtió en la empresa más poderosa del mercado de mercenarios y servicios militares. Lo primero que hizo Eliah fue poner el cincuenta y uno por ciento de las acciones de la Baywatcher a nombre de su cuñado Sanny y ofrecerle la presidencia de la compañía, que mantendría la personería jurídica separada de la Mercure, más allá de que trabajarían coordinadamente. Lo segundo que hizo fue nombrar vicepresidente a Nanuk Christiansen, uno de los mejores soldados que conocía.

Mientras recibía los saludos de Juana Folicuré y de su esposo Shiloah Moses, La Diana vio que Callum Duncan y Charlotte se aproximaban. Estaban muy elegantes, ella lucía especialmente hermosa en un traje largo de gasa en color lavanda que le resaltaba los ojos. A Callum, se lo veía satisfecho con su esposa del brazo. Se habían casado poco después de regresar de Sarajevo en una ceremonia a la que Kovać y La Diana no asistieron. Como los trámites de adopción de Darko no se habían completado, habrían debido solicitar un permiso para sacarlo del país, lo cual llevaba tiempo, y Callum no quería esperar; el temor a que Charlotte volviese a Copenhague lo tenía inquieto.

—Estás más hermosa que nunca —la lisonjeó el noble escocés.

—Lo dices porque me quieres —bromeó La Diana—, pero en verdad me siento ridícula en este traje y con esta panza. Pero si no me ponía el vestido que Lary eligió...

—No habríamos podido casarnos —completó Kovać, y todos rieron—. Igualmente, eso de que luces ridícula es *tu* opinión. Yo creo que luces espléndida —remató, y la besó en los labios.

—¡Bien dicho, muchacho! —lo alentó Glendale—. ¡Así se habla!

Los saludos continuaron. A La Diana la alegró ver a Nigel Taylor y a su esposa Angelie, que lucía impactante en un vestido de seda en tonalidades que iban del turquesa al violeta en un degradé que combinaba a la perfección colores tan dispares. Además se había maquillado, lo cual constituía una novedad, lo mismo que el cabello largo y suelto, cuyas ondas naturales le cubrían los hombros.

—¡Angelie, estás preciosa! —la lisonjeó mientras le daba los dos besos de rigor.

—¿No estoy muy maquillada? Creo que Juana se pasó un poco.

—Estás bellísima —insistió La Diana—. Luces radiante.

Nigel Taylor intervino y, antes de hablar, cubrió el vientre de su esposa con la mano.

—Luce radiante porque va a darme un hijo —declaró, orgulloso, ufano.

—¡Angelie! —exclamó La Diana, y tanto Kovać como ella los felicitaron.

Se quedaron hablando de los pormenores de un embarazo de pocas semanas; aún no sabían el sexo y las náuseas estaban volviéndola loca. Debieron interrumpir la conversación, que Angelie y La Diana prometieron seguir más tarde, cuando otros invitados se acercaron. Tras Bruce, Goga y

Zaína, les llegó el turno a los ex compañeros de L'Agence; habían concurrido todos, incluso los generales Haraldsson y Schell. También estaban Madeleine Reardon y Celhia de Lasieux y unos cuantos miembros de la escuadra de STOP, con los que La Diana había formado un equipo de una gran cohesión y profesionalismo. Se sentía orgullosa de su trabajo. Foxtrot, cuyo nombre ella había sugerido para que se lo integrase al grupo y que se había convertido en su mano derecha, se aproximó a saludarlos.

—Diana, felicitaciones —dijo, y la besó en ambas mejillas.

—Foxtrot, gracias por estar aquí.

—No me lo habría perdido por nada. Lazar, espero que nunca la hagas enojar —bromeó—. Al menos cerciérate de que no lleve los *kukris* encima.

—¡Gracias por el consejo! —exclamó, risueño, y le extendió la mano.

A La Diana la emocionó avistar las caras sonrientes de Suada y de Munira, a quienes les habían enviado un chofer a Tuzla para que las condujese a la boda. La mujer y la hija ya eran parte de la familia, y habían participado de varios festejos, como el cumpleaños de Kovać y el de Ivanka.

—Acabamos de saludar a Leilita —comentó Suada, mientras le acariciaba el vientre—. Qué bella está. Y qué hermosa familia ha formado, tan hermosa como la tuya, querida Maša.

—¿Ya saludaron a Dare y a Larysa? Preguntaban por ti, Munira.

—¡Sí! —contestó la muchacha, que tenía debilidad por esos dos.

Nanuk, Yura y Paddington se aproximaron a continuación. La Diana abrazó a su amigo.

—Gracias, Nanuk. Sin tu ayuda nunca habríamos podido ser tan felices.

El inuk se inclinó, la besó en la frente y le susurró:

—Te mereces esta felicidad, querida amiga. Quiero que sepas que te admiro. Nunca conocí, y dudo de que algún día lo haga, a una persona tan fuerte y valiente como tú. Eres mi ejemplo, Diana.

La Diana asintió, emocionada, con un nudo en la garganta que la incapacitaba para rebatir lo que su amigo había declarado.

—Se suponía que Miki —intervino Yura— debía venir a saludarlos, pero ha resultado imposible rescatarla del enjambre de niños. Está pegada a Lary y se niega a separarse de ella.

La Diana y Kovać dirigieron la vista hacia el sector más bullicioso del salón y comprobaron lo que la científica acababa de expresar: los niños formaban un enjambre. Quizás eran más numerosos que los adultos. De

modo instintivo, La Diana localizó a sus dos pequeños. Larysa hablaba, histriónica, y captaba la atención de Amina, Miki y Francesca, la hija de Shariar, en tanto Darko no se apartaba del lado de Jérôme y de Kabú.

Movió la mirada y se topó con la de Matilde, que la observaba desde su sitio en la mesa. Se sonrieron con un afecto tan sincero que La Diana percibió que se le erizaba la piel. Matilde se puso de pie, espléndida en un solero rojo coral de *crêpe Georgette*, por supuesto con Kolia calzado en el hueso de la cadera. En opinión de Eliah, su hijo menor era un caso perdido, jamás superaría el complejo de Edipo, pues no se daba por aludido a los intentos del padre por hacerle entender que Matilde era de él.

—No es que mi esposa coopere mucho que digamos —había añadido con la boca torcida y gesto exasperado.

—Hola, Mat —la saludó con suavidad; siempre acababa por amoldarse a la frecuencia serena y dulce de su amiga.

Se abrazaron, y La Diana besó al hosco Kolia, que la estudiaba con el ceño fruncido. La impresionó el parecido con Eliah.

—Estás tan hermosa —comentó Matilde.

—Acabo de confesarle a Callum que me siento ridícula con esta panza y este vestido.

—Estás hermosa —recalcó—. El vestido es realmente elegante, y Yasmín te peinó y te maquilló muy bien. Te queda estupendo el rodete. Pero no me refería solo a que estás hermosa estéticamente. Estás hermosa porque irradias una luz que nos tiene a todos mirándote como bobos.

—Gracias, Mat. Te quiero.

—Y yo a ti.

Kovać cortó la conversación con Paddington acerca de una posible donación para el centro de tecnología y ciencia y se aproximó a saludar a Matilde. En los últimos tiempos, habían mantenido un contacto frecuente y su amistad se había consolidado. De las tantas actividades benéficas que planeaban realizar con el dinero de Vuk, remesas constantes y periódicas a la Clínica Médaille Miraculeuse contaban entre las prioritarias. Con el dinero prometido, Matilde ya planeaba aumentar la cantidad de personal y comprar un tomógrafo de última tecnología y dos incubadoras.

—¡Ahora es nuestro turno! —exclamó Laurette, y se abalanzó para besarlos y abrazarlos, a los dos al mismo tiempo.

En tanto la ruanesa la apretujaba y le profetizaba toda la clase de bendiciones, La Diana clavaba la vista en Takumi Kaito, que se la devolvía

con un semblante sereno. Lo abrazó a continuación.

—Te quiero, *sensei* —dijo simplemente.

—Y nosotros a ti —replicó el hombre—. A ustedes —añadió—. A ti y a tu hermosa familia.

—Gracias por todo. No sé qué habría sido de mis hermanos y de mí durante aquellos meses después de la guerra si Laurette y tú no nos hubiesen acogido.

—¿De veras no lo sabes? —Le palmeó la mejilla con ligereza—. Tú habrías sacado adelante a tus hermanos así no hubieses contado con la ayuda de nadie. Eres tan fuerte, Diana. Como pocos que conozco.

Que Takumi *sensei* realizase una declaración de esa índole, él tan parco y medido, la desconcertó además de halagarla. Shivani y Svetlana, las dos muy bonitas en sus coloridos trajes, se aproximaron para felicitarlos. Las acompañaba Senada con Dianita en brazos. Las tres compañeras de infortunio se reencontraban después de tantos meses y resultaba evidente que estaban pasándolo bien.

Shivani cargaba a la hija de Svetlana, a quien consideraba su sobrina y a la que habían llamado Laurette, y que tenía embobada a la mujer de Takumi. La pequeña Laurette, que había nacido en la clínica de Matilde el 1º de abril, había cumplido el cometido para el cual la habían concebido: salvar a Inés de Souza. La Diana se ocupó de los arreglos. Llamó a la hermana de su antiguo comandante y le comentó que esperaban el nacimiento de la hija de Svetlana de un momento a otro. La tía y la niña volaron a París el 22 de marzo y se internaron en la *Médaille Miraculeuse* donde Yura, que había viajado a Francia ex profeso, la preparó para el trasplante de médula que realizaría, junto con la hematóloga y los dos oncólogos de la clínica, a partir de células madre que obtendrían de la sangre del cordón umbilical y de la placenta. La intervención fue exitosa, y la niña ni siquiera levantó temperatura. Permaneció internada durante treinta días en la habitación con aire filtrado a presión positiva recién estrenada en la *Médaille Miraculeuse*. Se la sometía a controles diarios y exhaustivos para verificar si las células madre de Laurette estaban curando la sangre de la hermana, cuyos procesos de formación de hemoglobina y de glóbulos rojos comenzaban a normalizarse. La dieron de alta y regresó a Portugal curada de la enfermedad que había empujado a su padre a cometer tantos delitos y errores. La Diana se comunicaba a menudo por correo electrónico con la tía; las novedades siempre eran buenas. El dinero para

financiar tanto el viaje y la estadía de Inés como los costos del trasplante de médula habían salido de la herencia de Vuk.

—¿Sabes, Diana? —habló Shivani en su francés chapuceado—. Matilde nos ha ofrecido trabajar en su clínica, a Seka —dijo, y llamó a Svetlana por el diminutivo— y a mí.

—¡Qué excelente noticia!

—Ni tanto, Dianita —se lamentó Laurette, y quitó de brazos de Shivani a la pequeña de un mes y medio—. Se llevarán a mi nieta y me romperán el corazón.

—Ya te dije que iremos a visitarlas a menudo —le recordó, paciente, Takumi Kaito.

—No es lo mismo —replicó—. No me embrolles con tus promesas, Takumi.

—¿Qué trabajo harían? —se interesó Kovać.

—Yo empezaría de inmediato —apuntó Shivani—. Me uniría a las chicas de la limpieza. Y Seka empezaría más adelante, cuando Laurette no sea tan dependiente.

—¿Qué harías tú, Seka?

—Trabajo administrativo —respondió Shivani por la amiga.

—Era lo que hacía en Ucrania —balbuceó Svetlana también en su francés recién adquirido.

—Estábamos pensando —intervino Matilde— que Shivani podría trabajar y estudiar.

—¿Qué te gustaría estudiar, Shivani? —se interesó Kovać.

—Enfermería —declaró, y los ojos negros le brillaron.

—Excelente idea —manifestó Kovać—. Hay un déficit alarmante de enfermeros en toda Europa. —Se dirigió a Matilde para expresar—: Diana y yo le financiaremos la carrera.

Shivani se inclinó varias veces repitiendo “*námaste, námaste*”.

* * *

—Es la boda más divertida a la que he asistido en mis treinta años —declaró Juana, y se desplomó en el gran sofá en forma de L, donde comenzó a abanicarse con la mano—. ¿Quién iba a decirlo, aquí, en la mítica Sarajevo?

Las otras mujeres —La Diana, Matilde, Angelie, Joséphine, Leila, Yasmín, Ivanka, Yura y Jacqueline, la esposa de Shariar— se reubicaron para hacerle sitio. Aún reían del espectáculo que la pediatra argentina y Alamán Al-Saud acababan de protagonizar al hacer karaoke con *Like a virgin* de Madonna.

Tras la comida, había empezado la música, y la pista de baile se llenó cuando el disc-jockey, consciente de que lidiaba con un público que había sido adolescente en los ochenta, hizo sonar *Tarzan boy* de Baltimora. Bailaron sin detenerse, un *hit* de los ochenta tras otro, hasta que se anunció la pausa para comer el postre y reponer fuerzas. Entonces, Kovać los sorprendió, aun a La Diana, sentándose en medio de la pista con el violonchelo entre las piernas y alternando canciones de un repertorio moderno, como *To the moon and back* de Savage Garden, y composiciones clásicas, como *Danzas húngaras* de Brahms o la obertura de *Guillermo Tell* de Rossini. En tanto interpretaba *Barcarola* de Offenbach, que tenía al público embelesado, Juana apoyó una mano en el hombro de La Diana para atraer su atención.

—Ay, Dianita —suspiró—, espero que hayas hecho con el potranco lo que estoy imaginándome en este momento.

—¡Las fantasías de Juana! —proclamó Yasmín—. ¿Qué te has imaginado? Vamos, cuenta.

—Es deplorable que tenga que explicarme —se quejó la pediatra—. Son todas unas frías si no son capaces de adivinar lo que tengo en la mente en este momento.

—Juana, te pido prudencia —suplicó Matilde.

—¿Qué habría de imprudente en que el potranco, completamente desnudo...

Las demás elevaron las voces, alborotadas, y los invitados les sisearon para hacerlas callar. Juana prosiguió en voz baja.

—¿Qué habría de imprudente en que el potranco, completamente desnudo, con La Diana entre sus piernas, ella también como vino al mundo, le tocase su melodía favorita? ¡No me miren con esas caras de monjas escandalizadas! Momentos como el que acabo de describir —declaró con voz solemne— son casi filosóficos. Hacen la vida digna de ser vivida.

—Coincido contigo, Juana —aseguró La Diana—. Y fue lo mismo que pensé después de que Lazar me tocase, tal como nos has descripto, la pieza que está interpretando en este momento.

De nuevo explotaron las risotadas, seguidas de siseos reprobatorios. Finalizada la *Barcarola*, Kovać se puso de pie. A La Diana la sobrecogió una oleada de orgullo y deseo al ver el espléndido ejemplar de hombre que el destino le había reservado.

—Si las respetables señoras ubicadas en aquel sillón me lo permiten —dijo, con gesto risueño, y recibió los aplausos del público—, quiero tocar la última canción de este día, el más feliz de mi vida.

La Diana se incorporó al notar que Darko y Larysa se separaban de su grupo de amigos y caminaban hacia el centro de la pista y, como si siguiesen una coreografía bien ensayada, se ubicaban uno a cada lado del padre.

—Esta es nuestra canción, mía y de Diana. Significa mucho para nosotros. Quiero compartirla con ustedes, nuestros seres más queridos. Amor —dijo, y la miró con ojos fervientes—, la preparamos para ti, nuestros hijos y yo. *¡Miss Sarajevo!* —exclamó, y el salón volvió a colmarse de aplausos, silbidos y las cornetas de los Mesić.

“*Volim te*”, le dijo Kovać con los labios. A La Diana, los de ella le temblaban de tal modo que ni siquiera intentó responder. Se sujetó el vientre cuando la niña se movió repentina y enérgicamente.

Se dio cuenta de que Darko y Larysa estaban nerviosos. ¿Cuándo habían preparado la canción? ¿En qué momento? Desde que Kovać había renunciado a sus clases —a todas excepto a las de taekwondo— para dedicarse exclusivamente a Duga Sarajevo y a su proyecto del instituto para niños abusados, se iba temprano por la mañana y llegaba a la hora de la cena.

Los ojos se le nublaron con los primeros acordes, y se cubrió la boca cuando a la voz grave de Kovać se le unieron las angelicales de Larysa y Darko, tan concentrados en no equivocarse las notas ni los versos en inglés. Lo miraban a él, al padre, todo el tiempo; le miraban los labios, y aunque Kovać les sonriese, ellos seguían serios.

Las emociones la desbordaban, sentía el estómago lleno, la garganta entumecida, los ojos hinchados. La canción le removía recuerdos de la vieja Yugoslavia, de su familia, de la guerra, de Rogatica, pero también la colmaban las memorias de aquel mediodía del bendito 18 de diciembre de 2000, cuando la mirada de Kovać la había encadenado para siempre.

El corazón le dio un vuelco, que imitó la criatura dentro de ella, cuando los niños se callaron para que Kovać entonase las estrofas en italiano, las

que Pavarotti había hecho famosas y que él cantaba con una voz de bajo que provocó que se alzase un murmullo admirativo entre los invitados. *Dici che il fiume trova la via al mare. E come il fiume giungerai a me oltre i confini e le terre assetate. Dici che come fiume, l'amore giungerà. L'amore...*

Recién en ese instante comprendió que Takumi *sensei* tenía razón, ella era más fuerte que el dragón, que el mal, que el odio, que los poderes oscuros, que todo lo que había intentado doblegarla. Acababa de permitirse aceptar que no cualquiera habría recorrido la larguísima caminata que la había conducido hasta el mar infinito que era el amor de Lazar Kovać. Sin embargo, aceptaba también con profunda humildad que todo lo que era en ese instante se lo debía exclusivamente al hombre que le cantaba *Miss Sarajevo*. Sin duda, de los dos, él era más fuerte, el más extraordinario, y la amaba, a ella, a Mariyana Huseinovic.

Larysa y Darko se le unieron nuevamente para cantar las últimas estrofas en inglés, y con los acordes finales del violonchelo y mientras los invitados los ovacionaban, La Diana se puso de pie de un salto, se recogió el vestido y corrió hacia su esposo, el padre de sus hijos, el amor de su vida, el aire, el agua, la razón, la pasión, la paz, la dicha, el refugio, la confianza. El mar. El todo.

Kovać le entregó el violonchelo a Darko y la recibió con los brazos abiertos. Lloraron juntos, muy apretados. Los amigos y familiares seguían aplaudiendo de pie. La Diana sentía las manitas de Larysa en la espalda y, como la conocía, suponía que estaba llamándola, preocupada, “¡Mami, mami!”, pero ella no la escuchaba. La sangre, que le corría furiosa por las venas, la ensordecía. Los latidos del corazón le explotaban en el pecho y en el cuello. No recordaba haber experimentado esa vitalidad. Se apartó. Su mirada encontró la emocionada de su esposo. Le pasó las manos por el rostro para secárselo.

—Eres lo más bello y perfecto que existe sobre la faz de la Tierra — declaró con voz quebrada—. No sé por qué me amas tanto.

—Amarte es tan fácil; admirarte todavía más. Lo difícil fue conquistarte. Gracias por aceptar cenar con aquel sacerdote embobado, pobre como una rata, barbudo y pelilargo, en un café de mala muerte esa noche helada y maravillosa del 18 de diciembre de 2000.

—Me tuviste en un puño desde ese primer día, y lo sabes.

—Temía sofocarte, que quisieses recuperar la libertad.

—Tú eres la libertad, Lazar.

El disc-jockey hizo sonar *Major Tom* de Peter Schilling, y salvo el príncipe Kamal, Callum Duncan y Mihajlo, que permanecieron en la mesa conversando, aun la señora Francesca, Charlotte, Suada y Mrs. Kendrall se lanzaron a bailar, incluso el padre Ivo, a quien Azem arrastró en su silla de ruedas al medio de la pista. La Diana y Kovać tomaron de las manos a sus hijos y bailaron los cuatro. Después de una seguidilla de temas del grupo yugoslavo más famoso de los ochenta, Zabranjeno Pušenje, el disc-jockey propuso “algo divertido”, el karaoke. Para sorpresa de todos, las primeras en ofrecerse con un entusiasmo y una seguridad sospechosos fueron Larysa y Milena, que interpretaron *Oops! I did it again* de Britney Spears. Resultaba claro que lo habían ensayado y no pocas veces. La Diana alternaba vistazos entre las pequeñas artistas y Kovać, que contemplaba embelesado a su hija; la seguía con ojos atentos, orgullosos, mientras Larysa, con su vestidito verde y acampanado, se desplazaba, giraba y saltaba, puesto que la cosa era con coreografía también. Kovać empezó a aplaudir para acompañar el ritmo de la canción y a bailar, lo cual imitaron los demás. La Diana jamás lo había visto tan asombrado, divertido y contento. La canción terminó, y Kovać siguió sorprendiéndola. Gritó, aplaudió y emitió silbidos agudos con los dedos en la boca como cuando iba a la cancha y jugaba el Partizan. Caminó deprisa hasta las niñas, las alzó, una en cada brazo, y las paseó por el salón como si se tratase de trofeos, mientras los invitados las aplaudían y adulaban.

—¡Estuvieron espléndidas! —exclamó La Diana y besó a las niñas—. ¿Cómo es que tú y Mile cantaron tan bien?

—Era una sorpresa para ustedes —explicó Milena—. Lary me dijo que iba a haber karaoke, y mi hermano nos enseñó. Él va a estudiar música cuando termine el secundario —acotó, ufana.

—Mis felicitaciones para Lepa —intervino Kovać—. Dile que hizo un trabajo estupendo.

—¿Te gustó, abuelo? —lo interrogó Larysa, cuando el hombre se acercó para felicitarlas.

—¿Que si me gustó? Vengo a preguntar si serían tan gentiles estas dos cantantes de firmarme un autógrafo. Dentro de unos años serán famosas y no me darán ni la hora.

—¡Abuelo! —se escandalizó Larysa, y pasó de los brazos del padre a los de Mihajlo—. ¡Sí te voy a dar la hora! —aseguró, y los adultos se echaron a

reír.

* * *

La fiesta se había extendido más de lo previsto y había terminado al amanecer. La familia Kovać regresaba repartida en las dos camionetas, la recién estrenada Range Rover de Kovać y la Hilux del abuelo Mihajlo. Larysa y Darko dormían en la parte trasera de la camioneta del padre. Ivanka iba callada sentada entre los dos niños. La Diana sonreía al repasar las escenas de la fiesta y contemplaba por la ventanilla la Sarajevo que dormía. “Jamás imaginé que esta ciudad se convertiría en mi hogar”, pensó, y se volvió hacia Kovać, que conducía con la vista al frente, tan seguro y en comando. “Mi esposo”, se dijo. Le acarició la mejilla con el dorso de los dedos. Él, sin apartar la vista del camino, se giró apenas y se los besó.

—¿Te gustó la fiesta, Iva?

—Nunca me divertí tanto, Diana —admitió la muchacha, que después de varios meses como miembro de la familia se había decidido por un trato informal—. Nunca nadie me ha hecho reír tanto como tu amiga Juana —declaró, y se rio, tal vez con el recuerdo de alguno de sus chistes—. Cuando Matilde me explicó qué significa potranco, casi me quedo sin aire de tanto reír.

—Juana es única en su especie. Si ella está cerca, Iva, nunca te aburrirás. Por suerte, se queda hasta el domingo. Estaremos con ella mañana todo el día. O debería decir, hoy.

—¡Qué buena noticia! —exclamó en voz baja, y realmente sonaba contenta.

La muchacha, la temerosa Ivanka Broz que había presenciado el asesinato de la mujer a la que había querido como a una madre, que había vivido en el terror bajo el yugo del *vojvoda*, que había amado, protegido y educado a su hija mejor de lo que lo habría hecho ella misma, comenzaba a florecer gracias a los cuidados y al amor de la familia Kovać. Pocos días atrás les había dado una alegría al aceptar la propuesta de estudiar una carrera universitaria.

—Quiero ser psicóloga. Siempre lo quise, desde chica. Olga Oltrović, la directora del orfanato donde me crié —aclaró sin necesidad—, lo era.

—Es la carrera ideal para ti, Iva —la alentó Kovać—. Creo que serás la mejor psicóloga de tu generación. Y desde ahora solicito tus inestimables

servicios para Duga Sarajevo —añadió, y la chica se puso colorada y rio ocultando la cara.

—¿Sabes qué le pediré mañana a Juana, Iva? —retomó La Diana—. Le pediré que te tire las cartas del tarot.

—¡Tarot! —se asombró Kovać.

—Sí. Te sorprenderías al comprobar lo certeras que son. Yo, incrédula por naturaleza, me inclino ante el oráculo del tarot. —Kovać apartó momentáneamente la vista para mirarla con una mueca entre asombrada y suspicaz—. Lo primero que les preguntaremos a las cartas, Iva —continuó—, será si has escogido bien tu carrera. Aunque aquí mi adorado esposo asegura que sí, hay que ver qué dice el tarot.

—Me encanta eso de *adorado esposo* —se regodeó Kovać, e Ivanka se echó a reír.

* * *

Acostaron a los niños con la ayuda de Ivanka y se retiraron al dormitorio. Kovać la acorraló contra la pared apenas cerraron la puerta. Se besaron con un ardor que parecía inextinguible.

—Mis hermanos —le habló Kovać, y sus labios gruesos y húmedos acariciaron los de ella— aseguran que, después de que te casas, ya no vuelves a besarte como cuando estabas de novio. Prométeme que tú y yo nunca dejaremos de besarnos de este modo.

—Te lo prometo.

—¿Estás cansada?

—Increíblemente no. Estoy energizada.

—¿Y mi hija? —Le abarcó el vientre con la mano abierta.

—Su hija, señor Kovać, después de bailar dentro de mí por horas, se fue a dormir. Nunca se movió tanto como hoy.

—Estaba feliz como la madre.

—Entonces estaba *inmensamente* feliz.

—Tengo ganas de hacer algo.

—¿Qué, amor? —se intrigó La Diana.

—Es una noche tan linda. Tengo ganas de que nos demos un baño en la piscina.

—Excelente idea. Y después, ¿podemos hacer algo importante para mí?

—Lo que quieras.

Kovać la ayudó a despojarse del vestido de novia y se acuclilló para quitarle los zapatos. La cubrió con una bata de toalla. En tanto él se desvestía, La Diana hurgó en el vestidor hasta dar con un paquete, que llevaría con ella. Partieron en pantuflas al jardín. El agua conservaba la temperatura de la jornada, que había rozado los treinta y cinco grados. Se desnudaron, acomodaron las batas sobre las reposeras y entraron lentamente por la escalinata de la parte baja. El contraste con la brisa fresca de la noche les erizaba la piel. Se sumergieron al unísono, los brazos de Kovać posesivos en torno a la cintura ensanchada de su mujer; los de La Diana, firmes en torno a su cuello.

—No puedo imaginar una mejor noche de bodas.

—La mejor —acordó Kovać, y le buscó los labios con la voracidad que ella había aprendido a reconocer y que, sabía, terminaría con él alojado en su interior.

Lo hicieron en el agua, La Diana con la espalda contra la pared, las piernas ajustadas en torno a la cintura de Kovać y la hija de ambos en medio, y de nuevo un rato más tarde, con ella en cuatro patas sobre las escalinatas y él cubriéndola con su cuerpo. Acabaron recostados en los escalones, mientras el agua agitada les lamía los cuerpos.

—Por ser un cuarentón y haberte levantado hoy a las seis y no haber parado en todo el día —bromeó La Diana—, tienes la fortaleza de uno de veinte, esposo mío.

—Tú operas milagros —le susurró.

Abandonaron la piscina cuando Kovać se dio cuenta de que La Diana tenía la piel erizada. Se apresuró a envolverla con la bata y a frotarla para que entrase en calor.

—Cúbrete tú, amor —lo apremió—. No tomes frío.

—Primero mis mujeres —apuntó, y le acarició el vientre.

La Diana le mostró lo que llevaba en el paquete: el diario con el Arcángel Miguel en la tapa. Kovać la interrogó con la mirada.

—Quiero que lo quememos juntos.

—Diana...

—Sé que te lo regalé y sé también que una vez hablamos de publicarlo para dar a conocer al mundo lo que realmente sucedió en Bosnia en los noventa. Pero ahora está Larysa, y ella es lo único en lo que puedo pensar. No quiero que este diario caiga en sus manos. Su padre siempre será el

hombre bueno y dulce que ella conoció. No quiero que se avergüence de él ni que se llene de rencores ni amarguras.

—Por supuesto, amor. Estoy de acuerdo. Quemémoslo si eso te da paz.

—Sí, me da paz, aunque sé que quedan cabos sueltos que no puedo controlar y que, en el futuro, podrían revelarle a Larysa la verdad sobre su origen.

—¿Como cuáles?

—Las entrevistas que le dimos a Albert Coleman.

Kovać asintió con expresión grave hasta que una sonrisa melancólica le despuntó en los labios. Le acarició la mejilla.

—Poco a poco, amor. Paso a paso. Haremos todo lo que sea posible para proteger a nuestra hija. Comencemos quemando tu diario.

Lo echaron dentro de un balde de metal que Mihajlo empleaba en sus tareas de jardinería. Kovać lo bañó con solvente y arrojó un fósforo. Lo observaron arder. Había una cualidad sedante en las llamas que deformaban y devoraban el cuaderno.

—Quemarlo también es un símbolo —susurró La Diana para no alterar el silencio de la noche, en el que los sonidos de los insectos y el croar de los sapos se habían incorporado a la armonía reinante.

—¿En qué sentido, amor?

—Ese diario contiene las memorias más negras y amargas de mi vida. Quemándolo afirmo que el pasado es eso, pasado; ya no existe. Triunfé sobre él gracias a ti. No quedan remordimientos ni rencores. Ahora solo vivo el presente perfecto que la vida me ha regalado y espero con alegría el futuro contigo a mi lado. Por eso también quiero que el nombre de nuestra hija sea un nombre nuevo. No quiero que la llamemos con los nombres de nuestros padres o abuelos, ni hermanos o amigos. Quiero que ella venga limpia, sin pasados ajenos que la condicionen, con las hojas en blanco para escribir su historia.

—Me parece una idea estupenda, extraordinaria. ¿Has pensado en alguno?

—Takumi me enseñó una frase en latín referida al nombre de una persona y a su destino. No la recuerdo.

—¿*Nomen omen*?

—Esa. —La Diana lo besó en los labios—. Eres tan culto —lo halagó rápidamente y prosiguió—. Había pensado en un nombre con un significado que la dote de lo más importante para afrontar la vida. Aunque tú y yo

haremos lo imposible para que nuestra hija sea feliz, no podremos garantizarlo. Sea lo que sea que la vida le tenga reservado, lo que más deseo es que cuente con algo que, tú me enseñaste, es lo más importante: la sabiduría. Sabiduría para enfrentar los problemas, para tomar las decisiones, para distinguir qué es lo relevante y qué, no. Por eso me gustaría llamarla Sofía. Estuve investigando. Es de origen griego y significa eso, sabiduría, pero estoy segura de que tú ya lo sabes. —Kovać rio con aire cansado y le acarició la mejilla—. ¿Qué dices, amor? ¿Te gusta Sofía?

—Es hermosísimo. Me parece perfecto para nuestra hija.

La Diana reprimió un gritito de alegría y le echó los brazos al cuello. Se besaron.

—Sofía Kovać.

—¡Qué bien suena! —celebró La Diana.

—Suena perfectamente. Ahora bien, ¿le dices tú a nuestra hija que su hermana no se llamará Britney, como esa cantante norteamericana a la que tanto admira?

—¿Y quién le dirá a nuestro hijo que no se llamará Adrijana, como la hermana de Gojko? Está enamorado de ella y le importa bien poco que tenga doce años, el muy cretino.

—Me parece que la dulzura de una madre es ideal para estos asuntos delicados —opinó Kovać.

—En cambio, yo creo que es tu deber, esposo mío. Después de todo, eres el jefe de la familia.

—Sabes que soy un hombre de ideas vanguardistas. Siempre he bregado por un sistema matriarcal en nuestra sociedad.

La Diana echó la cabeza hacia atrás y rio.

* * *

Se trataba de una magnífica tarde dominical de fines de septiembre. Disfrutaban de la belleza del Parque Mojmi, en la parte occidental de Sarajevo, una colina cubierta de hierba que ofrecía una vista de la ciudad que quitaba el aliento. La Diana, recostada bajo la sombra de un árbol, las manos sobre su prominente barriga, contemplaba el paisaje y meditaba. Lo había hablado y analizado con Kovać y había tomado una decisión: finalizada la licencia por maternidad, no regresaría a ocupar su puesto en STOP. Foxtrot, que la reemplazaba hasta que naciese Sofía, estaba

realizando un trabajo estupendo. Al día siguiente, invitaría a Madeleine y a Celhia a su casa y se los comunicaría. Les contaría la verdad: anhelaba dedicarse a sus hijos. Quería ser ella quien los llevara y trajera a todas partes, quien los ayudara con los deberes; quería ser ella la que le cambiara los pañales a Sofía; tenía planeado alimentarla exclusivamente con la leche de sus pechos y eso no sería posible si se ausentaba la mayor parte de la jornada. Quería acompañarla en cada avance y no perderse detalle, como le había sucedido con su hija mayor.

—¡Mami, mírame! —exigió Larysa.

La Diana se irguió sobre los codos y le sonrió.

—¡Te miro!

—¡Mira lo que hago, mami! —repitió la niña y realizó una cabriola.

—¡Bravo, amor mío! —la halagó, y despegó los codos de la sábana para aplaudir.

La niña siguió jugando con Miki, Zaína y las nietas de Viki y Brano. Al principio, había tenido problemas con Draga, quien le había disputado al tío Laza y provocado peleas hasta que el propio Kovać intervino y las obligó a hacer las paces. Desde ese momento, se habían vuelto inseparables.

Su Larysa. La siguió con la mirada. Sonreía inconscientemente en tanto la observaba dar directivas, agitar las manos, sonreír, ser paciente, ser buena. “Es una líder nata”, había afirmado Kovać días atrás, y lo que más le había gustado a La Diana de la declaración había sido el orgullo con que su esposo la había profesado, con la vista fija en la niña mientras la contemplaban jugar a la maestra con sus amigas; por supuesto, Larysa era la maestra.

El dolor por la pérdida del padre iba quedando atrás. Ciertamente que lo mencionaba a menudo, besaba su fotografía cada noche y apenas llegaban a la mansión de Bréko, se bajaba de la camioneta y corría con Darko a la tumba, que siempre estaba limpia, bien cuidada y con flores. Se le unían sus padres, su abuelo e Ivanka. Kovać, sin que la niña se lo pidiese, rezaba y, tras la oración, la acompañaban en silencio hasta que ella decidía regresar a la mansión.

En ocasiones, se levantaba de mal humor y caprichosa, y La Diana sabía que había soñado con Vuk. Cuanto más lindo era el sueño, más hosca y difícil se volvía. Solo a Kovać le refería su pesar; a La Diana ni siquiera le mencionaba que había soñado con el padre. Los espiaba mientras Larysa le contaba los detalles, y sin remedio se admiraba de la soltura y de la pericia

con que Kovać la interrogaba y la guiaba en sus pensamientos. A veces, terminaba llorando, triste en ocasiones, enojada en otras, y Kovać se limitaba a abrazarla y a besarla hasta que la distraía con algo de su interés, como las clases de arte y pintura o de violonchelo, que la niña había comenzado en el conservatorio. A Kovać, con la agenda apretadísima desde que se dedicaba a Duga Sarajevo, le habría resultado difícil enseñarle.

En opinión de Kovać, Larysa había respondido a la muerte del padre con una entereza digna de admiración. Salvo las pesadillas del principio, que la habían perturbado al punto de hacerla gritar, y los sueños ocasionales, que le quitaban la alegría, llevaba la vida de una niña feliz, rodeada de amigas, ocupada con la escuela y sus actividades, amada y sostenida por su familia. Tanto Darko como ella habían comenzado las clases a principios de ese mes y ya habían cosechado elogios de las maestras y buenas calificaciones en el test de repaso.

Buscó a su Dare entre los jugadores de fútbol. Apenas terminado el pícnic, los Mesić y los Kovać propusieron organizar un partido, con Mihajlo en el rol de réferi. Se hizo sombra con la mano y lo individualizó. Tenía la pelota en su poder y avanzaba hacia el arco contrario. No cabía duda de que ese deporte era su pasión; le brillaban los ojos negros cuando él y su padre hablaban del Partizan o de los campeonatos que Bubamara organizaba y en los que él se destacaba. Las hábiles maniobras de Darko, que siguió con el aliento retenido y embargada de orgullo, acabaron en un gol. Se puso de pie lo rápido que la barriga se lo permitió y festejó el gol junto con los del equipo. Fue feliz viendo que su hijo rompía el abrazo con los compañeros y corría hacia ella.

—¡Mami, mami, metí un gol!

—¡Lo vi, *moje blago!* —Se abrazaron—. ¡Qué genial eres!

Darko se apartó, le besó la panza y regresó al trote a la cancha, donde chocó la mano derecha con el padre en una composición que habían inventado. Kovać desvió la mirada y la fijó en ella. A La Diana se le cortó el respiro, y el aire en el espacio que los separaba pareció vibrar con el deseo que circuló entre ellos. Alguien llamó a Kovać, que se alejó trotando hacia el improvisado campo de juego. La Diana volvió a ocupar su sitio sobre la sábana, al pie del árbol, aún conmovida por el instante compartido. Cerró los ojos y tomó una inspiración profunda. Sofía dio una voltereta en su vientre y ella se lo cubrió con las manos. ¿Era normal el modo en que se afectaban? Aun sintiéndose poco atractiva en esas últimas instancias del

embarazo, bastaba que Kovać la viese desnuda para devolverle la seguridad y la alegría; bastaba que la amase para hacerle saber que solo ella era el centro de su vida y de su atención. Pensar lo contrario era una traición, se reprochó, y volvió a desestimar las palabras que la esposa del cónsul norteamericano le había expresado dos días atrás, el 21 de septiembre, durante la cena organizada por la ONU para celebrar el Día de la Paz, que se festejaba con especial fervor después de los atentados acontecidos hacía poco más de una semana en el territorio norteamericano. Kovać leía un discurso en el que postulaba que no existiría paz en el mundo mientras la nueva forma de esclavitud, la esclavitud sexual, medrase de manera rampante, cuando la sesentona que ocupaba el sitio junto a ella le aseguró:

—Tu esposo, querida, es el hombre más elegante y apuesto esta noche.

—Gracias —susurró La Diana, y volvió la vista hacia el escenario donde Kovać se erguía, espléndido, en un traje azul oscuro, camisa blanca y corbata de seda gris perla.

—Me atrevo a afirmar —prosiguió la mujer— que no sería fácil hallar otro que le hiciese sombra. Su belleza es tan perfecta que resulta inquietante. Debes estar muy atenta. Mira cómo se lo devoran con la mirada las otras invitadas —señaló, y La Diana dio un vistazo en torno y ratificó lo que la esposa del cónsul le indicaba.

De pronto, el ánimo se le precipitó, convencida de que esa noche cualquiera lucía más bonita que ella, pues semejaba a un hipopótamo en ese vestido color gris; además sentía las piernas pesadas y los pies como dos ladrillos calientes. Desde que se dedicaba exclusivamente a Duga Sarajevo, Kovać se había propuesto abrir sedes en las capitales europeas que recibían la mayor cantidad de víctimas del tráfico humano: Londres, Ámsterdam y Milán. La idea, que significaría un salto cualitativo en la lucha contra el flagelo de la esclavitud sexual, lo obligaba a viajar a menudo. En esos viajes, se angustió, debía de conocer a mujeres que, sin remedio, lo desearían y que no tendrían reparos en hacérselo saber sin prestar atención a la alianza de oro que descollaba en su anular izquierdo.

Goga, sentada a la misma mesa, se deslizó hasta ocupar la silla que Kovać había desocupado. Se miraron. Seria, la presidenta de Duga Sarajevo movió la cabeza lentamente para negar en un silencioso pedido en el que la urgía a desestimar la advertencia de la esposa del cónsul. La Diana sonrió con labios apretados.

—Diana —susurró, y le habló en serbocroata para evitar que la sesentona comprendiese—, no le des cabida a lo que acaba de decirte. Yo trabajo con Laza todos los días y te puedo asegurar que, para él, las demás mujeres son seres asexuados a los que trata con respeto y nada más.

—Me lo dices para que no me amargue.

—Por supuesto que te lo digo para que no te amargues. ¡Para que no te amargues en vano! —exclamó en un murmullo reprimido—. Nunca, desde que tú y él están juntos, lo he visto siquiera mirar dos veces a una chica.

—Goga, no trates de ocultar que más de una debe de coquetearle y tratar de seducirlo.

—Por supuesto que no intentaré convencerte de eso. No eres tonta. Pero es preciso que sepas que él no responde a sus avances. Es más, actúa como si no intentasen seducirlo, como si no se diese cuenta. Era igual antes de ti. Parecía inmune a los flirteos y a las miradas provocativas. Se hacía el tonto, y qué bien lo hacía. Hasta que tú llegaste, lo pusiste patas arriba y lo volviste loco. Pero en lo demás, sigue siendo el mismo Lazar de antes.

—Gracias, Goga —dijo, y le apretó la mano.

—Tú eres la única para él. Confía en lo que te digo.

Sí, confiaría en el juicio de Goga, pero sobre todo confiaría en Kovać, que hasta se había hecho borrar con láser el tatuaje de Izia porque sabía cuánto la afectaba. Le había quedado una cicatriz similar a la de una quemadura leve, y aunque él lo negase, La Diana estaba segura de que cada sesión había sido dolorosa. No, no dudaría; lo traicionaba con sus temores.

Senada se aproximó con Dianita, a la que sostenía por las manos y la estimulaba a caminar, lo que le inspiró una sonrisa y le borró los pensamientos oscuros. El 26 de diciembre Dianita cumpliría su primer año. Se incorporó y le tendió las manos para que la niña siguiese avanzando aferrada a ella. Se la sentó en el hueco de las piernas y la llenó de besos, que la pequeña festejó entre risas y gorjeos. Se quedó contemplándola. Esa niña, que tenía unos magníficos ojos verde agrisados —ahora sabía que los había heredado de la abuela materna—, le sostuvo la mirada. Se acordó del amanecer en el que la había asistido para que llegase al mundo, el amanecer en el que Kovać la ayudó a enfrentar su dolor más recóndito y temido, cuando reconoció por fin que la culpa por haber abandonado a Larysa no la dejaba vivir y que quería recuperarla. Esa niña que tenía entre sus brazos le había dado más de lo que podía imaginar.

Alzó la vista y se topó con la expresión contenta de Senada. La veía poco últimamente pues la muchacha ya no vivía con ellos. A mediados de julio, la Agencia de la ONU para los Refugiados, tras las insistentes gestiones de Kovać y luego de haber tocado varios contactos de peso, se decidió a sacar a la madre y a las hermanas del campo en Montenegro, subirlas a un autobús cuyos boletos pagó Duga Sarajevo y enviarlas a la capital bosnia. Fueron todos a recibirlas a la terminal. Se trató de un momento emotivo, con llanto, risas y abrazos. Dianita, a cargo de Ivanka, batía las manos y llamaba a su mamá.

La madre, Ardita, y las dos hermanas, Eleonora de trece y Klea de once, vivieron dos semanas en uno de los nuevos refugios de Duga Sarajevo hasta que les alquilaron un departamento y lo amoblaron. Senada y Dianita se mudaron con ellas. Igualmente, Senada planeaba seguir trabajando para los Kovać, a lo que se opusieron.

—Me acuerdo de cuando me contaste en el refugio de la calle Zvornička —mencionó Kovać— que tu sueño era ser peluquera como lo había sido tu abuela.

—Sí —se asombró la muchacha—. ¿Cómo es que lo recuerdas?

—Siempre me acuerdo de las cosas importantes.

Días atrás, Senada había comenzado el curso de *coiffeur*, el mejor de Sarajevo, en un instituto fundado por dos franceses. Ardita había insistido en que ella tomaría el lugar de Senada y se ocuparía de la casa de los Kovać. No lo aceptaron; preferían que la mujer cuidase de la nieta y de las hijas; Eleonora y Klea habían empezado a asistir a la escuela.

—¿Cómo haremos para pagarles lo que hacen por nosotras? —se avergonzó Ardita, pues Duga Sarajevo financiaba todos los gastos de la familia de Senada.

—Haciendo a menudo la torta de chocolate y nueces que Senada nos dijo que es una receta de tu invención —bromeó Kovać, y la mujer rio con un sonido emocionado.

De hecho, la había preparado para el pícnic de ese día, y Kovać, goloso como era, había dado buena cuenta de la torta.

—¿Estás contenta con el curso de peluquería?

Los ojos oscuros de Senada se iluminaron.

—Estoy feliz, Diana. Nunca creí que me gustaría tanto.

—No sabes la alegría que me da saberlo.

—¿Qué puedes contarme de las otras muchachas? —se interesó Senada.

—Bueno, a Shivani y a Svetlana las viste en la boda. Siguen muy bien. Shivani necesita completar los estudios secundarios para comenzar con Enfermería, así que estamos con ese tema. Creemos que lo mejor será que trabaje durante el día en la clínica de Matilde y que por la noche asista a un secundario para adultos.

—Shivani es muy inteligente y trabajadora. No tengo duda de que lo logrará. ¿Y Svetlana?

—Pues ella está encantada con su trabajo como asistente administrativa de la clínica. Y pese a que no habla muy bien el francés, está haciendo un buen trabajo, al menos eso dice Matilde. Veamos —dijo, y elevó los ojos en una actitud reflexiva—. Selin sigue internada en el centro de desintoxicación en Francia, y como no está haciendo grandes avances, Lazar quiere traerla a Sarajevo y tenerla en uno de los nuevos refugios.

—Oh, sí —se entusiasmó Senada—. Si Lazar está cerca de ella, Selin se recuperará más fácilmente.

—Duga Sarajevo está tramitando la documentación para traerla otra vez aquí. Ojalá no nos pongan trabas legales o burocráticas. Bueno —continuó—, ya sabes que Nuur se reencontró con su hermana Nadia y con su familia en Croacia. Tuvo a su bebé, una niña, el 2 de julio. Se llama Amalija.

—¿Nuur se la va a quedar? —preguntó Senada—. A su hija, me refiero.

—Sí, se la quedará.

La Diana prosiguió detallándole los giros que habían dado las vidas de las chicas con las cuales había compartido un destino macabro y luchado para escapar del flagelo de la esclavitud sexual.

—Y por último, Brikena y Oana —anunció La Diana—. Están muy bien. Como no quisieron regresar a Albania, el gobierno francés les otorgó el estatus de asiladas. Viven en una comunidad de madres solteras donde les enseñan francés y oficios. Brikena está aprendiendo a manejar las máquinas de una hilandería cercana al refugio donde vive, en Canteleu, que a su vez está a solo diez kilómetros de Ruán. Por eso los fines de semana que Shivani y Svetlana visitan la hacienda de Matilde y Eliah en Ruán, Takumi *sensei* va a buscarlas, a ella y a Oana, y se lo pasan todas juntas.

Senada sonreía y asentía. Se quedaron en silencio contemplando la vista de la ciudad de Sarajevo a sus pies. A lo lejos, vieron que las mujeres —Ivanka, Mrs. Kendrall, Ardita, Viki, Goga y Yura— regresaban de una caminata.

—Mrs. Kendrall es muy buena con Eleonora y Klea —apuntó Senada, y La Diana asintió—. Las está ayudando muchísimo con las cosas de la escuela.

—Mrs. Kendrall es un milagro de la docencia —señaló La Diana—. Y desde que se fue a vivir sola y puso ese anuncio en el *Oslobođenje* ofreciendo sus servicios como profesora de inglés y como maestra particular, le llueven los alumnos. Está muy contenta —remató.

—Se le nota —acordó Senada, y las dos la observaron a la distancia—. ¿La doctora Yura y Miki vinieron a pasar el fin de semana? —se interesó la muchacha.

—Se quedarán hasta el nacimiento de Sofía —contestó La Diana—. Solo en Yura confío para que se ocupe de extraer la sangre del cordón umbilical y de la placenta y de su transporte a Brčko.

—Ojalá Sofía y Lary sean compatibles —deseó Senada.

—Igualmente conservaremos las células madre para Sofí. Espero que nunca las necesite —acotó—, pero es mejor prevenir.

—Sí —musitó Senada—. Una querría prevenir todos los males que pudiesen amenazar a los hijos, ¿verdad? —La Diana asintió—. Nunca imaginé lo que sería tener un hijo —comentó Senada.

—Era imposible que lo imaginases, tesoro. Apenas tenías quince años.

—Nunca pensé que me daría tanta dicha ser la madre de Dianita —se explicó—. Cuando vuelvo de la academia, las últimas cuerdas prácticamente las hago corriendo de tanto que deseo abrazarla. Es mi vida —afirmó, y estiró la mano para rozarle el carrillo abultado y enrojecido—. Todo lo hago por ella. —Alzó la vista de repente y la fijó en La Diana con resolución—. Tú me diste el mejor consejo que alguien me haya dado en esta vida. Cuando me dijiste que nunca me separase de ella, ese día me diste el mejor consejo —aclaró, y La Diana asintió y forzó una sonrisa de labios temblorosos.

Eleonora y Klea vinieron a reclamar a la sobrina para llevarla a jugar, y Senada fue tras ellas, siempre atenta y celosa de su pequeña niña. La Diana se recostó con un suspiro. Se instó a no caer en la de siempre, en la culpa y en los reproches por haber abandonado a Larysa. Tomó varias inspiraciones mientras se acariciaba el vientre. Observó el vaivén de las ramas que se mecían al compás de la brisa ligera de otoño. Los párpados le pesaron. No tardó en quedarse dormida.

* * *

—Diana, amor mío, despierta.

La voz de Markov la sacudió del sueño. Abrió los ojos y ahogó un grito al encontrarse con su rostro encima de ella. Solo el rostro, lo demás era una luz refulgente que no la encandilaba. La visión duró una milésima de segundo, suficiente para que La Diana se pusiese alerta. Se incorporó y de modo instintivo buscó a sus hijos. Lo que le llamó la atención, sin embargo, fue una mujer que desentonaba en el parque. Su actitud era lo que desentonaba. No se movía con el ánimo relajado de la gente, sino que avanzaba como si marchase con la vista fija en un objetivo. La Diana la reconoció pese a que tenía el pelo corto y las raíces negras casi habían devorado el rubio artificial. Branka Torlak. Se dirigía con la decisión de un misil hacia Larysa.

Se puso de pie de un salto y echó a correr. La desesperación la ahogaba, consciente de que no sería lo suficientemente rápida para alcanzarla y neutralizarla. Sabía, como si pudiese leerle la mente, que se disponía a dañar a su adorado tesoro, a su Larysa, a la hija de sus entrañas, a su todo. Pese a que empuñaba el arma reglamentaria de STOP, no se atrevía a disparar con tantas personas en torno.

—¡¡LAZAR!!!

Su grito congeló la actividad del parque. Las personas se volvieron para encontrar a una mujer en un avanzado estado de gravidez que corría con una pistola en la mano y gritaba una y otra vez el nombre Lazar.

A Kovać lo surcó un temblor que lo detuvo en medio del partido de fútbol. Se volvió hacia su mujer.

—¡Larysa! ¡Larysa! —la oyó exclamar.

Comenzó una carrera implacable. Sus largas piernas devoraban el terreno a una velocidad casi sobrenatural. Ya había individualizado el peligro. Una mujer con semblante desquiciado se aproximaba al grupo de niñas a largas trancadas. Empuñaba una pistola de grueso calibre.

La energía del parque había mutado en un instante, y de alegre y vital se había convertido en oscura y perniciosa. El ambiente pacífico de un momento atrás era un escenario de gritos, confusión y pánico. Los Mesić corrían detrás de Kovać para poner a salvo a sus hijas, mientras Mihajlo retenía a los niños en la cancha. Sujetaba a Darko, que se rebullía y gritaba que quería ir con su papá.

Kovać llegó primero. Arrancó del suelo a Larysa, que se le aferró al cuello con una expresión desorbitada y desorientada.

—¡No se mueva! —ordenó la Torlak, y Kovać de modo instintivo se cerró sobre la niña y le dio la espalda.

La Diana se detuvo a unos cinco metros del objetivo.

—¡Baja el arma! —le ordenó—. ¡Bájala o dispararé!

La tenía de perfil. La mujer volvió el rostro hacia el costado izquierdo para mirarla. Sus ojos se encontraron. Los de la Torlak destilaban resolución y desprecio. Su sonrisa le causó el más profundo y helado terror.

—¡Suelta el arma! —volvió a ordenar, simulando dominio y autoridad.

—Tú me quitaste lo que yo más amaba —expresó la mujer—. Ahora yo te quitaré lo que tú...

La Diana no le dio tiempo a terminar. Disparó la Walther P99, y la bala Parabellum se incrustó en la frente de Branka Torlak, que se desplomó tras unos segundos en que pareció lanzarle una mirada de reproche. Había muerto igual que Katarina Duncan. La Diana avanzó, debilitada. Las piernas no la sostenían. Alguien la sujetó por la cintura y le impidió caer. Era Bruce. La ayudó a llegar hasta su hija y su esposo. Tomó a Larysa en brazos y la apretó con un ímpetu que solo consiguió empeorar los alaridos de la pequeña. No buscaba consolarla; solo necesitaba saberla viva y a salvo. Kovać las circundaba a las dos en un abrazo protector. Las besaba y les destinaba palabras de consuelo.

—Ya pasó, cariño, ya todo pasó —repetía, y besaba la coronilla de la pequeña.

Darko corrió con Mihajlo por detrás.

—¡Mami, mami! —lloraba el niño, y sus padres estiraron los brazos para incluirlo en el capullo que habían formado en torno a la hermana.

La Diana percibió una corriente tibia y líquida que le descendía por las piernas. Supo que acababa de romper bolsa. De modo paradójico, se tranquilizó.

—Amor —dijo por sobre el llanto de los niños—, no te asustes —lo preparó—. Acabo de romper bolsa. —El semblante de Kovać empalideció súbitamente—. No te asustes —insistió La Diana.

Kovać recobró el dominio de la situación. Ivanka se ocupó de Larysa, que sufrió un nuevo acceso de llanto y gritos, pues quería ir con su madre. La Diana le encerró el rostro con las manos y le pegó los labios a la mejilla.

Le habló hasta serenarla. La niña se le aferraba al cuello e intentaba pasar al cobijo de sus brazos.

—Sofi está por nacer —le explicó—. Quiere salir.

La noticia la desconcertó al punto de hacerla callar.

—¿Va a salir ahora? —preguntó entre espasmos y sacudidas de cabeza.

—Sí, amor mío. Ahora papá me llevará al hospital, donde nacerá.

—¿Te vas a morir, mami?

—No, amor mío. Nos veremos más tarde cuando tú y Dare vayan a conocer a Sofi.

—¡Quiero ir contigo, mami! —exclamó Darko, y Larysa aseguró que ella también.

La Diana apretó los párpados y frunció el rostro cuando los músculos del vientre se le endurecieron en una contracción. Kovać la levantó en brazos.

—Papá —llamó a Mihajlo—, ocúpate de ellos —ordenó, y señaló a sus hijos—. Brano, Bruce —los llamó—, quédense aquí hasta que llegue la policía. Explíquenle que esa mujer trató de asesinar a nuestra hija. Ivanka —la convocó.

—Dime, Lazar.

—Tú no la conocías —dijo, y apuntó con el mentón el cadáver, al cual habían cubierto con un mantel.

—No, por supuesto que no —afirmó la muchacha con determinación.

—¡Yura! —la llamó La Diana, y la mujer estuvo a su lado enseguida.

—Dime, Diana.

—Sofía está por nacer. Quiero que vengas con nosotros.

—Para eso estoy aquí —le recordó la científica.

La Diana forzó una sonrisa. La tranquilizaba saber que Yura estaría a su lado. Si bien la clínica privada donde su hija nacería era la única en Sarajevo que contaba con la tecnología y el personal para recoger la sangre del cordón umbilical y de la placenta —y por eso la habían elegido—, La Diana y Kovać habían acordado con los directivos que la doctora Christiansen controlaría el proceso y se llevaría la valiosa sangre a su laboratorio. Para ese fin habían comprado tiempo atrás el contenedor refrigerado especial para el transporte de órganos que mantenían en la parte trasera de la Range Rover desde principios de septiembre. La científica regresaría a Brčko en el helicóptero de Vuk con la preciosa carga, y ellos se quedarían esperando los resultados.

* * *

La obstetra ya los estaba esperando en la clínica privada ubicada en el otro extremo de la ciudad, en el barrio sarajevita de Stari Grad. Kovać hizo chirriar los neumáticos al frenar en el pórtico del establecimiento y tocó la bocina varias veces antes de bajar. Abrió la puerta del acompañante, quitó el cinturón de seguridad que sujetaba a su esposa y la ayudó a descender. Dos empleados con monos blancos se aproximaron con la camilla donde Kovać la recostó.

—Ve a estacionar la camioneta —le indicó La Diana, y él negó con la cabeza mientras le encerraba la mano entre las de él y corría junto a ella—. Ve —insistió—. Tu hija y yo te esperaremos dentro.

—Yo estaré con ella, Lazar —lo tranquilizó Yura, que cargaba el bolso con la muda de La Diana y las cosas de Sofía y el contenedor refrigerado.

Soltarle la mano y dejarla ir no resultó fácil. Corrió hacia la camioneta y de nuevo hizo rechinar los neumáticos cuando la arrancó para conducirla al estacionamiento en el subsuelo de la clínica. La detuvo en el primer espacio libre que avistó y corrió hacia el ascensor. Le parecía que le tomaba más tiempo del normal alcanzar el quinto piso, donde se encontraba el área de maternidad. Las puertas se abrieron, y Kovać se topó con Yura.

—Ven —le indicó—. Te llevaré donde nos prepararán para entrar en la sala de partos.

—¿Y Diana?

—A ella ya se la llevaron. Tiene casi diez de dilatación. Se ve que Sofía está con prisa por nacer —acotó, y lo hizo con un tono casual y una sonrisa espontánea que lo serenaron.

La Diana cumplía lo que le indicaba la obstetra sin apartar la vista del ingreso. Solo se concentraría cuando viese que Kovać entraba. Ahogó un sollozo cuando las puertas vaivén se abrieron y su esposo ingresó cubierto por las típicas prendas verdes; incluso le habían puesto una gorra, mientras que una mascarilla le cubría la mitad del rostro. Estiró la mano canalizada, que Kovać le sujetó enseguida. Se inclinó sobre ella y la besó en la frente perlada de sudor.

—Amor, amor mío —repetía y la besaba con los labios cubiertos por el género de la mascarilla.

—Estoy bien, estoy bien —repetía La Diana pues lo notaba tenso y preocupado—. Estamos las dos bien.

—Ahora, Diana, ¡puja! —ordenó la obstetra, y La Diana se aferró a Kovać para hacerse de la fuerza que expelería a su hija.

A diferencia del parto de Larysa, que le había llevado horas, Sofía nació poco después. Era el 23 de septiembre de 2001. Apenas terminó de salir, comenzó a proferir unos berridos tan potentes que hicieron carcajear a la médica y a las enfermeras. La obstetra la colocó sobre el pecho de la madre, y la niña se calló súbitamente. Levantó los párpados con dificultad, y reveló un par de iris oscuros. La Diana lloraba y reía, lo mismo Kovać, que besaba alternadamente el rostro de la madre y la cabecita húmeda de su hija.

Una enfermera se llevó a Sofía para pesarla y practicarle las evaluaciones neurológicas de rigor. Kovać y La Diana se contemplaron en lo profundo de los ojos.

—Gracias —murmuró él en un soplo, imposibilitado de articular normalmente.

La Diana se mordió el labio y asintió sobre la camilla; ella tampoco podía hablar. Le cerró los brazos en torno al cuello, lo pegó a ella y se echó a llorar. Kovać le deslizó las manos bajo la espalda y la apretó contra su pecho.

—Me haces tan feliz —le confesó al oído con voz entrecortada—. Tan inmensamente feliz, amor mío.

—Te amo, Lazar —consiguió pronunciar.

* * *

A las ocho y media, La Diana y Kovać, ya instalados en la habitación privada de la clínica, estudiaban en un silencio reverencial a Sofía, que dormía profundamente después de haberse alimentado de la madre. Para La Diana, que nunca había amamantado a Larysa, se trató de una experiencia inefable, imposible de describir con palabras, aseguró cuando su esposo le preguntó qué sentía. Luego de un rato de someter la cuestión a una profunda meditación, dijo:

—Saber que yo soy la fuente de su alimento y que ella lo sabe, y que busca mis pechos como si fuesen lo único importante en el mundo, me hace sentir poderosa.

Tras esa declaración, habían caído en el mutismo que compartían mientras admiraban a la pequeña.

—No puedo apartar los ojos de ella —admitió Kovać en un susurro—. No puedo creer que sea mía. Que sea sangre de mi sangre. Que la haya hecho con la mujer que amo más allá del entendimiento. Es tan perfecta —se admiró, y le recogió la manita para estudiársela de nuevo—. Nuestra Sofía —dijo, y le besó cada dedito y también la cabecita cubierta por una mata de cabello negro.

La Diana lo besó a él.

—Gracias por dármele —le susurró con los labios pegados a la sien.

Kovać se apartó de la niña y, a ciegas, le buscó la boca. La besó con prudencia, como si temiese sobrepasar un límite. La Diana le atrapó el labio inferior entre los dientes. Kovać emitió un gemido antes de devorarle la boca. Lo cortó al percibir que el celular le vibraba en el bolsillo trasero del pantalón. Se alejó hacia el baño, donde entró y cerró la puerta. Volvió unos minutos más tarde.

—Era Bruce —anunció.

—Cuéntame. ¿Qué sucedió con la policía?

—No quiero que te preocupes por eso.

—No estoy preocupada. Solo quiero saber.

—Se llevaron el cadáver. Hicieron preguntas. Vendrán a verte mañana cerca del mediodía. Tendrás que entregarles el arma. Todos saben que fue en defensa propia. Callum ya está al tanto. Como imaginarás, está moviendo sus hilos.

—Callum... Querido Callum.

—Le dijo a Bruce que él y Charlotte viajarán mañana para conocer a Sofía. Ah, me olvidaba, mañana por la mañana vendrá a vernos un abogado antes de que llegue la policía. Es solo una medida precautoria.

—¿Quién es?

—Un gran penalista, amigo de Bosa. —Se inclinó y la besó fugazmente en los labios antes de mirarla con aspecto serio—. Prométeme que esto no echará una sombra sobre el momento tan magnífico que estamos viviendo. No quiero que te preocupes —insistió.

—No lo haré si vuelves a besarme como lo hacías antes de que Bruce llamase.

Kovać le destinó su sonrisa ladeada, la aferró por la nuca y la complació. El beso se cortó cuando llamaron a la puerta con golpeteos prudentes. Eran Mihajlo, Larysa, Darko e Ivanka. Los demás aguardaban fuera porque el horario de visitas había terminado.

“Los han aleccionado”, se dijo Kovać cuando los niños entraron en la habitación callados y a paso vacilante. O quizás el momento los tenía sobrecogidos. O lo vivido en el parque los había atemorizado. Se aproximaron a la cama, demasiado alta para que obtuviesen una buena visión de la recién nacida. Mihajlo levantó a Darko y Kovać, a Larysa.

—Hola, mis amores —los saludó La Diana—. Les presento a su hermana Sofía. Denle un beso.

Los observó estudiar a Sofía. Lo hacían con una mezcla de estupor, curiosidad y afecto. Ninguno mencionaba el hecho en el Mojnilo. Alzó la vista y encontró la de su suegro, que se agachó para besarla en la frente.

—Gracias, querida Maša, por este regalo tan precioso.

—De nada, Milo. ¿Todo bien? —preguntó con intención, y el anciano asintió con una sonrisa apacible.

—Todo bien. —Se inclinó y, simulando que le besaba la mejilla, le susurró—: No se dio cuenta de que era Branka Torlak. Quédate tranquila.

—¿Puedo cargarla, mami? —pidió Larysa.

—Si te lavas las manos, sí.

—Yo también quiero cargarla —declaró Darko, e Ivanka los condujo al baño privado.

—Milo, ¿está seguro de que no la vio? —quiso ratificar La Diana.

—No. Estaba muy entretenida jugando. Cuando tú empezaste a gritar, te miró a ti, no a ella. Luego Lazar la cubrió con su cuerpo y le impidió verla.

—¿No le reconoció la voz? Vivió años con ella.

—No, no se la reconoció —confirmó Mihajlo.

—¿Qué les explicó cuando le preguntaron?

—Que se trataba de una persona enferma de la mente que no sabía lo que hacía.

Los niños regresaron a la habitación ansiosos por cargarla. Kovać la tenía en brazos y la analizaban con Mihajlo.

—No se te parece, hijo —expresó el hombre—. Al menos no cuando eras un recién nacido.

—¿Cómo puedes acordarte? —preguntó Kovać con una sonrisa incrédula y difidente.

—Por supuesto que me acuerdo —afirmó, medio ofendido—. Me acuerdo de cada detalle del día en que naciste, sobre todo me acuerdo de cómo lucía el hijo que acababa de darme la mujer a la que amaba.

Kovać le sostuvo la mirada con seriedad, desprovista de desconfianza o rencor; una mirada contemplativa en la que redescubría al padre que había perdido con solo once años.

—Pa, dámela —exigió Larysa, y Kovać les indicó que se sentasen en el sofá.

La cargaron unos minutos cada uno. La besaban, la observaban embelesados y le hablaban. Y La Diana, que los contemplaba desde la cama, al padre y a sus tres hijos, pensó: “Soy la persona más afortunada que existe”.

* * *

La casa se hallaba sumida en un infrecuente silencio. Estaba sola; incluso la empleada había salido a hacer unas compras. Mihajlo había llevado a los chicos al colegio y aún no volvía. Kovać había partido más temprano de lo usual pues tenía una reunión en la sede de la ONU con las autoridades de STOP.

Sofía se había quedado dormida con el pezón en la boca, y ella no se decidía a apartarla para empezar la jornada. Había creído que, amamantándola tantas veces por día, la cuestión iría perdiendo encanto. Se había equivocado; en cada ocasión descubría algo nuevo de su hija que la obnubilaba y la mantenía en un estado de suspensión contemplativa como en el que se hallaba en ese momento. Estaba total y perdidamente enamorada de su Sofía. En realidad, todos lo estaban. Sus hermanos apenas llegaban del colegio se abalanzaban sobre el moisés para besarla y hablarle. El abuelo siempre encontraba una excusa para llevarla en brazos por la casa. En cuanto al padre, La Diana amaba observarlo cuando se creía solo con su hija. La recostaba en la cama matrimonial sobre una almohada, se sostenía la cabeza con la mano y le hablaba y la besaba y la estudiaba. Tenía que esperarlo para el baño; pocas veces lo había visto disfrutar tanto de una actividad. La fascinaba la seguridad con que manejaba a Sofía en la pequeña bañera; le sonreía y le hablaba de continuo, y la niña lo seguía con los ojos muy abiertos y reaccionaba a los cambios en los tonos de su voz. La dormía tocándole el violonchelo. Sin embargo, lo que más le admiraba a La Diana y en lo cual intentaba imitarlo era en el perfecto equilibrio que demostraba para que Darko y Larysa no experimentasen celos, pues si los hermanos mayores estaban cerca se dedicaba a ellos.

Ya la habían llevado dos veces al neonatólogo, que tras someterla a las evaluaciones de rigor la encontraba en perfecto estado. El temor de que la droga que Vuk le había suministrado, sea cual fuese, le hubiese causado un daño neurológico se desvanecía. Sofía crecía sana y vital.

En opinión de Leila, que había viajado con su familia y Sanny al día siguiente del nacimiento, Sofía era la réplica de Larysa. Apenas la sostuvo en brazos, declaró:

—Es como volver a ver a Lary.

Esa tarde, cuando Larysa y Darko fueron a visitarla después del colegio, La Diana le hizo repetir a Leila lo que había afirmado por la mañana. Larysa se ruborizó de una manera encantadora y sonrió con vergüenza. Kovać la levantó en brazos y la llenó de besos.

—Estoy feliz de que se parezca a ti, cariño. Será hermosa como tú.

—Como mami —lo corrigió la niña.

—Sí, como mami —acordó, y dirigió la mirada hacia Darko, que contemplaba la escena con ojos atentos—. ¿Me ayudarás a cuidarlas, Dare? Mira que tus hermanas tendrán una fila muy larga de pretendientes.

—¿De novios? —quiso corroborar el niño.

—Sí, de novios —confirmó, risueño—. ¿Me ayudarás?

—Sí. Para eso me servirá el taekwondo —meditó, con expresión grave y un ceño, y los adultos se echaron a reír.

La Diana sonrió con el recuerdo, la vista siempre en su pequeña. Se estiró para alcanzar la toalla que desplegabá en el hombro para hacerla eructar. El movimiento, aunque delicado, sobresaltó a Sofía, que comenzó a mamar de nuevo a gran velocidad. Reprimió la carcajada. Siempre reaccionaba de igual manera cuando se quedaba dormida con el pezón en la boca, y a Kovać le encantaba verla. A veces la obligaba a moverse solo para divertirse cuando su hija se lanzaba a succionar nuevamente y a gran velocidad como si temiese que la apartasen antes de que se hubiese saciado. El ímpetu le duraba pocos segundos.

Sofía soltó el pezón, y La Diana la movió con destreza para recostarla sobre su pecho boca abajo. Tras unos minutos, la niña estaba lista para regresar al moisés. En tanto la acomodaba y se cercioraba de que estuviese cómoda, iba haciendo una lista mental de las cosas que haría para aprovechar las pocas horas antes de que su hija la reclamase de nuevo. Lo primero sería llamar al abogado que se ocupaba del caso de Branka Torlak; quería que la pusiese al tanto de las últimas novedades. Tal como Kovać

había presagiado, la muerte de la amante de Vuk no les había acarreado problemas. Un inspector de la policía y su ayudante se habían presentado en la clínica para interrogarla al día siguiente del episodio en el Mojnilo, y lo habían hecho con tanta deferencia, consideración y respeto que parecían tenerle miedo. Se llevaron el arma reglamentaria de STOP y no volvieron a interrogarla, ni siquiera a llamarla por teléfono. En opinión del abogado, la causa no superaría la etapa de instrucción. Resultaba evidente que La Diana había actuado para defender las vidas de su hija y de su esposo. Decenas de testigos aseguraban que la mujer se había aparecido de la nada y apuntado un arma —una Beretta PX4 Storm nueve milímetros— contra la niña y su padre, que buscaba protegerla. En cuanto al móvil del crimen, se especulaba con que se trataba simplemente de una alienada mental que había irrumpido en el parque para disparar al primero que se le cruzase o que la fastidiase. ¿Qué explicación daba la señora Kovač a lo que varios testigos habían oído decir a la mujer antes de caer muerta, algo así como que ella le había quitado lo que más amaba?

—No tengo idea —había mentido La Diana.

No pudieron identificarla. Salvo otro cargador con trece balas, no llevaba nada encima, ni documentos, ni dinero, ni tarjetas de crédito; nada. En los psiquiátricos sarajevitas y de las ciudades más cercanas aseguraban que ninguna de sus pacientes había escapado. El cuerpo seguía en la morgue. Nadie lo reclamaba. El abogado había predicho que acabaría enterrada en una tumba sin nombre en el cementerio público.

Sonó el celular, y se apresuró a salir del dormitorio de Sofía para responder. Era Yura. Se quedó paralizada en medio del corredor. Sabía para qué la llamaba.

—Tengo los resultados del estudio de compatibilidad de los HLA.

Una nota extraña en la voz de la científica la alarmó. Un terror helado le profundizó la parálisis. ¿Habría encontrado algo malo en la sangre de su adorada Sofía?

—¿Y?

—Me hubiese gustado darles esta noticia personalmente a ti y a Lazar, pues se trata de algo... increíble —resolvió tras un momento de indecisión, como si no atinase con la palabra justa, y La Diana frunció el entrecejo cuando percibió que la científica se emocionaba.

—¿Qué sucede, Yura? —preguntó de modo brusco.

—Tus hijas son ciento por ciento compatibles, Diana.

—¿Cómo? —preguntó, atontada.

—Es simplemente un milagro —continuó la científica—. Como si fuesen hermanas de los mismos padres. Aun los hermanos muchas veces no son compatibles. ¡Imagina nuestra sorpresa cuando corroboramos que tienen la misma estructura en la composición de los HLA! Un milagro, Diana. Un milagro. Tú y Lazar le dieron vida a un milagro.

La Diana se apretaba la nariz y se cubría la boca para reprimir el llanto. El cuerpo le temblaba. Regresó al dormitorio de Sofía y se dejó caer en el sillón.

—Sé que no puedes hablar —expresó Yura.

—No —ratificó La Diana al responder con voz temblorosa y chillona.

—Te dejo ahora. Disfruta con tu esposo de este momento mágico. Quiero que sepas, querida Diana, que en mi larga carrera como investigadora me he admirado de muchas cosas, pero esta ha sido una de las más extraordinarias. Harry opina lo mismo.

—Gracias, Yura —alcanzó a decir antes de cortar.

Se cubrió la cara con un cobertor de Sofía y lloró a gritos. ¿Por qué hubo una época en que la vida le había quitado todo y ahora le daba a manos llenas? ¿Qué había cambiado para ser premiada con tanta magnanimidad? El rostro de Kovać se dibujó en la oscuridad de sus ojos apretados. Todo empezaba y terminaba con él. Todo se reducía a él. Y tal como había comprendido aquel día en Camp Bondsteel cuando temía que el cirujano saliese para decirle que lo había perdido, en ese instante confirmaba lo que había sospechado en aquella oportunidad: Lazar Kovać la había convertido en esa nueva mujer, fuerte al tiempo que compasiva, una mujer que había enfrentado el miedo y vencido a todos los dragones. No quedaba ninguno.

Más serena, se incorporó, entumecida por un sopor placentero, y sacó a Sofía del moisés. La acomodó entre sus brazos de modo que siguiese durmiendo, tranquila.

—Sofía Kovać —susurró, y la besó en la frente.

Su pequeño inmenso milagro.

EPÍLOGO

Londres, jueves 11 de julio de 2002.

Todavía sonreía pese a que había finalizado la llamada con su esposa hacía más de quince minutos. También había hablado con sus hijos, aun con Sofía, que ya balbuceaba algunas palabras. Oírla llamarlo papá lo emocionaba, lo enorgullecía, no importaba cuántas veces lo repitiese. Se detuvo delante del escritorio que acababan de entregarle y recogió el portarretratos con la fotografía de su familia, la que les había tomado Mihajlo pocos días atrás. Los estudió uno por uno. Su Dare, alto y delgado, sonriente y feliz, cariñoso y bueno, se abrazaba a la cintura de la madre con ambos brazos. Larysa, su preciosa muñeca, no miraba a la cámara, sino que les ofrecía el perfil de naricita perfecta mientras elevaba la barbilla para mirarlo a él con una devoción que, sin remedio, lo hacía sentir poderoso y humilde a un tiempo, pues cuánto le había enseñado y seguía enseñándole la hija de su corazón, la que le había permitido a Diana sentirse completa y dichosa. Su pequeña diosa guerrera, que había batallado primero contra el cáncer y después contra el dolor por la pérdida del padre. La sonrisa se le profundizó cuando sus ojos cayeron en la menor de sus hijos, en Sofía, que se le aferraba a los jeans para mantenerse erguida en sus primeras tentativas por caminar. “¡Sofi, lánzale un beso al abuelo Milo!”, le había pedido la madre, y la niña había obedecido, y le había arrojado un beso con esos movimientos torpes y poco coordinados de su manita regordeta que tanta ternura le causaban y que Mihajlo había captado en el momento justo. Ah, su Sofía, su dicha, lo mejor de sí, el milagro que había llegado al mundo para garantizar que su hermana Larysa seguiría viviendo siempre. El amor que le inspiraban esos tres era tan inexplicable como infinito. Se trataba de una fuerza descomunal que lo rescataba de los negros pensamientos que lo asaltaban después de haberse sumergido en los pozos más oscuros y sórdidos de dolor y horror humanos.

Detuvo la mirada en la mujer a su lado. Era usualmente fotogénica, pero en ese retrato su belleza le robaba el aliento. Los ojos celestes le refulgían y la sonrisa plena le decía lo que a él más le gustaba escuchar: “Me haces feliz, Lazar”. Diana encarnaba el sentido de todo. Su roca. Su fuerza. Su pasión. Su compañera. Su consejera. Su amante. Su esposa. La madre perfecta de sus hijos. Lo que habían construido juntos era su obra más acabada, mucho más que la grandeza a la que estaba conduciendo a Duga Sarajevo.

Un golpeteo lo arrancó de las cavilaciones. Apoyó el portarretratos sobre el escritorio y carraspeó.

—¿Mr. Kovać?

—Sí, Lucinda, pase.

Se trataba de la secretaria que había contratado dos días atrás para la oficina que Duga Sarajevo había inaugurado en Londres recientemente.

—Una señora lo busca. —La joven se apresuró a entregarle la tarjeta personal—. Dice que usted la conoce.

Kovać la recibió y leyó: Doctora Izabela Ilić. El corazón le dio un vuelvo. No había vuelto a verla desde que se habían despedido con amargura más de un año atrás en esa misma ciudad, tras la lectura del testamento de Aleksandar Ilić.

—Hágala pasar.

Izia entró en su despacho y Kovać salió a recibirla. Seguía pareciendo mucho menor que sus cuarenta y cuatro años. Incluso él, que no sabía nada de ropa, se daba cuenta de que la falda y la blusa que vestía eran de primera calidad. Lucía elegante, pero sobre todo se la veía serena y sonreía con un gesto sincero. Se abrazaron sin que mediasen palabras.

—¡Qué alegría me da verte! —expresó Kovać, y le indicó la butaca de cuero del otro lado de su escritorio; él ocupó la suya—. Disculpa el desorden. Acabamos de abrir la oficina y todavía están trayendo los muebles.

—Lo sé. Vi anoche la entrevista con Albert Coleman para la BBC. —Kovać sonrió y asintió—. Ahí me enteré de la dirección de tu oficina.

—Podrías haber ido a mi departamento en Belgravia —sugirió Kovać—. Sabes dónde se encuentra.

—No sabía si lo habías conservado. Has vendido casi todo lo que Ilić te dejó. —La mujer guardó silencio y Kovać le sostuvo la mirada sin desvelar que lo había asombrado que no lo llamase papá—. Me comentó mi

marchand que mañana en Christie's se rematará uno de los pocos violonchelos Stradivarius que existen. Me preguntaba si sería el que Ilić te regaló aquella noche.

—Sí, es ese. ¿Piensas asistir?

—No, hoy regreso a Belgrado. Solo vine por dos días para arreglar unas cuestiones con el doctor Wilson. Me urge regresar.

Aunque lo tomó por sorpresa que se refiriese a la capital de Serbia como si hablase de su hogar, nada preguntó.

—¿Deseas tomar algo? No hay mucho que ofrecer, a decir verdad.

—Venía a invitarte a almorzar —manifestó Izia—. ¿Fue presuntuoso de mi parte hacer la reservación antes de saber si aceptarías acompañarme?

—No, en absoluto. —Kovać consultó la hora y se puso de pie—. Solo que debo estar de regreso antes de las 16. Tengo una reunión —explicó—. Aguárdame un instante.

Kovać salió de su oficina y ubicó entre el gentío que componían los empleados de la empresa de mudanza, los de la mueblería y los propios de Duga Sarajevo a Lucinda. Le dio algunas instrucciones y volvió sobre sus pasos. Al entrar, halló a Izia de pie mientras contemplaba la fotografía de su familia. La mujer devolvió el portarretratos al escritorio y le sonrió.

—Tienes una familia hermosa. Todos lucen tan felices.

—Lo son. Lo somos —aclaró.

Salieron al mediodía caluroso del verano londinense. Izia se volvió hacia la propiedad que albergaba la sede de Duga Sarajevo y la contempló con aire admirativo. Se trataba de la típica construcción en estilo georgiano de principios del siglo XIX que abundaba en el mítico barrio de Mayfair.

—¿Todo el edificio pertenece a Duga Sarajevo?

—Sí —contestó Kovać—. Funcionará también como refugio para las víctimas. ¿Tomamos un taxi?

—Oh, no, es aquí a dos cuadras. Un sitio excelente para comer bistec. Recuerdo cuánto te gustaban.

—Aún me gustan.

Caminaron los primeros metros en silencio. Aunque estaba contento de verla, se preguntó si sería sensato fomentar una amistad con una mujer que tan manifiestamente le había proclamado su amor. No quería lastimarla, pero si Izia insistía en hablarle de sus sentimientos acabaría por hacerlo, por herirla, pues él seguía tan firme en su postura como más de un año atrás.

—Van muy bien las cosas para Duga Sarajevo —comentó la mujer—. Sé que abriste una oficina en Ámsterdam y otra en Milán. Lo leí en la página web.

—Económicamente, sí, nos va muy bien. Desde el punto de vista de los resultados... —torció la boca y dejó la frase en suspenso—. El comercio con los seres humanos se está convirtiendo en uno más redituable que el de la droga, y los gobiernos ni siquiera cuentan con un marco legal para afrontar el flagelo. En casi todos los sistemas legales se sigue tratando como prostitutas a las víctimas y como proxenetas a sus secuestradores y torturadores.

—Esas chicas tienen suerte de contar contigo para que las defiendas.

Kovać lanzó un suspiro abatido.

—Ahora estamos trabajando para abrir oficinas en los principales países proveedores de víctimas: Tailandia, India, Nigeria, Albania, Rusia y Moldavia. Como verás, tenemos para entretenernos, sin mencionar que meterse en esos sitios es peligroso y complicado. Pero para hacerle frente al flagelo no queda otra opción. Es imperativo educar a las potenciales víctimas y alertarlas de los peligros y engaños. Claro que si son sus propios parientes los que las venden no hay mucho que se pueda hacer.

Izia le aferró el antebrazo y lo obligó a detenerse. Lo contempló con una expresión más que preocupada, angustiada.

—No vayas tú personalmente a ocuparte de eso. Envía a otros.

Kovać rio y le palmeó la mano; se la quitó con disimulo.

—No te preocupes. Mi cuñado Sanny, que es un experto en el tema, no me permite trasladarme a esos sitios sin una escolta nutrida de guardaespaldas.

—Qué alivio me da saberlo. Es aquí —indicó Izia, e ingresaron en un restaurante muy recoleto y lujoso.

Enseguida los condujeron a una mesa con una excelente ubicación, junto a una ventana que miraba al jardín.

—Sanny es hermano de Diana, imagino —comentó Izia mientras abría el menú.

—Sí, el del medio. La más chica es Leila.

—Y dices que Sanny se ocupa del negocio de los guardaespaldas.

—Es el socio mayoritario de la Baywatcher. El servicio de custodia es uno de los tantos que presta la empresa.

—Ah —se sorprendió Izia—. Fue a Sanny a quien le vendiste la Baywatcher, entonces.

—No se la vendí, no. Es una larga historia —dijo, y abrió el menú a modo de barrera; no quería tocar el tema de la fortuna de Ilić.

Ordenaron la especialidad de la casa, los famosos bistecs con papas asadas en papel de aluminio y acompañadas con salsa de queso blanco y ciboulette. Izia pidió vino tinto, uno alemán; Kovać, agua.

—¿Cómo has estado, Izia?

La mujer sonrió y bajó la vista. Se puso a jugar con un bollito de pan.

—Ocupada. La presidencia de Ouroboros no me da respiro.

—Ahora comprendo por qué el centro de tecnología y ciencia en Brčko sigue recibiendo los cuantiosos aportes de Ouroboros.

—Apoyar el trabajo de los doctores Christiansen y Paddington es primordial para mí. Gracias por permitirles quedarse en la propiedad de Dragoslav.

Kovać sonrió apenas e inclinó la cabeza.

—Un honor para nosotros.

El *sommelier* trajo el vino y se lo ofreció a Kovać para que lo probase, a lo cual se negó con una leve agitación de mano. Se ocupó Izia, que lo hizo con los modos de una experta. “Le enseñó Ilić”, dedujo con pesar.

—Supe que vendiste tus acciones de Ouroboros —comentó la médica cuando volvieron a quedar solos—, lo mismo las de las otras empresas.

—Sí —admitió Kovać, resignado a afrontar el tema—. Ordené a mi fiduciaria que lo hiciese y que invirtiese el dinero en otras compañías más respetables a mi juicio. No estoy de acuerdo con la filosofía de las empresas de Ilić, Izia.

—Las cosas están por cambiar, Lazar. Estoy poniendo gente de mi confianza en todos los consejos administrativos, echando a los que seguían a ciegas a Ilić en sus políticas y estrategias y...

—¿Por qué lo llamas Ilić? ¿Por qué no lo llamas papá?

La expresión de Izia pareció congelarse. La transformación fue brutal y súbita; se le acentuó la palidez natural del semblante y los ojos se le tornaron brillantes. De modo instintivo, Kovać le cubrió la mano que descansaba sobre el mantel.

—¿Izia? ¿Qué sucede? Vamos, bebe un poco. —La instó a sorber el vino y le preparó pan con manteca, que la mujer rechazó—. Come —ordenó

Kovać, y esa vez dio un mordisco—. ¿Te sientes mejor? Ya tienes más color en las mejillas. ¿Qué sucedió? ¿Te bajó la presión?

—No se trata de eso. Es que tengo que contarte algo. *Necesito* contarte algo y me da miedo afrontar la cuestión.

—A mí puedes decirme lo que sea, Izia. Lo sabes.

—Sí, lo sé. —Alzó súbitamente el rostro y le clavó los ojos verdes que lo contemplaban apabullados—. Tenías razón acerca de Ilić. Perdóname por haber dudado de ti.

—¿A qué te refieres?

Izia suspiró antes de sorber otro trago de vino bastante largo.

—El año pasado, después de recibir la herencia, me dediqué a visitar las tantas propiedades que me había dejado, entre ellas una mansión en Smederevo.

Kovać reaccionó enseguida: inspiró ruidosamente y se echó hacia atrás hasta quedar erecto en la silla.

—¿La recuerdas?

—¿Cómo olvidar el lugar donde fui torturado?

—¿Donde *fui* torturados? —sugirió la mujer, y Kovać asintió con movimientos lentos, más bien precavidos.

—¿Lo has recordado?

—No.

—Entonces, ¿qué ha cambiado?

—Encontré a dos niños viviendo en Smederevo.

—*Jebati!* —exclamó Kovać, y asestó un golpe a la mesa que hizo tintinear la cristalería y la cubertería.

Izia se sobresaltó y ahogó un sollozo. Kovać le aferró la mano y la miró con ojos avergonzados.

—Perdóname. —Se giró y pidió disculpas a los pocos comensales que lo contemplaban con animosidad—. Perdóname —repitió a Izia—. No pude controlarme.

—Lo comprendo, no sabes cuánto lo comprendo. Mi reacción al ver a esos dos pobres desvalidos... —Se le cortó la voz y apartó el rostro, simulando que se solazaba con la belleza del jardín mientras el mozo depositaba los platos.

Kovać observó la exquisita comida y lamentó haber perdido el apetito.

—Sigue contándome.

—El ama de llaves me avisó que allí vivían dos *protegidos* del señor Ilić.

—Ja, protegidos. Maldito bastardo. Y de seguro todo el servicio doméstico hacía la vista gorda, como cuando tú y yo éramos dos *protegidos*.

—¡Oh, Lazar! Sin ser experta, pero como médica, fue tan fácil advertir los rastros del abuso. Pobrecitos. Lloré toda la noche.

—¿Qué hiciste?

—No sabía qué hacer. Llamé al doctor Wilson. Le hablé con franqueza. Él me sugirió que tal vez los niños habían sido abusados por los empleados y no por Ilić.

—Cualquier análisis de ADN habría demostrado lo contrario —refutó Kovać, enojado, beligerante.

—Eso mismo señalé yo. Debatimos largamente. Al final, me recomendó que contratase a uno de los mejores abogados de Serbia, el doctor Jakov Todorović, y con él me presenté en la comisaría de Smederevo a denunciar la existencia de estos dos niños en una propiedad que acababa de heredar. Dije la verdad: no sabía quiénes eran y no encontraba sus documentos. El servicio doméstico declaró que eran *protegidos* del patrón, pero que no sabían nada más. Aseguré también mi intención de adoptarlos. —Izia sorbió otro trago de vino y suspiró antes de proseguir—. La guerra con la OTAN por lo de Kosovo ha dejado prácticamente en la ruina a Serbia. ¿Qué les importan dos huérfanos sin nombre ni pasado? Casi fue un alivio cuando dije que me ocuparía de ellos, sin mencionar que el nombre Ilić sigue pesando mucho en la realidad política del país. Mi apellido me abría puertas. Y mi abogado, que es tan influyente —dijo, con orgullo, casi con afecto—, fue de gran ayuda.

—Los adoptaste, entonces.

La mujer sonrió con sinceridad, de modo expansivo y contagioso.

—Sí, son míos. Debería decir nuestros, pues Jakov, mi abogado —aclaró—, y yo nos enamoramos y pocos meses después nos casamos.

—¡Qué excelente noticia!

—Sí, soy... somos felices. El matrimonio con Jakov, debo admitir, facilitó las cosas para la adopción. Todavía no se han completado los trámites, pero tenemos la custodia y pronto seremos sus padres legales. Para mí, ya son nuestros hijos.

—Háblame de ellos.

La sonrisa se le borró dramáticamente y sus ojos volvieron a colmarse de lágrimas.

—Son dos hermanitos, Lazar. Una nena, Jadranka, y un varón, Stanislav. Creemos que vienen de la Vojvodina por lo que los empleados nos comentaron acerca de su acento al llegar. Eran muy pequeños. No sabemos bien sus edades, pero creemos que cuando llegaron Jaca tenía siete, y Stane, seis. Recuerdan poco, más bien nada. Pasaron cinco años en manos de Ilić.

—Dios del cielo —se agobió Kovać, y dejó caer la cabeza—. Cinco años de torturas.

Solo imaginar a esas dos criaturas en manos de un perverso como Aleksandar Ilić le revolvía las tripas y le abría de punta a punta las heridas que nunca cicatrizarían por completo. Una necesidad abrumadora de su mujer casi lo impulsó a salir corriendo hacia el aeropuerto para regresar a la seguridad de sus brazos, de sus palabras de amor, de su mirada. Solo que Izia, su querida y dulce Izia, a quien le debía la vida, lo necesitaba. Volvió a inspirar profundamente y alzó la vista con valor.

—Sigue contándome de Jaca y de Stane. Ya tengo deseos de conocerlos.

—Oh, Laza —se ilusionó la mujer—. ¡Qué feliz me haría que los conocieras! Y a Jako también. Él sabe todo acerca de ti.

—Los conoceré. Y ustedes conocerán a mi familia, y nuestros hijos serán amigos.

—No quiero soñar, Laza, no quiero hacerme ilusiones. Dudo de que Diana quiera ser mi amiga después del modo en que la traté cuando Dragoslav la secuestró. Es que yo creía que...

—Diana lo sabe, sabe que Dragoslav te había hecho creer que no quería prestarse para salvar a Larysa. Y no te guarda rencor. Cuando le conté que amabas a nuestra hija, bueno, pues ese día te ganaste su afecto. Pero sigue contándome de tus hijos. Es preciso que se sometan a un tratamiento psicológico a manos de un experto en abusos sexuales.

Izia reanudó el relato, mientras la comida se enfriaba y ellos ni siquiera lo advertían. En las dos horas que compartieron, rieron, se emocionaron y lloraron juntos.

—Laza, dime la verdad, ¿crees que mis hijos tienen posibilidad de hacer una vida normal, de ser felices?

—No te mentaré. Curar las heridas de un abuso sufrido a tan corta edad es difícil, aun con un buen tratamiento como el que tus hijos están recibiendo. Pero tú y yo somos los ejemplos vivientes de que se puede, querida Izia. Además, como dice la doctora Yura, los milagros existen. Solo basta creer en ellos.

—¿Qué debemos hacer Jako y yo? ¿Qué podemos hacer para ayudarlos?

—Amarlos incondicionalmente. Amarlos como lo están haciendo. Y nunca sientan pena ni lástima por ellos, sino orgullo.

Izia asintió con los labios apretados. Las lágrimas le caían por las mejillas surcadas de maquillaje y de máscara corrida. Kovać le apretó la mano y le sonrió.

—¿Y tú? —quiso saber—. ¿Qué estás haciendo por ti? ¿Estás consultando a un profesional?

Negó con un movimiento de cabeza.

—Jaca y Stane son mi memoria, querido Laza. Su dolor es mi dolor. Pero soy demasiado cobarde para querer someterme a un tratamiento que quizá me ayude a recordar lo que tú y yo padecimos ahí dentro. No me animo —confesó con acento cargado de angustia.

—No lo recuerdes —se apiadó Kovać—. Déjalo bien enterrado en el abismo de tu memoria. De esos recuerdos oscuros, de los míos y de los tuyos, yo me haré cargo. Ese peso lo soportaré yo solo, por los dos. Te lo debo. Si no fuese por ti, querida y dulce Izia, hoy no podría vivir la felicidad más perfecta a la que un hombre puede aspirar simplemente porque estaría muerto.

* * *

Viernes 18 de octubre de 2002.

Se dirigían a Moscú en el Bombardier Challenger 600, parte de la herencia de Ilić. Conservarlo había sido motivo de largos debates entre ellos. No solo pesaban los altos costos de mantenimiento, sino que constituía el epítome del lujo, y ellos, pese a la fortuna que poseían, querían que sus hijos se acostumbrasen a una vida sencilla. Al final, Eliah Al-Saud había zanjado la cuestión al expresar: “Para mí, un avión privado no representa otra cosa que la posibilidad de pasar más tiempo con mi familia”. Kovać lo comprendió enseguida. Desde los atentados del 11 de septiembre, viajar se había convertido en un proceso lento y estresante. Contar con una nave privada que le permitiese sortear controles y demoras se traducía, sin duda, en más tiempo con sus hijos y con su mujer. Separarse de ellos cada vez que tenía que afrontar uno de los frecuentes viajes estaba transformándose en un suplicio, sobre todo en ese momento en que Goga no

podía reemplazarlo porque acababa de tener su primer hijo con Bruce. El pequeño Callum la mantendría en tierra durante varios meses.

La Diana, relajada en una butaca, observaba a su familia. Habían viajado todos excepto Ivanka, que tenía dos parciales. En realidad, le había confesado, no quería faltar a la fiesta de cumpleaños del chico que le gustaba y que la había invitado especialmente. Sonrió al evocar las mejillas arreboladas de la querida Iva mientras le contaba en voz baja y con ojos inquietos acerca de Nikola.

—¡Mami! —exclamó Sofía, que reía a carcajadas mientras el abuelo Mihajlo le hacía cosquillas al besarle la panza.

—¿Quieres que vaya a rescatarte, amor mío?

—¡Mami! —volvió a llamarla, y La Diana abandonó la butaca para dirigirse donde su suegro y su hija jugaban.

La levantó en brazos y, al hacerlo, captó un olor desagradable.

—Creo que una señorita a la que estoy mirando —dijo, y la hizo reír al restregarle la nariz con la suya— necesita un cambio de pañales. ¿Quién me ayuda?

—¡Yo! —se ofreció Larysa, y sentó a la muñeca en la butaca antes de seguirla.

Kovać y Darko, muy concentrados mientras leían juntos una historieta, ni siquiera alzaron la vista. Mihajlo, en cambio, se puso de pie, sacó el bolso de un mueble y se dirigió al baño, donde Larysa ya desplegaba la mesa y la cubría con una toalla sobre la cual La Diana recostó a Sofía.

Observaba a su hija mayor, tan seria y responsable mientras extraía los elementos para higienizar y cambiar a la hermana, y un fiero orgullo se apoderó de ella. Acababa de comenzar tercer grado después de haber terminado como la mejor alumna el ciclo anterior. Era buena y dulce con sus compañeros, amaba estar entre amigos y con la familia. Le apartó la larga trenza que Kovać le había hecho esa mañana y se inclinó para besarla en la frente.

—Mami, ¿después podemos jugar a que te invito a tomar el té y tú vienes con tu hija a visitarme?

—¡Por supuesto! Me encanta la idea. ¿Cuál de tus muñecas será mi hija?

—Popy —respondió, y La Diana sofrenó la sonrisa pues Popy era la que menos le gustaba a Larysa.

Terminó de cambiar a Sofía y se la quedó mirando. La afirmación de Leila, la de que era la réplica de Larysa, se confirmaba en todo excepto en

el color de los ojos, pues la menor de sus hijos los tenía en una tonalidad ámbar como la del padre. “Como la de mi Taliya”, repetía Mihajlo a menudo.

Regresaron a la cabina. Larysa volvía corriendo, apurada por preparar las tacitas del juego de té de porcelana que el padre le había traído de su último viaje a Londres. Sofía iba por detrás a un ritmo bamboleante e inseguro. Al pasar junto a Kovać, La Diana se dio cuenta de que estaba explicándole algo de la historieta a Darko y no quiso interrumpirlos. Su esposo, sin embargo, la retuvo por la muñeca. Le besó la zona de las venas mientras la contemplaba con ojos ardientes. En ellos se reflejaban sus pensamientos, y ella sabía que evocaba la cópula rápida y fogosa que habían compartido a las cinco de la mañana, cuando él la despertó obnubilado de deseo.

—Mami. —Darko cortó el diálogo mudo de sus padres—. Estoy leyendo una historieta en inglés —declaró con orgullo.

—¿La que te regaló Callum, *moje blago*?

El niño asintió.

—No entiendo todas las palabras —se desalentó, y arrugó la nariz—. Papá me las tiene que explicar.

La Diana le acarició la mejilla y lo miró a los ojos. Su amado Dare. ¡Cuánto había crecido y progresado! Y sin embargo seguía siendo el mismo niño afectuoso y bueno al que habían ido a buscar aquel mediodía a la escuela cercana al orfanato Mariscal Tito. Desde hacía un tiempo se habían vuelto fanáticos de las historietas, él y su amigo Gojko. No obstante, ninguna pasión desbancaba a la más grande: el fútbol.

—No te preocupes si no comprendes todas las palabras —lo aconsejó La Diana, pues sabía lo exigente que era consigo mismo, sobre todo para agradarles a ellos—. Poco a poco, paso a paso, como dice papá.

—Sí, mami. ¿No importa si hoy faltamos al colegio? —se preocupó.

—No, *moje blago*. Las maestras están al tanto y ya hablé con la mamá de Gojko y con la de Mile, y ellas me darán las fotocopias de todo lo que hagan hoy. No quiero que te preocupes. Quiero que disfrutes del viaje.

Se inclinó y lo besó en la mejilla. El niño le echó los brazos al cuello y le devolvió un beso largo, de esos a los que la tenía acostumbrada.

—Te amo, *moje blago*.

—¿Y a papá? —se quejó Kovać, e hizo reír a Darko—. ¿A papá no lo amas? —exigió saber, y la sentó en sus rodillas.

—¿Y a mí? —exclamó Larysa, y corrió hacia ellos, las manos ocupadas con las muñecas, y se arrojó a los brazos de la madre.

—¡A mí, mami! ¡A mí! —se les unió Sofía, sin saber bien de qué hablaban.

La Diana contuvo a sus hijos en un abrazo mientras Kovać los envolvía con fervor a los cuatro y besaba el cuello de su mujer.

—Ustedes son los amores de mi vida —expresó La Diana mientras repartía besos que caían en mejillas, frentes y narices—. Lo más importante para mí.

—¿Y yo? —intervino Mihajlo, e hizo una mueca triste tan exagerada que La Diana y Kovać rompieron a reír en tanto sus hijos corrían donde el abuelo para consolarlo.

* * *

De las cuestiones del pasado, La Diana las había conquistado y cerrado todas, excepto una: Sergei Markov. Por eso, tras el festejo por el primer cumpleaños de Sofía organizó el viaje que acababan de emprender. Sin explicaciones, Kovać había comprendido que ella necesitaba afrontarlo. La hacía feliz que la acompañasen. Los necesitaba a su lado.

Avanzaban en silencio por las callejas del cementerio más importante de Moscú, el Novodevichy. Aun los niños desplegaban una inusual conducta circunspecta. Iban contemplando las tumbas y los sepulcros, algunos muy fastuosos, mientras seguían el mapa que les habían diseñado en el ingreso. La fluidez de Kovać con el ruso había sido de gran ayuda.

—Es aquí —dijo, y se detuvieron frente a una lápida sencilla de mármol blanco—. Ahí dice —señaló la leyenda en cirílico— Sergei Fedor Markov, amado hijo y hermano.

La garganta se le atenazó enseguida y se le enturbió la vista. Allí yacía su amado Sergei, el que había muerto entre sus brazos y por su culpa.

—¿Esta es la tumba de tu amigo, mami? —preguntó Larysa, y La Diana asintió; no habría podido hablar.

—¿Por qué no vamos con el abuelo a dar una vuelta mientras mami se queda aquí un rato con Sergei? —propuso Kovać, y la besó en la frente antes de alejarse con Sofía en brazos y Larysa de la mano.

A La Diana le llevó unos minutos controlar los deseos de llorar. Practicó los ejercicios respiratorios que le permitieron aflojar el plexo solar. Más

serena, se sentó a la orilla de la tumba, sobre una hilera de adoquines. Estiró la mano y acarició la lápida, justo sobre el nombre de Markov.

—Gracias —susurró con voz forzada; sin remedio, el llanto afloraba otra vez—. Gracias por habernos protegido, a mi familia y a mí, todo este tiempo. Sé que sin tu ayuda no estaríamos vivos. Siempre te amaré, Sergei, mi ángel custodio. —Se cubrió la cara y se echó a llorar—. Soy feliz, quiero que lo sepas y que descanses en paz. —Se calló repentinamente y fijó la vista en las letras de su nombre grabadas en la piedra—. A ti no puedo ocultarte que la culpa por haberte abandonado aquel día en lo de Al-Muzara a veces regresa y me destroza. ¡Perdóname! —exclamó en voz baja y reprimida, y apoyó la palma abierta sobre la lápida en un gesto desesperado y escondió el rostro en el brazo extendido—. ¡Perdoname, Sergei! ¡Perdóname por no haber podido hacerte feliz!

* * *

Al día siguiente, alquilaron una pequeña combi y se dirigieron hacia la zona sur de la ciudad, donde vivían los padres de Markov. Duscha, la madre, con quien había hablado por teléfono en varias ocasiones —era profesora de francés, lo que facilitaba la comunicación—, había insistido en que fuesen a almorzar ese sábado. El vehículo se detuvo frente a una casa bastante grande, de dos plantas y bien mantenida, en un barrio tranquilo y residencial. No precisaron llamar a la puerta. En tanto cruzaban el jardín delantero, se abrió para franquear el paso de quien, a todas luces, era el padre de Markov, Karol Markov, un ingeniero civil que todavía daba clases en la universidad. Aun cuando sonreía, el hombre le recordaba a su querido Sergei. Salieron detrás de él dos mujeres, una que claramente superaba los sesenta, y la otra más joven, de unos cuarenta: eran Duscha, la madre, y Margosha, la hermana mayor, ingeniera aeronáutica, que nunca se había casado y que dedicaba su vida a la profesión.

—Eres tan hermosa —expresó Duscha a modo de saludo, y se abrazaron.

—Estoy feliz de estar aquí —afirmó La Diana—. Tenía tantas ganas de conocerlos.

Continuaron las presentaciones, y la familia Markov se mostró encantada de que el esposo de la amiga de Sergei hablase tan bien el ruso. Igualmente, para incluir a los demás, se decantaron por el inglés.

—En esta casa nació Sergei —anunció Karol, mientras los guiaba para mostrársela—. Este es su dormitorio —dijo, y los invitó a entrar—. Está tal cual él lo dejó.

A La Diana la invadió una sensación de profunda paz. No le encontraba explicación pues un instante atrás avanzaba insegura, emocionada y también un poco incómoda.

—Este es Sergei —apuntó Duscha, y señaló una de las tantas fotografías enmarcadas que ocupaban gran parte del muro; en ella aparecía Markov entre varios soldados en un paisaje montañoso y agreste—. Durante la Guerra de Afganistán —acotó.

—Todos sus compañeros de escuadra murieron durante la guerra —comentó Karol—. Todos a manos de los muyahidines.

—Cuando regresó, no era mi muchacho alegre y seguro de sí —acotó Duscha—. Esa guerra lo quebró y, sin embargo, su destino era ser soldado, como nos dijo un día a su padre y a mí. Enseguida se enroló para entrar a formar parte de la Spetsnaz GRU.

—Sergei era uno de los mejores soldados que he conocido —manifestó La Diana.

—Mira, Diana —intervino Margosha, y le señaló otra fotografía colgada en la pared—. Nos la envió mi hermano junto con una carta en la que te nombraba continuamente. ¿Sabes lo que escribió detrás de la foto? Lo que acabas de decir tú de él. Mi compañera Diana, uno de los mejores soldados que conozco.

La Diana recordaba esa tarde, cuando Alamán Al-Saud los había fotografiado en la mina del Congo mientras entrenaban a las tropas locales contratadas por la Mercure. Markov y ella se destacaban en el centro de un grupo de congoleños.

—¡Quiero ver! —exigió Larysa, y sus hermanos la imitaron.

Mihajlo y Kovać los levantaron para que apreciaran a la madre en uniforme camuflado y con una AK-47 cruzada en el pecho.

—¡Mami! —se sorprendió Darko—. ¡Qué pistola enorme!

—No es una pistola, *moje blago*. Es un fusil ruso. Un Kaláshnikov.

—Esa es mami —señaló Kovać a Sofia, que alternó vistazos ceñudos y desconfiados entre la fotografía y el padre.

—No —dijo la niña, y se aferró al cuello de la madre para pasar a sus brazos—. Mami aquí —aseguró, y los Markov se echaron a reír luego de la traducción de Kovać.

La mesa estaba puesta con especial esmero, y un aroma invitante llegaba desde la cocina. En tanto Mihajlo y Kovać se ocupaban de lavar las manos de los niños, La Diana acompañó a Duscha a la cocina. Había preparado *pelmeni*, la comida favorita de Markov, la que ella le había hecho una vez. Al ver esos *pelmeni* tan perfectos, se dio cuenta de que los suyos habían sido un fracaso, más allá de que Markov hubiese comido dos platos y asegurado que eran exquisitos.

—¿Por qué sonríes, querida? —se intrigó Duscha mientras los acomodaba en una fuente.

—Porque una vez le preparé *pelmenis* a Sergei y ahora, mirando los tuyos, me doy cuenta de qué mal los hice.

Duscha rio.

—Pero estoy segura —apuntó la mujer— de que los devoró y te dijo que estaban riquísimos.

—Sí, exacto —ratificó, y la sonrisa se le desvaneció cuando una melancolía repentina se apoderó de su ánimo—. Lo echo mucho de menos, Duscha.

La mujer apoyó la cuchara sobre la fuente y se volvió para observarla.

—Lo sé, Diana.

—Amé a tu hijo. Él...

—¿Qué, cariño? —la instó, y le acarició la mejilla.

La Diana apretó los ojos y se mordió el labio para contener el llanto. La mujer la condujo a una silla. Se ubicó en otra, a su lado. Le tomó la mano.

—¿Qué sucede, Diana?

—Sergei murió por mi culpa —confesó entre sollozos ahogados.

Duscha soltó un suspiro.

—El señor Al-Saud, que ha sido tan generoso con nosotros, nos contó cómo fueron las cosas.

—¡Lo abandoné, Duscha! ¡Abandoné mi puesto junto a él porque estaba enojada y lo dejé solo! ¡Murió por mi culpa!

—Diana —habló la mujer y le encerró el rostro entre las manos—, sé que eres un excelente soldado. Si Sergei lo decía, así debe de ser. Y sé también que él te amaba. Después de la Guerra de Afganistán, de la que mi muchacho regresó tan triste, nunca creímos que volveríamos a escucharlo contento como cuando nos llamó para contarnos de ti, no de su compañera, sino de su novia.

—¿De veras?

—Sí. Nos dijo que quería traerte a Moscú para que te conociéramos.

—Nunca lo mencionó.

—Así era mi Sergei, se guardaba todo aquí —afirmó, y se golpeó el pecho—. No quiero que te culpes. El señor Al-Saud nos contó que los terroristas que atacaron la casa de ese escritor eran demasiado numerosos, e incluso si hubieses estado allí nada habrías podido hacer.

—Pero debí haber estado —se empecinó—. A veces me torturo preguntándome qué pensó en esos últimos momentos. Qué pensó de mí.

—Diana, nadie conoce a Sergei como lo conozco yo —dijo, y a La Diana la impresionó que se refiriese a él en tiempo presente—. Nadie —recalcó la mujer—. Y puedo asegurarte que, mientras se daba cuenta de que no saldría con vida de esa trampa, pensó: “Qué feliz me hace que Diana no esté aquí”.

La Diana se echó a reír entre lágrimas.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mi querida lectora serbia Emina Ristović, que siempre respondió a mis consultas acerca de la gramática del serbocroata y cualquier duda que me surgiera.

A la ex policía Kathryn Bolkovac, autora del libro The whistleblower, por demostrar un coraje en la lucha contra el tráfico humano fuera de serie. Kathryn, has sido inspiradora.

A la profesora Edina Bećirević, autora del libro Genocide on the Drina river, por su compromiso con la paz y por su lucha por demostrar que lo que tuvo lugar en Bosnia y Herzegovina entre los años 1992 y 1995 no fue sino un genocidio.

Al periodista inglés Ed Vulliamy, por haber tenido el valor de denunciar al mundo, junto con su colega Penny Marshall, los abusos que se cometían en los campos de prisioneros serbios y por haber escrito el estupendo libro The War is Dead. Long Live the War, que tanto me ayudó en la investigación para la historia de La Diana.



Mariyana Huseinovic, más conocida como La Diana, ha encontrado el verdadero amor en Lazar Kovać, una víctima de abuso sexual y psicológico igual que ella. Juntos han iniciado un camino de sanación. Sin embargo, todavía queda algo pendiente. La Diana necesita cerrar el capítulo más atroz de su vida y aniquilar al feroz dragón del pasado que casi la destruye durante la guerra de Bosnia y que ahora amenaza con arrebatarle todo lo que ella ama.

Con la ayuda de Duga Sarajevo, una ONG dedicada a la lucha contra la pedofilia y el tráfico humano, y con el trasfondo de negocios ilegales, políticos corruptos, muertes misteriosas y el desarrollo de patentes sobre las semillas para controlar el alimento en el mundo, La Diana vive el momento más trascendental de su existencia.

En *Dime, ¿quién es como Dios?* culmina la anhelada y épica historia de La Diana, una protagonista que se ha ganado la admiración de miles y miles de lectores.



FLORENCIA BONELLI

Inició su exitosa carrera de escritora en 1999. Con títulos como *Bodas de odio*, *Indias blancas*, *El cuarto arcano* y *Me llaman Artemio Furia*, se convirtió en la referente actual de la novela histórico-romántica de la Argentina. Obras como *Marlene*, *Lo que dicen tus ojos*, la trilogía *Caballo de fuego* (*París*, *Congo* y *Gaza*) y la *Trilogía del perdón* (*Jasy*, *Almanegra* y *La tierra sin mal*) la han situado como una de las autoras más populares y reconocidas del ámbito de la lengua castellana. *Nacidas* es su última serie, integrada por *Nacida bajo el signo del Toro*, *Nacida bajo el sol de Acuario* y *Nacida bajo el fuego de Aries*. Sus libros se han traducido a varios idiomas y han conseguido la admiración de lectores en todo el mundo.

www.florenciabonelli.com.ar

Foto: © Alejandra López

Bonelli, Florencia

Dime, ¿quién es como Dios? / Florencia Bonelli. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Suma de Letras, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-739-130-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novela I. Título.

CDD A863

Diseño de cubierta: © Raquel Cané

Foto de cubierta: © Getty Images

Foto de la autora: © Alejandra López

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Florencia Bonelli

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-739-130-5

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

- [Dime, ¿quién es como Dios?](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Epígrafe](#)
- [Fonética del serbocroata](#)
- [Capítulo I](#)
- [Capítulo II](#)
- [Capítulo III](#)
- [Capítulo IV](#)
- [Capítulo V](#)
- [Capítulo VI](#)
- [Capítulo VII](#)
- [Capítulo VIII](#)
- [Capítulo IX](#)
- [Capítulo X](#)
- [Capítulo XI](#)
- [Capítulo XII](#)
- [Capítulo XIII](#)
- [Capítulo XIV](#)
- [Capítulo XV](#)
- [Capítulo XVI](#)
- [Capítulo XVII](#)
- [Capítulo XVIII](#)
- [Capítulo XIX](#)

- [Capítulo XX](#)
- [Capítulo XXI](#)
- [Capítulo XXII](#)
- [Capítulo XXIII](#)
- [Capítulo XXIV](#)
- [Capítulo XXV](#)
- [Epílogo](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Sobre la autora](#)
- [Créditos](#)